

# John Irving

## HASTA QUE TE ENCUENTRE



Lectulandia

Irving, de la mano de su gran referente, el clásico Charles Dickens se transmuta en Jack Burns para volver a relatarnos una historia sobre padres ausentes y mujeres dominantes y manipuladoras. Jack Burns vive, desde su infancia hasta su madurez, marcado por la ausencia de su padre, un organista protestante obsesionado por los tatuajes, que abandonó a su madre, una desequilibrada tatuadora de Toronto, dispuesta a perseguir al padre de Jack por medio mundo durante un año para hacerle sentir culpable de su falta.

Nos narra la infancia de Jack por internados y colegios donde pronto descubre su sexualidad y las chicas e inicia una carrera como actor, que le acabará convirtiendo en una estrella del «star system» hollywoodiense ganadora de un oscar, incluso a pesar de sí mismo. Pero, a pesar de su aparente éxito la vida de Jack va cuesta abajo y los recuerdos y los demonios le llevan a realizar un nuevo viaje por Europa para reencontrar al padre perdido y una versión de la historia, su historia, que le fue arrebatada.

**Lectulandia**

John Irving

# **Hasta que te encuentre**

ePub r1.0

Titivillus 17.05.16

Título original: *Until I Find You*  
John Irving, 2005  
Traducción: Carlos Milla Soler

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para mi hijo menor, Everett, que me hizo sentir joven otra vez. Con la ferviente esperanza de que, cuando tengas edad para leer esta historia, hayas vivido una infancia ideal (o estés todavía en ella), tan distinta, como quepa imaginar, de la que se describe aquí.

Lo que todos nosotros (o lo que al menos yo) atribuimos confiadamente a la memoria —entendiendo por ello una escena, un hecho tratado con fijador y por tanto rescatado del olvido— es en realidad una forma de narración que se desarrolla sin cesar en la mente y que a menudo se transforma al ser contada. Son demasiados los intereses emocionales que entran en conflicto para que la vida llegue a ser nunca plenamente aceptable, y tal vez sea labor del narrador elaborar las cosas de tal modo que se ajusten a este fin. En todo caso, cuando hablamos del pasado mentimos cada vez que respiramos.

WILLIAM MAXWELL, *Adiós, hasta mañana*

# **I - El mar del Norte y el Báltico**

# 1 - Bajo la tutela de los fieles y de las exalumnas

Según su madre, Jack Burns ya era actor antes de ser actor, pero para Jack los recuerdos más vividos de su infancia eran aquellos momentos en que sentía el impulso de coger a su madre de la mano. En esas ocasiones no actuaba.

Es cierto que no recordamos gran cosa hasta los cuatro o cinco años, y que lo que recordamos a esa temprana edad es muy selectivo o incompleto, o incluso falso. Lo que a Jack se le había quedado grabado en la memoria como la primera vez que experimentó la necesidad de buscar la mano de su madre fue probablemente la centésima o ducentésima vez.

Los *tests* preescolares revelaron que Jack Burns tenía un vocabulario más amplio del que correspondía a su edad, lo cual no es raro en hijos únicos acostumbrados a la conversación adulta, y menos aún en hijos únicos de madres o padres solteros. Pero mayor relevancia tenía, según los *tests*, la capacidad de memoria consecutiva de Jack, la cual, a sus tres años, podía compararse a la de un niño de nueve. A los cuatro, su retentiva para los detalles y su comprensión del tiempo lineal eran equiparables a las de un niño de once. (Dichos detalles incluían nimiedades tales como prendas de vestir o nombres de calles, aunque no se reducían a eso).

Los resultados de estos *tests* confundían a su madre, Alice, que lo consideraba un niño distraído; a su juicio, la propensión de Jack a fantasear era un rasgo de inmadurez.

Aun así, en otoño de 1969, cuando Jack contaba cuatro años y no había empezado aún el parvulario, su madre se lo llevó a la esquina de Pickthall con Hutchings Hill Road, en Forest Hill, un agradable barrio de Toronto. Alice le explicó que estaban esperando a que terminaran las clases en el colegio para que Jack viera a las niñas.

El St. Hilda era lo que en esa época llamaban «un colegio religioso de pago para niñas», desde el parvulario hasta el decimotercer curso —por entonces todavía vigente en Canadá—, y era allí donde la madre de Jack había decidido que él iniciase su escolaridad, pese a ser niño. Antes de comunicarle su decisión esperó a que el colegio abriera las puertas, como para darles la bienvenida, y saliera un tropel de niñas en diversos grados de taciturnidad y alborozo y gracia y desaliño.

—El año que viene —anunció Alice— el St. Hilda admitirá niños. Solo unos pocos, y solo hasta cuarto.

Jack no podía moverse; apenas podía respirar. Las niñas pasaban junto a él en todas direcciones, algunas grandes y ruidosas, todas con el uniforme de aquellos colores que más tarde Jack Burns llegó a creer que llevaría hasta la tumba: gris y marrón. Las niñas vestían jersey gris y chaqueta marrón encima de una blusa blanca de cuello marinero.

—Te admitirán a ti —dijo la madre de Jack—. Yo me encargaré de eso.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Todavía no lo tengo claro —contestó Alice.

Las niñas vestían falda plisada gris y calcetines grises largos o, como allí decían, «hasta la rodilla». Fue la primera vez que Jack veía tantas piernas desnudas. No comprendía aún qué clase de desazón interior impelía a las niñas a bajarse los calcetines hasta los tobillos o cuando menos por debajo de las pantorrillas, a pesar de que la norma del colegio era llevarlos hasta la rodilla.

Jack Burns observó asimismo que, aun estando ahí de pie, las niñas no lo veían o fingían no verlo. Todas excepto una, una niña mayor con pechos y caderas de mujer, y labios tan carnosos como los de Alice. Clavó la mirada en la de Jack, como si fuera incapaz de apartarla.

A los cuatro años, Jack no supo con certeza si era él quien no podía desviar la vista, o si era ella quien estaba atrapada y no podía desviarla. En cualquier caso, la expresión de la niña traslucía tal perspicacia que lo asustó. Quizás había adivinado cómo sería Jack unos años más tarde, cuando fuese un chico ya crecido o un hombre hecho y derecho, y lo que vio en él la imbuyó de anhelo y desesperación. (O de miedo y humillación, concluiría Jack Burns un día, porque de pronto esa misma niña mayor desvió la vista).

Jack y su madre siguieron de pie en medio de aquel mar de niñas hasta que los coches que las recogían hubieron aparecido y desaparecido y hasta que dejaron de oír el sonido de los pasos de las que iban a pie y las risas, intimidatorias pero estimulantes. Sin embargo, el aire de principios de otoño aún conservaba el calor suficiente para retener su fragancia, que Jack aspiró remisamente y confundió con perfume. En el caso de la mayoría de las alumnas del St. Hilda no era su perfume lo que quedaba flotando en el aire, era el olor de las propias chicas, al que Jack nunca se acostumbraría ni dejaría de apreciar. Ni siquiera cuando acabó cuarto de primaria.

—Pero ¿por qué tengo que venir precisamente a este colegio? —preguntó Jack a su madre cuando las niñas se fueron. De todo aquel revuelo, en la tranquila esquina de la calle solo permanecían en movimiento unas cuantas hojas caídas de los árboles.

—Porque es un buen colegio —respondió Alice—. Y con las niñas no correrás peligro —añadió.

Jack no debía de pensar lo mismo, porque al instante tomó a su madre de la mano.

Durante el otoño aquel, un año antes de que Jack ingresara en el St. Hilda, su madre fue una caja de sorpresas. Después de mostrarle a las niñas uniformadas que pronto desempeñarían un papel central en su vida, Alice anunció que, trabajando en lo suyo, recorrería el norte de Europa en busca del padre fugado de Jack. Sabía en qué ciudades del mar Báltico y del mar del Norte era más probable que se hubiese escondido de ellos; juntos le darían caza y lo obligarían a afrontar sus responsabilidades abandonadas. Jack Burns había oído con frecuencia a su madre referirse a ellos dos como las «responsabilidades abandonadas» de su padre. Pero Jack, pese a tener cuatro años, había llegado a la conclusión de que su padre los había



dejado para siempre; en el caso de Jack, antes de que naciera.

Y cuando su madre dijo que trabajando en lo suyo recorrería esas ciudades extranjeras, Jack supo en qué trabajaría. Alice era tatuadora, como lo había sido su propio padre antes que ella; el tatuaje era el único oficio que conocía.

En las ciudades del mar Báltico y del mar del Norte que había incluido en el itinerario, otros tatuadores le ofrecerían trabajo a Alice. Sabían que había sido aprendiz de su padre, un renombrado tatuador de Edimburgo —oficialmente del puerto de Leith—, donde la madre de Jack tuvo la mala fortuna de conocer a William. Allí se quedó embarazada, y después él la dejó.

Según la versión de Alice, el padre de Jack zarpó en el *New Scotland*, que atracaba en Halifax. En cuanto encontrase un trabajo remunerado mandaría a buscarla, o al menos eso le prometió. Pero Alice decía que nunca volvió a saber de él, a no ser por terceras personas. Antes de marcharse de Halifax, el padre de Jack había causado furor.

Bautizado con el nombre de pila de Callum Burns, el padre de Jack se lo cambió por el de William cuando estaba en la universidad. Su propio padre se llamaba Alasdair, y eso, decía William, imprimía ya carácter escocés más que suficiente a toda la familia. En Edimburgo, en el momento de su escandalosa marcha a Nueva Escocia, William Burns era miembro del Real Colegio de Organistas, lo que significaba que tenía un diploma de intérprete de órgano además de la licenciatura en música. Cuando conoció a la madre de Jack, William era el organista de la iglesia parroquial de South Leith; Alice cantaba en el coro.

A un joven de Edimburgo con ínfulas de clase alta y una buena educación —William Burns había ido al prestigioso colegio de Heriot antes de estudiar música en la Universidad de Edimburgo—, un primer empleo de organista en un barrio de clase baja como Leith debía de antojársele una vivencia transitoria de la pobreza. Pero el padre de Jack se complacía en decir, bromeando, que la Iglesia de Escocia pagaba mejor que la Iglesia episcopal escocesa. Si bien William era episcopaliano, no se sentía a disgusto en la parroquia de South Leith, en cuyo camposanto, según se decía, había enterradas once mil almas, pese a que las lápidas no pasaban de trescientas.

No se permitían lápidas para pobres. Pero de noche, le contó a Jack su madre, la gente llevaba las cenizas de sus seres queridos y las esparcía a través del enrejado del camposanto. El niño tenía pesadillas solo de pensar en tantas almas flotando de un lado a otro en la oscuridad, pero esa iglesia —aunque fuese únicamente por el camposanto— gozaba de gran popularidad, y Alice se sintió como si hubiese muerto y subido al cielo cuando empezó a cantar allí para William.

En la iglesia parroquial de South Leith, el coro y el órgano se encontraba detrás de los fieles. No había más de veinte asientos para el coro (las mujeres delante, los hombres detrás). Durante el sermón, William insistía en que Alice se inclinase en la

primera fila para poder verla de cuerpo entero. Vestía un hábito azul —«azul urraca», dijo a Jack— y un collarín blanco. La madre de Jack se enamoró de William ese mes de abril de 1964, cuando lo vio tocar el órgano por primera vez.

«Estábamos cantando los himnos de la resurrección», contaba Alice, «y había azafranes y narcisos en el camposanto». (Sin duda todas aquellas cenizas que la gente esparcía allí a escondidas eran beneficiosas para las flores).

Alice llevó al joven organista, que era también director del coro, a conocer a su padre. Este tenía un estudio de tatuaje llamado Persevera, el lema del puerto de Leith. Era la primera vez que William visitaba un local como aquel, sito en Manderston Street o Jane Street. Por aquel entonces, explicaba la madre de Jack, un puente de ferrocarril cruzaba Leith Walk y unía Manderston y Jane, pero Jack nunca conseguía recordar en cuál de las dos calles se encontraba el estudio de tatuaje. Solo sabía que vivían allí, en el local, bajo el estruendo de los trenes.

Su madre llamaba a eso «dormir entre las agujas», una expresión del periodo de entreguerras. «Dormir entre las agujas» significaba que, en épocas de estrecheces, uno dormía en el estudio de tatuaje, no tenía otro sitio donde vivir. Pero era también lo que se decía, a veces, cuando un tatuador moría —como el padre de Alice— en el propio local. Así, según las dos definiciones de la expresión, su padre había dormido entre las agujas.

La madre de Alice había muerto en el parto, y su padre —a quien Jack no llegó a conocer— la había criado en el mundo del tatuaje. A ojos de Jack, su madre era un caso único entre los artistas del tatuaje, porque nunca la habían tatuado. Su padre le había dicho que no debía tatuarse hasta que tuviese edad para entender unas cuantas cosas básicas sobre sí misma; debía de referirse a esas cosas que jamás cambiarían.

«Por ejemplo, cuando tenga sesenta o setenta años», le decía a Jack su madre cuando no había cumplido aún los treinta. Y añadía: «Tú no te hagas el primer tatuaje hasta que yo me muera». Era su manera de advertirle que ni se le ocurriese tatuarse.

El padre de Alice sintió una antipatía inmediata por William Burns, el cual se hizo el primer tatuaje el día que se conocieron. El tatuaje le abarcaba el muslo derecho, donde William podía leerlo cuando estaba sentado en el váter; eran las notas iniciales de un himno de Pascua que ensayaba con Alice y empezaba con las palabras «Cristo nuestro Señor ha resucitado hoy». Sin la letra, uno tendría que saber leer partituras, y estar sentado muy cerca del padre de Jack —quizás en un váter contiguo—, para reconocer el himno.

Pero en el momento mismo de hacerle su primer tatuaje al joven y talentoso organista, el padre de Alice presagió que William se convertiría con toda seguridad en un «adicto a la tinta», un «coleccionista», es decir, uno de esos hombres que no se conformaban con el primer tatuaje, ni con los primeros veinte. Continuaría tatuándose hasta que su cuerpo fuese una partitura y cada centímetro de piel quedase cubierto por una nota, un funesto auspicio que, sin embargo, no disuadió a Alice. El organista con debilidad por los tatuajes ya le había robado el corazón.

Pero Jack Burns ya había oído casi toda esa historia a la edad de cuatro años. Lo que le sorprendió cuando su madre le anunció el inminente viaje por Europa fue lo que dijo a renglón seguido: «Si el año que viene por estas fechas, cuando vayas a empezar el colegio, no hemos encontrado a tu padre, nos olvidaremos de él totalmente y seguiremos adelante con nuestras vidas».

La causa de su estupefacción era esta: desde que Jack tenía conciencia de la desaparición de su padre —peor aún, de su «fuga»—, su madre y él habían dedicado no pocos esfuerzos a la búsqueda de William Burns, y Jack había supuesto que siempre sería así. La idea de que *pudieran* «olvidarse de él totalmente» le parecía al niño más incomprensible que la propuesta de expedición por el norte de Europa; Jack ignoraba también que, para su madre, el hecho de que él iniciara la escolaridad tuviese tal importancia.

Ella no había acabado sus estudios. Durante mucho tiempo, Alice se había sentido inferior a William por su formación universitaria. Los padres de William eran ambos maestros de escuela y, además, daban clases particulares de piano a niños, pero consideraban muy importante una tutela artística de carácter más profesional. A su juicio, era indigno de su hijo tocar el órgano en la iglesia parroquial de South Leith, y no solo por las divergencias de clase que a la sazón existían entre Edimburgo y Leith. (Asimismo, se daban diferencias entre la Iglesia episcopal escocesa y la Iglesia de Escocia).

El padre de Alice no era practicante de ninguna adscripción. Había mandado a Alice a la iglesia y a los ensayos del coro para que tuviera una vida al margen del estudio de tatuaje, pero jamás imaginó que la iglesia y los ensayos del coro serían la perdición de su hija, ni que ella le llevaría al estudio a su seductor sin escrúpulos para que lo tatuase.

Fueron los padres de William quienes insistieron en que este, pese a ser primer organista en la parroquia de South Leith, aceptase el puesto de segundo organista en Old St. Paul. Para ellos lo importante era que Old St. Paul pertenecía a la Iglesia episcopal escocesa y estaba en Edimburgo, no en Leith.

A William, en cambio, lo cautivó el órgano. Había empezado a estudiar piano a los seis años y no se había acercado a un órgano hasta los nueve, pero a los siete u ocho pegaba trozos de papel sobre las teclas del piano imaginando que eran registros de órgano. Por entonces soñaba ya con tocar el órgano, y el órgano con el que soñaba era el Padre Willis de Old St. Paul.

Mientras que, en opinión de sus progenitores, ser segundo organista de Old St. Paul daba más prestigio que ser primer organista en la iglesia parroquial de South Leith, el único deseo de William era poner las manos en el Padre Willis. En Old St. Paul, le explicó a Jack su madre, la acústica contribuía a la fama del órgano. Más tarde, el niño se preguntaría si con eso quería decir que allí casi cualquier órgano sonaría bien, porque el tiempo de reverberación —esto es, el tiempo que un sonido

tarda en disminuir en sesenta decibelios— era mejor que el órgano.

Alice recordaba haber asistido a lo que dio en llamar «un maratón de órgano» en Old St. Paul. Dicho acontecimiento —un concierto de órgano de veinticuatro horas con un intérprete distinto cada hora o cada media hora— debió de organizarse para recaudar fondos. Naturalmente se estableció por orden jerárquico quién tocaría en tal o cual momento; los mejores músicos actuaron cuando mayores eran las probabilidades de contar con un numeroso auditorio, los otros a las horas más intempestivas. El joven William Burns logró tocar antes de las doce de la noche, aunque solo media hora antes.

La iglesia estaba a medio aforo, o menos de medio. La madre de Jack era el miembro más arrobado del público. También se hallaba presente el organista algo inferior que tocaría a continuación, el intérprete a quien correspondía el turno de las doce.

William no tenía intención de desaprovechar el legendario tiempo de reverberación de Old St. Paul eligiendo una pieza precisamente *tranquila*. En la medida en que Jack alcanzaba a entender el relato de su madre, su padre tocaba para que lo *oyesen a él*; había escogido la *Toccata* de Boellmann, que Alice describía como «enardecedora y estridente».

Fuera de Old St. Paul, a un lado, discurría un callejón estrecho. Acurrucado contra la pared de la iglesia, al abrigo de la lluvia, se encontraba uno de los pordioseros de Edimburgo, con toda probabilidad un borracho del barrio. Había perdido el conocimiento en el callejón o se había acostado allí intencionadamente; puede que durmiese allí casi todas las noches. Pero con la *Toccata* de Boellmann ni siquiera un borracho puede dormir, ni siquiera, por lo visto, fuera de la iglesia.

A Alice le encantaba escenificar cómo se había presentado el pordiosero borracho: «¿Podrían parar de armar jaleo, joder? ¿Cómo coño voy a dormir, joder, si ese puto órgano de mierda arma un escándalo que despertaría a los putos muertos?».

Alice pensó que el borracho debería haber caído fulminado por emplear semejante vocabulario en una iglesia, pero antes de que Dios tuviese ocasión de tomar medidas contra el pordiosero, William reanudó su interpretación con saña. Tocó a tal volumen que la gente, incluida Alice, salió a todo correr de Old St. Paul. El organista con el turno de las doce se quedó bajo la lluvia con la madre de Jack. Según ella, el malhablado se había perdido de vista. «¡Seguramente fue a buscar un sitio donde descansar fuera del alcance de la *Toccata* de Boellmann!».

Pese a tan reverberante interpretación, William Burns se llevó un gran desengaño con el órgano. Construido en 1888, el Padre Willis habría sido considerado un instrumento más valioso de haber conservado su estado original. Por desgracia, a juicio de William, el órgano había sido «muy manipulado»; cuando consiguió probarlo, el órgano había sido restaurado y electrificado, un proceso típico del antivictorianismo de los años sesenta.

Aunque a Alice poco debió de importarle el susodicho *órgano*. Para ella el

verdadero golpe fue otro: cuando William dejó su empleo de organista en la iglesia parroquial de South Leith para tocar el Padre Willis en Old St. Paul, no existía la menor esperanza de seguirlo hasta allí para entrar en el coro. En aquellos tiempos, Old St. Paul contaba con un coro formado íntegramente por hombres, y desde los bancos de los fieles Alice solo veía la espalda de William.

¡Cómo envidiaba a aquel coro! No solo participaba en una procesión, en la que el coro seguía a la cruz, sino que además en la iglesia se sentaba al frente, a la vista de todo el mundo, y no al fondo, invisible, como en Leith. La madre de Jack se sintió especialmente desdichada al descubrir que ella no era la única chica del coro que se había enamorado del padre de Jack, pero sí la única embarazada.

Como nuevo segundo organista de Old St. Paul, William Burns rendía cuentas al primer organista y al sacerdote; que William hubiese dejado preñada a la hija de un tatuador de Leith fue un asunto que sus ambiciosos padres y la Iglesia episcopal escocesa no se tomaron como si tal cosa. Para Jack nunca quedaría claro de quién fue la decisión —«mandarlo en un visto y no visto a Nueva Escocia», en palabras de la madre de Jack—, pero posiblemente tanto la Iglesia como los padres de William habían tenido parte en ello.

En Halifax, el equivalente que tenía Old St. Paul en la Iglesia anglicana de Canadá se llamaba simplemente St. Paul. No disponían de un Padre Willis. El mejor órgano de Halifax estaba en la primera iglesia baptista de Oxford Street. William Burns debió de verse obligado a tomar una determinación de manera precipitada. No se explica, si no, que en su elección primase la confesión por encima del órgano; para él lo importante era la música, no la Iglesia. Pero el entonces organista de St. Paul de Halifax estaba a punto de jubilarse, así que el momento no pudo ser más oportuno.

Por lo que contaban, el furor que causó William en Halifax incluía con toda probabilidad a una o dos chicas del coro. (Se habló también de una mujer de más edad). Le faltó tiempo para abusar de la hospitalidad de los anglicanos; según la madre de Jack, con los baptistas no habría durado ni un día más.

Al parecer, los padres de William le aseguraron a Alice que nunca mandaron dinero a su hijo, y que tampoco le ocultaron a ella su paradero. Cabe pensar que lo primero es cierto: los padres de William tenían poco dinero. Pero a Alice le costaba más creer que no se confabulasen para esconderlo. Y cuando William tuvo que huir de Halifax —poco antes de que Alice llegase a la ciudad—, debió de necesitar dinero. Había vuelto a tatuarse, según descubrió Alice cuando empezó a buscarlo, y lo había hecho en el estudio de Charlie Snow en Halifax, donde la corriente para los instrumentos eléctricos procedía de baterías de coche. Y en Toronto pasó un tiempo hasta que William encontró empleo, que rápidamente perdería.

Alice nunca culpó a Old St. Paul por el papel que desempeñó, fuese cual fuese, en la preparación del viaje de William a Nueva Escocia. Fueron los propios feligreses de

Old St. Paul —y no, asombrosamente, los de su parroquia de South Leith— quienes organizaron una colecta para enviar a Alice a Halifax en su busca.

Además, la Iglesia anglicana de Canadá cuidó bien de ella en Halifax. Pero lo primero que hicieron fue acomodarla en la casa parroquial de St. Paul, en la esquina de las calles Argyle y Prince, hasta que dio a luz. Por entonces no solo estaba embarazada; ya se le notaba.

Según parece, fue un parto difícil. «Una sección C», le dijo su madre más o menos cuando llegaron al primero de aquellos puertos del mar Báltico y del mar del Norte. Con cuatro años, el niño interpretó que había nacido en la sección C de un hospital de Halifax, una parte del hospital destinada a los partos difíciles. Fue un poco más tarde —probablemente durante sus viajes por Europa, no después— cuando Jack supo qué significaba un parto por cesárea. Solo entonces se le explicó al niño por qué no era conveniente que se bañase con su madre o la viese desnuda. Alice le dijo a Jack que no quería que viese la cicatriz de su sección C.

Así pues, Jack Burns nació en Halifax, bajo la tutela de los fieles de la *otra* iglesia de St. Paul. A juzgar por cómo los recordaba su madre —a casi todos con afecto—, demostraron mucha compasión por una chica de coro descarriada de la Iglesia de Escocia y expresaron el mayor desprecio por el licenciado organista de su propia confesión. Los episcopalianos escoceses y los anglicanos canadienses estaban cortados por el mismo patrón religioso. Al parecer, gracias a la acción de esos anglicanos de St. Paul en Halifax, William no permaneció mucho tiempo oculto en Toronto.

«La Iglesia le seguía el rastro», según palabras textuales de Alice.

Entretanto, tras el nacimiento de Jack en Nueva Escocia, su madre empezó a trabajar para Charlie Snow. Charlie, que era inglés, había pertenecido a la marina mercante británica durante la primera guerra mundial; según contaban, desertó en Montreal, donde Freddie Baldwin, oriundo también de Inglaterra y excombatiente de la guerra bóer, le enseñó a tatuar.

Tanto Freddie Baldwin como Charlie Snow habían conocido al Gran Omi. La gente pagaba por ver la cara tatuada del Gran Omi, que acostumbraba visitar Halifax con un circo. Cuando paseaba por la ciudad, llevaba un pasamontañas. «Nadie lo veía gratis», contaba la madre de Jack. (Esto fue a sumarse al material del que se alimentaban las pesadillas del niño; Jack no podía dejar de imaginar los horrendos tatuajes en la cara del Gran Omi).

Con Charlie Snow, Alice aprendió a enjuagar las máquinas de tatuar con alcohol etílico; limpiaba las puntas con desatascadores de pipa, previamente empapados en alcohol, y cada noche hervía las puntas y las agujas en una vaporera. «De las que se usaban para cocer almejas y langostas», decía Alice.

Charlie Snow confeccionaba sus propias vendas con paños de hilo. «En esa época había poca hepatitis», explicaba Alice.

Le contó a Jack que el tatuaje más impresionante que tenía Charlie Snow se lo

había hecho Freddie Baldwin. Sobre el corazón, Charlie tenía a Toro Sentado vuelto hacia el general Custer, quien, en el lado opuesto del pecho, aparecía de frente, con la mirada perdida. Justo en medio del esternón lucía un barco a toda vela; un estandarte desplegado desde la clavícula rezaba: RUMBO A CASA.

Charlie Snow no llegaría a casa para descansar en su última morada hasta 1969, tras cumplir ochenta años. (Murió de una úlcera sangrante). Alice aprendió mucho de Charlie Snow, pero aprendió a hacer la carpa japonesa de Jerry Swallow, cuyo nombre de tatuador era Jerry el Marino; entró en el estudio de Charlie Snow como aprendiz en 1962. Alice se complacía en decir que Jerry y ella habían «trabajado juntos de aprendices» con Charlie Snow, pero ella ya había sido, claro está, aprendiz de su padre en Persevera, en el puerto de Leith.

Mucho antes de atracar en Halifax, la madre de Jack ya sabía tatuar.

Jack Burns no guardaba recuerdo alguno de su lugar de nacimiento; hasta los cuatro años no conoció más ciudad que Toronto. Era todavía un bebé cuando su madre encontró el rastro de su padre y se enteró de cuál era su ocupación en Toronto, y cuando lo siguieron hasta allí desde Halifax. Pero el padre de Jack se había marchado ya cuando llegaron, lo cual empezaba a convertirse en costumbre. En el momento en que el niño era capaz de asimilar la ausencia de su padre, corrían rumores de que William había vuelto a cruzar el Atlántico y estaba de regreso en Europa.

Durante la mayor parte de su infancia, Jack se preguntaría si las historias que corrían de las hazañas de su padre en Toronto fue lo que impulsó a su madre a ir al St. Hilda. Inconcebiblemente, el colegio había contratado a William Burns para dirigir el coro de las niñas de los últimos cursos, compuesto por alumnas de noveno a decimotercero. William también daba clases particulares de piano y órgano, casi de forma exclusiva a las mayores. No resulta difícil imaginar lo que pensaría Jack, en la adolescencia, de las aventuras de su padre en un colegio de niñas. (La destacada aportación de William a la formación musical de las chicas le valió también el nombramiento de primer organista para los servicios diarios en la capilla del St. Hilda).

Como no era de extrañar, la buena aceptación de William en el St. Hilda duró poco. Aunque fue una niña de undécimo curso —una de sus alumnas de piano— la primera en sucumbir a sus encantos, fue una de decimotercero la que se quedó embarazada. Después William llevó a la chica a Buffalo para practicarle un aborto ilegal. Cuando Alice llegó a la ciudad con su hijo ilegítimo a cuestas, William se había fugado, y Jack y su madre fueron acogidos una vez más por los fieles.

El St. Hilda era un colegio anglicano; la capilla, donde más tarde muchas de las alumnas se casaban, era un bastión de la Iglesia anglicana de Canadá en Toronto. Las escasas becas de estudios que se concedían en los años sesenta procedían de los fondos de la Asociación de Ex Alumnas, una poderosa organización de antiguas

estudiantes. Por lo general, los hijos del clero tenían prioridad a la hora de beneficiarse de las asignaciones; por lo demás, la decisión de quién recibía ayuda económica era arbitraria. Amén de los anglicanos y del cuerpo docente y la administración del colegio, las exalumnas no tardaron en saber también de Alice y de sus circunstancias. (Naturalmente, Jack era «sus circunstancias»). Así, cuando Alice le dijo a Jack que se encargaría de que él fuese uno de los pocos niños admitidos en el St. Hilda, el niño supuso que su madre contaba con la ayuda de las exalumnas.

De hecho, la suerte ya había sonreído a Alice y Jack; habían encontrado alojamiento en casa de una exalumna del St. Hilda. La señora Wicksteed era una veterana de la asociación de antiguas estudiantes. Inexplicablemente, después de la muerte de su esposo, se había convertido, además, en defensora de las madres solteras. No solo luchaba en su favor; sino que incluso las acogía.

La señora Wicksteed era una viuda que había superado hacía ya mucho tiempo la pérdida de su marido; vivía prácticamente sola en una casa regia pero no muy imponente sita en la confluencia de Spadina y Lowther, donde hospedó a Jack y a su madre. Disponían solo de dos habitaciones, no muy grandes, con baño compartido, pero bonitas y limpias, de techos altos.

El ama de llaves de la exalumna, que se llamaba Lottie y cojeaba, era natural de la isla del Príncipe Eduardo. Lottie pasó a ser la niñera de Jack mientras Alice buscaba trabajo de lo único que sabía hacer.

En la década de los sesenta, Toronto no era precisamente una meca del tatuaje en América del Norte. La época de aprendizaje de Alice en Persevera con su padre y la enseñanza secundaria que hizo en Halifax con Charlie Snow y Jerry el Marino le habían proporcionado más formación de la que se requería en los estudios de tatuaje de Toronto. Le daba cien vueltas a Bill el Vagabundo, quien (por alguna razón que Jack ignoraba) no le ofreció empleo, y también al hombre conocido como el Chino, el cual sí la aceptó. Su verdadero nombre era Paul Harper y no parecía chino, pero se dio cuenta de que, en 1965, no había en Toronto mejor tatuadora que Alice; la contrató sin pensárselo dos veces.

El Chino tenía su estudio en la esquina noroeste de Dundas con Jarvis. Cerca del antiguo hotel Warwick había una mansión victoriana con una escalera que bajaba hasta la puerta de un sótano. El estudio de tatuaje estaba en el sótano y se accedía directamente desde la acera de Dundas; las cortinas de las ventanas permanecían siempre corridas.

De niño, Jack Burns se acordaba de incluir de vez en cuando a Paul Harper en sus plegarias. El susodicho Chino contribuyó a lanzar a Alice profesionalmente en Toronto, que acabaría siendo la ciudad preferida de ella, a pesar de que nunca lo sería de Jack.

Pero no es bueno deber nada a nadie; las deudas pueden tener un precio. Si bien el



Chino nunca indujo a Alice a sentirse obligada con él, la señora Wicksteed fue otro cantar. Sus buenas intenciones quedaban fuera de toda duda, pero decir, como su hija divorciada decía, que eran «huéspedes exentos de alquiler» sería un uso incorrecto del término «exentos de alquiler».

En un arranque, la señora Wicksteed decidió que el acento escocés de Alice era un estigma para su posición social, más irreparablemente lesivo que su exótica, aunque lamentable, vinculación al arte del tatuaje. Por lo que Jack entendía, la señora Wicksteed opinaba que el dejo de su madre no solo era una vulneración del inglés — es decir, tal como la señora Wicksteed lo hablaba—, sino también una maldición que condenaría a la «pobre Alice» eternamente a una posición social inferior a la de Leith.

Como exalumna con el riñón bien cubierto y una lealtad inquebrantable al St. Hilda, la señora Wicksteed contrató a una joven profesora de lengua del colegio, una tal señorita Caroline Wurtz, de quien se esperaba que cambiase el deplorable acento de Alice. La señorita Wurtz, a juicio de la señora Wicksteed, además de sobresalir en prosodia y dicción, carecía de esa entorpecedora imaginación que podría haberla llevado a considerar simpático el dejo de Alice. O puede que la señorita Wurtz tuviese peor concepto todavía de Alice —y que el acento, a su modo de ver, fuese el aspecto *menos* deplorable de la joven tatuadora.

Caroline Wurtz procedía de Alemania, previo paso por Edmonton; era una profesora excelente. Podría haber curado a cualquiera de un acento extranjero (atacaba la propia palabra «extranjero» con aplomo). Y fuera cual fuese la causa de su aparente desaprobación respecto a Alice, la señorita Wurtz sin duda adoraba a Jack. No podía apartar los ojos del niño; a veces, cuando lo miraba, parecía adivinarle el porvenir en los contornos de la cara.

En cuanto a Alice, el apego a Escocia la había abandonado; se sometió a la prosodia y a la dicción de Caroline como si no atribuyese valor alguno a nada en su propia lengua. La muerte de su padre —después de que llegaran a Halifax pero antes del nacimiento de Jack— y el hecho de que William la rechazase la dejaron en inferioridad de condiciones frente a la señorita Wurtz.

Así, además de perder la virtud a un lado del Atlántico, Alice perdió el acento escocés al otro lado.

«No fue una gran pérdida», le confiaría a Jack un día. (El niño supuso que su madre se refería al acento). Por lo visto, Alice no guardaba rencor a la señorita Wurtz ni a la señora Wicksteed. La madre de Jack era una mujer sin una gran cultura pero con una buena dicción. La señora Wicksteed fue muy buena con ella y con Jack.

En cuanto a Lottie, con su cojera, el niño la quería mucho. Siempre lo llevaba de la mano, a menudo dándosela antes de que él hiciese ademán de agarrársela. Y cuando Lottie lo abrazaba, Jack tenía la sensación de que era tanto por ella como para que él se sintiese amado.

«Aguanta la respiración y yo aguantaré la mía», le decía al niño. Cuando lo

hacían, cada uno sentía latir el corazón en el pecho del otro. «Debes de estar vivo», decía siempre Lottie.

«Tú también debes de estar viva, Lottie», contestaba el niño aspirando hondo.

Jack sabría tiempo después que Lottie había abandonado la isla del Príncipe Eduardo poco más o menos en las mismas circunstancias en las que se había encontrado su madre cuando había zarpado rumbo a Halifax, solo que el hijo de Lottie nació muerto al llegar a Toronto, donde la señora Wicksteed y la red de exalumnas del St. Hilda la trataron muy bien. Se las llamase anglicanas o episcopalianas, o fieles de la Iglesia de Inglaterra, aquellas exalumnas formaban una red. Considerando que Jack y su madre no tenían donde caerse muertos en el Nuevo Mundo, para ellos fue una suerte acabar bajo la tutela de las exalumnas.

## 2 - Salvados por el soldado más pequeño

Como el apellido Stronach es originario del condado de Aberdeen, el padre de Alice, Bill Stronach, era conocido en el mundo del tatuaje como Bill de Aberdeen, pese a que había nacido en Leith y tenía escasos lazos con Aberdeen. Según Alice, su única hija, Bill Stronach pasó un fin de semana de borrachera en Aberdeen —uno de esos fines de semana en que todo se tuerce—, y a raíz de eso fue Bill de Aberdeen para el resto de sus días. En su juventud, antes de nacer Alice, Bill de Aberdeen había viajado con los circos. De noche tatuaba a los artistas circenses en sus tiendas, por lo común a la luz de un candil. Aprendió a elaborar su mejor tinta negra con el hollín de los candiles, que mezclaba con melaza.

En otoño de 1969, antes de que Jack y su madre partiesen hacia Europa, Alice les escribió a los artistas del tatuaje que conocía de oídas y que vivían en las ciudades que ella y su hijo visitarían. Les informaba de que había aprendido el oficio en Persevera, el estudio del puerto de Leith; ser hija de Bill de Aberdeen bastaría. En esos puertos del mar Báltico y del mar del Norte todo tatuador que se preciase habría oído hablar de Bill de Aberdeen.

Jack y Alice fueron primero a Copenhague. Ole Hansen se encontraba en el estudio del número 17 de Nyhavn; había recibido la carta de Alice y la esperaba. Al igual que Bill de Aberdeen, Tattoo Ole era un tatuador de marinos, un hombre de mar. (Nunca se habría presentado como «artista del tatuaje»; prefería decir que era «tatuador»). Y al igual que Bill de Aberdeen, Tattoo Ole era hombre de corazones y sirenas, serpientes y barcos, banderas y flores, mariposas y mujeres desnudas.

Fue Tattoo Ole —por entonces todavía joven, con poco más de cuarenta años— quien bautizó a Alice con su nombre de tatuadora. Ella y Jack entraron en el estudio de Ole en Nyhavn, donde se oía el chacoloteo de los barcos en las encrespadas aguas del canal gris a causa del viento de finales de noviembre que soplabla desde el Báltico. Ole apartó la vista del tatuaje que estaba haciendo: una mujer desnuda en la ancha espalda de un hombre medio desnudo.

—Tú debes de ser Alice la Hija —dijo Tattoo Ole. Así, Alice tuvo su particular nombre antes de regentar su propio estudio de tatuaje.

Tattoo Ole la contrató en el acto. Durante la primera semana Ole Hansen se encargaba de los contornos y le dejaba a ella el sombreado; la segunda semana le permitía ya delinear los contornos.

En el estudio de Tattoo Ole solo importaba, al parecer, el hecho de que Ole Hansen era un hombre de mar y Alice la Hija encajaba allí. Al fin y al cabo, ella se había ejercitado con su padre desde niña; había hecho sus primeros tatuajes a mano antes de que él la enseñase a utilizar la máquina eléctrica.

De su época en Persevera, el estudio de su padre en Leith, Alice conocía las plantillas de acetato que usaba Tattoo Ole. Sabía dibujar un corazón roto, un corazón partido en dos o un corazón sangrante entre rosas y espinas. Dibujaba una

espeluznante calavera y un dragón que escupía fuego; sabía dibujar una versión de Cristo en la cruz que quitaba el hipo y una Virgen María exquisita con una lágrima verde en la mejilla, y una especie de diosa en el preciso momento en que decapitaba una serpiente con una espada. Dibujaba barcos en el mar, toda suerte de anclas y una sirena montada a mujeriegas sobre un delfín. Alice dibujaba asimismo sus propias mujeres desnudas y se negaba a copiar las plantillas de Ole.

Había algo en las mujeres desnudas de Tattoo Ole que la molestaba. El barrunto de vello púbico que tenían las mujeres que pintaba parecía enarcado como una ceja del revés, como una sonrisa atravesada por un trazo vertical. A menudo se advertía una insinuación de vello también en las axilas. Pero la única crítica que Alice manifestaba abiertamente ante Ole era que prefería sus propias mujeres desnudas «vistas por detrás».

El otro aprendiz de Ole, Lars Madsen, a quien llamaban Lars el Mujeriego o Madsen el Mujeriego, era un joven con relativa seguridad en sí mismo que le decía a Alice que a él las mujeres desnudas le gustaban como se terciase. «Por delante y por detrás», añadía.

En general, Alice respondía, si es que se dignaba, diciendo: «Delante de Jack no».

Al niño le caía simpático Lars el Mujeriego. Su madre casi nunca lo había llevado al estudio del Chino en Toronto. Aunque Jack conocía bastante bien las aptitudes y la preparación de su madre como artista del tatuaje, a ella nunca le había entusiasmado que la viese trabajar. Pero en Copenhague no había una Lottie que cuidase de él, y hasta que Tattoo Ole les encontró dos habitaciones con un baño en las dependencias del servicio del Hotel d'Angleterre, Jack y su madre durmieron en el estudio de tatuaje en el 17 de Nyhavn.

«Vuelvo a dormir entre las agujas», decía Alice la Hija, como si albergase sentimientos encontrados al respecto.

Pese a sus reservas, ya había dejado a Jack jugar con la máquina eléctrica antes. A ojos del niño parecía una pistola, si bien su sonido se asemeja más al de la fresa de un dentista y puede realizar más de dos mil punciones por minuto.

Antes de ir a Copenhague, Alice había dejado trabajar a Jack con las agujas en contadas ocasiones, obligándolo a practicar con naranjas o uvas y, en una sola ocasión —porque su madre decía que el pescado fresco era caro—, con una platija. (Una platija fresca, le había asegurado Bill de Aberdeen a Alice, era lo que más similitud tenía con la piel humana). Pese a ello, Lars el Mujeriego dejó a Jack que practicara con él.

Lars Madsen era un poco más joven que la madre de Jack, pero como aprendiz estaba mucho más verde; quizá por eso fue generoso con el niño. En cuanto Tattoo Ole vio la habilidad de Alice con la aguja, el pobre Lars tuvo que limitarse exclusivamente a los sombreados. Salvo en algún que otro caso excepcional, Ole y

Alice solo le permitían colorear sus esbozos; en cambio, Madsen el Mujeriego permitió que Jack delinea un contorno en su cuerpo.

Consentirle eso a un niño de cuatro años fue aventurado, incluso temerario, por parte de Lars. Afortunadamente, Jack vio restringida su labor a la zona de los tobillos de Madsen, donde un *scratcher* (un mal tatuador) había grabado los nombres de dos antiguas novias, que por entonces eran un impedimento para la vida amorosa de Lars, o eso creía él. Al niño se le encomendó la tarea de cubrir los nombres de las exnovias.

De hecho, el veinte por ciento de los tatuajes tiene la finalidad de cubrir otros, y la mitad de los tatuajes no deseados del mundo incluyen el nombre de alguien. Madsen el Mujeriego, que era rubio, de ojos azules, con una sonrisa mellada y la nariz deformada a causa de una pelea perdida, tenía uno de los tobillos adornado con pequeños corazones rojos que brotaban de una rama verde con espinas, como si un rosal errante hubiese echado corazones en lugar de flores. Los recuadros de una alambrada negra rodeaban el otro tobillo. El nombre arrollado a la rama era Kirsten; unido a la alambrada se leía el nombre Elise.

Con la máquina de tatuar vibrando en su pequeña mano, el niño, al entrar por primera vez en contacto con la piel humana y penetrar en ella, debió de apretar demasiado. En principio el cliente, a menos que esté borracho, no debe sangrar, y lo más fuerte que Madsen había bebido era café. Las agujas no tienen por qué provocar sangre, siempre y cuando perforen la piel a una profundidad inferior a un veinticuatroavo de centímetro, o incluso a un doceavo. Obviamente, Jack las hundió más en el pobre Lars. El Mujeriego se lo tomó bien, pero entre el leve derrame de tinta y el salpicón de sangre, de color mucho más vivo, hubo mucho que limpiar. Madsen no solo sangraba, resplandecía de vaselina.

El hecho de que Lars no se quejase no solo daba fe de su juventud. Debía de estar encaprichado de Alice y posiblemente intentaba granjearse su afecto sacrificando sus tobillos a manos de Jack.

Aunque Alice contaba poco más de veinte años y Lars poco menos, a esas edades casi cualquier diferencia adquiere una magnitud injustificada. Además, el vello facial de Madsen no aportaba mucho en favor de su causa. Lucía con una arrogancia infundada la mínima expresión de una perilla, que más que una barba parecía un descuido en el afeitado.

La familia Madsen trabajaba en el ramo del pescado. (Vendiéndolo, no tatuándolo). El ramo del pescado no era un medio al que Lars el Mujeriego ansiase incorporarse. Tal vez su talento como tatuador fuese limitado, pero en el mundo del tatuaje Lars Madsen había encontrado un grado de independencia con respecto a su familia y al mundo del pescado. Cada vez que se lavaba el pelo se lo enjuagaba con zumo de limón recién exprimido. El problema no difería mucho del que tenía con Kirsten y Elise, las antiguas novias que se aferraban a sus tobillos; Lars creía que el característico olor de su entorno familiar se le había impregnado incluso en las raíces del pelo.

Tattoo Ole examinó detenidamente el tatuaje con que Jack había cubierto a Kirsten —el nombre arrollado en torno a corazones y espinas— y declaró que Herbert Hoffmann, de Hamburgo, no lo habría hecho mejor. (A pesar del elogio, Lars Madsen no dejó de sangrar).

El método de Alice para cubrir letras consistía en delinear hojas y moras. A partir de cualquier letra, le explicó a Jack, era posible crear una hoja o una mora, o algún que otro pétalo. Unas letras tenían más partes redondeadas que otras; podía obtenerse una mora de cualquier forma redondeada. Las letras compuestas de ángulos en lugar de partes redondeadas se acomodaban mejor a las hojas que a las moras. Un pétalo podía ser picudo o redondeado.

Kirsten produjo más hojas que moras, y un inesperado pétalo. Unido a las espinas y a los corazones intactos, esto dio como resultado en el tobillo izquierdo de Lars un desordenado ramillete; daba la impresión de que numerosos animales diminutos hubiesen sido sacrificados y sus corazones desperdigados por un agreste jardín.

Jack depositó grandes esperanzas a la hora de cubrir a Elise, pero aquella alambrada negra constituía un inquietante fondo para cualquier combinación de hojas y moras; para colmo, una E no se transforma fácilmente en nada que se parezca ni por asomo a forma alguna de vegetación.

El niño de cuatro años había elegido un tallo de acebo para su segunda intentona sobre la piel humana. Las hojas angulosas y puntiagudas y los frutos de color rojo intenso se le antojaron idóneos para un nombre breve como Elise; sin embargo, el resultado evocaba un adorno navideño hecho trizas que alguien, para más recochineo, hubiese prendido de una alambrada.

Aun así, el único comentario de Tattoo Ole fue que el legendario Les Skuse, de Bristol, habría envidiado el trabajo de Jack. Esta fue sin duda una gran alabanza. La sola mención de que Bill de Aberdeen se habría levantado de la tumba para tomar buena nota hubiese sido más halagadora, pero Ole sabía que a Alice le molestaba cualquier alusión a su padre enterrado.

Ella no había estado presente cuando esparcieron las cenizas a través del enrejado del camposanto de la iglesia parroquial de South Leith, pese a que su padre había dispuesto que un pescador las esparciese en el mar del Norte. Y Ole solo mencionó en una ocasión la triste circunstancia de que Bill de Aberdeen se emborrachara hasta morir, circunstancia que todo tatuador del mar del Norte y del Báltico conocía.

¿Fue la deshonra de su hija —que huyó a Halifax para tener a su pequeñín nacido fuera del matrimonio— la razón por la que Bill de Aberdeen se dio a la bebida? ¿O había bebido siempre? Teniendo en cuenta ese fin de semana en Aberdeen en que todo se torció, quizá la marcha de su hija simplemente agravó el problema.

Alice la Hija nunca hablaba de ello. Tattoo Ole jamás volvió a sacar el tema. Jack Burns se crio entre rumores y habladurías, y en el 17 de Nyhavn recibió una buena dosis de ambos.

Como era lo propio en un niño de cuatro años, Jack dejó a su madre la tarea de

limpiar los tobillos del Mujeriego y de colocar el vendaje. Normalmente un tatuaje cicatriza por sí solo. Hay que mantenerlo tapado durante unas horas y luego lavarlo con jabón neutro. Nunca debe mojarse; conviene usar una crema hidratante. Ole le explicó a Jack que lo que uno sentía con un tatuaje nuevo era lo mismo que cuando te quema el sol.

Si bien lo que había tapado el niño de cuatro años posiblemente dejaba mucho que desear en sentido estético, consiguió ocultar los nombres de aquellas dos chicas. El hecho de que a Madsen el Mujeriego le quedasen los tobillos rodeados de arbustos que parecían formados de partes del cuerpo —peor aún, lo que Tattoo Ole llamaba «propaganda antinavideña»— era otra cuestión.

Pobre Lars. Aunque Ole lo había apodado «el Mujeriego», la verdad era, al parecer, muy distinta. Jack nunca lo vio con una chica ni lo oyó hablar de ninguna. El niño no conoció a Kirsten ni a Elise, claro está, sino solo sus nombres, que cubrió con tinta y sangre.

Como cualquier niño de cuatro años, Jack Burns prestaba poca atención a las conversaciones de los adultos. Por más que su comprensión del tiempo lineal estuviese a la altura de la de un niño de once años, lo que entendía de la historia de su padre procedía de las charlas privadas que mantenía con su madre, no de lo que alcanzaba a oír de los diálogos de su madre con otras personas mayores. En esas conversaciones entraba y salía; no escuchaba como un niño de once años ni mucho menos.

Incluso Lars el Mujeriego recordaba a William Burns, a pesar de que fue Tattoo Ole quien hizo el trabajo y de que las notas musicales no tuvieran que sombrearse. Todos los tatuajes de William eran en negro; al parecer solo requerían delineado.

«Todo en él era completamente en negro», decía Ole.

Quizá Jack interpretó esto en el sentido de que su padre siempre vestía de negro; es decir, en el supuesto de que el niño llegase a retener siquiera el comentario. (Dado el afecto que Ole sentía por Alice la Hija, tal vez la negrura hacía referencia al corazón infiel de William).

En cuanto al apodo que Ole dio al padre de Jack, el niño había oído correctamente que el tatuador le llamaba «el Hombre Partitura».

Ole había copiado cierta composición navideña de Bach en el hombro derecho de William, donde el tatuaje se desplegaba como un jirón arrancado de una bandera. El *Weihnachtsoratorium* o las *Kanonische Veranderungen über das Weihnachtslied*, supuso Alice; conocía muchas de las piezas que al joven organista le gustaba tocar. Y en la zona lumbar de William, una parte del cuerpo especialmente dolorosa para tatuarse, Ole había reproducido una frase de Händel bastante larga y complicada.

«Más música de Navidad», dijo Ole con desdén. Alice se preguntó si pertenecería al pasaje de la Navidad del *Mesías*.

Tattoo Ole se mostró crítico con los dos tatuajes anteriores de William, que no eran obra de Bill de Aberdeen desde luego. (Ole admiraba mucho el himno de Pascua en el muslo derecho del Hombre Partitura). Y tenía también lo que parecía el fragmento de otro himno, que le envolvía la pantorrilla izquierda como un calcetín sin pie. Este incluía la letra además de la música, y a Madsen el Mujeriego le había impresionado de tal modo el tatuaje que incluso recordaba la letra. Se cantaba durante la comunión anglicana: «Alienta en mí, aliento de Dios».

Alice conocía el resto. Sonaba más a salmo que a himno, pero ella lo llamaba himno, que, según decía, era simplemente una oración a la que se ponía música. (Se lo había cantado a Jack; incluso lo había ensayado con William). Por la gran consideración en que tanto Ole como Lars tenían el tatuaje del aliento de Dios, Alice dedujo que era obra de Charlie Snow o de Jerry el Marino; sus viejos amigos le habían ahorrado los detalles de los tatuajes que le habían hecho a William en Halifax.

Lars fue menos crítico que Ole con los dos tatuajes *malos* del Hombre Partitura, sin embargo coincidió en que el trabajo no era nada extraordinario. Tenía más música en la cadera izquierda, pero el tatuador no había previsto que algunas de las notas se apelo-tonarían al doblar William la cintura.

Con esa descripción como débil prueba, Alice decidió que William había visitado a Bill el Vagabundo en Toronto, aunque más tarde admitió que el Chino también era capaz de tal error de cálculo. El segundo fallo, unas cuantas notas que se perdían de vista al curvarse hacia la parte inferior del brazo en el bíceps derecho de William, podría haberlo cometido cualquiera de los dos.

Gracias a Tattoo Ole y Madsen el Mujeriego, Jack y su madre se formaron una idea bastante aproximada de la evolución del cuerpo del Hombre Partitura. Era un adicto a la tinta sin lugar a dudas, un coleccionista, como había vaticinado Bill de Aberdeen.

—Pero ¿y su música? —preguntó Alice.

—¿Qué pasa con su música? —repuso Tattoo Ole.

—Debe de tocar el órgano en algún sitio —aclaró Alice—. Imagino que tiene un trabajo.

Jack Burns recordaba con bastante precisión el silencio que se produjo a continuación, aunque no así la conversación posterior. Para empezar, el taller de Tattoo Ole no era lo que se dice un lugar precisamente *silencioso*. La radio siempre estaba sintonizada en una emisora de música pop. Y en el momento en que su madre sacó a colación el paradero de su padre, que (aun a sus cuatros años) Jack reconocía ya como el tema central de su vida, había tres máquinas de tatuar en funcionamiento.

Tattoo Ole trabajaba en una de sus mujeres desnudas, una sirena sin la ceja invertida que Alice veía con desaprobación. El cliente, un viejo marino, parecía dormido o muerto; yacía inmóvil mientras Ole delineaba las escamas de la cola de la sirena. (Era una cola de pez con caderas de mujer, cosa que Alice también desaprobaba).



Madsen el Mujeriego, absorto asimismo en su trabajo, sombreaba una de las serpientes marinas de Ole en la piel de un sueco. Debía de ser una boa constrictor, porque estrujaba un corazón hasta hacerlo reventar.

Alice daba los últimos toques a una de sus inconfundibles Rosas de Jericó. Esta en particular era una maravilla que abarcaba media caja torácica de un muchacho, la mitad correspondiente al lado del corazón. A Alice le parecía demasiado joven para saber qué era una Rosa de Jericó. Y Jack era indudablemente demasiado joven para saberlo. Según la explicación que le habían dado a él, una Rosa de Jericó era una rosa con algo escondido dentro.

«Una rosa con un misterio», le había dicho su madre.

Ocultos entre los pétalos de la rosa se encuentran los de esa *otra* flor; en una Rosa de Jericó puede distinguirse una vagina, pero solo si uno sabe qué anda buscando. Como Jack averiguaría con el tiempo, cuanto más difícil resulta descubrir la vagina, tanto mejor es el tatuaje. (Y en una buena Rosa de Jericó, cuando por fin localizas la vagina, esta se despliega literalmente ante tus ojos).

Tres máquinas de tatuar juntas armaban un alboroto considerable, el chico de la Rosa de Jericó gimoteaba audiblemente desde hacía un rato. Alice le había advertido que el dolor que se produce al tatuar en la caja torácica irradia hasta el hombro.

Pero cuando Alice dijo «Imagino que tiene un trabajo», Jack pensó que se había ido la luz; incluso la radio enmudeció.

¿Cómo es posible que tres tatuadores, sin cruzar palabra o señal alguna, aparten simultáneamente los pies de sus respectivos pedales? El caso es que las tres máquinas se detuvieron; el flujo de tinta y dolor se interrumpió. El marino comatoso abrió los ojos y observó la sirena inacabada en el antebrazo enrojecido. El sueco a quien Lars estaba coloreando la serpiente que se enroscaba con fuerza en torno a un corazón — sobre su propio corazón, para colmo— le lanzó a este una mirada interrogativa. El chico quejumbroso contuvo la respiración. ¿Se había acabado por fin la Rosa de Jericó, por no hablar ya de su suplicio?

Solo la radio volvió a sonar. (Aun en danés, Jack reconoció aquel villancico en particular). Como nadie le había contestado, Alice repitió la pregunta:

—Debe de tocar el órgano en algún sitio. Imagino que tiene un trabajo.

—Lo tuvo —respondió Tattoo Ole.

Al advertir el cambio de tiempo verbal, Jack se preguntó si una vez más habían llegado tarde para atrapar a su padre, pero acaso el niño de cuatro años entendiese mal; le sorprendió que su madre no dejase traslucir decepción alguna. Con el pie de nuevo en el pedal, prosiguió su trabajo y ocultó los labios rosados entre los pétalos de la flor. El chico de la Rosa de Jericó empezó a gemir; el viejo marino, que no mostraba la menor impaciencia por hacerse con su sirena, cerró los ojos; Lars, ocupado siempre en colorear, procuró que la presión de la serpiente alrededor del corazón sobre el propio corazón del sueco pareciese aumentar.

Las paredes del estudio de Tattoo Ole estaban cubiertas de plantillas y dibujos

pintados a mano. A esos posibles tatuajes los llamaban *flash*. Jack se dedicó a contemplar una pared llena de plantillas *de flash* mientras Ole relataba con mayor detalle la historia de su padre fugitivo. (Fue uno de esos momentos en que el niño se distraía).

—Tocaba el órgano en la Kastelskirken —dijo Ole—. Pero no era el músico principal, claro.

—Era el segundo organista, supongo —aventuró Alice.

—Como un aprendiz —apuntó Lars.

—Sí, pero lo hacía bien —dijo Ole Tattoo—. Reconozco que no llegué a oírlo tocar, pero me contaron que era buen organista.

—Y todo un mujeriego, por lo que oímos... —empezó Lars.

—Delante de Jack no —atajó Alice.

La sección de *flash* expuesta en la pared que había atraído el interés de Jack era lo que llamaban la Perdición del Hombre. Todos los dibujos trataban sobre las diversas formas de autodestrucción características de los hombres: el juego, la bebida y las mujeres. El preferido de Jack era un vaso de martini con un pecho de mujer, en el que solo se veía el pezón, que asomaba a la superficie como una aceituna; también le gustaba uno que representaba de manera análoga el trasero desnudo de una mujer. En ambos casos flotaban en el vaso —como cubitos— un par de dados.

La madre de Jack tenía una magnífica versión de la Perdición del Hombre un poco distinta de estas. En la suya, una mujer desnuda —vista de espaldas, naturalmente— bebe de una botella de vino medio vacía; los dados los tiene en la palma de la mano.

—Así pues, ¿hubo algún problema en Kastelskirken? —preguntó Alice.

Madsen el Mujeriego asintió con manifiesta envidia.

—Delante de Jack no —fue la respuesta de Ole Tattoo.

—Entiendo —dijo Alice.

—No fue con una chica del coro —aclaró Ole—. Era una de las feligresas.

—La joven mujer de un militar —añadió Lars el Mujeriego, pero Jack no debió de oírlo; el niño, boquiabierto, seguía mirando el pezón de la mujer en el vaso de martini, tan embobado como si viese la televisión.

—¿Se ha ido de la ciudad, pues? —quiso saber Alice.

—Tendrías que preguntar en la iglesia —contestó Ole.

—Supongo que no os habréis enterado de adónde se ha ido —dijo Alice.

—Oí que se iba a Estocolmo, pero no lo sé —respondió Ole.

Lars, que había terminado con la serpiente marina del sueco, comentó:

—En Estocolmo no le harán ningún tatuaje aceptable. Los suecos vienen a tatuarse aquí. —Lars se apresuró a mirar al sueco—. ¿Verdad?

El sueco procedió a remangarse la pernera izquierda.

—Este me lo hicieron en Estocolmo —anunció.

En la pantorrilla tenía un tatuaje bastante bueno, tan bueno como los de Tattoo

Ole o Alice la Hija. Una daga con una empuñadura muy trabajada de colores verde y oro traspasaba una rosa; tanto los pétalos de la rosa como el puño de la daga presentaban un contorno anaranjado, y una serpiente verde y roja se enrollaba a la rosa y a la daga. (Era obvio que el sueco sentía debilidad por las serpientes).

Por la expresión de su madre, Jack supo que admiraba el trabajo; incluso Tattoo Ole reconoció la calidad de este. Madsen el Mujeriego enmudeció de envidia, o quizá se imaginó su futuro casi ineluctable en el negocio familiar del ramo del pescado.

—Me lo hizo Doc Forest —dijo el sueco.

—¿En qué estudio trabaja? —preguntó Ole.

—¡No sabía que hubiese un estudio en Estocolmo! —exclamó Lars.

—Trabaja en su casa —informó el sueco.

Jack sabía que Estocolmo no estaba en su itinerario; no estaba en la lista de su madre.

Alice vendaba cuidadosamente al chico de las costillas doloridas. Este había elegido la caja torácica para tatuarse la Rosa de Jericó con la idea de que los pétalos de la flor se movieran cuando respirase.

—Prométeme que no se lo enseñarás a tu madre —pidió Alice al chico—. O si se lo enseñas, no le digas qué es. Procura que no lo mire demasiado.

—Lo prometo —contestó el chico.

El viejo marino, flexionando el antebrazo, admiraba el movimiento de la cola de la sirena —aún sin colorear— al ritmo de las contracciones de sus músculos.

Faltaba poco para Navidad; el negocio de los tatuajes marchaba sobre ruedas. Pero la aparente noticia de que William había escapado —a Estocolmo, nada menos— no contribuyó precisamente a fomentar el espíritu festivo de Alice o de Jack.

Y siempre había oscurecido cuando salían del estudio de Nyhavn, aunque fuesen solo las cuatro o las cinco de la tarde. A cualquier hora, los restaurantes de Nyhavn ya estaban cocinando. Por entonces, Jack y Alice distinguían ya los olores: el conejo, la pata de venado, el pato silvestre, el rodaballo al horno, el salmón a la plancha, incluso la delicada ternera. Olían la fruta cocida en las salsas para la caza, y muchos de los quesos daneses eran tan fuertes que se percibían desde la calle en pleno invierno.

Para atraer la suerte, siempre contaban los barcos amarrados en el canal. Quizá porque era casi Navidad, el arco iluminado que se alzaba sobre la estatua en la plaza contigua al Hotel d'Angleterre se les antojaba una especie de protección perdurable; el propio hotel estaba adornado con coronas navideñas iluminadas.

Camino de sus habitaciones en las dependencias del servicio, Jack y su madre paraban a menudo a tomar una cerveza de Navidad. La cerveza era oscura y dulce, pero tan fuerte que Alice rebajaba con agua la de Jack.

Un cliente de Alice en el estudio de Tattoo Ole —un banquero que tenía tatuada en la espalda y en el pecho moneda extranjera de distintos valores— le explicó que la cerveza de Navidad era buena para los niños porque prevenía las pesadillas. El niño debía admitir que el remedio del banquero contra los malos sueños parecía fiable:

desde que bebía la cerveza, o bien no había tenido pesadillas, o bien no recordaba ninguna en el caso de que hubiera tenido.

En sus sueños, Jack echaba de menos a Lottie: cómo lo abrazaba sin reservas, cómo contenían la respiración y sentía cada uno latir el corazón en el pecho del otro. Una vez, en el D'Anglaterra, Jack intentó abrazar a su madre de igual manera. Alice contuvo la respiración con cierta impaciencia. Al sentir las palpitaciones del corazón de su madre, que parecía latir a un ritmo más lento, más acompasado que el de Lottie, Jack dijo:

—Debes de estar viva, mamá.

—Pues claro que lo estoy —repuso Alice con una impaciencia más perceptible que la que había mostrado al pedirle que contuviese la respiración—. También tú debes de estar vivo, Jackie, o al menos lo estabas la última vez que te he mirado.

Sin que el niño supiese exactamente cómo ni cuándo, ella ya había conseguido zafarse de su abrazo.

Al día siguiente, antes de salir el sol —en Copenhague durante esa época del año eso podía ser pasadas las ocho de la mañana—, Alice se llevó a Jack a la ciudadela de Frederikshavn. El nombre por el que se conocía esa fortificación histórica era Kastellet. Además del cuartel de la guarnición, contenía la casa del comandante y la iglesia de la ciudadela, la Kastelskirken, donde William había tocado.

¿Acaso existe un solo niño al que no le entusiasmen las fortalezas? ¿Cómo se emocionó Jack cuando su madre se lo llevó a una *auténtica*! Le encantó tener que entretenerse por su cuenta, tal como Alice le pidió.

—Me gustaría tener cierta intimidad cuando hable con el organista —fueron las palabras textuales de ella.

La ciudadela entera quedó a disposición de Jack. Su primer descubrimiento fue la prisión. Se encontraba detrás de la iglesia, donde una galería carcelaria discurría al pie del muro; en la pared había aberturas para escuchar, a fin de que los presos oyesen misa sin ser vistos. Para Jack fue una desilusión encontrar los calabozos vacíos, sin un solo preso.

El organista se llamaba Anker Rasmussen —un nombre corriente en Dinamarca— y, según Alice, estuvo atento y comunicativo. Más tarde, Jack consideraría extraño que el organista vistiese de uniforme, pero su madre le explicó que un músico castrense era lo que cabía esperar en la iglesia de una ciudadela.

Durante su breve periodo de aprendizaje junto a Rasmussen, William había llegado a dominar varias sonatas de Bach, así como su *Préludium und Fuge in B Moll* y su *Klavierübung III*. (A Jack le impresionó que su madre recordase los títulos en alemán de las piezas que su padre había aprendido a tocar). William también era bastante diestro con la *Messe pour les Convenís* de Couperi, y Alice no se había equivocado con respecto al pasaje navideño del *Mesías* de Handel.

En cuanto a la feligresa seducida, la joven esposa del militar, su madre le contó poco, solo lo justo para que Jack diese por supuesto que a su padre no le habían pedido que se marchase de la Kastelkirken por colarse en un estribillo.

Cuando Jack se cansó de la prisión, salió al aire libre. Hacía un frío glacial; la luz grisácea del día básicamente enturbiaba el cielo. Aunque se estremecía de emoción al ver a los soldados ir de un lado a otro, se mantuvo alejado de ellos y fue a echar un vistazo al foso.

El agua que rodeaba el Kastellet se llamaba «Kastelsgraven»; para un niño de cuatro años, el foso se parecía más a un estanque o un lago pequeño, y para gran sorpresa de Jack, el agua estaba helada. En el estudio de Tattoo Ole le habían contado que el canal Nyhavn rara vez se helaba, y que el mar Báltico casi nunca; el agua de mar, excepto en casos de frío extremo, no se helaba. ¿Qué había, pues, en el foso? Tenía que ser agua dulce, pero Jack solo sabía que el agua del foso estaba helada.

Para un crío, pocos prodigios hay comparables a una capa de hielo. ¿Y cómo sabía el niño de cuatro años que el agua estaba helada? Porque las gaviotas y los patos caminaban sobre ella, y no se le ocurrió que fuesen aves sagradas. Solo por asegurarse, Jack buscó una piedrecilla y se la lanzó. La piedra rebotó en el hielo. Únicamente las gaviotas emprendieron el vuelo. Los patos corrieron hacia la piedra como si creyesen que era pan; luego se alejaron de ella con su característico contoneo. Las gaviotas regresaron al hielo. Poco después los patos se sentaron como si celebrasen una asamblea, y las gaviotas se pasearon alrededor con actitud desdeñosa.

A veces lejos, a veces más cerca, los soldados daban vueltas y vueltas. A la orilla del foso helado se alzaba un parapeto de madera; era como un estrecho camino de madera con los lados en pendiente. Jack descendió por él sin dificultad. La mirada de las gaviotas de ojos redondos lo incitaba; los patos le mostraron la mayor indiferencia. Cuando el niño pisó la capa de hielo, tuvo la sensación de que había descubierto algo más misterioso que su padre desaparecido. Andaba por el agua; incluso los patos empezaron a observarlo.

Cuando llegó Jack a la mitad del foso, oyó lo que le pareció el órgano de la iglesia de la ciudadela, solo unas cuantas notas graves, no lo que se consideraría música. Tal vez el organista recurría a las notas para dar realce a la historia que contaba a Alice. Pero Jack nunca había oído notas de la escala tan bajas. No era el órgano. El propio Kastelsgraven cantaba al niño. El estanque helado protestaba por su presencia; el foso en torno al viejo fuerte había detectado a un intruso.

Antes de chascar, el hielo gimió; los chasquidos en sí eran tan sonoros como detonaciones de un arma de fuego. Bajo los pies de Jack surgió una telaraña. Oyó vociferar a los soldados antes de notar el agua gélida.

La cabeza se le hundió bajo la superficie solo uno o dos segundos; levantó las manos y se sujetó a una repisa de hielo. Se acodó en la repisa, pero no tenía fuerzas suficientes para salir del agua, ni la repisa de hielo habría soportado su peso. Jack

solo podía quedarse tal como estaba, mitad dentro, mitad fuera del foso helado.

Las gaviotas y los patos alzaron el vuelo ahuyentados por el estrépito de las botas de los soldados sobre el parapeto de madera. Los soldados gritaban instrucciones en danés; en el cuartel sonaba un timbre de alarma. El alboroto atrajo a Alice y a un hombre que, supuso Jack, debía de ser el organista. «En una crisis como esta, ¿de qué sirve un organista?», pensó Jack. Pero Anker Rasmussen, si era él, al menos parecía más militar que músico.

Alice gritaba histéricamente. A Jack le preocupó que pensase que su padre era el culpable de todo aquello. En cierto modo lo era, reflexionó el niño. En cuanto a su propio rescate, albergaba serias dudas. Al fin y al cabo, si el hielo no lo había sostenido a él, ¿cómo iba a sostener a uno de los soldados?

En ese momento Jack lo vio, vio al soldado más pequeño. No estaba entre los primeros soldados que llegaron; quizás Anker Rasmussen había ido a buscarlo a uno de los barracones. No vestía uniforme, solo camiseta y calzoncillos largos, como si acabasen de despertarlo o estuviese convaleciente de una enfermedad. Ya temblaba cuando empezó a avanzar por el hielo hacia Jack centímetro a centímetro —como imaginaba Jack que aprendían a hacer todos los soldados, tendido boca abajo e impulsándose con los codos. Llevaba el fusil a rastras, tirando de él por la correa, que mantenía sujeta con los dientes.

Cuando el soldado se aproximó al agujero que Jack había abierto en el hielo, deslizó el fusil hacia él, con la culata por delante. Jack logró agarrar la correa con las manos, y el soldado, asiendo el cañón por el extremo donde se ajustaba la bayoneta, tiró de él hasta sacarlo del agua.

A Jack ya se le habían helado las cejas y notaba el hielo que empezaba a formársele en el pelo. Una vez en la superficie, intentó ponerse a gatas, pero el soldado más pequeño le gritó.

—¡Quédate tumbado! —exclamó. El hecho de que hablase en inglés no sorprendió a Jack; la sorpresa fue que no tenía voz de soldado. A Jack el soldado le parecía otro niño como él, ni siquiera un adolescente.

Como si fuese un trineo, Jack permaneció tendido y dejó que el soldado más pequeño lo arrastrase por el foso helado hasta el borde del parapeto, donde esperaba Alice. Su madre lo abrazó y lo besó, y de pronto lo abofeteó. Según recordaba Jack Burns, era la única vez que su madre le había pegado, y Alice, nada más hacerlo, rompió a llorar. Él, sin vacilar, le tomó la mano.

Envuelto en mantas, lo llevaron a la casa del comandante, aunque no recordaba haber conocido al comandante. El propio soldado más pequeño buscó ropa para Jack. Le venía grande, pero lo que a Jack más le sorprendió fue que se tratara de ropa de civil, no de un uniforme de soldado.

—Los soldados también tienen ropa para cuando no están de servicio, Jack —explicó su madre, un concepto de difícil comprensión para un niño de cuatro años.

Cuando Jack y su madre se marcharon del Kastellet, Alice dio un beso de

despedida al soldado más pequeño, y para ello tuvo que inclinarse. Jack vio que él se ponía de puntillas para recibir el beso a medio camino.

Fue entonces cuando Jack concibió la idea de que su madre le ofreciese un tatuaje gratis a su rescatador; sin duda los soldados, como los marinos, eran aficionados a los tatuajes. A Alice pareció complacerle la ocurrencia. Volvió a acercarse al soldado más pequeño, y esa vez se inclinó no para besarlo sino para susurrarle al oído. Él desde luego acogió sus palabras con entusiasmo; saltaba a la vista que el ofrecimiento de Alice le había gustado.

Resultó que Jack y Alice tenían otras razones para ir a Estocolmo aparte de conocer al talentoso Doc Forest. Anker Rasmussen contó a Alice que el organista de la iglesia de Hedvig Eleonora de Estocolmo, Erik Erling, había muerto hacía tres años. Lo había sustituido un brillante músico de veinticuatro años, Torvald Torén. Según rumores, Torén buscaba a un segundo organista.

Alice expresó su sorpresa ante la idea de que William fuera tras un puesto como subalterno de un organista más joven que él. Anker Rasmussen veía las cosas de otro modo: William tenía inteligencia y talento de sobra para ser un buen organista; para él, esa era la época de viajar, de tocar distintos órganos, de formarse un bagaje con lo que pudiese aprender o copiar de otros organistas. En opinión de Rasmussen, no eran solo sus problemas con las mujeres lo que impulsaba a William a ir de un lado a otro.

Alice expresó ante Jack su desconcierto por las teorías de Anker Rasmussen; ella se había enamorado de William Burns por cómo tocaba el órgano, y sin embargo no se había planteado que el propio instrumento lo hubiese seducido a él. ¿Tenía William la insaciable necesidad de estar ante un órgano cada vez más grande y mejor, o al menos distinto? ¿Existía correlación entre su actitud y el amor de algunas chicas por los caballos? (Sin duda Alice sintió mayor desconcierto aún al tomar conciencia de que quizás a William le gustaba tanto cambiar de mentor como de mujer).

Jack supuso que partirían hacia Estocolmo de inmediato, pero su madre tenía otros planes. Durante las navidades podía ganarse mucho dinero en el estudio de Tattoo Ole. Si en Estocolmo un tatuador de la talla de Doc Forest trabajaba en su casa, eso significaba que allí el tatuaje era una actividad no del todo legal. Alice decidió que a ella no le sería fácil ganar dinero en Estocolmo; pensó que le convenía aprovechar las fiestas en el estudio de Tattoo Ole antes de proseguir viaje con Jack.

En el 17 de Nyhavn la despedida se prolongó durante un buen rato. Jack no recordaba haber posado allí, en la calle frente al estudio de Tattoo Ole, para una fotografía, pero desde luego estaba muy familiarizado con el chasquido del obturador de la cámara. Obviamente alguien sacaba fotos.

Alice gozaba de tal aceptación entre los clientes, muchos de ellos marineros disfrutando de sus vacaciones de Navidad, que trabajaba hasta bien entrada la noche. Madsen el Mujeriego estaba menos solicitado. Con frecuencia acompañaba a Jack al

Hotel d'Angleterre mientras Alice seguía tatuando.

En la habitación de Jack, Lars se sentaba en la cama mientras el niño se lavaba los dientes; después el Mujeriego le contaba un cuento hasta que se quedaba dormido. Los cuentos de Madsen nunca mantenían despierto a Jack por mucho tiempo. Eran relatos sobre la propia infancia de Lars teñidos de autocompasión. (En su mayoría percances con el pescado que a Jack se le antojaban fácilmente evitables; para Lars, en cambio, esas catástrofes tenían una trascendencia inconmensurable).

Mientras el niño dormía en la habitación más estrecha de las dependencias del servicio, separada del dormitorio de su madre por un cuarto de baño con dos puertas correderas, Madsen el Mujeriego leía revistas sentado en el inodoro. A veces Jack se despertaba y veía la silueta de Lars a través del cristal esmerilado de la puerta del baño. El Mujeriego a menudo se quedaba traspuesto en el inodoro con la cabeza apoyada en las rodillas, y Alice tenía que despertarlo al llegar.

A petición de Lars, Alice le hizo un tatuaje. Quería un corazón roto sobre su propio corazón, que, según afirmaba, también tenía roto. Alice le tatuó un corazón arbolado partido horizontalmente por la mitad; entre los bordes serrados del desgarrón quedaba a la vista una franja de piel desnuda, con anchura suficiente para un nombre, pero Alice y Tattoo Ole disuadieron a Madsen el Mujeriego de que añadiera uno. El corazón rasgado bastaba por sí solo como prueba de su dolor.

Aun así, Lars quiso que le tatuaran el nombre de Alice. Ella se negó.

—No tienes el corazón roto por mí —declaró, pero quizá se equivocaba.

—Me refería a tu firma como tatuadora —precisó Madsen el Mujeriego en un acopio de inesperada dignidad.

—¡Ah, un tatuaje con firma! —exclamó Tattoo Ole.

—Bueno, está bien; eso ya es otra cosa —contestó Alice a Lars.

En la blanquísima piel entre las dos partes del corazón desgarrado, Alice tatuó su nombre en letra caligráfica.

### *Alice la Hija*

Por las consideradas atenciones que había tenido con Jack, Alice le estaba agradecida al Mujeriego.

—Es gratis —dijo mientras le vendaba el corazón roto.

Jack ignoraba qué regalo podía haber hecho su madre a Ole. Quizá no hubo regalo para Ole, ni siquiera la ansiada Rosa de Jericó de Alice, que Tattoo Ole tanto admiraba.

La última noche que pasaron Alice y Jack en Copenhague Ole cerró antes el estudio y los llevó a cenar a un restaurante de postín en Nyhavn. Había chimenea, y Jack pidió conejo.



—Jack, ¿cómo puedes comerte a Cola de Algodón? —preguntó su madre.

—Déjalo que disfrute —terció Lars.

—¿Sabes qué, Jack? —dijo Tattoo Ole—. Ese no puede ser Cola de Algodón, porque en Dinamarca los conejos no van vestidos.

—¡Solo van tatuados! —exclamó Madsen el Mujeriego.

Cuando nadie miraba, Jack examinó el conejo en busca de tatuajes, pero no encontró ninguno. El niño siguió comiendo, pero no debió de tomar suficiente cerveza de Navidad.

Esa noche, muy tarde, tuvo una pesadilla. Se despertó desnudo y tembloroso. Acababa de caerse a través del hielo y de ahogarse en el Kastelsgraven. Más horrendo aún fue que en el fondo del foso se unieron a Jack en la muerte generaciones de soldados que se habían ahogado allí antes que él. Gracias al agua fría se conservaban perfectamente. Sin la menor lógica, el soldado más pequeño estaba entre los muertos.

Como siempre, la luz del cuarto de baño permanecía encendida, a modo de lamparilla nocturna para Jack. Corrió las dos puertas de cristal esmerilado y entró en la habitación de su madre. Cuando tenía un mal sueño, Alice le permitía acostarse con ella.

¡Pero alguien se le había adelantado! En los pies de la cama de su madre, tan estrecha como la suya, vio asomar bajo las mantas los dedos de los pies de ella dirigidos hacia arriba. Entre los pies de Alice, Jack vio las plantas de otros dos pies, estos apuntando hacia abajo.

Al principio, por alguna razón incomprensible, el niño creyó que era Madsen el Mujeriego. Pero al inspeccionar de cerca los pies descalzos del desconocido, Jack observó que los dos tobillos estaban sin tatuar. Además, los pies colocados entre los pies de su madre eran demasiado pequeños para ser de Lars. Incluso eran más pequeños que los de su madre. ¡Eran casi tan pequeños como los de Jack!

A la luz del cuarto de baño, otra cosa llamó la atención del niño. En la silla, donde normalmente su madre dejaba la ropa, había un uniforme militar que a Jack le pareció poco más o menos de su misma talla. Sin embargo, cuando se puso el uniforme, comprobó que era más grande de lo que había previsto. Tuvo que enrollarse los bajos del pantalón y ceñirse el cinturón hasta el último orificio, y los hombros de la camisa y de la chaqueta le quedaban anchos. Las charreteras le caían sobre los brazos; las mangas le cubrían las manos por completo.

A ojo, Jack habría dicho que el uniforme del soldado más pequeño era por lo menos una talla mayor que su ropa de paisano, la que le había prestado a Jack después del percance en el foso. (La ropa del soldado para cuando no estaba de servicio, le había explicado su madre).

Sin inmutarse por el misterio de la ropa, intrascendente en un momento como aquel, Jack resolvió permanecer en posición de firmes al pie de la cama de su madre. Cuando ella y el soldado más pequeño despertasen, Jack, como un soldado, se llevaría la mano a la frente a modo de saludo militar. (Dadas la indumentaria y las

intenciones del niño, su madre aludiría más tarde a este episodio como la primera actuación de Jack).

Pero allí de pie, en posición de firmes, se dio cuenta de que no dormían. El leve movimiento de la cama le había pasado inadvertido al principio. Aunque con los ojos cerrados, su madre estaba despierta; tenía los labios separados, la respiración agitada y poco profunda, los músculos del cuello tensos.

Del soldado más pequeño solo se veían los pies. Debía de yacer con la cabeza entre los pechos de Alice, cubiertos por las mantas; con toda seguridad estaba recobrándose de una pesadilla, o eso dedujo Jack. (Circunstancia que explicaría el temblor de la cama). Por otra parte, Jack, después de tener él mismo uno, sabía que era una noche propicia para los malos sueños; al niño le parecía de lo más obvio que el soldado hubiera sufrido también una pesadilla y que por ese motivo se hubiera metido en la cama con su madre. Sin duda Jack aún veía al soldado como un niño, igual que él.

De pronto la pesadilla del soldado más pequeño se recrudeció. Apartó con vehemencia las mantas de una patada —Jack vio el trasero desnudo del soldado a la luz del baño—, y Alice debía de estrecharlo con excesiva fuerza, porque él sollozaba y gemía. Fue justo en ese punto cuando la madre de Jack abrió los ojos y lo vio allí de pie: otro pequeño soldado, este en posición de firmes. Al principio, Alice no reconoció a su hijo; debió de ser por el uniforme.

El grito que dio su madre sobresaltó a Jack, así como al soldado más pequeño. Cuando este vio al niño de cuatro años en uniforme, gritó también. (Su voz parecía una vez más la de un crío). Y Jack sintió de pronto tal pavor por la pesadilla mutua que debían de haber sufrido que también él empezó a chillar. Además se meó en los pantalones, para ser precisos, en los pantalones del soldado más pequeño.

—¡Jackie! —exclamó su madre cuando recobró el aliento.

—He soñado que me ahogaba en el foso —explicó Jack—. Había allí conmigo soldados muertos, del pasado. —Dirigiéndose al soldado más pequeño, añadió—: Tú también estabas allí.

El soldado ya no parecía tan pequeño. Jack se asombró del tamaño de su pene; era la mitad de largo que la bayoneta del fusil que había utilizado para rescatar a Jack, y apuntaba hacia delante, en ángulo ascendente, también a modo de bayoneta.

—Será mejor que te vayas —dijo Alice al soldado más pequeño.

En consonancia con su vocación, aceptaba las órdenes de buen grado; sin una palabra de protesta entró al instante en el cuarto de baño, y cuando acabó con sus necesidades allí, regresó a la habitación de Alice a por su ropa. Jack se había quitado el uniforme militar, lo había dejado en la silla bien plegado y se había metido en la cama con su madre.

Juntos observaron al soldado más pequeño mientras se vestía. Jack se avergonzaba de haberse meado en los pantalones de su rescatador, y advirtió el preciso momento en que el pequeño héroe descubrió lo que había ocurrido. Una

expresión de incertidumbre y disgusto asomó a su rostro, no muy distinta de la ansiedad y el malestar que Jack había visto en su cara cuando el valeroso muchacho avanzaba centímetro a centímetro por la fina capa de hielo del foso con la camiseta y los calzoncillos largos.

Pero al fin y al cabo era un soldado; dirigió a Jack una mirada de infinita comprensión y renuente respeto, como si el hecho de que el niño se mease en sus pantalones le pareciese acorde con las circunstancias. Y antes de marcharse, el soldado más pequeño hizo ante Jack y su madre lo que Jack se había propuesto hacer en un principio: un saludo militar en toda regla.

A pesar de haberlo visto desnudo, Jack no advirtió ningún tatuaje, ni siquiera una venda. El niño reflexionó al respecto en lugar de volver a conciliar el sueño, cosa que, con toda probabilidad, lo llevaría de nuevo a la pesadilla en que se ahogaba en el Kastelsgraven.

Formuló a su madre la pregunta que lo inquietaba:

—¿Le has hecho el tatuaje gratis? No lo he visto.

—Sí..., claro que se lo he hecho —contestó ella un tanto titubeante—. No habrás mirado bien.

—¿Qué era? —quiso saber Jack.

—Era... un soldadito —respondió ella con otro titubeo—. Incluso más pequeño que él.

Después de ver el pene del tamaño de media bayoneta, Jack reconsideró la primera impresión que tenía sobre la *pequeñez* del soldado. No obstante, se limitó a preguntar a su madre:

—¿Dónde se lo has hecho?

—En un tobillo, el izquierdo —dijo ella.

El niño pensó que, a la luz del baño, la vista debía de haberle engañado, porque había observado detenidamente los tobillos del soldado y no había visto tatuaje alguno. Quizá no hubiese mirado bien, como decía su madre.

Jack se quedó dormido entre los brazos de Alice, como ocurría a menudo después de las pesadillas, y lo hizo en una posición ni mucho menos tan incómoda como la que había adoptado el soldado más pequeño con ella.

Aquello era Copenhague, ciudad que Jack Burns no volvería a visitar hasta pasados casi treinta años. Pero nunca olvidaría a Tattoo Ole ni a Madsen el Mujeriego, ni la deferencia que tuvieron con su madre y con él. Ni el foso helado, el Kastelsgraven, donde casi había dejado la vida. Ni al soldado más pequeño que lo había salvado y, con ello, había salvado también a su madre.

En realidad, Jack apenas comprendió lo que allí había sucedido. Aunque él no era consciente, se había establecido una pauta. Por entonces tenía mucho que aprender, sobre todo con respecto a aquello que su madre se reservaba en gran medida para sí,

no solo el significado de un tatuaje gratis, sino también todo lo demás.

Y cuando soñaba que se ahogaba en el foso, la pesadilla era siempre igual. Ya se había ahogado. No había más forcejeo, solo un frío perpetuo. En la eternidad se unían a Jack generaciones de soldados europeos muertos. Entre ellos destacaba el pequeño héroe que lo había salvado, no por el desproporcionado tamaño de su pene sino por el estoicismo de su yerto saludo militar.

### 3 - Rescatados por un contable sueco

Un día, cuando Jack fue unos años mayor, le preguntó a su madre por qué su padre no había ido a Inglaterra, por qué ellos no habían ido a buscarlo allí. Al fin y al cabo, Inglaterra tenía mujeres y órganos de sobra, así como gran raigambre en el campo del tatuaje.

Alice se limitó a contestar que William era lo bastante escocés para odiar a los ingleses. Nunca habría ido a Inglaterra por una mujer, menos aún por un órgano, y ni siquiera por un tatuaje. Pero William Burns no era tan escocés como para conservar el nombre de Callum, ¿verdad?

Desde Copenhague, Alice y Jack cruzaron el estrecho en transbordador hasta Malmö y luego viajaron en tren hasta Estocolmo. En Suecia, en enero, las horas de luz solar son escasas. Era el Año Nuevo de 1970. Al parecer, William había pasado a la clandestinidad no mucho después de su llegada, y Doc Forest no abriría su primer estudio de tatuaje hasta dos años más tarde. Encontrar a Doc era casi tan difícil como a William Burns.

Alice y Jack se dirigieron primero a la iglesia de Hedvig Eleonora. El edificio era una refulgente cúpula de oro rodeada de lápidas plantadas en la nieve; el altar y el comulgatorio eran también de oro. La fachada del órgano era de un dorado verdoso y los bancos estaban pintados de un verde grisáceo, con un sutil tono plateado, no tan oscuro como el musgo. Las ventanas geminadas simétricas de la rotonda tenían vidrios sin color, tan apagados como la luz invernal.

La iglesia de Hedvig Eleonora era la más hermosa que Jack había visto. Era luterana, con una notable tradición en canto coral. En esta ocasión William se había encariñado de tres chicas del coro antes de que la primera tuviese noticia de la tercera. Si bien fue la segunda, Ulrika, quien lo desenmascaró, sin duda las otras dos, Astrid y Vendela, se indignaron igualmente. Hasta ese momento las cosas le habían ido bastante bien a William, actuando como segundo organista a las órdenes de Torvald Torén en Hedvig Eleonora y estudiando composición en el Colegio Real de Música de Estocolmo.

Pobres Astrid, Ulrika y Vendela. Jack lamentaría más tarde no haberlas conocido. Recordaba cuando se encontraron con Torvald Torén; incluso para Jack, Torén parecía joven. A los veinticuatro años se es joven, y Torén era un hombre menudo de ademanes rápidos y mirada despierta. A Jack le dio la sensación de que su madre se quedó completamente anonadada tanto por el propio Torén como por la desoladora noticia de las tres chicas del coro. Y a diferencia de muchos otros organistas que Jack conocería, Torvald Torén vestía bien. Al niño le impresionó asimismo el aspecto de eficiencia profesional del maletín negro de Torén.

Por su juventud, su actitud alerta y su prometedor futuro —daba clases de órgano

a unos cuantos alumnos rigurosamente seleccionados—, Alice pudo ver en Torén todas las esperanzas que William había encarnado en otro tiempo. Jack pensó a la sazón que quizás a su madre le fuese difícil despedirse de Torvald Torén. Cuando Jack y Alice salían de Hedvig Eleonora, el niño vio cómo su madre se volvía para mirar el altar dorado, y ya fuera, en la nieve, en lo que a ambos les parecía la perpetua oscuridad de Estocolmo, Alice dirigió la mirada una y otra vez por encima del hombro hacia la cúpula iluminada de la iglesia. Pero Jack había oído muy poco de la conversación de Alice con Torén; la propia iglesia y la apariencia del joven organista habían acaparado toda la atención del niño de cuatro años.

No habían encontrado siquiera a Doc Forest, y William ya había pasado a la clandestinidad. Pero Alice estaba convencida de que William era incapaz de pisar una ciudad portuaria sin tatuarse, y de que en algún lugar de Estocolmo tenía que haber por lo menos un buen tatuador. Existía la remota posibilidad de que Doc Forest supiese adonde había ido William. Aunque solo sea por distraerse del dolor, un hombre a quien se le está realizando un tatuaje complicado suele ponerse a hablar.

Entretanto, mientras buscaban a Doc Forest, Alice iba gastando bastante dinero. Se alojaban en el Grand, que era el mejor hotel de Estocolmo. Su habitación daba al casco antiguo y al mar, con una vista del muelle donde atracaban los barcos que iban y venían del archipiélago. Jack recordaba haber posado ante uno de aquellos barcos como si fuera el capitán en el preciso momento de poner pie en tierra. Sabía que el hotel era caro porque su madre así se lo decía a la señora Wicksteed en una postal que le leyó en voz alta. Pero Alice tenía un plan.

El Grand se encontraba cerca del palacio de la ópera y del teatro; la gente se reunía allí para tomar una copa y cenar. Allí desayunaban y comían también los hombres de negocios de la ciudad. Y el vestíbulo del Grand era más amplio y menos tétrico que el vestíbulo del D'Anglaterra. Jack vivía en ese vestíbulo como si el hotel fuese su castillo y él el pequeño príncipe del Grand.

El plan de Alice era muy sencillo, pero durante un tiempo dio resultado. Jack y Alice tenían poca ropa de vestir, y la lucían día y noche; su cuenta de la lavandería también salía cara. La imagen que daban mientras desayunaban cada mañana por todo lo grande era bien distinta de su pobre realidad como pedigüños. El bufé iba incluido en el precio de la habitación. Era su única comida completa del día. Mientras engullían, intentaban descubrir a los buscadores de tatuajes entre la pudiente clientela que tomaba el desayuno.

Se saltaban el almuerzo. En el Grand poca gente comía sola, y Alice sabía que la decisión de tatuarse era una decisión solitaria. (Uno no se comprometía a marcarse de por vida en compañía de colegas o amigos; en la mayoría de los casos, estos trataban de disuadirle).

Al atardecer, Jack se quedaba solo en la habitación del hotel distrayendo el

hambre con fiambre y fruta mientras su madre, en el bar, tanteaba a los posibles interesados en tatuarse. Ya entrada la noche, cuando Jack se había acostado, Alice pedía el aperitivo menos caro de la carta en el comedor. En el Grand, por lo visto, muchos huéspedes del hotel cenaban solos; «hombres de negocios que estaban de viaje», suponía Alice.

Siempre abordaba a un potencial cliente de la misma manera. «¿Tiene algún tatuaje?». (Incluso había llegado a dominar esta frase en sueco: «*Har ni någon tatuering?*»).

Si la respuesta era sí, preguntaba: «¿Es de Doc Forest?». Pero nadie había oído hablar de él, y la respuesta a la primera pregunta solía ser no.

Cuando el cliente o clienta potencial contestaba que no tenía un tatuaje, Alice formulaba la siguiente pregunta, primero en inglés y luego, si era necesario, en sueco: «¿Le gustaría tener uno?». («*Skulle ni vilja ha en?*»).

La mayoría de la gente respondía que no, pero algunos decían que quizás. A Alice le bastaba con ese «quizás»; solo necesitaba abrir una pequeña brecha.

Cuando Jack no podía conciliar el sueño, recitaba ese diálogo; le daba mejor resultado que pensar en Lottie o contar ovejas. Tal vez Jack Burns llegó a ser actor porque nunca olvidó esas frases.

—Yo pongo la habitación y el equipo si usted pone el tiempo. (*Jag har rum och utrustning, om ni har tid*).

—¿Cuánto tiempo lleva? (*Hur lang tid tar det?*).

—Eso depende. (*Det beror pa*).

—¿Cuánto cuesta? (*Vad kostar det?*).

—Eso también depende. (*Det beror ocksá pa*).

Respecto a la frase «yo pongo la habitación y el equipo si usted pone el tiempo», Jack se preguntaría más tarde si esos hombres de negocios que estaban de viaje y a quienes Alice ofrecía sus servicios, malinterpretaban alguna vez sus intenciones. La única mujer que contestó que quería un tatuaje no era eso lo que quería ni mucho menos. No solo se sorprendió al encontrar a un niño de cuatro años en la habitación del hotel de Alice, sino que exigió que se marchase.

Alice se negó a mandar afuera a Jack. La mujer, que no era joven ni bonita, pareció tomárselo como una gran ofensa. Hablaba inglés muy bien —de hecho, puede que fuese inglesa—, y muy probablemente por mediación de ella descubrió el director del hotel que Alice hacía tatuajes en la habitación.

Las máquinas de tatuar, los pigmentos, la batería, el pedal, los pequeños vasos de papel, el alcohol y la solución de hamamélide de Virginia y la glicerina, la vaselina y las toallitas de papel... ¡Había tal cantidad de chismes! Sin embargo, cuando llegó la camarera todo estaba guardado, no quedaba nada a la vista. Al ser el tatuaje algo tan clandestino en Estocolmo, Alice sabía que la dirección del Grand no vería con buenos ojos que ella obtuviese ingresos allí practicando ese oficio.

Si bien Jack sospechó más tarde que el problema con el director del hotel

probablemente había surgido a raíz de la lesbiana de habla inglesa, en aquel momento no llegó a enterarse de las negociaciones que tuvieron lugar entre su madre y el director por esas fechas. Simplemente advirtió que la actitud de su madre hacia el Grand cambió de repente. Empezó a decir cosas como «Si hoy no consigo alguna pista sobre Doc Forest, mañana nos vamos de aquí», aunque luego continuaban allí alojados. Al despertar por la noche, Jack descubría a menudo la ausencia de su madre. Era demasiado pequeño para saber la hora, pero le parecía que ya era muy entrada la noche para que quedase todavía alguien cenando en el comedor. ¿Dónde estaba Alice, pues, esas noches? ¿Iba a hacerle un tatuaje gratis al director del hotel?

Por fortuna conocieron al contable. Jack pronto empezaría a preguntarse si, en cada ciudad, su madre necesitaba conocer a alguien que los salvase. Tenía algo de anticlímax ser rescatado por un *contable*, sobre todo después de haber topado con un héroe como el soldado más pequeño. Sin saber, lógicamente, que era contable, Jack y su madre se fijaron en él durante el desayuno en el Grand.

Se llamaba Torsten Lindberg y estaba tan delgado que parecía necesitar más de una comida. Pero para él el desayuno era un gran acontecimiento, como lo era para Jack y para Alice. Se fijaron en él no porque pareciese un cliente potencial para un tatuaje, sino porque había apilado en su plato una ración de arenque del tamaño de una bandeja —Jack y Alice aborrecían el arenque— y se embuchaba el montículo de pescado con notable fruición. Sin la menor intención de preguntar a aquel hombre alto y de aspecto lúgubre si tenía o quería un tatuaje, Jack y su madre lo observaron mientras comía, fascinados por su apetito. No pudieron por menos de preguntarse si el bufé de desayuno del Grand era también su única comida completa del día. Al menos por el apetito que mostraba, sin contar su gusto por los arenques, lo consideraron un espíritu afín.

Es posible que estuviesen mirándolo fijamente; eso explicaría por qué Torsten Lindberg empezó a mirarlos fijamente a ellos. Más tarde les dijo que no había podido por menos de reparar en lo mucho que comían, aunque no arenque. Como sagaz contable, quizás adivinó que intentaban reducir gastos.

Jack había retirado cuidadosamente los champiñones de su tortilla de tres huevos; se los guardaba a su madre. Ella había acabado con los *crêpes* y le guardaba a él las bolas de melón. Lindberg seguía dale que te pego devorando su archipiélago de arenque.

Quienquiera que considere a los contables tacaños y cicateros emocionales, además de desabridos en presencia de los niños, no ha conocido a Torsten Lindberg. Cuando dio buena cuenta de su comilona —antes de que Jack y Alice diesen por concluido su propio desayuno, porque aún escudriñaban la cafetería atentos a potenciales clientes para un tatuaje—, Lindberg se detuvo junto a su mesa y dirigió a Jack una benévola sonrisa. Dijo algo en sueco, y el niño miró a su madre en busca de ayuda.

—Disculpe; solo habla inglés —dijo Alice.



—¡Excelente! —exclamó Lindberg, como si los niños de habla inglesa estuviesen especialmente necesitados de que los animaran—. ¿Has visto alguna vez nadar a un pez fuera del agua? —preguntó a Jack.

—No —contestó el niño.

Si bien su indumentaria era formal —un traje azul marino y corbata—, se comportaba como un payaso. Lindberg podía parecer el asistente a un funeral —peor aún, un esqueleto vestido para un ataúd demasiado largo—, pero, al presentarse ante un niño, creaba las mágicas expectativas de un artista de circo.

El señor Lindberg se quitó la chaqueta del traje, que entregó a Alice de un modo a la vez cortés y presuntuoso, como si fuese su esposa. Con gran ceremonia se desabrochó la manga de la camisa blanca y se la subió por encima del codo. En su antebrazo apareció el antedicho pez fuera del agua; realmente era un tatuaje excelente, y daba la impresión de que el pez estuviese allí en su medio. La cabeza se amoldaba a la curva de la muñeca y la cola llegaba hasta la sangría; el tatuaje abarcaba la mayor parte del antebrazo. Casi con toda certeza era de origen japonés, aunque no se trataba de una carpa. Los colores fluctuaban entre un azul iridiscente y un amarillo vibrante, que se degradaban hasta convertirse en un verde iridiscente que derivaba hacia un negro nocturno y un rojo Shanghai. Cuando Torsten Lindberg tensaba los músculos del antebrazo y hacía girar un poco la muñeca, el pez comenzaba a nadar, ondeando en una espiral descendente, como una carpa dorada saltando hacia la palma de la mano de Lindberg.

—Pues ya lo has visto —dijo el señor Lindberg a Jack, que miró a su madre.

—Es un buen tatuaje —le comentó Alice a Lindberg—, pero seguramente no es de Doc Forest.

Él contestó con calma pero sin vacilar:

—Resultaría embarazoso enseñarle mi tatuaje de Doc Forest en un lugar público.

—¡Conoce a Doc Forest! —exclamó Alice.

—Claro. ¿Pensaba que también usted lo conocía!

—Yo solo conozco su obra —contestó Alice.

—Se ve que entiende usted de tatuajes —observó Lindberg con creciente entusiasmo.

—Guárdese el pez —dijo Alice—. Yo pongo la habitación y el equipo si usted pone el tiempo. —(En retrospectiva, Jack se daría cuenta de la decepción que sintió cuando su madre y él no supieron decir «Guárdese el pez» en sueco).

Llevaron a Torsten Lindberg a la habitación del hotel, donde Alice le enseñó el *flash* y montó su máquina de delinear.

Pero se precipitó al hacerlo, como pudieron comprobar enseguida. Torsten Lindberg era un entendido; no estaba dispuesto a tatuarse así sin más.

En primer lugar, insistió en enseñarle a Alice sus otros tatuajes, incluidos los del trasero.

—Delante de Jack no —dijo Alice, pero él le aseguró que esos tatuajes eran aptos

para niños.

Sin duda era la raja del culo de Lindberg lo que su madre no quería que viese Jack. Pero el trasero de un hombre delgado no causa gran impresión, y Lindberg no tenía nada más ofensivo que un globo ocular en el carrillo izquierdo y unos labios fruncidos en el derecho. El ojo parecía mirar de soslayo la raja de aquel culo descarnado y los labios semejaban un beso recién plantado con el carmín todavía fresco.

—Muy bonito —comentó Alice con un tono de censura que dejaba clara su repulsa ante tal exhibición.

El señor Lindberg se apresuró a subirse los pantalones.

Pero tenía otros tatuajes; muchos, a decir verdad. Por lo común, un contable desarrolla su vida pública vestido. Posiblemente ningún compañero de trabajo del señor Lindberg sabía que estaba tatuado, y menos que lucía un globo ocular en el culo. También Tattoo Ole le había hecho un tatuaje, que Alice reconoció de inmediato; era la mujer desnuda de Ole con la ceja extrañamente invertida a modo de vello púbico. No obstante, esa mujer incluía algún matiz un poco distinto, (Jack no supo en qué consistía la diferencia porque su madre no le permitió mirarlo de cerca). Torsten Lindberg tenía, además, un Tattoo Peter de Amsterdam y un Herbert Hofímann de Hamburgo; pero, aun en tan augusta compañía, el tatuaje que más impresionó a Alice fue el Doc Forest.

En el estrecho y hundido pecho del señor Lindberg navegaba a toda vela un esbelto clíper, uno de tres mástiles con casco rápido y jarcias altivas. Junto a la proa se erguía un monstruo marino. La cabeza de la serpiente era tan grande como la vela mayor del barco; la bestia surgía del mar a babor de la proa, pero la punta de la cola asomaba a estribor de la popa. Obviamente el malhadado barco no representaba rival alguno para el monstruo.

Alice anunció que Doc Forest tenía que haber sido marino. En su opinión, el velero en el pecho de Torsten Lindberg era superior al barco RUMBO A CASA tatuado sobre el esternón del difunto Charlie Snow. Torsten Lindberg sabía dónde vivía Doc Forest y prometió llevar allí a Jack y Alice para presentárselo. Y al día siguiente Lindberg decidiría qué clase de tatuaje quería de Alice.

—Me inclino por una versión *personalizada* de su Rosa de Jericó —confesó.

—Todo hombre tatuado debería tenerla —dijo Alice.

El señor Lindberg no parecía muy convencido. Se preocupaba por todo; eran las preocupaciones, más que su metabolismo, el motivo de su delgadez. Le preocupaba la situación de Alice en el Grand, y en particular el bienestar de Jack.

—Incluso en el invierno sueco, un niño debe hacer ejercicio. —Lindberg preguntó a Alice si Jack sabía patinar.

Aprender a patinar no había formado parte de la experiencia canadiense de Jack, le informó Alice.

Torsten Lindberg conocía el remedio a eso. Su mujer patinaba todas las mañanas

en el lago Málaren. Ella enseñaría a Jack.

Caso de que Alice hubiera sentido la menor alarma por la presteza con que el señor Lindberg había ofrecido los servicios de su esposa como patinadora, no dijo nada, aunque, en todo caso, Jack no habría oído las palabras de su madre. El niño estaba en el cuarto de baño. Le dolía el estómago por el copioso desayuno. Se perdió la conversación sobre el patinaje de principio a fin. Al salir del baño se encontró con que ya le habían organizado el ejercicio invernal.

Y al niño de cuatro años no le causó la menor extrañeza que su madre hablase de la mujer de Lindberg como si ya la conociese.

—Todo lo que él tiene de flaco lo tiene ella de robusta —le dijo a Jack su madre—. Podría mantener a toda una cervecería cantando con su inagotable vitalidad.

Alice también le explicó a Jack que la señora Lindberg no deseaba ningún tatuaje, aunque los de Lindberg le parecían bien. Mujer grande y ancha de espaldas con un suéter en el que habrían cabido dos como Alice, la señora Lindberg llevó a Jack a patinar al lago Málaren tal como había prometido su marido. Jack advirtió que, en apariencia, Agneta Lindberg prefería su apellido de soltera, que era Nilsson.

—¿Quién no estaría de acuerdo en que Agneta suena mejor con Nilsson que con Lindberg? —dijo Alice a su hijo, y dio por concluida la conversación.

Lo que más impresionó a Jack fue lo bien que patinaba la corpulenta mujer, pero le molestó que Agneta se quedase sin respiración tan pronto. Para ser una persona que patinaba todas las mañanas, enseguida le faltaba el resuello.

La Rosa de Jericó personalizada que Torsten Lindberg había escogido podía ser un trabajo de tres días, dada su limitada disponibilidad de tiempo. El delineado llevaría cerca de cuatro horas; quizás el sombreado de los labios hábilmente ocultos requeriría un cuarto día.

Fue una lástima que la madre de Jack no permitiese a su hijo examinar detenidamente el tatuaje acabado, ya que si el niño hubiese visto a qué llamaba Lindberg una versión *personalizada* de la Rosa de Jericó de Alice, tal vez habría comprendido que había otras cosas que no eran lo que parecían.

El lago Málaren es un gran lago de agua dulce que afluye al mar Báltico en un lugar llamado Slussen, al lado mismo del casco antiguo. Cuando no nieva demasiado, el lago es un sitio ideal para el patinaje. Pese a su experiencia con la delgada capa de hielo en el Kastelsgraven, Jack no temía hundirse en el lago Málaren. Sabía que si el hielo soportaba el peso de Agneta, lo aguantaría a él de sobra. Y cuando patinaban, ella a menudo lo cogía de la mano, con la misma firmeza que Lottie en otro tiempo. Mientras Jack aprendía a parar y a girar, e incluso a patinar hacia atrás, Alice llevó a cabo la Rosa de Jericó en el omóplato derecho de Torsten Lindberg. Era el hombro que volvía hacia su mujer cuando dormían, le explicó a Jack su madre. Cuando Agneta abriese los ojos por la mañana y los posase en su marido, vería una vagina

escondida en una flor. De mayor, Jack se preguntaría qué interés podía tener una mujer en despertarse con semejante visión, pero los tatuajes no estaban concebidos para cualquiera. Sin los Torsten Lindberg de este mundo, la madre de Jack no habría alcanzado tal éxito como Alice la Hija.

Una vez concluida la Rosa de Jericó del señor Lindberg, este llevó a Jack y a Alice a conocer a Doc Forest. Donde Doc vivía no había nada especial, excepto los dibujos colgados en las paredes de la pequeña habitación en la que había instalado su estudio de tatuaje. Alice sintió gran admiración por Doc. Era un hombre bajo y fornido con los antebrazos como Popeye, un bigote bien recortado y patillas largas. Tenía el pelo de color rubio rojizo y los ojos brillantes, y efectivamente había sido marinero. Tattoo Peter de Amsterdam le había hecho su primer tatuaje.

Doc lamentó no poder contratar a Alice como aprendiz, pero a él mismo no le resultaba fácil encontrar trabajo suficiente para mantenerse; de hecho buscaba a un benefactor, alguien que lo ayudase a financiar su primer estudio.

En cuanto al Hombre Partitura —porque, claro está, William Burns había dado con Doc Forest—, esta vez había sido un aria cuarta o una tocata de Pachelbel, le dijo a Jack su madre. Ella mencionó una película sueca que había hecho famosa cierta pieza de Pachelbel. «O quizá fuese de Mozart», añadió Alice. Jack no supo a ciencia cierta si se refería a la música de la película sueca o al tatuaje de su padre. Pero el niño se distrajo por completo con una serpiente. (Toda una pared de *flash* estaba dedicada a las serpientes marinas y otros monstruos de las profundidades).

—Imagino que no tiene la menor idea de adónde puede haber ido William —dijo Alice a Doc Forest. O bien se habían cansado de ella en el Grand o tal vez había sido ella la que se había cansado del director del Grand.

—Está en Oslo, creo —respondió Doc Forest.

—¡Oslo! —exclamó Alice. Su voz dejaba traslucir más desesperación que antes—. En Oslo no puede haber ni un solo tatuador.

—Si lo hay trabaja en su casa, como yo —contestó Doc.

—Oslo —repitió la madre de Jack, esa vez en voz más baja. Al igual que Estocolmo, Oslo no se incluía en su itinerario.

—Allí hay un órgano —añadió Doc—. Uno viejo, me dijo.

¡Claro que había un órgano en Oslo! Y si había allí algún tatuador, bueno o malo —aunque trabajase en casa—, William lo encontraría.

—¿Mencionó en qué iglesia? —preguntó Alice.

—Solo el órgano. Dijo que tenía ciento dos registros —respondió Doc Forest.

—Bueno, no debería costarme mucho encontrarlo —comentó Alice, más para sí que para Doc o para Jack.

Un tema cobraba forma en el *flash* de la pared, y el niño casi había logrado interpretarlo, algo relacionado con serpientes en torno a espadas.

—Deberías alojarte en el Bristol, Alice —dijo Torsten Lindberg—. No conseguirás tantos clientes como en el Grand, pero al menos no tendrás al director

encima.

Años más tarde, Jack reflexionaría sobre los distintos sentidos que quizá Lindberg confería a ese «encima». Pero Alice, aparte de dar las gracias al contable, no mostró reacción alguna; lógicamente, también dio las gracias a Doc Forest.

Doc levantó a Jack en sus fuertes brazos y susurró:

—Ven a verme cuando seas mayor. Quizás entonces quieras un tatuaje.

A Jack le encantaba el vestíbulo del Grand, y despertar por la mañana con las sirenas de los barcos, el tráfico diario procedente del archipiélago. Le divertía patinar en el lago Mälaren con Agneta Nilsson, la formidable *señora* Lindberg. Excepto por la oscuridad, de buena gana se habría quedado en Estocolmo, pero él y su madre emprendieron de nuevo la marcha.

Viajaron en tren a Gotemburgo y de allí en barco a Oslo. La mayor parte del viaje debió de ser precioso, pero el niño solo recordaría lo oscuro que estaba... y el frío que pasó. Al fin y al cabo, aún era enero y se hallaban muy al norte.

Debido a toda la parafernalia necesaria para tatuar, llevaban mucho equipaje. Al llegar a un lugar, nunca daba la impresión de que estuviesen de visita por poco tiempo. En el hotel Bristol, el conserje debió de pensar que habían ido para una estancia prolongada.

—No la habitación más cara —informó Alice al conserje—, pero que sea agradable, no demasiado claustrofóbica.

El conserje tuvo la agudeza de observar que necesitarían ayuda con las maletas; llamó a un botones y le dio a Jack un cordial apretón de manos, pero al niño el apretón le hizo daño en los dedos. Jack nunca había conocido a un noruego.

El vestíbulo del Bristol no era tan suntuoso como el del Grand. Jack esperaba no tener que acostumbrarse a él. Le traía sin cuidado que el órgano fuese viejo; por él, como si aquel absurdo órgano tenía *doscientos* dos registros.

Hasta la fecha Jack y su madre ya estaban en deuda con tres tatuadores, dos organistas, un soldado pequeño y un contable tatuado. ¿Con quién contraerían una deuda de gratitud entonces?, se preguntó el niño mientras seguían al botones con su equipaje por un oscuro pasillo enmoquetado.

En el Bristol les dieron una habitación poco espaciosa y mal ventilada. Al registrarse en recepción, fuera ya había oscurecido —como casi siempre—, y desde la habitación la vista era otro edificio. (En él se veían unas cuantas habitaciones exiguamente iluminadas con las cortinas corridas, que a Alice le hicieron pensar en vidas monótonas y silenciosas, o en todo caso no la clase de vida que ella había imaginado en otro tiempo al lado de William).

No habían comido desde que desayunaron por última vez en el Grand. El botones les informó de que la cocina del restaurante del Bristol aún estaba abierta, pero les recomendó que no se entretuvieran demasiado. A Jack le había advertido su madre

que el restaurante, sin duda, sería caro y debían pedir con comedimiento.

Jack no acogió con entusiasmo las sugerencias del botones.

—Tienes que probar las moras de los pantanos —dijo— y por supuesto la lengua de reno.

—Pide salmón, Jack —indicó su madre cuando se marchó el botones—. Nos lo partiremos.

Fue en ese momento cuando el niño se echó a llorar, y no porque los dedos le palpitasen aún a causa del apretón del conserje, ni porque estuviese famélico y cansado y harto de las habitaciones de hotel. No fue siquiera por la oscuridad invernal propia de Escandinavia, esa ausencia de luz que debía de inducir a más de un sueco y a más de un noruego a tirarse a un fiordo, si era posible encontrar uno que no estuviese helado. No, no fue el viaje sino la *razón* del viaje lo que lo impulsó a llorar.

—¡Me da igual si lo encontramos o no! —dijo a su madre a pleno pulmón—. ¡Ojalá no lo encontremos!

—Si lo encontramos, ya no te dará igual; será algo importante —aseguró ella.

Pero si ellos eran las «responsabilidades abandonadas» de su padre, ¿no quería eso decir que él ya había expresado su decepción con ellos dos? ¿No había rechazado William ya a Alice y, por añadidura, a Jack, y acaso encontrarlo no implicaría que podía rechazarlos otra vez? (No es que el niño, a los cuatro años, fuese capaz de articular esos pensamientos, pero era lo que sentía, era el motivo de su llanto).

Ante la insistencia de su madre, Jack dejó de llorar para poder bajar al comedor.

—Tomaremos el salmón a medias —dijo Alice al camarero.

—Lengua de reno no —añadió Jack—, ni moras de los pantanos.

En el restaurante apenas comía gente a esas horas. Había una pareja de ancianos en silencio; el hecho de que no tuviesen nada que decirse no los predisponía necesariamente a querer un tatuaje. Un hombre solo ocupaba una mesa en un rincón. Parecía deprimido hasta la desesperación, un candidato a un fiordo.

—Un tatuaje no puede salvarlo —comentó Alice.

En ese momento entró en el restaurante una pareja joven. Fue la primera vez que Jack percibió el efecto que ejercía en su madre ver a una pareja enamorada; adoptó la expresión de los que se tiran a un fiordo y consiguen su objetivo, sin vacilar.

El hombre era delgado, de aspecto atlético, con el cabello hasta los hombros —como una estrella del *rock*, solo que mejor vestido—, y su mujer o novia era incapaz de apartar de él la mirada y las manos. Era una joven alta y desgarbada de amplia sonrisa y hermosos pechos. (Ya a los cuatro años Jack Burns tenía buen ojo para los pechos). Fuesen huéspedes del hotel o naturales de Oslo, eran tan modernos como cualquier pareja joven que entrase en el estudio de Tattoo Ole. Probablemente ya estaban tatuados.

—Pregúntales —dijo Jack a su madre, pero a ella se le hacía insoportable mirarlos.

—No —susurró Alice—, a ellos no. No puedo.

Jack no entendió qué le pasaba. Era una pareja enamorada. ¿Acaso estar enamorado no era una experiencia trascendental, como hacerse el primer tatuaje? Jack había oído hablar a su madre y a Ole de esos momentos cruciales en la vida de las personas que les inspiran a tatuarse; casi cualquier experiencia trascendental servía. Obviamente ese era el caso de la joven pareja. Y si eran huéspedes del hotel, probablemente ya habían hecho el amor esa tarde, aunque eso Jack no lo supiese. (Con toda probabilidad estaban impacientes por acabar de cenar para hacer el amor otra vez).

Ni siquiera la presencia del camarero, que estaba allí dispuesto a enumerar los platos del día, los disuadió de acariciarse. Cuando el camarero se marchó con su pedido, Jack dio un codazo a su madre y dijo:

—¿Quieres que les pregunte yo? Sé hacerlo.

—No, por favor; tú cómete el salmón —contestó ella, todavía en susurros.

Pese al tiempo atroz que hacía, la mujer llevaba un exiguo vestido y exhibía las piernas desnudas. Jack pensó que debían de estar alojados en el hotel, porque nadie saldría a la calle con un vestido así, no con semejante tiempo. También creyó ver un tatuaje —podría haber sido una marca de nacimiento— en el interior de una de las desnudas rodillas de la chica. Resultó ser un morado, pero fue eso lo que impulsó al niño a levantarse de la silla y le insufló valor para acercarse a la mesa de la pareja. Su madre no lo acompañó.

Jack fue derecho a la hermosa muchacha y pronunció las frases que aún recitaba en la cama para conciliar el sueño.

—¿Tienes un tatuaje? —(Primero en inglés. Pero si hubiese hablado en sueco, la mayoría de los noruegos lo habrían entendido).

Al parecer, la chica pensó que Jack estaba contando un chiste. El hombre miró alrededor, como si sospechase que se había equivocado de establecimiento. ¿Era aquel niño lo que se entendía por espectáculo en vivo? Jack no habría sabido decir si había incomodado al joven con su presencia, o cuál era el problema, si es que tenía alguno; casi se diría que le daba pena mirar a Jack.

—No —contestó la mujer también en inglés. El hombre negó con la cabeza; quizás él tampoco tenía un tatuaje.

—¿Te gustaría tener uno? —preguntó Jack a la chica, solo a la chica.

El hombre volvió a negar con la cabeza. Observó a Jack con extrañeza, como si no hubiese visto nunca a un niño. Pero cuando Jack lo miraba, él desviaba la vista.

—Quizá —respondió su bella esposa o novia.

—Yo pongo la habitación y el equipo si tú pones el tiempo —dijo Jack a la muchacha, pero algo la había distraído. Ni ella ni el hombre miraban a Jack; tenían la vista fija en su madre. Ella no había dejado la mesa pero lloraba. Jack no sabía qué hacer.

La chica, aparentemente más preocupada por el niño que por su madre, se inclinó tanto hacia Jack que a él le llegó el olor del perfume que llevaba.

—¿Cuánto tiempo se tarda? —le preguntó.

—Eso depende —consiguió decir Jack, solo porque se sabía las frases de memoria. Le asustaba que su madre llorase; en lugar de dirigir la mirada hacia su madre, Jack la fijó en los pechos de la chica. Cuando dejó de oír el llanto de su madre se alarmó más aún.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó el hombre, pero no como si tuviese verdadero interés en tatuarse, sino más bien para procurar no herir los sentimientos de Jack.

—Eso también depende —contestó Alice. No solo había dejado de llorar; estaba justo detrás de su hijo.

—Quizás en otra ocasión —dijo el hombre; cierta amargura en su voz indujo a Jack a mirarlo otra vez. Su esposa o novia se limitó a asentir con la cabeza, como si la hubiese amedrentado algo.

—Ven conmigo, mi pequeño actor —le susurró Alice a Jack al oído.

El hombre, por alguna razón, había cerrado los ojos; era como si no quisiese ver marcharse a Jack.

Sin volverse, el niño echó atrás un brazo. Instintivamente buscó la mano de Alice con la suya, la que el conserje le había dañado. Cuando Jack Burns necesitaba coger de la mano a su madre, sus dedos veían en la oscuridad.



## 4 - Mala suerte en Noruega

Alice encontró en Oslo a unos cuantos clientes para sus tatuajes. Entre los huéspedes extranjeros y los comensales del restaurante del Bristol, aquellas almas intrépidas que aceptaron su ofrecimiento ya habían sido tatuadas antes.

Como los desayunos en el Bristol estaban incluidos en el precio de la habitación, Jack y su madre mantuvieron la costumbre de excederse en esa comida. Durante una de esas hazañas de sobrealimentación conocieron a un hombre de negocios alemán que estaba de viaje con su esposa. El alemán tenía una Tumba del Marino (un barco zozobrando en el que flameaba aún la bandera alemana) en el pecho y un faro de St. Pauli en el antebrazo derecho; unos esmerados tatuajes marítimos obra de Herbert Hofímann, cuyo estudio en Hamburgo se hallaba a un paso de la Reeperbahn.

El alemán quería que Alice tatuase a su mujer, que ya tenía tatuado en la espalda un lagarto de cuarenta y cinco centímetros. Después del desayuno, la mujer del hombre de negocios eligió una araña verde iridiscente del *flash* de Alice. Alice tatuó una espiral negra en el lóbulo de la oreja de la alemana; la araña, suspendida de un hilo rojo, colgaba en el hueco entre la clavícula y el cuello.

—Un trabajo ambicioso para Oslo —dijo Alice a la pareja alemana.

Alice tenía muchas ganas de conocer a Herbert Hofímann; siempre había deseado visitar St. Pauli. Hofímann, al igual que Tattoo Ole y Tattoo Peter, representaba esos tatuajes del mar Báltico y del mar del Norte que ella había visto por primera vez en el estudio de su padre. Sabía que Tattoo Ole había regalado a Herbert Hoffmann su primera máquina de tatuar, y que a Hoffmann le habían tatuado Ole y Tattoo Peter.

El interés de Jack por echar un vistazo a Herbert Hoffmann era menos profesional. Ole había contado al niño que Hoffmann tenía un pájaro enorme tatuado en el culo: un pavo real con la cola totalmente desplegada abarcaba la nalga izquierda. Y la curiosidad de Jack por Tattoo Peter tenía menos que ver con su fama como artista del tatuaje que con la fascinante circunstancia de que le faltaba una pierna.

Pero si ver los Herbert Hoffmann del alemán despertó en Alice el deseo de estar en Hamburgo, su frustración fue mayor por el hecho de que solo después de una semana en Oslo consiguió tatuar a un primerizo; «vírgenes», los llamaba Alice. Quizás en Noruega nadie buscaba una experiencia trascendental, al menos no de esa especie, o no en el Bristol.

En su continuada glotonería del desayuno, en flagrante contraste con sus tácticas de semiinanición durante el almuerzo y la cena, Jack aprendió a preferir el *gravlaks* (salmón curado) al salmón ahumado. Las moras de los pantanos, que ofrecían a los niños con reiterado empeño en cada comida, resultaron bastante buenas, y si bien era imposible eludir la carne de reno en una forma u otra, Jack logró resistirse a ingerir la lengua del pobre animal. Pero el coste de su alimentación, a pesar de restringir el almuerzo y la cena a los aperitivos y los postres, superaba los ingresos de Alice. Y en

Oslo nadie quería hablarles de William. En Noruega, el supuesto objeto de deseo de William (y su posterior perdición) fue una chica demasiado joven para que el asunto pudiese tratarse con naturalidad, incluso entre adultos.

Desde la entrada principal del Bristol, se ve la catedral de Oslo en lo alto de una ligera cuesta. Desde esa perspectiva, cuando la contemplaron por primera vez una mañana oscura, la Domkirke parecía alzarse en medio de la calzada al final de la larga calle surcada de raíles. Pero nunca tomaron el tranvía; hasta la catedral no había más que un paseo.

—Seguro que es esa —dijo Alice.

—¿Por qué? —preguntó Jack.

—Porque estoy segura, así de simple.

La Domkirke se revestía de tal aire de importancia que bien podía contener un órgano antiguo de ciento dos registros. El órgano, un Walcker de fabricación alemana, había sido reconstruido ya una vez en 1883, y otra en 1930. El exterior se remontaba a 1720. Lo habían pintado de gris en 1950 —el original era verde—, y el color realizaba lo que la vieja fachada barroca del Walcker tenía de monumental y lúgubre.

La catedral de Oslo era de obra vista, con la cúpula de ese color verdoso propio del cobre torneado y el reloj del campanario grande e imponente. La esfera del reloj infundía una sensación de elevada trascendencia, más allá de lo luterano, como si la finalidad del edificio fuese la conservación de reliquias sagradas más que las rutinas de una casa de devoción.

Esa impresión fue precisamente la que tuvieron Jack y Alice al visitar por primera vez el interior de la iglesia. No había velas; la catedral estaba iluminada con luz eléctrica. Enormes arañas de cristal pendían del techo; los anticuados apliques proyectaban una falsa luz de vela sobre las paredes. El altar, que como lo más normal del mundo combinaba la Última Cena con la Crucifixión, estaba adornado de quincalla como una tienda de antigüedades. La corta y maciza escalera que ascendía al púlpito era de ornamentación recargada, con coronas de madera pintadas de color oro. Por encima del púlpito, como si el propio firmamento estuviese a punto de desplomarse, colgaba una isla flotante de ángeles, algunos de ellos tocando el arpa.

Nadie tocaba el órgano; ni un alma rezaba en los bancos. Apoyada en su fregona como si de un bastón se tratase, solo había una mujer de la limpieza para recibirlos, y lo hizo con recelo. Como más tarde le explicaría Alice a Jack, nadie mínimamente vinculado a la Domkirke deseaba que le recordasen a William. Jack era un recordatorio.

Cuando la mujer de la limpieza vio al niño, quedó paralizada. Contuvo la respiración y tensó los brazos sosteniendo la fregona ante sí con las dos manos; era como si la fregona fuese la Santa Cruz, y la mujer, agarrada a ella en busca de

protección, esperase ahuyentar a Jack.

—¿Está aquí el organista? —preguntó Alice.

—¿Qué organista? —repuso la mujer de la limpieza alzando la voz.

—¿Cuántos hay? —contestó Alice.

Sin atreverse apenas a apartar la mirada de Jack, la mujer de la limpieza le dijo a Alice que un tal señor Rolf Karlsen era el organista de la Domkirke. Estaba «ausente». La palabra «ausente» provocó que Jack se desconcentrara; de pronto la iglesia le pareció hechizada.

—El señor Karlsen es un hombre grande —explicaba la mujer de la limpieza, aunque no quedó claro si «grande» se refería a su envergadura física o a su importancia, o a las dos cosas.

Tampoco se hallaba presente ningún pastor de la iglesia, prosiguió la mujer de la limpieza. Por entonces blandía la fregona como una varita mágica, aunque estaba tan pasmada por la presencia de Jack que no era consciente de sus esfuerzos. Jack recorría el lugar con la mirada buscando el cubo de la mujer sin encontrarlo. (¿Cómo puede pasarse la fregona sin un cubo?, se preguntaba el niño).

—En realidad —empezó de nuevo Alice— buscaba a un organista *joven*, un extranjero que se llama William Burns.

La mujer de la limpieza cerró los ojos como si orase, o con la desesperada convicción de que la fregona podía convertirse en un verdadero crucifijo y salvarla. Alzó solemnemente la fregona y señaló con ella a Jack.

—¡Ese es su hijo! —exclamó la mujer de la limpieza—. Habría que estar ciego para no reconocer esas pestañas.

Era la primera vez que alguien mencionaba el parecido de Jack con su padre. La madre de Jack fijó en él la mirada como si acabase de tomar conciencia de ello; de pronto se la veía tan alarmada como a la mujer de la limpieza.

—¡Y usted, pobre desdichada, debe de ser su esposa! —dijo la mujer de la limpieza a Alice.

—En otro tiempo quise serlo —contestó Alice. Tendió la mano a la mujer de la limpieza y dijo—: Soy Alice Stronach, y este es mi hijo Jack.

La mujer de la limpieza, después de enjugarse la mano en la cadera, estrechó la de Alice con un firme apretón. Jack lo supo por la mueca de su madre.

—Yo soy Else-Marie Lothe —se presentó la mujer—. Dios te bendiga, Jack —dijo al niño.

Acordándose del conseje del Bristol, Jack no aceptó su mano extendida.

Else-Marie no entró en los detalles de lo ocurrido salvo para decir que la parroquia entera era incapaz de enterrar «el episodio» en el olvido. La mujer de la limpieza les sugirió a Alice y a su hijo que debían marcharse a casa.

—¿Quién fue esta vez la chica? —preguntó Alice.

—¡Ingrid Moe no es una chica; es solo una *niña*! —exclamó Else-Marie.

—Delante de Jack no —dijo Alice.

La mujer de la limpieza le tapó a Jack los oídos con sus manos secas y fuertes y dijo algo que él no oyó, como no oyó la respuesta de su madre, pero el comentario final que le hizo Else-Marie a Alice no incluía «pobre desdichada».

—Nadie hablará con usted —advirtió Else-Marie a voz en grito cuando se marchaban de la Domkirke, y sus palabras reverberaron en la catedral vacía.

—La chica, es decir, la *niña* sí lo hará —contestó Alice—. Hablaré con Ingrid Moe.

Pero cuando visitaron por segunda vez la catedral de Oslo, Jack tuvo la impresión de que los rehuían. La mujer de la limpieza no estaba. Un hombre subido a una escalera de mano cambiaba las bombillas fundidas de los apliques. Vestía demasiado bien para ser sacristán. (Un feligrés especialmente escrupuloso, quizá, que se había erigido en maniático oficial de la iglesia). Y quienquiera que fuese, quedaba claro que sabía quiénes eran Jack y Alice, no estaba dispuesto a hablar.

—¿Conoce a William Burns, el escocés? —preguntó Alice, pero el hombre se dio media vuelta y se fue sin más—. ¿Y a Ingrid Moe? ¿La conoce? —insistió Alice levantando la voz.

Aunque el hombre de las bombillas siguió andando, Jack advirtió que daba un respingo. (Y una vez más se produjo el ya familiar sonido del obturador de una cámara mientras Jack y su madre estaban frente a la Domkirke agarrados de la mano. Alguien les sacó una fotografía cuando se disponían a regresar al Bristol).

Finalmente, un sábado por la mañana, tocaba un organista invisible. Jack buscó la mano de su madre, y ella lo guio hacia el órgano. Más tarde el niño se preguntaría cómo conocía el camino.

El organista se hallaba un piso por encima de la nave; para acceder al órgano era necesario subir por una escalera situada al fondo de la catedral. Tan absorto estaba el organista en su interpretación que no vio a Jack y a Alice hasta que se encontraron a su lado.

—¿El señor Rolf Karlsen? —La voz de Alice denotaba sus propias dudas. El joven sentado en la banqueta del órgano era un adolescente; en modo alguno podía ser Rolf Karlsen.

—No —respondió el adolescente. Había dejado de tocar en el acto—. Solo soy un alumno.

—Tocas muy bien —dijo Alice. Soltó la mano de Jack y se sentó en la banqueta junto al alumno.

Rubio, de ojos azules y aspecto delicado, se parecía un poco a Lars el Mujeriego, pero en más joven y sin tatuar. Nadie le había roto la nariz, que era tan pequeña como la de una niña, y no presentaba la irrisoria perilla de Lars. Mantenía las manos inmóviles sobre los registros del órgano; Alice alcanzó la mano del chico que tenía más cerca y se la llevó al regazo.

—Mírame —susurró ella. (Él no podía.)—. Entonces escucha —dijo ella, e inició su relato—. Yo conocía a un joven como tú; se llamaba William Burns. Este es su

hijo —añadió y señaló a Jack con un gesto—. Míralo. —(Él no quería).

—¡En principio no debo hablar con usted! —prorrumpió el alumno.

Con la mano libre, Alice le acarició la cara, y él se volvió hacia ella. Un hijo ve a su madre de determinada manera; sobre todo en su infancia, Jack Burns consideraba a su madre tan hermosa que le resultaba difícil mirarla cuando acercaba su rostro al de él. Jack entendió por qué el joven organista cerró los ojos.

—Si no hablas conmigo, hablaré con Ingrid Moe —dijo Alice, pero Jack había cerrado los ojos (quizás en solidaridad con el alumno), y cuando cerraba los ojos no oía bien. En la oscuridad ocurrían muchas cosas que lo distraían.

—Ingrid tiene un defecto en el habla —dijo el alumno—. No le gusta hablar.

—No es del coro, imagino —dedujo Alice. Tanto Jack como el muchacho abrieron los ojos.

—No, claro que no —contestó el adolescente—. Estudia órgano, como yo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Alice.

—Andreas Breivik —respondió el muchacho.

—¿Tienes un tatuaje, Andreas? —dijo ella. Al parecer se quedó tan atónito por la pregunta que fue incapaz de contestar; era una pregunta que no se esperaba—. ¿Quieres uno? —susurró Alice—. No te dolerá y, si hablas conmigo, te lo haré gratis.

Un domingo por la mañana, antes de misa, Jack estaba en el salón para desayunar del Bristol, atiborrándose incluso más que de costumbre. Su madre le había dicho que si se quedaba en el salón del desayuno mientras ella le hacía a Andreas el tatuaje gratis, Jack podía comer tanto como le viniese en gana. (Ella no estaría allí para impedirselo). Ya había vuelto al bufé dos veces cuando empezó a poner en duda si le convenía una segunda ración de salchichas, y para entonces era demasiado tarde; las salchichas viajaban ya a toda marcha dentro de él.

Aunque tenía orden de esperar a su madre en el salón del desayuno —ella le había dicho que se reuniría con él a desayunar cuando terminase con Andreas—, a Jack no le cupo duda de que debía ir al baño de inmediato. Tenía que haber un servicio para caballeros en la planta baja del Bristol, pero el niño no sabía dónde estaba; ante el riesgo de no encontrarlo a tiempo, corrió escalera arriba y por el pasillo enmoquetado hasta su habitación, donde aporreó la puerta para que su madre lo dejase entrar.

—¡Un momento! —gritaba ella una y otra vez.

—¡Son las salchichas! —exclamó Jack. Estaba doblado por la cintura cuando Alice le abrió la puerta por fin.

Jack entró precipitadamente en el cuarto de baño y cerró la puerta tan deprisa que apenas reparó en la cama revuelta o los pies descalzos de su madre..., o en que Andreas Breivik se subía la cremallera de los vaqueros. El alumno tenía los faldones de la camisa por fuera y los botones desabrochados, pero Jack no había visto el tatuaje. Andreas tenía la cara como hinchada, igual que si se la hubiera estado

restregando, sobre todo en la zona de los labios.

Puede que hubiera estado llorando, pensó Jack. «No te dolerá», le había prometido Alice, pero Jack sabía que sí dolía. (Unos tatuajes más que otros, según en qué parte del cuerpo se hacían y qué pigmentos se utilizaban; ciertos colores eran más tóxicos para la piel).

Cuando Jack salió del cuarto de baño, tanto su madre como Andreas se habían vestido por completo y la cama estaba hecha. Las máquinas de tatuar, las toallitas de papel, la vaselina, los pigmentos, el alcohol, la solución de hamamélide de Virginia, la glicerina, la batería, el pedal —incluso los vasitos de papel— ya estaban guardados. De hecho, Jack no recordaba haber visto nada de eso al cruzar la habitación a toda prisa camino del baño.

—¿Te ha dolido? —preguntó Jack a Andreas.

O bien el joven alumno de órgano no había oído al niño, o bien se hallaba en estado de *shock*, recobrándose del dolor de su primer tatuaje; miró a Jack fijamente, sin habla. Alice sonrió a su hijo y le alborotó el pelo.

—No te ha dolido, ¿verdad? —preguntó a Andreas.

—¡No! —exclamó él demasiado alto. Probablemente estaba en fase de negación. No podía ser otra Rosa de Jericó en la caja torácica, conjeturó Jack; no había dado tiempo. Tal vez algo pequeño en la zona lumbar.

—¿Dónde lo has tatuado? —preguntó Jack a su madre.

—Donde nunca lo olvidará —susurró ella sonriendo a Andreas. Posiblemente el esternón, imaginó Jack; eso explicaría por qué el adolescente tembló al tocarlo Alice. Aunque con delicadeza, ella lo empujaba hacia la puerta; daba la impresión de que a él le dolía al andar.

—Mantenlo tapado un día —aconsejó Jack a Andreas—. Tendrás la misma sensación que si te hubiese quemado el sol. Será mejor que te pongas un poco de crema hidratante.

Andreas Breivik se quedó de piedra en el pasillo, estupefacto, como si esas sencillas instrucciones lo desconcertasen.

Alice le dirigió un gesto de despedida a la vez que cerraba la puerta.

Por cómo se sentó su madre en la cama, Jack supo que estaba cansada. Se tendió con las manos detrás de la cabeza y se echó a reír de un modo que su hijo reconoció; era la clase de risa que, sin razón aparente, pronto se convertía en llanto. Cuando rompió a llorar, Jack le preguntó —como hacía a menudo— qué le pasaba.

—Andreas no sabía nada —respondió Alice entre sollozos. Cuando recuperó el control, añadió—: Si supiese algo, me lo habría dicho.

Si Alice se entretenía con el desayuno llegarían tarde a la iglesia; además, le dijo a Jack su madre, él había comido de sobra por los dos.

Siempre que utilizaban el servicio de lavandería del Bristol les devolvían la ropa limpia junto con cartones de camisa; las prendas iban plegadas entre los cartones como sándwiches. Jack observó a su madre mientras tomaba uno de esos cartones

blancos y rígidos y escribía en él, en mayúsculas, con uno de los rotuladores que empleaba para poner el nombre a los tubos de pigmento. El letrero negro rezaba: INGRID MOE.

Alice se escondió el cartón bajo el abrigo y se encaminaron cuesta arriba hacia la Domkirke. La misa dominical ya había empezado cuando llegaron. Sonaba el órgano; el coro cantaba el himno inicial. Si hubiese habido una procesión, se la habrían perdido. Jack pensaba que el gran (o al menos corpulento) Rolf Karlsen debía de estar tocando el órgano, porque este sonaba especialmente bien.

La iglesia casi estaba llena; se sentaron en el último banco junto al pasillo central. El pastor que pronunció el sermón era el hombre de las bombillas. Debió de hacer algún comentario sobre Jack y Alice, porque en pleno sermón unos cuantos rostros intranquilos se volvieron hacia ellos con expresiones de pesar y benevolencia a la vez.

Jack no tenía nada que hacer excepto mirar el techo de la catedral, donde vio una pintura que lo asustó. Un muerto salía de una tumba. Jack estaba seguro de que era Jesús quien llevaba de la mano al muerto, pero no por eso le inspiró menos temor aquel cadáver andante.

De pronto, el pastor señaló al techo y leyó en noruego algo de la Biblia. Jack se sintió curiosamente reconfortado cuando los fieles fijaron también la mirada en la pavorosa figura. (Pasarían años hasta que Jack comprendiese la ilustración o viese la traducción inglesa, que era de ese pasaje de San Juan 11, versículos 43 y 44, en que Jesús devuelve a Lázaro a la vida).

*«Dicho esto, gritó con fuerte voz: “¡Lázaro, sal fuera!”. Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: “Desatadle y dejadle andar”».*

Cuando el pastor, alzando la voz, dijo «Lázaro», Jack se sobresaltó. Lázaro y Jesús fueron las únicas palabras que entendió, pero al menos así conocía el nombre del muerto; también con eso se sintió curiosamente reconfortado.

Al concluir el oficio, Alice se plantó junto al banco en el pasillo central con el cartón de camisa ante el pecho. Para salir de la iglesia, todos tenían que pasar por delante de ella y del cartel donde se leía INGRID MOE. El acólito era un niño más o menos de la edad de Jack; portando la cruz, se puso al frente de los fieles y los guio al exterior. Con la vista baja, recorrió el pasillo y dejó atrás a Alice. El pastor, en quien Jack pensaba como el hombre de las bombillas, fue el último en acercarse por el pasillo; normalmente era el primero en seguir al acólito, pero en esa ocasión se había rezagado adrede.

Se detuvo junto a Alice con un suspiro. Cuando el hombre de las bombillas habló, lo hizo con delicadeza.

—Por favor, señora Burns, váyase a casa —dijo el pastor.

Si Alice reparó en el «señora Burns», no intentó corregirlo siquiera; quizá, por parte del pastor, no fuese un malentendido sino otra muestra de gentileza.

Apoyó la mano en la muñeca de ella y, cabeceando, dijo:

—Dios la bendiga a usted y a su hijo.

Acto seguido se marchó.

Jack sacó en conclusión que, habida cuenta de que incluso la mujer de la limpieza lo había bendecido, en Noruega la gente era muy dada a las bendiciones. Ciertamente, Lázaro parecía predispuesto a dar una bendición al salir de la tumba.

De regreso en el Bristol, Alice fue dando sorbitos a su sopa. (Ese fue su almuerzo que tomaron los dos, solo la sopa). Aunque el entusiasmo de Alice en la búsqueda de futuros clientes para tatuarlos había decaído, Jack creyó ver a uno. Una muchacha los miraba con atención desde la entrada del comedor. Tenía cara de niña en un cuerpo larguirucho, y se negó a dejarse acompañar hasta una mesa por el *maître*. Jack dudó que su madre la tatuase. Alice tenía sus normas. Uno debía haber alcanzado cierta edad, y aquella muchacha de rostro infantil parecía demasiado joven para tatuarse.

En cuanto Alice la vio, supo que era Ingrid Moe. Alice pidió al camarero que acercase otra silla a la mesa, donde la chica alta y desgarbada se les unió remisamente. Se sentó en el borde de la silla con las manos en la mesa, como si los cubiertos fuesen registros de órgano y estuviese en ademán de tocar; tenía los brazos y los dedos absurdamente largos para su edad.

—Siento mucho que te haya hecho daño. Siento mucho incluso que lo hayas conocido —dijo Alice a la chica. (Jack dio por supuesto que su madre se refería a su padre. ¿A quién, si no, iba a referirse?).

Ingrid Moe se mordió el labio y fijó la mirada en sus largos dedos. Una tupida trenza rubia le caía por la espalda perfectamente erguida y casi le llegaba a la base de la columna vertebral. Cuando habló, su exquisita belleza se vio empañada por la manifiesta tensión que el hecho de hablar le provocaba; apretó los dientes como si temiese enseñar la lengua o fuese incapaz de ello.

Jack pensó con un escalofrío en el suplicio que debía de representar para ella besar a alguien, o para otro besarla a ella. Años más tarde imaginó a su padre pensando eso mismo al conocerla y se sintió avergonzado.

—Quiero un tatuaje —dijo Ingrid Moe a Alice—. Según él, tú sabes tatuar. —Debido a su defecto en el habla, era casi imposible entenderla, al menos en inglés.

—Eres demasiado joven para un tatuaje —contestó Alice.

—No fui demasiado joven para *él* —repuso Ingrid.

Al decir «él» contrajo los labios y dejó al descubierto los dientes apretados; se le tensaron los músculos del cuello impulsando la mandíbula hacia delante como si estuviese a punto de escupir. Que una muchacha tan hermosa se transformase de



manera tan instantánea tuvo un efecto trágico; el acto de hablar, para ella no tan sencillo, la afeaba.

—Yo te aconsejaría que no te tatuases —insistió Alice.

—Si no lo haces tú, lo hará Trond Halvorsen —contestó Ingrid con visible esfuerzo—. No es muy bueno; por su culpa, William pilló una infección. Me parece que con él nadie se libra de las infecciones.

Alice dio un respingo, más por oír el nombre de William en labios de la muchacha, quizá, que por la noticia de la infección debida a unas agujas sucias o al trabajo de un mal tatuador. Pero Ingrid Moe malinterpretó la reacción de Alice.

—Se recuperó —prorrumpió la chica—. Solo necesitó un antibiótico.

—No quiero tatuarte —dijo Alice.

—Sé lo que quiero y dónde lo quiero —contestó Ingrid—. Es en una parte del cuerpo que prefiero que Trond Halvorsen no vea —añadió. Por cómo torcía la boca al pronunciar «Trond Halvorsen», cabría pensar que este fuera una clase de pez no comestible. Ingrid extendió los largos dedos de su mano derecha sobre el pecho izquierdo, cerca del corazón—. Aquí —dijo. Ahuecó la mano en torno al pequeño pecho y las yemas de los dedos le llegaron a las costillas.

—Ahí te dolerá —informó Alice.

—Quiero que me duela —respondió Ingrid.

—Supongo que quieres un corazón —dijo Alice.

Quizás uno roto, pensaba Jack. Estaba jugando con los cubiertos, distraído de nuevo.

Alice se encogió de hombros. Un corazón roto era un tatuaje tan común entre los marinos que podía hacerlo con los ojos cerrados.

—No pondré su nombre —anunció a Ingrid.

—No quiero su nombre —contestó la chica.

Solo un corazón, partido en dos, pensaba Jack. (Era lo que solía decir Madsen el Mujeriego).

—Algún día conocerás a alguien y tendrás que explicárselo todo —advirtió Alice a Ingrid.

—Si conozco a alguien, al final tendrá que saberlo todo de mí —respondió la chica.

—¿Cómo me pagarás? —preguntó Alice.

—Te diré dónde encontrarlo —contestó la chica. Pero Jack no escuchaba; el defecto en el habla le causaba desazón. Quizá la chica había dicho: «Te diré adónde quiere ir».

Con eso quedó todo claro en cuanto a las normas. Después de todo, Ingrid Moe ya no era demasiado joven para tatuarse. No era una niña, solo lo parecía. Pese a su rostro infantil, incluso Jack se dio cuenta de eso. Puestos a adivinar, Jack habría dicho que tenía dieciséis años e iba para treinta. No sabía que lo esperaba un mundo de mujeres maduras.

A mediodía, la luz ambarina que bañaba la habitación del hotel confirió a la piel de Ingrid Moe un tono más dorado del que tenía en realidad. Desnuda de cintura para arriba, se había sentado en una de las camas gemelas, y Alice estaba a su lado. Jack, en la otra cama, mantenía la mirada fija en los pechos de la chica.

—Es solo un niño; no me importa que mire. —Así se había expresado Ingrid.

—Puede que precisamente a mí sí me importe —respondió Alice.

—Por favor, me gustaría que Jack estuviese delante mientras lo haces —dijo Ingrid—. Va a parecerse mucho a William. Lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé —contestó Alice.

Posiblemente a Ingrid no le importaba que el niño la viese, porque pechos, lo que se dice pechos, no tenía; aun así, Jack era incapaz de apartar de ella la mirada. Permanecía sentada con la espalda muy erguida, sujetándose las rodillas con sus largos dedos. Las venas azules de sus antebrazos resaltaban sobre el dorado de su piel. Otra vena azul, que nacía en la garganta, descendía entre sus pequeños pechos; esa vena parecía palpar, como si un animal viviese bajo la piel.

Alice había delineado ya todo el corazón, que abarcaba parte del pecho izquierdo de Ingrid Moe y parte de la caja torácica, cuando Jack cayó en la cuenta de que no era un corazón roto —no un corazón partido en dos, como, según creía él, había solicitado Ingrid— sino uno indemne. (Sin espejo, Ingrid no podía ver la evolución del tatuaje; además, no quitaba ojo a Jack, que prestaba más atención a sus pechos que al tatuaje).

Incluso cuando Alice delineó el contorno en la caja torácica de Ingrid, esta continuó inmóvil, sin emitir el menor sonido, pese a que las lágrimas le resbalaban a raudales por las mejillas. Alice hizo caso omiso de las lágrimas de Ingrid, excepto cuando caían en el pecho izquierdo de la chica; esas lágrimas errantes las enjugaba tan maquinalmente (con un toque de vaselina impregnada en una toallita de papel) como enjugaba las tenues salpicaduras de tinta negra del delineado.

Solo cuando Alice empezó a rellenar de color rojo el corazón, se puso de manifiesto la singularidad de este. Debido al leve contorno del pecho de Ingrid, el corazón diminuto y redondeado parecía capaz de latir. La respiración de Ingrid confería al tatuaje un pulso visible; de tan real parecía que pudiese sangrar. Jack había visto a su madre tatuar corazones entre flores o rodeados de rosas, pero ese corazón estaba solo. Era más pequeño que sus otros corazones, y había algo más distinto en él. El tatuaje cubría parte del pecho izquierdo de Ingrid Moe y le tocaba el corazón, tal como algún día le tocaría en ese mismo punto la mano de un recién nacido.

Cuando Alice terminó, fue al cuarto de baño para lavarse las manos. Ingrid se inclinó y apoyó sus largas manos en los muslos de Jack.

—Tienes los ojos de tu padre, su misma boca —susurró, pero con el defecto en el habla los susurros eran indescifrables. (Dijo «boca» de tal modo que la palabra deformada rimaba con «soga»). Y mientras Alice aún estaba en el cuarto de baño,

Ingrid se inclinó todavía más y besó a Jack en los labios. El niño se estremeció como si fuera a desmayarse. Ella había separado los labios de manera que sus dientes chocaron con los de él. Lógicamente, Jack se preguntó si el defecto en el habla sería contagioso.

Cuando Alice regresó del baño, traía consigo el espejo de mano. Se sentó al lado de Jack en la cama y en ese momento vieron cómo Ingrid Moe le echaba un primer vistazo al corazón acabado. Ingrid lo contempló detenida y largamente antes de hacer comentario alguno. En cualquier caso, Jack no llegó a oír lo que dijo. Se había ido al cuarto de baño y allí se había metido un dedo lleno de pasta de dientes en la boca y se había enjuagado en el lavabo.

Puede que Ingrid dijera:

—No está roto; he dicho un corazón partido en dos.

—A tu corazón no le pasa eso —podría haber contestado Alice.

—¡Lo tengo partido! —declaró Ingrid. Jack lo oyó y salió del cuarto de baño.

—Eso es lo que tú crees —decía su madre.

—¡No me has hecho lo que quería! —exclamó Ingrid.

—Te he hecho lo que tienes, un corazón real, uno pequeño —añadió Alice.

—¡Vete a la mierda! —vociferó Ingrid Moe.

—Delante de Jack no —dijo Alice.

—No voy a decirte nada —replicó la chica. Sostenía el espejo de mano cerca de su pecho tatuado. Tal vez no fuese el corazón que quería, pero no podía dejar de mirar el tatuaje.

Alice se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño. Antes de cerrar la puerta dijo:

—Cuando conozcas a alguien, Ingrid..., y lo conocerás..., tendrás un corazón en el que él deseará apoyar la mano. Tus hijos también querrán tocarlo.

Alice abrió el grifo del lavabo; no quería que Ingrid y Jack la oyesen llorar.

—No se lo has vendado —dijo Jack a la puerta cerrada del baño.

—Véndaselo tú, Jack —contestó su madre por encima del sonido del agua—. No quiero tocarla.

Jack impregnó de vaselina una gasa casi tan grande como la mano de Ingrid Moe; cubría por completo el corazón tatuado a un lado del pecho izquierdo. Sujetó con esparadrapo la gasa a la piel, llevando cuidado de no tocarle el pezón. Ingrid sudaba un poco, y a Jack le costó un poco adherir el esparadrapo.

—¿Has hecho esto antes? —preguntó la chica.

—Claro —respondió Jack.

—No, no lo has hecho. En un pecho de mujer no.

Jack repitió las instrucciones de costumbre; al fin y al cabo conocía bien la rutina.

—Tenlo tapado durante un día —dijo el niño a Ingrid. Ella estaba abotonándose la blusa; no se molestó con el exiguo sujetador—. Tendrás la misma sensación que si te hubieras quemado con el sol.

—¿Cómo sabes qué sensación tendré? —preguntó la chica. Cuando se erguía, era tan alta que Jack apenas le llegaba a la cintura.

—Será mejor que te pongas un poco de crema hidratante —dijo él.

Ella se agachó como si se dispusiese a besarlo otra vez. Jack apretó los labios y contuvo la respiración. Debía de estar temblando, porque Ingrid apoyó sus grandes manos en los hombros del niño y dijo:

—No tengas miedo; no voy a hacerte daño. —A continuación, en lugar de besarlo, le susurró al oído—: Sibelius.

—¿Cómo?

—Dile a tu madre que he dicho «Sibelius». Él no piensa en otra cosa. Tengo intención de ir allí —añadió.

Abrió la puerta del pasillo apenas un resquicio. Escudriñó afuera como si en su pasado reciente hubiese tenido que andarse con cuidado al salir de las habitaciones de los hoteles.

—¿Sibelius? —repitió Jack tanteando la palabra. (Pensó que debía de ser noruego).

—Te lo digo solo por ti, no por ella —aclaró Ingrid Moe—. Díselo a tu madre.

Jack observó cómo se alejaba por el pasillo. Vista desde atrás no parecía una niña; andaba como una mujer.

De nuevo en la habitación del hotel, el niño limpió el pigmento de los vasitos de papel. Se aseguró de que los tapones de la glicerina, el alcohol y la solución de hamamélide de Virginia estuviesen bien cerrados. Guardó las vendas. En una toallita de papel colocó las agujas de las dos máquinas de tatuar, la que su madre llamaba «la Jonesy redondeada», que utilizaba para el delineado, y la Rodgers, que utilizaba para el sombreado. Jack sabía que su madre preferiría limpiar ella misma las agujas.

Cuando por fin salió Alice del cuarto de baño, no pudo disimular el hecho de que había estado llorando. Si bien Jack siempre había considerado a su madre una mujer hermosa —y la forma en que la mayoría de los hombres la miraba no contribuía a desmentir esa idea preconcebida—, puede que en ese momento tuviera la cara desencajada por haber tatuado el pecho y la dorada piel de una muchacha con rostro infantil tan joven y bonita como Ingrid Moe.

—Es una chica que tira de espaldas, Jack —se limitó a decir.

—Ha dicho «Sibelius» —informó Jack a su madre.

—¿Cómo?

—Sibelius.

Al principio, la palabra dejó tan perpleja a Alice como previamente había dejado a Jack, pero siguió pensando en ella.

—Quizás es ahí adonde ha ido —aventuró el niño—, donde podemos encontrarlo.

Alice negó con la cabeza. Jack interpretó el gesto en el sentido de que Sibelius era otra ciudad fuera de su itinerario; ni siquiera sabía en qué país estaba.

—¿Dónde está? —preguntó Jack a su madre.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Es una persona, no una ciudad —dijo—. Sibelius es un compositor; es finés.

Jack pensó que había dicho «el fin es», queriendo decir que allí se acababa todo.

—Es de Finlandia —explicó Alice—. Eso significa que tu padre ha ido a Helsinki, Jack.

Decididamente, Helsinki no se incluía en su itinerario. A Jack no le gustaba lo más mínimo cómo sonaba. ¡Una ciudad con *Hell*, «infierno», en el nombre, eso sí que no!

Antes de partir rumbo a Finlandia, Alice quiso tener una conversación con Trond Halvorsen, el mal tatuador por el que William se había infectado. Halvorsen era lo que Tattoo Ole habría llamado un *scratcher*. Trabajaba en un apartamento de planta baja en Gamlebyen, la zona este de Oslo; la cocina hacía las veces de estudio de tatuaje.

Trond Halvorsen era un viejo marino. Se había dejado tatuar «a mano» en Borneo y —también sin la ayuda de una máquina de tatuar— en Japón. Tenía un Tattoo Jack (el maestro de Tattoo Ole) en el antebrazo derecho y una de las mujeres desnudas de Ole en el izquierdo. Tenía otros tatuajes sencillamente espantosos, casi todos en los muslos y en el vientre; se los había hecho él mismo.

—De cuando aprendía —aclaró, y mostró a Alice y a Jack su sinfín de errores.

—Hábleme del Hombre Partitura —empezó Alice.

—Solo le hice unas cuantas notas que me pidió —contestó Halvorsen—. No sé ni cómo suena la música.

—Tengo entendido que también cogió una infección —dijo Alice.

Trond Halvorsen sonrió; le faltaban un colmillo superior y uno inferior.

—Esas son cosas que pasan.

—¿Limpia las agujas? —preguntó Alice.

—¿Quién tiene tiempo para eso? —replicó Halvorsen.

Una cazuela borboteaba en el fogón, algo con una cabeza de pescado dentro. La cocina olía a pescado y a tabaco más o menos a partes iguales.

Alice no pudo disimular su repugnancia; incluso los dibujos del *flash* de Halvorsen estaban sucios, las plantillas manchadas de grasa de cocinar y humo. Algunos pigmentos se habían secado en los vasos de papel sobre la mesa de la cocina; era imposible adivinar cuáles habían sido los colores originales.

—Soy Alice, la hija de Bill de Aberdeen. —De pronto pareció perder interés en su propia historia—. Trabajé un tiempo con Tattoo Ole. —Su voz se apagó gradualmente.

—He oído hablar de tu padre y todo el mundo conoce a Ole —dijo Halvorsen; parecía no afectarle la manifiesta desaprobación de ella.

Jack se preguntaba para qué habían ido.

—El Hombre Partitura —volvió a mencionar Alice por segunda vez—. Supongo que no le dijo adonde pensaba ir.

—Se enfadó por la infección —admitió Trond Halvorsen—. Cuando volvió no estaba de humor para hablar de sus viajes.

—Se ha ido a Helsinki —dijo Alice. Halvorsen se limitó a escuchar. Si ella ya sabía adonde había ido William, ¿por qué importunaba a Halvorsen?—. ¿Conoce a algún artista del tatuaje en Helsinki? —preguntó Alice.

—Allí no hay ninguno bueno —contestó él.

—Aquí no hay ninguno bueno —replicó Alice.

Trond Halvorsen guiñó un ojo a Jack, como si reconociese que no debía de ser fácil convivir con la madre del niño. Removió el contenido de la cazuela en el fogón y sostuvo un momento la cabeza de pescado en alto para que Jack la viese.

—En Helsinki —dijo Halvorsen, como si hablase con el pescado—, uno puede tatuarse con un viejo marino como yo.

—¿Un *scratcher*, quiere decir? —preguntó Alice.

—Alguien que trabaja en casa, como yo —contestó Halvorsen; a juzgar por el tono de su voz, ya estaba un poco a la defensiva, incluso airado.

—¿Y conoce usted a una persona así en Finlandia, buen tatuador o no? —preguntó Alice.

—En Helsinki hay un restaurante que frecuentan los marinos —dijo Trond Halvorsen—. Al llegar al puerto debes buscar un restaurante que se llama Salve. Alguien te indicará; lo conoce todo el mundo.

—¿Y después qué? —insistió Alice.

—Pregunta a alguna camarera dónde puedes hacerte un tatuaje —respondió Halvorsen—. Una ya entrada en años lo sabrá.

—Muchas gracias, señor Halvorsen —dijo Alice. Le tendió la mano pero él no la aceptó. Incluso los *scratchers* tienen su orgullo.

—¿Tienes novio? —preguntó Halvorsen, y sonrió enseñando los dientes mellados.

La madre de Jack alborotó el pelo a su hijo y lo estrechó contra su cadera.

—¿Qué cree que es mi Jack, aquí presente? —contestó a Halvorsen.

Trond Halvorsen no llegó a estrechar la mano de Alice.

—Me parece que tu Jack, aquí presente, se parece a él —dijo el *scratcher*.

De regreso en el Bristol hicieron las maletas en silencio. El conserje se alegró de que dejaran la habitación. El vestíbulo estaba abarrotado de cronistas deportivos extranjeros y de aficionados al patinaje. El campeonato mundial de patinaje de velocidad se celebraría en el Bislett Stadium, en el centro de Oslo, a mediados de febrero, pero los periodistas y los aficionados habían llegado con antelación. Jack lamentaba marcharse; había albergado la esperanza de ver a los patinadores.

Aquel febrero la temperatura en Oslo era de ocho grados por debajo de la media. El frío equivalía a hielo rápido, explicó el conserje. Jack preguntó a su madre si los patinadores de velocidad patinaban a oscuras o si el Bislett Stadium estaba iluminado. Ella no lo sabía.

No preguntó a su madre cómo era Helsinki, porque temía que le contestase: «Más oscuro». En la tenue luz del mediodía, su habitación de hotel volvía a presentar un tono ambarino, pero sin el resplandor dorado de la piel de Ingrid Moe, Oslo parecía sumido en una oscuridad eterna.

En sueños, Jack aún veía las costillas inflamadas de la chica y el corazón palpitante a un lado del pecho. Al sostener la gasa contra la piel, sintió el calor del tatuaje; aquel corazón caliente le había abrasado la mano a través de la venda.

Mientras Jack y Alice recorrían el pasillo enmoquetado por donde él había visto alejarse a Ingrid Moe —andando como una mujer—, el niño pensó que ir a la búsqueda de su padre era también un sueño, solo que interminable.

Un día o una noche entrarían en un restaurante —un sitio muy frecuentado que se llamaba Salve, adonde acudían los marinos de Helsinki— y encontrarían a una camarera que ya había conocido a William Burns. Ella les diría lo que le había dicho a él —a saber, dónde podía tatuarse—, pero cuando llegasen allí, William ya habría añadido otro fragmento de música a su piel. Según la madre de Jack, el padre de este también habría seducido a alguna mujer o a alguna muchacha que hubiese conocido previamente en una iglesia; y ni toda la música sacra del mundo convencería a un solo feligrés de esa iglesia para que ayudase a Jack y a Alice a encontrarlo.

Una vez más, William se habría esfumado, del mismo modo que la más excelsa música del mejor órgano de la catedral más magnífica puede ahogar las voces de cualquier coro y desplazar todo sonido humano; todo incluso la risa, incluso el dolor, incluso esa clase de aflicción en la que Jack oía sumirse a su madre cuando ella creía que su hijo estaba profundamente dormido.

—Adiós, Oslo —susurró Jack en el pasillo, donde creía que Ingrid Moe se había alejado con un corazón entero, no uno partido en dos.

Su madre se agachó y lo besó en la coronilla.

—¡Hola, Helsinki! —le susurró al oído.

Jack le cogió la mano una vez más. Era lo único que sabía hacer. Como se vería, era prácticamente lo único que en realidad sabía.

## 5 - Fracaso en Finlandia

Hicieron el largo viaje de regreso a Estocolmo desandando el camino que los había llevado hasta allí, y después fueron en barco a Helsinki, una travesía nocturna del golfo de Finlandia. El frío era tal que la espuma salitrosa del mar se le congelaba a Jack en la cara si se quedaba a la intemperie más de un minuto. Sin dejarse desanimar por el tiempo, unos cuantos finlandeses y suecos bebieron y cantaron en la cubierta helada hasta la medianoche. Alice observó que también vomitaban, con mejores resultados si lo hacían a sotavento. Por la mañana, Jack vio a varios finlandeses y suecos que habían tenido la mala fortuna de vomitar a barlovento.

A través de los borrachos, muchos de ellos jóvenes, Alice averiguó que el hotel de Helsinki que mejor se adecuaba a las circunstancias de un artista del tatuaje era el Torni, donde estaba el llamado Bar Americano, que frecuentaban estudiantes de buena posición. Uno de los finlandeses o suecos presentes en cubierta describió el local como el sitio adonde uno iba a conocer a chicas de aúpa. Las «chicas de aúpa» le venían a Alice la Hija que ni pintadas, ya que interpretó la expresión «de aúpa» en el sentido de que dichas chicas (y los chicos que deseaban conocerlas) se mostrarían más predispuestas a tatuarse.

El hotel había conocido tiempos mejores. Como el viejo ascensor de reja estaba averiado «temporalmente» y se alojaban en la cuarta planta, Jack y Alice se familiarizaron con la escalera, por la que subían cogidos de la mano. Tenían una habitación sin bañera ni inodoro. Había un lavabo, pero les aconsejaron que no bebiesen el agua, y las vistas desde la ventana eran de lo que parecía una escuela secundaria. Jack se acomodaba en el asiento empotrado junto a la ventana y contemplaba a los alumnos con anhelo; parecían tener muchos amigos.

Para llegar a la bañera y al váter, que Jack y su madre compartían con otros huéspedes de la misma planta, había que recorrer un buen trecho por un tortuoso pasillo. El hotel tenía un centenar de habitaciones; un día que Jack estaba aburrido hizo que su madre las contara con él. Menos de la mitad disponían de cuarto de baño.

Con todo, había sido un acierto elegir el Torni. Desde el principio de su estancia, Alice encontró un boyante mercado entre la clientela del Bar Americano. Aunque pocas de las chicas que vio Jack eran guapas —y en cuanto a si eran o no de aúpa, carecía de experiencia para juzgarlo—, muchas de ellas, y los chicos aún en mayor número, tenían el valor necesario para tatuarse. Pero en el negocio del tatuaje los borrachos sangran; en Helsinki, Jack vio gastar muchas toallitas de papel a su madre.

Al cabo de una semana, Alice ganaba casi tanto como en el estudio de Tattoo Ole durante las Navidades. A menudo Jack se adormecía al son de la máquina de tatuar. Una vez más podía decirse que dormían entre las agujas.

En el restaurante llamado Salve, Jack y Alice aceptaron la sugerencia de una



camarera de ideas fijas; pidieron la trucha alpina cocida en lugar del corégono frito o la lucioperca de agua dulce. De primer plato, probaron cortésmente la lengua de reno, sobre todo porque eludirla era una carga cada vez mayor; para sorpresa de Jack, la lengua no era gomosa y sabía bien. Y en cuanto al postre, tomó moras de los pantanos. Eran de color dorado oscuro, y la ligera acidez de la fruta contrastaba agradablemente con el helado de vainilla.

La madre de Jack aguardó a que él acabase el postre para preguntar a la camarera si sabía dónde podría tatuarse. No recibió la respuesta que esperaba.

—He oído decir que hay una mujer en el hotel Torní —contestó la camarera—. Es huésped del hotel, extranjera; una mujer guapa pero triste.

—¿Triste? —preguntó Alice. Parecía sorprendida. Jack no fue capaz de mirarla; incluso él sabía que era una mujer triste.

—Eso he oído —respondió la camarera—. Va acompañada de un niño pequeño, como tú —añadió mirando a Jack.

—Entiendo —dijo Alice.

—Ronda por el Bar Americano, pero tatúa en su habitación del hotel, a veces mientras el niño duerme —prosiguió la camarera.

—Me parece muy interesante —dijo Alice—. Pero yo buscaba a otra persona, otro artista del tatuaje, probablemente un hombre.

—Bueno, también está Sami Salo, pero la mujer del Torní es mejor.

—Háblame de Sami Salo —pidió Alice.

La camarera dejó escapar un suspiro. Era una mujer baja y recia con la ropa demasiado apretada; daba la impresión de que le dolían los pies. Entornaba los ojos a cada paso que daba y le temblaban las mallas de sus gruesos brazos, pero no era mucho mayor que la madre de Jack. Bajo el delantal llevaba un paño de cocina con el que empezó a limpiar la mesa.

—Oye, cariño —dijo la camarera a Alice en voz baja—, no te conviene andar molestando a Sami. Él ya sabe dónde encontrarte.

Alice pareció sorprendida de nuevo; tal vez no se había dado cuenta de que la camarera sabía que ella era la artista del tatuaje del hotel Torní. Pero no resultaba muy difícil identificarlos; una mujer joven de habla inglesa con acento americano, acompañada de un niño pequeño. ¿Quién más, en Helsinki, coincidía con esa descripción?

—Quiero ver a Sami Salo —contestó Alice a la camarera—. Quiero preguntarle si tatuó a un conocido mío.

—A ti Sami Salo no quiere verte —dijo la camarera—. Le estás quitando el trabajo y no le hace ninguna gracia. O eso he oído.

—Estoy impresionada por la de cosas que llegas a oír —comentó Alice.

La camarera dirigió hacia Jack su desabrida atención.

—Se te ve cansado —dijo—. ¿Duermes las horas que te corresponden? ¿Te tiene en vela tanto tatuaje?

La madre de Jack se levantó de la mesa y tendió la mano a su hijo. El restaurante estaba muy concurrido y el bullicio era grande; los finlandeses pueden ser estridentes cuando comen y beben. El niño no oyó bien lo que su madre dijo a la camarera. Solo pudo conjeturar que fue algo así como «Gracias por preocuparte», o más probablemente «Si te pasas por el Torní una noche, con mucho gusto te tatuaré allí donde más duele». Tal vez Alice también le dio a la camarera un mensaje para Sami Salo; resultaba bastante obvio, incluso para Jack, que la camarera y Sami eran amigos.

No volvieron al Salve. Comían en el Torní y consideraban el Bar Americano como su casa.

Pero ¿y la iglesia?, pensaría Jack mientras conciliaba el sueño. ¿Por qué no le preguntaban a nadie por el órgano en particular que acaso su padre podría estar tocando en Helsinki? ¿Dónde se encontraban las jóvenes con la vida arruinada que habían tenido la desgracia de conocer allí a William? ¿Y qué pasaba con Sibelius?

Jack se preguntaba si acaso su madre empezaba a cansarse de buscar a su padre, o peor aún, si de pronto temía encontrarlo. Quizá se le había pasado por la imaginación lo espantoso que sería encararse finalmente con William, y que él se limitase a marcharse con un gesto de indiferencia. William sabía, sin duda, que lo buscaban. Tanto la música sacra como el ambiente del tatuaje eran mundos pequeños. ¿Y si William decidía encararse con ellos? ¿Qué tendrían ellos que decirle? ¿Realmente querían que dejase de huir y viviese con ellos? Pero que viviese con ellos ¿dónde?

Helsinki no es buen sitio para dudar de sí mismo. Al parecer, Alice había perdido el aplomo. Por las noches no se levantaba para ir al baño sin despertar a Jack y obligarlo a acompañarla por el pasillo; tampoco le permitía abandonar solo la habitación del hotel. (Algunas noches Jack orinaba en el lavabo). Y cuando ella deambulaba por el Bar Americano ofreciendo sus servicios, Jack acostumbraba observarla desde la perspectiva de cofa que le proporcionaba el ascensor de reja, inmovilizado por lo visto en un estado de avería irreparable en la planta de encima del bar.

Siempre que un posible cliente decidía hacerse un tatuaje, Alice alzaba la vista hacia el ascensor averiado y dirigía un gesto de asentimiento a Jack, que estaba allí dentro suspendido como un niño en una jaula.

Jack observaba a Alice mientras esta guiaba al cliente hacia la escalera. Entonces salía del ascensor y corría escalera arriba hasta la cuarta planta por delante de ellos. Por lo general esperaba ya junto a la puerta de la habitación cuando su madre llegaba al pasillo con el cliente.

—¡Vaya, Jack, tú por aquí! —decía siempre su madre—. ¿Has venido a por un tatuaje?

—No, gracias —respondía siempre Jack—. Soy demasiado pequeño para

tatuarme. Solo soy un observador.

Quizá fuese un ritual absurdo, pero era su rutina y se ceñían a ella. El cliente advertía que trabajaban en equipo.

Al cumplirse su tercera semana en Helsinki, Jack se había olvidado de Sibelius por completo. Dos mujeres jóvenes (chicas de aúpa a juzgar por su aspecto) se acercaron a Alice en el Bar Americano. Le preguntaron por un tatuaje, uno que deseaban compartir. En el ascensor, una planta por encima de ellas, Jack no oía qué decían.

—No podéis compartir un tatuaje —pensó Jack que les dijo su madre.

—Claro que podemos —contestó la alta.

La baja puede que dijera:

—Compartimos ya sabes qué. Compartir un tatuaje no puede ser tan malo.

Desde el ascensor estropeado, Jack vio a su madre negar con la cabeza, que no era la seña de costumbre. Ya la había visto decir que no a hombres demasiado bebidos para tatuarse, o a dos o más hombres simultáneamente; nunca aceptaba a más de uno cada vez en la habitación. Esas dos mujeres, Alta y Baja, eran distintas; daba la impresión de que incomodaban a Alice. Jack pensó que su madre ya las conocía.

De pronto, Alice se volvió y se fue. Pero las chicas de aúpa la siguieron; además continuaron hablándole. Jack salió del ascensor al ver que su madre se enfilaba escalera arriba. Alta y Baja subieron detrás de ella.

—No somos demasiado jóvenes, ¿verdad? —preguntó la alta.

Alice volvió a mover la cabeza en un gesto de negación y continuó escalera arriba con las dos jóvenes detrás.

—Tú debes de ser Jack —dijo la baja y alzó la vista para mirar al niño. Jack tuvo la sensación de que incluso sabía dónde buscarlo—. Las dos estudiamos música —le dijo a Jack la baja—. Yo estudio música sacra, tanto órgano como canto coral.

Alice se detuvo en la escalera como si se hubiese quedado sin respiración. Las dos chicas la alcanzaron en el descansillo entre el primer y el segundo piso. Jack esperaba a su madre en el rellano de la segunda planta mirándolas a las tres.

—Hola, Jack —dijo la alta al niño—. Yo toco el chelo.

No era tan alta como Ingrid Moe —ni de belleza tan imponente—, pero tenía las manos igual de largas. El pelo, rubio y rizado, lo llevaba corto como un chico, y encima de un jersey de cuello cisne vestía un mugriento suéter de esquiador adornado con una pequeña manada de renos descoloridos.

La otra chica, la baja, era regordeta y tenía la cara bonita y alargada y el cabello oscuro, que le caía hasta los pechos. Lucía una falda corta negra con leotardos negros, botas negras hasta la rodilla y un suéter negro de cuello en pico que le venía grande. El suéter parecía muy suave y no tenía renos.

—Estudiáis música —repitió Alice.

—En la academia Sibelius, Jack —dijo la joven alta—. ¿Has oído hablar de ella?

El niño, sin contestar, siguió mirando a su madre.

—Sibelius... —dijo Alice de tal modo que cabía pensar que le dolía la garganta al pronunciar el nombre.

La chica baja y regordeta de cara bonita miró escalera arriba y sonrió a Jack.

—Tú eres Jack de todas todas —dijo.

La alta subió los peldaños de dos en dos. Se arrodilló a los pies de Jack y le enmarcó la cara entre sus largas manos, que tenía un poco pegajosas.

—¡Hay que ver, Jack! —exclamó; el aliento le olía a chicle, sabor a fruta—. Eres el vivo retrato de tu padre.

La madre de Jack subió por la escalera con la chica baja al lado.

—Quítale las manos de encima —ordenó Alice a la chica alta, que se irguió y se apartó del niño.

—Perdona, Jack —dijo la chica alta.

—¿Qué queréis? —preguntó Alice a las estudiantes de música.

—Un tatuaje, ya te lo hemos dicho —contestó la chica baja.

—También queríamos ver cómo era Jack —admitió la joven alta.

—Espero que no te moleste, Jack —dijo la baja.

Pero Jack tenía solo cuatro años. ¿Cómo es posible que recordase, con un mínimo de precisión, lo que en realidad dijeron Alta y Baja? ¿No es más verosímil pensar que, después de conocer a esas chicas, interrogó a su madre durante días —durante semanas, incluso *meses*— sobre el sentido de esa conversación en la escalera del hotel Torni y que su madre le contó lo que quería que él oyera? Quizá no fuesen las palabras exactas de Alta y Baja lo que «recordaba», sino la inalterable interpretación que hacía Alice de cómo los había abandonado William.

Habría momentos en que Jack Burns tendría la sensación de estar todavía en aquella escalera, y no solo porque la avería del ascensor fuese más que «temporal», sino también porque Jack pasaría años intentando discernir la diferencia entre la versión de su padre que su madre ofrecía y quién era su padre realmente.

Jack recordaba esto: cuando su madre reanudó la marcha escaleras arriba, él no le había soltado la mano. Las estudiantes de música fueron al mismo paso que ellos hasta la planta donde se alojaban madre e hijo. Jack se percató del nerviosismo de su madre porque ella se detuvo ante la puerta de la habitación y revolvió el bolso en busca de la llave. Se había olvidado de que la tenía Jack; eso formaba parte de la rutina de ambos.

—Aquí está —dijo él y le entregó la llave.

—Podrías haberla perdido —replicó ella. Jack no supo qué decir; nunca la había visto tan atolondrada.

—Oye, solo queríamos conocer a Jack —prosiguió la joven alta.

—La idea del tatuaje se nos ocurrió después —añadió la baja.

Alice las dejó entrar en la habitación. Jack tuvo de nuevo la impresión de que su madre ya las conocía. Dentro de la habitación, Alice encendió todas las luces. La

chica alta se arrodilló de nuevo a los pies de Jack. Quizá deseaba volver a sujetarle la cara entre las manos, pero se contuvo y se limitó a mirarlo.

—Cuando seas mayor, Jack —dijo—, conocerás a muchas chicas.

—¿Por qué? —preguntó el niño.

—Cuidado con lo que le dices —advirtió Alice.

La chica baja de la cara bonita y el pelo largo se arrodilló también a los pies de Jack.

—Lo sentimos —dijeron las dos chicas a coro.

Jack no sabía si le hablaban a él o a su madre. Alice se sentó en la cama y suspiró.

—Habladme de ese tatuaje que queréis compartir —dijo con la vista fija en una zona neutral entre las dos jóvenes, evitando intencionadamente mirar a cualquiera de ellas. Alice debía de haber percibido un aura de desenfreno en aquellas dos chicas de aúpa, y sabía que a Jack le habían impactado.

El tatuaje que Alta y Baja deseaban compartir era otra variante del corazón roto, este desgarrado verticalmente. El lado izquierdo iría tatuado en el pecho de la joven alta junto al corazón; el lado derecho estaría en el pecho de la baja junto al corazón. No era una idea muy original, pero incluso Jack empezaba a descubrir que el instinto de tatuarse no se distinguía por la originalidad. Los corazones rotos no solo eran bastante corrientes, sino que además las maneras de representarlos eran limitadas, y resultaba obvio en qué parte del cuerpo debía ir la representación.

Por aquel entonces un tatuaje aún era un *souvenir*, un recuerdo para señalar un viaje, el amor de tu vida, un corazón roto, un fracaso sentimental, un puerto de escala. El cuerpo era como un álbum fotográfico; los tatuajes en sí no tenían por qué ser buenas fotografías. De hecho, podían no ser muy artísticos ni estéticamente agradables, pero no eran feos, al menos aposta.

Y los antiguos tatuajes siempre eran sentimentales; uno no se marcaba de por vida si no era un sentimental.

¿Cómo iban a ser originales los tatuajes si expresaban algo corriente? Los sentimientos por la madre; el abandono de una amante; la primera salida a la mar. Pero esos eran en su mayoría tatuajes marítimos; los marinos eran sin duda espíritus sentimentales.

También lo eran aquellas estudiantes de música, Alta y Baja. Tal vez fuesen vulgares, pero Alice, en apariencia, no las detestaba, y tenían edad para tatuarse. Incluso para Jack eran visiblemente mayores que Ingrid Moe.

La alta se llamaba Hannele; bajo el suéter de renos descoloridos y el jersey de algodón de cuello cisne no llevaba sujetador. Pese al precoz interés de Jack por los pechos, lo que más le llamó la atención de Hannele fueron las axilas sin afeitar. Era una joven de espaldas anchas y pechos no mucho mayores que los de Ingrid Moe, y el asombroso vello de las axilas era de un rubio más oscuro que el pelo de la cabeza.

Por encima del ombligo, como una chistera arrugada del color de una mancha de vino, tenía una marca de nacimiento con la forma de Florida.

Cuando Alice empezó con la Jonesy redondeada, Hannele apretó los labios y silbó. A Jack le costó seguir la melodía por encima del sonido de la máquina de tatuar. Hannele se había colocado en el asiento empotrado junto a la ventana, con las piernas muy separadas. Era una pose poco femenina, pero Hannele llevaba vaqueros y, al fin y al cabo, era violonchelista; sin duda se sentaba así cuando tocaba.

Años más tarde, cuando una mujer desnuda tocó el chelo para Jack, se acordó de Hannele y se preguntó si ella habría tocado alguna vez desnuda para William. Jack se avergonzaría de nuevo ante la posibilidad de haber compartido un momento así con su padre. Comprendería qué debía de haber atraído a William de Hannele. Era una chica de aúpa, sin lugar a dudas; continuó silbando incluso cuando el delineado de la mitad del corazón que le tocaba llegó a la caja torácica.

Mientras Alice sombreaba el corazón roto de Hannele con la Rodgers, Jack permaneció sentado en la cama grande con la chica baja y regordeta. Se llamaba Ritva; tenía los pechos más voluminosos que Hannele y Jack procuró mantenerse despierto hasta que le llegase el turno a Ritva de hacerse la mitad del corazón que le tocaba.

Jack debía de tener cara de sueño, porque su madre dijo:

—Jack, ¿por qué no te lavas los dientes y te pones el pijama?

El niño se levantó y se cepilló los dientes en el lavabo, donde le habían repetido una y otra vez que no debía beber agua. Alice dejaba una jarra de agua potable en la repisa del lavabo, y Jack tenía órdenes de enjuagarse la boca con el agua potable después de lavarse los dientes.

Se puso el pijama escondido detrás de la puerta abierta del armario, para que Ritva y Hannele no lo viesan desnudo. Luego regresó a la cama junto a Ritva, que retiró las sábanas para hacerle un hueco. Jack yació inmóvil, con la cabeza apoyada en la almohada, mientras Ritva lo tapaba y remetía las mantas. Solo se oían el sonido de la máquina de tatuar y el suave pero animoso silbido de Hannele.

—Felices sueños, Jack —dijo Ritva, y le dio un beso de buenas noches—. ¿No se dice así en vuestra lengua? —preguntó a Alice—. ¿«Felices sueños»?

—A veces —dijo Alice. Jack notó agresividad en la voz de su madre; era algo nuevo para él.

Quizá «felices sueños» fuese una expresión que usaba William. Es posible que se lo hubiese dicho a Alice, a Ritva y a Hannele, porque el animoso silbido de Hannele se interrumpió por un segundo, como si el dolor que le producían las agujas del sombreado en el pecho izquierdo y en ese lado de la caja torácica le resultase de pronto insoportable. Jack dedujo que fueron las palabras «felices sueños» lo que le había dolido, no el tatuaje.

El niño se resistía a dormirse; involuntariamente se le cerraban los ojos y, al alargar la mano, sentía el suave contacto del suéter de Ritva y los dedos de la cálida

mano de esta alrededor de los suyos, más pequeños.

Es posible que Jack oyese decir a su madre:

—Imagino que no sabéis adónde ha ido.

—No nos lo dijo —puede que contestase Hannele entre silbidos.

—Tú y Jack no dejabais de acosarlo —oyó Jack que le decía Ritva claramente a su madre—. Supongo que eso es razón suficiente.

—Así que dijo «acosarlo», ¿eh? —preguntó Alice.

—Lo he dicho yo —contestó Ritva.

—Lo decimos las dos continuamente —agregó Hannele.

—¿No estáis de acuerdo en que Jack es responsabilidad suya? —preguntó Alice.

Las dos estuvieron de acuerdo en que Jack era responsabilidad de su padre, pero esa era una de aquellas conversaciones de Helsinki que el niño, en el mejor de los casos, medio oía en sueños. Jack se despertó una vez y vio ante sí el bello rostro de Ritva sonriéndole; por la expresión de la cara de ella, supo que debía de estar imaginándose a William en las facciones aún sin perfilar de su rostro. (Todavía hoy, Jack veía alguna que otra vez esa cara bonita en sueños o cuando empezaba a adormecerse).

No llegó a ver los voluminosos pechos de Ritva, ni a saber si tenía las axilas sin afeitar como Hannele. Cuando volvió a despertarse, la cara dormida de Hannele reposaba en la almohada junto a él; llevaba el jersey de algodón de cuello cisne pero no el suéter de esquiador. Debía de haberse quedado dormida mientras esperaba a que Alice acabase de tatuar el medio corazón de Ritva. Jack oía la máquina de tatuar, pero su madre le impedía ver los pechos y las axilas de Ritva. Por encima del hombro de su madre, Jack solo veía la cara de Ritva; tenía los ojos cerrados, con los párpados muy apretados y una mueca de dolor.

La cara dormida de Hannele se encontraba muy cerca de la de Jack. Tenía los labios separados; el aliento, que había perdido el aroma a fruta del chicle, le olía un poco mal. Su pelo despedía un olor agridulce, como el chocolate caliente cuando lleva mucho tiempo hecho y se vuelve amargo en la taza. Aun así, Jack deseó besarla. Acercó lentamente su cara a la de ella conteniendo la respiración.

—Duérmete, Jack —dijo su madre. Se hallaba de espaldas a él; Jack no tenía la menor idea de cómo sabía que estaba despierto.

Hannele abrió los ojos como platos y miró fijamente a Jack.

—Tienes unas pestañas para morirse —comentó—. ¿No lo decís así en vuestra lengua? —preguntó Hannele a Alice—. ¿«Para morirse»?

—A veces —contestó Alice.

Ritva ahogó un sollozo.

Entre las sábanas, Hannele le levantó a Jack la chaqueta del pijama con sus largos dedos y le hizo cosquillas en el vientre. (Aún hoy, Jack sentía a veces esos dedos en sueños, o cuando empezaba a adormecerse).

De repente llamaron a la puerta de la habitación del hotel, con estridencia; los golpes arrancaron a Jack de un sueño. La habitación estaba a oscuras. Su madre, roncando a su lado, no se había movido. El niño reconoció el ronquido. Sabía que era su mano, no la de Hannele, la que tenía en la cadera.

—Mamá, alguien llama a la puerta —susurró Jack, pero ella no lo oyó.

Volvieron a oírse los golpes, más sonoros que antes.

De vez en cuando la clientela del Bar Americano, impaciente, se cansaba de esperar a que Alice regresase al bar. Algún borracho que quería un tatuaje subía a la habitación y aporreaba la puerta. Alice siempre rechazaba a los borrachos.

Jack se incorporó en la cama y, a voz en cuello, dijo:

—¡Es demasiado tarde para un tatuaje!

—¡No quiero un tatuaje! —prorrumpió una iracunda voz masculina desde el pasillo.

Jack no había visto a su madre tan sobresaltada desde la noche del soldado más pequeño. Se sentó en la cama de un brinco y estrechó a Jack entre los brazos.

—¿Qué quiere? —preguntó a gritos.

—Usted quiere saber acerca del Hombre Partitura, ¿no? —contestó el hombre—. Pues yo lo tatué. Lo sé todo de él.

—¿Sami Salo? —preguntó Alice.

—Hagamos un trato —dijo Salo—. Primero ábrame la puerta.

—Un momento, señor Salo.

Alice salió de la cama y se cubrió el camisón con una bata. Sacó sus dibujos, lo mejor de su obra, y los extendió sobre la cama. Jack, en pijama, estaba desorientado en aquel mundo marítimo, un niño en una cama de corazones y flores, barcos a toda vela y chicas medio desnudas con faldas de paja. El niño de cuatro años yacía entre serpientes y anclas, entre Tumbas del Marino y Rosas de Jericó, y la versión de su madre de la Perdición del Hombre. Estaban su Llave de Mi Corazón y su Mujer Desnuda (vista de espaldas) con Alas de Mariposa, esta última saliendo de un tulipán.

El niño yacía entre los dibujos como si acabase de despertar cuando soñaba con tatuajes. Tras abrirle la puerta a Sami Salo, Alice se hizo a un lado y le dejó entrar en su mundo. Era un *scratcher*, como Alice había supuesto; ella sabía que Sami Salo sería incapaz de apartar la mirada de aquella obra muy superior a la de él.

—El trato es... —empezó a decir Salo, y de pronto se calló. Apenas miró a Jack; los dibujos acapararon su atención. Sami Salo era un hombre de cierta edad y aspecto demacrado con expresión adusta y abstraída; llevaba un gorro de punto azul marino, calado hasta las orejas, y un chaquetón del mismo color. Después de subir los cuatro tramos de escalera tan abrigado, sudaba y tenía la respiración entrecortada. No habló; simplemente mantuvo la mirada fija en lo mejor de la obra de Alice. Quizá, puestos a elegir, Salo habría dudado entre la Rosa de Jericó y la Llave de Mi Corazón, en el que la llave se encontraba horizontal ante los pechos de la mujer desnuda y el ojo de la cerradura estaba donde cabe imaginar. (El tatuaje era una versión única entre las



mujeres desnudas de Alice, ya que la mujer no aparecía vista de espaldas).

A juzgar por su expresión de derrota, Sami Salo era su propia versión de la Perdición del Hombre.

—El trato es... —lo instó a seguir Alice.

Salo se quitó la gorra de punto como si se dispusiese a agachar la cabeza para rezar. También se desabrochó el chaquetón pero se quedó allí de pie, inmóvil. Bajo el chaquetón llevaba un suéter blanco sucio. Los descoloridos dedos grises de la mano de un esqueleto asomaban por el cuello redondo del suéter como si agarrasen a Salo por la garganta. La idea era tan mala como el peor tatuaje que Alice hubiese visto jamás, o a esa conclusión llegó Jack al ver el semblante de su madre. Afortunadamente, el resto del esqueleto quedaba oculto bajo el suéter.

Jack y Alice no vieron ninguno de los otros tatuajes de Sami Salo, ni Salo estaba de humor para conversar.

—El trato es —empezó de nuevo— que yo le hablo del Hombre Partitura y usted se marcha de la ciudad, me da igual adónde.

—Lamento que se esté resintiendo su negocio —dijo Alice.

Salo aceptó la disculpa asintiendo con la cabeza. Jack sintió bochorno por el pobre hombre; el niño escondió la cabeza bajo la almohada.

—Perdone si mi mujer le habló con malos modos en el restaurante —puede que dijera Salo—. No le entusiasma tener que trabajar de noche.

Su mujer debía de ser la camarera de ideas fijas del Salve, dedujo Jack. El niño de cuatro años descubrió que, con la cabeza bajo la almohada, el mundo adulto le resultaba un lugar más agradable. Incluso Jack se daba cuenta de que el señor Salo era mucho mayor que su baqueteada mujer, que parecía lo bastante joven para ser su hija.

Expresadas sus disculpas, era poco más lo que Alice y Sami Salo necesitaban decirse.

—Amsterdam —anunció el *scratcher*—. Cuando le tatué unas notas de Bach en la espalda, me dijo que se iba a Amsterdam.

—Jack y yo nos marcharemos de Helsinki en cuanto organicemos el viaje —le aseguró Alice.

—Es usted una mujer con talento —oyó decir Jack a Salo; por el sonido de su voz, parecía haber salido ya al pasillo.

—Gracias, señor Salo —contestó Alice y cerró la puerta.

Al menos Amsterdam era una ciudad incluida en el itinerario. Jack estaba impaciente por ver a Tattoo Peter y su única pierna.

—No debemos olvidar la iglesia de San Juan, Jack —dijo su madre. Jack había pensado que iban camino de las oficinas de la compañía marítima, pero se equivocaba—. Allí tocó tu padre. Como mínimo deberíamos verla.

Estaban cerca del mar. Por la noche había nevado; las ramas de los árboles se torcían bajo el gran peso de la nieve costera.

—Johanneksen kirkko —dijo Alice al taxista. (¡Incluso sabía pronunciar el nombre de la iglesia en finlandés!).

La iglesia de San Juan era enorme, un edificio gótico de obra vista con dos campanarios, y sus dos chapiteles gemelos despedían un resplandor verde claro bajo la luz del sol. Los bancos de madera eran de un color rubio oscuro que le recordó a Jack el vello de las axilas de Hannele. Las campanas de la iglesia anunciaron su llegada. Según Alice, las tres campanas tocaban las tres primeras notas del *Te Deum* de Handel.

—Do sostenido, mi, fa sostenido —susurró la antigua chica de coro.

En el altar redondo destacaba una pintura alta y estrecha; la conversión de san Pablo camino de Damasco. El órgano era un Walcker de Württemberg, construido en 1891. Lo habían restaurado en 1956 y tenía setenta y cuatro registros. Jack no sabía si el número de registros influía en la intensidad o en la calidad del sonido de un órgano. (Como a William Burns lo habían satanizado a ojos de Jack, el niño no sentía excesivo interés por el instrumento de su padre). En Helsinki, un día soleado como aquel, la luz que penetraba a través de los vitrales reverberaba en los tubos como si el órgano —aún sin organista— estuviese a punto de sonar por sí solo. Pero el organista estaba allí para recibirlos. Alice debía de haber concertado una cita con él. Se llamaba Kari Vaara, y era un hombre campechano de cabello revuelto; como si hubiera asomado la cabeza segundos antes por la ventanilla de un tren a toda velocidad. Intercalaba entre sus gestos el hábito nervioso de batir palmas, igual que si estuviese a punto de hacer una confesión de trascendental importancia o de postrarse de rodillas, como el testigo de un milagro presa de una repentina turbación.

—Tu padre es un músico de gran talento —dijo Vaara con tono casi de veneración dirigiéndose a Jack, que se quedó sin habla; el niño no estaba acostumbrado a oír elogios de su padre—. Pero el talento debe cultivarse o se marchita. —Su voz sonaba como los registros más bajos de un órgano.

—Sabemos que ha ido a Amsterdam —intervino Alice. Parecía temer que Kari Vaara estuviese a punto de revelar una horrenda verdad, algo que entrase en la categoría «delante de Jack no».

—No a Amsterdam sin más —entonó el organista. Jack miró el órgano Walcker, medio esperando que emitiese un estribillo—. Va a tocar en la Oude Kerk.

La reverencia con la que Vaara hablaba tuvo poco efecto en Jack, pero su madre se alegró de conocer el nombre de la iglesia.

—Imagino que allí tendrán un órgano especial —dijo Alice.

Kari Vaara respiró hondo, como si se preparase una vez más para asomar la cabeza por la ventanilla de ese tren a toda velocidad.

—El órgano de Oude Kerk es *inmenso* —contestó.

Jack debió de hacer ruido con los pies o aclararse la garganta, porque Vaara

volvió a centrar su atención en él.

—Le dije a tu padre que «grande» no significa necesariamente «mejor», pero es joven y debe verlo con sus propios ojos.

—Sí, siempre tiene que verlo todo con sus propios ojos —añadió Alice con retintín.

—Eso no siempre es malo —observó Vaara.

—Ni siempre es bueno —contraatacó Alice.

Kari Vaara se inclinó sobre Jack. Al niño le llegó el olor a jabón de las manos entrelazadas del organista.

—Quizá tú tienes talento para el órgano —comentó Vaara. Separó las manos y extendió los brazos a los lados como para abrazar el Walcker—. ¿Te gustaría tocar?

—Sobre mi cadáver —terció Alice, y cogió a Jack de la mano.

Recorrieron el pasillo y salieron de la Johanneksen kirkko. La luz del sol rielaba en la nieve recién caída.

—¡Señora Burns! —gritó Vaara. (¿Le había dicho ella que era la señora Burns?) —. Dicen que en la Oude Kerk se toca tanto para los turistas como para las prostitutas.

—Delante de Jack no —contestó Alice por encima del hombro.

El taxista los esperaba; las oficinas de la compañía marítima eran la siguiente parada.

—Solo me refiero a que la iglesia está en el barrio rojo —explicó Vaara.

Alice dio un ligero trompicon, pero recuperó el equilibrio y le apretó la mano a Jack.

Se habló de viajar en barco de Helsinki a Hamburgo y luego tomar el tren de Hamburgo a Amsterdam. Pero ese era el camino más largo, y quizás Alice temía quedarse en Hamburgo; tan ferviente era su deseo de conocer a Herbert Hoffmann y trabajar con él. (Tal vez así no habrían regresado a Canadá; Jack no habría estudiado en el St. Hilda, y todo lo demás). Su madre había enviado a Hoffmann tantas postales que se sabía de memoria la dirección: Hamburger Berg, número 8. Si hubiesen viajado a Hamburgo —si hubiesen visto St. Pauli y la Reeperbahn, y el *Tátowierstube* de Herbert Hoffmann en el número 8 de Hamburger Berg—, quizá se habrían quedado allí.

Pero encontraron billete en un carguero de Helsinki a Rotterdam. (Por aquel entonces, los cargueros solían tener camarotes para pasajeros). Luego tomaron el tren de Rotterdam a Amsterdam, un trayecto corto. Jack recordaba el viaje en tren. Llovía; algunos campos estaban anegados. Todavía era invierno, pero no había nieve. Por la ventanilla del tren daba la impresión de que la primavera nunca fuese a llegar. Alice apoyó la frente en el cristal.

—¿No está frío el cristal? —preguntó Jack.

—Es una sensación agradable —respondió ella—. Puede que tenga fiebre.

Jack le palpó la frente; a él no le pareció muy caliente. Ella cerró los ojos y se adormeció. Al otro lado del pasillo, un hombre con aspecto de ejecutivo lanzaba ojeadas a Alice. Jack lo miró fijamente hasta que desvió la vista. Incluso a los cuatro años, el niño era invencible en los duelos de miradas.

Jack tenía muchísimas ganas de ver la única pierna de Tattoo Peter, y debía de estar intentando imaginarse el tamaño del *inmenso* órgano de la Oude Kerk. Pero una duda de otra índole asomó a su mente.

—¿Mamá? —susurró. Tuvo que levantar un poco la voz para despertarla—. ¿Mamá?

—Sí, mi pequeño actor —contestó ella también en un susurro, sin abrir los ojos.

—¿Qué es el barrio rojo?

Alice miró sin ver por la ventanilla del veloz tren. Cuando volvió a cerrar los ojos, el ejecutivo le lanzó otra mirada furtiva desde el lado opuesto del pasillo.

—En fin —dijo Alice, con los ojos todavía cerrados—, supongo que ya lo averiguaremos.

## 6 - El ruido sagrado de Dios

Después de Amsterdam, Alice era otra mujer, una cuyo aplomo y sentido de la dignidad moral, de por sí exiguos, habían quedado reducidos a casi nada. Jack debió de notar que su madre había cambiado, aunque ignorase la razón.

En Zeedijk, la calle que delimitaba el barrio rojo por el nordeste, había un estudio de tatuaje conocido como De Rodé Draak, El Dragón Rojo. Al artista del tatuaje de este estudio, Theo Rademaker, lo llamaban Tattoo Theo. Dicho apodo ridiculizaba a Rademaker, porque en Amsterdam siempre estuvo a la sombra de Tattoo Peter.

La fama de tatuador de poca monta de Rademaker no disuadió a William Burns, que se hizo delinear por Tattoo Theo en el coxis un apelotonado fragmento de Samuel Scheidt, «Todos creemos en un solo Dios», en forma de media luna. La música quedaba parcialmente tapada por el texto, «*Wir glauben all' an einen Gott*»; era el primer tatuaje de William en Amsterdam.

Más adelante lo tatuó Tattoo Peter, quien le dijo que el trabajo de Tattoo Theo era propio de un aficionado, y le hizo al Hombre Partitura un tatuaje de Bach: «*Jesu, meine Freude*» («Jesús, mi gozo»), Tattoo Peter se negó a precisar dónde se lo había hecho y se limitó a decir que, en ese caso, la música y la letra no estaban en guerra.

Su verdadero nombre era Peter de Haan, y podía afirmarse que era el artista del tatuaje más famoso de su tiempo. La pierna que había perdido Tattoo Peter fue uno de los misterios más fascinantes de la infancia de Jack; fue un regalo para la imaginación del niño que su madre se negase a contarle cómo había ocurrido. A Alice la impresionaba fundamentalmente que Peter de Haan hubiese tatuado a Herbert Hofmann y que los dos fuesen amigos.

El estudio de Tattoo Peter se encontraba en el sótano de una casa de St. Olofssteeg, así que a William le tatuaron dos veces en el barrio rojo. William Burns era un hombre destinado a quedar marcado musicalmente de por vida, dijo Tattoo Peter, pero Alice quedaría marcada de por vida a causa de él.

En el estudio del sótano de St. Olofssteeg hacía mucho calor. Peter se quitaba con frecuencia la camisa mientras tatuaba a un cliente; explicó a Alice que eso aumentaba la confianza del cliente en él como artista del tatuaje. Según interpretó Jack, eso significaba que el cliente no podía por menos de admirar los tatuajes del propio Tattoo Peter.

«En ese caso», contestó Alice a Peter, «yo me quedaré con la camisa puesta». La conclusión que extrajo Jack de ese comentario fue de una lógica aplastante: dado que su madre no tenía ningún tatuaje, el cliente podía perder la confianza en ella por completo.

Peter de Haan era un hombre de cuerpo ahusado, tez clara, rostro jovial y bien afeitado y cabello lustrado peinado hacia atrás. Por lo común vestía pantalón oscuro y

se sentaba con su única pierna apuntando hacia la entrada del estudio de tatuaje, con el muñón de la pierna perdida medio oculto sobre un taburete o un banco de madera. Se sentaba con la espalda muy erguida; sentado, mantenía una excelente postura. Pero Jack nunca lo vio de pie.

¿Se valía de muletas o de dos bastones o, al igual que un pirata, se ajustaba una pata de palo? ¿Iba y venía en silla de ruedas? Jack no lo sabía; nunca vio a Peter ir o venir.

Jack se enteró un día de que el hijo de Peter era su aprendiz, pero Jack solo recordaba haber visto a un aprendiz en el estudio de Tattoo Peter, aparte de su madre. Era un tal Jacob Bril, un hombre que daba miedo. (Posiblemente, Bril le causó tal impresión a Jack, que este se olvidó del hijo de Peter).

Martin Bril tenía su propio estudio de tatuaje en Rotterdam; los fines de semana lo cerraba y se trasladaba a Amsterdam, donde trabajaba en el estudio de Tattoo Peter todos los sábados de doce de la mañana a doce de la noche. Su fiel clientela hacía cola para verlo; todos los admiradores de Bril eran cristianos devotos.

Martin Bril era menudo y enjuto —un austero esqueleto— y solo hacía tatuajes religiosos, de los cuales su preferido era la Ascensión. En la espalda huesuda de Bril estaba representado Jesucristo partiendo de este mundo en compañía de ángeles. En la versión de Bril, el Cielo era un lugar oscuro y encapotado, pero sus ángeles exhibían unas alas magníficas.

Para el pecho, Jacob Bril recomendaba la Agonía de Cristo, donde la cabeza de nuestro Salvador sangraba bajo la corona de espinas. Las manos, los pies y el costado de Cristo también sangraban; según Bril, la sangre era fundamental. En su propio pecho, Jacob Bril, amén de la cabeza ensangrentada de nuestro Salvador, lucía un texto sagrado: el Padrenuestro. En la parte superior de los brazos y en los antebrazos tenía una Virgen María, un niño Jesús y dos María Magdalenas, una con halo y otra sin. Había reservado el abdomen para la escalofriante figura de Lázaro al salir de la tumba. (Alice decía que el tatuaje de Lázaro era la causa de las indigestiones de Bril).

Habría cabido esperar que las dos María Magdalenas predispusieran a Bril al perdón, sobre todo con respecto a esas mujeres trabajadoras de los escaparates y de las puertas del barrio rojo. Sin embargo, Bril dejaba muy clara su repulsa de las prostitutas. Desde donde se apeaba del tren, en la Estación Central, Jacob Bril podría haber ido hasta el estudio de Tattoo Peter por St. Olofssteeg sin cruzarse con una sola prostituta; de hecho, el camino más directo desde la estación hasta el estudio de tatuaje no atravesaba el barrio rojo. Pero Bril se hospedaba en un hotel de la plaza Dam, el Krasnapolsky. (En aquellos tiempos, el Krasnapolsky se consideraba un hotel de lujo, y desde luego era demasiado lujoso para Bril). Y tanto al salir del Krasnapolsky como a su regreso, Bril se empeñaba en pasar por todas las calles del barrio rojo, lo mismo para ir que para volver del estudio de Tattoo Peter.

En esas rondas, andaba con la misma celeridad con que emitía juicios. Dos canales dividían el barrio; Bril patrullaba por las dos orillas de ambos canales, así

como por las calles adyacentes. En los callejones más estrechos, donde las mujeres estaban tan cerca, en sus respectivas puertas, que podía tocárselas, Bril avanzaba a paso desalado. Las mujeres que lo veían acercarse se apartaban. (Jack pensaba que se debía a que Bril provocaba corrientes de aire al pasar). Un día, Jack y su madre siguieron a Bril desde el Krasnapolsky. Fueron incapaces de ir al mismo paso que el hombrecillo; Jack habría tenido que echarse a correr solo para no perder de vista a Bril.

El Krasnapolsky era un hotel demasiado lujoso para Jack y para Alice —no solo para Jacob Bril—, pero habían tenido una mala experiencia en un establecimiento más barato. De Roode Leeuw (El León Rojo) estaba en Damrak, justo enfrente de unos grandes almacenes donde una vez Jack se separó de su madre y se las arregló para extraviarse durante cinco o diez minutos.

En El León Rojo, Jack quedó fascinado por una rata que encontró en la sala de billar del hotel, detrás de la taquera. Jack descubrió que si insertaba un taco en un extremo de la taquera y lo sacudía, obligaba a la rata a salir corriendo por el lado opuesto.

El León Rojo era un hotel frecuentado por viajeros de comercio. Un huésped anterior se había dejado un considerable alijo de marihuana en uno de los cajones de la cómoda de Jack. El niño lo descubrió mientras buscaba su ropa interior y lo utilizó para sustituir el heno amazotado de un pesebre que su madre le había regalado por Navidad en Copenhague. Así, el Niño Dios de Jack yacía en un lecho de hierba, y María y José y varios reyes y pastores (junto con una colección de figuras de pesebre) estaban hundidos hasta las rodillas en grifa, no en heno, cuando Alice los descubrió. Fue el olor lo que la guio hasta el pesebre.

De Roode Leeuw no era un hotel para ellos, dijo Alice, pero Jack no la vio tirar la marihuana. Se trasladaron al Krasnapolsky. Para Jack y Alice, alojarse en un hotel por encima de sus posibilidades empezaba a ser el pan de cada día, aunque, puestos a elegir, habrían preferido no estar en el mismo hotel que Jacob Bril. La rata de El León Rojo era más sociable que Bril.

En cuanto a seguir a Jacob Bril por el barrio rojo, Jack y Alice lo intentaron solo en aquella ocasión. Además de ser demasiado rápido, Bril no agradecía su compañía. Normalmente, cuando Jack y su madre cruzaban el barrio para ir y venir del estudio de Tattoo Peter, se entretenían con un juego. Procuraban tomar un camino algo distinto cada vez; así llegaron a conocer a casi todas las prostitutas. En su mayoría eran amables. Al poco tiempo conocían a Jack por su nombre y llamaban a su madre por su alias de tatuadora, Alice la Hija.

Entre las mujeres de las puertas y de los escaparates, las pocas que eran antipáticas con Jack y con Alice lo eran de manera ostensible. Muchas tenían ya cierta edad —a Jack algunas se le antojaban lo bastante mayores como para ser

madres de su madre—, pero había unas cuantas jóvenes también antipáticas.

Una de las jóvenes tuvo el descaro de dirigir la palabra a Alice.

—Este no es sitio para andar con niños —dijo.

—También yo tengo que trabajar —respondió Alice.

En aquellos tiempos, la mayoría de las mujeres del barrio rojo eran holandesas, muchas de fuera de Amsterdam. Si una mujer de Amsterdam quería prostituirse, podía ir a La Haya; las mujeres de La Haya o de otras ciudades holandesas, o las campesinas, iban a Amsterdam. (Menor escándalo para la familia; no tanta vergüenza).

Fue poco más o menos por esas fechas cuando llegaron a Holanda familias enteras procedentes de su Surinam natal. En 1970 ver a una mujer de piel morena en el barrio rojo era cada vez más corriente. Y antes de las surinamesas hubo chicas de piel morena de un tono más claro llegadas de Indonesia, una antigua colonia holandesa.

Fue una de las mujeres de piel morena más oscura, una surinamesa, la que le ofreció un regalo a Jack. Al niño lo que le sorprendió fue que nunca la había visto y sin embargo ella sabía su nombre.

Estaba en un escaparate, no en el barrio rojo, sino en Korsjespoorsteeg o en Bergstraat, donde Jack y su madre fueron a hacer indagaciones sobre su padre. Jack pensó que la surinamesa era un maniquí —tan quieta estaba y tan escultural era—, pero de pronto salió a la calle y le dio una chocolatina del color de su piel.

—Te he estado guardando esto, Jack —dijo.

El niño se quedó tan sorprendido que fue incapaz de hablar. Su madre le riñó por no dar las gracias a la mujer como era debido.

Entre semana, cuando Jack y su madre atravesaban por la mañana el barrio rojo camino del estudio de Tattoo Peter, no había muchas mujeres trabajando; los fines de semana empezaban antes. Por la noche, claro, todas las luces rojas estaban encendidas y el barrio era un hervidero de gente; a veces las prostitutas que conocían y apreciaban a Jack y a Alice estaban demasiado ocupadas para llamarlos o incluso saludarles con un gesto.

Aun antes de llegar la primavera, cuando todavía hacía frío, las mujeres estaban más a menudo en las puertas que en los escaparates; les gustaba charlar. Llevaban zapatos de tacón y minifaldas, y blusas o jerséis escotados, pero al menos iban vestidas.

Y su simpatía —con Jack, aunque no siempre con su madre— permitió a Alice inducir a error a su hijo acerca de la naturaleza de la prostitución.

Por aquel entonces, solo se veía a hombres visitar a las prostitutas; Jack observó que a los hombres parecía disgustarles en extremo que los viesan hacerlo. Y cuando salían, siempre tenían prisa, lo cual estaba en marcado contraste con la parsimonia



con que entraban en el barrio (y la de veces que pasaban frente a la puerta o el escaparate de una prostituta en particular) antes de decidir finalmente a qué mujer visitar.

Alice explicó que eso se debía a que, ya de buen principio, eran hombres desdichados e indecisos. Una prostituta, dijo a Jack su madre, era una mujer que daba consejos a hombres con dificultades para comprender a las mujeres en general, o a una mujer, como por ejemplo la esposa, en particular. La razón por la que esos hombres parecían avergonzarse era que, aun siendo conscientes de que debían mantener tan importante y personal conversación con sus esposas o novias, inexplicablemente no podían o no querían hacerlo. Estaban «bloqueados», decía Alice. Para ellos las mujeres eran un misterio; podían abrir su corazón solo a desconocidas, a cambio de un precio.

Jack no supo quién pagaba a quién hasta que su madre le explicó que el pago corría a cargo de los hombres. Era un trabajo espantoso tener que escuchar a esos hombres amargados, decía su madre. Saltaba a la vista que compadecía a las prostitutas, y eso mismo sentía Jack por ellas; su madre despreciaba a esos hombres, y por tanto también él los despreciaba.

Pero el desprecio de Jack y de Alice jamás se equipararía al de Jacob Bril. Bril sentía un desdén tangible por las prostitutas y por sus clientes. También destilaba desprecio por Jack y su madre. Se debía a que ella era madre soltera y Jack hijo ilegítimo, le aclaró Alice.

Bril tampoco tenía buena opinión de Alice porque era artista del tatuaje; decía que tocar a hombres medio desnudos no era un trabajo decente para una mujer. El propio Bril se negaba a tatuar a mujeres, excepto en la mano o en el antebrazo, en él pie o en el tobillo. Más arriba en la pierna era «demasiado arriba», decía; cualquier otra parte del cuerpo femenino era «demasiado íntima».

A las mujeres que pedían un tatuaje religioso demasiado arriba o demasiado íntimo las remitía a Alice la Hija, aunque Bril veía con malos ojos que ella se dedicase a los tatuajes religiosos. Sostenía que Alice carecía de la religiosidad necesaria para hacerlos sinceramente.

Alice tatuaba una preciosa crucecita con rosas, que a las chicas les gustaba colocarse en el escote, como si la cruz fuese un collar muy largo con una cadena invisible. Tatuaba un Cristo en la cruz del tamaño de un omóplato. (Le faltaba algo del padecimiento y casi toda la sangre del Jesús moribundo de Bril). Y tatuaba la cabeza de nuestro Salvador con su corona de espinas, por lo común en el muslo o en la parte superior del brazo, que Bril criticaba por considerar la expresión de Cristo «demasiado extática».

—Quizá mi Jesús ya esté entrando en el Cielo —dijo Alice.

Jacob Bril desechó la explicación con un gesto violento. Se llevó el antebrazo al pecho en ademán de asestar un revés a Alice con su huesuda mano.

—En mi estudio no, Bril —advirtió Tattoo Peter.

—Delante de Jack no. —(La habitual cantinela de Alice).

Bril los miró a los dos con una virulencia que normalmente reservaba a las prostitutas.

Jack y Alice nunca veían a Jacob Bril salir del estudio de Tattoo Peter, pues esto ocurría el sábado a las doce de la noche, cuando el barrio rojo bullía en la práctica incesante de su principal comercio: todas las chicas estaban trabajando. Jack se preguntaría más tarde cuánto tardaba Bril en volver al Krasnapolsky si pasaba por delante de todas las prostitutas que se exhibían en todas las puertas y escaparates.

¿Acaso nunca aflojaba el paso? ¿Lo había inducido alguna vez una mujer a detenerse? ¿El fuego eterno solo abandonaba sus ojos cuando dormía o ardía el Infierno aún más vivamente en sus sueños?

Muchos sábados, como Alice no estaba a gusto con Jacob Bril en el estudio, por lo demás acogedor, de Tattoo Peter, este le proponía que se fuese con su talento a Zeedijk y viese si podía enseñar un par de cosas a Theo Rademaker en El Dragón Rojo.

«Pobre Tattoo Theo», decía Peter. «Seguramente hoy no le vendría mal un respiro. O una lección de Alice la Hija».

El tan denostado Tattoo Theo no entraba en la categoría de *scratcher*; sencillamente tenía la desgracia de compartir el barrio rojo con un tatuador de la talla de Tattoo Peter. Rademaker no era ni mucho menos tan malo como Sami Salo o Trond Halvorsen; lo que le faltaba era criterio, sostenía Alice, no habilidad. Y a Alice le caía bien el joven aprendiz de Tattoo Theo, Robbie de Wit. En el vecindario, todos sabían que Robbie la adoraba.

Jack y Alice evitaban la compañía de Jacob Bril siempre que era posible. (No puede decirse que Jacob los echase en falta; quería que se fuesen). El Dragón Rojo era un grato cambio de escenario para Jack y su madre; allí iban muchos turistas, sobre todo los sábados. Algunos de esos sábados, si Tattoo Peter tenía más clientes de los que Jacob Bril y él podían atender, Peter tenía la generosidad de mandarlos a El Dragón Rojo, indicándoles que preguntasen por Alice la Hija.

Aunque Rademaker debía de agradecer el trabajo extra, puede que le causara cierta desazón oír que un nuevo cliente solicitaba a Alice. Tattoo Theo apreciaba a Alice, y ella a él. Para Jack y su madre, la vida volvía a estar dentro de un orden; sus primeras semanas en el barrio rojo no fueron muy distintas de sus días más felices en Copenhague con Tattoo Ole y Madsen el Mujeriego.

Al igual que Lars, Robbie de Wit se esforzó por granjearse el afecto de Alice tratando a Jack con amabilidad. Si bien Alice sentía simpatía por él, ahí acababa todo. Compartía con Robbie la afición por Bob Dylan; los dos unían sus voces a la de Dylan en las canciones que ahogaban el sonido de las máquinas de tatuar en El Dragón Rojo. También a Rademaker le gustaba Dylan. Llamaba a Dylan por su verdadero nombre, que siempre decía al modo alemán (incorrectamente, como se vería).

«¿Escuchamos otra vez a *der Zimmerman*?», decía Tattoo Theo, y le guiñaba el ojo a Jack, que se encargaba de poner los álbumes antiguos. (En alemán, uno escucha a *den Zimmerman*).

A Jack le gustaba la pelusa que tenía Robbie de Wit en el mentón, que le traía a la memoria los esfuerzos de Madsen el Mujeriego por dejarse barba en ese mismo sitio. Como las figuras del pesebre de Jack, incluido el Niño Jesús, aún olían a hierba, reconoció el aroma dulzón de la marihuana en los cigarrillos liados a mano de Robbie, pero no llevó la cuenta del número de veces que su madre daba una calada. Ella decía que la ayudaba a entonar cuando cantaba con Bob.

Rademaker había trabajado un verano en un pesquero frente a las costas de Alaska; un «tatuador esquimal» le había tatuado la foca del pecho y el oso kodiak de la espalda.

En términos relativos, Jack y su madre eran felices, o esa impresión tenía Jack.

Su madre mandó otra postal a la señora Wicksteed. A la sazón Jack no sabía que la señora Wicksteed les había enviado dinero; el hecho de que continuasen alojándose en hoteles por encima de sus posibilidades era, en parte, idea de la señora Wicksteed. La exalumna era una buena mujer sin lugar a dudas. (Quizá la señora Wicksteed pensaba que un buen hotel era una salvaguarda del futuro de Alice en igual medida que perder el acento escocés).

La postal mostraba uno de los estrechos canales de Amsterdam; en la fotografía, naturalmente, no se veían las prostitutas en los escaparates o ante las puertas. «Jack también le manda recuerdos», escribió Alice. Jack no se acordaba de si el mensaje incluía algo más. Dibujó una cara sonriente junto al nombre de Lottie; al lado de la cara quedaba el espacio justo para añadir la inicial «J».

—Lottie sabrá quién es —aseguró su madre.

La postal salió para Toronto con la cara risueña de Jack.

Pero ¿qué fue del niño cuya memoria consecutiva, a los tres años, podía compararse a la de un niño de nueve? ¿Dónde estaban esa retentiva para los detalles y esa comprensión del tiempo lineal que, a sus cuatro años, eran equiparables a las de un niño de once?

No en Amsterdam, donde Jack imaginó que había vivido con su madre un par de meses antes de poner los pies en la Oude Kerk y oír el *inmenso* órgano. En realidad, claro está, Alice no habría esperado ni una semana para ir allí.

La Oude Kerk, la Iglesia Vieja situada en el centro del barrio rojo, fue consagrada probablemente en 1306 por el obispo de Utrecht y es el edificio más antiguo de Amsterdam. La iglesia sobrevivió a dos grandes incendios —el primero en 1421, y el segundo en 1452— y los altares sufrieron graves daños a causa de la furia iconoclasta de 1566. En 1578, cuando Amsterdam se convirtió oficialmente en una ciudad protestante, a la Oude Kerk la despojaron de su ornamentación católica y la

reformaron con arreglo al oficio religioso protestante. El púlpito data de 1643; el cancel del coro, de 1681. La primera esposa de Rembrandt está enterrada en la Iglesia Vieja, y hay cinco tumbas en conmemoración de los héroes del mar holandeses del siglo XVII.

El órgano, que Kari Vaara había descrito correctamente como «inmenso», también era antiguo. Lo construyó Christian Vater de Hamburgo, Alemania, en 1726. Vater tardó dos años en construir ese instrumento enorme y hermoso de cuarenta y tres registros, que se desafinaba de inmediato en cuanto se accionaba más de un registro. El fracaso del órgano también fue inmenso: permaneció desafinado durante once años. Finalmente se encargó a un tal Müller la tarea de dismantelar el órgano de Vater para investigar el problema. Tardó cinco años en repararlo.

Aun así, el órgano de la Oude Kerk continuó desafinado de manera casi permanente; se afina antes de cada concierto debido a la temperatura dentro del viejo edificio (es imposible calentar debidamente la Oude Kerk).

Aquel día hacía frío en la Iglesia Vieja, y Jack y su madre se sentaron en la banqueta del órgano con el segundo organista, un chico de tez pálida demasiado joven para afeitarse. Por lo visto era un niño prodigio. Alice dijo que el primer organista, Jacob Venderbos —que estaba demasiado ocupado para recibirla— se lo había contado todo sobre el talento del joven. (Venderbos también tocaba el órgano en la Westerkerk de Amsterdam, así como en iglesias de Haarlem y Delft). Así pues, Alice consiguió hablar con el aprendiz de quince años.

El nombre del joven genio era Frans Donker, y se sentía tan intimidado por Alice como lo estaría cualquier chico de su edad. Al igual que Andreas Breivik, era incapaz de mirarla a la cara cuando hablaba. Si Jack no entendió mal, lo que averiguó su madre a través del niño prodigio asustado fue que Kari Vaara se había equivocado al pensar que habían contratado al padre de Jack para tocar el órgano en la Oude Kerk; lo habían contratado solo para afinarlo. A cambio de este continuado y laborioso servicio, a William se le permitió practicar en el inmenso instrumento. Era en efecto un órgano especial, explicó Frans Donker a Jack y Alice —«grande y difícil a la vez»—, y William no solo lo mantenía mejor afinado de lo que nadie recordaba, además, sus sesiones de ensayo eran famosas e infames a la vez. (A esas alturas, Jack se había distraído por un olor a polvos de talco y estaba totalmente confuso).

—Siento el mayor respeto por William... como organista —decía el joven Donker.

—Pensaba que ahora era solo un *afinador* de órgano —contestó Alice.

Frans Donker pasó por alto el comentario. Con tono solemne explicó que la Oude Kerk era una iglesia con gran actividad de la mañana a la noche. Amén de los oficios religiosos y los ensayos del coro, se organizaban diversos actos culturales nocturnos, abiertos al público, no solo conciertos y recitales, sino también charlas y lecturas poéticas. Sencillamente no era posible tener a alguien afinando el órgano durante el prolongado horario laboral de la Iglesia Vieja.

—¿Y cuándo lo hacía? —preguntó Alice.

—Bueno... —El joven Donker titubeó. Quizá dijo—: William no empezaba a afinarlo hasta pasadas las doce. La mayoría de las noches no iniciaba sus ensayos hasta las dos o las tres de la madrugada.

—¿Tocaba, pues, para una iglesia vacía? —preguntó Alice.

—Bueno... —Frans Donker titubeó de nuevo. Jack se moría de aburrimiento, tenía la cabeza en otra parte, pero le pareció oír que Donker decía—: La Oude Kerk es una iglesia muy grande, un edificio muy *reverberante*. El tiempo de reverberación es de cinco segundos. —El niño prodigio miró a Jack y explicó—: Ese es el tiempo que el eco de la música que tocas tarda en volver a ti.

—Ah —dijo el niño; se estaba durmiendo.

El joven Donker no podía dejar de explayarse.

—Las tocatas de Bach favoritas de tu padre se compusieron con el efecto de un gran espacio en mente. El espacio agranda la música...

—Olvídate de la música —lo interrumpió Alice—. ¿Tocaba para una iglesia vacía?

—Bueno...

Si lo que dijo a continuación a Alice le resultó difícil de comprender, para la cabeza de un niño de cuatro años era inasequible del todo. Si el tiempo de reverberación *dentro* de la Oude Kerk era de cinco segundos, ¿cuánto tardaba el eco del órgano, con las obras más dramáticas de Bach —su *Tocata en re menor*, por ejemplo—, en llegar a las prostitutas que se encontraban en sus habitaciones de Oudekerksplein, la calle en forma de herradura que rodeaba la Iglesia Vieja? (¿Seis o siete segundos, tal vez? ¿O las putas lo oían también en cinco segundos?).

Fuera de la iglesia, el sonido del órgano debía de llegar más apagado, pero a las dos o a las tres de la madrugada, cuando la actividad en el barrio rojo empezaba a decaer, el aire frío del invierno seguramente arrastraba las notas mucho más allá de Oudekerksplein. Las mujeres que trabajaban en el callejón más estrecho e inmundo —el cercano Trompettersteeg— debían de oír con claridad a William Burns mientras tocaba a su adorado Hándel o a su Bach preferido. Incluso más allá del canal, en el lado opuesto de Oudezijds Voorburgwal, debían de oírlo las prostitutas que aún permanecían ante sus puertas.

—A esa hora de la noche, muchas de las prostitutas de más edad dejan de trabajar y se disponen a volver a casa —consiguió decir Frans Donker con desasosiego, como si esa parte de su relato pudiera pertenecer al ámbito del «Delante de Jack no». (Donker ignoraba que, para Jack, las prostitutas solo eran consejeras incansables que intentaban aleccionar a hombres dignos de lástima sobre lo que necesitaban saber acerca de las mujeres).

Por aquel entonces trabajaban en el barrio rojo numerosas prostitutas entradas en años —algunas sexagenarias—, y muchas de ellas ocupaban las habitaciones de la planta baja en las inmediaciones de la Iglesia Vieja. Es posible que las mujeres

mayores del barrio se conmoviesen más fácilmente por la música de la iglesia que sus compañeras de menor edad, aunque Donker admitió que algunas de las prostitutas más jóvenes se convirtieron de la noche a la mañana en entusiastas oyentes de Bach y de Händel.

—¿Quieres decir que las prostitutas venían a oírlo tocar? —preguntó Alice.

Frans se revolvió nervioso en la banqueta del órgano; se deslizó a un lado y luego al otro sobre el terso asiento de piel. («Otra vez ese olor a polvos de talco», pensó Jack).

A Jack, años más tarde, el olor a polvos de talco le recordaría a las prostitutas; casi podía ver a aquellas mujeres cansadas desmaquillándose y colgando la indumentaria propia de su oficio en sus pequeños armarios. Cuando iban a casa y cuando volvían al trabajo por la mañana o por la tarde, no llevaban zapatos de tacón alto ni minifalda. Su ropa de calle eran los vaqueros o los pantalones viejos; sus botas o zapatos recios no tenían prácticamente tacón, y por lo general vestían abrigos y gorros de lana que no las favorecían pero las resguardaban del frío. No parecían prostitutas, excepto por el hecho de que eran las dos o las tres de la madrugada, ¿y qué otra clase de mujer andaría sola a esas horas?

¿Qué tenía la música de órgano que las atraía y las retenía en el barrio rojo durante una o dos horas más? Frans Donker explicó que habitualmente había una docena de mujeres o más en la Iglesia Vieja, y que muchas de ellas se quedaban allí hasta que William dejaba de tocar; a menudo esto ocurría muy tarde, sobre las cuatro o las cinco de la madrugada, cuando en la Oude Kerk el frío era intenso.

William Burns había encontrado a su público: ¡tocaba para las prostitutas!

—Sin duda ellas lo sabían valorar —prosiguió el joven genio con la autoridad que solo posee un niño prodigio o un demente—. En alguna ocasión yo mismo me levanté a esas horas para oírlo tocar. Cada vez que venía me encontraba aquí más mujeres. Es un músico excelente; William se sabe a Bach y a Handel de cabo a rabo.

—Olvídate de la música —repitió Alice—. Dime solo qué pasó.

—Según parece, una de las mujeres se lo llevó a su casa; de hecho se lo llevó más de una.

Pero no fue eso lo que pasó, o lo único que pasó. (Esta vez debemos culpar a los polvos de talco por la pérdida de concentración de Jack).

Probablemente la administración de la Oude Kerk consideró de mal tono que William tocara para las prostitutas, y ya no digamos que tuviese trato con ellas. Al fin y al cabo era una iglesia. Debieron de despedirlo o algo así. Y las prostitutas —al menos algunas de las mayores— armaron un alboroto. Se convocó una concentración. En Amsterdam había manifestaciones continuamente. Desde el Krasnapolsky, Jack y Alice ya habían sido testigos de no pocas en la plaza Dam. Corrían los tiempos de los hippies. Alice tatuaba muchos símbolos de la paz y (a menudo en los genitales de chicos y chicas) la insípida consigna de la época: «Haz el amor, no la guerra». Con toda seguridad, más de una de las concentraciones que

presenciaron fueron manifestaciones contra la guerra de Vietnam.

Quizá las prostitutas del barrio rojo se pusieron del lado de William y, además, lo acogieron en su seno.

—Lo vieron como a un artista perseguido —dijo Frans Donker—. Algunas de ellas se consideran eso mismo.

En cuanto al paradero de William, el joven genio miró a Jack, y no a Alice, cuando habló:

—Habría que preguntar a las prostitutas. Yo empezaría por las más viejas.

Alice sabía a qué prostitutas preguntar. En su mayoría, pero no todas, eran las más viejas; eran las mujeres del barrio que se habían mostrado ostensiblemente antipáticas.

—Gracias por tu tiempo —dijo Alice al segundo organista. Se levantó de la banqueta y le tendió la mano a Jack.

—¿Quiere que toque algo para usted? —preguntó Frans Donker.

La madre de Jack tiraba ya de su hijo hacia la estrecha escalera. Se hallaban en una especie de desván al fondo de la gran nave de la Iglesia Vieja, por encima de los fieles y fuera de la vista de estos; los imponentes tubos del órgano se alzaban a siete metros o más sobre ellos.

—Toca algo de lo que toca William si quieres —contestó Alice al joven organista. No tenía la menor intención de quedarse a escuchar.

Cuando salían, Jack vio a Donker esparcir polvos de talco sobre la banqueta de piel. ¡Eran polvos de talco! El niño prodigio tenía los fondillos del pantalón manchados de polvos. Le ayudaban a deslizarse por la banqueta. No llegaba de un extremo a otro de la consola de tres teclados sin deslizarse de izquierda a derecha, y a la inversa, por la resbaladiza piel.

Un frontón de madera se alzaba sobre la consola; la madera estaba salpicada de orificios de tornillo donde los viejos adornos de latón se habían desprendido o los habían arrancado. Aparte de su música, el intérprete no veía más que un vitral. Cuanto rodeaba a Donker estaba viejo y gastado, pero todo daba igual cuando empezaba a tocar.

Alice no pudo escapar de la Oude Kerk a tiempo. La profunda sonoridad, la perfecta posición del tono, la antifonía resultante y el eco reverberante —la *Tocata y fuga en re menor* de Bach— los asaltaron con vehemencia mientras bajaban por la escalera. Durante mucho tiempo Jack recordaría el pasamanos de madera que había a un lado de la espiral que descendió con su madre. Al otro lado, una cuerda encerada de color caramelo hacía las veces de pasamanos; la cuerda tenía el grosor de la muñeca de un hombre.

Tambaleándose como si el colosal sonido los hubiese embriagado, abandonaron el hueco de la escalera. Alice buscó la manera de salir rápido de la iglesia, pero dobló en dirección equivocada. Se encontraron en el pasillo central, de cara a los altares; allí los envolvió el ruido atronador.

En medio del espacio ocupado normalmente por los fieles se había congregado un perplejo grupo de turistas. Por lo visto, un guía había enmudecido a media frase y se había quedado con la boca abierta, como si las notas de Bach surgiesen de él. Fuera cual fuese la alocución que estaba pronunciando, tendría que esperar a que terminase la *Tocata y fuga*.

Fuera, en Oudekerksplein, bajo la menguante luz vespertina, las prostitutas también oyeron la música desde sus escaparates y puertas. Era obvio que conocían la pieza que Donker interpretaba; sin duda habían escuchado la *Tocata y fuga en re menor* de Bach muchas veces a altas horas de la madrugada. Por las expresiones críticas de las prostitutas, Jack y su madre supieron que William tocaba esa pieza mejor que el joven Frans.

Jack y Alice se alejaron apresuradamente. No era el momento de hacer indagaciones entre las mujeres antipáticas, no mientras sonaba la música. El colosal sonido los siguió hasta Warmoesstraat; el ruido sagrado de Dios los persiguió más allá de la comisaría. Estaban ya en St. Olofssteeg, a menos de medio camino del estudio de Tattoo Peter, cuando dejaron de oír el inmenso órgano.

¿Había entrado en decadencia la carrera de William como organista? ¿Se dedicaba simplemente a afinar órganos, a practicar pero no a interpretar, o a interpretar solo a horas intempestivas ante un público poco refinado? ¿O era acaso un privilegio el mero hecho de oír el inmenso órgano de la Oude Kerk?

Era un sonido potente y sagrado a la vez. Incluso las prostitutas, poco propensas a hacer algo sin cobrar, sentían el impulso de entregarse a él por completo, a escuchar sin más.



## 7 - Tampoco en su itinerario

El 9 de noviembre de 1939 Leith sufrió su primer bombardeo aéreo alemán. No se produjeron daños en el puerto, pero la madre de Alice abortó en un refugio antiaéreo abarrotado de gente. «Yo debería haber nacido entonces», decía siempre Alice.

Si Alice hubiese nacido «entonces», quizá su madre no hubiese muerto en el parto y Alice nunca habría llegado a conocer a William Burns, o si lo hubiese conocido, habría tenido la misma edad que él. «En cuyo caso», afirmaba ella, «habría sido inmune a sus encantos». (Por alguna razón, Jack lo dudaba incluso de pequeño).

Si el niño no recordaba el nombre de la prostituta surinamesa que le regaló una chocolatina del mismo color que la piel de ella, en Korsjespoortsteeg o en Bergstraat, sí recordaba que esas dos callejuelas, entre Singel y Herengracht, se hallaban a cierta distancia del barrio rojo —unos diez o quince minutos a pie—, en una zona más residencial y menos sórdida.

En cuanto a qué rumor acerca de William había llevado a Alice a hacer indagaciones allí, fue Nel la Rubia o Lola la Negra quien le dijo que consultase al Hombre de la Bicicleta, el Tío Gerrit. Lola la Negra era una mujer blanca de cierta edad con el pelo teñido de negro azabache, y el Tío Gerrit era un viejo cascarrabias que les hacía la compra a las prostitutas en su bicicleta. Llevaba un bloc donde las mujeres anotaban lo que querían para el almuerzo o un tentempié. Ponía reparos a las chicas que le daban una lista de la compra demasiado larga y rehusaba comprar tampones y condones. (Si había un Hombre del Tampón o del Condón que se ocupaba de estos recados para las prostitutas, Jack y su madre no llegaron a conocerlo).

Las mujeres se burlaban del Tío Gerrit sin cesar. En castigo por burlarse de él, a veces dejaba de comprar para una prostituta en particular, normalmente solo durante un par de días. Una prostituta flaca como un palo de escoba llamada Saskia tenía por costumbre pedirles a Alice y a Jack que le comprasen un sándwich. Saskia era una joven con un hambre voraz permanente, y el Tío Gerrit siempre se enfadaba con ella. Saskia daba a Jack y a su madre el dinero para un cruasán de jamón y queso casi cada vez que los veía. Cuando Jack y Alice pasaban otra vez por delante le entregaban el sándwich, siempre y cuando no estuviese con un cliente.

Como Saskia era un prostituta muy solicitada, Jack llegó a comer muchos cruasanes de jamón y queso. A Alice no le importaba pagarle algún que otro sándwich a Saskia con su propio dinero. Al igual que muchas mujeres del barrio rojo, Saskia tenía una historia que contar, y Alice sabía escuchar; es decir, sabía escuchar cuando se trataba de otra mujer. (Las mujeres con historias tristes parecían intuir eso en Alice, probablemente porque veían que ella misma tenía una historia triste).

En la historia de Saskia intervenían dos hombres. El primero que le hizo daño a la

pobre fue un cliente que le prendió fuego en su habitación de Bloedstraat. Intentó echarle un chorro de líquido inflamable a la cara, pero Saskia logró protegerse los ojos y la nariz con el antebrazo derecho; sufrió quemaduras graves, pero solo desde la muñeca hasta el codo. Cuando la herida curó, Saskia se adornó el brazo quemado con pulseras. En la puerta de su habitación en Bloedstraat, Saskia extendía el brazo hacia la calle y hacía tintinear las pulseras. Llamaba la atención; uno no podía evitar mirarla. Saskia atraía así a muchos clientes.

Era demasiado delgada para ser bonita, y al sonreír a un posible cliente nunca abría la boca por el mal estado de su dentadura.

—Es una suerte que las prostitutas no tengan que besar a sus clientes —dijo a Jack—, porque a mí nadie querría besarme. —A continuación sonrió al niño, y le enseñó sus dientes rotos y sus mellas.

—Mejor que no esté Jack delante —le advirtió Alice.

Por alguna razón, Saskia ejercía una poderosa atracción con aquellas pulseras tintineantes, todas en el mismo brazo; el izquierdo, ileso, lo llevaba desnudo. Tal vez los hombres pensaban que era una mujer que perdería el control; posiblemente los cautivaba esa aura de un daño más profundo que las quemaduras del brazo. El dolor se veía en sus ojos como una llama.

El segundo hombre en la historia de Saskia era un cliente que le dio una paliza por no quitarse las pulseras. Había oído hablar de sus quemaduras y quería ver las cicatrices. (En su día, Jack supuso que este era un hombre aún más necesitado de consejo que los clientes habituales de las prostitutas).

Saskia lanzó tal gemido que otras cuatro mujeres de Bloedstraat y tres chicas que trabajaban a la vuelta de la esquina, en Oudezijds Achterburgwal, la oyeron y acudieron en su auxilio. Sacaron a rastras al hombre con acuciante necesidad de consejo a Bloedstraat, donde lo fustigaron y arañaron con perchas y lo aporrearon con un desatascador, todo eso antes de que una de ellas le asestara un golpe de lleno en la cabeza con el tapón metálico de un bidé, y comenzara a salirle sangre. Desvariaba y estaba medio inconsciente, y sin duda necesitado aún de consejo, cuando llegó la policía y se lo llevó.

—¿Fue eso lo que te pasó en los dientes? —preguntó Jack a Saskia.

—Sí, Jack —contestó ella—. Solo enseño mis quemaduras a las personas que me caen bien. ¿Queréis verlas tú y tu madre?

—Claro —respondió el niño.

—Solo si no te molesta —terció Alice.

—No me molesta en absoluto —dijo Saskia.

Los llevó a su pequeña habitación y cerró la puerta y las cortinas como si Jack y su madre fuesen clientes. A Jack le asombró el exiguo mobiliario de la habitación; una cama individual y una mesilla de noche. La iluminación era tenue: solo una lámpara con la pantalla de cristal rojo. El armario no tenía puerta; dentro colgaba casi exclusivamente ropa interior, y un látigo como el que usaría un domador de leones.

Tenía un lavabo y una de esas mesas blancas esmaltadas que cabría esperar en un hospital o en la consulta de un médico. Sobre la mesa había una gran pila de toallas, una de las cuales estaba extendida sobre la cama; por si los hombres necesitados de consejo llevaban la ropa mojada, imaginó Jack. El único sitio para sentarse era la cama, que a Jack se le antojó un lugar extraño donde dar y recibir consejo; a Saskia, en cambio, le parecía lo más normal del mundo, y tras tomar asiento invitó a Jack y Alice a sentarse a su lado.

Una por una se quitó las pulseras y se las entregó a Jack. Al resplandor rojo de la lámpara con la pantalla de cristal, el niño y su madre examinaron la superficie arrugada, como en carne viva, de la cicatriz de Saskia, que parecía el cuello escaldado de un pollo.

—Adelante, Jack —dijo ella—; puedes tocarla.

El niño lo hizo de mala gana.

—¿Te duele? —preguntó.

—Ya no —contestó Saskia.

—¿Te duelen los dientes? —quiso saber el niño.

—Los que me faltan no, Jack.

Le permitió que volviera a ponerle las pulseras una por una; él procuró hacerlo en el orden correcto, de mayor a menor.

¿Quién se negaría a llevarle un sándwich a aquella chica delgada y famélica? Jack despreciaba al Tío Gerrit, el Hombre de la Bicicleta, por enfadarse con Saskia hasta el punto de negarse a comprar para ella. Pero el viejo y malhumorado recadero de las prostitutas tenía sus motivos. A menudo aparcaba la bicicleta frente a la Oude Kerk por la mañana temprano; en más de una ocasión se había sentado en un banco de la Iglesia Vieja y escuchado la edificante música. El Tío Gerrit era uno de los admiradores de William Burns, y quizá Saskia no.

—Tendríais que hablar con Femke —dijo el Hombre de la Bicicleta a Alice—. Fui precisamente yo quien mandó a William a verla. Femke sabrá qué le conviene más al niño.

Si bien Jack no comprendió el sentido de este comentario, se dio cuenta de que el Tío Gerrit también estaba enfadado con su madre. Jack y Alice se encontraban en Stoofsteeg cuando el Hombre de la Bicicleta se alejó pedaleando. Dobló la esquina y pasó ante la Casa Rosso, donde ponían películas porno y ofrecían espectáculos de sexo en directo, aunque Jack no tenía la menor idea de qué era eso. (Más consejos, que él supiese).

La prostituta que se encontraba en la puerta situada al final de Stoofsteeg se llamaba Els. Jack pensó que era aproximadamente de la edad de su madre, o como mucho un poco mayor. Siempre se había mostrado amable. Se había criado en una granja. Els dijo a Jack y a su madre que esperaba ver algún día a su padre o a sus hermanos en el barrio rojo. ¿Y no les sorprendería encontrársela en un escaparate o ante la puerta de una habitación? No les pediría que entrasen, dijo. (Por alguna razón

lo suyo ya no se arreglaba con consejos, supuso Jack).

—¿Quién es Femke? —preguntó Jack a su madre.

Le contestó Els:

—Te contaré la historia de Femke.

—Mejor que no esté Jack delante —dijo Alice.

—Entrad y procuraré contarla de manera que no ofenda a Jack —dijo Els. Fue ella, o Alice, quien al final contó la historia de Femke, pero de tal manera que confundió por completo al niño.

Els siempre llevaba una peluca de color rubio platino. Jack nunca había visto su verdadero pelo. Cuando rodeaba a Jack por los hombros con su enorme brazo y atraía la cara del niño contra su cadera, él notaba lo fuerte que era, como cabía esperar de una mujer criada en una granja. Y Els poseía el busto y el revelador escote de una cantante de ópera; sus senos la precedían con la autoridad de la proa de un gran buque. Cuando una mujer así anuncia que va a contar una historia, conviene prestar atención.

Sin embargo Jack se distrajo al instante; para su sorpresa, la habitación de Els se asemejaba mucho a la de Saskia. Tampoco allí tenían dónde sentarse aparte de la cama, sobre la que había una toalla extendida, y por tanto los tres se sentaron en ella. Los celos de Alice por si la historia de Femke entraba en la categoría «Delante de Jack no» habían estado de más. El niño quedó hechizado por la habitación y por los descomunales pechos de la prostituta. Jack no llegaba a comprender qué podía contar Els sobre Femke, a quien consideraba relativamente una recién llegada al oficio de las consejeras. Para mayor confusión, Femke era además la pudiente esposa de un abogado de Amsterdam. Quizás habían sido socios del mismo despacho; Jack solo oyó algo referente a un bufete familiar. Y a partir de ahí el asunto se puso más interesante: Femke había descubierto que su marido visitaba con frecuencia a las prostitutas de mayor categoría de Korsjespoortsteeg y Bergstraat. Había sido una esposa fiel, pero hizo historia en el ámbito del divorcio en Holanda no solo en el capítulo de las pensiones alimenticias.

Femke compró una habitación fuera de lo común en Bergstraat, esquina con Herengracht; no solía ocurrir que la habitación de una prostituta tuviese el escaparate en un sótano y que la puerta se hallase al pie de una corta escalera. Tanto la puerta como el escaparate estaban por debajo del nivel de la acera, de modo que los peatones, al mirar abajo, veían a la prostituta, que también quedaba a la vista de los coches que pasaban.

¿Tan grande era la cólera de Femke que estaba dispuesta a *comprar* una habitación para el ejercicio de la prostitución y alquilarla a una prostituta en activo, obteniendo así a la postre un beneficio del sórdido comercio que había arruinado su matrimonio? ¿O tenía en mente algo más perverso? El hecho de que Femke en persona apareciese en el escaparate o la puerta del sótano de Bergstraat y algunos de sus primeros clientes fuesen colegas de su exmarido —incluidos unos cuantos

caballeros que habían mantenido trato con la pareja— fue una auténtica sorpresa. (No para Femke, al parecer; ella era muy consciente de que resultaba atractiva para la mayoría de los hombres, aunque no para su exmarido).

Suscitó diversas reacciones entre sus compañeras de oficio en Korsjespoortsteeg y Bergstraat. Su triunfo público frente a su exmarido despertó gran admiración, y si bien se valoró la circunstancia de que Femke se hubiese incorporado al activismo en pro de los derechos de las prostitutas —al fin y al cabo era una mujer cuyas convicciones, tan valerosamente expuestas, no podían por menos de ser respetadas—, no era una *auténtica* prostituta, o eso opinaban algunas prostitutas (Els entre ellas).

Desde luego Femke no necesitaba el dinero; podía andarse con exigencias, y lo hacía. Rechazaba a muchos clientes, un lujo desconocido para las mujeres que trabajaban en el barrio rojo y en especial para las prostitutas en los escaparates o ante las puertas de Korsjespoortsteeg y Bergstraat. Además, los clientes que rechazaba Femke se sentían humillados. Los que acudían allí por primera vez podían pensar que posiblemente *todas* las prostitutas se negarían a aceptarlos. Unas cuantas trabajadoras del sexo, compañeras de Femke en Bergstraat, sostenían que a ellas les causaba un perjuicio más directo. Femke no solo era la prostituta más solicitada de la calle, sino que, además, cuando echaba a un cliente —a la vista de sus vecinas de las puertas y escaparates cercanos de la Bergstraat—, lo más probable era que el hombre abochornado se diera media vuelta y se fuera a otra calle. (No quería estar en compañía de una mujer que había visto cómo Femke lo rechazaba).

Con todo, tenía sus aliadas, especialmente entre las prostitutas de mayor edad. Y cuando descubrió a aquellas otras amantes de la música congregadas en la Iglesia Vieja a altas horas de la madrugada, entabló intensas amistades. (¿Se equivocaba Jack al imaginar que acaso tanto para las chicas del coro como para las prostitutas había sido una transición fácil llegar a amar al organista como resultado natural del amor a su música?).

Si se juzga a Femke por la venganza contra su marido, podría pensarse que habría sido más posesiva en su relación con William Burns. Pero Femke se había deleitado en su música y en su compañía. Al liberarse de su exmarido había descubierto otra clase de amor, una afinidad con las mujeres que vendían sexo a cambio de dinero y lo *ofrecían* selectivamente. Si más de una de las amantes de la música entre el público de William en la Oude Kerk se lo había llevado a «casa», ¿cuántas le habían dado consejo gratis?

Jack, mucho más tarde, se preguntaría si aquellas mujeres del barrio rojo eran la mayor conquista de su padre. ¿O eran las mujeres que daban consejo a los hombres a cambio de dinero unas consejeras parcas con los contados hombres a quienes no cobraban?

Para un niño de cuatro años era una historia muy confusa. Pero, por otra parte, quizás había que tener cuatro años para creérsela.

Confusa o no, esa era la historia de Femke, más o menos como Els la contó, alterada (como todo) por el tiempo, y por la reelaboración de la historia a manos de Alice al repetírsela a Jack en los años siguientes. Cuando el niño y su madre fueron a ver Femke a su habitación de Bergstraat, resultó evidente que los esperaba.

Femke no vestía como una prostituta. Su ropa era más propia de una anfitriona en una cena elegante. Tenía la piel tan dorada y perfecta como el cabello; hinchabaacompadamente el pecho y echaba al frente la cadera en actitud imperiosa. Era una mujer imponente en todos los sentidos —como ninguna de las que pudiera haber visto Jack hasta entonces en los escaparates y puertas de Amsterdam— y destilaba tal desdén universal que era más fácil dar crédito a que rechazaba a numerosos hombres que imaginar que *alguna vez* hubiese aceptado a un cliente.

¡Y menudo desprecio debió de sentir Femke por Alice, que había perseguido incesantemente a un hombre que la había abandonado hacía tanto tiempo! El manifiesto desprecio de Femke por los niños se le antojó a Jack inconmensurable. (Es posible que el niño malinterpretase los sentimientos de Femke hacia su madre; Jack pensó, probablemente, que era *él* quien caía mal a Femke). Al instante deseó salir de la habitación, que, comparada con las habitaciones de las otras dos prostitutas que había visto, era casi tan preciosa como Femke; estaba decorada con un gusto exquisito.

No había cama, sino solo un gran sofá de piel, y no había toallas. Incluso había un escritorio. Un sillón de piel de aspecto cómodo ocupaba el rincón de la ventana, bajo una lámpara de lectura y al lado de una estantería. Quizá Femke se sentaba a leer en su escaparate, sin molestarse en mirar a los potenciales clientes que pasaban; para captar la atención de Femke, los hombres seguramente tendrían que bajar por la corta escalera y llamar a la puerta o a la luna del escaparate. ¿Apartaba ella entonces la vista del libro, molesta por esa interrupción en la lectura?

De las paredes colgaban cuadros —paisajes, uno con una vaca— y la alfombra era oriental, de apariencia tan cara como la propia Femke. De hecho, Femke fue el primer contacto de Jack con el irrefragable poder del dinero, su arrogancia ciega a todo lo demás.

—¿Por qué has tardado tanto? —dijo a Alice.

—¿Podemos marcharnos? —preguntó Jack a su madre. Le tendió la mano, pero ella no se la cogió.

—Sé que estás en contacto con él —dijo Alice a la prostituta.

—«... en contacto con él» —repitió Femke. Movi6 la cadera; se humedeci6 los labios con la lengua. Sus gestos rebosaban la misma indolencia que una mujer desperezándose en la cama por la mañana después de una buena noche de sueño; la ropa le sentaba tan bien a su cuerpo como un baño caliente. Incluso de pie, o sentada en una silla de respaldo recto, su cuerpo aparentaba un relax total. Incluso profundamente dormida, Femke debía de parecer un gato esperando una caricia.

¿No había dicho alguien que Femke elegía principalmente, y para mayor

seguridad, a vírgenes? Escogía a chicos muy jóvenes. La policía insistía en que Femke les exigiese alguna prueba de su edad. Jack nunca la olvidaría, como no olvidaría el miedo que le inspiró.

Vírgenes, había explicado Alice a Jack, eran los hombres jóvenes e inexpertos; ninguna mujer les había dado consejo antes. Aquella tarde, ya casi de noche, en la habitación de Femke en Bergstraat, Jack experimentó por primera vez la necesidad de recibir consejo respecto a las mujeres, pero el miedo le impidió pedirlo.

—Si todavía estás en contacto con él, quizá tengas la amabilidad de transmitirle un mensaje —prosiguió Alice.

—¿Te parezco yo *amable*? —preguntó Femke.

—¿Podemos marcharnos? —repitió Jack; su madre seguía sin cogerle la mano. Jack miró por el escaparate un coche que pasaba. No había ningún cliente potencial observando.

Alice decía algo; se la notaba alterada.

—¡Un padre al menos debería saber cómo es su hijo!

—William sabe muy bien cómo es el niño —contestó Femke. Fue como si dijese: «Creo que William ya ha visto más que de sobra a Jack». Esa es la clase de información (o desinformación) que puede cambiarle a uno la vida. Desde luego a Jack se la cambió. A partir de ese día intentó imaginar a su padre lanzándole miradas furtivas.

¿Vio William cómo se cayó Jack a través del hielo en el Kastelsgraven? ¿Habría rescatado a su hijo el Hombre Partitura si no hubiese aparecido el soldado más pequeño? ¿Observaba William a Jack mientras este desayunaba en el hotel Grand de Estocolmo? ¿Vio su padre cómo se atracaba en el bufé del hotel Bristol de Oslo aquel domingo por la mañana, o suspendido en el ascensor abandonado sobre el Bar Americano en el hotel Torní de Helsinki?

Y aquellos sábados en Amsterdam, cuando Jack se sentaba a menudo en la ventana o se quedaba de pie en el portal de El Dragón Rojo en Zeedijk contemplando la calle bulliciosa durante el fin de semana —los incontables hombres que vagaban por el barrio rojo—, ¿pasó su padre por delante una o dos veces confundido entre la muchedumbre? Si William sabía cómo era su hijo, según había dicho Femke, ¿cuántas veces lo habría visto Jack a él sin saber quién era?

Pero ¿cómo podía no reconocer a William Burns? Obviamente William no habría tenido la audacia de quitarse la camisa y enseñarle a Jack la música inscrita en su piel, pero ¿no habría advertido algo familiar en su padre? (Quizá las pestañas, como habían señalado unas cuantas mujeres al escrutar el rostro de Jack).

Aquel día en la habitación de Femke en Bergstraat, Jack empezó a buscar a William Burns. En cierto modo, Jack lo buscaría siempre desde entonces y a partir de prueba tan nimia: el hecho de que una mujer de quien pensaba que era prostituta, que acaso mintiese —que sin duda era cruel—, le dijese que su padre lo había visto.

Alice contradijo a Femke en el acto:

—Miente, Jack.

—Eres tú quien miente, te mientes a ti misma —repuso Femke—. Es una mentira pensar que William aún te quiere; es una ridiculez presuponer que alguna vez te ha querido.

—Sé que en otro tiempo me quiso —dijo Alice.

—Si William te hubiese querido alguna vez, no resistiría ver cómo te prostituyes —aseguró Femke—. Se moriría solo de verte en un escaparate o ante una puerta, ¿no? Es decir, si se preocupase por ti.

—¡Claro que se preocupa por mí! —exclamó Alice.

Imagine usted que tiene cuatro años y que su madre discute a grito pelado con una desconocida. ¿Oiría realmente la disputa? ¿No tendría que hacer tal esfuerzo por comprender lo último que se ha dicho —por interpretarlo— que se perdería lo siguiente, y lo que vendría después? ¿No es así como un niño de cuatro años oye, o no oye, una discusión entre adultos?

—Solo piensa en William viéndote ante una puerta mientras tú estás cantando ese himno u oración que sin duda conoces —decía Femke—. ¿Cómo era? «Alienta en mí, aliento de Dios». ¿Lo he dicho bien? —Femke conocía también la melodía y la tarareó—. Es escocés, ¿verdad? —preguntó.

—Anglicano, de hecho —respondió Alice—. ¿Te lo ha enseñado él?

Femke se encogió de hombros.

—Se lo ha enseñado a todas las putas de la Oude Kerk. Tocaba esa melodía, la cantaba. Seguramente también te la tocó a ti y tú la cantaste.

—No necesito demostrar que William me quiso, y menos a ti —dijo Alice.

—¿A mí? ¿A mí qué más me da? —preguntó Femke—. ¿Necesitas demostrártelo a ti misma! ¿No le molestaría a William que aceptases a un cliente o dos, o a tres o cuatro? Es decir, si alguna vez se hubiese preocupado por ti.

—Delante de Jack no —dijo Alice.

—Busca a una canguro para Jack —recomendó Femke—. Tienes unas cuantas amigas en el barrio rojo, ¿no?

—Gracias por tu tiempo —dijo Alice; solo en ese momento cogió a Jack de la mano.

Al dejar Bergstraat, volvieron a entrar en el barrio rojo por Oudekerksplein. Empezaba a oscurecer. El órgano de la Oude Kerk no sonaba, pero las mujeres estaban todas ante sus puertas, como si supiesen que Jack y Alice se acercaban. Anja era una de las mayores; con ellos oscilaba entre la amabilidad y la antipatía. Debía de ser una de las noches antipáticas de Anja, porque estaba tarareando la melodía de «Alienta en mí, aliento de Dios», cosa que resultaba un tanto cruel.

La melodía no es nada del otro mundo. Como oración para la comunión, cantada en lugar de recitada, la letra es más importante que la música. Al igual que tantas cosas sencillas, Jack la consideraba hermosa; era una de las preferidas de su madre.

A continuación pasaron frente a Margriet, una de las más jóvenes, que siempre



llamaba «Jackie» a Jack; esta vez no dijo nada. Siguieron Annelies, Nanda la Pícara, Katja, Anouk la Rabiosa, Ama Mies y Roos la Pelirroja; tarareaban la melodía del himno, pero Alice hizo oídos sordos. Solo Jolanda la Vieja conocía la letra.

—Alienta en mí, aliento de Dios... —cantaba.

—No vas a hacerlo, ¿verdad? —preguntó Jack a su madre—. Me da igual si no lo veo nunca —mintió el niño.

Quizás Alice dijo: «Soy yo quien quiere verlo, Jack». O tal vez dijese: «Es él quien quiere verte a ti, Jackie».

Cuando Alice explicó a Tattoo Peter la idea de Femke, el cojo intentó disuadirla. Peter tenía un Pájaro Loco tatuado en el bíceps derecho. A Jack le dio la impresión de que incluso el pájaro carpintero se oponía a la idea de que su madre cantase un himno en el escaparate o la puerta de una prostituta.

Años más tarde preguntaría a su madre qué había sido de la fotografía que le sacó con el Pájaro Loco de Tattoo Peter.

—Quizá la foto no salió —se limitó a contestar ella.

Después de posar con el pájaro carpintero, Jack y su madre se dirigieron a El Dragón Rojo, donde Robbie de Wit le lio a Alice varios canutos que ella se guardó en el bolso. Puede que fuese Robbie quien les sacó la fotografía con Tattoo Theo. (Jack solía pensar: «Quizás esa foto tampoco salió»).

Compraron un cruasán de jamón y queso para Saskia, que en ese momento atendía a un cliente en Bloedstraat, así que Jack se comió el sándwich mientras iban hacia la esquina de Stoofsteeg, donde Jack prestó atención a ratos a la conversación de su madre con Els.

—No te lo recomiendo —decía Els a Alice—. Pero desde luego puedes usar mi habitación, y yo cuidaré de Jack.

Desde la puerta de la habitación de Els, Jack y su madre no veían el escaparate ni la puerta de Saskia en Bloedstraat; tuvieron que cruzar el canal para ver si Saskia seguía con el cliente. Así era. Cuando regresaron a la habitación de Els, también ella estaba con un cliente. Jack y Alice regresaron a Bloedstraat y charlaron con Janneke, la prostituta que trabajaba más cerca de Saskia.

—¿Qué pasa con el himno? —preguntó Janneke a Alice—. ¿O es una especie de oración?

Alice se limitó a negar con la cabeza. Estaban los tres de pie en la calle, esperando a que el cliente de Saskia saliese por la puerta, cosa que hizo minutos después.

—Si tenía el rabo como un perro, debía de ser entre las piernas —observó Janneke.

—Eso supongo —dijo Alice.

Por fin Saskia descorrió las cortinas y los vio en la calle. Los saludó con la mano y sonrió con la boca abierta, que no era como sonreiría a un posible cliente. Saskia también le dijo a Alice que podía usar su habitación, y que, entre ella y Els, Jack

estaría debidamente cuidado.

—Te lo agradezco de todo corazón —dijo Alice a la chica quemada y vapuleada—. Si alguna vez quieres un tatuaje... —Su voz se apagó gradualmente. Saskia no era capaz de mirarla.

—Hay cosas peores —comentó Saskia a nadie en particular. Alice asintió con la cabeza—. ¿Sabes qué, Jack? —preguntó Saskia, impaciente por cambiar de tema—. Pareces un niño que acaba de comerse un cruasán de jamón y queso. Los hay con suerte, eh.

En Amsterdam, todas las prostitutas constaban en los archivos de la policía. Las mujeres eran fotografiadas y la policía consignaba sus datos más personales; probablemente algunos eran intrascendentes. Pero si la prostituta tenía un novio, eso sí era importante, porque si moría asesinada o recibía una paliza, a menudo el culpable era el novio, no el cliente. En aquella época no había ninguna menor entre las prostitutas, y la policía mantenía las relaciones más cordiales posibles con las mujeres del barrio rojo; la policía sabía casi todo lo que ocurría allí.

Una mañana que parecía casi de primavera, Jack y Alice fueron a la comisaría de Warmoesstraat con Els y Saskia. Un amable policía llamado Nico Oudejans interrogó a Alice. Saskia había preguntado por Nico; tanto cuando la quemaron como cuando le dieron la paliza, fue él el primer agente en llegar al lugar de los hechos en Bloedstraat. Puede que Jack se sintiera decepcionado al ver a Nico vestido de paisano, no de uniforme, pero Nico era el policía preferido del barrio rojo, no se trataba solo de un agente al que estaban acostumbrados a ver por allí de ronda, sino que era el policía en quien las prostitutas más confiaban. Tenía cerca de treinta años o poco más.

A la pregunta referente al novio, Alice contestó que no —no lo tenía—, pero Nico receló de su respuesta.

—Entonces, ¿quién es ese hombre para el que cantas, Alice?

—Es un antiguo novio —dijo Alice; apoyó la mano en la nuca de Jack—. Es el padre de Jack.

—Nosotros lo consideraríamos novio —comentó el policía educadamente.

Tal vez fue Els quien dijo:

—Solo va a ser durante una tarde y parte de una noche, Nico.

—No voy a aceptar clientes —dijo quizás Alice al amable policía—. Solo voy a sentarme en el escaparate o salir a la puerta y cantar.

—Si los rechazas a todos, algún hombre se enfadará contigo, Alice —advirtió Nico.

Debió de ser Saskia quien dijo:

—Una de nosotras estará siempre cerca. Cuando use mi habitación, yo la vigilaré; cuando use la habitación de Els, Els rondará por allí.

—¿Y tú, Jack, dónde estarás? —preguntó Nico.

—¡Estará conmigo o con Els! —contestó Saskia.

Nico Oudejans movió la cabeza en un gesto de negación.

—No me gusta la idea, Alice; ese no es tu trabajo.

—Yo cantaba en un coro —respondió Alice—. Sé cantar.

—No es sitio para cantar un himno o pronunciar una oración —previno el policía.

—Quizá tú podrías acercarte por allí de vez en cuando —sugirió Saskia al agente—. Por si acaso atrae a una multitud.

—La atraerá, dalo por descontado —contestó Nico.

—¿Y qué? —preguntó Els—. Una chica nueva siempre atrae a una multitud.

—Cuando una chica nueva se lleva adentro a un cliente y corre la cortina, la multitud suele marcharse —dijo Nico Oudejans.

—No voy a aceptar clientes —puede que repitiese Alice.

—A veces es más fácil que negarse —dijo Saskia—. Con los vírgenes, por ejemplo, puede ser agradable.

—Además acaban deprisa —dijo Els a Alice.

—Delante de Jack no.

—Pero que no sea un virgen demasiado joven, Alice —advirtió Nico Oudejans.

—Te lo agradezco sinceramente —dijo Alice—. Si alguna vez quieres un tatuaje... —Se interrumpió; puede que pensase que si le ofrecía un tatuaje gratis, el policía lo interpretaría como soborno. Era un buen hombre, ese Nico Oudejans. Tenía los ojos de color azul verdoso y una pequeña cicatriz en forma de L sobre un pómulo.

En Warmoesstraat, Alice dio las gracias a Els y a Saskia por ayudarla a obtener permiso de la policía para ejercer la prostitución durante una tarde y parte de una noche.

—Imaginaba que sería más fácil convencer a Nico que disuadirte a ti —dijo Saskia.

—Saskia siempre escoge lo más fácil —explicó Els.

Las tres se echaron a reír. Caminaban tal como hacen a veces las chicas holandesas, cogidas del brazo. Alice iba en medio; Els llevaba a Jack de la mano.

Warmoesstraat delimitaba el barrio rojo por uno de sus extremos. Jack y Alice iban de regreso al Krasnapolsky. Els y Saskia ayudarían a Alice a elegir qué ponerse; deseaba vestir su propia ropa, dijo. Alice no tenía ninguna falda tan corta como las que usaba Saskia en su escaparate o ante la puerta de su habitación de Bloedstraat, ni una blusa con un escote tan revelador como las que se ponía Els cuando daba consejo en Stoofsteeg.

Debían de ser alrededor de las once de la mañana cuando llegaron a la esquina de Sint Annenstraat. Solo había una prostituta trabajando, casi al final de la calle, pero incluso a esa distancia los reconoció. La prostituta los saludó con la mano y ellos le devolvieron el saludo. Como miraban hacia Sint Annenstraat, en dirección al barrio, no vieron acercarse a Jacob Bril por Warmoesstraat. Iban caminando aún hombro con

hombro; así que Bril no tenía forma de sortearlas. Dijo algo en holandés con tono adusto, una maldición o una expresión de repulsa. Saskia le contestó. Aunque Els y Saskia no vestían la indumentaria con que se exhibían ante la puerta de sus habitaciones, Bril sin duda las reconoció; al fin y al cabo, había llevado a cabo un estudio exhaustivo de las prostitutas del vecindario.

Las tres tuvieron que soltarse para dejar pasar a Jacob Bril; quizás era la primera vez que Bril se veía obligado a detenerse en el barrio rojo. Por supuesto, Bril reconoció a Alice entre las dos prostitutas; en cuanto al niño, Bril siempre parecía atravesarlo con la mirada; era como si nunca lo viese.

—¡A ojos del Señor, eres igual que las compañías con las que andas! —dijo Jacob Bril a Alice.

—Estoy muy a gusto con las compañías con las que ando —repuso Alice.

—¿Y tú qué sabes de los ojos del Señor? —preguntó Els a Bril.

—Nadie sabe qué ve Dios —dijo Saskia.

—¡Ve incluso el pecado más insignificante! —exclamó Bril—. ¡Recuerda cada acto de fornicación!

—Como la mayoría de los hombres —dijo Els.

Saskia se encogió de hombros y dijo:

—Pues a mí se me olvidan casi siempre.

Observaron cómo se escabullía Jacob Bril por Sint Annenstraat, tan resueltamente como una rata. La prostituta solitaria al final de la calle ya no estaba ante su puerta; debía de haber visto acercarse a Bril.

—Jacob Bril es una buena razón para que a las doce de la noche me haya ido ya de la calle —comentó Alice—. No me imagino qué diría si me viera sentada en un escaparate o me oyera cantar ante una puerta. —Se echó a reír con aquella peculiar crispación, la clase de risa que Jack reconocía como preludio del llanto.

Fue Els o Saskia quien dijo:

—Existen mejores razones que Bril para dejar la calle antes de las doce de la noche.

Salieron por Warmoesstraat a la plaza Dam y entraron al Krasnapolsky.

—¿Qué es fornicación? —preguntó Jack.

—Dar consejo —contestó Alice.

—Un buen consejo, en la mayoría de los casos —dijo Saskia.

—Al menos, un consejo necesario —añadió Els.

—¿Qué es pecado? —preguntó Jack.

—Prácticamente todo —contestó Alice.

—Hay pecados buenos y pecados malos —dijo Els a Jack.

—¿Ah, sí? —dijo Saskia; parecía tan confusa como Jack.

—Quiero decir buenos consejos y malos consejos —explicó Els.

Jack tuvo la impresión de que el pecado era más complicado que la fornicación.

Al entrar en la habitación del hotel, Alice dijo:

—El problema con el pecado, Jack, es que unas personas lo consideran muy importante y otras ni siquiera creen que exista.

—¿Y tú qué crees? —preguntó el niño. Alice pareció tropezar, aunque Jack no vio nada con lo que pudiera haber tropezado; sencillamente comenzó a caerse, pero Els la sujetó.

—Malditos tacones —dijo Alice, pero no llevaba tacones.

—Escucha, Jack —terció Saskia—. Tenemos un trabajo que hacer: asegurarnos de que tu mamá lleva la ropa adecuada es importante. No podemos distraernos con una conversación sobre algo tan difícil como el pecado.

—Dejaremos esta conversación para más tarde —prometió Els al niño.

—Hablad de eso cuando yo empiece a cantar, sin mí —dijo Alice, pero Els se limitó a conducirla hacia el armario.

Saskia inspeccionaba ya los cajones del tocador de Alice. Sostuvo en alto un sujetador que le habría quedado grande a ella pero no le habría bastado ni remotamente a Els. Saskia dijo algo en holandés, que arrancó una risa a Els.

—Mi ropa va a decepcionaros —advirtió Alice a las prostitutas.

Por lo que Jack recordaba, su madre se probó todas las prendas del armario. Alice era siempre muy pudorosa en presencia de Jack. El niño nunca veía a su madre desnuda o medio desnuda, y en el Krasnapolsky, durante una hora o más, fue la primera vez que la vio en sujetador y bragas; incluso entonces ella apretaba los brazos contra los costados y cruzaba las manos ante el pecho para cubrirse. En realidad, Jack vio más de Saskia y de Els que de su madre, porque las dos mujeres la rodeaban mientras la vestían y desvestían; le daban consejos a manos llenas.

Por fin se eligió un vestido; a Jack le pareció bonito pero corriente. El vestido era como su madre; *ella* era bonita pero corriente, al menos en comparación con el aspecto y la indumentaria de las mujeres del barrio rojo. Era un vestido negro sin mangas con escote; le quedaba ajustado, pero no demasiado ceñido.

Alice no tenía unos auténticos zapatos de tacón alto, pero escogió para la ocasión unos zapatos de tacón medio —o alto para ella— y se puso su collar de perlas. Había pertenecido a su madre; su padre se lo regaló el día que ella abandonó Escocia para ir a Nueva Escocia. Alice pensaba que eran perlas cultivadas, pero en realidad no lo sabía. El collar tenía un gran valor para ella, fuera de la clase de perlas que fuese.

—¿No pasaré frío con un vestido sin mangas? —preguntó Alice a Saskia y Els. Las mujeres encontraron en el armario una rebeca negra acorde con el resto.

—Esa chaqueta de punto me viene pequeña —se quejó Alice—. No puedo abrochámela.

—No tienes que abrochártela —contestó Els—. Es solo para abrigarte los brazos.

—Debes dejarte la chaqueta abierta y rodearte el cuerpo con los brazos —explicó Saskia, y le enseñó a hacerlo—. Si da la impresión de que tienes un poco de frío, queda sexy.

—No quiero estar sexy —contestó Alice.

—¿Qué es «sexy»? —preguntó Jack.

—Si estás sexy, los hombres piensan que puedes darles buenos consejos —aclaró Els. Las dos prostitutas le toqueteaban el pelo a Alice, y quedaba aún por resolver el asunto del carmín y del maquillaje.

—No quiero carmín, no quiero maquillaje —protestó Alice, pero ellas se negaron a escucharla.

—Créeme, te conviene ponerte carmín —dijo Els.

—Un color oscuro —añadió Saskia—. Y sombra de ojos.

—¡Detesto la sombra de ojos! —exclamó Alice.

—No querrás que William te mire a los ojos y te vea realmente a ti, ¿verdad? —preguntó Els—. Es decir, suponiendo por un momento que se presente.

Eso acalló a Alice, que se dejó maquillar por las otras dos mujeres.

Jack se limitó a observar la transformación. La cara de su madre parecía de rasgos más definidos, la boca más acentuada; lo más extraño de todo eran las manchas oscuras alrededor de los ojos, que le daban el mismo aspecto que si alguna persona cercana a ella hubiese fallecido y le ocultase su muerte a Jack. En conjunto, su madre aparentaba mucha más edad.

—¿Cómo estoy? —preguntó Alice.

—¡Súper! —dijo Saskia. (En el barrio rojo había siempre muchos ingleses. Probablemente Saskia pensó que «súper» sonaba bien en inglés).

—¿Atraer a una multitud? ¡Quita, quita! Tú lo que vas a provocar es un tumulto —dijo Els a Alice, pero a Alice no tenía por qué gustarle precisamente la idea.

—¿Y tú qué opinas, Jackie? —preguntó su madre.

—Estás muy guapa —dijo él—, pero no pareces mi mamá.

Por lo visto, esto la alarmó.

—A mí sí me pareces Alice —afirmó Saskia para tranquilizarla.

—Claro que sí —añadió Els—. Todo lo que le hemos hecho, Jack, es para que tenga un aire de misterio.

—¿Dónde está el misterio? —preguntó Alice.

—Els quiere decir que teníamos que esconderte un poco —explicó Saskia.

—Lo que hemos escondido es la mamá que lleva dentro, Jack —añadió Els.

—Porque eso solo has de verlo tú —dijo Saskia alborotándole el pelo al niño.

—Todo saldrá bien —anunció Alice. Dio la espalda al espejo y no volvió a mirarse.

El barrio rojo de Amsterdam no es tan grande como creen muchos turistas. Es tal laberinto de callejuelas —en horas punta, densamente pobladas— que quienes lo visitan por vez primera se pierden en el dédalo e imaginan que las prostitutas se extienden hasta el infinito en los escaparates y puertas. Lo cierto es que puede recorrerse el barrio de punta a punta en menos de diez minutos. Desde la zona de la

Iglesia Vieja hasta la habitación de Saskia en Bloedstraat o la habitación de Els en Stoofsteeg, se tardaba menos de cinco minutos a pie.

Un sábado por la tarde se difundió enseguida la noticia de que había una chica nueva en un escaparate o ante una puerta. Una mujer que no tenía aspecto de prostituta, y que cantaba algo que parecía un himno, dividía su tiempo entre una puerta de Stoofsteeg y otra de Bloedstraat. Por todo el barrio rojo corrió la voz como la pólvora. Antes de anochecer, las mujeres de mayor edad que trabajaban en Oudekerksplein, cogidas del brazo, habían ido a oír por sí mismas cómo cantaba Alice la Hija. Anja se presentó con Annelies y Nanda la Pícara; Katja se presentó con Anouk la Rabiosa y Ama Mies. A la hora de la cena poco más o menos, apareció Roos la Pelirroja en compañía de Jolanda la Vieja. Las avejentadas prostitutas guardaron silencio y no se quedaron mucho rato. Esperaban que Alice hiciese el ridículo, pero cuando una mujer bonita tiene una voz bonita, difícilmente parece o suena ridícula.

En cuanto a los hombres que callejaban por el barrio, el canto de Alice debió de antojárseles una insinuación tan cautivadora como las pulseras tintineantes en el brazo quemado de Saskia; aun así, Alice rechazó a cuantos se acercaron. Era una mujer que ocupaba la puerta de una prostituta o se sentaba en el escaparate de una prostituta, pero se limitaba a mover la cabeza en un gesto de negación a cada posible cliente que manifestaba interés en ella; de vez en cuando tenía que interrumpir el himno y negarse con mayor firmeza. En una ocasión, cuando usaba la habitación de Els, Alice se vio obligada a decir a un caballero especialmente insistente que esperaba a su novio y que temía no verlo si estaba ocupada con un cliente cuando él apareciese. (Saskia tradujo al holandés y por fin el hombre se fue). Y cuando usaba la habitación de Saskia, una pandilla de jóvenes la obligó a callar. Debía de haber rechazado a uno de los chicos, o a todos, y en respuesta a su negativa se arracimaron alrededor de la puerta y entonaron a voz en cuello su propia canción.

Alice entró en la habitación de Saskia y cerró la puerta; se sentó en el escaparate cantando todavía «Alienta en mí, aliento de Dios», aunque nadie la oía. Els dijo a los chicos que siguieran su camino; todos excepto uno discutían aún con ella cuando de pronto apareció en Bloedstraat Nico Oudejans. Al ver que los chicos se marchaban con excesiva parsimonia, Nico les lanzó un grito y echaron a correr. El único que no había discutido con Els retrocedió, también corriendo; sencillamente no podía apartar los ojos de Alice.

Nico sonrió a Jack, que saludó a su madre con la mano. Ella continuó cantando.

—Seguiré vigilándola, Jack, y a ti también —dijo el policía.

Habría sido más fácil invitar a los hombres a entrar en la habitación; su decepción al ver que se les negaba el consejo abarcaba toda la gama, desde la total incomprensión hasta la ira. Algunos simplemente parecían abochornados y se escabullían; otros reaccionaban con frustración y agresividad. Alice se limitaba a seguir cantando; no tenía intención de detenerse siquiera el tiempo necesario para

comerse el cruasán de jamón y queso que Saskia y Jack le llevaron. Y no mucho después de oscurecer, Tattoo Theo le hizo una visita. Había metido en una cesta una botella de vino y un poco de fruta y queso, pero Alice no la aceptó. Dio a Rademaker un beso y un abrazo; luego, con una seña, pidió a Els y a Jack que se acercasen a la puerta y les entregó la cesta. Como era lógico, le llevaron la comida y el vino a Saskia, que siempre estaba famélica.

También se presentó Robbie de Wit. Pareció desolado al ver a Alice cantar mudamente en el escaparate de Saskia. Robbie le había llevado un par de pitillos de marihuana, que Alice aceptó; cuando abandonaba el escaparate para salir a la puerta, encendía uno de los canutos y daba una calada sin dejar de cantar.

Jack tardaría años en establecer la conexión; a saber, que aquella fue una de esas noches sobre las que Bob Dylan habría compuesto una canción genial.

A eso de las diez de la noche, cuando el barrio rojo estaba muy concurrido, Els junto con Saskia y Jack acompañaron a Alice en el breve paseo desde la habitación de Saskia en Bloedstraat hasta la habitación de Els en Stoofsteeg. Els llevaba en brazos a Jack. El niño iba medio dormido, con la cabeza apoyada en su hombro. Alice no cantaba cuando cambiaba de habitación.

—¿Creéis que aparecerá William? —preguntó.

—Yo nunca he creído que fuera a aparecer —contestó Saskia.

—Deberías dar la noche por terminada, Alice —aconsejó Els. Abrió la puerta de su habitación, y Alice ocupó su posición de costumbre en la puerta. Se disponía a empezar otra vez el himno cuando vio acercarse a Femke por Stoofsteeg.

—No estás cantando —dijo Femke.

—No va a venir, ¿verdad? —preguntó Alice.

Tanto Saskia como Els la emprendieron con Femke; estaban furiosas y se lo hicieron saber. Jack se despertó, pero no entendió nada de lo que decían. Todo era en holandés. Femke no se amilanó ni un ápice. Els y Saskia continuaron hostigándola. Jack pensó que Els iba a derribar a Femke en la calle adoquinada, pero dejaron de vociferar cuando Alice comenzó a cantar. Jack nunca la había oído entonar mejor «Alienta en mí, aliento de Dios». Femke pareció quedarse desarmada al oír su voz. Posiblemente dijo:

—No creía que te atrevieses a hacerlo.

Alice se limitó a seguir cantando, un poco más alto si cabe. Pero Jack estaba tan ajeno a todo que Femke, que él supiese, podría haber dicho:

—No creía que él lo aceptase.

Por lo que Jack comprendió, su padre estaba tocando el piano en un crucero, él o *alguien*. La noticia del piano pareció sorprender a Alice, pero la mayoría de los organistas aprendían primero a tocar el piano, y sin duda ese había sido el caso de William. Quizá la sorpresa se debió a que William quisiese viajar a Australia para que



le tatuase Cindy Ray.

Alice cambió de himno, pero siguió cantando a pesar de todo, sin prestar atención a nimiedades como la puntuación, o al hecho de que William probablemente ya iba camino de Australia. «El Rey del amor es mi Pastor», cantó. (Repitió una y otra vez ese verso sin más).

¿Albergaba William la esperanza de que Australia estuviese demasiado lejos para que Alice y Jack lo siguiesen hasta allí? Jack se adormecía en los pechos grandes y suaves de Els. Alice había vuelto a cambiar de himno y no daba la menor señal de querer interrumpirse. «Dulce sacramento divino», cantó repetidamente. La pureza de la voz de Alice siguió a Femke por la calle. Cuando Femke abandonó Stoofsteeg, Alice había vuelto a «Alienta en mí, aliento de Dios», y Jack despertó.

—Ya puedes dejarlo, Alice —dijo Saskia, pero Alice no paró.

—¿Dónde está Australia? —preguntó Jack a Els. (Él solo sabía que Australia no estaba en su itinerario).

—No te preocupes, Jack; no vas a ir a Australia, ni soñarlo —respondió Saskia.

—Está en la otra punta del mundo —dijo Els.

El niño se sintió mejor al pensar que su padre podía estar en la otra punta del mundo; sin embargo, eso no iba a impedir a Jack imaginarse que de algún modo su padre lo observaba confundido entre la multitud.

—Vamos, Alice; ya es hora de dejarlo —insistió Saskia.

—«El Rey del amor es mi Pastor» —empezó de nuevo Alice, con voz un poco apagada.

Con tanto interés habían seguido con la mirada a Femke mientras esta se marchaba que no habían advertido la llegada de Jacob Bril. Ni siquiera eran las doce, pero allí estaba Bril, en Stoofsteeg, y no se movía. Permanecía paralizado en un raptó de furor religioso.

—¡Eso que cantas es un himno! ¡Es una oración! —gritó Bril a Alice.

Ella lo miró a la cara y continuó con «Dulce sacramento divino». (En su estado de ánimo, quizá recordaba únicamente tres himnos, o solo sus títulos).

—¡Blasfemia! —bramó Jacob Bril—. ¡Sacrilegio!

Saskia le dijo algo en holandés, algo que no parecía especialmente religioso. Els se acercó a Bril y lo empujó; él hincó la rodilla, pero apoyó la palma de la mano en los adoquines para no caer del todo. Cuando se levantó, Els volvió a empujarlo. Bril consiguió mantenerse en pie, pero topó contra la pared del edificio.

—Delante de Jack no —dijo Els con calma. Dio un paso al frente y volvió a empujarlo, pero Bril retrocedió.

—¿Dónde está Nico cuando se le necesita? —preguntó Saskia con sorna; Els no parecía necesitar la ayuda de Nico.

Alice entonó de nuevo «Alienta en mí, aliento de Dios». Fue entonces cuando todos lo vieron: era el chico que no había discutido con Els, el que había regresado corriendo por Bloedstraat. Estaba allí porque necesitaba contemplar de nuevo a Alice.

Esta vez iba solo. Els le habló en holandés; dio la impresión de que se proponía empujarle, ahora que Bril se batía en retirada.

—Déjalo. Era el único amable —dijo Alice a Els; por fin había parado de cantar. Sonrió al chico, que se quedó frente a ella, incapaz de moverse—. Parece que necesita consejo, ¿no? —preguntó Alice.

—Alice, no tienes por qué hacerlo —dijo Saskia.

—Pero parece que necesita consejo —insistió Alice.

—Saskia y yo podemos dárselo —dijo Els.

—Creo que quiere *mis* consejos —respondió Alice.

—Deberías dar la noche por terminada, Alice —repitió Els.

—¿Te gustaría pasar? —preguntó Alice al chico. Por lo visto no entendía inglés. Els se lo tradujo, y él asintió con la cabeza.

—Vámonos, Jack —dijo Saskia; lo agarró de la mano—. No me vendría mal un cruasán de jamón y queso. ¿Y a ti?

El chico necesitado de consejo tenía la tez aceitunada y el cabello muy oscuro, corto; era de huesos menudos, ojos separados de mirada fija y facciones tan delicadas como las de una muchacha. No se había movido desde que lo invitaron a entrar en la habitación de la prostituta; simplemente se quedó allí plantado. Deseaba contemplar de nuevo a Alice, sin imaginarse que reuniría el valor para preguntarle otra vez, o ni siquiera que tendría la oportunidad de hacerlo; es decir, si es que se lo había preguntado la primera vez. (A juzgar por la expresión de su rostro, el temor debía de habérselo impedido; probablemente había sido alguno de sus amigos los alborotadores, o varios de ellos, quien le había preguntado a Alice).

Els se acercó al chico por detrás y lo empujó hacia Alice, que lo tomó de la mano y tiró de él hacia el interior de la habitación; a ella apenas le llegaba a la barbilla. Cuando Alice cerró la puerta y corrió las cortinas, Els se reunió con Saskia y Jack.

—¿Es virgen? —les preguntó Jack.

—Sin duda —dijo Els.

Recordando lo que le había dicho Nico Oudejans a su madre en la comisaría, Jack preguntó:

—¿Es un virgen demasiado joven?

—Nadie es demasiado joven a estas horas de la noche —contestó Saskia.

Jack se había pasado media tarde y parte de la noche dormitando —primero durante una hora o así en la habitación de Els, y luego en la de Saskia, y naturalmente en los brazos de Els cuando lo llevaba de aquí para allá—, pero a esas alturas estaba rendido. Cuando regresaron a la habitación de Saskia, esta corrió las cortinas para que Jack pudiese dormir. Se quedó de pie en la puerta, custodiando al niño, en tanto que Els —cada quince o veinte minutos— volvía a su habitación de *Stoofsteeg* para ver si Alice seguía aconsejando al chico virgen.

Jack consiguió mantenerse despierto durante los dos primeros viajes de Els.

—Creía que Els había dicho que los vírgenes eran rápidos —comentó el niño.

—Duérmete, Jack —dijo Saskia—. Están tardando tanto porque el virgen no sabe mucho inglés. Seguramente tu madre tiene que hablarle muy despacio.

—Ah.

—Duérmete, Jack.

Mucho más tarde, un cuchicheo despertó a Jack. Las tres mujeres estaban sentadas en el borde de la cama de Saskia al resplandor de la lámpara con la pantalla de cristal rojo; apenas quedaba espacio en la cama para Jack, que se hizo el dormido. A su madre se le había roto el collar de perlas. Els y Saskia intentaban ayudarla a montarlo de nuevo.

—El muy torpe —comentó Saskia—. Ese es el problema con los vírgenes.

—No era su intención; es solo que nunca había quitado un collar —susurró Alice—. Creo que son perlas cultivadas. ¿Eso es bueno o malo?

—Deberías haberte dejado el collar puesto, Alice —dijo Els.

—Era encantador; jamás había hecho algo así —musitó Alice.

—Debe de tener mucho dinero para permitirse tanto tiempo —comentó Saskia.

—Ah, no le he cobrado. ¡Eso me habría convertido en una *prostituta*! —Las tres se echaron a reír—. ¡Chist! Despertaremos a Jack —susurró Alice.

—Ya estoy despierto —anunció él—. ¿Le has dado buenos consejos a ese chico? —preguntó a su madre. Alice abrazó y besó a Jack mientras Saskia y Els seguían intentando recomponer el collar roto.

—Sí, han sido consejos bastante buenos, creo —contestó Alice.

—Los mejores consejos que recibirá en su vida —dijo Saskia.

—Al menos gratis —añadió Els. Las tres mujeres volvieron a reírse.

—Tendrás que llevar este condenado chisme al joyero —dijo Saskia y le entregó a Alice el collar estropeado y un puñado de perlas sin ensartar. Alice metió las perlas sueltas y el collar en el bolso.

Saskia y Els se ofrecieron a acompañarlos de regreso al Krasnapolsky, pero Alice sugirió dar un pequeño rodeo. Quería pasar por Oudekerksplein para demostrar a aquellas prostitutas viejas que aún seguía en pie.

—Ya es muy tarde —dijo Els—; casi todas habrán dejado de trabajar.

—Vale la pena —afirmó Saskia—. Aunque solo haya una mujer trabajando, las otras se enterarán.

Debían de ser las dos o las tres de la madrugada. Acababan de salir de Oudekennissteeg cuando les llegó el sonido de la música; en el puente que cruzaba el viejo canal se oía aún con mayor claridad. El órgano de la Oude Kerk era un monstruo sagrado.

—¿Bach? —preguntó Jack a su madre.

—Es Bach, sí —contestó Alice—, pero no es tu padre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Els—. Femke es una mala zorra. Por lo menos deberías ir a echar un vistazo.

—Es la *Fantasía en sol mayor* —dijo Alice—. Es una pieza popular en las bodas.

—Al parecer, las bodas no eran precisamente la debilidad de William, pero Saskia y Els insistieron en echar un vistazo al organista.

Alice quiso hacer un rodeo por Oudekerksplein antes de entrar en la Iglesia Vieja, y eso hicieron. Solo había una prostituta ante su correspondiente puerta, escuchando la música. Era una de las más jóvenes, Margriet.

—Vaya horas para estar levantado, Jackie —dijo Margriet.

—Todos estamos levantados —corrigió Els.

Entraron en la Oude Kerk. En un banco había sentadas dos de las prostitutas de mayor edad, y una de ellas, Nanda la Pícara, parecía dormida; la otra, Anouk la Rabiosa, se negó a mirar a Alice.

Fueron a la escalera del fondo de la gran nave, pero solo Saskia junto con Els y Jack empezaron a subir por la estrecha escalera. Alice los esperó abajo.

—Está en Australia, o de camino hacia allá —insistió con obstinación—. ¡Imaginaos la de mujeres que conocerá en el crucero!

Percibieron el tenue e inocente olor a polvos de talco antes de ver a Frans Donker, el segundo organista. La súbita aparición de Saskia y Els sobresaltó al joven genio, que dejó de tocar. Al instante, Donker advirtió la presencia de Jack entre las dos prostitutas.

—Ah, supongo que has pensado que era tu padre —dijo Frans a Jack.

—La verdad es que no —respondió Saskia.

—No hables; solo sigue tocando —dijo Els.

El niño prodigio había reanudado la interpretación de Bach antes de que ellos llegasen al pie de la escalera.

—Es ese chico, Donker, ¿verdad? —preguntó Alice. Todos asintieron—. Toca como un afinador de órgano —comentó Alice.

La *Fantasia en sol mayor* de Bach los siguió hasta más allá de Trompettersteeg, donde se ofrecían aún varias prostitutas jóvenes. Estaban casi al final de Sint Annenstraat cuando por fin la música quedó atrás.

—No iréis a Australia, ¿verdad? —puede que preguntase Els a Alice.

—No. El viaje a Australia es demasiado largo y difícil para Jack —acaso contestase Alice.

—Demasiado largo y difícil para cualquiera, Alice —corrigió Saskia.

—Supongo —se limitó a decir Alice.

Al hablar arrastraba las palabras de un modo anormal en ella y tenía una expresión —desde el momento en que Jack despertó en Bloedstraat a causa del cuchicheo de las mujeres— extrañamente distraída y despreocupada. Jack adivinaría más tarde que eso tenía que ver con los canutos que se había fumado, porque —hasta Amsterdam— su madre y la marihuana no habían mantenido una estrecha relación. Pero sí mantuvieron estrecha relación ese sábado por la noche y el domingo de madrugada.

Saskia y Els los acompañaron al hotel, no porque las dos prostitutas pensasen que

el barrio rojo era peligroso, ni siquiera a esas horas, sino porque no querían que Alice se tropezase con Jacob Bril. Sabían que Bril se alojaba también en el Krasnapolsky.

Después de que las mujeres dieran las buenas noches a Jack y a Alice con besos y abrazos, Jack y su madre se prepararon para acostarse. Que Jack recordase, fue la primera vez que ella utilizó el cuarto de baño antes que él. Descubrió algo divertido allí dentro, porque se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Jack.

—Creo que me he dejado la ropa interior en la habitación de Els.

Sin duda aquello de dar consejo la había trastornado, y cuando Jack acabó de lavarse los dientes, Alice ya se había dormido. Jack apagó las luces del dormitorio y dejó encendida la del cuarto de baño, con la puerta entornada: su versión de una lamparilla de noche. Pensó que era la primera vez que su madre se dormía antes que él. Se metió en la cama junto a ella, pero su madre, incluso dormida, continuaba cantando. Jack se alegró de que no fuese un himno. Y quizá la marihuana había resucitado el acento escocés de Alice, que, en el futuro, Jack advertiría solo cuando estaba borracha o colocada.

En cuanto a la canción, Jack no tuvo forma de saber si era una auténtica balada tradicional —algo que su madre recordaba de la infancia— o, más posiblemente, una tonadilla de su imaginación a la que, en sueños, había puesto música. (¿Por qué no? Había estado cantando medio día y una noche).

He aquí la canción que cantó Alice en sueños:

*Nunca seré una zorra,  
ni una araña  
ni una lagarta.  
Solo hay un sitio peor que Dock Place,  
y es la cárcel del puerto de Leith.  
No, nunca seré una zorra,  
y de una cosa estoy convencida:  
no acabaré en Dock Place  
y nunca seré una perdida.*

«Perdida» rimaba con «convencida», eso desde luego. Jack pensó que quizá fuese una nana, que —incluso en sueños— su madre cantaba para él.

Jack pronunció sus oraciones de todas las noches con los ojos cerrados, como siempre. Levantó la voz un poco más que de costumbre, porque su madre dormía y él tenía que rezar por los dos.

—El día que nos has concedido, Señor, ha terminado. Te damos gracias.

Durmieron hasta el mediodía del domingo, y después Jack preguntó a su madre:

—¿Qué es una «perdida»?

—¿Lo he dicho mientras dormía?

—Sí. Cantabas.

—Una perdida viene a ser una prostituta, una mujer que da consejos, Jackie.

—¿Cómo puede una persona ser una «zorra», una «lagarta» o una «araña»? —preguntó Jack.

—Son todas palabras para referirse a una mujer que da consejos, Jack.

—Ah.

Cruzaban el barrio rojo cogidos de la mano camino del estudio de Tattoo Peter cuando el niño preguntó:

—¿Dónde está Dock Place?

—Dock Place es un sitio donde yo nunca estaré —dijo ella. A eso se redujo su respuesta.

—¿Cómo perdió la pierna Tattoo Peter? —preguntó Jack por centésima vez.

—Ya te lo he dicho: tendrás que preguntárselo a él.

—Quizá montando en bicicleta —dijo el niño.

Era primera hora de la tarde en el barrio; la mayoría de las mujeres ya ofrecía consejo. Todas saludaron a Jack y a Alice por sus nombres, incluso las prostitutas mayores de las inmediaciones de la Iglesia Vieja. Alice se empeñó en dar un rodeo por Oudekerksplein; pasaron por delante de todos los escaparates y puertas, andando la mitad de rápido que Jacob Bril. Ni un alma tarareó «Alienta en mí, aliento de Dios».

Fueron a St. Olofssteeg para despedirse de Tattoo Peter.

—Alice, siempre que quieras trabajar conmigo serás bienvenida —dijo el cojo—. Conserva las dos piernas, Jack —añadió Peter—. Así te será más fácil ir de un lado a otro.

Luego se acercaron a Zeedijk para despedirse de Tattoo Theo y de Robbie de Wit. Robbie quiso que Alice lo tatuase.

—Otro corazón roto no —dijo ella—. Ya estoy harta de corazones, partidos en dos o de cualquier manera.

Robbie se conformó con su firma en la parte superior del brazo derecho.

### *Alice la Hija*

Rademaker quedó tan impresionado por la perfección de su caligrafía que le pidió también uno. Tattoo Theo se hizo el tatuaje en el antebrazo izquierdo, y dijo que lo mantendría a la vista como algo especial. Las letras iban desde la sangría hasta la esfera de su reloj de pulsera, de manera que cada vez que Rademaker mirase la hora se acordaría de Alice la Hija.

—¿Qué te parece, Jack? —preguntó Tattoo Theo—. ¿Escuchamos otra vez a der Zimmerman? —(No era alemán; no distinguía «der» de «den». Tampoco es que Jack supiese alemán, todavía no).

Jack eligió un álbum de Bob Dylan y lo puso. Robbie de Wit no tardó en empezar

a cantar, pero no era la canción preferida de Alice. Ella siguió tatuando, dejando el canto a Robbie y a Bob.

—*When your rooster crow at the break of daum* («Cuando el gallo cante al amanecer») —cantaron Bob y Robbie—, *Look out your window and I'll be gone.* («Mira por la ventana y me habré ido»). —En este punto, Alice iniciaba la «A» de «Alice»—. *You're the reason I'm trav'lin' on* («Tú eres la razón de que siga por mi camino») —entonaron Bob y Robbie con voz arrulladora—. *Don't think twice, it's all right.* («No le des más vueltas, así está bien»).

Pues no estaba bien —ni por asomo—, pero Alice se limitó a continuar tatuando.

Els los llevó a las oficinas de la compañía marítima, que eran un lugar confuso; necesitaron la ayuda de Els para pedir el pasaje. Viajarían en tren a Rotterdam y en barco desde allí hasta Montreal, y luego regresarían a Toronto.

—¿Por qué Toronto? —preguntó Saskia a Alice—. Canadá no es tu país.

—Ahora sí lo es —respondió Alice—. Nunca volveré al soleado Leith, ni por todo el whisky de Escocia. —Se negó a explicar por qué. (Demasiados fantasmas, quizás.)—. Además, conozco el colegio ideal para Jack. Es un buen colegio —oyó Jack que les decía a Saskia y Els. Su madre se agachó y le susurró al oído—: Y con las niñas estarás a salvo.

A Jack, la sola idea de imaginarse con las niñas del St. Hilda —las mayores, sobre todo— le provocó escalofríos. De nuevo, y por última vez en Europa, cogió a su madre de la mano.

## II - El mar de niñas



## 8 - A salvo entre las niñas

Jack tenía la impresión de que a las niñas mayores del St. Hilda nunca les gustó que hubiese niños en el colegio. Si bien los niños solo podían quedarse hasta cuarto curso, su presencia —incluso la presencia de niños *pequeños*— se veía como una influencia nociva. «Sobre todo en las niñas *mayores*», según Emma Oastler.

Emma era una niña que intimidaba, y mayor. Las niñas de sexto eran las alumnas de mayor edad en primaria; ante la entrada de Rosseter Road les abrían y cerraban las puertas de los coches a los niños pequeños. Cuando Jack empezó el parvulario en otoño de 1970 —el primer año que el St. Hilda admitía niños—, Emma estaba en sexto. Él tenía cinco años; ella, doce. (Debido a algún problema familiar había perdido un curso). El primer día de colegio, Emma le abrió a Jack la puerta del coche: una experiencia formativa.

Jack ya se sentía cohibido por el propio coche, un Lincoln Town Car negro de un servicio de alquiler de limusinas, que la señora Wicksteed utilizaba siempre que necesitaba desplazarse en coche. (Ni la señora Wicksteed ni Lottie conducían, y Alice nunca se sacó el carnet). El chófer de la limusina era un jamaicano afable, un hombre corpulento llamado Peewee, casi tan negro como el Town Car. Era el chófer preferido de la señora Wicksteed.

¿Qué niño querría aparecer en una limusina con chófer su primer día de colegio? Pero Alice no había salido mal librada doblegándose a la manera de hacer las cosas de la señora Wicksteed. Por lo visto, la exalumna no solo pagaba las mensualidades de Jack en el St. Hilda, también pagaba la limusina.

Como Alice trabajaba en el estudio de tatuaje del Chino a menudo hasta entrada la noche, Lottie levantaba a Jack para mandarlo al colegio y le daba el desayuno. Para cuando llegaba el momento de hacerle al niño el nudo de la corbata, la señora Wicksteed ya estaba también bastante despierta, aunque un tanto ausente. Lottie dejaba preparado el resto de la ropa de Jack antes de acostarse; los días de clase, además, lo ayudaba a vestirse por la mañana.

Esas mañanas, Jack entraba en la habitación en penumbra de su madre y le daba un beso de despedida; luego Lottie cruzaba la acera con él hasta la esquina de Spadina con Lowther, donde esperaba Peewee en el Town Car. Debe decirse, en honor de Alice, que el primer día se ofreció a acompañar a su hijo.

—Alice, si llevas a Jack al colegio —advirtió la señora Wicksteed—, le darás ocasión de llorar.

La señora Wicksteed se oponía firmemente a crearle ocasiones a Jack para que llorase. Mientras le hacía el nudo de la corbata, le dijo:

—Se burlarán de ti, Jack. No hagas de ello una ocasión para llorar. Lloro solo cuando te hagan daño físico; en ese caso, llora con toda tu alma.

—Pero ¿qué hago si se burlan de mí? —preguntó Jack.

La señora Wicksteed llevaba una bata de color ciruela sobre un pijama a listas de

su difunto marido, blanco, azul y rojo, como el distintivo de las barberías. Siempre le hacía el nudo al niño sentada a la mesa de la cocina, tras calentarse los dedos ateridos con la primera taza de té. Tenía rulos en el pelo y la cara le resplandecía a causa del aceite de aguacate.

—Sé creativo —aconsejó ella.

—¿Cuando se burlen de mí?

—Sé considerado —sugirió Lottie.

—Sé considerado dos veces —dijo la señora Wicksteed.

—¿Y la tercera vez? —preguntó Jack.

—Sé creativo —repitió ella.

Una vez hecho el nudo de la corbata, la señora Wicksteed le besaba en la frente y en el puente de la nariz; luego Lottie le limpiaba el aceite de aguacate de la cara. Lottie también le besaba, normalmente en el vestíbulo, antes de abrir la puerta de la calle y llevarlo de la mano hasta donde estaba Peewee.

La cojera de Lottie, que estimulaba la imaginación de Jack con la misma turbulencia que la pierna que le faltaba a Tattoo Peter, era un tema de conversación frecuente entre Jack y su madre.

—¿Por qué cojea Lottie? —debió de preguntar a su madre un centenar de veces.

—Pregúntaselo a Lottie.

Pero cuando salió camino de su primer día de colegio, Jack aún no había reunido el valor suficiente para preguntar a su niñera por qué cojeaba.

—Señorito, ¿a qué se debe la cojera de la señora? —preguntó Peewee en la limusina.

—No lo sé. ¿Por qué no se lo pregunta, Peewee?

—Pregúnteselo usted, señorito; para eso es el señor de la casa. Yo solo soy el chófer.

A Jack Burns se le ocurriría más tarde que desde la tumba aún vería el cruce de Pickthall y Hutchings Hill Road: cómo reducía Peewee la velocidad del Town Car; cómo las niñas mayores, escépticas, daban por sentado que llegaba otro niño rico en otra limusina. Era una cálida mañana de septiembre; Jack volvió a fijarse en las niñas con las blusas sin remeter, el cuello marinero escasamente ceñido por las corbatas a listas oblicuas marrones y grises. (Dos años más tarde, todos llevarían cuellos con las puntas abotonadas y el botón superior desabrochado). Pero sobre todo recordaría la pose rebelde de las caderas.

Nunca paraban quietas. De pie, a veces rodeaban con los brazos a otras niñas, a veces apoyaban todo el peso en un pie mientras zapateaban con el otro; sentadas, echaban una pierna sobre la rodilla de la otra y la pierna cruzada permanecía en continuo movimiento. La extrema brevedad de sus faldas grises plisadas permitió a Jack fijarse en sus piernas y en la sorprendente robustez de la parte superior de sus muslos. Las niñas se mordisqueaban los dedos, las uñas y las sortijas; se rascaban las cejas y el pelo. Se miraban debajo de las uñas, como si buscasen un secreto; parecía

que tenían muchos secretos. Entre amigas, podían advertirse señas con las manos y otras formas sutiles de lenguaje mímico.

En la entrada de Rosseter Road, donde Peewee detuvo el Town Car, la primera impresión que le causaron a Jack las niñas de sexto fue que eran especialmente reservadas y sin embargo desenvueltas. A los once o doce años, las niñas se consideran horrorosas. Han dejado atrás la infancia, al menos en su opinión, pero aún no se han convertido en las mujeres que llegarán a ser. A esa edad existen entre ellas grandes diferencias: algunas, por su físico y sus movimientos, empiezan a parecer mujeres jóvenes; otras tienen cuerpo de chico y se mueven como si fuesen muchachos tímidos.

No era el caso de Emma Oastler, que tenía doce años e iba para dieciocho. Cuando le abrió la puerta del coche a Jack, él confundió con sudor el leve asomo de bigote sobre los labios de Emma. El vello de sus brazos fuertes y bronceados se había dorado con el sol del verano y la gruesa trenza de pelo castaño oscuro le caía sobre el hombro y bordeaba un lado de su cara casi bonita. El peso de la trenza, que le bajaba casi hasta el ombligo, servía para separar y definir sus emergentes pechos. Quizás a una cuarta parte de las niñas de sexto se les notaban los pechos. Cuando Jack salió de la limusina y se quedó de pie junto a Emma, él le llegaba a la cintura.

—No te tropieces con la corbata, monada —dijo Emma.

La corbata le colgaba al niño hasta las rodillas, pero Jack no había contemplado el riesgo de tropezar con ella hasta que Emma le previno. Y las bermudas grises, que se le habían quedado pequeñas, le venían tan cortas que eran «indecorosas», o eso había observado la señora Wickstead. (A diferencia de las niñas, los niños usaban calcetines cortos).

Con un gesto brusco, Emma le levantó el mentón a Jack.

—Echemos una ojeada a esas pestañas, ricura. ¡Dios mío! —exclamó.

—¿Qué?

—Preveo problemas —auguró Emma Oastler.

Escrutando el rostro de la niña, Jack también previó problemas. Advirtió asimismo su anterior error: el bigote. De cerca era imposible confundir con gotas de sudor la pelusa de aspecto suave sobre el labio superior de Emma. Con cinco años, Jack ignoraba que la cuestión del bigote generaba una gran susceptibilidad entre las chicas. A él le parecía de lo más elegante y, como es lógico, quiso tocarlo.

Si el primer día de colegio, al igual que el primer tatuaje, es una experiencia trascendental, pues..., en fin, aquel era el primer día de Jack. Y tocar el bigote de Emma Oastler sería, sin duda, una de esas vivencias que contribuyen a formar la personalidad.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Emma agachándose.

—Jack.

—Jack ¿qué?

Durante un angustioso momento, olvidó su apellido ante la proximidad de aquel

labio velludo. Pero su vacilación no se debió solo al bigote de Emma. Lo habían bautizado Jack Stronach. Su padre lo había abandonado sin haberse casado con su madre; a Alice le parecía que ninguno de los dos debía usar el apellido de William. Pero la señora Wicksteed discrepó. Mientras que Alice insistía en no ser la señora Burns, la señora Wicksteed opinaba que ningún niño debía sufrir por ser ilegítimo o no; a instancias de ella, Jack cambió de apellido legalmente y se convirtió en «legítimo» solo de nombre. Además, la señora Wicksteed era una asimilacionista; a juicio de la exalumna, la cultura canadiense asimilaría con mayor facilidad a un Jack Burns que a un Jack Stronach. Obviamente pensaba que hacía un favor al niño.

Pero el hecho de que Jack vacilara al preguntarle Emma Oastler su apellido atrajo la atención de una maestra apodada «el Fantasma Gris». La señora McQuat era una presencia espectral. Había llegado a dominar el arte de la aparición repentina; jamás la veían acercarse. En su vida anterior, quizás hubiese sido una persona muerta. ¿Qué, si no, explicaba el frío que la acompañaba? Incluso su aliento era gélido.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó la señora McQuat.

—Jack no sé qué —contestó Emma Oastler—. Se le ha olvidado el apellido.

—Seguro que tú puedes animarlo a recordar, Emma —dijo la señora McQuat.

Si bien el Fantasma Gris no era asiática, tenía los ojos forzosamente oblicuos por lo tirante que llevaba recogido el pelo en un moño gris acero. Sus finos labios parecían herméticamente cerrados en contraste con los de Emma, que por lo regular los mantenía separados. La boca de Emma estaba tan abierta como una flor y, sobre su labio superior, el bigote era tan tenue como el polvo, motas de polen sobre un pétalo.

Jack intentó que no se le escapara la mano, en concreto el índice derecho. La señora McQuat desapareció tan pronto como había aparecido, o puede que Jack cerrase los ojos para refrenar el impulso de tocar el bigote de Emma y no se percatase de que el Fantasma Gris se había ido.

—Piensa, Jack. —Emma Oastler tenía el aliento cálido; la señora McQuat, frío—. Nombre y apellido, tú puedes.

—Jack Burns —logró susurrar el niño.

¿Fue su apellido o su dedo lo que sorprendió a Emma? Quizá lo uno y lo otro. Que dijera su nombre en el preciso momento en que acariciaba con el índice su aterciopelado labio superior —esa simultaneidad— no obedeció a plan alguno. La increíble suavidad de aquel labio lo indujo a susurrar:

—¿Cómo te llamas?

Ella le agarró el índice y se lo dobló hacia atrás. Él cayó de rodillas y gritó de dolor. El Fantasma Gris hizo otra de sus características apariciones repentinas.

—He dicho que lo animes, Emma, no que le hagas daño —amonestó la señora McQuat.

—Emma ¿qué? —preguntó Jack a la niña mayor, que estaba rompiéndole el dedo.

—Emma Oastler —contestó ella retorciéndole el dedo un poco más antes de

soltárselo—. Y no lo olvides.

Olvidar a Emma o su nombre era de todo punto imposible. Incluso el dolor que le había infligido parecía natural, como si Jack hubiese nacido para servirla, o ella hubiese nacido para mandarle. Puede que la señora McQuat se diera cuenta de ello por la expresión de dolor de Jack. El tomaría conciencia más tarde de que el Fantasma Gris sin duda estaba en el St. Hilda cuando el padre de Jack se acostó con una chica de undécimo curso y dejó preñada a una chica de decimotercero. ¿Por qué, si no, habría de formular su siguiente pregunta?

—¿No eres tú el hijo de William Burns?

Esto avivó en el acto el interés de Emma Oastler por las pestañas de Jack.

—¡Entonces eres el hijo de la tatuadora! —exclamó Emma.

—Sí —contestó Jack. (¡Y pensar que le preocupaba que nadie lo conociese!).

Otra maestra observaba con atención a los recién llegados, y Jack reconoció su voz perfecta como si la oyese cada noche en sueños: era la señorita Caroline Wurtz, que había corregido a su madre el acento escocés. No solo sobresalía en prosodia y dicción, sino que, además, el timbre de su voz podría reconocerse en cualquier parte, sobre todo en los sueños de Jack. En Edmonton, su lugar de origen, la señorita Wurtz habría sido considerada hermosa sin reservas. En una ciudad más internacional, como Toronto, su frágil belleza era de tipo perecedero. (Muy probablemente había sufrido algún desengaño en su vida personal, un amor ilusorio o un encuentro demasiado fugaz).

—Dale recuerdos a tu madre de mi parte, Jack, por favor —dijo la señorita Wurtz.

—Sí, gracias; se los daré —contestó el niño.

—¿La tatuadora tiene una limusina? —preguntó Emma.

—Esos son el coche y el chófer de la señora Wicksteed, Emma —aclaró la señorita Wurtz.

El Fantasma Gris se había ido una vez más; la señora McQuat sencillamente había desaparecido. A Jack no se le pasó por alto que Emma, con una mano apoyada en su hombro, lo guiaba, ni que él le rozaba la cadera con la mandíbula. Emma se agachó y le susurró al oído; lo que dijo no debía escucharlo la señorita Wurtz:

—Tu madre y tú debéis de estar encantados, ricura.

Jack pensó que se refería al Lincoln Town Car o a Peewee, pero la protección que la señora Wicksteed brindaba a la «tatuadora» y a su hijo bastardo ya se conocía en el St. Hilda mucho antes de que Jack ingresase en el parvulario. Emma Oastler se refería en un sentido más amplio al papel que la señora Wicksteed desempeñaba como protectora de ambos. El niño malinterpretó también lo que Emma dijo a continuación:

—Así se hace, Jack. No todo el mundo tiene la suerte de ser un huésped exento de alquiler.

—Gracias —contestó Jack, y le tendió la mano. Se alegraba de haber hecho una amiga en su primer día de colegio. Puesto que la hija divorciada de la señora

Wicksteed también había descrito a Jack y a su madre como «huéspedes exentos de alquiler», Jack se preguntó si la madre de Emma estaría divorciada. Quizá las mujeres en esa situación se enternecían especialmente al ver que una buena exalumna como la señora Wicksteed acogía a Jack y a Alice bajo su ala.

—¿Tu madre está divorciada? —le preguntó Jack a Emma Oastler. Por desgracia, la madre de Emma llevaba varios años amargamente divorciada, y al menos una consecuencia de su divorcio había sido hasta tal punto ingrata que se vería siempre a sí misma como la *señora de Oastler*. Para Emma, el asunto era aún tan doloroso como un forúnculo.

En lo que Jack malinterpretó como un gesto de intimidad y comprensión tácita, Emma le estrujó la mano. Aunque estaba seguro de que ella no pretendía hacerle daño, el apretón fue tan impetuoso como el del conserje del hotel Bristol de Oslo.

—¿Eres noruega? —preguntó Jack, pero Emma respiraba con tal agitación que no lo oyó. Bien por el redoblado esfuerzo para aplastarle la mano, bien porque intentaba denodadamente controlar su aversión hacia la clase de monstruo hostil a los hombres en que se había convertido su madre a raíz del divorcio, el pecho recién desarrollado de Emma se movía de manera convulsa. Una lágrima que Jack tomó primero erróneamente por un hilo de sudor había resbalado a Emma por la mejilla y se le había prendido del bigote, como una gota de rocío en musgo nuevo. Los celos de Jack respecto a su asistencia al St. Hilda se disiparon de inmediato. ¡Qué magnífica idea que las alumnas de sexto actuaran como guías de los niños más pequeños de primaria!

En la escalera de piedra que descendía a la entrada del sótano, Jack tropezó, pero Emma no solo lo sostuvo, lo levantó en brazos y, apoyado en su cadera, lo llevó a su primer día de colegio. Jack la rodeó con los brazos en un raptó de gratitud y afecto; ella le devolvió el abrazo con tal ferocidad que el niño temió asfixiarse contra su cálido cuello. Dicen que quienes están a punto de desmayarse tienen apariciones, lo cual explicaría por qué Jack en un primer momento tomó al Fantasma Gris por una aparición. Allí estaba otra vez la señora McQuat, justo cuando Emma Oastler se disponía a romperle la espalda o a ahogarlo contra sus senos de doce años.

—Suéltalo, Emma —dijo el Fantasma Gris. A Jack se le habían salido los faldones de la camisa y le colgaban casi hasta las rodillas desnudas, aunque no tan abajo como la corbata. Se sentía un poco mareado y respiraba con dificultad—. Ayúdalo a remeterse la camisa, Emma —ordenó el Fantasma Gris. Tan pronto como acabó de hablar se esfumó, volvió a su mundo de los espíritus.

Arrodillada, Emma era tan alta como Jack. Al niño las bermudas grises no solo le quedaban cortas; también le apretaban. Para remeterle la camisa, Emma tuvo que desabrocharle el botón y bajarle la cremallera. Por debajo del pantalón ahuecó las manos en torno a sus nalgas y se las estrujó a la vez que le susurraba al oído:

—Un buen culo, Jack.

Jack había recobrado el aliento lo justo para devolverle el cumplido.

—Un buen bigote —dijo, y cimentó así la amistad entre ellos dos para los años que les quedaban en el St. Hilda y después.

Jack pensó que debía de ser un buen colegio, como su madre había dicho, y allí —en su primer y emotivo encuentro con Emma Oastler— estaba el primer indicio palpable (al menos para Jack) de que estaría a salvo con las niñas.

—Ay, Jack —le susurró Emma al oído, y le rozó el cuello con su labio superior tan extraordinariamente suave—. Vamos a pasarlo muy bien juntos.

Las puertas arqueadas del pasillo de primaria le recordaron a Jack Burns el Cielo. (Si existía un corredor a la entrada del Cielo, pensaba Jack, sin duda tendría arcos como aquel). Y al ver los triángulos negros y grises del suelo de linóleo, presintió que el colegio y la posterior vida de adulto eran un juego que debía jugarse, quizás un juego al que aún no se había visto expuesto, pero un juego al fin y al cabo.

Otro juego era la panorámica en miniatura que se tenía del patio desde la ventana rota de los lavabos de la segunda planta; eran los únicos lavabos para niños del St. Hilda. Los cristales esmerilados eran pequeños y estaban enmarcados por recuadros de hierro negro. Uno de los vidrios se había roto, y así permaneció durante todo el cuarto curso de Jack. Los bajos urinarios del lavabo de chicos no eran suficientemente bajos cuando él iba al parvulario. Tenía que ponerse de puntillas y apuntar alto.

En ese pasillo de la segunda planta se producían las infrecuentes pero intimidatorias apariciones de las niñas mayores en régimen de internas; a la residencia de estas se accedía a través de la sección de primaria. Solo se admitía a pensión completa a niñas a partir de séptimo, y no había más que cien internas de las quinientas alumnas de enseñanza media y secundaria. (El St. Hilda era un colegio urbano; la mayoría de las alumnas vivían en sus casas).

Las niñas mayores que eran internas se le antojaron a Jack pero que mucho mayores. Su perceptible mal humor no se limitaba a las hijas de los diplomáticos o a las otras alumnas extranjeras, ni su ánimo sombrío era de carácter regional; las primas apodadas «las zarrapastrosas de Nueva Escocia» eran tan depresivas como la niña de la Columbia Británica a quien Emma Oastler llamaba «la mala pécora de CB». Las internas tenían un manifiesto aire de desterradas. El coro de internas producía la música más quejumbrosa del colegio.

Ver a niñas en pensión completa no era habitual en la sección de primaria, pero una vez, en tercero, Jack salía del lavabo de los chicos (todavía subiéndose la cremallera), cuando vio a un par de alumnas de decimotercero avanzar hacia él: un destello de esmalte de uñas, calcetines altos arrollados en los tobillos, piernas bien torneadas, caderas anchas, pechos turgentes. Jack se sobresaltó. Con las prisas se atrapó el pene con la cremallera. Lógicamente gritó.

—¡Santo Dios, es un niño! —dijo una de las grandullonas.

—Vaya si lo es, y se ha pillado el patético chisme con la cremallera —contestó la otra.

—¿A qué edad empiezan a jugar con el chisme? —preguntó la primera—. ¡Para ya de gritar! —ordenó a Jack con severidad—. No te lo has amputado, ¿verdad?

—Déjame a mí —dijo la segunda chica, y se arrodilló junto a Jack—. Tengo un hermano pequeño; sé cómo manejar estas cosas.

—¿Tienes que *manejarlo*? —preguntó la primera. Y se arrodilló también junto a Jack.

—Déjame ver. ¡Aparta las manos del chisme! —dijo a Jack la chica del hermano pequeño.

—¡Es que me duele! —vociferó Jack.

—Solo te has pellizado la piel; ni siquiera te sangra. —La chica tenía al menos diecisiete o dieciocho años, quizá diecinueve.

—¿Cuándo se pone grande? —preguntó la primera.

—Meredith, no va a apetecerle ponerse grande si está atrapado por una cremallera.

—¿Se pone grande cuando le apetece? —preguntó Meredith.

La chica de decimotercero sujetó el pene de Jack en una mano; con el pulgar y el índice de la otra tiró suavemente de la cremallera.

—¡Ay!

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó la chica que había acudido en su auxilio—. ¿Esperar a que crezcas?

—Tienes pestañas de seductor —le dijo Meredith a Jack—. Cuando seas mayor, el pene te quedará atrapado en los sitios más diversos.

—¡Ay!

—Ahora sí sangra —dijo la segunda chica. Jack ya no tenía el pene atrapado, pero ella seguía sujetádoselo con la mano.

—¿Qué haces, Amanda? —preguntó Meredith.

—Tú observa —respondió Amanda. No era a Jack a quien decía que observase. Sin mirar, notó que el pene se le agrandaba, al menos un poco.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Meredith.

—Jack.

—Te encuentras mejor, ¿eh, Jack? —preguntó Amanda.

—¡Dios Santo, fíjate en eso! —exclamó Meredith.

—Eso no es nada —dijo Amanda—. Se te puede poner aún más grande, ¿verdad, Jack?

El niño lo tenía tan grande como nunca antes lo había visto. Temía que si se agrandaba más, reventase.

—Empieza a dolerme otra vez —dijo él.

—Esa es otra clase de dolor, Jack. —Amanda le dio un cordial apretón antes de soltarlo.



—Vale más que no te pilles semejante artefacto con la cremallera, Jack —le advirtió Meredith. Se irguió y le alborotó el pelo.

—Quizá sueñes con nosotras —dijo Amanda.

La herida en el pene se le curó en un par de días, pero los sueños no desaparecieron.

La señorita Sinclair, la maestra de Jack en el parvulario, opinaba, como Alice, que Jack estaría a salvo con las niñas. Esta ilusión se vio acrecentada al participar las niñas de sexto en la hora de la siesta del parvulario. Emma Oastler era una de las voluntarias junto con otras dos niñas de sexto, sus buenas amigas Charlotte Barford y Wendy Holton. Eran las ayudantes de la señorita Sinclair a la hora de la siesta. En teoría, estas niñas mayores se encargaban de propiciar el sueño de los niños de cinco años; de hecho, faltaríamos menos a la verdad si dijésemos que mantenían en vela a los párvulos.

En la memoria de Jack, la señorita Sinclair se distinguía por el hábito de condenarlo a hacer la siesta con tres niñas de sexto. Lo que mejor recordaba de la señorita Sinclair era su ausencia.

Las siestas empezaban con lo que Emma Oastler llamaba «un cuento para dormir». Emma era siempre la narradora, una precoz señal de su futura vocación. Mientras Wendy y Charlotte circulaban entre los niños, asegurándose de que las colchonetas estaban bien desenrolladas y los niños descalzos y abrigados bajo las mantas, Emma daba comienzo a su cuento en la habitación en penumbra.

«Habéis tenido un mal día y estáis muy cansados», así empezaban siempre los cuentos de Emma. Para ser cuentos destinados a inducir al sueño, conseguían el efecto contrario: los párvulos se aterrorizaban de tal modo que eran incapaces de hacer la siesta. Un clásico muy habitual entre los cuentos para dormir la siesta de Emma Oastler era aquel en que la señorita Sinclair perdía a toda la clase del parvulario en la réplica de la cueva de los murciélagos del Museo Real de Ontario. En la realidad, la primera visita escolar de Jack al Museo Real de Ontario corrió a cargo de su maestra de tercero, la señorita Caroline Wurtz.

La señorita Wurtz era la maestra que Jack recordaría con más cariño, y no solo por su frágil belleza; para él fue una importante mentora en su inicial dominio de la presencia escénica, otra área en la que ella sobresalía. La señorita Wurtz era una especialista en arte dramático; ella dirigió la mayor parte de las innumerables obras escolares del St. Hilda en las que Jack actuó. Ahora bien, sus aptitudes como maestra en el aula dejaban mucho que desear en comparación con sus dotes teatrales; la clase de tercero escapaba a su control. Fuera del escenario, lejos del resplandor estático de los focos —ya fuese en su indisciplinada aula o en el no mucho más anárquico mundo exterior—, la señorita Caroline Wurtz era una criatura propensa a la confusión, carente de aplomo y sin un ápice de capacidad organizativa.

En las excursiones del colegio, la señorita Wurtz podría haber sido la protagonista estelar de uno de los cuentos para dormir de Emma Oastler, tal era su ineptitud. Cuando perdió el dominio de sí misma en la réplica de la cueva de los murciélagos del Museo Real de Ontario, la mayoría de los niños de tercero sufrían ya el nítido recuerdo del clásico del terror de Emma. (Poco importaba el hecho de que tuviesen ocho años y no cinco, poco importaba; las circunstancias de la vida real resultaban aterradoramente evocadoras para los expárvulos que habían conocido antes la cueva de los murciélagos a través de la narración de Emma).

Cuando se anunció por el sistema de megafonía del museo que en algunas salas de mamíferos se había producido una pérdida pasajera de suministro eléctrico, los niños supieron que eso era solo el primer capítulo. «Que no cunda el pánico», dijo la voz por el sistema de megafonía mientras la señorita Wurtz se deshacía en sollozos. «El suministro se restablecerá en breve». Las luces ultravioleta del hábitat de los murciélagos seguían encendidas; de hecho eran las *únicas* luces encendidas, exactamente tal como ocurría en el cuento de Emma.

En la versión de Emma, inexplicablemente, los indefensos niños no tenían más alternativa que entrar a gatas en la cueva de los murciélagos y dormir con los murciélagos. Emma les aconsejó que tuviesen muy en cuenta la crucial diferencia entre los supuestos «hábitos de succión» del murciélago vampiro y el murciélago frugívoro. Los niños debían mantener los ojos cerrados en todo momento, o por alguna razón la luz ultravioleta los cegaría; y mientras dormían, o solo fingían dormir, se recomendaba a los niños que prestasen mucha atención al lugar exacto donde no tardarían en sentir un aliento húmedo y caliente.

Si sentían el aliento en la garganta, era señal de que se trataba del vampiro; se indicaba a los niños que espantasen al murciélago y se protegiesen la garganta con las dos manos. En palabras de Emma: «Poneos como locos». Si, en cambio, el antedicho aliento húmedo y caliente se detectaba en la zona del *ombbligo*, pues, bueno, esa era la zona de interés del vil murciélago frugívoro. Calentaría los vientres de los niños con su aliento antes de lamerles la sal de los ombligos con su lengua rasposa; aunque la sensación podía resultar desagradable, los niños solo sufrirían heridas leves. En el caso del murciélago frugívoro, los niños debían permanecer inmóviles. Para empezar, el murciélago frugívoro era demasiado grande para espantarlo, y, según Emma, los murciélagos frugívoros solo eran verdaderamente peligrosos cuando se los asustaba.

—Pero ¿qué sería capaz de hacer un murciélago frugívoro asustado? —recordó Jack que preguntaba Jimmy Bacon.

—Mejor que no se lo digas, Emma —aconsejó Charlotte Barford.

El desenlace del cuento de Emma sobre los párvulos abandonados en el hábitat de los murciélagos ponía los nervios de punta. Si se tiene en cuenta que la mayoría de los niños estaban demasiado amedrentados para dormirse, no cabe duda de que sabían que eran Emma Oastler, Wendy Holton y Charlotte Barford quienes les echaban el aliento, no los murciélagos. No obstante, los niños actuaban como se les había

indicado. Los párvulos que sentían el aliento en el ombligo permanecían inmóviles. Debido a las numerosas veces en que se repitió el cuento, Jack aprendió a distinguir las no muy sutiles diferencias entre las lenguas de Charlotte, de Wendy y de Emma. Sus lenguas no eran rasposas; sin contar las futuras pesadillas, las heridas de los niños eran, en efecto, leves. Y reaccionaban con el debido celo a la táctica, propia del murciélago vampiro, de echar el aliento en el cuello; en pocas palabras, los niños se ponían como locos, se cubrían la garganta y gritaban a la vez que gesticulaban para espantar los murciélagos.

«Es hora de despertar, Jack», decía siempre Emma (o Charlotte o Wendy). Pero él nunca se durmió.

Charlotte Barford era una niña grande, prácticamente una mujer, en sexto curso, cortada por el mismo patrón que Emma Oastler. Wendy Holton, en cambio, era como una niña desamparada de aspecto salvaje. Si uno no tenía en cuenta las ojeras de Wendy, prueba inequívoca de problemas relacionados con la pubertad —ni sus labios mordidos e hinchados—, podría haber pasado por una niña de nueve años. Que fuera más pequeña y que tuviera un físico infantil no disminuían su capacidad a la hora de lamer ombligos; su imitación del murciélago frugívoro era más agresiva que la de Emma, más invasiva que la de Charlotte. (En consonancia con sus rodillas grandes como melones, la lengua de Charlotte Barford era tan ancha y gruesa que no cabía en el ombligo de Jack, ni siquiera la punta).

¿Regresó alguna vez la señorita Sinclair a su clase del parvulario y se encontró a los niños reparados por la siesta? ¿Confundía la maestra su estado de alerta con los efectos de un buen descanso? Los niños, desde luego, sentían alivio, y sin duda se les notaba; el hecho de haber sobrevivido a otro de los cuentos para dormir de Emma Oastler, por lo que se refería tanto a la imposibilidad de conciliar el sueño como a la manera siempre creativa de despertarlos, les confería una expresión de agradecimiento.

Otro clásico entre los cuentos para dormir la siesta de Emma, y rival en reñida competencia con el relato del abandono de los párvulos en la réplica de la cueva de los murciélagos del Museo Real de Ontario, era la saga del niño estrujado. Se trataba de un cuento con tres finales distintos, pero, como todos los relatos de Emma, empezaba así: «Habéis tenido un mal día y estáis muy cansados».

Jack hacía la siesta entre Gordon y Caroline French, dos hermanos gemelos que debían estar separados porque se despreciaban mutuamente. Otras gemelas en la clase de la señorita Sinclair eran Heather y Patsy Booth, dos niñas idénticas que no resistían estar separadas. Cuando una enfermaba, la otra se quedaba en casa acongojada, o quizás a la espera de su turno para enfermar. Cuando las gemelas Booth hacían la siesta, solapaban sus colchonetas y se envolvían con la misma manta, posiblemente para simular el tiempo en que ocupaban el mismo útero.

Durante la narración del cuento del niño estrujado, los dos pares de gemelos entraban en un estado de agitación, pero de maneras distintas. Las Booth, las niñas idénticas, chupaban la manta que compartían; emitían un murmullo húmedo que a su vez inquietaba a Jimmy Bacon, el cual comenzaba a gimotear. La agitación de Gordon y de Caroline French, los gemelos de distinto sexo situados a ambos lados de Jack, era de carácter más físico y se manifestaba en inesperados arrebatos de actividad febril y, en apariencia, sin sentido. Bajo sus mantas, separados uno del otro, los hermanos French golpeteaban las colchonetas con los talones, las piernas rígidas, en un desincronizado tamborileo; por desconcertante que esto fuese, resultaba más perturbador cuando paraban. Los hermanos French dejaban de patalear tan repentinamente que daba la impresión de que hubiesen muerto de una enfermedad común, pese a su separación forzosa.

Los tres posibles finales del cuento del niño estrujado de Emma Oastler embelesaban a los párvulos.

—Para tres de vosotros —decía siempre Emma—, el día, ya malo de por sí, acaba de empeorar. —Súbito golpeteo de talones de los hermanos French, seguido de inmediato por su aparente muerte súbita; idénticos chupeteos de manta entremezclados con murmullos de las hermanas Booth; gimoteo desesperado de Jimmy Bacon—. Uno de vosotros pasa la noche con su padre divorciado —proseguía Emma—. Él acaba de perder el conocimiento por exceso de sexo. —(Jack *detestaba* esta parte).

Maureen Yap, una niña nerviosa de padre chino, interrumpió una vez a Emma con la siguiente pregunta:

—¿Qué es «exceso de sexo»?

—Nada que vaya a pasarte a ti —contestó Emma con desdén.

En otra ocasión, cuando Jack formuló a Emma la misma pregunta, ella dijo:

—No tardarás en saberlo, Jack.

Jack se estremeció bajo la manta. Él se basaba en las pocas cosas que había sacado en claro de la conversación que había mantenido su madre con Saskia y Els en Amsterdam. Si una estaba sexy, había dicho Els, los hombres pensaban que podía darles buenos consejos. El sexo, por tanto, estaba relacionado con la labor de aconsejar; al igual que los consejos, suponía Jack, el sexo podía ser bueno o malo. Si el padre divorciado del cuento de Emma Oastler había perdido el conocimiento por exceso de sexo, este debía de ser el de la peor especie, sospechaba Jack.

—Tu padre ya ha tenido antes novias malas —continuaba Emma—, pero esta es solo una niña. Una niña flaca y severa —añadió Emma—. Es severa como un juez, con los puños duros como piedras, y te odia. Eres un estorbo. Podría haber aún más sexo con tu padre si tú no anduvieses por medio. Cuando tu padre pierde el conocimiento, ella te restriega las sienes con los puños; crees que va a aplastarte la cabeza.

Como si obedeciesen a una señal, los hermanos French patalearon

vertiginosamente; más chupeteos de manta, murmullos y gimoteos.

—Entretanto —decía siempre Emma—, uno de vosotros tiene una madre soltera que también ha perdido el conocimiento. —(Jack detestaba *profundamente* esta parte).

—¡Otra vez por exceso de sexo! —solía exclamar Maureen Yap.

—¿Mal sexo? —preguntaba a veces Jack.

—Un novio malo —informaba Emma a los párvulos—. Uno de los novios malos más enormes del mundo. Cuando tu madre pierde el conocimiento, él va y se tumba sobre ti; te tapa la cara con su barriga desnuda.

—¿Cómo respiras? —preguntaba siempre Grant Porter, un memo.

—He ahí el problema —acostumbraba contestar Emma—. Quizá no puedas.

Golpeteo de talones desincronizado de los hermanos French, sin precedentes; ruidos de manta empapada de las hermanas Booth; gimoteos de Jimmy Bacon, rayanos en la asfixia.

—Pero ¿y la madre que tiene una *novia*? —preguntaba Emma. (Jack detestaba esta parte más que ninguna otra.)—. Tiene los pechos más grandes que cualquiera de vuestras madres. Tiene los pechos más duros que las novias más jóvenes de todos vuestros padres. Tiene pechos biónicos —decía Emma—. Como si tuviese huesos dentro, tan grandes y duros son. —Años más tarde la sola idea de unos pechos con huesos dentro aún despertaría a Jack Burns del sueño más profundo, aunque bien es cierto que ya por entonces, mientras oían la saga del niño estrujado, ni un solo párvulo pegaba ojo—. ¿Cuál de estos pobres niños sois vosotros? —preguntaba Emma cada vez.

—¡Yo no quiero ser *ninguno*! —exclamaba Maureen Yap, como cabía esperar.

—Lo que yo no quiero para nada es tener que respirar con la enorme tripa del novio malo en la cara —insistía Grant Porter.

—¡Los pechos con huesos no! —gritaba siempre James Turner, otro memo.

A veces Jack reunía el valor necesario para decir:

—Yo creo que lo que menos me gusta son los puños de piedra de la novia flaca y severa.

Pero Emma Oastler, Wendy Holton y Charlotte Barford ya habían llevado a cabo su selección. Aun con los ojos firmemente cerrados, Jack las sentía ocupar las posiciones elegidas.

La novia del padre divorciado, la flaca y severa con puños de piedra..., esa era, cómo no, Wendy Holton. Te estrujaba las sienes entre las rodillas. Tenía las rodillas pequeñas y duras como pelotas de béisbol. A Jack podía provocarle un dolor de cabeza en menos de un minuto, y la vista por debajo de la falda, cuando el niño se atrevía a mirar, era decepcionantemente oscura e indistinta.

La inconcebible novia de la madre, la de los pechos biónicos, los pechos con huesos dentro..., esa era Charlotte Barford con sus rodillas del tamaño de melones. Nunca un pecho ha parecido una rodilla al tacto, o al menos no hasta la aparición de

los implantes. En cuanto a la vista por debajo de la falda de Charlotte, Jack nunca miró; las consecuencias que él se imaginaba que podía acarrear el hecho de que ella lo sorprendiese mirando eran enormes.

Y el novio malo de la madre, el que te cubría la cara con la barriga desnuda y te obligaba a luchar por el último aliento..., ese era Emma Oastler, claro. Jack localizaba primero el ombligo con la nariz; allí encontraba un pequeño hueco donde respirar. Una vez, cuando exploraba el ombligo con la lengua, Emma dijo; «¡Vaya! ¿Alguna vez no sabes lo que estás haciendo?».

En la verdadera réplica de la cueva de los murciélagos solo pasaron un poco menos de miedo. Mientras la señorita Caroline Wurtz enloquecía, los niños de tercero tenían al menos la seguridad de que únicamente los murciélagos vampiro y los murciélagos frugívoros se acercarían a ellos. En el hábitat de los murciélagos no rondaban novias malas de padres divorciados, ni novios o novias malos de madres solteras. En comparación con esos depredadores sexuales de los recién divorciados, ¿qué podían temer los niños de simples murciélagos?

En cuanto a los niños de tercero que no habían asistido al parvulario en el St. Hilda, inicialmente no se asustaron por el apagón que se produjo en algunas salas de mamíferos del Museo Real de Ontario; no tenían experiencia previa en cuanto a la réplica de la cueva de los murciélagos por la que asustarse. Pero los antiguos párvulos presentes estaban asustados más que de sobra para que su terror se contagiara.

Al principio, el hecho de que la señorita Wurtz también tuviese miedo no fue una sorpresa; ya en el pasado se le conocían arrebatos de azoramiento en el aula de tercero. Sin embargo, en la réplica de la cueva de los murciélagos, la señorita Wurtz no podía invocar al Fantasma Gris para que acudiera en su auxilio. En la sección de primaria del colegio o en las inmediaciones, la señorita Wurtz encontraba por norma la salvación en las apariciones repentinas y sobrenaturales de la señora McQuat. No fue así en el Museo Real de Ontario, con Jack y sus compañeros de tercero lloriqueando alrededor de ella; la circunstancia de que cerrasen los ojos al instante desconcertó aún más a la señorita Wurtz.

—¡Abrid los ojos, niños! ¡No os durmáis! ¡Aquí no! —exclamó la señorita Wurtz.

Caroline French, con los ojos firmemente cerrados, ofreció un excelente consejo a la maestra histérica:

—No asuste a los murciélagos frugívoros, señorita Wurtz; solo son peligrosos cuando se asustan.

—¡Abre los ojos, Caroline! —vociferó la señorita Wurtz.

—Si nota un aliento húmedo y caliente en la garganta, eso ya es otra cosa —prosiguió Caroline French.

—¿El *qué* en la garganta? —preguntó la señorita Wurtz, y se llevó las manos al cuello.

Los sentimientos de Jack hacia la señorita Wurtz entraron en un profundo conflicto. Le daba vergüenza ajena que ella careciese de dominio de la presencia escénica en una crisis de la vida real, pero la consideraba hermosa. La amaba en secreto.

—Se refiere al murciélago vampiro —intentó explicar Jack a la señorita Wurtz, pese a que Caroline French no soportaba que la interrumpiesen. (Su hermano la interrumpía con frecuencia).

—Así no haces más que meter miedo a la señorita Wurtz —dijo Caroline enojada—. Señorita Wurtz, si nota el aliento húmedo y caliente en la garganta, póngase como una loca. Espántelo.

—Espantar ¿qué? —gimió la señorita Wurtz.

—Pero si siente el aliento en el ombligo, conserve la calma —dijo Gordon French en aparente contradicción con su hostil hermana gemela.

—Usted no se mueva —añadió Jack.

—¡Nada está echándome el aliento en el ombligo! —gritó la señorita Wurtz.

—¿Lo ves, Jack? —dijo Caroline French—. Lo has complicado más, ¿o no?

«Que no cunda el pánico», repitió la voz por el sistema de megafonía. «El suministro se restablecerá en breve».

—He olvidado por qué tenemos que entrar a gatas en la cueva de los murciélagos —dijo Jimmy Bacon. (Ninguno de ellos recordaba esa parte del cuento de Emma Oastler).

—¡Nadie va a entrar a gatas en la cueva de los murciélagos! —replicó la señorita Wurtz enloquecida—. ¡Abrid los ojos!

A Jack se le ocurrió explicarle que, por alguna razón, las luces ultravioleta los cegarían, pero ella parecía demasiado alterada para recibir otra mala noticia.

—Siento un murciélago frugívoro —susurró Jack sin moverse, pero era Maureen Yap; estaba de rodillas y respiraba hondo y rápido muy cerca de su ombligo.

—¡Basta ya! —gritó la señorita Wurtz.

Jimmy Bacon gimoteaba a la vez que frotaba la cabeza contra la cadera de la maestra. Quizá la señorita Wurtz no tenía intención de agarrar a Jimmy por la garganta, pero Jimmy reaccionó como correspondía a la proximidad del murciélago vampiro; poniéndose como un loco, empezó a chillar y a manotear. La señorita Caroline Wurtz chilló también. (¡Y pensar que en el escenario tenía una fe inquebrantable en la «contenida medida»!).

Esa fue la primera excursión escolar de Jack en el St. Hilda. Al igual que gran parte de su experiencia en primaria, podría haber parecido intrascendente sin los necesarios preparativos para el viaje que les había proporcionado en el parvulario Emma Oastler, la narradora de la hora de la siesta que se había atribuido el papel de guía personal suya.

¡Qué suerte la de Jack! A salvo entre las niñas, sin duda.

## 9 - No tenía edad

Cuando Jack empezó primero, Emma Oastler y sus compañeras habían pasado a la enseñanza media; estaban en séptimo. Niñas menos temibles se convirtieron entonces en las guías de sexto de los alumnos de primaria; Jack no las recordaba. A veces pasaba en el colegio un día entero, pero rara vez dos consecutivos, sin ver a Emma, quien le prometió inexorablemente que siempre se mantendría en contacto. A Wendy Holton y a Charlotte Barford las veía muy de vez en cuando, y por lo común a una distancia prudencial. (Holton la de los Puños de Piedra, pues aún pensaba en Wendy de esa manera. Barford la de los Pechos con Huesos Dentro, como siempre recordaría a Charlotte y sus rodillas del tamaño de melones).

La señorita Wong, la maestra de Jack en primero, había nacido en las Bahamas durante un huracán. Nada perceptiblemente parecido a una tormenta tropical había permanecido vivo en ella, aunque su costumbre de disculparse por todo quizá se originase con el huracán. Nunca hacía referencia por su nombre a la tormenta en particular durante la que había nacido, lo que podía haber inducido a los niños de primero a sospechar que el huracán palpitaba aún en algún lugar de su subconsciente. Ni el menor rastro de tormenta animaba su cuerpo lánguido ni confería el menor apremio a su voz. «Lamento informaros, niños, de que la mayor diferencia entre el parvulario y primero es que no hay siesta», anunció la señorita Wong el primer día de curso.

Naturalmente, su disculpa fue recibida con colectivos suspiros de alivio y ciertas manifestaciones espontáneas de gratitud: golpeteo de talones de los hermanos French, idénticos chupeteos de manta de las Booth, sentido gimoteo de Jimmy Bacon. El hecho de que esa respuesta de los alumnos de primero al anuncio de la supresión de la siesta no suscitase una tormenta de curiosidad en la «Señorita Bahamas», como llamaban los niños a la señorita Wong a sus espaldas, era una señal más de la escasa vitalidad de su nueva maestra.

En la capilla, durante el oficio para los alumnos de primaria que se celebraba una vez a la semana en lugar de la reunión diaria en el Gran Salón, Maureen Yap le susurró a Jack:

—¿No te pasa que echas de menos a Emma Oastler y sus cuentos para dormir?

A Jack se le formó un nudo en la garganta de inmediato; no pudo cantar ni entablar conversación con la Yap, que era como los niños llamaban a Maureen.

—Sé cómo te sientes —prosiguió la Yap—. Pero ¿qué era lo peor de aquello? ¿Qué es lo que echas más de menos?

—Todo —consiguió responder Jack.

—Todos lo echamos de menos, Jack —dijo Caroline French.

—Todos lo echamos *todo* de menos —la corrigió Gordon, su irritante hermano.

—Para ya, Gordon —dijo Caroline.

—Yo echo de menos los gimoteos —admitió Jimmy Bacon. Las hermanas Booth,



aunque sin manta, emitieron sus idénticos chupeteos de manta.

¿Anhelaban los niños de primero los cuentos de padres divorciados que perdían el conocimiento por exceso de sexo? ¿Ansiaban hallarse indefensos, una vez más, en la réplica de la cueva de los murciélagos del Museo Real de Ontario? ¿Echaban de menos los cuentos de madres solteras o novios y novias enormes y obsesos sexuales? ¿O era a Emma Oastler a quien echaban de menos? Emma y sus amigas al borde de la pubertad, o en plena pubertad, Wendy Holton la de los Puños de Piedra y Charlotte Barford la de los Pechos con Huesos Dentro.

En primero había una niña nueva, Lucinda Fleming. La aquejaba lo que la señorita Wong llamó «rabia silenciosa», que se manifestaba en forma de daño físico autoinfligido. Cuando la señorita Wong explicó el trastorno de Lucinda a la clase, habló de ella como si no estuviera presente.

—Debemos vigilar a Lucinda —dijo la señorita Wong a la clase. Lucinda recibió con calma las atentas miradas de sus compañeros—. Si la veis con un objeto cortante o de aspecto peligroso, no dudéis en decírmelo. Si da la impresión de que se propone marcharse sola a alguna parte..., pues, bueno, eso también podría ser peligroso para ella. Perdóname si me equivoco, pero ¿no es eso lo que debemos hacer, Lucinda? —preguntó la señorita Wong a la niña callada.

—Yo no tengo inconveniente —dijo Lucinda sonriendo con serenidad. Alta y delgada, de ojos azul claro, tenía el hábito de frotarse los dientes con un mechón de su espectral pelo rubio blanquecino, como si fuese hilo dental. Lo llevaba recogido en una descomunal cola.

Caroline French quiso saber si ese hábito era perjudicial para el pelo o para los dientes de Lucinda. La teoría de Caroline era que probablemente frotarse los dientes con el pelo fuese un primer indicio de rabia silenciosa, presagio de un comportamiento más preocupante.

—Lamento discrepar, Caroline, pero lo dudo mucho —contestó la señorita Wong—. No intentas hacerte daño con el pelo o con los dientes, ¿verdad, Lucinda? —preguntó la señorita Wong.

—Ahora no —masculló Lucinda. Habló con un mechón de pelo en la boca.

—A mí eso no me parece peligroso —opinó Maureen Yap. (La Yap se chupaba el pelo de vez en cuando).

—Ya, pero es asqueroso —comentó Heather Booth.

Patsy, la gemela idéntica de Heather, dijo:

—Sí.

Jack consideró una suerte que Lucinda Fleming fuese nueva y no hubiese asistido al parvulario del St. Hilda. A saber cómo habría incidido Emma Oastler en la propensión de Lucinda a la rabia silenciosa. Entre bocados de pelo, Lucinda le contó a Jack que su madre había quedado embarazada de un alienígena; dijo que su padre

era del espacio exterior. Aunque tenía solo seis años, Jack dedujo que la madre de Lucinda estaba divorciada. La saga del niño estrujado de Emma Oastler, fuera cual fuese el final, habría generado en Lucinda Fleming una rabia superior a todas las rabias de las que ella misma era capaz.

Jack Burns eludía lo que llamaban «el atrio», lo hacía incluso en primavera, cuando los cerezos estaban en flor. Las aulas de la planta baja destinadas a la educación musical daban al patio; desde allí se oía tocar a los alumnos de piano. Jack se imaginaba a veces que su padre aún le daba clases a alguien en una de aquellas aulas. Detestaba oír esa música.

Y las blancas y redondas lámparas del comedor le recordaban globos terráqueos mudos, el planeta extrañamente despojado de países, sin fronteras discernibles, sin señales siquiera de tierra y mar. Como el mundo donde su padre había desaparecido; William Burns también podría haber venido del espacio exterior.

Jack observó con atención durante mucho tiempo a Lucinda Fleming en busca de algún indicio de rabia silenciosa sin verlo jamás. Se preguntaba si reconocería los síntomas, si él mismo había sentido esa rabia en algún momento pero, por alguna razón, no había sabido de qué se trataba. ¿Quiénes eran las autoridades en materia de rabia? (No la señorita Wong, que obviamente había conseguido perder el contacto con el huracán que soplaba dentro de ella).

Jack no estaba acostumbrado a ver tan poco a su madre. Se marchaba al colegio antes de que ella se levantase y se dormía antes de que ella llegase a casa. En cuanto a la rabia, quizás en Alice se expresase por mediación de las mortificadoras agujas con que marcaba de por vida a tantas personas, sobre todo a hombres.

La señora Wicksteed, que le hacía a Jack el nudo de la corbata con gran paciencia pero un tanto ausente, insistía en su filosofía de «ser considerado dos veces», sin aleccionar al niño siquiera sobre lo que debía hacer si se veía obligado a ser considerado por tercera vez. La sugerencia de «ser creativo» se le antojaba a Jack un consejo ambiguo; no se advertía allí rabia silenciosa, ni ninguna otra clase de rabia. Y Lottie, pese a haber perdido a un hijo, había dejado lo que equivalía a su rabia en la isla del Príncipe Eduardo, o eso dedujo Jack.

—Ya no soy una persona llena de ira, Jack —dijo Lottie cuando él le preguntó qué sabía sobre la rabia en general, y sobre la silenciosa en particular—. Lo mejor que puedo decirte es que no te dejes vencer por ella.

Jack imaginaría más tarde que Lottie era una de esas mujeres, ni jóvenes ni viejas, cuya sexualidad había sido fugaz; solo se advertían en ella leves vestigios de deseo por cómo uno la sorprendía a veces mirándose de perfil en el espejo. Jack solo observaba asomos del antiguo atractivo de Lottie en sus momentos de mayor descuido, cuando él tenía una pesadilla y la arrancaba de un sueño profundo, o cuando ella lo despertaba para ir al colegio por la mañana sin haber tenido tiempo

para arreglarse.

En lugar de pedir a Lucinda Fleming que le hablase de su rabia silenciosa, que habría sido una solución demasiado sencilla y directa para que la concibiera un niño de seis años, Jack hizo acopio de valor y le preguntó a Emma Oastler. (Si Emma no era una autoridad en materia de rabia, ¿quién lo era?). Pero Emma le daba miedo; sus secuaces le parecieron opciones menos arriesgadas por donde empezar. Por eso quiso reunir el valor necesario para preguntarle a Emma preguntando antes a Wendy Holton y a Charlotte Barford. Comenzó por Wendy solo porque era la más pequeña de las dos.

Los alumnos de primaria empezaban a comer media hora antes. ¡Qué adecuado que fuese bajo los globos blancos de las lámparas del comedor, aquellos mundos sin marcas, donde Jack habló con Wendy! ¡Con cuánta precisión (y durante cuánto tiempo) recordaría el desasosiego de su mirada, los labios mordidos, el pelo despeinado de color rubio sucio, sin olvidar las rodillas raspadas, duras como puños de piedra!

—¿Qué rabia es esa, Jack?

—La silenciosa.

—¿Y qué pasa con ella, bichejo?

—Pues..., ¿que qué es exactamente? ¿Qué es la rabia silenciosa? —preguntó él.

—No vas a comerte una carne con una pinta tan rara, ¿verdad? —preguntó Wendy, y observó el plato de Jack con desaprobación.

—No, nunca me comería eso —contestó Jack. Separó con el tenedor la carne gris de las patatas *beige*.

—¿Quieres ver un poco de rabia, Jack?

—Sí, supongo —respondió él con cautela, sin apartar de ella la mirada. Wendy tenía el inquietante hábito de hacer crujir los nudillos apretándoselos contra los pechos infradesarrollados.

—¿Quieres reunirte conmigo en el lavabo? —le preguntó Wendy.

—¿El lavabo de chicas?

—No estoy dispuesta a dejarme pillar en el lavabo de chicos contigo, capullo.

Jack deseó pensárselo, pero, con Wendy de pie delante de él junto a la mesa, era difícil pensar con claridad. La propia palabra «capullo» le inquietó; parecía fuera de lugar en un colegio casi exclusivamente de niñas.

—Perdona que me entrometa, pero ¿no vas a comer nada, Wendy? —preguntó la señorita Wong.

—Antes la muerte —contestó Wendy.

—¡Pues lamento mucho oír eso! —dijo la señorita Wong.

—¿Vas a seguirme o eres un gallina? —le susurró Wendy a Jack al oído.

El niño notó una de sus rodillas duras y magulladas contra las costillas.

—De acuerdo —respondió.

Oficialmente, Jack necesitaba permiso de la señorita Wong para salir del

comedor, pero la señorita Wong, para no perder la costumbre, estaba contrita en grado sumo (se sentía culpable por intentar obligar a Wendy Holton a comer cuando Wendy prefería «la muerte»).

—Señorita Wong... —empezó a decir.

—Sí, claro, Jack —prorrumpió ella—. No sabes cuánto lo lamento si, por mi culpa, te has sentido cohibido, o si por alguna razón, sin duda justificada, tenías que dejar la mesa y yo te he impedido dejarla a tiempo. ¡Cielos! ¡No permitas que te entretenga ni un segundo más!

—Enseguida vuelvo —fue lo único que consiguió responder él.

—No lo dudo, Jack —dijo la señorita Wong. Quizás el leve huracán que soplaba dentro de ella había sido aplacado por su arrepentimiento.

En el lavabo de niñas más cercano al comedor, Wendy Holton llevó a Jack a un retrete y lo puso de pie sobre la tapa del váter. Sencillamente lo agarró por debajo de las axilas y lo levantó. De pie en la tapa del váter quedaba a la misma altura que ella; para que no resbalase, Wendy lo sujetó por las caderas.

—¿Quieres sentir rabia, rabia interior, Jack?

—He dicho silenciosa, rabia silenciosa.

—Es lo mismo, soplapienes —dijo Wendy.

He ahí un concepto que acompañaría a Jack Burns durante muchos años: ¡soplapienes! Un concepto perturbador donde los haya.

—Toca esto —dijo Wendy. Le agarró las manos y se las colocó sobre los pechos, o sobre los inexistentes pechos, para ser más exactos.

—¿Qué he de tocar? —preguntó él.

—No seas capullo, Jack; ya sabes qué son.

—¿Esto es rabia? —preguntó el niño. Ni poniéndole toda su imaginación, habría podido llamar «pechos» a lo que abarcaban sus pequeñas manos.

—¡Soy la única de séptimo que no tiene! —exclamó Wendy con una furia incontenible. Bueno, eso sin duda era rabia.

—Ah.

—¿No se te ocurre nada mejor que decir? —preguntó ella.

—Lo siento —se apresuró a añadir Jack. (Lo único que había aprendido de la señorita Wong era cómo disculparse).

—Jack, aún no tienes edad —declaró Wendy. Lo dejó de pie en precario equilibrio sobre la tapa del váter—. Cuando dé tres golpes en la puerta desde el pasillo, sabrás que puedes salir sin peligro —explicó—. Rabia —dijo luego, casi como si la idea acabara de acudirle a la cabeza.

—Rabia silenciosa —repitió Jack para mayor claridad. Entendió que debía abordar a Charlotte Barford con un enfoque del tema un poco distinto. Pero ¿cómo?

Cuando Wendy dio tres golpes en la puerta del lavabo, Jack salió al pasillo. La señorita Caroline Wurtz pareció sorprendida de verlo; no había nadie más en el pasillo.

—Jack Burns —dijo la señorita Wurtz con una dicción perfecta, como siempre—. Me decepciona verte usando el lavabo de las niñas.

Jack también estaba decepcionado, y así lo expresó, lo cual pareció infundir en la señorita Wurtz el espíritu del perdón. Le gustaba oír decir a los demás que comprendían cómo se sentía, pero no siempre se recuperaba tan deprisa de sus «decepciones».

Jack albergaba mayores esperanzas con respecto a lo que podía descubrir por mediación de Charlotte Barford. Al menos Charlotte *tenía* pechos, según había observado Jack. Fuera cual fuese la causa de su rabia, no era un busto infradesarrollado. Por desgracia, todavía no se había preparado del todo el enfoque con que deseaba abordar a Charlotte Barford cuando Charlotte lo abordó a él.

Una vez por semana, después del almuerzo, Jack cantaba en el coro de primaria. Actuaba básicamente en los oficios especiales: el día de Acción de Gracias canadiense, Navidad, el día de los Caídos. Por Pascua, entonaban un *Gaudeamus* que era cosa fina.

*Venid, fieles, liberad del yugo  
el júbilo triunfal.*

Jack evitaba todo contacto visual con el organista. Ya había conocido organistas más que de sobra para toda la vida; pese a que el organista del St. Hilda era una mujer, le recordaba a su talentoso padre.

El día en que Jack topó con Charlotte Barford en el pasillo, él estaba tarareando «Nuestro Señor Jesús, el más justo» o «Dichosos, dichosos, te adoramos», o alguna otra adoración por el estilo. Jack pasaba por delante del mismo lavabo de niñas donde Wendy Holton lo había obligado a tocar sus inexistentes pechos a la vez que imaginaba su rabia —recordaría ese lavabo hasta el día de su muerte— cuando Charlotte Barford abrió la puerta del lavabo. Con las manos todavía mojadas y despidiendo el olor a desinfectante de aquel espantoso jabón líquido, Charlotte tiró de él hacia el interior del lavabo.

—¿Qué clase de rabia, Jack? —preguntó ella, y lo inmovilizó contra un lavabo con una de sus rodillas grandes y desnudas. Helo ahí, en la boca de su estómago, un supuesto pecho con huesos dentro.

—La silenciosa, la interior, una rabia que no se va —supuso Jack.

—Es lo que no sabes, lo que la gente no te dice, lo que tienes que esperar para averiguarlo por ti mismo —dijo Charlotte hincándole un poco más la rodilla—. Todo lo que te pone furioso, Jack.

—Pero no sé si estoy furioso —dijo el niño.

—Claro que lo estás —aseguró Charlotte—. Tu padre es un mangante de tomo y lomo. Ha hecho de tu madre y de ti casos de beneficencia. Todo el mundo apuesta por ti, Jack.

—¿Por mí? ¿Cuál es la apuesta?

—Que serás un mujeriego como tu padre.

—¿Qué es un mujeriego? —preguntó Jack.

—No tardarás en saberlo, pitocorto —dijo ella—. A propósito, no vas a tocarme los pechos —susurró Charlotte. Le mordió el lóbulo de la oreja y añadió—: Todavía no.

Jack conocía ya el procedimiento para salir. Esperó en el lavabo hasta que Charlotte diera tres golpes a la puerta desde el pasillo. Le sorprendió que, esa vez, la señorita Wurtz no pasase por allí en ese preciso momento; solo estaba Charlotte Barford, alejándose. Advirtió que las caderas de esta se contoneaban de la misma forma involuntaria que las de Ingrid Moe al marcharse con paso presuroso por el pasillo del hotel Bristol, aunque la falda de Charlotte era demasiado corta para los inviernos de Oslo.

Eran muchas las cosas que no sabía; no solo ignoraba qué era un «mujeriego», sino también qué eran «casos de beneficencia» ahora, además de «soplapenes» y «mangante», se sumaba «pitocorto» a su material para la reflexión.

Jack se imaginaba que esos no eran términos «decorosos» para su siguiente conversación con la señora Wickstead mientras le hacía el nudo de la corbata —no cuando estaba ella con sus rulos y su aceite de aguacate matutinos, tonificada solo por la primera taza de té—, ni le parecía conveniente plantear tales temas a Lottie. Las anteriores penalidades que ella había sufrido, la cojera de la que nunca se hablaba y la vida que había dejado atrás en la isla del Príncipe Eduardo no predisponían a Lottie a conversaciones tensas de ninguna clase. Y por supuesto sabía cuál sería la respuesta de su madre. «Ya hablaremos de eso cuando tengas edad», se había aficionado a decir su madre. Ciertas cuestiones entraban en la misma categoría que hacerse el primer tatuaje, para lo que (según Alice) también había que *tener edad*.

Pues bien, Jack conocía a alguien que sí tenía edad. Mientras él navegaba a la deriva en primero, bajo la contrita supervisión de la inexpresiva señorita Wong, Emma Oastler, en séptimo, tenía trece años pero como si fuera para veintiuno. Ningún tema estaba prohibido en una conversación con Emma. El único problema era su grado de cabreo. (Jack sabía que Emma estaría furiosa con él por hablar primero con Wendy y con Charlotte).

No deben malinterpretarse el desgobierno en los pasillos ni la matonería en los lavabos, es decir, la conducta de las niñas mayores *fuera* del aula. El St. Hilda era un buen colegio, y especialmente riguroso, desde un punto de vista académico. Quizá las exigencias del aula creaban en las niñas mayores la apremiante necesidad de pasarse de rosca; tenían que manifestarse contra la correcta dicción y la perfecta prosodia, de las que la señorita Wurtz no era la única defensora entre el profesorado del colegio, por lo general excelente. Las niñas necesitaban un lenguaje propio: jerga de pasillo o gramática de lavabo. Por eso se oían tanto cosas como «t'has pasao», «amos porfa», «trae pa'quí ya mismo», que era como las niñas mayores hablaban entre sí o con

Jack. Si hubiesen hablado así en sus respectivas aulas, los profesores —no solo la señorita Wurtz— las habrían reprendido de inmediato.

No así Peewee, el chófer jamaicano de la señorita Wickstead. Peewee no estaba en posición de criticar la forma en que Emma Oastler hablaba a Jack en el asiento trasero del Lincoln Town Car. Para empezar, tanto Peewee como Jack se sorprendieron la primera vez que Emma se coló en el asiento trasero.

Era una tarde fría y lluviosa. Emma vivía en Forest Hill; por lo común, iba y venía del colegio a pie. Después de clase —ya casi desde los primeros cursos de secundaria— Emma solía quedarse un rato con unas cuantas amigas mayores en un café-restaurant de la esquina de Spadina con Lonsdale. No fue así aquel día, y no por el frío o la lluvia.

—Necesitas ayuda con los deberes, Jack —anunció Emma. (El niño estaba en primero. No tendría muchos deberes hasta segundo, y no necesitaría realmente ayuda hasta tercero y cuarto).

—¿Adónde llevamos a la niña, señorito? —preguntó Peewee a Jack.

—Lléveme con él a casa —contestó Emma al chófer—. Tenemos un mogollón de trabajo pendiente, ¿no, Jack?

—Por lo que se ve, señorito, aquí manda ella —dijo Peewee.

Jack no pudo discutirsele. Emma se había repantigado en el asiento trasero y lo había arrastrado junto a ella.

—Voy a darte un valioso consejo —susurró—. Seguro que llegará un día en que te resultará útil recordarlo.

—Recordar ¿qué? —susurró también él.

—Si no ves los ojos del chófer por el retrovisor —susurró Emma—, quiere decir que el chófer no te ve a ti.

—Ah. —En ese momento Jack no veía los ojos de Peewee.

—Tenemos mucho camino por recorrer —prosiguió Emma—. Es importante que recuerdes esto: si no entiendes algo, pregúntame a mí. Wendy Holton es una retorcida; nunca le preguntes a Wendy. Charlotte Barford es una mamada a piñón fijo esperando a que le llegue el momento. Pones tu vida y tu pito en sus manos cada vez que hablas con ella. Recuérdalo: si te ocurre algo nuevo, dímelo primero a mí.

—¿Como qué? —preguntó el niño.

—Ya lo sabrás —dijo ella—. Por ejemplo, cuando sientas por primera vez que quieres tocar a una chica. Cuando esa sensación sea ya una cosa inaguantable, de cagarse, dímelo.

—Tocar a una chica, ¿dónde?

—Ya lo sabrás —repitió Emma.

—Ah. —Jack se preguntó si era necesario confesar su deseo de tocar el bigote de Emma, puesto que ya lo había hecho.

—¿Te apetece tocarme, Jack? —preguntó Emma—. Vamos, puedes decírmelo.

Jack no le llegaba al hombro, ni siquiera repantigado en el asiento trasero; de

repente lo asaltaron unas ganas tremendas de apoyar la cabeza en su pecho, justo entre la garganta y los senos nacies. Pero el bigote seguía siendo lo más atractivo de ella, y conocía su susceptibilidad al respecto.

—Bien, ya está comprobado, pues —dijo Emma—. No te apetece tocarme, todavía no.

Jack lamentó haber dejado escapar la oportunidad, y debió de notársele.

—No estés triste, Jack —susurró Emma—. Todo llegará.

—¿Qué llegará?

—Serás como tu padre; todas contamos con eso. Se te abrirán no pocas puertas, Jack.

—¿Qué puertas? —Como Emma no contestó, el niño dio por supuesto que había abordado otra de esas cuestiones para las que no tenía edad—. ¿Qué es un «mujeriego»? —preguntó, imaginando que cambiaba de tema.

—Alguien que nunca se cansa de las mujeres, monada; alguien que quiere una mujer detrás de otra sin descanso en medio.

«Pues ese no puedo ser yo», pensó Jack. En el mar de niñas en que se hallaba, no podía imaginar querer más. En la capilla del St. Hilda, en el vitral de detrás del altar, cuatro mujeres —santas, suponía Jack— atendían a Jesús. En el St. Hilda, incluso Jesús estaba rodeado de mujeres. ¡Había mujeres por todas partes!

—¿Qué es un «caso de beneficencia»? —preguntó a Emma.

—En estos momentos, Jack, lo seríais tú y tu madre.

—Pero ¿qué quiere decir?

—Dependéis del dinero de la señora Wicksteed, Jack. Ningún tatuador gana tanto dinero como para mandar a su hijo al St. Hilda.

—Ya hemos llegado, señorita —anunció Peewee, como si Emma fuese el único pasajero de la limusina. Peewee acercó el Town Car al bordillo en la esquina de Spadina con Lowther, donde aguardaba Lottie descansando la mayor parte de su peso sobre un pie.

—Parece que la Coja te espera, ricura —susurró Emma a Jack al oído.

—¡Vaya, Emma! Hola. ¡Oye, cómo has crecido! —consiguió decir Lottie.

—No tenemos tiempo para cháchara, Lottie —atajó Emma—. A Jack le cuesta entender ciertas cosas importantes. Yo he venido para ayudarlo.

—Dios mío —dijo Lottie, y los siguió cojeando.

Emma, a zancadas, llevó a Jack hasta la puerta.

—Confío en que la Wickweed esté haciendo la siesta, Jack —susurró Emma—. Tendremos que hablar bajo; no hay necesidad de despertarla.

Jack nunca había oído que alguien llamara «la Wickweed», un nombre de planta, a la señora Wicksteed, pero la autoridad de Emma Oastler era indiscutible. Incluso conocía la escalera trasera, que llevaba a las habitaciones de Jack y de Alice desde la cocina.

Más tarde sería fácil de entender; el monstruo hostil a los hombres que Emma



Oastler tenía por madre divorciada era amiga de la hija divorciada de la señora Wicksteed; de ahí que ambas compartiesen la idea de que Jack y su madre eran huéspedes exentos de alquiler. La madre de Emma y la hija de la señora Wicksteed eran también exalumnas; se habían graduado en la misma promoción del St. Hilda. (No eran mucho mayores que Alice).

Gritando desde lo alto de la escalera a Lottie, que renqueaba sin propósito fijo por la cocina, Emma ordenó:

—Si necesitamos algo, como la merienda o lo que sea, ya bajaremos a buscarlo. No te molestes en subir, Lottie. Dale un descanso a tu cojera.

En la habitación de Jack, Emma empezó a retirar las mantas y examinar las sábanas. Visiblemente defraudada, volvió a extender las mantas sin excesivo esmero.

—Escúchame, Jack; he aquí lo que pasará, aunque no hasta dentro de un tiempo: una mañana te despertarás y encontrarás una mancha en las sábanas.

—¿Una mancha de qué?

—Ya lo sabrás.

—Ah.

Emma pasó a la habitación de la madre de Jack a través del cuarto de baño, y lo dejó allí meditando sobre la mancha misteriosa.

La habitación de Alice olía a hierba, aunque Jack nunca la había visto fumar allí un canuto; con toda probabilidad, el tufo a marihuana le impregnaba la ropa. Jack sabía que daba una o dos caladas en el estudio del Chino, porque de vez en cuando le olía el pelo.

Emma Oastler inhaló en señal de ponderación y lanzó a Jack una mirada inescrutable. Por lo visto llevaba a cabo una inspección de la ropa que su madre tenía en el armario. Sostuvo un jersey ante sí y se examinó en el espejo de la puerta del armario, imaginando cómo le sentaría; se colocó una falda de Alice ante las caderas.

—Tu madre es una especie de hippy, ¿no, Jack?

Jack no había pensado en su madre como una hippy hasta ese momento, pero era una especie de hippy. En aquella época, especialmente para las niñas uniformadas del St. Hilda y para la creciente legión de madres divorciadas, Alice era casi con toda seguridad una hippy. («Hippy» era seguramente lo *mejor* que podía decirse de una madre soltera que además era tatuadora).

Jack Burns descubriría más tarde que no tenía nada de extraordinario el hecho de que una mujer mirase una cómoda desconocida y supiese, a simple vista, qué cajón destinaría otra mujer a la ropa interior. Emma solo tenía trece años, pero ya lo sabía. Abrió el cajón de la ropa interior de Alice al primer intento. Emma sostuvo un sujetador ante sus pechos en desarrollo; el sujetador le venía muy grande, pero incluso Jack se dio cuenta de que con el tiempo lo llenaría. Por alguna razón que él no alcanzaba a explicarse, tenía el pene tieso como un lápiz, pero no era mayor que el meñique de su madre, y su madre tenía las manos pequeñas.

—Enséñame cómo se te empalma, monada —dijo Emma con el sujetador de

Alice todavía en las manos.

—¿Qué?

—La tienes empinada, Jack; déjame verla, por Dios.

El niño sí sabía lo que significaba «empinada». Su madre, esa vieja hippy, decía «empalmada». Fuera cual fuese su nombre, Jack le mostró el pene a Emma Oastler en la habitación de su madre. Para acabar de empeorar la escena, Lottie, abajo, renqueaba por la cocina al mismo tiempo que la anciana señora Wickstead se despertaba de la siesta, y Emma dirigió una mirada atenta, aunque con visible decepción, a su pene empalmado.

—Caramba, Jack, creo que aún tardarás bastante tiempo en estar preparado.

—¿Preparado para qué?

—Ya lo sabrás —repitió ella.

—¡Que hierve el agua! —anunció Lottie desde la cocina.

—¡Pues apaga el fuego! —vociferó Emma escalera abajo—. Caramba —repitió Emma a Jack—. Vale más que tengas eso vigilado, y que me digas cuándo chorrea.

—¿Cuándo haga pipí?

—Cuando no sea pipí, ya lo sabrás, Jack.

—Ah.

—La cuestión es que debes decírmelo *todo* a mí —insistió Emma. Le agarró el pene. Recordando cómo le había doblado el dedo índice, Jack se alarmó—. No se lo digas a tu madre; fliparía Y no se lo digas a Lottie; le empeoraría la cojera.

—¿Por qué cojea Lottie? —preguntó Jack. Como Emma Oastler era una autoridad, Jack supuso que lo sabría. Por desgracia así era.

—Una epidural a la virulé —explicó Emma—. Y el bebé murió de todos modos. Un mal asunto, la verdad.

¡Así que una mujer podía acabar coja por un parto complicado! Lógicamente, Jack pensó que una epidural era una parte del cuerpo, una parte *femenina*. Del mismo modo que había supuesto que la sección C de su madre hacía referencia a una zona del hospital de Halifax donde él había nacido, creyó que Lottie había *perdido* la epidural en el parto. Jack debió de imaginar que la epidural, por alguna razón, era vital en la anatomía femenina; posiblemente prevenía la cojera. Años más tarde, al no encontrar «epidural» en el índice de la *Anatomía de Gray*, Jack se acordaría de su error con la sección C. (El hecho de que su madre no había dado a luz mediante cesárea sería un descubrimiento aún mayor).

—¡El té se está haciendo! —anunció Lottie a Jack y a Emma desde la cocina. Ya de mayor, Jack llegaría a la conclusión de que Lottie sabía que Emma era una niña que intimidaba.

—Ten un sueño húmedo para mí, enano —dijo Emma al pene de Jack. Era tan buena amiga; con delicadeza, ayudó al pene a volver a su sitio, dentro del pantalón, y puso especial cuidado al subirle la cremallera.

—¿Los penes sueñan? —preguntó Jack.

—Tú acuérdate de decírmelo cuando este enano sueñe —dijo Emma.

## 10 - Su público de un solo espectador

El maestro de Jack en segundo, el señor Malcolm —en esa época uno de los dos únicos varones en el profesorado del St. Hilda— no podía separarse de su esposa, a quien llevaba diariamente al colegio por razones calamitosas. Era ciega e iba en silla de ruedas, y oír hablar al señor Malcolm, al parecer, la serenaba. Era un maestro extraordinario, paciente y amable. El señor Malcolm caía bien a todo el mundo, pero la clase entera de segundo sentía compasión por él; su mujer ciega y confinada a una silla de ruedas era un espanto. En un colegio donde muchas de las niñas mayores eran crueles de cara afuera y autodestructivas consigo mismas, como consecuencia en no pocos casos de los turbulentos divorcios de sus padres, los niños de segundo pedían a diario en sus oraciones que el señor Malcolm se divorciase de su mujer. Si la hubiese asesinado, la clase lo habría perdonado; si la hubiese matado delante de ellos, quizás incluso habrían aplaudido.

Pero el señor Malcolm era el eterno conciliador, y en cuanto a la elección del afeitado, se adelantaba a sus tiempos. Al quedarse calvo, se había afeitado la cabeza —hecho poco común a principios de los años setenta— y, lo que era aún menos común, prefería variar el largo de la barba, oscilando desde una barba en toda regla hasta el rasurado completo. Decía mucho en favor del St. Hilda el hecho de que, por aquel entonces, aceptasen la cabeza rapada del señor Malcolm y el asomo de barba en su rostro; al igual que los niños de segundo, los administradores del colegio habían decidido no causar mayores perjuicios al señor Malcolm. La esposa ciega en la silla de ruedas despertaba la compasión de todos.

En el aula, los alumnos de segundo trabajaban con aplicación para complacerle. El señor Malcolm nunca tuvo que imponer disciplina; se la imponían ellos mismos. No hacían nada que lo alterase. La vida ya había sido bastante injusta con el señor Malcolm.

El análisis que hacía Emma Oastler de esta tragedia estaba sesgado por su propio conocimiento íntimo de la crueldad humana, pero probablemente Emma, en su visión de los Malcolm como pareja, no andaba desencaminada. La señora Malcolm, que se llamaba Jane, se cayó de un tejado durante una merienda en la parroquia. Por esas fechas era estudiante de secundaria, una muchacha bonita con mucho éxito entre los chicos, paralizada de pronto de cintura para abajo. Según Emma, el señor Malcolm había sido algo así como un admirador de Jane algo más joven que ella. Se enamoró de Jane cuando quedó paralizada, básicamente porque era más accesible.

—Él debía de ser uno de esos chicos sosos con los que ella nunca habría salido antes del accidente —dijo Emma—. Pero después de caerse del tejado, a Jane Silla de Ruedas no le quedaban muchas opciones.

Con todo, si el señor Malcolm era su opción, incluso si era su *única* opción, Jane Malcolm no podría haber sido más afortunada.

La ceguera era otra historia; le sobrevino más tarde, cuando ya llevaba muchos

años casada. Jane Malcolm sufría de degeneración macular prematura. Como el señor Malcolm explicó a los alumnos de segundo, su mujer había perdido la visión central. Veía la luz, distinguía el movimiento y conservaba aún parte de su visión periférica. En la periferia extrema, no obstante, la señora Malcolm experimentaba también una pérdida del color.

La pérdida de la razón era otro asunto; el señor Malcolm nada podía decir para proteger de eso a los niños, o a sí mismo. Así, «periferia» y «periférico» eran los llamados desafíos léxicos para el primer día de curso en segundo; todos los días habría dos más. En cuanto a «enajenado» o «delirante» o «paranoico», eran palabras que jamás aparecerían en la lista de vocabulario de segundo. Pero Jane Silla de Ruedas era todo eso; había rebasado los límites de la cordura.

Cuando la señora Malcolm hacía chirriar los dientes o, de pronto, embestía de frente con la silla de ruedas el pupitre de Patsy Booth, Jack miraba a Lucinda Fleming, medio esperando que la rabia visible de Jane Malcolm desencadenase en Lucinda un episodio de rabia *silenciosa*. Era una locura atacar a las gemelas Booth por separado. Siempre que la señora Malcolm arremetía contra el pupitre de Patsy con su silla de ruedas, Heather, la hermana gemela de Patsy, también gritaba.

A veces, la señora Malcolm sacudía la cabeza de un lado a otro como en un intento por librarse de su visión periférica. Acaso pensara que era preferible la ceguera absoluta. Y cuando uno de los alumnos de segundo levantaba la mano en respuesta a alguna pregunta del señor Malcolm, la ciega Jane, en su silla de ruedas, adoptaba la posición cabeza en rodillas, como si hubiese aparecido ante ella un hombre armado con una navaja y ella se hubiese agachado para impedir que la degollase. Esos dramáticos momentos en que la señora Malcolm se trastornaba convertían a segundo en una clase muy atenta; mientras los niños escuchaban con los cinco sentidos las palabras del señor Malcolm, mantenían la mirada fija en ella.

Durante no más de tres o cuatro segundos, y no más de dos veces por semana, el señor Malcolm, con aspecto cansino, se quedaba sin palabras; acto seguido, Jane Silla de Ruedas emprendía su viaje, una colisión tras otra. Se abalanzaba por un pasillo rozando con la silla los pupitres de los niños a su paso y raspándose los nudillos.

Mientras el señor Malcolm corría a la enfermería en busca de la enfermera, o bien (para heridas menores) de un botiquín, la señora Malcolm quedaba al cuidado provisional de los niños. Alguien sujetaba la silla de ruedas desde atrás para que no se precipitase a una de sus descontroladas carreras; el resto de la clase permanecía petrificada en torno a ella, fuera de su alcance. Tenían órdenes de no permitirle abandonar la silla, aunque no es probable que unos niños de siete años pudiesen impedirselo. Afortunadamente, nunca intentó escapar; agitaba los brazos a la vez que pronunciaba a pleno pulmón los nombres de los niños, que había aprendido de memoria la primera semana de colegio.

—¡Maureen Yap! —chillaba la señora Malcolm.

—¡Presente, señora! —chillaba Maureen en respuesta, y la señora Malcolm

volvía sus ojos ciegos en dirección a la Yap.

—¡Jimmy Bacon! —gritaba la señora Malcolm.

Jimmy gimoteaba. Jane Silla de Ruedas no tenía ningún problema de oído; miraba sin ver en dirección a Jimmy al oír sus gimoteos.

—¡Jack Burns! —vociferó un día.

—Estoy justo aquí, señora Malcolm —contestó Jack. Incluso en segundo, su prosodia y su dicción eran muy superiores a lo que correspondería a su edad.

—Tu padre también hablaba con mucha corrección —anunció la señora Malcolm—. Tu padre es malvado —añadió—. No permitas que Satán eche sobre ti la maldición de ser como él.

—No, señora Malcolm, no lo permitiré. —Quizá Jack le contestase con la mayor convicción, pero de sobra sabía que, en el mundo casi íntegramente femenino del St. Hilda, lo tenía todo en contra. En la Gran Apuesta, que Emma Oastler mencionaba con una veneración reservada por lo general a sus novelas y películas preferidas, la balanza se decantaba claramente hacia la presunta potencia de los genes de William. Si la condición de mujeriego podía transmitirse de padre a hijo, con toda seguridad se transmitiría a Jack. A los ojos de casi todos en el St. Hilda, incluso a los de la señora Malcolm con su visión periférica seriamente mermada, Jack Burns era digno hijo de su padre, o pronto lo sería.

—No se puede culpar a nadie por mostrar interés —dijo Emma en actitud filosófica—. Es emocionante ver en qué tipo de persona te convertirás.

Era obvio que la señora Malcolm también tenía un interés genético en saber en qué tipo de persona se convertiría Jack.

Pero lo peor de Jane Malcolm era su comportamiento cuando su marido regresaba al aula de segundo, bien con la enfermera, bien con el botiquín.

—Aquí estoy, Jane, ya he vuelto —anunciaba siempre.

—¿Habéis oído, niños? —comenzaba la señora Malcolm—. ¡Ha vuelto! Nunca se marcha por mucho tiempo y siempre vuelve.

—Por favor, Jane —decía el señor Malcolm.

—Al señor Malcolm le *gusta* cuidar de mí —explicaba Jane Silla de Ruedas a la clase—. Lo hace *todo* por mí, todo aquello que no puedo hacer yo sola.

—Vamos, vamos, Jane, por favor —decía el señor Malcolm, pero ella no le permitía tomar entre sus manos los nudillos pelados de su mujer. Lentamente al principio, pero con creciente rapidez, lo abofeteaba en la cara.

—¡Al señor Malcolm le encanta hacerlo todo por mí! —exclamaba—. Me da de comer, me viste, me *lava*...

—Jane, cariño... —intentaba decir el señor Malcolm.

—¡Me seca! —gritaba la señora Malcolm; este era siempre el final de la conversación, antes de empezar a lloriquear y gemir.

Jimmy Bacon comenzaba a gimotear con ella, a lo cual se sumaban pronto los extraordinarios chupeteos de manta que eran capaces de emitir las hermanas Booth,

incluso sin manta. El golpeteo de talones de los hermanos French nunca se hacía esperar demasiado. Y Jack lanzaba una mirada furtiva a Lucinda Fleming, que por lo común estaba mirándolo. Su serena sonrisa no delataba nada de su misteriosa rabia interior. «¿Quieres verla?», parecía decir su sonrisa. «Pues te la enseñaré», prometía su sonrisa, «pero todavía no».

Jack habitó en un mundo dominado por el «todavía no», desde el parvulario hasta segundo curso. Sentir compasión por el señor Malcolm era educativo en sí mismo. Pero la educación de Jack, en un sentido más memorable y más duradero, estaba en manos tanto de Emma Oastler como del señor Malcolm.

Los días de lluvia, o cuando nevaba, Emma se colaba en el asiento trasero del Lincoln Town Car y daba a Peewee la siguiente orden:

—Denos una vuelta, Peewee. Y nada de ojeadas hacia el asiento trasero. No quite la vista de la calle.

—¿Está usted de acuerdo, señorito? —preguntaba siempre Peewee a Jack.

—Sí, me parece bien, Peewee. Gracias por preguntar —contestaba el niño.

—Usted manda, señorita —decía Peewee.

Repantigados en el asiento trasero, Jack y Emma mascaban chicle sin parar, con aliento a menta o a fruta, según el sabor. Emma permitía a Jack que le deshiciese la trenza, pero nunca le dejaba volver a trenzársela. Con la trenza deshecha, Emma tenía pelo de sobra para que los dos escondiesen la cara debajo. «Si se me pega tu chicle en el pelo, monada, te mato», decía ella a menudo, pero una vez, cuando Jack se reía por algo, Emma habló de pronto como su madre. «No te rías con el chicle en la boca; podrías ahogarte».

Se producía un momento de desconcierto cuando verificaban los resultados del sujetador de «entrenamiento», como Emma lo llamaba con desdén. Por lo que Jack veía, las instrucciones que el sujetador había dado a sus pechos ya surtían efecto. O al menos tenía los pechos cada vez mayores. ¿Acaso no era ese el objetivo?

Y hablando de crecimiento, su pene no presentaba avances perceptibles.

«¿Cómo está el enano?», preguntaba Emma invariablemente, y Jack, diligente, se lo enseñaba. «¿En qué piensas, enano?», preguntó Emma una vez a su pene.

Si los penes podían soñar, Jack no supo por qué le sorprendía oír que también podían pensar, pero el enano no había demostrado el menor indicio de proceso mental, *todavía no*.

Después de segundo curso, los encuentros de Jack con el señor Malcolm se restringieron básicamente al lavabo de chicos, adonde el maestro iba a llorar de vez en cuando. Pero Jack sorprendía al señor Malcolm con mayor frecuencia examinándose el vello facial, como si la sombra de barba o de bigote en ciernes fuesen el principal objeto de su vanidad (quizás el único).

Los encuentros con la señora Malcolm tampoco eran habituales. Por lo general no

más de dos veces al día se colgaba en uno de los lavabos de chicas el cartel FUERA DE SERVICIO, que significaba que el señor Malcolm atendía dentro a Jane Silla de Ruedas. Las niñas tenían órdenes de respetar su intimidad.

En una ocasión Jack oyó el inconfundible sonido de las bofetadas que la señora Malcolm daba a su marido en los lavabos. El niño echó a correr por el pasillo para dejar atrás aquel sonido, pero no pudo alejarse lo suficiente y le llegó el patético «Vamos, vamos, Jane», al que de inmediato siguió su «Jane, cariño...»; después, un conocido clamor en el pasillo ahogó el reiterado melodrama. (Pasaban varias niñas de sexto; naturalmente, hacían tanto ruido como varias docenas).

En los dos años que aún permaneció en el St. Hilda, Jack echó muchas veces de menos al señor Malcolm, pero no echó de menos ser testigo de los permanentes malos tratos padecidos por el maestro de segundo. En adelante, cuando Jack veía a personas en silla de ruedas, no sentía menos compasión por ellas, no menos que antes de conocer a la señora Malcolm. Jack simplemente sentía más compasión por las personas que las atendían.

El enano y Jack tenían ocho años cuando empezaron tercero. Incluso antes de que su pene demostrase capacidad para tener sueños e ideas propios, el enano y Jack habían comenzado a llevar vidas paralelas (si no completamente independientes).

El hecho de que la señorita Caroline Wurtz tuviese una belleza «perecedera» se veía realzado por lo menudo de su cuerpo. Desde luego era más pequeña que cualquiera de las madres de tercero. Y la señorita Wurtz usaba un perfume que alentaba a los niños de tercero a inventarse dudas con las matemáticas. La señorita Wurtz corregía los ejercicios de matemáticas de los alumnos inclinándose sobre sus pupitres, donde ellos podían inhalar su perfume a la vez que echaban una mirada más detenida, y en extremo apetecible, a la atractiva marca de nacimiento en su clavícula derecha y a la pequeña cicatriz en forma de anzuelo en el mismo lado de la garganta.

Tanto la marca de nacimiento como la cicatriz parecían inflamarse siempre que la señorita Wurtz se alteraba. Jack recordaba vívidamente la cicatriz bajo la luz ultravioleta de la cueva de los murciélagos; palpitaba como una lámpara estroboscópica de neón. En la imaginación de Jack, la causa de esa cicatriz entraba en una categoría cercana a la pierna que Tattoo Peter había perdido y la cojera de Lottie, aunque esta última se complicaba aún más por su errónea suposición de que la epidural era una parte vital de la anatomía femenina.

El hecho de que Charlotte Brontë fuese la escritora preferida de la señorita Wurtz, y *Jane Eyre* su Biblia, era conocido por todos en primaria; una dramatización anual de la novela era la principal aportación cultural de estos a los cursos de secundaria y grado superior. Las niñas mayores quizás habrían sido más aptas para representar tan ambicioso material —no solo el espíritu indómito de Jane sino también la ceguera y la transformación religiosa de Rochester—; sin embargo, la señorita Wurtz había



reivindicado *Jane Eyre* como propiedad de primaria, y tanto en tercero como en cuarto se asignó a Jack el papel de Rochester.

¿Qué otro alumno de primaria habría sido capaz de memorizar las frases? «Cuando sintáis la tentación de errar, señorita Eyre, temed el remordimiento: el remordimiento es el veneno de la vida». Jack declamaba esa frase como si conociese su significado.

En tercero, el primer curso en que Jack interpretó a Rochester, la niña de sexto que interpretaba a Jane era Connie Turnbull. Su presencia taciturna y repudiada la convertía en una buena elección para el papel de huérfana. Cuando recitaba «En vano se afirma que los seres humanos deberían darse por satisfechos con la serenidad», uno la creía. (Connie Turnbull nunca sería un alma serena).

Naturalmente, quedaba ridículo cuando Jack en el papel de Rochester tenía que estrechar entre sus brazos a Connie en el papel de Jane y exclamaba: «Nada, nada fue jamás tan frágil y tan indómito a un tiempo». Solo le llegaba a los pechos, a ella y a todas las demás. «Podría doblarla con el pulgar y el índice», exclamaba Jack, con las consiguientes risas e incredulidad del público.

Connie Turnbull lo miraba como diciendo: «¡Tú inténtalo, soplapenes!». Pero no eran solo sus dotes memorísticas y su prosodia y dicción lo que hacía de Jack un actor tan cautivador. La señorita Wurtz le había enseñado a cautivar al público.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Tienes un público de un solo espectador, Jack —dijo la señorita Wurtz al niño—. Tu trabajo consiste en conmover un solo corazón.

—¿De quién?

—¿De quién quieres tú que sea ese corazón? —preguntó la señorita Wurtz.

—¿El de mi madre?

—Creo que puedes conmover el corazón de tu madre en cualquier momento, Jack.

En todo caso, ¿qué corazón podía conmover el viejo Rochester? ¿No era Jane quien conmovía? Pero la señorita Wurtz no se refería a eso. Se refería a quién desearía observar a Jack sin ser visto. ¿Quién, entre el público, era el desconocido que se interesaría solo en Jack? ¿Quién desearía llevarse una favorable impresión de Jack sin someterse a la curiosidad del niño?

Su público de un solo espectador era su *padre*, claro está. Desde el momento en que imaginó a William, Jack pudo cautivar al público sin excepción; estuvo ante la cámara durante el resto de su vida. Jack descubriría más tarde que el trabajo del actor no era complicado, pero se componía de dos partes. Fuera quien fuera, tenías que granjearte la veneración de los espectadores; luego les rompías el corazón.

Tan pronto como se imaginó Jack a su padre entre las sombras del público, fue capaz de interpretar cualquier papel.

—Piénsalo, Jack —instó la señorita Wurtz—. Un solo corazón. ¿De quién?

—El de mi padre.

—¡Un buen comienzo! —dijo al niño, y se le *inflamaron* tanto la marca de nacimiento como la cicatriz—. Veamos si da resultado.

Dio resultado de todas todas, incluso con el Rochester en miniatura de Jack frente a la Jane más grande y fuerte de Connie Turnbull. Dio resultado desde el principio.

Cuando Rochester dice «¡Jane! Me consideras, seguramente, un truhán sin religión...», pues bien, Jack ya los tenía metidos en el bolsillo. Por absurdo que fuese, también se metió en el bolsillo a Connie Turnbull. Cuando ella le agarró la mano y se la besó, tenía los labios abiertos; le rozó con los dientes y la lengua.

—Buen trabajo, Jack —le susurró al oído. Connie mantuvo sujeta su mano mientras duraron los aplausos. Jack sintió el odio de Emma Oastler hacia Connie Turnbull; desde el público invisible, los celos de Emma barrieron el escenario como una corriente de aire.

Pero para Jack lo mejor del personaje de Rochester era la oportunidad de ser ciego. Sin duda se inspiraba en la demencia condenada al desastre de la señora Malcolm, pero el papel de ciego le brindaba, además, otra oportunidad. En los ensayos, cuando tropezaba y se caía, era la señorita Wurtz quien corría en su ayuda. (Los cuidados que ella administraba a sus lesiones, totalmente fingidas, eran la *razón* por la que tropezaba y caía).

La primera reacción *consciente* de su pene no fue al beso con lengua de Connie Turnbull en la mano, no, ni mucho menos. La primera idea propia del enano surgió claramente en respuesta a la señorita Caroline Wurtz. La obsesión con las mujeres mayores, que había nacido en Oslo con Ingrid Moe, perseguiría a Jack Burns toda la vida.

Las manos de la señorita Wurtz no eran mucho más grandes que las de una alumna de tercero, y cuando consolaba a un niño o a una niña —o a veces simplemente cuando le hablaba—, le apoyaba una mano en el hombro, donde el niño o la niña percibían el temblor de sus dedos, tan leve como los movimientos de un pájaro pequeño e inquieto. Era como si la mano de la señorita Wurtz, o toda ella, estuviese a punto de emprender el vuelo. Ni uno solo de los alumnos de tercero se hubiese sorprendido si, un día, la señorita Wurtz se hubiese echado a volar y se hubiese ido sin más. Así de delicada era, tan frágil como una mujer hecha de plumas. («Perecedera» por tanto, en otro sentido).

Sin embargo la señorita Wurtz no lograba imponerse a la clase de tercero. Los niños no se portaban peor que los alumnos de tercero de otros años, aunque Roland Simpson más adelante, en la adolescencia, pasaría una temporada en un reformatorio y en el futuro acabaría en la cárcel. Y la proclividad de Jimmy Bacon al gimoteo era solo una pequeña parte de sus angustias; tener a Jimmy siempre al lado no era un plato de gusto. En una ocasión se disfrazó de fantasma para la fiesta de Halloween de tercero y no se puso absolutamente nada, ni siquiera calzoncillos, bajo una sábana

con agujeros para los ojos. Jimmy se llevó tal susto cuando apareció de repente el Fantasma Gris —la señora McQuat era la maestra de cuarto— que se hizo *caca* en la sábana.

Pero la señorita Wurtz era tan delicada que no habría conseguido imponerse ni a una clase de párvulos, o a sus propios hijos. ¿Afloraba su fortaleza solo en el escenario? La teoría de Alice con respecto a la señorita Wurtz era intuitiva pero despiadada. «Parece que Caroline no ha sido capaz de olvidar a alguien, la pobre».

Jack Burns extrajo de la señorita Wurtz una lección para toda la vida: la vida no era en absoluto un escenario; la vida era *impro*. La señorita Wurtz no toleraba la improvisación; los niños aprendían sus frases recitándolas tal como estaban escritas, sin faltar una coma. El hecho de que Jack naciese con unas dotes memorísticas superiores era una ventaja considerable en el teatro; el hecho de que la señorita Wurtz lo indujese a imaginar un público de un solo espectador fue un don que le concedieron tanto ella como su padre desaparecido. No obstante, Jack era un alumno tan atento al fracaso de la señorita Wurtz en el aula como a sus instrucciones para triunfar en el escenario. Para él, saltaba a la vista que no era posible salir airoso como intérprete en la vida sin desarrollar ciertas dotes de improvisación. Sí, uno tenía que saberse sus frases. Pero en algunos casos uno también debía ser capaz de inventarse sus frases. Por lo que podía enseñarle, pero sobre todo por lo que no había logrado dominar ella misma, la señorita Wurtz captó la atención de Jack; no es de extrañar, pues, que ella perdurase en su memoria (y continuó formando parte de su vida) más tiempo que ninguna alumna de tercero.

Jack soñaba a menudo que besaba a Caroline Wurtz, y en esos momentos ella nunca iba vestida de maestra. En sus sueños, la señorita Wurtz llevaba la ropa interior anticuada que Jack había visto por primera vez en los catálogos de venta por correo de Lottie. Por razones para él oscuras e inquietantes, la publicidad de dicha ropa interior iba dirigida a adolescentes y a mujeres solteras. (Por qué las mujeres usaban una ropa interior *distinta* después de casarse era, y seguiría siendo, un misterio para Jack).

En cuanto al verdadero atuendo de la señorita Wurtz en el aula, de vez en cuando lucía una blusa de color crema que casi transparentaba, pero —como hacía frío en la clase de tercero— se vestía más a menudo con jerséis, que le caían bien. Según la madre de Jack, eran jerséis de cachemir, lo que significaba que la señorita Wurtz, para comprarse esa ropa, contaba con algún otro ingreso aparte del salario de maestra en el St. Hilda.

—La Wurtz debe de tener un novio —dijo Emma—. Uno rico, o al menos con buen gusto, diría yo.

Jack había negado reiteradamente las acusaciones de Emma, que insistía en que se le empinaba cada vez que Connie Turnbull le daba un beso con lengua en la mano, como había negado también que cuando él en el papel de Rochester estrechaba entre sus brazos a Connie en el papel de Jane, con la cabeza hundida entre los pechos de

ella, se produjese la menor reacción en el enano. A Emma no se le había ocurrido aún la posibilidad de que Jack estuviese empalmado cada minuto que pasaba cerca de Caroline Wurtz, tanto si se hallaba en su compañía real como si la veía en sueños en distintos grados de desnudez.

En cuanto a la circunstancia de que la Wurtz, como la llamaba Emma, tuviese un novio rico o, como mínimo, con buen gusto —o incluso un exnovio—, Jack no quería que tal personaje existiese, por temor a que irrumpiese en los sueños que tenía de la señorita Wurtz con corsé y faja y sujetador de venta por correo.

Jack no soñaba jamás con las niñas de tercero, ni siquiera con Lucinda Fleming, quien había logrado —durante más de dos años— mantener bien escondida su rabia silenciosa. Y si, en sus sueños, la señorita Wurtz tenía el menor asomo de bigote sobre el finísimo labio superior..., pues bien, eso era por influencia de Emma Oastler. No podía controlar la atracción que ejercía en él el labio superior de Emma, y menos aún en sueños. Cada vez más, cuando el enano cobraba vida, lo hacía, no a petición de Jack, sino por cuenta propia.

—¿Alguna novedad, Jack? —le susurraba Emma en el asiento trasero de la limusina mientras Peewee les daba vueltas y más vueltas por Forest Hill.

—Todavía no —contestaba Jack. (Había supuesto, *acertadamente*, que era la respuesta más segura).

Por la noche, después de acostarlo Lottie, Jack entraba a menudo en la habitación de su madre, se metía en su cama y se quedaba allí dormido. Debido a la diferencia de horarios, su madre casi nunca estaba. Llegaba a casa y, a rastras, se echaba en la cama mucho después de dormirse él. A veces, en el duermevela, cubría a Jack con una pierna, y siempre lo despertaba. Traía olor a humo de tabaco y maría en el pelo, y esa especie de tufo a gasolina que deja el vino blanco en el aliento. Alguna que otra vez, despiertos ambos, hablaban en susurros allí tendidos en la penumbra. Jack no sabía por qué en susurros; no se debía a que Lottie o la señora Wicksteed pudiesen oírlos.

—¿Cómo estás, Jack?

—Bien. ¿Y tú?

—Estamos convirtiéndonos en un par de desconocidos —susurró Alice en una ocasión.

Para Jack fue una decepción que su madre no lo hubiese visto actuar, y así se lo hizo saber.

—¡Sí que te he visto actuar! —repuso Alice.

Jack se refería a su intervención en *Jane Eyre*, o en los otros ejercicios de dramatización de la señorita Wurtz. Aunque a la Wurtz le encantaba el teatro, prefería adaptar novelas. Jack sospecharía más tarde que la señorita Wurtz optaba por dramatizar novelas porque así controlaba todos los aspectos de cada representación. De ese modo no había un autor que diese a los niños indicaciones erróneas. La

señorita Wurtz adaptaba sus novelas preferidas para el escenario a su manera. Si bien, como actores, recibían la instrucción de cautivar al público, cada acción que llevaban a cabo, cada palabra que pronunciaban, estaba bajo los auspicios de la Wurtz.

Más tarde Jack descubriría las extraordinarias partes que la señorita Wurtz excluía de sus adaptaciones. También era responsable de la censura. Cuando la Wurtz adaptó *Tess, la de los d'Urberville*, sacó mucho más partido al capítulo «Doncella» que al «Doncella ya no». Pero más alarmante aún fue el hecho de que diera a Jack el papel de Tess.

«Nadie culpó tanto a Tess como se culpó ella», comenzaba la dramatización. (La señorita Wurtz, con su perfecta prosodia y dicción, era una entusiasta de la voz en *off*). Jack era, sin lugar a dudas, una buena elección para representar a «un mero receptáculo de emociones sin el barniz de la experiencia».

Pero incluso con un vestido —blanco y largo, nada menos— e incluso en el papel de lechera, el niño consiguió cautivar al público. «Etapas de la infancia asomaban aún furtivamente en su apariencia», leía la señorita Wurtz al público mientras Angel Clare era incapaz de pedirle un baile a Jack en el papel de Tess. ¡Valiente mequetrefe estaba hecho ese Angel! Jimmy Bacon, el patético quejica, fue la elección perfecta para interpretar el personaje.

«... pese a su retozona y hermosa feminidad», recitaba la señorita Wurtz con tono fatalista, «a veces se advertían sus doce años en las mejillas, o un destello de sus nueve años en los ojos, o incluso, de vez en cuando, el revoloteo de sus cinco años en las curvas de los labios».

Entretanto Jack, en el papel de Tess, no tenía nada que hacer. Permanecía inmóvil en el escenario, irradiando inocencia asexual. Estaba más orgulloso de su interpretación de Rochester, pero incluso como Tess tenía sus momentos, siendo la inocencia asexual uno de los buenos, si no el mejor. Por ejemplo, lo que le dice Tess a d'Urberville (a d'Urberville, ese cerdo, lo encarnaba la rufianesca Charlotte Barford, que la Wurtz, con buen criterio, tomó prestada de los cursos medios): «¿Nunca se os ha ocurrido pensar que lo que todas las mujeres dicen acaso algunas lo sientan?». (Daba toda la impresión de que Charlotte Barford en el papel de él se lo pasaba en grande seduciéndolo a él en el papel de ella).

Cuando Jack enterraba a su bebé muerto en el camposanto, oía a las niñas mayores entre el público; ya estaban llorando. ¡Y la historia de la perdición de Tess no había hecho más que empezar! Jack declamaba la narración de Hardy como si fuese un parlamento ante la tumba del bebé. «... en el abandonado rincón del vergel de Dios donde Este consiente que se críen ortigas», comenzaba Jack, y entre el público, las niñas mayores imaginaban que en ese mismo brete se verían *ellas*, como arteramente pretendía, si no el propio Thomas Hardy, sí la señorita Wurtz. «... y donde yacen todos los niños sin bautizar, los borrachos de mala fama, los suicidas y otros de los que, según cabe conjeturar, se han condenado», proseguía Jack en el papel de Tess, estimulado por el llanto de las niñas mayores. (Contraria a la

improvisación, la señorita Wurtz no le había permitido a Jack que se saltara el «según cabe conjeturar», pese a que él se había embarullado reiteradamente al pronunciarlo durante los ensayos).

Cuando Jack decía «Pero no bailarías conmigo» al mequetrefe de Jimmy Bacon en el papel de Angel Clare, los corazones de las niñas mayores entre el público volvían a desgarrarse. «Ah, espero que eso no sea un mal augurio para nosotros», decía Jack en el papel de Tess a Jimmy en el papel de Angel mientras las niñas lloraban de nuevo, porque, con Hardy, ¿qué no era un mal augurio? Las niñas sabían que Tess estaba predestinada al desastre, tan infaliblemente como la señorita Wurtz deseaba que lo supiesen.

Ese era el mensaje que la Wurtz dirigía a las niñas. ¡Andaos con cuidado! ¡Cualquiera puede quedarse preñada! Todo hombre que no es un mequetrefe, como Jimmy Bacon en el papel de Angel, es un cerdo, como Charlotte Barford en el papel de d'Urberville. Y Jack en el papel de Tess transmitía el mensaje de la señorita Wurtz. Las dramatizaciones de Caroline Wurtz en primaria venían a ser enseñanzas morales para las alumnas de los cursos de secundaria y nivel superior.

Jack solo estaba en *tercero*. Para él, una dramatización de *Tess, la de los d'Urberville* era incomprensible. Pero el mensaje del relato no iba destinado a Jack. En el St. Hilda, los mensajes más importantes se dirigían a las niñas mayores. Jack no era más que un actor. La señorita Wurtz sabía que estaba capacitado para decir su parte, aunque no la entendiese. Y por si a alguna idiota de remate (entre las niñas mayores) se le escapaba el *quid* de la cuestión, *todas* las dramatizaciones eran de novelas en las que se ponía a prueba a las mujeres.

Cuando Jack interpretó el personaje de Hester Prynne en la adaptación que hizo la Wurtz de *La letra escarlata*, el niño no pudo convencer a su madre para que fuese a verlo en el papel de adúltera de ocho años con una A en el pecho.

—No soporto esa historia —le susurró Alice a su hijo en la penumbra de la habitación de ella—. Es muy injusta. Le pediré a Caroline que saque unas fotos. Miraré las fotografías, Jack, pero no quiero ver esa historia *dramatizada*.

Muy sagazmente, la señorita Wurtz reconoció en el cuerpo de Wendy Holton, cruel, de una delgadez contranatural —en sus rodillas inexorables, en la dureza de sus puños de piedra—, un parecido perfecto con el obseso y vengativo Roger Chillingworth. Una vez más, en el reparto, la Wurtz robó a los cursos medios a una de las antiguas torturadoras de Jack.

La asignación del papel del reverendo Dimmesdale fue un lamentable error, aunque al escoger a Lucinda Fleming, que en tercero le pasaba una cabeza a Jack, quizá la señorita Wurtz acariciase la esperanza de que la rabia silenciosa de Lucinda eligiese algún momento crítico de la culpabilidad de Dimmesdale para brotar en el escenario y diese un susto de muerte a todos. Tal vez cuando Dimmesdale exclamaba: «¡Que Dios nos perdone a los dos! No somos, Hester, los peores pecadores del mundo. Hay uno peor aun que el corrupto sacerdote». Eso habría servido si Lucinda

Fleming hubiese perdido el control justo en ese momento, si hubiese empezado a darse cabezazos contra los focos o acometido algún patético y enajenado esfuerzo por estrangularse con los telones del escenario.

Sin embargo, Lucinda se guardó la rabia para sí misma. Acaso fuese una persona tan atormentada como el reverendo Dimmesdale, pero parecía reservar su tan esperado estallido para un momento fuera del escenario. Jack estaba convencido de que se lo reservaba a él. No obstante, estar en el escenario con Lucinda en el papel de Dimmesdale era mejor que estar entre bastidores con Wendy en el papel de Chillingworth, porque —tan pronto como escapaba a la vigilancia de la señorita Wurtz— Wendy consideraba a Jack personalmente responsable de que la hubiera elegido para el personaje de Chillingworth. (Que, reconozcámoslo, era un papel poco agradecido). Así pues, *La letra escarlata* fue una puesta en escena que marcó a Jack. Wendy le asestaba rodillazos en las costillas o golpes de puño siempre que veía la ocasión de quedar impune.

—Dios mío —susurró Alice a su hijo en la penumbra. (Solo con tocarlo se dio cuenta de lo dolorido que estaba). Cuando encendió la luz, dijo—: ¿Qué están haciéndote esos puritanos, Jack? ¿Llevas puesta la letra A o te pegan con ella?

Su madre tampoco iría a verlo cómo se arrojaba bajo un tren en la versión de *Ana Karenina* de la señorita Wurtz. («Le pediré a Caroline que saque más fotos, Jack»). El instructivo repertorio de Caroline Wurtz incluía un inagotable surtido de mujeres baqueteadas. ¡Y qué gran acierto por parte de la Wurtz elegir a Emma Oastler para el personaje del conde Vronski! Emma tenía incluso el bigote, indispensable para el papel.

—Es perfecto, Jack; tenemos una aventura amorosa.

—¿Ah, sí?

—Me refiero en el escenario.

—Pero ¿y *aquí* qué tenemos? —preguntó él, refiriéndose al asiento trasero del Town Car, donde yacía inmovilizado bajo una de las pesadas piernas de Emma, que ella le había echado por encima más o menos de la misma manera impulsiva y adormilada que su madre le echaba a veces la pierna por encima; o a la cama de su habitación, donde Emma lo ayudaba con sus deberes, según le decía ella a Lottie, exigiéndole que no los molestase.

—Va un poco retrasado en clase, Lottie. Yo puedo ayudarlo a ponerse al día si consigo que atienda.

¿Cómo no iba a atender? Para empezar, ella lo sometía por la fuerza en el asiento trasero o en su cama. Y sabía que, para él, su bigote era irresistible, y lo rozaba con su sedoso labio superior. Le recorría el dorso de la mano con el bigote mientras imitaba el beso con lengua de Connie Turnbull, cosa que hacía mucho mejor que Connie; o le recorría la mejilla, o incluso (después de sacarle del pantalón los faldones de la camisa) el vientre desnudo, deteniéndose para conceder especial atención al ombligo.

—¿Te lavas esto alguna vez, Jack? Tienes pelusa dentro, ¿sabías?

Era todo un preludio, ya fingiese ser el conde Vronski mientras Jack era Ana, ya fuese ella misma, Emma Oastler, que nunca sería un personaje secundario, no en la vida de Jack. Todo llevaba a la «frase culminante», como se complacía en decir la señorita Wurtz. «Ataca la frase culminante de manera que tu público la recuerde, Jack. Di tu frase culminante de manera que nadie la olvide, ¿entendido?».

—¿Qué tal va el enano, Jack? ¿Qué hace? —acababa preguntando siempre Emma.

Era un momento crucial; estaban ensayando para *Ana Karenina*, pero aún no se habían visto sometidos a los planes de la señorita Wurtz para *Sentido y sensibilidad*. Emma y Jack hacían «deberes» en la cama de él. Abajo, en la cocina, se oía el trajín de Lottie. A la pregunta acerca de qué *hacía* su pene, Jack contestó como de costumbre:

—Poca cosa.

—Echemos un vistazo, ricura.

Jack se lo enseñó. Percibió un hondo pesar en el suspiro de Emma, o quizá fuese que había estado pensando demasiado en Ana y en el tren. No quería seguir decepcionando a Emma eternamente.

—A veces sueña —empezó Jack.

—¿Qué sueña? ¿Quién sale en los sueños, Jack?

—Tú —respondió él. (Parecía menos arriesgado admitir eso que la parte correspondiente a la señorita Wurtz).

—¿Qué hago yo en esos sueños, Jack?

—Es sobre todo tu bigote —admitió él.

—Estás hecho un pervertido, Jack, pitocorto...

—Y la señorita Wurtz lleva solo la ropa interior —añadió de pronto.

—¿Yo salgo con la Wurtz? ¡Por Dios, Jack!

—Más bien sale la señorita Wurtz sola, con tu bigote —confesó Jack—. Y la ropa interior.

—¿La ropa interior de quién? —preguntó Emma.

Jack recorrió sigilosamente el pasillo de arriba hasta la habitación de Lottie y le llevó a Emma la última edición del catálogo de venta por correo de Lottie.

—Eres un tarado, Jack. No me pondría eso ni muerta. ¡Yo voy a enseñarte a ti lo que es ropa interior!

Él ya había visto su anterior sujetador de entrenamiento; el actual no era mucho mayor. Pero cuando Emma se despojó del sujetador, sus pechos presentaban más forma y sustancia que antes; y cuando se quitó las bragas y las sostuvo sobre los pliegues de la falda, el encaje que orlaba la cinturilla fue una nueva experiencia para Jack y el enano.

—Se ha movido —dijo Emma.

—¿Qué se ha movido?

—Tú ya lo sabes, Jack. —Los dos miraron al enano, que ya no se veía tan



pequeño como antes. Emma se inclinó sobre su pene—. Señorita Wurtz —dijo—. Cierra los ojos, Jack. —Lógicamente, él obedeció—. Caroline Wurtz —susurró Emma a su pene—. Voy a traerte ropa interior *auténtica*, enano.

Incluso con los ojos cerrados, Jack supo que al enano le gustaba la idea.

—Creo que por fin vamos a llegar a alguna parte, Jack.

—¿Puedo deshacerte la trenza, Emma?

—¿Ahora?

—Sí.

Sin apartar la mirada de su pene, Emma le permitió hacerlo. Su melena cayó en torno a las caderas de Jack, que notó el contacto en los muslos.

—Funciona, ricura —informó Emma—. Has tenido una buena idea.

—¡Que hierve el agua! —avisó Lottie desde la cocina.

—Veamos si te he entendido —dijo Emma, ajena a Lottie—. Se trata en esencia de la Wurtz con mi bigote y la ropa interior de Lottie.

—De Lottie no; es la ropa interior de su catálogo. —(La imagen de la señorita Wurtz con la ropa interior de Lottie le resultaba poco sugerente).

—¿Y el pelo de quién?

—El tuyo, creo. Es pelo largo, eso desde luego.

—Bien —dijo Emma. Jack no la veía; el pelo, por entonces despeinado, le ocultaba por completo la cara—. Según parece, nos estamos centrando en ciertas prioridades.

—Centrando ¿en qué?

—Es evidente que tienes algo con el pelo, monada. Además de la habitual obsesión por las mujeres mayores.

—Ah. —(Nada en su obsesión por las mujeres mayores, por no hablar de su fijación por los bigotes y las trenzas, le parecía a Jack en absoluto *habitual*).

—¡Dios mío, ahora sí estamos llegando a alguna parte! —anunció Emma; se echó atrás el pelo. Jack se empalmó como nunca. Si el enano se hubiese levantado solo un poco más, habría proyectado una sombra hasta el ombligo de Jack, con pelusa y todo—. ¡Cielos, Jack! ¿Qué vas a hacer con él?

Jack estaba desconcertado.

—¿Tengo que *hacer* algo con él? —preguntó.

Emma lo estrechó contra sus pechos desnudos; su pene agrandado rozó la rasposa tela de la falda de lana. Jack cambió un poco de posición entre los brazos de la niña mayor hasta que el enano se acomodó en contacto con el muslo desnudo de ella.

—Oh, Jack —dijo Emma al niño—. ¡Qué cosas tan tiernas dices! Las palabras casi que se te dan demasiado bien. No, claro que no *tienes* que hacer nada con él. Algún día sabrás qué *quieres* hacer con él. Y ese será un gran día.

Él le tocó un pecho con la mano; ella le apretó más la cara. Lo siguiente que ocurrió fue idea del enano exclusivamente. Emma y Jack estaban sentados en la cama, cadera con cadera, abrazados, pero su pene, por algún motivo, seguía en

contacto con el muslo de ella. Y si Jack sentía su muslo, Emma debía de sentir su pene. Él tenía ocho años; ella, quince. Cuando Jack pasó una pierna por encima de ella para apoyarla junto a la cadera opuesta de Emma, se encontró de pronto tendido sobre ella con el enano en su regazo, tocando ahora los dos muslos.

—¿Sabes lo que estás haciendo, Jack? —preguntó Emma. (Él no lo sabía, claro). Ella masticaba chicle con sabor a menta. Jack notaba su aliento en la coronilla—. Quizás el enano lo sepa —dijo, contestándose a sí misma. Jack no podía rodearle las caderas con los brazos, pero la mantuvo en esa posición, tocando con la mano derecha la cinturilla de encaje de las bragas, que Emma aún tenía extendidas sobre la falda—. Demuéstrame qué sabe el enano, ricura. —Su tono de voz indicaba que estaba mofándose de él; el «ricura» era un apelativo cariñoso, pero un tanto burlón tal como solía emplearlo Emma.

—No sé qué sabe el enano —admitió Jack, justo en el momento en que el enano y él hicieron un descubrimiento asombroso. ¡Había pelo entre los muslos de Emma Oastler!

En cuanto la punta de su pene tocó esa parte peluda, Jack pensó que Emma iba a *matarlo*. Cruzó las piernas en tijera alrededor de su cintura y lo obligó a girar hasta tenerlo tendido de espaldas. El enano había quedado enredado en la áspera falda de lana. Con cierta dificultad, Emma lo buscó a tientas con la mano, y Jack temió que fuese a arrancárselo de raíz, pero ella no lo hizo. Simplemente le agarró el pene con más brusquedad de la necesaria.

—¿Qué era eso? —preguntó él. Lo amedrentaba más el pelo que había notado que la manera en que Emma lo tenía agarrado.

—No voy a enseñártelo, monada. Eso serían abusos deshonestos a un menor.

—Sería ¿qué?

—Fliparías —dijo Emma.

Jack la creyó. No sentía el menor deseo de ver el sitio peludo aquel. Lo que Jack, o el enano, quería, por raro que pareciese, era *estar* en él. (De hecho, Jack temía el posible aspecto de aquello).

—No quiero verlo —se apresuró a decir.

Emma relajó la presa en tijera alrededor de su cintura y sostuvo su pene con mayor delicadeza.

—Tienes algo con el pelo, eso desde luego —dijo.

—¡El té va a quedar demasiado cargado! —vociferó Lottie desde la cocina.

—¡Pues saca las bolsitas de té o la maldita bola para el té! —contestó Emma a pleno pulmón.

—¡Además se enfría! —insistió Lottie.

Cuando Emma volvió a ponerse las bragas le dio la espalda a Jack; en cambio, se colocó el sujetador y se abotonó la blusa de cara a él. Se caía por su propio peso que el enano había tocado una parte íntima, pero ¿por qué había pelo allí?

—¿Cómo van esos deberes? —gritó Lottie. Rayaba en el tipo de histeria que

inducía a Jack a pensar que estaba reviviendo el horror de su epidural a la virulé.

—¿Qué clase de vida lleva Lottie? —preguntó Emma a Jack, pero tenía la vista fija en su pene. El enano recuperaba su tamaño normal bajo las miradas de ambos—. No debes quitarle el ojo de encima ni un segundo, Jack; es como tener tu propio pequeño milagro, o no tan pequeño —añadió Emma—. ¡Guau, qué cucada! ¡Fíjate! Parece que se está yendo.

—Quizás está triste —dijo el niño.

—Recuerda esa frase, Jack. Algún día podrás usarla.

Jack no imaginaba en qué circunstancias admitir la tristeza de su pene podía tener la menor utilidad. La señorita Wurtz conocía muchas frases. Por alguna razón, presentía que esa no la aprobaría; demasiado improvisada, tal vez.

Al cabo de una semana, Emma le llevó uno de los sujetadores de su madre divorciada, uno negro. Parecía más bien medio sujetador, observó Jack, con aros duros de alambre bajo las copas, que eran pequeñas pero ofrecían un aspecto asombrosamente agresivo. A aquello lo llamaban sostén de «realce», explicó Emma. (Era todo lo imponente que un sujetador podía ser, o eso imaginó Jack).

—¿Para qué se necesita realzar los pechos?

—Mi madre tiene las tetas pequeñas —explicó Emma—. Intenta sacarles más partido. —Pero el sujetador era curioso por otra razón: despedía un fuerte olor a perfume, y solo un poco menos potente a sudor. Emma lo había sustraído de la ropa sucia; no estaba limpio—. Pero mejor así, ¿no? —preguntó.

—¿Por qué?

—¡Porque puedes olerla! —declaró Emma.

—Pero yo no conozco a tu mamá. ¿Por qué iba a querer olerla?

—Tú pruébalo, ricura. Nunca se sabe qué puede gustarle al enano.

¡Esa sí era una gran verdad! (Por desgracia, Jack tardaría años en descubrirlo).

También tardaría un tiempo en enterarse, porque alguien se lo dijo, de que el estudio de tatuaje del Chino, en la esquina noroeste de las calles Dundas y Jarvis, nunca permanecía abierto entrada la noche. El estudio del sótano, al que se accedía desde la acera de Dundas, cerraba por lo general a última hora de la tarde. Jack olvidaría quién se lo dijo. Quizá fuese algún viejo adicto a la tinta, un coleccionista, en uno de los estudios de tatuaje de Queen Street, más o menos cuando su madre abrió allí su propio estudio.

En los años setenta, Queen Street no habría tolerado a una persona como Alice la Hija: era una zona frecuentada por pandilleros con el pelo engominado, llena de bebedores de whisky con camiseta blanca y hostiles a los hippies. Posiblemente fue uno de estos quien se lo dijo a Jack, pero tenía visos de ser verdad. El estudio sin nombre del Chino estaba cerrado por la noche, o a lo sumo permanecía abierto un rato más los viernes y sábados por la tarde, aunque nunca más allá de las ocho o las

nueve.

Así pues, durante los años que pasó Jack en el St. Hilda, ¿dónde estaba ella, a esas horas, casi todas las noches? Él no tenía la menor idea. Solo en retrospectiva —visión que nunca es del todo fiable— llegó Jack a la conclusión de que acaso su madre intentase acabar con el posesivo apego a su hijo. Con los años, fue cada vez más evidente que era hijo de su padre; quizá cuanto mayor era el parecido entre Jack y William, más procuraba Alice distanciarse del niño.

El hecho de que Emma Oastler le entregase el sujetador de realce de su madre tal vez tuviera algo que ver con eso. Era inevitable que Alice lo descubriese. Jack dormía con el maldito sujetador todas las noches; incluso se lo llevaba a la cama de su madre las noches que dormía con ella. Y ocurrió una de esas noches en que echaba una pierna sobre Jack y lo despertaba. Esa noche en particular algo la despertó también a ella. El misterioso sujetador se hallaba aplastado entre ellos; Alice debió de notar los aros duros de alambre bajo las copas. Se incorporó de pronto y encendió la luz.

—¿Qué es esto, Jack? —preguntó mientras sostenía en alto el apestoso sujetador. ¡Menuda mirada lanzó a su hijo! En fin, él nunca la olvidaría. Fue como si hubiese descubierto a la propia madre de Emma en la cama entre ellos dos; fue como si hubiese sorprendido a Jack en flagrante delito, al enano en estrecho contacto con aquella parte íntima y peluda.

—Es un sujetador de realce —explicó él.

—Ya sé lo que es; quiero decir *de quién* es. —Alice olisqueó el sujetador e hizo una mueca de asco. Retiró la ropa de la cama y miró fijamente al enano, que asomaba, en posición de firmes, por la bragueta del pijama—. Empieza a hablar, Jack.

—Es de la madre de Emma Oastler; Emma se lo robó y me lo dio. No sé por qué.

—Yo sí que sé por qué —dijo Alice.

Jack se echó a llorar. La manifiesta indignación de su madre decaía; el enano también parecía decaído.

—Deja de lloriquear; no lloriquees —dijo Alice. Jack necesitaba sonarse. Su madre le entregó el sujetador, pero él vaciló—. ¡Vamos, suénate! —ordenó ella—. Igualmente voy a lavarlo antes de devolvérselo.

—Ah.

—Puedes empezar por donde quieras, Jack. Quiero la historia completa. ¿A qué has estado jugando con Emma? Mejor que comiences por ahí.

Se lo contó todo; bueno, todo todo quizá no. Posiblemente no cuando Emma se descubría los pechos; probablemente no *todas* las veces que Emma le pidió que le dejase echar un vistazo al enano; por descontado, no el momento en que su pene entró en contacto real con la parte íntima y peluda de Emma. Pero su madre debió de formarse una idea bastante aproximada de lo que ocurría.

—Ella tiene *quince* años, Jack; tú, ocho. Voy a tener una charla con la señora Oastler.

—¿Va a traerle esto problemas a Emma?

—Eso espero, sinceramente —dijo Alice.

—¿Y a mí?

¡Qué mirada la de su madre! Jack no había entendido a qué se refería al decir que «estaban convirtiéndose en un par de desconocidos». Ahora lo entendía. Lo miró como si fuera un desconocido.

—Pronto sabrás tú lo que son problemas —se limitó a decir.

## 11 - El padre que llevaba dentro

Comparada con el drama que se desarrollaba entre Jack y Emma, y el que tendría lugar entre Alice y la señora Oastler, la incapacidad de la señorita Wurtz para imponerse a su clase de tercero era intrascendente; aun así, también ahí hubo dramatismo, por improvisado que fuese.

Lucinda Fleming, que se sentaba en el pupitre de delante de Jack, no le dejaba ver. Por rutina, y aposta, le azotaba la cara con su enorme cola de caballo, que le llegaba hasta media espalda y era tan gruesa como una escoba. Exasperado, Jack respondía agarrándole la cola con las dos manos y tirando de ella. A duras penas conseguía inmovilizarle la cabeza apoyándole el codo contra la tapa del pupitre. Jack descubrió que solo lograba mantenerla allí sujeta apretándole la frente con la barbilla, pero dolía. A Lucinda nada parecía hacerle daño excepto su supuesta proclividad a autolesionarse, de la que Jack empezaba a dudar. Quizás a Lucinda no le había gustado interpretar a Dimmesdale ante Jack en el papel de Hester, o le disgustaba sacarle una cabeza; posiblemente pensaba que al azotarle con su cola lo haría *crecer*.

Caroline Wurtz nunca veía a Lucinda cuando flagelaba a Jack con la escoba que tenía por trenza. La señorita Wurtz siempre tomaba conciencia de la situación cuando él ya había inmovilizado la cabeza de Lucinda contra su pupitre. «Por favor, Jack», decía la señorita Wurtz, «no me decepciones».

En sus sueños, cuando la Wurtz decía «no me decepciones», el tono de su voz era sumamente seductor. No así en el aula de tercero. En realidad, decepcionar a la señorita Wurtz era mala idea; ella no lo llevaba bien. Aun así, los alumnos de tercero la decepcionaban aposta con frecuencia. Le tenían inquina por la tiranía bien organizada que ejercía sobre ellos en su otra función, como profesora de arte dramático; su ineptitud a la hora de mantener el orden en el aula era una debilidad de la que se aprovechaban.

Una vez, Gordon French soltó su hámster en el cabello de su hostil hermana gemela. A juzgar por la reacción de Caroline, uno habría imaginado que el hámster tenía la rabia y la había mordido. Pero el condenado hámster no hizo más que dar vueltas y vueltas por la cabeza de Caroline, como si corriese en la ruedecilla de su jaula. La señorita Wurtz, quizá por miedo a que el hámster sufriese algún daño, se echó a llorar. El llanto era su último recurso ante la decepción, y lo utilizaba con plomífera frecuencia. «¡Ay, nunca habría pensado que me decepcionaríais tanto!», gemía. «¡Ay, no tengo palabras para expresar hasta qué punto habéis herido mis sentimientos!». Pero cuando la señorita Wurtz rompía a llorar, los niños dejaban de prestar atención a sus palabras. Se concentraban en lo que, como sabían, ocurriría a continuación, para lo cual no había forma posible de prepararse. Las repentinas apariciones del Fantasma Gris, por más que las previesen, siempre los sobresaltaban.

En el aula de tercero había una única puerta, y pese a sus presuntos poderes

sobrenaturales, la señora McQuat no era capaz de atravesar paredes; sin embargo los niños, aun viendo cómo giraba el picaporte, no podían protegerse del susto. En ocasiones la puerta se abría de par en par, pero detrás no aparecía nadie. Oían el resuello del Fantasma Gris en el pasillo mientras Jimmy Bacon gimoteaba y los dos pares de gemelos hacían sonar sus previsibles alarmas. Otras veces la señora McQuat parecía irrumpir en el aula sin que en el picaporte se atisbara siquiera un amago de movimiento. Solo Roland Simpson, el futuro delincuente de la clase, cerraba los ojos a propósito. (A Roland le gustaban los sobresaltos).

Según la señora Wicksteed, el Fantasma Gris había perdido un pulmón en la guerra. En qué guerra y qué pulmón eran datos que no habían llegado a conocimiento de Jack. La señora McQuat había sido enfermera militar y la habían gaseado. De ahí su resuello; al Fantasma Gris siempre le faltaba el aliento. *Dónde* la habían gaseado y con *qué* también sería un misterio para Jack.

Los alumnos de tercero podrían haber escrito el diálogo de la señora McQuat por ella. Después de su ineluctable aparición, el Fantasma Gris pronunciaba una alocución ante la clase como si protagonizara una de las dramatizaciones de Caroline Wurtz. Resollante, con una voz fría como una tumba, la señora McQuat preguntaba: «¿Quién de vosotros... ha hecho llorar... a la señorita Wurtz?».

Sin la menor vacilación, los niños identificaban al culpable. Habrían delatado a *cualquiera* al oír la aterradora pregunta. En ese momento no tenían amigos ni lealtades. Pues he aquí la negra esencia de lo que creían: si la señora McQuat había sido gaseada y había perdido un pulmón, ¿no era acaso posible que hubiese muerto? ¿Quién podía afirmar con certeza que no era una fantasma? Su piel, su pelo, su ropa: gris sobre gris sobre gris. ¿Y por qué tenía las manos tan frías? ¿Por qué nadie la veía llegar al colegio ni marcharse? ¿Por qué aparecía *allí* siempre tan de repente?

Jack recordaría durante mucho tiempo que el Fantasma Gris preguntó a Gordon French:

—¿Has puesto... un qué... a tu hermana... en el pelo?

—¡Solo un hámster, uno simpático!

—Pues a mí me ha parecido como un perro pequeño, Gordon —dijo Caroline.

Gordon conocía el procedimiento. Permanecía de pie en el pasillo junto a su pupitre, como un soldado, inmovilizado por la precognición de lo que en breve habría de sobrellevar.

—Espero que... no hayas hecho... *daño* al hámster..., Caroline —dijo la señora McQuat, concediendo una momentánea remisión de pena a Gordon.

—No hace ninguna gracia tenerlo en el pelo —repuso Caroline.

—¿Dónde está el hámster? —exclamó de pronto la señorita Wurtz. (El hecho de que la niña y ella fuesen tocayas creaba confusión).

—Por favor..., Caroline, busca... el hámster —dijo el Fantasma Gris. Pero antes de que Caroline French empezase a buscar, la señorita Wurtz se hincó de rodillas y se metió a gatas bajo el pupitre de Caroline—. Tú no..., querida —recriminó la señora

McQuat.

Todos los niños se habían unido a la señorita Wurtz en el suelo.

—¿Cómo se llama, Gordon? —preguntó Maureen Yap.

El Fantasma Gris no iba a dejar escapar a Gordon tan fácilmente.

—Tú me acompañarás..., Gordon —dijo la señora McQuat—. Reza por que tu hámster no se haya perdido..., porque si se ha perdido, *sin duda morirá*.

Los niños vieron a Gordon abandonar la clase con el Fantasma Gris. Todos sabían que la señora McQuat se lo llevaba a la capilla. Acostumbraba estar vacía. Pero aun si uno de los coros tenía ensayo, llevaba al niño infractor y lo dejaba allí. El niño tenía que arrodillarse en el suelo de piedra, en el pasillo central, junto a una de las filas de bancos del medio, cara atrás, en dirección contraria al altar. «Has... vuelto la espalda a Dios», decía el Fantasma Gris al niño. «Más te vale... que no esté mirando».

Por lo que Gordon contó después, no era una sensación agradable haberle vuelto la espalda a Dios y no saber si estaba mirando. Al cabo de unos minutos, Gordon creyó a ciencia cierta que había alguien detrás de él, cerca del altar o del púlpito. Quizás una de las cuatro mujeres que atendían a Jesús —santas, ahora fantasmas a su vez— había descendido del vitral y se disponía a tocarlo con su mano gélida.

Las clases de tercero se interrumpían de este modo con tal frecuencia que a menudo los alumnos no recordaban quién había sido confinado a la capilla y había vuelto su espalda a Dios. La señora McQuat nunca los sacaba de la capilla para devolverlos a la clase; se quedaban allí sin más. (Roland Simpson prácticamente *vivía* en la capilla de espaldas a Dios). Pasaba el tiempo y algún alumno —normalmente La Yap— preguntaba: «Señorita Wurtz, ¿no habría que mandar a alguien a la capilla para ver si Gordon está bien?».

«¡Dios mío!», exclamaba la señorita Wurtz. «¡Cómo se me puede haber olvidado!». Y enviaba a alguien a liberar a Gordon (o a Roland) del horror confirmadamente solitario de estar arrodillado en la capilla de cara atrás. De espaldas en la iglesia, uno sentía cierto malestar, como si anduviese buscándose problemas de verdad.

Pero los alumnos de tercero estaban bien preparados para el curso siguiente; la señora McQuat era, naturalmente, la maestra de cuarto. Los únicos alumnos de cuarto a los que era preciso mandar castigados a la capilla alguna vez eran los *nuevos*, que no habían disfrutado del placer de presenciar las crisis emocionales de la Wurtz. El Fantasma Gris se imponía a su clase sin la menor dificultad; era la clase de la señorita Wurtz la que requería reiteradamente las dotes fantasmales de la señora McQuat.

Los alumnos de tercero continuaron metiéndose en líos, y a menudo acababan en la capilla mirando hacia atrás, porque —a pesar de su miedo al Fantasma Gris— había algo irresistible en la forma en que la Wurtz se venía abajo. A los niños les encantaba ver cómo lloraba y al mismo tiempo la aborrecían por ello, ya que —incluso en tercero— se daban cuenta de que era la debilidad de la señorita Wurtz la causa de los castigos de la señora McQuat. (Con frecuencia la *debilidad* de la señorita



Wurtz se mostraba en los sueños que tenía Jack protagonizados por ella con el sujetador de realce de la señora Oastler, unos sueños que no cesaron al devolver Alice el sujetador a la señora Oastler).

Por fortuna, Jack nunca soñó con el Fantasma Gris. En su cabeza infantil, esto dio mayor credibilidad aún a la teoría de que la señora McQuat estaba muerta. Sin embargo estaba muy requeteviva en la clase de tercero, donde sus repentinas apariciones llegaron a ser tan corrientes como las lloreras de la Wurtz. Así, cuando Jimmy Bacon se exhibió ante Maureen Yap —cuando se levantó la sábana de fantasma para demostrar que efectivamente no llevaba calzoncillos bajo el disfraz de Halloween—, la señorita Wurtz tampoco tuvo palabras para expresar hasta qué punto había herido sus sentimientos. (Con honda amargura les hizo saber que nunca habría pensado que la decepcionarían *tanto*). Y cuando el Fantasma Gris dejó a Jimmy en la capilla de cara atrás, Jimmy se hizo caca en la sábana, como un fantasmilla asustado. Si la señora McQuat originó la incontinencia de Jimmy, la sobrecogedora convicción que tenía de que Jesús había *desaparecido* del vitral situado por encima del altar remató la faena.

—Mala elección de disfraz, Jimmy —fue el único comentario de la Wurtz acerca de la sábana cagada.

Por más veces que Lucinda Fleming provocase a Jack con su cola de caballo y él le inmovilizase la cabeza contra su pupitre, esa disputa concreta entre ellos nunca sumió en el llanto a Caroline Wurtz. En todas sus peleas, Lucinda y Jack paraban justo antes de desencadenar los sollozos de la señorita Wurtz. Quizás eran tan tontos de imaginar que se librarían de la repentina aparición del Fantasma Gris.

Pero a Lucinda la condujeron de la oreja a la capilla por *otro* asunto: borró las respuestas del examen de matemáticas de Roland Simpson mientras Roland daba la espalda a Dios en la capilla. (Los demás niños se sorprendieron de que Lucinda se tomase la molestia; con toda probabilidad las respuestas del examen de matemáticas de Roland eran incorrectas).

La señora McQuat solo llevó a Jack a la capilla en una ocasión, pero fue memorable. No causó el llanto de la señorita Wurtz por agarrar a Lucinda Fleming de la cola e inmovilizarle la cabeza contra su pupitre sino por besarla. Se imaginó que estaba besando a la señorita Wurtz, claro está, pero en realidad besó a Lucinda Fleming en la nuca.

Solo una persona podría haberlo inducido a tan repugnante acción: Emma Oastler. Emma estaba indignada con Jack por «chivarse» a su madre, pese a que devolverle el sujetador a la señora Oastler no equivalió precisamente a un día del Juicio Final. La madre de Emma no se inmutó cuando Alice afirmó que Emma había «abusado» de Jack. En opinión de la señora Oastler, no era posible que una mujer o un niña abusase de un hombre o de un niño; fueran cuales fuesen los juegos que Emma había

practicado con Jack, probablemente a él le habían gustado, sostuvo la señora Oastler. Con todo, Emma recibió un castigo menor. Le había caído un «paquete», dijo a Jack; tenía que regresar directamente a casa al salir del colegio durante un mes.

—Se acabaron los achuchones en el asiento de atrás, ricura. Se acabó poner al enano en posición de firmes.

—Solo será un mes —le recordó Jack.

—Supongo que no habrá nadie en tercero que te ponga a cien —inquirió Emma—. Aparte de la Wurtz, quiero decir.

Jack cometió el error de quejarse de Lucinda Fleming, que lo atormentaba con su cola de caballo y luego siempre terminaba él en aprietos. Con el humor que tenía en ese momento, a Emma seguramente le gustó la idea de que Jack se metiese en aprietos.

—Lucinda quiere que la beses, Jack.

—¿Ah, sí?

—Ella no lo sabe, pero sí, así es.

—Es más grande que yo —señaló él.

—Tú besa a Lucinda, Jack; la convertirás en tu esclava.

—¡Yo no quiero una esclava!

—Tú no lo sabes, pero sí la quieres —aseguró Emma—. Tú imagina que estás besando a la Wurtz.

El hallazgo, esa misma semana, del hámster de Gordon muerto en la caja de las tizas debería haber prevenido a Jack. He ahí un mal augurio donde los haya. Pero él lo pasó por alto. Si bien durante lo que se le antojó una eternidad no se atrevió a besar a Lucinda Fleming, tampoco descartó la idea. Sentado detrás de ella, viéndola zarandear el látigo que tenía por cola..., en fin, baste decir que su nuca quedaba a menudo al descubierto. Y un día, cuando la señorita Wurtz escribía el vocabulario nuevo en la pizarra, Jack se puso de puntillas, se inclinó sobre el pupitre y —levantándole la cola— la besó en la nuca.

No hubo respuesta por parte del enano, otro mal augurio que, esa vez, no le pasó inadvertido a Jack. Y vaya una bobada había sido pedir a los niños que permaneciesen alertas a la supuesta rabia silenciosa de Lucinda. ¡No tenía nada de silenciosa! Lucinda no emitía el menor sonido cuando Jack le tiraba de la cola y le inmovilizaba la cabeza contra el pupitre, pero cuando la besó, habría cabido pensar que la había mordido el fantasma vengador del hámster muerto de Gordon. (Ni siquiera en los sueños más descabellados de Jack, la señorita Wurtz, con los más diversos sostenes y artilugios ceñidores, había reaccionado a sus besos con la *mitad* de la energía desquiciada de Lucinda).

Lucinda Fleming chilló hasta enrojecer. Se tendió en el suelo al lado de su pupitre, pataleó y agitó los brazos y sacudió la cabeza y la cola como si la devorasen las ratas. Este era un lance que excedía ampliamente las limitadas aptitudes de la Wurtz. Debió de pensar que Lucinda estaba precalentando para un intento de suicidio.

—Ay, Lucinda, ¿quién te ha *decepcionado* tanto? —preguntó a voz en grito la señorita Wurtz, o alguna otra idiotez semejante, ya que la Wurtz siempre decía algo tremendamente fuera de lugar. Quizá los niños no podían resistir la tentación de portarse mal solo para ver qué decía.

Al elaborar las dramatizaciones de sus veneradas novelas, la señorita Wurtz tenía buen oído para las mejores frases, muchas de las cuales robaba para su voz en *off*. Al presentar a Jack en el papel de Elinor en *Sentido y sensibilidad*, lo describió a la perfección. (Jack era la hermana sensata). En voz en *off*, la señorita Wurtz dijo de Elinor: «Poseía un excelente corazón; era de natural afectuosa, y sus sentimientos eran intensos, pero sabía gobernarlos: era este un conocimiento que su madre aún tenía que aprender, y que una de sus hermanas había decidido no dejarse enseñar».

Por desgracia, cuando Jack estaba en cuarto, la señorita Wurtz lo eligió para el personaje de la hermana inmoderada, Marianne, a quien él detestaba. Era la madre mangoneadora, la señora Dashwood, a quien él quería interpretar, pero la señorita Wurtz, que por propia conveniencia pasó por alto que había asignado a Jack los papeles de Rochester el ciego, Tess la «doncella ya no», Hester la de la A en el pecho y Ana la que acabó bajo el tren, dijo que no aparentaba *edad suficiente* para ser una mujer que había tenido tres hijas.

Si bien a la señorita Wurtz parecían faltarle las palabras cuando algo ocurría espontáneamente, siempre hablaba con autoridad, con su prosodia y su dicción perfectas, incluso si lo que decía delataba una incomprensión absoluta de la situación. Esto confundía sobremanera a los niños.

Por lo tanto, cuando Lucinda Fleming se quedó de pronto tiesa como un tablón y empezó a darse cabezazos contra el suelo, la señorita Wurtz preguntó a la clase:

—¿Quién de vosotros, niños desconsiderados, ha provocado a Lucinda tanta angustia y dolor?

—¿Cómo? —preguntó Maureen Yap.

—¡Lucinda se está meando! —observó Caroline French.

En efecto, Lucinda yacía en un charco cada vez más amplio, con la falda manchada de un gris más oscuro. En un esfuerzo condenado al fracaso por mantener el compás de los cabezazos de Lucinda contra el suelo, los gemelos French iniciaron su ya más que reconocible golpeteo de talones; al hacerlo, no se diferenciaban mucho de la sección rítmica de una banda necesitada de ensayos. El previsto chupeteo de manta de las gemelas Booth fue sustituido, mal presagio, por imitaciones idénticas de *arcadas*. Eran más bien sonidos de *estrangulación* con manta; no obstante, como acompañamiento al espectáculo de Lucinda Fleming dándose cabezazos metódicamente en medio de un charco de su propia orina, estos sonidos eran mucho más apropiados que cualquier comentario de la señorita Wurtz.

—Lucinda tiene uno de sus malos momentos, niños —informó innecesariamente la señorita Wurtz a los alumnos de tercero—. ¿Qué podríamos hacer para que se sintiese mejor?

Jimmy Bacon gimoteó, como era natural.

Jack deseaba ayudar, pero ¿cómo?

—Yo solo la he besado —procuró explicar.

—Tú ¿qué? —dijo la señorita Wurtz.

Jack vio que Lucinda Fleming ponía los ojos en blanco; parecía estar camino de otro mundo. Lucinda emitió también un sonido de estrangulación, como si pretendiese dar consuelo a las gemelas Booth, separadas hacía mucho tiempo de sus mantas del parvulario. Incluso Roland Simpson, destinado al reformatorio y finalmente a la cárcel, se sintió inclinado al miedo y (por el momento) a la observancia de las leyes. Y si Jimmy Bacon hubiese llevado puesta su sábana..., en fin, de más está entrar en detalles.

Súbitamente, Caroline French parecía una niña con cien hámsters corriéndole entre el pelo. Los muy memos de Grant Porter y James Turner y también Gordon French —de hecho, *todos* los niños varones de la clase, Roland Simpson y Jimmy Bacon inclusive— se indignaron con Jack. Había besado a Lucinda Fleming, sin duda retrasada mental. (¡Y esa era una deshonra que tendría que purgar el resto de su vida!). Temiendo acaso que no la besaran nunca, la Yap rompió a llorar, aunque ni por asomo de manera tan ostensible como la Wurtz.

¿Se había tragado Lucinda Fleming la lengua? ¿Se debían a *eso* los sonidos de ahogo?

—¡Está sangrando! —exclamó Caroline French. En efecto, Lucinda sangraba por la boca. Pero no era la lengua; se había traspasado el labio inferior de un mordisco.

—¡Se está comiendo a sí misma! —gritó Maureen Yap.

—¡Ay, Jack, no tengo palabras para expresar lo mucho que me decepciona esto! —declaró la señorita Wurtz entre sollozos. Por el alboroto que armó, habría podido pensarse que Jack había dejado *embarazada* a Lucinda. Sin duda esa vez la capilla estaba cerca. Esas eran las consecuencias de un *beso*: la orina, la sangre, la impresionante pantomima del *rigor mortis*... ¡Y pensar que solo la había besado en la nuca!

Fue entonces cuando Jimmy Bacon se desmayó. Tan espectacular fue la aparición repentina del Fantasma Gris que Jimmy debió de asustarse demasiado para hacerse caca. Ningún niño la vio venir. De pronto la señora McQuat estaba de rodillas junto a Lucinda. El Fantasma Gris le separó los dientes a Lucinda por la fuerza, rescatando así su maltrecho labio inferior. A continuación la señora McQuat le encajó a Lucinda un libro en la boca.

—Muerde esto..., Lucinda —dijo el Fantasma Gris—. Ya... te has destrozado bastante el labio.

Jack recordaría el libro. Lamentablemente, sus dotes memorísticas no siempre discernían entre lo trivial y lo importante, aunque para Jack Burns el *Curso de piano: volumen segundo* de Edna Mae Burnham, que a menudo había visto en el pupitre de Lucinda, no era precisamente algo trivial. Suponía que ese era un libro que había

utilizado su padre. Jack tenía la certeza de que había dado clases con ese mismo libro, de que probablemente se lo había asignado a alguien en los tiempos en que andaba tonteando con dos chicas del St. Hilda. Posiblemente una de las chicas (o las dos) había leído a Edna Mae Burnham.

La Yap se vio desbordada por todo aquello, empezando por el beso. Maureen se desmayó, aunque sin la espectacularidad de Jimmy. Acaso la aparición repentina del Fantasma Gris, en particular el hecho de que se arrodillase junto a Lucinda, indujo a Maureen a pensar que era el Ángel de la Muerte. Pero lógicamente el Fantasma Gris debía de saber cómo atender a alguien que se había traspasado el labio de un mordisco. (Si había sido enfermera militar, en la guerra que fuese, sin duda había visto más sangre que esa).

La señorita Wurtz, naturalmente, no podía parar de llorar, y acto seguido ocurrió lo inevitable.

—¿Quién de vosotros —empezó la señora McQuat con su acostumbrado resuello — ha hecho llorar... a la señorita Wurtz?

—Yo —contestó Jack. Por lo visto, todos se asombraron de que contestase él mismo; eso, sencillamente, no se hacía. El Fantasma Gris fue la única que no pareció sorprenderse al oírlo—. Lo siento —añadió Jack, pero la señora McQuat ya había desviado su atención.

Lucinda Fleming, aunque en precario equilibrio, estaba de pie; la sangre manaba de la dentellada del labio y tenía empapadas la blusa y la corbata. Y a eso se sumaba la orina, que Lucinda no parecía advertir. La anormal serenidad de su sonrisa permanecía intacta, como antes.

—Necesitas... unos puntos..., Lucinda —decía el Fantasma Gris—. Llévala a... la enfermería..., Caroline. —La señorita Wurtz pensó una vez más que la señora McQuat se refería a *ella*, pero Caroline French entendió que era ella la ayudante designada—. Tú no..., querida —dijo el Fantasma Gris a la señorita Wurtz—. Esta es tu clase..., tú te quedas.

Las gemelas Booth recibieron orden de acompañar también a Maureen Yap a la enfermería. Sin estar plenamente restablecida del soponcio, Maureen parecía mareada. Tampoco Jimmy Bacon se había recobrado por completo del vahído. Estaba a cuatro patas, como si todavía buscase el difunto hámster de Gordon. La misión de llevar a Jimmy a la enfermera recayó en Grant Porter y en James Turner. (Eran tal par de papanatas que Jack dudaba que supiesen dónde estaba la enfermería).

En cuanto a Jack, le sorprendió la delicadeza con que la señora McQuat lo agarró de la oreja. Tenía el pulgar y el índice, con los que le pellizcó el lóbulo, fríos como el hielo, pero cuando el Fantasma Gris lo sacó del aula, no sintió dolor.

Y en el pasillo, donde le soltó la oreja —guiándolo aún sujeto por la nuca con su mano fría—, entablaron una conversación, bastante cordial dadas las circunstancias.

—¿Y cuál es... esta vez... el problema de la señorita Wurtz? —susurró la señora McQuat.

Jack temía que el asunto del beso saliese a relucir, pero vaciló solo un segundo. Mentirle al Fantasma Gris era inconcebible.

—He besado a Lucinda Fleming —confesó Jack.

La señora McQuat movió la cabeza en un gesto de asentimiento, sin aparente sorpresa.

—¿Dónde? —susurró.

—En la nuca.

—Eso no es... tan grave —declaró el Fantasma Gris—. Me esperaba algo... mucho peor.

No había nadie en la capilla, donde Jack contempló con gran zozobra la perspectiva de darle la espalda a Dios. Pero la señora McQuat lo guio hasta uno de los bancos delanteros. Se sentaron juntos de cara al altar.

—¿No quiere que me dé la vuelta? —preguntó Jack.

—Tú no, Jack.

—¿Por qué no?

—Creo que a ti te conviene mirar... en la dirección correcta —dijo el Fantasma Gris—. Nunca des la espalda a Dios, Jack... Estoy convencida de que, en tu caso... Él está mirando.

—¿Sí?

—Sin duda.

—Ah.

—Tienes... solo ocho años, Jack. ¡Ya estás... besando a las chicas a los ocho años!

—Ha sido en el cuello.

—Lo que has hecho no era nada..., pero ya ves... las consecuencias. — (¡Micción, hemorragia, *rigor mortis*, y sobre todo puntos!).

—¿Qué debo hacer, señora McQuat?

—Ruega a Dios —dijo ella—. En tus plegarias... debes mirar en la dirección correcta.

—Rogar ¿qué?

—Que seas capaz de... controlar tus impulsos —contestó el Fantasma Gris.

—Controlar mis ¿qué?

—Ruega que te dé fuerzas para... resistirte, Jack.

—¿A besar?

—A... cosas peores que esa, Jack.

Al padre que llevaba dentro, bien podría haberle dicho la señora McQuat. Al añadir «Ruega que te dé fuerzas para... resistirte» fue incapaz de mirarlo a los ojos; tenía la vista fija en su *entrepierna*. Se refería al enano y a todo lo que pudiera estar maquinando. Fuera lo que fuese aquello peor que besar, Jack rogó fuerzas para resistirse. Rogó y rogó.

—Disculpa que... interrumpa tus plegarias, Jack, pero tengo... una pregunta que

hacerte.

—Adelante —dijo él.

—¿Has hecho alguna vez... algo peor que besar a una chica?

—¿Qué sería peor?

—Algo... más que besar..., quizá.

Jack rogó que el Fantasma Gris lo perdonase si se lo decía.

—Dormí con el sujetador de la señora Oastler.

—¿De Emma Oastler? ¿Te dio ella... su sujetador?

—No el suyo; era el sujetador de su madre.

—Pero ¿Emma... te lo dio?

—Sí. Mi madre lo devolvió.

—¡Válgame Dios! —exclamó la señora McQuat.

—Era un sujetador de realce —precisó Jack.

—Vuelve... a tus plegarias, Jack.

A su manera fantasmal se marchó, hizo una genuflexión en el pasillo y se santiguó. Por su amabilidad para con él, Jack no pudo por menos de sentir que estaba más viva de lo que inicialmente había pensado; aun así, el mensaje que la señora McQuat le había dejado era tan escalofriante como una advertencia hecha desde la tumba.

Dios vigilaba a Jack Burns. Si Jack daba la espalda a Dios, Él lo vería. Y si Dios lo miraba con tanta atención era porque sabía con certeza que *erraría*. (Incluso el Fantasma Gris parecía saberlo con bastante certeza). Residiera la culpa bien en el padre que llevaba dentro, bien en la independencia de espíritu de que ya había hecho gala el enano, por lo visto Jack estaba tan predestinado a la transgresión sexual como Emma Oastler había vaticinado.

Rogó y rogó. Le hacían daño las rodillas, le dolía la espalda. Minutos después reconoció el olor a chicle procedente del banco de atrás; esta vez era de sabor a fruta.

—¿Qué haces, ricura? —susurró Emma.

Jack no se atrevió a volverse.

—Rezar —contestó—. ¿Qué crees tú que estoy haciendo?

—He oído decir que la has besado, Jack. ¡Han tenido que darle cuatro puntos para coserle el labio! ¡Ahí sí nos queda mucho por aprender! ¡No puedes besar a una chica como si fuese un bistec!

—Se ha mordido ella —explicó Jack en vano.

—La pasión del momento, ¿eh? —preguntó Emma.

—Estoy rezando —dijo Jack, sin volverse todavía.

—Las oraciones no te servirán, monada; los deberes sí.

Así pues, Emma Oastler lo distrajo de sus plegarias. Si Emma no lo hubiese encontrado en la capilla, quizás él habría seguido las instrucciones del Fantasma Gris al pie de la letra.

Y si hubiese rogado a Dios provechosamente que le diese fuerzas para resistirse,

lo que por supuesto implicaba que el enano se resistiese también..., en fin, ¿quién sabe qué se habría ahorrado Jack Burns, o qué le habría ahorrado él a otros?



## 12 - No una Rosa de Jericó cualquiera

Años más tarde, Lucinda Fleming aún incluía a Jack entre los aburridos destinatarios de su carta navideña. Él ignoraba la razón. Nunca volvió a besarla. No hizo nada por mantenerse en contacto con ella.

Según la teoría de Emma Oastler, el beso que Jack dio a Lucinda en el cuello en tercero fue para ella el primero y el mejor, y posiblemente el último. Pero por la cantidad de hijos que tendría Lucinda Fleming —en esas repetitivas cartas navideñas los enumeraba a todos por sus nombres junto con sus edades—, Jack se inclinaría a rebatir la teoría de Emma. Maravillado por la prodigiosa fecundidad de Lucinda, Jack solo podía colegir que su marido había estado besándola, incluso felizmente. Y, con toda probabilidad, el marido que se había pasado buena parte de su vida besando a Lucinda Fleming no la indujo a traspasarse el labio de una dentellada ni a mearse encima.

Volviendo la vista atrás, Jack no echaría de menos a Lucinda, ni la rabia que aparentemente le tenía reservada a él. Fue al Fantasma Gris a quien echaría de menos. La señora McQuat había hecho cuanto estuvo a su alcance para evitar que se convirtiera en una persona como su padre. No fue culpa suya que Jack no pusiese el debido empeño en sus plegarias, ni que flaqueasen sus fuerzas a la hora de controlar lo que el Fantasma Gris llamó sus «impulsos»; si Jack dio la espalda a Dios, el fracaso fue más de él mismo que de la señora McQuat o de su padre.

En cuarto tenía multitud de deberes. Emma lo ayudó realmente a hacerlos. Los otros deberes de Jack, su educación sexual, continuaron bajo la responsabilidad de Emma, incansable en su papel de iniciadora autodesignada.

Como maestra de cuarto, la señora McQuat se quedaba en el colegio después de clase dos días a la semana para ayudar a Jack con las matemáticas. El niño se concentró de firme en las matemáticas; con el Fantasma Gris no había distracciones, ni deseos contradictorios de aspirar su aroma. Nunca soñó con la señora McQuat en ropa interior de *nadie*. De hecho, Jack debería haberle dado las gracias por la comprensión que mostró con él, no solo por lo que le dijo en la capilla, sino también por sus notables esfuerzos para contrarrestar el dominio que Caroline Wurtz ejercía en él siempre que le daba rienda suelta en el escenario. (O le daba rienda suelta hasta cierto punto, como solía ser más bien el caso con las interpretaciones de Jack bajo la rigurosa dirección de la Wurtz).

Le dieron el papel de Adam en la empalagosa versión de *Adam Bede* que hizo la señorita Wurtz. «Se besaron con intenso goce», se leía en las acotaciones. Relegando al olvido las calamitosas consecuencias del beso a Lucinda Fleming, que no aportó goce de ninguna especie, Jack se aplicó a la labor afanosamente. Como la Wurtz había elegido a Heather Booth para el personaje de Dinah, el beso fue ciertamente desalentador. Mientras Heather emitía sus inquietantes sonidos de chupeteo de manta, su hermana gemela, Patsy, emitía un chupeteo idéntico entre bastidores.

La señorita Wurtz había asignado a Patsy el papel de Hetty, la mujer que traiciona a Adam. ¡Y qué tremenda tergiversación de *Adam Bede* resultó! ¡Jack en el papel de Adam al final se *casa* con la gemela idéntica de la mujer que lo engaña! (George Eliot debió de revolverse en su tumba por semejante licencia).

Y la Wurtz sentía verdadera debilidad por el pasaje del final del capítulo 54. Dejándose guiar, como siempre, por sus instintos, la señorita Wurtz adjudicó el pasaje a Jack en forma de diálogo, pese a que en realidad forma parte de la narración de George Eliot. No servía de gran ayuda tener que ver la expresión amartelada en los ojos de Heather Booth mientras declamaba sus altisonantes frases. «¿Qué hay más grande para dos almas humanas que sentir que están unidas de por vida, darse fuerzas mutuamente en todo empeño, apoyarse mutuamente en toda aflicción, cuidarse mutuamente en todo dolor, fundirse en recuerdos callados e inexpresables en el momento del último adiós?», preguntaba Jack en el papel de Adam a Heather en el papel de Dinah mientras ella se obstinaba en emitir desde el fondo de su garganta aquellos chupeteos apenas audibles, como si el beso de Jack le hubiese dado náuseas y estuviese a punto de vomitar.

—Jack —dijo la señora McQuat cuando vio la actuación de este—, debes coger con pinzas todo lo que te diga la señorita Wurtz.

—¿Con pinzas?

—Es una expresión; «coger con pinzas» significa no tomar a alguien demasiado en serio.

—Ah.

—Yo discreparía en eso de que para dos supuestas almas humanas no hay nada más grande que estar unidas de por vida. Sinceramente, no se me ocurre horror comparable.

Jack sacaría en conclusión que la señora McQuat no estaba felizmente casada, o que si su marido había muerto y era una viuda que aún se hacía llamar «señora», el Fantasma Gris y el difunto señor McQuat no habían disfrutado de muchos recuerdos callados e inexpresables en el momento del último adiós.

Naturalmente, Jack aguantó incordios sin fin de Emma Oastler por besar a Heather Booth «con intenso goce» delante de las niñas mayores.

—¿Has usado la lengua? —le preguntó Emma—. Al menos daba esa impresión.

—Usar la lengua, ¿cómo?

—Ya llegaremos a eso, monada; se nos están acumulando los deberes. Con tantas matemáticas te estás rezagando.

—¿Rezagando en qué?

—Por cómo sonaba, habría dicho que la tenías *amordazada*, memo.

Pero las gemelas Booth emitían ese horroroso chupeteo de manta desde el parvulario; Emma debería recordarlo. (Los cuentos para dormir de Emma eran el probable *origen* de los espantosos sonidos de las gemelas).

—Tú espera a que llegue *Middlemarch*, Jack —dijo el Fantasma Gris para

consolarlo—. No solo es mejor novela que *Adam Bede*; además la señorita Wurtz no ha encontrado aún la manera de trivializarla.

Así, en cuarto, Jack halló en la señora McQuat una dosis necesaria de perspectiva. Lamentaría que no fuese su mentora durante los años que le restaban de escolaridad, pero para él fue ciertamente una suerte tenerla de maestra en el último curso que pasó en el St. Hilda.

No es fácil adquirir perspectiva. Caroline Wurtz era una de esas lectoras que desmenuzaban una novela en busca de verdades extraíbles, lecciones morales y donaires lapidarios, sin preocuparse demasiado por los despojos de la novela que dejaban a su paso. Sin la recomendación de las pinzas que le había dado el Fantasma Gris, quién sabe cuánto tiempo habría permanecido Jack en el error de pensar que en realidad había leído *Jane Eyre* o *Tess, la de los d'Urberville*, o *La letra escarlata*, *Ana Karenina*, *Sentido y sensibilidad*, *Adam Bede* y *Middlemarch*. En cuarto no había leído esos libros maravillosos; solo había actuado en los expeditivos saqueos de la señorita Wurtz.

Jack, por supuesto, conocía el tablón de anuncios del St. Hilda, donde preponderaban los elogios a las mujeres; entre los textos habituales, aparecía alguna insípida observación de Emerson. («Una medida suficiente de civilización es influencia de las buenas mujeres»). Y antes de que Jack fuese elegido para el papel de Dorothea en la dramatización de *Middlemarch* de la señorita Wurtz, había visto citas de George Eliot entre los diversos anuncios del tablón. Por entonces Jack creía, claro está, que George Eliot era un *hombre*, uno con aversión a los hombres, al menos a juzgar por una popularísima afirmación del *señor* Eliot —o eso creía Jack— en el tablón. («La mente de un hombre —en la medida en que puede hablarse de tal— siempre tiene la ventaja de ser masculina —como el más pequeño abedul es de una clase superior a la palmera más imponente—, e incluso su ignorancia posee una base más sólida»). «¿Qué significa eso?», solía preguntarse.

En el papel de Dorothea, «con su vivo afán por conocer las verdades de la vida», Jack rebosaba (bajo la dirección de la señorita Wurtz) «ideas muy pueriles acerca del matrimonio». ¡Cómo iba a ser de otro modo si era un niño!

«El orgullo nos ayuda», parloteaba Jack en el papel de Dorothea, «y el orgullo no es malo cuando solo nos impulsa a ocultar nuestras propias heridas, y no a herir a los demás». (En la novela, tampoco eso estaba escrito como diálogo de Dorothea, ni de nadie).

A la valoración de la señorita Wurtz sobre el talento de Jack en el escenario —a saber, que sus «posibilidades» como actor no tenían límites—, la señora McQuat contraponía su propio retazo de veracidad hallado en las páginas de *Middlemarch*.

—«De hecho, el mundo está lleno de analogías esperanzadoras y de espléndidos y dudosos huevos llamados posibilidades» —susurró el Fantasma Gris.

—¿George Eliot? —preguntó Jack—, ¿*Middlemarch*?

—Pues claro —contestó la señora McQuat—. En ese libro no hay solo sermones

teatrales, Jack.

Ante el vaticinio de la señorita Wurtz de que algún día sería un gran actor —si, y solo si, perseguía una definición del personaje tan exigente como la que La Wurtz enseñaba con tal rigor—, el Fantasma Gris presentaba otra observación desteatralizada de *Middlemarch*.

—«Entre todas las formas de error, la profecía es la más gratuita».

—¿La más qué?

—Lo que quiero decir, Jack, es que, a la hora de decidir el futuro, tú y solo tú debes desempeñar un papel más activo que la señorita Wurtz.

Emma Oastler le preguntó:

—¿No ves cuál es el problema de la Wurtz, ricura?

—¿Qué problema tiene?

—La Wurtz está insatisfecha, Jack, es evidente —dijo Emma—. Debí de equivocarme con lo del novio. Quizás algún familiar le compraba ropa bonita. No creerás que tiene vida sexual o la ha tenido alguna vez, ¿verdad?

Solo en sus sueños, esperaba Jack. Debía admitir, aunque no ante Emma, que había algo confuso: a saber, lo mucho que aprendía de la señorita Wurtz en contraste con sus manifiestas deficiencias.

Del mismo modo que Caroline Wurtz deambulaba al azar por una novela, Jack recorría los tabloncillos de anuncios del St. Hilda en busca de alguna joya que, entre los consejos allí colgados, le inspirase; a diferencia de la señorita Wurtz en las novelas, Jack encontraba pocas cosas de provecho. En aquellos años, Kahlil Gibran era uno de los autores predilectos de las niñas mayores. Jack acudió al Fantasma Gris con una de las desconcertantes recomendaciones de Gibran para que se la tradujese.

*Dejad que haya espacios en vuestra comunión,  
y dejad que los vientos de los cielos dancen entre vosotros.*

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó Jack a la señora McQuat.

—Paparruchadas, sandeces, majaderías —dijo el Fantasma Gris.

—¿Qué?

—No significa nada en absoluto, Jack.

—Ah.

La señora McQuat le había quitado el papel con la cita. Jack vio cómo lo arrugaba su mano fría.

—¿No debería ponerlo otra vez en el tablón de anuncios?

—Veamos si el señor Gibran sabe encontrar el camino de vuelta al tablón él solo —dijo el Fantasma Gris.

Jack confiaba en ella. Se atrevía a preguntarle cosas que temía preguntar a cualquier otra persona. Cada vez eran más las preguntas que nunca haría a su madre; el hecho de que se distanciara de él era una advertencia, pero Jack no sabía bien de

qué. Se había cansado ya de la respuesta «cuando tengas edad», al margen de cuál fuera la razón de su actitud distante.

Lottie era Lottie. Pese a lo importante que había sido para él en otro tiempo — quizá sobre todo cuando estaba en los puertos del mar Báltico y del mar del Norte y la echaba de menos—, ahora que él era mayor, Lottie no lo estrechaba contra su pecho para comparar los latidos de sus corazones. A la edad que él tenía, ese era un juego al que prefería jugar con Emma. (Como Emma decía: «Se nota que la parte más interesante de la vida de Lottie ha terminado»).

Y la señora Wicksteed ya era vieja y envejecía cada día más; cuando recurría al vapor del té para calentarse los dedos, cada vez menos dispuestos a cooperar, los hundía continuamente en el té y en ocasiones salpicaba a Jack la camisa y la corbata. Se había convertido en una experta en hacer el nudo de la corbata durante los años en que su difunto marido estuvo aquejado de artritis. «Ahora yo tengo su dolencia, Jack», le decía al niño. «Y te pregunto: ¿te parece justo?».

Esa misma duda acerca de la justicia se la había planteado Jack en otras áreas.

—No es justo que yo salga como mi padre —le dijo a la señora McQuat con toda sinceridad. (Con Emma atravesaba una fase no del todo sincera respecto a ese tema) —. ¿Lo considera justo? —preguntó Jack al Fantasma Gris. Veía que realmente había sido enfermera militar, fuera cual fuese el grado de verdad, o ausencia de la misma, de la historia de que había perdido un pulmón al ser gaseada—. ¿Cree que voy a salir como él, señora McQuat?

—Vamos a dar un paseo, Jack.

Adivinó que se dirigían a la capilla.

—¿Estoy castigado? —preguntó.

—¡Ni mucho menos! Solo vamos a un sitio donde podremos pensar.

Se sentaron en uno de los bancos delanteros, en la dirección correcta. El hecho de que hubiese un alumno de tercero arrodillado de espaldas a Dios en el pasillo central apenas los distrajo. Aunque era el Fantasma Gris quien lo había colocado allí —por mucho tiempo que hiciera—, pareció sorprenderse de verlo en el pasillo, pero lo relegó de inmediato al olvido.

—Si sales como tu padre, Jack, no culpes a tu padre.

—¿Por qué no?

—Salvo cuando es voluntad divina, solo eres víctima si eliges serlo —dijo el Fantasma Gris.

A juzgar por la expresión del amedrentado alumno de tercero de rodillas en el pasillo central, sin duda pensaba que la señora McQuat lo describía a él.

Afortunadamente, Jack nunca le hizo a Emma Oastler la pregunta que planteó a continuación a la señora McQuat en la capilla.

—¿Es voluntad divina que tenga el sexo metido en la cabeza a todas horas?

—¡Válgame Dios! —exclamó el Fantasma Gris, y apartó la vista del altar para mirarlo—. ¿Lo dices en serio?

—A todas horas —repitió él—. Además, no sueño con otra cosa.

—Jack, ¿le has hablado de esto a tu madre? —preguntó la señora McQuat.

—Ella diría que aún no tengo edad para hablar de esto.

—¡Pero, por lo que se ve, sí tienes edad para que tus pensamientos y tus sueños giren en torno a eso casi exclusivamente!

—Quizá las cosas mejoren en un colegio solo de niños —dijo Jack. Sabía que lo siguiente que planeaba su madre para él era un colegio de niños. En la misma calle que el St. Hilda, de hecho a un paso de allí, estaba el Upper Canada College. (Los chicos del UCC siempre andaban rondando a las niñas mayores del St. Hilda). Y no cabía extrañarse de que la señora Wicksteed «conociese a alguien» del Upper Canada College, ni de que Jack tuviese buenas recomendaciones de sus maestras del St. Hilda, al menos desde el punto de vista académico. Ya había visitado el UCC para una entrevista. Acostumbrado al distintivo gris y marrón del St. Hilda, encontró que había demasiado azul en los colores escolares del Upper Canada: sus corbatas eran de listas oblicuas azul marino y blanco. Si uno practicaba un deporte universitario, las corbatas del primer equipo (como las llamaban) eran de punto, totalmente azules — azul marino—, con el extremo inferior recto. Alice consideró un mal augurio que se distinguiera e idolatrara de ese modo a los deportistas. En la entrevista a Jack, su madre informó voluntariamente de que su hijo carecía de aptitudes atléticas.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Jack. (¡Nunca había tenido oportunidad de ponerse a prueba en ese terreno!).

—Confía en mí, Jack. No tienes aptitudes.

Pero él confiaba cada vez menos en su madre.

El Fantasma Gris le preguntó:

—¿En qué colegio de niños habéis pensado?

—El Upper Canada College, dice mi madre.

—Hablaré con tu madre, Jack. Esos chicos del UCC se te comerán vivo.

Dado el respeto que le merecía la señora McQuat, esa no era una idea alentadora. Jack manifestó su inquietud a Emma.

—Comérseme vivo ¿por qué? Comérseme ¿cómo?

—Cuesta imaginarte como deportista, Jack.

—¿Y?

—Y se te comerán vivo, pero ¿qué más da? El deporte de la vida será tu deporte, ricura.

—El deporte de...

—Cierra la boca y bésame, monada —dijo Emma.

Volvían a estar apretujados en el asiento trasero del Town Car. Una novedad reciente era que con Emma se le empinaba en cuestión de segundos, o no, según la imprevisible reacción del enano. Emma estaba en décimo, tenía dieciséis años aunque parecía que fuera a cumplir treinta o cuarenta, y —algo que la sacaba de quicio— llevaba desde hacía no mucho aparato en los dientes. A Jack le asustaba un poco

besarla.

—¡Así no! —ordenó Emma—. ¿Acaso soy un polluelo? ¿Estás dándome de comer un gusano?

—Es la lengua —dijo Jack.

—Ya sé qué es, Jack. Hablo de lo que *parece*, que es la cuestión más importante.

—¿Parece un gusano?

—Como si intentaras ahogarme.

Acunó la cabeza de Jack en su regazo y lo miró con impaciente cariño. Emma era cada año más grande y fuerte. A Jack le daba la sensación, al mismo tiempo, de que él apenas crecía. Pero la tenía empinada, y cuando eso ocurría, Emma siempre se daba cuenta.

—El enano es como un estreno inminente, monada.

—¿Un qué?

—En el cine, un estreno inminente...

—Ah.

—Pronto causarás sensación, Jack. Te lo digo yo.

—Esta chica no hace más que mangonearle, señorito —dijo Peewee.

—Usted calle y conduzca —repuso Emma a Peewee. Él, al igual que Jack, estaba bajo su yugo.

Después de que su madre devolviera el sujetador de realce a la señora Oastler, Jack se preguntaría qué había sucedido entre las dos madres para que él acabase *otra vez* a solas con Emma.

Y Jack y Emma pasaban solos mucho tiempo; incluso se quedaban solos, durante una hora o más cada vez, en casa de Emma. Tanto si la madre de Emma estaba como si no, ellos se quedaban solos, sin Lottie trajinando ruidosamente en la cocina debajo de ellos y soltando sandeces sobre el té.

La casa de los Oastler en Forest Hill era una mansión de tres plantas cedida a la señora Oastler por su exmarido; la pensión alimenticia había dejado a Emma y a su madre en la opulencia. Las mujeres que sacaban tajada de sus divorcios eran tratadas con inmenso desprecio en la prensa sensacionalista de Toronto, pero la señora Oastler habría dicho que era una manera de enriquecerse tan buena como cualquier otra.

La madre de Emma era una mujer pequeña y compacta, tal como inducía a pensar su sujetador de realce. Como cabía imaginar por el bigote de Emma, su madre era extraordinariamente velluda, al menos para ser una mujer, y además una mujer pequeña. La madre de Emma habría tenido un bigote más perceptible que el de su hija, pero (según Emma) la señora Oastler se depilaba a menudo el labio superior con cera. No hubiese sido ningún disparate que contemplase también la posibilidad de depilarse los brazos, pero la otra única medida visible que había tomado contra el exceso de pelo era cortarse el cabello negro y lacio como el de un duendecillo

travieso. Pese a ser agraciada, a escala diminuta, Jack opinaba que la señora Oastler tenía un aspecto un tanto masculino.

«Sí, pero *atractivo*», dijo Alice a su hijo. Ella pensaba que la madre de Emma era «muy guapa», y que era una lástima que Emma «tirase a» su padre.

Jack no llegó a conocer al padre de Emma. Después de las vacaciones de invierno en el St. Hilda, Emma volvía al colegio bronceada. Su padre se la llevaba a las Antillas o a México; eran prácticamente los únicos momentos que pasaban juntos. Emma también iba un mes en verano a un chalet de Georgian Bay, pero entonces estaba casi todo el tiempo al cuidado de una niñera o de un ama de llaves; su padre solo iba al chalet los fines de semana. Emma nunca hablaba de él.

El hecho de que, a juicio de la señora Oastler, Emma no tuviese edad para depilarse el bigote era motivo de discordia entre madre e hija. «Apenas se nota», le decía a Emma su madre. «Además, ¿a tu edad qué más da?». Entre ellas había otros puntos de desencuentro, como cabía esperar entre una mujer divorciada y una hija única y «difícil», una chica de dieciséis años físicamente más grande y más fuerte que su madre, y aún en edad de crecer.

La señora Oastler consideraba asimismo que Emma no tenía edad para tatuarse, una hipocresía intolerable, en opinión de Emma, ya que a su madre la había tatuado recientemente Alice la Hija. Primera noticia para Jack, pero, al fin y al cabo, casi todo lo que Emma le decía lo era.

—¿Que se ha tatuado? ¿Dónde? —preguntó él.

¡Vaya sorpresa! La madre de Emma se había tatuado para ocultar una cicatriz.

—Le hicieron la cesárea —explicó Emma. «Otra vez la sección C», se dijo Jack. ¡Y pensar que en otro tiempo Jack creía que eso era la sala de partos difíciles de un hospital de Halifax!—. Tiene una cicatriz, un corte de bikini —explicó Emma.

—¿Un qué?

—Una incisión horizontal, no vertical.

—Sigo sin entenderlo —dijo Jack.

Esto requirió una visita a la habitación de la señora Oastler. (La madre de Emma no estaba en casa). Allí Emma le enseñó a Jack unas bragas de su madre, negras, tipo bikini, que sin duda formaban un favorecedor conjunto con el sujetador de realce. La cicatriz de la señora Oastler se llamaba corte de bikini porque la incisión quedaba por debajo de la cinturilla de las bragas.

—Ah. ¿Y qué tatuaje es?

—Una rosa ridícula.

Jack pensó que se equivocaba. Estaba casi seguro de saber qué clase de rosa era, y en tal caso debía de ser demasiado grande para quedar completamente oculta bajo las bragas tipo bikini de la señora Oastler.

—¿Una Rosa de Jericó? —preguntó a Emma.

Por una vez le tocó a ella estar en la inopia.

—¿Una Rosa de qué?



Para un niño de nueve años no era algo precisamente fácil de explicar. Jack cerró un puño.

—Es más o menos así de grande, puede que un poco más —empezó.

—Sí, es así —dijo Emma—. Sigue, Jack.

—Es una flor con los pétalos de otra flor escondidos dentro.

—¿Qué otra flor?

Eran muchas las palabras que había oído y que recordaba, aunque no las comprendiese. «Vulva» era una, «vagina» otra: parecían flores, ¿no? Y la otra flor oculta en una Rosa de Jericó era como los pétalos, o la vulva, que tenía una mujer, una vagina escondida en una rosa. Jack no podía siquiera imaginar hasta qué punto se embarulló con esa explicación, pero Emma, claro está, sabía qué intentaba decir.

—Me tomas el pelo, Jack.

—Tienes que saber qué estás buscando para verla —dijo el niño.

—Monada, ¿no querrás hacerme creer que sabes cómo es una vagina?

—Una de verdad no —admitió Jack. Pero había visto una Rosa de Jericó; muchas, en realidad. Había examinado los pétalos de esa flor. Había encontrado «los labios» (como Madsen el Mujeriego los llamaba) en el interior de la rosa, ese algo tan peculiar pero reconocible que hacía a una Rosa de Jericó distinta de cualquier otra rosa—. A lo mejor no has mirado con atención —le dijo a Emma, que, paralizada de incredulidad, no parecía la de siempre—. Me refiero al tatuaje.

Emma tomó a Jack de la mano y se lo llevó de nuevo a su habitación. En la otra mano, Emma sostenía aún las bragas bikini de su madre; era como si Jack Burns estuviese predestinado a cargar hasta la tumba con el peso de una relación que le marcaría de por vida con la ropa interior de la señora Oastler.

La habitación de Emma era todo lo que cabía esperar del paso de la infancia a la concupiscencia a través de la pubertad. Los ositos y otros animales de peluche abandonados ocupaban posiciones sin especial importancia en la cama de matrimonio; había un póster de un concierto de los Beatles y otro de una película de Robert Redford. (Tal vez fuese *Las aventuras de Jeremiah Johnson*, porque Redford llevaba barba). Y por todas partes, en el suelo, en la cama, se veían en flagrante despliegue las bragas y sujetadores de Emma, uno de estos colocado como si estrangulase a un osito. La ropa interior de una mujer en ciernes, como lo era a todas luces Emma, indicaba (aunque no a Jack) en ese caso que Emma tenía más prisa en su viaje a la edad adulta que la mayoría de las chicas de su edad.

Comparado con ella, Jack no tenía prisa alguna en su viaje para convertirse en un hombre. Él simplemente había conocido por casualidad a Emma Oastler, que estaba enterada de la historia de su padre; pese a los siete años que los separaban, Emma sentía impaciencia por verlo ponerse a su nivel.

—Así que sabes cómo es una vagina —decía Emma mientras se tumbaba entre las bragas y los sujetadores y los ositos desechados.

—Sé cómo es en una Rosa de Jericó —respondió Jack. Ella no le soltaba la mano.

No le quedó más remedio que tenderse en la cama a su lado.

—Así que para ti la vagina no es algo desconocido..., la vulva y demás —decía Emma mientras se levantaba la falda corta plisada y, retorciéndose, se desprendía de las bragas. Las de su madre no habrían podido contener las caderas de Emma. En consonancia con el general desaliño en el vestir (y el desvestir) de las niñas mayores del St. Hilda, Emma no se molestó en quitarse las bragas totalmente; liberó una pierna pero se las dejó colgando de un tobillo, donde la blancura de las bragas contrastaba con los calcetines altos, que para variar llevaba arrollados por debajo de media pantorrilla, como si los calcetines indicasen también la preferencia de Emma por ir medio vestida (o medio desnuda).

—Tienes los pies grandes —observó Jack.

—Déjate de pies, Jack. Estás viendo una vagina por primera vez, ¿y vas a decirme que no te sorprende?

El vello volvió a sorprenderlo, aunque no en la misma medida, ni mucho menos, que cuando lo notó la otra vez, sin verlo. Pero lo demás..., en fin, preveía ya que fuese complicado. Los intrincados pliegues («los labios», como los llamaba Madsen el Mujeriego) eran de un saludable sonrosado que ningún pigmento de tatuaje podía imitar; no obstante, aquella ornamentada puerta, pues la vagina era a ojos vistas una abertura, podía reconocerse a partir de las Rosas de Jericó de su madre, de las que Jack había visto un centenar. Tras ver la de Emma, no tendría dificultades (en el futuro) para encontrar esa otra flor en la rosa, pero ¿para cuántos niños de nueve años no es nada del otro mundo ver una vagina de verdad por primera vez?

—¿Se te ha comido la lengua el gato, Jack? —preguntó Emma.

—El pelo es distinto; en el tatuaje no hay pelo —dijo él.

—¿Estás diciéndome que solo el pelo es especial? ¿Estás diciéndome que ya has visto lo demás?

—Es una Rosa de Jericó —afirmó Jack—. La reconocería en cualquier parte.

—¡Es una *vagina*, monada!

—Pero también es una Rosa de Jericó —insistió Jack—. Solo tienes que mirar con más atención la de tu madre..., el tatuaje, quiero decir.

—Quizás el enano tenga más interés en la auténtica que tú, Jack. —Lamentablemente, el enano no mostró el suficiente interés para merecer la aprobación de Emma—. Ricura, me parece que aquí falla algo. —A los nueve años casi diez, Jack sencillamente no tenía edad. Las imprevisibles reacciones de su pene, tan pronto excitado como indiferente, no eran para él ni la mitad de decepcionantes que para Emma—. Bésame —exigió Emma—. Eso a veces da resultado.

No en esa ocasión. Jack habría admitido que, por parte de Emma, el beso fue más agresivo que de costumbre, y que —pese a sus críticas por introducirle la lengua en la boca y moverla como un *gusano*— los sondeos que ella hacía con su propia lengua empezaban a captar la atención del enano. Pero en el preciso momento en que su minucia de pene demostraba creciente interés, lo que Emma consideraría

«prometedor», se le enganchó el labio inferior en un alambre suelto del aparato recién adquirido de Emma. Antes de que se diera cuenta cualquiera de los dos, lo habían puesto todo perdido de sangre; se habían manchado Emma y él, y la cama, varios peluches y el antedicho sujetador. (El que parecía estrangular al osito).

Había sangre por todas partes y, más alarmante aún, Emma y Jack seguían unidos. Mientras Emma recorría su revuelta habitación con la mirada en busca de un espejo de mano, continuaban torpemente —en el caso de Jack, dolorosamente— acoplados. El labio inferior de él permanecía enganchado a los dientes alambrados de Emma. Y el espejo de mano, cuando ella lo encontró por fin, ofrecía una confusa imagen invertida. Se hallaban en pleno intento fallido de desenganchar el labio de él del aparato de ella cuando la madre de Emma llegó a casa y, hábilmente, los separó en cuestión de segundos.

—Quizá sí que deberías depilarte el bigote, Emma —comentó la señora Oastler.

¿Necesitaba puntos?, quería saber Jack. Había tanta sangre al menos como cuando Lucinda Fleming intentó devorarse. Los peligros de besar no eran nada nuevo para Jack Burns.

—Es solo un pinchazo —dijo la madre de Emma, y le apretó el labio inferior con el pulgar y el índice. Al parecer, no le impresionaba la sangre. Jack reconoció el perfume de las muchas noches que había pasado con el sujetador de realce. En el preciso instante en que él recordó el sujetador robado, la señora Oastler descubrió sus bragas bikini negras en la cama manchada de sangre—. Preferiría que, para estos juegos, usases tu propia ropa interior, Emma —dijo la señora Oastler. Por la evidencia de las bragas blancas con cinturilla de encaje, que Emma llevaba aún enrolladas en torno al tobillo izquierdo, quedaba claro que Emma y Jack también habían estado jugando con la ropa interior de ella. Pero a la señora Oastler le interesaba más recuperar sus bragas bikini negras—. Salta a la vista que eres un niño precoz, Jack —dijo la madre de Emma.

—Jack lo sabe todo sobre los tatuajes —explicó Emma—. O al menos lo sabe todo sobre el tuyo en concreto.

—¿En serio? ¿Es eso verdad, Jack? —preguntó la señora Oastler.

—Si es una Rosa de Jericó, algo sé —contestó él.

—Va, enséñaselo —instó Emma a su madre.

—Seguramente Jack no necesita ver más Rosas de Jericó. Juraría que ya ha visto más que de sobra —respondió la señora Oastler.

—Pues a mí me gustaría echarle un buen vistazo —dijo Emma a su madre—, ahora que sé lo que es.

—Quizá luego, Emma —contestó la señora Oastler—. No podemos mandar a Jack a casa perdido de sangre.

—¡Tienes una vagina encima de la vagina, y a mí no me dejas hacerme una mariposa en el tobillo! —exclamó Emma.

—En el tobillo duele —informó Jack—. Los tatuajes duelen donde solo hay

hueso.

—Por lo que se ve, Jack sí que lo sabe todo sobre los tatuajes, Emma. Deberías hacer caso a Jack.

—¡Solo quiero una mariposa! —vociferó Emma.

—Vamos a hacer una cosa, Jack —anunció la señora Oastler, sin prestar atención a su hija—. Te llevaré a mi cuarto de baño y allí te lavarás. Emma se lavará en el suyo.

La madre de Emma cogió a Jack de la mano y lo condujo por el ya conocido camino hacia su habitación, que comunicaba con un amplio baño que tenía espejos de pared a pared. En la otra mano, la señora Oastler llevaba sus bragas bikini negras, que hacía girar y girar en torno al dedo índice. En la suave brisa creada por las bragas en rotación, Jack percibió más claramente su perfume.

Ella le quitó la camisa y la corbata ensangrentadas y llenó el lavabo de agua caliente; con una toallita humedecida le enjugó la cara y el cuello, poniendo especial cuidado en presionar con delicadeza el labio herido, que todavía sangraba, aunque solo un poco. Mientras Jack se lavaba las manos en la pila, la señora Oastler le frotó los hombros con sus manos frías y sedosas. Jack no tenía sangre en los hombros, pero la madre de Emma parecía tocarlo casi con la misma desenvoltura que su hija.

—Serás un chico fuerte, Jack; no muy grande, pero fuerte.

—¿Usted cree? —preguntó él.

—Lo sé —dijo la señora Oastler—. Te lo aseguro.

—Ah. —Jack advirtió por qué le notaba las manos tan frías y sedosas. Le frotaba la espalda y los hombros con las bragas bikini negras.

—Está visto que eres muy maduro para tu edad —continuó la madre de Emma—, mientras que Emma, aunque grandullona, es un tanto inmadura en otros aspectos. No se siente cómoda con chicos de su edad, por ejemplo.

—Ah —repitió Jack. Se secó las manos con una toalla mientras la señora Oastler seguía frotándole la espalda y los hombros con sus bragas. En el espejo, Jack veía la expresión seria e intensa de la cara de la madre de Emma, encuadrada por el peinado de duendecillo.

—En cuanto a ti, Jack, se te ve muy a gusto en compañía de niñas mayores y de mujeres. —Menos a gusto se sintió cuando la madre de Emma le deslizó las sedosas bragas por la nuca y se las colocó en la cabeza, como un gorro, como una boina curiosamente deforme. Las orejas sobresalían de las bragas bikini allí donde irían los muslos—. ¿Qué demonios vamos a decirle a tu madre del labio? —preguntó. Antes de que Jack tuviese ocasión de pensar una respuesta, la señora Oastler añadió—: Me da la sensación de que Alice no está preparada del todo para asumir que andes besando a una chica de dieciséis años.

Así que su madre era «Alice» para la señora Oastler, lo cual supuso una sorpresa muy relativa. Debería haberlo sabido. Una Rosa de Jericó conlleva un proceso bastante prolongado, varias horas en el mejor de los casos, y en esa ocasión en una

parte del cuerpo tan íntima. A Jack no le costaba imaginarse a su madre y a la señora Oastler manteniendo toda una conversación. Tendida cara arriba en una cama o en una mesa, durante horas enteras, mientras le tatuaban una Rosa de Jericó a unos centímetros por encima de la vagina..., en fin, ¿qué temas no se abordarían con total confianza? La gente trababa amistad en menos de la mitad del tiempo que se requería para tatuar una Rosa de Jericó. Alice se había pasado horas con la mirada fija en el pubis de la señora Oastler; en tales circunstancias, ¿cómo no iban a acabar conociéndose? Pero si bien, por lo que se veía, Alice y la señora Oastler habían coincidido con respecto a la conducta de Jack y Emma, el hecho de que él se hubiese herido el labio en un accidente durante el acto de besar podía cortar de raíz la amistad entre Alice y la señora Oastler. En cualquier caso, entendía perfectamente la conveniencia de ocultar a su madre cómo se había hecho daño al besar a Emma.

—Podrías decirle que ha sido con una grapa, Jack. Yo quería separar dos hojas grapadas, y tú has intentado ayudarme. Has abierto la grapa con los dientes.

—¿Por qué iba a usar los dientes? —preguntó él.

—Porque eres un niño —contestó la señora Oastler. Dio una palmadita en las bragas bikini, que Jack aún llevaba por sombrero; luego se las quitó de la cabeza de un tirón y las lanzó al cesto de la ropa sucia, en la otra punta del baño. Sus movimientos poseían una suerte de gracia atlética propia de un chico—. Buscaré una camiseta o algo que puedas ponerte para ir a casa. Dile a tu madre que mandaré la camisa y la corbata a la tintorería.

—Vale —dijo él.

La madre de Emma estaba en su dormitorio, abriendo un cajón. Jack, con el torso desnudo, seguía mirándose en el espejo del baño por encima del lavabo, como si esperase empezar a crecer de alguna manera perceptible. La señora Oastler regresó con una camiseta. Era totalmente negra, como las bragas bikini, y tenía las mangas muy cortas y ceñidas en la parte superior del brazo, como les gustaban a las mujeres. La madre de Emma era tan menuda que a Jack la camiseta solo le quedaba un poco holgada.

—Es mía, claro. La ropa de Emma —añadió con tono de desaprobación— te vendría grande.

El labio inferior ya no le sangraba, pero se le había hinchado y se veía dónde le había pinchado el alambre del aparato de Emma. Con suavidad, la señora Oastler le aplicó un poco de brillo de labios en la herida. Mientras lo hacía, Emma entró en el cuarto de baño.

—Con esa camiseta pareces una chica, Jack —dijo Emma.

—Bah, Jack es tan guapo que podría ser una chica, ¿no? —preguntó la señora Oastler. Se apreciaba cierta vergüenza en la expresión ofendida y en la postura desmadejada de Emma, como si se hubiese tomado a mal el comentario de su madre. (Quizá Jack fuese tan guapo como para ser una chica, pero, a juicio de la madre de Emma, esta no lo era.)—. Vamos a decirle a la madre de Jack que se ha clavado una

grapa. Intentaba abrir una grapa con los dientes, el muy tonto.

—Quiero ver la puta Rosa de Jericó —dijo Emma—. Quiero que Jack también la vea.

Sin pronunciar una sola palabra, la señora Oastler, que vestía unos ajustados vaqueros negros con cinturón plateado, se levantó el jersey de algodón, de manga larga y cuello vuelto, que era también negro y llevaba remetido. Se desabrochó el cinturón y, con un contoneo, se deslizó el vaquero por las exiguas caderas. Jack solo vio la mitad superior de la Rosa de Jericó por encima de sus bragas bikini negras. Ella introdujo los pulgares bajo la cinturilla, pero antes de bajárselas dijo:

—Esto, Jack, entraría en la categoría de cosas que le causarían un disgusto innecesario a tu madre, mayor incluso, quizá, que el beso a una chica de dieciséis años, ¿entiendes?

—Ah —dijo él mientras ella se bajaba las bragas bikini.

Allí estaba. (No la Rosa de Jericó. A Jack no le hacía falta perder un solo segundo de su tiempo mirando una más. Su madre era una profesional; él daba por supuesto que la Rosa de Jericó de Alice la Hija era siempre igual). Mientras Emma, ahogando una exclamación, descubría esa *otra* flor inconfundible dentro de la rosa, Jack echó una larga y detenida mirada a la auténtica, la segunda vagina real que veía en un solo día. El vello púbico de Emma era tan rebelde como ella; la señora Oastler, en cambio, tenía el pubis cuidadosamente recortado. Y si Jack había dudado alguna vez de la autoridad de Emma —respecto a su obsesión con las mujeres mayores, como decía ella—, en ese momento no albergó la menor duda. Si la vagina de Emma no había causado especial impresión en el enano, ¿cómo iba Jack a interpretar el salto cuántico que dio el enano en respuesta a la madre de Emma?

—¡Es repugnante! —dijo Emma. (Se refería al tatuaje).

—Es una Rosa de Jericó como cualquier otra —insistió Jack—. Mi madre la hace muy bien.

Mientras él mantenía la mirada fija en la vagina de la señora Oastler, esta le alborotó el pelo y dijo:

—Y que lo digas, Jack, y que lo digas.

De pronto Emma asestó a Jack tal golpe que voló por encima de las baldosas del baño y aterrizó cerca del cesto de la ropa sucia. Instintivamente, Jack se llevó un dedo al labio inferior para asegurarse de que no volvía a sangrar.

—No estabas mirando el tatuaje, ricura.

—Los chicos son así, Emma —dijo la señora Oastler a su hija—. Pórtate bien con Jack. No le hagas sangrar otra vez, por favor.

Emma lo puso en pie de un tirón agarrándolo de la reducida camiseta de su madre. En uno de los muchos espejos del cuarto de baño, Jack alcanzó a ver a la señora Oastler mientras se subía las bragas bikini y, con un contoneo, volvía a ceñirse los vaqueros.

—¿Qué opina el enano de la Rosa de Jericó de mi madre? —preguntó Emma a

Jack a su manera vagamente amenazadora.

La señora Oastler, claro está, no cayó en la cuenta de que Emma aludía al pene de Jack. Probablemente supuso que su hija se refería con desdén al tamaño del niño.

—No lo acoquines, Emma —dijo la señora Oastler—. Es una falta de educación.

Cuando Jack se iba, le resultó desconcertante que tanto Emma como su madre le diesen un beso de despedida: la señora Oastler en la mejilla, Emma en el labio superior indemne. Al considerar el desconcierto que aquello le había provocado dentro de la categoría de cosas que le causarían un disgusto innecesario a su madre, Jack decidió no mencionárselo, como tampoco le hablaría del resto de aquel agitado día en la mansión de los Oastler en Forest Hill.

Esa noche, Jack se acostó con la camiseta negra de la señora Oastler, pese a que Lottie dijo que a ella le gustaba más con su propio pijama. Lottie envolvió un cubito de hielo en un paño y lo sostuvo contra el labio inferior de Jack mientras rezaba sus oraciones junto a él.

—Que el Señor te proteja, Jack, y no permita que hagas daño al prójimo —empezaba siempre Lottie. Esta se le antojaba a Jack una preocupación absurda. ¿Por qué iba él a hacer daño al prójimo?—. Quiera el Señor concederle un poco más de vida a la señora Wicksteed —prosiguió Lottie—. Tenga la bondad de dejarme morir en Toronto, sin volver nunca a la isla del Príncipe Eduardo.

—Amén —intentaba decir Jack llegados a este punto con la esperanza de poner fin a aquello.

Pero Lottie no había terminado.

—Señor, te ruego que libres a Alice de sus inclinaciones...

—¿Sus qué?

—Ya lo sabes, Jack: sus tendencias —contestó Lottie—. Su elección de amistades.

—Ah.

—Que Dios impida a tu madre hacerse daño a sí misma, para no andarnos con tapujos —continuó Lottie—. Y que el Señor bendiga el suelo que pisas, Jack Burns, para que estés siempre alerta a la tentación. Que te conviertas en el modelo mismo de lo que un hombre debe ser, Jack, y no en lo que son la mayoría de los hombres.

—Amén —repitió él.

—Eso soy yo quien tiene que decirlo, y tú después —le recordaba siempre Lottie.

—Ah, bien.

—Gracias, señora Wicksteed —musitó Lottie al final, casi como si la señora Wicksteed fuese Dios y Lottie se hubiese dirigido a Ella desde el principio—. Amén.

—Amén.

Le apartó del labio el cubito envuelto en el paño, lo tenía entumecido. Pero Jack estaba desvelado, y en cuanto Lottie se marchó, fue a la habitación de su madre y se metió en la cama, donde al cabo de un rato lo venció el sueño. (Jack conservaba vividos recuerdos de su día de las dos vaginas; era imposible dormirse de inmediato).

Fue su madre, al poner la pierna sobre él, quien lo despertó; y fue la camiseta lo que la despertó a ella. Alice encendió la luz para verla mejor.

—¿Por qué llevas la camiseta de Leslie, Jack? ¿Ahora le roba Emma las camisetas a su madre?

Así que la señora Oastler era «Leslie»: otra sorpresa relativa. Incluso la camiseta le resultaba a su madre más conocida de lo que Jack había pensado. Con cautela, explicó que la señora Oastler le había dado una camiseta para que se la pusiera porque se le había manchado la ropa de sangre —ella la había mandado a la tintorería— y porque cualquier camiseta de Emma le habría venido grande. Jack le enseñó a su madre el labio inferior hinchado, donde se había clavado una grapa al intentar sacarla con los dientes.

—Te creía más listo —dijo Alice.

Muy despacio, y con más cautela aún, Jack dijo que tenía entendido que su madre había tatuado a la señora Oastler —a juzgar por la descripción de Emma, parecía una Rosa de Jericó, explicó de manera poco convincente—, pero el tatuaje estaba en una parte tan íntima que la madre de Emma no se lo había enseñado.

—Me sorprende que no te lo haya enseñado —dijo Alice.

—No me hace falta ver más Rosas de Jericó —prosiguió Jack. (Incluso a él mismo se le antojó exagerada su displicencia.)—. ¿Qué tiene la suya para ser tan especial?

—Solo el sitio, Jack; está en un sitio especial.

—Ah. —Debió de apartar la mirada. Su madre mentía tan bien que era difícil engañarla.

—No todas las mujeres se afeitan así el vello púbico —comentó su madre.

—¿El qué?

—Ese pelo se llama «vello púbico», Jack.

—Ah.

—Tú aún no tienes, pero te saldrá.

—¿Tú te afeitas el vello púbico así? —preguntó Jack a su madre.

—Eso no es cosa tuya, jovencito —respondió ella, pero Jack vio que estaba llorando. Guardó silencio—. Leslie..., para ti la señora Oastler..., es una mujer muy... independiente —empezó a decir Alice, como si iniciase la lectura de un libro largo en voz alta—. Ha pasado por un divorcio, una mala época, pero es muy... rica. Está decidida a tomar las riendas de todo lo que le ocurre. Es una mujer muy... fuerte.

—Es más bien pequeña, o al menos más pequeña que Emma —observó Jack. (No tenía la menor idea de qué intentaba decir su madre que tantos esfuerzos le costaba).

—Te conviene andarte con cuidado con la señora Oastler, Jack.

—Me ando con mucho cuidado con Emma —se arriesgó a decir él.

—Sí, también debes andarte con cuidado con Emma —dijo Alice—, pero te conviene tener *más* cuidado con la mamá de Emma.



—Vale.

—No pasa nada si te lo ha enseñado —dijo su madre—. Estoy segura de que no se lo has pedido tú.

—Emma le ha pedido que me lo enseñe —aclaró él.

—Ahora cuéntame lo del labio.

Jack estaba descubriendo que los adultos ocultaban las cosas mejor que los niños, y cada vez veía más claramente que era mucho lo que su madre sabía y se callaba. El estado de salud de la señora Wicksteed, sin ir más lejos: Jack sabía que padecía de artritis porque lo veía con sus propios ojos, y porque la señora Wicksteed se lo había dicho. Pero nadie le dijo que tenía cáncer, no hasta el día que no se levantó de la cama a tiempo de hacerle el nudo de la corbata, y entonces fue Lottie quien se lo contó, no su madre. (Quizá su madre había estado muy ocupada; tal vez ocurrió en la misma semana que Alice tatuó a la señora Oastler).

De pronto no había nadie en la casa capaz de hacer un nudo de corbata, excepto la señora Wicksteed, que estaba muriéndose.

—¿Se muere de artritis? —preguntó Jack a Lottie.

—No, cielo. Tiene cáncer.

—Ah. —Así que por eso rogaba Lottie a Dios todas las noches que le concediese un poco más de vida a la señora Wicksteed...

Esa mañana, Peewee hizo a Jack el nudo de la corbata. Era chófer; él se hacía el nudo cada mañana. Hizo el nudo a Jack como si tal cosa, sin la mitad de los aspavientos que hacía la señora Wicksteed incluso antes de la artritis.

—La señora Wicksteed se está muriendo, Peewee.

—Es una pena, señorito. ¿Qué hará ahora la mujer que cojea?

Así que por eso Lottie rogaba a Dios que la dejase morir en Toronto. Todo el mundo, incluso Peewee, sabía que Lottie no quería volver a la isla del Príncipe Eduardo.

Quizá todo el mundo tenía una Rosa de Jericó escondida en algún sitio, pensó Jack. Puede que no fuera siempre la clase de tatuaje que podía verse, sino otra clase, un tatuaje exento, como si dijéramos. También una marca de por vida, solo que no era visible en la piel.

## 13 - No la típica novia encargada por correo

Preocupado por la señora Wicksteed, Jack pidió a la señorita Wurtz que lo dispensase de asistir lo que quedaba de semana a los ensayos de *Jane Eyre*; al fin y al cabo, ya había hecho el papel de Rochester. (Hasta con los ojos cerrados podría haber interpretado el personaje, por así decirlo). Pero Connie Turnbull, en el papel de Jane, había sido sustituida por Caroline French. Jack nunca había abrazado a una niña de su misma estatura. El pelo de Caroline se le metía en la boca, y eso le resultaba desagradable. En medio de ese apasionado momento en que Jack en el papel de Rochester le dice a Caroline en el papel de Jane que seguramente lo considera un «truhán sin religión», Caroline iniciaba un taconeo nervioso. Jack se imaginaba al alelado de su hermano gemelo, Gordon, taconeando también entre bastidores. Y cuando Caroline en el papel de Jane cogió por primera vez la mano de Jack en el papel de Rochester y se la estrujó contra los labios, lo invadió una sensación de asco: Caroline tenía pegajosas tanto la mano como la boca.

El hecho de que la señora Wicksteed se estuviese muriendo no era la única razón por la que Jack deseaba saltarse una semana de ensayos; la señorita Wurtz estuvo sumida en el llanto toda esa semana. Su madre le contó que la señora Wicksteed había ayudado en cierta ocasión a la señorita Wurtz a salir de un «aprieto». Si el aprieto en cuestión había sido la fuente de la ropa cara y de buen gusto de la Wurtz — el novio en el que Emma ya no creía—, Jack no llegó a enterarse. Le dieron permiso para faltar a los ensayos. Caroline French se vio obligada a imaginárselo en su pegajoso abrazo.

La disponibilidad de Jack de poco le sirvió a la señora Wicksteed, hospitalizada y sometida a una serie de pruebas. Lottie convenció a Jack de que no le convenía ver a la anciana en ese estado. La madre de Jack, aunque apenas manifestó sus sentimientos, estaba visiblemente afectada. Si Lottie, tras la muerte de la señora Wicksteed, no tardaría en viajar a bordo de un barco rumbo a la isla del Príncipe Eduardo, ellos se quedarían en la calle, le confió Alice a Jack en la penumbra de su habitación. Jack quiso saber si, en lugar de la calle, no habría espacio para ellos en el estudio de tatuaje del Chino. «No volveremos a dormir en las agujas», se limitó a responder su madre.

¿Era la hija divorciada de la señora Wicksteed enemiga de ellos dos? Nunca le había gustado su condición de «huéspedes exentos de alquiler» en casa de su madre. Pero ¿no era supuestamente amiga de la señora Oastler? ¿No habían estudiado juntas en el St. Hilda ella y Leslie Oastler? Ahora que Leslie y Alice eran amigas, sugirió Jack, quizá la señora Oastler podía interceder en favor de ellos ante la hija de la señora Wicksteed. Alice se limitó a decir que la hija de la señora Wicksteed y Leslie Oastler ya no eran muy amigas precisamente.

Como era natural, Jack acudió al Fantasma Gris en busca de orientación en tan angustiosos momentos, pero la señora McQuat sabía algo que se callaba. Le

recomendó encarecidamente que rezasen juntos en la capilla, lo cual implicó que rezaron juntos *una vez más*. Y cuando preguntó al Fantasma Gris si había logrado convencer a su madre de que los chicos del Upper Canada College se lo «comerían vivo», la respuesta de la señora McQuat no estuvo a la altura de lo que era habitual en ella. Las evasivas eran impropias de una antigua enfermera militar.

—Quizá el UCC... no habría estado... tan mal, Jack.

¿Qué significaba eso de «no habría estado»?

—Perdone, señora McQuat... —empezó a decir Jack.

—Eres un poco... joven para ser interno..., Jack..., pero hay colegios, sobre todo en Estados Unidos..., donde el régimen de internado es... la norma.

—¿El qué?

Se hallaban en el segundo banco, a la izquierda del pasillo central; una luz dorada bañaba el altar y en el vitral las santas atendían a Jesús. ¡Vaya un hombre con suerte, llevado en palmas por cuatro mujeres! La señora McQuat apoyó su fría mano en el hombro de Jack que quedaba más lejos de ella y lo atrajo hacia sí. Acercó los labios resecaos a su sien y le dio el más leve amago de beso. («Le da un beso de papel», leería Jack en un guión, años más tarde, y se acordaría de ese momento en la capilla).

—Para un niño en tu... situación, Jack..., quizá lo mejor sea un poco de... independencia.

—¿Un poco de qué?

—Habla con tu madre, Jack.

Pero después de intentar en vano abrir esa puerta, optó por hablar con Emma Oastler. Emma estaba enseñándole la mansión de su madre en Forest Hill. En ese momento visitaban las habitaciones de los invitados, el «ala» de los invitados, como la llamaba la señora Oastler. Constaba de tres habitaciones, cada una con su baño correspondiente; sin duda, pues, era un *ala* con todas las de la ley.

—La verdad —decía Emma—, no entiendo por qué tú y tu madre no os mudáis aquí y listos. Me parece una estupidez mandarte a otro sitio.

—¿Mandarme adónde?

—Habla con tu madre. Es idea suya. Piensa que tú y yo somos una mala combinación. No quiere que pases la pubertad en la misma casa que yo.

—¿Que pase qué?

—Distinto sería si tuviéramos que dormir en la misma habitación —dijo Emma, y lo tumbó de un empujón en la cama más grande de las habitaciones de invitados—. Tu madre y la mía tienen la mentalidad que predomina en el St. Hilda. Las chicas ven a los chicos hasta que los chicos cumplen nueve años; después los chicos desaparecen.

—¿Dónde desaparecen?

Emma estaba ocupada en una de sus inspecciones periódicas de la evolución del pene de Jack, y aquello pareció inducirla a la melancolía. Le había bajado los pantalones y los calzoncillos y yacía con la pesada cabeza apoyada en el muslo

desnudo de él.

—Tengo una nueva teoría —dijo Emma, como si le hablase exclusivamente al enano—. Quizá tú sí tengas ya edad. Quizá sea yo quien no tiene edad; es decir, quien no tiene edad suficiente para ti.

—¿Dónde desaparecen? —volvió a preguntar Jack—. ¿Adónde van a mandarme?

—A un colegio solo para chicos de Maine, ricura. Por lo que he oído, más bien remoto.

—¿Más bien qué?

—Posiblemente al enano le gustan las mujeres mayores aún más de lo que yo suponía —dijo Emma. El pene descansaba inmóvil y pequeño en la palma de su mano. A Jack iban a mandarlo a *Maine*, pero al enano le traía sin cuidado—. He hablado con un par de chicas de decimotercero y con una de duodécimo. Lo saben todo sobre los penes —prosiguió Emma—. Quizá puedan ayudarnos.

—¿Ayudarnos a qué?

—El problema es que son internas. No podemos meterte en la residencia si no eres chica, monada.

Jack debería haberlo visto venir. ¿Resultaría muy difícil hacerle pasar por chica? Era tan guapo que podría ser una de ellas, como había comentado la señora Oastler, y en sus numerosas interpretaciones en el St. Hilda había sido más a menudo mujer que hombre.

Muy en contra de la voluntad de la señorita Wurtz, recientemente le habían dado un papel femenino en la producción de secundaria de *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste*, melodrama decimonónico que la Wurtz despreciaba. Jack era la patética novia impúber. Por el tema de la obra —se representaba todos los años *exclusivamente* para la secundaria—, había necesitado la autorización de su madre para aceptar el papel. Alice, muy a su estilo, lo consintió. No había leído la obra. Puesto que no se había criado en Canadá, Alice no se había visto sometida a *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste* en la adolescencia, tal como les había sucedido a casi todas las canadienses de la generación de Alice.

(Como les sucedería a casi todas las canadienses de la generación de Emma).

Por aquel entonces —sobre todo en el St. Hilda— las alumnas de secundaria recibían continuas dosis de literatura canadiense. A la señorita Wurtz la indignaba que muchas novelas de talla internacional —los clásicos, que ella adoraba— se sustituyesen corrientemente por «Lit Can», como se llamaba a la asignatura. Canadá contaba con muchos autores extraordinarios, declaraba la señorita Wurtz en aquellas ocasiones en que no estaba ensalzando a los llamados clásicos. (Robertson Davies, Alice Munro y Margaret Atwood eran sus preferidos). Años más tarde, como si aún discutiese con Jack sobre *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste*, la señorita Wurtz le escribiría para decirle que leyese «A Wilderness Station» (de *Secretos a voces*) de Alice Munro, un aterrador relato acerca de una

novia encargada por correo. La Wurtz no quería que Jack fuese a pensar que el tema de las novias encargadas por correo la había predispuesto contra la función anual de secundaria.

Abigail Cooke, la autora, una mujer de los Territorios del Noroeste que no fue feliz en su matrimonio, no se contaba desde luego entre los mejores escritores canadienses. (No era Alice Munro). El hecho de que en el St. Hilda *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste* de Abigail Cooke fuese lectura obligatoria en secundaria era, a juicio de la señorita Wurtz, «una abominación»; el hecho de que la obra se representase cada año era, dicho con su excelente prosodia, «un farsa teatral». La obra la había publicado una editorial pequeña y anodina especializada en libros académicos. (La señorita Wurtz, con una vulgaridad impropia de ella, se refirió una vez a la editorial canadiense como Ediciones del Pene; de inmediato se disculpó por haber empleado la palabra «pene»). La obra, le aseguró la señorita Wurtz a Jack, no estaba a la altura de su talento como actor; no era más que una invitación a humillarse ante un público de alumnas mayores.

Para tranquilidad de Jack, el Fantasma Gris le ofreció su perspectiva solo medianamente fiable. Era una obra pésima, coincidió la señora McQuat: «Las fantasías de una escritora aficionada y una histérica de remate». En 1882, Abigail Cooke asesinó a su marido, el cual supuestamente la maltrataba, y luego se pegó un tiro; la obra, hallada más tarde en su desván, se publicó a título póstumo en la década de 1950. Había exalumnas del St. Hilda, la señora Wicksteed entre ellas, que consideraban a la autora una feminista adelantada a su época.

La señora McQuat le informó a Jack de que el único papel interesante de la obra era el que le habían ofrecido: la novia encargada por correo. En opinión del Fantasma Gris, era una oportunidad para que Jack se expresase «más libremente», con lo que quería decir que la señorita Wurtz no dirigiría la obra. En secundaria, el entendido en arte dramático —y el único hombre del profesorado aparte del señor Malcolm— era el temperamental señor Ramsey. Era lo que por entonces se conocía como «un soltero empedernido». Con solo metro cincuenta y cinco de estatura, barba rubia en punta y larga melena rubia —como un niño vikingo—, no le llegaba ni a los hombros a muchas alumnas de secundaria y, en algunos casos, pesaba seis o siete kilos menos. Tenía la voz aguda como una chica, y su entusiasmo en la defensa de las chicas era estridente y, a la vez, un modelo de constancia. El señor Ramsey era un desafortado paladín de las jóvenes, y las alumnas mayores del St. Hilda lo adoraban.

En un entorno compuesto solo de chicos, o incluso en un colegio mixto, el señor Ramsey habría sido blanco de mofas y malos tratos; el hecho de que fuese un homosexual declarado no causaba la menor preocupación en el St. Hilda. Si un alumno hubiese tenido la insolencia de llamarlo «marica» o «sarasa» o cualquiera de los epítetos con que los chicos amedrentaban a otros chicos, las estudiantes de secundaria habrían hecho picadillo al culpable, y con toda la razón.

Pese a la deplorable afición que tenía el profesor por *Una novia encargada por*

correo en los Territorios del Noroeste, la presencia del señor Ramsey fue para Jack muy estimulante: su primer director verdaderamente creativo (en contraposición a coercitivo).

—¿Es este Jack Burns, el único? ¡No nos merecemos semejante suerte! — exclamó el señor Ramsey con los brazos abiertos, en el primer ensayo—. ¡Fijaos en él! —ordenó a las chicas mayores, que venían fijándose en él desde hacía algún tiempo y no necesitaban que el señor Ramsey las animase—. ¿No es una novia impúber nacida para partirnos el corazón? ¿No es esta la preciosa inocencia e inmaculada belleza que, en tiempos más oscuros, condujo a tantas novias encargadas por correo a su destino brutal?

Jack estaba familiarizado con el «destino»; había interpretado el personaje de Tess. *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste* no era ni remotamente un relato de la misma magnitud literaria; sin embargo la heroína, como el señor Ramsey observó con acierto, era un personaje que desgarraba de manera infalible el corazón de un público compuesto por chicas pubescentes (y con frecuencia histéricas).

En los rudos Territorios del Noroeste, donde los hombres son muy hombres y las mujeres escasean, una comunidad de pioneros formada por cazadores de pieles y pescadores en aguas heladas manda una considerable suma de dinero, «para los gastos de viaje», a una agencia de venta por catálogo llamada Novias del Este. Las pobres novias se eligen entre las huérfanas inadoptables de Quebec; muchas de ellas no hablan inglés. Algunas de las chicas, en el momento de su partida hacia los Territorios del Noroeste para reunirse con los maridos que las han encargado por correo, son prepubescentes. La obra se sitúa en la década de 1860; en esas fechas el viaje de Quebec a los Territorios del Noroeste es largo y penoso. Se da por supuesto que, a su llegada, la mayoría de las chicas tendrán ya edad suficiente para el matrimonio, o más que suficiente. Además, los cazadores de pieles y los pescadores en aguas heladas no piden chicas mayores. El principal cazador de pieles de la obra y futuro marido de Jack, el señor Halliday, al solicitar su novia por correo, aclara: «Quiero una esposa tirando a joven. ¿Entendido?».

En la obra, cuatro chicas emprenden el camino hacia el Oeste en compañía de una cruel carabina, *Madame Auber*, que vende a una de las chicas a un herrero en Manitoba y a otra a un ganadero de Alberta. Estas dos desdichadas novias solo hablan francés. *Madame Auber*, aunque también es francesa, no siente más que desprecio por ellas. De las dos chicas que llegan a los Territorios del Noroeste, una, Sarah, una tartamuda bilingüe, pierde la virginidad con el marido que la ha encargado por correo en un trineo tirado por perros; después se aleja sin rumbo por la nieve y muere congelada en una ventisca.

Jack interpreta el personaje de la otra, Darlin' Jenny, que en sus plegarias ruega que se le retrase la primera regla —el «mes», como se la llama a lo largo de la obra— y ve realizado su deseo. Es consciente de que cuando empiece a sangrar ya tendrá

edad para ser la novia del señor Halliday, al menos desde el tosco punto de vista de Halliday. Así, sin más ayuda que las plegarias, Jenny aplaza ese momento por pura fuerza de voluntad. Fue este aspecto de la trama el que requirió la autorización de Alice para que su hijo aceptase el papel, amén de una desconcertante visita de Jack a la enfermería, donde la enfermera del colegio, la joven señorita Bell, lo instruyó sobre el «misterio de la vida», pero solo la parte del Misterio relativa a las *chicas*, muy en particular la menstruación.

Tras ver dos vaginas por primera vez en el mismo día, Jack no se sorprendió al saber que tan complicado centro de actividad era propenso a sangrar periódicamente; pero imaginemos su consternación cuando, por error, pensó que ese era el acontecimiento del que, desde hacía tiempo, Emma Oastler esperaba encontrar pruebas en las sábanas de Jack. Por lo que Jack sabía, su pene aún no había «chorreado»; le alarmó la idea de que Emma se refiriese a un chorro de *sangre*.

Como no era para menos, la confusión de Jack le causó cierto sobresalto a la enfermera del colegio. La señorita Bell había hablado con muchas niñas de su primera regla; si bien la incomodaba abordar el tema de la menstruación con un niño de nueve años, como mínimo estaba preparada para hacerlo. Pero el terreno de las poluciones nocturnas masculinas caía muy a trasmano a la señorita Bell. La horrorizó que Jack pudiese confundir un sueño húmedo con la hemorragia menstrual, pero no supo cómo explicarle la diferencia.

—Con toda probabilidad, Jack, ni siquiera te darás cuenta la primera vez que eyacules dormido.

—¿La primera vez que qué?

La señorita Bell era joven y responsable. Jack se marchó de la enfermería sabiendo más de lo que necesitaba saber sobre la menstruación. En cuanto al espectro del primer sueño húmedo, estaba aterrorizado. Una polución nocturna sonaba a algo con lo que uno podía encontrarse en la réplica de la cueva de los murciélagos del Museo Real de Ontario. Si con toda probabilidad —como la señorita Bell había dicho— Jack no se daría cuenta siquiera la primera vez que eyaculase dormido, para él eso significaba que quizá muriese desangrado sin llegar a despertarse.

En la obra, la mole más imponente entre las alumnas de decimotercero, Virginia Jarvis, fue elegida para el papel del marido que encarga a Jack por correo, el señor Halliday. Ginny Jarvis tenía todo el aspecto de un cazador de pieles. Era de constitución grande y a la vez femenina, como Emma Oastler y Charlotte Barford, pero Ginny era mayor. Tenía sobre el labio superior un bigote más desarrollado que el de Emma, y el sujetador de realce de la señora Oastler no habría podido contener sus pechos. Antes del primer ensayo, Emma informó a Jack de que Ginny Jarvis era una de las dos chicas de decimotercero que lo sabían todo sobre penes; la otra era la mejor amiga de Ginny, Penny Hamilton, seleccionada para el papel de la malvada carabina, *Madame Auber*. (Penny había vivido un tiempo en Montreal e imitaba un acento francés para morir, del tipo que, en Toronto, se consideraba tan gracioso).

En cuanto a la chica de duodécimo que, según Emma, también lo sabía todo sobre penes —la tercera interna—, era la hermana menor de Penny, Bonnie. Penny Hamilton era una chica guapa, y lo sabía. Bonnie había sido víctima de un accidente de automóvil; innumerables intervenciones quirúrgicas no habían conseguido corregir su cojera. (Era peor que la de Lottie). Una torsión permanente en la pelvis obligaba a Bonnie Hamilton a caminar con el pie izquierdo por delante mientras llevaba a rastras la pierna derecha, como un saco. Para Jack, la cojera no le restaba atractivo, pero para Bonnie sí.

Bonnie Hamilton no aparecía en *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste*; por su cojera, se negaba a intervenir en todas las obras. Pero Jack consideraba más hermosa a Bonnie que a Penny. Durante los ensayos de *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste*, solo vio a Bonnie sentada. Era la apuntadora. En una silla de metal plegable, con el guión abierto en la falda, Bonnie permanecía sentada lápiz en mano para tomar nota de los errores. Lógicamente, sentada no cojeaba.

En el primer ensayo, cuando Ginny Jarvis en el papel del señor Halliday preguntaba a Jack en el papel de Darlin' Jenny si «ya había empezado a *sangrar*», la pura vulgaridad del momento sumía al resto del reparto en un silencio incómodo y violento.

—Lo sé, lo sé; es una pregunta imperdonable, pero ese es el *quid* de la cuestión —dijo el señor Ramsey.

Jack contestó como correspondía al personaje; ya se sabía su parte. Bonnie Hamilton no tenía que apuntarle. «¿Qué quiere decir?», grita Jenny a Halliday. «¿Por qué tendría que sangrar?», pero Jenny sabe exactamente a qué se refiere Halliday.

Halliday se impacienta. Le cuesta creer que su novia impúber tarde tanto en convertirse en mujer. Una noche, cuando Jack en el papel de Jenny entona una canción nostálgica sentada en un balancín del porche, Ginny en el papel de Halliday se abalanza sobre él. Al ser una muchacha sagaz, Jenny le ha robado la pistola a *Madame Auber*, un accesorio de utilería que el señor Ramsey pidió prestado al equipo de atletismo del Upper Canada College. Era una pistola de salida con cartuchos de fogeo. Al final del Segundo Acto, Jack en el papel de Jenny dispara con la pistola a Ginny en el papel de Halliday. Él en el papel de ella descerraja dos tiros muy sonoros en el pecho de ella en el papel de él, y Ginny Jarvis —una estrella del equipo de *hockey* sobre hierba del St. Hilda— se desploma en el escenario con un ruidoso y atlético costalazo.

El Tercer Acto es el juicio contra Jenny por haber asesinado a Halliday. Su defensa estriba en que solo era una niña cuando se vio obligada a casarse con el cazador de pieles, y en que todavía es virgen. El «milagro» —a saber, que Jenny no ha tenido aún el mes— es puesto en duda por la acusación. Jenny se niega a dejarse



examinar por el único médico de la comunidad porque es un hombre. Las contadas mujeres de la comunidad —solo dos mujeres forman parte del jurado— se muestran tolerantes con su negativa. (Desprecian al médico).

El destino de Jenny parece hallarse en manos de una médica de Yellowknife a quien se ha emplazado. Pero antes de que llegue la doctora, Jenny se salva gracias a otro milagro obra de ella misma: de nuevo el poder de la oración. Mientras atestigua en lo referente a la muerte a tiros del señor Halliday, de pronto se pone en pie, lanza un grito y empieza a sangrar. Para la hemorragia se emplea un accesorio más creativo que la pistola de salida del equipo de atletismo del UCC. Jack lleva bajo el vestido una bolsa de plástico llena de agua con colorante alimenticio rojo. Tiene las muñecas atadas ante la cintura. Cuando se levanta, se agarra la parte baja del abdomen como si le doliese y revienta la bolsa de agua con colorante, que le tiñe de rojo sangre el vestido y las manos.

El atronador grito de Darlin' Jenny indica al jurado que esta debe de ser su primera regla. Ha dicho la verdad. Es inocente. ¡El juicio ha terminado! Pero Jack solo pudo ensayar una vez el momento en que reventaba la bolsa de plástico — entonces llena únicamente de agua— antes de la primera representación. Pensó que algún otro ensayo no le habría venido mal.

Mientras tanto, entre bastidores, después del ensayo general, Emma Oastler, Penny y Bonnie Hamilton y Ginny Jarvis vistieron furtivamente a Jack con un uniforme del colegio que habían afanado a una de las niñas más corpulentas de sexto: una falda gris corta y calcetines altos. Puesto que Jack ya iba maquillado —un poco de colorete, algo de carmín de atrezo, que bajo la luz de los focos se veía más rojo de lo que era—, solo fue necesario arreglarle la peluca que llevaba en el papel de Darlin' Jenny. Flanqueado por Penny Hamilton y por Emma, con Ginny Jarvis encabezando la marcha y Bonnie Hamilton (acompañada, como siempre, de su cojera) en retaguardia, Jack se encaminó en el papel de niña derecho hacia la residencia de las alumnas mayores. Acabadas las clases, la entrada a secundaria desde la segunda planta de la sección de primaria no estaba vigilada.

Las hermanas Hamilton compartían una habitación. Ginny Jarvis ocupaba la habitación de enfrente, al otro lado del pasillo. Las puertas de la residencia no tenían cerradura, pero la supervisora no acostumbraba controlar a las chicas hasta después de la cena, cuando teóricamente estaban estudiando y debía comprobarse si faltaba alguna. Invitaron a Jack a tumbarse en la cama. Su nerviosismo debía de notarse, porque Emma se inclinó junto a él y le susurró al oído:

—No te preocupes, monada, no permitiré que nadie te toque.

Pero Jack se hallaba en presencia de chicas mayores que Emma; estaba asustado.

—¿A quién de nosotras te apetece más ver, Jack? —preguntó Ginny Jarvis. Por la indiferencia con que planteó la pregunta, Ginny parecía resignada al hecho de que no sería ella la primera a quien eligiera el niño. Penny Hamilton lo observaba con intimidatoria seguridad en sí misma. Bonnie Hamilton no lo miraba; permanecía a

cierta distancia de la cama, con el pie izquierdo al frente.

—Encuentro a Bonnie preciosa —dijo Jack.

—¿Lo veis? —preguntó Ginny a las chicas allí reunidas—. Es imprevisible saber qué excita a los hombres o a los chicos.

Jack se dio cuenta de que había enfurecido a Penny por no elegirla, lo que, dadas las circunstancias, aumentó más aún el nerviosismo del niño.

—Acércate, Bonnie —indicó Ginny—. Déjale que vea algo más de ti.

Tambaleándose, Bonnie avanzó hacia él, con el pie izquierdo por delante. Jack temía que le cayese encima, pero ella se arrodilló a su lado, apoyando las dos manos en el pecho del niño para no perder el equilibrio. Seguía sin mirarle. Arrodillada junto a él, se colocó las manos en los muslos y fijó la mirada en su propio regazo; como la eterna apuntadora que era, daba la impresión de estar esperando a que alguien la pifiara en una frase. Como Bonnie no lo miraba, de pronto Jack, avergonzado, tampoco se atrevió a mirarla. Notó que Ginny Jarvis le levantaba la falda y le bajaba los calzoncillos. Al menos supuso que era Ginny; Penny Hamilton parecía demasiado ofendida con él para mostrar interés. Nadie lo tocó.

—La tiene pequeña, desde luego —comentó Penny cuando Ginny lo dejó al descubierto.

—Ya veremos —contestó Ginny.

—¿Qué pasa? —le preguntó Jack a Emma.

—Nada, ricura. No te preocupes.

—Menos que nada —dijo Penny Hamilton.

—Está asustado. Esto no está bien —protestó Bonnie Hamilton—. Es demasiado joven. ¡No es más que un niño! —Se inclinó hacia Jack. Cuando Bonnie lo miró, lo hizo tal como examinaba el texto en su papel de apuntadora, como si la cara de Jack fuese el único y verdadero esquema de la historia que estaba desarrollándose y ella tuviese autoridad absoluta sobre lo que él pudiera sentir.

La cojera de Bonnie impulsó a Jack a mirarla e imaginarse el accidente. Comprendió entonces por primera vez que la atracción física, incluso el deseo sexual, se veía estimulada por algo más que la perfección de un cuerpo o la belleza de un rostro. Se sintió atraído por el *pasado* de Bonnie, por todo lo traumático que le había ocurrido antes de conocerla. El accidente que la había dejado lisiada cautivó a Jack. Esto era peor que lo que Emma había identificado acertadamente como su obsesión por las mujeres mayores. Lo atraía el modo en que se habían producido las lesiones de Bonnie; la circunstancia de que hubiese sufrido un daño físico la hacía más deseable. La idea le causó tal inquietud que se echó a llorar.

—Ya estoy harta de los penes —decía Ginny Jarvis.

—Quizá lo tiene dormido o algo así —sugirió Penny Hamilton.

—No te dejes asustar por ellas, Jack —dijo Bonnie Hamilton.

A Jack le sorprendió advertir que era precisamente ella la que parecía presa del miedo, como si estuviese atenazada en el asiento del acompañante y viese la

inminencia de la colisión segundos antes de que el conductor pudiese reaccionar. Bonnie se mordió el labio inferior y miró a Jack como si estuviese paralizada, como si él fuese el inminente accidente y, pese a verlo venir, no pudiese apartarse.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Jack—. ¿Qué ves?

A Bonnie se le humedecieron los ojos.

—No llores encima del niño, Bonnie; eres tú quien lo asusta —dijo Penny Hamilton.

—Algo empieza a dar resultado —observó Ginny Jarvis—. Quizá sea el llanto.

—Sigue llorando. A mí tanto me da —dijo Penny a su hermana.

—Si Jack está asustado, deberíamos dejarlo ya —advirtió Emma.

—Creo que es Bonnie quien está asustada —dijo Penny, y soltó una carcajada.

—Si Bonnie está asustada, deberíamos dejarlo ya —dijo Jack, aunque no fuese consciente de lo que habían desencadenado entre los dos. Bonnie Hamilton le parecía *aterrorizada*. Él sentía cada vez más miedo de lo que pudiera estar atemorizándola a ella.

—¡Es un niño asustado! —exclamó Bonnie Hamilton.

—Me tienes aquí, ricura —dijo Emma. Se inclinó sobre Jack y lo besó en la boca. Él no recordaba si usó la lengua; tenía fijación solo con el labio superior de ella. Debió de ser su bigote lo que indujo a Jack a contener la respiración.

—Sigue besándole, Emma —dijo Ginny Jarvis.

—Desde luego algo está pasando —observó Penny Hamilton con mayor precisión.

No era que no pudiese respirar; sencillamente había dejado de hacerlo. Vio una multitud de estrellas en tumultuoso movimiento, el resplandor moteado de la aurora boreal, esa emisión radiante que los canadienses adoran.

—Será mejor que lo dejes respirar, Emma —oyó decir a Bonnie Hamilton.

—¡Guau! ¡Fijaos! —exclamó Ginny Jarvis. Su eyaculación sorprendió a Penny mientras echaba una ojeada de cerca; demasiado cerca, resultó. (¡Y pensar que no lo había tocado nadie!).

«Le has acertado de pleno entre los ojos», dijo Emma más tarde. «¡Estoy muy orgullosa de ti! Tenías miedo, y yo me sentía responsable. Esas chicas no se acercarán a ti nunca más, Jack. En adelante voy a cuidar mejor de ti».

En ese momento Bonnie Hamilton tenía la mirada clavada en la de Jack; no podía apartar los ojos de él.

—¿Qué ves? —preguntó—. ¿Qué es, Jack?

—Eres la chica más guapa de todas —contestó él, todavía con la respiración entrecortada.

—Delira; no sabe lo que dice —aseguró Emma con crueldad, pero Bonnie no parecía oírla; continuaba mirando a Jack. Su hermana, Penny, se enjugaba la frente con desesperación usando un puñado de pañuelos de papel. Como es lógico, Jack pidió que le dejaran ver la sangre.

—¿La qué, ricura?

—¡Debe de creerse que es Darlin' Jenny! —exclamó Ginny Jarvis—. Los chicos son unos auténticos enfermos.

Emma Oastler lo tomó de la mano. Se marcharon de la residencia de las alumnas mayores atravesando la sección de primaria por donde habían llegado. Fueron al teatro, donde Jack se puso su propia ropa entre bastidores. Deseaba ensayar el reventón de la bolsa de sangre, pero el señor Ramsey había dado por concluida la jornada y se había ido a casa.

Jack y Emma se encontraron a Peewee dormido en el Town Car. Fueron a la casa de la esquina de Lowther con Spadina, porque Lottie se pasaba casi todo el tiempo en el hospital, donde, según decía, la señora Wicksteed se encontraba «a las puertas de la muerte», y Alice estaba en el estudio del Chino o con la señora Oastler. A Jack le había conmovido que Emma saliese en su defensa y que le prometiese mantener alejadas de él a las chicas mayores, pero ¿por cuánto tiempo? ¿No iban a mandarlo a Maine en quinto? (¿Quién mantendría alejados a los chicos mayores?).

También era preocupante el descubrimiento de Emma: al empezar el undécimo curso, ella pasaría a ser interna. ¿Por qué?, se preguntaba Jack. Emma vivía en su casa. ¡Podía ir a pie al colegio! «Mi madre no me quiere cerca», se limitaba a decir Emma. Ante la perspectiva del internado, estaba más hosca aún que de costumbre.

Se hallaban en la habitación de Jack, donde Emma examinaba al enano.

—No hay señales de rozamiento —dijo—. Imagino que no recuerdas en qué estabas pensando.

Jack apenas recordaba que había dejado de respirar, pero se preguntaba —después de su eyaculación cercana a la muerte— si la señora Wicksteed, al fallecer, vería aquella emisión radiante de la aurora boreal. Se esforzaba por encontrar palabras para explicarle a Emma qué le había atraído exactamente de Bonnie Hamilton; no había sido solo la cojera, sino su aura general de daño físico, de sufrimiento pasado. Jack no era capaz de expresarse del todo, ni podía transmitirle a Emma cómo lo había mirado Bonnie, cómo había reconocido él su padecimiento, aunque quizá la propia Bonnie no fuese consciente de ello.

Jack intentó hablar del asunto incluso con el Fantasma Gris, omitiendo, claro está, el hecho de que había tenido una eyaculación cercana a la muerte en la residencia de las alumnas mayores.

—¿Era una chica mayor? —preguntó la señora McQuat—. ¿Y cómo te ha mirado?

—Como si no pudiese apartar la vista, como si no pudiese contenerse —contestó él.

—Dime quién era, Jack.

—Bonnie Hamilton.

—¡Está en duodécimo!

—Ya le he dicho que era mayor.

—Jack, cuando una chica mayor te mire de esa manera, tú solo tienes que mirar en otra dirección.

—¿Y si yo tampoco puedo apartar la vista o contenerme?

—¡Válgame Dios! —exclamó la señora McQuat. Pensando que cambiaba de tema, preguntó—: ¿Cómo va el asunto de la novia encargada por correo?

—La sangre es la parte complicada —respondió él.

—¿Este año hay sangre, sangre de verdad?

—Es agua con colorante alimenticio rojo; es solo un accesorio de utilería.

—¡Un accesorio! Me parece que me gusta más la sangre cuando tengo que imaginármela. Quizá convenga que hable con el señor Ramsey.

Pero en el caso de que el Fantasma Gris llegara a hablar con el señor Ramsey, la conversación no tuvo la menor incidencia en el estreno de *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste*. El sábado por la noche el teatro del St. Hilda estaba hasta los topes. Para sorpresa de Jack, no solo había asistido la Wurtz, sino que el Fantasma Gris estaba sentada junto a ella en primera fila. Quizá la señora McQuat pensaba que su alentadora presencia serviría para mitigar la cáustica condena que la señorita Wurtz había hecho de la obra.

Para mayor sorpresa aún, Alice había ido con la señora Oastler y Emma, y ocupaban también asientos en primera fila. (Lottie, como Jack sabía, seguía velando a la señora Wicksteed en su lecho de muerte, o de lo contrario también habría estado presente en el teatro). Y lo más sorprendente de todo: ¡Peewee estaba allí! Debía de haber oído a Emma y a Jack hablar de la obra en el asiento trasero del Town Car. Había con él una mujer negra de asombrosa belleza. ¡Peewee estaba casado o tenía novia! Quienquiera que fuese, la acompañante de Peewee parecía vestida con excesiva elegancia entre las madres y padres divorciados que solían componer el público en las funciones de secundaria del St. Hilda. La señora Peewee llevaba un vestido de flores con un profundo escote; desde la perspectiva de Jack entre bastidores, el sombrero semejava un loro disecado.

Era un público imponente, sobre todo en comparación con el de las dramatizaciones que la señorita Wurtz hacía en primaria y al que Jack estaba acostumbrado. Pero a algunos miembros del reparto les venció el miedo escénico. Penny Hamilton en el papel de *Madame Auber*, cuyo acento francés tanto éxito tenía en Toronto, tuvo un ataque al ponerse el vestido de la malvada carabina. (En retrospectiva, a Jack le complacía pensar que Penny se distrajo mientras se vestía al recordar la leche de Jack en su frente).

Sandra Stewart, una chica de noveno poco crecida para su edad, representaba el papel de Sarah, la tartamuda bilingüe, que acababa muerta por congelación después de perder la virginidad en un trineo tirado por perros. Sandra vomitó entre bastidores, lo que llevó al señor Ramsey a decir: «Son solo mariposas en el estómago».

Ginny Jarvis en el papel del señor Halliday, sudando en su vestido de cazador de pieles, comentó: «Eso parece peor que unas simples mariposas en el estómago».

(Naturalmente, Jack pensó que el señor Ramsey y Ginny se referían al *contenido* del vómito de Sandra).

Durante los dos primeros actos de la obra, Jack no paró de lanzar furtivas ojeadas a Bonnie Hamilton, sin que sus miradas se cruzasen ni una sola vez. Jack alcanzó a ver al público desde bastidores solo en un par de ocasiones. Peewee parecía divertirse. La señora Peewee se había quitado el loro disecado de la cabeza. La Wurtz se pasó buena parte de la velada con expresión ceñuda hablándole entre dientes a la señora McQuat. El Fantasma Gris, como era propio en ella, permaneció inescrutable casi todo el tiempo. La señora Oastler parecía aburrída; sin duda había visto mejor teatro en su sofisticada vida. Emma se revolvía en la butaca; había asistido a la mayoría de los ensayos y todo su interés se centraba en ver qué ocurriría con la sangre.

Cuando Jack en el papel de Darlin' Jenny disparó a Ginny en el papel de Halliday dos veces con la pistola de salida, Peewee se puso en pie de un salto y levantó los puños. (La señorita Wurtz, conociendo la inminencia de los disparos, se había tapado los oídos). Alice, que no había leído la obra y no tenía la más remota idea sobre la indelicadeza del tema, parecía cada vez más horrorizada. Cuando el arma detonó, dio un respingo como si le hubiesen alcanzado las balas.

Al final del Segundo Acto se bajó el telón; las luces de la sala se encendieron y mostraron más ampliamente al público. Pero desde bastidores Jack mantuvo la atención puesta en la primera fila. Peewee seguía entusiasmado por los disparos. Emma masticaba chicle. La señorita Wurtz, por lo visto, ofrecía una exhaustiva crítica de la obra, y sin duda del tema de la menstruación en su conjunto, a una taciturna señora McQuat. Alice y la señora Oastler estaban cogidas de la mano.

Pero ¿por qué estaban cogidas de la mano?, se preguntó Jack. Sabía que eso era bastante común entre las mujeres holandesas y las europeas, pero, a excepción de algunas de las chicas del St. Hilda, nunca había visto a mujeres canadienses cogidas de la mano. Las mujeres jóvenes o las chicas se cogían de la mano de vez en cuando, pero no las mujeres de la edad de Alice y Leslie Oastler. Además, la madre de Emma se había descalzado. Con un pie, más pequeño que el de Emma, acariciaba la pantorrilla desnuda de Alice. Jack observó sin comprender ese curioso comportamiento. Aún no había dado el salto, que Emma daría antes que él, con respecto al *motivo* por el que su madre y la señora Oastler deseaban vivir solas en una casa tan grande; el hecho de que Emma y Jack fuesen una «mala combinación» era solo una de las razones.

El señor Ramsey interrumpió a Jack mientras observaba al público desde bastidores; era hora de ceñirse la bolsa de sangre a la cintura y de ponerse el vestido correspondiente al juicio. Quizá la idea era que Jack se pareciese a Juana de Arco, aunque (pese a tener la primera regla en el escenario) saliese mejor librado que la pobre Juana. Era un vestido tubo de arpillera, tan *beige* como una patata. La sangre, le aseguró el señor Ramsey, ofrecería un vivo contraste con un fondo tan neutro. Al

principio la sensación pegajosa de la bolsa de plástico, que le golpeteaba la piel desnuda del abdomen bajo el vestido, le resultó desconcertante. Si bien no era una bolsa muy grande, al señor Ramsey le preocupaba que, con ella, Jack en el papel de Jenny pareciese *embarazado*. El señor Ramsey aflojó el nudo de la bolsa para expulsar cualquier resto de aire acumulado. Quizás eso precipitó el lento escape, cosa que Jack no advirtió hasta que se sentó en el estrado para atestiguar. Pensó que estaba sudando. Pero el goteo pierna abajo era sangre, o agua con colorante rojo, no sudor. Debido a su reciente eyaculación cercana a la muerte, Jack temió en un primer momento que el pene estuviera sangrándole. Cuando cayó en la cuenta de que la bolsa perdía agua, se preguntó si quedaría sangre suficiente para la trascendental escena del reventón.

Después de la representación, el señor Ramsey elogiaría lo que describió como la «preparación» de Jack para la escena culminante en que debía levantarse, gritar y sangrar: la manera en que el niño se retorció en el estrado como si, sin saberlo, hubiese empezado ya su primera regla. ¡Pero es que había empezado!

Jenny vaciló en su testimonio, un titubeo que más tarde el señor Ramsey calificó de «brillante», pero que indujo a la fiel apuntadora, Bonnie, Hamilton, a apartar la vista del regazo y mirar con gran inquietud a Jack en el papel de Jenny (Jack pudo leer en los labios de ella las frases aún no pronunciadas). Advirtió que el público comenzaba a ponerse nervioso; esperaba que nadie entre el público viese el goteo de sangre. Pero Peewee lo vio. El pobre hombre no iba al teatro con frecuencia; había acudido a aquella función por afecto a Jack. Peewee no sabía nada de accesorios de utilería; la pistola lo había pillado totalmente por sorpresa. Y de pronto vio que Jack *sangraba*: ¿la tensión del momento, unas hemorroides, o una puñalada de alguna de las chicas mayores entre bastidores? A Jack le faltaban solo un par de frases para el gran momento cuando Peewee se levantó de la butaca y señaló al niño.

—¡Jack, señorito, está sangrando! —exclamó.

Era eso precisamente lo que la Wurtz temía: la *improvisación*. Por iniciativa propia, Jack decidió abreviar el resto de su declaración, ante lo que Bonnie Hamilton ahogó un grito. Pero ya estaba sangrando. ¿No era la sangre, y su reacción al verla, su mejor testimonio? Jack se levantó de un brinco y golpeó con los puños la bolsa de agua con colorante. La bolsa había perdido más sangre de la que él creía; no quedaba líquido suficiente para reventarla con facilidad. Darlin' Jenny se golpeó repetidamente la parte baja del abdomen. La última vez se dio un poco demasiado fuerte; Jack en el papel de Jenny se dobló por la violencia del golpe. La bolsa reventó, produciendo el mismo sonido que un tendón al partirse, y la sangre estalló bajó el vestido de color patata.

—¡Jack, señorito, así es peor! —exclamó Peewee.

Pero Jack se hallaba en ese momento de su actuación en que su público de un solo espectador se adueñaba por completo de él. Gritó y gritó. Alzó las muñecas atadas por encima de la cabeza, con las manos goteando sangre; las gotas de sangre le

cayeron en la cara. Lo que debía representar una primera y largamente retenida regla pareció de pronto una hemorragia terminal. Algún miembro del jurado (una de las dos mujeres) tenía que decir que sin duda aquello era la primera experiencia de Jenny con la menstruación, pero Jack en el papel de Jenny no oyó la frase. El público no pudo oírla tampoco. Incluso Bonnie, la apuntadora, había dejado de apuntar. Jack gemía como un alma en pena.

¡Iban a mandarlo a Maine! Había conseguido eyacular no solo por la atracción que le provocaba el dolor de Bonnie Hamilton, sino también por la perdurable fascinación que el bigote de Emma Oastler ejercía en él. Y contener la respiración mientras besaba a Emma casi le había costado la vida. La señora Wicksteed agonizaba. Lottie iba a embarcarse de regreso a la isla del Príncipe Eduardo. El mundo de Jack estaba cambiando una vez más. No podía dejar de gritar. ¡Jack en el papel de Jenny sangró tanto como una joven a quien le viniesen las *cinco* primeras reglas de golpe!

La señorita Wurtz tenía en el semblante embelesado una expresión de atónito aleccionamiento; en su esnobismo literario, había infravalorado tanto las dotes para la improvisación de Jack como las posibilidades teatrales de *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste*. Todo el reparto quedó paralizado. Entre bastidores, Sandra Stewart volvió a vomitar. (Ginny Jarvis, en ese momento el asesinado señor Halliday, afirmó que todo aquello era obra de Jack).

Emma, boquiabierta, había dejado de masticar el chicle. Incluso la señora Oastler parecía impresionada por tanta sangre y tanto griterío. La señora Peewee se aferraba a su sombrero como si estuviese estrangulando al loro. Jack apenas se dio cuenta de que Peewee había corrido al escenario para auxiliarlo. Él se limitó a seguir gritando y sangrando. Solo desvió la atención de su público de un solo espectador cuando miró a su madre.

Ultimamente, las cosas no habían sido fáciles para Alice. Recientemente había sorprendido a Jack entre las sábanas intentando echarle una mirada furtiva a la cicatriz de la cesárea. En la penumbra de la habitación de su madre, Jack no consiguió verla. Explicó que sentía curiosidad por saber si tenía un corte de bikini, como Leslie Oastler, o si su incisión era vertical.

—¡Eso es algo muy íntimo, Jack; no es asunto tuyo! —exclamó su madre. Pero ¿por qué se había alterado tanto?

En la primera fila del teatro del St. Hilda, quizás Alice recordaba ese bochornoso momento, o tal vez el fallecimiento de la señora Wicksteed, o la pérdida de Lottie. (O pensaba en el futuro, el traslado a la casa de la señora Oastler entre otras cosas).

Incluso mientras gritaba y sangraba en el escenario, Jack se dio cuenta de que su madre, al igual que Peewee, iba poco al teatro. Puede que pensase que lo había visto «actuar» antes, pero desde luego no estaba preparada para aquello. Tan boquiabierta como Emma, tenía los puños apretados contra las sienes y las rodillas tan juntas como si fuese ella quien se desangraba. Y como Jack estaba gritando, no pudo oír el llanto



de su madre. Vio cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Alice lloró y lloró sin contención; estaba histérica. Jack vio que Leslie Oastler intentaba consolarla. Emma había apartado la vista de Jack y tenía la mirada fija en Alice.

—Estoy bien —dijo Jack a Peewee, que lo había cogido en brazos y pedía un médico a pleno pulmón—. ¡Es una obra de teatro, Peewee!

—Señorito, ha echado sangre suficiente por usted y por mí —contestó Peewee; pero Jack permanecía absorto en su madre.

—¡Jackie, Jackie! —exclamaba entre sollozos—. ¡Lo siento, Jack, lo siento mucho!

—No me pasa nada, mamá —intentó decirle, pero ella no lo oyó. En ese momento tenía que lidiar con los aplausos, que habían ido en aumento hasta convertirse en una ovación con todo el público en pie. (Incluso la Wurtz aplaudía). Todo el reparto estaba en el escenario junto con Peewee y Jack. Era el momento de saludar, pero Peewee no tenía intención de dejar a Jack en el suelo.

—Es solo agua con colorante, Peewee —susurró Jack al oído del corpulento chófer—. Era un accesorio. No me estoy desangrando.

—Mierda, señorito —dijo Peewee—, ¿y ahora qué tengo que hacer?

—Prueba con una reverencia —contestó el niño. Con Jack en el papel de Jenny todavía en brazos, Peewee se inclinó.

El lunes el señor Ramsey indagaría si era posible proponer a Peewee que estuviese presente en las restantes representaciones, pero Peewee no tenía el menor deseo de repetir la experiencia. (Años más tarde, Peewee le contó a Jack que nunca lo superó).

Jack vio que el Fantasma Gris había aparecido por arte de magia junto a su madre. Como leal enfermera militar que era, la señora McQuat hacía lo que estaba a su alcance para tranquilizar a Alice, pero ni siquiera la intervención del Fantasma Gris surtió efecto. El clamor ahogaba los sollozos de Alice, pero Jack veía aún la congoja en su rostro. Podía leer sus labios: el nombre de Jack, una y otra vez, y continuaba repitiendo que lo sentía.

Jack tenía intención de preguntarle si iban a convertirse en huéspedes exentos de alquiler de la señora Oastler y si, ya puestos a hablar de «exenciones», su madre había tatuado gratis a la madre de Emma. Pero viendo a su madre tan deshecha en lágrimas por su actuación en el papel de Darlin'Jenny, supo que era mejor no preguntar. Aun sin comprender plenamente la relación de su madre con Leslie Oastler, dedujo que en este mundo nada (nada que importase) era *gratis*.

Pese a los aplausos, Jack habría empezado a gritar otra vez si no hubiesen bajado el telón y se hubiese visto entre bastidores todavía en brazos de Peewee. Peewee, por un momento, creyó que el descenso del telón era otra calamidad imprevista. En cuanto el mar de niñas los rodeó, Peewee se serenó y dio a Jack la enhorabuena por su interpretación. Por fin dejó al niño en el suelo.

—¡Jack Burns! —clamaba el señor Ramsey—. ¡Todas las novias encargadas por

correo del mundo están en deuda contigo!

Jack vio que el señor Ramsey tenía una cámara; estaba tomando una foto de Jack en el papel de Jenny.

—Puedes pegarme un tiro siempre que quieras, Jack —le dijo Ginny Jarvis al oído levantando la voz en exceso.

Penny Hamilton, que la oyó —y cuya desventurada frente se había colado en medio de su eyaculación cercana a la muerte—, dijo:

—Sí, Jack, lo más probable es que no dispare cartuchos de fogeo.

—¿Cómo?

—Dejadlo en paz —terció Emma Oastler. Había conseguido abrirse paso hasta los bastidores y rodearlo con un brazo protector.

También entre bastidores estaba el angustiado rostro que acecharía a Jack en el futuro. Bonnie Hamilton lo miraba de lejos, como si su corazón no resistiese acercarse. Había dejado de apuntar, pero Jack aún podía leer sus labios trémulos.

—¿Lo ves? —susurró Jack a Emma al oído—. ¿Ves cómo me mira Bonnie? A eso me refiero.

Pero en el clamor del momento Emma no lo oyó, o acaso estaba abstraída en su esfuerzo para mantener a raya a las chicas mayores.

—¿Sabes qué, ricura? —decía Emma—. Puede que no sea tan mala idea que vayas a un colegio de chicos en Maine.

—¿Por qué?

Tenía que quitarse el maquillaje y el carmín de utilería, y ya no digamos la sangre. El director, el señor Ramsey, el niño vikingo, no podía dejar de brincar de puntillas.

—Justo cuando empezaba a pensar que quizás Abigail Cooke estaba una pizca anticuada —decía el señor Ramsey a la señorita Wurtz, que había ido (con lágrimas en los ojos) a felicitarlo.

Las viejas amigas de Emma, Wendy Holton y Charlotte Barford, se habían reunido con ellos entre bastidores.

—Yo me moriría si alguna vez tuviera una regla como esa —dijo Wendy a Jack. Charlotte Barford seguía comiéndoselo con los ojos como si fuese un entremés olvidado.

De algún modo, pese a su considerable tamaño —por no hablar de su aportación de último momento a la producción—, Peewee había logrado escabullirse. En el gozoso caos posterior al estreno triunfal, Jack dejó que el perceptible malestar de su madre pasase a un segundo plano en su mente. Pero si alguna vez tuvo una conciencia en el St. Hilda, esa era la señora McQuat. Sin dejarse abrumar por el éxito de Jack, el Fantasma Gris escenificó una de sus características apariciones repentinas que cortó la respiración al niño. Si le hubiese quedado algo de sangre, habría empezado a sangrar de nuevo. Si no hubiese tenido la garganta en carne viva de tanto gritar, habría gritado otra vez, solo que más alto.

Jack se iba a casa con Emma.

—¡Nuestra primera noche juntos, monada! —declaró Emma. Se había ido de la zona de bastidores en busca de su madre, que esperaba en compañía de Alice. Aunque solo por un momento, Jack permaneció entre bastidores milagrosamente a solas. Incluso su amada apuntadora se había escabullido, por una vez su cojera había pasado inadvertida.

Fue entonces cuando el Fantasma Gris apareció a su lado, cogiéndolo por las muñecas con sus manos frías, exactamente por donde las tenía atadas.

—Buena actuación, Jack —musitó la señora McQuat—. Pero tienes trabajo que hacer. No me refiero... al escenario.

—¿Qué trabajo? —preguntó él.

—Cuidar de tu madre, Jack. Si no lo haces..., te sentirás culpable.

—Ah. —(«Cuidar de ella, ¿cómo?», quiso preguntar. «¿Por qué debía cuidar de ella?»). Pero el Fantasma Gris, casi siempre fiel a su papel, había desaparecido.

Como volvería a descubrir años más tarde, Jack vio que, después de irse el público y el resto del reparto, los bastidores pueden ser un lugar oscuro y solitario. Jack Burns no era en modo alguno una novia encargada por correo. Pero esa interpretación decisiva y cruenta en la histriónica producción del señor Ramsey lo había lanzado en su carrera.

## 14 - La señora Machado

Por norma, los chicos no asistían a la reuniones de exalumnos del St. Hilda. En realidad, uno no puede ir a una reunión de exalumnos si no se ha graduado, y los niños del St. Hilda dejaban el colegio al acabar cuarto, sin ceremonia.

Lucinda Fleming era la infatigable organizadora de las reuniones de su clase en el St. Hilda, la clase en la que se habría graduado Jack de haber sido niña. Maureen Yap, cuyo apellido de casada sería siempre un misterio, asistió a las reuniones con regularidad, incluso en los años sin reunión programada. Las gemelas Booth también eran asiduas; siempre estaban juntas. Pero Lucinda jamás mencionó los idénticos chupeteos de manta de las gemelas en las cartas que escribía por Navidad. (Jack se preguntaría si las Booth seguían emitiendo ese sonido).

Caroline French siempre faltaba a las reuniones. Si Caroline todavía pataleaba de vez en cuando, lo hacía sola. Su gemelo antagonista, Gordon, había muerto en un accidente de navegación no mucho después de abandonar el St. Hilda, cuando Jack aún iba a otro colegio. Como Jack descubriría, es asombroso lo mucho que uno puede echar de menos a personas que apenas ha conocido. Incluso a personas que nunca le han inspirado especial simpatía.

El último día de Jack en el colegio, en la primavera de 1975, se vio marcado por la insólita circunstancia de que tanto Emma Oastler como la señora McQuat lo acompañaron hasta el Lincoln Town Car, que Peewee, cumplidor de su deber, había aparcado con el motor en marcha frente a la entrada de Rosseter Road. Había sido la última voluntad de la señora Wicksteed que Peewee continuase siendo el chófer de Jack hasta que concluyera su etapa en el St. Hilda.

Emma y Jack se acomodaron en el asiento trasero del Town Car como si sus vidas no estuviesen a punto de cambiar. Peewee lloraba. La vida de este sí que estaba a punto de cambiar; en realidad, con la muerte de la señora Wicksteed y la repentina marcha de Lottie a la isla del Príncipe Eduardo, ya había cambiado. Inclineda junto a la ventanilla abierta, el Fantasma Gris acarició la mejilla de Jack con su mano fría como un soplo invernal en la verdeante primavera.

—Puedes... escribirme, Jack —dijo la señora McQuat—. De hecho, te... recomiendo que lo hagas.

—Sí, señora McQuat —respondió el niño.

Peewee aún sollozaba cuando el Town Car arrancó.

—Más te vale que me escribas a mí también, ricura —decía Emma.

—El culo siempre a cubierto, señorito —gimoteó Peewee—. Ojos en el cogote, y el culo siempre a cubierto.

Sentado en el asiento de atrás, Jack guardó silencio, poco más o menos como en el viaje de ida y vuelta al funeral de la señora Wicksteed. Entretanto, su madre le repetía una y otra vez que el verano que se avecinaba no serían unas «vacaciones». Le dijo que se estaba dedicando a la tarea de preparar a Jack para ir al colegio.

«Tienes que aprender a tratar con chicos, Jack».

Alice, cuya valoración de las escasas aptitudes atléticas de Jack era exagerada pero en gran medida cierta, solicitó los servicios de cuatro hombres a quienes había tatuado para que instruyesen a su hijo en el viril arte de la autodefensa. La forma de autodefensa elegida era asunto de él, dijo su madre.

Tres de los hombres tatuados eran rusos: uno ucraniano y dos bielorrusos. Eran luchadores. El cuarto, tailandés, era un excampeón de *kickboxing* conocido como Mister Bangkok, que como luchador había adoptado el sobrenombre de Krung. Mister Bangkok y el luchador ucraniano —su nombre era Shevchenko, pero Alice lo llamaba Chenko— tenían cierta edad y eran calvos. Krung lucía tatuadas unas cuchillas en forma de galones en las mejillas, y Chenko, un lobo gruñendo en la calva. (Cuando Chenko se inclinaba para saludar a un adversario aparecía el lobo hostil).

«Un tatuaje ucraniano, supongo», le dijo Alice a Jack con manifiesta aversión. Las cuchillas faciales de Krung eran «una cosa tailandesa», comentó Alice. Los dos tenían corazones rotos tatuados en el pecho. Obra de Alice la Hija, Jack no necesitaba que se lo dijese.

En el viejo y mugriento gimnasio de Bathurst Street, la práctica del *kickboxing* predominaba ligeramente sobre la de la lucha. Negros y asiáticos constituían la principal clientela, pero también acudían unos cuantos portugueses e italianos. Los dos bielorrusos eran taxistas jóvenes nacidos en Minsk («minskis», los llamaba Chenko). Boris Ginkevich y Pavel Markevich lucían escasos tatuajes, pero se dedicaban a la lucha en serio, y Chenko era su entrenador y preparador técnico.

Boris y Pavel exhibían tatuajes en el sitio preferido de los luchadores, la parte alta de la espalda, entre las paletillas, para que se vieran por encima de la malla. Boris tenía el ideograma chino que representa la buena suerte, y Jack reconoció que se trataba de uno de los tatuajes más recientes que hacía su madre. Pavel llevaba tatuado entre las paletillas un instrumento quirúrgico (un tenáculo): un gancho fino y puntiagudo con un mango. Como Pavel explicó a Jack, el tenáculo se empleaba principalmente para mantener sujetas las arterias.

Algunos dibujos de Alice la Hija y del Chino alegraban las paredes del viejo gimnasio, uno de los pocos lugares de Toronto donde se hacía publicidad del estudio de tatuaje del Chino. Incluso los espejos de la zona de entrenamiento con pesas estaban orlados de corazones rotos de Alice, y su Perdición del Hombre se exhibía en el vestuario de hombres; no obstante, los ideogramas y símbolos chinos eran la nota dominante en la decoración del gimnasio. Jack reconoció el ideograma que representaba la longevidad, y los cinco murciélagos que designaban las así llamadas cinco fortunas. Y estaba el característico cetro del Chino, la espada corta que simbolizaba «todo según tus deseos».

Jack le había dicho a su madre que, de los tatuajes del Chino, ese era su preferido; ella contestó: «Olvídate». Al niño le gustaba también la cidra en forma de dedo

conocida como la Mano de Buda, que Alice o el Chino habían tatuado en el muslo de Krung.

En el viejo gimnasio se encontraban además los ideogramas chinos que representaban el ciervo y el número de la suerte, el seis, así como el símbolo de la peonía, un jarrón chino y la carpa saltando por encima de la puerta del dragón. Lo que se llama puerta del dragón es una cascada, y la carpa salta contra corriente, cascada arriba; al hacerlo, se convierte en dragón. Este era un tatuaje que abarcaba toda la espalda; se requerían días, a veces semanas. Alice decía que algunas personas con tatuajes en toda la espalda sentían frío, pero Tattoo Ole había discrepado de ella a este respecto. Ole sostenía que solo las personas con tatuajes en todo el cuerpo sentían frío, y no en todos los casos. (Según Alice, la mayoría de las personas con tatuajes en todo el cuerpo sentían frío).

Había también una diosa lunar en el gimnasio de Bathurst Street, y la llamada reina madre del oeste, que en la leyenda taoísta tiene el poder de conferir la inmortalidad. Y el carácter chino de la doble felicidad, que Alice se negaba a tatuar; era sinónimo del matrimonio y ella ya no creía en esas cosas.

El gimnasio había sido en otro tiempo una tienda de alfombras. Los grandes escaparates, que daban a la acera de Bathurst Street, atraían a los viandantes más curiosos. En el barrio, las clases de *kickboxing* del antiguo Mister Bangkok eran famosas. Krung, pese a los galones tatuados en sus mejillas y la Mano de Buda en un muslo, era un monitor muy solicitado. Había clases de *kickboxing* para todos los niveles. Jack se incorporó a una clase para principiantes, lógicamente; debido a la edad y el tamaño del niño, sus únicos compañeros de entrenamiento posibles eran mujeres.

La madre de Jack lo había dejado en las capaces manos (los capaces pies, para ser más exactos) de Mister Bangkok, a fin de que aprendiese a defenderse de los bravucones, especie al parecer muy corriente entre los chicos de cierta edad, sobre todo en los colegios solo para niños. Pero Jack se encontró una vez más en una situación en la que los adversarios más peligrosos eran mujeres mayores. Cuando el niño preguntó a la señora jamaicana del culo grande si conocía a su amigo Peewee, ella le contestó: «A mí no me venga con Peeweés, señorito». Para tranquilidad de Jack, era demasiado grande para ser su compañera de entrenamiento.

Lo emparejaron con una mujer portuguesa de más de cuarenta años, la señora Machado, quien le informó de que sus hijos ya crecidos se habían marchado, y la habían dejado sin protección frente a los imprevisibles ataques de su exmarido. Según la señora Machado, se veía obligada a cambiar continuamente la cerradura de su apartamento. Su exmarido aún le exigía que cumpliera con los deberes conyugales pese a que ya no era su mujer. Como él regresaba reiteradamente al apartamento, bien para forzarla a mantener relaciones sexuales, bien para darle una paliza, la señora Machado estaba aprendiendo a pelear.

Por razones no muy distintas, las mujeres de la clase de principiantes de Krung

tenían un interés especial en dominar la patada en la entrepierna. (En el caso de Jack, esto significaba que la señora Machado le golpeaba en la zona del pecho y la garganta). En opinión del antiguo Mister Bangkok, la patada en la entrepierna era «impura»; no obstante, Jack y las mujeres de la clase para principiantes de Krung tenían motivos más vitales que la *pureza* del *kickboxing* para dominar una maniobra dirigida a la entrepierna. Si iba a padecer el acoso de chicos mayores, Jack no estaba en contra de aprender la patada en la entrepierna.

La señora Machado era todo un reto como compañera de entrenamiento. Mujer baja y robusta de cabello negro áspero y lustroso y pechos caídos y flácidos, paraba casi todas las patadas del niño con los amplios muslos o volviéndose de lado y recibiendo las patadas en las anchas caderas. Y pese a lo baja que era, Jack era más bajo aún. Él medía un metro cuarenta y pesaba treinta y cinco kilos. La señora Machado medía un metro cincuenta y cinco y pesaba setenta kilos. Ella pateaba con mucha más fuerza que él.

«Te saldría más a cuenta *luchar* con ella», aconsejó Chenko a Jack. «Solo sería cuestión de no acabar *debajo* de ella».

Chenko respetaba a Krung y a los kickboxers más diestros del gimnasio, pero sentía desprecio por las mujeres de la clase para principiantes de Krung, la señora Machado incluida. Esta pateaba con fuerza, pero no era muy ágil. En opinión de Chenko, la señora Machado nunca sería capaz de defenderse de su exmarido a patadas. Tendría que inutilizarlo a la primera patada; si fallaba, la pelea habría terminado. Chenko pensaba que a la señora Machado le saldría más a cuenta aprender lucha.

En cuanto a la posible defensa personal de Jack, Chenko consideraba que el niño apenas tendría éxito defendiéndose —tanto con el *kickboxing* como con la lucha— hasta que creciese unos cuantos centímetros y aumentase de peso unos treinta o cuarenta kilos. «No veo que tu madre le esté sacando partido todavía al dinero que gasta», dijo Chenko a Jack; esto fue cuando Jack y la señora Machado llevaban intercambiando patadas alrededor de una semana.

Pero ¿no era acaso dinero de la señora Oastler? (Ella sí le sacaba partido al dinero que gastaba, sospechaba Jack). Leslie Oastler lo llevaba en coche al gimnasio de Bathurst Street antes de que su madre se levantara por la mañana. Jack pasaba allí todo el día. Practicaba el *kickboxing* con la señora Machado; brincaba sobre un pie durante cinco minutos seguidos; estiraba y estiraba, pues el objetivo consistía en golpear una y otra vez con el pie a una altura por encima del hombro sin perder el equilibrio.

Jack desenrollaba las colchonetas con Chenko, las desinfectaba y las secaba. Llevaba toallas limpias, botellas de agua y naranjas cortadas en cuartos a los kickboxers y a los luchadores. Cuando llegaban los minskis a media tarde, Jack se sentaba junto a las colchonetas con Chenko y observaba a Boris y a Pavel sacudirse de lo lindo. Los dos pesaban aproximadamente lo mismo que la señora Machado,

pero eran delgados, dos taxistas muy curtidos que rondaban los treinta años. Chenko tenía orejas de coliflor, pero Boris y Pavel tenían los dos el cuello corto y poco más que tejido cicatrizal por cejas, y las orejas de los minskis eran pedazos de masa desiguales, no mucho más reconocibles (como orejas) que las de Chenko.

Las técnicas de lucha que Jack aprendió eran rudimentarias, en su mayor parte defensivas. Una llave de brazo rusa y una presa frontal de cabeza, un tres cuartos de nelson y una doble presa al cuello. Además, Boris tenía una extraordinaria presa de cuerpo cruzado; de pie, Pavel tenía un buen derribo con movimiento descendente, un tirón de brazo mejor todavía y una excepcional presa de tobillo. Chenko era un experto en la presa de muslo, pero Boris y Pavel preferían el derribo con presa exterior a una sola pierna. A Chenko le gustaba la caída lateral, pero solo si el adversario era de una estatura similar. En el gimnasio de Bathurst Street no había nadie de la estatura de Jack. En lucha, no tenía un adversario real; se limitaba a ejercitar los movimientos repetidamente con Chenko, Pavel y Boris.

A veces, cuando la señora Machado le había asestado a Jack sus mejores patadas a la entrepierna en la zona del pecho y la garganta —especialmente cuando le había cortado la respiración de un golpe—, él conseguía convencerla para que se «revolvase» con él en el tapiz de lucha. Ella no era de la estatura adecuada para la caída lateral, pero Jack podía aplicarle una presa de tobillo en todo momento, cosa que la señora Machado encontraba frustrante, y cuando lograba derribarla sobre el tapiz, la inmovilizaba con una presa de cuerpo cruzado. No podía escaparse de él.

Para ser justos, digamos que Chenko enseñó a la señora Machado un tirón descendente con gancho; cuando ella derribaba a Jack mediante esta técnica y lo tenía a cuatro patas, él no podía escapar de ella. (Simplemente se tendía sobre el niño con sus treinta y cinco kilos de ventaja, respirando con dificultad). «¡Ja!», gritaba la señora Machado al derribarlo, exactamente la misma exclamación que cuando asestaba sus mejores patadas en la entrepierna.

Caso de que Jack hiciera algún avance en su defensa personal, no tenía manera de ponerlo a prueba. Al final del día, Emma lo atacaba implacablemente, en el sofá o en la alfombra de la sala de estar, o en su habitación o en una de las habitaciones de invitados, dos de las cuales ocupaban Jack y su madre durante el verano. Ya con diecisiete años cumplidos, Emma era más alta y pesada que la señora Machado. Emma podía aniquilar a Jack. Nada de lo que él había aprendido surtía efecto con ella, lo cual suponía un golpe considerable para la confianza en sí mismo.

A mediados de junio, la señora Oastler mandó a Emma a lo que describió como un programa de control del peso en California. «La granja de los gordos», lo llamaba Emma. Jack nunca había considerado a Emma gorda, pero la señora Oastler sí. Tal vez el amor propio de Emma se vio más socavado todavía por el aspecto esbelto y atractivo de Alice, si bien Alice no era ni mucho menos tan menuda como Leslie Oastler.

Era un programa de dos semanas para perder peso —pobre Emma—, y durante



ese tiempo se contrató a la señora Machado para que le diera la cena a Jack e hiciera de canguro hasta que su madre y la señora Oastler llegasen a casa (normalmente mucho después de que la señora Machado hubiese acostado al niño). Así, la compañera de entrenamiento en *kickboxing* y ocasional adversaria en lucha de Jack pasó a ser su niñera, la inconcebible sustituta de Lottie.

A la hora de irse a la cama, la señora Machado y Jack peleaban un poco —sin contacto pleno, «sin completar los movimientos», como habría dicho Chenko—, y la señora Machado lo dejaba acostado con la puerta que daba al pasillo del ala de invitados abierta y la luz del final del pasillo encendida. Antes de dormirse, Jack la oía a menudo hablar por teléfono. Hablaba en portugués; Jack suponía que con alguno de sus hijos ya crecidos que se habían «marchado». Debían de vivir en algún lugar de Toronto; teniendo en cuenta la duración de dichas conversaciones, sin duda eran llamadas urbanas. No era infrecuente que la señora Machado acabase llorando al final de las llamadas.

Jack se quedaba dormido al son de su llanto, mientras ella se paseaba descalza por los hermosos salones de la planta baja de la mansión de los Oastler; a veces se oía el chirrido de sus pies sobre los suelos de madera noble cuando giraba bruscamente sobre la punta de un pie al tiempo que levantaba el otro para golpear por encima del hombro. En tales ocasiones, Jack sabía que la señora Machado se imaginaba que estaba moliendo a patadas a su exmarido, o a algún otro agresor. Al fin y al cabo, Jack conocía bien el ejercicio, incluido el sonido del movimiento de pies.

Una de las primeras noches cálidas del verano, hacia finales de junio, la señora Machado lloraba mientras giraba y lanzaba patadas con tal estridencia que Jack la oía por encima del sonido del ventilador del techo. (La mansión de los Oastler tenía aire acondicionado, pero no en el ala de invitados; Jack y su madre disponían de ventiladores en el techo). Para el tiempo caluroso, Alice había comprado lo que ella llamaba «pijamas de verano», a saber, sus primeros calzoncillos bóxer. Le venían un poco grandes.

El niño se levantó de la cama con unos calzoncillos a cuadros que le llegaban hasta las rodillas. Muy apropiadamente, los cuadros eran grises y marrones, los familiares colores del St. Hilda. Siguió la luz hasta el final del pasillo del ala de invitados y bajó a ofrecer consuelo en la medida de sus posibilidades a la señora Machado. Jack la vio en el salón delantero; daba vueltas alrededor del reloj de pie como si el reloj fuese su adversario. Cuando la señora Machado permanecía en equilibrio sobre el pie izquierdo, a Jack le impresionó la perfección de la postura, con la rodilla de la pierna que golpeaba flexionada y el pie en ángulo recto respecto al tobillo, igual que la cabeza acampanada de una cobra.

Jack habría dicho algo, o como mínimo se habría aclarado la garganta, pero la señora Machado estaba tan concentrada que temió sobresaltarla si hablaba. Además,

resollaba de tal modo que no había oído los pasos del niño al bajar por la escalera; sollozos cortos y ahogados entrecortaban su respiración. Tenía el rostro bañado en lágrimas, sudaba, la camiseta negra sin mangas se le había salido de la cinturilla del pantalón de gimnasia de color celeste, y sus pechos pesados y caídos se balanceaban mientras ella se mecía de atrás hacia delante sobre el pie izquierdo —lo que Krung llamaba «el pie pivote»— y mantenía el punto de equilibrio con determinación.

La señora Machado debió de ver el reflejo parcial de Jack en la puerta de cristal del reloj: un hombre semidesnudo, de la estatura de ella o un poco más alto, aproximándose furtivamente desde atrás. Jack se encontraba aún a dos o tres peldaños del salón, de ahí que la señora Machado calculase mal su estatura. (Y quizá su exmarido tenía por costumbre quitarse casi toda la ropa antes de atacarla). El agudo chirrido de su pie pivote dejó a Jack paralizado en la escalera. Mister Bangkok habría estado orgulloso de su patada en la entrepierna, pese a que Krung, en su purismo, desaprobaba tales patadas. Como Jack estaba en la escalera, la señora Machado dio en el blanco un poco por debajo de lo que Jack esperaba. Su patada con contacto pleno lo alcanzó en las pelotas. «¡Ja!», exclamó ella.

Jack se plegó como unos calzoncillos sin nadie dentro. Quedó tendido en posición fetal en el salón delantero. Tenía la sensación de que los testículos, que de pronto, se imaginó, eran del tamaño de pomelos, le habían subido a la garganta.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —exclamaba la señora Machado, brincando aún sobre un solo pie.

Jack quería morir, o al menos vomitar, pero ninguna de esas dos opciones parecía estar a su alcance.

—¡Enseguida vengo al rescate con hielo, mucho hielo! —vociferaba con marcado acento portugués la señora Machado desde la cocina.

A continuación lo ayudó a levantarse y, medio en volandas, lo llevó escalera arriba; una bolsa de plástico llena de cubitos le colgaba de los dientes.

—¡Jack, Jack! ¡Mi pobre y querido Jack! —consiguió decir la señora Machado entre los dientes apretados.

Extendió una toalla de baño sobre la cama de Jack y le hizo quitarse los calzoncillos. Como ya les había enseñado el enano a Emma y a sus amigas, Jack sentía más nerviosismo por el hielo que vergüenza. Sin embargo, la señora Machado pareció alarmarse por lo pequeño que era su pene. Quizás había tenido hijas. (O si había tenido hijos, acaso hubiesen sido niños hacía mucho tiempo; tal vez la señora Machado había olvidado el ridículo tamaño de sus pelotas y sus penes).

—¿Es más pequeño? —preguntó alarmada.

—¿Más pequeño que qué?

—Más pequeño de lo que era antes de la patada.

Jack se apresuró a echarse un vistazo, pero todo parecía igual que siempre. Le dolían las pelotas, le palpitaba el pene y puede que el enano se hubiese encogido ante la perspectiva del hielo, que la señora Machado le colocó alrededor de las pelotas y el

pene mientras él yacía de espaldas sobre la toalla.

—Está frío —dijo—. Me duele más.

—Solo te dolerá más unos minutos, Jack.

—Ah. ¿Cuánto tiempo hay que dejar el hielo puesto?

—Quince minutos.

Eso parecía tiempo de sobra para *congelar* un pene, pensaba Jack.

—¿Ha puesto alguna vez hielo en un pene? —preguntó a la señora Machado.

—De esta manera no —contestó ella.

Tenía el pene tan frío que se echó a llorar. La señora Machado se tendió junto a él y lo meció entre sus brazos. Cantó una canción portuguesa. Al cabo de diez minutos, Jack aún se estremecía, pero los dientes ya no le castañeteaban. Para que el niño entrase en calor, la señora Machado se estiró encima de él, sus pechos parecían un cojín de sofá encajado entre ellos.

—Yo también noto el hielo, ¿sabes? —dijo la señora Machado al cabo de uno o dos minutos—. No es para tanto.

El dolor había remitido; tenía las pelotas adormecidas y no se sentía el pene.

Pasados quince minutos, la señora Machado retiró la bolsa de hielo. Jack temía mirarse por si había desaparecido. Oyó cómo la señora Machado vertía el agua helada y los cubitos restantes en el lavabo. Regresó a la cama y se sentó al lado de Jack.

—Está muy roja —observó.

—No siento nada. Creo que se ha muerto —dijo Jack.

Ella dio unos delicados golpes al enano con la toalla.

—Creo que volverá a la vida —declaró la señora Machado sosteniendo la toalla contra su pene.

Jack notaba el calor de su mano a través de la toalla. Estaba sentada de perfil con respecto a él. Llevaba el cabello negro, áspero y lustroso, recogido en una alborotada cola: su «peinado de combate», lo llamaba la señora Machado. Jack vio que bajo la barbilla y en el cuello tenía la piel flácida y colgante, y que los pechos le llegaban hasta la gruesa cintura. Nunca había sido guapa. Pero cuando uno tiene diez años y una mujer le agarra el pene, todo lo demás es secundario.

—¡Ja! —dijo la señora Machado al retirar la toalla—. ¡El señor Pene ha vuelto a la vida con grandes planes! —El enano no estaba acostumbrado a un trato tan respetuoso. (El señor Pene recibía más a menudo expresiones de decepción, incluso de menosprecio y reproche). Visiblemente halagado por las atenciones de la señora Machado, el enano se había recobrado de sobra de la patada en la entrepierna; para la ocasión, el pene de Jack se irguió con la firme determinación de un héroe de guerra —, ¡Dios mío, señor Pene! —exclamó la señora Machado con su particular deje portugués—. ¿Es solo puro alarde o acaso quiere usted algo?

Los penes siempre quieren algo, claro está, aunque Jack, a los diez años, no por ello era capaz de expresar con exactitud cuáles eran los deseos del suyo. Sin embargo la señora Machado debía de adivinar el pensamiento.

—¿En qué está pensando el señor Pene? —preguntó al enano.

—No lo sé, señora Machado —contestó Jack con toda sinceridad.

Cuando Jack le rozó la cadera con el dorso de la mano, fue un contacto fortuito, pero no fue casualidad que la señora Machado arrimase a él la cadera y le inmovilizase el brazo contra el costado. Con un rápido movimiento, se llevó la mano detrás de la cabeza y se soltó la cola, y cuando se inclinó sobre el pene, su cara quedó oculta tras el pelo. El enano sentía su aliento.

—Me parece que ya sé lo que quiere el señor Pene —dijo la señora Machado.

Jack notó el peso de sus pechos en el abdomen cuando ella se metió el pene en la boca. En retrospectiva, Jack admitiría que desde ese momento el señor Pene había estado un poco inquieto. El correspondiente movimiento de cadera de Jack fue involuntario, pero su excitación no fue del todo placentera. (¡El niño temía que la señora Machado lo enguliese!).

—¿Qué pasa? —preguntó Jack.

Quizá Chenko se había equivocado al suponer que la señora Machado no era muy ágil, porque desplazó el peso de su cuerpo y cambió de posición tan súbitamente que, por su parte, Jack fue incapaz de responder con un solo movimiento. Seguro que la señora Machado no era una maga, pero Jack no la vio quitarse la camiseta ni el sujetador, y cómo logró deshacerse de los pantalones de gimnasia de color celeste y de las bragas sería siempre un misterio para él. Solo alcanzó a atisbar el *enorme* sitio peludo entre sus piernas; es decir, *enorme* en comparación con los centros de actividad que había visto antes, el de la señora Oastler y el de Emma. Y si el tatuaje de la Rosa de Jericó de su madre presentaba una uniformidad artística —es decir, la flor dentro de la rosa era siempre la misma—, Jack advirtió (en el momento en que la señora Machado lo montó) que el modelo real era notablemente distinto en cada caso. A partir de la irrefutable prueba de estos ejemplos formativos, el desafortunado destino de Jack Burns sería creer que cada vagina era única.

Cuando la señora Machado se sentó a horcajadas sobre él, rodeándole las caderas con los muslos, él volvió a preguntarle con mayor apremio:

—¿Qué pasa?

A Jack le habría dado más miedo (cuando ella guio al enano hacia su interior) si no hubiese tenido ya conocimiento previo de los intrincados pliegues de la flor escondida en una Rosa de Jericó. Al menos sabía adonde iba. El temor del niño era que *todo* él entrase de algún modo en la señora Machado, tan pequeño se sentía.

Sus caderas obedecían aún al impulso involuntario de moverse, pero no podía hacerlo con todo el peso de la señora Machado encima. Un hilillo de sudor corría entre los pechos de la mujer, que envolvían la cara de Jack.

—Lo que pasa, mi querido Jack, es que el señor Pene va a llorar.

—¿Cómo va a llorar? —consiguió preguntar él, aunque su voz quedó ahogada entre los pechos de la señora Machado.

—Lágrimas de alegría, pequeñín —dijo ella.

Jack conocía la expresión, pero la encontró alarmante aplicada a su pene.

—No quiero que el señor Pene llore —dijo él.

—Va a pasar de un momento a otro, querido. No tengas miedo; no te dolerá.

Pero Jack sí que tenía miedo. (¿Acaso no lo había prevenido Chenko del peligro de acabar *debajo* de ella?).

—¡Señora Machado, estoy asustado! —gritó.

—Ya casi hemos terminado, Jack.

El niño sintió que algo salía de él. Si se hubiese propuesto describirle la sensación al Fantasma Gris, habría dicho que había perdido el alma. Algo de capital importancia le había abandonado, pero su marcha había pasado casi inadvertida, como la infancia. Jack imaginaría durante muchos años que fue ese el momento en que le volvió la espalda a Dios sin pretenderlo. Tal vez Dios se había escabullido cuando Jack miraba en otra dirección.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó a la señora Machado, que había dejado de restregarse contra él.

—Lágrimas de alegría. Es tu primera vez, me parece.

Pero de hecho no era su primera vez. (La primera vez, las lágrimas de alegría de Jack habían ido a parar a la frente de Penny Hamilton).

—Es la segunda vez —dijo el niño a la señora Machado—. Pero la primera vez se me olvidó respirar. Esta ha estado mejor.

—¡Ja! —exclamó la señora Machado—. A mí no me engañas, querido.

Jack no intentó convencerla. Cuando uno tiene a una mujer de setenta kilos sentada encima y él pesa solo treinta y cinco, no discute. Además, Jack observaba con fascinación a la señora Machado mientras esta se vestía. Lo hizo con la mayor parsimonia, sobre todo si se tenía en cuenta lo deprisa que se había desnudado. La señora Machado continuó sentada sobre él mientras se ponía el sujetador y la camiseta; finalmente tuvo que retirarse de encima de él para ponerse las bragas y el pantalón de gimnasia de color celeste.

Había una mancha de humedad en la cama, que la señora Machado secó con la toalla. Echó la toalla al cesto de la ropa sucia y llenó la bañera hasta la mitad, le indicó a Jack que se lavase, en particular el señor Pene. Jack percibió un olor intenso y desconocido que desapareció en la bañera. Lo extraño de aquel olor fue que no habría sabido decir si le gustaba o no.

Cuando Jack volvió a la cama, la mancha seguía húmeda, pero la señora Machado había ido a buscar unos calzoncillos limpios, le dijo que se los pusiese. Jack se tendió, no en la mancha de humedad, sino lo bastante cerca para tocarla con la mano. La mancha estaba fría, y él notó un estremecimiento, como si se arrodillase en el suelo de piedra de la capilla de espaldas a Dios, o quizás una de aquellas mujeres que atendían a Jesús en el vitral situado por encima del altar se hubiese metido en la cama con él.

Sabía que la mujer del vitral era una santa porque era invisible. La señora

Machado no la veía, pero Jack percibió la frialdad que emanaba de su cuerpo invisible, tan duro como el suelo de piedra de la capilla, y con el que todo contacto estaba tan prohibido como con el vitral situado encima del altar del que había salido.

—No se vaya —susurró a la señora Machado.

—Es hora de dormir, querido mío.

—¡No se vaya, por favor! —rogó el niño.

Por algún motivo, Jack tenía la certeza de que la santa del vitral esperaba a que la señora Machado se fuese. Ignoraba qué planes albergaba la santa para él. Volvió a tocar la mancha fría y húmeda de la cama, pero no se atrevió a alargar la mano más allá sin saber qué sentiría.

—Mañana lucharemos como locos —decía la señora Machado—. ¡Ya nada de patadas, solo lucha!

—Tengo miedo —dijo Jack.

—¿Te duele, querido?

—Si me duele ¿qué?

—El señor Pene.

—No, pero me lo noto cambiado —contestó.

—¡Ha cambiado! Ahora el señor Pene tiene un secreto.

—¿Qué secreto?

—Lo que le ha pasado al señor Pene es nuestro secreto, querido.

—Ah.

¿Había accedido a compartir el secreto con la señora Machado? Sintió que la santa se alejaba, o acaso fuese el propio Jack quien se alejó. ¿Había vuelto la santa al vitral? (¿O era su propia *infancia* lo que sintió Jack que se alejaba?).

—*Boa noite* —susurró la señora Machado en portugués.

—¿Cómo?

—Buenas noches, pequeñín.

—Buenas noches, señora Machado.

Desde la puerta de la habitación, se veía cómo la luz del fondo del pasillo del ala de invitados la iluminaba por detrás. Al ver su silueta gruesa y cuadrada, Jack recordó el comentario de Chenko acerca de la postura de la señora Machado como luchadora: a saber, que se plantaba igual que un oso erguido sobre las patas traseras, como si la señora Machado se hubiese sentido más a gusto a cuatro patas.

Desde el pasillo, como para recalcarle su secreto, la señora Machado susurró una vez más:

—*Boa noite*, señor Pene.

Jack no durmió bien; soñó, claro. ¿Le preocupaba que la santa del vitral volviese a su cama mientras dormía, o le preocupaba más que la santa le volviese la espalda, como él, se temía, le había vuelto la espalda a Dios?

Jack se dio cuenta de que su madre y la señora Oastler habían llegado a casa no porque se despertase cuando su madre entró en la habitación y le dio un beso —al menos eso le decía su madre, que entraba en su habitación y le daba un beso cada noche—, sino porque las luces del pasillo se veían diferentes. Habían apagado la lámpara del fondo y la puerta de la habitación de su madre estaba entreabierta y la luz de su cuarto de baño iluminaba tenuemente el pasillo. La del cuarto de baño de Jack también estaba encendida y proyectaba una delgada y brillante raya de claridad por debajo de la puerta.

Jack también tomó conciencia de su sueño húmedo, porque la mancha fría y húmeda de la cama se había secado, pero cerca había una mancha más húmeda, aún caliente, donde el enano había derramado unas cuantas lágrimas de alegría más. Quizás había soñado con la señora Machado. Se preguntó si le hablaría a Emma de su sueño húmedo, que Emma había anunciado mucho tiempo antes. (Jack Burns se preguntó si alguna vez le hablaría a alguien de la señora Machado).

Se levantó de la cama y cruzó el pasillo hacia la habitación de su madre, pero no la encontró allí; la cama ni siquiera estaba deshecha. Jack fue a buscar a su madre por la mansión a oscuras. La señora Machado debía de haberse ido a su casa, porque las luces de abajo estaban apagadas. El niño dejó el ala de invitados y entró en el pasillo donde se hallaba la habitación vacía de Emma. Vio una luz parpadeante; salía por debajo de la puerta de la habitación de Leslie Oastler.

Quizá la señora Oastler y su madre veían la televisión, pensaba Jack. Llamó a la puerta, pero no lo oyeron. O quizá se olvidó de llamar y abrió sin más. El televisor estaba apagado; era una vela en la mesita de noche lo que parpadeaba.

Al principio, pensó que la señora Oastler estaba muerta. Tenía el cuerpo arqueado como si se le hubiese roto la columna y la cabeza le caía a un lado de la cama de tal modo que miraba hacia Jack pero con la cara del revés. El niño se dio cuenta de que no lo veía. Estaba desnuda y tenía los ojos muy abiertos y la mirada fija, como si la tenue luz del pasillo hiciese invisible a Jack, o fuese *él* quien estaba muerto y la señora Oastler mirase a través de él. Quizá se había muerto durante el sueño húmedo, imaginó Jack. (No le habría sorprendido averiguar que la experiencia con la señora Machado lo había matado, no solo la patada en la entrepierna, sino todo lo demás).

Alice se incorporó de pronto y se tapó los pechos con las manos. También estaba desnuda, pero Jack no la vio en la cama hasta que se movió. Se sentó muy erguida con las piernas de Leslie Oastler alrededor. La señora Oastler no se había movido, pero Jack vio que sus ojos ya no tenían la mirada perdida; experimentó un gran alivio cuando ella lo vio.

—No me he muerto, pero he tenido un sueño —dijo Jack.

—Vuelve a tu habitación, Jack; voy enseguida —respondió su madre.

Alice buscaba su camisón, lo encontró enredado entre las sábanas al pie de la cama. Leslie Oastler se limitó a quedarse allí tendida y desnuda mirando fijamente a Jack. A la luz de la vela, los pétalos rojos y rosados de la Rosa de Jericó parecían de

dos tonos de color negro: negro y más negro.

Jack estaba en el pasillo, de regreso a su habitación, cuando oyó decir a la señora Oastler:

—Ya no deberías dormir en la misma cama que él, Alice; es demasiado mayor.

—Solo lo hago cuando ha tenido una pesadilla —respondió Alice.

—Lo haces siempre que Jack quiere —replicó la señora Oastler.

—Lo siento, Leslie —oyó decir Jack a su madre.

El niño se acostó en su cama sin saber muy bien qué hacer o decir con respecto a la mancha húmeda. Quizá nada. Pero cuando su madre se metió en la cama con él, no tardó en descubrirla.

—Ah, era esa clase de sueño —dijo, como si aquello apenas contase como pesadilla.

—No es sangre, no es pipí —aclaró el niño.

—Claro que no lo es, Jack; es una polución.

Jack estaba totalmente confuso. (No alcanzaba a entender cómo un sueño húmedo podía tener algo que ver con la contaminación).

—No quería hacerlo —explicó—. Ni siquiera me acuerdo de haberlo hecho.

—No es culpa tuya, Jackie; los niños tenéis sueños húmedos, así sin más.

—Ah.

Deseó que ella lo abrazara; deseó acurrucarse contra ella tal como se acurrucaba contra ella después de una pesadilla cuando era más pequeño. Pero cuando intentó acercarse, le tocó sin querer los pechos y ella se apartó.

—Me parece que eres demasiado mayor para estar en la cama conmigo —dijo su madre.

—¡No soy demasiado mayor! —contestó Jack. ¿Cómo podía haber pasado tan deprisa de «no tener edad» a ser «demasiado mayor»? Tenía ganas de llorar, pero se contuvo. Su madre debió de percibirlo.

—No llores, Jack; eres casi demasiado mayor para llorar —dijo ella—. Cuando vayas al colegio lejos de aquí, no podrás llorar. Si lloras, los niños se burlarán de ti.

—¿Por qué voy a ir al colegio lejos de aquí? —preguntó él.

—Es lo mejor para todos —respondió su madre—. Dadas las circunstancias, sencillamente es lo mejor.

—¿Qué circunstancias?

—Sencillamente es lo mejor —repitió ella.

—¡No es lo mejor para mí! —gritó Jack.

Su madre lo abrazó y le dejó que se acurrucase contra ella. Así era como solía quedarse dormido cuando tenía cuatro años y estaban en Europa.

Jack tendría que haberle hablado a su madre de la señora Machado. (Si le hubiese hablado a su madre de la señora Machado, quizás Alice habría comprendido que él aún no tenía edad, que *nada* en él era demasiado mayor). Pero Jack no se lo contó. Se quedó dormido entre sus brazos, como en otros tiempos, o casi como en otros



tiempos. Algo en el olor de ella había cambiado. La cara de su madre despedía un aroma extraño. Jack se dio cuenta de que era el mismo olor intenso que había notado en la bañera. Quizás el aroma procedía de la señora Machado. Al igual que antes, le resultó raro no saber si el olor le gustaba o no. Incluso dormido, el olor persistió.

¿Cuánto tiempo llevaba Leslie Oastler en la habitación de Jack con ellos, sentada en el lado de la cama de Alice? Cuando Jack se despertó y la vio, en un primer momento no supo que era la señora Oastler. Pensó que era la santa del vitral. ¡Había vuelto a por él! (Tal vez era así como las santas se apoderaban de uno, quitándose primero toda la ropa).

Leslie Oastler estaba desnuda y frotaba a Alice entre las paletillas, en el sitio donde Boris tenía tatuado el carácter chino que representaba la buena suerte y Pavel el tatuaje de un tentáculo.

Jack debió de despertar solo una décima de segundo antes que su madre.

—Deberías ponerte algo, Leslie —decía Alice.

—He tenido un sueño —contestó la señora Oastler—. Un mal sueño.

—Vuelve a tu habitación, Leslie; voy enseguida —dijo Alice.

Jack observó a la señora Oastler mientras salía de la habitación; estaba muy orgullosa de su cuerpo, pensó el niño. Su madre lo besó en la frente. Jack volvió a percibir aquel olor; cerró los ojos intentando decidir aún si le gustaba o no. Su madre lo besó en los párpados. Era un olor difícil de valorar; no obstante, le pareció que le gustaba.

—Lo siento, Jack —dijo su madre.

Él mantuvo los ojos cerrados y escuchó los pasos suaves de los pies descalzos de su madre por el pasillo detrás de Leslie Oastler. Estaba impaciente por que Emma regresase de la granja para gordos de California. Sin duda Emma lo ayudaría a comprender estas nuevas e inquietantes «circunstancias», por usar la palabra con que su madre había descrito su relación con la señora Oastler.

Con la señora Machado como habitual compañera de entrenamiento, Jack mejoró considerablemente en lucha, aunque no tan considerablemente como ella. Era una rival batalladora —incluso Chenko quedó impresionado— y le doblaba el peso, una ventaja que él no podía contrarrestar. Jack aún conseguía inmovilizarla en el suelo con la presa de cuerpo cruzado, pero de entrada encontraba serias dificultades para derribarla; ella controlaba el combate de pie, hasta el punto de que Jack ya no podía aplicarle la presa de tobillo. Un tirón de brazo con presa a una sola pierna era el único derribo que Jack conseguía de vez en cuando, y era imposible inmovilizarla a menos que lograra hacerle una doble presa al cuello. Sencillamente era demasiado fuerte para él, sobre todo en el control de manos. Pero Jack sabía que estaba mejorando.

La señora Machado lo sabía también y lo alentaba. Dos tercios de los puntos que ambos anotaban eran de ella, pero era ella quien necesitaba un respiro. Él no se

cansaba.

La lucha era un deporte clasificado por pesos, le recordaba Chenko una y otra vez. Si tenía, o cuando tuviese, la oportunidad de luchar con un niño de su propio tamaño —coincidían Boris y Pavel—, Jack ganaría. Pero en la vida de Jack no había nadie de su tamaño, o al menos no lo habría durante lo que quedaba de aquel verano.

Cuando Emma volvió de la granja para gordos había perdido cinco kilos, pero ni su temperamento ni sus hábitos alimenticios habían mejorado. «No han hecho más que matarme de hambre, joder», se expresaba ella al respecto.

Emma seguía pesando más que la señora Machado, a quien sustituyó durante un breve periodo como niñera de Jack. Emma estuvo en Toronto menos de una semana antes de tener que marcharse al chalet de su padre en Georgian Bay para pasar allí todo el mes de julio. Aun así, en aquellas pocas noches que estuvieron solos, Jack podría haberle hablado a Emma de la señora Machado. Se abstuvo. Ya era bastante molesto hablarle de la madre de ella y de la suya propia, del hecho de descubrirlas juntas en la cama. Lo que más inquietó a Jack fue que Emma no se sorprendió.

—Bueno, las he visto hacer de todo menos lamerse —comentó con repugnancia—. ¡No me extraña que a ti te manden al puto Maine y a mí me dejen en el jodido internado!

—¿Lamerse qué?

—Déjalo estar, Jack. Son amantes, ¿vale? Se gustan tal como a las chicas suelen gustarles los chicos y viceversa.

—Ah.

—¡Me da igual lo que hagan! —exclamó Emma—. Lo que me cabrea, ricura, es que no nos digan nada. En lugar de eso se libran de nosotros.

Jack decidió que también tenía derecho a cabrearse porque no les dijese nada. Más injusto le parecía todavía que hubiese fotografías de Emma y Jack, a menudo juntos, por toda la casa de los Oastler. Sin duda esos retratos eran la prueba de que formaban una familia, de que aquel era el lugar de Emma y de Jack, y sin embargo los mandaban a otra parte.

Y si su madre no le hablaba a él de su amante, ¿por qué iba él a hablarle a su madre de la señora Machado? Era a Emma a quien debería haberle hablado de la señora Machado, es decir, antes de cuando lo hizo. Pero llegó julio casi sin que Jack se diera cuenta. Emma se marchó a Georgian Bay y la señora Machado volvió a ser su compañera de entrenamiento y niñera.

## 15 - Amigos de por vida

Si lo que la señora Machado le hacía a Jack podía considerarse «abusos», ¿por qué no lo vivió él en su momento como un abuso? Jack no tardaría en mantener otras relaciones *sabiendo* que eran sexuales; solo entonces identificó las cosas que él hacía y las cosas que le hacían a él como experiencias que había tenido antes con la señora Machado. Pero cuando ocurrieron, carecía del marco de referencia necesario para comprender lo inapropiado que era su comportamiento con él.

A veces le hacía daño físicamente, pero nunca a propósito. Y si bien le inspiraba repulsión, Jack muchas veces —en ocasiones simultáneamente— también sentía atracción. Con frecuencia, además, tenía miedo. O al menos no entendía qué le hacía ella, ni por qué; o qué quería ella que él hiciese y cómo tenía que hacerlo.

Una cosa era segura: ella lo apreciaba. Jack lo percibió ya entonces; ninguna reconstrucción posterior de su maleable memoria consiguió convencerlo de que ella, en el fondo de su alma, no lo adoraba. De hecho, aunque de manera confusa, la señora Machado lo hizo sentirse querido en un momento en que su madre lo mandaba a Maine.

Curiosamente, solo cuando Jack preguntaba a la señora Machado por sus hijos, ella montaba en cólera. Supuso que se habían hecho mayores, que por eso se habían «marchado», pero para ella era un asunto espinoso.

La señora Machado deseaba con toda su alma, o eso decía, que nadie se aprovechara nunca del señor Pene. Pero ¿quién iba a aprovecharse? ¿Las chicas caprichosas y las mujeres venales?

Jack ya era un adulto cuando visitó por primera vez a un psiquiatra, que le dijo que muchas mujeres que abusan sexualmente de niños creen protegerlos, y lo que los demás consideramos abusos para esas mujeres es una forma de cuidado maternal. («Bien raro», diría una chica que Jack aún no conocía).

Lo que en aquel entonces percibió Jack más claramente fue que él, de la noche a la mañana, pasó de ser un niño incapaz de esconder algo a su madre a ser un niño decidido a escondérselo *todo*. Más aún que someterse a tener relaciones sexuales con la señora Machado, aceptó plenamente la confidencialidad en torno a aquello, sobre todo la idea de mantenérselo en secreto a su madre.

Alice estaba tan entregada a Leslie Oastler —proceso que se desarrolló de forma paralela a su distanciamiento de Jack—, que el niño le habría mantenido en secreto cualquier cosa. Al parecer, la circunstancia de que la señora Machado estuviese obsesionada por hacer la colada —no solo las sábanas, toallas y calzoncillos de Jack, así como su ropa de deporte, sino también la ropa sucia de Alice y la señora Oastler — les pasó inadvertida a Alice y Leslie. (Si hubiese dejado *embarazada* a la señora Machado —si eso hubiese sido realmente posible—, es poco probable que Alice y la señora Oastler lo hubiesen notado).

Cuando Emma volvió de Georgian Bay en agosto —con el cuerpo bronceado y el

vello oscuro de los brazos rubio a causa del sol—, fue justo ella quien percibió que algo había cambiado en Jack, y no solo porque sus madres fuesen amantes.

—¿Qué te pasa, ricura? —dijo Emma—. ¿A qué viene tanta lucha? ¡Cualquiera diría que te estás follando a la señora Machado!

En retrospectiva, Jack se preguntaría por qué Chenko —o Boris o Pavel— no sospechó nada. Con toda seguridad observaron que muchas de las mujeres de las clases de *kickboxing* de Krung mostraban un desmesurado interés en verlo luchar con la señora Machado. Y cuando Emma regresó de Georgian Bay y se convirtió de nuevo en la niñera nocturna de Jack, sin duda Chenko, Boris y Pavel debieron darse cuenta de que él casi a diario, durante una hora o dos, se marchaba del gimnasio en compañía de la señora Machado, al final de la mañana o al empezar la tarde.

«Este niño se está haciendo mayor y es agosto en la ciudad. Necesita respirar aire fresco», anunciaba con su típico acento la señora Machado.

Iban a su casa, que estaba en St. Clair, a un paso de allí, un edificio sucio de color marrón oscuro, sin ascensor, donde la señora Machado mantenía a duras penas un apartamento con escasos muebles en la tercera planta. Desde el apartamento se veía parcialmente el barranco situado detrás del parque de *Sir Winston Churchill* y el embalse de St. Clair, y en el pequeño jardín del edificio, donde ya no brotaba la hierba, había unos columpios, un tobogán y una estructura de barras en desuso, como si *todos* los niños del edificio se hubiesen hecho mayores y se hubiesen marchado, y no hubieran nacido más niños para reemplazarlos.

En el reducido apartamento de la señora Machado el aire no era más fresco que en el gimnasio de Bathurst Street, y a Jack le llamaba la atención que no hubiese fotografías de la familia. Bueno, era natural que no hubiese retratos del exmarido de la señora Machado, ya que presuntamente la agredía con cierta periodicidad. ¿Para qué iba a querer un retrato de él? Pero de sus dos hijos solo conservaba dos fotografías, una de cada chico. En las fotografías tenían ambos la edad de Jack, aunque, según la señora Machado, se llevaban cuatro años y eran «ya hombres hechos y derechos». (No quiso decirle a Jack sus edades actuales, como si los propios números trajesen mala suerte, o su disgusto fuese tan grande que se negaba a admitir que ya no eran niños).

Era un apartamento de una habitación —por describirlo generosamente—, con solo una cómoda y un colchón de matrimonio en el suelo del dormitorio. Tenía una cocina-comedor, sin sala de estar, y no había siquiera un aparador o una alacena para los platos. Los cacharros de cocina brillaban por su ausencia, lo que inducía a pensar que la señora Machado, si comía, comía fuera. En cuanto a cómo daba de comer a su familia, cuando tenía familia, Jack lo ignoraba; no había siquiera mesa de comedor, ni sillas, y junto a la encimera insólitamente despejada de la cocina se alzaba un único taburete.

Más que un apartamento donde la señora Machado había criado a sus hijos, parecía un sitio adonde la señora Machado acababa de mudarse. Pero iban allí con la

única finalidad de mantener relaciones sexuales y darse una ducha rápida. A Jack no se le ocurrió preguntar dónde habían dormido sus hijos. Ni por qué aún se hacía llamar señora Machado, ni por qué en la placa del interfono del edificio se leía «S». Machado, como si el señora fuese o se hubiese convertido permanentemente en su nombre de pila. (Dada la presunta hostilidad del exmarido, ¿por qué era aún «señora»?).

Fueron estas citas en el apartamento, en el aire no precisamente fresco de agosto, lo que por fin le pasó factura a Jack, y no la lucha. Estaba siempre cansado. A Chenko le preocupaba que hubiese perdido más de dos kilos —la respuesta de su madre fue que Jack debía beber más leche—, y sus sueños húmedos, que habían empezado ese verano, cesaron de pronto. (¿Cómo iba a tener sueños húmedos cuando se lo tiraban casi a diario?).

Jack tenía sueños de otra clase; malos sueños, como habría dicho Leslie Oastler. Además, se lo tomó muy en serio cuando su madre le dijo que era demasiado mayor para estar en la cama con ella. Sabía que no sería bien recibido si se metía en la cama con su madre y la señora Oastler, y si conseguía —aunque fuese muy de cuando en cuando— persuadir a su madre de que se acostase con él, ella no se quedaba mucho rato. Jack sabía que Leslie venía a llevársela.

Sus «comidas familiares», de las que Emma hablaba con creciente desdén, ponían a prueba su aguante ante situaciones incómodas. Alice no sabía cocinar, a la señora Oastler no le gustaba comer, y Emma había recuperado los kilos que había perdido en California.

—¿Qué esperabas que me pasase en Georgian Bay? —preguntó Emma a su madre—. ¿Alguien pierde peso alimentándose a base de barbacoas?

Para cenar, por lo general, iban a un restaurante tailandés o encargaban comida para llevar. Como Emma decía:

—En mi caso, siempre se reduce a tailandesa o *pizza*.

—Por Dios, Emma —saltaba la señora Oastler—, toma solo una ensalada.

Fue durante uno de tales acontecimientos gastronómicos —*pizza* para llevar y ensalada— cuando Alice y Leslie abordaron el dilema de cómo trasladar a Jack a su nuevo colegio en Maine. Por lo visto, no había una manera clara de llegar hasta allí, ni era fácil. El niño tomaría un vuelo a Boston y desde allí viajaría en un avión más pequeño hasta Portland; una vez en Portland era necesario alquilar un coche, y Alice no sabía conducir. La señora Oastler sí conducía, pero no estaba muy dispuesta a ir a Maine.

—Si Redding estuviese en la costa, me lo plantearía —dijo Leslie. Pero Redding, que era el nombre del pueblo y del colegio para niños, se hallaba en la zona suroccidental de Maine, el Maine *interior*, no el Maine costero. (Existía, como descubriría Jack, una diferencia).

—Por Dios, yo tengo carnet de conducir; puedo llevarlo —terció Emma. Pero Emma, a los diecisiete años, no tenía edad para alquilar un coche en Portland, e

incluso Emma convino en que Redding se hallaba demasiado lejos para viajar por carretera desde Toronto.

Emma consultaba un mapa de Maine en lugar de comerse la ensalada.

—Redding queda al norte de Welchville —dijo—. Está al sur de Rumford, al este de Bethel, al oeste de Livermore Falls. ¡Dios mío, desde luego está en medio de ninguna parte!

—Podríamos contratar a Peewee para que lo acompañase e hiciese de chófer —propuso la señora Oastler.

—Peewee es ciudadano canadiense, pero nació en Jamaica —señaló Alice. (¿Acaso los estadounidenses veían con suspicacia a los canadienses nacidos en el extranjero que pretendían entrar en su país?).

—Podrían llevarme Boris y Pavel —sugirió Jack—. Son taxistas. —También eran luchadores, pensaba. Sabía que con ellos estaría a salvo. Pero Boris y Pavel aún no eran ciudadanos canadienses; habían solicitado recientemente el estatuto de refugiados.

Chenko no sabía conducir, y Krung, que conducía como un loco, era un tailandés de aspecto temible con cuchillas en forma de galones tatuadas en las mejillas. Dado que la guerra de Vietnam había terminado hacía solo unos años, Leslie Oastler y Alice dudaban de que en la aduana de Estados Unidos mirasen con buenos ojos a Mister Bangkok.

—Quizá la señora McQuat podría llevarme —sugirió Jack.

Su madre se puso tensa, como si la hubiesen abofeteado.

—No debe molestarse a los profesores en verano —dijo la señora Oastler con cierto misterio, o eso le pareció a Jack. Intuyó que existían otros motivos para que su madre desechase al Fantasma Gris; tal vez la señora McQuat había manifestado claramente su desaprobación ante los planes de mandar a Jack afuera.

La señorita Wurtz, como Jack sabía, pasaba parte del verano en Edmonton, pero no le entusiasmaba la perspectiva de que la Wurtz lo llevase a Redding. (El propio viaje habría sido objeto de una *dramatización*, de eso no le cabía la menor duda).

—¿Y la señora Machado? —preguntó Alice. Solo Emma advirtió que eso le quitó a Jack el apetito.

—Dudo que sepa conducir —comentó Leslie Oastler con desprecio—. Esa mujer es tan estúpida que ni siquiera sabe poner la ropa en el cajón debido después de lavarla.

—¿No te gusta la *pizza*, monada?

—Jack, aunque estés lleno, termínate la leche, por favor. No puedes perder más peso —dijo Alice.

—Si no quieres el resto de la *pizza*, me la comeré yo —se ofreció Emma.

—¿Y ese marica bajito, el profesor de arte dramático? —preguntó la señora Oastler a Jack—. ¿Cómo se llama?

—Señor Ramsey —contestó Emma—. Es simpático. ¡Es un buen hombre! No lo

llames «marica».

—Lo es, querida —dijo la madre de Emma—. Estoy segura de que con él no hay ningún peligro —añadió dirigiéndose a Alice—. Si hubiese *tocado* siquiera a un niño del St. Hilda, alguien habría tomado ya cartas en el asunto.

—¿No decíais que no había que molestar a los profesores en verano? —preguntó Jack.

—Al señor Ramsey no le importará —contestó la señora Oastler—. Salta a la vista que besa la tierra que pisas, Jack.

—La verdad, no sé... —empezó a decir Alice.

—¿No sabes qué, Alice? —preguntó Leslie Oastler.

—Es que es homosexual —contestó Alice.

—No son los hombres precisamente quienes tienden a tontear con Jack —observó Emma.

—El señor Ramsey me cae bien; por mí, no hay problema —dijo Jack.

—Si es que alcanza a ver por encima del volante, ricura.

—No se pierde nada con preguntarle —dijo Alice—. Quizás el señor Ramsey quiera un tatuaje.

—Es profesor, Alice; gana una miseria —precisó Leslie—. El señor Ramsey no necesita un tatuaje gratis; necesita dinero.

—Bueno... —dijo Alice.

Cuando Alice y la señora Oastler se fueron al cine, Emma se quedó a lavar los platos y acostar a Jack. Emma se comió los restos de *pizza* de todos. Jack entendía por qué estaba famélica: no había tocado su ensalada.

—Pon música, monada.

A Emma le gustaba cantar mientras comía. Hacía su mejor imitación de Bob Dylan con la boca llena. Jack puso un álbum titulado *Another Side of Bob Dylan* —a todo volumen, como le gustaba a Emma— y subió a prepararse para irse a la cama. Incluso con el grifo del lavabo abierto, mientras se cepillaba los dientes, oía cantar a Emma al son de *Motorpsycho Nightmare*. La canción debió de ensombrecerle el ánimo.

Cuando Jack se desvistió, se echó una ojeada al pene, que tenía un poco rojo y parecía irritado. Pensó en untarse crema hidratante, pero temía que le escociese. Se puso un «pijama de verano» limpio —sus calzoncillos— y se acostó esperando que Emma fuese a darle el beso de buenas noches.

Jack cayó en la cuenta de que echaba de menos rezar con Lottie. La única oración que rezaba era la que antes rezaba con su madre, que había dejado de rezar con él (otra consecuencia de haberse hecho demasiado mayor, por lo visto). Además, dada su nueva vida con la señora Machado, esa consabida oración escocesa parecía poco apropiada. «El día que nos has concedido, Señor, ha terminado. Te damos gracias». (La mayoría de las noches Jack no estaba de humor para dar gracias a nadie por el día que había tenido).

En cuanto a Lottie, había mandado una postal al niño desde la isla del Príncipe Alberto; a juzgar por los abetos, las rocas grises y el mar azul oscuro, nadie habría dicho que algo andaba mal.

—*No, no, no, it ain't me, babe* («No, no, no, nena, no soy yo») —cantaba Emma—. *It ain't me you're lookin' for, babe.* («No soy yo, nena, a quien tú buscas»).

Jack comenzó a obsesionarse con la idea de que el señor Ramsey lo llevase a Maine, y eso también le ensombrecía el ánimo. Sentía lástima de sí mismo, lo cual supone un terreno fértil para los malos sueños. El álbum de Bob Dylan sonaba aún cuando se durmió. Imaginó que su madre y la señora Oastler habían regresado del cine antes de que Emma subiese a darle el beso de buenas noches. Allí tendido, se preguntaba quién le daría primero el beso de buenas noches, su madre o Emma; pero solo era un sueño, claro está: solo soñaba que estaba tendido en la cama, despierto.

Bob Dylan aún gemía, o gemía en el sueño de Jack.

—*Perhaps it's the color of the sun cutflat / An' cov'rin' the cross roads I'm standing at* («Quizá sea el color del sol horizontal / que cubre las encrucijadas donde estoy») —cantaba Emma acompañando a Bob—, *Or maybe it's the weather or something like that, / But mama, you been on my mind.* («O puede que sea el tiempo o algo así, / pero mamá, he estado pensando en ti»). —(Ahí se quedaba corto).

Alguien entró en la habitación de Jack. Abrió los ojos para ver si se trataba de Emma o de su madre, pero era Leslie Oastler, y estaba desnuda. Retiró la sábana y se acostó con él. Debido a lo menuda que era, para ella quedaba en la cama mucho más espacio del que quedaba para la señora Machado, y la señora Oastler olía mejor. Ella emitió un sonido desde el fondo de la garganta, una especie de gruñido, como si fuese una fiera salvaje o como si pudiese morder. Arañó a Jack en el pecho con sus largas uñas pintadas; le deslizó las uñas por el vientre. Metió bajo sus calzoncillos la mano pequeña y rápida. Una uña se le hincó en el pene; casualmente le arañó allí donde tenía irritado el enano. Jack debió de estremecerse.

—¿Qué te pasa? ¿No te caigo bien? —le susurró Leslie al oído. Cerró la pequeña mano en torno al pene. Jack quedó paralizado en aquel férreo abrazo.

—Sí me cae bien; es solo que me duele el pene —intentó explicar Jack, pero no le salieron las palabras. (En los sueños siempre se le trababa la lengua, nunca podía hablar).

Jack sentía que el enano aumentaba de tamaño en la mano de Leslie. «¡La mano de la señora Oastler no es más grande que la mía!», pensaba mientras sonaba la música.

—*It don't even matter to me where you're wakin' up tomorrow* —cantaba Emma—, *but mama, you're just on my mind.* («Ni siquiera me importa dónde despiertes mañana, pero, mamá, he estado pensando en ti»).

—Allí adonde va a ir el señor Pene ahora no le dolerá —le susurró la señora Oastler al oído.

Pero ¿cómo sabía Leslie lo del señor Pene?, se preguntaba el niño. ¿Y cómo sabía



que le dolía el pene si él ni siquiera podía hablar?

—¿Qué ha dicho? —intentó preguntar Jack, pero no oyó sus propias palabras, sino solo a la señora Oastler repitiendo lo mismo.

Su voz había cambiado. Sin lugar a dudas era el cuerpo delgado y firme de Leslie Oastler el que se restregaba contra Jack, pero su voz era la de la señora Machado, o una imitación perfecta de su peculiar acento al decir: «Allí adonde va a ir el señor Pene ahora no le dolerá». (A Jack le sorprendió que no lo llamase «querido»).

—No, por favor. Me duele mucho el pene. Pare, por favor —intentaba decir Jack. Pero si él ni siquiera se oía a sí mismo, ¿cómo lo oiría la señora Oastler? (Sabía que era absurdo pensar que su *madre* pudiera oírle, o que acudiría a salvarlo si lo oía).

Si Bob Dylan dejaba de cantar, tal vez Emma lo oyese y fuese a rescatarlo, pensaba Jack. Ya no oía la música, pero eso no significaba forzosamente que Bob se hubiese callado. Tal como le estaba respirando Leslie Oastler en el oído, Jack no habría oído a Bob Dylan aunque Bob hubiese estado desgañitándose en aquella misma habitación.

—Otra vez te olvidas de respirar, ricura —oyó claramente Jack que le decía Emma. ¡Había pensado que era la señora Oastler quien lo besaba, pero se trataba de Emma!—. Puedes seguir besándome, aunque también tienes que respirar.

—Estaba soñando.

—¡A mí me lo vas a decir! Te la estabas sacudiendo, monada; no me extraña que te duela.

—Ah.

—Será mejor que me enseñes el enano, Jack —dijo Emma—. Veamos qué te pasa.

—No me pasa nada —respondió él. (Le daba vergüenza que ella viese los estragos que le habían causado).

—Jack, por Dios, soy yo. No voy a hacerte daño. —Estaban encendidas tanto la luz del baño como la de la mesita de noche. Emma examinó detenidamente al señor Pene—. Parece irritado. ¡Lo tienes desollado!

—¿Lo tengo qué?

—¡Cielos, Jack, te lo has dejado en carne viva de tanto frotarte! Vas a tener que darle un respiro una o dos noches. ¿Cuándo ha empezado esto?

—Yo no me he frotado —dijo él.

—A mí no me la das con queso, ricura. Te la has estado cascando tanto que el enano parece víctima de malos tratos.

—¿Qué es «cascársela»?

—A la vista está que ya lo sabes, Jack. Te has estado *masturbando*.

—¿Qué?

—Te has estado haciendo pajas, Jack.

—No me lo hago yo —dijo él.

—¡Jack, estabas haciéndotelo mientras soñabas! —Fue entonces cuando Jack se

echó a llorar. Quería que Emma le creyese, pero no sabía cómo contárselo—. No llores, monada. Lo curaremos.

—¿Cómo?

—Le pondremos crema hidratante o algo así. No te preocupes, Jack. Es lo que hacen los chicos: se la pelan. Me equivocaba al pensar que aún no tenías edad para hacerlo.

—¡No lo hago! —insistió Jack. Tuvo que levantar la voz porque ella había cruzado el pasillo y entrado en el cuarto de baño de su madre. Regresó con una crema hidratante. Jack preguntó—: ¿Me escocerá?

—Esta no; solo escuecen las que llevan cosas.

—¿Qué cosas?

—Productos químicos —contestó Emma—. Perfume, porquerías artificiales y demás. —Le dio una friega en el pene con la loción; no le dolía, pero no podía dejar de llorar—. Tienes que calmarte, monada. Pelársela no es nada del otro mundo.

—Yo no me la pelo. Es la señora Machado —dijo él.

Emma le soltó el enano al instante.

—¿La señora Machado te está tocando, Jack?

—Hace muchas cosas —respondió Jack—. Se pone al señor Pene dentro.

—¿El señor Pene?

—La señora Machado lo llama señor Pene —explicó él.

—¿Dónde se lo pone, ricura? —preguntó Emma. Sin darle tiempo a contestar, añadió—: ¿En la boca?

—En la boca también.

—¡Jack, lo que está haciendo la señora Machado es un delito!

—¿Un qué?

—Está mal, monada. No me refiero a ti. Tú no has hecho nada malo. Pero ella sí.

—No se lo digas a mi madre, por favor —rogó el niño.

Emma estrechó a Jack entre sus brazos.

—Monada —susurró—, tenemos que impedir que la señora Machado te haga esto. Tenemos que impedirselo.

—Tú puedes impedirselo —sugirió Jack—. Seguro que tú podrías.

—Sí, seguro que podría —dijo Emma enigmáticamente.

—¡No te vayas! —suplicó él. La abrazó con todas sus fuerzas. Sabía que ella podía abrazarlo mucho más fuerte, pero Emma siguió abrazándolo como antes. Le frotó la espalda, entre los hombros, y le besó los párpados, que aún tenía húmedos de llorar, y le besó las orejas.

—Entendido, ricura. Tú duérmete, Jack. No me voy a ninguna parte.

Concilio un sueño plácido, tan profundo que casi no se despertó ni con la discusión.

—Ha tenido una pesadilla, por Dios —oyó Jack que decía Emma—. Solo he venido a abrazarlo hasta que se durmiese, y yo también me he quedado dormida.

¿Qué te piensas que estaba haciendo? ¿Follármelo con la ropa puesta?

—No deberías estar en la cama con Jack, Emma —decía la señora Oastler—. Estabas entre las sábanas, no nos andemos con rodeos.

—Me parece que no ha pasado nada —decía Alice—. Me parece que Jack está bien.

—Ah, a usted le parece que está bien. ¡Joder, pues no sabe lo que me tranquiliza oírlo!

—No emplees ese tono de voz con Alice, Emma —la reprendió la señora Oastler.

—Jack, ¿estás despierto?

—Eso creo —contestó él.

—Si tienes algún mal sueño, avísame —dijo Emma—. Ya sabes dónde encontrarme.

—¡Gracias! —gritó Jack cuando ella se marchaba.

—Emma... —empezó a decir la señora Oastler.

—Déjala, Leslie —terció Alice—. Ya se ve que no ha pasado nada.

—¿De verdad estás bien, Jack? —preguntó Leslie.

—De verdad que de verdad. Estoy bien —respondió él. Jack miró a su madre como si ella fuese su público de un solo espectador, aunque sabía que no lo era—. No ha pasado nada —le dijo. La señorita Wurtz habría dado por buena su dicción. Para sorpresa de Jack, la mentira fue tan fácil de decir como cualquiera de las frases que había recitado en sus interpretaciones; por primera vez le era realmente fácil mentir a su madre.

Jack oyó a la señora Oastler alejarse por el pasillo. Oyó el portazo de Emma mucho antes de que Leslie llegase a su habitación. Sabía que su madre y la señora Oastler habían provocado mucho más que él que Emma montase en cólera, lo que, bien mirado, era mucho decir.

Jack sonrió cuando su madre le dio el beso de buenas noches. Sabía cuál de sus sonrisas complacía más a su madre, y se la dedicó. Estaba cansado e inquieto, pero por alguna razón sabía que dormiría bien. La señora Machado encontraría en Emma Oastler la horma de su zapato, a ese respecto Jack no albergaba la menor duda.

A la mañana siguiente Emma despertó a Jack antes de que su madre se levantase. (La madre de Jack *nunca* estaba levantada por la mañana; al gimnasio de Bathurst Street siempre lo llevaba en coche la señora Oastler). Normalmente, el niño se levantaba y se preparaba un tazón de cereales o una tostada, y se bebía un vaso de leche y un vaso de naranjada; para entonces Leslie ya había bajado y se había preparado un café.

La señora Oastler trataba a Jack amablemente por las mañanas, pero era parca en palabras. Le atusaba el pelo o le daba unas palmadas en la nuca, y le preparaba un sándwich para el almuerzo, que incluía asimismo una manzana y galletas, sobre todo si Leslie quería mantener las galletas alejadas de Emma.

Pero aquella mañana de mediados de agosto Jack despertó con el ventilador del techo girando a toda velocidad. Emma estaba embutiendo un pantalón corto, calcetines y una camiseta en la bolsa de deporte de Jack, donde él llevaba su equipo de lucha.

—Hoy iremos temprano al gimnasio, ricura. De ahora en adelante soy tu compañera de entrenamiento. Pero quiero repasar unos cuantos movimientos con Cabeza de Lobo antes de empezar.

—¿Con Chenko? —preguntó Jack.

—Sí, con Cabeza de Lobo —contestó Emma.

—Pero ¿por qué tenemos que ir temprano? —preguntó él.

—Porque soy una grandullona, monada. Las grandullonas debemos calentar.

—Ah.

Había ya una nota en la mesa de la cocina cuando bajaron descalzos por la escalera; procuraban moverse con el mayor sigilo. Emma debía de haber escrito la nota la noche anterior. («Llevo a Jack al gimnasio», o algún otro mensaje por el estilo).

Emma y Jack fueron a pie a Forest Hill Village y desayunaron en una cafetería de Spadina. Él comió un bollo con pasas, y el vaso de leche y la naranjada de costumbre. Emma tomó solo café, y un bocado enorme del bollo de Jack.

Continuaron hasta St. Clair y Jack señaló el edificio sucio de color marrón oscuro donde vivía la señora Machado. Le inspiraba cierto temor la resolución con que siguió andando Emma; no era propio de ella abstenerse de hacer comentarios. Tan furiosa estaba que Jack consideró oportuno contarle alguna anécdota entrañable sobre la señora Machado, algo que despertase compasión. Para su vergüenza, la señora Machado, en esencia, le caía *bien*. (Solo más tarde comprendería que esto fue parte del problema).

—La señora Machado tiene que cambiar continuamente la cerradura de su apartamento porque su exmarido entra por la fuerza una y otra vez —dijo Jack a Emma.

—¿Has visto las cerraduras nuevas? —preguntó Emma.

Jack se paró a pensar y cayó en la cuenta de que no las había visto.

—No recuerdo haber visto ninguna —contestó.

—Quizá no haya ninguna cerradura nueva, ricura.

No era la conversación que él tenía prevista.

Llegaron al gimnasio de Bathurst Street tan temprano que Krung aún no estaba. Un par de kickboxers bastante buenos arremetían el uno contra el otro. Chenko, sentado en las colchonetas de lucha aún enrolladas, tomaba un café.

—¡Vaya, Jackie! —exclamó al ver a Emma—. ¿Has traído a tu novia?

—Soy la nueva compañera de entrenamiento de Jack —se presentó Emma—. Jack no tiene edad para andar con novias.

Chenko se puso en pie para estrecharle la mano a Emma. El ucraniano había

cumplido ya los sesenta, y aunque era un poco ancho de cintura, tenía los músculos del pecho y de los brazos bien torneados, y un movimiento de pies muy ágil para un hombre que pesaba ochenta u ochenta y cinco kilos y media solo uno setenta y cinco.

—Esta es Emma —le dijo Jack a Chenko, que inclinó la cabeza ante ella al darle la mano. Emma contempló el lobo gruñendo tatuado en la calva de Chenko como si fuera un animal de compañía. (Jack le había hablado con detalle de él).

—Debes de medir un metro setenta y ocho, Emma —dijo Chenko.

—Un metro ochenta —corrigió Emma—. Pero aún estoy creciendo.

Emma y Jack ayudaron a Chenko a desenrollar las colchonetas antes de ir a sus respectivos vestuarios para ponerse el equipo de gimnasia. Como Emma no tenía zapatillas de lucha, llevaba solo calcetines.

—Te buscaré unas zapatillas de lucha, Emma —dijo Chenko—. Con esos calcetines, resbalarás en el tapiz.

—No resbalo mucho —respondió Emma.

—¿Cuánto calculas que pesa? —susurró Chenko a Jack mientras buscaba unas zapatillas para Emma, pero Emma lo oyó.

—Peso setenta y cinco kilos en mis días buenos —contestó ella.

—En tus días buenos —repitió Chenko, mientras observaba cómo se calzaba las zapatillas.

—Hoy puede que ochenta —añadió Emma.

—Con ese peso, te sales un poco de la categoría de Jack, Emma —dijo Chenko.

—Empezaré con usted —contestó Emma a Chenko—. Usted parece bastante grande para mí.

—Bueno... —dijo Chenko, pero Emma, ya sobre el tapiz, giraba alrededor de él.

—Supongo que debería empezar por explicarme las reglas —sugirió Emma—. Si hay reglas, imagino que debería conocerlas.

—Hay unas cuantas reglas, no muchas —comenzó Chenko—. No puedes meterle los dedos en los ojos a tu adversario.

—Lástima —dijo Emma.

Chenko comenzó con un poco de lucha de manos —simplemente agarrando a Emma por las muñecas y controlándole las manos—, pero ella captó la idea y, tras zafarse de los dedos que la sujetaban, pasó a agarrarle ella las manos y las muñecas.

—Así se hace —dijo Chenko—. Parece que tienes intuición para controlar las manos. Solo debes recordar que hay que agarrar varios dedos a la vez, al menos tres o cuatro. No puede agarrarse solo el pulgar o el meñique y doblarlo.

—¿Por qué no? —preguntó Emma.

—Podrías romperle el dedo a alguien —explicó Chenko—. Es ilegal. Debes agarrar varios dedos.

—Nada de mordiscos, supongo —dijo Emma. (Parecía desilusionada).

—¡No, claro que no! —exclamó Chenko—. Tampoco se puede tirar del pelo ni sujetar por la ropa. Y nada de presas con las que se pueda asfixiar —añadió Chenko.

—Enséñeme una presa asfixiante —dijo Emma.

Él le aplicó una llave de cabeza frontal, le dobló la cabeza hacia abajo y la mantuvo inmovilizada presionando el pecho contra la nuca de ella y con el antebrazo cruzado ante la garganta.

—Esto es una llave de cabeza ilegal —explicó Chenko—, porque no te he sujetado el brazo a la vez. —Incorporó un brazo de Emma a la llave, de modo que este quedase entre el antebrazo de Chenko y la garganta de ella—. Cuando le haces una llave de cabeza a alguien, también tienes que atraparle el brazo. No puedes rodearle el cuello con el brazo y asfixiarlo.

—Lástima —repitió Emma.

Chenko le enseñó la postura correcta y una presa de rodilla muy básica. Le enseñó un gancho inferior y un doble gancho inferior, y cómo pasar de una presa de cuello a una llave de cabeza frontal. «Con el brazo», repitió Chenko con especial énfasis. Enseñó a Emma una caída lateral; incluso se dejó aplicar una caída lateral. (Jack advirtió que Chenko aterrizaba con mayor violencia de la que preveía bajo todo el peso de Emma).

—Tienes buenas... —empezó a decir Chenko sin acabar la frase. Señalaba la franja central del cuerpo de Emma.

—¿Caderas? —apuntó ella.

—Buenas caderas, sí —confirmó Chenko—. Las caderas son la parte más fuerte de tu cuerpo.

—Siempre lo he pensado —contestó Emma.

Estaban tumbados en el tapiz —Chenko le enseñaba a Emma una palanca de brazo para obligar al adversario a volverse cara arriba— cuando Jack advirtió que la señora Machado había salido al tapiz con su equipo de deporte. Hacía solo estiramientos, pero Jack se dio cuenta de que no le quitaba el ojo a Emma.

—¿Quién es la grandullona, querido? —le preguntó la señora Machado.

A Jack se le trabó la lengua como cuando soñaba; no podía hablar. Emma seguía rodando por el tapiz con Chenko.

—La señora Machado abusa sexualmente de Jack —informó Emma al ucraniano—. Le ha dejado el pene escocido.

Chenko, tras rodar a un lado para sentarse, miraba fijamente a Jack y a la señora Machado. Emma, ya en pie, se dirigía hacia ellos.

—Jack, ¿le has contado a esa grandullona nuestro secreto? —preguntó la señora Machado.

El resultado estaba cantado, les contaría Chenko a Boris y a Pavel más tarde. Emma le metió los dedos en los ojos a la señora Machado, en los dos ojos. La señora Machado lanzó un grito de dolor y se tapó la cara con las manos. Emma agarró a la señora Machado el meñique de la mano derecha y se lo dobló hacia atrás hasta partírselo. El dedo quedó en ángulo recto respecto al dorso de la mano. La señora Machado chilló como si la hubiesen apuñalado.

Emma aplicó a la señora Machado una presa de cuello y la obligó a doblarlo hacia delante, para hacerle a continuación una llave de cabeza frontal ilegal, sin el brazo. Emma dejó caer todo su peso sobre la nuca de la señora Machado; con el antebrazo de Emma cruzado ante la garganta, la señora Machado no podía respirar.

Solo entonces advirtió Jack la presencia de Krung. El antiguo Mister Bangkok quizá se fijó en la lucha porque Emma y la señora Machado habían rodado fuera del tapiz, y Emma no la soltaba. La señora Machado no podía respirar pero aún pataleaba.

—¿Quién es esa chica nueva? —preguntó Krung a Chenko.

—Aprende deprisa, ¿no? —comentó Chenko.

Emma había realizado tres movimientos ilegales en diez segundos; era difícil imaginar un aprendizaje más rápido. ¡No era de extrañar que quisiese conocer las reglas!

—¿No vas a detenerlas? —preguntó Krung al ucraniano.

—Dentro de un momento —respondió Chenko. La señora Machado yacía boca abajo; ya casi no movía las piernas, pero aún lanzaba débiles patadas con un pie. No le quedaban fuerzas para una patada en la entrepierna.

—Me parece que esto ya ha llegado demasiado lejos —dijo Chenko a Jack. Se arrodilló junto a las luchadoras y aplicó a Emma un tres cuartos de nelson. «¡No os imagináis lo que me ha costado arrancarla de esa llave de cabeza!», diría a Pavel y a Boris esa tarde, cuando les presentó a la nueva compañera de entrenamiento de Jack.

La señora Machado no pronunció una sola palabra. Cuando la mujer derrotada salió del gimnasio de Bathurst Street, que fue en cuanto consiguió tenerse en pie y caminar, le dolía tanto la garganta que no podía hablar. Emma se encargó de decir las últimas palabras. Es posible que la señora Machado no captase el sentido cuando Emma dijo de ella «que no reunía precisamente las condiciones de una novia encargada por correo», pero sí comprendió lo que Emma quiso decir cuando se presentó como «la *única* compañera de entrenamiento de Jack». Fuera cual fuese el efecto de esa afirmación en la señora Machado, Krung y Chenko se quedaron impresionados, como no podía ser menos, aunque también un poco preocupados por el niño.

Mister Bangkok intentó interesar a Emma en las clases de *kickboxing*, pero Emma dijo que continuaría con la lucha.

—Solo me gusta dar patadas a las cosas cuando están en el suelo —explicó a Krung, quien al final pareció aliviado, incluso agradecido, por el hecho de que Emma concentrase sus esfuerzos en el tapiz.

Cuando Pavel y Boris llegaron al gimnasio a luchar esa tarde, Emma también se revolcó con ellos. A esas horas, Jack necesitaba un respiro. Se había rozado la mejilla con el tapiz y le dolía un hombro. Además, Chenko había enseñado a Emma un derribo de bombero —para el que ella tenía una intuición natural—, y Jack se palpaba su primera oreja de coliflor.

Cuando Emma vio que Pavel y Boris tenían unas orejas de coliflor casi tan deformadas como las de Chenko, insistió en que le recompusiesen a Jack la oreja de coliflor. Para Jack era una novedad que una oreja de coliflor pudiera recomponerse, pero si bien Chenko y los minskis desaprobaban el «drenaje» de las orejas de coliflor, sabían hacerlo.

—Lo siento, ricura. Quizás esto te duela, pero sería un crimen dejarte crecer con unas orejas como las de estos desgraciados. Vas a ser demasiado guapo para echar a perder tus perspectivas de futuro con unas orejas como cagadas de perro.

Jack advirtió que Chenko y Pavel y Boris se ofendían. ¡Sus orejas deformadas eran distinciones honoríficas, no cagadas de perro! Pero Emma Oastler había asumido como cosa propia el futuro de Jack, y no iba a admitir un no por respuesta.

La llamada «oreja de coliflor» se produce a causa de los fluidos; cuando la oreja se restriega contra la colchoneta o contra la cara del adversario, sangra y se hincha. Cuando los fluidos se endurecen, tiende a aparecer un bulto donde antes había una hendidura. El truco está en no dejar que los fluidos se endurezcan. Hay que drenarlos con una aguja y una jeringuilla. Luego se toma gasa, impregnada de yeso húmedo, y se amolda por presión a los contornos de la oreja. Cuando el yeso se endurece, la oreja no se hincha, no sigue llenándose de fluidos. Así se conserva la forma original de la oreja.

—Es un poco molesto —previno Chenko a Jack.

—No es peor que un pene escocido, monada. —(Incluso los minskis coincidieron con Emma en eso).

Así que Jack volvió a casa con un yeso en una oreja y una rozadura supurante en la mejilla opuesta.

—Fíjate en Jackie, Alice —dijo Leslie Oastler esa noche mientras cenaban comida para llevar—. Esos gorilas del gimnasio de Bathurst Street van a matarlo.

—No es peor que un pene escocido —comentó Jack.

—Por no hablar ya del vocabulario que le enseñan esos rusos —añadió la señora Oastler.

—Jack, te pido que cuides tu vocabulario —dijo su madre.

La noche siguiente, Emma también tenía una oreja de coliflor. Jack y Emma estaban muy orgullosos de sus yesos idénticos. Jack la había sorprendido con una doble presa al cuello, y mientras él le restregaba la sien contra la oreja izquierda, ella se zafó de la presa con una patada y lo inmovilizó con un medio nelson inverso.

—No puedes hacerle una doble presa al cuello a alguien con un físico como Emma, no si tienes un físico como el tuyo —dijo Chenko a Jack.

Tenía toda la razón, pero Jack sabía que le convenía tener una compañera de entrenamiento tan recia como Emma Oastler. La lucha también resultó beneficiosa para Emma. Perdió tres kilos y medio en una semana. Jack sabía que Boris y Pavel la



habían impresionado, si bien no por sus orejas, sí al menos por su dieta. Los minskis eran disciplinados, no solo en sus entrenamientos sino también con lo que comían.

—Te habrías ahorrado dinero mandándome al gimnasio de Bathurst Street en lugar de a esa granja para gordos de mierda —dijo Emma a su madre.

—Te pido que también tú cuides tu vocabulario, jovencita —dijo la señora Oastler.

—Pene, pene, pene... —entonó Jack.

—Esto es el colmo —dijo Leslie Oastler.

—Vete a tu habitación, Jack —ordenó su madre.

Pero a Jack le daba igual. Deseaba decir: «¡Convertís a Emma en una triste interna y a mí me mandáis al puto Maine, y encima queréis que cuidemos nuestro vocabulario!». En lugar de eso, mientras subía por la escalera, dijo:

—Pene, pene, pene.

—¡Menuda madurez la tuya, Jack! —gritó su madre.

—No te enfades con él, Alice —oyó que le decía Leslie Oastler a su madre—. Está alterado porque ha de marcharse al colegio.

—¡No jodas! Brillante deducción —dijo Emma.

—Emma, vete a tu habitación —ordenó la señora Oastler.

—¡Que os lo paséis bien lavando los platos! —replicó Emma mientras subía ruidosamente por la escalera. (Por regla general, era Emma quien lavaba los platos).

Emma y Jack eran compañeros de entrenamiento en más de un sentido. Por fin se habían convertido en verdaderos amigos, en parte porque sus madres los separaban. Con cada rozadura en el tapiz, labio partido, ojo morado u oreja de coliflor que se provocaban mutuamente, Emma y Jack fueron convenciendo a Alice y a la señora Oastler de que la relación entre ellos —fuera cual fuese su naturaleza— no era sexual. Jack podía levantarse en plena noche e ir a la habitación de Emma y acostarse con ella, o ella podía ir a la habitación de Jack y acostarse con él. Sus madres no decían nada.

En cualquier caso, el verano casi había acabado. ¿Qué más les daba a Alice y a Leslie Oastler si Emma y Jack se vapuleaban en el gimnasio de Bathurst Street durante todo el día? (Tampoco es que Jack llegase a «vapulear» a Emma, pero sí salió airoso en uno o dos intentos).

—En el caso de Emma, son solo las hormonas —dijo la señora Oastler. Para Alice, Jack seguía concentrado en aprender a defenderse de los *chicos*.

En dos semanas, Emma había perdido cinco kilos y medio, y era evidente que perdería más. No era solo el ejercicio; sus hábitos alimenticios habían cambiado. Chenko le gustaba. «Todo menos las orejas». A excepción de sus orejas, también le gustaban Boris y Pavel.

Cuando Jack yacía junto a Emma en la cama de ella, y cuando ella lo tenía entre

sus brazos en la cama de él, Jack le preguntaba, compungido, con quién iba a entrenarse; cuando él se marchase a Maine, quería decir.

—Ah, ya encontraré a alguien a quien hacer picadillo, ricura.

Jack había aprendido a besarla y a seguir respirando mientras lo hacía, aunque la tentación de contener la respiración hasta desmayarse era fuerte. Y Emma nunca flaqueó en sus atenciones al enano; fiel a su palabra, el pene sanó: resultado conjunto de la crema hidratante, que Emma continuaba aplicándole al enano —incluso mucho después de que Jack lo considerase necesario—, y del bienvenido cese de las atenciones que la señora Machado tenía con su pene, que obviamente habían sido excesivas.

—¿La echas de menos, Jack? —le preguntó Emma una noche. Él había estado pensando que echaba de menos alguna de las cosas que la señora Machado hacía, pero no la echaba de menos a ella. Le incomodaba decirle a Emma qué cosas echaba de menos. No quería que ella pensase que no le estaba agradecido por haberlo salvado de la señora Machado. Pero eran auténticos amigos y compañeros de entrenamiento. Emma lo comprendió—. Parece que te excitaba pero a la vez te asustaba.

—Sí.

—Me estremezco solo de pensar en la clase de problemas en que puede meterse el enano en Maine —dijo Emma.

—¿Qué quieres decir, Emma?

Estaban en la habitación de ella. Emma tenía una cama de matrimonio, sin contar el espacio ocupado por los animales de peluche. Jack solo llevaba calzoncillos, y Emma una camiseta que le había dado Pavel o Boris. Era de un torneo de lucha de Tbilisi, pero uno debía saber leer georgiano para descubrir su procedencia; acorde con el gusto de Emma, la camiseta estaba descolorida y rota y tenía antiguas manchas de sangre.

—Quítate los calzoncillos, monada. —Emma estaba quitándose la camiseta debajo de la sábana, lo que originó un pequeño caos entre los peluches—. Voy a enseñarte qué debes hacer para no meterte en líos, Jack. —Le cogió la mano a Jack y se la colocó sobre el pene—. Si prefieres, usa la otra mano —dijo Emma—. Haz sencillamente lo que te sea más cómodo.

—¿Cómico?

—¡Pélatela, Jack! Puedes hacerlo, ¿no?

—¿Pelarme qué?

—No me digas que esta es la primera vez, monada.

—Es la primera vez —admitió él.

—Pues tómatelo con calma; ya le cogerás el tranquillo —dijo Emma—. Puedes besarme o tocarme con la otra mano. ¡Pero haz algo, Jack, por Dios!

Jack lo intentaba. Al menos no tenía miedo.

—Me parece que la mano izquierda va mejor —dijo—, a pesar de que no soy

zurdo.

—No es tan complicado como una presa de brazo rusa —contestó Emma—. De eso no cabe duda.

Jack la abrazó con todas sus fuerzas; ella era tan robusta, tan sólida... Cuando lo besó, Jack se acordó de respirar, al menos al principio.

—Creo que da resultado —dijo él.

—Procura no pringarlo todo, ricura —advirtió Emma. Enseguida añadió—: No, es broma.

Empezaba a ser difícil besarla y seguir respirando, y ya no digamos hablar.

—¿Qué estamos haciendo exactamente? ¿Esto qué es? —preguntó Jack a Emma.

—Es la manera en que sobrevivirás en Maine —respondió Emma.

—¡Pero tú no estarás allí! —exclamó él.

—Tendrás que imaginarme, ricura, o, si no, te mandaré fotos. —¡Oh, esa aurora boreal, esas luces nocturnas!—. Vaya, si eso no es «pringarlo todo», no sé qué es —decía Emma mientras Jack retomaba la respiración—. Mira qué pringue. Espero no oírte decir jamás que no te quiero.

—Te quiero, Emma —balbuceó el niño.

—No es necesario que te comprometas ni nada por el estilo —dijo Emma—. Ya es milagro más que suficiente que seas mi mejor amigo.

—¡Voy a echarte de menos! —exclamó Jack.

—¡Chist! No grites; te van a oír. No les des esa satisfacción.

—¿Esa qué?

—Yo también voy a echarte de menos, monada —susurró ella. Estaba poniéndose la camiseta (más peluches se apartaron en todas direcciones) cuando Jack oyó a su madre en el pasillo. La puerta de la habitación de Emma estaba parcialmente abierta.

—¿Has sido tú, Jackie? —preguntaba su madre a pleno pulmón. (Sin duda Jack había emitido sonidos inusitados).

Tanto Emma como Jack eran conscientes de que no había vuelto a ponerse los calzoncillos. Jack ni siquiera sabía dónde estaban; confiaba en que estuviesen entre las sábanas. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Emma; ella le rodeaba el cuello sin apretarle. Ese «sin apretarle» implicaba que aquello no llegaba a llave de cabeza, pero saltaba a la vista que estaban estrechamente abrazados, entre las sábanas, cuando Alice apareció en la habitación.

—He tenido un sueño —dijo Jack a su madre.

—Entiendo —dijo ella.

—En mi cama hay más espacio que en la suya si tiene un mal sueño —explicó Emma a Alice.

—Sí, ya lo veo —contestó Alice.

—Era aquel sueño del foso —dijo Jack—. ¿Te acuerdas del soldado más pequeño?

—Sí, claro —respondió Alice.

—Era ese —dijo él.

—No sabía que aún lo tuvieses —comentó su madre.

—Continuamente —mintió él—. En los últimos tiempos más que de costumbre.

—Ya —dijo su madre—. Pues lo siento.

Había peluches esparcidos por todas partes, como si se hubiese producido una masacre. Jack conservaba la esperanza de que los calzoncillos no estuviesen entre ellos. Alice se dispuso a salir de la habitación de Emma, pero se detuvo en el umbral de la puerta y se volvió hacia ellos.

—Gracias por ser tan buena amiga de Jack, Emma —dijo Alice.

—Seremos amigos de por vida, Alice —dijo Emma.

—Eso espero —respondió Alice—. Buenas noches a los dos —se despidió en voz baja mientras se alejaba por el pasillo.

—¡Buenas noches, mamá! —gritó Jack.

—¡Buenas noches! —gritó Emma. Bajo la sábana, ella localizó y agarró al enano, que parecía haberse dormido—. ¡Qué pronto te olvidas! —susurró Emma al pene.

Como en los viejos tiempos, pensó Jack mientras le vencía el sueño, sin llegar a saber con certeza qué habían tenido de bueno aquellos «viejos tiempos» y qué no. Incluso encontró reconfortantes los ronquidos de Emma.

Emma había hecho un carrete entero de fotografías de Jack con Chenko en el gimnasio de Bathurst Street. El tatuaje de la cabeza de lobo de Chenko desde distintos ángulos; Jack sentado con las piernas cruzadas en el tapiz de lucha junto al viejo ucraniano; Chenko con el brazo alrededor de los hombros de Jack, en lo que el niño consideraba una actitud *paternal*.

Allí acostado, escuchando los ronquidos de Emma, Jack visualizó esas fotografías. Pronto estaría en Maine, pero ya no le daba miedo. Mientras se adormecía, Jack pensó que nada en Maine lo asustaría.

Jack Burns echaría de menos a aquellas chicas, aquellas supuestas mujeres mayores. Incluso a aquellas que habían abusado de él. (¡A veces *en especial* a aquellas que habían abusado de él!). También echaría de menos a la señora Machado, más de lo que nunca admitió ante Emma Oastler.

Jack incluso echó de menos a las niñas que nunca lo maltrataron, entre ellas Sandra Stewart, que había interpretado el papel de tartamuda bilingüe, la «vomitadora», la novia encargada por correo que se folian en un trineo tirado por perros, se aleja sin rumbo y muere congelada en la nieve en medio de una histriónica ventisca. ¿Tan morboso era recordarla?

Las echaría de menos a todas, a cada uno de los personajes principales y secundarios de aquel mar de niñas. Aquellas niñas —aquellas *mujeres*, cuando les llegara el momento— lo habían fortalecido. Prepararon a Jack Burns para la tierra firme (y no tan firme) de la vida que tenía por delante, incluida su vida en compañía

de chicos y hombres. Después del mar de niñas, los chicos eran pan comido. Después de sus experiencias con mujeres mayores, ¡qué fácil sería tratar con *hombres!*

### **III - Afortunado**

## 16 - Resaltes por helada

Durante los últimos y ajetreadísimos días previos a la marcha de Jack rumbo a Maine, su madre se dedicó a coserle etiquetas con el nombre en la ropa nueva. La señora Oastler lo había llevado de compras. En Redding no había uniforme, ni colores especiales, pero los alumnos vestían chaqueta y corbata, y pantalones caqui o de franela, nunca vaqueros. Como Leslie Oastler le eligió la ropa, Jack sería uno de los niños mejor vestidos del colegio.

Alice debería haber hablado con él; debería habérselo explicado todo a Jack. Pero en lugar de entablar conversación cosió.

Jack no le veía el menor sentido: cuando tenía cuatro años, se pasaron casi un año recorriendo los puertos del mar Báltico y del mar del Norte en busca de su padre fugitivo; en cambio, durante los cinco años que pasó Jack en el St. Hilda, Alice mencionó a William en contadas ocasiones. A los diez años, Jack sentía una creciente curiosidad por su padre; la satanización de William había infundido en el niño temor a sí mismo y a la persona que podía llegar a ser. Pero su madre no estaba dispuesta a concederle el deseo de aclarar las dudas sobre su padre. Alice casi nunca era cruel con Jack, pero podía ser fría, y nada suscitaba su frialdad de manera tan previsible como las preguntas de Jack acerca de su padre.

Alice debía de haber cerrado la puerta a esa conversación como un centenar de veces. «Cuando tengas edad», acostumbraba decir ella, un cierre de puerta donde los hubiese.

Una vez, Jack le habló de eso a la señora McQuat. «No te quejes de una mujer que sabe guardar un secreto», repuso el Fantasma Gris.

Como Emma tenía una lista de reproches a su propia madre, Jack se sentía cómodo quejándose a Emma de la *suya*.

—¡Por Dios, solo quiero saber qué clase de hombre era!

—Vigila tu vocabulario, ricura.

Los dos, Emma y Jack, habían leído el *Breviario de la filosofía del colegio* que Redding enviaba a los alumnos nuevos y a sus familias. El llamado «vocabulario correcto» no era cosa de risa en el código estudiantil. El señor Ramsey, que había accedido a llevar a Jack a Maine, también había leído con avidez el *Breviario de la filosofía del colegio*; había encontrado «muy estimulante» el código estudiantil.

El día antes de que Jack y el señor Ramsey saliesen hacia Maine, Emma y Jack se hicieron el mismo corte de pelo en una barbería de Forest Hill Village. A Jack no le sentaba mal, aunque era más corto que la suelta madeja que la mayoría de los chicos lucía en 1975. Pero en el caso de Emma el pelo corto fue muy posiblemente un error. No era un corte de pelo estilo tazón, pero sí en gran medida un corte de pelo de *chico*, con lo que le quedaba el cuello al descubierto. Si bien Emma había seguido perdiendo peso, el cuello se le había agrandado considerablemente a fuerza de hacer puentes de luchador, tres o cuatro veces por semana, con una pesa plana de doce kilos sobre el

pecho. Tenía el cuello como un *linebacker*, y el pelo corto servía para exagerar la desafortunada primera impresión que daba, es decir, que Emma Oastler no tenía cuello. Por detrás parecía un hombre.

A Jack le cortaron el pelo primero y luego se colocó junto a la silla de Emma mientras el barbero se lo cortaba a ella.

—Tu madre te va a matar por esto —dijo Jack.

—¿Cómo? —preguntó Emma.

Ahí no le faltaba razón: Emma podría haber partido en dos a la señora Oastler como el palo de un pirulí. Ni siquiera Chenko era lo bastante recio para ella, como no tardaría en descubrir el ucraniano. Al marcharse Jack a Maine, Chenko lo sustituyó como compañero de entrenamiento de Emma. Se mantenía en buena forma para su edad y pesaba diez o doce kilos más que ella, a lo que se sumaba su amplia experiencia como luchador. Pero Jack sabía que uno podía hacerse daño cuando procuraba a toda costa no hacer daño a su adversario; en lucha, contenerse no era lo natural.

Chenko sorprendió a Emma apoyada sobre él; estaba en posición para atacarla con una caída lateral, pero vaciló por miedo a hacerle daño. Mientras esperaba, Emma ejecutó una caída lateral perfecta sobre él. Emma le separó el esternón a Chenko al desplomarse sobre su pecho. Era una lesión de recuperación lenta, sobre todo para un hombre de más de sesenta años.

A Emma no le quedó más remedio que entrenarse con Boris y Pavel; al menos ellos eran jóvenes y podían correr el riesgo de hacerse daño.

En el espejo de la barbería, examinando sus cortes de pelo idénticos, Jack comprendió por anticipado que el St. Hilda había cometido una locura al admitir a Emma como interna. Su actitud no era la adecuada, y no hablemos ya de sus desmesurados hombros y de su cuello de diecisiete pulgadas, o sea, cuarenta y tres centímetros.

«Una pulgada por cada año de edad», le había dicho Chenko.

Para Jack no sería una sorpresa que Emma durase solo un año como interna en el St. Hilda. Sí que le sorprendió un poco que durase tanto. Para gran alivio del colegio, y con el remiso consentimiento de la señora Oastler, Emma volvió a instalarse en su casa y completó los cursos duodécimo y decimotercero como mediopensionista. Ocupó lo que había sido el ala de invitados, y se trasladó a la antigua habitación de Alice frente a la de Jack, aunque él apenas usaría su habitación en los años siguientes.

Alice, naturalmente, se dejó de disimulos y se instaló en el dormitorio de Leslie Oastler. (Según Emma, cuando esto ocurrió, no había pasado ni una semana desde que Jack se marchara a Maine). Si Emma optó por ocupar el ala de invitados, no se debió tanto a su deseo de dormir lo más lejos posible de ellas como a la indignación que sentía porque ni su madre ni la de Jack le hablaran nunca de su relación. Pero hablar de algo no era el estilo de Alice, y la señora Oastler ya había cerrado la puerta a demasiadas conversaciones con Emma para esperar, si era realista, que su hija fuera



a abrirla otra vez.

También Alice había cerrado la puerta a demasiadas conversaciones. Jack ya había decidido que cuando ella estuviese dispuesta a hablar —cuando quiera que fuese—, no la escucharía.

En Maine tuvo más noticias de Emma que de su madre, y también se enteró por ella de lo de la señora Machado. La habían detenido en el parque de Sir Winston Churchill por hacer proposiciones deshonestas a un menor, un niño de diez años. Resultó que sus hijos no eran mayores y se habían «marchado», sino que, con once y quince años, vivían en otra parte de Toronto con su padre, que estaba felizmente casado en segundas nupcias. Existía una orden judicial de alejamiento contra la señora Machado, que había abusado de su hijo de quince años cuando tenía diez.

Por supuesto, la señora Machado no había sufrido ninguna agresión de su exmarido, ni necesitado cambiar la cerradura de su apartamento. Muy posiblemente la «S» de «S. Machado» no significaba «Sra.», o al menos ya no. Y quienquiera que fuese, sus razones para querer aprender *kickboxing* y lucha nunca se aclararían.

Alice no le mencionó a Jack esta noticia, pese a que seguramente se enteró. Según Emma, apareció en todos los periódicos, «con fotografías y demás». Tal vez Alice nunca imaginó que la señora Machado podía haber abusado de Jack. Lo más probable es que se negara a pensar en ello, o que se amparara en la ficción de que, si hubiese pasado algo, Jack se lo habría contado.

Como Emma dijo con sarcasmo: «Sí, de la misma manera que si a *ella* le hubiese pasado algo, te lo habría contado a ti».

Jack no fue tan fiel corresponsal del Fantasma Gris como ella lo fue de él. La señora McQuat era una mujer sabia, pero por entonces era Emma la principal consejera de Jack. Resultaba curioso que el antiguo malentendido del niño al tomar a las prostitutas por consejeras no fuese tan desencaminado. Emma no era una prostituta, pero aparentemente consideraba intercambiables el sexo y los consejos.

Jack también escribía de manera intermitente a la señorita Wurtz. Sus lazos con el señor Ramsey no se reducían solo al papel de novia encargada por correo. El primer viaje del niño a Maine, en compañía del señor Ramsey, fue una experiencia tan educativa que el señor Ramsey sustituyó a la Wurtz como mentor de Jack en el vital terreno del arte dramático.

Jack no dejó de *soñar* con la señorita Wurtz, en ropa interior y todo, pero había llegado a una encrucijada en su vida en la que *escuchar* al señor Ramsey pasó a ocupar un lugar prioritario y a parecerle más razonable, pese al hecho de que a menudo había más teatralidad que sentido en lo que el señor Ramsey decía. (Hubiera sido una hipocresía por parte de Jack, como actor, apreciar al señor Ramsey menos por eso).

Cuando el avión en que viajaban aterrizó en Portland, el señor Ramsey tomó las

manos de Jack entre las suyas.

—¡Jack Burns! —exclamó tan súbita y estridentemente que el niño pensó que el avión se estrellaba—. ¡Para bien o para mal, estás en Maine! —Jack miró inquieto la pista, que se deslizaba con rapidez bajo ellos—. Tú, Jack, recuerda esto: un colegio con un lema como el de Redding no puede ser tan malo. ¡Oigamos cómo lo dices!

—¿Cómo digo qué?

—¡El lema de tu colegio!

Jack ya lo había olvidado. A diferencia del señor Ramsey, el niño había percibido cierto fervor militante en el *Breviario de la filosofía del colegio* de Redding. La palabra «carácter» se repetía en todos los contextos imaginables. «La consideración es la norma», declaraba el breviario. Quizás el lema era ese.

—¿«La consideración es la norma»? —preguntó Jack al señor Ramsey.

—¡Ya, claro que lo es! —contestó él con impaciencia—. Pero ese no es el lema. Con esa excepcional memoria tuya, Jack Burns, me sorprendes.

Jack recordaba el fragmento del breviario sobre la «interacción» con los compañeros. «¡Evitar las palabras que empiezan en D!», aconsejaba el breviario. Si bien recordaba este insólito mandamiento, el sentido común le dijo que no era el lema del colegio, aunque quizás habría bastado. Se les inculcaba que no trataran a sus discípulos de manera desdeñosa o despectiva. Y la base del código estudiantil era un «contrato de carácter» firmado por todos los alumnos, en el que se afirmaba que el respeto hacia uno mismo era imposible sin un permanente respeto por el prójimo. Jack lo había firmado, pero tampoco eso le parecía propio de un lema.

—Una pista, Jack. Está en latín.

—¡Como si eso fuese una gran ayuda!

En Portland el aire era limpio, pero todavía veraniego, no tan tonificante como Jack esperaba de Maine, aunque pronto lo sería. El aeropuerto era tan rudimentario como la pista.

—*Labor omnia vincit!* —clamó el señor Ramsey a un par de pilotos que pasaban. Sin duda pensaron que no estaba en sus cabales—. Uno no ha oído un lema hasta que se lo ha oído decir a Jack Burns —explicó a una sorprendida azafata, una mujer atractiva de algo más de treinta años.

—*Labor omnia vincit* —dijo Jack con autoridad, poniendo énfasis en el *vincit*.

—Dile qué significa, Jack —instó el señor Ramsey, pero la azafata no le prestó atención; solo tenía ojos para Jack. Allí estaba, en un país extranjero (nada menos que en Maine), y si bien no recordaba el lema de su nuevo colegio ni qué significaba, era capaz de leerle el pensamiento a una auxiliar de vuelo. Para Jack entraba a todas luces en la categoría de mujer mayor. El niño no hizo más que sonreírle, pero sabía qué le rondaba a ella por la cabeza.

—Menos mal que no viaja como menor sin acompañante —dijo la azafata al señor Ramsey sin apartar la mirada de Jack.

—Este es Jack Burns —anunció el señor Ramsey—. Tiene memoria de elefante,

pero no hoy.

—*Labor omnia vincit* —repitió Jack, e intentó recordar la traducción correcta.

—El trabajo... —empezó a decir el señor Ramsey, pero Jack lo interrumpió. Acababa de recordar la traducción.

—El trabajo todo lo puede —le dijo el niño de diez años a la auxiliar de vuelo.

—Tonta de mí..., yo que pensaba que era el *amor* el que todo lo podía —dijo ella.

—No, es el trabajo —corrigió Jack con firmeza.

La azafata dejó escapar un suspiro a la vez que le alborotaba el pelo al chico. Siguió mirando a Jack, pero se dirigió al señor Ramsey.

—Me juego algo a que no se podrán contar los corazones que va a romper este niño.

Aún no había oscurecido cuando, a bordo del coche de alquiler, enfilaron en dirección nornoroeste hacia Redding; habían dejado el mar atrás en Portland. Después de Lewiston no había mucho que ver. West Minot no era memorable, como tampoco lo eran East Sumner y West Sumner, aunque la ausencia de un Sumner propiamente dicho llamó la atención al señor Ramsey.

—El estado de Maine no se distingue por poner nombres inteligentes a los pueblos, Jack, o al menos esa impresión da.

En la inminente puesta de sol, la naturaleza en estado salvaje que les rodeaba ofrecía un considerable aspecto de desolación. Un rato antes el señor Ramsey había arrastrado a Jack a una animada conversación sobre la posibilidad de aplicar la filosofía de la señora Wicksteed —ser considerado dos veces— a los alumnos hostiles con los que tal vez se encontrase en Redding, pero ya no. El inhóspito paisaje impulsó incluso a un individuo con la efervescente vitalidad del señor Ramsey a hablar de lo inefable.

—Jack, estoy tentado de decir que esto parece territorio digno de nuestra «novia encargada por correo» —comentó. A Jack se le cayó el alma a los pies. El señor Ramsey intentó cambiar de tema—. Se supone, Jack, que la mayoría de los alumnos de Redding son internos, ¿no crees?

—Se supone —convino el niño.

Redding era un colegio privado (de los también llamados independientes), donde se cursaba desde quinto hasta octavo. Si bien la señora Oastler podía permitirse pagar las mensualidades de Jack —«sin pestañear», como había dicho Alice—, los pueblos y ni siquiera pueblos, las apenas aldeas que cruzaban, indujeron al señor Ramsey y a Jack a pensar que pocas familias lugareñas podían permitirse mandar a sus hijos a Redding. El colegio ofrecía becas, pero no más del quince o el veinte por ciento de los alumnos recibía ayuda económica. Redding no estaba generosamente dotado de fondos.

El señor Ramsey también compartía con Jack la interpretación que hacía este

entre líneas del *Breviario de la filosofía del colegio* de Redding; sagazmente advirtió el carácter defensivo o en extremo susceptible de la frase inicial del breviario: «En primer lugar, no todos los alumnos que asisten a Redding tienen problemas».

Por supuesto, esto indujo al señor Ramsey a pensar que la mayoría o muchos de los alumnos que asistían a Redding sí tenían problemas. Especuló en voz alta sobre cuáles podían ser dichos problemas.

—Vienen de familias conflictivas, imagino, o los han expulsados de otros colegios.

—¿Por qué? —preguntó Jack.

—Digamos que no hay muchos internados, ni siquiera en Nueva Inglaterra, que admitan a alumnos internos ya desde quinto, a tan temprana edad. Pero sospecho que un niño como Jack Burns hará un buen papel en un sitio así —declaró el señor Ramsey.

—¿Un buen papel en qué?

—Digamos que este es un colegio que valora más la actitud que la aptitud, Jack. Creo que tú tienes lo uno y lo otro, y eso te favorecerá. —Jack Burns tenía más «actitud» que «aptitud», y el señor Ramsey lo sabía, pero el buen hombre no cejó. Su entusiasmo por el comportamiento de Jack solo conocía una velocidad y una dirección: de prisa y adelante—. Y me parece que un sistema educativo basado teóricamente en el carácter puede llevarse a cabo con menos distracciones en una institución solo para niños; es decir, menos distracciones para un chico guapo como Jack Burns.

—Sin niñas, quiere decir.

—Exacto, Jack. No pienses siquiera en las niñas. Tu objetivo es ser un héroe entre tus compañeros varones o, si eso no es posible, al menos *parecer* un héroe.

—¿Por qué he de ser un héroe? —preguntó Jack.

—En un colegio solo para niños, Jack, hay héroes y hay soldados de a pie. Es más satisfactorio estar entre los héroes.

Emma no se había equivocado: el señor Ramsey tenía ciertas dificultades para ver por encima del volante. Era tan bajo como la señora Machado y pesaba diez kilos menos. Pese al hecho de que se había convertido en héroe en un colegio solo de niñas, a Jack no se le escapó la posibilidad de que el señor Ramsey hubiese desempeñado el papel de soldado de a pie en una vida anterior. Su barba angulosa y bien recortada era del tamaño de una pala de niño; sus pequeños pies, calzados con lo que Jack calculó que eran unos mocasines del treinta y siete, apenas llegaban al freno y al acelerador.

—¿Dónde pasará usted la noche? —preguntó Jack. La idea de que el señor Ramsey volviese a Portland en coche, solo, a oscuras, le hizo temer por él. Pero el señor Ramsey era un espíritu valeroso; solo albergaba miedo por Jack.

—Si surgen problemas, Jack, reúne a una multitud. Si hay más de un matón, ve primero a por el más gallito. Pero asegúrate de hacerlo en público.

—¿Por qué en público?

—Si va a matarte, quizás alguien se lo impida.

—Ah.

—Nunca temas llevarte una paliza, Jack. En el peor de los casos, será una oportunidad para actuar.

—Entiendo.

Así atravesaron la zona suroccidental de Maine. La soledad del lugar era sobrecogedora. Cuando casi habían llegado al colegio, el señor Ramsey entró en una gasolinera. A Jack le alivió pensar que regresaría a Portland con el depósito lleno. Era la clase de gasolinera rural que vendía comida, básicamente patatas fritas y refrescos, tabaco y cerveza. Junto a la caja jadeaba un perro ciego, y detrás había una mujer corpulenta sentada en un taburete. Incluso sentada era más alta que el señor Ramsey. Ser luchador había convertido a Jack en un experto en calcular el peso de las personas. Aquella mujer pesaba más de noventa kilos.

—Para bien o para mal, vamos camino de Redding —informó el señor Ramsey.

—Eso podría habérselo dicho yo —respondió la mujerona.

—No parecemos de Maine, ¿eh? —aventuró el señor Ramsey.

La mujer no sonrió.

—Me parece una vergüenza mandar a un internado a un chico que ni se afeita todavía —dijo, y señaló a Jack con la barbilla.

—Bueno, en estos tiempos las familias se encuentran a veces en circunstancias muy difíciles —contestó el señor Ramsey—. No siempre hay elección.

—*Siempre* hay elección —porfió la mujer. Metió la mano bajo la caja y sacó una pistola, que colocó en el mostrador—. Por ejemplo —prosiguió—, yo podría volarme los sesos con la esperanza de que alguien encontrase al perro por la mañana, aunque la verdad es que nadie cuidaría de un perro ciego. Quizá fuese mejor primero pegarle un tiro al perro y después volarme los sesos. No es que no sea complicado, no digo eso, pero siempre hay elección.

—Entiendo —dijo el señor Ramsey.

La mujerona vio cómo Jack miraba el arma; la guardó debajo de la caja.

—Esta noche es temprano para andar pegándole tiros a alguien —dijo, y le guiñó un ojo al niño.

—Gracias por la gasolina —dijo el señor Ramsey. De vuelta en el coche, comentó —: Me olvidaba de que en este país todo el mundo va armado. Sería más barato y seguro que tomasen somníferos, pero supongo que para los somníferos se necesita receta.

—¿Para las armas no se necesita receta? —preguntó Jack.

—Según parece, no, Jack, pero lo peor, creo, es que tener un arma debe de incitar en cierta medida a usarla, ¡aunque solo sea para pegarle un tiro a un perro ciego!

—Pobre perro —observó Jack.

—Escúchame bien —dijo el señor Ramsey justo cuando el recinto de Redding se

alzaba sobre la bruma del río: edificios de obra vista que evocaban la austeridad y el espíritu correccional de una cárcel, cosa que, pensó Jack, quizás había sido antes de convertirse en colegio. En realidad, Redding había sido en otro tiempo el mayor manicomio de Maine, un centro estatal que había perdido la financiación como consecuencia del esfuerzo bélico que se hizo en los años cuarenta. (El hecho de que las ventanas de los dormitorios conservasen aún los barrotes era lo que confería al lugar ese aspecto de penitenciaría.)— Jack Burns —declamó el señor Ramsey—, si alguna vez te entran ganas de fugarte de este sitio, piénsatelo dos veces. El entorno por el que habrías de escaparte podría ser más hostil que el propio colegio, y a la vista está que los habitantes tienen armas.

—Me pegarían un tiro como a un perro ciego. ¿Se refiere a eso? —preguntó el niño.

—¡Bien dicho, Jack Burns! —exclamó el señor Ramsey—. Una visión lúcida de la situación, y expresada con la facilidad de palabra de un primer actor.

Jack apenas se parecía a un primer actor cuando se despidió con lágrimas en los ojos del señor Ramsey en el pasillo del dormitorio. El señor Ramsey lloró al decirle adiós al niño.

El compañero de habitación de Jack, Noah Rosen, era un niño judío de la zona de Boston pálido y de cabello largo, que tuvo la gentileza de distraer a Jack del impulso de romper a llorar al quejarse airadamente de que la habitación no tuviese puerta. Tan solo una cortina les proporcionaba cierta intimidad ante quienes discurrían por el pasillo. Jack le estrechó la mano a Noah de inmediato y también se quejó airadamente de la cortina. Estaban enfrascados en la ceremonia demasiado cortés de ofrecerse uno al otro el pupitre junto a la ventana o la mejor cama —que era, claro está, la más alejada de la cortina y del tráfico del pasillo—, cuando (sin previo aviso) la cortina se abrió y entró en la habitación un niño mayor de aspecto agresivo —un alumno de séptimo u octavo, supuso Jack—; este grosero individuo preguntó en voz alta algo tan ofensivo y hostil que Jack casi abandonó la filosofía de ser considerado dos veces defendida por la señora Wicksteed.

—A ver, maricas, ¿quién de vosotros dos tiene por padre a ese enano maricón?

—Se llama Tom Abbott —dijo Noah a Jack—. Me lo he encontrado en los lavabos hace media hora y me ha llamado «judío de mierda».

—Hola, Tom —saludó Jack y le tendió la mano—. Me llamo Jack Burns. Soy de Toronto. —Con eso ya había sido considerado una vez, pensó Jack, pero no descartaba la posibilidad de confundirse con las matemáticas debido a las prisas. (Incluso de adulto, los números serían su perdición).

—¿Era tu padre el enano maricón de la barba rubia? —preguntó Tom Abbott a Jack.

—En realidad no. Es un amigo de la familia —contestó Jack—. Es un antiguo profesor mío, de arte dramático, un gran hombre. —Jack se volvió hacia Noah y dijo —: Ayúdame a llevar la cuenta, por favor. Ya he sido considerado dos veces. Con eso

se acabó la consideración. —Pasó junto a Tom Abbott y apartó la cortina de un manotazo para salir al pasillo.

—¿Qué has dicho, marica? —preguntó Abbott; siguió a Jack al pasillo—. ¿Crees que aquí va a ayudarte alguien?

—No busco ayuda —respondió Jack—, sino público.

Había en el pasillo un niño sentado en un baúl; también parecía de quinto. Su compañero de habitación, de pie en el vano de la puerta, mantenía abierta la cortina.

—Hola, soy Jack Burns, de Toronto —se presentó—. Seguramente va a haber una pelea, por si os interesa. —Jack permaneció de espaldas a Tom Abbott mientras llamaba a otro par de chicos que vio más allá en el pasillo—. ¡Ya que hablamos de desprecio! ¿Qué os parece llamar a alguien «judío de mierda»? ¿O «marica»? ¿No os suena eso despectivo?

Jack notó que le ponían una mano en el hombro; sabía que no era la de Noah. Cuando alguien te toca por detrás, espera que te vuelvas de un modo determinado. Chenko le había dicho a Jack que se volviese en sentido contrario, así pillaría desprevenido al adversario. Jack se volvió en sentido contrario y se topó cara a cara con Tom Abbott; apenas le llegaba al mentón. Tom Abbott era diez o doce centímetros más alto que Jack y pesaba quince o dieciocho kilos más, pero Abbott no era luchador; se apoyó en Jack con todo su peso.

Jack lo sorprendió con un tirón de brazo y Abbott cayó a cuatro patas; Jack inmovilizó la cabeza de Abbott contra su propia rodilla y afianzó la doble presa al cuello. Tom Abbott no tenía ni un tercio de la fuerza de Emma Oastler; a lo sumo solo dos tercios de la fuerza de la señora Machado. Fue la llave más ceñida que había hecho nunca. Tom Abbott, con la nariz aplastada contra la rodilla de Jack, respiraba como si tuviese sinusitis. Fue entonces cuando Jack oyó que alguien decía:

—Esa es una doble presa al cuello medio pasable.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Jack. No veía a quien había hablado, pero era la voz de un chico mayor.

—Yo podría enseñarte a ceñirla más —dijo el chico mayor a Jack. Las caras de los niños que los rodeaban parecían de alumnos de quinto. Jack tuvo la impresión de que el chico mayor estaba justo detrás de él. Jack sabía que Tom Abbott no podía hablar; apenas podía respirar. Jack siguió cerrando la presa tanto como pudo; esperó—. Ya puedes dejar que se levante —dijo el chico que por la voz parecía mayor.

—No debes llamar a los demás «marica» ni «judío de mierda» —advirtió Jack a Abbot—. Es despectivo.

—Déjalo levantarse —repitió el chico mayor. Jack soltó a Tom Abbott y se puso en pie—. ¿Qué haces en un dormitorio de quinto, Tom?

Jack lanzó una mirada al chico mayor que estaba hablando. No sabía aún que se trataba del encargado de disciplina de su planta, pero obviamente era luchador. No media más de uno setenta o uno setenta y tres; pero por su complexión estaba en la categoría de Emma o un poco por encima. Y si bien sus orejas de coliflor eran

nimiedades en comparación con las de Chenko —ni siquiera las tenía tan mal como Pavel o como Boris—, se notaba que estaba orgulloso de ellas.

Tom Abbott continuaba sin hablar. Parecía resignado a su destino: a saber, que el encargado de disciplina enseñase a Jack cómo mejorar su doble presa al cuello.

—¿Quieres ver cómo se ciñe más? —preguntó el encargado de disciplina a Jack.

—Sí, por favor —dijo Jack.

El encargado de disciplina aplicó a Tom Abbott otra doble presa al cuello. Le hundió una rodilla en las costillas, con lo que impulsó las caderas de Tom en dirección diagonalmente opuesta a la cabeza y el cuello.

—No solo se ciñe más, sino que es más incómoda —explicó el encargado de disciplina.

Se llamaba Loomis; todo el mundo se dirigía a él por su apellido. Era un alumno de octavo, natural de Pensilvania, y llevaba diez años luchando. Loomis padecía algún tipo de incapacidad para el aprendizaje; había repetido segundo y cuarto. Era solo un par de años menor que Emma.

Jack ignoraba que Redding dispusiera de un equipo de lucha, pero resultaba lógico en un colegio donde el *carácter* lo era todo, donde se confiaba más en el esfuerzo que en el talento.

En el sistema de puntuación de Redding se perdía un punto por cada comentario «despectivo» o «desdeñoso» que un chico dirigiese a otro; y al igual que las palabras irreverentes, cada acción desconsiderada también tenía un coste. Por ejemplo, Tom Abbott tenía tres puntos menos: uno por llamar judío de mierda a Noah, otro por llamar maricas a Jack y a Noah, y un tercero por iniciar una pelea con Jack. («Él me ha tocado primero», dijo Jack a Loomis, que no pareció sorprenderse).

Tom Abbott tenía otro punto menos, porque siendo un alumno de un curso superior estaba en un dormitorio de quinto. Se requería permiso del encargado de disciplina de la planta para visitar a un niño menor. Había un límite de cuatro puntos negativos por mes. Más de cuatro, y expulsado; eso no era negociable. Tom Abbott había acumulado cuatro puntos menos el primer día de colegio; no pasaría de la segunda semana en Redding.

Para un niño mayor, era difícil estudiar en Redding. Abbott venía de otro colegio. Los niños admitidos en quinto tenían más posibilidades de llegar a octavo. Loomis llevaba allí cuatro años, como la mayoría de supervivientes de octavo.

Si uno trabajaba —tanto en los deberes como en el empleo que le tocaba, porque en Redding todos tenían un empleo—, no había problemas. Y había que tratar a los otros niños con respeto; uno debía ser considerado desde el principio, una filosofía más severa que ser considerado dos veces. La señora Wicksteed habría sentido respeto por Redding.

Decir tacos equivalía a medio punto menos, medio punto por palabra. Por ejemplo, era mejor decir «joder» o «mierda» que «puta mierda». (Emma habría acabado mal en Redding).



No todos eran chicos con «problemas», pero todos eran chicos cuya presencia no resultaba grata en sus casas. Los padres y la hermana mayor de Loomis habían muerto en un accidente de automóvil; sus abuelos habían querido alejarlo de su casa antes de que empezasen los líos de la pubertad.

«Pues vale», decía siempre Loomis. También ese podría haber sido el lema de Redding, aunque no era tan resonante como *Labor omnia vincit*.

En la sala de lucha, Jack descubrió otro lema; estaba estampado en el techo, donde uno solo podía leerlo cuando lo habían inmovilizado.

#### PROHIBIDO LLORIQUEAR

Las expectativas académicas del colegio eran bastante modestas; los deberes eran, más que difíciles, repetitivos. Mucha memorización, lo que a Jack ya le venía bien. Un derribo con movimiento descendente, un tirón de brazo, una presa de tobillo, un derribo con presa de pierna exterior, como Chenko había enseñado al niño, eran cosas en esencia fáciles, pero que requerían repetición. Jack se sentía en Redding como en casa.

Y ni la señorita Wurtz ni el señor Ramsey habrían puesto en tela de juicio la importancia de memorizar. En Redding nada era inspiración; todo era rutina. Los chicos listos, que no eran muchos, procuraban pasar inadvertidos; el trabajo intenso era lo único que contaba. Cuantas más dificultades hubiese que superar, más se valoraban los esfuerzos de uno.

El director, cuya principal función en el colegio era recaudar fondos, pasaba mucho tiempo ausente. Su esposa informaba a los niños de su paradero en la Reunión Matinal. «El señor Adkins, el pobre, está en Cleveland», decía. «Tenemos allí unos cuantos exalumnos de éxito, y el señor Adkins ya ha encontrado a uno o dos niños necesitados».

Así que eran «necesitados»; no les importaba. «El primordial objetivo de Redding», les dijo el señor Adkins en una de las infrecuentes ocasiones en que estaba allí, «es prepararos para un colegio mejor que Redding».

La idea era que otro colegio, uno mejor, educaría a los niños cuando Redding les hubiese enseñado a trabajar con ahínco. Jack descubrió que lo menos funcional de Redding eran aquellos barrotes en las ventanas de los dormitorios. Nadie quería fugarse del colegio; solo anhelaban estar en uno mejor.

El entrenador de lucha, el señor Clum, había llegado a Maine procedente de Colorado. Había luchado en alguna parte en el campeonato de los Diez Grandes, pero hizo especial hincapié al transmitir al equipo que nunca había sido titular. «Durante cuatro años fui el suplente de otro mejor que yo», dijo el entrenador Clum. «Cada año era un luchador distinto, pero siempre mejor».

La inferioridad era la mayor ventaja de los chicos; el hecho de considerarse inferiores, unido a su afán por el trabajo intenso, los convertía en chicos de una tenacidad formidable.

El entrenador Clum elaboraba ex profeso un calendario de lucha contra rivales netamente superiores. El equipo de lucha de Redding no había ganado una sola temporada, pero a los chicos no les asustaba perder, y cuando ganaban algún que otro encuentro, se ponían eufóricos. Jack averiguó más tarde, cuando estudiaba en un colegio mejor, que a nadie le gustaba luchar contra Redding. Los chicos de Redding disfrutaban recibiendo una paliza —los vencían a menudo pero rara vez los inmovilizaban—, y para colmo eran amables.

«Cuando perdáis, decidle a vuestro adversario lo bueno que es», eran las instrucciones de Loomis a los más jóvenes del equipo. «Cuando ganéis, disculpaos; decidle que habéis estado en su situación, aunque no sea así».

Competían contra un colegio de Bath, en Maine, cuando Jack ganó su primer combate. Luchaba contra un niño fuerte pero torpe que nunca había visto una doble presa al cuello. Jack ceñía la presa, tal como le había enseñado Loomis, cuando el niño de Bath le mordió. Le hincó los dientes en el antebrazo, y le hizo sangrar. Jack le veía la cara; en los ojos del luchador de Bath no se advertía malevolencia ni conciencia de haber actuado de forma incorrecta, sino solo miedo. Puede que el niño de Bath temiese perder, en especial verse inmovilizado, o más probablemente lo aterrorizaba hacerse daño. Peleaba a vida o muerte, tal como pelearía un animal capturado.

Jack lo soltó. La mordedura era evidente —los luchadores de ambos equipos la examinaron con actitud solemne—, y el niño de Bath fue descalificado por comportamiento poco deportivo, lo que para Redding equivalía al mismo número de puntos que Jack habría obtenido por una caída.

—Lo siento —dijo Jack a quien lo había mordido—. He estado en tu situación.

El niño de Bath pareció humillado, inconsolable.

Loomis movía la cabeza en un gesto de desaprobación.

—¿Qué pasa? —preguntó Jack.

—A alguien que te muerde, Jack, no le dices que has estado en su situación.

Así pues, en Redding había que aprender reglas; y aprender las reglas fue lo que le permitió a Jack sentirse allí como en casa.

La señora Adkins, prácticamente viuda por los viajes de recaudación de fondos de su marido en representación del colegio, daba clases de lengua y era directora de reparto en la semanal Noche de Teatro del colegio. Era una cincuentona gravemente depresiva de pelo rubio deslavazado y aspecto infeliz. La palidez de su piel perdía su matiz dorado para volverse gris, su tez clara tiraba a apizarrada. Daba la impresión de que llevaba ropa una talla mayor que la suya, como si estuviese encogiéndose debido a alguna enfermedad.

Su talento para la elección de actores, de lo más inconstante o errátil, la impulsaba a visitar, sin anunciarse, las clases de cualquier materia. La señora Adkins

sencillamente entraba en el aula y se paseaba entre los alumnos, mientras la clase continuaba tan atenta a lo suyo como le era posible.

«Haced como si no estuviera aquí», decía a los alumnos de quinto. (La señora Adkins daba por supuesto que los mayores ya eran capaces de ignorarla).

Después de que la señora Adkins apareciera en la clase de uno, cabía la posibilidad de que este encontrase una nota en su buzón del colegio:

«Ven a verme. Señora A.».

En quinto y sexto, a Jack lo eligieron en general para papeles de mujer. Era con diferencia el niño más guapo de Redding, y gracias a las elogiosas recomendaciones de la señorita Wurtz y del señor Ramsey, la señora Adkins estaba al corriente de la trayectoria de Jack en la interpretación de personajes femeninos.

Para cuando Jack cursaba séptimo y octavo, y le eran asignados con cierta frecuencia papeles masculinos, la señora Adkins ya había prescindido de las notas en el buzón. Si ella le tocaba con la mano en el hombro, Jack sabía que aquello significaba: «Ven a verme».

Sí, Jack se acostó con ella, pero no hasta octavo, cuando tenía trece años e iba para catorce y las privaciones de un colegio solo para chicos lo llevaron a añorar su anterior vida como víctima de abusos sexuales. Por entonces la señora Adkins le había proporcionado durante tres años y pico los mejores papeles hablados, y él ya tenía edad para sentirse atraído por el permanente aire de tristeza de la mujer del director.

«No tendrás puntos de menos por esto», le dijo a Jack la primera vez. Pero él preveía que, después de Redding, el mundo quizá sí lo haría responsable con arreglo a otro sistema de cómputo. Jack Burns consideraría a la señora Adkins un punto en contra.

El río Nezinscot cruzaba Redding, y la mayor parte del año uno tendría que hacer un notable (incluso *ridículo*) esfuerzo para ahogarse en él. Sin embargo la señora Adkins, unos años después de que se marchara Jack de Redding, consiguió ahogarse en el Nezinscot. Ocurriría en primavera, en la medida en que podía hablarse de primavera en Maine.

En la señora Adkins uno podía percibir un atisbo de la belleza percedera de la señorita Wurtz; en su calidad de directora de reparto, se observaba asimismo algo de la excentricidad para la dramatización de la Wurtz. En Redding, los chicos no representaban obras ni dramatizaciones de novelas completas; los ensayos habrían restado mucho tiempo al trabajo prosaico de lo que era en esencia un colegio serio y formal. Pero casi como un eco del mantra del colegio con respecto a la memorización, la señora Adkins quería convertirlos a todos en trágicos.

Usaban un vestuario acorde con los personajes, y el maquillaje lo supervisaba la propia señora Adkins. La ropa de las mujeres, descubrió Jack poco a poco, eran prendas desechadas por la señora Adkins, o insípidas donaciones de las casi uniformemente anodinas esposas de los profesores. (La señora Adkins era una de las dos únicas mujeres del cuerpo docente).

La Noche de Teatro en Redding se componía de parlamentos y *sketches* satíricos, de fragmentos de relatos cortos u obras de teatro, de recitados de poemas —a menudo solo *partes* de poemas— y de hazañas de memorización tan desafiantes como las que planteaban los monólogos de inspirados estadistas.

En quinto, Jack recitó «A mi querido y amante esposo» de Anne Bradstreet. Vestido con la ropa formal pero descolorida de la señora Adkins, logró transmitir las penalidades de la vida colonial en sus primeros tiempos y los deberes de un ama de casa puritana que la señora Bradstreet tuvo que sobrellevar estoicamente.

Jack también fue el fantasma de arrebatadora belleza (la joven guillotizada) en el relato gótico de Washington Irving titulado «Aventura del estudiante alemán». Su vestido negro había sido en otro tiempo un camisón de la señora Adkins, posiblemente de la época en que el señor Adkins viajaba menos.

Fue la Beatrice envenenada en «La hija de Rappaccini» de Hawthorne; dado que moría en un jardín, Jack lucía algo veraniego, que la señora Adkins recordaba haberse puesto para la boda de una vieja amiga. Estaba en sexto cuando interpretó «No suspiréis más, señoras», la cancioncilla de *Mucho ruido y pocas nueces*. Shakespeare era uno de los autores preferidos de la señora Adkins. Jack vestía una de sus faldas plisadas cuando cantó «Bajo el verdor del bosque» de *Como gustéis*.

Recordaba que la señora Adkins dijo: «¡Vaya, Jack! ¡Qué bien te queda esa falda! Puede que vuelva a ponérmela».

En su primera Noche de Teatro en que representaba un papel de *chico*, vio con relativa sorpresa que —incluso entonces— la señora Adkins lo vestía con su propia ropa. (Pantalón negro, blusa blanca de manga larga y cuello con volantes). Jack recitó «Oh, señora mía» de *La noche de reyes*, y la señora Adkins lo reprendió por dirigirse a *ella* —no al público— cuando pronunció el verso final:

*La juventud es un bien que no perdura.*

Ciertamente así es, y la señora Adkins pareció percibirlo. Hizo cantar a Jack «Aparta, aparta esos labios» de *Medida por medida*. (A Jack aún no le había cambiado la voz, pero empezaba a cambiarle).

En séptimo, Jack comenzaba a ser un poco demasiado musculoso para la ropa de la señora Adkins. Pero ni siquiera cuando cursaba octavo había en Redding un solo chico que pasase mejor por chica. El vello púbico le apareció de forma precoz, pero el vello facial tardó en salirle y siempre sería más bien lampiño. Echaba en falta a Emma, y la rememoraba fielmente al masturbarse. Le costaba acostumbrarse a

ducharse con los otros chicos; a Jack le incomodaba ver los penes de los demás. Cuando se lo confió a la señora Adkins, ella le aconsejó que se aprendiese un poema de memoria y lo dijese para sí en las duchas.

Los fines de semana en que el señor Adkins estaba ausente, Jack visitaba a la señora Adkins en la casa del director, donde ella lo vestía con su ropa, la que aún no había donado para la Noche de Teatro. Una camisola de color marfil con sujetador incorporado; un suéter de bouclé con el cuello vuelto; una rebeca de velvetón; una falda de seda arrugada; un jersey cruzado con adornos de raso. Para lo baja que era, la señora Adkins tenía los pies grandes; Jack podía calzarse sus pantuflas bordadas con cuentas de jade.

Nunca lo tocaba ella primero, y ni una sola vez necesitó decirle a él que la tocara. Mientras lo vestía —a menudo con la ropa que ella llevaba en ese momento, lo cual significaba que la señora Adkins se desnudaba antes—, se acercaba tanto a Jack, y olía tan bien, que él no podía resistirse a tocarla. La primera vez que lo hizo, ella cerró los ojos y contuvo la respiración, lo que lo indujo a tocarla más. Era la forma de seducción contraria al imperioso estilo de la señora Machado; sin embargo, Jack era consciente de que tenía la necesaria confianza en sí mismo para tocar a la señora Adkins porque la señora Machado le había enseñado a hacerlo. La señora Adkins nunca le preguntó cómo, a sus trece años, sabía *dónde* tocarla.

Quizá la señora Adkins debería haber tenido una hija, pensó de pronto Jack en una ocasión mientras ella le ponía su blusa de terciopelo preferida. (Por diversión, colocaba limones en el sujetador con aros, puesto que ella misma era una mujer de pechos pequeños). Jack averiguaría, mucho tiempo después, que la señora Adkins y su marido habían tenido un hijo y lo habían perdido. La muerte del niño era un motivo subyacente del perpetuo aire de tristeza que inicialmente atrajo a Jack, si bien él no lo sabía en aquel entonces.

«Te adoro vestido con mi ropa», era lo único que ella le decía.

Al asignar a Jack, en séptimo, el papel de Mildred Douglas en *El mono velludo* de Eugene O'Neill, la señora Adkins quedó tan encantada con la interpretación que al año siguiente, contra toda lógica, lo eligió para el personaje de la tía cascarrabias de Mildred. Durante ese curso, el último que cursaría en Redding, mientras Jack yacía entre los brazos de la señora Adkins, esta gustaba de poner a prueba la memoria del chico dándole el pie de alguna escena en la oscuridad. Con la voz ronca del Segundo Maquinista de *El mono velludo*, decía: «Probablemente te restregarás contra el aceite y la mugre. Es inevitable».

Restregándose contra ella, Jack en el papel de Mildred contestaba: «No me importa. Tengo muchos vestidos blancos». Todos de ella precisamente; del primero al último vestido que usó en la Noche de Teatro habían pertenecido en otro tiempo a la señora Adkins. ¡Qué a gusto se sentía él con la ropa de ella!

Excepto para las competiciones de lucha, Jack salió de Redding contadas veces. Como Toronto estaba muy lejos, por lo general pasaba el día de Acción de Gracias estadounidense en Boston —para ser más exactos, en la cercana localidad de Cambridge— con su compañero de habitación, Noah. Jack regresaba a Toronto en Navidad y para el mal llamado descanso de primavera, que caía en marzo o abril, cuando en Toronto el tiempo apenas era más primaveral que en Maine. (En Maine *nunca* era primavera).

Pero como luchador, vio buena parte de Nueva Inglaterra. El entrenador Clum llevó una vez al equipo hasta el estado de Nueva York para un torneo en el que incluso perdió Loomis. Fue la única vez que Jack vio perder a Loomis, si bien a Loomis —además de perder a sus padres y a su hermana mayor— le esperaban otras pérdidas en el futuro. Lo expulsarían de la Academia Blair por dejar embarazada a la hija, menor de edad, de un árbitro. Por ello, a Loomis se le escapó la oportunidad de obtener una beca como luchador universitario. En lugar de eso fue miembro de una unidad de operaciones especiales de la armada. Murió apuñalado en algún lugar de Filipinas, quizá mientras participaba en una peligrosa misión secreta, o mientras alborotaba, borracho, en un bar; en cualquier caso, según se rumoreaba, su asesino fue una prostituta travestí.

Pero Loomis era el modelo al que Jack aspiraba ser en el equipo de lucha de Redding. Jack nunca fue tan buen luchador como él, aunque durante los dos últimos cursos que pasó en Redding sumó más victorias que derrotas.

Si alguien le hubiese sacado una fotografía en la Noche de Teatro, Jack se habría dado cuenta, pero no se habría dado cuenta si alguien lo hubiese estado observando o sacando fotografías mientras luchaba; no habría oído el chasquido del obturador de la cámara, como tampoco oía de hecho el bullicio de la muchedumbre. Cuando Jack luchaba, incluso perdía de vista a su público de un solo espectador. En un combate de lucha, o se imponía uno a su adversario o perdía; uno luchaba en un espacio vacío, para un público inexistente. Y cuando Loomis dejó Redding, Jack pasó a ser el líder del equipo; por primera vez asumía responsabilidades.

También ejercía de líder en el autobús del equipo. Sus compañeros o bien dormían y se echaban pedos, o bien hacían los deberes con linternas y se echaban pedos. (Tenían orden de distraer lo menos posible al conductor del autobús).

A veces Jack contaba anécdotas en el camino de vuelta a Redding. Contó la del soldado más pequeño que lo salvó en el Kastelsgraven, y la de cuando le aplicó el vendaje a Ingrid Moe en el pecho después de tatuarla su madre. Contó la de las pulseras de Saskia, incluidos los horribles detalles de cómo la quemó uno de sus clientes; pero no la de su madre cuando se le rompió el collar de perlas mientras se esforzaba para dar consejo a un muchacho en Amsterdam. Tampoco dijo nada de la señora Machado, claro está.

Jack alardeaba de que su «hermanastra», Emma, podía vencer a cualquiera del equipo de lucha de Redding, a excepción de Loomis, quien por esas fechas aún no había sido expulsado de Blair. (Todos en Redding, excepto Noah y la señora Adkins, pensaban que la madre de Jack era una famosa tatuadora que vivía con un tal *señor* Oastler, que era el *padre* de Emma).

Posiblemente Jack contaba estas cosas porque echaba de menos no solo a Emma, sino también a su madre y a la señora Oastler; incluso a la señora Machado, o al menos su brusquedad, que no formaba parte en absoluto de los más refinados métodos de persuasión de la señora Adkins. Quizá también echaba de menos la rudeza de la señora Machado.

Jack contó asimismo lo que le pasó en lo que había sido su mayor triunfo en el escenario hasta la fecha: su interpretación en *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste*. Era peligroso contar esa anécdota en el autobús del equipo. El entrenador Clum ponía reparos a la palabra «menstruación»; una vez que Jack la empleó, el entrenador lo penalizó con medio punto menos.

En octavo, cuando Jack era capitán auxiliar del equipo de lucha, tenían a un peso ligero llamado Lambrecht, un alumno nuevo de sexto procedente de Arizona. Se había criado en el desierto y nunca había visto nieve, y menos aún una señal de carretera en la que se leyese resaltes por helada.

De noche, las señales se perdían de vista muy deprisa al otro lado de las ventanillas del autobús mientras este avanzaba, y Lambrecht debía de tener ciertas dificultades para leer en la oscuridad, ya que preguntó:

—¿Qué son «reptantes por helada»?

La pregunta quedó suspendida en la penumbra del autobús; los durmientes e incansables pedorros no se inmutaron. En ese momento, Jack memorizaba a Matthew Arnold. Apagó la linterna y esperó a ver si alguien contestaba a Lambrecht.

—En Arizona no hay reptantes por helada —continuó Lambrecht.

—Los reptantes son difíciles de ver por la noche —dijo Jack a Lambrecht—. Se arrastran tan a ras de tierra que los faros no se reflejan en sus ojos y son del mismo color que la carretera.

—Pero ¿qué son? —preguntó Lambrecht.

Aquellos viajes en autobús eran pura improvisación.

—Oye, Lambrecht, tú por si acaso no salgas del dormitorio por la noche, no en esta época del año. Los reptantes son nocturnos.

—Pero ¿qué hacen esos reptantes? —preguntó Lambrecht. Empezaba a ponerse nervioso, del peculiar modo en que los pesos ligeros manifiestan su nerviosismo: ya en circunstancias *normales*, tenía la voz bastante aguda. Eso debió de ser lo que indujo a Mike Heller, el peso pesado del equipo, a poner fin al juego de Jack. Heller carecía de sentido del humor. Era un chico desabrido con demasiada grasa infantil para ser un peso pesado legítimo; jamás ganó un combate, o si lo hizo, Jack no lo vio.

—Por Dios, Lambrecht, ¿es que no sabes leer? —preguntó Heller—. La señal

dice «resaltes por helada», no «reptantes por helada». Sabes qué es un resalte, ¿no? En el sentido de resalte en la carretera. ¡Un puto abombamiento, tarado!

—Eso va a costarte un punto y medio en contra, Mike; corrijo: que sean dos —dijo el entrenador Clum. (En realidad nunca dormía.)—. Medio punto por «Dios», medio más por «puto», y uno entero por «tarado», que es lo que realmente eres, Lambrecht, pero «tarado» es una palabra despectiva donde las haya.

—¡Maldita sea! —exclamó Heller.

—Que sean dos y medio —dijo el entrenador Clum.

—Entonces, ¿los resaltes por helada son solo abombamientos en la carretera? —preguntó Lambrecht.

—Me sorprende que no haya heladas en Arizona —comentó Jack.

—En algunas partes de Arizona sí las hay —contestó Lambrecht—. Solo que no tenemos esas señales de carretera..., ni resaltes, supongo.

—¡Dios mío, Lambrecht! —exclamó Heller.

—Ya son tres, Heller —dijo el entrenador Clum—. No estás teniendo un buen viaje.

—¿Cuándo ha tenido Heller un buen viaje? —preguntó Jack. Ese mes no tenía puntos de menos. Sabía que podía permitirse uno.

Para sorpresa de Jack, el entrenador Clum dijo:

—Eso va a costarte dos menos, Burns. Es una muestra de desprecio llamar la atención sobre el historial de derrotas de Heller y, además, es una muestra de desdén inducir a Lambrecht a creer que los reptantes por helada existen, tienen ojos y están a ras de tierra...

—¡... Y que son del mismo color que la puta carretera! —lo interrumpió Lambrecht.

—Medio punto menos, Lambrecht —le amonestó el entrenador Clum.

Estaban en algún lugar de Rhode Island, o quizá fuese Massachusetts. Se hallaban muy lejos de Maine, Jack lo sabía. Le encantaban aquellas noches. Volvió a encender la linterna y reorientó sus pensamientos hacia la tarea de memorizar «La playa de Dover», un poema no precisamente corto, y con una primera estrofa larguísima.

—«El mar está en calma esta noche» —leyó Jack en voz alta, pues consideró un gesto magnánimo por su parte cambiar de tema.

—Guárdatelo para la Noche de Teatro, Burns —dijo el entrenador Clum—. Memorízalo en silencio, si no te importa.

No era mal hombre, el entrenador Clum, pero nunca aceptó lo que, según él, era un acto de vanidad por parte de Jack: a saber, drenarse las orejas de coliflor. Cuando Mike Heller llamó a Jack «mariquita» por negarse a seguir el resto de su vida con las orejas de coliflor, el entrenador Clum no solo sancionó a Heller con un punto menos por «mariquita», que era claramente despectivo, sino que además lo obligó a drenarse la siguiente vez que acabase con una oreja de coliflor.

—¿Duele, Mike? —preguntó el entrenador Clum, de pie ante el peso pesado



mientras le extraían los fluidos de la oreja lesionada en la sala de entrenamiento.

—Sí —contestó Heller—. Duele.

—Pues entonces la palabra correcta para describir a Burns no sería «mariquita», ¿no crees? —preguntó el entrenador—. «Vanidoso», tal vez —añadió el entrenador Clum—, pero no «mariquita».

—Vale, entonces Burns es vanidoso —dijo Heller con una mueca de dolor.

—En eso tienes razón, Mike —dijo el entrenador Clum—. Pero «vanidoso» también va a costarte un punto.

Una noche, cuando el entrenador Clum y Jack eran los únicos pasajeros despiertos en el autobús del equipo, Jack mantuvo con él una conversación un tanto filosófica.

—Quiero ser actor —anunció a su entrenador—. Yo no diría que en un actor es vanidad no querer tener orejas de coliflor. Yo diría que es una cuestión *práctica*.

—Mmm —dijo el entrenador Clum. Quizá no estaba del todo despierto, pensó Jack. Pero el entrenador sencillamente reflexionaba al respecto—. Planteémoslo de este modo, Jack. Si resulta que llegas a ser una estrella del cine, diré a todo el mundo que fuiste el luchador más práctico al que he tenido el privilegio de entrenar.

—Entiendo —dijo Jack—. Y si no llego a ser actor...

—Bueno, ese es el *quid*, llegar a serlo, ¿no, Jack? Si resulta que no eres estrella de cine, diré a todo el mundo que nunca he entrenado a un luchador tan vanidoso con sus orejas como Jack Burns.

—Le apuesto algo a que resultará ser una decisión práctica —dijo Jack.

—¿Qué apuestas, Jack?

—Le apuesto todo un dólar a que llego a ser actor —contestó el chico.

—Puesto que somos los únicos despiertos —susurró el entrenador Clum—, haré como que no he oído eso. —Volvía a imponerse la filosofía del colegio. Como le había dicho el señor Ramsey (que había leído el breviario más detenidamente que Jack), en Redding estaba prohibido apostar. Jack cerró los ojos y rogó que le venciese el sueño, pero el entrenador Clum siguió susurrando en el autobús a oscuras—. Grábate esto en la memoria, Jack. Puestos a adivinar..., adivinar, digo, no apostar..., acabarás siendo luchador titular en alguna parte.

—Cuenta con ello —dijo Jack.

Así era Redding. Para su propia sorpresa, y de Emma —por no hablar de lo asombradas que estaban Alice y la señora Oastler—, a Jack le *encantó* aquel colegio. Era lo que tales centros son, o pueden ser, para algunos chicos. Uno viaja a lo que parece, o es, un país extranjero; puede que sus preocupaciones viajen con él, pero, aun así, se integra. Hasta entonces Jack Burns nunca se había integrado.

## 17 - Michele Maher, y otras

Jack no se *integró* en Exeter, donde lo admitieron en virtud de la fama que tenía Redding en la formación del carácter, con el apoyo extra, en la oficina de admisión, del entrenador de lucha de Exeter, que sabía que los chicos del entrenador Clum eran «batalladores». Jack era *batallador* —un chico tenaz, a lo sumo—, y si bien tenía la calidad suficiente para luchar con el equipo de Exeter, no estaba en absoluto preparado para un colegio tan difícil como la Academia Phillips Exeter.

El hecho de que también admitiesen a Noah Rosen (a Noah por mérito propio) fue la salvación de Jack. Ahí el entrenador Hudson, el entrenador de lucha de Exeter, volvió a intervenir en favor de Jack: se encargó de que Noah fuese el compañero de habitación de Jack, y Noah ayudó a Jack con los deberes. A pesar de la capacidad memorística de Jack, Exeter era tan exigente desde el punto de vista académico, tan riguroso desde el punto de vista intelectual, que sus aptitudes para la mera imitación no daban la talla. La memorización lo ayudó, como luchador y como futuro actor, pero Noah Rosen le permitió continuar en el colegio.

Jack recompensó a Noah acostándose con su hermana mayor, que por entonces era estudiante universitaria en Radcliffe. Jack había conocido a Leah Rosen durante uno de los días de Acción de Gracias que pasó con Noah y con su familia en Cambridge. Leah tenía cuatro años más que Noah y Jack; estudiaba en Andover mientras ellos estaban en Redding, e ingresó en Radcliffe cuando ellos empezaron en Exeter. No era especialmente guapa, pero tenía un pelo maravilloso y un busto propio del ideal femenino creado a principios del siglo xx por el dibujante Charles Gibson, y Jack la encontraba atractiva en el contexto de lo que estaba convirtiéndose en un arraigado gusto por las mujeres mayores.

Noah era su mejor amigo; aunque ajeno al deporte en general, mantenía con Jack una relación más estrecha que la de este con cualquiera de sus amigos luchadores. Cuando Leah abandonó Radcliffe durante un semestre —no solo para abortar, sino también para sumirse en un estado de obsesiva preocupación por hacerlo—, Noah no supo que Jack era el padre de la criatura.

Cuando había dejado de acostarse con Leah y tenía una aventura con una mujer casada que trabajaba de lavaplatos en la cocina de la academia —la señora Stackpole era una mujer de baja estatura y complexión robusta con varios tatuajes por suerte descoloridos—, Jack se enteró por Noah de que Leah tenía una depresión y visitaba a un psiquiatra. Y Jack siguió sin contarle nada a su amigo.

A diferencia de Redding, donde todos tenían un empleo, en Exeter los únicos empleos los desempeñaban los alumnos becados. Noah estudiaba con beca en Exeter. En una ocasión, cuando Noah estaba enfermo, Jack lo sustituyó en su trabajo en el comedor del colegio; recogió las bandejas usadas y las llevó a la cocina, así fue como y cuando conoció a la señora Stackpole.

Visitaba a la señora Stackpole a media mañana, entre clase y clase, en la pequeña y ruinosa casa donde ella vivía, a un paso de la fábrica de gas. Jack iba y venía apresuradamente, porque el marido de la señora Stackpole trabajaba en la fábrica de gas y siempre almorzaba en casa. El almuerzo, los restos de la cena de la noche anterior, se calentaban en el horno mientras la señora Stackpole extendía una toalla sobre el sofá de la sala de estar y ella y Jack se enzarzaban en una especie de sexo combativo con reminiscencias de la iniciación sexual del chico a manos de la señora Machado. La respiración fatigosa de la lavaplatos iba acompañada de un sonido sibilante, y al principio Jack pensó que provenía del misterioso almuerzo del marido; quizás estaba a punto de estallar en el horno. Pero la señora Stackpole sufría una desviación del septum nasal, resultado de una fractura de nariz que le había provocado su marido. (Tal vez a causa de una experiencia desagradable a la hora del almuerzo; la señora Stackpole nunca explicó a Jack las circunstancias).

Le costaba imaginar que hubiese sido alguna vez atractiva, y le habría resultado difícil explicar por qué era eso (en parte) lo que lo atraía de ella —su rostro apagado e inexpresivo, las comisuras apuntadas hacia abajo de su boca hosca, la piel grasa, los malos tatuajes y los «michelines», como ella decía, que rodeaban su gruesa cintura—; pero a la lavaplatos la apasionaban ciertas posturas sexuales, mientras que la señora Adkins, en esas mismas posturas, se había limitado a suspirar o hecho evidentes esfuerzos para sobrellevarlas. Entre las preferidas de la señora Stackpole estaba colocarse encima, lo que le permitía mirar a Jack mientras lo montaba.

«Eres demasiado guapo para ser un hombre», le dijo en una ocasión durante una de esas rudas cabalgadas.

El almuerzo del marido despedía un olor a coliflor, semillas de alcaravea y embutido ahumado, quizá *kielbasa*. En cualquier caso, algo demasiado potente para estar en el horno. Un plato fuerte, como la propia señora Stackpole, pensaba Jack.

—Me pregunto —le dijo Jack a Noah una vez durante el último año que pasaron en Exeter— si las mujeres mayores pueden mirar a los chicos y distinguir a los que se sienten atraídos por ellas aunque no despierten atracción en nadie más.

—¿Por qué te preguntas una cosa así? —quiso saber Noah.

Entonces Jack se lo contó casi todo, también lo de la señora Machado. Pero en algún sitio, quizá tomando como modelo a su propia madre, había aprendido a ser selectivo a la hora de decir la verdad. Por supuesto no dijo a Noah que se había acostado con Leah, ni siquiera le habló de la señora Adkins. (Jack sabía que Noah adoraba a su hermana, y Noah había sentido un gran cariño por la señora Adkins).

El error de Jack fue que Noah sí decía la verdad sin más; no era en absoluto selectivo al respecto. Noah le contó a Leah que Jack tenía una insólita obsesión con las mujeres mayores; le contó a su hermana lo de la lavaplatos y también lo de la señora Machado.

En Exeter, donde sus compañeros de estudios absorbían toda clase de información indispensable —al más alto nivel de aprendizaje—, Jack aprendió en esencia cómo

cargarse una amistad diciendo la verdad selectivamente, lo que equivale, por supuesto, a no decirla. Fue Leah, no Jack, quien contó a Noah que se había quedado embarazada de Jack; también habló a su hermano del aborto. Así, cuando Leah volvió a abandonar Radcliffe —esa vez para siempre—, Jack supo que sin lugar a dudas se merecía perder a Noah Rosen como amigo.

Jack había estado en la infancia lo que se le antojaba toda una vida, pero la adolescencia pasó para él de manera tan veloz e indistinta como aquellas señales de carretera que veía por las ventanillas del autobús del equipo de lucha. Jack Burns no entendía a las mujeres —o lo que constituía un comportamiento correcto con ellas— más de lo que el pobre Lambrecht entendía las señales que prevenían contra los resaltes por helada, así como tampoco entendía que fueron el dolor y el aburrimiento los que impulsaron a la señora Adkins y a la señora Stackpole y también a Leah Rosen a acostarse con él cuando sabían que no era más que un crío rijoso.

Cuando Jack terminó sus estudios en Exeter en la primavera de 1983, Noah Rosen no le estrechó la mano. Durante años, Jack no soportó el recuerdo de Noah. En esencia, Jack lo había borrado de su vida en una época en que Noah era la presencia más cálida en ella.

Tanto el padre como la madre de Noah eran académicos, pedagogos especializados en primera infancia. A juzgar por su aspecto, y el de su casa de Cambridge —por no hablar de la beca de Noah en Exeter, y de las de Leah en Andover y Radcliffe—, Jack supuso que era poco lo que se ganaba con la pedagogía de la primera infancia. (Una lástima, porque para Jack fue sin lugar a dudas una etapa de la vida muy *formativa*).

Los Rosen valoraban mucho la educación a todos los niveles; debieron de quedarse desolados cuando Leah abandonó Radcliffe. Fue a Madison, Wisconsin, y allí se metió en problemas. No fueron problemas de drogas, sino algo relacionado con la política; las malas compañías, dio a entender Noah. «Tuvo una serie de malos novios», dijo Noah a Jack, «empezando por ti».

Leah Rosen acabó muerta en Chile. Eso era lo único que Jack sabía. Al menos no había agua de por medio, no estaba el absurdo Nezinscot, el supuesto río que se llevó la vida de la señora Adkins.

¡Jack no había deseado ningún mal a esas personas! Tampoco a la señora Stackpole, cuyo cuerpo fue hallado en el río Exeter, bajo la cascada. Por encima de la cascada, el río era de agua dulce y no muy profundo. Por debajo de la cascada, el agua era salobre —en ese tramo, el río estaba sujeto al régimen de mareas—, y la señora Stackpole apareció en el agua salada, en las marismas, durante la marea baja. El nivel del agua había disminuido lo suficiente para que un golfista viese el cuerpo, o quizá fuese un remero del equipo de Exeter. Como por entonces estaba concentrado en su inminente graduación, Jack no lo recordaba. En cualquier caso, la antigua lavaplatos de la academia estaba irreconocible; había permanecido bajo el agua demasiado tiempo.

La habían estrangulado, según el periódico del pueblo, y arrojado después al río; no había muerto ahogada. ¿Le había contado la señora Stackpole a su marido lo de Jack? ¿Lo había averiguado su marido de algún modo? ¿Veía a alguien más, aparte de Jack? Como solía ocurrir en New Hampshire, todo el mundo sospechó del marido que trabajaba en la fábrica de gas y volvía a almorzar a casa. Pero no le acusaron.

Tampoco acusaron a Jack, excepto Noah Rosen, y ni siquiera Noah consideró a Jack culpable del asesinato en sí. «Digamos solo que probablemente *contribuiste*», dijo Noah.

Podría haber dicho algo peor si Leah hubiese muerto en Chile antes de que hallaran a la señora Stackpole en el río Exeter. Pero Leah aún estaba en Madison, Wisconsin, pese a que sin duda tenía ya el estado de ánimo de Chile.

Durante aquellos años de colegio lejos de casa, Jack se distanció aún más de su madre, un proceso que Alice había iniciado cuando Jack todavía estaba en el St. Hilda. Pero las contadas ocasiones que veía a Emma eran siempre edificantes, y el afecto que se profesaban mutuamente creció. Él era demasiado joven —y demasiado proclive a pensar en las mujeres como una novedosa diversión— como para darse cuenta de que adoraba a Emma.

Solo Emma comprendió por qué durante cuatro años en Exeter, que era un colegio mixto, Jack nunca tuvo una auténtica novia. Emma sabía que le gustaban las mujeres mayores; las chicas de Exeter eran solo chicas. Cuando Jack estaba en noveno, cuando tenía catorce años e iba para quince, lo atraían algunas de las alumnas del último curso, que tenían diecisiete o dieciocho años, pero él ya no era un niño mono. Era un adolescente desgarrado; durante los dos primeros años en Exeter, las chicas mayores no le hicieron el menor caso.

Naturalmente, Jack vio alguna que otra vez a Emma en esos años, y no solo durante las vacaciones del colegio o durante algún momento del verano. Después de graduarse en el St. Hilda, Emma fue a McGill, en Montreal, cosa que la señora Oastler, acérrimamente leal a Toronto, consideró algo impropio de Toronto (o contrario a Toronto).

Emma se aburrió pronto, no de McGill sino del quebequés. Fue siempre una estudiante excelente, aunque el francés no era su asignatura preferida; descubrió que las películas francesas le gustaban más con subtítulos, y decidió que eran las propias películas lo que en realidad le gustaba.

Ingresó en la Universidad de Nueva York, donde eligió la especialidad de cinematografía. En McGill había obtenido buenas calificaciones y pudo trasladar todo su expediente; le encantó vivir en Nueva York. Cuando Jack entró en Exeter, en el otoño de 1979, Emma empezaba su segundo curso en la universidad, pero el primero en Nueva York. Ella lo invitó y Jack viajó a Nueva York para verla un fin de semana de ese otoño. Fue un fin de semana más bien corto. Exeter tenía media jornada lectiva

el sábado; llegar desde New Hampshire hasta la ciudad de Nueva York requería el resto del día, y Jack debía estar forzosamente de regreso en la academia a las ocho de la tarde del domingo.

No obstante, disfrutó de unas emocionantes horas la noche del sábado y la mañana del domingo en compañía de Emma y de sus amigos de cinematografía. Fueron a un cine abierto toda la noche que ponía películas de BÍlly Wilder. Jack apenas conocía a Wilder, aunque había visto *Con faldas y a lo loco* en Toronto con su madre; por entonces debía de tener nueve o diez años. Cuando Marilyn Monroe cantaba *I Wanna Be Loved by You* con aquel vestido de lentejuelas, a Jack se le empinó y cometió el error de enseñárselo a su madre. (El sarcasmo de Alice con respecto al pene de su hijo podía ser brutal. No dijo «igual que tu padre», pero su mirada lo expresó por ella).

En Nueva York, la primera película que Emma, sus amigos y Jack vieron fue *Cinco tumbas al Cairo*, pero Jack solo recordaría el comienzo: aquel tanque fantasma que transportaba soldados muertos por el desierto. Después del tanque, olvidó todo lo que ocurrió a Franchot Tone, principalmente porque Emma le puso la mano en la entrepierna y le tuvo agarrado el pene durante el resto de la película. Jack se daría cuenta años más tarde de que Erich von Stroheim había hecho el papel de Rommel.

Volvió a cogerle el pene en *Días sin huella*, película durante la cual a Jack se le ocurrió la idea de que Ray Milland se parecía a su padre, o a como se imaginaba él a su padre borracho.

Jack se quedó dormido en el hombro de Emma durante toda la proyección de *El crepúsculo de los dioses*; luego se despertó y, aunque tenía ganas de mear, vio hasta el último minuto de *El gran carnaval*. El domingo por la mañana, mientras desayunaban, los amigos de cinematografía de Emma dijeron que Jack debería haberse dormido durante *El gran carnaval* y permanecer despierto en *El crepúsculo de los dioses*.

«Eso es lo que me encanta de ti, monada. No les hagas caso», dijo Emma.

A Jack no le cayeron demasiado bien los amigos de Emma, pero solo por estar con ella merecía la pena cada minuto del largo viaje.

Nunca sería un gran admirador de Willy Wilder, aunque Wilder había nacido en Viena y Jack veía lo que tenía de europeo incluso en sus películas más americanas. Fueron los cineastas europeos los que primero le interesaron a Jack, y fue Emma Oasder quien lo introdujo a su obra. Ya fuera con Emma durante los fines de semana que pasaba en Nueva York, o con Noah durante los fines de semana que iban a Cambridge —cuando veían todas las películas extranjeras en Harvard Square—, Jack se convirtió en un entusiasta de las películas con subtítulos. A excepción de las películas del Oeste, no le gustaban en absoluto las películas americanas.

En cuanto a la cuestión de no ser como su padre, Jack pensaba que si William hubiese conocido a Emma cuando era joven, seguramente habría mantenido relaciones sexuales con ella, y por todo lo que Emma había oído contar del padre de

Jack, ella misma admitió que habría sucumbido a sus encantos.

«Esa es una de las razones por las que puedes alegrarte de que no hayamos tenido relaciones sexuales», dijo Emma a Jack.

Y en cuanto a qué opinaba ella respecto de no tener relaciones sexuales con Jack, Emma no dijo nada.

En Exeter, durante el segundo semestre de cada curso, la lucha ocupaba los fines de semana de Jack. Emma alquilaba con frecuencia un coche e iba a verlo combatir; ella había abandonado la lucha y una vez más lidiaba con el peso. Emma era una comilona compulsiva, pero también era una levantadora de pesas compulsiva. Le daba por fumar, dejaba el tabaco, empezaba a comer en exceso, paraba y luego iba a batirse el cobre en el gimnasio. Cuando el ciclo volvía a iniciarse, Emma era, al parecer, incapaz de atajar el previsible rumbo que tomaría.

A quien necesitaba era a Chenko, su compañero de entrenamiento preferido, pero Chenko no solo estaba lejos de allí, en Toronto, sino que además esperaba un implante de cadera. Boris había regresado a Bielorrusia. «Un asunto familiar», se limitó a decir Pavel, que se había trasladado a Vancouver. Este se había casado con una mujer de Columbia Británica que había conocido en su taxi.

En el segundo curso de Jack en Exeter, cuando tenía quince años e iba para dieciséis, Emma había cumplido los veintidós. Casi todos los sábados, después de los combates de lucha, Emma llevaba a Jack al cine de Durham, New Hampshire. Durham estaba a poco rato en coche de Exeter, y era una ciudad universitaria; tenían una especie de sala de arte y ensayo donde pasaban películas extranjeras tanto antiguas como actuales. En Exeter solo pasaban antiguas.

A Jack le encantaba *La Strada* de Fellini, que vio (más de una vez) con Emma agarrándole el pene. Los dos opinaban que Chenko hubiese hecho papilla al personaje de Anthony Quinn, pero solo en los tiempos en que Chenko aún no necesitaba una cadera nueva. A Jack no le entusiasmó tanto *La dolce vita*. El personaje de Marcello Mastroianni era un *playboy*, y Jack se imaginaba así a su padre, el buscador de sexo que él temía llegar a ser. Y *81/2* no le gustó en absoluto (otra vez Mastroianni).

Fellini volvió a cautivar a Jack con *Amarcord*. Emma ya había visto la película en Nueva York, pero insistió en llevar a Jack a Durham para que la viese. Deseaba ser testigo de su reacción ante la estanquera de las tetas enormes. Con la mano en la entrepierna de Jack, Emma conocía la reacción del enano casi antes de que Jack tomase conciencia. «¿Qué me dices de eso como mujer mayor, monada?».

Se grabaron en la memoria el nombre poco conocido de la actriz que interpretaba a la estanquera pechugona de Rimini. Cuando Emma llamaba al dormitorio de Jack en Exeter, a veces adoptaba acento italiano y decía a quienquiera que contestase al teléfono: «Por favor, dígame a Jack Burns que está al aparato Maria Antonietta Beluzzi».

Más frecuentemente, cuando Emma telefoneaba, se limitaba a decir que era la hermana de Jack. Él había dejado de llamarla «hermanastra»; en lugar de eso se refería a ella como su «hermana mayor».

En Exeter nadie tuvo la falta de delicadeza de hacer comentarios respecto al escaso parecido familiar entre ellos, nadie excepto Ed McCarthy, compañero de Jack en el equipo de lucha, que no tenía para nada en consideración los detalles. Una vez, en un entrenamiento, McCarthy se olvidó de ponerse el suspensorio; el pene se le salió del calzón y quedó extendido como una babosa sobre el tapiz, donde su compañero, un luchador de ochenta kilos, se lo pisó.

Jack le habría pisado el pene a McCarthy de muy buena gana el día que hizo un comentario desconsiderado sobre Emma.

—Es una pena que tú hayas heredado toda la belleza de tu familia, Burns. Tu hermana tiene más pinta de luchador que tú.

Estaban en el vestuario —bancos de madera, taquillas de metal, suelos de cemento— preparándose para el entrenamiento. Jack le inmovilizó un brazo a McCarthy, más corpulento que él, con un gancho desde abajo y, agarrándolo del cuello con la mano derecha, lo obligó a agachar la cabeza bruscamente. Cuando McCarthy se zafó, desplazando el peso del cuerpo al talón del pie derecho, Jack lo sorprendió con un barrido y McCarthy fue a dar con el culo desnudo en el suelo de cemento, se golpeó la espalda contra la puerta de una taquilla y el codo con el banco al caer.

Jack dio por supuesto que McCarthy se levantaría y le sacudiría el polvo, pero McCarthy se quedó allí sentado.

—Podría dejarte hecho papilla, Burns —dijo.

—Hazlo, pues —repuso Jack.

Jack no luchó por encima de los sesenta y cinco kilos ni siquiera durante el último curso. Cuando dejó de crecer, medía un metro setenta, pero solo si se ponía de puntillas, y competía mejor con sesenta kilos que con sesenta y tres.

En los dos últimos años que pasó en la academia, Jack era uno de los mejores luchadores de Exeter. Ed McCarthy nunca pasaría de ser un luchador del montón. Jack *podría* haber derrotado a McCarthy en un combate de lucha, pero no en una pelea. Un luchador de ochenta kilos, por mediocre que fuese, llevaba las de ganar con uno medio pasable de sesenta kilos, y McCarthy lo sabía. Se levantó y se frotó la espalda y el codo dolorido.

Como el señor Ramsey había aconsejado a Jack, tenía público, aunque esa vez sin proponérselo.

—No deberías llamar «fea» a la hermana de nadie —dijo uno de los pesos ligeros.

—La hermana de Jack es fea —contestó McCarthy.

Eso salvó a Jack: no la hostilidad de McCarthy sino su insistencia en la palabra «fea». Si bien en Exeter no había reglas en lo referente a la amabilidad, ni se restaban puntos por hacer comentarios «despectivos» o «desdeñosos» —de hecho, la tendencia



intelectual del colegio fomentaba todo lo negativo y desdénoso—, era cierto que, para unas cuantas almas sensibles, las hermanas eran sagradas, en especial si no eran guapas. Y en el caso de Emma, que sin ser fea tampoco era del todo bonita, se añadía el problema del peso.

—¿Quién ha heredado la belleza en tu familia, McCarthy? —preguntó el peso pesado del equipo. Se llamaba Hermán Castro; era un alumno becado procedente de El Paso, Texas, y si bien era un luchador medio pasable, posiblemente había ganado más de un combate asustando al adversario. Su aspecto producía tal espanto que no era aconsejable utilizar la palabra «feo» si él podía oírlo.

—No hablaba contigo, Hermán —dijo Ed McCarthy.

—Ahora sí —contestó Hermán Castro, y ahí se acabó la historia. O se habría acabado si Jack lo hubiese dejado correr. Sentía una lealtad férrea hacia Emma.

Ed McCarthy no era feo —aunque su *pene* sí lo era, sobre todo después de que se lo pisaran—, pero tampoco era atractivo, ni mucho menos. No tuvo novia hasta el último curso, y lo mejor que consiguió fue una chica de aspecto asustadizo, pelirroja y pecosa, que aún estaba en décimo. La pelirroja acababa de cumplir los dieciséis; McCarthy tenía dieciocho. Casi con toda seguridad no era una relación sexual, pero probablemente se trataba de la primera relación de cualquier clase para ambos.

Jack contempló la idea de seducirla; desde luego no para acostarse con ella, porque era demasiado joven y asustadiza para él, sino para predisponerla contra McCarthy, que había hecho comentarios tan crueles sobre Emma.

Jack se encontró a la novia de McCarthy en el comedor; estaba en el bufé de ensaladas. Durante la temporada de lucha, Jack vivía a base de ensalada; para mantenerse en cincuenta y nueve kilos, no podía comer mucho más. (En el desayuno tomaba un tazón de copos de avena, a veces con un plátano; en el almuerzo ensalada; en la cena ensalada, a veces con otro plátano).

La pelirroja de las pecas adoptó una expresión aún más asustadiza que de costumbre cuando Jack le dirigió la palabra.

—¿Te trata bien? —preguntó Jack.

La chica se llamaba Molly —Jack ignoraba el apellido— y lo miraba como si esperase alguna reacción desconocida e incontrolable de su propio cuerpo, como si se hubiese inyectado una droga alucinógena en las venas.

Jack le tocó la mano, que ella, sin darse cuenta, había metido en la fuente de acero inoxidable de los champiñones crudos, donde reposaba como un miembro cercenado.

—Me refiero a McCarthy —aclaró Jack—. Puede ser cruel con las mujeres, y superficial. Espero que no sea así contigo.

—¿Ha hecho sufrir a alguien que tú conoces? —preguntó Molly; parecía temer de verdad a McCarthy.

—Supongo que solo ha herido mis sentimientos por algo relacionado con mi hermana mayor —dijo Jack.

Como había aprendido a hacer, la miró con los ojos empañados. Todas aquellas

películas, con el pene en la mano de Emma, lo habían predispuesto a imaginar el primer plano. Por entonces Jack había visto llorar media docena de veces a Anthony Quinn. Si Zampanó, el forzudo, lloraba, ¿por qué él no?

Jack no había actuado mucho en Exeter. Tenía que hacer demasiados deberes para participar en la mayoría de las producciones elegidas por la asociación dramática del colegio, Dramat.

*Muerte de un viajante*, que fue la obra de otoño cuando cursaba noveno, le despertaba un interés relativo. Jack sabía que tenía un aspecto demasiado juvenil para interpretar a Willy Loman, y era demasiado bajo para ser uno de los hijos de este, Happy o Biff. Finalmente, armándose de valor, se presentó a las pruebas para el papel de Linda y superó a unas cuantas chicas, entre ellas dos alumnas de último curso que habían sido miembros de Dramat durante cuatro años. Pero en la que sería la primera experiencia de Jack con la crítica teatral, *The PEAN*, el anuario escolar, describió la interpretación de Jack como «angustiada en exceso», y *The Exonian*, el periódico del colegio, afirmó que Linda era un error de reparto, «que dio como resultado la clase de parodia sexual que el público debió de verse obligado a padecer en aquellos tiempos oscurantistas en que Exeter era un colegio solo para chicos». «¿Qué sabrán ellos?», pensó Jack. «¡Que le vayan a Linda con el cuento de que está “angustiada en exceso”!».

Después de eso, cuando Jack tomó conciencia de lo pesada que era para él la carga del trabajo académico, fingió desdén ante lo que Dramat escogía para sus representaciones. En la mayoría de los casos no le resultó difícil; muchas de las elecciones reflejaban el gusto del profesor que asesoraba a la asociación dramática, un hippy trasnochado. Pero, además, Jack se reservaba para algún que otro Shakespeare, pues ni siquiera aquellos aficionados podían estropear gravemente una obra así.

Sus colegas trágicos de Dramat se habían tomado a mal la encarnación femenina que hizo Jack de Linda en *Muerte de un viajante*. Intentaron obligarlo a aceptar papeles masculinos, instándolo a presentarse a las pruebas para *Escala en Haivai*, como si la película no hubiese sido ya bastante mala. ¡A ver si eso no estaba trasnochado! Jack evocó a Wendy Holton: «Antes la muerte», dijo.

Hacerse rogar fue excelente para su reputación como actor. (¿Y qué riesgo había?).

Decidió sorprender a todos ofreciéndose voluntariamente para un papel secundario en *La casa de té de la luna de agosto*. Jack sabía que el personaje de Flor de Loto, una *geisha*, afianzaría sus posibilidades de cara a cualquier papel femenino que desease en el futuro. El papel que realmente quiso hacer fue uno en la obra de invierno durante el penúltimo año que pasó en la academia. Jack fue *Lady Macbeth*, claro está, ¿y quién iba a meterse con él por eso? ¿Otro luchador? (Una de las alumnas de último curso, miembro de Dramat, argumentó que el papel exigía una mujer «dominante», y por tanto una elección más «masculina» podía servir).

Cuando Dramat pensó que por fin lo había calado —a Burns le gusta Shakespeare, Burns quiere hacerlo todo *vestido de mujer*—, Jack los sorprendió una vez más. Se presentó a las pruebas para *Ricardo III*, pero solo si podía ser Ricardo. «Que pierdan ellos el tiempo con *Nuestra ciudad* hasta que las ranas críen pelo», pensó Jack. Quería colocarse detrás del cuello aquel balón de fútbol, que era lo que había elegido como joroba.

Fue en el invierno del último año que pasó en Exeter; durante la temporada de lucha, que era cuando Jack estaba más delgado. Les enseñaría un «invierno de descontento» como no habían visto otro; ofrecería su «reino por un caballo» y ellos se lo creerían, y así fue.

En ese momento, las lágrimas de Jack caían en la mano de Molly, entre los champiñones; sus lágrimas se precipitaban también sobre el brócoli y las rodajas de pepino. Y el rábano rodó y se salió del plato. No hizo siquiera ademán de recogerlo.

Molly lo llevó a una de las mesas del comedor. Otros alumnos les hicieron hueco.

—Cuéntamelo todo —dijo Molly, y le agarró la mano con fuerza. Tenía los ojos de un azul deslavazado, diluido; una de las pecas de la garganta parecía infectada.

—Yo no pedí nacer guapo —dijo Jack—. Mi hermana no tuvo la misma suerte, mi hermana *mayor* —añadió, como si la avanzada edad de Emma fuese una reveladora señal de que nunca encontraría novio. (A decir verdad, Emma tonteaba mucho, sobre todo con chicos de la edad de Jack o menores. Afirmaba que no mantenía relaciones sexuales con ellos, «no exactamente»).

—¿Tu hermana no se parece a ti? —preguntó Molly a Jack.

—Dice McCarthy que mi hermana es fea —contestó él—. Yo no la veo así, por supuesto. ¡Yo la quiero!

—¡Claro que la quieres! —exclamó Molly, y le apretó aún más la mano.

No solo no era bonita; a los dieciséis años, Molly era seguramente todo lo atractiva que llegaría a ser. No le debía de gustar mirarse en el espejo, y con el paso de los años le gustaría cada vez menos, imaginó Jack. El hecho de que su novio llamase fea a otra chica debió de tocarle alguna fibra sensible.

Jack ya había llorado bastante; con su exagerada actuación había dejado un poco húmeda la ensalada. Acudió a su mente otro primer plano: un labio superior algo trémulo pero tenso.

—Siento haberte venido con esto —dijo—; nadie puede hacer nada. No volveré a molestarte.

—¡No! —dijo ella, y lo agarró de la muñeca cuando él hizo ademán de tomar la bandeja y marcharse. Una zanahoria cruda cayó del plato; un poco de té con hielo se derramó del vaso. En temporada de lucha, de tanto té con hielo como bebía, estaba que se comía las uñas. Siempre le temblaban los dedos como si viajase en un tren a toda velocidad.

—Será mejor que me vaya, Molly —dijo Jack, y la dejó allí sin volver la vista atrás. Sabía que ella y Ed McCarthy habían terminado. (También sabía que Ed no

tardaría en llegar a comer).

Jack se acercó de nuevo al bufé de ensaladas; se moría de hambre. Allí estaba la chica más guapa del colegio, Michele Maher, alumna de último curso. Era una rubia esbelta con el pelo color miel, el lustre de una modelo en la piel y —según la burda opinión de McCarthy— «un buen par de tetas».

Michele, de más de un metro setenta y cinco de estatura, le sacaba unos cinco centímetros a Jack. Era miembro de Dramat. Jack la había superado en las pruebas de selección para *Lady Macbeth*, pero ella lo había tomado con deportividad; era una de las pocas de quienes podía decirse eso. Pese a su belleza, caía bien a todo el mundo; era inteligente pero también amable con los demás. Había solicitado con antelación el ingreso en Columbia, porque era neoyorquina y quería regresar a su ciudad; así pues, a diferencia de la mayoría de los alumnos de último curso, no tenía que dar vueltas a la idea de dónde acabaría estudiando la carrera; ella ya lo sabía.

—Jack Burns, sano y en forma —dijo Michele.

—Ese soy yo —contestó él—. Soy un corazón de las tinieblas famélico.

—¿Dónde te has dejado la joroba, Dick? —preguntó ella. Era una broma de *Ricardo III*; todos los miembros de Dramat se lo preguntaban una y otra vez.

—En el guardarropía, y solo es un balón de fútbol —contestó Jack, quizá por centésima vez.

—¿Por qué no tienes novia, Jack? —preguntó Michele. Solo hablaba por hablar, o eso pensó él.

—Porque tengo la sensación de que tú no estás disponible —respondió Jack.

Era solo una frase. Jack aún estaba actuando; no lo decía en serio. Comprendió de inmediato que había cometido un error, pero no tuvo la agilidad mental para corregirlo. Tanto té con hielo en el estómago vacío estaba dándole un colocón.

Michele Maher bajó la mirada, como si de pronto se hubiese quedado absorta en el bufé de ensaladas. La postura de su cuerpo, por lo general excelente, se vino abajo; por un momento, Jack fue casi tan alto como ella.

«Eh, era solo una frase», estuvo a punto de decir, y debería haberlo dicho. Pero Michele se le adelantó.

—No tenía la menor idea de que estuvieses interesado en mí, Jack. Pensaba que no estabas interesado en *nadie*.

El problema era que a Jack le caía bien; no quería herir sus sentimientos. Y la verdad es que si le hubiese contado a Michele Maher que se estaba tirando a la señora Stackpole, ella no le habría creído. La señora Stackpole era tan fea, por usar la palabra de McCarthy —de físico tan desafortunado en el mundo de las mujeres, incluso en el mundo de las mujeres *mucho* mayores—, que la propia lavaplatos había expresado su incredulidad ante el hecho de que Jack Burns se la tirase.

«¿Por qué yo?», le había preguntado la señora Stackpole una vez mientras lo aplastaba con todo su peso hasta el punto de impedirle respirar. Jack no podía hablar, y en todo caso no conocía la respuesta. En la necesidad que tenía la señora Stackpole

de estar con él se percibía cierto apremio; los chicos como Jack Burns nunca la habían mirado siquiera. ¿Cómo podía Jack hablarle de eso con sinceridad a una belleza como Michele Maher?

—¿Cómo podría alguien no interesarse en ti, Michele? —preguntó Jack.

Quizá si esa hubiese sido su frase final y se hubiese marchado, no habría ocurrido nada. Pero el hambre no le permitía alejarse un solo paso del bufé de ensaladas. Entonces alguien lo agarró, y en un primer momento Jack pensó que se trataba de Michele. Albergó la *esperanza* de que fuese Michele.

—¿Qué coño le has dicho a Molly, gilipollas? —le preguntó McCarthy.

—Solo la verdad —contestó Jack—. Dijiste que mi hermana es fea, ¿no fue así?

Jack no se había propuesto conseguir que Michele Maher se enamorase de él, pero ella estaba de pie a su lado. ¿Y qué podía hacer Ed McCarthy? Jack era un chico de Redding. McCarthy sabía que podía soportar una paliza. ¿Y qué le haría el entrenador Hudson a él si lesionaba a Jack y uno de los mejores pesos ligeros del equipo de lucha de Exeter se perdía varios combates al final de la temporada?

Además, Hermán Castro le hubiese hecho papilla si le hubiese puesto la mano encima a Jack. Solo por salir en defensa de la fealdad, Jack se había ganado de por vida la amistad de Hermán Castro.

—Ed opina que mi hermana mayor, Emma, es fea —explicó Jack a Michele Maher. Vio que no existía la menor posibilidad de hacerla volver a la realidad; ya había ido demasiado lejos—. Naturalmente, yo no veo a Emma así, porque la quiero.

La mejor opción de Ed McCarthy —dadas las circunstancias, quizá la única opción— era marcharse; aun así, Jack se sorprendió un poco cuando McCarthy se fue. McCarthy acababa de perder a su patética novia, y la única manera, durante el resto de su vida, de respirar alguna vez el mismo aire que las Michele Maher de este mundo era estar al lado de personas como Jack Burns. Eran los Jack Burns de este mundo quienes conseguían a las Michele Maher; en el caso de Jack, sin proponérselo siquiera.

Un fin de semana, en la primavera del último año que pasarían ambos en Exeter, Michele llevó a Jack a su casa de Nueva York. Era la primera vez que Jack se sentía infiel con respecto a Emma, no por estar con Michele sino porque no avisó a Emma de que iría a la ciudad. Michele era tan guapa que Jack temió que conocerla hiriese los sentimientos de Emma, o que Emma tratase mal a Michele. (En la familia Maher todos eran guapos, incluso el perro).

Además, razonó Jack para justificarse, ¿realmente le importaría a Emma si él visitaba la ciudad y no se lo decía? Emma se había licenciado ya en la Universidad de Nueva York y era guionista en ciernes de un programa nocturno de humor que se emitía por la televisión neoyorquina. Aborrecía el trabajo. Había llegado a la conclusión de que, al menos en su caso, el camino hacia la realización de películas no

pasaba por la televisión; ni siquiera tenía ya la certeza de querer dedicarse al cine.

—Voy a ser escritora, monada; hablo de novelas, no de guiones. Hablo de literatura, no de periodismo.

—¿Cuándo vas a escribir? —preguntó Jack.

—Los fines de semana.

Así pues, Jack tuvo la impresión de que podía perturbar la labor narrativa de Emma si la molestaba un fin de semana.

Los padres de Michele tenían un apartamento en Park Avenue; abarcaba medio edificio y era mayor que todo el dormitorio de quinto curso en Redding. Él no sabía que la gente, en sus apartamentos, tuviese «obras de arte» de su propiedad. Ni siquiera sabía que los particulares pudiesen tener obras de arte en propiedad. Quizá fuese esa una manera específicamente canadiense de infravalorar el poder del sector privado, o tal vez había pasado en Maine y New Hampshire el tiempo suficiente para verse despojado de su sensibilidad urbana.

Había un pequeño Picasso en el cuarto de baño de la habitación de invitados; estaba colgado en la pared a baja altura, al lado del inodoro, donde uno lo veía mejor cuando se sentaba. A Jack le impresionó tanto verlo que, allí de pie, casi se meó en el cuadro. Por alguna razón, el chorro salió desviado.

Pensó que tenía algún problema en el pene, un poco de gonorrea, quizá. Jack sabía que era muy posible que la señora Stackpole le hubiese contagiado unas purgaciones. (A saber con quién más follaba, o con quién más follaba su marido). En ese momento, después de mearse casi en el Picasso colgado a la altura de la rodilla, Jack se convenció de que tenía una enfermedad venérea, algo que podía transmitir a Michele Maher. Tampoco es que pensara que Michele se acostaría con él. Pero era la primera vez que estaban juntos fuera de Exeter. Sí, la había besado, pero ni una sola vez había palpado lo que Ed McCarthy, burdamente, había llamado «buen par de tetas».

Y Jack tuvo la mala suerte de que los guapos padres de Michele se marcharan a alguna función de etiqueta, y dejaran en el enorme apartamento de Park Avenue a Jack y a Michele en compañía del perro guapo. Al principio estuvieron viendo la tele en la habitación de Michele después de irse los padres.

—Estarán fuera hasta tarde —dijo Michele.

Jack preveía algún que otro magreo, pero nunca habría imaginado que Michele Maher fuese la clase de chica que «llegaba hasta el final», por usar una de las expresiones prehippies de Alice. «Espero que no conozcas a ninguna chica que “llegue hasta el final”, Jack», fue lo que le había dicho su madre cuando regresó a Toronto, bajo la nieve, en su último mal llamado descanso primaveral.

Michele Maher no era la clase de chica que llegaba hasta el final, pero quería hablar del tema. Pensaba que quizás había sido un error por su parte no hacerlo.

—No, creo que has hecho bien —se apresuró a decir Jack.

A menos que le contase que quizás había pillado unas purgaciones con una

lavaplatos de Exeter, no sabía qué hacer salvo declararse él mismo defensor de «no» llegar hasta el final.

En una de las cadenas de televisión dedicaban un programa especial a John Wayne, que comenzaba con *El luchador de Kentucky*. Al frente de un regimiento de fusileros de Kentucky, John Wayne luce en la cabeza lo que parece un mapache entero. A Jack le gustaba John Wayne, pero Emma había socavado el entusiasmo de Jack por la clase de heroísmo de Wayne; lo había sometido a una dieta estricta de películas de Truffaut y Bergman. A Jack le gustaba Truffaut, pero Bergman le apasionaba.

Era cierto que *Los cuatrocientos golpes* le aburrió, y así lo había expresado. Emma se sintió tan defraudada con él que dejó de agarrarle el pene; volvió a cogérselo en *Tirad sobre el pianista*, una película que Jack adoraba, y se lo agarró sin soltárselo ni una sola vez durante *Jules et Jim*, mientras Jack imaginaba que era Jeanne Moreau, no Emma, quien lo hacía.

En cuanto a Ingmar Bergman, nunca se cansaba. *El séptimo sello*, *El manantial de la doncella*, *Los comulgantes*, *El silencio...*, esas fueron las películas que despertaron el interés de Jack por el cine y que le llevaron a desear ser actor de cine más que de teatro. *Escenas de un matrimonio*, *Cara a cara*, *Sonata de otoño...*, esas eran las películas que lo inspiraron. No podía dejar de imaginar su propia expresión en primer plano con aquellas mujeres de Bergman. A cada frase que pronunciaba, sin descuidar el menor gesto, Jack imaginaba que la cámara lo enfocaba de tan cerca que toda su cara llenaba la pantalla gigante, o enfocaba solo los dedos de su mano formando un puño, o incluso la yema de su dedo índice encuadrada junto al timbre de una puerta.

Y no hablemos ya del sexo en las películas de Bergman. ¡Ay, aquellas mujeres mayores! ¡Y pensar que Jack las conoció a todas mientras Emma Oastler le tenía agarrado el pene! (Bibi Andersson, Gunnel Lindblom, Ingrid Thulin, Liv Ullmann). Entretanto, Alice esperaba que Jack no conociese a ninguna chica que llegase hasta el final. ¿En qué estaba pensando?

—¿Qué te pasa, Dick? ¿Has perdido la joroba? —preguntó Michele Maher. Era otra de las bromas de *Ricardo III*.

Jack solía contestar: «No, solo se me ha desinflado».

Ni por un momento podía pretextar que estuviese distraído con *El luchador de Kentucky*. Michele y Jack también vieron *Rio Grande* de principio a fin. John Wayne volvía a estar en guerra, esta vez contra los apaches. También está en guerra con su tempestuosa mujer, Maureen O'Hara con su tetamen, de quien se ha distanciado. Pero Jack solo tenía ojos para Michele Maher. ¡Dios, qué guapa era! Y amable, e inteligente, y divertida. ¡Cómo la deseaba!

Michele Maher también lo deseaba a él esa noche, pero Jack se negó a acostarse con ella, pese a que no podía quitarle el ojo de encima. No podía dejar de besarla, de tocarla, de abrazarla. Repitió su nombre sin cesar. Durante años se despertaría

pronunciándolo: «Michele Maher, Michele Maher, Michele Maher».

—Jack Burns —dijo ella con cierta sorna—. Ricardo el Jorobado, también conocido como Tercero —añadió—. *Lady Macbeth* —bromeó. Era, con diferencia, la mujer que mejor besaba de cuantas conocería, y no olvidemos que Emma Oastler era capaz de besar como una descosida. En cuestión de besos nadie le llegaba a la suela del zapato a Michele Maher.

¿Por qué entonces no le dijo Jack la verdad sin más? Que temía haber pillado la gonorrea; que quizá le había pegado las purgaciones una lavaplatos adúltera, una mujer con edad para ser su madre. (Parecía el tema de una de las obras que Dramat elegía o, más aún, una secuela de *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste*).

¿Por qué no le dijo Jack a Michele que la quería, y que quería más que nada protegerla de todo lo que, según imaginaba o sabía, había de malo en él? Debería haberse inventado una historia; al fin y al cabo, actuar era lo suyo. Podría haber dicho a Michele Maher que su compañero de entrenamiento le había pisado el pene en la sala de lucha, una lesión asombrosamente común entre luchadores pero muy poco comentada. Dadas las circunstancias, lo tenía demasiado *dolorido* para hacer el amor con ella, o eso podría haber aducido.

Pero no, Jack, en su necedad, propuso *masturbarse* con Michele Maher, eso en lugar de hacer el amor con ella.

—Es la forma de sexo más segura —dijo Jack mientras alrededor tenía lugar una sangrienta batalla india: los apaches chillaban y morían. John Wayne luchaba para salvar la vida mientras Jack se suicidaba con Michele Maher—. Verás, nos desnudamos, pero yo me toco a mí mismo y tú te tocas a ti misma —prosiguió, cavándose su propia fosa—. Seguimos mirándonos, nos besamos... Sencillamente lo *imaginamos*, tal como hacen los actores.

Las lágrimas que asomaron a los ojos de Michele Maher habrían roto corazones en la gran pantalla; era una chica que podía resistir el primer plano más próximo.

—Ay, Jack —dijo—. Desde el principio te he defendido. Cuando la gente dice, «Jack Burns es demasiado raro», yo digo: «¡No, no lo es!».

—Michele... —empezó a decir Jack, pero en los ojos de ella advirtió lo que pasaba. Antes la había visto enamorarse de él; ahora veía que la había perdido de manera irreversible. Un polvo fúnebre envolvía el *western* de John Wayne en la televisión: caballos caídos, apaches muertos.

Jack dejó a Michele Maher sola en su habitación; tuvo la sensibilidad de darse cuenta de que deseaba estar sola. El guapo perro se quedó con ella. En la habitación de invitados, con aquel cuarto de baño pinacoteca, Jack estaba solo con el Picasso colgado a la altura de la rodilla y su propio televisor. Vio *El hombre tranquilo* a solas.

John Wayne es un púgil profesional, norteamericano de origen irlandés, que abandona el boxeo después de matar accidentalmente a un adversario en el cuadrilátero. Va a Irlanda y se enamora de Maureen O'Hara y su tetamen (otra vez).



Pero el hermano de Maureen (Victor McLaglen) es un gilipollas; en lo que es con toda probabilidad la pelea más larga y menos verosímil de la historia de Irlanda, Wayne tiene que volver a levantar los puños.

Sumido en la autocompasión, Jack concluyó que Victor McLaglen habría hecho papilla a John Wayne. (McLaglen era un profesional; luchó contra Jack Johnson, y asentó el guante a Johnson tanto como este aguantó. Wayne no le habría durado a McLaglen ni un asalto).

El viaje de regreso a Exeter con Michele Maher fue largo y transcurrió en silencio la mayor parte del tiempo. Jack empeoró las cosas entre ellos profesándole su amor; declaró que había sugerido la masturbación mutua solo en señal de respeto hacia ella.

—Te diré lo que hay de raro en ti, Jack... —comenzó Michele, pero rompió a llorar y no se lo dijo. A Jack no le quedó más remedio que imaginarse qué pensaba ella de él. Durante casi veinte años Jack Burns desearía retroceder hasta ese fin de semana.

«Puestos a especular», aventuró Noah Rosen, «las cosas no salieron bien entre tú y Michele porque no podíais dejar de *miraros*».

Solo faltaban una o dos semanas para que Jack contase a Noah lo suyo con la señora Stackpole, cosa que Noah le contó luego a su hermana, y que pondría fin a la amistad de Jack con Noah. Una pérdida dolorosa, en aquel momento más desoladora para Jack que la pérdida de Michele Maher. Pero Noah caería en el olvido; Michele persistiría.

Michele se portó bien. Al igual que Jack, tenía diecisiete años e iba para dieciocho, pero tuvo el comedimiento y la dignidad de no decirles a sus amigos más íntimos que Jack era repulsivo, ni siquiera que era tan raro como opinaban algunos de ellos. La verdad es que continuó defendiéndolo de las acusaciones de rareza. Más tarde Hermán Castro explicaría a Jack que Michele siempre habló bien de él, incluso después de «romper». Hermán dijo: «Cuando pienso en vosotros dos juntos..., en fin, me cuesta imaginarlo. Debíais de sentirlos como modelos en una revista o algo así».

Hermán Castro iría a Harvard, y allí estudiaría en la Facultad de Medicina. Se especializó en enfermedades infecciosas y regresó a El Paso, donde trató principalmente a pacientes con sida. Se casó con una norteamericana de origen mexicano muy atractiva, y tuvieron una numerosa prole. Por las felicitaciones navideñas de Hermán, Jack comprobaría con alivio que los hijos habían salido a *ella*. Hermán, pese al afecto que Jack le tributaba, no resultaba agradable a la vista. Tenía los hombros caídos y figura de ánfora, la nariz chata y la frente salida; por encima de sus ojos pequeños, negros y muy juntos, su frente descollaba como una patata asada.

Hermán Castro era el fotógrafo del equipo de lucha. En aquella época, los pesos pesados luchaban siempre al final; Hermán sacaba fotos de los combates de sus compañeros incluso mientras calentaba. Jack pensaba que Hermán prefería mantener la cara oculta. Quizá la cámara era su escudo.

«Eh, *amigo*», decían tradicionalmente las felicitaciones navideñas de Hermán

Castro, «cuando pienso en tu vida amorosa..., en fin, me cuesta imaginarlo».

Era poco lo que sabía Hermán. Con el tiempo, Jack Burns llegaría a creer que había perdido el amor de su vida la noche que perdió a Michele Maher. De poco consuelo le sería imaginar que su padre, a la edad de Jack, se la habría follado, con purgaciones o sin ellas.

¡Además no tenía purgaciones! Jack fue a visitarse a la enfermería cuando volvió de Nueva York. El médico dictaminó que era solo una irritación, provocada posiblemente por el cambio de dieta al acabar la temporada de lucha.

—¿No es gonorrea? —preguntó Jack con incredulidad.

—No es nada, Jack.

Al fin y al cabo, había estado tirándose a una lavaplatos de casi ochenta kilos durante meses y meses, en ocasiones hasta cuatro o cinco veces por semana. Sin duda tenía *irritación* suficiente para mear de lado sobre un Picasso colgado a la altura de la rodilla, y de paso para echar a perder sus posibilidades con «la *belle* Michele», como llamaba Noah Rosen a Michele Maher.

Michele y Jack solo coincidieron en una clase: el alemán de cuarto. Muchos alumnos que elegían alemán en la academia se imaginaban que llegarían a médicos. Se decía que el alemán era una buena segunda lengua para estudiar medicina. Jack no acariciaba tal esperanza; las ciencias no eran lo suyo. Lo que le gustaba del alemán era el orden de las palabras: los verbos permanecían al acecho hasta el final de la frase. ¡Esas sí que eran frases finales! En una frase alemana, toda la acción se concentraba al final. El alemán era una lengua de actores.

A Jack le gustaba Goethe, pero le apasionaba Rilke, y en la asignatura de Alemán IV le apasionaba sobre todo Shakespeare *en alemán*, especialmente los sonetos de amor, que, según el profesor, *Herr Richter*, eran mejores *auf Deutsch* que en inglés.

Michele Maher, la pobre, discrepaba.

—No afirmaré, usted, *Herr Richter*, que a «*Lascivious grace, in whom all ill well shows*» («Lasciva gracia en quien, el mal parece el bien») le supera «*Mutwillige Anmut, reizend noch im Schlimmen*», digo yo.

—Ah, Michele —declamó *Herr Richter*—, pero estarás de acuerdo en que «*Sonst prüft die kluge Welt der Tränen Sinn, Und höhnt dich um mich, wenn ich nicht mehr bin*» es muy superior al original. Jack, ¿podrías decírnoslo en inglés? Lo haces tan bien.

—«*Lest the wise world should look into your moan*» —recitó Jack a Michele Maher—, «*And mock you with me after I am gone*» («Que puede el docto mundo oír vuestros lamentos, y mofarse, por mí, de vos cuando no esté»).

—¿Lo veis? —preguntó *Herr Richter* a la clase—. La rima de *gone* con *moan* es muy forzada, ¿o no? Mientras que *bin* con *Sinn*..., en fin, a las pruebas me remito.

Jack no podía mirar a Michele, ni ella a él. Imaginar que las últimas palabras que le dirigiera podían ser la rima muy forzada de *gone* con *moan*... era demasiado cruel.

En la última clase a la que asistieron juntos, Michele entregó una nota a Jack.

—Léela después, por favor —se limitó a decir.

Era una cita de Goethe. A Michele le gustaba Goethe más que a Jack. «*Behandelt die Frauen mit Nachsicht*». Conocía el verso. «Tratad a las mujeres con indulgencia».

Si Jack hubiese tenido el valor de darle una nota a Michele, habría escogido a Rilke. «*Sie lachelte einmal. Es tat fast weh*». Pero Michele Maher habría dicho que era demasiado prosaico. «Ella sonrió una vez. Fue casi doloroso».

Si algo le brindó a Jack ciertos motivos de orgullo en sus esfuerzos académicos en Exeter, fue el hecho de aprobar cuatro cursos de alemán sin el apoyo de Noah Rosen. El alemán era la única asignatura en que Noah no podía ni quería ayudarle. (Comprensiblemente Noah, como judío, consideraba el alemán la lengua de los verdugos de su pueblo, y se negó a aprender una sola palabra).

Tampoco con las pruebas de aptitud académica pudo ayudarlo Noah. Ahí Jack estuvo solo; ahí la «aptitud» era una herramienta muy superior a la «actitud». Pese a sus esfuerzos, el talento de Jack se quedó muy a la zaga del de sus compañeros de Exeter. Fue el alumno con las calificaciones más bajas en las pruebas de aptitud de la promoción del 83.

—Los actores no hacen exámenes tipo test. —Así fue como Jack se lo planteó a Hermán Castro.

—¿Por qué no? —preguntó Hermán.

—Los actores no *adivinan* —contestó Jack—. Los actores tienen múltiples opciones, pero saben cuáles son. Si no conoces la respuesta, no adivinas.

—No te ofendas, Jack, pero esa es una manera muy estúpida de enfocar un examen tipo test.

Por culpa de sus lamentables calificaciones en las pruebas de aptitud académica, Jack no iría con Hermán Castro y Noah Rosen a Harvard. No asistiría a ninguna de las supuestas mejores universidades. Su madre le rogó que volviese a Toronto para estudiar allí. Pero él no quería regresar a Toronto.

Después de haber iniciado el distanciamiento entre ellos dos, de pronto Alice quería tener cerca a Jack otra vez. Él no quería saber nada de ella. Jack tenía más que superado «el rollo lesbiano», como lo llamaba Emma; también Emma lo tenía más que superado. Ya les traía sin cuidado que Alice y la señora Oastler estuviesen liadas; de hecho, tanto Emma como Jack se alegraban, se enorgullecían incluso, de que sus madres siguiesen juntas. Eran tantas las parejas que no seguían juntas, parejas que habían conocido entre sus amigos y los padres de muchos de sus amigos.

Pero Jack no podía olvidar que lo habían alejado de Toronto, y de Canadá, su país. Durante ocho años había vivido en Estados Unidos; sus compañeros de estudios eran, en su mayoría, norteamericanos, y las películas que despertaron en él el deseo de ser actor de cine eran europeas.

Jack presentó solicitud, y fue aceptado, en la Universidad de New Hampshire. Emma se puso hecha una furia con él. «¡Por Dios, ricura, no deberías elegir la Universidad de New Hampshire porque te gusta la sala de cine del pueblo!». Pero él

ya había tomado una decisión. Le gustaban Durham y aquel cine, que nunca fue lo mismo, admitiría Jack, sin Emma Oastler sentada a su lado agarrándole el pene.

El viaje al mar del Norte y al Báltico con su madre había formado a Jack Burns. El St. Hilda había cimentado en él lo que Emma llamaría correctamente su obsesión con las mujeres mayores e inculcado unas cuantas técnicas de interpretación básicas, así como la fe en su capacidad de convencer, incluso como chica. Redding le había enseñado a trabajar con ahínco. La señora Adkins lo había arrastrado hacia su tristeza. Y en Exeter había descubierto que no era un intelectual, pero había aprendido a leer y a escribir. (Entonces Jack ignoraba lo raros y útiles que eran esos conocimientos, del mismo modo que habría sido incapaz de definir la vulnerabilidad que la señora Stackpole había sacado a la luz en él).

Las profesoras de Exeter se le antojaron a Jack inaccesibles sexualmente, desde su enfoque de las mujeres mayores. Se equivocase o no al suponerlo, desde luego no eran tan accesibles como la señora Stackpole, cuyo tosco e insinuante apremio lo había cautivado. Redding era un paraje inhóspito adonde las mujeres iban y se sumían en el aburrimiento, o al menos parecían aburridas. En Exeter, en cambio, algunas de las mujeres de los profesores eran atractivas y captaban la atención de los chicos, aunque fuese solo en sus fantasías. (A Jack no se le habría ocurrido abordar a una sola de ellas; se las veía a todas demasiado felices).

La menos accesible de todas era *Madame* Delacorte, una francesa de buen ver que trabajaba en la biblioteca y cuyo marido daba clases en el Departamento de Lenguas Romances. *Romance* no era lo que *Madame* Delacorte evocaba. No había un solo chico en Exeter capaz de mirarla a los ojos, ni había un solo chico que visitase la biblioteca sin el vivo anhelo de encontrársela.

*Madame* Delacorte tenía el mismo aspecto que si acabasen de tirársela pero quisiese más, *mucho* más. (Sin embargo, tras ese agitado primer encuentro ni siquiera se había despeinado). *Madame* Delacorte imponía tanto como Jeanne Moreau en *Jules et Jim*; ni su marido podía acercarse a ella sin tartamudear, y eso que era parisiense.

Jack estaba en la biblioteca empollando para el examen final de historia una noche de primavera; su lugar de estudio preferido estaba en el segundo piso. Había quemado las naves con Noah Rosen y Michele Maher y se había resignado a pasar los cuatro años siguientes en Durham, New Hampshire.

Emma Oastler se trasladaba a Iowa City. Había enviado algunos textos suyos a Iowa y la habían admitido en el Taller de Escritores. Jack no tenía noticia siquiera de la existencia de ese lugar. Solo sabía que Iowa se encontraba en el Medio Oeste y que echaría de menos a Emma.

«Puedes venir a visitarme, ricura. Seguro que allí hay cines, pese al gran número de escritores. Probablemente hay cines para enloquecer adrede a los escritores».

En este contexto, Jack no estaba preocupado por el examen final de historia; solo estaba un poco deprimido. Cuando *Madame* Delacorte se acercó a su lugar de estudio

preferido, se afanaba en la lectura de un montón de libros que teóricamente debería haber leído ya. Había apilado los que se había terminado ya, entre ellos un mamotreto polvoriento de derecho romano que, como le comunicó *Madame Delacorte*, había pedido alguien. Quería que devolviese el libro a las estanterías del tercer piso. Ese era el espacio reservado a los clásicos, todos los griegos y latinos.

—De acuerdo —dijo Jack a *Madame Delacorte*. Nunca la miraba por encima del grácil talle; ese talle por sí solo bastaba para anonadarlo. Se encaminó hacia el tercer piso con el libro de derecho romano.

—Vuelve enseguida —instó *Madame Delacorte* cuando se alejaba—. No quiero cargar con la responsabilidad de distraerte. —¡Como si ella, o el propio Jack, tuviese algún control sobre eso!

Parecía que, como de costumbre, no había nadie en las estanterías del tercer piso. Jack no tardó en encontrar el sitio que correspondía al libro, pero desde el pasillo contiguo, por encima de las tapas mohosas, lo observaban un par de ojos incorpóreos.

—Michele Maher no es la chica que te conviene —dijo la voz que acompañaba a aquellos ojos—. Tú ya eres guapo. ¿Para qué necesitas a una chica guapa? Tú necesitas otra cosa, algo *auténtico*.

¿Otra lavaplatos?, se preguntó Jack. Pero reconoció la voz y el azul deslavazado, diluido, de los ojos. Era Molly como se llamase, la exnovia de Ed McCarthy. («Pene McCarthy», como lo había bautizado Hermán Castro no con mucho cariño precisamente).

—Hola, Molly —saludó Jack. Rodeó la estantería, entró en el otro pasillo y se plantó junto a ella.

—Yo debería ser tu novia —dijo Molly—. Sé que quieres a tu hermana, y ella es fea. Pues yo también soy fea.

—Tú no eres fea, Molly.

—Sí, lo soy —insistió ella. Se veía a la legua que no estaba en sus cabales. Además se había acatarrado; tenía el contorno de las aletas de la nariz enrojecido y moqueaba. Molly como se llamase se reclinó contra la estantería y cerró los ojos—. Tómame —susurró.

Jack no sabía si reírse o llorar. No hizo ni lo uno ni lo otro. Dejándose arrastrar por un impulso destinado esencialmente a causarle el menor daño posible, se hincó de rodillas y le remangó la falda. Hundió la cara en sus bragas; con las manos en las nalgas de Molly, le bajó la cinturilla de las bragas.

¡Aunque parezca mentira, Jack Burns le hizo una *lamida* a una chica de décimo curso, de dieciséis años, entre las estanterías del tercer piso de la biblioteca de Exeter! Gracias a la señora Machado y a la señora Stackpole, sabía exactamente cómo hacerlo; la diferencia estribaba en que esa vez tomó él la iniciativa. Notó los dedos de ella en el pelo; le tiraba de la cabeza hacia sí. La notó desplomarse contra la estantería cuando se corrió en su cara; en absoluto la clase de experiencia que uno suele tener en una biblioteca. Y lo peor fue que desconocía su apellido; ni siquiera podía

mandarle una explicación por carta.

Jack la dejó allí de pie entre las estanterías, o de pie a duras penas. A diferencia de Michele Maher, Molly tenía una estatura que le permitió a Jack besarla en la frente, como a una niña. Cuando se marchó, sin nada que decir excepto que debía empollar para el examen final de historia, tuvo la impresión de que a ella le flojeaban las rodillas.

Jack buscó un surtidor de agua, donde se lavó la cara. Cuando regresó a su cubículo del segundo piso, tomó conciencia de que había estado ausente lo que a *Madame Delacorte* debió de antojársele un buen rato, y para colmo había incurrido en una distracción mayúscula. Quizá tenía la mirada un tanto extraviada, o tal vez el *cunnilingus* improvisado le había dejado alguna secuela que llamó la atención de *Madame Delacorte*.

—¡Pero bueno, Jack Burns! —dijo—. ¿Qué demonios has estado leyendo? Derecho romano no, eso desde luego.

En su voz se advertía un retintín más burlón que científico. ¿Coqueteaba *Madame Delacorte* con él? Al final logró reunir valor para mirarla, pero *Madame Delacorte* era tan inescrutable como el futuro de Jack. Él únicamente sabía que su vida había comenzado, y que la iniciaría sin Michele Maher, su primer, y quizás último, amor verdadero.

## 18 - Entra Claudia; sale la señora McQuat

Jack Burns observaba sus años universitarios a través de un telescopio, tal como hace uno cuando su objeto de deseo no es accesible de inmediato, tal como uno hace cuando aguarda el momento oportuno. La Universidad de New Hampshire fue como una escala en un aeropuerto, una parada en el viaje de Jack a *otra parte*. Sacó buenas notas, como las que jamás había sacado en Exeter —incluso se licenció *cum laude*—, pero mantuvo en todo momento una actitud distante.

En el teatro estudiantil, Jack consiguió todos los papeles a los que se presentó, pero fueron pocos los que le interesaron.

Y vio todas las películas extranjeras que llegaron a Durham en aquellos años, a veces solo, aunque pocas; si iba acompañado de una chica, tenía que ser alguien que le agarrase el pene. Había solo una par de chicas así.

En la mayoría de los casos fue Claudia, que estudiaba teatro. La otra era una chica japonesa, Midori; que asistía a una de las clases de dibujo del natural de Jack. Él era el único modelo masculino para *todas* las clases de dibujo del natural. Como habría dicho el señor Ramsey, era una oportunidad de actuar, y además Jack cobraba. Al posar para el dibujo del natural no necesitaba concentrarse tanto en su público de un solo espectador, tal como le había indicado que hiciera la señorita Wurtz; consistía más bien en el ejercicio de imaginar los primeros planos para los que estaba preparándose. Abrigaba la esperanza de que fuesen muchos.

Posar para el dibujo del natural era asimismo un ejercicio de control espiritual de la carne, porque Jack, mediante su fuerza de voluntad, debía contener la erección; más complicado todavía, aunque él llegó prácticamente a dominarlo, era comenzar a empalmarse y de pronto parar. (Tal vez fuera ese ejercicio el que despertó en Midori la afición al cine).

«Libéranos, Señor, de la esclavitud de nuestros pecados», rogaba Lottie en sus oraciones. Pero Jack ya no tenía noticias de Lottie, ni siquiera a través de una postal. Nunca supo qué le pasó en la isla del Príncipe Eduardo; quizá nada.

Emma le había enseñado a Jack a conducir, ilegalmente, como era propio de ella, pero así al menos Jack pudo sacarse el carnet a la primera oportunidad. No tenía coche; de ahí que desarrollase un apego posesivo por el Volvo de Claudia. Claudia le gustaba, pero su coche le apasionaba.

Claudia era una aspirante a actriz —ella y Jack participaron juntos en varias obras estudiantiles— y su buena disposición para el cometido de agarrarle el pene era en general inquebrantable. Sí, también se acostaban juntos, por lo que, para ella, agarrarle el pene resultaba más normal (aunque también menos excitante) que para Emma. Además, Claudia llevaba a Jack en coche a donde él quisiese, y en cuanto tuvo el carnet, se mostró muy desprendida a la hora de prestarle el Volvo.

Jack iba en coche a Exeter varias veces por semana, solo para entrenar con el equipo de lucha y correr en la pista inclinada de madera del pabellón cubierto. No le

interesaba la lucha a nivel universitario; la competición siempre le había traído sin cuidado. Su objetivo había sido mantenerse más o menos en forma y aprender a protegerse, y tenía una deuda con ese deporte que no le importaba pagar. Se convirtió en segundo entrenador en la sala de lucha de Exeter, sobre todo para hacer demostraciones de los movimientos y de las llaves a los luchadores principiantes, en gran medida como Chenko, Pavel y Boris habían hecho para él cuando era niño, y más tarde el entrenador Clum y el entrenador Hudson.

A diferencia del entrenador Clum, el entrenador Hudson no había menospreciado a Jack por su hábito de drenarse las orejas de coliflor en la sala de entrenamiento. A diferencia del entrenador Clum, el entrenador Hudson era un hombre bien parecido; entendía por qué Jack no quería tener aspecto de luchador durante el resto de su vida, especialmente si aspiraba a ser actor.

—Teniendo en cuenta a qué espero dedicarme, ¿no diría usted que es una decisión «práctica» por mi parte hacerme drenar las orejas de coliflor? —le preguntó Jack.

—*Muy práctica* —contestó el entrenador Hudson.

Durante esos años había en Exeter otro entrenador de lucha. El entrenador Shapiro daba clases de ruso en la academia; más adelante lo nombrarían jefe de estudios.

En una ocasión, cuando Jack llevó a Claudia a la sala de lucha, ella se sentó con actitud adusta en el tapiz y, recostada contra la pared acolchada, se limitó a observar a los luchadores con hostil recelo femenino, como si de un momento a otro fuese a sacar un arma y descerrajarle un tiro a uno de ellos. Se percibía algo vagamente peligroso en Claudia, un secreto que tenía guardado, quizás, o ciertos planes para el futuro que se negaba a revelar. ¿O acaso ella, como Jack, actuaba en todo momento?

El entrenador Shapiro comentó que la amiga de Jack era de una «belleza arrebatadora» y de «aspecto eslavo». Jack sabía que Claudia era atractiva, aunque para él la presunta belleza de cualquier mujer desmerecía al lado de la sin par Michele Maher. Sin embargo, el aspecto de Claudia nunca le había parecido especialmente *eslavo*. Con todo, el entrenador Shapiro era un especialista en ruso; obviamente sabía de qué hablaba. También sabía lo suyo de lucha. El entrenador Shapiro y Jack tenían en común algunos de los viejos trucos de Chenko.

A esto se redujo la compañía masculina de Jack durante los años que pasó en Durham: a aquellos entrenadores de lucha en su antiguo colegio y a los luchadores más jóvenes de Exeter, que justo empezaban a aprender.

Jack cursaba ya segundo en la Universidad de New Hampshire cuando se vio obligado a elegir entre su belleza de aspecto eslavo, Claudia, y su conquista de las clases de dibujo del natural, su joya personal de Oriente, Midori, con quien había visto por primera vez *Yojimbo* de Kurosawa. (Una película apasionante para verla con una chica japonesa agarrándote el pene con la mano). Jack debía de llevar en Estados



Unidos tiempo suficiente para sucumbir al materialismo americano, porque escogió a Claudia, no solo porque tenía coche, sino también porque tenía apartamento propio. Estaba fuera del campus, en Newmarket, más o menos a medio camino entre Durham y Exeter. Y como Claudia era actriz, ella y Jack estaban interesados en los mismos trabajos de verano: actuar con compañías de repertorio. «Bolos de verano», los llamaba todo el mundo. (Claudia decía que la expresión le hacía pensar en boleras).

En Nueva Inglaterra había innumerables teatros de repertorio durante el verano, unos mejores que otros, y si bien contrataban a menudo a los licenciados para los empleos remunerados —estos, en su mayoría, se inscribían en los cursos de posgrado para estudiantes de artes dramáticas—, algunos alumnos con talento de niveles inferiores encontraban empleos en prácticas, y unos cuantos, incluidos Claudia y Jack, hasta recibían un sueldo.

A Claudia le gustaba el teatro más que a Jack. Sabía que Jack quería ser actor de cine, pero a ella las películas no acababan de impresionarla. Una vez le dijo a Jack que se habría marchado de casi todas las películas que había visto con él si no fuera porque le tenía agarrado el pene.

Claudia tenía los pechos grandes y estaba acomplejada por sus caderas, pero su rostro, de tez clara y sedosa y mandíbula y pómulos prominentes, era perfecto para un primer plano. Deberían haberle gustado las películas más de lo que le gustaban, porque la cámara la habría querido, en particular sus ojos, que eran de un color castaño amarillento, como la madera lustrada. Pero Claudia estaba convencida de que estaría «irremediabilmente gorda» antes de los treinta. «Entonces solo me aceptará el teatro, y solo porque sé actuar».

En marzo del segundo curso universitario que hacían, Claudia y Jack atravesaron medio país en el Volvo de ella para pasar las vacaciones de primavera con Emma. Jack había decidido llevar a Claudia a Toronto el otoño siguiente, y Emma opinaba que ella y Jack debían preparar a «la pobre Claudia» para el posterior encuentro con Alice y la señora Oastler. Jack no llevaría a Claudia a Toronto con la única intención de presentarle a su madre, aunque cabía esperar que dicho encuentro se produjese. Su madre ya sabía que vivían juntos; lógicamente, tanto Alice como Leslie Oastler estaban impacientes por conocer a Claudia.

La principal razón de Jack para ir a Toronto era llevar a Claudia al festival de cine e intentar hacerla pasar por una actriz rusa que no hablaba ni una sola palabra de inglés; veía el viaje, para ambos, como lo que el señor Ramsey llamaría una «oportunidad de actuar». Además, Claudia y Jack necesitaban con urgencia un poco de vida urbana, que era el efecto que New Hampshire causaba en sus habitantes.

Para sorpresa de Jack, Emma congenió con Claudia, quizá porque esta también luchaba contra los kilos de más. Aunque Claudia era preciosa, la despectiva imagen que tenía de sí misma se granjeó por completo la simpatía de Emma. (Muy posiblemente, Emma sabía también que Claudia y Jack no durarían).

Jack no estaba tan seguro como Emma de que Claudia despreciase la imagen que

tenía de sí misma. Las críticas que expresaba respecto a su cuerpo tal vez eran también una oportunidad de actuar, porque a Claudia no le faltaba seguridad en sí misma en cuanto a la atracción que ejercía en los hombres, ni podía haberle pasado inadvertido el gran aprecio que Jack le tenía a su rotunda figura. Y Claudia le había oído decir a Jack mientras hablaba por teléfono con Emma que el viaje por carretera a Iowa en primavera era en primer lugar y sobre todo una «oportunidad de motel».

—¿Qué has querido decir con eso? —había preguntado Claudia cuando Jack colgó el auricular.

—Tú eres la clase de chica que me hace pensar en buscar un motel —explicó él; no estaba actuando.

Pero Claudia quizá sí actuase cuando contestó, y eso era lo que resultaba un poco peligroso o inasequible en ella.

—Contigo no necesitaría un motel, Jack. Contigo podría hacerlo de pie.

Lo habían intentado en esa posición, al principio pensando en la impresión que habrían causado en un público, pero al final abandonándose al momento. Al menos así fue en el caso de Jack; con Claudia, él nunca estaba del todo seguro.

Hubo en efecto oportunidades de motel en el viaje de ida y vuelta al Medio Oeste, y a Jack le complacía asimismo que Iowa, a diferencia de Nueva Inglaterra, tuviese una primavera de verdad; las tierras de labranza eran exuberantes. Emma y otros tres estudiantes de posgrado del Taller de Escritores tenían alquilada una granja a unos kilómetros de Iowa City; los otros estudiantes se habían marchado a sus casas por vacaciones, así que Emma, Claudia y Jack tuvieron la granja para ellos solos. Iban a cenar a la ciudad casi todas las noches; Emma no cocinaba.

Emma quería que Claudia entendiese «el rollo lesbiano» que había entre la madre de Jack y la suya, y que, según ella, en realidad no tenía nada de lesbiano.

—¿Ah, no? —preguntó Jack, sorprendido.

—No son lesbianas normales, ricura; no son en absoluto como las lesbianas, salvo por el hecho de que duermen y viven juntas.

—Eso suena un *poco* a lesbianas —aventuró Claudia.

—Debes comprender la relación en su contexto —explicó Emma—. La madre de Jack considera que su vida con los hombres empezó y acabó con el padre de Jack. Mi madre sencillamente aborrece a mi padre, y a otros hombres por asociación. Antes de conocerse, mi madre y la de Jack habían tenido un sinfín de novios funestos, la clase de novios que encajan en la categoría de profecía autorrealizada, no sé si me entiendes.

—Sí, te entiendo —dijo Claudia—. Piensas que los hombres son gilipollas, así que eliges a un gilipollas por novio. Conozco la situación.

—Así —prosiguió Emma—, cuando el novio te deja, o lo dejas tú, no tienes que cambiar de idea respecto a lo gilipollas que son los hombres.

—Sí, exacto —convino Claudia.

Jack guardó silencio. Para él era una primicia enterarse de que su madre hubiese

«tenido un sinfín de novios funestos» antes de conocer a la señora Oastler, y le dio la impresión de que Emma y Claudia bien podían haber estado describiendo la vida amorosa de Emma, o lo poco que él conocía de ella. Había tenido muchos novios, en su mayoría líos de una sola noche, todos funestos, ajuicio de Emma, y sin embargo se había librado de todos ellos sin la menor dificultad. (En su mayoría eran jóvenes, en opinión de Jack, o al menos los que él había conocido).

En un esfuerzo por cambiar de tema, aunque fuese mínimamente, Jack planteó a Emma una pregunta sobre su propia madre que le rondaba por la mente desde hacía años. Le resultó más fácil hacérsela en presencia de terceros; Jack esperaba que Emma, por respeto a Claudia, se contuviese un poco en su respuesta.

—No sé tu madre, Emma —empezó él—, pero me sorprendería que a mi madre ya no le interesasen los hombres, al menos los jóvenes. Aunque sea solo de vez en cuando.

—Con jóvenes cerca, tampoco yo me fiaría de mi madre, ni mucho menos, monada, pero me consta que a tu madre le interesan todavía los hombres, en especial los jóvenes.

A Jack no le sorprendió, pero era la primera confirmación que recibía. Y acordándose de uno de los cuentos para dormir de Emma, Jack se preguntó si el novio malo de la saga del niño estrujado habría sido un exnovio de la señora Oastler, alguien en quien tenía su origen el rechazo de Emma a los hombres mayores, o incluso a los de su propia edad.

En cuanto a Alice, había dejado al Chino para establecer su propio estudio de tatuaje en Queen Street. Cuando Alice abrió el estudio, al que le puso por nombre ALICE LA HIJA, se subió al carro de una nueva tendencia. (Sin duda Leslie Oastler la había ayudado a comprar el local, pensó Jack).

Años después, Queen Street se convertiría en una zona de moda y demasiado cara, con tiendas de nombres ingeniosos y pequeños restaurantes. Alice la Hija se había instalado al oeste de esa parte, donde Queen Street empezaba a ser un poco sórdida y, en opinión de Emma, «muy china».

Desde el momento en que Alice se instaló allí, su clientela fue «joven a tope», por usar la descripción de Emma. Pero Jack nunca supo si los jóvenes iban por su madre o porque Queen Street estaba casi siempre llena de jóvenes. Emma dijo que eran principalmente hombres jóvenes quienes acudían a Alice la Hija. En alguna que otra ocasión los acompañaban sus novias, que se tatuaban también, pero Jack ya sabía que a los jóvenes les gustaba su madre, y que ella se sentía atraída por ellos.

Emma también dijo que Leslie Oastler «no era persona de Queen Street». A la señora Oastler no le entusiasmaba ni el ambiente ni la clientela de Alice la Hija. Pero después de tantos años como aprendiz de otro tatuador, a Alice le encantaba trabajar sola. El estudio de tatuaje estaba siempre concurrido; la gente esperaba gustosamente su turno, o se contentaba con ver trabajar a Alice. Tenía sus dibujos en las paredes, solo los suyos; y tenía cuadernos con sus propias plantillas, que los clientes podían

hojear mientras esperaban. Preparaba té y café y siempre ponía música. Tenía peces tropicales en acuarios bien iluminados; incluso colocó algunos de sus dibujos bajo el agua, junto con los peces, de modo que parecía que estos estuvieran nadando en un mundo de tatuajes.

—Ese local es un espectáculo —le dijo Emma a Claudia.

Jack lo sabía, pero el énfasis en los hombres jóvenes le había pasado inadvertido, o simplemente no había querido pensar en ello. Imaginar a su madre con chicos de su edad o más jóvenes lo perturbaba. Jack prefería imaginar a su madre en los brazos de Leslie Oastler, donde la veía a salvo aunque no precisamente feliz.

—¿Y qué crees que piensa tu madre de los jóvenes de mi madre, si los hay? —preguntó Jack a Emma.

—En general... —dijo Emma; se interrumpió y luego continuó, dirigiéndose más a Claudia que a Jack—. En general, pienso que mi madre se alegra de que la madre de Jack no sea un hombre.

Para Jack siempre era difícil cuestionar la autoridad de Emma, sobre todo con respecto a su madre y a la señora Oastler. Desde el año 75, cuando él se marchó a Redding, Emma había pasado más tiempo que Jack con sus madres. Toronto no era su ciudad, ya no.

En realidad, lo único que había conocido de Toronto era la vieja casa de la señora Wicksteed en Spadina con Lowther y la zona de Forest Hill donde se encontraba el St. Hilda. Y también, claro, el gimnasio de Bathurst Street, y lo poco que había visto del barranco cercano al parque de *Sir Winston Churchill* desde el apartamento de la señora Machado en St. Clair. Pero Jack jamás había conocido bien el centro de Toronto, menos aún la zona de Jarvis y Dundas, donde estaba el estudio de tatuaje del Chino, y todavía menos Queen Street West y el *espectáculo* de su madre, como Emma lo llamaba, en Alice la Hija.

Entre Emma y Jack, Emma era la auténtica ciudadana de Toronto, incluso cuando vivía en Iowa City y, más adelante, en Los Angeles.

Alice había tatuado por fin a Emma. Jack no podía imaginar siquiera las negociaciones que esto había conllevado, no solo con su madre sino también con la señora Oastler. A la mariposa que quiso Emma en otro tiempo le sustituyó su más reciente anhelo, una versión más pequeña de la famosa Rosa de Jericó de Alice.

«No me vengas con rollos», le había dicho Emma a su madre, según explicó a Jack. «Si me hubieses dejado hacerme una absurda mariposa cuando yo quería, ahora no tendrías que vértelas con una vagina».

El problema era que Emma no quiso esconder la vagina. Aquello no era una flor oculta en una rosa; aquello eran solo los pétalos de esa otra flor tan reconocible. Era pequeña, desde luego, pero era inconfundiblemente una vagina. (¡Ojalá hubiera podido ser una mosca en la pared para presenciar las discusiones entre madre e hija!, pensó Jack).

Alice había allanado el camino para que ese tatuaje fuese posible.

—La cuestión es dónde te lo haces —dijo Alice—. Me niego a tatuarte una vagina en el tobillo.

Naturalmente, Emma «pasaba ya» (como ella decía) de querer un tatuaje en el tobillo, y Alice ya no tatuaba a las mujeres en el coxis. Había leído en una revista de tatuajes que un anestesiólogo no administraba la epidural a una mujer si tenía un tatuaje en esa zona. (Quizá tuviese algo que ver con el riesgo de que la tinta penetrase en la espina dorsal, aunque eso parecía poco probable).

—¿Y si esperas un hijo y necesitas una epidural? —preguntó Alice a Emma.

—No voy a tener hijos, Alice —contestó Emma.

—Eso no lo sabes —repuso Alice.

—Sí, Alice, lo sé.

—No voy a hacerte una vagina en el coxis, Emma.

Incluso Emma tuvo que admitir que el coxis habría sido un lugar confuso para una vagina. Alice accedió por fin a tatuar a Emma en la cadera, justo por debajo de la cinturilla de la braga; así Emma podría vérselo sin mirarse en el espejo y podría vérselo también en un espejo.

—¿En qué cadera? —preguntó Alice.

Emma meditó al respecto, pero no por mucho tiempo.

—La derecha —respondió.

Según Emma, el tatuaje era ya una vagina en curso cuando Alice le preguntó:

—¿Por qué la cadera derecha?

—Por lo general, duermo del lado izquierdo —dijo Emma—. Si duermo con un hombre, quiero asegurarme de que ve la vagina..., el tatuaje, quiero decir.

Emma, según dijo, agradeció la reflexiva respuesta de Alice, aunque esta se hizo esperar. Jack se imaginaba con toda claridad la escena: su madre sin apartar el pie del pedal, las agujas de la máquina de tatuar pinchando sin parar, el flujo de tinta y dolor tan continuo como un aguacero. Al principio, Emma percibía vagamente la música que sonaba en ese momento.

—Quizá fuese *Mr. Tambourine Man* —dijo.

*Though I know that evenin's empire has returned into sand,  
Vanished from my hand,  
Left me blindly here to stand but still not sleeping.  
My weariness amazes me, I'm branded on my feet,  
I have no one to meet  
And the ancient empty street's too dead for dreaming.*

[Aunque sé que el imperio de la tarde ha vuelto a convertirse en arena,  
se ha desvanecido entre mis manos,  
me ha dejado a ciegas, de pie, pero sin dormirme aún.

Mi abatimiento me asombra, estoy plantado en mis zapatos,  
no hay nadie a quien tenga que ver  
y la antigua y vacía calle está demasiado muerta para  
soñar].

—Por el estudio de tatuaje rondaban los tipejos repulsivos de costumbre. —Así recordaba Emma su experiencia.

Jack estaba seguro de que aquellos «tipejos» habían mostrado algo más que un somero interés en la exhibición de cadera de Emma, y no digamos ya en el tatuaje en curso.

—Ahora que lo pienso, sí que era Dylan, pero era *Just Like a Woman* —recordó Emma de pronto.

También eso se lo imaginaba Jack.

*Ah, you fake just like a woman, yes, you do  
You make love just like a woman, yes, you do  
Then you ache just like a woman  
But you break just like a little girl.*

[Engañas como una mujer, sí, lo haces  
haces el amor como una mujer, sí, lo haces  
luego sufres como una mujer  
pero te echas a llorar como una niña pequeña].

—Veamos si te he entendido, Emma —dijo Alice, tras un prolongado silencio—. Si te acuestas con un hombre, ¿quieres que vea el tatuaje incluso mientras duermes?

—Puede que se olvide de mí, pero se acordará de mi tatuaje —contestó Emma.

—Un hombre afortunado —comentó Alice.

A Emma le dio la impresión de que Alice marcaba el compás de la canción de Bob Dylan con el pedal mientras tatuaba.

—Mi madre es una bruja —afirmó Emma a Claudia—, pero Alice te caerá bien. Alice cae bien a todo el mundo.

—A mí me caía bien —dijo Jack.

Salió para contemplar las tierras de labranza de Iowa. Unas llanuras que se extendían hasta donde alcanzaba la vista; no se parecían en nada a los montes boscosos de Maine y New Hampshire. Emma lo siguió.

—De acuerdo, he mentido: tu madre no cae bien a todo el mundo —dijo Emma.

—A mí me caía bien —repitió Jack.

—Vamos a ver una película, ricura. Llevemos a Claudia al cine.

—Claro —dijo Jack.

Si hubiese tenido una pizca de cerebro, habría previsto el problema inherente a

ver una película con Emma y Claudia. Era insólito en él no acordarse de la película; se acordaba incluso de las películas malas. Pero desde el momento en que Jack se sentó en el cine, con Claudia a la izquierda y Emma a la derecha, el problema —a saber, quién de ellas le agarraba el pene— se puso de manifiesto. Se esfumó toda reflexión que pudiese haberle inspirado la película.

Emma, que era zurda, apoyó la mano en el regazo de Jack primero; apenas le había bajado la cremallera, cuando Claudia, que era diestra, entró en contacto con su pene, que Emma tenía ya en la mano. Ninguno volvió la cabeza; los tres mantuvieron la vista fija en la pantalla sin pestañear. Claudia retiró la mano cortésmente, pero solo hasta la cara interior del muslo izquierdo de Jack. Emma, en un gesto conciliatorio, orientó el pene hacia Claudia, hasta que la punta tocó el dorso de la mano de esta. Claudia volvió a deslizar la mano hacia la entrepierna de Jack y agarró tanto el pene de él como la mano de Emma. Ver la película de ese modo le provocó a Jack una erección de dos horas.

Después de la película fueron a tomar una cerveza. A Jack en realidad no le gustaba beber. Emma pidió la cerveza, pero dejó que Claudia y Jack bebieran de ella. Nadie le había exigido nunca a Claudia que enseñase un carnet para verificar su edad. Aunque tenía solo diecinueve años, parecía una mujer mayor, no una estudiante universitaria. Y desde que Jack vio *Yojimbo*, tampoco le habían exigido nunca enseñar el carnet. Tenía diecinueve años, casi veinte, pero había adoptado el ceño de desaprobación de Toshiro Mifune, y se ponía mucho gel en el pelo. A Emma le parecía bien su imagen, sobre todo el ceño, pero Claudia se quejaba de vez en cuando de que se afeitase solo cada tres días.

Era la indignación de Toshiro Mifune lo que Jack decidió imitar, en particular la del comienzo de *Yojimbo*, cuando el samurái llega al pueblo y ve pasar al perro con una mano en la boca. A Jack le encantaba la mirada iracunda que Mifune lanza al perro. Emma bebió demasiado, y Jack tuvo que conducir de regreso a la granja, con Emma y Claudia cogidas de la mano y magreándose en el asiento de atrás.

—Si estuvieses aquí atrás, monada, también te magrearíamos a ti —dijo Emma.

Jack estaba acostumbrado a la disipación de Emma, su voluntad de quebrantar las normas, pero la aparente complicidad de Claudia lo incomodó. Aunque Emma era complicada —y podía ser difícil—, era Claudia a quien Jack no alcanzaba a comprender. Al igual que él, parecía estar aguardando el momento oportuno; se retraía, parecía distante, siempre costaba un poco interpretarla. ¿O acaso Claudia actuaba simplemente como espejo de Jack, frustrándolo del mismo modo que él la frustraba a ella?

De regreso en la granja, después de que Emma perdiera el conocimiento, Claudia ayudó a Jack a llevarla a su habitación, donde la desnudaron y la acostaron. Emma ya roncaba, pero eso no distrajo a Claudia y Jack; no pudieron por menos de reparar en la vagina perfecta tatuada en la cadera derecha de Emma.

—¿Cuál es exactamente tu relación con Emma? —preguntó Claudia.

—La verdad es que no lo sé —contestó Jack con sinceridad.

—¡Vaya, no me digas! —exclamó Claudia, y se echó a reír.

Cuando estaban en la cama, Claudia le preguntó:

—¿Cuándo empezó eso de agarrarte el pene? Con Emma, quiero decir. Ya sé cuándo empezó conmigo.

Jack fingió no recordarlo exactamente.

—Cuando tenía ocho o nueve años —dijo—. Emma debía de tener quince o dieciséis. O quizá fue un poco antes. Puede que yo tuviera siete. Tal vez Emma tenía catorce.

Claudia siguió agarrándole el pene, sin decir nada. Cuando él casi se había quedado dormido, le preguntó:

—¿Tienes idea de lo raro que es eso, Jack?

Michele Maher había despertado en él cierta susceptibilidad con respecto a su supuesta rareza, como si fuese una rareza *extrema*. Jack no albergaba ni remotamente la ilusión de que Claudia lo hubiese confundido con el amor de su vida; sin duda, era demasiado lista para imaginar ni por un momento que Jack pensaba que ella era el amor de su vida. Pero le dolía que Claudia lo considerase raro.

—¿Demasiado raro? —preguntó Jack.

—Eso depende, Jack.

A Jack no le gustaba aquel juego. «¿Depende de qué?», sabía que Claudia quería que le preguntase. Pero no estaba dispuesto a preguntarlo; ya conocía la respuesta. Le cogió los pechos, le acarició el cuello con los labios, pero cuando su pene cobraba vida en la mano de Claudia, ella lo soltó.

—¿Por qué Emma no quiere tener hijos? —preguntó.

Jack Burns era actor y, en fin, distinguía una pregunta capciosa cuando la oía.

—Quizá considere que no sería una buena madre —aventuró Jack, aún con los pechos de Claudia en sus manos. La pregunta hacía referencia a él, por supuesto. ¿Por qué él no quería hijos? Porque, si salía a su padre, los abandonaría, había dicho a Claudia en una ocasión. No quería ser esa clase de padre.

Pero esa respuesta no satisfizo a Claudia. Jack era muy consciente de que ella quería tener hijos. Como actriz, Claudia detestaba su cuerpo; lo único positivo que había dicho alguna vez de sí misma era que poseía «un cuerpo concebido» para tener hijos. Además, lo dijo como si lo pensara realmente. A Jack no le había dado la impresión de que estuviese actuando. Saltaba a la vista que, para ella, la clase de padre que acabase siendo era problema de Jack.

—Depende de si quieres hijos o no, Jack —dijo Claudia.

Jack le soltó los pechos y se dio la vuelta en la cama, se puso de espaldas a ella. Claudia se volvió hacia él, le rodeó la cintura con el brazo y le agarró de nuevo el pene.

—Nos faltan dos años para licenciarnos —señaló Jack.

—No digo que quiera tener hijos ya, Jack.



Él ya le había dicho a Claudia que nunca querría hijos. «No hasta el día que descubra que mi padre ha sido un padre afectuoso con un hijo, o varios, y no lo haya abandonado». Así lo había expresado Jack.

¿Era extraño por tanto que Claudia se mantuviera distante con él?

Aun así, se divertían juntos, sobre todo en los teatros de repertorio durante el verano. El año anterior habían hecho *Romeo y Julieta* en un teatro de los Berkshire. Los actores veteranos obtuvieron los papeles principales. Claudia era la sobresaliente para el personaje de Julieta. El robot monótono y sin pecho a quien asignaron el papel no faltó ni una sola noche de representación, ni siquiera a una función vespertina. Jack quería ser Romeo —o, en su defecto, Mercutio—, pero como había sido luchador y tenía un aspecto agresivo, le dieron el papel de Tibaldo, el gilipollas ese achulado.

Claudia siempre andaba tomando fotos de ellos dos; quizá pensaba que si reunía suficientes pruebas fotográficas de su existencia como pareja, continuarían juntos. Tenía una cámara con un mecanismo de acción retardada; activaba el temporizador y luego se echaba a correr para salir en la foto. (Esa obsesiva acumulación de fotografías a veces inducía a Jack a preguntarse si Claudia, por error, lo había confundido con el amor de su vida).

Después de visitar a Emma, Claudia y Jack participaron en una obra de García Lorca —*La casa de Bernarda Alba*— en un teatro de repertorio de Connecticut. Estaba ambientada en España, en el año 1936. Ambos, Claudia y Jack, interpretaban papeles femeninos. Jack comió unas almejas en mal estado y tuvo una intoxicación antes de una función nocturna. No había intermedio. La obra también la dirigía una mujer, y le dijo «aguántate y ponte una falda más larga». La sobresaliente de Jack tenía hongos vaginales, y la directora mostró más compasión por su dolencia que por la de Jack. (Aparte de Jack, el reparto lo componían nueve mujeres).

Tenía diarrea y unos retortijones espantosos. En medio de un apretón alarmantemente explosivo, Jack se contrajo con tal violencia que se le salió un relleno del sujetador; logró sujetarlo con el codo contra las costillas. Más tarde, Claudia le diría que daba la impresión de que estuviese parodiando el asesinato del autor durante la guerra civil española. Jack agradeció que García Lorca ya no estuviese vivo y se ahorrara así el sufrimiento de ver su interpretación.

«¡Qué gran experiencia didáctica!», respondió el señor Ramsey cuando Jack le escribió para contarle la larga noche de las almejas en mal estado.

La señora Wurtz se habría enorgullecido de él; nunca se había concentrado con tan milimétrica precisión en su público de un solo espectador. Casi podía ver a su padre entre el público. (Era la obra perfecta para William, pensaba Jack: ¡Todo mujeres!).

Aquel verano los dos, Claudia y Jack, fueron sobresalientes en *Cabaret*, su primer musical. Él era el sobresaliente del actor que representaba el papel del Maestro de

Ceremonias, un inglés que la noche del estreno, en una clara indirecta, le dijo a Jack que no se hiciera grandes ilusiones; no había estado enfermo un solo día en toda su vida. En cualquier caso, Jack no tenía las miras puestas en el papel del Maestro de Ceremonias. Habría hecho el papel de Sally Bowles mejor que la mujer a quien se lo asignaron, mejor incluso que Claudia, que era su sobresaliente.

Pero si Jack se hubiese presentado a las pruebas para el personaje de Sally Bowles y hubiese superado a Claudia, eso habría implicado un momento de gran hostilidad en la relación. Se pasaron un mes cantándose uno al otro *Tomorrow Belongs to Me* y *Maybe This Time* en la intimidad de su camerino, donde todos los sobresalientes destacan.

Pero, en *Cabaret*, interpretaban también a Chicas del Kit Kat, así que tuvieron que exhibirse ante el público. Dado el exiguo atuendo, además de la época —1929-1930—, Jack era un travestí a cara descubierta; aun así, se ganó al público. Claudia dijo que sentía envidia porque él estaba más sexy que ella.

—Más vale que te andes con cuidado, Jack —le previno Claudia. Era el verano en que los dos tenían veinte años—. Si mejoras aún más vestido de mujer, nadie te dará nunca un papel de hombre.

(En tales circunstancias, Jack consideró preferible no confesarle lo mucho que había deseado el papel de Sally Bowles).

Recordaría muy bien ese verano en Connecticut. Cuando Sally Bowles y las Chicas del Kit Kat cantaban *Don't Tell Mama* y *Mein Herr*, Jack miraba directamente al público; veía sus caras. Ellos permanecían atentos a él, a la Chica Kit Kat travestida, no a Sally. No podían apartar los ojos de él. A todos los hombres presentes entre aquel público se les ponía la carne de gallina.

Tanto Claudia como Jack iban bastante bien en sus estudios y podían permitirse faltar a unas cuantas clases para asistir al festival de cine de Toronto ese septiembre. Sus profesores les autorizaron a escribir sobre las películas que viesan en compensación por el tiempo de clase perdido; sería la primera y última aventura de Jack en el campo de la crítica cinematográfica, salvo por los comentarios que hiciese en cenas con amigos.

Cuando llevó a Claudia a Alice la Hija para presentarle a su madre, Jack puso en duda que Claudia hubiese visto salir a Raúl Julia del servicio de hombres del Park Plaza, como ella afirmaba. Alice salió en defensa de Claudia al instante. Jack sabía que los festivales de cine estaban llenos de esas visiones, reales o imaginadas, pero como quería que su madre y Claudia congeniasen, se mordió la lengua.

Alice estaba tatuando un pequeño escorpión en el abdomen de una joven. El escorpión tenía la cola, estrecha y segmentada, contraída sobre el dorso. El aguijón venenoso, en la punta de la cola, quedaba justo debajo del ombligo de la chica; las pinzas del arácnido estaban en alto sobre el vello púbico. La joven era, a todas luces,

una persona trastornada; debía de ser de armas tomar incluso en las mejores circunstancias, pensó Jack, pero de nuevo se mordió la lengua. Advirtió que a Claudia le fascinó el ambiente del estudio de tatuaje; prefirió, pues, no ser la voz de la incredulidad, ni por lo que se refería a la visión de Raúl Julia ni con respecto al intimidatorio lugar elegido para el tatuaje del escorpión.

El festival de cine era bueno para el negocio de Alice la Hija. Alice les contó que estaba tatuando a un acérrimo aficionado al cine cuando vio pasar a Glenn Close por la acera de Queen Street. Jack tenía serias dudas. No creía que Queen y Palmerston fuese el sitio donde uno pudiese encontrarse a Glenn Close por la ciudad, pero se limitó a decir:

—Me sorprende que Glenn no haya entrado a hacerse una Rosa de Jericó.

Claudia, que sintió un inmediato afecto por Alice —como Emma había pronosticado—, se enfadó con Jack por lo que describió como un tono de voz poco respetuoso. Eso creó cierta tensión entre Claudia y Jack, y tuvieron reacciones distintas a *My Beautiful Laundry* (*Mi hermosa lavandería*), que les encantó a Alice, a la señora Oastler y a Claudia. Jack no aborreció la película. Simplemente dijo:

—Esperaba que la *laundrette* fuese una mujer hermosa.

—Eso se diría *laundress*, querido —dijo su madre.

—Pensaba que la palabra para el local era *laundrette*, no *laundrette* —respondió Jack.

—Dios mío, qué quisquilloso eres —intervino Claudia.

—¡Si eso no es un «tono de voz poco respetuoso», ya me dirás! —protestó él.

Y a Jack no le entusiasmó precisamente *Media hora más contigo*, que incluso Leslie Oastler describió como una historia de amor lésbica; ella se moría de ganas de verla. (Alice no tanto, al parecer). La película atrajo a una multitud de mujeres que iban cogidas de la mano. Claudia, que no estuvo dispuesta a agarrarle el pene a Jack en *ninguna* de las películas a las que asistieron con Alice y la señora Oastler, ni siquiera le cogió de la mano en *Media hora más contigo*. Era como si ella contemplase la posibilidad de viajar también a Reno, pero sin él; quizá se imaginó descubriéndose a sí misma con Helen Shaver o algo así.

—Los personajes son un poco esquemáticos —se limitó a decir Jack. Esto bastó para que las tres mujeres se volvieran contra él: era un homófobo; se sentía amenazado por las lesbianas—. Me gusta Helen Shaver —repitió una y otra vez, pero eso no lo salvó.

El festival marcó el inicio de un auge asiático, le comentó a Claudia un tipo que le andaba detrás durante la fiesta posterior a una proyección. Jack pensó que lo mejor era no decir nada; se limitó a mantener la mano en el culo de Claudia, de un modo muy poco platónico. Cuando Claudia fue al lavabo, Jack lanzó al gilipollas del auge asiático su ceñuda mirada a lo Toshiro Mifune. El tipo se escabulló.

Alice y Leslie reprocharon a Jack su actitud «demasiado posesiva». Apreciaban a Claudia, le dijeron. A ninguna mujer le gusta que la toquen en público, no al nivel en

que Jack tocaba a Claudia, dijeron. (Un consejo proveniente de la pareja que había estado cogida de la mano y jugado con los pies durante la revolucionaria interpretación de Jack en *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste*).

Jack estaba harto de ir al cine y las fiestas con su madre y la señora Oastler. Esa noche, en la cama, se quejó de ello a Claudia. Ocupaban la habitación de Emma. («La cama es más grande, cariño, como tú sabes», le había recordado su madre).

Claudia pensó que Alice y Leslie eran una pareja encantadora.

—Es evidente que te adoran —dijo Claudia. Quizá Jack carecía de la perspectiva necesaria para darse cuenta de eso.

Decidió llevar a Claudia al St. Hilda, no solo para enseñarle su antiguo colegio, que había sido tan formativo en su obsesión por las mujeres mayores, sino también para que conociese a sus maestros preferidos. Grave error. Todas las niñas parecían prodigiosamente jóvenes. (Como no podía ser de otro modo: Claudia y Jack tenían veinte años).

Jack llevó a Claudia a conocer primero al señor Malcolm, que siempre abandonaba el colegio apresuradamente, empujando la silla de ruedas de la señora Malcolm. Jane Silla de Ruedas, que no podía ver a Claudia, alargó los brazos y le palpó las caderas, la cintura e incluso los pechos. (El descaro de una ciega no se puede comparar, quizá, con el de ninguna otra persona).

—Sigue los pasos de su padre, ¿verdad? —preguntó a su marido.

Jack aún intentaba explicar a Claudia esa alusión cuando se tropezaron con el señor Ramsey, que salía del lavabo de chicos.

—¡Jack Burns! —exclamó a la vez que se subía la cremallera—. ¡El santo patrón de las novias encargadas por correo!

Esa alusión, comprendió Jack, requeriría una explicación un tanto más larga. A Claudia pareció ponerle nerviosa la proximidad de un hombre tan bajo que brincaba de puntillas sin cesar.

El señor Ramsey insistió en llevarlos al ensayo de ese día después de clase; las chicas de secundaria estaban preparando *El diario de Ana Frank*, que, como Jack sabía, le traía amargos recuerdos a Claudia. En el instituto se había presentado a las pruebas para el papel de la malhadada chica, pero ya aparentaba demasiada edad. (Incluso entonces tenía las tetas muy grandes).

El señor Ramsey presentó a Jack a las chicas como el mejor actor del St. Hilda que se recordaba, pese al hecho de que su reputación se debía a papeles femeninos. A Claudia la presentó como la amiga actriz de Jack.

—¡Han venido al festival de cine! —exclamó el señor Ramsey, lo que indujo a las fascinadas chicas a imaginar que Claudia y Jack promocionaban una nueva película. El señor Ramsey lo planteó como si fuesen prometedores nombres en la industria.

Eso recordó a Jack su enojo con Claudia por negarse a pasar por una famosa actriz rusa que no hablaba inglés. Ella no tenía valor para la improvisación; sin guión

estaba perdida.

Y no solo aparentaba más años; además tendía a mentir sobre su edad. «Ya tengo más de treinta, y no diré más al respecto», decía. Era una buena frase, pero era falsa, por una diferencia de diez años largos.

Las chicas del St. Hilda parecían apesadumbradas. Jack Burns era objeto de su más ardiente deseo, pero lo acompañaba aquella mujer voluptuosa ante la que se sentían como retrasadas sexuales. Para colmo de males, el señor Ramsey quiso que Claudia y Jack *interpretasen* algo. (Jack le había dicho por carta que él y Claudia habían actuado juntos en algunas obras).

Sabiendo que era un error, Jack se dejó convencer por Claudia para cantar un número de las Chicas del Kit Kat. Claudia fue la que eligió *Mein Herr*, no Jack; era un tanto procaz para el St. Hilda, le dijo más tarde. (En retrospectiva, en el contexto de la obra que las chicas estaban ensayando, la falta de sensibilidad de Claudia y Jack al cantar una canción de aquel sórdido club nazi de Berlín sobrecogía a Jack). Y por si *Mein Herr* no era ya suficientemente desconcertante, los dos la cantaron como si fuesen Sally Bowles, con lo que Claudia se dio cuenta por fin de lo mucho que Jack había deseado el papel.

Cuando terminaron la lasciva canción, el señor Ramsey prácticamente saltaba de entusiasmo. Las pobres chicas se derritieron, o se murieron de envidia y bochorno. Claudia dijo que ella y Jack debían irse para que ellas continuasen con *El diario de Ana Frank*.

Pero el señor Ramsey lamentaba dejarlos marchar. Quería saber qué opinaban del festival y de las películas que habían visto.

—¿Habéis visto la de Godard? *Yo te saludo, María* o algo así —dijo el señor Ramsey—. ¡El Papa la ha condenado!

—Jack la ha condenado sin verla —contestó Claudia—. Detesta a Godard.

Jack intentó adoptar una expresión menos hostil que la de Toshiro Mifune, aunque solo fuese por consideración a las atormentadas chicas.

A la chica elegida para el papel de Ana Frank la empujaron sus compañeras para que los saludase. Mientras Claudia parecía absorta en el pecho plano de la chica, Jack advirtió que la pobre se sentía aterrorizada en su presencia, como si viese en ellos una flagrante contradicción con respecto al comentario más memorable de Ana Frank, que Claudia se sabía de memoria y recitó (sin el menor amago de sarcasmo) en el acto.

—«Es realmente asombroso que no haya renunciado a todos mis ideales, porque parecen absurdos e imposibles de mantener. Sin embargo los conservo, porque a pesar de todo aún creo que, en el fondo, la gente es buena».

—¡Maravilloso! —exclamó el señor Ramsey—. Una pizca inexpresivo para Ana, quizá, pero maravilloso.

—Tenemos que irnos —dijo Claudia, afortunadamente.

Todas las chicas miraban a Jack como si Claudia hubiese estado agarrándole el

pene delante de ellas. Claudia miraba a Jack como si ni siquiera *Yo te saludo, María*, de Godard, fuese tan mortalmente aburrida como aquel viaje en el tiempo a los prometedores comienzos de él.

En realidad, Jack estaba tentado de ir a ver la película de Godard, porque los católicos se habían levantado en armas por ella y habían amenazado con manifestarse durante la proyección en Toronto. Pero a Claudia no le gustaba Godard más que a él. (*Yo te saludo, María* era una visión moderna del nacimiento de Cristo, en esta ocasión como hijo de la empleada de una gasolinera, virgen, y su novio taxista).

Se hallaban ambos con el ánimo alterado —Claudia porque odiaba a Jack por llevarla a su antiguo colegio, Jack porque se arrepentía de haber ido (o de no haber ido solo)—, cuando los sobresaltó la aparición repentina del Fantasma Gris en el preciso instante en que Jack se disponía a enseñarle la capilla a Claudia. Claudia causó de inmediato tal impresión en la señora McQuat que la exmaestra de cuarto de Jack los guio a los dos por el pasillo central hasta el primer banco, donde insistió en que tomasen asiento; al menos no los obligó a *arrodillarse*.

Claudia no era creyente, y más tarde le dijo a Jack que la ofendieron las imágenes de «aquellas mujeres serviles que atendían a Jesús» en el vitral. La señora McQuat tomó de la mano a Claudia y a Jack; en un susurro, les preguntó cuándo iban a casarse. La circunstancia de que Claudia y Jack fuesen *estudiantes* pasó inadvertida al Fantasma Gris, que había oído cómo se propagaba un rumor entre las chicas del St. Hilda como un incendio en un bosque: a saber, que Jack Burns había sido visto en el festival de cine en compañía de una actriz americana, al parecer Claudia. La había llevado al St. Hilda para enseñarle la capilla. Según el rumor, Jack deseaba casarse en la capilla de su antiguo colegio, donde había tenido una experiencia tan formativa.

—La verdad es que no tenemos planes —dijo Jack, sin saber qué otra respuesta dar a la pregunta de la señora McQuat.

—Nunca me casaré con Jack —respondió Claudia al Fantasma Gris—. No voy a casarme con un hombre que no quiere tener hijos.

—¡Válgame Dios! —exclamó la señora McQuat—. ¿Por qué... no quieres tener... hijos..., Jack?

—Usted ya lo sabe —contestó él.

—Dice que es por su padre —aclaró Claudia.

—No te preocupará aún... salir a él..., ¿verdad, Jack? —preguntó el Fantasma Gris.

—Es una sospecha razonable —dijo él.

—¡Tonterías! —exclamó la señora McQuat—. ¿Sabes... qué pienso? —preguntó a Claudia, y le dio una palmada en la mano—. Pienso que eso es solo una excusa... para no casarse con *nadie*.

—Eso pienso yo también —convino Claudia.

Jack se sintió como Jesús en el vitral; en Toronto, allí adonde iba las mujeres se confabulaban contra él. Su deseo de marcharse debió de ser manifiesto, porque el

Fantasma Gris lo agarró de la muñeca de aquella manera suya tan inequívoca.

—No irás a marcharte sin ver... a la señorita Wurtz..., ¿verdad? —preguntó—. ¡Válgame Dios! Se llevará... un disgusto si se entera de que has estado aquí... y no has ido a verla.

—Ah.

—Deberías llevar a Caroline... al festival de cine, Jack —prosiguió la señora McQuat—. Es demasiado *tímida* para ir al cine... sola.

El Fantasma Gris fue siempre la voz de la conciencia de Jack. Más tarde se avergonzaría de no haberle dicho nunca lo importante que había sido para él, o lo buena maestra que era.

La señora McQuat *moriría* en la capilla del St. Hilda tras haber castigado por mal comportamiento a uno de los alumnos de tercero de la señorita Wurtz, a quien había puesto de espaldas al altar y a Dios. La señora McQuat murió de repente en el pasillo central, que ella había hecho suyo, de espaldas a Dios, sin que la viesan caer más ojos que los de Dios y los del alumno de tercero castigado. (¡Pobre niño! ¡Esa sí fue una experiencia *formativa!*).

La señorita Wurtz debió de echarse a correr hacia allí tan pronto como se enteró, *llorando* todo el camino.

Jack no asistió al funeral del Fantasma Gris. La noticia de su muerte no le llegó hasta después de que este se celebrara, cuando su madre le dijo algo sobre la señorita McQuat que a él le sorprendió no haber sospechado antes. No era *señora* de nadie; nunca se había casado. Al igual que la señorita Wurtz, fue una *señorita* McQuat de por vida. Pero algo en su carácter de enfermera militar la indujo a negarse a admitir que no estaba casada, circunstancia que por aquel entonces llevaba a la implacable conclusión de que nadie te amaba.

Jack solía preguntarse por qué el Fantasma Gris había confiado ese secreto a su madre. No eran amigas. Recordó entonces que la señora McQuat le había dicho que no se quejase de una mujer capaz de guardar un secreto, refiriéndose a Alice. (Refiriéndose también a sí misma).

Fue, pues, una sorpresa relativa descubrir que el Fantasma Gris había sido señorita en lugar de señora. En retrospectiva, a Jack no le habría asombrado averiguar que la señora McQuat —como ella prefería hacerse llamar— era un *hombre*.

Alice y la señora Oastler asistieron al funeral del Fantasma Gris, que se celebró en la capilla del St. Hilda. Como exalumna del St. Hilda, Leslie estaba informada de todas las noticias del colegio. En cuanto a Alice, esta le dijo a Jack que asistió por «nostalgia», palabra que —pensó Jack en su momento— era impropia de ella, como era, asimismo, un sentimiento impropio de ella.

Alice se refirió vagamente al resto de los asistentes. «Caroline, claro». No se refería a Caroline French; se refería a la señorita Wurtz. La *otra* Caroline no asistió, y Jack sabía que su hermano gemelo, Gordon, no estuvo presente. (Gordon estaba muerto; el ya mencionado accidente de navegación había impedido que asistiera).

Jack preguntó a su madre si había oído algo así como un chupeteo de manta o gimoteos durante el funeral; por la desconcertada respuesta de su madre, Jack supo que las gemelas Booth y Jimmy Bacon habían escurrido el bulto o no estaban en la ciudad.

Lucinda Fleming, con o sin su misteriosa rabia, no hizo mención del fallecimiento del Fantasma Gris en la carta que le escribía cada año para Navidad; si Lucinda hubiese ido al funeral, se lo habría contado a todo el mundo, de eso a Jack no le cabía la menor duda. Y sabía que Roland Simpson no asistió; Roland ya estaba en la cárcel.

El profesorado presente era fácil de imaginar. La señorita Wong, deshecha en lágrimas, como si el huracán durante el que nació se manifestase solo a rachas, o solo en los funerales. El señor Malcolm, empujando la silla de ruedas de su mujer; el pobre hombre siempre guiaba a Jane Silla de Ruedas para ayudarla a sortear los amenazadores obstáculos de su locura. El señor Ramsey, demasiado inquieto para quedarse sentado en un banco, seguramente brincaba de puntillas al fondo de la capilla. Y la señorita Wurtz... ¡Dios Santo, menuda llorera debió de entrarle!

—Caroline estaba hundida —dijo Alice a Jack.

Jack se imaginaba a la señorita Wurtz *hundida* con la misma claridad que si ella aún estuviese inclinada sobre los ejercicios incorrectos de matemáticas de él, y él aún aspirase su aroma. (En los sueños de Jack, los sujetadores y las bragas de venta por correo de la Wurtz siempre aparecían en su sitio por *hundida* que ella estuviese).

Pero ¿cómo había podido la señorita Wurtz seguir siendo la maestra de tercero en el St. Hilda? ¿Cómo había podido controlar a su clase sin que el Fantasma Gris le sacase las castañas del fuego?

Fue Leslie Oastler quien contó a Jack que, tras la muerte de la señora McQuat, la señorita Wurtz se convirtió en una maestra *mejor*; finalmente, la señorita Wurtz había aprendido a arreglárselas. Pero en el funeral del Fantasma Gris no hubo forma de poner freno a la Wurtz. Lloró y lloró y lloró sin esperanza de rescate. La señorita Wurtz debió de llorar hasta que no le quedaron lágrimas, y después —un decisivo día en la clase de tercero— ya no lloró nunca más.

Jack pensaba que Caroline Wurtz aún debía de decir en sus oraciones antes de acostarse: «Dios la bendiga, señora McQuat».

Igual que Jack, que también se acordaba de decirlo alguna que otra vez en sus propias oraciones, aunque ni mucho menos con la misma frecuencia —y nunca tan fervientemente— con que solía decir: «Michele Maher, Michele Maher, Michele Maher».



## 19 - Claudia, que volvería para atormentarlo

Jack nunca perdonaría del todo al Fantasma Gris por sugerir que él y Claudia llevaran a la señorita Wurtz al festival de cine de Toronto aquel otoño de 1985. Por aquel entonces, la Wurtz pasaba ya de los cuarenta, y aunque en edad no aventajaba mucho a Alice, sí parecía considerablemente mayor por su aspecto físico y por su falta de vitalidad. Puede que siempre hubiese sido demasiado delgada, demasiado frágil, pero ahora la caracterizaba, sobre todo, una demacración que Jack relacionaba con alguna enfermedad. La señorita Wurtz era aún hermosa a su estragada manera, pero no solo parecía un tanto enfermiza; parecía avergonzada de algo, aunque a Jack no se le ocurría qué le podía haber hecho sentirse avergonzada. Quizá se había visto envuelta en un escándalo hacía mucho tiempo, algo tan fugaz que los demás apenas guardaban memoria de ello, pero cuyo recuerdo seguía vivo y palpitante en ella.

Su aspecto físico contradecía su carácter comedido, incluso sobrio, porque Caroline Wurtz parecía, más que nada, una actriz de otros tiempos, una mujer famosa en el pasado que había caído en el olvido. Al menos esa fue la impresión que causó en el festival de cine, donde Claudia y Jack la llevaron al estreno de *Mishima*, de Paul Schrader.

—Recordadme quién es Mishima —dijo la señorita Wurtz cuando se acercaban al cine.

Los insistentes fotógrafos, que a menudo sacaban instantáneas de Claudia — porque Claudia estaba de muy buen ver y los fotógrafos se habían convencido de que debía de ser *alguien*—, ya no volcaban su atención en ella sino en la señorita Wurtz.

Vestía con demasiada elegancia para el público del festival, como una mujer que se encontraba de pronto en un concierto de *rock* cuando había pensado que iba a la ópera. Jack llevaba unos vaqueros negros y una chaqueta negra de lino con una camiseta blanca. («Un *look* de Los Angeles», en opinión de Claudia, pese a que ella nunca había estado en Los Angeles).

Los fotógrafos más jóvenes, en particular, dieron por supuesto que Caroline Wurtz era *alguien*, posiblemente alguien que había hecho su última película antes de que ellos nacieran. «Cualquiera habría pensado que era Joan Crawford», dijo Claudia más tarde. Aunque embutida en un resplandeciente vestido con tirantes de espagueti, Claudia se tomó con deportividad el interés de los fotógrafos por la Wurtz.

—Dios Santo —susurró la señorita Wurtz—, deben de pensar que ya eres famoso, Jack. —Fue un detalle que creyese que todo aquel alboroto era por él—. Estoy totalmente convencida de que pronto lo serás —añadió la Wurtz, y le dio un apretón en la mano—. Y tú también, querida —dijo a Claudia, que le devolvió el apretón.

—¡Pensaba que había muerto! —dijo de ella un hombre entrado en años.

Jack no alcanzó a oír el nombre de la actriz de antaño con la que habían confundido a la señorita Wurtz.

—¿Es bailarín, Mishima? —preguntó Caroline.

—No, escritor... —empezó a decir Jack, pero Claudia lo interrumpió.

—Era escritor —corrigió Claudia.

Y un actor, un director y un militarista *loco de atar*, cosas que Jack no tuvo tiempo de decir. Se vieron arrastrados al interior del cine, donde un acomodador los llevó a los asientos reservados, todo gracias a la convicción reinante de que Caroline Wurtz no era una maestra de tercero sino una estrella del cine.

Jack oyó la palabra «europeo», probablemente en alusión al vestido de la señorita Wurtz, que era de color melocotón claro y quizá le sentase bien en otro tiempo, tal vez en Edmonton. Ahora la Wurtz desmerecía con el vestido, que habría sido más adecuado para un baile de fin de curso que para un estreno. Aquel vestido podría haber sido una de las prendas que la señora Adkins donaba para la Noche de Teatro en Redding, y sin embargo tenía una carácter etéreo, como la ropa interior, que le recordó a Jack la lencería de venta por correo con la que él vestía a la señorita Wurtz, aunque solo en su imaginación.

—Mishima es japonés —intentaba explicar Jack.

—*Era...* —intervino Claudia.

—¿Ya no es japonés? —preguntó Caroline.

No pudieron contestarle antes de empezar la película, una obra con estilo en la que las escenas de la vida de Mishima (rodadas en blanco y negro) se intercalaban con dramatizaciones en color de su obra narrativa. A Jack nunca le había interesado mucho Mishima como escritor, pero sí le atraía su locura; su suicidio ritual, en 1970, era el desenlace dramático de la película.

A lo largo de toda la película, la señorita Wurtz le cogió a Jack la mano; a él se le empinó, y Claudia lo notó. Claudia no le agarró el pene, ni se aventuró a acercarse siquiera a su entrepierna; permaneció inmóvil en su butaca con los brazos cruzados ante su considerable busto, y no pestañeó siquiera en la escena del autodesstripamiento, que llevó a Caroline a hundir las uñas en la muñeca de Jack. A la luz parpadeante de la pantalla, Jack contempló la pequeña cicatriz en forma de anzuelo que tenía la señorita Wurtz en la garganta, por encima de la sugestiva marca de nacimiento. Dada la extraordinaria delgadez de la señorita Wurtz, se advertía el pulso en su garganta, un verdadero latido muy cerca de la cicatriz. Era una palpitación que solo podía detenerse con un beso, pensó Jack, aunque nunca habría osado besar a la Wurtz, ni siquiera en ausencia de Claudia.

—¡Dios Santo! —exclamó Caroline cuando abandonaban la sala. (Tenía la respiración entrecortada, como la señora McQuat, y resultaba tan deseable como la señora Adkins.)—. ¡Desde luego era una película... ambiciosa!

Eran casi las cuatro de la tarde cuando salieron y se encontraron con la turbamulta de manifestantes católicos, que se habían equivocado de cine. Los manifestantes, de rodillas, recitaban un interminable *avemaria*, que simultáneamente se oía una y otra vez por un radiocasete. Jack supo al instante que los católicos arrodillados pensaban que ellos salían de la proyección de *Yo te saludo*, *María* de Godard; los católicos

habían ido a manifestarse contra *Mishima* por equivocación.

La señorita Wurtz no solo no estaba preparada para ese espectáculo, sino que ni siquiera entendió que la manifestación era por error.

—Lógicamente, el suicidio los ha molestado; no me sorprende —les dijo a Claudia y a Jack—. Antes sabía por qué los católicos armaban tanto revuelo por el suicidio, pero se me ha olvidado. Ya se alteraron con *El revés de la trama* de Graham Greene, según recuerdo; pero creo que con *El poder y la gloria* y *El fin del romance* se pusieron como locos.

Claudia y Jack se limitaron a intercambiar una mirada. ¿Qué sentido tenía mencionarle a Caroline siquiera la película de Godard?

Un reportero de televisión quiso entrevistarla, cosa que la señorita Wurtz encontró de lo más normal.

—¿Qué opina usted de todo esto? —preguntó el reportero a la antigua maestra de tercero de Jack—. La película, la controversia...

—La película me ha parecido todo un... drama —declaró la Wurtz—. Es demasiado larga y a veces difícil de entender, y no siempre tan satisfactoria como interesante. La cinematografía es preciosa, y la música..., en fin, puede gustar o no, pero es arrolladora.

Eso no era lo que el reportero esperaba; a todas luces le interesaban más los católicos arrodillados y el incesante avemaria del radiocasete que la película *Mishima*.

—Pero la controversia... —empezó a decir, intentando desviar a la señorita Wurtz hacia el altercado del momento (como es propio de los periodistas).

—Bah, ¿y eso qué más da? —dijo Caroline con desdén—. Si los católicos quieren flagelarse por un suicidio, allá ellos. Aún me acuerdo de sus pataletas por el pescado de los viernes.

Saldría en las noticias de las seis. Alice y Leslie Oastler estaban viendo la televisión, y allí apareció la señorita Wurtz, pontificando con su vestido de color melocotón claro, entre Claudia y Jack. Resultó casi tan jocoso como hacer pasar a Claudia por una actriz de cine rusa, y Caroline se divertía de lo lindo, pese a no participar de la broma.

Los aficionados al cine —es decir, los asistentes a *Mishima*— no estaban de humor para esa recepción de los católicos arrodillados y el avemaria, no con el destripamiento de *Mishima* tan reciente en la memoria. (Tampoco *Mishima* le habría visto la gracia, pensó Jack; al menos mientras se destripaba parecía un tipo muy serio).

Claudia y Jack llevaron a la señorita Wurtz a una fiesta. No tenían el menor problema para colarse en las fiestas; los gorilas ni siquiera habrían impedido entrar a Claudia en el lavabo de hombres si ella se lo hubiera propuesto. Claudia dijo que entraban en las fiestas porque Jack parecía un actor de cine, pero la verdadera razón era Claudia. Con la señorita Wurtz a remolque, fue evidente que entraban por ella

precisamente. De hecho, salían de una de dichas fiestas cuando un hombre joven se acercó a Caroline con actitud lisonjera; tomó una flor de un jarrón de la barra y se la puso en la mano a la señorita Wurtz.

—¡Me encanta su trabajo! —le dijo, y desapareció entre la muchedumbre.

—Debo admitir que no recuerdo quién es —comentó la señorita Wurtz a Jack—. No puede esperarse de mí que reconozca a todos los alumnos de tercero a los que he dado clase —explicó a Claudia—. ¡No todos eran tan memorables como Jack!

Claudia y Jack tuvieron la certeza casi absoluta de que el joven no se había referido a la carrera *docente* de Caroline. Pero ¿cómo explicárselo a la Wurtz? ¿Y por qué habrían de molestarse Claudia o Jack?

En la fila de limusinas aparcadas ante un restaurante, Jack reconoció a un viejo amigo entre los chóferes.

—¡Peewee! —gritó.

El corpulento jamaicano salió de la limusina y abrazó a Jack en la acera levantándolo en volandas. Fue en ese momento cuando los manifestantes que protestaban contra *Yo te saludo, María* debieron de suponer que Jack era el novio taxista de la película de Godard —el personaje de José—, y por tanto Claudia, a los enloquecidos ojos de esa gente, se convirtió en la empleada de gasolinera embarazada que era una versión moderna de la Virgen María. (Sabe Dios por quién tomaron a la señorita Wurtz).

—¡Jack Burns! ¡Ya es una estrella, señorito! —exclamó Peewee y le estrechó con tal fuerza que le cortó la respiración.

Para Claudia, los católicos, andando de rodillas en torno a ellos, supusieron una experiencia inquietante, y Caroline estaba hasta la coronilla de su fanatismo.

—¡Vamos, por qué no se marcha a casa y lee los libros de ese hombre! —dijo la señorita Wurtz a uno de los genuflexos. Era una joven con churretes y lágrimas en la cara. Jack vio cómo se paraba a pensar: «¿Cristo era escritor?».

Los otros católicos siguieron repitiendo el exasperante avemaria.

—¡Deprisa, Jack, suba al coche! —dijo Peewee. Ya les había abierto la puerta a Caroline y a Claudia.

—Es el chófer de la señora Wicksteed, querida; no te alarmes —dijo la señorita Wurtz a Claudia. (¡Como si la señora Wicksteed todavía necesitase chófer!). Pero un católico arrodillado tenía a Claudia sujeta por las piernas, a la altura de los muslos—. Suéltela, imbécil, cobarde —dijo Caroline al católico—. ¿Es qué no lo entiende? Se mató porque quería que su vida se fundiese con su arte.

La señorita Wurtz se refería a Mishima, claro está, pero el católico, desprendiéndose a regañadientes de Claudia, pensó que Caroline hablaba de *Cristo*. Era un hombre de aspecto airado —calvo, de mediana edad— con una camisa blanca de manga larga de una fina tela transparente; llevaba en el bolsillo del pecho una pluma a la que se le había escapado la tinta. Parecía un inspector de hacienda trastocado.

Peewee consiguió meter a Claudia en el coche, pero la señorita Wurtz hacía frente a la turba de genuflexos.

—Ese hombre era japonés y quería quitarse de en medio —dijo enfurruñada—. ¡Acéptenlo!

Los católicos, todos a una, pusieron la misma cara, como si pensarán que repetir hasta la saciedad el avemaria podría redimir tal difamación sobre el desventurado Cristo. ¿Jesús era japonés?

Jack rodeó con el brazo el delgado talle de Caroline como si fuera su compañera de baile.

—Señorita Wurtz, están locos —le susurró al oído—. Suba al coche.

—Dios Santo, qué mundano te has vuelto, Jack —dijo ella, y se agachó para entrar en la parte trasera de la limusina.

Claudia la agarró de la mano y tiró de ella; Peewee obligó a entrar a Jack de un empujón y cerró la puerta.

Una de las manifestantes se había abrazado a las rodillas de Peewee, pero cuando él empezó a caminar con ella a rastras hacia la puerta del conductor de la limusina, se lo pensó mejor y lo soltó. Jack no tenía la menor idea de quién era la *auténtica* estrella de cine para la que Peewee hacía de chófer esa noche —Peewee declaró que no lo recordaba—, pero Peewee llevó primero a su casa a la señorita Wurtz, y luego a Claudia y a Jack.

Jack nunca había sabido dónde vivía la Wurtz, pero no se sorprendió cuando Peewee paró frente a una gran casa de Russell Hill Road, que estaba a un paso del St. Hilda. Sí se sorprendió un poco cuando la señorita Wurtz pidió a Peewee que la acercase en el coche a la entrada trasera, donde una escalera exterior conducía a su pequeño apartamento de alquiler.

¿De dónde había salido el dinero para la ropa en otro tiempo elegante de Caroline? Si era dinero de la familia procedente de Edmonton, debía de haberse acabado. ¿Había tenido alguna vez un pretendiente o un amante secreto con buen gusto? Si había existido alguna vez un exnovio en posición acomodada —o más improbablemente, un exmarido—, sin duda había desaparecido hacía mucho tiempo.

La señorita Wurtz no permitió que Jack la acompañara escalera arriba hasta su modesta vivienda. Posiblemente consideraba indecoroso llevar a un joven a su apartamento. Sin embargo dejó que Claudia fuera con ella. Jack se quedó en la limusina con Peewee y las vio encender unas luces.

Más tarde, cuando Jack le insistió a Claudia para que le describiese el apartamento de la Wurtz, Claudia se molestó.

—No me he dedicado a husmear —dijo ella—. Es una mujer mayor; tiene demasiados trastos, cachivaches que debería haber tirado. Revistas antiguas y esas cosas.

—¿Y televisor?

—No he visto ninguno, pero no me he fijado.

—¿Fotografías? ¿Retratos de algún hombre?

—¡Por Dios, Jack! ¿Es que te pone cachondo o algo así? —preguntó Claudia.

Se acostaron en la cama de Emma, desprovista de los peluches, que Emma o la señora Oastler habían hecho desaparecer. Jack no se acordaba de uno solo de ellos, ni podía apartar de su memoria el hecho de que Emma lo había enseñado a masturbarse acostado entre sus brazos en aquella misma cama.

Habida cuenta del torcido humor de Claudia, Jack decidió ahorrarle ese detalle.

Pese a las fiestas e intrigas del festival de cine, Claudia y Jack se pasaron en Alice la Hija la mayor parte de su estancia en Toronto, o al menos así fue en el caso de Claudia. Jack se escapaba con frecuencia del estudio de tatuaje, prefería la clientela de la cercana tienda del Ejército de Salvación a muchos de los adeptos de su madre.

Bill de Aberdeen había sido un hombre de mar, como Charlie Snow y Jerry el Marino, como Tattoo Ole y Tattoo Peter y Doc Forest. Eran los mentores de Alice. Pero el mundo del tatuaje había cambiado; si bien Alice la Hija tatuaba de vez en cuando la Perdición del Hombre o el corazón roto que permite a los marineros permanecer en el mar durante largos meses, una nueva vulgaridad se exhibía en la piel de los jóvenes que deseaban marcarse de por vida.

Atrás quedaron el romanticismo de aquellos puertos del mar Báltico y del mar del Norte y el continuo sonido de la máquina de tatuar de su madre, que había arrullado a Jack de niño hasta adormecerlo. Atrás quedaron las chicas de aúpa del hotel Torní: Ritva, cuyos pechos él no llegó a ver, y Hannele, con las axilas sin afeitar y aquella asombrosa marca de nacimiento, una chistera arrugada encima del ombligo, del color de una mancha de vino y la forma de Florida.

En otro tiempo, Jack había tenido el valor de acercarse a cualquiera y preguntar: «¿Tienes un tatuaje?». En el restaurante del hotel Bristol le había dicho a aquella chica preciosa: «Yo pongo la habitación y el equipo si tú pones el tiempo». (¡Y pensar que fue idea de él precisamente que su madre le ofreciese un tatuaje gratis al soldado más pequeño!).

Dormido, Jack oía cómo el enorme órgano de la Oude Kerk tocaba para las prostitutas por las noches; incluso despierto, si cerraba los ojos, aún sentía el contacto de la gruesa cuerda encerada y el suave pasamanos de madera al otro lado de la tortuosa escalera de la vieja iglesia.

Pero (sobre todo en compañía de Claudia) la cultura del tatuaje que había expuesta en Alice la Hija hacía que Jack se avergonzara del «arte» de su madre; y muchos de sus clientes, en apariencia la escoria de Queen Street, le infundían recelo. Los antiguos tatuajes marítimos, los sentimientos de marineros que coleccionaban recuerdos en sus cuerpos, se habían visto sustituidos por exhibiciones de hostilidad, de violencia y de maldad sin el menor gusto. Los *skin-heads* con sus insignias de moteros: cráneos que manaban sangre a borbotones, llamas que lamían las cuencas de

los ojos de un esqueleto.

Había mujeres desnudas y contorsionándose que habrían hecho ruborizarse a Tattoo Ole; incluso puede que Madsen el Mujeriego hubiese desviado la mirada. (El vello púbico no solo se insinuaba mediante una ceja invertida). Y estaban los símbolos tribales. A Claudia le fascinó un chico granujiento de Kitchener, Ontario, que se hacía un *moko* completo, el tatuaje facial maorí. La demacrada novia del chico tenía un *koru* —esas espirales como el extremo de un helecho— en la cadera, que se descubrió orgullosamente para enseñárselo a Claudia.

Jack llevó a Claudia a un lado y le dijo:

—En términos generales, las personas atractivas no se tatúan. —Pero eso no era del todo cierto; Jack hablaba en términos *demasiado* generales. Su aversión al ambiente de Alice la Hija lo inducía a exagerar.

No bien acababa de decirlo, apareció un culturista homosexual; debía de ser modelo. Lanzó a Claudia un somero vistazo y empezó a coquetear con Jack sin el menor pudor.

—Me he dejado caer por aquí para una pequeña modificación, Alice —dijo el culturista sonriéndole a Jack—. Pero si hubiese sabido que estaba aquí tu apuesto hijo, habría venido para hacerme modificaciones todos los días.

Se llamaba Edgar; Alice y Claudia lo consideraban encantador y divertido, pero Jack desviaba la mirada de manera ostensible. En una paletilla llevaba tatuado un retrato fotográfico del vaquero Clint Eastwood con su característico puro delgado. En la otra paletilla tenía el tatuaje que requería la modificación: una versión manifiestamente satánica de la crucifixión de Cristo, en la que Jesús aparecía encadenado en forma de cuatro al manillar de una motocicleta. La alteración que Edgar solicitaba era algún indicio de que Cristo había recibido «estopa»: un rasguño y una gota de sangre en la mejilla, tal vez, o una herida en la zona de las costillas.

—Quizás ambas cosas —dijo Alice.

—¿No crees que eso quedaría demasiado vulgar? —preguntó Edgar.

—El tatuaje es tuyo, Edgar —contestó Alice.

Puede que fuera la pasión de Claudia por todo lo teatral lo que la indujo a enamorarse del mundo de Alice la Hija. Para Jack, si bien Edgar no era feo, lo eran sus tatuajes, y el propio Edgar era desde luego *vulgar*. Para Jack, casi todo en Alice la Hija era más que feo, y la fealdad era intencionada: la piel no solo quedaba marcada de por vida sino *mutitada*.

—Eres un esnob —dijo Claudia.

Bueno, sí y no. El mundo del tatuaje, que no había asustado a Jack a los cuatro años, lo aterrorizaba a los veinte. Allí estaba Jack Burns, adoptando la mirada ceñuda de Toshio Mifune —la expresión de condena del samurái ante un perro que pasaba con una mano en el hocico—, mientras que el ambiente del tatuaje en Alice la Hija reflejaba un comportamiento mucho peor que el de ese perro.

En otro tiempo el mundo marítimo había sido la puerta de acceso a todo lo

extranjero y a todo lo nuevo; pero ya no era así. Ahora los tatuajes estaban inducidos por la droga: incoherencias psicodélicas y horror alucinógeno. Los nuevos tatuajes irradiaban anarquía sexual; veneraban la muerte.

«*May you stay forever young*» [«Puedes ser joven eternamente»], cantaba Bob Dylan, y Alice no se había limitado a cantar con Bob; había abrazado esa filosofía sin tomar conciencia de que los jóvenes que tenía alrededor no eran los hippies y los hijos de las flores de su época.

Por supuesto, quedaban los coleccionistas, patéticos adictos a la tinta con el cuerpo convertido en una obra inacabada —los viejos locos, como William Burns, camino de descubrir el frío integral—, pero, en esencia, Jack aborrecía a su generación, los jóvenes de alrededor de veinte años. Detestaba a los tipos con *piercings* en los labios, y a veces hasta en los párpados y la lengua. Abominaba de las chicas con *piercings* en los pezones y en el ombligo, incluso en la vulva. La gente de la edad de Jack que frecuentaba el local de Alice la Hija eran bichos raros y perdedores sin remedio.

Sin embargo Alice les preparaba té y café, y les ponía su música preferida; algunos de ellos llevaban su propia música, que era más dura que la de ella. Alice la Hija era un sitio de moda. No todo el mundo iba para tatuarse, pero allí uno debía estar tatuado para sentirse a gusto.

Jack vio a Krung una vez; se dejó caer por el local para tomar una taza de té. El gimnasio de Bathurst Street había desaparecido; se había convertido en una tienda de alimentos naturales.

«Las ratas de gimnasio siempre tienen que encontrar un barco nuevo, Jackie», dijo Krung. Tomó las medidas a Claudia con una mirada parsimoniosa; a Jack le comentó que, en su opinión, tenía las caderas de una kickboxer temible.

Otro día se pasó por allí Chenko; caminaba con bastón, pero Jack se alegró de verlo y lamentó que no se quedase más rato. Incluso con bastón, Chenko brindaba más protección a Alice que la que esta tenía la mayor parte del tiempo.

Chenko se mostró cortés con Claudia, pero no hizo alusión alguna a sus posibilidades como luchadora. Nunca superaría lo de Emma, dijo Chenko con tristeza, refiriéndose no solo al hecho de no haberse recobrado por completo de la lesión de esternón después de aquella caída lateral.

Los chicos descarriados sin dinero acudían a Alice la Hija y veían trabajar a Alice; mientras intentaban reunir el dinero, decidían qué tatuaje se harían. Los viejos adictos a la tinta se dejaban caer para exhibirse; algunos parecían racionar el resto de su cuerpo, porque les quedaba ya poca piel para otro tatuaje. (A Jack lo sacó de sus casillas que Claudia los llamase «románticos»).

—Los casos más tristes —dijo Alice— son los cuerpos casi llenos del todo.

Pero ¿pasaban estos *casi* frío?, se preguntó Jack. Era incapaz de mirarlos sin imaginar a su padre. ¿Le quedaba piel a William Burns para una última nota?



Jack podría haber vaticinado que Claudia se tatuaría, pero fingió sorprenderse cuando ella le anunció su decisión.

—Al menos háztelo donde no se vea en el escenario —sugirió él.

Había un panel de tela con ruedas que Alice desplazaba de aquí para allá; al igual que los separadores que hay entre unas camas y otras en las salas de recuperación de los hospitales, esa cortina aislaba al cliente que se hacía un tatuaje *íntimo*. Claudia quería el tatuaje en la cara interior del muslo derecho, muy arriba, y eligió el característico cetro del Chino. Era el tatuaje preferido de Jack, Claudia lo sabía, y simbolizaba «todo según tus deseos».

«Olvídate», le había dicho su madre cuando él le comentó que era el mejor tatuaje que había aprendido del Chino. En cambio, Alice no puso objeción alguna a tatuárselo a Claudia.

Cuando estudiaba en Redding, Jack había sacado provecho por un breve periodo de tiempo de la exótica imagen que les ofrecía a sus compañeros de su madre, la *famosa* artista del tatuaje. (Como si, en caso de no ser famosa, pudiese haber poco de exótico en su profesión). Ahora su madre *era* famosa —a su modesta manera y en el entorno de Queen Street—, y a Jack lo abochornaban Alice la Hija y la general sordidez, la depravada marginalidad, que el ambiente del tatuaje representaba para él.

Pero ¿qué otra cosa habría podido hacer su madre? Había intentado proteger a Jack del mundo del tatuaje. Había dejado claro que no era bien recibido en el estudio del Chino, y no había tenido la culpa de que Jack se convirtiese prácticamente en su aprendiz mientras ella, ganándose la vida con el tatuaje, recorría aquellos puertos del mar Báltico y del mar del Norte en busca de William (excepto las noches que Lars el Mujeriego acostaba al niño en Copenhague).

Ahora, irónicamente, mientras que Alice parecía orgullosa de su trabajo —y de ser su propio jefe en su propio estudio—, Jack se avergonzaba cada vez más de ella. Claudia tenía razón al criticarlo por eso, pero Claudia no estuvo presente los años en que su madre le volvió la espalda.

Jack empeoró las cosas poniendo reparos a que el aprendiz de su madre observase el tatuaje en curso de Claudia. ¿Para qué estaba la cortina si se permitía a aquel tipo ver el cetro? ¡El tatuaje casi le rozaba el pubis a Claudia!

Era un joven neozelandés. «El kiwi de Alice», lo llamaba la señora Oastler. A Leslie no le caía bien; tampoco a Jack le inspiraba simpatía. Era de Wellington, y le enseñó a Alice algunos dibujos maorís. Al igual que sus otros aprendices jóvenes, no se quedaría allí mucho tiempo, un par de meses a lo sumo. Luego lo sustituiría otro aprendiz; eran siempre personas que podían enseñarle a ella un par de cosas, en tanto que ella tenía mucho más que enseñarles a ellos. (Así funcionaba el negocio del tatuaje; eso no había cambiado).

Mucho antes de finales de la década de los ochenta, todos los artistas del tatuaje bien

informados de Canadá y de Estados Unidos usaban guantes de goma a causa del sida. Jack no podía acostumbrarse a ver a su madre con esos guantes. Su estudio no ofrecía un aspecto especialmente higiénico, y sin embargo sus manos parecían las de un médico o una enfermera. Si todo iba bien, tatuar no era un trabajo precisamente sangriento.

Pero en Alice la Hija algunas cosas seguían como siempre: el pigmento en los vasitos de papel, los muchos usos de la vaselina, el sonido curiosamente *dental* de las agujas en la máquina eléctrica, el olor de la piel perforada... y el café, y el té, y la miel en aquel tarro pegajoso. Y sobre todo Bob, todavía gimiendo, todavía quejándose de esto o aquello, profetizando el desastre o algo nuevo.

«Al igual que el pigmento de un tatuaje», decía Alice. «Bob Dylan se te mete debajo de la piel».

Mientras tatuaba el cetro a Claudia, Alice tenía puesta *It's All Over Now, Baby Blue*. Con los dientes apretados, Claudia probablemente no se dio cuenta; para Jack, una parte del misterio de Claudia era que no había permitido que Bob (ni nadie) se metiese bajo su piel.

Un porrero se echaba miel en el café; quizá pensaba que era té. Balanceaba la cabeza como uno de esos juguetes adheridos a los salpicaderos que inducen al conductor a distraerse. Era de «algún lugar de las Provincias Marítimas», dijo a Jack, como si la ciudad o el pueblo exacto lo hubiese repudiado, o él lo hubiese desterrado de lo poco que quedaba de su drogada memoria. Tenía un tatuaje de una langosta de color verde y rojo en el antebrazo. La criatura parecía a medio cocer, y por tanto no era aconsejable comerla.

Bob seguía gimiendo.

*Yonder stands your orphan with his gun,  
Crying like a fire in the sun.*

[He ahí a tu huérfano con su pistola,  
llorando como una hoguera bajo el sol].

El letrero de Queen Street que anunciaba el estudio era de madera pintada. «Tan alegre como el soleado Leith, donde el sol nunca brilla», decía Alice del vistoso letrero. Daba la impresión de que uno se hallaba en la costa, como si Alice la Hija fuese el nombre de un barco o de un puerto de escala. «Alice la Hija es un nombre marítimo», decía siempre Alice, un nombre que procedía de Copenhague y Tattoo Ole.

«*Alt your seasick sailors, they are rowing home*» [«Todos tus marinos mareados reman de regreso a casa»], cantaba Bob Dylan.

«O reman hacia *aquí*», pensó Jack. Fue a echar un vistazo a Claudia detrás de la cortina; ella le sonrió, apretando los puños a los lados.

—El cetro es un símbolo budista —decía Alice en voz baja mientras las agujas de tatuar brincaban sobre el muslo de Claudia y esta hacía una mueca de dolor. (Jack sabía que la cara interna de brazos y piernas dolía más que la externa.)—. La forma del cetro toma como modelo el hongo mágico de la inmortalidad —prosiguió Alice.

¡Una seta de la inmortalidad! ¿Y qué más? Jack se dio media vuelta. Los guantes de goma le molestaban de verdad. Prefería ver al porrero de las Provincias Marítimas; daba la impresión de que estaba colocándose con la miel del café. Ese fue el viaje a Toronto que convencería a Jack Burns de que aquella nunca sería su verdadera ciudad.

«*Forget the dead you've left, they will not follow you*» [«Olvídate de los muertos que has dejado atrás, no te seguirán»], cantaba Bob, como siempre con la mayor autoridad. Bob decía muchas verdades, pero en eso se equivocaba. Como Jack descubriría, *todo* te seguía.

Con el cetro en lo alto de la cara interna del muslo, a Claudia le resultó incómodo hacer el amor durante el resto de su estancia en Toronto, pero Jack era cada vez más consciente de que estaba cayendo en desgracia con Claudia; incluso sin el tatuaje nuevo, es posible que Claudia se hubiese sentido poco inclinada a hacer el amor con él. (El hecho de dormir en la cama de Emma no era una gran ayuda). Se marcharon de Toronto antes de la noche de clausura del festival de cine.

Jack percibía el desánimo en Claudia; la nimiedad de sus peleas los había desgastado a los dos. Y el tatuaje le rozaba al andar. Con el permiso de la señora Oastler, Claudia había tomado prestada una falda de Emma; le venía muy grande, pero le permitía caminar con las piernas separadas, como si llevase un pañal.

Volviendo la vista atrás, Jack consideraba el material retrospectivo que se había mostrado en el festival de cine más interesante que la mayoría de las películas presentadas a concurso. La única película que Claudia y Jack vieron solos fue *El matrimonio de María Braun*, de Fassbinder. A Jack le encantaba esa película.

Hanna Schygulla, esposa de un militar, tiene mucho éxito en la Alemania de posguerra. Hay cosas peores que ver a Hanna Schygulla mientras una mujer te agarra el pene. El problema era que, si bien esa fue la primera y única ocasión durante el festival de cine en que Claudia le agarró el pene, Jack había visto *El matrimonio de María Braun* con Emma cuando tenía catorce años. (Estaban en el cine de Durham; era su primer año en Exeter).

La comparación resultó desconcertante, y fue una premonición de una experiencia que le cambiaría la vida: Jack descubrió que Emma le agarraba el pene mejor que ninguna otra. (Por supuesto, aún albergaba esperanzas con respecto a Michele Maher).

—¿Es por mí o por Hanna? —le había susurrado Claudia al oído al notar la entusiasta respuesta del enano. Pero Jack sabía que no eran ni Claudia ni Fräulein

Schygulla quienes le habían levantado de tal modo el ánimo al enano. Era su recuerdo de Emma agarrándole el pene cuando tenía catorce años.

Desde ese momento en *El matrimonio de María Braun*, Jack supo que Claudia y él tenían los días contados; simplemente quemaban etapas, como una pareja casada que sabía que el divorcio era inminente.

Su distanciamiento de Claudia se inició cuando visitaron a Emma en Iowa la primavera anterior. Con «la conversación sobre los hijos», como lo llamaba Claudia. La relación siguió declinando en el festival de cine de Toronto y, mientras regresaban en coche desde Toronto, las cosas empeoraron aún más.

Volvieron por un camino distinto; no era la mejor ruta, pero el viaje era aburrido fuesen por donde fuesen. Viajaron hasta Kingston, Ontario, y cruzaron el St. Lawrence por Gananoque; el puente les condujo al estado de Nueva York a la altura de Alexandria Bay. En la aduana de Estados Unidos, Jack mostró su visado de estudiante y su pasaporte canadiense. Claudia entregó al hombre de la aduana su pasaporte norteamericano. Jack conducía el Volvo. A Claudia le molestaba el tatuaje reciente; no quería conducir.

Llevaba aún la enorme falda de Emma, que se había quedado por insistencia de la señora Oastler. «En cualquier caso, Emma ya habrá aumentado varias tallas la próxima vez que venga a casa», había dicho Leslie con pesimismo. «A ti te queda mejor que a Emma, Claudia, a pesar de que te viene enorme».

Durante la mayor parte del viaje, Claudia fue con la falda remangada hasta la cintura, aireándose el cetro Chino, en el que se aplicaba crema hidratante una y otra vez. Tenía la piel un poco enrojecida en los contornos del tatuaje, y estaba cansada de oír que la piel de la cara interna de brazos y piernas es delicada.

Cuando Jack detuvo el coche en la frontera, Claudia se bajó la falda decorosamente. El agente de aduanas los observó.

—Venimos de visitar a mi madre, que vive en Toronto —explicó Jack, sin que le preguntaran—. Hemos visto unas cuantas películas en el festival de cine.

—¿Traen algo de Canadá? —inquirió el agente de aduanas.

—No —contestó Claudia.

—¿Ni siquiera una cerveza canadiense? —preguntó el hombre a Claudia, y le sonrió. Ella era imponente de verdad.

—Yo rara vez bebo cerveza, y Jack anda siempre controlando el peso —dijo Claudia.

—¿No tienen nada que declarar, pues? —preguntó el agente de aduanas a Jack con mayor severidad.

Jack no supo qué locura se apoderó de él. («Solo era una broma», diría a Claudia más tarde, pero no se había reducido a eso).

Era una oportunidad para un primer plano; Jack lanzó al tipo su mirada furtiva. Se le daba bastante bien adoptar un aire furtivo; era una mirada que había adquirido observando a ciertos perros, en especial a perros taimados y cobardes.

—Bueno... —empezó a decir Jack, y se interrumpió para dirigir una mirada *furtiva* a Claudia—. No tenemos que declarar el cetro Chino, ¿verdad? —le preguntó a ella. ¡Dios, qué mirada le lanzó Claudia!

—¿El qué? —preguntó el agente de aduanas.

—Una maza real, o a veces un bastón; en este caso, una espada corta —prosiguió Jack—. Es un símbolo ceremonial de autoridad.

—¿Es chino? —preguntó el tipo—. ¿Es muy antiguo?

—Sí, mucho; es budista, de hecho —contestó Jack.

—Será mejor que le eche un vistazo —dijo el agente de aduanas.

—Es un tatuaje —aclaró Claudia—. No tengo que declarar un tatuaje, ¿verdad?

¿Por qué le hizo eso Jack? Quería a Claudia, o al menos le gustaba. Jack no había visto a Claudia tan decepcionada con él desde que descubrió las fotografías de Emma desnuda; eran las antiguas fotos que Emma le mandaba cuando él se la sacudía regularmente en Redding. Eran fotos de Emma a los diecisiete años. Se las había tomado Charlotte Barford. Claudia lo obligó a tirarlas, pero Jack se guardó una.

—Permítame comprobar que es solo un tatuaje —dijo el hombre de aduanas a Claudia—. No he visto nunca un cetro chino.

—¿Hay por aquí alguna compañera suya? —preguntó Claudia—. Una mujer sí puede verlo.

—Está en un sitio bastante íntimo —aclaró Jack.

—Enseguida vuelvo —respondió el agente de aduanas. Los dejó en el coche y se marchó en busca de una compañera; había un edificio que parecía de oficinas, donde el agente desapareció por un momento.

—Eres tan inmaduro, Jack —dijo Claudia.

Jack recordó aquella noche en la mansión de los Oastler en que su madre hizo una observación similar.

—Pene, pene, pene... —empezó a decir Jack, pero se interrumpió. El agente de aduanas regresaba acompañado de una negra fornida. Claudia salió del coche y entró en las oficinas con la agente de aduanas mientras Jack esperaba en el coche.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó el hombre de aduanas.

—Ultimamente ella y yo no nos llevamos muy bien —admitió Jack.

—Pues esto no va a contribuir a arreglarlo —dijo el tipo.

Cuando Claudia volvió al coche, miró a Jack con cara de mujer violada, y siguieron adelante. En esos primeros kilómetros, ya en territorio estadounidense, Jack, sin saber por qué, experimentó una sensación de euforia.

Canadá era la patria de Jack, su país de origen, y sin embargo se alegraba de regresar a Estados Unidos, donde se sentía más a gusto. ¿Y eso por qué?, se preguntó. ¿Acaso no era canadiense? ¿Era el rechazo de Jack a su madre y al mundo del tatuaje lo que lo inducía a volverle la espalda a su tierra natal?

Claudia no le dirigiría la palabra durante unos quinientos kilómetros. De nuevo se había recogido la falda de Emma hasta la cintura, dejando a la vista el tatuaje del

cetru chino en la cara interna de su muslo derecho, donde Jack podía verlo mirando de soslayo. Fue uno de los pocos tatuajes que había visto que se sintió tentado de hacerse él mismo, pero no en la cara interna del muslo. Estaba pensando en qué parte del cuerpo se tatuaría algún día ese mismo cetru chino cuando Claudia por fin habló.

Para entonces se encontraban ya en Vermont, a unos ciento cincuenta kilómetros de su destino en New Hampshire. Cuando Claudia vio que Jack le miraba la entrepierna —concretamente el cetru chino recién tatuado—, dijo:

—Me he hecho este maldito tatuaje para ti, ¿sabes?

—Lo sé —contestó Jack—. Me gusta. De verdad —respondió. Claudia sabía que a él le gustaba el tatuaje y el sitio especial donde se lo había hecho—. Siento haberme comportado así en la frontera. De verdad.

—Ya paso, Jack. Me ha llevado un tiempo, pero ya paso. Yo siento más otras cosas —dijo ella.

—Ah.

—¿Es lo único que puedes decir?

—Lo siento —repitió él.

—No es solo el hecho de que nunca vayas a tener hijos —dijo ella—. Seguirás echando la culpa a los genes de tu padre por no quedarte nunca con la misma mujer, o al menos no durante mucho tiempo.

Ahora le tocaba a Jack guardar silencio durante los ciento cincuenta kilómetros que quedaban. Y obstinarse en no responder a alguien es otra oportunidad para actuar.

Jack pronto se obstinaría en no responder tampoco al Fantasma Gris. Llegó una carta de ella no mucho después de que Jack regresara a New Hampshire. El Fantasma Gris no hizo más que una alusión de pasada a «la extraordinaria belleza» de Claudia; la señora McQuat también aludía a Claudia como su «novia remisa». Pero ni la propia Claudia ni la reticencia de Jack a tener hijos eran el verdadero tema de la carta del Fantasma Gris. La señora McQuat escribía para recordarle que debía prestar más atención a su madre, a quien sin duda estaba descuidando.

«No la descuides, Jack», aconsejaba el Fantasma Gris.

¿Acaso no se lo había dicho ya antes? Jack tiró la carta sin contestarla. Más adelante, cuando se enteró de que la señora McQuat había muerto, se preguntó si él había tenido una premonición de su muerte. No solo no estaba dispuesto a prestar mayor atención a su madre; era como si, al negarse a contestar la carta del Fantasma Gris, hubiera sentido que la señora McQuat ya se estaba muriendo —una muerte en curso, por así decirlo— y que, cuando ella desapareciese, Jack perdería también la voz de la conciencia.

Se encontraban a solo unos cuantos kilómetros de Durham, no muy lejos del apartamento de Claudia en Newmarket, cuando Claudia rompió el silencio.

—Maldito seas, Jack —dijo—. Cuando muera, me apareceré ante ti, te lo prometo; puede que me aparezca ante ti incluso antes de morir.

Como actor que era, Jack Burns debería haber distinguido una frase final al oírla.

Debería haber encomendado a la memoria la advertencia de Claudia más seriamente de lo que lo hizo.

## 20 - Dos canadienses en la ciudad de los ángeles

Pese a su creciente distanciamiento, Jack y Claudia vivirían juntos durante los dos últimos cursos que estuvieron en la Universidad de New Hampshire. No solo los mantuvo unidos la inercia; eran actores que se estaban formando, aprendiendo los trucos de la simulación. Mediante lo que conseguían esconder de sí mismos se instruían mutuamente. Se convirtieron en observadores atentos pero displicentes de sus secretos más íntimos, sus personalidades ocultas.

El verano que siguió a su viaje a Toronto volvieron al teatro de repertorio, esa vez en Cape Cod. El director artístico era un homosexual por quien Jack sintió gran simpatía. Bruno Litkins era un hombre alto y brioso que se *abatía* sobre el escenario; agitando sus largos brazos, semejaba una garza en un desmedido aunque mal encauzado esfuerzo por enseñar a volar a otras aves menores.

Para Bruno Litkins, un musical basado en una obra de teatro o en una novela era algo que debía manipularse, que debía reinventarse de un modo radicalmente distinto en cada nueva producción. Para Bruno, el texto original podía ser sagrado, pero en cuanto alguien lo adaptaba en forma de musical, la posterior transformación del argumento y de los personajes no conocía límites.

Al anunciar las pruebas de selección para *El jorobado de Notre Dame* —obra en la que Claudia tenía puesta la mira en el personaje de la hermosa zíngara, Esmeralda—, Bruno Litkins dijo que su versión de Esmeralda sería un hermoso *travestí* que liberaría la remisa homosexualidad que palpitaba en el corazón del capitán Febo como una llama necesitada de aire. Esmeralda, la reinona zíngara de París, *lucharía* por hacer salir del armario al capitán gay. Ella era el oxígeno que necesitaba el capitán Febo para despertar su identidad homosexual.

El malévolos padre Frollo, que al principio imagina estar enamorado de Esmeralda, desea finalmente acabar con su vida, no solo porque ella no lo ama, sino también porque Esmeralda es un *tío*. (El padre Frollo es un homófobo francés). Quasimodo, que también se enamora de Esmeralda, al final ve con *alivio* que esta esté enamorada del capitán Febo.

—Eso mejora el argumento —dijo Bruno Litkins al conmocionado reparto—, porque a Quasimodo no lo entristece renunciar a Esmeralda y entregársela al militar. —(A pesar de la joroba, Quasimodo conserva la *rectitud* en su orientación sexual).

—¿Qué diría Victor Hugo? —preguntó Claudia. La pobre Claudia veía esfumarse su codiciado papel; al menos en el escenario, Jack Burns era una Esmeralda travestida nata.

—¡Mantén al público en la duda! —Se complacía en decir Bruno Litkins, agitando los largos brazos—. ¿Es Esmeralda una mujer? ¿Es un hombre? ¡Que duden!

Naturalmente, había en la obra otra hermosa zíngara, la madre asesinada de Quasimodo, que tiene un papel breve pero conmovedor. Y hubo otras obras ese



verano en Cape Cod, no todas musicales abiertos a nuevas interpretaciones desde una perspectiva homosexual. Claudia tendría papeles mejores y más importantes. Fue la epónima Salomé en la producción de Bruno Litkins de la obra de Oscar Wilde; Bruno veneraba a Wilde y no estaba dispuesto a cambiar ni una sola de las altisonantes palabras del autor. Claudia interpretó a una Salomé despampanante. Su absurda danza de los siete velos fue culpa de Wilde, no de Claudia, aunque ocultar el cetro chino en la cara interna del muslo derecho requirió mucho maquillaje. (Sin el maquillaje, el cetro podría haber confundido al público, que quizá lo hubiese tomado erróneamente por una marca de nacimiento o una herida).

En *Salomé*, Jack tuvo un papel menor: el profeta Jokanaán, el bueno de san Juan Bautista, cuya cabeza decapitada besa Salomé. Ese era todo un beso. (Jack estaba arrodillado bajo una mesa con un agujero en la superficie por donde pasar la cabeza; el mantel no solo ocultaba su pene empalmado, sino todo su cuerpo). Sin embargo, el daño a la relación con Claudia ya estaba hecho; ni siquiera ese beso podía evitar que se distanciaran.

La versión gay de *El jorobado de Notre Dame* sirvió solo para alejarlos aún más. En retrospectiva, Jack no culpaba a Claudia por la canita al aire con el apuesto actor que interpretaba al capitán Febo homosexual, pero sí la culpó en su día. (Jack sabía que Claudia tenía todo el derecho a devolvérsela por engañarla con una profesora de tango la primavera anterior).

Claudia tuvo mala suerte. El actor que interpretaba al capitán Febo les contagió a ella y a Jack unas purgaciones. De lo contrario, Jack nunca se habría enterado de esa aventura, a menos que con el tiempo Claudia se lo hubiera contado, y dada la impenitente tendencia de ella a mentir sobre la edad, Jack no tenía motivos para pensar que Claudia le hubiese revelado alguna vez ese pequeño secreto. Fue la gonorrea del capitán lo que la delató.

Naturalmente, Jack fingió que era mucho más doloroso de lo que en realidad era, postrándose de rodillas y gritando cada vez que orinaba mientras Claudia decía desde el dormitorio: «¡Lo siento, lo siento, lo siento!».

En la escena de Bruno, magníficamente coreografiada, donde Jack en el papel de la Esmeralda travestí revela al capitán Febo que es, de cintura para abajo, un hombre, Jack le canta con toda su alma al capitán Febo mientras este lo consiente y a la vez se retrae. (El capitán se siente atraído por Jack, pero el muy idiota aún piensa que Jack es una *chica*, y de ahí su reticencia).

Jack le agarra una mano al capitán y se la lleva a una de las tetas postizas; Febo parece impertérrito. Jack le agarra al capitán la otra mano y se la lleva a la entrepierna; Febo dirige al público una mirada de estupefacción mientras Jack le susurra al oído. Acto seguido, los dos entonan la canción que Bruno Litkins ha escrito para su versión gay de *El jorobado de Notre Dame*: «Igual que yo, chico», con la melodía de *It Ain't Me, Babe*. (Jack se sabía a Bob de carrerilla; cantó bien).

Pero la noche de la función en que Jack acababa de enterarse de que tenía la

gonorrea —y después de confesar Claudia su procedencia—, Jack tuvo algo *auténtico* que susurrarle al oído al capitán Febo mientras sujetaba contra su polla la mano del capitán.

—Gracias por las purgaciones, chico —susurró Jack.

Era una mirada más que aceptable la que Febo dirigía al público cada noche; por lo general, la sala se venía abajo. Una mirada que reflejaba su descubrimiento súbito: ¡Esmeralda tiene pene! El público ya lo sabe, claro está. Jack en el papel de Esmeralda se lo ha enseñado antes al padre Frollo, pensando que así Frollo dejará de pegarle, sin imaginar que Frollo, hombre de reacciones extremas, insistirá en mandar a Esmeralda a la horca.

Pero la memorable noche en que el capitán Febo tenía el pene de Esmeralda en la mano y Jack en el papel de Esmeralda le dio las gracias por pegarle las purgaciones, el apuesto militar causó sensación. La mirada que lanzó al público esa noche interrumpió la representación durante un minuto o más. El público se puso en pie y dedicó un clamoroso aplauso al capitán Febo.

—Quizá sea mejor que moderes un poco esa mirada, Febo —dijo Bruno Litkins al actor después de esa función.

Jack se limitó a dirigir al capitán su mejor sonrisa de Esmeralda travestida. Febo sabía que Jack podía hacerlo picadillo si quería.

A decir verdad, Jack le estaba agradecido al capitán Febo por inducir a Claudia a sentirse culpable. Febo había ayudado así a Jack a sentirse un poco *menos* culpable por el hecho de que él y Claudia estuviesen distanciándose.

Por fin, el verano después de que se licenciaron en la Universidad de New Hampshire, Claudia y Jack siguieron cada uno por su camino. Ella tomó el derrotero propio de un recién licenciado: un curso de posgrado en una de las Diez Grandes universidades. (Jack pondría todo su empeño en olvidar cuál). Ese verano les pareció más sensato solicitar trabajo en distintos teatros de repertorio. Claudia fue a un festival dedicado a Shakespeare en Nueva Jersey. Jack actuó en *La bella y la bestia* y *Peter Pan* y *Wendy* en un taller de teatro para niños en Cambridge, Massachusetts.

Quizá sintiese nostalgia de su amigo perdido Noah Rosen —o de la hermana más irrevocablemente perdida de Noah, Leah—, pero Jack recordaba con cariño aquellas películas extranjeras en los cines de las inmediaciones de Harvard Square. Por alguna razón, le atraía un verano de subtítulos, y un público compuesto por niños y sus jóvenes madres.

Claudia dijo —y si estas no fueron realmente las últimas palabras que le dirigió, sí fueron las últimas palabras que él recordaría—: «¿Por qué quieres actuar para niños? No quieres tener ninguno».

Jack interpretó el papel de la Bestia ante una mujer de mayor edad en el personaje de la Bella; esta era, además, una de las fundadoras del taller de teatro para niños, y

quien había contratado a Jack. Sí, se acostó con ella; tuvieron una aventura durante todo el verano, ni un día más. Ya era demasiado mayor para hacer de Wendy ante el Peter Pan de Jack, pero fue una señora Darling —la madre de Wendy— con un aspecto razonablemente juvenil. (Imaginemos a Peter Pan tirándose a la *madre* de Wendy, aunque solo sea durante un verano).

Jack tenía que matricularse en algún curso de posgrado para continuar siendo estudiante, o conseguir un verdadero empleo —y, por tanto, un permiso de residencia—, si no quería regresar a Canadá, cosa que no quería. Emma lo salvaría una vez más. Había dejado Iowa hacía dos años, vivía en Los Angeles y escribía su primera novela, lo cual era un contrasentido. ¿Quién se iba a Los Ángeles a escribir una novela? Pero Emma siempre se había sentido a gusto en el papel de intrusa.

Había encontrado trabajo como lectora de guiones en un estudio de cine; al igual que Jack, era todavía ciudadana canadiense y disponía solo de pasaporte canadiense, pero Emma tenía también un permiso de residencia. El trabajo de lectora de guiones era resultado del año que ejerció como guionista de un programa de humor emitido por la televisión neoyorquina más que de su preparación en el taller de escritores de Iowa. Emma estaba escribiendo una novela que, según ella, sería su venganza por el tiempo desperdiciado como estudiante de cinematografía, y por la época que, como ella decía, «había trabajado para el enemigo y cobrado un sueldo por ello».

¿Por qué no se iba a vivir con ella?, le preguntó Emma a Jack. Le encontraría un empleo en el mundo del cine. «Aquí hay muchos tipos guapos, ricura; tendrás más competencia que en Toronto. Pero no hay muchos tipos guapos que actúen tan bien como tú».

Así que ese era el plan de Jack, en la medida en que tenía un plan. Ya estaba harto del teatro, y no era de extrañar teniendo en cuenta la preponderancia de los musicales. Le parecía bien que su última interpretación en el escenario fuese en el papel de Peter Pan, llevando a Wendy Darling y sus hermanos al País de Nunca Jamás, mientras a altas horas de la madrugada, mucho después de bajar el telón, se cepillaba a la madre de Wendy, la señora Darling.

«¿Qué diría J. M. Barrie?», habría preguntado Claudia quizá si se hubiese enterado. Jack se entristecía al acordarse de ella.

Si algo tiene Los Ángeles, descubriría Jack, es que no se deja impresionar por ti, seas quien seas. Con el tiempo, te dice la ciudad, recibirás tu merecido; la exclusividad se desvanece. Pero Jack Burns no se movía en círculos exclusivos durante los primeros tiempos que estuvo en Los Ángeles; aún no era famoso. En otoño de 1987, cuando se instaló con Emma, el lugar célebre más cercano que representaba las diversas formas de entretenimiento que el futuro le depararía era el Muelle de Santa Mónica, ese estridente abanico de posibilidades.

A Jack y a Emma lo único que les importaba de verdad era sentirse bañados por el

aire templado del Pacífico; les daba igual respirar un mar de contaminación. Volvían a vivir juntos, no en Toronto, ni con sus madres.

Emma, que tenía veintinueve años, parecía considerablemente mayor. Su lucha con los kilos de más era obvia para quienquiera que la conociese, pero otra batalla interior le había costado más caro; sus cambiantes ambiciones estaban en pugna con su obstinada determinación. Saltaba a la vista que Emma era un espíritu inquieto, pero ni siquiera Jack (ni siquiera *Emma*) era consciente de que sufría un grave problema.

Los números nunca fueron el fuerte de Jack. Viviendo con Emma en Los Angeles, no recordaba cuánto pagaban de alquiler, ni qué día del mes debían abonarlo.

—Se te dan fatal las matemáticas, monada, pero ¿qué necesidad tienes de saber matemáticas? Vas a ser actor.

En el St. Hilda, Jack había necesitado que la señorita Wurtz se inclinase sobre él, como si inhalar su aroma lo eximiese de aprender a hacer cuentas. Y si bien es cierto que la señora McQuat lo había ayudado, más aún que la señorita Wurtz, nunca había llegado a dominar las matemáticas.

La señora Adkins lo había ayudado con el álgebra en Redding —ella, que lo había vestido con su ropa vieja, ella que había hecho el amor con él con tan morboso aire de resignación—. (Era como si la señora Adkins se desnudase para ahogarse en el Nezinscot, o al menos se ejercitase para ese solitario momento en el futuro).

«Si has de contar más de diez, no deberías confiar en ti mismo», lo había prevenido Noah Rosen.

El señor Warren, el consejero de estudios de Jack en Exeter, se había mostrado más amable pero no menos pesimista: «Te recomendaría, Jack, que no confíes nunca en tu evaluación *numérica* de una situación».

Jack Burns viviría en Los Angeles durante dieciséis años. Le gustaba tener que ir en coche de aquí para allá. Al principio, él y Emma compartieron la mitad de un dúplex devorado por las ratas en Venice. Se encontraba en Windward Avenue, y con el viento les llegaban los olores de un restaurante japonés situado en la esquina de Windward con Main, más exactamente, los olores del contenedor de basura del establecimiento. El Hama Sushi estaba bien. Emma y Jack comían allí a menudo. El pescado era realmente fresco; menos fresco, por desgracia, era lo que acababa en el contenedor.

La primera novia de Jack en Los Ángeles fue una camarera que conoció en el Hama Sushi. Compartía una casa ruinoso con otras chicas en una de esas pequeñas calles adyacentes a Ocean Front Walk, la Decimoctava, la Decimonovena o la Vigésima Avenida. Nunca recordaba el número. Un día se equivocó de casa, quizá se equivocó incluso de avenida. Cuando pulsó el botón del portero electrónico, dentro le dio la bienvenida un grupo de chicas, pero la camarera no estaba entre ellas. Para

cuando Jack se dio cuenta de que se había equivocado de grupo de chicas, había conocido ya a alguien que le interesaba más que la camarera del restaurante japonés. De nuevo los números lo habían inducido a error.

«Deberías llevar una calculadora», le decía Emma, «o al menos anotar todo».

Venice le gustaba: la playa, los gimnasios, la mugre subyacente en todo. Emma, después de una mala experiencia en el Gold's Gym —conoció a un culturista que le dio una paliza—, se asoció con Jack en el World Gym; dijo que le gustaba el gorila estampado en las camisetas: un gorila enorme de pie sobre un planeta tierra del tamaño de una pelota de playa, con una barra de pesas en las manos peludas; la barra debía de pesar ciento cincuenta o doscientos kilos, por más que eso no fuese una explicación creíble de por qué la barra estaba doblada.

Las camisetas de tirantes del World Gym eran muy escotadas y tenían el cuello redondo y una sisa muy amplia. No estaban pensadas para mujeres, al menos no las que compraba Emma, que eran todas grises con letras de color naranja fosforescente. Las camisetas de tirantes dejaban mucho escote a la vista, y a Emma a veces se le salían los pechos por los lados, pero solo compraba las camisetas del World Gym para usarlas como camisón o ponérselas cuando escribía.

Emma y Jack tenían cada uno su propia habitación en el dúplex, pero muchas noches, cuando no tenían «citas», dormían en la misma cama, sin hacer nada en realidad. Emma mantenía agarrado el pene de Jack hasta que uno de los dos se dormía, es decir, si se acostaban a la misma hora, cosa que no ocurría a menudo. De vez en cuando Jack le cogía los pechos, nada más. Ni una sola vez se masturbó en la cama cuando estaba ella.

Emma y Jack habían tenido su oportunidad; eso parecían saberlo tácitamente. Ella le había enseñado a pelársela; incluso lo había invitado a imaginarla a ella mientras lo hacía. Pero la única finalidad de aquello fue que Jack sobreviviera en la escuela secundaria, sobre todo en Redding, y si bien Emma le había enviado fotografías suyas desnuda —y aunque Emma no lo sabía, Jack conservaba todavía una—, en Los Angeles su acuerdo mutuo consistía en que eran más que amigos, y desde luego tenían una relación un poco distinta a la de otros hermanos, pero no eran amantes. (Al margen del hábito de Emma de agarrarle el pene y por más que estuviesen juntos desnudos, pues, por lo visto, a eso no le daban la mayor importancia).

Emma conoció a otro culturista —en el World Gym—, y este no le dio una paliza. Trabajaba de camarero en el Stan's, que se encontraba en la esquina de Rose con Main.

El Stan's era uno de esos establecimientos que no duraría mucho en Venice. Los camareros no eran tan insolentes como en una brasería de Nueva York —en Smith & Wollensky, por ejemplo—, y para los bistecs y las chuletas y las langostas de Maine, que era lo único que servían, los manteles blancos parecían fuera de lugar. Sin

embargo, los camareros llevaban camisas blancas remangadas, sin corbata, y unos delantales blancos almidonados que les conferían aspecto de carniceros que aún no habían entrado en contacto con la carne. Por difícil que sea sentirse superior en una brasería, los camareros del Stan's (no había camareras) tenían una tendencia natural a la superioridad. Era como si hubiesen nacido con aquellos delantales blancos almidonados, sin que durante el parto, asombrosamente, se hubiese derramado una sola gota de sangre.

El camarero del Stan's que Emma conocía se llamaba algo así como Giorgio, o Guido; en banco, levantaba pesas de ciento cincuenta kilos. Emma consiguió convencerlo de que Jack era un camarero experimentado, y Giorgio, o Guido, de mala gana, se lo presentó a Donald, el *maître* del Stan's, un camarero jefe de una soberbia intimidatoria.

Debe reconocerse que Jack carecía de experiencia como camarero, pero Emma había modificado hábilmente la recomendación por escrito del señor Ramsey respecto a la preparación de Jack como actor, que mencionaba reiteradas veces su «enorme potencial». Los estudios de West Hollywood donde, cada mañana, Emma entregaba sus reseñas y recogía una pila de guiones nuevos —leía y criticaba tres o cuatro guiones al día—, tenía diversas copiatoras de gama alta que le permitieron confeccionar impecablemente la versión corregida de la recomendación del señor Ramsey para Jack.

La palabra «actor» se sustituyó por «camarero», y los nombres de ciertas obras o dramatizaciones (incluso los musicales) se presentaron al lector americano desinformado como nombres de postineros restaurantes de Toronto, en los que el señor Ramsey elogiaba la «actuación» de Jack, una palabra repetida con frecuencia, que Emma dejó intacta salvo para ponerla en algún caso en forma verbal.

Así pues, Jack había «actuado» magníficamente en un supuesto restaurante llamado Novia Encargada por Correo (otro se llamaba Territorios del Noroeste) y en lo que con toda probabilidad era un establecimiento francés, el D'Urberville, así como en varios restaurantes de prestigio en el nordeste de Estados Unidos, entre ellos el Notre Dame y el Peter y Wendy, además de lo que debía de ser una casa de comidas española, Bernarda Alba.

El membrete del señor Ramsey —a saber, el del St. Hilda—, que declaraba que era Director de Literatura y Teatro, había sido amañado para identificarlo como Director del Hotel y Restaurante de ese nombre con extrañas resonancias religiosas. La frase inicial del señor Ramsey describía el St. Hilda (se refería, claro está, al colegio) como «uno de los mejores de Toronto».

Pero Donald era un capullo autoritario, un camarero jefe del demonio.

—Cuando recomiendo un hotel con un buen restaurante en Toronto, siempre recomiendo el Four Seasons —dijo a Jack. Luego retó a Jack a memorizar los platos del día en uno o dos minutos.

—Si me das diez minutos, memorizo toda la carta —contestó Jack.

Donald no le dio ocasión. El *maître* le dijo después a Giorgio, o Guido, que la actitud de Jack le había parecido ofensiva, y según la evaluación que hizo de Jack, se trataba de «un paleta de Toronto pasado por New Hampshire».

Jack ya había decidido que no quería el empleo de camarero, no en una brasería con tal sentido de su propia importancia. Pero cuando Donald le ofreció la oportunidad de trabajar como aparcacoches del restaurante, Jack aceptó. Era buen conductor.

No es que Emma pensase que aquel trabajo fuera indigno de él; su objeción fue de carácter político.

—No puedes ser mozo de aparcamiento, ricura. El inglés es tu lengua materna. Estás ocupando el puesto de un desdichado inmigrante ilegal.

Para Giorgio, o Guido, sin embargo, fue un alivio. No quería a Jack como compañero en el Stan's. Ya le costaba lo suyo aceptar a Jack como compañero de piso de Emma, pese a las innumerables veces que Emma le había repetido que ella y Jack no mantenían relaciones sexuales. (Jack se preguntaba cuál debía de ser el problema de Guido. ¿Cómo podía uno levantar pesas de ciento cincuenta kilos en banco y ser así de inseguro?).

Jack no duró mucho como mozo de aparcamiento. Lo despidieron la primera noche; no llegó a aparcar su primer coche, a decir verdad.

Era un Audi plateado, con asientos tapizados en piel de color gris plomo, y el hombre que lanzó las llaves a Jack era un tipo joven y seudobohemio, que al parecer acababa de discutir con su mujer, joven y seudoboheミア —o era quizá su novia—, pensó Jack hasta que, cuando aún no había recorrido ni una manzana al volante del coche, una niña se incorporó en el asiento trasero. Su cara, bañada en lágrimas, quedó encuadrada en el retrovisor. Tenía cuatro años, como mucho cinco, y no iba sentada en un elevador. Obviamente esa noche el asiento trasero era su cama, porque llevaba puesto el pijama y estrechaba contra su pecho una manta y un oso de peluche.

Jack vio una almohada apoyada contra el reposabrazos del lado del acompañante del asiento trasero; el elevador estaba en el suelo, para que no estorbase.

—¿Vas a aparcar en un garaje o al aire libre? —preguntó la niña, y se limpió la nariz con la manga del pijama.

—No puedes quedarte en el coche —dijo Jack. Paró el Audi y encendió las luces de emergencia; la niña le había dado un susto de muerte y tenía el corazón acelerado.

—Me porto demasiado mal para comer en un restaurante de mayores —informó la niña.

Jack no sabía qué hacer. Quizá la pareja joven y seudoboheミア había discutido por dejar a la niña en el asiento trasero, pero no lo creía. La niña tenía todo el aspecto de una veterana de los aparcamientos.

—Me gustan más los garajes que aparcar en la calle —explicó—. Enseguida se hará de noche —observó la niña.

Jack recorrió Main hasta Windward, donde una pandilla de alborotadores —

solteros ruidosos, pese a que aún era temprano— se arracimaba a la entrada del Hama Sushi a la espera de una mesa libre. Dejó el Audi en marcha junto al bordillo y llamó al portero electrónico de la mitad del ruinoso dúplex que compartía con Emma; luego regresó al coche y esperó al lado. No perdía de vista a la niña.

—¿Vamos a aparcar aquí? —preguntó ella.

—No voy a dejarte sola en ningún sitio —contestó él.

Emma abrió la puerta y salió a la acera; llevaba una de sus camisetas de tirantes del World Gym y nada más. Como se la notaba de peor talante que de costumbre, Jack supuso que estaba escribiendo su novela.

—Un coche bonito, monada. ¿Viene con niña incluida?

Jack le explicó la situación mientras la niña los observaba desde el asiento trasero. Seguramente nunca había visto a alguien como Emma con su camiseta del World Gym.

—Ya te dije que no debías dedicarte a aparcar coches —recordó Emma. No apartaba la mirada de la niña—. Yo no tengo madera de canguro, Jack.

—Normalmente duermo en el suelo si creo que alguien puede verme dormida en el asiento —dijo la niña.

Él «normalmente» llevó a Jack a tomar una decisión, eso y lo que Emma dijo antes de regresar adentro para seguir con lo que debía de ser uno de los pasajes más virulentos de su inacabada novela:

—De ese trabajo no puede salir nada bueno, ricura.

Jack colocó a la niña en el centro del asiento trasero y le abrochó el cinturón de seguridad, porque no sabía cómo se acoplaba el condenado elevador.

—Supongo que es difícil de entender si no tienes hijos —dijo la niña, comprensiva. Se llamaba Lucy—. Tengo casi cinco años —añadió.

Cuando Jack volvió a la esquina de Rose con Main, se detuvo junto al bordillo frente al Stan's; los otros mozos de aparcamiento se sorprendieron al verlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Roberto en español cuando Jack le entregó las llaves.

—Será mejor que no aparques todavía el Audi —le dijo Jack mientras conducía a Lucy al restaurante. La niña quiso llevarse la manta y el oso de peluche, pero no la almohada, y Jack no puso inconveniente.

El gilipollas del *maître*, Donald, estaba de pie junto a su atril como si este fuera un púlpito y el libro de reservas una Biblia. Lucy, al ver a tanta gente, pidió a Jack que la tomara en brazos, y él la complació.

—Vamos a meternos en un lío —le susurró la niña al oído.

—Tú no te preocupes, Lucy —respondió Jack—. Soy yo quien va a meterse en un lío.

—Ya estás metido en un lío, Burns —dijo Donald, pero Jack pasó de largo y entró en el restaurante. Lucy vio a sus padres antes que Jack. Como era temprano, fuera persistía la tenue claridad de la tarde; todavía no estaban ocupadas todas las mesas. (Puede que en el Stan's nunca estuvieran ocupadas todas las mesas).



La madre de Lucy se puso en pie y les salió al paso a medio camino de su mesa.

—¿Pasa algo? —dijo a Jack. ¡Vaya pregunta! ¡Y pensar que las mujeres (no solo Claudia) arremetían contra Jack cuando decía que no estaba preparado para ser padre!

—Te has olvidado algo —respondió Jack a la joven y seudoboheミア mamá—. Te has dejado a Lucy en el coche.

La mujer se limitó a mirarlo fijamente, pero Lucy le tendió los brazos y su madre la cogió, con osito de peluche y manta y todo.

Jack confiaba que con eso el asunto quedara zanjado, pero Donald, el camarero jefe del demonio, no iba a dejarlo marcharse así como así.

—No hay ningún St. Hilda en Toronto, ni hotel ni restaurante —dijo entre dientes—. No hay ningún Novia Encargada por Correo...

—Así que eres de Toronto —lo interrumpió Jack. Su manera de pronunciar Toronto, comiéndose la primera «o», lo había delatado. Jack debería haberlo imaginado. Donald era otro canadiense aún por descubrir trabajando de camarero en Los Ángeles.

Naturalmente, el marido joven y seudoboheミア y mal padre no iba a dejar marcharse a Jack del Stan's sin darle su opinión.

—Voy a exigir que te despidan, guapito de cara —dijo el tipo.

—Es un empleo que vale la pena... perder —contestó Jack, tomando nota de la frase.

Giorgio, o Guido, se cernía por allí, en la medida en que un culturista capaz de levantar ciento cincuenta kilos en banco puede *cernerse*.

—Más vale que te marches de aquí, Jack —decía.

—Intento marcharme de aquí —contestó Jack.

Estaba a la altura del atril de reservas cuando vio el teléfono; se le pasó por la cabeza llamar al 911 y denunciar un caso manifiesto de negligencia con un menor, pero se lo pensó mejor. Jack no sabía el número de matrícula del Audi plateado. Tendría que haberlo anotado si quería recordarlo. Otra vez los malditos números.

Sin embargo, el mal padre estaba demasiado indignado para dejar que Jack se marchara. Se plantó delante de él y le cortó el paso; era un hombre de estatura media, y los ojos de Jack quedaban a la altura de su mentón. Jack esperó a que lo tocara. Cuando el mal padre lo agarró por los hombros, Jack retrocedió un poco y el hombre tiró de él hacia sí. Jack lo dejó tirar y le dio un testarazo en los labios. El testarazo no fue nada del otro mundo, pero el tipo era propenso a sangrar.

—Voy a llamar al novecientos once en cuanto llegue a casa —anunció Jack a Giorgio, o Guido—. Díselo a Donald.

—Donald dice que estás despedido, Jack —informó el culturista.

—Es un trabajo que vale la pena... perder —repitió Jack. (Sabía que la frase correría).

En la acera, Roberto sostenía aún las llaves del Audi plateado. Jack recordó entonces que llevaba el resguardo de aparcamiento en el bolsillo de la camisa; ya

había anotado el número de matrícula.

—Tendrás que hacer un nuevo resguardo para el Audi —dijo a Roberto.

—No hay problema —contestó Roberto.

Jack fue a pie por Main hasta Windward. Era una tarde agradable y empezaba a anochecer. (Cuando uno se ha criado en Toronto, Maine y New Hampshire, ¿qué tarde no es agradable en Los Ángeles?).

Emma estaba escribiendo cuando Jack llegó a casa, pero lo oyó llamar al 911.

—¿Qué has hecho con la niña? —preguntó ella cuando Jack colgó el auricular.

—Se la he llevado a los padres.

—¿Qué tienes en la frente? —preguntó Emma.

—Un poco de *ketchup*, quizá; he participado en una pelea de comida.

—Es sangre, ricura. Veo la marca de los dientes.

—Tendrías que haberle visto los labios a ese hijo de puta —contestó él.

—¡Ja! —dijo Emma. (Jack no pudo por menos de acordarse de la señora Machado; esa exclamación siempre le producía escalofríos).

Bajaron a cenar al Hama Sushi. El Hama Sushi era tan ruidoso que uno podía hablar allí de cualquier cosa. La verdad era que a Jack le gustaba el sitio, pero fue en parte lo que Emma llamaba «*l'eau de contenedor*» (su francés de Montreal) lo que al final los impulsó a dejar el dúplex de Windward Avenue.

—¿Y qué has aprendido de tu breve experiencia como mozo de aparcamiento, monada?

—He sacado una buena frase —respondió Jack.

Lo que convenció a Emma de que Jack debía ser camarero en el American Pacific, un restaurante de Santa Mónica a corta distancia de la playa, no fue la ubicación ni la carta. Cenó allí con alguien una noche y le gustó la indumentaria de los camareros: camisas de tela Oxford azul con las puntas del cuello abotonadas y corbatas de color burdeos, pantalones caqui con cinturón marrón oscuro y mocasines marrón oscuro.

—Queda muy Exeter, monada; encajarás. He robado una carta para ti. Considéralo una oportunidad para actuar, como diría el señor Ramsey.

Emma se refería a que memorizar la carta era una oportunidad para actuar. Jack tardó casi toda una mañana. Incluía unos veinte platos, contando las ensaladas y otros entrantes, además de los principales.

A continuación, Jack telefoneó al señor Ramsey a Toronto y lo alertó sobre las modificaciones introducidas por Emma en la recomendación del señor Ramsey para Jack; por si alguien telefoneaba al señor Ramsey para verificar las credenciales de Jack como camarero, Jack quería que su amado mentor supiese que Novia Encargada por Correo era supuestamente un magnífico restaurante.

—¡Hay que reservar mesa con un mes de antelación! —respondió el señor Ramsey con su acostumbrado entusiasmo—. Jack Burns, sé que llegarás lejos.

«Quizá», pensó Jack, «aunque solo sea como camarero».

Jack se presentó esa tarde en el American Pacific; el nombre le sonaba más a ferrocarril que a restaurante, pero el *maître*, un hombre atractivo llamado Carlos, fue una grata sorpresa. Jack supo de inmediato que Carlos no era canadiense. Cuando Carlos miró la carta de recomendación de Jack, movió la cabeza en un gesto de asentimiento, como si hubiese comido en Novia Encargada por Correo muchas veces.

Los platos del día estaban anotados en una pizarra junto a la barra.

—Me juego algo a que puedes memorizarlos en un santiamén —dijo Carlos.

—Ya he memorizado la carta —contestó Jack—. ¿Quieres oírla?

Eso atrajo la atención de los otros camareros. Eran solo las cinco y media de la tarde —aún no había clientes—, pero Jack tenía público. Se saltó la chuleta de ternera con puré de patata al gorgonzola solo para hacerles creer que se había olvidado un plato y sorprenderlos mencionando la chuleta de ternera al final de su enumeración. No se olvidó de nada. Ya se había vestido como si tuviese el empleo, y supo que había superado la prueba. Carlos no le pidió que recitase los platos del día.

Sería la primera de una larga serie de pruebas —sin contar la prueba fallida con Donald—, pero las demás no serían para un puesto de camarero sino para un papel; se quedó en el American Pacific hasta que ya no necesitó trabajar sirviendo mesas.

Emma había concertado una sesión con un fotógrafo que conocía para que le hiciera a Jack unas fotos de busto; eran absurdamente caras. Emma las llevaba consigo a todas partes. En los estudios de West Hollywood coincidía de vez en cuando con un agente o un director de reparto. Pero tenía más probabilidades de conocer a alguien importante en una cita o en ciertos restaurantes de West Hollywood y Beverly Hills.

Un lince de Creative Artists quería tirarse a Emma a toda costa. No había ningún agente en C. A. A. dispuesto a representar a un don nadie como Jack Burns, pero aquel tipo le dijo a Emma que negociaría un contrato para Jack, a condición de que Jack encontrase trabajo como actor. (No quedó claro cómo podía Jack lograr eso *sin* un agente).

Emma aprovechó la lujuria del joven agente y lo llevó una noche al American Pacific. Se llamaba Lawrence. «No Larry», advirtió a Jack con una ceja enarcada.

De la reunión no salió gran cosa en limpio, pero Lawrence hizo unas cuantas llamadas en representación de Jack. Fueron llamadas a otros agentes, no de C. A. A. sino de la lista personal de agentes de segunda de Lawrence, o más probablemente de tercera.

Alguien cuyo nombre confundió Jack con Rottweiler (el perro) le dijo que, en esencia, sus recomendaciones y su experiencia como actor universitario no servían de nada.

—Los teatros de repertorio, ídem de ídem —añadió Rottweiler—, si exceptuamos a Bruno Litkins. —Bruno tenía un contacto en Hollywood: de vez en cuando los directores de reparto le consultaban algo sobre papeles relacionados con el

travestismo—. O travestitismo —dijo Rottweiler—, como coño se diga.

El punto a favor de Jack, aunque más bien raro, era haber sido elegido por Bruno Litkins para el personaje de la Esmeralda gay y travestí que había creado al transformar *El jorobado de Notre Dame*.

—No es lo que yo llamaría supervendible —informó Rottweiler a Jack. (Tampoco Jack estaba seguro, ni mucho menos, de querer que lo *vendiesen* exclusivamente para papeles relacionados con el travestismo o travestitismo).

Otro de los agentes de segunda o tercera de la lista de Lawrence mandó a Jack a una prueba para una película en Van Nuys. El lugar parecía una residencia particular, pero hacía las veces de plato. Cuando la peluquera o la maquilladora dijo a Jack el título de la película, *Muffy, la puta vampiro 3*, Jack lo tomó a broma. No se hizo cargo de la situación hasta que la realizadora se presentó y le pidió que le enseñase el pene.

—Los que tienen el rabo pequeño no es necesario que hagan la prueba —dijo. Se llamaba Milly. Llevaba un traje pantalón gris de mil rayas, muy elegante, estilo ejecutiva o banquera, lo cual parecía estar en contradicción con su anticuado collar de perlas, de esos que usan las señoras en los clubes de *bridge*. Tenía una mata de pelo descomunal, una burbuja de color rubio platino, como un casco de motorista sin insignia.

Jack dijo que había sido un malentendido e hizo ademán de marcharse.

—Igualmente podrías enseñarme el rabo —dijo Milly—. Es una oportunidad para averiguar si das la talla, además gratis.

Esto atrajo la atención de un individuo con físico de culturista y coleta y de una joven pechugona que parecía un vampiro. Estaban sentados en un sofá, viendo una película en vídeo. Eran imágenes de ellos dos, probablemente de *Muffy, Id puta vampiro 2*: una larga y monótona mamada durante la que la epónima Muffy enseñaba de vez en cuando los vampíricos colmillos. Cabía esperar que cuando sintiese el impulso de morder al culturista y chuparle la sangre, lo hiciese en *el cuello*. Jack advirtió que Muffy no tenía insertados los colmillos de chupar sangre mientras veía la película en el sofá; masticaba chicle inocentemente.

El tipo de la coleta detuvo la imagen en el vídeo de la mamada, y los tres echaron un vistazo al pene de Jack. Si bien no era esa la carrera cinematográfica a la que Jack aspiraba, la mayoría de los hombres sienten curiosidad por saber cómo son sus penes en comparación con otros; al fin y al cabo, aquel era un jurado de expertos.

—No está mal, colega —dijo el culturista a Jack.

—Corta el rollo, Hank —intervino Milly.

—Sí, Hank —dijo Muffy, la puta vampiro.

Hank volvió al sofá y siguió viendo la mamada en el vídeo.

—Yo no le veo nada de malo a su polla —comentó Hank.

—Es mona —le dijo Muffy a Jack—, pero en este trabajo lo mono sirve relativamente.

—Ni relativamente ni nada —atajó Milly. Pasaba de cincuenta años, quizás había

cumplido incluso los sesenta, y era una antigua estrella del porno, le había dicho un cámara a Jack, pero el cámara debía de estar de broma. Excepto por la inmensa mata de pelo, a Jack le recordaba a la madre de Noah Rosen.

—Es mona, y el tamaño no importa —le susurró Muffy a Jack al oído. Volvió al sofá y se dejó caer al lado de Hank.

—Lo mono no sirve, y punto. Y el tamaño sí importa —afirmó Milly—. Da igual que sea mona.

—Gracias —dijo Jack, y se subió la cremallera.

Hank, el grandullón a quien Muffy hacía la mamada interminable en el vídeo, siguió a Jack hasta el coche; el rabo de Hank no tenía nada de mono pero, como Jack había advertido, era enorme.

—No te desanimes —dijo Hank—. Mantén una alimentación sana. Yo que tú me limitaría a una dieta baja en grasas, baja en sodio, baja en hidratos de carbono.

—Hank, ¿estás listo? —gritaba Milly desde el interior de la casa.

—Este trabajo no es para cualquiera —admitió Hank ante Jack—. Uno está sometido a mucha presión. —Tenía una voz aguda y nasal, poco acorde con su voluminosa presencia.

—¡Hank! —llamó Muffy. Estaba en el umbral de la puerta de la casa, enseñando los dientes en una amplia sonrisa. Se había insertado los colmillos de chupar sangre; Muffy estaba lista para la siguiente toma, fuera la que fuese.

—¡Ya voy! —contestó Hank—. Quizá todo habría sido distinto si hubiese conocido a la hermana de Mildred —dijo—, pero conocí antes a Milly.

—¿Tiene una hermana? —preguntó Jack.

—Myra Ascheim es una profesional seria —respondió Hank—. Mildred es el lado porno de la familia Ascheim.

Jack vio que Mildred Ascheim se había reunido con Muffy la puta vampiro en la puerta.

—¡No te entretengas más, Hank! —vociferó Milly.

—¿En qué actividad es Myra Ascheim una profesional seria? —preguntó Jack.

—Es agente o algo así —dijo Hank—. Antes representaba a Val Kilmer, o puede que fuese Michael J. Fox; en cualquier caso, a actores como esos. Aquí todo se reduce a si conoces a uno o a otro —añadió. Hank regresaba a la casa como un hombre a punto de entregarse al sexo a destajo con una puta vampiro. No puede decirse que diera brincos de alegría.

—¡Suerte! —gritó Jack.

—Te buscaré en la pantalla grande —dijo Hank señalando hacia lo alto, como si la pantalla grande, en la mente de ambos, se encontrase en dirección al cielo.

—¡Suerte, rabricorto! —gritó Milly a Jack.

Hank se detuvo y volvió a acercarse a Jack un momento.

—Si llegas a conocer a Myra, no le digas que has conocido a Mildred —advirtió a Jack—. Eso sería ponerte la soga al cuello.

—No puede decirse que me haya presentado a la prueba —adujo Jack.

—Esto era una prueba, chaval. Te buscaré —repitió Hank.

Jack también lo buscaría a él, aunque no se lo dijese a Hank en ese momento. Su nombre artístico en el cine porno era Hank Long, un hombre grande y bien parecido, no ajeno a las salas de pesas, siempre con el mínimo diálogo, sin duda a causa de su voz aguda y nasal. Jack lo vería en quince o veinte películas para «adultos» después de su primer encuentro, en su mayoría sin nada memorable en cuanto a título o argumento.

Jack habría reconocido el pene de Hank por sí solo, y también Emma. Vieron juntos las películas de Hank Long después de la visita —no exactamente una prueba — de Jack a Van Nuys.

—No vayas nunca a Van Nuys —le dijo a Emma cuando llegó a casa—. Rondan por allí muchos tipos con rabos enormes.

—Como si eso fuera a mantenerme alejada —comentó Emma con cierta ambigüedad.

Jack se lo contó todo: que su pene, ajuicio de Mildred Ascheim, no servía; que era «mono», según Muffy, la puta vampiro, pero sin punto de comparación con el de Hank Long.

—Yo no diría que la tienes pequeña, ricura, pero las he visto más grandes. —La franqueza de Emma dejó a Jack alicaído, más que haber sido calificado de «rabicorto» por Milly—, ¡Dios Santo, no pretenderás ser una estrella del porno! —añadió Emma en un intento de subirle el ánimo.

Telefoneó de inmediato a C. A. A. para hablar con Lawrence y, como inicio de la conversación, le anunció que nunca follaría con él.

—Dejemos eso de lado —fue como Emma lo expresó—. ¿Alguna otra brillante idea sobre qué agentes debe visitar Jack? —Emma tapó el micrófono del teléfono con la mano y se volvió hacia Jack—. Dice que no —informó.

—Pregúntale si conoce a Myra Ascheim —dijo Jack.

Emma recibió una rápida respuesta a través del teléfono.

—Lawrence dice que está fuera de circulación, monada. La han abandonado todos. Ya ni siquiera tiene secretaria.

—Parece un buen punto de partida —dijo Jack—. Pregúntale a Lawrence si está dispuesto a hacer una llamada, solo una llamada.

Emma preguntó al cabrón.

—Dice Lawrence que Myra ni siquiera tiene despacho.

—Parece lo ideal para mí —dijo Jack.

Emma transmitió por teléfono a Lawrence las impresiones de Jack.

—Dice que no hay que mencionar a la hermana de Myra —explicó Emma a Jack.

—Lo sé —dijo Jack—. Es Myra, no Mildred. Lo sé, lo sé.

Esa noche, cuando Jack regresó del American Pacific, tenía tres mensajes en el contestador. Le preocupaba que uno de los mensajes pudiese ser de un ama de casa que había estado tirándose en Benedict Canyon. Esa mujer estaba loca; sostenía que desde su habitación veía parte de la finca de Cielo Drive donde había sido asesinada Sharon Tate, pero Jack no la veía. Según ella, cuando soplaban los vientos de Santa Ana, oía los gritos y gemidos de la señora Tate y de las otras víctimas, como si los asesinatos siguieran cometiéndose.

Telefoneaba a Jack con frecuencia, a menudo para cambiar la hora de sus citas. Por lo común, el aplazamiento tenía algo que ver con el marido o con uno de sus hijos, pero en la última ocasión el responsable fue el perro de la familia. El desdichado animal había comido algo que no debía; las complicaciones fueron tan graves que el veterinario había prometido visitarlo a domicilio.

Emma dijo a Jack que debía aprender a leer entre líneas: era obvio que el ama de casa se acostaba también con el veterinario. Emma se deleitaba escuchando las razones que la mujer de Benedict Canyon daba para no acostarse con Jack, o al menos para aplazar el acto ilícito. Pero esa noche Emma había estado escribiendo y no había contestado al teléfono. Ella y Jack escucharon juntos los mensajes del contestador cuando Jack llegó a casa.

Tanto Lawrence como Rottweiler le informaban de que habían llamado a Myra Ascheim y le habían dicho que debía conocer a Jack; le habían dado su número de teléfono. El tercer mensaje era de Myra. Su voz se parecía de un modo alarmante a la de su hermana. Al principio, Jack pensó que era Mildred, que llamaba para continuar insultándolo por el tamaño de su rabo.

«Hay dos personas, gilipollas ambas, que insisten en que debo conocerte», empezaba el mensaje de Myra Ascheim. «Si es así, ¿dónde coño estás, Jack Burns?».

Ese era el mensaje, no muy elegante, y ni siquiera daba su nombre. Jack supo que era Myra solo porque había visto a Milly y reconocido la afinidad fraterna entre las voces. (Era una voz con un deje más de Brooklyn que de Los Ángeles).

Emma debió de notar el desánimo en la expresión de Jack mientras reproducía una y otra vez los tres mensajes. El hecho de que entre ellos no hubiese ninguno del ama de casa loca de Benedict Canyon pareció afligirlo. Solo Emma conocía a Jack lo suficiente para adivinar que si bien sentía alivio al ver que se acababa la relación, echaba de menos los desvaríos de esa mujer.

La primera novela de Emma Oastler se tituló *La lectora de morralla*, y se inspiraba casi íntegramente en su propio trabajo, aunque «lectora de morralla» no era el nombre oficial de su empleo. (Con desacostumbrada dignidad, como si el empleo fuese la cúspide de la profesión, los estudios denominaban a Emma «primera»

lectora, y formaba parte del proceso llamado también «desarrollo de guión»).

Emma no solo leía originales no solicitados, leía asimismo los guiones enviados por agentes que no se distinguían precisamente por su buen nombre, y algún que otro guión de un autor consagrado cuyo agente había dado gato por liebre a los estudios en fecha reciente. Muy pocos guiones llegaban a producirse, y la mayoría de estos tenían primeros lectores más importantes que Emma, pero con el tiempo Emma leería también esos guiones.

Lo que molestaba a Emma de ese trabajo no era el gran número de guiones que debía leer, ni siquiera lo mal escritos que estaban en su mayoría. La principal queja de Emma eran los ejecutivos de los estudios: leían sus reseñas pero no los guiones. Emma descubrió que ella era la única lectora de la mayor parte de los guiones que leía. Eso la predispuso a mostrarse demasiado generosa en sus reseñas, incluso cuando se trataba de guiones malos; no quería que la responsabilidad de que se produjese o no una película recayese exclusivamente en ella, a pesar de que el comentario crítico de Emma más habitual acerca de muchas de las películas que veía era que, para empezar, ni siquiera deberían haberse llevado a la pantalla.

—Pero ¿para qué iban a contratar los estudios a un lector de guiones, en particular para la morralla, si los ejecutivos quisiesen leer un montón de guiones malos? —preguntó Jack. A él le parecía de lo más lógico que, en la mayoría de los casos, un primer lector fuese el único lector.

No así a Emma, que ante aquello adoptaba una actitud indignada e irracional a la vez.

—Aun así los ejecutivos deberían leerlos, incluso si son malos —insistió ella.

—Pero, Emma, te han contratado a ti para no tener que leer toda esa basura.

—Alguien ha escrito esa basura, monada. Eso requiere horas y horas.

Sin duda, Emma exageraba lo que ella consideraba su pérdida de tiempo como estudiante de cinematografía. ¿Para qué servía aprender a valorar buenas películas?, aducía Emma. El funcionamiento de la industria cinematográfica no tenía nada que ver con el cine como forma de expresión artística. A juicio de Jack, Emma se equivocaba con respecto al motivo de su venganza; había perdido el tiempo a causa de las maquinaciones de la industria, no de la carrera de cinematografía.

Emma insistía en que los ejecutivos de los estudios eran los responsables de la producción de muchas películas espantosas que nunca deberían haber llegado a la pantalla; por tanto, para expiar en cierta medida sus pecados, deberían leer su buena ración de guiones malos.

Jack arguyó que a Emma debería haberle molestado más lo que ocurría en las raras ocasiones en que un guionista desconocido escribía un guión que los ejecutivos de los estudios llegaban a leer y daban por bueno. Solo en dos casos Emma se había entusiasmado con un guión no solicitado; las dos veces consiguió convencer a los ejecutivos de que lo leyesen. En ambas ocasiones, estos se apresuraron a comprar los derechos y a ofrecer al guionista un anticipo para escribir un segundo borrador;



rechazaron el segundo borrador, pagaron al guionista, y contrataron a un autor de prestigio para reconstruir el argumento según los parámetros establecidos y convencionales. Las virtudes, fueran las que fuesen, que habían captado la atención de Emma (en el guión original) se perdían, pero el estudio en ese momento poseía y seguía desarrollando lo que llamaba «la inversión».

Eso no molestaba a Emma en absoluto.

—Es culpa del guionista; el guionista se deja comprar. Eso es lo que hacen los malditos guionistas. Uno tiene que conservar el control de su guión; no debe aceptar dinero por adelantado. Ni siquiera tiene que dejarse invitar a comer por esos hijos de puta, ricura.

—Pero ¿y si el guionista necesita el dinero? —preguntó Jack—. ¡Además, seguro que el guionista necesita una comida!

—Entonces el guionista debe buscarse un empleo —contestó Emma.

Discutir con Emma enloquecía a Jack. También le generaba inquietud la propia novela: ver que escribir se rebajase al nivel de una queja autobiográfica; ver que era una historia no imaginada, sin un ápice de inventiva, llena de reniegos y anécdotas acusatorias que él ya había oído. En opinión de Jack, el hecho de que la protagonista de *La lectora de morralla* fuese una joven canadiense —una recién llegada a Los Ángeles, que había estudiado «allá en el Este» y trabajaba en lo mismo que Emma— no presagiaba nada bueno. Pero resultó que Emma había concebido un personaje muy distinto de sí misma; en realidad había imaginado una historia, una mucho más interesante que la suya. Y escribió bien frase a frase; no había ahorrado esfuerzo al corregirse.

Además, Emma había creado un personaje *heroico* —capaz de gestos de un altruismo conmovedor—, pese a que Emma, por lo general, era demasiado cínica para ser heroica. La protagonista de *La lectora de morralla*, la lectora epónima, no es una cínica. Por el contrario, Michele Maher (¡que así se llamaba nada menos!) es una optimista de corazón puro e inquebrantable jovialidad. Michele Maher —es decir, el personaje de Emma— es tan buena chica que su pureza sobrevive a las experiencias más degradantes, y eso que padece unas cuantas.

A diferencia de Emma, Michele es una joven anormalmente delgada que debe obligarse a comer. Frecuenta los gimnasios y las tiendas de alimentos naturales, se atiborra de proteínas en polvo y engulle todos los complementos nutricionales que consumen los culturistas, pero nunca consigue aumentar un solo kilo. Pese a que levanta pesas, está como un fideo. Michele Maher tiene el cuerpo y el metabolismo de un niño de catorce años.

También a diferencia de Emma, Michele siente cargos de conciencia por los malos guiones que lee. Los guionistas peores y más sumidos en el autoengaño le parten el corazón. Michele desea ayudarlos a mejorar como escritores; con ese vano propósito les escribe cartas de aliento con el membrete de los estudios. Dichas cartas son de contenido y tono muy distintos de las reseñas que Michele entrega a los

ejecutivos de los estudios; en las reseñas se muestra crítica en extremo. En pocas palabras, Michele hace bien su trabajo: expone ante sus jefes todas las razones por las que no deben desperdiciar su tiempo leyendo esa porquería.

En cambio, para los autores de nivel ínfimo, Michele Maher es el ángel de la esperanza; siempre encuentra algo positivo que decir sobre sus excrecencias más abominables. En el primer capítulo de *La lectora de morralla*, Michele escribe una carta afectuosa y entusiasta a un culturista con el cuerpo muy tatuado y actor porno llamado Miguel Santiago. Su nombre artístico en el mundo del porno es Jimmy.

En su deplorable guión, que es la historia de su vida, Santiago se describe como un actor porno que detesta su trabajo. La única manera que tiene Santiago de hacer el amor por obligación es imaginarse como un joven James Stewart enamorándose de Margaret Sullavan en *El ángel negro* o entregándose al júbilo sentimental de la vida doméstica con Donna Reed en *Qué bello es vivir*. Santiago mantiene el tipo en epopeyas tales como *Amas de casa aburridas 4* y *Que no decaiga, S./L*, imaginando que es el incomparable Jimmy Stewart en esas obras maestras del sentimentalismo en blanco y negro.

No hay argumento: vemos a Miguel Santiago levantando pesas y tatuándose, lo vemos memorizando frases de *El ángel negro* y *Qué bello es vivir*, y por supuesto lo vemos en sus otros papeles como Jimmy. En la reseña que escribe para los ejecutivos de los estudios, Michele Maher declara que la película «no es viable»; fácilmente una tercera parte sería una película porno. Pero, en la carta a Miguel Santiago, Michele describe su guión como «unas memorias agridulces». Y su carta adquiere un giro personal: pregunta a Miguel a qué gimnasio va.

Santiago, lógicamente, imagina que Michele Maher es una ejecutiva de los estudios, no una lectora de morralla. No sabe que ella acude al videoclub y alquila las cuatro entregas de la serie *Amas de casa aburridas*. En uno de sus momentos de mayor degradación personal, Michele se masturba viendo *Que no decaiga, S. A.*; sexualmente reprimida, va al gimnasio donde entrena Miguel Santiago (alias Jimmy), solo para verlo entrenarse. En este sentido, Michele Maher es como Emma: siente debilidad por los culturistas. Sin embargo, a diferencia de Emma, Michele no suele dejarse arrastrar por sus caprichos. ¿Y qué culturista pegaría a Michele? Es un alfeñique.

Lo que *La lectora de morralla* tiene de conmovedor es que Miguel Santiago es un hombre corto de luces pero verdaderamente bueno. Cuando Michele Maher hace acopio de valor para presentarse, admite que no es una ejecutiva, sino solo una primera lectora que se compadece de él. Inician una relación que un reseñista de *La lectora de morralla* calificaría de «disfuncional al estilo Los Angeles»; esto fue en elogio a la novela, que por lo general recibió críticas entusiastas. «Más *noir* que *noir*», dijo *The New York Times*.

Miguel y Michele acaban viviendo juntos, «a una inhalación del contenedor de un restaurante japonés de Venice». (Jack sabía de dónde provenía eso). No mantienen

relaciones sexuales. Él tiene el rabo demasiado grande para Michele; le hace daño. Ella solo se lo agarra con la mano. (Jack también sabía de dónde provenía eso, aunque no lo referente a «demasiado grande»).

Con el paso del tiempo, movido por su creciente y perdurable amor por ella, Miguel presenta a Michele a otros culturistas que conoce en el gimnasio; los ha visto en la ducha, y sabe por tanto que tienen el rabo pequeño. Michele se acuesta con ellos. «Un placer mortecino», tal como ella se lo describe a Miguel. Agarrándole el pene propio de película porno con emociones enfrentadas, ella le dice que es feliz.

En cuanto a Miguel Santiago —alias Jimmy, el fenómeno fálico—, obtiene todo el sexo que desea o necesita en su jornada laboral, que sobrelleva con estoicismo. Acepta su relación con Michele tal como es. Michele se acuesta con algún que otro rabicorto, pero siempre vuelve a casa con Miguel y yacen juntos en la cama, ella agarrándole el pene enorme e inaceptable —los dos en silencio—, mientras ven *El puente de Waterloo* en vídeo, la versión de 1940 con Vivien Leigh y Robert Taylor. Es la clase de cine que le va a Miguel, una película lacrimógena de verdad.

Al final de la novela de Emma, Michele Maher y Miguel Santiago aún viven juntos. Michele ya no escribe cartas de aliento a los malos guionistas; limita sus comentarios a las reseñas que entrega a los ejecutivos de los estudios, que nunca leen los guiones que ella lee. Los peores guiones aún le parten el corazón, pero cuando regresa a casa con Miguel no habla de su jornada de trabajo; naturalmente, tampoco él habla de la suya. Consumen proteínas en polvo y complementos nutricionales, y van al gimnasio. El dice que le gusta cuando ella duerme con su camiseta de tirantes del World Gym: sus pechos pequeños, casi inexistentes, son fáciles de tocar por debajo del gorila furioso que sostiene la barra de pesas doblada.

«En Los Angeles hay relaciones peores», escribe Emma; fue una frase citada por muchos críticos, y una excelente preparación para la última frase de la novela: «Si tú o tu pareja estáis en una mala película, o en varias malas películas —incluso si estáis perpetuamente en el proceso de reescribir la *misma* mala película—, hay cosas peores de que avergonzarse».

A Jack le gustaba más la primera frase de la novela: «En esta ciudad o bien no hay coincidencias, o todo es coincidencia en esta ciudad».

He ahí, sin ir más lejos, el mensaje de Myra Ascheim en el contestador. Jack no sabía que Emma sabía ya quién era *Mildred Ascheim*, y menos aún que Emma había estado viendo películas porno día y noche —«trabajo de investigación» para *La lectora de morralla*, lo llamaría más tarde—, y eso fue antes de que él conociese casualmente a Hank Long en el plato de *Muffy, la puta vampiro 3* y de que Jack y Emma empezasen a ver juntos las películas de Hank Long.

Jack dijo a Emma que no podía leer la historia de Miguel Santiago sin ver a Hank Long en el papel, pero Emma protestó ante esa prematura conclusión de que la novela se llevaría algún día a la gran pantalla. «Ahórrame la charla cinematográfica, ricura», tal como ella decía. «Te estás precipitando».

Jack leyó *La lectora de morralla* por primera vez cuando el manuscrito circulaba aún entre los agentes literarios neoyorquinos. Emma había decidido que ella era más americana que canadiense y quería vender los derechos en Estados Unidos incluso antes de mostrar la novela a un editor de Toronto, pese a que Charlotte Barford la de los Pechos con Huesos Dentro, su antigua compinche en el St. Hilda, era una joven promesa de la edición canadiense.

—¿Era necesario llamarla Michele Maher? —preguntó Jack a Emma—. Yo adoraba a Michele Maher, la veneraba. Siempre la veneraré. Tú ni siquiera llegaste a conocerla, Emma.

—La mantuviste alejada de mí, Jack. Además, Michele es un personaje muy positivo..., en el libro, quiero decir.

—¡Michele es un personaje muy positivo en la vida real! —protestó Jack—. ¡Le has dado el cuerpo de un niño de doce años! ¡La has convertido en una criatura patética, esclavizada por culturistas!

—Es solo un nombre —dijo Emma—. Estás exagerando.

Naturalmente, Jack era susceptible también a la cuestión del rabo corto, esa parte en que se decía que acostarse con un hombre de pene pequeño era «un placer mortecino».

—Es una novela, monada, una obra de ficción. ¿No sabes cómo se lee una novela?

—Llevas años agarrándome el pene, Emma. No sabía que estuvieses haciendo una evaluación del tamaño.

—Es una novela —repitió Emma—. Te lo tomas de una manera demasiado personal. No has captado lo esencial sobre los penes, Jack.

—¿Qué es lo esencial?

—Cuando son demasiado grandes, duele, ricura. Es decir, duele si la mujer es demasiado pequeña por dentro.

Jack reflexionó al respecto; él ignoraba que una mujer *pudiese* ser demasiado pequeña por dentro. (Demasiado grande, tal vez, pero no demasiado pequeña). ¿Quería decir Emma que «un placer mortecino» era preferible al dolor? ¿Era eso lo esencial? Advirtió entonces que Emma lloraba.

—La novela me ha gustado —dijo Jack—. No quería decir que no me gustase.

—No entiendes nada —dijo Emma.

Jack pensó que ella hablaba de *La lectora de morralla*, que creía comprender bastante bien.

—La entiendo, Emma —afirmó—. Puede que no sea mi literatura preferida, o sea, no es precisamente una novela a la antigua usanza, con una trama complicada y un reparto de personajes complejo. Puede que sea un poco contemporánea para mi gusto, un estudio psicológico de una relación más que una narración, y de una relación disfuncional, para colmo. Pero me ha gustado, de verdad. El tono de voz me ha parecido uniforme; una especie de contención sarcástica, supongo que es como lo

llamarías tú. Se advertía una voz impasible en las escenas más emotivas, y eso me ha gustado especialmente. Y la relación, por imperfecta que sea, es mejor que la ausencia de relación. Eso lo entiendo. No hacen el amor, no pueden hacer el amor, pero, por distintos motivos, para ellos no hacer el amor es casi un alivio.

—¡Cállate de una puta vez! —exclamó Emma; aún lloraba.

—¿Qué no entiendo? —preguntó él.

—No es la novela lo que no entiendes; es a mí —contestó ella levantando la voz—. Yo soy demasiado pequeña por dentro, Jack —dijo Emma en un susurro—. Me duele incluso con tíos no muy grandes.

Jack se quedó atónito. Emma era una mujer grande, fuerte, y siempre estaba luchando contra el peso; superaba a Jack en estatura y peso de manera considerable. ¿Cómo era posible que fuese demasiada pequeña por dentro?

—¿Has ido a un médico? —preguntó él.

—A un ginecólogo, sí, a varios. Dicen que no soy demasiado pequeña. Por lo visto, todo es un problema mental.

—¿Sientes el dolor en la mente? —preguntó él.

—No, no es ahí donde siento el dolor —respondió ella.

Hasta el propio nombre del trastorno de Emma parecía molesto. El vaginismo, explicó Emma, era una respuesta condicionada; a menudo se producía un espasmo en los músculos del perineo a la menor estimulación de la zona. En algunas mujeres, incluso la perspectiva de la penetración vaginal podía provocar un espasmo muscular.

—¿Quieres evitar la penetración? —preguntó Jack a Emma.

—Es involuntario, monada. No puedo hacer nada; es crónico.

—¿No hay tratamiento?

Emma se echó a reír. Había probado la hipnosis, un intento de readiestrar los músculos a fin de que se relajasen en lugar de contraerse involuntariamente. Pero incluso el psiquiatra le había advertido que ese método surtía efecto solo con un reducido porcentaje de las pacientes, y con Emma no había surtido efecto.

Por consejo de un ginecólogo de Toronto, Emma había experimentado un tratamiento conocido como desensibilización sistemática, o el método del bastoncillo de algodón, como lo llamaba con desdén su ginecólogo de Los Angeles, que consistía en introducir algo tan estrecho como un bastoncillo de algodón y, una vez conseguido esto, introducir progresivamente objetos algo mayores.

—Basta —dijo Jack; no quería conocer todos los tratamientos que había probado. Preguntó—: ¿Te ha dado resultado algo?

Lo único que daba resultado (y no siempre) era la cooperación absoluta de su pareja.

—He de ponerme yo encima, ricura, y el tío no puede moverse en absoluto. Si hace un solo movimiento, tengo un espasmo.

Emma debía disponer de un control total. Los únicos movimientos debían ser sus movimientos; solo eso daba resultado. De más está decir que encontrar una pareja tan

bien dispuesta no era fácil.

Muchos pensamientos se agolparon en la cabeza de Jack, en su mayoría impronunciados: que la atracción de Emma por los culturistas no era una gran idea; que su inveterado interés en chicos mucho más jóvenes que ella cobraba de pronto sentido. Y recordó la rotundidad de su rechazo a tener hijos. Sin duda el vaginismo era una razón, una razón más decisiva que el miedo a ser una mala madre, o como su madre.

Habría sido una falta de delicadeza preguntarle si se había informado sobre posibles soluciones quirúrgicas a su problema. Emma sentía gran aprensión en la consulta de un médico; temía todo lo relacionado con la medicina, y en particular la cirugía. Además, no daba la impresión de que existiese solución quirúrgica para el vaginismo, no si era todo mental.

Jack no tuvo valor de decirle a Emma que debía contemplar la posibilidad de revisar *La lectora de morralla*. Opinaba que el vaginismo daría lugar a un relato mejor que todo ese asunto de los rabos cortos y los rabos largos, por no hablar ya de lo inverosímil que resultaba que el personaje de Michele Maher tuviese la vagina demasiado pequeña. Pero comprendía que la ficción de Emma era una elección más pura, una fábula sobre la aceptación, y lo máximo que ella se podía permitir abordar su problema. Una vida entera en la posición superior; toda una vida buscando al compañero inmóvil. Parecía demasiado cruel. ¿O acaso aprendería con el tiempo a relajar los músculos perineales mediante ese método?

—¿Cuáles son las causas del vaginismo? —preguntó Jack, pero quizás Emma no lo oyera o estuviera distraída. Tal vez no conocía las causas, tal vez no las había, o no deseaba seguir hablando del tema.

Se quitaron la ropa y se acostaron. Emma le agarró el pene. A Jack se le puso muy tieso —anormalmente tieso, le pareció—, pero Emma se limitó a decir:

—Tampoco lo tienes tan pequeño, Jack. Tirando a pequeño, diría yo. Yo que tú, monada, no me preocuparía.

Emma no dijo que los había visto más pequeños —Jack solo le había oído decir que los había visto *más grandes*—, pero él no insistió. Le bastaba con que le agarrase el pene. Le encantaba cómo se lo agarraba.

—Deberíamos trasladarnos —dijo Emma soñolienta.

—Quizá los compañeros de piso no son los mejores lectores —se aventuró a decir Jack y le tocó los pechos.

—No me refiero a que dejemos de vivir juntos, Jack. Me refiero a que estoy harta de Venice.

A Jack lo apenó la perspectiva, pero calló. Añoraría Venice, incluso *l'eau de* contenedor del Hama Sushi. Le había tomado cariño al World Gym y —pese a la mala experiencia de Emma— iba de vez en cuando al Gold's, aunque Jack Burns no era culturista; en ambos gimnasios, cuando quería usar las pesas libres, hacía los levantamientos en la zona donde se ejercitaban las mujeres en la sala de pesas.

«—Serás un chico fuerte, Jack; no muy grande, pero fuerte —le había dicho Leslie Oastler.

»—¿Usted cree? —había preguntado él.

»—Lo sé —había contestado la señora Oastler—. Te lo aseguro».

Jack recordó eso allí tendido, con su pene tirando a pequeño tan duro como el diamante en la mano grande y fuerte de Emma. Jack tenía las manos pequeñas, como su madre. Allí tendido, pensó con extrañeza que no se acordaba de su madre desde hacía meses. Quizá Jack prefería no acordarse de ella porque estaba convencido de que él le recordaba a Alice cada vez más a su padre; y si bien no era el parecido *físico* con su padre lo que molestaba a Jack, sin duda cualquier parecido con William alteraba a Alice. Jack tenía la sensación de que su madre sencillamente no sentía aprecio por él.

Jack se preguntaba asimismo adonde se trasladarían él y Emma. Una vez, Jack le había mencionado Palisades. Era como un pueblo; podía irse a pie a todas partes. Pero Emma dijo que las Palisades eran un «hervidero de niños»; era, en su opinión, «un sitio adonde personas antes cuerdas iban a *reproducirse*». Jack supuso que no se trasladaría allí.

Beverly Hills era demasiado caro para ellos, eso desde luego; además, quedaba muy lejos de la playa. Emma decía que le gustaba ver el mar cada día, aunque jamás pusiese un pie en la playa. Malibú, quizá, pensaba Jack, o Santa Mónica. Pero después de revelarle Emma que el sexo le dolía —muy posiblemente le dolía casi siempre—, habría sido una falta de delicadeza proseguir con una conversación sobre el posible lugar de traslado. «Dejémoslo para otra ocasión», pensó.

—Dímelo en latín —le pidió a Emma.

Ella sabía a qué se refería: el epígrafe con que había encabezado su novela. Iba de un lado a otro pronunciándolo como una letanía, pero hasta ese momento no había caído en la cuenta de que aludía a ellos.

—*Nihil facimus sed id bene facimus* —susurró Emma, entonces le agarró el pene como nadie antes ni después.

—No hacemos nada pero lo hacemos bien —dijo Jack en inglés, y le cogió los pechos.

Era otoño de 1988. *Rain Man* sería la película más taquillera del año y arrasaría en la ceremonia de entrega de los Oscars. La película preferida de Jack ese año fue *Un pez llamado Wanda*. Habría matado por hacer el papel de Kevin Kline, por el que Kline ganaría el Oscar al mejor actor secundario.

Jack Burns tenía veintitrés años. Emma Oastler tenía treinta. ¡Cuánto habrían de cambiar sus vidas!

Jack se citó con Myra Ascheim en una cafetería de Montana poco después de mudarse con Emma a una casa de alquiler en Santa Mónica. Emma, que le compraba

a Jack toda la ropa, lo vistió para la cita. Una camisa de manga larga color café —por fuera del pantalón, con los dos botones superiores desabrochados—, unos chinos ocres y los mocasines marrón oscuro que calzaba como camarero. Llevaba el pelo un poco largo, con más gomina que de costumbre, y no se había afeitado en dos días, todo ello por decisión de Emma exclusivamente. Según ella, recién afeitado tenía un aire «casi femenino», pero con barba de tres días quedaba «demasiado Toshiro Mifune». La camisa era de lino. A Emma le gustaban las arrugas.

Jack se acordó de cuando la señora Oastler le compró la ropa para Redding —más tarde para Exeter— y le comentó a Emma que tenía la sensación de haber faltado a sus obligaciones por no dar las gracias a su madre. Emma le extendió la gomina por el pelo con las manos, con cierta brusquedad.

—Y pagó las mensualidades de mis dos colegios —añadió Jack—. Tu madre debe de pensar que soy un desagradecido.

—Por favor, monada, no le des las gracias.

—¿Por qué no?

—Tú no se las des —dijo Emma tirándole del pelo.

Era evidente que nadie había vestido a Myra Ascheim con el mismo esmero con que Leslie Oastler y Emma habían vestido a Jack. En un primer momento confundió a Myra con una mendiga que había abandonado la estrecha franja de parque situada en el lado del Pacífico de Ocean Avenue y se había desviado hacia el este por Montana. Fumaba un cigarrillo en la acera frente al Marmalade Café, una mujer de cerca de setenta años o más con unas zapatillas deportivas sucias, un pantalón de chándal gris y dado de sí por las rodillas y una sudadera de color rosa desvaído sin lavar. Con aquel cabello lacio de color blanco sucio —recogido en una coleta que salía de una gorra de béisbol de los Ángeles de Anaheim, cuyo emblema había perdido el halo de la letra A—, Myra no se parecía en nada a su hermana Mildred, más joven y mucho más elegante.

Incluso cargaba con una bolsa de supermercado rebosante en la que llevaba una gabardina vieja. Jack pasó de largo frente a ella. Solo cuando Myra le dirigió la palabra la reconoció, y únicamente porque tenía la misma voz de realizadora de porno que Milly.

—Deberías quitarte esa barba —dijo—, y no pasarte tanto con la gomina. Parece que hayas dormido debajo de un coche.

—¿Señora Ascheim? —preguntó él.

—Vaya si eres listo, Jack Burns. Y no le hagas ni caso a Lawrence: no eres demasiado guapo.

—¿Dijo Lawrence que yo era demasiado guapo? —preguntó Jack mientras le sujetaba la puerta abierta.

—Lawrence es un mastuerzo y un embustero. En esta ciudad es imposible ser demasiado guapo —afirmó Myra Ascheim—. O tener demasiado éxito.

La cuestión de si Myra Ascheim había tenido mucho éxito o no a Jack nunca le



quedó clara, ni, que él supiese, a nadie. Nadie había corroborado ni rebatido las leyendas de Hollywood relacionadas con Myra, todas ellas historias sobre quién había sido en el pasado. ¿Fue en otro tiempo una agente que I. C. M. robó a William Morris, o acaso C. A. A. se la robó a I. C. M.? ¿La despidieron al final de las tres agencias o se fue ella por propia voluntad? ¿Representó en otro tiempo a Julia Roberts? ¿Fue a Sharon Stone a quien supuestamente descubrió, o fue a Demi Moore? ¿Y de verdad fue Myra la primera persona que aludió a Demi como *Gimme Moore*?

Más tarde, Jack se encontró con Lawrence en el bar del Raffles L'Ermitage; no era el hotel preferido de Jack en Beverly Hills, el local le encantaba a Lawrence. Lawrence le contó a Jack que el apodo «Gimme» de Demi Moore fue idea de él, no de Myra. Pero Myra tenía razón: Lawrence era un mastuerzo y un embustero. Y al margen de si Myra Ascheim había representado a Julia Roberts, Myra mantenía el contacto con los directores de reparto y caía bien a casi todos. Aunque Myra ya no representaba a *nadie*, los directores de reparto todavía le devolvían las llamadas.

Bob Bookman, que era el agente de Emma en C. A. A. antes de convertirse en agente de Jack, le contó a Jack una anécdota sobre la característica gorra de béisbol de Myra. No era hinchada del Anaheim; ni siquiera le gustaba el béisbol. Le gustaba la A de la gorra, pero detestaba el halo. «Es una gorra con una A de “as”, pero yo no soy un ángel», se complacía en decir.

Según Bob Bookman, Myra se compraba una gorra de los Angeles cada año y quitaba el halo con un cortauñas. «Se lo vi hacer durante una comida», explicó Bookman. «Myra sacó el halo a tirones mientras esperaba su ensalada Cobb». La ensalada Cobb daba a la anécdota visos de verdad; aparte del desayuno, lo único que Jack vio comer a Myra fueron ensaladas Cobb.

Alan Hergott —que se convirtió en el abogado de Jack en el mundo del espectáculo— dijo que Myra siempre dejaba el mismo mensaje en su contestador automático. «Devuélveme la llamada o perderás la camisa cuando te demande». Eso sonaba muy propio de Myra.

«En esta ciudad te cansas de oír cosas que ya sabes», explicó Alan a Jack. «Como mínimo tienes que aparentar interés, aunque sepas más de la historia que el tipo que está contándote la historia. Con Myra es distinto. Ella siempre sabe algo que tú no sabes. Si es verdad o no, poco importa».

En Hollywood corrían tantas anécdotas sobre Myra Ascheim como sobre el pene de Milton Berle. ¡Y pensar que Jack Burns la conoció porque tenía el rabo pequeño, o tirando a pequeño, y solo porque había conocido antes a su hermana Milly, la realizadora de porno! De hecho, si no hubiese sido por Lawrence, Jack no habría conocido a las hermanas Ascheim; y conoció a Lawrence solo porque el mastuerzo quería tirarse a Emma. (Conociendo a Emma, probablemente rehuía a Lawrence de manera instintiva; quizá su rabo no era el adecuado para ella, o sabía que Lawrence nunca renunciaría a la posición superior).

—La verdad es que ya no soy agente —dijo Myra a Jack durante el desayuno en el Marmalade. Estaban sentados a una especie de mesa de *picnic*, un comedor comunitario en Santa Mónica—. Mi hermana y yo hemos creado una empresa de gestión de talentos.

Esa información dejó perplejo a Jack, dado su limitado (aunque específico) conocimiento de la *otra* Ascheim. Aunque nunca intentó comprender siquiera cómo funcionaba la industria. Desde el principio, Jack Burns entendió que su trabajo era conseguir un trabajo. También sabía ser actor.

Un hombre había extendido un periódico sobre un extremo de la mesa de *picnic*; se sentó en el banco al lado de Jack, hablando entre dientes como si guardase rencor de por vida a las noticias. En el otro extremo de la mesa, más cerca de Myra que de Jack, había una familia de cuatro miembros: una pareja joven y agobiada con dos niños peleones.

Al igual que Rottweiler, Myra Ascheim había entresacado a Bruno Litkins del currículum de Jack. «La garza gay», como había llamado Jack a Bruno, era el único nombre vendible entre quienes hasta entonces le habían brindado apoyo a Jack.

—Supongo que no eres un travestí; solo sabes aparentarlo —dijo Myra.

—Solo sé aparentarlo —confirmó Jack.

—Jack, cuando perciba un auge en los papeles transexuales, ya te lo haré saber.

Los crios situados en el lado de la mesa de Myra la molestaban. Un niño pequeño, de unos seis o siete años, había pedido copos de avena con plátano en rodajas; luego apartó todos los trozos de plátano. En lugar de eso quería parte del beicon de su hermana, pero ella no estaba dispuesta a dárselo.

—Si querías beicon, tendrías que haberlo pedido —repetía una y otra vez la madre de los niños.

—Puedes quedarte mi plátano —le dijo el niño a su hermana, pero el beicon no era negociable, no por unos trozos de plátano.

—Oye, he aquí una lección que aprender —le dijo Myra enojada al niño—. Tú quieres su beicon, pero no tienes nada que ella quiera. Así no se hace un trato.

Jack estaba descubriendo que en el mundo del cine conocer a alguien equivalía a una prueba para un papel. Uno ni siquiera tenía que saber para qué personaje era la prueba; sencillamente elegía un personaje, cualquier personaje, y lo interpretaba. Jack miró a la niña del beicon. Contaba nueve o diez años; tenía tres lonchas de beicon. De momento esa niña era su público de un solo espectador, pero Jack estaba haciendo la prueba para Myra Ascheim, y Myra lo sabía.

En *Blade Runner*, Rutger Hauer interpreta el papel del androide rubio, el último en morir. Tiene la vida de Harrison Ford en sus manos, pero Rutger está muriendo; prefiere tener a alguien con quien hablar a morir solo. «He visto cosas que vosotros los humanos no creeríais», dice Rutger Hauer. Ese era el momento que Jack tenía en mente.

Ese fue el tono de voz que Jack adoptó al hablar a la niña sobre el beicon.

—Tengo un hermano menor —empezó Jack en el papel de Rutger Hauer—. Siempre me pedía mis cosas; quería mi beicon, tal como ahora tu hermano quiere el tuyo. Quizá debería haberle dado el beicon, al menos una loncha.

—¿Por qué? —preguntó la niña.

—Tuve un accidente de moto —dijo Jack. Al tocarse el costado, hizo una mueca; el niño advirtió su brusca inhalación y aplastó una rodaja de plátano—. El manillar me entró por aquí, me traspasó.

—No mientras comemos —dijo Myra Ascheim, pero los niños y Jack en el papel de Rutger Hauer no le prestaron atención.

—Pensaba que me pondría bien; perdí solo un riñón —explicó Jack—. Tenemos dos —dijo al niño—. Necesitamos al menos uno.

—¿Te pasa algo en el que te queda? —preguntó la niña.

Jack se encogió de hombros e hizo otra mueca; por lo visto, después del accidente con el manillar, también le dolía al encogerse de hombros. (Estaba recordando la forma en que Rutger Hauer dice: «Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia»). Jack dijo:

—El único riñón que tengo me falla.

—«Es la hora de morir» —dijo Myra Ascheim, y se encogió de hombros. (Esas son las últimas palabras de Rutger Hauer en *Blade Runner*. Obviamente, Myra también conocía la película).

—Podría pedirle a mi hermano uno de sus riñones, claro —prosiguió Jack—. Solo el órgano de un hermano serviría dentro de mí, solo el de un hermano o una hermana, y no tengo ninguna hermana.

—¡Pues pídeselo a tu hermano! —dijo la niña alterada.

—Supongo que más me vale pedirselo —convino Jack—. Pero date cuenta del problema. Nunca le di mi beicon, ni siquiera una loncha.

—¿Qué es un riñón? —preguntó el niño.

Su hermana colocó cuidadosamente una loncha de beicon al lado del tazón de copos de avena sin plátano.

—Toma, ten esto —dijo al niño—. No necesitas un riñón.

—Jack, cuando perciba un auge de los papeles de Rutger Hauer, ya te lo haré saber —se limitó a decir Myra Ascheim, pero Jack supo que había conseguido el papel.

La niña observó a su hermano comerse el beicon; Jack sabía que aún pensaba en el accidente.

—¿Puedo ver la cicatriz del manillar? —preguntó la niña.

—No mientras comemos —repitió Myra.

Jack había estado tan concentrado en su público de un solo espectador que no había notado en qué momento se marchó el hombre del periódico. En cualquier actuación, incluso una buena, siempre se va alguien. Pero después del desayuno en Montana, Myra se mostró crítica con la prueba de Jack.

—Has perdido al tipo del periódico. No se ha tragado lo del manillar, ni por un minuto.

—Mi público era la niña —dijo Jack—. La niña y usted.

—La niña era un público fácil —respondió Myra—. Con lo del manillar también has estado a punto de perderme a mí.

—Ah.

—No digas «ah»; es una exclamación sin sentido, Jack.

Jack cayó en la cuenta de que no sabía bien cuáles eran las funciones de una empresa de gestión de talentos, ni en qué se diferenciaba lo que hacía Myra de lo que hacía un agente.

—¿No necesito un agente? —preguntó Jack.

—Deja que te encuentre antes una película —contestó Myra—. Una película y un director. La mejor manera de conseguir un agente es cuando en realidad no lo necesitas.

Jack se preguntaría a menudo en qué habría cambiado su carrera, y su vida, si Myra Ascheim le hubiese encontrado una película distinta, o al menos un director distinto. Pero sabía que una de las cosas que uno es incapaz de cambiar es la primera oportunidad, y uno nunca puede prever la incidencia de esa experiencia inicial en lo que le ocurra más adelante.

Todo joven actor imagina que existe un papel especial, un espacio en el que encaja a la perfección. Pues bien, el consejo de Jack a los jóvenes actores sería: ojalá nunca encontréis el papel perfecto. El espacio que Myra Ascheim encontró para Jack Burns (su primera película) le marcó un rumbo inamovible.

«*Principiis obsta!*», le escribiría el señor Ramsey, citando a Ovidio. «¡Resístete al principio!».

## 21 - Dos que se pasan de rosca

En último extremo, Jack Burns debía su éxito a William Vanvleck, alias «Bill el Desquiciado», a quien también se le conocía como «el Holandés Loco» y «el Monstruo del Remake», este último apodo por el deplorable hábito de apropiarse de los argumentos de clásicos del cine europeo y recrearlos burdamente para el público de Estados Unidos.

Así, *El cuchillo en el agua*, el magnífico primer largometraje de Román Polanski, rodado en Polonia en 1962, fue rehecho por Vanvleck en 1989 con el título *Mi última autoestopista*, película sobre una pareja con una turbulenta relación que se va un fin de semana a esquiar, no a navegar, y recoge a un autoestopista *travestido*. Jack Burns había nacido para ser ese autoestopista vestido de mujer.

William Vanvleck era guionista y director. La revista *Variety* afirmó una vez que el Monstruo del Remake no conocía un filme o un sexo que no pudiese cambiar para peor. Pero si Bill el Desquiciado era un artista del plagio, tenía el abundante sentido común propio de un superviviente; solo se apropiaba de material de buena calidad. Y Vanvleck introdujo cierta excentricidad europea, si no arte, en el sexo y la violencia americanos, siempre con una profusión de engaño o duplicidad que Bill, y gran número de cinéfilos, adoraban.

Por ejemplo, había un tramo de la Ruta 40 entre Empire y Winter Park, Colorado, una carretera escarpada con muchas eses, que cruzaba el puerto de Berthoud. En invierno, cuando provocaban aludes, cerraban la carretera, y se veía a los esquiadores de fondo y los *snowboarders* hacer dedo para llegar al sitio donde habían aparcado sus coches.

En la primera toma de *Mi último autoestopista*, vemos a una hermosa esquiadora con una mochila y los esquís al hombro; hace dedo en la Ruta 40. Como luego se averiguará, no es en realidad una chica; es Jack Burns, y está de muy buen ver.

La razón por la que Jack consiguió el papel no fue solo la combinación de Bruno Litkins y la Esmeralda travestida; además, el Holandés Loco prefería que el autoestopista fuese un desconocido.

La pareja del coche echa un buen vistazo a Jack en el papel de chica. (Casi cualquiera lo haría).

—Sigue conduciendo —dice la mujer.

El hombre pisa el freno y para el coche.

—Mi última autoestopista —dice—. Lo prometo.

—Ya me lo habías prometido antes, Ethan —le recuerda ella—. La última vez también era una chica guapa.

Mientras Jack coloca los esquís en la baca, lo observan más detenidamente. Ethan fija la mirada en los pechos de la chica guapa; la esposa o novia se interesa más en la melena oscura de Jack, que le cae hasta los hombros. Cuando Jack sube al asiento trasero, Ethan ajusta el retrovisor para ver mejor a la autoestopista; la mujer se da

cuenta con creciente irritación.

—Hola, soy Jack —dice él, se quita la peluca y con el dorso del guante de esquiador se limpia el carmín de color malva de los labios—. Seguro que pensabais que era una chica, ¿no?

La mujer se vuelve para ver cómo guarda Jack la peluca en la mochila. Jack se desabrocha la cremallera del anorak, ceñido a su cuerpo como un guante, y (para horror de Ethan) se quita los pechos y deja los postizos en la mochila junto con la peluca. Desde luego es una película de serie B —convertida en película de culto entre algunos aficionados—, pero tiene una gran escena inicial.

—Hola, soy Nicole —saluda a Jack la mujer en el asiento delantero; de pronto se deshace en sonrisas.

Justine Dunn interpretaba el papel de Nicole; fue su última película antes del accidente de coche en el que quedó desfigurada y vio truncada su carrera, la famosa colisión de cinco vehículos donde Wilshire Boulevard confluye con la 405.

En la película, cuando Ethan ve que Jack es un hombre, le ordena que salga del coche.

—Has parado, Ethan. Llévalo —dice Nicole.

—Yo no me he parado para llevar a un hombre —contesta Ethan.

Jack mira por encima del hombro a través de la luna trasera, en dirección a las curvas que han dejado atrás.

—No es un sitio muy seguro para detenerse —dice.

—¡Sal del coche! —grita Ethan.

Un rápido cambio de escena: vemos el interior de una furgoneta negra que asciende por las curvas; unos *snowboarders* colocados se pasan un canuto. (La frase de Nicole, «Si él sale, Ethan, yo salgo con él», se oye como voz en *off*).

Volvemos a Ethan y Nicole en el coche parado: él impide que ella se desabroche el cinturón de seguridad. El autoestopista ya ha retirado los esquís de la baca; golpea la ventanilla del acompañante con los nudillos y Nicole baja el cristal. De pronto muy varonil, Jack dice:

—Disculpad las molestias, pero si me hago pasar por chica, es más fácil que alguien pare.

A continuación se aparta del coche. ¡Ahí viene la furgoneta negra!

La furgoneta, derrapando, esquiva al coche parado; uno de los *snowboarders* colocados hace un furioso corte de mangas a Ethan, Nicole y Jack. Ethan y Nicole se sobresaltan perceptiblemente por el riesgo de colisión; Jack, en cambio, ni pestaña.

A partir de ese punto, la película iba cuesta abajo. Cuando mostraban imágenes de *Mi última autoestopista*, eran siempre esos dos primeros planos de Jack.

Cuando se estrenó la película, Jack tenía veinticuatro años. Justine, doce más: una atractiva mujer mayor para el autoestopista travestido que interpretaba Jack.

Más adelante en la película tienen una escena tórrida. Jack en el papel de chica está en los lavabos de mujeres de un restaurante de la estación de esquí, retocándose

ante el espejo. Justine en el papel de Nicole sale de un cubículo arreglándose el vestido. El aspecto de ambos es magnífico, pero Justine tiene treinta y seis años, y no es un secreto quién de los dos ofrece mejor aspecto.

—¿Adónde esperas que te lleven ahora? —pregunta ella a Jack.

—A cenar —contesta él.

—¿Te pagas tú *el forfait* del telearrastre? —pregunta ella.

—Esquiar es un deporte caro —dice él y se encoge de hombros—. Procuero no pagarme yo la cena.

Justine está mirando a Jack cuando dice:

—¿Y qué haces después de la cena?

—Lo disuado —responde él—. ¿Qué haces tú después de la cena?

En este punto de la película, Justine en el papel de Nicole aún está con Ethan, aunque no le entusiasme.

—Intento disuadirlo —admite ella con cierta tristeza.

Entonces Jack la besa en los labios. No queda claro si la besa como mujer o como hombre, lo cual tiene un efecto inquietante. Pero ¿qué más da? *Mi última autoestopista* acabaría siendo una de las películas preferidas de los admiradores de Justine Dunn. Tras verse tan trágicamente desfigurada y desaparecer de la gran pantalla, Justine reunió una *legión* de admiradores. Chiflados en su mayor parte, la clase de aficionados al cine que convertían en héroes a personas muertas o mutiladas en absurdos accidentes.

En cuanto a Jack, fue el principio de algo que se sintió incapaz de parar. Como exluchador, sabía cómo perder peso y cómo mantener los kilos a raya; no debía aumentar de tamaño. Era un peso ligero, clasificado en el pasado en la categoría de sesenta kilos; se lo veía sano y en forma, como había observado Michele Maher (la auténtica).

«Parece que la androginia es lo tuyo, Jack», diría Myra Ascheim después de que Bill Vanvleck el Desquiciado convirtiera a Jack en un símbolo sexual aberrante, un hombre sexy que posiblemente era, aunque no para el gusto de todos, más sexy como chica.

Jack hizo el papel de autoestopista travestido tres años antes del debut de Jaye Davidson como Dil en *Juego de lágrimas*, y si bien Neil Jordán era un guionista y director de primera fila, y todo el mundo sabía que Bill Vanvleck el Desquiciado no lo era, Jack Burns lo hizo antes que Jaye Davidson.

Desde luego Jack no podía contar con envejecer en esa clase de papel. (Hollywood no era precisamente pródigo en papeles para señoras Doubtfire imponentes pero canosas). No obstante, fue un buen punto de partida, Jack no era tan famoso como Emma, cuya primera novela había entrado en la lista de los libros más vendidos del *New York Times* durante quince semanas antes de que *Mi última autoestopista* se estrenase «solo en las mejores salas». Y Emma era mucho más famosa en Toronto, donde nadie era más famoso que un canadiense de nacimiento

que triunfase en Estados Unidos. Pero oyendo hablar a la madre de Jack, y no digamos ya al señor Ramsey, uno habría pensado que Jack Burns había eclipsado a Jeff Bridges (al menos como travestí) y era incluso más taquillera que Harrison Ford.

*Mi última autoestopista* era una película horrorosa, pero los dos primeros planos de Jack causaron sensación —la parodia en el programa *Saturday Night Live* no le perjudicó—, y la concentración a la luz de las velas frente al centro médico de la Universidad de California en Los Angeles, donde Justine Dunn estaba en coma tras el espantoso accidente, convirtió en una celebridad de los programas de entrevistas a Bill Vanvleck el Desquiciado, que habló en tono muy elogioso de Jack Burns.

¡Y cómo no iba a hacerlo! Myra Ascheim había obligado a Jack a aceptar el compromiso de trabajar en otra película del Holandés Loco. Contando maravillas de Jack por lo que había sido poco más que un papel secundario, Bill el Desquiciado promocionaba a la vez su siguiente película, que, lamentablemente, no alcanzaría el rango de filme de culto de *Mi última autoestopista*. Aunque Jack era el protagonista masculino (y *femenino*) en esta otra película, la segunda que hacía de serie B para el Monstruo del Remake, no hubo una figura equivalente a Justine Dunn: ningún actor o actriz famoso sufrió un oportuno accidente de tráfico que le desfigurase el rostro de tal manera que pusiese fin a su carrera. (En otras palabras, publicidad...).

Entretanto, antes de su segunda aparición como travestí en otro *remake* de Vanvleck, Jack se benefició de la publicidad de Emma para *La lectora de morralla*, que fue considerable. Un artículo de la revista *People*, en el que Emma mencionaba a Jack como compañero de piso, incluía fotografías de los dos juntos en la intimidad hogareña, amén del fotograma en el que Jack se transformaba en hombre, con ese revelador manchurrón de carmín que daba a la comisura de su preciosa boca el aspecto licencioso de alguien que ha sido besado con arrebató.

«Es un amor platónico», había declarado Emma, según la revista. «Solo somos compañeros de piso». En otra entrevista, Emma dijo: «Me gusta hacerle fotos a Jack. Es tan fotogénico...». (Esta se publicó con una fotografía de Jack dormido).

Quizás únicamente Alice y la señora Oastler se creían que Emma y Jack no eran amantes, y a Jack le constaba que Leslie tenía sus dudas. Lawrence, el mastuerzo, también tenía sus dudas. Emma le contó a Jack que se encontró con Lawrence casualmente cuando comía en el Morton's. Lawrence había perdido el empleo en C. A. A., aunque oyéndolo hablar del tema no lo parecía; con Emma, se marcó el farol de que iba a crear su propia empresa de gestión de talento y quería estar «libre de agobios». (Como Myra Ascheim, de quien con tanta seguridad había dicho que estaba fuera de circulación).

Lawrence estaba «libre de agobios» en la comida, observó Emma; no era más que un embustero que se había quedado sin trabajo. El Morton's —el restaurante caro de Melrose, en West Hollywood, que frecuentaban los famosos desde hacía mucho tiempo— no era un sitio donde uno deseara comer solo. Lawrence no tenía un solo trato en marcha, concluyó Emma; quizá por eso estuvo un poco grosero con ella.



—¿Aún sostienes que no te estás tirando a tu novio? —preguntó refiriéndose a Jack—. ¿Tiene Jack citas disfrazado de chica? Emma sabía que podía hacer papilla a Lawrence, pero lo dejó correr.

—Qué mal perder tienes, Lawrence —se limitó a decir. Para ella ya supuso una satisfacción más que suficiente que Lawrence, por lo visto, no supiese que ocupaba uno de los reservados menos prestigiosos.

Emma había dejado el empleo de lectora en los estudios un par de meses antes de la publicación de *La lectora de morralla*. «Sencillamente desarrollar un guión no es lo mío», les había dicho, pero un ejecutivo de los estudios se hizo con unas galeradas de la novela. En Hollywood existía una especie de código, demasiado impreciso y virulentamente desmentido para ser una norma: en principio, uno no debía llamar gilipollas a un gilipollas, no por escrito. Dicho ejecutivo tenía la vaga idea de que Emma había violado ese código. En castigo, el ejecutivo fotocopió los informes que había hecho Emma de los guiones y los repartió entre los agentes de los autores rechazados. Pero le salió el tiro por la culata: en cuanto uno empieza a hacer fotocopias, *todo el mundo* las ve. Los ejecutivos de otros estudios leyeron las reseñas de Emma; al fin y al cabo, muchos de los guiones en cuestión seguían circulando.

Unos cuantos ya eran películas en producción; un par estaban en posproducción, lo cual significaba que milagrosamente se habían rodado, y una se había estrenado en fecha reciente, ante la apática respuesta de la crítica. Naturalmente, las críticas no eran tan perspicaces ni estaban tan bien escritas como las reseñas de Emma sobre el primer borrador del guión. Estas reseñas gustaron incluso a los agentes de los autores rechazados, y dos de ellos le ofrecieron trabajo.

El presentador de un programa de entrevistas a famosos de una emisora de radio de Los Angeles pidió permiso a Emma para leer en antena algunos de los informes de guiones que ella había escrito. «Cómo no», dijo Emma. «Ya los han leído todos». (Más publicidad para *La lectora de morralla*, por más que Emma no la necesitase).

Esto no le granjeó a Emma muchas amistades entre los guionistas, pero lo que de verdad ofendió a la industria fue que Emma, según declaró, no estaba interesada en escribir un guión, y menos una adaptación de *La lectora de morralla*. En la novela ya había dejado claro que una tercera parte del argumento era una película porno; nadie se plantearía hacer un filme serio a partir de semejante material. Para asegurarse de que nadie lo haría, Emma bloqueó los derechos de adaptación al cine con la clase de cláusulas de aprobación previa que nunca se concedían a los escritores, o al menos a los noveles. Volvió a dejar sentado que no tenía interés en adaptar *La lectora de morralla* ella misma, y sin embargo insistió en reservarse el derecho de aprobación de dicha adaptación por si había alguien tan cretino como para escribir el guión, e insistió en el derecho de aprobación del reparto y del director, e incluso del montaje definitivo. Bajo esas abusivas condiciones, *La lectora de morralla* no podía llegar al cine.

Cuando Emma aparecía en los sitios de costumbre —iba acompañada de Jack

cada vez más a menudo—, se daba por supuesto que estaba investigando para otra novela sobre Hollywood, pero Jack no sabía (por entonces) que así era. Simplemente pensaba que a ella le apetecía comer y beber. Pero Emma se veía como un espectro enviado para recordar a los ejecutivos de los estudios que, en efecto, existía un lector de guiones capaz de *escribir*.

En el mundo del cine ya se hablaba con admiración de *La lectora de morralla* como «irrealizable», lo que podía ser todo un halago en la industria, siempre y cuando uno no lo convirtiese en hábito.

Jack estaba preocupado por Emma. Había comprado la casa que tenían alquilada en Santa Mónica sin ninguna razón de peso. La mudanza desde Venice la había irritado; dijo que no quería volver a trasladarse. Pero si alquilar la casa de Santa Mónica apenas tenía compensaciones, comprarla era una estupidez absoluta.

Era una casa de dos plantas y tres dormitorios situada al pie de la cuesta de Entrada Drive, cerca de la confluencia de Entrada con Pacific Coast Highway. Se oía el zumbido del tráfico de la autopista por encima del aire acondicionado. Además, como si Emma y Jack estuviesen destinados permanentemente a sufrir el perfume de los contenedores de los restaurantes, el camino de acceso a la casa se cruzaba con el callejón situado detrás de un restaurante italiano. No era *sushi* lo que olían, sino más bien berenjena al parmesano rancia.

Pero cuando se publicó la primera novela de Emma vivían en Entrada Drive, y ella se convirtió en lo que llamaba (con no poco orgullo) «una novelista autofinanciada». Había culminado así su venganza por el tiempo desperdiciado como estudiante de cinematografía; había triunfado en la capital de la industria cinematográfica escribiendo nada menos que una *novela*. Quedarse en la casa de Entrada, incluso comprar aquella absurda propiedad, era otra manera de reírse de la industria. Emma había llegado a Los Angeles como intrusa; para ella era muy importante *quedarse* allí como intrusa.

—No voy a mudarme a Beverly Hills, ricura.

—Ya, claro, pero sin embargo comemos mucho allí —le recordó Jack.

Salían mucho a comer, sobre todo ya entrada la noche. Jack no bebía, así que siempre conducía él. Emma podía acabarse una botella de vino tinto ella sola, normalmente antes de terminar la cena. Le tenía especial cariño al restaurante Kate Mantilini de Beverly Hills.

—El Kate Mantilini está a una distancia considerable para tomar solo un bocadillo de carne y puré de patatas —protestó Jack; él no comía pan, y menos aún puré de patatas. Pero a Emma le encantaba comer en la larga barra que se extendía de un lado a otro del local. Toda la gente del mundillo la conocía y le preguntaba cómo iba la nueva novela.

—Va —se limitaba a contestar Emma—. ¿Conoces a Jack Burns, mi compañero

de piso? Era la chica de *Mi última autoestopista*; la sexy, quiero decir.

—Era la *autoestopista* —explicaba Jack. Pese a que Myra Ascheim le había aconsejado que se quitara la barba, solía dejarse crecer cierta pelusa en la cara, lo mínimo para mitigar la andrógina primera impresión que causaba.

Los lunes por la noche, Emma y Jack iban al Dan Tanas de West Hollywood. Allí podía verse *Monday Night Football* por televisión desde la barra, pese a que los camareros vestían de esmoquin. Lo frecuentaban sobre todo personajes conocidos de Hollywood, gente del mundillo o aspirantes a entrar en el medio, pero a quienes curiosamente acompañaban los más diversos gánsteres y busconas. Había reservados con mamparas de vinilo rojo y manteles a cuadros rojos y blancos, y los platos de la carta llevaban nombres de famosos de la industria del cine.

«Algún día le pondrán tu nombre al lomo de cordero, monada», decía Emma a Jack. Por lo general, ella pedía la chuleta de ternera Lew Wasserman. Después de la muerte de Wasserman, a Jack le daba reparos comer allí, como si la chuleta de ternera con su nombre fuese un trozo del propio Lew. A Emma le gustaba también el filete *a la Diller*, pero Jack comía ligero, a menudo solo una ensalada. Volvía a estar a dieta de té con hielo, como en la época en que debía reducir peso como luchador. Con dos litros de té en el estómago vacío, Jack era capaz de bailar toda la noche.

A Emma le gustaba asimismo la música a altas horas de la noche. Le entusiasmaba un local de West Hollywood situado en Sunset Boulevard, el Coconut Teaszer. Era un poco sórdido, con mucho *rock and roll* y bailes rápidos y agotadores. Iba gente muy joven. De vez en cuando Emma se ligaba a un chico y se lo llevaba a casa. Jack ponía todo su empeño en no mirarlos mientras se lo montaban en el asiento trasero. «Oye», decía ella al chico. «Tienes que hacer exactamente lo que te diga». Jack procuraba no escuchar.

También procuraba no imaginarse a Emma encima del chico. Prefería no pensar en su vaginismo, pero recordaba la noche que se la encontró llorando en el cuarto de baño, doblada de dolor. «Me ha dicho que no se movería», gritaba. «¡Me ha prometido que no lo haría, el pequeño cabrón!».

Las mañanas después de llevarse a casa a un chico del Coconut Teaszer eran las únicas que Emma no madrugaba para escribir su siguiente novela sobre Hollywood. («Número Dos», la llamaba ella, como si ese fuese ya el título). Emma era disciplinada, incluso compulsiva, pero ya no sentía la misma presión; había publicado su primera novela y parecía albergar la certidumbre de que alguien publicaría la segunda.

Aunque en menor medida, Jack se había librado también de la presión. El hecho de haber trabajado en su primera película con William Vanvleck —y peor aún, de estar obligado por contrato a trabajar con él en otra película— no impresionó a nadie en C. A. A. (ni en I. C. M., ni en la agencia William Morris). Quizá cuando Jack

quedase libre de futuros compromisos con Bill el Desquiciado, una de esas agencias se plantearía la posibilidad de representarlo. Pero de momento Myra Ascheim velaba por él; tenía órdenes de llamar a Myra «representante».

Cuando Jack dejó su empleo en el American Pacific no hubo resquemor; se acostó solo con dos camareras, y una de ellas se había marchado antes que él. Incluso trabajar para el Monstruo del Remake era mejor que ser camarero.

Emma hacía que Jack leyese la correspondencia de sus admiradores antes de enseñársela a ella. Toleraba mal cualquier detalle negativo; Jack tenía instrucciones de tirar a la papelera toda crítica. «Y no me enseñes las amenazas de muerte, Jack; mándaselas directamente al FBI». No llegó ninguna amenaza de muerte. La correspondencia de Emma era en su mayor parte favorable. Lo peor de todo, en opinión de Jack, era que muchos de sus lectores insistían en contarle su vida a Emma. Resultaba asombroso que tantas personas disfuncionales desearan que escribiese sobre ellas.

Emma leía a su vez la correspondencia de los admiradores de Jack antes de que él la viese, pero al final él la leía toda, la buena y la mala. No recibía ni la veinteaava parte del correo que le llegaba a Emma, y casi todo era vagamente, y no tan vagamente, insinuante. Cartas, siempre con fotografías, de transexuales —«pájaras con pájaro», según Emma— y cartas de gays, preguntando si Jack era gay. Solo había alguna que otra carta de mujeres jóvenes, quienes normalmente, aunque no siempre, expresaban sus esperanzas de que Jack fuese hetero.

A Jack le interesaba más la correspondencia de Emma que la suya propia, porque seguía pensando que Michele Maher escribiría para saber por qué Emma había usado su nombre. Pero no llegó carta alguna de Michele Maher sobre la *La lectora de morralla*.

A Jack lo atormentaba no saber nada de Michele; peor aún, se imaginaba que ella había visto *Mi última autoestopista* y consideraba su actuación como travestí una rotunda constatación de que era «demasiado raro».

«Tú espera a que Michele vea la próxima, ricura; entonces sabrá lo que es ser “demasiado raro”». Los dos leyeron el guión de Vanvleck, del que incluso Emma llegó a decir: «Me faltan palabras».

En esta ocasión se trataba de una película maravillosa pero desconocida la que Bill el Desquiciado había plagiado; había robado una pequeña joya de un compatriota holandés, Peter van Engen, que murió de sida poco después de que realizase su primer y único largometraje. Titulada *Lieve Anne Frank* (*Querida Ana Frank*, como empezaría alguien una carta a la chica muerta), ganó un premio en algún festival de cine de Holanda y se dobló para su distribución en Alemania, pero en ninguna otra parte. Fuera de Holanda, no la había visto casi nadie; sin embargo, William Vanvleck sí la había visto, y había alterado *Lieve Anne Frank* hasta tal punto que el pobre Peter van Engen jamás hubiera reconocido su película, ni siquiera desde la perspectiva omnividente de la tumba.

«*Lieve Anne Frank*», empieza la voz en *off*. Es la voz de una chica judía que vive actualmente en Amsterdam; tiene más o menos la misma edad que Ana Frank cuando Ana fue detenida por los nazis y llevada al campo de la muerte.

Emma y Jack vieron la película holandesa original en la sala de proyección de la casa de William Vanvleck. El Monstruo del Remake tenía una mansión horrenda en Loma Vista Drive, Beverly Hills. A Bill el Desquiciado le gustaban los galgos ingleses; corrían libremente por la mansión, resbalando y cayendo sobre los suelos de madera noble. Vanvleck tenía cocinera y jardinero, una pareja surinamesa, una mujer del tamaño de un niño con un marido igualmente minúsculo.

—«Querida Ana Frank» —tradujo Bill el Desquiciado para Emma y Jack; tenía tos de fumador—. «Creo que vives en mí, y que he nacido para servirte».

Se llama Rachel. Los días entre semana después del colegio y los fines de semana trabaja como guía en la Casa de Ana Frank, Prinsengracht 263. La casa está abierta, como un museo, todos los días del año excepto en el Yom Kippur.

«La casa de Ana Frank es hermosa de una manera triste», dice Rachel a la cámara, como si nosotros (el público) fuésemos turistas y Rachel nuestra guía. Vemos muestras de la caligrafía de Ana, facsímiles de su diario y muchas fotografías. Rachel se ha cortado el pelo para parecerse lo más posible a Ana; desprecia la moda contemporánea y se viste, cuando la ocasión lo permite, con ropa que podría haberse puesto Ana.

Vemos a Rachel comprando en mercadillos y tiendas de ropa usada; la vemos de noche, escondiéndose de sus padres en su habitación, imitando poses y expresiones que reconocemos de las fotografías de Ana.

«Podrían haberse escapado», repite Rachel una y otra vez. «Su padre, Otto, podría haber robado un bote. Podría haber seguido el curso del Prinsengracht, el canal, hasta el Amstel, un río más ancho que el canal. No hasta el mar, claro, pero sí hasta un sitio seguro. Sé que podrían haberse escapado».

En ese punto de la película aún no había ocurrido nada realmente, pero Emma ya lloraba.

—¿Lo veis? Es buena, ¿verdad? —preguntaba Vanvleck una y otra vez—. ¿No es fantástica?

Rachel está obsesionada con la idea de que ella es Ana Frank vuelta a la vida; cree que puede reescribir la historia. En el Yom Kippur, cuando la casa de Ana Frank cierra, Rachel abre la puerta con su llave y entra. Se viste como Ana —se *transforma* de hecho, porque el parecido es más que espeluznante— y a la mañana siguiente, cuando los turistas esperan para entrar, Rachel en el papel de Ana sale de la Casa de Ana Frank *como si fuese Ana Frank*. Algunos de los turistas lanzan exclamaciones, convencidos de que es un fantasma; otros la siguen, fotografiándola.

Va al canal, el Prinsengracht, donde su padre, Otto, espera con un bote. Absurdamente, es una especie de góndola, más apropiada para Venecia que para Amsterdam, y Otto es un gondolero con el aspecto más inverosímil y menos italiano

imaginable. Ana, saludando con la mano a sus admiradores, sube a bordo del bote.

Desde la corona dorada de la torre de la Westerkerk se ve una toma preciosa del bote a su paso por el Prinsengracht; una muchedumbre corre a los puentes y la saluda deseándole suerte. Se ve una toma del pequeño bote al entrar por el cauce más ancho del Amstel; otra muchedumbre, los chasquidos de otras cámaras.

Que la fantasía se desvanezca se consigue casi por completo mediante sonidos: el sonido de las botas de los soldados en la calle adoquinada; el sonido de las botas en la escalera de la casa de Ana Frank, que vemos vacía. Algunos muebles han sido derribados; los textos de Ana aparecen desperdigados aquí y allá. No ha escapado.

Emma lloraba a lágrima viva. Mientras Jack permanecía sentado en la desangelada mansión de Loma Vista Drive, el ruido de los galgos del Holandés Loco yendo como exhalaciones por todas partes se intercalaba, en la mente de Jack, con el ruido de las botas de las tropas de asalto. No podía imaginar siquiera el desatino en que Bill Vanvleck el Desquiciado convertiría *Querida Ana Frank*.

Al final, el guión del Monstruo del Remake dejaría a Emma y a Jack sumidos en la depresión durante días.

—Creo que me voy al gimnasio —dijo Jack a Emma cuando lo leyó por primera vez.

Después de decir «Me faltan palabras», Emma respiró hondo y anunció que se iba a seguir trabajando.

—Debería haberlo sabido cuando vimos la película —dijo Emma a Jack más tarde—. No había forma de que fueses Ana Frank.

Pero el día en que leyeron la nueva versión, que fue cuando empezaron a formarse una idea de en qué se convertiría *Querida Ana Frank*, lo único que Jack podía hacer era ir al gimnasio y castigarse el cuerpo; lo único que Emma podía hacer era seguir trabajando en su siguiente novela sobre Hollywood. El guión del Holandés Loco era siniestro.

El éxito había aumentado más aún la adicción de Emma al trabajo. Habitualmente se levantaba con el tráfico de hora punta en la PCH y tomaba varias tazas de café cargado, a veces con los ojos cerrados pero siempre con la música puesta —algo demasiado estridente y metálico para el gusto de Jack, aunque un cambio grato con respecto a la música por lo general poco inspirada que llegaba de la carretera.

Emma escribía toda la mañana; el café era lo que ella llamaba «su inhibidor preferido del apetito». Cuando estaba famélica, se iba en coche a comer. A mediodía no bebía, aunque comía a dos carrillos, cosa que hacía tanto en el almuerzo como cuando cenaba a altas horas de la noche.

Le gustaba Le Dome, en Sunset Strip. Tenía el aburrido aire del Viejo Hollywood, pero continuaba siendo un sitio muy frecuentado por ejecutivos, agentes y abogados del mundo del espectáculo. A Emma le gustaba también el Spago de West

Hollywood, el Spago original, en la parte alta de Sunset Boulevard. Y si bien era demasiado caro incluso para la escritora novel de más éxito, Emma necesitaba una dosis semanal de The Palm, en Santa Monica Boulevard, donde, según decía, había más agentes que filetes y langostas.

Tendía a pasarse de rosca. Después del almuerzo iba al gimnasio y levantaba pesas durante casi toda la tarde. Después de levantar pesas, cuando decía que había acabado la *digestión*, hacía más de cien abdominales. Ningún ejercicio aeróbico. (El baile y el sexo que pudiese conseguir colocándose ella encima eran el aeróbico de Emma).

Eso era someter a un gran esfuerzo el cuerpo de una chica corpulenta, y a Jack también le horrorizaba pensar en su manera de conducir, incluso de día cuando no había bebido. Emma conducía deprisa, pero la velocidad era solo una pequeña parte de los temores de Jack.

A Emma le encantaba Sunset Boulevard. Incluso en Toronto, cuando estudiaba en el St. Hilda, soñaba con conducir por Sunset Boulevard. Emma intentaba llegar por Sunset a todas partes; iba a Beverly Hills, a West Hollywood y a Hollywood *siempre* por Sunset.

Era el camino de regreso a Santa Mónica lo que preocupaba a Jack. Sabía que se había dado un atracón y lo había quemado desesperadamente, o no, a base de ejercicio en el gimnasio. Le preocupaban las curvas de Sunset. Y cuando Emma tomaba a la izquierda por Chautauqua, justo antes de Palisades, seguía un empinado y tortuoso descenso hasta la PCH. Uno debía colocarse en el carril de la izquierda y hacer lo que equivalía a un cambio de sentido en West Channel.

Era media tarde, hora punta, y Emma estaba agotada por el ejercicio en el gimnasio; después vendrían las dos o tres botellas de litro de Evian. Con el tráfico descendiendo rápidamente por Chautauqua, en esa última y larga curva, Emma se encontraba a tres cuartos de giro en el momento de ver el mar. Jack conocía a Emma, e incluso su manera de conducir. Ella no miraba los coches, no si podía ver ese primer destello azul y deslumbrante del Pacífico. Al fin y al cabo, era una chica de Toronto. Los Ángeles le afectaba a uno en proporción directa a su lugar de procedencia. En Toronto no había vistas del Pacífico.

Jack esperaba en la casa de Entrada Drive a que regresara Emma. Luego ella escribía. Era entonces cuando Jack se marchaba al gimnasio. (Nunca le dijo que alguna que otra vez iba al Gold's).

Era una buena hora para hacer ejercicio; estaban allí la mayoría de los no bebedores y unos cuantos no comedores. Jack coincidía con algunas mujeres bastante fornidas en la sala de pesas libres; en las máquinas cardiovasculares estaban las chicas ultradelgadas, y a la hora de la cena muchas de las chicas delgadas eran anoréxicas. Una chica —pasaba una hora cada noche en el simulador de escalera— dijo a Jack que seguía una «dieta semilíquida».

—¿Y qué tal estás de energía? —preguntó él.

—Moras, una cucharada de miel, yogur bajo en calorías; un plátano cada tres días. Solo tienes que ponerlo todo en la licuadora —dijo ella—. Tu cuerpo no necesita nada más.

Una noche la chica se cayó de la cinta de andar y allí se quedó. Uno de los monitores de yoga especuló con la posibilidad de que se le hubiesen pegado las paredes del colon. Jack recordaría a un grupo de culturistas de pie frente al gimnasio; cuando vieron la ambulancia, le hicieron señas con las toallas.

Jack continuaba con su dieta de costumbre: casi todo proteínas, quizás un poco baja en carbohidratos para el tiempo que pasaba en las máquinas cardiovasculares. Se lo tomaba con calma con las pesas libres: poco peso, muchas repeticiones. No pretendía aumentar de masa. Su trabajo, es decir, encontrar uno —el siguiente papel y el papel de después de ese— dependía de su capacidad para mantenerse sano y en forma.

Jack tenía vahídos por el hambre cuando salía del gimnasio cada noche para volver a buscar a Emma y salir otra vez a comer, y por la mañana seguía con el estómago vacío. Podía decirse que Jack también tendía a pasarse de rosca, pero no como Emma.

Una noche Emma, mientras engullía su puré de patatas en el Kate Mantilini, advirtió que Jack no se había terminado la ensalada. Había dejado de comer y la observaba comer a ella; su expresión era de preocupación, no de repugnancia, pero Jack debería haber sabido que Emma habría considerado más aceptable su repugnancia.

—¿Piensas que voy a morir joven? —preguntó ella.

—¡No! —se apresuró a contestar él.

—Pues así será —dijo ella—. Si no me mata el apetito, me matará el vaginismo.

—El vaginismo no puede matar, ¿verdad? —preguntó Jack, pero Emma tenía la boca llena; se limitó a hacer un gesto de indiferencia y seguir comiendo.



## 22 - La toma del dinero

*Batman* y *Arma letal 2* estuvieron entre los largometrajes más taquilleros de 1989, pero el Oscar a la mejor película se lo llevó *Paseando a Miss Daisy*. La segunda película de Jack con William Vanvleck se tituló *El guía*; no ganaría ningún premio.

De la Casa de Ana Frank se hizo una recreación en Las Vegas. Un chabacano santuario dedicado a una difunta estrella del *rock* concebida claramente a imagen de Janis Joplin, aunque más guapa —esa sería Jack—, atrae a los morbosos admiradores de la vampiresa fallecida, quien, al principio de la película, muere ahogada en su propio vómito después de una borrachera. El nombre de la cantante muerta es Melody; su grupo, Puré Innocence, empieza su carrera en los locales beatnik de Venice y de North Beach a comienzos de los años sesenta. Abandonan sus raíces en el blues, el jazz y la música folk por el *rock* psicodélico, y encuentran en San Francisco un público y un hogar entre los hijos de las flores en 1966.

En las versiones de William Vanvleck, todo se robaba de algún sitio; el salto a la fama de Puré Innocence y Melody coincide con el momento en que Janis Joplin empezó a cantar con Big Brother and the Holding Company. El primer single de éxito de Melody, *No puedes manipular mi corazón como si fuera otra cosa*, recuerda sospechosamente a *Ball and Chain* de Big Mama Thornton. Jack no la cantaba del todo mal.

Jack en el papel de Melody no tarda en dejar Puré Innocence e iniciar su carrera en solitario. En 1969, los álbumes de Melody han alcanzado ya el oro, el platino y el triple platino. Vuelve al *blues* con su último single de éxito, *Bill el Malo se ha ido*, una oda a un exnovio que la maltrataba, el exguitarrista de Puré Innocence, a quien, según la prensa sensacionalista, Melody intentó matar una vez sazonando con raticida la lasaña de marihuana favorita de él. (El hecho de que *Bill el Malo se ha ido* recordase a *Me and Bobby McGee* no podía ser una coincidencia).

Jack en el papel de Melody muere borracha e inconsciente, ahogada en su vómito en la habitación de un hotel de Las Vegas después de un concierto en la ciudad; de ahí que el santuario dedicado a la corta vida e inmensa fama de Melody se abra como un museo del *rock and roll* más, este en el extremo del Strip donde se alza el Mandalay Bay. En medio de esos casinos y hoteles del Strip, la burda exhibición de ropa interior de Melody, ni mucho menos inocente, está fuera de lugar y pasa inadvertida fácilmente, pero el Holandés Loco siempre había querido rodar en Las Vegas, y lo hizo con *El guía*.

Sin duda Bill el Desquiciado podría haber encontrado una cantante mejor para el papel de Melody, pero quizá no a una chica más sexy. («Estabas sexy, ricura», dijo Emma a Jack. «Al cantar te quedabas un poco corto, pero estabas sexy, eso tengo que admitirlo»). Jack tampoco estaba mal como hombre, en el papel que hacía del epónimo guía.

—Simplifiquemos las cosas —dijo Bill Vanvleck el Desquiciado a Jack—.

Pongámosle al guía el nombre de Jack.

Jack en el papel de Jack es un fan incondicional de Puré Innocence durante esos pocos años en que la malograda Melody forma parte del grupo. Jack es todavía un estudiante universitario cuando Melody se separa del grupo; acaba de licenciarse cuando la cantante muere. (En la película, Jack parece que está bailando mientras camina; *Bill el Malo o No puedes manipular mi corazón como si fuera otra cosa* suenan en su cabeza).

El desaprensivo director del Museo Melody —como se llama el vergonzoso santuario— contrata a Jack en el papel de Jack como guía, pero Jack desaprueba parte de la exposición, que ve como una manera de explotar a Melody, por más que la casquivana cantante hiciese de todo para explotarse a sí misma. Su colección de instrumentos musicales es inocua, como lo son las fotos de sus giras y la propia música. Pero hay fotografías «comprometedoras»: de Melody confraternizando con el guitarrista que le pegaba, de Melody borracha e inconsciente en la cama de varias habitaciones de motel. Y está su ropa, en particular su «lencería íntima»; nadie debería ver ni toquetear sus bragas, opina Jack. Jack tampoco aprueba la colección de botellas de vino vacías; las fechas de algunas de las etiquetas indican que Melody murió antes de embotellarse los vinos.

El director, un precursor del personaje de Harvey Keitel en *Holy Smoke*, explica a Jack que las botellas de vino son para crear «ambiente»; en cuanto a las prendas interiores expuestas, entre ellas un tanga rosa, se trata de objetos «esenciales».

Al igual que Rachel se imagina que Ana Frank podría haber escapado, Jack se convence de que Melody no tenía por qué morir. Si él hubiese estado allí y la hubiese conocido, podría haberla salvado. Jack opina que el santuario dedicado a Melody es una traición a ella; los objetos más sórdidos de la colección son una burla.

Una noche, cuando el Museo Melody está cerrado, Jack entra; tiene una llave. Lleva dos maletas vacías y guarda en ellas los objetos que considera demasiado íntimos o demasiado perjudiciales para la reputación de Melody, a quien, por lo visto, solo él considera sagrada. Dos policías en un coche patrulla ven luces en el edificio cerrado e investigan. Pero Jack en el papel de Jack se ha transformado en Jack en el papel de Melody. Vestido como la cantante muerta, pasa por delante de los estupefactos agentes cargada con las maletas y sale al Strip de Las Vegas. (No cualquier hombre saldría airoso vestido de licra negra con lentejuelas de color verde esmeralda). Es el único toque genial del Holandés Loco como director: hasta la escena en que Jack en el papel de Melody sale del Museo Melody, con las maletas a cuestas, el público no ha visto el Strip de noche en su estridente esplendor de neón.

Inexplicablemente, los policías dejan marchar a Jack en el papel de Melody. ¿Piensan que es el fantasma de Melody? (No parecen asustados). ¿Saben que es un hombre vestido de mujer? (No parece preocuparles). ¿O acaso los policías —como Jack, como el público— son conscientes de que el Museo Melody es un lugar corrompido? ¿Creen que el santuario *debe ser* desvalijado?

Bill Vanvleck el Desquiciado no lo explica. Es la imagen lo que interesa al Monstruo del Remake: Jack en el papel de Melody caminando por el Strip con los zapatos de tacón de color verde esmeralda y el vestido espectacular, y acarreado dos maletas visiblemente pesadas. Cuando Jack se marcha y desaparece en la noche —renacido como Melody, quizás, o simplemente en busca de un hotel asequible—, el desaprensivo director del museo ve alejarse al chico en el papel de chica. Jack tiene un aspecto tan estupendo que el director no hace siquiera ademán de intervenir. Se limita a vociferar: «¡Estás despedido, Jack, mala zorra!».

Con la voz de Melody, Jack responde: «Es un trabajo que vale la pena... perder». (La aportación de Jack Burns al siniestro guión de Vanvleck; no se equivocó al predecir que la frase correría).

*El guía* no fue ni mucho menos la *peor* película del año. (Ni del año siguiente, que trajo *Tortugas ninja* y *La jungla 2: alerta roja*). Y en cuanto a la toma de Jack Burns vestido de mujer diciendo «Es un trabajo que vale la pena... perder», *todo el mundo* la recordaría. Puede que el filme fuese digno del olvido, pero no esa toma, no esa frase.

Billy Crystal presentó la ceremonia de entrega de los Oscars de 1991. Lo hizo bien, pero quizás hubo cierta precipitación en uno de sus chistes. Era un público entendido el que se daba cita en el Auditorio Shrine, pero el chiste pasó inadvertido a la mayoría. No así a Jack, que veía el acto por televisión; él sí lo captó, pero solo porque era su frase.

Billy Crystal hablaba de la posibilidad de ser sustituido como maestro de ceremonias de la entrega de premios. El público prorrumpió en un gemido de protesta ante la sola idea; la mayoría no oyó a Billy cuando dijo de un modo claramente *femenino*: «Es un trabajo que vale la pena... perder».

Fue entonces cuando Emma y Jack supieron que lo había conseguido.

—Joder, ricura, ¿has oído eso?

Estaban en la casa de la señora Oastler —Emma y Jack habían ido a Toronto a visitar a sus madres—, pero Alice y Leslie cuchicheaban en la cocina; se perdieron el homenaje de Billy Crystal a la célebre frase final de Jack en *El guía* y se acostaron antes de que *Bailando con lobos* ganase el Oscar a la mejor película.

Jack no solo había oído el chiste de Billy Crystal; estaba sinceramente impresionado por su imitación de Jack en el papel de Melody.

—Dios —dijo.

—Se acabó el Holandés Loco, monada —anunció Emma—. Me muero de ganas por ver tu próxima película.

Jack y Emma estaban sentados en el sofá del suntuoso salón de lo que en otro tiempo a él se le antojaba la «mansión de los Oastler». (Eso era antes de ver algunas de aquellas *auténticas* mansiones de Beverly Hills). Si Jack miraba por encima del

hombro de Emma, veía el vestíbulo al pie de la escalera principal, donde la señora Machado le había asestado la patada a la entrepierna con tan demoledores efectos.

Emma había vendido su segunda novela por un pastón. Había llevado el manuscrito a Bob Bookman de C. A. A. antes de entregárselo a su editor. Esta vez no tenía intención de poner obstáculos a la venta de los derechos para el cine. Bookman le consiguió un contrato para la película antes de publicarse la novela, que era lo que Emma quería.

La segunda novela de Emma sobre Hollywood se titulaba *Normales y correctos*, y trataba de lo que le ocurre a una joven pareja de Iowa que va a Hollywood para realizar su sueño de convertirse en estrellas de cine. El marido, Johnny, renuncia a su sueño antes que su mujer, Carol. Johnny es demasiado vulnerable para triunfar como actor; un par de experiencias desagradables en las pruebas para algún que otro papel, y se da por vencido. Además es un aguado: un no bebedor y hombre de pro en toda regla. Con su encanto juvenil y un impoluto historial como conductor, Johnny consigue empleo de chófer de limusina; pronto empieza a conducir sin parar.

Dado el talento de Emma para la ironía, Johnny acaba llevando a las estrellas de cine. Aquel antiguo afán por la vida que se imaginaba que llevaban los actores queda reflejado en su coleta, el único símbolo de rebeldía de Johnny entre los chóferes de limusina. Es una coleta pulcra y limpia, y no muy larga. (Emma describe a Johnny como «atractivo de una manera delicada, casi femenina»). El pelo largo le queda bien; Johnny considera una suerte que la agencia de alquiler de limusinas le permita llevar coleta.

Su mujer, Carol, no tiene tanta suerte. Entra a trabajar para un servicio de acompañantes, para vergüenza de Johnny pero con su remisa aprobación. Carol lo intenta en una agencia tras otra, por orden alfabético: Absolutamente Espectacular, Bellezas Incomparables, y así sucesivamente.

Johnny pone como tope la agencia «¿Has Sido un Mal Chico?». Pero, como Carol descubre, no importa, todas son iguales. Ya sea en Compañía al Instante o en Irresistibles Tentaciones, lo que se espera de ella es siempre lo mismo, a saber, todo.

En un servicio de acompañantes, Carol puede durar una semana, un mes o menos de un día. Todo depende de lo que tarde en encontrarse con lo que Emma llama un cliente «impropio». En cuanto Carol empieza a negarse a hacer lo que un cliente quiere, sus días en ese servicio de acompañantes en particular están contados.

De manera análoga a *La lectora de morralla*, *Normales y correctos* pone de manifiesto una actitud solidaria con las relaciones dañadas y profundamente comprometidas que por alguna razón salen bien. Carol y Johnny no dejan de amarse; lo que los mantiene unidos es su absoluto e inalterable acuerdo respecto a lo que constituye una conducta normal y correcta.

Carol solo atiende visitas a domicilio. Siempre telefonea a Johnny y le dice a donde va —no solo el hotel sino también el nombre del cliente y el número de habitación—, y vuelve a llamar a Johnny cuando llega a la habitación y cuando sale

sana y salva. Pero las peticiones impropias son corrientes; Carol pierde su empleo en una agencia tras otra.

Al final, Johnny hace una propuesta: Carol debería tener su propio número en las Páginas Amarillas. El comentario más halagüeño que llega a hacer Carol de algún cliente es que era «correcto». Correcto significa «normal», y por eso llama a su servicio de acompañantes Normales y Correctos.

Emma escribe: «Podría haber atraído a más clientes con un servicio llamado Baja por Maternidad. ¿A quién se le ocurre llamar “Normales y Correctos” a un servicio de acompañantes?».

Johnny pasa a ser el chulo de Carol. Tiene unos cuantos clientes habituales en la limusina, personas a quienes Johnny cree conocer, entre ellas alguna que otra estrella de cine. «Es probable que no le interese», dice Johnny a los caballeros de apariencia más correcta a quienes lleva en el coche, «pero si alguna vez está tentado de llamar a un servicio de acompañantes, conozco a una mujer especialmente correcta, normal y correcta, si eso es lo que le gusta. Nada impropio, no sé si me explico».

La primera vez que Johnny le dice esto a un actor famoso resulta desgarrador. El lector ya sabe que Johnny en lugar de convertirse en estrella de cine se dedica a llevarlas en limusina. ¡Ahora Carol se las folla!

Según parece, solo los hombres de cierta edad están interesados; en su mayoría no son estrellas de cine. Son actores de carácter, villanos en los grandes *westerns*, ahora con el rostro estragado y paso inestable, viejos vaqueros con lumbalgia crónica. De niños, Carol y Johnny habían visto esos *westerns* clásicos; eran las películas que alimentaron en ellos el deseo de dejar Iowa y marcharse a Hollywood.

En casa, en la mitad del ruinoso dúplex de Marina del Rey en el que viven —tan cerca del aeropuerto de Los Ángeles que lo oyen y lo huelen—, Carol y Johnny juegan a disfrazarse e invierten sus papeles. Ella se recoge el pelo rubio en una coleta y se pone la camisa blanca y la corbata negra de él; Johnny siente el impulso de comprarle a Carol un traje negro de hombre, uno de su talla. Ella se viste como un chófer de limusina y luego se desnuda para él.

Johnny permite que Carol lo vista con la ropa de *ella*; más adelante le compra un sujetador, con rellenos, y un vestido de su talla. Le cepilla la melena que le llega hasta los hombros y lo maquilla: barra de labios, sombra de ojos y toda la pesca. El llama al timbre de la puerta y ella lo deja entrar vestido de mujer; él se hace pasar por la acompañante que llega a la habitación del hotel de un desconocido. «Esta es su única oportunidad para actuar, juntos, en la misma película», escribe Emma.

Un veterano actor de películas del Oeste está en la ciudad para promocionar su nuevo filme, lo que Emma llama un «*nouvelle western*». Lester Billings nació en Billings, Montana, bajo el nombre de Lester Magruder; es un vaquero auténtico y los *nouvelle westerns* le parecen una deshonra. A Lester le indigna que los *westerns* hayan pasado a ser tan infrecuentes que los jóvenes actores ya no sepan montar a caballo ni disparar. En el supuesto *western* que Lester promociona no hay buenos ni

malos; todos son antihéroes. «Un *western* francés», lo llama Lester.

Johnny manda a Carol a la habitación del hotel de Lester cuando este admite que anhela la compañía de una mujer normal y correcta. Pero Lester es un auténtico vaquero, y monta a Carol. («No había nada *demasiado* impropio... al principio», le asegura a Johnny). Luego, mientras todo se desarrolla de la manera apropiada, Lester se lleva un revólver a la cabeza. Es un Colt del 45; el tambor contiene una sola bala. Lester llama a esto ruleta vaquera.

«¡O muero sobre la silla de montar, o vivo para cabalgar un día más!», declara a voz en grito. Cuando Lester aprieta el gatillo, Carol se pregunta cuántas chicas de los servicios de acompañantes de Los Ángeles habrán oído el chasquido de ese percutor contra una recámara vacía que significa que Lester vivirá para cabalgar un día más. No es el caso. A Lester le ha llegado el día de morir en la silla de montar.

A primera hora de la tarde, no hay muchos huéspedes en el Península Beverly Hills para oír el disparo. Además, el hotel no atiende a una clientela especialmente joven; quizá los huéspedes de las habitaciones cercanas están echando una cabezada o son duros de oído. Emma describe el Península como «algo parecido al Four Seasons, pero con más busconas y hombres de negocios».

Como el hotel está contiguo a las oficinas de C. A. A., es posible que un representante haya oído a Lester Billings volarse los sesos, pero nadie más. ¿Y por qué habría de preocuparle a un representante oír un disparo?

Carol telefonea a Johnny. Sabe que nadie se ha fijado en ella al cruzar el vestíbulo y entrar en el ascensor, pero ¿y si alguien la ve *salir*? Como es comprensible, está consternada; piensa que tiene pinta de buscona. En realidad no es así. Carol siempre ha vestido como la ejecutiva de unos estudios a la hora del almuerzo; en consonancia con su idea de lo normal y lo correcto, no tiene pinta de *call girl*.

Johnny la rescata. Llega a la habitación del hotel de Lester con la ropa necesaria, para Carol y para él. El traje de chófer de limusina para Carol, junto con el vestido, el sujetador y los rellenos que Carol le ha comprado a él; cuando Carol ha acabado de maquillarle y de cepillarle la larga melena hasta los hombros, Johnny tiene más pinta de prostituta de la que ha podido tener nunca Carol.

Él le indica dónde ha aparcado la limusina. No se encuentra lejos, y desde la entrada del Península no se ve. Dice que luego él se reunirá con ella.

Cuando Johnny en el papel de buscona sale del Península, se asegura de que se fijen en él. Johnny ha usado un botellín de *bourbon* del minibar de la habitación de Lester a modo de colutorio bucal. Afectadamente se acerca a recepción, donde él en el papel de ella agarra de las solapas a un joven conserje y le echa el aliento a la cara. «A ver si te enteras», dice Johnny en el papel de buscona con voz ronca, «Lester Billings se ha marchado. Me temo que ha dejado la habitación hecha un asco». A continuación, Johnny en el papel de buscona suelta al joven, cruza el vestíbulo contoneándose y sale del hotel. Él y Carol vuelven a Marina del Rey, donde se visten con su ropa habitual.

Al final de la novela, paran para pasar la noche en un motel de la Interestatal 80, en algún lugar del Medio Oeste. Van de regreso a Iowa para buscar empleos normales y llevar una vida correcta. Carol está embarazada. (Baja por Maternidad, como servicio de acompañantes, tal vez habría tenido un éxito espectacular, pero Carol no quiere tomar parte en el negocio —ya no más—, y Johnny está harto de ser chófer de estrellas de cine).

En la habitación del motel junto a la Interestatal ponen una vieja película de Lester Billings en televisión, un *western* auténtico. Lester es un cuatrero; muere de un tiro en la silla de montar, a lomos de su caballo.

*Normales y correctos* resultó ser mejor película que novela, y Emma lo supo de antemano. Con la novela aún en la lista de libros más vendidos del *New York Times*, el filme ya se estaba realizando. Muchos críticos se quejaron de que la novela había sido escrita con el futuro guión en mente. Como es lógico, Emma escribió también el guión; entre los críticos cinematográficos se especuló con la posibilidad de que lo hubiese escrito antes que la novela. Emma nunca lo aclararía.

Jack desconocía los detalles de su acuerdo con Bob Bookman, de C. A. A., pero si bien Bookman no acostumbraba representar a actores, accedió a representar a Jack. Fuese por escrito, o de palabra durante una comida o una llamada telefónica, quedó establecido que Emma y Jack participarían en la película que se haría a partir de *Normales y correctos*. Emma escribiría el guión y Jack sería Johnny. Emma, claro está, había pensado en Jack para el papel desde el principio, un travestí *entrañable*. Y en esa ocasión su melena hasta los hombros sería real, no una peluca.

Mary Kendall interpretó el papel de Carol; imposible encontrar una acompañante más inocente. Jake Rawlings, alias «Perro de la Pradera», interpretó el personaje de Lester Billings, su primer papel en mucho tiempo y su única aparición en la pantalla fuera de un *western*.

Cuando Mary Kendall y Jack se están dando la mano en la habitación del motel de la Interestatal 80, viendo la televisión, no hay diálogo. En la misma escena de la novela, mientras ven a Lester Billings recibir el disparo, Carol comenta: «Me pregunto cuántas veces lo mataron a lo largo de su carrera».

«Tantas que ya no le daba miedo», dice Johnny.

Pero Emma pensó que era mejor que en la película no dijese nada. Queda más cinematográfico mostrarlos mientras ven morir al viejo vaquero sin más. Sus sueños, el estrellato en el cine, también han muerto; algo de eso se advierte en las expresiones de resignación de Carol y Johnny. En sus caras se refleja el parpadeo verde o gris azulado del televisor.

Pero a Jack le habría gustado pronunciar la frase. («Tantas que ya no le daba miedo»).

—Quizá llegues a usarla más adelante —dijo Emma—. Pero esta vez no. Esta vez la autora soy yo.

Emma era más que eso. Era la arquitecta del futuro de Jack en el cine, la razón

por la que él dio el salto de Bill Vanvleck el Desquiciado al cine más o menos convencional. A Jack Burns seguían conociéndolo más vestido de mujer, por supuesto, pero de pronto era un actor *serio*.

Fue una sorpresa que se nominase a Jack para un Oscar; a él, el chófer de limusina travestido no le parecía un papel tan entrañable. No fue una sorpresa que Jack no ganase ese año. También era la primera nominación de Mary Kendall para un Oscar, y tampoco ella ganaría. Pero los dos fueron nominados, que era más de lo que habían llegado a imaginar.

*El silencio de los corderos* obtendría el premio a la mejor película, y Jodie Foster y Anthony Hopkins a la mejor actriz y mejor actor respectivamente; era su año.

Emma no fue nominada. Los guionistas eran nominados por otros guionistas; las famosas reseñas de guiones de Emma aún se recordaban con resentimiento. Emma asistió a la ceremonia de entrega como acompañante de Jack, lo que resultó divertido. Por lo general, estaban de acuerdo en quiénes eran los gilipollas; identificarlos era una actividad importante en un acontecimiento como aquel.

Billy Cristal, una vez más como maestro de ceremonias, hizo un chiste sobre el retraso en el comienzo de la velada, «porque Jack Burns aún está cambiándose de sujetador».

Emma tenía en la garganta un chupetón bien visible. Se lo había hecho Jack a petición de ella. Llevaba mucho tiempo sin salir con alguien, se sentía fea y la horrorizaba el vestido que se había puesto para la entrega de los Oscars. «Al menos, que parezca que alguien me ha besado, monada».

La señora Oastler vio el chupetón de Emma por televisión desde Toronto. «¿No podías haberlo disimulado con un poco de maquillaje?», preguntó Leslie a Emma.

Era el 30 de marzo de 1992, la primera vez que la señora Oastler y Alice se quedaban despiertas para ver toda la ceremonia de entrega de los Oscars, pese a que Jack les había dicho que no se molestasen. Sabía que Anthony Hopkins ganaría el premio al mejor actor, pero Leslie y Alice se quedaron despiertas de todos modos para ver perder a Jack.

Siempre se mostraba un fragmento de la película de cada actor nominado. Jack sabía qué toma deseaba que utilizarasen en su caso. Una en la que se veía su rostro al volante de la limusina: Jack en el papel de Johnny echa un vistazo por el retrovisor a su mujer, Carol, que viaja sola en el largo asiento trasero. Carol se retoca el pelo y el carmín; se la ve un poco desarreglada después del magreo de un turista demasiado entusiasta en una habitación del Beverly Wilshire. Los ojos de Jack se posan fugazmente en el retrovisor y luego vuelven a la calzada. Es una mirada entre estoica y *noir*; estaba orgulloso de ese primer plano.

Pero con el *marketing* nada es evidente. El fragmento elegido fue la toma de la *call girl*: Jack en el papel de buscona echa el aliento cargado de *bourbon* a la cara del conserje en la recepción del Península Beverly Hills. «A ver si te enteras», dice Jack en el papel de buscona al conserje con esa voz ronca, «Lester Billings se ha



marchado. Me temo que ha dejado su habitación hecha un asco».

—La toma del dinero —lo llamó Myra Ascheim cuando Emma y Jack se la encontraron en la fiesta de los Oscars en el Morton's. Les había costado una eternidad entrar; había tantas limusinas haciendo cola en Robertson que no se veía el final de la cola.

Jack no conocía esa expresión y la repitió:

—La toma del dinero.

—Jack es canadiense —explicó Myra. Jack vio que estaba sentada con su hermana Mildred.

«Dos viejas curtidas cabildeando», comentaría Emma más tarde.

—En una película porno —explicó Milly Ascheim sin mirar a Jack—, la toma del dinero es el momento de la eyaculación masculina. Si no la tienes, no tienes nada. O el tío cumple o no puede hacerlo.

—¿Cómo se llama cuando no cumples o no puedes hacerlo? —preguntó Emma a la realizadora de cine porno.

—Gatillazo —dijo Milly—. Tienes que cumplir con la toma del dinero.

—Es el equivalente de esa toma tuya en el papel de buscona, Jack —dijo Myra con tono condescendiente. Quizás estaba enfadada con él porque no la había reconocido. (No llevaba la gorra de béisbol).

—Ya capto —contestó Jack a las hermanas Ascheim. Estaba impaciente por marcharse. Emma lo tenía cogido de la mano; Jack notaba que también ella quería irse. Las dos viejas curtidas la examinaban, y no era una evaluación cordial.

—No importa que no hayas ganado, Jack —continuó Myra, mirando a Emma.

—Solo importa cuando ganas —la corrigió Milly.

—Bueno, tenemos que irnos; hay otra fiesta —dijo Emma—. Para gente más joven.

—Un buen chupetón —comentó Mildred Ascheim a Emma.

—Gracias —dijo Emma—. Me lo ha hecho Jack; es enorme, la verdad.

Mildred dirigió su escrutadora mirada hacia Jack.

—Es mono, ¿no? —preguntó Myra a su hermana—. Ya ves a qué viene tanto alboroto.

Jack adivinó que Milly Ascheim estaba pensando en la palabra «mono». En su mundo, como Jack sabía, lo *mono* no servía.

—Creo que está más mono de chica —comentó Mildred Ascheim. Volvía a examinar a Emma, indiferente a Jack. Él pensó que Milly estaba sopesando si delatarlo o no.

Fue entonces cuando Myra dijo:

—Sencillamente estás celosa, Milly, porque yo conocí antes a Jack.

«Uy, aquí viene», pensó Jack. Pero Mildred Ascheim lo sorprendió. Le lanzó una mirada fulminante, solo para hacerle saber que recordaba lo pequeño que tenía el rabo; sin embargo no lo puso en evidencia. No era una mirada tranquilizadora; al

contrario, Milly quería que Jack supiese que no había olvidado ni un solo detalle de su decepcionante prueba para el papel en Van Nuys. Simplemente no era el momento de dar fe de ello.

—Por Dios, Myra, es la noche de los Oscars —dijo Milly a su hermana—. Debemos dejar que estos chicos se diviertan.

—Sí, tenemos que irnos —repitió Emma.

—Gracias —dijo Jack a Mildred Ascheim.

Milly miró a Emma una vez más y se limitó a despedirse de Jack con el dorso de la mano. Previo que Milly diría algo cuando él y Emma se alejasen, una pulla de despedida. («Hasta pronto, rabicorto», o algo por el estilo). Pero Milly se mordió la lengua.

—Mira lo que te digo, Mildred: Jack Burns tiene por delante un sinfín de tomas del dinero —oyó Jack que decía Myra Ascheim.

—Puede ser —contestó Milly—. Aun así lo encuentro más mono de chica.

—No hagas ni caso a esas brujas, monada —dijo Emma cuando regresaban en la limusina.

Iban a la deriva en un mar de limusinas. Jack no sabía ni le importaba a qué fiesta iban a continuación. Siempre dejaba eso en manos de Emma.

Después de una noche así, Jack, pese a la derrota, habría esperado tener noticia de todos sus conocidos. (Más aun, quizá, por la propia derrota). Pero no fue tanta la gente que se puso en contacto con él. No obstante, Caroline Wurtz telefoneó a Alice. «Dile a Jack que, en mi opinión, debería haber ganado», dijo la señorita Wurtz. «¡Hay que ver! ¡Mira que darle un Oscar a alguien por comer personas!».

Cuando Jack y Emma regresaron a su casa de Santa Mónica, el mensaje del señor Ramsey era el primero en el contestador. «¡Jack Burns!», exclamaba, nada más, y con eso bastaba.

Los viejos amigos de su etapa de luchador se pusieron en contacto con él más lentamente. El entrenador Clum, de Redding, escribió: «Tomaste la decisión correcta, Jack. A una chica no le quedarían bien las orejas de coliflor».

El entrenador Hudson y el entrenador Shapiro también le dieron la enhorabuena por correo. Hudson dijo que esperaba que Jack no estuviese tomando hormonas femeninas, y que sus tetas no fuesen implantes, sino solo postizos. Shapiro sentía curiosidad por saber qué había sido de aquella belleza de aspecto eslavo, cuyo nombre no recordaba; había albergado la esperanza de verla en la ceremonia de entrega de los Oscars.

El entrenador Shapiro se refería a Claudia, claro está. Jack no tuvo noticias de ella. Tampoco supo nada de Noah Rosen, ni lo esperaba. Y ni una palabra de Michele Maher, que se había esfumado sin decir esta boca es mía. Hermán Castro pensaba que se había matriculado en medicina, pero después de eso le perdió el rastro. Jack tuvo

noticias de Hermán, cómo no, pero solo una nota: «Así se hace, *amigo*; has llegado a la final».

Sí, esa sensación tenía: había llegado a la final y había perdido, estaba cantado. Era imposible saber si volvería a llegar o cuándo; quizá la oportunidad del Oscar había sido una de esas cosas que ocurren una sola vez en la vida.

Tanto *Terminator 2: el judo final* como *Agárralo como puedas 2 1/2: el aroma del miedo* fueron mucho más taquilleras que *Normales y correctos*, pero esa película menor y la nominación al Oscar hicieron de Jack Burns una cara reconocible en todas partes. Como hombre o, quizá, como mujer; pero como hombre sin duda. (De momento Jack no había intentado presentarse en ninguna parte como mujer, excepto en las películas). Ahora era famoso.

Emma parecía resuelta a que le sacase el máximo partido a su fama. Con ese propósito convenció a Jack para que pregonase que estaba escribiendo algo, pese a que no era cierto, claro. «No entres en detalles, ricura. Di solo que *siempre* estás escribiendo». Eso llevaba a punto muerto muchas de las entrevistas de Jack. Sonaba vagamente siniestro, como si ese supuesto «algo» que *siempre* estaba escribiendo fuese una denuncia. Pero ¿de qué? «Te hace más misterioso», le dijo Emma. «Te añade cierto toque *noir*». ¿Quería decir que ser escritor realzaba de algún modo su fama de ambigua sexualidad como actor?

Algunos entrevistadores solo querían hablar de lo que Jack escribía; les sacaba de quicio que no lo contase. Aunque fuese únicamente por esa razón, parecía merecer la pena repetirlo.

—No me interesa sentar cabeza, casarme, tener hijos, no por ahora —solía empezar—. Ahora debo concentrarme en mi trabajo.

—¿Te refieres a tu carrera de actor?

—Sí, claro. Y a lo que escribo.

—¿Qué escribes?

—Algo. Siempre estoy escribiendo.

Incluso su madre quiso saber qué escribía.

—Unas memorias, no, espero —dijo Alice con una risa nerviosa.

Leslie Oastler contemplaba a Jack con arrepentimiento, como si, de haber sabido que sería *escritor*, jamás le hubiese enseñado su Rosa de Jericó.

Emma dijo que su madre le preguntaba una y otra vez si había leído algo de lo que escribía Jack. A Emma esa mentira le divertía mucho. A Jack no. No le veía sentido.

Cuando Myra Ascheim murió, Jack leyó la esquela en *Variety*; nadie lo llamó, y Bob Bookman dijo que, en todo caso, Jack ya no necesitaba gestión de talento. Le bastaba con tener un representante en CAA. Jack ya tenía un representante además de un abogado especialista en derecho del espectáculo: Alan Hergott. «Necesitas a alguien

que te administre el dinero, no el talento», le dijo Alan.

Como quería mantener a su madre, Jack buscó un gestor financiero en Buffalo, Nueva York: Willard Saperston. Al ser de Buffalo, Willard tenía contactos en Toronto. El sistema tributario canadiense estaba desangrando a Jack. Para empezar, aconsejó Willard, debía conseguir la nacionalidad estadounidense, cosa que Jack hizo. También pasó a ser «inversor» en Alice la Hija; así, su madre no pagaría «impuestos a punta pala» por cada dólar estadounidense que él le entregase.

Jack se planteó la posibilidad de que su madre vendiese Alice la Hija y abandonase el oficio de tatuadora sin más; se le ocurrió asimismo que si la relación de su madre con la señora Oastler se basaba en el sostén económico de Leslie, como en otro tiempo él pensaba, quizás Alice dejase a Leslie.

Pero la madre de Jack estaba a gusto en el mundo del tatuaje —era su área de experiencia— y al margen de cuáles fuesen, a juicio de Jack, los motivos que en otro tiempo impulsaron a Alice a instalarse con la señora Oastler, se equivocaba al pensar que su madre no era compañera de Leslie por voluntad propia. Eran una pareja de largo recorrido. Como Tattoo Ole había señalado, la madre de Jack *era* Alice la Hija; era a la vez una vieja hippy y una entusiasta de lo marítimo, y había hecho honor a su nombre de tatuadora.

Jack tal vez habría pasado más tiempo en Toronto si se hubiese reconciliado con eso, con eso y con el hecho de que su padre desaparecido nunca sería tema de conversación entre él y su madre.

Ser hijo de una artista del tatuaje y no haber conocido a su padre..., en fin, cualquiera podía imaginar la atención que en diversas entrevistas y semblanzas del joven y exitoso actor se concedería a esas circunstancias. Los medios de comunicación relacionados con el cine nunca se cansaban de las infancias exóticas, ni los periodistas del mundo del espectáculo renunciaban a un solo aspecto disfuncional en la vida de un famoso. En palabras de un cronista, Jack tenía un «pasado tatuado». (Esta última observación resultaba más intrigante si cabe por el hecho de que ni Jack ni su madre se habían tatuado).

La televisión canadiense siempre proponía entrevistar a Jack y a su madre en Alice la Hija. Y tan pronto como los medios de comunicación americanos publicaban una fotografía de Jack con tal o cual mujer —excepto Emma nunca eran canadienses, y Emma (también por razones fiscales) ya tenía nacionalidad estadounidense—, alguien de la CBC-TV se presentaba en Alice la Hija para preguntar a Alice si conocía a la mujer con la que Jack «salía» y si la relación iba en «serio».

«Ah, no interrogo a Jack sobre su vida personal», contestaba Alice con la parsimoniosa despreocupación de alguien perpetuamente colocado. (Bob Dylan aullaba de fondo). «Y Jack no me interroga a mí sobre la mía».

Jack conoció a una rica heredera del sector cárnico en Nueva York. Samantha era una

mujer mayor; le gustaba vestir a Jack con su propia ropa. (No para salir; nunca salió vestido de mujer en Nueva York, y no duró mucho al lado de Samantha).

También tuvo un idilio con una mujer mayor en Londres, la editora inglesa de Emma. A Corinna le fascinaba que Jack estuviese escribiendo algo; naturalmente, él nunca le dijo de qué se trataba. Para ser editora, tenía una ropa muy sexy, pero Jack tampoco duró a su lado.

Estas dos mujeres mayores sentían celos de su duradera relación con Emma, y a Jack le daba la sensación de que perdía demasiado tiempo en los vuelos desde Londres y Nueva York a Los Angeles. Emma básicamente se negaba a abandonar su ruinoso casa de Entrada, y Jack la echaba mucho de menos cuando se iba de viaje.

Además, quedándose en Santa Mónica, Emma y Jack pudieron permitirse comprar un buen coche. Compraron un Audi plateado con los asientos tapizados en piel de color gris plomo, el mismo modelo que Jack condujo en una ocasión como mozo de aparcamiento durante su breve empleo en Stan's. Emma comprendió el aspecto simbólico de aquella elección. «Siempre y cuando no venga con una niña en el asiento trasero, ricura».

Con un coche como ese, Jack se alegraba de no ser bebedor, aunque no por eso conducía mucho más deprisa. Según Emma, Jack era el mismo conductor, exasperantemente lento y prudente, de siempre. Emma, en cambio, no era lenta ni prudente. «Habría sido más seguro comprar una casa en Beverly Hills», le decía Jack. Se refería a que de esa manera Emma habría conducido menos.

Así pues, salían y volvían a casa (o no), y naturalmente conocían a gente. Jack nunca estaba «con» alguien más de un mes o dos, a lo sumo. Emma nunca estaba «con» nadie, o al menos no más de una noche, como ocurría con los chicos guapos a quienes conocía cuando iban a bailar al Coconut Teaszer.

Jack llevaba el pelo largo, casi hasta los hombros, y de ese modo quedaba más natural cuando se vestía de mujer, aunque fuese solo en la intimidad de un tocador. Como hombre, aún le gustaba dejarse crecer un poco la barba; se conservaba sano y en forma, porque ese era su trabajo.

Los papeles que interpretaba no siempre le exigían transformarse en mujer, pero esa posibilidad siguió formando parte obstinadamente de su personalidad, un elemento de su toque *noir*, como lo llamaba Emma.

En la pantalla, Jack estuvo casi «con» todo el mundo: Elisabeth Shue antes de que ella hiciese *Leaving Las Vegas*; Cameron Diaz en una absurda peli de chicas; Drew Barrymore en un filme de terror de Stephen King. Fue el marido *lentamente* agonizante de Nicole Kidman; Jack tardó tres cuartas partes de la película en morir. Nicole Kidman era mucho más alta que Jack Burns, pero eso no se notó en la película porque Jack no se levantó de la cama.

Jack fue el tipo con quien Julia Roberts, muy sensatamente, no se casó. Dijo la mentira que indujo a Meg Ryan a abandonarlo. Sufrió como camarero enamorado, el que derramó la *vichyssoise* por la espalda de Gwyneth Paltrow.

Bruce Willis lo hizo papilla. Denzel Washington lo detuvo. Y, aunque brevemente, Jack fue una chica Bond, la que murió a causa de un dardo venenoso que 007 le lanzó con un encendedor tras deducir que Jack era un hombre.

Myra Ascheim no se había equivocado: tenía por delante un sinfín de «tomas del dinero». Si Jack hubiese tenido que decantarse por alguna, habría sido la escena con Jessica Lee. «El momento al borde del travestismo», como lo describió un crítico del *New Yorker*.

Jessica es una hermosa heredera. Jack es un ladrón, y acaba de acostarse con ella. Ella se está duchando mientras Jack, solo en su habitación, hace inventario de sus bienes. Hay objetos de gran valor por todas partes. Está paseándose por la habitación en calzoncillos mientras oye a Jessica cantar en la ducha.

Cuando Jack llega al armario, queda fascinado por la ropa de Jessica. Es un chiste para cinéfilos: Jack Burns examinando un armario lleno de prendas femeninas. Ni siquiera las joyas han atraído *tanto* la atención del ladrón en calzoncillos. Queda claro que a Jack le encanta la ropa de ella. Tan absorto está que no oye apagarse la ducha; Jessica ha dejado de cantar.

Cuando se abre la puerta del cuarto de baño y Jessica aparece allí en albornoz — el pelo mojado envuelto en una toalla—, su imagen se refleja en el espejo de la puerta del armario. Es una toma magnífica: Jessica aparece de pie junto a Jack cuando él sostiene el vestido de ella ante su cuerpo casi desnudo y se mira en el espejo (viéndola a ella también).

Es un ladrón con sangre fría. «Vaya, estoy seguro de que esto te queda de maravilla», le dice Jack a Jessica Lee. En la película, el personaje de Jessica queda totalmente rendido. (Porque ese es el argumento: ella se enamora del ladrón). Pero tuvieron que rodar la escena diez veces. Jessica no quedaba rendida. La primera vez que vio a Jack Burns sosteniendo ante sí el vestido, Jessica palideció. Eso no estaba en el guión. Vio algo que no le gustó, algo en Jack. Necesitó diez tomas para sobreponerse a lo que había visto; Jack necesitó también unas cuantas tomas.

—¿Qué ha sido? ¿Qué has visto? —le preguntó él más tarde.

—No sé qué ha sido, Jack —contestó Jessica—. Sencillamente se me han puesto los pelos de punta.

A pesar de los *pelos de punta* de Jessica Lee, la toma definitiva fue inmortal. En cualquier retrospectiva de Jack Burns, de sus escenas antológicas, aparecía esa de él y Jessica ante el espejo. Él sostiene el vestido y dice: «Vaya, estoy seguro de que esto te queda de maravilla». Ella, en la puerta del baño, sonrío. La sonrisa de Jessica es tan amplia como para caerse en ella, tan grande como para consumirlo a uno. Pero Jack no podía ver esa escena sin recordar la *primera* mirada que ella le lanzó. La primera vez Jessica no sonreía ni actuaba.

Momentos como ese hicieron que creciese en Jack más aún la sensación de intruso. Cuando uno sabe que ha asustado a alguien, aprende a ser más cauto. Lo que Emma llamaba el toque *noir* de Jack era un poco espeluznante. Taquillera sí, pero

¿agradable?

Jack Burns había encontrado su propio primer plano; era más inquietante que el ceño de Toshiro Mifune. Jack no podía verse a sí mismo, sino solo su efecto en los demás. ¿Era una expresión sexualmente perturbadora? Sí, sin duda. ¿Resultaba más amenazadora que *noir*? En fin, desde luego no se quedaba simplemente en picara.

—Es imprevisible, monada; esa es la expresión que adoptas.

—Se trata solo de una actuación —contestó él. («Se trata solo de mantener a mi público de un solo espectador en vilo», pensó Jack).

—No, ese eres *tú*, ricura. Eres imprevisible. Eso es lo que da miedo de ti, Jack.

—¡Yo no doy miedo! —insistió él. Jack pensó que era precisamente Emma quien daba miedo.

Recordaría siempre dónde estaban cuando Emma le dijo que daba miedo. Estaban en Sunset Boulevard, a bordo del Audi plateado. Conducía Jack. Se encontraban en Hollywood —cerca del Château Marmont, donde murió John Belushi—, y Jack intentaba averiguar qué había asustado a Jessica Lee.

—Quizás el vestido no me quedaba nada bien —dijo a Emma—. Ojalá pudiese olvidarme de todo.

—Vaya, estoy harta del Bar Marmont —se limitó a decir Emma.

Como Jack era famoso, siempre lo admitían en el Bar Marmont, contiguo al hotel. Era amplio y ruidoso, un local del mundillo: muchas tetas postizas y aspirantes a gestor de talento, elegantísimos, superjóvenes. Por lo general había fuera unas treinta personas a quienes se les negaba la entrada; aquella noche en particular Lawrence era una de ellas. Emma miró en otra dirección, pero Lawrence agarró a Jack de la muñeca.

—¿Hoy no vienes de chica? ¿Vienes de tío? ¡Qué decepción para tus admiradores! —exclamó Lawrence.

Emma le dio un rodillazo en las bolas; luego ella y Jack entraron juntos. Lawrence yacía en posición fetal, con las rodillas encogidas contra el pecho en una especie de preparación para el parto, aunque nada pudiese salir de ahí. Jack pensó, como recordaría más tarde, que si él hubiera asestado ese rodillazo a Lawrence en los huevos, lo habría demandado; Emma, en cambio, quedaba impune. (Por eso pensó que era *ella* quien daba miedo).

El Château Marmont —el propio hotel— era otro asunto. Jack no iba a ese vestíbulo para mezclarse con la multitud, pero a menudo veía a actores allí reunidos. Y Jack tendría unas cuantas reuniones en aquel vestíbulo; el vestíbulo era en realidad un bar.

Prefería reunirse, si podía elegir, en el bar del hotel Four Seasons de Beverly Hills. En opinión de Jack, era allí donde se celebraban las reuniones con más estilo. Estaba convencido de que algún día fantasmas famosos rondarían el Four Seasons de Beverly Hills, actores que no habían salido airoso de sus reuniones. Pero era el único

lugar donde Jack se sentía uno más entre la gente.

En general, al igual que Emma, era todavía un intruso; estaba claro que les faltaba estilo. Estados Unidos no era su país. Los Angeles no era su ciudad. Tampoco eran canadienses. En Toronto no se sentían como en casa.

Redding había sido el primer y último lugar donde Jack se había integrado. En cierto modo, él y Emma sabían que *nunca* se integrarían en Los Angeles. No se reducía a una cuestión de fama; eso era solo lo que los demás veían. Con el dinero que habían ganado, Emma y Jack podrían haberse marchado de Entrada, pero Jack se sentía cada vez más persuadido por la firme determinación de Emma de seguir siendo una intrusa. Para ellos, Los Angeles era la ciudad donde trabajaban; fueran a donde fueran, Emma y Jack eran trabajadores. Los Ángeles era su *empleo*.

Dejarse ver —ser *reconocidos*— formaba parte del trabajo. (Parte del trabajo de Jack, al menos; a Emma le daba igual quién la veía).

Emma y Jack eran dioses a su manera, dioses sin estilo en la ciudad de los ángeles. Y, al igual que los dioses, se mantenían distantes. No se veían a sí mismos con demasiada claridad; como era propio del mundo del cine, percibían sus actuaciones por el modo en que eran recibidos. Pero, en el fondo de su alma, Jack Burns sabía que Donald, el *maître* del Stan's, tenía razón, el muy capullo. Donald lo había calado: Jack era un paleta de Toronto pasado por New Hampshire. Sí, tenía nacionalidad estadounidense y residía legalmente en Santa Mónica, California, pero en realidad Jack no vivía en ninguna parte; solo estaba aguardando el momento oportuno. (Eso al menos sabía hacerlo. Lo había hecho antes con Claudia).

Jack se estaba forrando, naturalmente. Aun así, Jack sabía que eso no lo era todo, o no debía serlo todo para él.

Jack estaba en Toronto a regañadientes, como siempre. Emma no estaba con él pese a que, por lo regular, pasaba allí más tiempo que Jack; en Canadá, ser escritor era el no va más.

«La vida es una hoja de ruta», escribió Emma en *La lectora de morralla*. «Se supone que uno ha de presentarse allí donde le dicen, pero esa es la única norma».

Jack estaba pasando un rato con su madre en Alice la Hija cuando empezó a discutir con ella sobre los congresos del mundo del tatuaje. Antes no había congresos de tatuadores, pero últimamente Alice iba a alguno todos los meses. Había asistido a uno en Tokio y a otro en Madrid, pero sobre todo acudía a los congresos de Estados Unidos. Se celebraban en todas partes.

Las contadas ocasiones en que Alice visitaba Los Angeles solía ser en otoño, y no solo para ver a Jack. No era mera coincidencia que en esa época se celebrase el Baile del Plumífero, el congreso anual del tatuaje y el *piercing* de Los Angeles. Supuestamente era el mayor del mundo; tenía lugar en el Hollywood Paladium de Sunset Boulevard, un antiguo salón de baile de los tiempos del *swing*.



El congreso del tatuaje de Nueva York, al que Alice la Hija era también asidua, se celebraba en el Roseland Ballroom de la calle 52 Oeste; este era en primavera. El de Atlanta era también en primavera. Había uno incluso en Maine, en febrero. A pesar de sus promesas, la madre de Jack nunca fue a Maine a visitarlo en Redding, pero no se perdía la Merienda del Sombrero Loco de Portland.

Alice fue al Festival del Tatuaje Ciudad del Infierno, este tenía lugar en Columbus, Ohio, en el hotel Hyatt Regency. (Era durante el mes de junio, si Jack no recordaba mal). Creía que a su madre le gustaba más Filadelfia. Tenía una fotografía suya con Eddie el Loco de Filadelfia; este siempre llevaba una americana de *sport* amarilla y tenía el pelo tan tieso a causa de la gomina que se le levantaba como la cresta de un gallo.

Fuera donde fuese el congreso —en Dallas o en Dublin, ya fuera el llamado Encuentro de los Marcados de Pittsburg, o la anual Perdición del Hombre de Decatur, en Illinois—, Alice la Hija iba.

Había estado en Boston y en Hamburgo, Alemania. Para su gran decepción, Herbert Hoffmann se había retirado, pero en Hamburgo conoció a Robert Gorlt. «Mide dos metros dos y jugó al baloncesto en Canadá», le contó a Jack.

Artistas del tatuaje de todo el mundo acudían a estos congresos: desde Tahití, Chipre, Samoa; desde Tailandia y México, y desde París, Berlín y Miami. Incluso iban desde Oklahoma, donde el tatuaje era ilegal. (No había ningún sitio adonde Alice no estuviera dispuesta a ir para reunirse con sus colegas, incluido algún Sheraton en las Meadowlands). Y siempre iba la misma gente.

—Si son siempre los mismos bichos raros, ¿por qué vas? —preguntó Jack a su madre—. ¿Por qué vas una y otra vez?

—Porque *somos* los mismos bichos raros, Jack. Porque somos lo que hacemos. No cambiamos.

—Por Dios, mamá, ¿tienes idea de la clase de mierda en que puedes verte envuelta en un Hyatt Regency de Columbus, en Ohio, o en un puto Sheraton de las Meadowlands?

—Si la señorita Wurtz te oyese, Jack —dijo su madre—. Si la pobre Lottie o la señora Wicksteed, que en paz descansa, te oyesen. Es una verdadera pena ver en qué ha quedado tu vocabulario. ¿Ha sido por culpa de California o del mundo del cine?

—¿Culpa de qué?

—Quizá sea cosa de Emma —dijo Alice—; es por vivir con esa malhablada, lo sé. Todo es «por Dios» esto y «puto» aquello. Oyéndote hablar, una pensaría que «mierda» es una palabra multiuso. Y antes hablabas muy bien. En otro tiempo sabías hablar. Tenías una prosodia perfecta.

Tenía razón, pero era muy propio de Alice cambiar de tema. Allí estaba Jack, intentando inculcarle a ella —una mujer de mediana edad— que esos congresos del tatuaje eran exhibiciones de fenómenos de feria y su madre la emprendía con su *vocabulario*. Los congresos eran absolutamente aterradores.

Se presentaban los chiflados con todo el cuerpo tatuado; ¡hacían concursos! Se tatuaba a expresidarios; los tatuajes de la cárcel eran un género tan característico como los tatuajes de moteros. Se tatuaba a las bailarinas de *strip-tease*, y ya no digamos a las actrices porno. (Jack lo había averiguado en su «trabajo de investigación»; es decir, incontables películas de Hank Long).

¿Para quiénes se pensaba Alice la Hija que eran aquellos congresos? Jack había visto las virulentas muñecas de vudú y el corazón traspasado por una daga —este último con la inscripción sin arrepentimiento— en el estudio Tabú Tattoo de Riley Baxter en West Los Angeles. (En la tarjeta de visita de Baxter, bajo una de esas muñecas de vudú, decía: AGUJAS DESECHABLES).

A Alice se le había ensanchado la cintura, pero no había perdido su preciosa sonrisa; su cabello, en otro tiempo de color ámbar y sirope de arce, estaba salpicado de mechones grises. Pero asombrosamente no tenía una sola arruga, y para vestirse elegía siempre un tipo de ropa con el que sacaba visible partido a sus generosos pechos. Le gustaban los vestidos con cintura imperio, por lo general con escote cuadrado o redondo. A su edad, llevaba sujetador con aros; le gustaba el color rojo o el fucsia. Aquel día, en Alice la Hija, llevaba un vestido de estilo campesino con un escote que caía desde los vértices de los hombros; se le veían los tirantes del sujetador, pero casi siempre era así. Jack pensaba que le gustaba enseñar los tirantes del sostén, pese a que nunca llevase un vestido o una blusa con un escote revelador. «Mi canalillo», le gustaba decir, «no es asunto de nadie». (Era curioso, pensaba Jack, que su madre quisiese que todo el mundo supiera que tenía unos buenos pechos, pero nunca los mostrase siquiera un poco).

¿Y qué hacía en los congresos del tatuaje una mujer que no estaba dispuesta a enseñar los pechos?

—Mamá... —intentó decir Jack, pero ella trajinaba con una tetera; le había dado la espalda.

—¿Y las mujeres, Jack? ¿Conoces alguna chica simpática? ¿O es simplemente que a mí no me las presentas?

—¿Simpática?

—Como Claudia. Era simpática. ¿Qué ha sido de Claudia?

—No lo sé, mamá.

—¿Y aquella desdichada, la becaria de la agencia William Morris? Tenía un ceceo de lo más extraño, ¿no?

—Gwen no sé qué —dijo él. (Eso era lo único que recordaba él de Gwen: ceceaba. Quizá seguía en William Morris, o quizá no).

—De lo de Gwen hace mucho, ¿verdad? —preguntó su madre—. ¿Aún tomas el té con miel, cariño?

—Sí, lo de Gwen quedó atrás hace mucho. No, no tomo miel; nunca he tomado.

—Actrices, camareras, oficinistas, ricas herederas, por no hablar de las colgadas —continuó su madre.

—¿Las qué?

—¿Tú las llamas grupis?

—Yo no conozco a ninguna grupi. Hay más grupis en tu mundo que en el mío.

—¿A qué demonios te refieres, cariño?

—En los congresos del tatuaje debe de haberlas —dijo él.

—Deberías ir a un congreso del tatuaje, Jack. Así no te darían tanto miedo.

—Te llevé al Baile del Plumífero —le recordó.

—Sí, pero no entraste en el Palladium —dijo ella.

—¡Había una banda de motoristas frente al Palladium!

—Dijiste que ya tenías suficiente con ver un montón de tetas postizas de noche, y que no estabas dispuesto a acercarte a un puñado de tetas postizas a plena luz del día. Eso es exactamente lo que dijiste. La verdad, ese vocabulario tuyo...

—Mamá...

—La inglesa con la que estuviste en Londres... ¡era de mi edad! —exclamó Alice. Jack la observó mientras echaba la miel en el té.

La puerta que daba a Queen Street se abrió y tintineó la campanilla, como si Alice la Hija fuese una tienda que vendía tapetes de encaje o felicitaciones de cumpleaños. La chica que entró padecía alguna clase de inflamación a causa de su último *piercing*; un objeto semejante a un gemelo le volvía el labio inferior hacia fuera. Tenía una cadena con una bolita prendida a una ceja, que llevaba afeitada, pero solo se le veía inflamado el labio inferior.

—¿En qué puedo servirte, querida? —preguntó Alice—. Acabo de preparar té. ¿Te apetece un poco?

—Sí, supongo —contestó la chica—. No acostumbro a tomar té, pero vale.

—Jack, sírvele un poco de té a la señorita, por favor —dijo su madre.

La chica tenía dieciocho años, veinte como mucho. Era morena y llevaba el pelo sucio; vestía vaqueros y una camiseta de Grateful Dead.

—Joder, te pareces a Jack Burns —le dijo a Jack—, solo que tú tienes una pinta normal.

Alice había puesto música, un disco de Bob, naturalmente.

—Jack es hijo mío —dijo Alice a la chica del *piercing*—. ¡Es Jack Burns!

—¡Guau! —exclamó la chica—. Seguro que has estado con un montón de mujeres, ¿eh?

—No tantas —respondió él—. ¿Tomas el té con miel?

—Sí, claro —dijo ella; se tocaba continuamente el labio, al parecer dolorido, con la punta de la lengua.

—¿Qué clase de tatuaje te interesa, querida? —preguntó Alice a la chica. (En el escaparate de Alice la Hija un cartel rezaba: NO HACEMOS PIERCINGS. La chica tenía que haber entrado allí por un tatuaje).

La chica se desabrochó los vaqueros y, metiendo los pulgares bajo la cinturilla de las bragas, dejó a la vista parte del vello púbico, sobre el que se veía una abeja

suspendida. El cuerpo de la abeja no era mayor que la falange del meñique de Jack; sus alas translúcidas eran un borrón amarillo. El cuerpo de la diminuta abeja era de un dorado un poco más intenso.

—El pigmento dorado tiene su complicación —comentó Alice, quizá con tono admirativo; Jack no estaba seguro—. Yo cojo un amarillo vivo y lo mezclo con rojo ladrillo, o también puede usarse lo que llaman bermellón, lo mismo que el sulfato de mercurio. Eso lo mezclo con melaza.

Jack estaba casi convencido de que aquello era pura invención en sus tres cuartas partes. Alice no revelaría a cualquiera, así sin más, cómo elaboraba sus pigmentos, y menos a una no profesional.

—¿Melaza? —repitió la chica.

—La combino con un poco de hamamélide de Virginia —explicó Alice—. Es complicado conseguir un dorado de buena calidad.

Jack pensó que lo del hamamélide de Virginia sí era verdad.

La chica se miró la abeja con otros ojos.

—Me hice la abeja en Winnipeg —les dijo.

—En Tatuajes para el Individuo, imagino —dijo Alice.

—Sí, ¿los conoces? —preguntó la chica.

—Claro que los conozco. Winnipeg no es precisamente un sitio como para perderse. ¿Así que quieres una flor para la abeja? —preguntó a la chica.

—Sí, pero no acabo de decidir qué clase de flor —contestó ella.

Jack se encaminaba hacia la puerta. Consideró que prefería arriesgarse en Queen Street; probablemente un admirador (o un chiflado) lo reconocería, pero Jack Burns ya no necesitaba ver cómo le hacían a alguien un tatuaje.

—¿Adónde vas, Jack? —preguntó Alice sin mirarlo.

Extendía el *flash* de las distintas flores para enseñárselo a la chica de la abeja.

—No hace falta que te marches —dijo la chica a Jack—. Puedes mirar me lo haga donde me lo haga.

—Eso depende —dijo Alice.

—Nos veremos en casa —dijo Jack a su madre—. Os llevaré a ti y a Leslie a cenar.

Tanto a Alice como a la chica pareció decepcionarles que se marchara Jack. Se oían los aullidos de Bob Dylan. (*Idiot Wind*. Jack siempre recordaría esa canción). Jack no pensaba en la chica; intentaba descifrar con mayor claridad la cara de decepción de su madre. «¿Qué te molesta de mí?», deseó preguntarle Jack, pero no delante de la chica de la abeja.

«*Someone's got it infor me*», se lamentaba Bob. [«Alguien la tiene tomada conmigo»]. Siempre que Jack visitaba Toronto, se sentía así. «*They say I shot a man named Gray and took his wife to Italy*», siguió cantando Bob. «*She inherited a million bucks and when she died it came to me*». [«Dicen que maté a tiros a un hombre llamado Gray y que me llevé a su mujer a Italia. Ella heredó un millón de

dólares y cuando murió fueron para mí»]. Jack cantó la siguiente frase en voz alta, acompañando a Bob, sin apartar la mirada de su madre.

—*I can't help it if I'm lucky* [«Qué le voy a hacer si soy un tío con suerte»] — cantó, porque ese era el ingrediente principal de la expresión de su madre. ¡Pensaba que él había tenido suerte en la vida!

—¡Por ahora, Jack, por ahora! —gritó Alice cuando él ya salía a Queen Street y cerraba la puerta de Alice la Hija.

## **IV - Dormir entre las agujas**

## 23 - Billy Rainbow

Jack participaba en la campaña de promoción de una película en Nueva York. («Acatando la orden de marcha de Miramax», como Emma decía). Lo único memorable de esa entrevista en particular no fue la primera pregunta, que ya le habían hecho antes cien veces, sino la descomunal torpeza con que la periodista la formuló; eso, y el hecho de que Emma telefonease en medio de la manida pregunta, y de que fuera la última vez que Jack oyó su voz.

La entrevistadora, una matrona de acento desconcertante, era la misma periodista de Hollywood Foreign Press que, en una campaña de promoción anterior, había preguntado a Jack si, en su interpretación, tomaba como modelo al joven Martin Sheen en *Apocalypse Now*. La mujer bebía una Coca-Cola Light y fumaba un cigarrillo mentolado; su aliento endulzado artificialmente flotaba hacia él como el humo de un incendio en una fábrica de caramelos de menta.

—El capitán Willard lleva el pelo corto —había contestado Jack en aquella ocasión.

—¿El capitán qué?

—El personaje de Martin Sheen en *Apocalypse Now*, el capitán Willard —explicó él—. No estoy cien por cien seguro de su rango.

—No me refería al pelo —dijo la periodista con su extraño acento.

—Conscientemente, no tomo como modelo a Martin Sheen de joven —contestó Jack—. Tampoco me propongo matar a Marlon Brando.

—¿Se refiere a Marlon Brando de joven? —preguntó la mujer de Hollywood Foreign Press.

—En la película que ha mencionado —explicó él, despacio—, el personaje de Martin Sheen tiene la misión de matar a Marlon Brando, ¿recuerda? No a un Marlon Brando precisamente joven.

—Dejémoslo —dijo ella—. Pasemos a otra cosa.

Esta vez planteó la pregunta con una falta de tacto inaudita, pero al menos había dejado atrás a Martin Sheen.

—¿Es usted una persona que, aun sin ser homosexual, se identifica psicológicamente con el sexo opuesto? Con las mujeres, quiero decir.

—¿Si soy travestí? ¿Eso quiere decir?

—¡Sí!

—No.

—Pero siempre se viste de mujer, o parece estar pensando en eso..., en vestirse de mujer, quiero decir..., incluso cuando va vestido de hombre.

—En este momento no estoy pensando en vestirme de mujer —contestó Jack—. Eso solo lo hago de vez en cuando en alguna película; o sea, cuando actúo, ya me entiende.

—¿Está escribiendo sobre eso?

—¿Sobre el hecho de vestirme de mujer?

—¡Sí!

—No.

Sonó el teléfono móvil. Por norma, no contestaba al teléfono en medio de una entrevista, pero Jack vio que la llamada era de Emma, y últimamente ella andaba deprimida. Emma estaba perdiendo la batalla contra el peso; desde que él se había marchado, lo llamaba cada mañana para comunicarle cuánto pesaba. Era casi la hora de comer en Nueva York, pero Jack sabía que Emma acababa de levantarse en Los Angeles.

Le había dicho que tenía una entrevista detrás de otra las veinticuatro horas del día; Emma sabía de sobra en qué consistía una campaña de promoción. Un tanto exasperado, Jack entregó su móvil a la periodista de Hollywood Foreign Press.

—Esta mujer no va a dejarme en paz —dijo a su entrevistadora—. Explíquele que estoy en medio de una entrevista. A ver hasta dónde consigue llegar.

Jack esperaba, al menos, que la periodista de Hollywood Foreign Press perdiese el hilo de sus razonamientos. Sabía de antemano que la entrevistadora no tendría suerte si intentaba hacerle perder el hilo a Emma.

—¿Aló? —dijo la mujer que veía en él algún parecido con Martin Sheen de joven.

De pronto dio la impresión de que Emma hablaba en italiano; Jack, claro está, reconoció el juego.

—Dígale por favor a Jack Burns que Maria Antonietta Beluzzi está al teléfono.

—Lo siento. Jack Burns está en medio de una entrevista —contestó la mujer de Hollywood Foreign Press.

—Dígale que echo de menos agarrarle el pene —dijo Emma.

—Es una tal señora Beluzzi —informó a Jack la entrevistadora, y le devolvió el móvil—. Parece urgente.

—¿Y bien? ¿Cuánto pesas esta mañana? —preguntó Jack a Emma.

—¡Noventa y tres putos kilos! —se lamentó Emma en voz tan alta que la periodista la oyó.

—Tienes que ponerte a dieta, Emma —dijo él por centésima vez.

En 1977 Jack Burns tenía treinta y dos años; Emma tenía treinta y nueve. Él gozaba de un metabolismo mejor que el de ella, y siempre había vigilado lo que comía. Pero ahora que Jack había pasado la barrera de los treinta, incluso él debía ser más estricto con la dieta.

Emma no entendía qué era una dieta. La botella de vino tinto de cada noche se había convertido en dos; comía pasta al mediodía. A sus casi cuarenta años, su plato preferido seguía siendo el puré de patatas al gorgonzola. Jack no se cansaba de decírselo: podía pasarse el día entero en la máquina de abdominales del Four Seasons de Beverly Hills, podía levantar en banco un peso equivalente al suyo propio, y no quemar semejante cantidad de hidratos de carbono.



Jack advirtió que la periodista de Hollywood Foreign Press lo estaba anotando todo, hasta los «noventa y tres putos kilos», como más tarde leería Jack en la entrevista. Incluso escribió correctamente María Antonietta Beluzzi; como era lógico, la periodista resultó ser italiana.

—Emma... —empezó a decir Jack.

«La llama Emma y le dice despiadadamente que se ponga a dieta», escribiría la mujer de Hollywood Foreign Press.

—Os podéis ir a la mierda tú y tu dieta, Jack —contestó Emma con aspereza por teléfono—. Quiero que sepas que te he tenido muy en cuenta en mi testamento. —A continuación colgó.

—¿Su novia? —preguntó la entrevistadora—. O sea, una de ellas.

—Algo así —respondió Jack.

—¿Es actriz la señorita Beluzzi?

—Es una estanquera voluptuosa —dijo él. Aunque esto la periodista no lo anotó, la palabra «voluptuosa» llegó de algún modo a la entrevista publicada, pero en alusión a *Emma*.

—Supongo que tiene, o ha tenido, muchas novias —dijo la entrevistadora a Jack.

—Ninguna en serio —respondió él por centésima vez, con perdón de Michele Maher.

Jack estaba cansado. Había concedido demasiadas entrevistas a demasiados periodistas indiscretos e insinuantes. Pero no era excusa. No debería haber perdido el control de esa entrevista. No debería haber consentido de manera tan imprudente, incluso intencionada, que aquella mujer de Hollywood Foreign Press imaginase nada de lo que tal vez quería imaginar, pero lo consintió.

Naturalmente no era la entrevista lo que le preocupaba; en realidad, esas cosas no ocasionaban grandes perjuicios, o no por mucho tiempo. Pero el hecho de que las últimas palabras de Emma a Jack mencionasen su *testamento...*, en fin, eso le causaría un daño irreparable.

Cuando la entrevista se publicó, Emma estaba muerta, y la periodista italiana de Hollywood Foreign Press había inferido que él no podía tener una relación con Maria Antonietta Beluzzi, la estanquera de grandes pechos que aparecía en *Amarcord* de Fellini. (¡La señorita Beluzzi tenía edad para ser la abuela de Jack!).

La mujer con quien Jack hablaba debía de ser Emma Oastler, escribió la periodista —como se sabía, él y Emma, que eran *solo compañeros de piso*, vivían juntos—, y cualquiera que hubiese visto recientemente a la famosa autora se habría percatado de que padecía exceso de peso, aunque no que pesaba nada menos que noventa y tres kilos. (En este contexto, el uso de la palabra «voluptuosa» por parte de Jack parecía una burla de la gordura de Emma).

Además, concluyó la italiana, se decía que Emma estaba deprimida porque su tercera novela —después de muchos años, era aún una obra en curso— salía demasiado larga.

«¿Tan larga es?», preguntarían todos los periodistas a Jack tras la muerte de Emma. Pero para entonces había aprendido, por las malas, a tener más cuidado con la prensa.

En aquel viaje a Nueva York, Jack se alojaba en The Mark. Había reservado habitación a nombre de Billy Rainbow, el personaje que interpretaba en la película de inminente estreno que promocionaba en esa campaña. Habitualmente se registraba en los hoteles con el nombre del personaje que había interpretado en su película más reciente aún sin estrenar. Así, los admiradores de Jack Burns no lo localizaban.

No todos eran precisamente admiradores. Algunas de las «pájaras con pájaro» se habían tomado a mal que Jack desmintiese una y otra vez ser transexual o travestido. En casi todas las entrevistas, Jack sostenía que se vestía de mujer solo de vez en cuando, y solo en las películas. Los transexuales y travestidos *auténticos* se ofendían; decían que Jack «solo actuaba». ¡Pues claro que actuaba!

Así pues, Jack se registró en The Mark como Billy Rainbow; en recepción filtraban todas sus llamadas. Jack siempre le decía a su madre dónde se alojaba —y cuál era, en cada ocasión, su identidad— y por supuesto lo sabían Emma; su agente, Bob Bookman, y su abogado, Alan Hergott. Y el publicista de los estudios para quien había hecho su película más reciente, en ese caso Erica Steinberg, de Miramax. Naturalmente, lo sabía también Harvey Weinstein. Si uno hacía una película para Miramax, Harvey sabía dónde se alojaba y con qué nombre.

Por esas fechas, Jack se acostaba con la conocida violonchelista Mimi Lederer, así que también ella sabía dónde se alojaba. De hecho, estaba en la cama con ella en The Mark, dormido, cuando Emma murió.

Esa noche, después de la cena, Mimi había llevado el violonchelo a la habitación de Jack; desnuda, había tocado dos solos para él. Durante la cena Jack se había sentido un tanto incómodo, porque Mimi se negaba a dejar el violonchelo en la consigna. El enorme instrumento, en su funda, ocupaba una tercera silla a la mesa; Mimi lo miraba de vez en cuando, como si esperase que el violonchelo dijese algo.

Jack no explicó a Mimi que, de niño, había conocido a otra violonchelista, de nombre Hannele, una estudiante de música de la academia Sibelius y novia (una de las dos) de su padre en Helsinki. Hannele compartió un tatuaje con su amiga Ritva. Hannele se hizo el lado vertical izquierdo de un corazón partido en dos; se lo tatuó en el pecho, en el lado del corazón. Y Hannele llevaba las axilas sin afeitar, eso Jack lo recordaría siempre.

Mientras Mimi Lederer tocaba para Jack en la habitación del hotel The Mark, él se estremeció al recordar la postura de Hannele mientras la tatuaban, sentada como Mimi, quizá como todas las violonchelistas, con las piernas muy abiertas. Fue en ese momento cuando Jack se preguntó si Hannele habría tocado alguna vez desnuda para su padre, y eso lo indujo una vez más a preguntarse si él era como William. (Como

William era con las mujeres, concretamente).

Jack recordaría lo que Mimi Lederer tocó para él esa noche en The Mark, cuando Emma aún vivía: un solo de violonchelo, parte de algún trío de Mozart. (Jack se había empeñado en aprender lo menos posible de música clásica porque le recordaba la música de órgano, o la música de iglesia, que le recordaba a su padre fugitivo).

«Divertimento en mi bemol mayor», le susurró Mimi Lederer antes de empezar a tocar. Como Hannele, quizá como todas las violonchelistas, Mimi era una mujer alta de brazos largos y pechos pequeños. Inevitablemente, Jack se preguntó si los pechos las estorbaban al tocar el violonchelo.

La segunda pieza que Mimi interpretó desnuda para él pertenecía a un cuarteto de cuerda de Beethoven. «*Razumovsky* Opus Cincuenta y nueve», musitó Mimi. «Número uno». A Jack le dolían los dientes solo de oír los títulos de las piezas de música clásica. ¿Por qué a los compositores no se les ocurrían títulos mejores? Pero era maravilloso contemplar el control de Mimi Lederer sobre aquel enorme instrumento que con tanta seguridad rodeaba con las piernas.

Dormían aún cuando sonó el teléfono. Era demasiado temprano para ser Emma, eso fue lo primero que pensó Jack. Toronto, como Nueva York, estaba en el huso horario de la Costa Este; esa fue la segunda idea que afloró a su cabeza. Vio que pasaba un poco de las seis de la mañana. Demasiado temprano también para ser su madre, o eso pensó Jack.

Erica Steinberg, mujer amable y con mucho tacto, no lo llamaría tan temprano, y Erica sabía que Jack se acostaba con Mimi Lederer; Erica lo sabía todo. Jack pensó que quizá la llamada fuese de Harvey Weinstein. Él telefoneaba cuando le venía en gana; ya en otras ocasiones había telefoneado temprano a Jack. Acaso Jack hubiese dicho algo que no debía decir en alguna de sus entrevistas.

En todo caso, Mimi Lederer y Jack tenían que madrugar, aunque no tanto. A Jack le esperaba otro día de promoción; Mimi daba una clase en Juilliard y luego debía tomar un avión. Mimi formaba parte de un trío o de un cuarteto; ofrecían un concierto en Minneapolis, o quizás en Cleveland. Jack no lo recordaba.

—Debe de ser el servicio de habitaciones —dijo Mimi—. Seguro que tienen alguna duda con tu desayuno. Ya te lo dije anoche, Jack: deberías pedir un desayuno normal.

Mimi había hecho una montaña de un grano de arena con el pedido de Jack para el desayuno; su «manifiesto del desayuno», lo llamaba. Los empleados del servicio de habitaciones de The Mark (como en la mayoría de hoteles neoyorquinos) se las veían y se las deseaban con el inglés como segunda lengua. Jack debería haberse limitado a marcar las casillas de lo que quería para el desayuno, había dicho Mimi; no debería haber escrito una «tesis» en la tarjeta que colgaban de la puerta.

Pero uno tenía que precisar cómo quería el huevo pasado por agua, había aducido Jack, ¿y tan complicado era entender «yogur desnatado o, en caso contrario, *ningún* yogur»?

—Será Harvey Weinstein —dijo Jack a Mimi, y descolgó por fin—. ¿Sí? —contestó por el auricular.

—Es su madre, señor Rainbow —anunció el joven de recepción.

En la película, Billy Rainbow no tiene madre, pero Jack contestó:

—Póngame con ella, por favor.

«¿Dónde estará?», se preguntaba. (Según Mimi Lederer, Jack seguía aún medio dormido).

Se había celebrado un congreso en torno al tatuaje en Santa Rosa. ¿Y cuándo fue a verlo su madre a Los Angeles, de camino hacia allí o en el camino de vuelta? Había sido en el camino de vuelta, recordó Jack vagamente; se lo había contado todo sobre el congreso.

Se había celebrado en el hotel Flamingo, o quizá fuese el Pink Flamingo. Había comentado algo sobre una banda de blues, posiblemente los Wine Drinkin' Roosters. Le habló a Jack en detalle de todos los presentes.

Como ella misma admitió, fue una juerga de tres días; los artistas del tatuaje iban de juerga como menores de edad ebrios. Alice estaba deshecha en el viaje de regreso desde Santa Rosa. ¿Cómo podía haberse olvidado Jack del número del tragasables de Captain Don que ella le había contado? ¿O de Suzy Ming, la contorsionista, quien a fuerza de retorcerse había llegado a ocupar un lugar en la memoria de todos, aunque no en la historia del arte? (Así que su madre no llamaba desde Santa Rosa).

París, quizás; eso explicaría lo temprano que llamaba. Era mediodía en París; tal vez Alice había calculado mal la diferencia horaria. Pero ¿no había vuelto también de París?

Sí, recordó Jack, había vuelto. Ella le contó que se había encontrado allí con el Tío Pauly y el Pequeño Vinnie Myers, entre otros artistas del tatuaje. No había sido un congreso, no exactamente; había sido un encuentro para *planear* un Mundial *du Tatouage* en París. Con toda probabilidad la idea había surgido de Tin-Tin, que, en opinión de Alice, era el mejor artista del tatuaje de París. Sin duda Stéphane Chaudesaigues de Aviñón había estado allí, y Filip Leu de Lausana; quizás incluso Roonui de Mooréa, de la Polinesia Francesa.

Todos se alojaban en el mismo hotel del barrio chino. «A un paso del Moulin Rouge, en la misma calle», había dicho Alice a Jack. Le Tribal Act, un grupo de *body-piercing*, les ofreció un espectáculo inolvidable aquella velada: levantaron algunos objetos domésticos sorprendentes con los pezones y con los penes, y con otras partes perforadas.

¡Pero de eso hacía semanas (quizá meses)! La madre de Jack telefoneaba desde Toronto, donde era tan temprano como en Nueva York. Jack debía de estar realmente en las nubes.

—¡Ay, Jackie, lo siento, lo siento mucho! —exclamó su madre por teléfono.

—Mamá, ¿estás en Toronto?

—Claro que estoy en Toronto, cariño —dijo con repentina indignación—. ¡Ay, Jackie, es horrible!

Quizás había perdido el conocimiento en Alice la Hija a causa de una borrachera o de un colocón. Acababa de despertarse después de dormir una noche entre las agujas, imaginó Jack. O había muerto uno de sus colegas del mundo del tatuaje, uno de los veteranos; quizás un tatuador marítimo dormía *eternamente* entre las agujas. Su viejo colega Jerry el Marino, acaso, amigo suyo desde los tiempos de Halifax y aprendiz, junto con ella, de Charlie Snow.

—Me duele tener que darte esta noticia, cariño —dijo Alice.

A Jack se le pasó por la cabeza que quizá Leslie Oastler la había abandonado... ¡por otra mujer!

—Mamá, habla de una vez, por lo que más quieras.

—Es Emma. Emma nos ha dejado, Jack. Nos ha dejado.

—¿Adónde ha ido, mamá?

Pero supo la respuesta al mismo tiempo que hacía la pregunta, y de pronto notó el teléfono frío en la oreja. Jack vio el cegador destello azul del Pacífico, tal como uno lo ve por primera vez al abandonar Sunset Boulevard y descender a toda velocidad por Chautauqua. Abajo, según la hora del día, el tráfico está casi parado o avanza rápido como una exhalación en los carriles de la Pacific Coast Highway, a veces parece un mar de coches, y siempre está la lengua de cemento, la última barrera entre uno y el fabuloso océano de la Costa Oeste.

—¿Cómo? —preguntó Jack a su madre.

No se dio cuenta de que estaba sentado en la cama y temblaba, no hasta que Mimi Lederer lo abrazó por detrás tal como abrazaba su violonchelo. Lo rodeó con sus largos brazos; sus largas piernas, muy abiertas, se ciñeron a sus caderas.

—Leslie ha salido ya hacia el aeropuerto —prosiguió Alice como si no lo hubiese oído—. Tendría que haberla acompañado, pero ya conoces a Leslie. ¡Ni siquiera lloraba!

—Mamá, ¿qué le ha pasado a Emma?

—No, Emma no, no —exclamó Mimi Lederer. Envolvía a Jack como una mortaja; él notó el roce de sus labios en la nuca.

—¡Jack, no estás solo! —dijo su madre.

—¡Claro que no estoy solo! ¿Qué le ha pasado a Emma, mamá?

—Según parece, deberías haber estado con ella, Jack.

—Mamá...

—Emma estaba bailando —empezó Alice—. Conoció a un chico bailando. Leslie me dijo el nombre del local. ¡Ay, es horrible! Algo así como Coconut Squeezer.

—Teaszer, mamá, no Squeezer. Coconut Teaszer.

—Emma se llevó al chico a casa —continuó Alice.

Jack supo que si Emma se había llevado a un chico del Coconut Teaszer al

cuchitril de Entrada Drive, no había muerto bailando.

—¿De qué ha muerto Emma, mamá?

—¡Ay, es horrible! —repitió Alice—. Han dicho que fue un ataque al corazón, pero era joven.

—¿Quiénes lo han dicho? ¿A quiénes te refieres? —preguntó Jack.

—La policía... Han llamado aquí. Pero ¿cómo ha podido tener un ataque al corazón, Jack?

En el caso de Emma —pese a sus treinta y nueve años— no le costaba imaginarlo teniendo en cuenta la alimentación, el vino, las pesas y algún que otro chico del Coconut Teaszer. Pero Emma no consumía drogas. Ultimamente el número de chicos del Coconut Teaszer había ido en aumento. (Tanto Emma como Jack habían coincidido en que el riesgo era menor con los chicos jóvenes que con los culturistas).

—Probablemente le harán la autopsia —dijo Jack a su madre.

—¿Una autopsia... si fue solo un ataque al corazón? —preguntó Alice.

—En principio uno no tiene ataques al corazón a los treinta y nueve años, mamá.

—El chico era... menor de edad —susurró Alice—. La policía no hará público su nombre.

—¿Qué más da su nombre? —dijo Jack. Habían sido cada vez más los chicos que a él le parecían menores de edad. ¡La pobre Emma había muerto follándose a un menor del Coconut Teaszer!

En cuanto al chico, Jack no pudo por menos de imaginar lo traumática que habría sido la experiencia. Sabía que a Emma le gustaba ponerse encima, y que le habría dicho al chico que no se moviese. (Quizás él se había movido). Si el chico era virgen —y *pequeño*, si no Emma no lo habría elegido—, ¿qué debía de haber sentido al morir sobre él, su primera vez, una mujer de noventa y tres kilos?

—El chico avisó a la policía —prosiguió su madre; aún hablaba en susurros—. Ay, Jack, ¿tenía Emma por costumbre...?

—A veces —se limitó a decir él.

—Debes reunirte con Leslie en Los Angeles, Jack. No la dejes pasar sola por esto. Conozco a Leslie. Al final se vendrá abajo.

A Jack le costaba imaginarlo, pero le incomodaba la idea de que la señora Oastler estuviese sola en la casa de Entrada Drive. ¿Qué habría dejado Emma tirado por allí? La perspectiva de que Leslie descubriese la colección de películas porno de Emma no le inquietaba tanto como la posibilidad de que leyese los *textos* de Emma, aquello que Emma no había terminado y que no quería publicar. Jack no había visto una sola palabra de la obra inacabada de Emma, su tercera novela, que, según decían, salía demasiado larga.

—Me marcharé de Nueva York en cuanto pueda, mamá. Si llama Leslie, dile que estaré en Los Angeles antes de la noche.

Sabía que Erica Steinberg era buena persona; daba por sentado que lo eximiría de las restantes entrevistas de la campaña de promoción.

Cuantos conocían a Jack sabían que Emma formaba parte de su familia. Al final, Miramax se lo organizó todo, incluso el coche al aeropuerto. Erica le reservó el pasaje y hasta se ofreció a viajar con él. No era necesario que lo acompañase, le dijo Jack, pero le agradecía el ofrecimiento.

Esa mañana Jack recibió otra llamada en la habitación del hotel The Mark. Mimi Lederer no se había equivocado: su pedido para el desayuno había confundido al servicio de habitaciones. Aunque había dejado de temblar, Mimi lo abrazaba todavía como si fuese su violonchelo cuando sonó el teléfono por segunda vez.

—Me la trae floja el yogur —oyó Mimi que decía Jack por teléfono—. Cualquier yogur me sirve.

—¿Estás bien, Jack? —preguntó Mimi.

—Emma ha muerto —replicó él—. Supongo que puedo dejar para otro día mis preocupaciones por el puto yogur.

—¿Estás actuando? —preguntó ella—. Me refiero a ahora, ¿estás actuando incluso ahora?

Jack no sabía a qué se refería, pero Mimi se había tapado con la sábana como si se hallase ante un desconocido.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—¿Qué te pasa a ti, Jack?

Estaban los dos sentados en la cama, y Jack se veía en el espejo del tocador. No había nada raro en él, pero ese era el problema. No daba la impresión de que su mejor amiga hubiese muerto; al contrario, daba la impresión de que no le había ocurrido nada. Su rostro era una pizarra sin nada escrito: «Más *noir* que *noir*», habría dicho el *New York Times*.

Jack no podía dejar de mirarse, y ese era otro problema. Mimi Lederer dijo más tarde que no soportaba verlo, no en ese momento.

—Esto no es una película, Jack —comenzó a decir Mimi, pero Jack la miró como si en realidad fuese Billy Rainbow—. ¿Por qué no lloras? —preguntó Mimi Lederer.

Jack fue incapaz de contestar, y las lágrimas se le daban bien. Cuando el papel le exigía llorar, empezaba cuando oía decir al ayudante de dirección: «Silencio, por favor».

«Rodando», decía el cámara; a Jack se le habían humedecido ya los ojos.

«Grabando», decía el sonidista; Jack tenía el rostro bañado en lágrimas.

Cuando el director (incluso Bill Vanvleck el Desquiciado) exclamaba: «¡Acción!»... en fin, Jack era capaz de llorar ante la cámara a moco tendido. ¡Se le empañaban los ojos solo de leer un guión!

Pero esa mañana en The Mark exhibió la impavidez *noir* de que siempre había hecho gala en el cine y fuera. Era tan impenetrable como Emma cuando escribió: «La vida es una hoja de ruta. Se supone que uno ha de presentarse allí donde le dicen,

pero esa es la única norma».

Eso era lo que Jack Burns haría: iría a Los Angeles solo por presentarse allí. Seguramente cogería a la señora Oastler de la mano, porque era lo que *debía* hacer, esas eran las normas.

—Por Dios, Jack... —empezó a decir Mimi Lederer; de pronto dejó de hablar. Jack advirtió entonces, como si se le hubiese escapado algo de lo que Mimi había dicho, que ella estaba vistiéndose—. Si no querías a Emma, nunca querrás a nadie —decía Mimi—. Era la persona más cercana a ti, Jack. ¿Puedes amar a alguien? Si no la amabas a ella, sospecho que no.

Jack no volvió a saber nada de Mimi Lederer, y Mimi le gustaba, le gustaba de verdad. Pero él dejó de gustarle a ella después de esa mañana en *The Mark*. Antes de marcharse, Mimi dijo que no lo conocía. Pero lo espantoso era que el propio Jack no se conocía a sí mismo.

Como actor podía ser cualquier persona. En la pantalla, el mundo entero había visto llorar a Jack Burns, como hombre y como mujer. Se le había corrido el rímel muchas veces: ¡cualquier cosa por una película! Sin embargo, Jack no podía llorar por Emma; esa mañana en *The Mark* no derramó una sola lágrima.

Era aún muy temprano cuando salió del hotel camino del aeropuerto. El conserje era un hombre joven al que Jack no había visto antes, quizás el mismo que le había pasado la llamada de Alice. Naturalmente el conserje sabía que era el auténtico Jack Burns, todo el mundo lo sabía. Pero cuando Jack salía, el conserje levantó la voz y habló con la mayor sinceridad, como el que emplean los jóvenes cuando de verdad desean complacer a alguien.

—¡Buenos días, señor Rainbow!

Al final resultó que Jack se había equivocado al pensar que Emma había muerto de un ataque al corazón, que normalmente presenta algunos síntomas conocidos antes de la muerte, como sudor, insuficiencia respiratoria, mareos y dolores en el pecho. Emma Oastler murió de una dolencia cardíaca llamada síndrome de QT largo, una enfermedad hereditaria que afecta a los canales de sodio y potasio del corazón. (Esto, a su vez, provoca anomalías en el sistema eléctrico del corazón). Emma murió de una arritmia súbita; fibrilación ventricular, explicó a Jack su médico. El corazón dejó de bombearle de pronto; Emma murió incluso antes de darse cuenta de que no se encontraba bien.

Con el síndrome de QT largo, a menudo la muerte repentina es el primer indicio del problema. En el sesenta por ciento de los pacientes, un electrocardiograma en estado de reposo revela una anomalía, que alerta al médico sobre la posibilidad de la dolencia. Sin embargo, el otro cuarenta por ciento da resultados completamente normales en los reconocimientos médicos, a menos que se realice un electrocardiograma en esfuerzo. (El médico de Emma dijo a Jack que Emma nunca se



había sometido a ninguno).

El médico le explicó a continuación que un episodio fatal podía desencadenarse a causa de un ruido fuerte, una emoción extrema o un desequilibrio electrolítico que, a su vez, podía deberse a la ingestión de alcohol o a la práctica del sexo.

El chico del Coconut Teaszer —cuyo nombre nunca se haría público— declaró que Emma se había desplomado sobre él de manera tan espontánea que sencillamente pensó que era así como a ella le gustaba el sexo, terreno en el cual aquella era, para él, la primera experiencia. Había seguido las instrucciones de Emma al pie de la letra; no se había movido. (Probablemente estaba demasiado asustado para moverse). Tras conseguir librarse del postrer abrazo de Emma, el chico avisó a la policía.

Dado el carácter genético del síndrome, los familiares sobrevivientes de Emma tendrían que ser examinados. Leslie Oastler era la única sobreviviente, y no presentaba indicios de la anomalía. Su exmarido, el padre de Emma, había muerto hacía varios años, al parecer mientras dormía.

«El muy mamón», como diría Leslie.

Jack llegó a casa sin tiempo de prepararse para la señora Oastler. En el avión había pensado en Emma, no en Leslie. (Había reflexionado sobre la carencia de emoción que él mismo padecía, si esa era la palabra correcta para definir aquello de lo que carecía).

Leslie Oastler se abalanzó sobre Jack como un ciclón. «Conozco a Leslie», había dicho Alice. «Al final, se vendrá abajo». Pero de momento el dolor de la señora Oastler no se había manifestado, solo su ira.

Leslie salió a recibirlo a la puerta.

—¿Dónde carajo está la novela de Emma, Jack? Me refiero a la nueva.

—No sé dónde está la novela de Emma, Leslie.

—¿Dónde está tu novela, Jack? O esa mierda que en teoría estás escribiendo... ¡Ni siquiera tienes ordenador!

—No trabajo en casa —contestó él. Eso no era exactamente mentira: por lo que se refería a la parte de su vida que dedicaba a escribir, Jack no trabajaba *en ningún sitio*.

—Ni siquiera tienes máquina de escribir —dijo la señora Oastler—. ¿Escribes a mano?

—Sí. Da la casualidad de que me gusta escribir a mano. —Eso tampoco era exactamente mentira. Lo poco que escribía (las listas de la compra, las notas en los guiones, los autógrafos) era siempre a mano.

La señora Oastler había inspeccionado el ordenador de Emma a fondo. Había buscado la novela de Emma bajo todos los nombres que se le ocurrieron; en el ordenador de Emma no había nada con un nombre que incluyese la palabra «novela», o el número tres, o la palabra «tercera». Tampoco había nada que se pareciese al título de una obra en curso.

El chico del Coconut Teaszer debía de ser muy convincente, porque la policía en ningún momento trató la casa de Entrada como lugar de un delito. Y dado que Emma

era una autora famosa —aunque el chico ni siquiera supiese que era escritora—, tanto la policía como el médico de Emma llevaron a cabo su trabajo de manera expeditiva y sin gran revuelo.

La señora Oastler, por el contrario, había puesto la casa patas arriba. Fueran cuales fuesen los desperfectos ocasionados por la muerte espontánea de Emma encima del chico del Coconut Teaszer, eran mínimos en comparación con el frenético registro de Leslie, que parecía un allanamiento de morada inducido por las drogas: cajones y armarios abiertos de par en par, ropa desperdigada por todas partes. Había encontrado un par de calzoncillos de Jack en la habitación de Emma y un par de bragas y dos sujetadores de Emma debajo de la cama de Jack; había encontrado asimismo el alijo de películas porno de Emma.

—¿Las veáis juntos? —preguntó la señora Oastler.

—A veces, como material de investigación —contestó Jack.

—Gilipolleces.

—Deberíamos salir de aquí, Leslie; déjame que te lleve a cenar. —Jack intentaba imaginar qué más podía haber descubierto la señora Oastler en su registro.

—¿Follabais o no? —preguntó.

—Rotundamente no —respondió él—. Ni una sola vez.

—¿Por qué no? —preguntó la señora Oastler. Jack no tenía una respuesta convincente para eso. Calló—. Os acostabais juntos pero no hacíais nada..., ¿era así, Jack?

Él asintió con la cabeza.

—¿Como la lectora de guiones y el actor porno en la deprimente novela de Emma? —preguntó Leslie.

—Más o menos —fue lo único que pudo decir Jack. No quería dar a la señora Oastler la impresión de que él la tenía demasiado *grande* para Emma, lo que induciría a pensar que lo habían *intentado*. Pero Leslie había extraído sus propias conclusiones, al menos respecto a cómo Emma había hecho frente al vaginismo. (Posición superior; chicos jóvenes a los que, normalmente, podía someter a su voluntad).

Jack no se equivocaba al preguntarle a Emma si existía alguna *causa* de su vaginismo; claro que existía, por más que Emma nunca hubiese sido capaz de decírselo. Había sufrido abusos sexuales cuando tenía nueve o diez años, y el culpable había sido uno de los novios malos de su madre. Sería el último novio de la señora Oastler. Tan traumatizada había quedado Emma que perdió un año de colegio. «Ciertos problemas en casa», era lo único que Jack recordaba haber oído sobre el tema; había supuesto que tenía algo que ver con el divorcio de Leslie.

El último novio de la señora Oastler dio un significado nuevo a la saga del niño estrujado de Emma; a los diez años, quizás había sido ese su primer intento de llevar a la ficción sus quejas personales.

—Hubo un sinfín de visitas traumáticas a consultas de médicos, claro, empezando por el primer examen ginecológico de Emma —explicó Leslie a Jack—. Y odiaba a

su padre; naturalmente, era médico.

Jack no sabía que el padre de Emma se hubiese dedicado a la medicina. Siempre que Emma o su madre lo mencionaban, predominaba la palabra «gilipollas». La palabra «médico», si es que Jack la había oído alguna vez, había quedado excluida de su memoria por la preponderancia de «gilipollas».

—Deja que te lleve a cenar, Leslie —repitió Jack—. Vamos a alguno de los sitios que le gustaban a Emma.

—Detesto comer —le recordó la señora Oastler.

—Bueno, yo tomo solo una ensalada —dijo Jack—. Vamos a tomar una ensalada a alguna parte.

—¿A quién de los dos le gustaban los condones japoneses? —preguntó Leslie. (Había encontrado incluso los Kimono Ultrafinos de Jack).

—Son míos —respondió—. En One Pico sirven unas ensaladas magníficas.

Su antiguo jefe —Carlos, del American Pacific— trabajaba ahora allí de camarero. Jack telefoneó y le pidió una mesa con vistas al mar y al paseo.

Tenía muchos mensajes en el contestador, pero la señora Oastler aseguró a Jack que no merecía la pena escucharlos; ella ya lo había hecho. Condolencias de amigos; incluso Billy Vanvleck el Desquiciado había llamado. (El Holandés Loco no había dirigido una película en años. Jack temía que hubiese muerto).

Lo único medianamente interesante, dijo Leslie, era la llamada de Alan Hergott para informar a Jack de que había sido nombrado albacea literario en el testamento de Emma. (Alan también era abogado de Emma). Y había llamado Bob Bookman, el agente de ambos; era importante, dijo Bookman, que él y Jack se reuniesen con Alan para hablar del testamento de Emma. (Jack se había enterado hacía poco —en su última y desagradable conversación con Emma— de que había hecho testamento, y de que supuestamente lo había tenido muy en cuenta).

—Seguro que te lo ha dejado todo a ti —comentó la señora Oastler, y extendió el delgado brazo en un amplio gesto que abarcaba el revoltijo de la patética casa de Entrada Drive—. Una gran suerte la tuya.

Mientras Leslie se duchaba y se cambiaba de ropa, Jack escuchó los mensajes del contestador a bajo volumen. Tanto Bob Bookman como Alan Hergott le indujeron a pensar que su papel como «albacea literario» era más trascendente de lo que él preveía; sus voces revelaban una inesperada perentoriedad, que la señora Oastler no había percibido o había preferido pasar por alto.

Leslie se había puesto un sugerente vestido que dejaba la espalda al descubierto, con tirantes alrededor del cuello. La señora Oastler, solo nueve años mayor que Alice, acababa de cumplir los sesenta. Pero iba tan acicalada y tenía la piel tan tersa que aparentaba diez años menos, y ella lo sabía. Llevaba teñido hasta las raíces el pelo oscuro de corte masculino y conservaba firmes los pechos y el pequeño trasero. Únicamente las venas del dorso de las manos la delataban, y ella nunca dejaba de moverlas, como para impedir que los demás posaran en sus manos la mirada.

Leslie anunció que en la habitación de Emma se respiraba el ambiente del escenario de un crimen, y que ella no dormiría allí. Jack le ofreció su habitación, o la habitación de invitados, pero la señora Oastler le comunicó que había reservado una habitación para los dos en el Shutters. Al fin y al cabo, iban a comer en el restaurante del hotel.

—Bien podemos pasar la noche allí —dijo.

—¿Los dos? —preguntó él.

—No debo quedarme sola —dijo ella—. Si te acostabas con Emma y no hacías nada, Jack, supongo que también puedes acostarte conmigo y no hacer nada.

Jack dejó la pequeña bolsa de viaje de Leslie en el asiento trasero del Audi y la llevó al Shutters. El sol ya se había puesto, pero un tenue resplandor rosado alumbraba de fondo el muelle de Santa Mónica; las luces de la noria Ferris estaban encendidas. Bajo el One Pico, los patinadores se deslizaban sin cesar por el paseo. Leslie acompañó su ensalada con una botella de vino tinto; Jack bebió con la suya unos cinco litros de té con hielo.

—Me pregunto de qué serás albacea literario —comentó la señora Oastler. (Mientras ella iba a registrarse en el hotel, Carlos le dijo a Jack que Leslie era la acompañante más atractiva con la que lo había visto en mucho tiempo).

—De su novela, quizá —dijo Jack.

—Y en tal caso, ¿qué harás con ella, Jack?

—Quizás Emma quería que yo decidiese si era apta para publicarse o no —contestó.

—No existe, Jack. No hay ninguna tercera novela. Lo que estaba alargándose demasiado no era la novela, sino el periodo de tiempo en que no había escrito nada —afirmó Leslie.

—¿Eso te lo dijo Emma? —preguntó él, porque de pronto le pareció la verdad.

La señora Oastler se encogió de hombros.

—Emma nunca me contaba nada, Jack. ¿Hablaba contigo?

—De su tercera novela no —admitió él.

—No hay tercera novela —repitió Leslie.

Resultó que la señora Oastler había telefoneado a Alan Hergott. Alan le contestó con cierta vaguedad: el siguiente paso era «de carácter literario»; de hecho, Emma había solicitado explícitamente que se excluyese a su madre del proceso. Incluso la lectura del testamento debía llevarse a cabo en privado, dijo Alan a la señora Oastler; solo Bob Bookman y Jack estaban autorizados a oír lo que Emma deseaba hacer con su patrimonio.

—Pero ¿supones o sabes a ciencia cierta que no hay tercera novela, ni siquiera una obra inacabada? —preguntó Jack a Leslie.

—Es solo una suposición —admitió la señora Oastler—. Con Emma todo eran suposiciones.

—Lo mismo me pasaba a mí —dijo él.

Para sorpresa de Jack, la señora Oastler le cogió la mano. Contempló su hermoso rostro —sus ojos oscuros de mirada vivaz, su boca de labios finos y seductora sonrisa, su nariz pequeña y muy recta—, y se preguntó cómo podía haber surgido de un cuerpo tan firme y esbelto una criatura de las desmedidas dimensiones de Emma.

Las palabras que la señora Oastler pronunció a continuación lo asombraron.

—La muerte de Emma no ha sido culpa tuya, Jack. Eras la única persona que le preocupaba. Una vez me dijo que cuidar de ti era para ella lo más importante.

—A mí nunca me lo dijo —admitió Jack. Habría sido una buena ocasión para llorar, pero no pudo. Y si, como su madre preveía, Leslie Oastler *al final* se venía abajo, no parecía que le hubiese llegado todavía el momento de desmoronarse.

—Pidamos la cuenta —dijo Leslie—. Estoy impaciente por ver qué se siente durmiendo contigo sin hacer nada.

Jack pensó que debían informar a su madre de dónde pasaban la noche. Alice estaría preocupada por Leslie, y en menor medida por Jack. ¿Y si su madre telefoneaba a la casa de Entrada y le salía el contestador? Alice se pasaría la noche llamándolo al móvil.

—La llamaré yo mientras tú vas al baño —dijo la señora Oastler.

Jack se había olvidado de coger un cepillo de dientes. Por un sinfín de razones históricas, Jack prefería no usar el cepillo de Leslie, pero tomó un poco de su dentífrico y se restregó los dientes con el índice.

—Por favor, Jack, usa mi cepillo de dientes con entera libertad —dijo la señora Oastler a través de la puerta cerrada del baño—. De hecho, si tienes la menor intención de besarme, haz el favor de usarlo.

No tenía intención alguna de besar a Leslie Oastler; es decir, no hasta que ella lo planteó. Aun sabiendo que era un error, Jack usó su cepillo para lavarse los dientes.

Cuando Jack salió del cuarto de baño, la señora Oastler ya se había desvestido. Estaba desnuda excepto por unas bragas bikini negras, en siniestra combinación con la cicatriz del corte de bikini y la característica Rosa de Jericó de Alice. Leslie cruzó los brazos sobre sus pechos pequeños y perfectos al pasar por delante de Jack, camino del baño, con un pudor tan inesperado como sus besos más tarde.

Al besar era intimidadora, excitable y fiera, y no cerraba ni por un instante los ojos de mirada alerta y vivaz. Pero Jack tuvo la sensación de que todo en ella era un experimento, de que simplemente llevaba a cabo una prueba.

Después de besarse hasta el agotamiento —tenían que parar ya o pasar a un nivel más serio de juego previo—, la señora Oastler preguntó con toda tranquilidad:

—Le hacías esto a Emma, ¿verdad? Os besabais, quiero decir.

—Sí, nos besábamos.

—¿Os tocabais?

—A veces.

—¿Cómo?

Jack rodeó con las manos los pechos de la señora Oastler.

—¿Y ya está? —preguntó ella.

—Solo tocaba a Emma así —contestó él.

—¿Dónde te tocaba ella, Jack?

Sabe Dios por qué, después de tanto dejarse agarrar el pene a lo largo de su vida, fue incapaz de decir «pene». Jack soltó los pechos de Leslie y, dándose la vuelta, le volvió la espalda. La señora Oastler no vaciló; deslizó uno de sus delgados brazos por la cintura de Jack y cerró la pequeña mano en torno a su pene, que ya tenía duro.

—Así —se limitó a decir él.

—Vaya, muy grande no es —comentó Leslie—. Dudo mucho que Emma hubiese tenido un espasmo muscular involuntario por esto, ¿no te parece, Jack?

—Puede que no —dijo él.

La señora Oastler siguió agarrándose. Jack intentó reprimir la erección por pura fuerza de voluntad, pero fue en vano. Leslie Oastler siempre ejercería cierto poder sobre él, pensaba. Había irrumpido en su infancia a una edad vulnerable, primero con el sujetador de realce —incluso antes de conocerla— y después enseñándole la Rosa de Jericó cuando Jack era tan pequeño que la forma en que llevaba recortado el vello púbico se convertiría para él en una referencia.

De este modo, acumulando sucesos que tanto pueden medirse como no, nos roban la infancia, no siempre con un solo suceso trascendental, sino a menudo mediante una serie de hurtos menores que, sumados, equivalen a la pérdida misma. Sin duda la señora Oastler era una de las ladronas de la infancia de Jack, por más que no pretendiese necesariamente hacerle daño ni, en todo caso, le concediera a eso la menor importancia. Leslie Oastler no era más que una persona a quien le desagradaba la inocencia, o desdeñaba la inocencia por razones que ni siquiera ella tenía claras.

Se había sentido defraudada por su exmarido médico, cuya gran fortuna le venía de familia, y era algo, pues, que tanto él como la señora Oastler daban por sentado. (El doctor Oastler no amasó todo ese dinero con la medicina, no en Canadá). Así pues, la señora Oastler se consagró a la labor de defraudar a los demás; y como Leslie conoció a Alice, Jack acabó bajo el hechizo de Leslie.

En cualquier caso, cuando Emma le agarraba el pene, la erección siempre remitía al poco tiempo; no fue así con la señora Oastler. Jack sabía con certeza que seguiría empalmado mientras ella se lo agarrase, y Leslie no dio señales de ir a soltárselo. Él intentó distraerla con una conversación extemporánea, pero eso solo la indujo a cogerle el pene de manera distinta, o a alternar entre las caricias y los tirones con una indiferencia exasperante.

—Tengo la sensación de que nunca te he dado las gracias como es debido —empezó Jack. Al incumplir el deseo expresado con firmeza por Emma (a saber, que no diese las gracias a su madre), se sintió tan desleal a su querida y difunta amiga como por la continuada erección en la mano de su madre.

—¿Darme las gracias por qué? —preguntó la señora Oastler.

—Por comprarme ropa... para Redding y para Exeter. Por pagar las

mensualidades en los dos colegios. Por cuidar de nosotros..., de mi madre y de mí, quiero decir. Por todo lo que hiciste por nosotros cuando la señora Wickstead...

—Déjalo, Jack —atajó ella. Jack habría callado aunque no se lo hubiese pedido, porque empezó a estrujarle el pene dolorosamente. Leslie Oastler apretó la boca abierta contra su espalda, entre los omóplatos, como si se dispusiese a morderle; quizás estuviese ahogando un grito, pero solo dijo—: No me des las gracias.

—Pero ¿por qué no, Leslie? Has sido muy generosa.

—¿Generosa, yo? —preguntó la señora Oastler. Jack notó que relajaba por fin la mano; suavemente, dibujó con los dedos un contorno imaginario de su pene, que no se había relajado en absoluto.

Jack recordó que, durante una pausa entre un cliente y otro en Alice la Hija, su madre —como si viniese al hilo de la conversación, cosa que no era así, y no como si fuese algo caído del cielo, como en realidad era— dijo: «Prométeme una cosa, Jack. No te acuestes nunca con Leslie».

«¡Mamá, nunca haría una cosa así!», había declarado él.

Y recordó también una noche en el Sunset Marquis, un pequeño hotel de West Hollywood donde Jack se había tirado a una modelo; esta ocupaba una villa privada en el recinto hotelero, no una de las habitaciones baratas del edificio principal. Un grupo de músicos ruidosos —unos rockeros y sus grupis— celebraban una fiesta en la villa contigua, y la modelo de Jack quería meterse de rondón. Jack no quería colarse en la fiesta sino irse a la cama; tenía sueño y prefería volver a casa.

Para impedir que se fuese, la modelo le tiró las llaves del coche al váter.

Jack podría haber ido a la recepción y pedir un taxi, pero no quería dejar el Audi toda la noche en el Sunset Marquis; donde habían ocurrido cosas desagradables. Además, salvo el sujetador, la modelo se había vestido con la ropa de Jack y se había marchado a la fiesta de los músicos. Él se habría visto obligado a abandonar el hotel vestido con ropa de ella, y no era de su talla. (La modelo tenía una treinta y seis o algo así).

Jack había llamado a Emma, que estaba escribiendo. Le había rogado que tomase un taxi y le llevase las otras llaves del Audi; las encontraría en el cajón de la cocina, al lado del teléfono, le explicaba Jack, cuando de pronto ella lo interrumpió.

—Prométeme una cosa, Jack. No te acostarás nunca con mi madre.

—¡Emma, nunca haría una cosa así!

—Yo no estoy tan segura, ricura. Me consta que ella sí lo haría.

—Prometido —contestó él—. Ven a buscarme, por favor.

La modelo se había marchado con la cartera de Jack, que llevaba en el bolsillo delantero izquierdo del pantalón del traje, así que no le quedaba más alternativa que colarse también de rondón en la fiesta de los rockeros y buscar a la chica. Se arregló bastante bien: carmín, sombra de ojos y toda la pesca. Los sujetadores de la modelo eran tan pequeños que Jack confundió uno con un tanga, pero consiguió introducir media pelota de tenis en cada copa tras cortar la pelota en dos mitades.

A la modelo le daban «convulsiones» en los dedos —como resultado de alguna deficiencia en la dieta, probablemente—, y su entrenador personal le había aconsejado apretar una pelota de tenis como remedio. Había pelotas de tenis por toda la villa; Jack había utilizado las tijeras de uñas de la chica para cortar una por la mitad.

Se embutió un top verde lima sin cintura, que por desgracia dejaba a la vista la línea de vello oscuro que le descendía desde el ombligo. Pero Jack se lo afeitó con la maquinilla de la modelo. A continuación se afeitó las piernas en el lavabo, y al hacerlo se rompió una espinilla. Adhirió al corte un trozo de papel higiénico y se pintó las uñas de los pies de color rojo sangre, a juego con la herida.

Jack encontró unas bragas de color melocotón con cinturilla de encaje, pero las perneras le habrían cortado la circulación si no las hubiese abierto con las tijeras de uñas. Como era previsible, no consiguió subirse la cremallera de la minifalda azul marino, pero el toque de la cremallera a medio cerrar, que revelaba la cinturilla de encaje de las bragas, no desmerecía de su aspecto general. Tenía una pinta un tanto barriobajera, pero no desentonaba con la de la mitad de las colgadas y grupis que rondaban el bar del Sunset Marquis.

En el espejo de cuerpo entero, Jack vio que se había pintado las uñas con demasiada premura; daba la impresión de que, descalzo, hubiese tenido un accidente con un cortacésped. La falda le colgaba de una cadera y el top había reventado por un lado, de modo que quedaba a la vista la tira posterior, tensa y retorcida, del sujetador de color marfil. Las medias pelotas de tenis que llevaba por pechos eran considerablemente más pequeñas que sus bíceps. Parecía un jugadora de *hockey* sobre hierba, embarazada quizá de tres o cuatro meses, a quien empezaba a notársele.

Habría prescindido del esmalte de uñas si hubiese podido calzarse sus propios zapatos, pero la modelo los había usado como lastre para mantener la chaqueta del traje sumergida bajo diez centímetros de agua en la bañera.

Era solo una fiesta de músicos; no cabía esperar que el código indumentario fuese muy estricto. Jack consideró conveniente utilizar un poco de acondicionador de la modelo para darle más cuerpo al cabello, y luego se secó el pelo con secador. Parecía una exjugadora de *hockey* sobre hierba (ahora buscona) ligeramente embarazada después de caerle un rayo, pero en comparación con las grupis de rockeros que frecuentaban el Sunset Marquis, Jack superaba con creces a la competencia.

Excepto a la modelo, que era despampanante. Se había quitado el pantalón del traje de Jack y la camisa blanca; bailaba como una descosida sin más ropa que los calzoncillos de él y el sujetador de ella. Los músicos y su séquito estaban tan extenuados que Jack podía haber sido Toshiro Mifune vestido de mujer y nadie se habría fijado en él. Todos menos uno, que parecía hacerle el boca a boca a su armónica. Dejó de tocar y miró a Jack de hito en hito, o, más concretamente, la pelota de tenis partida en dos.

—¿Has venido con ella? —preguntó a Jack señalando con la cabeza a la modelo



danzante.

—Reconozco los calzoncillos y el sujetador —dijo Jack. Era una típica frase de Jack Burns, y lo delató.

—Podrías pasar por Jack Burns —afirmó el hombre de la armónica—. No me estoy quedando contigo.

—¿En serio? —preguntó Jack—. ¿Tienes idea de dónde ha tirado el resto de la ropa el bombón de los calzoncillos?

El hombre de la armónica señaló hacia un sofá, donde había una joven alta tendida; estaba dormida, desmayada o muerta. (Ajena al alboroto en cualquier caso). Se había tapado con la camisa blanca de Jack, que ella o la modelo habían utilizado para limpiarse el carmín de los labios. Jack encontró el pantalón y sacó la cartera del bolsillo delantero izquierdo. Con la chaqueta del traje bajo el agua en la bañera de la modelo, era absurdo llevarse el pantalón, y tenía un centenar de camisas blancas. Era una de esas noches en que uno minimiza pérdidas y se va.

La modelo seguía bailando.

—Dile que puede quedarse con los calzoncillos, pero quiero que me devuelva el sujetador —dijo Jack al hombre de la armónica, que maullaba con su instrumento como un gato atropellado; el hombre hizo un parco gesto en dirección a Jack.

Un individuo con aspecto de gorila no había visto entrar a Jack. El gorila lo siguió afuera, a los jardines en penumbra, donde había más villas, unas iluminadas, otras no. El rocío salpicaba ya la hierba.

—Eh —dijo el gorila—. Alguien ha dicho que eres Jack Burns, el bicho raro ese.

El gorila le cortó el paso; Jack le llegaba a la ancha pechera de la camisa hawaiana. En condiciones normales, Jack lo habría esquivado; a todo correr, habría llegado fácilmente antes que él al cordón de terciopelo tendido a la entrada del bar. El gorila no hubiese molestado a Jack en medio de una multitud. Pero a Jack le apretaba tanto la falda que las rodillas le rozaban al caminar; no habría podido correr a ninguna parte.

—¿Eres tú, monada? —oyó que decía Emma. El gorila se hizo a un lado y lo dejó pasar—. Pero mírate, llevas la cremallera a medio abrochar —dijo Emma a Jack. Le rodeó la cadera con su enorme brazo y lo atrajo hacia sí. Besó a Jack en la boca corriéndole el carmín—. ¿Qué ha sido de tus zapatos, ricura? —preguntó.

—Están en remojo —explicó Jack.

—Más vale que no sean tus Manolo Blahniks, chica mala —dijo Emma, y apoyó su enorme mano en el culo de Jack.

—¡Tortilleras! —gritó el gorila cuando se alejaban.

—¡Tengo un vibrador que te haría llorar como a un bebé! —contestó Emma a pleno pulmón al gorila, que de pronto pareció pálido bajo la escasa iluminación.

Un tipo alto y desmarrado, como un espantapájaros, se había caído sobre el cordón de terciopelo a la entrada del bar; colgaba sobre él como un abrigo en un tendedero.

—Me parece que en California está prohibido conducir descalzo —decía Emma a Jack.

—Te prometo que no me acostaré con tu madre —susurró él.

Jack estaba casi dormido, con el pene aún tieso en la mano de la señora Oastler, cuando Leslie habló:

—He tenido que prometerle a tu madre que no me acostaría contigo, Jack. En realidad, no nos hemos acostado juntos, claro está, no en el sentido al que Alice se refería, ¿no?

—Claro que no —dijo Jack.

La señora Oastler le arañó la punta del pene con una uña, y él dio un respingo.

—Perdona —dijo ella—. Hacía mucho tiempo que no jugaba con el pene de nadie.

—No ha sido nada —contestó él.

—Tienes que hablar con tu madre, Jack —dijo Leslie, tal como podría haberlo dicho Emma.

—¿Y eso por qué? —preguntó él.

—Habla con ella ahora que aún estás a tiempo, Jack.

—¿A tiempo de qué?

—Emma y yo no hablamos lo suficiente —dijo la señora Oastler—. Ahora ya no nos queda tiempo.

—¿De qué tengo que hablar con mi madre?

—Alguna pregunta debes de tener, Jack.

—Ella nunca contesta —dijo él.

—Pues quizás ahora sea el momento —dijo la señora Oastler—. Vuelve a preguntarle.

—¿Sabes algo que yo no sé, Leslie?

—Pues claro —respondió ella—. Pero no voy a decírtelo. Pregúntaselo a tu madre.

Alguien gritaba fuera, probablemente en el aparcamiento cercano al hotel, pero en el Shuttters on the Beach lo habrían oído aunque gritase desde el muelle de Santa Mónica. Quizá se debió al grito, pero el caso es que la erección de Jack remitió por fin.

—¡Eh, encanto! —dijo la señora Oastler. (Estaba haciendo un considerable esfuerzo por reanimarle el pene.)—. Parece que se está yendo.

—Quizás está triste —sugirió.

«Recuerda esa frase, Jack», le había dicho Emma. «Podrás usarla». ¡Y pensar que no había imaginado en qué circunstancias habría tenido algún uso admitir la tristeza de su pene!

Pero la palabra «triste» afectó a Leslie Oastler de un modo que Jack nunca habría

previsto. Le soltó el pene y, dándose la vuelta, le volvió la espalda. No advirtió que lloraba hasta que notó cómo temblaba la cama; lloraba sin emitir sonido alguno. Jack supuso que ese era el «final» al que se refería su madre cuando dijo que Leslie se vendría abajo, pero la señora Oastler era contenida incluso al desmoronarse. Su cuerpo menudo se sacudía, tenía la cara bañada en lágrimas y los pechos fríos al tacto, pero no pronunció una sola palabra.

Cuando Jack despertó, oyó a la señora Oastler en la ducha; sin que él se diera cuenta, el servicio de habitaciones había entrado y se había marchado. La cafetera, que era lo único que Leslie había pedido, estaba tibia. Ya había hecho la pequeña maleta y extendido (a los pies de la cama) la ropa que llevaría puesta en el avión: un traje pantalón negro, las bragas bikini, el pequeño sujetador de realce. En la almohada, la señora Oastler había dejado una sorpresa para Jack: la fotografía de Emma desnuda, la que él había conservado. Leslie debía de haberla encontrado en la casa de Entrada; quería que él supiese que la había visto.

La fotografía miraba a Jack con expresión crítica: Emma a los diecisiete años, cuando Jack tenía diez e iba a marcharse a Redding. Ella nunca había estado más en forma. Se advertía una rozadura en una de sus mejillas, probablemente de una caída en el tapiz mientras luchaba con Chenko o con uno de los minskis. Cuando Leslie Oastler salió del baño, llevaba un albornoz del Shutters y aún tenía el pelo mojado.

—Una foto encantadora, ¿verdad? —preguntó la señora Oastler.

—La tomó Charlotte Barford —dijo él.

—Entonces debió de tomar más de una, ¿no, Jack?

—Una exnovia me obligó a tirarlas —dijo él.

—Seguramente pensó que las tiraste todas, Jack.

—Así es —dijo él.

—Un hombre famoso como tú no debería andar dejando por ahí fotos como esa —le previno la señora Oastler—. Pero no voy a tirarla por ti. No es probable que tire una sola fotografía de Emma, ahora no.

—No, claro —dijo él.

Jack se acercó a la ventana y se quedó allí desnudo, mirando el aparcamiento; había una vista parcial de la noria Ferris inmóvil, muerta, que bajo la luz grisácea parecía el esqueleto de un dinosaurio. Santa Mónica era una ciudad poco madrugadora.

La señora Oastler se aproximó por detrás y le agarró el pene con las dos manos. Se le empinó en cuestión de segundos. Todo aquello se le antojaba una traición imperdonable a Emma. Fue entonces cuando Jack empezó a llorar. Se dio cuenta de que Leslie estaba desnuda porque se restregaba contra su espalda. Si ella hubiese deseado hacer el amor, él habría accedido; tal vez fuera esa la razón de su llanto. Las promesas a Emma y a su madre no valían nada.

—Pobre Jack —dijo Leslie Oastler con sarcasmo. Lo soltó y se vistió; llevaba el pelo tan corto que podía secárselo fácilmente con una toalla—. Seguro que vas a

tener un día muy ajetreado haciendo lo que sea que hacen los albaceas literarios.

Jack podría haber llorado todo el día, pero no delante de ella. Dejó de llorar. Buscó su ropa y empezó a vestirse; se guardó la foto de Emma en el bolsillo delantero derecho.

—Sin duda tu madre llamará antes de que llegue a Toronto —le decía la señora Oastler—. Querrá saberlo todo sobre nuestra noche juntos, que no nos hemos acostado, y demás.

—Sé qué debo decir —respondió él.

—No dejes de hablar con ella, Jack. Pregúntaselo todo ahora que aún tienes tiempo.

Jack acabó de vestirse en silencio. Entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Intentó arreglarse el pelo; se lavó la cara. Agradecido, vio que la señora Oastler le había dejado el tubo de dentífrico, aunque no el cepillo de dientes, que, supuso, había metido en la maleta. Se extendió un poco de dentífrico por los dientes con el índice y se enjuagó en el lavabo. Jack oyó cómo la puerta de la habitación se cerraba antes de que hubiera terminado en el baño; cuando salió, Leslie ya se había ido.

Tuvo ciertos problemas para abandonar el Shutters. La señora Oastler había pagado la cuenta, pero los *paparazzi* lo esperaban. Por suerte, no habían identificado a la señora Oastler. Alguien había visto cenar a Jack Burns con una atractiva mujer mayor en One Pico; alguien había deducido que pasarían la noche en el Shutters.

—¿Quién era esa mujer, Jack? —preguntaba una y otra vez uno de los fotógrafos.

Unos cuantos *paparazzi* más lo esperaban en Entrada Drive, pero eso era previsible. Jack se preguntó por qué no estaban allí la noche anterior; podrían haberlo seguido a él y a Leslie al Shutters. Deshizo la cama de Emma y metió las sábanas y las toallas en la lavadora; ordenó un poco la casa. Su madre telefoneó antes de que tuviese ocasión de prepararse el desayuno. Él le dijo que Leslie estaba ya en el avión, y que habían pasado la noche juntos ofreciéndose consuelo.

—¿Consuelo? No te has acostado con ella, ¿verdad, Jack?

—¡Claro que no! —contestó él con indignación.

—Bueno, Leslie puede ser un poco licenciosa —dijo Alice.

Jack no pudo por menos de imaginar cómo reaccionaría la señora Oastler a ese comentario. Habría supuesto que, en la relación entre ellas, su madre era la más «licenciosa» de las dos. Pero calló. Jack sabía que debía hablar con su madre, pero no sabía qué decir.

—Leslie ha dicho que debía hablar contigo, mamá. Ha dicho que debía preguntártelo todo ahora que aún queda tiempo.

—¡Dios mío, qué noche tan morbosa debéis de haber tenido! —exclamó Alice.

—Mamá, háblame.

—Estamos hablando, cariño.

Se mostraba evasiva. Jack simplemente se volvió contra ella. En una época había *intentado* preguntárselo todo, y ella no había querido saber nada. En ese momento era

Jack quien no quería darle la oportunidad de desahogarse. ¿A él qué más le daba? ¿Qué importancia tenía? Cuando era niño, cuando habría tenido importancia, ella guardó silencio. Ahora era Jack quien guardaba silencio.

—Si hay algo que quieras preguntarme, cariño, pregúntalo —dijo su madre.

—¿Eres fiel a Leslie? —preguntó él—. ¿No te es ella más fiel que tú a ella? —No era eso lo que de verdad preocupaba a Jack; solo ponía a prueba la predisposición de su madre a responder con franqueza.

—¡Vaya una pregunta, Jackie!

—¿Qué clase de hombre era mi padre? ¿Era buen hombre o mal hombre?

—Jack, deberías venir a Toronto unos días, y así podremos hablar.

—Estamos hablando, mamá.

—Tú solo quieres discutir, cariño.

—Por favor, dile a Leslie que he intentado hablar contigo —dijo Jack.

—No te has acostado con ella, ¿verdad? —le preguntó su madre.

Jack casi se arrepintió de no haberse acostado *realmente* con Leslie Oastler, pero se limitó a contestar:

—No, mamá, no.

Después de eso, la conversación (si se la podía llamar así) se desvaneció gradualmente. Cuando Jack dijo a su madre que había agradecido a la señora Oastler todo lo que había hecho por él —por ellos, quería decir—, su madre respondió con su consabido:

—Eso está bien, cariño.

También debería haber dicho que Leslie reaccionó de una manera extraña cuando le dio las gracias, pero se abstuvo.

Jack hablaba por el teléfono inalámbrico a la vez que miraba por la ventana a un equipo de televisión apostado en el camino de acceso. Filmaban el exterior de la casa de Entrada Drive, lo que molestó mucho a Jack. Estaba distraído y no entendía qué le decía su madre sobre un congreso de tatuaje en Woodstock, Nueva York.

Sin más ni más, Jack preguntó:

—¿Recuerdas cuando estaba en Redding? Un año ibas a venir a Maine, pero ocurrió algo y no pudiste. Pasé cuatro años en Redding, pero nunca viniste a verme.

—Bueno, eso, el motivo por el que no fui a Redding, es largo de explicar. ¡Claro que me acuerdo! Tengo que contártelo algún día, Jack. Se las trae.

Por alguna razón, Jack intuyó que la señora Oastler no se refería a eso al aconsejarle que hablase con su madre. Hablaban en círculos. Jack había vivido con Emma durante diez años; en ese momento Emma ya no estaba, y él y su madre no podían hablar. Nunca habían podido. Saltaba a la vista que ella no quería contarle nada, jamás.

Alice quiso saber en qué consistía ser albacea literario, pero Jack tampoco lo sabía.

—Supongo que ya lo averiguaré —se limitó a decir.

Jack se sorprendió al ver que solo tenía un mensaje en el contestador, que reprodujo mientras su madre seguía al aparato. Era Mildred («Milly») Ascheim, la realizadora porno, que telefoneaba para darle el pésame. Su voz se parecía tanto a la de Myra que, por un momento, Jack pensó que Myra lo llamaba desde la tumba. «Querido Jack Burns», decía Milly Ascheim, como si le dictase una carta. «Te acompaño en el sentimiento por la pérdida de tu amiga».

No dejaba su número ni su nombre, pero debía de saber que él sabía que las hermanas Ascheim hablaban con una sola voz. Le conmovió que llamase, una vez más se distrajo de lo que decía su madre, de nuevo algo sobre la señora Oastler.

—Jack, ¿estás solo?

—Sí, estoy solo, mamá.

—He oído una voz de mujer.

—Era la televisión —mintió él.

—Te he preguntado si Leslie se ha quedado vestida, Jack.

—Bueno, creo que me habría dado cuenta si se hubiera quitado la ropa —contestó él.

—Actor —dijo Alice.

—Mamá, tengo que cortar. —(«Cortar», así era como se expresaba siempre Emma, y los dos se dieron cuenta).

—Adiós, Billy Rainbow —dijo su madre, y colgó.

## 24 - El truco del botón

Para celebrar su funeral u oficio de difuntos, las exalumnas del St. Hilda —como Leslie Oastler— elegían a menudo la capilla del colegio, el lugar del que guardaban recuerdos tanto entrañables como traumáticos de infancia y adolescencia, épocas durante las que apenas habían padecido la presencia contaminante de los chicos, salvo los *pequeños*, que no eran una amenaza ni una tentación para las niñas, mucho mayores. (A excepción de Jack Burns).

Es poco probable que Emma hubiese elegido la capilla del St. Hilda para el oficio de difuntos, pero no había dejado instrucciones a su madre en lo referente a cómo deseaba que la «recordasen». Era natural que la señora Oastler eligiese la capilla del St. Hilda. Al fin y al cabo, estaba en el barrio de Leslie y la había elegido ya para su propio oficio de difuntos.

Alice telefoneó a Jack para transmitirle la petición de Leslie: la señora Oastler quería que él «dijese alguna cosita» en el oficio de Emma.

—Hablas tan bien, cariño —dijo la madre de Jack—. ¿Y cuántos años llevas ya escribiendo algo?

En fin, ¿cómo iba a negarse? Además, la madre de Jack y la señora Oastler ignoraban que el mito de que él *escribía algo*, desencadenado por Emma con tal clarividencia, se había hecho realidad.

En su testamento, Emma, en efecto, se lo había dejado *todo*. («Una gran suerte la tuya», había comentado Leslie, sin saber hasta qué punto le sonreiría la suerte en breve). Jack era el «albacea literario» de Emma en más de un sentido —los términos exactos no los conocería nadie aparte de Bob Bookman, Alan Hergott y el propio Jack Burns—, ya que si alguna vez ha existido un testamento blindado, esa sería la expresión más precisa para describir la encerrona que Emma le había preparado.

A su muerte, los derechos cinematográficos de *La lectora de morralla*, que Emma había bloqueado con el tipo de cláusulas de aprobación previa que jamás se concedían a los autores —aprobación del reparto, aprobación del director, montaje final—, pasaban a Jack libres de toda carga. Podía hacer la película basada en su novela como considerase oportuno, siempre y cuando el guión lo escribiese él. Lo que solo Bob Bookman, Alan Hergott y Jack sabían era que Emma ya había escrito una adaptación rudimentaria de *La lectora de morralla*: su guión era más o menos un primer borrador. También había incluido unas anotaciones dirigidas a Jack: sugerencias respecto a lo que tal vez él deseara cambiar, añadir o suprimir. Y había lagunas en el argumento, algunas considerables, que a él le correspondía llenar. O como lo expresaba Emma: «Escribe tu propio diálogo, ricura». Desde el principio tenía pensado que Jack interpretase el papel del actor porno en la película.

En caso de que él rechazase ese plagio flagrante —si Jack no aceptaba la falsedad de que era el único guionista de *La lectora de morralla*—, la película no podría hacerse hasta que transcurriese el número de años preceptivo (según la ley de la

propiedad intelectual vigente) y la novela de Emma pasase por fin al dominio público.

En cuanto a la *tercera* novela de Emma, la señora Oastler estaba en lo cierto: no existía. Pero Emma no había sufrido el bloqueo del escritor; simplemente estaba ocupada adaptando *La lectora de morralla* como guión a cargo de Jack Burns.

Se enteró por Bob Bookman —cuyos otros clientes eran directores y escritores, no actores— de cómo Emma había convencido a Bob para que aceptase a Jack como cliente. En palabras de ella: «Jack Burns es escritor, no actor; solo que aún no lo sabe».

Los derechos de las obras publicadas por Emma —las ventas de la edición en rústica de *La lectora de morralla* y *Normales y correctos*— quedaban también en manos de Jack. Esto lo compensaba de sobra por el tiempo empleado en «terminar» el guión de Emma. En resumidas cuentas, Emma había obligado a Jack a declararse escritor ante los medios de comunicación mientras ella vivía; con su muerte, le había brindado la oportunidad de convertirse en escritor.

Tanto el borrador inacabado del guión de *La lectora de morralla* como las anotaciones de Emma para Jack habían sido eliminados del ordenador. No había guardado ninguna copia en disquete y había borrado los archivos del disco duro. La única copia en papel, que Alan Hergott tenía a buen recaudo en su despacho —donde él y Bob Bookman explicaron a Jack las condiciones del testamento de Emma—, debía ser transcrita a mano por el propio Jack. Por las entrevistas que había concedido, en su mayor parte gilipollices, todo el mundo sabía que Jack Burns escribía a mano; incluso Leslie Oasder sabía que no tenía ordenador ni máquina de escribir, y que supuestamente le *gustaba* escribir de su puño.

En opinión de Bob y de Alan, Jack debía hacer la copia a mano lo antes posible. Podía tomarse todo el tiempo que quisiera en «revisar».

—Pero ¿de verdad tengo que hacerlo? —preguntó Jack a los dos—. O sea, ¿es correcto?

—Es la voluntad de Emmá, Jack, pero no *tienes* por qué hacerlo —contestó Alan.

—Exacto, la decisión es tuya —dijo Bookman—. Pero el guión no está nada mal.

Jack lo leería y coincidiría con él; si Emma se había ocupado de Jack en vida, no veía razón para resistirse a sus esfuerzos por controlarlo desde la tumba.

El hecho de que la señora Oastler deseara que Jack «dijese alguna cosita» en memoria de Emma en la capilla del St. Hilda, donde la señora McQuat lo había prevenido por primera vez de los peligros de volverle la espalda a Dios, parecía acorde con la clase de escritor en que iba a convertirse.

La impresión general —a saber, que Emma Oastler había sufrido del bloqueo del escritor durante varios años y, en consecuencia, había aumentado extraordinariamente de peso— se vio reforzada por el artículo de la periodista italiana de Hollywood Foreign Press. Según la entrevistadora de Jack, la relación teóricamente platónica pero de convivencia entre Emma y el actor Jack Burns revelaba indicios de tensiones



recientes; no obstante, la exitosa autora había sido en extremo generosa con él en su testamento. Se sabía desde hacía años que Jack era «un escritor en la sombra», como diría la necrológica de Emma en *Entertainment Weekly*. Ahora corría el rumor de que estaba «desarrollando» el guión sobre *La lectora de morralla*. («Misteriosamente», Emma no había querido que su novela llegase al cine mientras ella viviese).

El posible sentimiento de culpa de Jack —por aceptar el regalo de Emma como legítimamente suyo— quedaba en segundo plano ante la certeza de que, aun si decía la verdad, la *verdad* no era lo que Emma había querido. Había querido que *La lectora de morralla* se llevase al cine, más o menos como ella la había escrito. Pero con el nombre de Emma en el guión, la película, tal como ella la escribió, nunca se habría hecho. Jack Burns, como Emma sabía, era una estrella de cine; con su nombre en el guión, él podía controlarlo.

Así, en uno de los lugares que mejor conocía —las oficinas en Beverly Hills de Bloom, Hergott, Diemer y Cook, SRL, Abogados— Jack Burns transcribió el rudimentario borrador de *La lectora de morralla* de su puño y letra, y también copió fielmente las anotaciones. Con el primer pequeño cambio que introdujo, que no llegaba siquiera a la elección de una *palabra* distinta —Jack solo cambió una forma verbal por otra—, descubrió que, para un aspirante a escritor, era posible apropiarse, al menos parcialmente, de la obra de un escritor auténtico. (Y con los cambios, supresiones y añadidos que hizo después, la sensación de legítima propiedad —aunque falsa— fue en aumento).

Esto no debería haberlo sorprendido. A fin de cuentas, Jack estaba en el mundo del cine; había visto cómo se modificaban los guiones, y cuántas manos de aficionados pergeñaban esas alteraciones. Después de uno o dos borradores más, daría la impresión —incluso a Jack se la daría— de que el guión de *La lectora de morralla* lo había escrito él. Pero la estructura y el tono de voz dominante pertenecían a Emma por completo. Como actor, Jack sabía imitar su voz.

No todo arte es imitación, pero imitar era lo que mejor se le daba a Jack Burns. Con unas cuantas indicaciones —en el caso de Emma, eran muchas—, escribir (mejor dicho, reescribir) el guión de *La lectora de morralla* no era más que un trabajo de interpretación como cualquier otro. Jack hizo bien su trabajo.

La decisión de convertir a Michele Maher (el personaje) en la voz en *off* de la película fue de Emma. La idea de utilizar la penúltima frase de la novela como frase inicial de la voz en *off* en la película fue de Jack. («En Los Angeles hay relaciones peores»). Vemos a Michele, la lectora de guiones, en la cama con el actor porno, solo agarrándole el pene —suponemos— bajo las mantas. Todo está presentado con muy buen gusto. La historia de cómo se conocen (cuando ella lee el atroz guión del actor porno) es un *Flashback*. Por supuesto, al actor porno (es decir, a Jack) nunca le vemos el pene.

Jack se tomó análogas libertades con la primera frase de la novela, que siempre había sido su preferida; la utilizó como frase final de la voz en *off* de Michele, donde

pensó que tendría mayor resonancia. («En esta ciudad o bien no hay coincidencias, o todo es coincidencia en esta ciudad»). Era una frase demasiado buena para malgastarla con los créditos iniciales.

En general, Jack siguió las indicaciones de Emma. El personaje de Michele Maher continúa siendo un ángel de la esperanza para los guionistas sin talento; mujer de un optimismo inviable en el cínico mundo del desarrollo de guiones, siente cargos de conciencia por los espantosos guiones que lee.

Emma recomendaba a Jack que diese un nombre de sonido más sajón a Miguel Santiago, el actor porno. («No tienes aspecto hispano, monada»). Jack se decidió por James Stronach. El apellido alegraría a su madre, y James era el nombre del que se derivaba «Jimmy», el seudónimo del desdichado actor porno en *Amas de casa aburridas* (de la primera a la cuarta), *Que no decaiga S. A.*, e incontables películas para adultos a las que Jimmy debe su fama.

El homenaje de James («Jimmy») Stronach a James Stewart es un aspecto esencial del personaje; los momentos en que Jack Burns en el papel de James Stronach memoriza las frases de Jimmy Stewart en *El ángel negro* y *Qué bello es vivir* se contarían entre los más enternecedores de la película.

Jack no parecía un culturista antes de que se rodase *La lectora de morralla*, pero tuvo tiempo de cambiar de dieta e intensificar las sesiones de pesas. La verdad era que nunca parecería un culturista; le bastaba con aparentar que el lado masculino de la sección de pesas libres del gimnasio no le era ajeno. (En la película, los tatuajes serían falsos).

Emma había entresacado algunas de las mejores frases de la novela y se las había atribuido a Michele Maher como voz en *off*. «Vivía a una inhalación del contenedor de un restaurante japonés de Venice», y esa clase de cosas. Había dejado a Jack una nota sobre la conveniencia de eliminar la escena de la masturbación mutua. «Ya hay demasiada masturbación, o masturbación *implícita*, para una película».

Emma no se equivocaba al recomendar mesura con la masturbación, pese a que *La lectora de morralla* aparecería, como película, el mismo año en que otro filme con masturbación, *American Beauty*, barrería en la entrega de los Oscars. (La señorita Wurtz, que quedó consternada cuando Anthony Hopkins ganó un Oscar al mejor actor por *comer* personas, guardaría silencio con respecto al hecho de que Kevin Spacey ganase un Oscar por pelársela en la ducha).

Y Jack decidió suprimir el infortunio de Michele Maher con el levantador de pesas sueco, Per el Destructor. (Per se parecía demasiado al culturista del Gold's que había dado una paliza a Emma). En lugar de eso, Jack añadió una escena en que James Stronach explora el vestuario del World Gym en busca de culturistas con el rabo corto. James comete un error. Presenta a Michele a un tipo que no la tiene tan pequeña como James cree. A Michele le duele.

«La tenía más grande de lo que creías», se limita a decir Michele en la película. (Las palabras «rabo» y «pene» no se usan en ningún momento).

«¿No podías decirle que te dolía? ¿No le has pedido que pare?», le pregunta Jack en el papel de James.

«Se lo he pedido, pero él no ha parado», contesta Michele.

Como es lógico, Jack en el papel de James se desquita del tipo en el gimnasio. (Jack también añadió esa escena). Él no tan rabierto pide a James que lo ayude a sujetar las pesas al final de las series mientras levanta ciento cincuenta kilos en banco; una oportunidad así no puede desperdiciarse.

«Ya la tengo», dice James, como si Jack en el papel de James fuese capaz de sostener ciento cincuenta kilos; deja caer la barra en el pecho del rabilargo y le rompe la clavícula.

La propia Emma suprime la frase donde describe como «un placer mortecino» sus relaciones con rabiertos, y no se incluyen escenas de desnudos frontales, ni nada realmente pornográfico. Por lo general, vemos a los actores porno entre toma y toma o en la rutina de sus vidas privadas. (En cuanto a los hombres calenturientos en habitaciones de motel con el parpadeo del televisor reflejado en los semblantes absortos..., bueno, esas son las escenas de masturbación *implícita* a que se refería Emma en sus anotaciones). Aun así, la película se clasificó como «no recomendada para menores de dieciocho años».

Cuando, al final de la película, James y Michele se agarran mutuamente, sin hablar —«solo inhalando el perfume a *sushi* del contenedor», como dice la voz en *off* de Michele—, Jack pensó que no habría podido ser más fiel a la novela de Emma y al rudimentario borrador de su guión.

Jack no incorporó la opinión de Emma sobre los guionistas, a saber, que perdían el control de sus guiones porque se dejaban comprar, como había oído decir a Emma cien veces. Fue un triunfo de Emma —en la novela, aunque no en la vida real— que el personaje de Michele Maher fuese mucho más compasivo con los guionistas que Emma.

La propia película se convirtió en una especie de homenaje al guión no leído, a la película no realizada. Y tanto Emma como Jack procuraron tratar con benevolencia a los actores porno; con ese fin, Jack insistiría en dar un papel a Hank Long. James («Jimmy») Stronach necesitaba un compinche, ¿o no? Además, Jack había utilizado la voz anormalmente aguda de Hank Long como modelo para su tartamudeo en la película. (El tartamudeo era idea de Emma, para dejar claro por qué la única opción profesional de James está en los llamados filmes para adultos).

Mufíy, la peculiar vampiro, se había retirado ya cuando se rodó *La lectora de morralla*, pero Jack medió para que le diesen un papel como actriz porno y madre soltera: una mujer con dos hijos incontrolables, los dos varones e hiperactivos. Mufíy organiza barbacoas los fines de semana; los actores porno, como Hank y Jack en el papel de James, se ocupan de la parrilla al aire libre y juegan al béisbol con los hijos de Mufíy.

Emma aconsejaba la participación de Mildred Ascheim en la película, aunque

solo como asesora. Ni siquiera Bob Bookman o Alan Hergott sabían por qué. Milly (y Hank, y Mufiy) había visto el rabo corto de Jack. Asignar a Jack un papel de actor porno podría haber dado pie a enojosos rumores, pero no si la única testigo profesional de la industria formaba parte de la película.

¿Qué no habría hecho Emma Oastler por Jack Burns? ¿Tan difícil era «decir alguna cosita» en su memoria en la capilla del St. Hilda? Sin duda se lo debía a Emma.

Sentada en el primer banco, al lado del pasillo, la señorita Wong permanecía tan inmóvil como un huevo duro. Se había colocado justo debajo del púlpito, desde donde Jack habló, y mantenía las rodillas muy juntas, como si la fama de presunta rareza que se había granjeado Jack en Hollywood pudiese obligarla a abrir las piernas espontáneamente.

Debió de ser Emma la primera que la llamó Señorita Bahamas. ¿Por qué, si no, había ido la señorita Wong al oficio de difuntos? Quizá los casos imaginarios de disfunción extrema pero aceptable descritos por Emma en sus libros habían atenuado la decepción de la señorita Wong con su propia vida. Haber nacido en medio de un huracán solo para acabar en la calma chicha de un colegio de niñas..., en fin, no es difícil imaginar la frustración que sentía.

¿Se conmemoraba siempre la muerte de una exalumna con la asistencia de todo el profesorado existente en el St. Hilda? Jack no recordaba una presencia tan masiva en el oficio en memoria de la señora Wicksteed, pero esta había muerto siendo ya una anciana. Y la señorita Wong no era el único miembro del profesorado en el primer banco. El señor Malcolm, instalado también allí, había dejado a la señora Malcolm, su esposa ciega, en el pasillo central. El señor Malcolm estaba sentado junto a su vesánica mujer con la mano en el brazo de la silla de ruedas, por temor a que las palabras de Jack la impulsaran a arremeter contra el altar o a abalanzarse sobre su madre y la señora Oastler, sentadas al otro lado del pasillo.

En un asiento lateral, a cierta distancia del púlpito, la señorita Caroline Wurtz evaluaba la actuación de Jack desde la perspectiva del público de un solo espectador.

La capilla no estaba llena. Quedaban unos cuantos huecos en los bancos laterales y mucho espacio para asistentes de pie al fondo, cerca de la entrada, donde el señor Ramsey se paseaba y brincaba de puntillas, como si el dolor que sentía por Emma, a quien apenas conoció, lo hubiese sumido en tal estado de agitación que fuera incapaz de estarse sentado.

¿Acaso había gozado Emma de mayor popularidad de la que Jack suponía? Lógicamente, Wendy Holton Puños de Piedra ocupaba un asiento junto al pasillo central en uno de los primeros bancos. Mujer enjuta de tez marchita y cabello desmadejado rubio platino, Wendy se había divorciado recientemente de un otorrinolaringólogo que se había declarado homosexual al ser acusado de dejar

preñada a su enfermera. (Wendy había hablado con Jack antes del oficio; dijo que estaría bien tomar un café, «o hacer algo», si él tenía un rato).

Detrás de la señorita Wong estaba la encarnación misma de un huracán preparándose para reducir a escombros las Bahamas: los ciento y pico kilos de humanidad de Charlotte Barford la Pechos con Huesos Dentro, la editora canadiense de Emma. Charlotte había ofrecido a Jack asistencia editorial, meramente por el privilegio de leer lo que, según se decía, estaba escribiendo: una novela o unas memorias, tituladas quizás *Un pene en el St. Hilda*. (O quizás eso lo había soñado Charlotte). Antes del oficio le insinuó a Jack que debía de haber sido «una jodienda» interrumpir el trabajo en sus otros textos para escribir una adaptación de *La lectora de morralla*.

«Desde luego», había conseguido decir él, su voz, como la de Hank Long, anormalmente aguda. En compañía de mujeres hechas y derechas entre las que Jack recordaba haber sido niño, había vuelto a la infancia.

Allí estaban las hermanas Hamilton; resultaba llamativo que no se hubiesen sentado juntas. Penny, entre cuyos ojos había eyaculado Jack en una ocasión, lo observaba con el inocente interés de una mamá moderna y abnegada en un partido de fútbol de su hijo, como si nada hubiese más lejos de su pensamiento, y no digamos de su frente, que el semen. Había llevado a sus hijas, dos niñas pequeñas que se portaban muy bien y vestían muy bien; su marido, dijo Penny a Jack, disfrutaba de «un fin de semana solo para chicos». (Golf, imaginó Jack. Pero no preguntó).

En cuanto a la hermana de Penny, Bonnie, que estaba en duodécimo curso cuando Jack hacía cuarto, había logrado entrar en la capilla sin que él la viese llegar cojeando hasta el banco donde se sentó, en el supuesto de que Bonnie aún cojease. Lo cerca que se encontraba Bonnie de la entrada posterior, donde el señor Ramsey seguía yendo de un lado a otro como un blanco móvil, indujo a Jack a pensar que Bonnie tenía la pelvis irreparablemente maltrecha; la pierna derecha muerta quedaría siempre rezagada mientras caminaba, tambaleándose, con el pie izquierdo por delante.

Los ocho años que mediaban entre ellos parecían ahora intrascendentes. No se había casado, según le había dicho Alice a Jack. Bonnie Hamilton era la agente inmobiliaria más solicitada de Toronto, había explicado la señora Oastler. «Con esa cojera», añadió Leslie, «debe de tardar una eternidad en enseñar una casa con muchas escaleras».

Como eterna apuntadora, Bonnie se quedó sentada atrás y movió los labios antes de que Jack hablase, como si ya supiese lo que él debía decir sobre Emma, como si en realidad Jack hubiese escrito algo y Bonnie, milagrosamente, lo hubiese leído y memorizado antes de que él empezase a hablar. Ya tenía cuarenta años, pero la fatídica atracción que Jack había sentido cuando contaba nueve años (y Bonnie diecisiete) aún los unía. Como había intentado explicarle a Emma, pero solo había conseguido decidir a la señora McQuat, Bonnie Hamilton era una mujer mayor que, cuando lo miraba, no podía apartar la vista.

Por un momento, Jack pensó que estaban allí *todas* las mujeres mayores de su niñez.

Connie Turnbull se dirigió corriendo hacia la señora Oastler, Alice y Jack — inmediatamente después de que aparcara su coche con un perro enorme dentro—, y sin duda había ensayado las frases que dijera muchos años antes en la dramatización de *Jane Eyre* realizada por la señora Wurtz.

—«En vano se afirma que los seres humanos deberían darse por satisfechos con la serenidad» —dijo Connie con la respiración entrecortada, sujetando a Jack por los hombros y mirándolo de arriba abajo como si le tomase las medidas para un ataúd o para un traje.

—«Cuando sintáis la tentación de errar, temed el remordimiento» —empezó Jack; de pronto, al percibir la profunda insatisfacción de Connie Turnbull con la serenidad, interrumpió la frase.

Jack le llegaba a los pechos la última vez que entablaron ese diálogo, cuando él interpretaba a un Rochester de tercero ante su Jane de sexto. En ese momento, con sus tacones de cinco centímetros, Connie era solo un poco más alta que Jack.

—«Me consideras, seguramente, un truhán sin religión» —comenzó a decir él.

En respuesta, Connie le cogió la mano y se la besó. Tenía los labios separados y, como de costumbre, entró en contacto con los dientes y la lengua, solo que esta vez no hubo aplausos. Alice y la señora Oastler los contemplaron horrorizadas; era evidente que no se sabían *Jane Eyre*. ¿Qué debieron de pensar? ¿Que Jack tenía una cita con Connie Turnbull después del oficio de difuntos de Emma, o que acaso se había acostado con Connie la noche anterior?

—Buen trabajo, Jack —le musitó Connie al oído, con cierto olor a aliento de perro en el pelo, el mismo aliento que estaba empañando las ventanas del coche aparcado, como Jack vio al echar un vistazo hacia allá.

Gracias a Dios, Ginny Jarvis no asistió. Era como si la pistola con que él le descerrajó dos tiros —en escena, durante la representación de *Una novia encargada por correo en los Territorios del Noroeste*— no disparase balas de fogeo. Pero Jack no estaba preparado para esas *otras* exalumnas que habían acudido a rendir homenaje a Emma. ¿O no era ese el motivo? A muchas no las conocía.

«Es por ti, ricura», imaginó que le decía Emma con su ronco susurro. «Esas comadres han venido a echarte el ojo». Quizá sí. ¿Cómo explicar, si no, la presencia de las compañeras de clase de Jack? Había cuatro, y ningún hombre.

Las gemelas Booth, Heather y Patsy, cuyos idénticos chupeteos de manta habían nacido con los horrores de los cuentos para dormir de Emma Oastler, cuando estaban en el parvulario y Emma en sexto, no podían haber asistido por respeto a su antigua torturadora. Lo mismo podía decirse de Maureen Yap, cuyo nombre de casada siempre escaparía a la memoria de Jack; Maureen debía de recordar cómo la había maltratado Emma.

Tan alerta como una ardilla en peligro, Maureen había elegido un asiento junto al

pasillo central al fondo de la capilla, no fuera a sentir de pronto la necesidad de huir, bien por una alusión de Jack a la réplica de la cueva de los murciélagos del Museo Real de Ontario o, peor aún, por si se le ocurría rememorar el cuento del padre divorciado de Emma. («Acaba de perder el conocimiento por exceso de sexo»).

Era Maureen Yap quien había preguntado a Emma: «¿Qué es “exceso de sexo”?». «Nada que vaya a pasarte a ti», le había contestado Emma con desdén.

Después del oficio por el alma de Emma, durante lo que la señora Oastler describiría como «una especie de velatorio», celebrado en el Gran Salón, Maureen Yap se acercó a Jack. Un mechón de pelo le caía junto a la comisura de los labios, donde se le había quedado además un resto de queso. No se servía más comida que unos tacos de cheddar ensartados en palillos, y estos se regaban con vino blanco — que, según Alice, estaba caliente— o agua con gas, que Jack habría considerado «a temperatura ambiente en el mejor de los casos».

Ya fuera por la miga de queso o por el mechón de pelo —o por la triste convicción de que la profecía de Emma, que le negaba a Maureen Yap la posibilidad de conocer jamás un exceso de sexo, era indiscutiblemente cierta—, el caso es que resultaba difícil entender a Maureen.

«He tenido un día ameno con Pam Hoover», creyó oír Jack que decía Maureen mientras ella, nerviosa, derramaba el vino.

Tomó un sorbo de agua con gas tibia y reflexionó sobre el posible significado de las palabras de Maureen. Todas las mujeres presentes en el oficio de difuntos en memoria de Emma —las que Jack reconoció y las que no, que eran muchas— tenían mejor aspecto con sus uniformes de colegialas. Pero quizá también Jack tenía mejor aspecto entonces.

—Me parece que te he oído mal, Maureen —contestó él, y a ella se le saltaron las lágrimas.

—He venido nada menos que de Vancouver —repitió Maureen Yap—. Me alojo en el Four Seasons, con mi apellido de soltera.

Jack se alojaba también en el Four Seasons, motivo de cierta tirantez entre él y su madre. Jack no sabía qué pensaba Leslie Oastler de su deserción a un hotel. Quizá la señora Oastler sí comprendiese, aunque no así su madre, por qué él no deseaba pasar la noche en la cama de Emma, o ni siquiera en lo que en su día había sido la habitación asignada a Jack, donde Emma lo había tenido entre sus brazos más de una vez, y donde la señora Machado se había aprovechado de él de manera tan indeleble.

El hecho de que ambos ocupasen sendas habitaciones en el Four Seasons no implicaba que Jack estuviese condenado a acostarse con Maureen Yap. Ella nunca lo encontraría, pensaba Jack; se había registrado con un nuevo nombre. Como la película de Billy Rainbow ya se había estrenado, en ese momento Jack era Jimmy Stronach. Como había inventado recientemente el nombre del actor porno, y ni siquiera Bob Bookman o Alan Hergott habían leído sus muchas revisiones del guión de Emma, *nadie* en absoluto sabía quién era Jack Burns.

Las mujeres presentes en la capilla del St. Hilda habían ido a verlo a él: Jack Burns, la estrella de cine. No reconoció a la mayoría de ellas, pero casi todas tenían entre treinta y cincuenta años. Si no habían conocido a Jack de niño, probablemente lo habían visto en el colegio, y sin duda habían visto sus películas. Sus maridos (si tenían maridos) no las acompañaban; algunas iban con sus hijos. Vestían de negro o azul marino, es cierto, pero a Jack su atuendo se le antojó más apropiado para una fiesta que para un funeral. Quizás esta impresión se vio reforzada por la circunstancia de que el oficio en memoria de Emma se celebró a la hora del cóctel un domingo por la tarde.

Y la cuarta compañera de clase de Jack que asistió al oficio no había ingresado en el St. Hilda en parvulario. Lucinda Fleming era una alumna nueva cuando él la conoció en primero; no había experimentado los cuentos para dormir de Emma. Lucinda, y lo que la señorita Wong describió una vez como su «rabia silenciosa», nunca habían mantenido trato íntimo con Emma Oastler.

¿Qué había impulsado a Lucinda a incluir a Jack en su lista de felicitaciones navideñas? ¿Qué la había convertido en tan incansable organizadora de las reuniones de clase en el St. Hilda, pese a que *todos* recordaban la violenta y excesiva reacción cuando la besó? (¡Morderse de tal manera que necesitó puntos, tendida en un charco de orina en el suelo del aula de tercero!).

Si Lucinda Fleming hubiese sabido que Emma aborrecía las felicitaciones de Navidad y a la gente que las escribía, no habría ido a presentar sus últimos respetos. Si hubiese tenido la menor idea del desprecio que sentía Emma por sus repetidos anuncios natalicios, que la inducían a tachar de «estadísticas de reproducción» las cartas navideñas de Lucinda..., en fin, Lucinda Fleming (si hubiese siquiera conocido a Emma) no habría sentido el impulso de rezar por el alma de la difunta.

Pero Lucinda y las otras iban tras el alma de Jack, y si bien es posible que él, a los ojos de aquellas mujeres, fuese una estrella de cine, en compañía de ellas perdió al instante el contacto esencial con su público de un solo espectador. En la capilla del St. Hilda, donde incluso Jesús aparecía representado en medio de mujeres —santas, tal vez, pero mujeres *al fin y al cabo*—, no se sentía como Jack Burns, el actor. Se sentía como Jack Burns, el niño pequeño, perdido en un mar de niñas. Poco importaba que fuesen ya mujeres adultas. Al volver a entrar en ese mundo, Jack había regresado a la infancia y a los temores de esa etapa de la vida, y, al igual que un chiquillo, se sintió asustado e inseguro de sí mismo como nunca.

¿Cómo podía Jack «decir alguna cosita» sobre Emma ante ese público de mujeres mayores, entre ellas las chicas ya crecidas y las mujeres mayores que lo habían *formado*? ¿Cómo iba a relajarse en aquel sagrado lugar donde ya de niño había vuelto la espalda a Dios?

Jack se aferró al púlpito con las dos manos, pero fue incapaz de hablar; no le salían las palabras. Los fieles esperaban; en la capilla todos estaban tan quietos como el corazón de Emma.



«Hay que ver las malas pasadas que puede gastarte la cabeza por efecto del miedo», pensó Jack. Entre las caras de aquellas mujeres, todas con la vista fija en él, Jack habría jurado que vio a la señora Stackpole, la lavaplatos de sus tiempos en Exeter, muerta hacía tiempo. Si se hubiese atrevido a buscar entre sus caras, quizás habría descubierto a la señora Adkins, inmersa hacía tantos años en las aguas del Nezinscot. O a Claudia, que lo había amenazado con atormentarlo, o a Leah Rosen, muerta en Chile, o incluso a la propia Emma, a quien sin duda Jack habría defraudado por su incapacidad para decir lo que había ido a decir.

Jack intentó mirar más allá de sus caras sin concentrarse en alguien en concreto, excepto quizás el señor Ramsey, que siempre le infundió aliento. Pero el señor Ramsey se había perdido de vista. En realidad, lo había engullido el mar de recién llegadas, chicas jóvenes, alumnas del St. Hilda, todas con sus uniformes de colegialas, como si aquel oficio especial del domingo por la tarde fuese un día lectivo como cualquier otro.

En su estado de ánimo, Jack confundió a las chicas con fantasmas, pero eran internas, las únicas alumnas que permanecían en el St. Hilda los domingos. Debían de haber reunido el valor para acudir a la capilla en tropel desde la residencia. No las habían invitado, pese a tener la edad —diecisiete o dieciocho años— de las más rendidas admiradoras de Emma Oastler. (Las mujeres jóvenes eran las más fervientes lectoras de Emma).

A Jack le conmocionó verlas allí, de pie al fondo de la capilla en sus universales poses de taciturnidad y alborozo y gracia y desaliño, como las había visto a los cuatro años, cuando por primera vez sintió el impulso de coger a su madre de la mano. Las chicas le recordaron su miedo a las piernas desnudas, con los calcetines largos arrollados en los tobillos, como para revelar la desazón interior de quienes así los llevaban. Las caderas ladeadas, las blusas sin remeter, los botones desabrochados, los labios mordidos y el cabello intencionadamente despeinado..., pues bien, allí estaban, aquellas chicas anónimas, algunas con manoseados ejemplares en rústica de la primera o de la segunda novela de Emma, todas ellas la viva personificación, para Jack, de los gestos de una naciente sexualidad que él tan hábilmente había imitado como actor. (¡Incluso como hombre!).

Al verlas se le cortó la respiración, pero su presencia lo obligó a la vez a centrarse de nuevo en la labor que tenía entre manos. Recobró la voz, aunque débilmente —poco más que un susurro—, y habló como si se dirigiese solo a ellas, a aquellas jóvenes internas. Probablemente eran alumnas de duodécimo y decimotercero.

—Recuerdo —empezó Jack— cómo me cogía... la mano.

Sin el suspiro de la señora Oastler, Jack no se habría dado cuenta de que ella contenía la respiración. Los hombros de la señorita Wong se sacudieron en un espontáneo estremecimiento; sus rodillas se distendieron, las piernas se le separaron.

—Emma Oastler cuidó de mí —prosiguió Jack—. No tengo padre —les dijo, por más que ellas ya lo supiesen—. Pero Emma fue mi protectora.

Al oír la palabra «protectora», Maureen Yap se sobresaltó como por efecto de una descarga eléctrica; de pronto levantó las manos del regazo, las palmas abiertas y separadas como las hojas de un devocionario o un cantoral. (Jack medio esperaba que arrancase a cantar). Lucinda Fleming contrajo el labio inferior y se lo apretó con los dientes. Se oyó algo semejante al chasquido del lomo de un libro nuevo al abrirse por primera vez: era Wendy Holton Puños de Piedra haciendo crujir los nudillos contra su propio pecho plano.

Fue entonces cuando a Jack, de improviso, se le saltaron las lágrimas; no estaba actuando. Sin emitir sonido alguno, se echó a llorar; no pudo contenerse. Tenía más cosas que decir, pero ¿para qué? ¿No era esa la actuación que todos esperaban? ¿JACK BURNS SE VIENE ABAJO O ERA TODO PURO TEATRO?, diría un periódico sensacionalista. Pero no era teatro.

Fueron aquellas chicas conmovedoras (las internas abandonadas con su soledad serena) quienes lo liberaron: la manera en que estaban allí de pie, sin parar quietas ni un momento. Sacudían el pelo, encogían los hombros, apoyaban el peso del cuerpo primero en una pierna luego en la otra. Ladeaban ahora una cadera, ahora un codo. Se rascaban las rodillas desnudas y se miraban debajo de las uñas, se tocaban con la punta de la lengua el labio superior o las comisuras de la boca abierta, como si Jack Burns apareciese en una película o en una pantalla gigante y ellas lo observasen desde la oscuridad, a salvo e invisibles.

Jack simplemente calló y dejó correr las lágrimas, sin ser consciente al principio de que eso tendría un efecto detonante en los fieles allí congregados. En ningún momento pretendió hacerlos llorar, pero ese fue el resultado inevitable.

La señora Malcolm se balanceó de manera incontrolable en su silla de ruedas, como si le hubiese sobrevenido un tercer accidente y la hubiesen dejado lisiada o ciega, o ambas cosas a la vez. Debió de ser algo que el señor Malcolm, en su dolor, fue incapaz de prevenir. Alice había inclinado hacia Jack el rostro, sin edad cuando lo tenía bañado en lágrimas. Él le leyó los labios. («¡Lo siento mucho, Jackie!»).

—¡Jack Burns! —exclamó el señor Ramsey ahogando un sollozo.

La señorita Wurtz se había cubierto la cara con un pañuelo blanco, como si se enfrentase a un pelotón de fusilamiento en actitud no precisamente estoica.

Caroline French, por lo general ausente en las reuniones de la clase, tampoco se presentó al oficio en memoria de Emma. Jack, a su pesar, echó de menos su golpeteo de talones, como Caroline debía de echar de menos el otrora resonante golpeteo de talones de su difunto gemelo, Gordon, desaparecido en la tumba de agua de un navegante. El angustioso gimoteo de Jimmy Bacon no habría desentonado en el oficio en memoria de Emma, pero tampoco Jimmy estaba presente. Por suerte, las gemelas Booth no decepcionaron a Jack: Heather y Patsy con sus idénticos chupeteos de manta, unidos en ese momento a las espontáneas muestras de aflicción de los fieles.

A Wendy Holton se le escapó un gemido y se apretó las sienes con los puños de

piedra. Un bramido brotó de Charlotte Barford; la cual se agarró los pechos con huesos dentro como si no pudiese refrenar de otro modo su corazón acelerado.

Todos habrían llorado hasta entontecer si Jack no hubiese dicho nada; *seguirían* llorando aún si no se le hubiese ocurrido nada que decir.

—Recemos —dijo Jack, como si desde el principio hubiese sabido lo que hacía. (Estaban en una iglesia, donde teóricamente debían rezar).

«Habéis tenido un mal día y estáis muy cansados», habría entonado Emma en el aula del parvulario. Pero esa no parecía la oración apropiada. «Para tres de vosotros», decía siempre Emma antes de concluir su saga del niño estrujado, «el día, ya malo de por sí, acaba de empeorar». Pero esto no transmitía sensación de broche final, y el tono era amenazador; no se parecía en nada a una oración en el habitual sentido de la palabra, como algo destinado a elevar el espíritu.

Y por tanto Jack Burns pronunció la única oración que recordaba en ese momento. Era la que él y su madre habían dejado de rezar juntos; normalmente le entristecía pensar en ello, porque representaba todo lo que él y su madre no se decían, pero tenía la virtud de ser breve.

Las cabezas mirando para abajo frente a él eran una visión imponente, pese a que no advirtió la presencia de Chenko en la fila justo detrás de la de su madre hasta que Chenko agachó la cabeza. Allí, en su calva, apareció el tatuaje ucraniano que tan bien conocía: un lobo gruñendo que (por más veces que Jack lo hubiese visto) resultaba siempre inquietante.

—El día que nos has concedido, Señor, ha terminado —dijo Jack a la única cara que lo miraba, la del lobo—. Te damos gracias. —«¿Y ahora qué?», se preguntó, pero lo salvó el organista, hombre o mujer, a quien no llegó a ver. (Estaba detrás de Jack). El organista sabía cómo y cuándo llenar un silencio, y —en el St. Hilda— con qué llenarlo. La música que se les vino encima atronadoramente era un himno que se sabían de memoria. Ni siquiera lo olvidarían aquellos niños que, abandonados a su suerte, habían dejado el colegio y el oficio matutino en la capilla al final de cuarto curso. Sin duda todas las exalumnas, de cualquier edad, habían encomendado a la memoria aquellas cuartetos; con toda seguridad musitaban en sueños las palabras de su querido William Blake.

¿Y qué decir de las internas, las desasosegadas adolescentes que se hallaban al fondo de la capilla, donde el señor Ramsey se convirtió al instante en maestro de coro? ¿Qué decir de esas jóvenes que ansiaban una vida al margen de los uniformes del colegio pero temían lo que esa vida pudiese depararles, como les ocurre a las chicas en flor? ¡Vaya si eran capaces de entonar a grito herido aquel himno! Lo cantaban todas las semanas, o dos veces por semana, durante la etapa, aparentemente interminable, que pasaron en el St. Hilda.

La melodía de «Jerusalén» —Himno 157, una página con la esquina doblada en el cantoral del St. Hilda— resonaba triunfalmente en el corazón de toda exalumna. Era el poema de William Blake musicado, esa extraña creencia de que Jesús fue a

Inglaterra, donde Blake imaginó una Israel espiritual.

—«¿Y hollaron antaño esos pies / los verdes montes de Inglaterra?» —cantaron los fieles.

Jack bajó por la escalera del altar, donde momentáneamente se le acercó Jane Silla de Ruedas; gimiendo como un alma en pena, obstruyó el pasillo central. Pero el señor Malcolm, sin vacilar, salió como una exhalación al pasillo, dio un giro de ciento ochenta grados a su sobresaltada esposa y, empujando la silla, se alejó de forma apresurada. Jack siguió a los Malcolm por el pasillo, solo se detuvo un segundo para que la señora Oastler, la afligida madre de Emma, le agarrase del brazo y le permitiese acompañarla. Chenko, quizás el único fiel que no cantaba —los luchadores ucranianos desconocían a William Blake—, lloraba aún cuando Alice lo guio por el pasillo junto a ella. (Chenko renqueaba con su bastón). Un banco tras otro, de delante hacia atrás, los fieles los siguieron.

—«Traedme el arco de oro ardiente. / Traedme las flechas de deseo. / Traedme la lanza. ¡Oh, nubes, abríos! / Traedme el carro de fuego» —cantó la multitud.

Incluso las hijas de Penny Hamilton cantaban. (Claro que cantaban; muy probablemente eran alumnas del St. Hilda).

Cuando Jack se acercó a la entrada posterior de la capilla, una de las chicas de diecisiete o dieciocho años —una rubia de tez clara y ojos azules, delgada como una modelo— parece que desfalleció, que se desmayó o tropezó y cayó en brazos de sus compañeras de internado. A juzgar por su aspecto, esto podía deberse más a una dieta draconiana que al hecho de tener a Jack Burns, una estrella de cine, tan cerca que podía tocarlo, por más que Jack hubiese visto ya a chicas de su edad desfallecer, desmayarse o tropezar y caerse en su presencia. O acaso se debiese al efecto hiperestimulante del sublime himno.

La chica que se había desplomado distrajo a Jack de su objeto de deseo más inmediato. Bonnie Hamilton no solo había conseguido llegar a un banco del fondo de la capilla sin que él la viese cojear; sino que había conseguido asimismo marcharse, adelantándose al himno final y a la señora Malcolm confinada a su silla de ruedas, que encabezaba aún la lastimera retirada. ¿Cómo había escapado Bonnie sin que Jack se percatase? (Con una cojera como la suya, quizá sabía instintivamente cuándo marcharse).

Ya fuera, en el corredor que conducía al Gran Salón, las voces de las chicas y de las mujeres los transportaron; a medida que se apartaban de la capilla disminuía la reverberación del órgano, pero los dos versos finales de la última estrofa del himno sonaron alto y fuerte.

—«Hasta que levantemos otra Jerusalén / en la verde y apacible Inglaterra» —cantó la muchedumbre.

—Jack, no me duelen prendas —le susurró Leslie Oastler al oído, usando una expresión que bien podría haber empleado su hija—. No hay en todo el colegio un solo ojo seco, ni unas bragas secas.

Jack dudaba que los velatorios fuesen buena idea. Posiblemente el fallo residía en la idea de mezclar el duelo con vino y queso. O en mezclar mujeres con vino y queso; quizás el duelo no tuviese nada que ver.

Lucinda Fleming fue la primera en informarle de que los cócteles del St. Hilda se celebraban en el gimnasio, no en el Gran Salón, que se quedaba corto para dar cabida al gran número de exalumnas que habían acudido a presentar sus últimos respetos a Emma, o a mirar arrobadas, o intentar ligarse, a Jack Burns.

La mayoría de las mujeres llevaba zapatos de tacón de un tipo u otro. Habían visto a Jack solo cuando era niño o en la gran pantalla; su corta estatura las pilló desprevenidas. Las que (con tacones) eran más altas que Jack tendían a descalzarse. Así pues, se plantaban seductoramente ante él, con los pies desnudos o cubiertos solo por las medias, sosteniendo los zapatos de tacón en una mano y la copa de plástico con vino blanco en la otra, de modo que no disponían de ninguna mano libre para el queso ensartado en palillos.

En las fiestas de Hollywood, que algunos actores veían como audiciones, Jack había tomado por costumbre no comer ni beber. No quería que toda clase de cosas repugnantes se le quedasen prendidas entre los dientes; no quería que el aliento le oliese a orina. (Para un abstemio, el aliento de vino blanco huele a gasolina —o a algún otro combustible sin quemar—, y las exalumnas asistentes al velatorio de Emma despedían fuego por la boca).

Algunas mujeres de alrededor de cuarenta años tenían un aspecto especialmente desesperado. No pocas estaban divorciadas; sus hijos pasaban el fin de semana con los padres, o eso se repetía Jack una y otra vez. Esas mujeres desplegaban una agresividad impúdica o, cuando menos, inapropiada para un *velatorio*.

Connie Turnbull, a quien en otro tiempo Jack, en el papel de Rochester, había tomado entre sus brazos a la vez que declaraba «Nada, nada fue jamás tan frágil y tan indómito a un tiempo», contradujo esa imagen de Jane Eyre susurrándole a Jack al oído que era «de lo más domable».

La señorita Wurtz, a quien Jack no había visto desde que él y Claudia la acompañaron al festival de cine de Toronto hacía más de una década, se había cubierto la cabeza teatralmente con un pañuelo negro, casi un velo. Parecía una peregrina de una orden de flagelantes del siglo XII. Estaba más delgada que nunca, y aunque su percedera belleza no había desaparecido por completo, se veía mermada por un aura de persecución sobrenatural, como si hubiese sufrido de estigmas o de alguna otra forma de hemorragia de causas inexplicables.

—No te dejaré solo, Jack —le susurró la Wurtz al mismo oído al que le había susurrado Connie Turnbull—. Sin duda has conocido a muchas mujeres ligeras de cascos en California, pero algunas de estas exalumnas tienen una capacidad ilimitada para la ligereza; una ligereza que solo pueden tener las mujeres no acostumbradas a

ella.

—Dios mío —dijo él. Solo le interesaba una exalumna, estuviese o no en el umbral de la ligereza: Bonnie Hamilton. Pero, a pesar de su característica cojera, parecía haberse escabullido.

En cuanto a las internas adolescentes, la señora Malcolm había ido arreándoles con su silla de ruedas para que ninguna se descarriase; había conducido a las acobardadas chicas hasta un rincón lejano del Gran Salón, donde el señor Malcolm intentaba rescatarlas de su esposa demente. Jane Silla de Ruedas, imaginó Jack, estaba decidida a mantener a aquellas jóvenes a salvo de él. En la mente de la señora Malcolm, o lo que quedaba de ella, Jack Burns era la maléfica reencarnación de su padre; en su opinión, Jack había regresado al St. Hilda con la única y lujuriosa finalidad de desflorar a aquellas chicas, cuyo despertar sexual se discernía en el desaliño de sus uniformes.

Jack advirtió que la joven que antes había desfallecido o se había desmayado, o solo tropezado, había perdido un zapato. Caminaba en círculos, desequilibrada, arrastrando el otro mocasín. Jack se abrió paso de manera resuelta hacia esas alumnas; eran las únicas que habían llevado ejemplares de la novela de Emma, probablemente para que él se los firmase.

Las chicas no daban señales de interés sexual en él; no coqueteaban en absoluto. La mayoría de ellas era incapaz de sostenerle la mirada, y las que sí eran capaces, eran incapaces de hablar. Eran solo niñas, tímidas y azoradas. Era un disparate que la señora Malcolm pensase que necesitaba protegerlas de Jack. Una de ellas le tendió un ejemplar del primer libro de Emma para que se lo firmase.

—Quería que me lo firmase Emma —dijo—, pero quizás a usted no le importe. —Las otras chicas aguardaron educadamente su turno.

Dirigiéndose a la chica delgada y titubeante que caminaba con un solo zapato, Maureen Yap dijo algo a todas luces impertinente pero incomprensible. Sonó a algo así como «¿Es que llevas aparato en los dientes?», pero Jack conocía a Maureen; estaba seguro de que le había dicho: «¿Es que no tienes deberes pendientes?».

Antes de que la pobre chica hiciese el esfuerzo de contestar a la Yap —antes de que desfalleciese o se desmayase o tropezase y se cayese otra vez— Jack le tomó una de sus manos frías y pegajosas y dijo:

—Salgamos de aquí. Te ayudaré a buscar el zapato que has perdido.

—Sí, salgamos de aquí —repitió otra de las internas—. Busquemos el zapato perdido de Ellie.

—Alguien me ha pisado el talón cuando salía de la capilla —contó Ellie—. No he querido ver quién era, así que lo he dejado correr.

—A mí me molesta mucho cuando me pasa eso —dijo Jack a las jóvenes.

—Es de tan mala educación —comentó una de ellas.

—Cabrea —dijo él. (Puede que fuese la palabra «cabrea» lo que ahuyentó a Maureen Yap).

Jack acompañó a las chicas por el corredor de vuelta a la capilla buscando el mocasín perdido; por el camino firmó ejemplares de los libros de Emma.

—No había estado con un grupo de internas desde que unas cuantas chicas me metieron a escondidas en la residencia cuando estudiaba aquí —les explicó.

—¿Qué edad tenía? —preguntó una chica que a Jack le recordó a Ginny Jarvis.

—Nueve o diez años, supongo —contestó Jack.

—¿Y qué edad tenían las internas? —preguntó Ellie.

—Debían de ser de vuestra edad —dijo Jack.

—¡Eso es asqueroso! —exclamó Ellie.

—No pasó nada, ¿no? —preguntó a Jack una interna.

—No, claro que no —respondió él—. Solo recuerdo que estaba asustado.

—Bueno, usted era un niño —dijo Ellie—. Es normal que se asustase.

—Mirad, allí está mi zapato estúpido.

Al mocasín habían ido dándole patadas hasta quedar a un lado, contra la pared del corredor.

—¿Cómo va a hacer una película basada en *La lectora de morralla*? —preguntó una de las jóvenes.

—Es potencialmente tan soez —dijo otra chica.

—La película no será tan explícita como la novela —explicó Jack—. La palabra «pene», por ejemplo, no se mencionará ni una sola vez.

—¿Y vagina? —preguntó una de las chicas.

—No, esa tampoco —dijo él.

—¿Por qué no se operó la vagina? —preguntó Ellie.

Jack sabía, claro, que se refería al personaje de Michele Maher, pero él solo pensó en Emma.

—No lo sé —contestó Jack.

—Debía de haber alguna razón psicológica, Ellie —dijo una de sus compañeras de internado—. O sea, no es precisamente como una operación de rodilla, ¿verdad?

Las jóvenes, entre ellas Ellie, asintieron con expresión seria. Eran muy sensatas, niñas en el fondo pero en muchos sentidos más maduras que Emma a esa edad, por no hablar ya de Ginny Jarvis y Penny Hamilton (o de Charlotte Barford o Wendy Holton). Jack se preguntó qué había en él tan distinto o incorrecto como para que aquellas niñas llegasen a pensar que era aceptable abusar de él.

Estas otras chicas no habrían hecho daño a un niño. En su compañía, Jack se sintió otra vez como un niño de nueve o diez años, solo que se sintió a salvo. Tan a salvo, y tan pequeño, que de pronto anunció:

—Tengo pipí. —(Era exactamente como lo habría dicho un niño de nueve o diez años).

Las jóvenes no se sorprendieron; reaccionaron a lo que acababan de decirles de un modo estrictamente práctico.

—¿Recuerda dónde está el lavabo de chicos? —preguntó Ellie.

—Aún hay uno —dijo otra joven.

—Le enseñaré dónde está —dijo Ellie a Jack, y lo cogió de la mano. (Lo cogió de la mano tal como habría hecho con un niño de nueve o diez años; por alguna razón, a Jack se le partió el corazón).

Él tenía toda la culpa, solo él, pensó, del interés antinatural que aquellas niñas mayores le habían mostrado durante su etapa en el St. Hilda. Debía de ser algo que percibían en él. Jack tenía la convicción de que la anormalidad estaba en él.

Jack retiró la mano de Ellie. No quería que ella o sus amigas —aquellas jóvenes increíblemente sanas y *normales*— lo vieses llorar. Jack tenía la sensación de que estaba a punto de deshacerse en llanto, pero tal como lloraría, sin vergüenza, un niño de nueve o diez años. De pronto se sintió abochornado por lo que la *verdadera* Michele Maher podía haber considerado su rareza.

—Claro que puedo encontrar el lavabo de chicos yo solo —dijo Jack, y se echó a reír, pero como un actor—. Creo que podría encontrar ese lavabo desde la oscuridad de mi tumba —añadió, como si su visita al lavabo de chicos fuese un viaje heroico, concebido para realizarlo a solas, aceptando plenamente los peligros que pudiera encontrar en el camino.

Jack no tardó en perderse por un pasillo desconocido; iba pensando que quizás habían repintado el colegio. Le pareció que las escaleras eran el probable lugar de encuentro de fantasmas: la señora McQuat, la desaparecida conciencia de Jack; o incluso Emma, defraudada por la brevedad de su oración. Las voces de las internas ya no lo acompañaban en su viaje; nadie seguía a Jack, o eso creía él.

Enfrente, no lejos de un recodo del pasillo, estaba el comedor, cerrado y a oscuras. ¿Salió de entre las sombras una silueta vieja y encorvada? Era una anciana. Alguien que Jack no reconoció, pero no un fantasma, desde luego; tenía una complexión demasiado robusta para ser un espíritu. A juzgar por su aspecto, pensó que se trataba de una mujer de la limpieza. Pero ¿por qué una mujer de la limpieza trabajaba en el St. Hilda un domingo, dónde estaban el balde y la fregona?

—Jack, querido mío, mi pequeñín —exclamó la señora Machado con su acento portugués.

Verla, saber que era ella realmente, tuvo en Jack el mismo efecto que la patada en la ingle que ella le diera tantos años antes. No pudo moverse ni hablar; no pudo *respirar*.

Había reconocido que Leslie Oastler ejercía cierto poder sobre él, y siempre lo ejercería. Pero en todos sus esfuerzos, conscientes e inconscientes, por atenuar los recuerdos de la señora Machado, Jack había subestimado su implacable autoridad sobre él. Nunca la había derrotado; eso solo lo había hecho Emma.

Nada quedaba de su cintura, la poca que en otro tiempo tuvo. Los pechos caídos le asomaban por la cintura, bajo la blusa sin remeter, de manera tan obvia como asomarían bajo la ropa de un ladrón aficionado los artículos robados en una tienda. Pero más obvio aún era lo que le había robado a Jack; la señora Machado le había



arrebatado la capacidad de decirle que no. (¡A ella o a cualquier otra persona!).

«¡Es un niño asustado!», había dicho Bonnie Hamilton a su hermana y a Ginny Jarvis cuando aquellas chicas mayores intentaban obtener una reacción del pene de Jack.

En compañía de la señora Machado, Jack era aún un niño asustado. Ella trazó en el pasillo un círculo alrededor de él como si se preparase para su acostumbrado derribo con presa de pierna; le inmovilizó el brazo izquierdo desde abajo y, a la vez, le atenazó la muñeca derecha con los gruesos dedos de su mano izquierda. Jack conocía el tirón descendente que ella parecía buscar, pero no pudo resistirse a la inercia; no hizo ademán de defenderse.

La señora Machado apretó la frente contra el pecho de Jack. Con la parte superior de la cabeza —una maraña de pelo gris y estropajoso— le rozó la garganta. Jack se sorprendió al ver lo baja que era, pero naturalmente él era más bajo la última vez que ejecutaron juntos esa danza mientras Chenko repetía la habitual letanía, como una llamada a la oración: «¡Control de manos! ¡Movimiento en círculo, en círculo! ¡No te apoyes en ella, Jackie!».

No era un combate de lucha lo que la señora Machado tenía pensado. Agarrándole aún la muñeca derecha con actitud apremiante, le guio la mano por debajo de la blusa; con su ancha nariz, la señora Machado le apartó la corbata y, con los dientes, le desabrochó el segundo botón de la camisa. Jack creyó percibir olor a anchoas en su pelo. Fue el contacto de su mano derecha con aquellos senos caídos, al que inmediatamente siguió el roce de la lengua de la señora Machado en su pecho, lo que lo llenó de repugnancia y le dio fuerzas para apartarla de un empujón.

Hasta ese momento nunca había creído en lo que se conocía como memoria recuperada, a saber, la circunstancia de que los malos tratos o abusos deshonestos padecidos en la infancia por fortuna se borran, solo para volver con saña, *vividamente*, muchos años más tarde. Cuando Jack se apartó de la señora Machado en la penumbra del pasillo de su antiguo colegio ese domingo, recordó el truco del botón, la manera en que ella le desabrochaba la ropa y le bajaba las cremalleras con los dientes, y las demás habilidades que había desarrollado con la boca, que él había eliminado de su memoria.

—No seas cruel, señor Pene —susurró la señora Machado mientras Jack retrocedía. Arrastrando los pies, calzados con una zapatillas deportivas sin cordones, lo siguió, pero de pronto se quedó inmóvil. No fue la débil resistencia de Jack lo que la detuvo. Ella había desviado la mirada. Ahora escrutaba a un lado o detrás de Jack, y tan pronto como él se volvió para mirar hacia donde la señora Machado miraba, esta desapareció.

Debía de rondar los setenta años. ¿Cómo podía ser tan ágil, capaz de mover los pies tan rápido? O acaso estaba el recodo del pasillo más cerca de lo que Jack creía. Era más probable, claro, que la señora Machado nunca hubiese estado allí.

En todo caso, Jack no había oído la silla de ruedas detrás de él; sobre el liso suelo

de linóleo las ruedas no emitían el menor ruido. (Al fin y al cabo, se hallaba en territorio embrujado).

—Jack —dijo la mujer de la silla de ruedas—, da la impresión de que acabas de ver a un fantasma.

Había esperado encontrar ante sí a la señora Malcolm, con su permanente afán de protección de aquellas chicas, cuya violación, según imaginaba ella, era el objetivo de Jack. Pero la mujer en la silla de ruedas era una atractiva agente inmobiliaria de cuarenta años con un traje pantalón negro.

Bonnie Hamilton había conseguido aparcar la silla de ruedas en algún sitio que quedara fuera de la vista, cerca del fondo de la capilla, y, renqueando, ocupar y abandonar luego un banco sin que nadie la viese. Había triunfado en el negocio inmobiliario, explicaría más tarde a Jack, porque siempre dejaba la silla de ruedas en la entrada y, cojeando, acompañaba a los clientes de habitación en habitación, incluso, como Leslie Oastler había insinuado cruelmente, escaleras arriba y abajo. «Mis clientes deben compadecerse de mí», bromearía Bonnie. «Nadie quiere decepcionar a una inválida..., como si ya tuviese poco la pobre, como ellos dicen».

Pero en los actos públicos, o cuando fuera que se congregaba una multitud, Bonnie Hamilton había triunfado también en el esfuerzo por mantener la cojera para sí; había desarrollado especial destreza para dejar la silla de ruedas y volver a ella furtivamente sin ser vista. En la silla de ruedas ofrecía un aspecto elegante; a Jack le pareció tan hermosa como cuando eran colegiales.

Jack seguía sin habla a causa de su encuentro con la señora Machado, real o no, y del grotesco recuerdo de los detalles olvidados de todo lo que la señora Machado le había hecho. Verse, además, rescatado por Bonnie Hamilton —que había hecho todo lo posible por protegerlo de su hermana y de Ginny Jarvis cuando tenía nueve o diez años— fue más de lo que podía soportar.

Jack se postró de rodillas y rompió a llorar. Bonnie se acercó con la silla y tiró de él para hacerle apoyar la cabeza en su regazo. Bonnie debió de pensar que era ella la causa de su llanto, que debía de ser el recuerdo de verse compelido a eyacular en la frente de su hermana lo que aún lo tenía traumatizado. (Esa atroz pérdida de la inocencia en la residencia de las chicas mayores cuando era un niño pequeño y asustado; esto, sumado a la pérdida de Emma, sin duda lo había hundido).

—Jack, pienso en aquello tan horrible que te hicimos; ¡todos los días de mi vida pienso en ti! —exclamó Bonnie.

Jack intentó negar con la cabeza en su regazo, pero probablemente Bonnie creyó que intentaba escapar de ella y lo sujetó con más fuerza.

—¡No, no; no te asustes! —lo instó ella—. No me sorprende que llores al mirarme, ni que te vistas de mujer o hagas otras cosas raras. ¿Cómo no ibas a ser raro después de lo que te hicimos? ¡Claro que eres raro! —exclamó Bonnie.

«Está chiflada», pensó Jack, que se vio en apuros para respirar; ella le agarró el pelo con las dos manos y le hundió la cara entre sus muslos. Daba la sensación de que

Bonnie Hamilton poseía una gran fortaleza física; era evidente que hacía mucho ejercicio. Pero uno no puede luchar contra una mujer en una silla de ruedas; Jack se limitó a dejar que lo abrazara tan fuerte como quisiese.

Bonnie se inclinó sobre él y le susurró al oído:

—Podemos dejarlo todo atrás, Jack. He hablado con un psiquiatra sobre la mejor manera de superarlo. Podemos seguir adelante.

Ella no oyó que Jack, desde su regazo, preguntó «¿Cómo?»; la voz de Jack se ahogó entre sus muslos. Al peinarle el pelo con los dedos, le acarició la nuca.

—Sexo normal, Jack; esa es la mejor manera de superar una experiencia traumática —dijo Bonnie Hamilton.

¡Cuánto deseó Jack que Emma estuviese viva para oír aquello! ¡Cómo se habría regodeado ante la idea misma de un sexo normal!

¿No era el destino, al fin y al cabo? ¿No se habían mirado Bonnie y Jack en una ocasión y habían sido incapaces de desviar la vista? Y eso ocurrió cuando él estaba en cuarto y ella en duodécimo.

Además, él era Jack Burns. ¿No se suponía que se acostaba con todo el mundo? ¿Cómo se sentiría Bonnie Hamilton si no se acostaba con ella, una inválida?

Aun así, dio que pensar a Jack; estaba chiflada, eso desde luego. Bonnie debió de advertir la reserva en el rostro de Jack cuando por fin le soltó la cabeza que le aguantaba contra el regazo. El aplomo que hasta entonces había mostrado vaciló; pasó a mostrarse insoportablemente tímida.

—No tengas la sensación de que te fuerzo. ¡Pobre chico! —exclamó—. ¡Ya te han forzado más que suficiente!

Con la silla de ruedas se echó para atrás; era una imagen perturbadora. Jack tuvo la sensación de que estaban rebobinando una película; volvían atrás en el tiempo. De un momento a otro reaparecería la señora Machado; presintió que doblaba el recodo del pasillo, que salía de nuevo de entre las sombras.

Dadas las circunstancias, Jack optó por marcharse con Bonnie.

A lo largo de toda la noche, en el Four Seasons, Bonnie Hamilton no cojeó ni una sola vez ante Jack. Tendida, no cojeaba. Una vez, cuando dejó la cama para ir al baño —y otra cuando se vistió por la mañana— le pidió que se volviese.

Jack no llegó a dormirse en ningún momento. Estaba aterrorizado por las pesadillas que la señora Machado pudiera provocarle. En la oscuridad, cuando sintió que la primera pesadilla se acercaba —pese a estar totalmente despierto—, Jack preguntó a Bonnie si había visto a la mujer baja y robusta que estaba hablando con él en el pasillo. Puede que Jack hubiera tapado con su cuerpo parte del campo de visión de Bonnie; desde abajo, en la silla de ruedas, a ella le había dado la impresión de que hablaba solo. «He pensado que quizás estabas actuando», dijo ella.

Esto no demostraba que la señora Machado fuese un fantasma, y que solo la

hubiese imaginado. Jack tenía un pelo en la corbata; lo vio cuando se desnudó para irse a la cama. (Más gris y estropajoso que cualquier cabello de Bonnie Hamilton o de Jack, y ninguna otra persona le había apoyado la cabeza en el pecho). Y a eso había que añadir el segundo botón de la camisa: Jack lo tenía desabrochado ya al desvestirse esa noche. Lo cual le produjo un escalofrío.

Como es natural, el truco del botón era el origen de las pesadillas por las que Jack temía verse acosado, no por el truco en sí, que durante tantos años había olvidado felizmente, sino por lo que venía después. Todos esos *otros* juegos de la señora Machado.

Bonnie Hamilton tuvo la compasión de quedarse despierta con él. Por supuesto ella consideró la noche que pasaron juntos una «terapia», y quizá lo fuese. Durante esa noche, si no durante todas las demás que siguieron, Bonnie mantuvo a raya el truco del botón.

## 25 - Alice la Hija vuelve a casa

A Alice y a Leslie Oastler les inquietó que Jack abandonase el velatorio de Emma en el St. Hilda sin despedirse. Un implacable grupo de exalumnas —de hecho, las excompañeras de clase de la señora Oastler— había invitado a Leslie y a Alice a cenar. Esperaban que Jack las acompañase, o al menos que no escapase con una mujer en sillas de ruedas. (¡Dada la reputación de Jack con las mujeres mayores, su madre y la señora Oastler pensaron en un primer momento que se había fugado con Jane Silla de Ruedas!).

Sin duda varios testigos presenciales, entre ellos Lucinda Fleming, aquella mordedora de labios, habían exagerado al describir la impulsiva huida de Jack con Bonnie Hamilton. Lucinda, probablemente llena de rabia silenciosa, había visto cómo Peewee plegaba la silla de ruedas de Bonnie y la metía en el maletero de la limusina. Mientras Alice y Leslie Oastler se preguntaban en voz alta qué demonios habían hecho la señora Malcolm y Jack con el pobre señor Malcolm, Penny Hamilton tuvo una pataleta delante de sus propias hijas, aquellas niñas adorables. «¡Lo sabía!», exclamó Penny, mesándose los preciosos cabellos. «¡Jack Burns se está follando a mi hermana la tullida! ¡La muy zorra!».

La señorita Wurtz, que había logrado presentar *Tess, la de los d'Urberville* desde una perspectiva edificante, dio un sesgo positivo a lo que acababa de declarar Penny Hamilton. «¡Gracias a Dios eso se ha aclarado!», dijo Caroline a Alice y a la señora Oastler.

«¡Jack Burns!», se oyó mascullar al señor Ramsey en leal ponderación.

Las exalumnas, de la primera a la última, se quedaron mudas de asombro. Solo las internas, aquellas irrefrenables chicas de diecisiete y dieciocho años, continuaron con su conversación, que mantenían en una especie de taquigrafía comprensible solo para ellas.

La Wurtz, en su continuado esfuerzo para levantar el ánimo a Alice y a la señora Oastler dijo: «En fin, habría sido más previsible, aunque no más divertido ni mucho menos, si Jack se hubiese marchado vestido de mujer en lugar de acompañado de una mujer».

Jack abandonó el hotel bastante temprano a la mañana siguiente, aunque no tan temprano como Bonnie Hamilton, que tenía una cita en Rosedale a las siete. En recepción le informaron de que se habían recibido unas cincuenta llamadas para Jack Burns, y otras cuantas para Billy Rainbow —estas cada vez más airadas—, pero nadie había sabido preguntar por Jimmy Stronach. A Jack y Bonnie no les molestó nadie.

Jack fue en taxi a Forest Hill. Preveía que su madre aún estaría durmiendo y que la señora Oastler llevaría horas levantada. Con seguridad, Leslie habría preparado

café. No se equivocó en cuanto al café.

La señora Oastler le dijo que su madre se había marchado de casa antes de las siete, una hora inaudita para que Alice estuviese ya en pie, y más aún vestida y camino de cualquier parte. (Nadie quería un tatuaje a primera hora de la mañana).

Leslie parecía recién levantada. Llevaba una de las camisetas viejas de Emma, que a ella le quedaba como un vestido holgado; obviamente había dormido con ella puesta. La camiseta le llegaba casi a las rodillas, las mangas le caían por debajo de los codos. Jack la siguió hasta la cocina, donde olía a café recién hecho. No había platos en el fregadero, ni una sola miga de pan en la mesa de la cocina; daba la impresión de que Alice no hubiese desayunado.

La señora Oastler se sentó a la despejada mesa; las manos le temblaron un poco al beberse el café. Jack se sirvió una taza y se sentó a su lado.

—Hice una apuesta con tu madre, Jack. Le dije que aquel montón de internas se te follarían una tras otra. Alice pensaba que te irías con aquella mujer tan entusiasta del perro enorme. Por la inválida no apostaba nadie.

—¿Adónde ha ido mi madre, Leslie?

—Otra RM —dijo la señora Oastler—. Lo llaman resonancia.

—¿Una resonancia para qué?

—Vamos, Jack. ¿Has hablado con ella últimamente? Me da la impresión de que no habéis hablado en absoluto.

—Lo he intentado —contestó él—. No quiere decirme nada.

—No has hecho las preguntas pertinentes, Jack.

En la mesa de la cocina había un sobre blanco; estaba en posición vertical, totalmente recto, sujeto entre el salero y el pimentero, con un aspecto tan inocente como una participación de boda. Si era algo que Alice había dejado para Jack, habría llevado su nombre en letra grande; con un dibujo de un corazón monstruoso, rebosante de amor maternal por él, o alguna otra inconmensurable demostración de afecto imperecedero. Pero el sobre no presentaba marca alguna ni estaba cerrado.

—¿Está enferma mi madre, Leslie?

—¿Sobre? ¿Qué sobre? Yo no veo ningún sobre —dijo la señora Oastler con la mirada fija en el sobre.

—¿Qué hay en ese sobre? —preguntó él.

—Algo que en principio no debes ver, Jack. Algo que yo nunca te enseñaría, eso por descontado.

Jack abrió el sobre, que obviamente era lo que Leslie quería que hiciese, y colocó las cuatro fotografías cara arriba en la mesa limpia de la cocina, como si fuesen naipes y jugasen a un solitario con reglas en extremo distintas.

Las fotos ofrecían imágenes del torso de una mujer desde el precioso ombligo hasta los hombros, todas con ligeras variaciones. Estaba desnuda; los pechos, plenamente formados, no colgaban. Los pechos y la tersura de la piel fueron los que le revelaron a Jack la juventud de la mujer, pero le atrajo sobre todo el tatuaje. Era

bueno, de la vieja escuela, como diría su madre. Era un corazón marítimo tradicional, partido en dos verticalmente, del típico color azul de los tatuajes. Era solo un contorno, sin sombreado. El corazón estaba tatuado en el cuadrante superior externo del pecho izquierdo, donde abarcaba parte del pecho y parte de la caja torácica en el lado del corazón. Estaba exactamente donde, en opinión de Alice, era más fácil ocultar el tatuaje de un corazón herido, y uniendo las mitades de ese corazón roto, como una venda, aparecía la frase «Hasta que te encuentre». Las palabras estaban escritas en letra caligráfica sobre un pergamino.

Por la calidad, el tatuaje podía ser obra de su madre, pero Jack conocía de memoria la letra de Alice la Hija; el texto no era suyo. Más clásico —en lugar de ese «Hasta que te encuentre»— era el nombre del amante que te había abandonado o engañado, o roto el corazón de un modo u otro.

A Jack no le costó imaginarse que estaba viendo un Tattoo Ole o un Doc Forest o un Tattoo Peter, o acaso un Jerry el Marino, de Halifax, realizado hacía mucho tiempo. Las fotos parecían bastante antiguas. Pero Jack debía de estar pensando en la mujer, no en el tatuaje.

—Estás mirando el pecho equivocado, Jack —dijo Leslie Oastler—. No sé por qué Alice se ha molestado en mantenerte ese tatuaje en secreto tantos años. No es el tatuaje lo que va a matarla.

Fue entonces cuando Jack comprendió que contemplaba unas fotografías de los pechos de su madre y que, en tal caso, debían de haberse tomado unos veinte años antes. Contrariamente a la insólita fama que tenía como artista del tatuaje, y a lo que le había dicho a él, su madre se había tatuado, probablemente cuando William le rompió el corazón o poco después; desde luego cuando Jack era niño, o incluso antes de que naciese.

La insistencia de Alice en ocultarle a Jack el tatuaje era algo que él había confundido con pudor y que contradecía la impresión que él se había hecho de su madre. No fue por pudor por lo que ella nunca quiso bañarse con Jack ni le había permitido que la viera desnuda. (Tampoco tenía nada que ver con la supuesta cicatriz de su cesárea). Era el tatuaje lo que Alice no quería que viese Jack, y no solo porque *estaba* tatuada, lo que contradecía su pretendida originalidad entre los artistas del tatuaje. Era esencialmente el propio tatuaje lo que necesitaba esconder, porque el «te» de «Hasta que te encuentre» debía de referirse a su padre desaparecido: ¿era a William a quien había mantenido en secreto desde el principio! Y marcarse de por vida por él desmentía la indiferencia que aparentó al abandonar la búsqueda de William y al negarse a hablar con Jack de él.

La cicatriz de cinco centímetros en el cuadrante superior hacia fuera del pecho derecho no tatuado de Alice era una fina línea quirúrgica sin marcas de puntos visibles.

—Le extirparon un tumor a los treinta y un años —informó la señora Oastler a Jack—. Tú tenías doce; hacías séptimo, si no recuerdo mal.

—Estaba en Redding —recordó él en voz alta—. Fue cuando mi madre dijo que vendría a verme pero no vino.

—Se sometió a radioterapia, Jack, y repetía la quimioterapia cada cuatro semanas, en seis ciclos. Con la quimio pasaba unos cuantos días indisputada cada mes..., ya sabes, vómitos..., y perdió el pelo, claro. No quería que tú la vieres calva o con peluca. No verás la cicatriz de la axila derecha en las fotografías; incluso mirándola al natural cuesta verla. Le extrajeron un ganglio linfático, un procedimiento bastante corriente —explicó Leslie.

—¿Se lo detectaron en una mamografía o se notó ella el bulto? —preguntó Jack.

—Lo noté yo —dijo la señora Oastler—. Era muy sólido; duro al tacto, de hecho.

—¿Ha vuelto el cáncer, Leslie?

—La recurrencia en el otro pecho es muy común —contestó la señora Oastler—. Pero no le ha vuelto en el pecho. Podía haberse extendido a los pulmones, o al hígado, pero le ha pasado al cerebro. No es el peor sitio donde puede aparecer; en los huesos es horrible.

—¿Qué hacen con un cáncer de cerebro? —preguntó él.

—En realidad no es cáncer de cerebro, Jack. El cáncer de mama presenta metástasis en el cerebro; eso equivale a células de cáncer de mama. Cuando el cáncer de mama pasa a otra parte, supongo que no hay mucho que hacer al respecto.

—Así pues, ¿mi madre tiene un tumor en el cerebro? —preguntó Jack.

—Una «lesión expansiva», creo que lo llaman..., pero sí, para ti y para mí es un tumor —dijo Leslie y se encogió de hombros—. Cualquier intervención sería inútil, dicen. Incluso la quimio sería meramente paliativa, para aliviar los síntomas; no es un tratamiento curativo. No hay tu tía —añadió, una expresión rara en ella (como «no me duelen prendas»), un esfuerzo consciente o inconsciente de una madre afligida por evocar la persistente pero exitosa informalidad de su difunta hija en el uso del idioma.

La señora Oastler cogió las fotografías y las metió en un cajón de la cocina. Era donde guardaban los manuales de los electrodomésticos, pero estaba lleno de cachivaches; era donde Emma y Jack, de niños, buscaban celo o chinchetas o clips o gomas elásticas.

Las fotografías de los pechos habían sido idea de Alice; quería que Leslie se las enseñase a Jack, pero no antes de su muerte.

—¿Cuáles son los síntomas, Leslie?

—Pese a la medicación antiembolia puede tener unas cuantas embolias más. Ha tenido una, al menos; yo lo he visto. Noté el bulto, vi la embolia. No se me escapa casi nada —añadió la señora Oastler.

—¿Es como una convulsión o una apoplejía? —preguntó él.

—Supongo —respondió Leslie, y volvió a encogerse de hombros—. También he advertido vagos cambios de humor, incluso de personalidad.

—Leslie, mi madre cambia de humor continuamente, y su personalidad siempre



ha sido vaga.

—Está cambiada, Jack. Ya lo verás. Sobre todo si consigues que hable contigo.

Jack llamó a un taxi para que lo llevase a Queen Street. Pensó esperar a que su madre apareciese en Alice la Hija. La señora Oastler rodeó a Jack con los brazos y lo estrechó apoyando la cabeza en su pecho.

—Se nos va a ir muy pronto, Jack. Dicen que será casi indoloro, pero se nos va a ir enseguida —dijo ella. Jack estaba de pie en la cocina con los brazos alrededor de Leslie, devolviéndole el abrazo. Ella no intentaba seducirlo; solo quería que la estrechara—. Debes hablar con Maureen Yap, Jack. Estuvo llamándote toda la noche desde el Four Seasons.

—No creo que Maureen quiera hablar conmigo —dijo Jack a la señora Oastler.

—He dicho que debes hablar con ella, Jack. Maureen Yap es médico. Es una oncóloga del carajo.

—Ah.

En el vestíbulo del Four Seasons, los conserjes se sorprendieron al ver que Jack Burns se registraba. Tenía planeado pasar un par de días en Nueva York antes de regresar a Los Angeles, pero cuando se registró —otra vez como Jimmy Stronach—, Jack anunció que se quedaría en Toronto por un tiempo indefinido, con lo que quería decir hasta nuevo aviso. También les preguntó, con fingida indiferencia, si Maureen Yap se había marchado. (De hecho, la doctora Yap acababa de llamar al servicio de habitaciones para pedir el desayuno).

Le dieron otra vez la misma habitación. Como había olvidado retirar de la puerta el cartel de NO MOLESTEN y las camareras no habían sido informadas de su marcha, era casi como si no hubiese dejado el hotel —y no hubiese ido a Forest Hill y vuelto de allí—, excepto por la noticia de que su madre se moría.

Se le pasó por la cabeza telefonar a Maureen. «Aquí el servicio de habitaciones, doctora Yap», podría decir. «¿Le gustaría que incluyésemos a Jack Burns en el desayuno?».

Jack no podía por menos de imaginar que Maureen diría «Sí, por favor», pero no estaba de humor para bromas. Cuando Maureen le informó de que se alojaba en el hotel con su nombre de soltera, hablaba muy en serio.

Jack se dio una ducha rápida y se puso el albornoz del hotel y las ridículas zapatillas blancas, como si fuese o viniese de la piscina. Conocía el número de habitación de Maureen Yap; sus admiradores de recepción se lo habían dado, pese a que no debían. Al fin y al cabo, era Jack Burns; si hubiese llamado a recepción y pedido que le enviaran una *pizza* de salchichón con dos fulanas, habría tenido la *pizza* y las prostitutas ante su puerta en tres cuartos de hora.

El cine le había enseñado a Jack el impacto de presentarse sin avisar, y la mirilla de la puerta de la habitación de Maureen Yap ofrecía a Maureen un inesperado primer

plano de su actor preferido. El desayuno se lo habían llevado solo un momento antes, y de pronto allí tenía a Jack Burns en albornoz.

—He tenido un día ameno con Pam Hoover —volvió a mascullar Maureen al dejar entrar a Jack. También ella llevaba el albornoz del hotel, sin las ridiculas zapatillas blancas. (Jack se deshizo de las suyas en la puerta).

—Has venido nada menos que de Vancouver ¿para qué? —preguntó él, y le desató el albornoz.

—Para un exceso de sexo contigo —contestó Maureen Yap, y le desató el albornoz a Jack. Si bien parecía que había dicho «Por un suceso inconexo, como digo», daba igual; Jack supo de qué hablaba.

Era una mujer menuda: la cavidad de su pelvis no podía ser mayor que la de una niña de trece años. La piel de los pechos tenía la transparencia de la de una chiquilla, un tenue tono azulado, como si las venas, aunque invisibles, confiriesen color a su piel. Jack podía tocarse las puntas de los dedos al rodearle el muslo con las manos.

—Mi fémur es más pequeño que tu húmero —dijo Maureen; es imposible describir lo que a Jack le pareció oír, pero de algún modo consiguió entenderla.

El marido y el hijo de Maureen la telefonaron a la habitación del hotel a las 9:45, las 6:45 en Vancouver, donde el padre había levantado al niño para llevarlo al colegio. Maureen tapó un oído a Jack con la mano ahuecada a la vez que le apretaba la cabeza, y el otro oído, contra su vientre liso. Aun así, Jack oyó las expresiones de cariño que dirigía a su marido, también médico, y a su hijo, aunque Jack no pudo seguir palabra por palabra lo que les dijo ni mucho menos. Maureen estaba llorando; Jack sintió que ella tenía los músculos del bajo abdomen tensos.

Era la tristeza que sentía tras el oficio en memoria de Emma, explicó ella a su familia; aún se le llenaban los ojos de lágrimas al acordarse. Jack volvió a oír el nombre de Pam Hoover; Maureen mencionó, creyó escuchar Jack, que Pam parecía «afectada por el duelo» y su «delirio saltaba a la vista». Solo después de que colgara el teléfono, Jack deduciría que Maureen Yap había dicho que había «atrasado el vuelo» y no llegaría a Vancouver «dentro del horario que estaba previsto».

También después de la llamada telefónica, Jack recordó a Maureen que, en aquella cama en el Four Seasons, estaban muy cerca de la réplica de la cueva de los murciélagos del Museo Real de Ontario, cosa que indujo a Maureen a mostrarle cómo imitaba al murciélago frugívoro y al murciélago vampiro. Esto, cómo no, los llevó a representar la saga del niño estrujado de Emma, con sus tres finales.

—Contigo todo exceso de sexo sabe a poco —dijo la Yap más tarde, cuando él, con ciertas dificultades, orinaba en el cuarto de baño. Naturalmente, le pareció que decía: «Amigo, termina con eso para que me lave un poco», o algo por el estilo.

—Mi madre tiene cáncer —anunció Jack desde el baño. (Lo hizo sin levantar demasiado la voz; la puerta estaba abierta.)—. Se está muriendo.

—Vuelve a la cama —dijo Maureen nítidamente. En cuanto pasaron a cuestiones médicas, Jack la comprendió sin el menor problema. La doctora Yap hablaba con

gran claridad.

¿Qué iba a ocurrirle al cerebro de su madre?, deseaba saber Jack. A Maureen debió de parecerle una pregunta pueril, porque lo estrechó entre sus brazos, con la cabeza apoyada en sus pechos, y le habló como si fuese un niño.

—Seguramente tú lo pasarás peor que ella, Jack —empezó—, según en qué parte del cerebro esté el tumor. Deberías enviarme la resonancia.

—De acuerdo —contestó Jack. Se dio cuenta de que estaba llorando.

—Si está en la corteza visual, se quedará ciega. Si está en el área del lenguaje..., en fin, ya te haces idea. Si el cáncer traspasa un vaso sanguíneo, tendrá una hemorragia y morirá sin saber ni sentir qué le ocurre. O sencillamente irá languideciendo a medida que se hinche el cerebro.

—¿Entrará en coma? —preguntó.

—Podría ser, Jack. Podría morir plácidamente en coma, o dejar de respirar sin más. Pero entretanto podría creer que es otra persona. Podría tener alucinaciones; podría percibir olores extraños, inexistentes. La verdad es que todo es posible. Morirá de manera bastante rápida e indolora, pero puede que no sepa quién es cuando muera. Lo difícil para ti, Jack, es que quizá tampoco tú sepas quién es.

Lo difícil para Jack, como explicaría a Maureen, era que él *nunca* había sabido quién era su madre. La descripción de su muerte no le causaba apenas la menor extrañeza.

—¿Te importa si te llamo doctora Yap? —preguntó Jack a Maureen cuando se despedían.

—No si me llamas incesantemente —dijo ella.

No lo haría, claro está, y Maureen lo sabía. Cuando Jack le mandó la resonancia de su madre, se había formado ya una idea bastante clara de dónde estaba el tumor, la llamada lesión expansiva. Alice lo sabía también. La interpretación de la resonancia de la doctora Yap no haría más que confirmar el pronóstico. El tumor se encontraba en el sistema límbico, el centro de las emociones del cerebro.

«¡Joder, fantástico!», diría Leslie Oastler. «Alice pensará que todo esto es divertidísimo, o tan pronto reirá como llorará; vivirá en un continuo vaivén emocional, a ratos contando chistes totalmente fuera de lugar, a ratos sumiéndose en un dolor indescriptible».

Desde el punto de vista de Jack, su madre *siempre* había sido así, claro está; el hecho de que un tumor maligno ocupase ahora el centro de las emociones de su cerebro parecía intrascendente, incluso normal.

—Si tu madre ha llegado hasta este punto, Jack —le había prevenido Maureen Yap—, seguramente ya ha aceptado la idea de morir. Imagina lo mucho que habrá pensado en ello. En algún momento incluso ha decidido no decírtelo. Eso indica que ha pensado mucho en ello, tanto como para conservar la paz de espíritu necesaria para mantenerlo en secreto. Es la señora Oastler quien no puede aceptarlo. Y en cuanto a ti, no te dará tiempo de aceptarlo antes de que haya muerto. Así de rápido,

Jack.

—¡Solo tiene cincuenta y un años! —había exclamado él contra aquellos pechos de niña de trece años, aquel cuerpo de tamaño infantil.

—Al cáncer le gustas más cuando eres joven, Jack —le había dicho Maureen—. Cuando envejeces, incluso el cáncer se vuelve más lento.

No había forma de ralentizar el cáncer de Alice; la vencería en un abrir y cerrar de ojos, como correspondía a una enfermedad que llevaba veinte años de ventaja. Más tarde, esa misma mañana —después de despedirse de la doctora Yap—, Jack fue a Queen Street y entró una vez más en el mundo del tatuaje de Alice la Hija, donde él y su madre mantuvieron una breve charla. (Un breve «juego» sería una manera más precisa de describirlo).

—¿Aún tomas el té con miel, cariño? —preguntó su madre cuando entró en el estudio—. Acabo de preparar uno.

—Sin miel, mamá. Tenemos que hablar.

—¡Vaya, qué serios estamos esta mañana! —dijo su madre—. Supongo que Leslie ha levantado la liebre con su habitual dramatismo. Parecería que es ella quien se está muriendo, de tan mal como se lo ha tomado.

Jack guardó silencio y se limitó a dejarla hablar, consciente de que ella podía cerrarse en banda de un momento a otro.

—Desde luego, Leslie tiene razones para tomárselo a mal —prosiguió Alice—; a fin de cuentas, voy a dejarla, y prometí que nunca la dejaría. Consiente que vaya a todos los congresos de tatuadores, donde se puede tontear mucho, pero siempre vuelvo.

—Supongo que también vas a dejarme a mí —dijo Jack—. ¿Cuándo tenías planeado decírmelo?

—En la vida solo he querido que se preocupase por mí una persona, tu padre, Jack, y él se negó. No me quería; y aun sabiendo eso, si me rechazaba, nunca le permitiría estar contigo.

Quizá por el hecho de haber estado con Maureen Yap, Jack se preguntó si había oído mal a su madre; pero al ver que ella, de pronto, concentraba toda su atención en la taza de té, comprendió que tal vez había dicho un poco más de lo que se proponía decir.

—¿Quería estar conmigo? —preguntó Jack.

—Soy yo quien se muere, cariño. ¿No crees que deberías interesarte por mí?

La vio echar en el té de él una cucharada de miel bien colmada; le temblaron un poco las manos al revolver el contenido de la taza con la cucharilla, al igual que a la señora Oastler cuando estaba sentada a la mesa de la cocina.

Jack supo que no había oído mal. Había dicho claramente que William no la quería, y, aun sabiendo eso, si la rechazaba, «ella nunca le permitiría estar con Jack».

Cuando su madre le entregó la taza de té —como si todavía fuese ella la parte agraviada—, Jack imaginó que esa vez no podría contenerse, no habría vuelta atrás.

—Si mi padre quería estar conmigo —insistió Jack—, ¿por qué huyó de nosotros? De todos los lugares adonde fuimos, quiero decir. En una ciudad tras otra, ¿por qué siempre se había marchado antes de que llegáramos?

—Tengo el cáncer en el cerebro, como ya sabrás —contestó su madre—. No te extrañe que me hubiese afectado a la memoria.

—Empecemos por Halifax —continuó Jack—. ¿Se marchó de Halifax antes de que tú llegases? Si aún estaba allí, debió de querer verme nacer.

—Estaba allí cuando llegué —admitió Alice, de espaldas a Jack—. Yo no iba a permitirle verte nacer.

—Así que no se puede decir exactamente que huyera de ti —dijo Jack.

—¿Te ha hablado Leslie de mis cambios de humor? —preguntó su madre—. No siempre son lógicos ni previsibles.

—Supongo que es mentira que nací con cesárea —dijo Jack—. La cicatriz de la cesárea no fue la razón por la que no me permitías verte desnuda. Había algo más que querías ocultarme, ¿no es así?

—¡Leslie te ha enseñado las fotografías, la muy zorra! —exclamó Alice—. No tenías que verlas hasta después de mi muerte.

—¿Para qué enseñármelas, antes o después? —preguntó él.

—¡Yo fui hermosa en otro tiempo! —exclamó su madre. (Ella se refería a sus pechos cuando era joven; él se refería al tatuaje).

—He estado pensando en ello; me refiero al tatuaje —dijo Jack—. Me juego algo a que es de Tattoo Ole, de Copenhague. Te lo hiciste casi al principio.

—Pues claro que es de Tattoo Ole, Jack. Ole prefería solo delinear, y yo no iba a sombrearme a mí misma.

—Imagino que no le habrías permitido al Mujeriego sombrearte —dijo él.

—A Lars no le habría permitido tocarme siquiera, Jack, ni para sombrearme. ¡Jamás le habría enseñado los pechos a Madsen el Mujeriego!

—Nos estamos adelantando, mamá. Hablemos de Toronto antes de hablar de Copenhague. Cuando llegamos a Toronto, ¿se había marchado ya mi padre?

—Había dejado embarazada a una chica del St. Hilda; tenía otra novia en el colegio y, que yo sepa, también alguna aventura con una o más de una de las maestras.

—Mamá, sé lo de esas chicas.

—¡Estuvo con otras mujeres en Halifax! —prorrumpió ella.

—Mamá, ya me lo has contado. Sé que te dejó. Pero no sabía que quería verme.

—No podía impedirle que te viese, ¿verdad? —preguntó ella—. Cuando estabas en público era inevitable. Pero si él no iba a estar conmigo, ¿por qué había yo de permitirle estar contigo?

—¿Para que yo tuviese un padre?

—A saber qué clase de padre habría sido, Jack. Con un hombre como ese nunca puedes fiarte.

—¿Me vio en Toronto, mamá? ¿Llegó a verme cuando yo era bebé, antes de que lo ahuyentases?

—¿Cómo te atreves? —dijo su madre—. ¡Yo no lo ahuyenté! Dejé que te mirase tanto como le fuese posible soportarlo. Le permití verte, al menos de lejos, siempre que me lo pidió.

—¿Te lo pidió? ¿Verme «de lejos»? ¿A qué te refieres?

—Bueno, nunca le permitía verte a solas —explicó ella—. No estaba autorizado a hablar contigo.

¿Qué era lo que no acababa de entender?, se preguntó Jack. ¿Qué no cuadraba? ¿Había sido un niño *exhibido* ante su padre, quizá para tentar a William a aceptar las condiciones de Alice, es decir, vivir con ella?

—A ver si he entendido bien —dijo Jack a su madre—. Le permitiste verme, pero si deseaba mayor contacto conmigo, tenía que casarse contigo.

—Se casó conmigo, Jack, pero solo a condición de que nos divorciásemos de inmediato.

—Pensaba que fue idea de la señora Wicksteed que yo llevase su apellido, para que pareciese menos ilegítimo —dijo Jack—. ¡No sabía que te habías casado con él!

—A la señora Wicksteed se le ocurrió que la única manera legítima de que tú llevases su apellido era que él se casase conmigo y luego se divorciase —dijo su madre, como si este fuese un detalle sin mayores consecuencias.

—Así pues, cuando estábamos aquí, en Toronto, él debió de andar cerca durante bastante tiempo —comentó Jack.

—Apenas el tiempo necesario para casarse y divorciarse —respondió Alice—. Y tú eras aún muy pequeño. Sabía que no te acordarías de él. —(Ella no *quería* que Jack recordase a William).

—Pero la señora Wicksteed era mi benefactora, ¿no? —preguntó Jack—. Es decir, éramos sus inquilinos exentos de alquiler, ¿no?

—¡La señora Wicksteed era la generosidad en persona! —dijo su madre con indignación, como si Jack hubiese puesto en tela de juicio las cualidades y las buenas intenciones de la señora Wicksteed, de las que él nunca había dudado.

—¿Quién lo pagaba todo, mamá?

—La señora Wicksteed, la mayor parte —contestó Alice con frialdad—. Tu padre ayudaba de vez en cuando.

—¿Enviaba dinero?

—¡Era lo mínimo que podía hacer! —exclamó su madre—. Yo nunca le pedí a William ni un centavo; él solo mandaba lo que podía.

Pero el dinero tenía que llegar de alguna parte, comprendió Jack; ella debía de saber dónde estaba William en cada etapa del camino.

—Lo que nos lleva a Copenhague —dijo Jack—. La verdad es que no fuimos allí

a buscarlo, ¿verdad que no? Porque tú ya sabías que él estaba allí.

—No has probado el té, cariño. ¿No está a tu gusto?

—¿Me llevaste a Copenhague para que él me viese? —preguntó Jack.

—Ciertas personas, Jack, sobre todo hombres, opinan que todos los bebés se parecen, que los niños pequeños son todos iguales. Pero cuando tú tenías cuatro años, eras especial; eras un niño precioso, Jack.

Empezaba a formarse una idea de la situación: ¡ella lo había utilizado como cebo!

—¿Cuántas veces me vio mi padre? —preguntó Jack—. En Copenhague, quiero decir. —(Lo que Jack quería decir realmente, en términos que conocía del mundo del cine, era cuántas veces le había ofrecido ella el trato a William).

—Jackie... —dijo su madre, y se calló, como si percibiese en su propio tono de voz algo de cómo lo reprendía de niño. Cuando empezó de nuevo, su voz había cambiado; se la notaba débil y suplicante, como una mujer con células de cáncer de mama adueñándose del centro de las emociones de su cerebro—. Cualquier padre se habría enorgullecido del niño guapísimo que eras, Jack. ¿Qué padre no habría querido ver al joven apuesto en que te convertirías?

—Pero tú no se lo permitiste —le recordó Jack.

—Le di a elegir —insistió ella—. Tú y yo éramos un equipo, Jackie, ¿no te acuerdas? Íbamos en el mismo paquete. Él podía escogernos a los dos o quedarse sin nada. Prefirió quedarse sin nada.

—Pero ¿cuántas veces lo obligaste a elegir? —preguntó Jack—. Lo seguiste a Suecia, Noruega, Finlandia, Holanda. Mamá, desististe porque Australia estaba en el quinto coño.

Debería haber cuidado el vocabulario, que a una mujer a las puertas de la muerte podía resultarle especialmente irrespetuoso; si bien su madre nunca le había consentido el uso de la palabra «coño».

—¡Te crees muy listo! —replicó Alice—. No sabes de la misa la media, Jack. No lo seguimos. Obligué a tu padre a seguirnos. Fue él quien desistió —dijo en voz baja pero con igual amargura, como si su orgullo aún estuviese más herido de lo que podía reconocer.

Jack supo entonces que no sabía nada y que ella solo contestaría a preguntas directas —y que tendría que adivinar *qué* preguntas directas convenía formular. Una tarea imposible.

—Deberías hablar con Leslie —sugirió su madre—. A Leslie le gusta hablar. Dile que me da igual lo que te cuente, Jack.

—Mamá, Leslie no estaba allí.

Se refería a Europa. Pero su madre no prestaba atención; pulsaba los botones de su reproductor de CD nuevo, dispuesta a ahogar las palabras de Jack con la música de costumbre.

—Quiero mandarle tu resonancia a Maureen Yap —dijo Jack—. Es oncóloga.

—Díselo a Leslie. Ella se encargará, Jack. —La puerta de la conversación volvía

a cerrarse, si bien su madre en ningún momento la había abierto ni un centímetro más de lo imprescindible.

Jack lo intentó por última vez.

—Quizá deba hacer un viaje —dijo él—. Empezaré por Copenhague, que fue nuestro punto de partida.

—¿Por qué no te llevas a Leslie, Jack? Así me la quitas de encima.

—Me parece que iré solo —contestó Jack. La exasperación de su madre con el reproductor de CD iba en aumento.

—¿Dónde está el mando a distancia? —preguntó él—. Tienes que usar el mando, mamá.

Alice encontró el mando y lo apuntó primero hacia Jack y luego hacia el reproductor, como si fuese un arma.

—Hazme al menos un favor, Jackie, hijo —añadió ella—. Si vas a buscarlo, que sea cuando yo me haya ido.

El reproductor de CD era nuevo, pero Bob Dylan era el de siempre, aunque a un volumen mucho mayor del que esperaban.

*The guilty undertaker sighs,  
The lonesome organ grinder cries,  
The silver saxophones say I should refuse you.*

[El culpable sepulturero suspira,  
el solitario organillero llora,  
los saxofones de plata dicen que  
debería rechazarte].

—¡Bájalo, por Dios! —dijo Jack, pero su madre se equivocó de botón y la canción empezó de nuevo desde el principio.

—Búscalo cuando yo me haya ido —repitió Alice apuntando con el mando a Jack, no al maldito reproductor de CD.

—¡Quiero saber qué ocurrió en realidad! He estado preguntándote por el pasado, mamá. No sé de él lo suficiente para saber si quiero buscarlo.

—Bueno, si ese es el viaje que deseas hacer, hazlo —dijo su madre, apuntó el mando en dirección correcta y bajó el volumen, aunque seguía demasiado alto.

*The cracked bells and washed-out horns  
Blow into my face with scorn,  
But it's not that way,  
I wasn't born to lose you.*

[Las campanas resquebrajadas  
y los cláxones sin tono



soplan en mi cara con desprecio,  
pero eso no va a ocurrir,  
no nací para perderte].

Gracias a Bob, no oyeron el tintineo de la campanilla cuando se abrió la puerta del estudio de tatuaje. En el local hacía calor y el ambiente estaba cargado, pero el hombre de rostro gris que acababa de entrar continuó temblando incluso después de cerrar la puerta; tenía el pelo blanco y largo hasta los hombros, como un viejo hippy. Llevaba un sol naciente cosido a la cazadora vaquera, justo encima del corazón, y un fular rojo: Richard Harris vestido de vaquero o quizás un jinete de rodeo ya de capa caída.

—¿Le apetece una taza de té? —preguntó Alice.

El hombre tenía aún demasiado frío para hablar, pero asintió con la cabeza. Llevaba unos vaqueros negros ajustados y botas camperas negras y moradas con una serpiente de cascabel dibujada encima; con las piernas agarrotadas, se acercó al sofá, que era, como Jack sabía, un sofá cama. (A veces su madre dormía allí, le había dicho la señora Oastler; probablemente cuando Alice y Leslie discutían). El viejo vaquero se sentó en el sofá, con el mismo cuidado —cabía imaginar— que si se dispusiese a montar a un potro salvaje.

«*I want you, I want you, I want you so bad*», gemía Bob Dylan. «*Honey, I want you*». [Te quiero, te quiero, / te quiero de mala manera, / cariño, te quiero].

—Tiene todo el cuerpo tatuado, ¿verdad? —preguntó Alice al vaquero, que seguía temblando.

—Casi —contestó él. No se le veía un solo tatuaje, únicamente se percibían aquellos implacables escalofríos.

El vaquero era al menos diez años mayor de lo que debía de ser William Burns en esos momentos, pensó Jack; no obstante, Jack sintió una instantánea punzada de pena, como si fuese su padre quien se estremecía de frío. El viejo hippy, a quien le temblaban las manos, tenía dificultades para quitarse una de las camperas. Jack se arrodilló y lo ayudó a descalzarse; llevaba la bota tan ajustada que se le desprendió el calcetín al mismo tiempo. Tenía el pie extraordinariamente blanco. Por debajo de la pernera del pantalón tejano, el cráneo de un buey de largos cuernos cubría por completo el tobillo del vaquero; las llamas que el esqueleto escupía por la boca abierta lamían el pie sin marca alguna.

El vaquero no hizo el menor esfuerzo por quitarse la otra bota. (Jack supuso que también tenía tatuado el otro pie, como el resto del cuerpo).

—Solo tengo una parte limpia —dijo el hippy vaquero a Alice—. Es la que está viendo.

—También tiene limpias la cara y las manos —comentó Alice al vaquero.

—Debo dejarme la cara y las manos limpias, señora, si quiero encontrar algún trabajo interesante.

Como Jack había hecho tan a menudo en el pasado, se escabulló. Vació la taza de té en el fregadero y se encaminó hacia la puerta.

—Nos veremos en casa, mamá —dijo en voz baja. Jack estaba casi convencido de que la pequeña charla había terminado; era tan necio que pensó que el juego había concluido.

—Tiéndase; póngase cómodo —dijo Alice al vaquero sin mirar a Jack. El viejo hippy se estiró en el sofá, y Alice lo tapó con una manta.

Bob repetía el estribillo con su voz gemebunda; era una canción implacable, que sin embargo no impidió que Jack oyera el castañeteo de dientes del vaquero.

*I want you, I want you,  
I want you so bad,  
Honey, I want you.*

—Llévate a Leslie, cariño —insistió su madre mientras Jack salía por la puerta; seguía sin mirarlo, más interesada en prodigar atenciones al viejo vaquero. La puerta se estaba cerrando cuando Alice, levantando la voz, dijo a su hijo—: Ya no importa, Jack. ¡Por mí, incluso puedes acostarte con ella!

Jack arrastró consigo por la acera sur de Queen Street el augurio y el horror implícitos en la última frase de su madre hasta que tomó un taxi en dirección este, que lo llevó de regreso al Four Seasons. En recepción se produjo un ligero revuelo entre los admiradores de Jack cuando dejó el hotel por segunda vez ese día. A Jack no le gustaba el caos; le molestó la imagen que debió de dar de persona desorganizada, incluso sin rumbo, pero tenía un plan.

Se trasladaría al ala de invitados de lo que en otro tiempo había considerado la «mansión» de la señora Oastler en Forest Fiill. Jack dormiría en la habitación de Emma, de la que guardaba los más tiernos recuerdos, en particular de la cama. Jack llevaría el escritorio de Emma, que era grande, a lo que había sido su propia habitación, donde la señora Machado había abusado de él; esa habitación, marcada como estaba por la pérdida de la inocencia de Jack, se convertiría en su despacho. Si al «paquete», como habría dicho Alice, se sumaban su madre agonizante y Leslie Oastler, el resultado era un ambiente ideal para terminar su adaptación (o la de Emma) de *La lectora de morralla*.

El guión y las anotaciones de Emma estaban ya transcritos a mano. Se había llevado el texto para seguir trabajando. Solo necesitaba un poco más de papel y unos cuantos bolígrafos. Al final fue Leslie quien se apresuró a salir y le consiguió el material de escritorio, cosa que no era de extrañar, habida cuenta de que se trataba de una veterana compradora. (Incluso adquirió una lámpara nueva para el escritorio de Emma).

Leslie le estaba agradecida por no dejarla sola con su madre, sobre todo en vista de los cambios de humor y personalidad de Alice.

Al principio, Jack mostró ciertos reparos ante la perspectiva de quedarse a solas con la señora Oastler durante la jornada laboral. Le inquietaba que se abalanzase sobre él en estado de desnudez. Al fin y al cabo, su madre no solo le había dado permiso para acostarse con Leslie; también había alentado repetidamente a Leslie a acostarse con Jack. (Sin ir más lejos, cuando la señora Oastler lavaba los platos después de la cena, mientras Jack escuchaba música en el salón y su madre estaba tendida en el sofá).

—Leslie, ¿por qué no duermes con Jack esta noche? —preguntaba Alice a gritos en dirección a la cocina.

—Por Dios, mamá...

—¡No, gracias, Alice! —contestaba la señora Oastler a gritos volviéndose hacia el salón.

Una noche, durante la cena, Alice les dijo:

—Deberías intentarlo; quizá te guste. Tú no roncas, ¿verdad, Jack? No te tendrá en vela, Leslie; bueno, al menos no como yo. Él no te tendrá en vela *toda la noche*, quiero decir.

—Basta ya, Alice, por favor —dijo Leslie.

—Siendo realistas, ¿hasta cuándo crees que dormiré contigo? —replicó Alice a la señora Oastler—. ¡No dormirás conmigo cuando esté en coma, espero!

—Mamá, Leslie y yo no queremos dormir juntos —terció Jack.

—Sí, sí queréis —respondió su madre—. ¿Tú no quieres dormir con Jack, Leslie? ¡Pues claro que quieres! —dijo con la mejor disposición, sin dar tiempo a la señora Oastler a contestar ni sí ni no.

Jack no podía por menos de imaginar la clase de guiso disfuncional que habría preparado Emma con semejante trío: una relación no menos estimulante que la de una lectora de morralla que lo tenía demasiado pequeño con un guionista y actor porno que la tenía demasiado grande. Jack vivía efectivamente, tal y como había esperado, en el ambiente perfecto para acabar su guión (o el de Emma).

El propio guión estaba convirtiéndose en una intensa relación entre plagio y propiedad legítima; una alianza entre hábil comercio y esos haces de luz casi cegadora en los que flotan motas de polvo tan consabidas como asombrosas. («Estas cosas corrientes pero bien iluminadas son lo que mejor recordamos de una buena película», había dicho Emma).

Quizá porque Jack estaba entregado a la labor de convertir en película el mejor libro de Emma, pero también porque él y la señora Oastler eran víctimas del creciente maltrato de su madre, Jack perdió el miedo a que Leslie se abalanzase sobre él en estado de desnudez. La mayor parte del tiempo lo dejaba en paz.

Cuando él se aventuraba a bajar a la cocina, bien para prepararse un té, bien para comer una manzana o un plátano, acostumbraba encontrar a la señora Oastler sentada a la mesa, como si Alice acabase de marcharse de casa o se esperase su regreso de un momento a otro. En esos momentos, con la conversación más breve posible, la señora

Oastler comunicaba a Jack un nuevo detalle o dato perdido que recordaba de su padre.

Las más de las veces, Jack tenía la sensación de que la señora Oastler estaba agotada. Lo que recordaba de lo que Alice le había ocultado a Jack sobre su padre le volvía a la memoria de manera inesperada y en los momentos más imprevistos, y eso le provocaba a Jack un gran nerviosismo cuando se hallaba en su compañía, más que nada porque nunca sabía qué secreto revelaría ella de repente. Por desgracia, eso producía la impresión de que Leslie se había acostado con Jack, cosa que a Alice nunca le pasaba inadvertida.

—Te has acostado con él, ¿verdad, Leslie? —preguntaba su madre con frecuencia al regresar de Alice la Hija.

—No —contestaba la señora Oastler, todavía sentada a la mesa de la cocina, como si hubiera echado raíces.

—Pues, por tu aspecto, se diría que sí —comentaba Alice—. Se diría que te han dejado seca a polvos.

Resultaba demasiado fácil achacar estas conversaciones al tumor, demasiado cómodo atribuir la culpa del indignante comportamiento de Alice al cáncer. Pero incluso su manera de hablar estaba cambiando. No la prosodia o la dicción, que eran inmovibles ejemplos de la resuelta erradicación del acento escocés de Alice llevada a cabo por la señorita Wurtz, pero sí el vocabulario, cada vez más vulgar: el que *siempre* había tenido Emma, el que *podía* tener Leslie, el que, según las severas críticas de Alice, tenía *Jack*. («Desde California», como decía su madre).

Pero el trabajo de Jack siguió adelante. Incluso le enseñó un borrador del guión a la señora Oastler; había dicho que se moría de ganas de leerlo. Para sorpresa de Jack, Leslie se emocionó mucho con el guión; lo encontró en extremo fiel a la novela. Incluso se tomó el tiempo de elaborar una lista de aspectos distintos de cómo lo presentaba el libro. No lo planteó como crítica; la señora Oastler solo quería que Jack advirtiese que se había dado cuenta. Entre las muchas diferencias, claro está, se encontraban los elementos que la propia Emma había cambiado o había sugerido a Jack que cambiase. Y algunos de los cambios eran de Jack exclusivamente.

—Pero ¿te gusta? —preguntó a Leslie.

—Me encanta, Jack —contestó ella con lágrimas en los ojos.

Jack Burns era un autor novel; desconocía la aprobación *literaria*. Debido a esto, algo cambió en su relación con la señora Oastler. No los unía solo la muerte de su madre; también creaba un vínculo entre ellos el hecho de que Emma le hubiese dado la oportunidad de adaptar al cine *La lectora de morralla*, y la incorporación de Leslie al proceso.

También los acercaba la negativa de Alice a hablar con Jack sobre su padre, y la consiguiente carga que eso representaba para la señora Oastler, que por entonces vivía la presión de tener que contar a Jack lo que sabía del tema. Peor aún —aunque quizás a largo plazo fuese lo mejor—, Leslie Oastler y Jack se sentían mutuamente

atraídos debido a los incesantes e incomprensibles esfuerzos de Alice para *obligarlos* casi a acostarse juntos, cosa a la que tanto Leslie como Jack se negaban en redondo, al menos mientras Alice viviese e insistiese en ello de forma tan sistemática e insensible. (Y lo que hacía tan difícil esto último, claro está, era que Alice, incluso en su locura, tenía razón en algo; cada vez más, Leslie y Jack deseaban acostarse juntos).

Alice estaba loca, eso sin duda, pero en qué medida era su locura fruto de las células del cáncer de mama en el cerebro —o, más sencillamente, de su imperecedera rabia contra William Burns—, la señora Oastler y Jack nunca lo sabrían.

Una noche, Jack descubrió a su madre desnuda y dormida en la cama de Emma —la cama de él, en las nuevas circunstancias—, y cuando la despertó, ella le dijo que estaba allí para que él pudiese acostarse con Leslie. Esa noche Jack fue a dormir a su antigua habitación (su nuevo despacho), en la cama donde la señora Machado lo había educado con tal brutalidad.

Ese episodio no se repitió, pero hubo otros episodios. La policía telefoneó un día a la señora Oastler para decirle que el estudio de Alice la Hija estaba «obviamente cerrado», o sea, que las luces estaban apagadas y las persianas bajadas. Sin embargo, dentro cantaba Bob Dylan a todo volumen; se quejaban incluso los transeúntes que pasaban por la acera de Queen Street. Fue así como Leslie y Jack supieron que por entonces Alice, de forma rutinaria, cerraba el estudio de tatuaje casi tan pronto como lo abría; hacía la siesta todo el día en el sofá cama. Ultimamente ciertos sonidos en el cerebro la desvelaban por la noche, les explicó Alice. (Según la señora Oastler, Alice siempre estaba en vela o roncando).

—¿Qué sonidos, Alice? —preguntó Leslie.

—Cosas que no entiendo en absoluto —contestó Alice—. Voces, quizá; no la tuya, no la de Jack. Nadie a quien desee escuchar. —(De ahí Bob, a todo volumen; de ahí las quejas).

—Alice, si hay un recodo en tu camino a la muerte, es posible que ya lo hayas doblado —dijo la señora Oastler.

—¡De pronto se ha vuelto escritora! —exclamó Alice, y golpeó a Jack en el hombro señalando con desdén a Leslie—. ¡Aquí me tenéis, viviendo con un par de escritores!

Jack vio en su imaginación lo que había intentado pasar por alto al encontrar a su madre desnuda y roncando en su cama (la que antes fuera de Emma): la flacidez de sus pechos mientras dormía, y cómo el tatuaje del corazón partido se había desplazado un poco con respecto a su perfecta colocación —cuando era joven— en el pecho izquierdo, en el lado del corazón de la caja torácica. Ahora era un tatuaje de un corazón roto *torcido*, como si el corazón de Alice la Hija sufriese ya un daño irreparable antes de que William Burns se lo rompiese. Incluso dormida se apreciaban aún ligeros surcos donde los aros del sujetador habían dejado marcas en ambos pechos, y en la luz proyectada desde el baño —la puerta estaba entornada— la cicatriz de la tumorectomía de Alice resplandecía con una blancura antinatural, como

la cicatriz en la axila de ese mismo lado, donde le habían extirpado el ganglio linfático. (Jack nunca había visto esa cicatriz).

—Si al menos follaseis —grito su madre una noche, golpeando la mesa de la cocina con el puño, gesto que sobresaltó a Jack y a la señora Oastler—. Si follaseis todo el día, seguro que no os pondríais tan poéticos, par de escritores.

Aunque el guión seguía mejorando, Jack rara vez se sentía «poético». No le sorprendió, pero sí le dolió que su madre se negara a leerlo. («Estaré muerta cuando hagas la película, cariño», le había dicho ella).

Si existía una presencia poética en la casa durante los últimos días de su madre, Jack habría dicho que era Leslie, que apareció una tarde a primera hora en la puerta de su improvisado despacho, una interrupción sin precedentes. Estaba desnuda. Por la rojez de la piel en la zona de la Rosa de Jericó, Jack dedujo que había estado raspándose el tatuaje. Sollozaba.

—Me arrepiento de haberme hecho este tatuaje —dijo. Su aspecto no emanaba ese inconfundible aura de seducción de otras veces.

—Lo siento, Leslie.

—La vida ya nos obliga a tomar en demasiadas ocasiones decisiones definitivas —continuó la señora Oastler—. Deberíamos tener la sensatez de evitar tomar las que no sean estrictamente necesarias siempre que nos sea posible.

Jack permaneció sentado tras el viejo escritorio de Emma mientras la señora Oastler se daba media vuelta y se alejaba por el pasillo.

—¿Puedo usar eso, Leslie? —preguntó. (Le faltaba una frase esencial para la voz en *off* del personaje de Michele Maher, y ahí la tenía.)—. Lo que acabas de decir, ¿puedo usarlo?

—Claro —respondió la señora Oastler en un susurro casi inaudible.

Cuando por fin contrató a Lucia Delvecchio para el papel de Michele Maher, Lucia diría que fue la voz en *off* lo que la indujo a aceptar el papel, eso y el hecho de saber que tendría que perder diez kilos para interpretar a Michele. Miramax incluiría esas frases de la voz en *off* en el póster de la película y en todos los anuncios: «La vida ya nos obliga a tomar en demasiadas ocasiones decisiones definitivas. Deberíamos tener la sensatez de evitar tomar las que no sean estrictamente necesarias siempre que nos sea posible».

—¡Premio! —gritó Jack hacia el pasillo, en dirección a la señora Oastler. Pero Leslie había entrado en su habitación y, cosa poco habitual en ella, había cerrado la puerta.

Otra noche, Leslie fue a la habitación de Jack —él dormía—, pero tampoco esta vez estaba presente el aura de seducción.

Por entonces, los fragmentos de información que recordada —los detalles perdidos de su padre desaparecido— despertaban a la señora Oastler por la noche a todas horas. Esto ocurría con la misma regularidad con que los periodos alternos de insomnio y ronquidos de Alice despertaban a la señora Oastler, o los casos más violentos en que Alice golpeaba a Leslie en la espalda con los puños, esto sin más razón que el hecho de que Alice se había despertado y había descubierto que Leslie le había vuelto la espalda, cosa por lo visto prohibida en su relación.

Ni Alice ni la señora Oastler recordaban cuándo se había establecido esa norma, ni siquiera si alguna vez la habían observado, pero eso no disuadía a Alice de atacar a Leslie, quien agradecía que al menos Alice no insistiese en poner a Bob Dylan a máximo volumen en la casa durante toda la noche, no de la forma en que Bob bramaba durante todo el día en Alice la Hija, o como al menos les había informado debidamente la policía.

«Cuando empiece a irme, Jack, llévame allí», había dicho su madre. Él sabía que se refería al estudio de tatuaje. «Cuando empiece a irme, dormiré entre las agujas, cariño, en ninguna otra parte».

En ese contexto de insomnio generalizado la señora Oastler se metió una noche en la cama de Jack; le agarró el pene de manera tan repentina, pero sin señal alguna de andar buscando un contacto más íntimo, que, al principio, él pensó que era el fantasma de Emma. (Al fin y al cabo, era la cama de Emma).

—He venido para hablar, Jack —dijo Leslie—. Me da igual si tu madre piensa que estamos follando. Solo he venido para decirte una cosa.

—Adelante —dijo él.

Ya le había contado que su padre había pagado la mayor parte de las mensualidades del St. Hilda; fue la señora Wicksteed quien «ayudaba de vez en cuando», por usar las palabras de su madre. ¿Y la ropa que, según creía él, le había comprado la señora Oastler tanto para Redding como para Exeter, además de las mensualidades de los dos colegios?

—Yo solo era la recadera —explicó Leslie—. El dinero venía de William.

—¿Incluso para la universidad, aquellos años en Durham? —preguntó él.

—Incluso durante los dos primeros años que estuviste en Los Angeles —contestó ella—. No dejó de mandar dinero hasta que ya eras famoso, Jack.

—¿Y qué pasó con Alice la Hija? Me refiero al estudio de tatuaje, Leslie.

—William le compró el puto estudio.

Ese era el retrato de un padre muy distinto del que Jack había imaginado, un padre de quien no volvió a saberse nada después de marcharse a Australia, tocando el piano a bordo de un crucero, para tatuarse con el famoso Cindy Ray. Pero quizá no fue así. La señora Oastler recordaba haber oído comentar a Alice que William no fue a Australia. Leslie sorprendió a Jack más aún cuando le dijo, con toda certeza, que su padre continuaba en Amsterdam cuando Jack y su madre se fueron.

—Creo que os vio zarpar —dijo la señora Oastler.

Así, cuando Leslie se metió en la cama de Jack y le agarró el pene —estando él en duermevela, casi le pareció revivir los viejos tiempos—. Jack ansiaba conocer el nuevo dato sobre su padre que había aflorado a la superficie mientras la señora Oastler dormía de forma intermitente.

—Es sobre el tatuaje, en concreto sobre el «te» de «Hasta que te encuentre» —le susurró Leslie al oído—. No se refiere necesariamente a William.

—¿Cómo? —susurró él a su vez.

—Piénsalo, Jack. No lo buscaba a él; ya lo había encontrado. No puede decirse que William se hubiese perdido ni nada por el estilo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Jack.

—No tengo la menor idea, y Alice tampoco.

—Dejad de cuchichear —gritó Alice; hablaba desde la habitación de la señora Oastler, en la otra punta del pasillo, aunque su voz llegó con tal potencia que podría haber estado en la cama de Emma junto con Leslie y Jack—. ¡Hablar es mejor que cuchichear! —vociferó su madre.

—¿Quién más podría ser el «te» de «Hasta que te encuentre»? —susurró Jack a Leslie.

—El amor de su vida, quizá. La persona que habría de curarle el corazón después de rompérselo tu padre. Obviamente no lo encontró. ¡Desde luego no soy yo! —declaró la señora Oastler al mismo tiempo que la madre de Jack volvía a gritar.

—¡Follar es mejor que hablar! —afirmó Alice.

—¿Quieres decir que es un «te» genérico? —preguntó Jack a Leslie.

—Por Dios, Jack. No soy yo, y quizá no sea William; es lo único que estoy diciendo.

—Quiero ir a casa —gritó Alice.

—¡Por Dios, Alice, ya estás en casa! —contestó la señora Oastler también a gritos.

Jack yacía con el pene en la mano de Leslie, absorto en el «te» de «Hasta que te encuentre». (¡Como si pudiese haber habido *alguien* capaz de curar el corazón de su madre, como si hubiese sido *concebible* que ella pudiera haber conocido al hombre, o a la mujer, con la más mínima posibilidad de curarla!).

—¡La señorita Wurtz! —susurró Leslie tan súbitamente que el pene de Jack se sobresaltó en la mano de Leslie—. Tu padre escribió a la señorita Wurtz. Caroline mantuvo cierta correspondencia con él.

—¿La Wurtz? —susurró Jack.

—Me lo dijo la propia señorita Wurtz —respondió Leslie, también en susurros—. No creo que tu madre lo supiese.

Algo tapó la luz del baño, que tenía la puerta entornada: una aparición repentina como las que en otro tiempo habían sido especialidad del Fantasma Gris, como si la señora McQuat, que había intentado salvarlo, volviese a tender la mano a Jack. O quizá la señora Machado, o su fantasma, iba por él. Pero era su madre, desnuda;



estaba tan cerca del otro mundo como cualquier fantasma.

—Quiero ir a casa —susurró Alice—. Si insistís en cuchichear, yo también cuchichearé —dijo, y se metió en la cama de Emma.

Curiosamente, era el pecho del lado del corazón el que parecía dañado, no el pecho donde se le había practicado la tumorectomía. El tatuaje del corazón partido presentaba la coloración negra azulada de un moretón, el «te» en letra caligráfica tan carente de sentido como lo que aparecía escrito en la etiqueta que colgaba del pulgar del pie de un perfecto desconocido en un depósito de cadáveres.

La señora Oastler y Jack abrazaron a Alice, tendida entre ellos.

—Llevadme a casa, por favor —susurraba una y otra vez su madre.

—Estás en casa —dijo Leslie, y le besó el cuello, el hombro, la cara—. ¿O te refieres a Edimburgo, Alice?

—No, a casa —dijo Alice con mayor vehemencia—. Tú sabes a qué me refiero, Jack.

—¿A qué te refieres, mamá? —(Jack sabía a qué se refería; solo quería comprobar si ella era capaz de decirlo).

—Me refiero a las agujas, cariño —contestó su madre—. Es hora de que me llevéis con mis agujas. —A nadie extrañó que Alice la Hija entendiera eso por ir a casa.

## 26 - Chico de poca fe

La madre de Jack murió plácidamente mientras dormía, más o menos tal como había anunciado Maureen Yap. Durante cinco días y cinco noches durmió y se despertó y volvió a dormirse en el sofá cama de Alice la Hija. Leslie y Jack se quedaron con ella por turno. Habían descubierto que Alice los maltrataba menos si no estaban juntos, y en el sofá cama no cabían tres personas.

La quinta noche le correspondía el turno a Leslie. Alice despertó y pidió a la señora Oastler que le dejase oír un poco de Bob Dylan. Leslie era consciente de las quejas de la policía; no subió mucho el volumen.

—¿Está así bastante alto, Alice? —preguntó.

No hubo respuesta. En un primer momento la señora Oastler supuso que Alice se había dormido; solo cuando Leslie volvió a meterse en la cama junto a ella se dio cuenta de que Alice había dejado de respirar. (Al final fue una hemorragia en un vaso sanguíneo del cerebro, traspasado por el cáncer).

Jack estaba en la cama con Bonnie Hamilton, en casa de Bonnie, cuando sonó el teléfono. Presintió que su madre dormía entre las agujas antes de que Bonnie descolgase.

—Se lo diré —oyó decir a Bonnie mientras aún intentaba orientarse en la habitación a oscuras. (No quería levantarse de la cama y tropezar con la silla de ruedas.)—. Se lo diré también.

«Alice ha muerto mientras dormía; ha dejado de respirar sin más», había anunciado la señora Oastler sin rodeos. «Creo que Jack y yo deberíamos quedarnos con ella hasta que se haga de día. No quiero que se la lleven a oscuras».

Alice había hablado con Leslie y con Jack del oficio de difuntos que deseaba. Lo había explicitado con un nivel de detalle impropio de ella. «Debe ser un sábado a última hora de la tarde. Si os quedáis sin bebida, la cervecería y la bodega aún estarán abiertas».

Jack y la señora Oastler le habían seguido la corriente; habían accedido a celebrarlo un sábado a última hora de la tarde, si bien la idea de quedarse sin bebida en *cualquier* acontecimiento iniciado en la capilla del St. Hilda era inconcebible. Alice no era exalumna. Quizás acudirían unas cuantas exalumnas, pero serían las viejas amigas de Leslie y ninguna bebía demasiado. La novedad de ver a Jack Burns (tan poco tiempo después de verlo en el oficio en memoria de Emma) sin duda habría pasado. Por sincero afecto a Jack, habría unos cuantos profesores del St. Hilda. Con toda seguridad asistirían algunas de las internas mismas, pero tampoco aquellas chicas bebían. En comparación con lo ocurrido en el oficio por el alma de Emma, la señora Oastler y Jack supusieron que la capilla estaría prácticamente vacía.

—El velatorio debe hacerse en el gimnasio, no en el Gran Salón —había indicado Alice—. Y nadie debe decir nada, no debe pronunciarse ninguna oración. Solo se cantará.

—¿Himnos? —había preguntado Leslie.

—Debe ser un oficio de vísperas —había dicho la madre de Jack, la antigua chica de coro—. Leslie, debes dejar que lo organice Caroline Wurtz. Tú no sabes nada de música sacra, y a Jack ni siquiera le gusta la música.

—Me gusta Bob Dylan, mamá.

—Reservemos a Bob para el velatorio —había propuesto la señora Oastler con incredulidad.

Leslie y Jack no entendían nada. Lo de quedarse sin bebida debería haberlos puesto sobre aviso, y más aún el hecho de que Alice les pidiese que informasen «solo a unos cuantos» de sus viejos amigos.

Jack telefoneó a Jerry Swallow, Jerry el Marino, de la época de Alice en Halifax, aunque Jerry se había trasladado a New Glasgow, en Nueva Escocia. Una mujer, tal vez la esposa de Jerry, atendió al teléfono. Jack le pidió que comunicase a Jerry que Alice la Hija había muerto. Para su sorpresa, la mujer le preguntó dónde y cuándo sería el oficio. Jack le dio los detalles por teléfono, sin sospechar que Jerry el Marino y todos los demás se presentarían.

Jack no llamó a Tattoo Ole ni a Tattoo Peter; los dos habían muerto. Tattoo Teo no figuraba en la lista de Alice; seguramente había muerto también.

Doc Forest fue el segundo artista del tatuaje a quien Jack llamó. Doc seguía en Estocolmo. Jack recordó los antebrazos de Doc (como los de Popeye), el bigote y las patillas bien recortados, así como sus ojos brillantes, llenos de vida. Jack recordó también lo que Doc le había dicho cuando él y su madre se disponían a abandonar Suecia. «Ven a verme cuando seas mayor. Quizás entonces quieras un tatuaje».

Doc lamentó no poder desplazarse tan lejos para el oficio en memoria de Alice, pero dijo que haría correr la triste noticia. Jack pensó que eso debía de ser simple cortesía por parte de Doc, y mencionar incluso la posibilidad de emprender semejante viaje. Doc había visto a Alice por última vez en un congreso de tatuadores en las Meadowlands, Nueva Jersey. «Era una chica marítima», dijo a Jack el exmarino con la voz quebrada, o quizá fuese por efecto de la conexión de larga distancia.

Jack llamó a continuación a Hanky Panky —sobrenombre de tatuador de Henk Schiffmacher— a la Casa del Dolor de Amsterdam. Schiffmacher había escrito varios libros, entre ellos el famoso *1000 tatuajes*; muchas de las ilustraciones del libro procedían del Museo del Tatuaje del barrio rojo. En opinión de Alice, Hanky Panky era uno de los mejores artistas del tatuaje del mundo; había coincidido con él en numerosos congresos y se había alojado con él y su esposa en su casa de Amsterdam. Henk Schiffmacher se disculpó por no poder viajar a Canadá con tan poca antelación. «Pero haré correr la voz», dijo. «Seguro que muchos se presentarán».

Solo más tarde —en realidad la noche antes del oficio en memoria de Alice en el St. Hilda—, Leslie informó a Jack de que había telefoneado a un trío *distinto* de artistas del tatuaje. Alice había dado a Leslie otra lista; esta también contenía «solo unos cuantos nombres».

—¿Quiénes eran? —preguntó Jack a la señora Oastler.

—Por Dios, Jack, ¿cómo voy a acordarme de los nombres? Ya sabes qué clase de nombres se ponen.

—¿Llamaste a Eddie de Filadelfia? (Más exactamente Eddie el «Loco» de Filadelfia). O quizás a Mao de Madrid, o a Bugs de Londres...

—Eran tres hombres —informó Leslie—. Todos de Estados Unidos. Todos dijeron que harían correr la voz.

—¿El Pequeño Vinnie Meyers quizás? —sugirió. O el Tío Pauly, se imaginó Jack. O Armadillo Rojo. No los conocía, pero sabía sus nombres.

—En fin, da igual, porque no vendrán —dijo la señora Oastler, pero no parecía muy segura.

—¿Qué pasa, Leslie?

La señora Oastler recordaba lo que uno había preguntado al darle la mala noticia. «¿Dónde es la fiesta?», había querido saber el artista del tatuaje.

—¿Dijo «fiesta»? —preguntó Jack a Leslie.

—¿No es eso a lo que se dedican, Jack? Al menos esa impresión tengo yo. ¡Se pasan la vida de fiesta en fiesta!

Eso les provocó a los dos una noche de insomnio. A eso de las dos de la madrugada, la señora Oastler se metió en la cama de Emma con Jack, pero no estaba interesada en agarrarle el pene.

—¿Y si vienen todos? —susurró Leslie, como si Alice aún viviese o de algún modo pudiera oírlos—. ¿Qué haremos?

—Una fiesta —contestó Jack a la señora Oastler, creyendo solo a medias que podía ser verdad.

Por la mañana, mientras Leslie preparaba el café, Jack atendió una llamada desde el teléfono de la cocina. Era Bruce Smuck, un artista del tatuaje de Toronto y buen amigo de Alice; a ella le gustaba el trabajo de Bruce y había sido algo así como su mentora. Ya había llamado antes a Leslie para darle el pésame; ahora llamaba para preguntar qué podía llevar.

—Ah, basta con que vengas tú, Bruce —contestó Jack sin entender nada—. Nos alegraremos de verte.

—¿Era ese Bruce Smuck otra vez? —preguntó la señora Oastler cuando Jack colgó el auricular.

—Quería saber si podía traer algo —dijo Jack, y poco a poco fue tomando conciencia de la gravedad del ofrecimiento de Bruce.

—¿Traer qué? —preguntó Leslie.

Bruce debía de referirse al alcohol, pensó Jack. Bruce era un buen hombre; simplemente se ofrecía a ayudar. ¡Se caía de su peso que Bruce esperaba «mucha basca»!

Jack telefoneó a Peewee con el móvil y aumentó el pedido inicial a la bodega de una caja de vino blanco y otra de vino tinto a tres cajas de blanco y *cinco* cajas de tinto. (Por lo que Alice había contado a Leslie, a la mayoría de los artistas del tatuaje les iba el tinto).

—Dile a Peewee que vaya también a la cervecería —indicó la señora Oastler—. Los moteros beben mucha cerveza. Será mejor que llene la puta limusina de cerveza, por si las moscas. —Leslie estaba sentada a la mesa de la cocina con la cabeza entre las manos, inhalando el vaho de la taza de café; parecía que acabase de dejar el tabaco y desease con desesperación un cigarrillo.

Jack se sirvió una taza de café, pero el teléfono sonó sin darle tiempo a tomar el primer sorbo.

—Huy, huy, huy —dijo la señora Oastler.

Era un sábado por la mañana —el oficio de vísperas de Alice daría comienzo a las cinco y media de la tarde—, pero Caroline Wurtz llamaba con su móvil desde la capilla del St. Hilda, donde ella y la organista y el coro de internas ya estaban ensayando. Cuando Jack contestó, el sonido del órgano y del coro se superpusieron a la voz de Caroline.

—Jack, se ha planteado un dilema... en forma clerical —susurró la señorita Wurtz. Hablaba como si estuviese en la cama de Emma con él (tal como Jack había soñado tan a menudo) y su madre pudiese oírlos desde la otra punta del pasillo.

—¿Qué clase de dilema? —preguntó Jack, también en un susurro.

—El reverendo Parker..., nuestro capellán, Jack..., quiere hacer rezar el credo a los asistentes.

—Nada de oraciones, Caroline; esa fue la voluntad de mi madre.

—Lo sé —susurró ella—. Ya se lo he dicho.

—Quizá debería decírselo yo —propuso Jack. Solo había visto al reverendo Parker una vez. Parker era un capellán joven, un cretino que se había sentido excluido del oficio en memoria de Emma y por eso imponía su presencia en el de Alice.

—Creo que puedo negociar con él, Jack —susurró la señorita Wurtz. De fondo, el órgano sonaba más tenue y las juveniles voces del coro de internas cada vez menos nítidas. La Wurtz debía de haberse alejado de la capilla con el móvil; Jack oyó los chirridos de sus zapatos en el linóleo del corredor.

—¿Cuáles serían las condiciones de la negociación? —preguntó él.

—Permitirle que dirija a los asistentes en el Salmo Veintitrés, ya que obviamente quiere dirigirnos en algo —respondió Caroline levantando la voz.

—Mi madre dijo que nadie debía decir nada. ¿No son los salmos como oraciones?

—El reverendo Parker es el capellán, Jack.

—Me gusta más el Salmo Veintitrés que el credo —concedió Jack.

—Parece haber otro pequeño dilema —prosiguió la señorita Wurtz. Jack ya no oía el órgano ni el coro. Caroline debía de haber recorrido todo el pasillo hasta la entrada principal, y sin embargo otra vez le costaba oírla; por entonces ya no eran el

órgano ni el coro de internas la causa de la interferencia—. ¡Dios Santo! —exclamó la Wurtz por encima de un ruido de motores revolucionados, un sonido casi ensordecedor. (Se había planteado otro dilema, y este, dedujo Jack, no era pequeño).

—¿Qué pasa? —preguntó Jack, pese a que ya lo sabía. En los congresos de tatuadores, le contaba siempre su madre, los moteros llegaban siempre antes de hora; quizá querían asegurarse de que encontraban una buena plaza de aparcamiento.

—¡Caramba, es una banda de motoristas! —exclamó Caroline vociferando de tal modo que la señora Oastler la oyó—. ¿Qué demonios hace una banda de motoristas en un colegio de niñas?

—Enseguida voy —dijo Jack—. Vale más que encierres a las internas a cal y canto.

—Tu madre nos ha echado una maldición; esto es solo el principio —dijo Leslie con la cabeza aún entre las manos.

Caroline y Jack ya habían hablado sobre la correspondencia que ella había mantenido con William. Su padre mostraba siempre especial interés en la formación artística y creativa de Jack. «Tu desarrollo», como lo había expresado la Wurtz.

—¿Cuando yo estaba en el St. Hilda? —preguntó Jack.

—Así es, Jack, al comienzo de tu educación escénica.

—Tus dramatizaciones, quieres decir...

—Empezando por tu considerable éxito en papeles femeninos, pero no solo eso, ni mucho menos —informó la señorita Wurtz—. Pensé que a William le complacería en particular que tú y yo, en una conversación, llegásemos a la idea de que él, tu padre, era tu público especial de un solo espectador. No sé si te acuerdas.

—¿Cómo iba a olvidarme? —preguntó Jack.

—Pero no le complació —dijo Caroline con tono grave—. De hecho, William se opuso enérgicamente.

—¿Se opuso a ser mi público de un solo espectador?

—A la idea misma del público de un solo espectador, Jack. Rechazaba el concepto desde un punto de vista estético.

—¿Por qué? —preguntó Jack. Había advertido que ella había pronunciado el nombre de William dos veces.

Caroline suspiró. (Jamás existió belleza más percedera).

—En fin —dijo—, creo que su teoría es más aplicable al órgano.

—¿Por qué al órgano?

—Tu padre insistió en que debías aprender a actuar con toda tu alma, Jack. En cuanto a tu público, aunque solo fuese en tu imaginación, eran los pobres desdichados, dejados de la mano de Dios y duros de oído, de los bancos del fondo de la iglesia, y más allá.

—¿Más allá de qué?

—Se refería incluso a los borrachos, que duermen en las calles y callejones fuera de la iglesia. Eso es lo que William dijo.

Se refería incluso a las prostitutas que lo oían desde fuera de la Oude Kerk, pensaba Jack; de hecho, su padre debía de querer decir que Jack tenía que limitarse no a un solo espectador sino acceder a un público *muchísimo* más amplio. (Si servía para ello, claro está).

—Creo que lo entiendo —dijo Jack a Caroline.

—Yo no lo llamaría «correspondencia», Jack. Cruzamos a lo sumo dos o tres cartas. No querría que pensases que aún tengo noticias de él.

—Pero él dio clases en el colegio, aunque fuese por poco tiempo, cuando tú también dabas clases allí —le recordó Jack—. Lo conociste, ¿verdad, Caroline?

Jack y la señorita Wurtz se hallaban en una cafetería de la esquina de Lonsdale con Spadina. Era el fin de semana posterior a la muerte de Alice. Caroline vestía —cosa que Jack nunca había visto— unos vaqueros y una camisa de franela de hombre; Jack dudaba que llevase sujetador. En todo caso, estaba magnífica para ser una mujer de más de cincuenta años: estaba radiante, incluso *resplandeciente*. Aquellos pómulos prominentes, la delicada mandíbula tallada como el cristal, la tez arrebolada como un melocotón..., la señorita Wurtz estaba imponente. Volvió a suspirar y deslizó sus largos dedos por el cabello ondulado, que tenía ya canoso pero conservaba el lustre; el pelo le brillaba como la pizarra bajo el sol.

—Sí, Jack, si necesitas saberlo, lo conocí —dijo Caroline. Con la mirada fija en el café de su taza, añadió en voz baja—: William me regaló parte de mi ropa preferida. Tenía buen ojo para la ropa de mujer. Puede que sea un poco anticuada para estos tiempos, pero sigue siendo mi preferida, Jack.

Emma, cómo no, se había fijado en la ropa. Caroline vio que Jack era incapaz de hablar. Tendió el brazo por encima de la pequeña mesa y le acarició la cara.

—No fue solo mi amante; fue mi único amante —dijo la señorita Wurtz—. En fin, duró poco —continuó, casi con desenfado—. Otras muchas mujeres deseaban a William, mujeres y chicas —añadió Caroline y se echó a reír. A Jack le sorprendió que la idea, más que molestarle, pareciese divertirle; quizá fuese por el tiempo transcurrido desde entonces—. Tu padre estaba mucho más comprometido con su música que con el bello sexo, Jack —prosiguió—. Y si lo hubieses oído tocar alguna vez... —susurró la señorita Wurtz y le cogió las manos a Jack—. En fin, basta decir que no es extraño que se entregase más a su música que a nosotras.

¡No era extraño que Jack, en sueños, hubiese vestido a la Wurtz con ropa interior de un catálogo de venta por correo! ¿Quién podía resistirse a la tentación de regalarle ropa? ¡Su padre no se había resistido!

Inusualmente, a Jack le costó tragar el café.

—¿Lo sabía mi madre? —preguntó a Caroline.

—Tu madre sabía que a William le gustaba mi manera de hablar. Solo sabía eso —contestó la señorita Wurtz—. William debió de comentarle algo a Alice sobre mi

voz..., mi dicción, mi prosodia. Él solía decirme, con admiración, que yo no tenía acento.

—¿Así que fue idea de mi madre que tú la enseñases a hablar? —preguntó Jack—. Pensaba que era la señora Wicksteed quien quería que ella perdiese el acento escocés.

—No, por Dios —contestó Caroline, y soltó una carcajada—. La señora Wicksteed era una canadiense de la vieja escuela y le encantaba el acento escocés.

—Pero debías de saber lo de las chicas; me refiero a las internas, Caroline.

—¡Ah, quién no sabía lo de esas bobas! —exclamó la señorita Wurtz—. Ya conoces a las internas, Jack. Si pudiesen quedarse embarazadas sin ayuda de nadie, probablemente lo intentarían.

—Pero además te dejó, ¿no? —preguntó Jack—. No da la impresión de que lo odies.

—Nunca esperé que se quedase conmigo, Jack. ¡Claro que no lo odio! William fue uno de esos placeres que toda mujer desea tener al menos una vez en la vida. Con el debido respeto a Alice, Jack, sospecho que te indujo engañosamente a imaginar que es posible retener a un hombre como ese. Y menos a la edad que tenía entonces. Era tan joven...

Jack miró a Caroline Wurtz con la estupefacción visiblemente estampada en el rostro por todo lo que desconocía, tal como debió de haber mirado a su madre cuando esta le dijo con aversión: «A saber qué clase de padre habría sido, Jack. Con un hombre como ese nunca puedes fiarte». Pero la señorita Wurtz había utilizado exactamente la misma expresión, «un hombre como ese», con un afecto que todavía perduraba.

—Si tú hubieses sido mi madre —dijo a Caroline—, yo habría tenido un padre. Al menos lo habría visto de vez en cuando.

—No tengo noticias tuyas, ni por él ni por mediación de otros, desde hace años —dijo la señorita Wurtz a Jack—. Pero eso no significa que no puedas encontrarlo.

—Puede que esté muerto, Caroline. Mi madre lo está.

La Wurtz se inclinó sobre la mesa y agarró a Jack de la oreja izquierda, como si fuese la señora McQuat y él estuviese aún en tercero a punto de que el Fantasma Gris lo condujese a la capilla.

—¡Chico de poca fe! Si William hubiese muerto, se me habría parado el corazón. El día que él muera los pechos se me encogerán mientras duerma y se me quedarán como pasas, o me convertiré en linóleo o algo así.

¿Linóleo?, se preguntó Jack. (La pobre mujer había pasado demasiado tiempo en el St. Hilda). Le palpitaba la oreja que ella aún mantenía sujeta. De pronto la señorita Wurtz lo soltó; se rio de sí misma como una muchacha.

—¡Pero si hablo igual que una interna descerebrada! —exclamó Caroline—. ¡Chico de poca fe! —repitió a Jack, esta vez afectuosamente—. ¡Ve a buscarlo!



«Explícame el contexto, ricura», solía decir Emma. «Todo tiene un contexto».

Ese sábado de marzo —era 1998, y marzo en Toronto no cuenta con una meteorología fiable para las motos— Jack fue a pie hasta el camino de acceso circular de la esquina de Pickthall con Hutchings Hill Road, donde una vez cogió a su madre de la mano en medio de un mar de niñas.

Las motos, con los motores apagados, formaban una fila con precisión poco menos que militar. El día estaba encapotado, el aire cortaba, y los depósitos de las motos, salpicados de gotas, resplandecían bajo la fina llovizna, poco más que una bruma. Con ese tiempo, Jack no se tomó la molestia de contarlas, pero había unas treinta, y las matrículas indicaban la distancia que habían recorrido algunos de los moteros.

Dan Dakota del Norte había viajado desde Bismarck; se había encontrado con Fierre el Suertudo en el estudio de este en Minneapolis, el Twin Cities Tattoo, y siguieron juntos hasta Madison, Wisconsin, donde los esperaban Schultz el Tejón y su mujer, Alita de Pollo. Recogieron a los hermanos Fronhofer en el Windy City Tattoo de Chicago, y viajaron juntos hasta Michigan; pisaron nieve en Kalamazoo y Battle Creek, pese a lo cual llegaron a East Lansing a tiempo de celebrar una fiesta con Volkman Flipper en el estudio Spartan Tattoo. A la mañana siguiente, fueron con Flipper a Ann Arbor, donde se unió a ellos Wally el Glotón. Como es comprensible, tuvieron ciertas dificultades al pasar por la aduana canadiense, pero tomaron la 401 en Windsor y viajaron bajo la lluvia hasta Kitchener y Guelph, donde se reunieron con un par de artistas del tatuaje de Ontario de quienes Jack no había oído hablar. (Aún era incapaz de recordar sus nombres).

Había motoristas rumbo al norte procedentes de Louisville, Kentucky y de tres ciudades de Ohio. Joe Tinta del Tiger Skin Tattoo, en Cincinnati, y las hermanas Skretkowicz, una de las cuales era la exmujer de Tom el Pelicorto, que se reunió con las hermanas en Cleveland.

El contingente de Pennsylvania, demasiado nutrido para enumerar a todos por sus nombres, incluía a destacadas figuras del mundo del tatuaje de Pittsburg, Harrisburg, Allentown y Scranton, y Mike Turno de Noche, del Sailor Friend Tattoo, recorrió el largo trayecto hasta el norte desde Norfolk, Virginia. En el camino circular de acceso del St. Hilda, también había motos con matrícula de Maryland y Massachusetts y de Nueva York y Nueva Jersey.

Por las voces unidas en el canto —se oía el estruendo que provocaban en la capilla, donde las voces en apariencia *masculinas* desafiaban al órgano y apabullaban al coro de internas— Jack supo que la señorita Wurtz no había permanecido ociosa. Había acompañado a los moteros al interior para que se pusiesen cómodos y se sumasen al ensayo. Pronto dispondrían de café caliente en el gimnasio, les había dicho la señorita Wurtz, lo que no era del todo cierto, o al menos no hasta pasado un rato.

—Pero ¿cuántos de ustedes saben la letra de *Dios salve a la Reina*? —había

preguntado la Wurtz. Ante el silencio y la incomprensión de los moteros, Caroline dijo—: ¡En fin, me lo imaginaba! Según parece, no les vendrá mal practicar un poco.

Cuando Jack llegó al St. Hilda, los tenía a todos cantando. La mayoría de los artistas del tatuaje no sabía quién era la reina por cuya salvación rogaban con su canto, pero lo hacían por Alice la Hija, que era la razón por la que habían ido hasta allí, y el sonido de sus propias voces parecía ayudarlos a entrar en calor. Estaban allí de pie con la ropa de cuero chorreando; el olor de la carretera, la gasolina y los humos de escape se mezclaba con el olor de su gastada indumentaria, las barbas alborotadas por el viento, los cabellos apelmazados por el casco. Encantadas, las internas del coro los miraban al amparo del altar. Las voces de las chicas parecían infantiles entre los moteros, hombres en su mayor parte.

La organista, una mujer joven y bonita tan nueva en el St. Hilda como el capellán cretino, cometía errores. Incluso Jack percibía lo nerviosa que estaba, y que cada error nuevo provocaba que los tropiezos fueran en aumento.

—Cálmate, Eleanor —le dijo la señorita Wurtz—, o tendré que ocupar tu lugar, y no toco un órgano desde hace años.

Mientras Eleanor se tomaba un breve respiro, Jack se presentó a los amigos de su madre.

—El apuesto Jack Burns —oyó decir a Mike Turno de Noche, elogiosamente.

—El chaval de Alice la Hija —dijo una de las hermanas Skretkowicz.

—Yo soy la otra Skretkowicz —dijo a Jack la otra hermana—. La que no se ha casado con Tom el Pelicorto, ni con nadie —le susurró a Jack al oído, y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Seguro que tu madre estaba orgullosa de ti —comentó Schultz el Tejón. Su mujer, Alita de Pollo, se deshacía ya en lágrimas, y ni siquiera eran las doce del mediodía. Faltaban horas para el oficio en memoria de Alice.

Caroline batió palmas.

—Aún estamos ensayando; ensayaremos hasta que yo diga «¡Basta!» —anunció la señorita Wurtz desde el altar. Eleanor, la organista, casi parecía haber recobrado la compostura.

—No sabía que tocases el órgano, Caroline —dijo Eleanor, con voz más audible de lo que pretendía, ya que de pronto Jack y los moteros dejaron de hablar.

Echando un vistazo en dirección a Jack, la señorita Wurtz se sonrojó.

—Bueno, recibí unas cuantas clases memorables —dijo ella.

*God save our gracious Queen,  
Long Uve our noble Queen,  
God Save the Queen!  
Send her victorious,  
Happy and glorious,  
Long to reign over us;*

*God save the Queen!*

[Dios salve a nuestra gloriosa Reina,  
larga vida a nuestra noble Reina,  
Dios salve a la Reina;  
que la haga victoriosa,  
feliz y gloriosa,  
que tenga un largo reinado sobre nosotros;  
Dios salve a la Reina].

Bajo la dirección de la Wurtz, cantaron y cantaron. Las voces puras y femeninas del coro de internas no podían competir con el entusiasmo tabernario de los moteros, quienes —conforme se recuperaban del frío y la lluvia de las carreteras de marzo— iban despojándose de la ropa de cuero. Sus tatuajes competían con los colores de Jesús y las santas que lo rodeaban en el vitral de la capilla.

Jack se escabulló. Sabía que la señorita Wurtz estaba capacitada para *dramatizar* cualquier cosa; cuando llegase la hora del bendito acontecimiento, Caroline habría pulido a la perfección el coro de internas y el de moteros por igual. Cuando Jack salió, los artistas del tatuaje escuchaban con actitud reverente a las chicas, que cantaban *Lord of the Dance* [«El Señor del Baile»].

*I danced in the morning  
When the world was begun,  
And I danced in the moon  
And the stars and the sun,  
And I carne down from heaven  
And I danced on the earth,  
At Bethlehem I had my birth.*

[Bailé la mañana  
en que el mundo nació,  
y bailé bajo la luna  
y las estrellas y el sol,  
y bajé del cielo  
y bailé en la tierra,  
en Belén nací].

Fuera, en el camino de acceso circular, habían llegado otros dos viajeros; aparcaron sus motocicletas junto a las demás. Eddie Esposito el Listo, del estudio The Blue Bulldog de New Flaven, Connecticut, y Bill Letters el Malo, del Black Bear Season Tattoo de Brunswick, Maine. Llevaban la ropa de cuero arrugada y manchada por la lluvia y parecían ateridos de frío, pero reconocieron a Jack Burns y le sonrieron

afectuosamente. Jack les estrechó las manos heladas. Se había puesto algo de ropa vieja en casa de la señora Oastler: vaqueros, zapatillas de deporte, una parca impermeable que había sido de Emma y a él le quedaba grande.

—Voy a cambiarme para el oficio —dijo Jack a los moteros recién llegados. Parecían perplejos por las voces de las chicas procedentes de la capilla—. Los otros están dentro, ensayando.

—¿Ensayando qué? —preguntó Bill el Malo. Debían de ir por la tercera o cuarta estrofa de *Lord of the Dance*; obviamente, la señorita Wurtz había decidido incluir a los moteros en el coro. Los vozarrones de los hombres se oían bajo la lluvia.

*Dance, then, wherever you may be,  
I am the Lord of the Dance, said he,  
And I'll lead you all, wherever you may be,  
And I'll lead you all in the Dance, said he.*

[Bailad, pues, donde quiera que estéis,  
soy el Señor del Baile, dijo,  
y os guiaré a todos, donde quiera que estéis,  
y os guiaré a todos en el Baile, dijo].

—Vamos, Bill; cantemos con ellos —propuso Eddie el Listo.

—¿Volverás vestido de chica? —preguntó Bill el Malo a Jack.

—Hoy no —contestó Jack.

Se disponían a entrar en el edificio cuando Jack oyó que Eddie el Listo decía:

—Eres un gilipollas, Bill.

—¡Claro que soy un gilipollas! —respondió Bill el Malo.

Jack regresó a casa de la señora Oastler y se relajó con un baño de agua caliente. Leslie entró en el cuarto de baño con sus bragas bikini y sujetador negros; bajó la tapa del váter y se sentó allí, sin mirarlo.

—¿Cuántos hay? —preguntó.

—Unas treinta motos, quizá cuarenta moteros —dijo él.

—La mayoría de los artistas del tatuaje que conocía tu madre no eran moteros, Jack. Los moteros son solo la punta del iceberg.

—Lo sé —dijo Jack—. Será mejor que llamemos a Peewee.

—Será mejor que llamemos a la policía —repuso la señora Oastler—. No pueden dormir todos en el St. Hilda, ni siquiera en el gimnasio.

—Unos cuantos podrían dormir aquí —sugirió él.

—Tu madre planeó esto, Jack. Quizá si nos hubiéramos acostado juntos, nos habría ahorrado esta indignidad final.

—No lo sé —repuso Jack—. Tengo la sensación de que mi madre no podría haberlos mantenido a distancia.

Peewee telefoneó esa tarde un rato después.

—Tendría que llevar una furgoneta, no una limusina, señorito; no hay espacio para más alcohol en la limusina, Jack.

—Será mejor que haga dos viajes —dijo Jack.

—Este es el tercer viaje, señorito. Si usted y la señora Oastler no mueven el culo y no van ya a la capilla, no encontrarán sitio donde sentarse. —Peewee era alarmista de nacimiento. Jack sabía que la señorita Wurtz estaba a cargo de todo; confiaba en que Caroline les reservase a él y a Leslie un par de asientos.

La Wurtz hizo algo mejor que eso. Apostó en el pasillo a Mono Apestoso, a modo de acomodador, para guardarles el banco. También estaba allí Malo Hasta la Médula, así como Hermana Osa y Luna de Dragón. *Todos* estaban allí, cuantos Jack había imaginado y más.

Llegó un grupo de Italia. Luca Brusa (de Suiza) no se lo habría perdido por nada del mundo, dijo a Jack. Cielo e Infierno procedían de Alemania; Manu y Tin-Tin de Francia. Los Capullos de Las Vegas estaban allí, y también la Pantera Morada de Hollywood.

Abarrotaban los bancos, los pasillos, incluso el corredor exterior hasta medio camino del gimnasio. Unas pocas exalumnas amedrentadas —las temblorosas excompañeras de clase de la señora Oastler— se apiñaban en los dos bancos delanteros junto a un pasillo lateral, donde Ed Hardy, Bill Funk y Rusty el Salvaje parecían haberse autodesignado guardaespaldas de las exalumnas. Al menos no permitían a sus colegas tatuadores acercarse a aquellas mujeres mayores, que estaban (como las colegialas que habían sido hacía mucho tiempo) cogiéndose de la mano.

La señorita Wurtz había colocado a los dos coros —las internas y los moteros— en sus respectivos puestos a ambos lados del pasillo; allí, estos grupos tan dispares se hallaban de cara a los desconcertados fieles. Los artistas del tatuaje que no habían llegado temprano no alcanzaban a explicarse el *Dios Salve a la Reina*.

—¿Quién es la Reina? —preguntó a Jack un hombre de espaldas anchas con una chaqueta de *sport* de color amarillo chillón. Llevaba el pelo de punta con tanta gomina que, por arriba, la cabeza semejava la aleta dorsal de un tiburón. Por la chaqueta de color amarillo chillón y por el pelo, Jack lo reconoció de verlo en las revistas del mundo del tatuaje: Eddie el Loco de Filadelfia, no cabía la menor duda.

El reverendo Parker llegó tarde. «¡No había dónde aparcar!», se quejó el capellán, malhumorado, antes de mirar con más detenimiento a los fieles: las camisetas teñidas, los brazos tatuados, los cuellos desabrochados de las camisas hawaianas, los pechos descubiertos, también tatuados. Serpientes auténticas y serpientes mitológicas observaban al capellán con frialdad. Entre los tatuajes de reptiles había criaturas que el Edén y el reverendo Parker nunca habían visto. Eran muchas las representaciones del corazón sangrante de Cristo, rodeado de espinas, desprovisto del habitual comedimiento anglicano. Había muchos esqueletos, algunos exhalando fuego, otros profiriendo obscenidades.

En medio de semejante despliegue de carne tatuada, la Wurtz se había superado a sí misma con *El Señor del Baile*. Las internas, a quienes Leslie describió como «un coro de vírgenes hasta cierto punto», cantaron las cinco estrofas, y los moteros sumaron sus voces en los cinco estribillos. La desdichada interna rubia que había perdido el zapato en el oficio en memoria de Emma entonó la cuarta estrofa en un solo, y vaya solista más hermosa resultó ser; pese a que ya lo habían ensayado juntos varias veces, hizo llorar a los moteros.

*I danced on a Friday  
When the sky turned black  
It's hard to dance  
With the devil on your back.  
They buried my body  
And they thought I'd gone,  
But I am the Dance,  
And I still go on.*

[Bailé un viernes  
cuando el cielo ennegreció...  
Es difícil bailar  
con el demonio en la espalda.  
Enterraron mi cuerpo  
y pensaron que me había ido,  
pero yo soy el Baile,  
y aquí sigo].

Cuando llegó el momento en que el capellán debía leer el Salmo Veintitrés, la capilla se había caldeado y algunos de los individuos más tatuados se habían descamisado. No todos eran artistas del tatuaje; también habían asistido clientes de Alice. Su característico estilo se veía por todas partes; Jack reconoció no pocos trabajos de Alice la Hija.

También advirtió que la señora Oastler lloraba. Se desplomó contra Jack en el banco, y él notó cómo temblaba su cuerpo menudo. Fue así como algunos de los colegas de Alice la identificaron. «Tengo un amor en Toronto», había dicho Alice a más de uno de ellos. (En el sentido: «No, gracias, esta noche no. Tengo un amor en Toronto»).

—«El Señor es mi pastor, nada me falta» —empezó el reverendo Parker, nervioso. Ya no le llegaba la camisa al cuerpo cuando inició la segunda estrofa—: «Aunque pase por oscuras quebradas, no siento ningún mal...».

—«... temo ningún mal», no «siento» —le corrigió la señorita Wurtz.

—«... no temo ningún mal» —prosiguió el capellán a trompicones—... «porque

tú estás conmigo; tu bastón y tu vara me protegen».

—¿Tu qué? —preguntó alguno de los fieles, una voz femenina. (Jack no vio a quien había hablado, pero estaba casi seguro de que fue una de las hermanas Skretkowicz). A esto siguió una carcajada general; una de las exalumnas entre las antiguas compañeras de clase de la señora Oastler se moría de risa.

Fue entonces cuando Leslie perdió el control.

—¡Nada de oraciones, no ha de decirse nada! —gritó la señora Oastler al capellán—. ¡Alice solo quería cantos!

—«Me sirves la mesa frente a mis adversarios...» —masculló el reverendo Parker; de pronto se calló. Advirtió la presencia de adversarios por todas partes.

—Solo cantos, tío —dijo Bill Letters el Malo.

—Sí, canta o cállate —dijo uno de los hermanos Fronhofer.

—Canta o cállate —repitió Tom el Pelicorto.

—¡Canta o cállate! —vociferaron los fieles.

Eleanor, la organista, se quedó paralizada. Caroline se sentó en la banqueta del órgano a su lado.

—Si has olvidado cómo se toca *Jerusalén*, Eleanor —dijo la señorita Wurtz—, puede que nuestro Señor te perdone, pero yo no.

Eleanor, la pobre chica timorata, prosiguió con brío; atacó el teclado. El órgano sonó un poco más fuerte de lo previsto, pero el coro de internas y moteros dio lo mejor de sí.

*¿Y hollaron antaño esos pies  
los verdes montes de Inglaterra?  
¿Y vióse el sacro cordero de Dios  
en los apacibles prados ingleses?*

Mientras recorrían el pasillo, la señora Oastler se vio de repente en brazos de Eddie el Loco de Filadelfia; desbordada por la emoción, no se resistió o no pudo resistirse. Todos los amigos de Alice habían oído hablar de Leslie y querían abrazarla. «Es el amor de Alice», susurraba la gente.

—¿Por qué me conocen? —preguntó Leslie a Jack.

—Mi madre debió de hablarles de ti —dijo Jack.

—¿Tú crees? —preguntó la señora Oastler llorando. Todos lloraban: todos los artistas del tatuaje, todos los clientes de Alice la Hija y sus amigos. (El mundo del tatuaje era un mundo sentimental, como descubría Leslie en ese momento).

Avanzaban por el corredor hacia el gimnasio cuando las internas y los moteros acometieron con vigor la cuarta estrofa; incluso Eleanor, con el aliento de la señorita Wurtz, había dado la talla.

*No cejará mi espíritu en su lucha,  
ni ha de dormirse en mi mano la espada,  
hasta que levantemos otra Jerusalén  
en la verde y apacible Inglaterra.*

Un cubo de hielo del tamaño de una bañera, lleno de cervezas frías, los aguardaba en el gimnasio; se oían los estampidos de los corchos de las botellas de vino. Las mesas de *picnic* sostenían las enormes lonchas de rosbif y las bandejas de embutidos, no los habituales tacos de queso ensartados en palillos.

—¿Quién ha encargado toda esta comida? —preguntó Jack a Leslie.

—Yo, Jack. Peewee ha tenido que hacer unos cuantos viajes más.

Wally el Glotón y Volkmann Flipper discutían acaloradamente.

—Un asunto de Michigan —decía Schultz el Tejón con diplomacia a la vez que forcejeaba para separarlos.

La mujer del Tejón, Alita de Pollo, había tomado a la señora Oastler del brazo. Joe Tinta, del Tiger Skin Tattoo de Cincinnati, apoyó la mano en el hombro de Leslie; el tatuaje en el dorso de su mano era un as de picas parcialmente superpuesto a un as de corazones.

—Si alguna vez vas a Norfolk —decía Mike Turno de Noche a la señora Oastler—, te enseñaré la ciudad como no te puedes ni imaginar.

—La adoraban —dijo Leslie a Jack con la respiración entrecortada—. Invítalos a quedarse, Jack —añadió. (Eddie Esposito el Listo le enseñaba la Perdición del Hombre que llevaba tatuada en la barriga; era obra de Alice la Hija).

—¿Invitarlos a todos? —preguntó Jack a la señora Oastler—. ¿A quedarse con nosotros?

—¡Claro que con nosotros! —contestó Leslie—. ¿Dónde van a quedarse, si no?

Quizá no a las hermanas Skretkowitz, pensó Jack, o al menos no a las dos. ¿Por qué no solo a la que no había estado casada con Tom el Pelicorto? Pero comprendió que era imposible controlar una fiesta de artistas del tatuaje; uno tenía que dejarse llevar, como decía la generación de Alice.

La señorita Wurtz tuvo el tacto de elogiar la primera interpretación de los moteros. Siempre abstemio, Jack veló por las internas como un perro pastor. Pero todos mostraron un comportamiento impecable, al margen de la discusión entre Volkmann Flipper y Wally el Glotón, y ni siquiera ese asunto de Michigan terminó en pelea.

Fue una sorpresa relativa que las antiguas compañeras de clase de la señora Oastler, al parecer, también se lo pasaran en grande. Las exalumnas no habían visto tanta *carne* expuesta en mucho tiempo, si es que alguna vez la habían visto. El gimnasio del St. Hilda era una pista de baile; en el reproductor de CD sonaba sin cesar Bob Dylan.

Por la descripción que había hecho su madre de Jerry Swallow como



tradicionalista, Jack debería haberlo reconocido. Llevaba tatuada en el bíceps a una mujer preciosa con una cofia de enfermera; no podía ser más *tradicionalista*. Los textos escritos en la camisa de Jerry el Marino estaban en japonés, como también el tatuaje de su antebrazo derecho.

—Un Kazuo Oguri —le dijo a Jack con orgullo. Así que Jerry Swallow había viajado desde New Glasgow, Nueva Escocia, y para colmo había hecho más de cien llamadas telefónicas.

—Los veteranos nos mantenemos en contacto, Jackie.

Jack le dio las gracias por hacer tan largo viaje.

—La vida es un largo viaje, joven señor Burns —dijo Jerry el Marino—. Nueva Escocia tampoco queda tan lejos.

Esa noche, más tarde, cuando creía haberse presentado ya a todo el mundo —acompañado del coro de internas como guardianas vírgenes hasta cierto punto—, Jack divisó la presencia de alguien a quien creyó reconocer al fondo del gimnasio. *Rainy Day Women 12 & 35* de Bob Dylan sonaba a todo volumen en el reproductor de CD cuando Jack se abrió paso hacia aquel hombre tímido y colocado que se mecía al ritmo de la música bajo la red de la canasta.

Aquel semblante ensoñador, la pelusa gris en el mentón —como si, pese a rondar los cincuenta años, aún no le hubiese salido apenas barba— y cierto menosprecio de sí mismo en la mirada, que mantenía siempre baja, le recordaron a Jack a alguien cuya fe en su escaso talento nunca había sido grande. (Ni en ese momento, ni cuando era el joven aprendiz de Tattoo Teo en el estudio de Zeedijk).

«Otro corazón roto no», había dicho Alice a Robbie de Wit al despedirse. «Ya estoy harta de corazones, partidos en dos o de cualquier manera». Así que Robbie se había conformado con la firma de Alice en la parte superior del brazo derecho, el *Alice la Hija* un poco descolorido que Robbie reveló cuando Jack se acercó.

—¿Aún escuchas a der Zimmerman, Jackie? —preguntó Robbie.

El gimoteo de Bob en el estribillo sonaba alrededor.

*But I would not feel so all alone,  
Everybody must get stoned.*

[Pero no debería sentirme tan solo,  
todo el mundo tendría que ser apedreado].

—Aún escucho a *den* Zimmerman, Robbie.

—La verdad es que no estoy a la altura de toda esta gente —dijo Robbie de Wit a Jack, y señaló vacilante hacia el resto del gimnasio—. Las cosas no me fueron bien en Amsterdam.

—Lo siento —dijo Jack.

—Ahora estoy en Rotterdam. Tengo mi propio estudio pero sigo siendo un aprendiz, no sé si me entiendes. No me va mal —explicó cabeceando. Al principio las entradas que tenía en el pelo habían engañado a Jack, al igual que la frente en forma de huevo y las marcadas patas de gallo en las comisuras de los claros y acuosos ojos de Robbie.

—¿Qué pasó en Amsterdam, Robbie? ¿Qué le pasó a mi madre? ¿Qué la obligó a marcharse?

—Vamos, Jackie, déjalo. Mejor no destapar cadáveres. —(Robbie quería decir «desenterrar cadáveres», pero Jack lo entendió).

—Recuerdo la noche que fue prostituta. O al menos actuó como prostituta —dijo Jack—. Saskia y Els cuidaron de mí. Tú le llevaste a mi madre algo para fumar, creo.

—No, Jackie —dijo Robbie—. Déjalo.

—Mi padre no se fue a Australia, ¿verdad? —preguntó Jack a Robbie de Wit—. Estuvo todo el tiempo en Amsterdam, ¿no?

—Tu padre tenía admiradoras, Jackie. Tu madre no podía controlarse.

—Controlarse, ¿en qué sentido? —preguntó Jack.

Robbie dio un traspíe y casi se cayó; mostró a Jack el *Alice la Hija* descolorido en la parte superior del brazo derecho como si lo retase a dar un puñetazo al tatuaje de su madre.

—No la traicionaré, Jack —dijo Robbie—. No me preguntes.

—Disculpa, Robbie. —Jack se avergonzó de su asomo de agresividad con él.

Robbie llevó la mano a la nuca de Jack; al inclinarse, desequilibrado, le tocó la punta de la nariz con la frente en forma de huevo.

—Tu madre te quería, Jackie. Pero no quería a nadie, ni siquiera a ti, como quería a William, es solo eso.

Las exalumnas, excepto Leslie Oasder, se habían marchado. Las solteras —especialmente las exalumnas que estaban divorciadas y orgullosas de ello— se llevaron a algunos de los artistas del tatuaje. El señor Ramsey, tras dirigir a Jack su despedida habitual —«¡Jack Burns!»— se había llevado también a un artista del tatuaje. (Mike Turno de Noche del estudio Amigo de los Marineros de Norfolk, Virginia. ¡Mike era en efecto amigo de los marineros!).

Incluso la señorita Wong, por fin en contacto con el huracán durante el que había nacido, bailó como una descosida, y el momento en que perdió el control en el gimnasio mientras se zarandeaba con los dos hermanos Fronhofer al son de *Stuck Inside of Mobile with the Memphis Blues Again* fue especialmente memorable. (La señorita Wong se fue a su casa con el hermano más apuesto).

Para sorpresa de todos, los Malcolm se quedaron hasta tarde; a la señora Malcolm se la veía inusualmente animada por la presencia de Marvin Jones alias «Delta del Mekong», de Tuscaloosa, Alabama. Marvin había perdido las dos piernas y parte de la nariz en la guerra de Vietnam; había aparcado la silla de ruedas junto a la de la

señora Malcolm y entretenía a la pareja con sus cómicas anécdotas, quizás apócrifas, sobre sus intentos de acostarse con alguna mujer siendo un hombre confinado a una silla de ruedas y con media nariz. («No todo el mundo es compasivo», empezaba una de las anécdotas; tenía a Jane Silla de Ruedas muerta de risa).

La señorita Wurtz, que se fue a casa a una hora decorosa —de más está decir que la Wurtz se fue a casa sola—, causó sensación cantando con Bob. Sus versiones de *All I Really Want to Do* y *I'll Be Your Baby Tonight* fueron cautivadoras. Tom el Pelicorto dijo a Jack que no había nadie como ella en Cleveland. Dan Dakota del Norte dijo que tampoco había nadie como la señorita Wurtz en Bismarck. (¿Cómo habían tenido tanta suerte en Edmonton?, se preguntó Jack).

La mansión de los Oastler se convirtió esa noche en un motel, las motos estaban estacionadas como centinelas en el jardín, algunas acechando la casa de cerca como intrusos que pretendiesen acceder por una ventana.

Pierre el Suertudo se desmayó en el sofá del salón, donde quedó enterrado por tal cantidad de cazadoras de cuero que, por la mañana, nadie sabía dónde estaba; es decir, hasta que Joe Tinta se sentó encima de él.

Hubo que separar a Volkmann Flipper y Wally el Glotón (otra vez ese antiguo asunto de Michigan). Acostaron a Flipper en la cama de la antigua habitación de Jack y obligaron al Glotón a pasar la noche en la cocina, donde lo vigiló el menos apuesto de los hermanos Fronhofer, el que no se había ido con la señorita Wong y el huracán que llevaba dentro.

Bill Letters el Malo y Eddie Esposito el Listo durmieron, uno con la cabeza a los pies del otro, sobre la mesa del comedor, desde donde su conversación sobre Mike Turno de Noche, el amigo de los marineros, se oyó por toda la casa.

—Para no enterarte de que Turno de Noche es marica, Bill, debes de tener los ojos en el culo —dijo Eddie el Listo.

—Eddie, si uno tuviera los ojos en el culo, sería el primero en enterarse de que Turno de Noche es marica —contestó Bill el Malo.

—Eres un gilipollas, Bill —dijo Eddie el Listo.

—¡Claro que soy un gilipollas! —contestó Bill el Malo—. Cuéntame algo que no sepa. —Pero Eddie el Listo dormía a pierna suelta; roncando ya—. ¡Felices sueños, gilipollas! —exclamó Bill el Malo, como si se dirigiese a todos los presentes en la casa.

—¡Felices sueños, gilipollas! —exclamaron Schultz el Tejón y su mujer, Alita de Pollo, desde el cuarto de la lavadora, donde dormían en el suelo sobre un viejo edredón.

—Una fiesta fantástica, ¿no? —susurró Jack a la hermana Skretkowicz con la que se había acostado en la cama de Emma.

—Sí, a tu madre le habría encantado —dijo la señora Skretkowicz. Era, por

desgracia, la que se había casado con Tom el Pelicorto. También tenía un pulpo fabuloso tatuado en el culo; le cubría por completo las dos nalgas—. Obra de Tom el Pelicorto —admitió ella con cierto pesar—. Sin quitarle mérito al pulpo.

Pasillo abajo, Leslie estaba en la cama con la otra hermana Skretkowicz. «Era un verdadero encanto», diría la señora Oastler a Jack más tarde. A Leslie no le sorprendió que la otra hermana Skretkowicz nunca se hubiera casado, ni con Tom el Pelicorto ni con nadie. (El mordisquito a Jack en el lóbulo de la oreja no había ido en serio).

Jack tardó mucho en dormirse, y no solo por las tiernas atenciones de la exseñora de Tom el Pelicorto. Emma solía decir que el insomnio de Jack, relativamente habitual, era el riesgo que corría un abstemio en un mundo de bebedores. (Jack lo dudaba). No sería justo decir que lo que la hermana Skretkowicz heterosexual podía hacer con el pulpo del culo no mantendría despierto a cualquiera durante mucho tiempo, pero Jack tenía otras cosas en la cabeza además de ese interesante pulpo.

Lamentó de nuevo haberse comportado mal con Robbie de Wit, que había viajado desde la lejana Rotterdam por amor a Alice. Incomprensiblemente, Robbie nunca la *traicionaría*, por usar la misma palabra que él. Si Jack quería conocer todo aquello que su madre le había ocultado, o cómo había tergiversado la historia de su padre al contarle su versión, Jack debía hacer sus propios deberes, sus propios descubrimientos.

Jack tenía que emprender ese viaje con el que había amenazado a su madre cuando aún vivía. No para buscar a William como la señorita Wurtz le había exigido, o al menos no todavía. No ese viaje, sino el viaje que Jack había emprendido con su madre cuando tenía cuatro años.

Supuestamente, cuando Jack tenía tres años, su memoria consecutiva era comparable a la de un niño de nueve. A los cuatro, su retentiva para los detalles y su comprensión del tiempo lineal equivalían a las de un niño de once, o eso le habían dicho. Pero ¿y si no fuera verdad? ¿Y si en realidad había sido un niño normal? Un niño de cuatro años cuya memoria era tan fácil de manipular como la de cualquier niño de cuatro años; un niño de cuatro años como cualquier otro, cuya retentiva para los detalles y comprensión del tiempo lineal no eran fiables en absoluto.

Por eso permaneció Jack en vela. De pronto supo que era absurdo imaginar siquiera que era capaz de recordar lo que le había ocurrido en aquellos puertos del mar Báltico y del mar del Norte cuando tenía cuatro años, hacía casi tres décadas. Ese era el viaje que tenía que emprender, solo o, desde luego, sin la compañía de Leslie Oastler. No solo era un viaje que ya había emprendido, posiblemente era un viaje que en gran medida había imaginado, o había tenido lugar bajo la supervisión de su madre, y ella lo había imaginado por él.

No era el momento de buscar a su padre; era momento de descubrir si merecía la

pena buscar a William.

Primero habían ido a Copenhague. Su madre no había manipulado ese dato; al menos Jack sabía dónde se había iniciado el viaje y adonde regresaría pronto.

—Copenhague —dijo en voz alta, sin proponérselo. Por inverosímil que pueda parecer, Jack se había olvidado de la hermana Skretkowicz, que lo mantenía sujeto por la cintura con su fuerte muslo.

Había apartado las mantas de una patada; quizá la palabra «Copenhague» había desencadenado algo, porque movía las caderas. Los motoristas de largo recorrido tienen cierta autoridad en las caderas, en el caso de la hermana Skretkowicz que le había correspondido a Jack la tenía incluso en sueños. Llevaba un caballito de mar verde de aspecto un tanto asustado en el antebrazo, que tenía extendido sobre el pecho de Jack. El caballito de mar miraba imperturbable la parpadeante luz del canal meteorológico en el pequeño televisor de Emma, al que le habían quitado el sonido. Las hermanas Skretkowicz tenían por delante un largo viaje a la mañana siguiente. La exseñora de Tom el Pelicorto había deseado conocer el pronóstico del tiempo para Ohio.

En el canal meteorológico emitían un reportaje sobre una tormenta. Las palmeras se partían por la mitad; los muelles habían sido arrastrados hasta alta mar; un barco pequeño se había estrellado contra unas rocas; las olas rompían atronadoramente, todo sin sonido. La luz verde azulada del televisor iluminaba el tatuaje de la cadera de la señora Skretkowicz; la luz mostraba en relieve las espinas dorsales con púas cercanas a la base de la cola en forma de látigo de una raya venenosa.

Sí, observó Jack, había una *raya venenosa* tatuada en la ondulante cadera de esa hermana Skretkowicz. Los tentáculos del pulpo (en el culo) parecían extenderse hacia la raya, como si el cuerpo de la artista del tatuaje fuese un mapa del lecho marino.

Jack tuvo que arquear la espalda para tomar el mando a distancia, y aun así no pudo alcanzarlo; no fue la respuesta al movimiento de caderas que esperaba su amiga motera.

—No te vayas —dijo con voz ronca, aún medio dormida—. ¿Adónde vas?

—A Copenhague —repitió Jack.

—¿Allí llueve? —preguntó ella, aturdida.

No podría llegar allí antes de abril, pensaba Jack; había muchas probabilidades de que estuviese lloviendo.

—Seguramente —contestó.

—No te vayas —volvió a susurrar ella como si la venciese otra vez el sueño, o al menos lo desease.

—Tengo que irme —dijo él.

—¿Quién hay en Copenhague? —preguntó la hermana Skretkowicz. Jack se dio cuenta de que se había despertado del todo—. ¿Cómo se llama esa mujer? —dijo ella, y lo estrechó aún más con su muslo de motera.

Era un *hombre*, no una *mujer*, quien en esencia interesaba a Jack. Puesto que Jack

no conocía su nombre, sería difícil encontrarlo. Pero era bastante obvio en quién pensaba Jack: el soldado más pequeño que los había salvado. No era por quitarle importancia a Madsen el Mujeriego; sencillamente encontrar a Lars resultaría más fácil. Al menos Jack conocía su nombre.

## 27 - La hija del comandante; su hermano pequeño

Jack se escabulló de Toronto sin contar sus planes a la señorita Wurtz; ni siquiera se despidió. Temía decepcionar a Caroline con su decisión de no ir en busca de su padre inmediatamente.

Se llevó solo ropa de invierno; Jack pensó que sería lo más adecuado para abril en el mar del Norte y en el Báltico. Su ropa de Toronto, la llamaba la señora Oastler. Leslie lo ayudó a hacer la maleta. A fin de cuentas, le había comprado la ropa a Jack —incluso había pagado la mayor parte durante el invierno de la agonía de Alice—, y la señora Oastler tenía sus propias opiniones respecto a cómo debía vestir en esos puertos de escala europeos.

—Espero que sepas, Jack, que uno no va a un estudio de tatuaje con la misma ropa que llevaría en una iglesia, y viceversa.

Dejó en manos de Leslie la responsabilidad de mandar su guión de *La lectora de morralla* a Bob Bookman de C. A. A., en Beverly Hills. Durante el largo invierno canadiense, Leslie se había convertido en compañera de Jack en el proyecto; en un par de ocasiones, él había estado a punto de decirle que Emma le había dejado algo más que sus notas para un guión. Pero en ese caso habría faltado a los deseos de Emma.

Durante los meses que pasó con Alice en Toronto, le remitían el correo desde California. Como su difunta hija, la señora Oastler leía siempre la correspondencia de Jack antes de dársela. Además, tampoco le daba *toda* la correspondencia; su censura era más estricta que la de Emma. Las cartas de admiradoras no merecían el interés de Jack, según la señora Oastler. Se negaba asimismo a mostrarle las fotografías de sus torturadores hermafroditas.

Hacia febrero, Jack preguntó a Leslie:

—¿Este año no he recibido ninguna felicitación navideña?

—Sí, recibiste un montón de felicitaciones —contestó la señora Oastler—. Las tiré.

—¿No te gustan las felicitaciones, Leslie?

—¿Para qué las quieres, Jack? Eres un hombre ocupado.

Por alguna razón, la carta de Michele Maher escapó al censor que la señora Oastler llevaba dentro y llegó a manos de Jack, si bien había transcurrido un mes o más desde que Leslie leyó por primera vez la carta de Michele.

—Esta es interesante —dijo la señora Oastler—. Una doctora de Massachusetts que se llama igual que el personaje de Emma.

A Jack se le debió de notar la conmoción, o la impaciencia, por ver la carta, ya que Leslie no se la entregó de inmediato.

—¿Alguna conocida tuya? —preguntó.

—Una conocida de otra época —matizó él, y tendió la mano. La señora Oastler releó la carta, esta vez más detenidamente que la primera—. Emma sabía que yo la

conocía —explicó Jack—. Emma sabía que estaba utilizando el nombre de una persona real.

—Una especie de broma entre vosotros, ¿te refieres a eso, Jack? —Seguía sin darle la carta.

—Más o menos —contestó él.

—¿Quieres que te la lea? —preguntó Leslie. Jack mantenía la mano tendida—. «Querido Jack...» —empezó la señora Oastler, e interrumpió la lectura en el acto—. Incluso tus admiradoras te llaman «Jack»; entenderás, pues, por qué supuse que no te conocía.

—Muy comprensible —respondió Jack, conservando un tono sereno.

—La doctora Maher, que es dermatóloga, nada menos, prosigue —continuó Leslie—: «Sé que mantenías una estrecha relación con Emma Oastler y he leído que estás adaptando su novela, *La lectora de morralla*, para el cine. Buena suerte con el guión, y con tus demás proyectos. Esa novela es una de mis preferidas, y no solo por el nombre de la protagonista. Un cordial saludo, y enhorabuena por tu considerable éxito como actor». Y eso es todo —dijo la señora Oastler con un suspiro—. Es una carta mecanografiada, probablemente por otra persona. Ella solo ha escrito su nombre, «Michele». Lleva el membrete de la consulta, parte de alguna sección del hospital de Mount Auburn en Cambridge, Massachusetts. Ahora que veo, tampoco es una carta tan interesante; en realidad no tiene nada de personal. Leyendo esto, a nadie se le ocurriría pensar que os conocéis.

Leslie sostuvo la carta en la mano con el brazo extendido, no como si fuese ropa sucia, sino algo potencialmente peor, algo que sospechaba que Jack quería.

—¿Puedo ver la carta, por favor? —preguntó él.

—No es la clase de carta que hay que contestar, Jack.

—¡Dame la puta carta, Leslie!

—Deduzco que no era una broma divertida entre vosotros, eso de que Emma usase el nombre de Michele Maher —dijo la señora Oastler. Lo obligó a alargar el brazo y a arrancarle la carta de la mano.

El papel era de color hueso, casi crema, de buena calidad. El membrete azul cielo venía impreso en un tipo de letra grande y clara: letra gótica. No tenía nada de *personal*, como Leslie había observado. «Un cordial saludo» no transmitía precisamente un gran cariño o afecto.

—Ahora que lo pienso, es más una nota que una carta —decía la señora Oastler mientras Jack examinaba la firma de Michele, un garabato casi ilegible, en busca de algún indicio de sus verdaderos sentimientos hacia él—. Personalmente, no me gusta tocar nada que ha tocado un dermatólogo —continuó Leslie—. Pero esa carta lleva rondando por aquí tanto tiempo que ya no debe de estar contaminada, ¿no crees?

—No, no lo creo —contestó Jack.

Esa carta lo acompañaría en su viaje al mar del Norte y al Báltico; Jack la leería a diario. Pensó que guardaría *siempre* esa carta distante, neutra e incluso desafecta,



consciente de que podía ser el único contacto que tendría con Michele Maher.

Jack no consiguió un vuelo directo a Copenhague. Tenía que hacer trasbordo a un avión de KLM en Amsterdam por la mañana temprano, después de partir de Toronto a media tarde. Cuando llegó la hora de marcharse al aeropuerto, la señora Oastler estaba dándose un baño. Jack pensó en dejarle una nota sobre la mesa de la cocina, pero Leslie tenía otros planes.

—No te atrevas a escabullirte sin darme un beso de despedida, Jack —la oyó gritar desde el baño. Siempre dejaba abierta la puerta del cuarto del baño, y normalmente también la puerta de su habitación.

Llevaban más de una semana solos en la casa después de que se marchasen los moteros. Pero no se había producido ninguna visita nocturna, ni un solo viaje por el pasillo. No solo no le había agarrado el pene, tampoco había habido momentos de desnudez o de semidesnudez estando uno en compañía del otro. Quizás Alice había insistido un poco demasiado en su deseo de que Leslie y Jack durmiesen juntos. Pese a la atracción que existía entre ellos, Jack creía que él y la señora Oastler se oponían aún a su madre; quizá, pensaba, las hermanas Skretkowitz habían roto el hechizo.

Fuera como fuese, un beso de despedida era sin duda lo razonable. Cumplidor de su deber, Jack subió la escalera. Procuró no fijarse en las bragas bikini negras abandonadas en la cama revuelta de la señora Oastler. En la bañera, el rostro alerta y salvaje de Leslie era lo único visible por encima de la espuma de jabón. Dadas las circunstancias, imaginó Jack, aquel resultaría un beso de despedida bastante inocente.

—No vas a abandonarme, Jack —dijo Leslie—. Emma y Alice me han dejado. Tú no vas a dejarme también, ¿verdad?

—No, no voy a dejarte —contestó él con la mayor neutralidad posible. Ella hizo un mohín con su boca pequeña y cerró los ojos oscuros.

Jack se arrodilló junto a la bañera y la besó muy levemente en los labios. De pronto Leslie abrió los ojos y le metió la lengua en la boca. Le agarró la muñeca con la mano jabonosa y lo obligó a hundir el brazo en el agua de la bañera, empapándole la manga de la camisa. Si Jack hubiese tenido que adivinar qué habían tocado sus dedos bajo el agua, habría dicho que entró en contacto con la Rosa de Jericó de la señora Oastler antes de poder retirar la mano.

El beso se prolongó aún un poco más. Después de todo lo que habían pasado, Jack no quería herir sus sentimientos. Procuró que Leslie no percibiese su impaciencia, pero lo exasperaba tener que cambiarse de camisa.

La señora Oastler nunca había tenido a Jack en gran estima como actor; como lo conocía desde la infancia, quizás era capaz de interpretar siempre su semblante.

—Vamos, Jack. Puede que yo no sea Michele Maher, pero ese beso no ha estado mal, ¿no?

—Tengo que cambiarme de camisa —dijo Jack con la esperanza de que ella no

advirtiese su erección. Manteniéndose de espaldas a ella mientras salía por la puerta abierta del baño, añadió—: No, no ha estado nada mal.

—¡Recuérdalo! —gritó Leslie cuando se alejaba—. ¡Era lo que tu madre quería!

Jack Burns se marchó a Copenhague con esa idea en la cabeza; parecía pesar más que la maleta con la ropa de invierno. Se alojó en el Hotel D'Angleterre, esta vez no en las dependencias del servicio sino en una habitación desde la que se veía la estatua de la plaza. Tanto la estatua como el arco que se alzaba sobre ella eran más pequeños de como los recordaba, pero Nyhavn le resultaba familiar: el chacoloteo de los barcos en las encrespadas aguas del canal gris, el viento que soplaba desde el Báltico. En cuanto a lo que le había dicho a la hermana Skretkowicz, Jack no se había equivocado: llovía.

Al deshacer la maleta, encontró las fotos del pecho tatuado de su madre. La señora Oastler las había colocado cuidadosamente encima de la ropa; se había guardado dos y le había dado dos a él, lo que parecía un reparto justo. Jack se alegró de tenerlas, y no solo por lo útil que le serían para verificar sus sospechas. Su madre le había mentado respecto a muchas cosas; quizás el «Hasta que te encuentre» no era un Tattoo Ole, aunque Jack tenía la certeza casi absoluta de que sí lo era.

El estudio de tatuaje del número 17 de Nyhavn todavía se llamaba Tattoo Ole. Parte del *flash* de las paredes era de Ole, y el pequeño estudio aún olía a humo y a manzanas, a alcohol y a hamamélide de Virginia; algunos de los pigmentos despedían también un aroma especial, pero Jack no sabía identificarlos.

Al frente del negocio estaba un hombre llamado Bimbo; se había incorporado en 1975 y había sido aprendiz de Tattoo Ole. Bimbo era bajo y fornido; lucía un gorro de punto azul marino. Su *flash* se parecía mucho al de Ole. Un hombre marítimo, o, como habría dicho Jerry el Marino, de los de antes. Al igual que Ole, Bimbo nunca se habría hecho llamar *artista* del tatuaje. Era un tatuador de la vieja escuela, un hombre con el que Alice la Hija se identificaría.

Bimbo estaba trabajando en un corazón roto cuando entró Jack. «Nada cambia realmente», pensó Jack. Bimbo no apartó la mirada del tatuaje que todavía no había acabado.

—Jack Burns —dijo como si lo esperase; aunque el tono de su voz carecía del entusiasmo con el que el señor Ramsey pronunciaba el nombre de Jack, tampoco traslucía hostilidad—. Cuando me enteré de que tu madre había muerto, me figuré que vendrías —dijo Bimbo.

El chico al que estaba tatuándole el corazón roto parecía asustado. En su pecho enrojecido se veía palpar su verdadero corazón. La hendidura zigzagueante atravesaba horizontalmente su corazón tatuado; el órgano herido yacía sobre una única rosa, una auténtica maravilla. Era un tatuaje excelente. Una banderola se desplegaba sobre la mitad inferior del corazón, una banderola sin nombre. Si el chico era listo, esperaría y añadiría el nombre cuando conociese a alguien capaz de curarlo.

—¿Por qué pensabas que vendría? —preguntó Jack a Bimbo.

—Ole siempre dijo que vendrías y harías muchas preguntas —explicó Bimbo—. Ole decía que llevabas metida en la cabeza más desinformación que la mayoría de las revistas y periódicos, y eso es mucho decir —prosiguió. Jack empezaba a sospechar que así era—. Ole decía: «Si ese chico acaba chiflado, no me extrañará». Pero parece que has salido bien.

—Supongo que no conociste a mi madre —dijo Jack.

—Nunca la vi, eso es verdad —contestó Bimbo, eligiendo las palabras con cuidado.

—¿Y tampoco a mi padre? —preguntó Jack.

—Todo el mundo quería a tu padre, pero tampoco lo conocí.

Ese «todo el mundo quería a tu padre» pilló a Jack por sorpresa.

—No quiero decir que nadie quisiese a tu madre —añadió Bimbo—. Sencillamente hizo algunas cosas por las que era difícil quererla.

—¿Qué cosas? —preguntó Jack.

Bimbo exhaló despacio, y eso mismo hizo el chico al que le estaba tatuando el corazón roto. El chico tenía los labios secos y abiertos; apretaba los dientes.

—En fin, deberías hablar con alguien que la conociese de verdad —dijo Bimbo—. Yo solo la conozco de oídas.

—Ole tenía otro aprendiz en la época en que mi madre trabajaba aquí —dijo Jack.

—Claro, lo conozco —contestó Bimbo.

—Ole lo llamaba «el Mujeriego». También lo llamábamos «Lars el Mujeriego» o «Madsen el Mujeriego» —dijo Jack.

—Te refieres al Pescadero —corrigió Bimbo—. Ya no es el Mujeriego. Está en el ramo del pescado, y no es que eso tenga nada de malo.

Jack recordó que la pescadería de la familia de Madsen no era una empresa a la que el Mujeriego ansiase incorporarse. Jack se acordó de cómo se enjuagaba Lars el pelo con zumo de limón recién exprimido.

Kirsten era el nombre que Madsen el Mujeriego tenía tatuado en el tobillo izquierdo, el que aparecía enrollado a una rama con corazones y espinas; al tapárselo, Jack había dejado en el tobillo izquierdo de Lars un ramillete indescifrable. (Daba la impresión de que se hubiesen sacrificado numerosos animales diminutos y de que se hubiesen desperdigado sus corazones por un agreste jardín, un arbusto formado por partes del cuerpo).

—¿Así que Lars volvió al ramo del pescado? —preguntó Jack.

—Yo no le habría dejado tatuarme —dijo Bimbo—. Ni siquiera el sombreado.

—Mi madre lo tatuó —dijo Jack a Bimbo. Un corazón arrebolado, según recordaba Jack; donde el corazón estaba partido en dos, los bordes serrados del desgarrón dejaban a la vista una franja de piel desnuda, lo suficientemente ancha para un nombre. Tras ciertas discrepancias, la madre de Jack había plasmado su firma en la piel blanca entre ambas partes del corazón desgarrado: su «Alice la Hija».

Jack empezó a describir el tatuaje a Bimbo, pero Bimbo lo interrumpió.

—Conozco el tatuaje —dijo el viejo marítimo—. Yo cubrí el «Alice la Hija».

¿Cuáles eran, pues, esas cosas que había hecho Alice por las que era difícil quererla? Sin duda Madsen el *Pescadero* sabía algo al respecto; al parecer, el Mujeriego había dejado de querer a Alice por alguna buena razón.

—Tattoo Ole me dijo —continuó Bimbo—: «Si Jack vuelve, dile que no se enfade mucho».

Jack dio las gracias a Bimbo por contarle aquello; Bimbo tuvo además la gentileza de interrumpir el tatuaje que estaba realizando para dibujarle un mapa a Jack. El lugar de Nyhavn donde se hallaban no quedaba lejos de Fiskehuset Hojbro, la pescadería donde trabajaba Lars Madsen, en Hojbro Plads 19. Había una estatua del obispo Absalón en la plaza, que se hallaba cerca del Christiansborg Slot, el castillo ocupado en la actualidad por el Parlamento danés. (El obispo Absalón fue el fundador de Copenhague). Desde el mercado del pescado se veía de hecho el viejo castillo, dijo Bimbo. Según este, la zona era por entonces un lugar de encuentro muy frecuentado, con cafeterías y restaurantes por todas partes.

Jack casi se olvidó de enseñar las fotografías a Bimbo, pero se acordó cuando salía.

—Echale un vistazo a esto —dijo Jack, y entregó las dos fotos a Bimbo—. ¿Te suena ese tatuaje?

—Reconocería el trabajo de Tattoo Ole en cualquier sitio —dijo Bimbo, y le devolvió las fotos—. Ole me contó que había tatuado a tu madre.

Jack no necesitaba más verificación que esa.

En el pequeño estudio parecía que apenas habían cambiado las cosas; incluso sonaba la radio, aunque no la misma de entonces. Pero Bimbo no opinaba igual. Cuando Jack tendía el brazo hacia la puerta, Bimbo dijo:

—Ahora todo ha cambiado. A finales de los sesenta y principios de los setenta, reconocías el trabajo de cualquiera. Tu trabajo era como una firma. Pero ya no es así; hay demasiados *scratchers*.

Jack asintió. (Había oído decírselo a su madre; *todos* los tatuadores marítimos lo decían).

—Hace veinte años —prosiguió Bimbo— llegaban aquí dos barcos al día. Ahora llega solo uno —dijo, como si esa fuera la causa determinante de que absolutamente todo hubiese cambiado.

—Gracias de nuevo —dijo Jack.

Era una tarde de lluvia y viento. En los restaurantes de Nyhavn ya se cocinaba. Jack aún distinguía los olores: el conejo, la pata de venado, el pato silvestre, el rodaballo al horno, el salmón a la plancha, incluso la delicada ternera. Olía la fruta cocida en las salsas para la caza y aquellos fuertes quesos daneses. Pero no consiguió identificar el restaurante adonde Ole y el Mujeriego los habían llevado a su madre y a él para su cena de despedida en Copenhague. Tenía una chimenea abierta, y Jack creía recordar que había pedido conejo.

Un lugar llamado Cap Horn en el número 21 de Nyhavn se parecía vagamente, pero Jack no entró. No tenía apetito y estaba impaciente por encontrar a Madsen el Pescadero. Al igual que Bimbo —*más* aún que Bimbo, imaginó Jack—, el Mujeriego sin duda lo esperaba. Y si Lars se había hecho cubrir el «Alice la Hija» del corazón roto, sabía algo que Jack ignoraba, y que debía de haberle dolido.

Madsen el Mujeriego aún tenía el pelo rubio y los ojos azules, así como la misma sonrisa mellada y la nariz rota. Jack se alegró de ver que Lars había perdido el patético vello facial y había aumentado un poco de peso. El Pescadero rondaba los cincuenta, pero aparentaba menos edad. Por lo visto, el ramo del pescado le había probado bien pese a sus malas expectativas de otros tiempos, como si el rechazo de Alice le hubiese sido a Lars más provechoso de lo que esperaba, y el fracaso en el mundo del tatuaje de algún modo hubiese preservado su inocencia.

El Mujeriego ahora estaba casado; él y su mujer tenían tres hijos.

—¿Te acuerdas de Elise? —preguntó abochornado.

—Recuerdo que cubrí su nombre —dijo Jack.

Elise era el nombre que había cubierto en el tobillo derecho de Lars; estaba unido a una alambrada, que Jack emborrónó con su característica ramita de acebo. (El resultado evocaba un adorno navideño hecho trizas; «propaganda antinavideña», lo había llamado Ole).

—Pues volvió, Jack —dijo Madsen el Mujeriego risueño—. No pudiste cubrir a Elise para siempre.

Aunque había dejado de llover, la humedad del ambiente y el fuerte viento impedían sentarse a las mesas de la acera, pero desde la pescadería se disfrutaba de una buena vista por encima de los adoquines mojados: el castillo gris, ahora el Parlamento.

—A veces eras mi niñera —empezó Jack.

—Yo pensaba que trabajaba hasta tarde, Jack. No sabía que se veía con el crío, te lo juro.

—¿Qué crío?

—Aquel pobre niño —dijo Lars.

—Un momento —dijo Jack—. ¿Qué niño?

Lars el Mujeriego parecía compungido.

—¡Ya dijo Ole que esto pasaría! —prorrumpió.

—¿Que pasaría qué?

—¡Esto, que tú me encontrarías! —exclamó Madsen—. Vale, vale. Empecemos por ahí, Jack. ¿Cuánto te ha costado encontrarme?

—No mucho —respondió Jack.

—No es difícil encontrar a alguien, Jack; empecemos por ahí. Tu madre no buscaba a tu padre. Ya lo había encontrado antes de venir aquí. ¿Entiendes?

—Sí, lo entiendo —contestó Jack—. El objetivo nunca fue encontrarlo, ¿verdad?

—Verdad. Eso lo has entendido bien —dijo el Mujeriego—. Vale, vale —repitió. Jack se dio cuenta de que el Pescadero temía ese momento desde hacía casi treinta años—. Vale, vale. Vamos allá, Jack.

Como William pensó que la noticia persuadiría *por fin* a Alice de que debía dejarlo en paz —y además esperaba que Alice le permitiese al menos alguna que otra visita a su hijo—, el padre de Jack escribió a Alice a Toronto y le dijo que estaba prometido en matrimonio. La afortunada era la hija del comandante del Kastellet, la ciudadela de Frederikshavn, donde William Burns era aprendiz del organista, Anker Rasmussen, en la Kastelskirken.

Jack creía recordar que el Mujeriego les había dicho a él y a su madre que William estaba liado con la joven esposa de un militar, pero William Burns en realidad estaba comprometido con la hija de un militar. No había ninguna joven esposa. Si Jack había oído hablar de alguna, era a su madre, no a Lars. Alice había llevado a Jack a Copenhague para impedir la celebración del matrimonio.

Hans Henrik Ringhof era el nombre del comandante. Era teniente coronel. Quería a William como a un hijo —contó Lars Madsen a Jack—. El teniente coronel Ringhof tenía un hijo menor, Niels, que contaba doce años e iba para trece. La hermana mayor de Niels, Karin —la prometida de William—, adoraba a Niels. William daba clases de órgano a Niels; Niels era un pianista con considerables dotes. Karin era una organista consumada; su difunta madre había sido música. El teniente coronel Ringhof había perdido a su mujer en un accidente de coche. La familia regresaba a Copenhague de unas vacaciones de verano en Bornholm cuando ocurrió el siniestro.

Era una familia maravillosa, escribió William a Alice; tenía la sensación de casarse con todos ellos. Cuando Jack comenzase a ir al colegio, su padre albergaba la esperanza de que su madre permitiese al niño pasar parte de sus vacaciones navideñas en Copenhague; William pensaba que Jack encontraría estimulante el ambiente de la ciudadela de Frederikshavn en esa época del año. Había conciertos navideños, ¿y a qué niño no le entusiasmaría pasar unos días en una fortificación con todos los soldados?

—Pero tu madre tenía sus propios planes —dijo Madsen el Mujeriego a Jack.

Pronto, el teniente coronel Ringhof y su hija se vieron sometidos repetidamente a la presencia de Alice, y veían a Jack una y otra vez a lo lejos, tal como Alice le había permitido a William en Toronto. Nada había cambiado en Alice. «Su mentalidad era “quédate conmigo o pierde a Jack”», fue lo que le dijo el Mujeriego.

En Copenhague, Alice añadió una nueva norma a las condiciones impuestas a William: si quería ver a su hijo, tenía que ir acompañado de su prometida. Ella debía ver también a Jack. Naturalmente, era Alice quien quería ver a Karin Ringhof, pero esta accedió; quería a William y compartía la esperanza de que algún día Alice

consintiese en que el niño pasara un tiempo con su padre.

Para colmo, contó Lars a Jack, Alice intentó seducir a los únicos hombres en la vida de William que eran importantes para él. Anker Rasmussen, el organista, quedó horrorizado, y con razón, por el comportamiento de ella; Rasmussen se negó a verla. El teniente coronel Ringhof, el viudo que quería a William casi tanto como a su propio hijo pequeño, quedó también horrorizado. El teniente coronel Ringhof intentó en vano hacer entrar en razón a Alice. Con toda seguridad no se acostó con ella.

—La situación estaba en punto muerto —informó Madsen el Mujeriego a Jack—. ¡Entonces tú te caíste en el Kastelsgraven, el maldito foso!

—Pero ¿qué tiene eso que ver? —preguntó Jack.

—¡Pues que el comandante mandó al pequeño Niels a rescatarte! —dijo Lars a Jack. ¡Era Niels Ringhof, y no el soldado más pequeño, quien lo había salvado!—. Hasta entonces —prosiguió el Mujeriego— todos se las habían arreglado bastante bien para mantener a tu madre lejos de Niels. Ella apenas conocía su existencia. Me consta que Niels no sabía nada de ella. Pero así fue como la conoció, Jack. Tu madre debió de decirle algo al niño; debió de darle las gracias por salvarte, supongo.

Eso había sido idea de Jack, el que su madre ofreciese un tatuaje gratis a su rescatador, por más que luego no fue un tatuaje lo que ella le ofreció a Niels.

—¿Sedujo a ese crío? —preguntó Jack a Madsen el Mujeriego.

—Y tanto que sí, Jack. Llegó a él de alguna manera.

La ropa de Niels Ringhof casi le quedaba bien a Jack, pero no el uniforme de soldado; obviamente, Niels lo había tomado prestado o robado. Acaso fuese así como Alice lo hacía salir y entrar de la ciudadela; lo vestía de soldado. Y la noche en el D'Angleterre, cuando ella lo mandó de regreso a casa, él debió de volver solo.

—¿Qué edad tenía? ¿Doce, has dicho? —le preguntó Jack a Lars.

—Quizá tenía ya los trece, Jack. Diría que trece máximo.

La última noche que pasaron Jack y Alice en Copenhague, Tattoo Ole y Lars los llevaron a un restaurante de postín en Nyhavn. Pero William corrió con los gastos. Esa fue la última vez que William vio a su hijo en Copenhague; él y Karin, porque la madre de Jack insistió en que su padre llevase también a Karin al restaurante. («Para vernos marchar», había dicho Alice a William).

—¿Estaban allí, en el restaurante? —preguntó Jack a Lars.

—En una mesa al mismo lado de la chimenea que nosotros —contestó el Mujeriego—. Quizá te acuerdes del restaurante. Comiste conejo.

Pero Alice no le había dicho a Niels Ringhof que se marchaba; el niño de doce o trece años quedó desolado. Hasta que Jack y su madre abandonaron Copenhague, Karin Ringhof y su padre, el comandante, ignoraban que el niño había estado viendo a Alice, y más aún la intensidad de su enamoramiento por ella. William lo ignoraba también.

—¿Qué le pasó al crío? —preguntó Jack. Había empezado a llover otra vez, lo cual no era buena señal.

—Niels se pegó un tiro —dijo Madsen—. Al fin y al cabo, era un cuartel, un recinto militar. Había muchas armas. El crío murió de la herida de bala o ahogado en el Kastelsgraven. Encontraron su cuerpo en el foso, más o menos donde tú te caíste al romperse el hielo. Murió en el mismo sitio donde te salvó, Jack.

El foso, el Kastelsgraven, parecía más un estanque o un lago pequeño. En abril, sin hielo, el agua presentaba un color gris verdoso. A Jack no le dio la impresión de que tuviese la profundidad suficiente para ahogarse, pero sí que la había tenido cuando él contaba cuatro años. Y Niels Ringhof contaba solo doce o trece, y acababa de pegarse un tiro; obviamente el Kastelsgraven había sido lo bastante profundo para Niels.

Si el foso hubiese estado helado, Jack habría vuelto a tantear la superficie, esta vez con la esperanza de que nadie lo salvase. El parapeto de madera, sobre el que las botas de los soldados habían producido tanto estruendo —y obligado incluso a los patos a alzar el vuelo— parecía ahora un camino de juguete.

Naturalmente, Jack sabía que no fue Anker Rasmussen, el organista, quien apareció corriendo junto a Alice. Con toda probabilidad, nunca había habido un organista *militar*, un músico castrense, en la Kastelskirken. El hombre de uniforme debía de ser el comandante, el teniente coronel Ringhof; este mandó a buscar a su hijo menor, que estaba enfermo en cama, porque el comandante sabía que el hielo sostendría a Niels, pero no a un soldado.

El hecho de que Jack tuviese aún aquella pesadilla cuando soñaba con la muerte cobró por fin sentido para él aquella mañana de abril en Copenhague. Aún llovía, pero ¿qué más daba? En su imaginación, Jack ya se había ahogado. Cuando se despertó, con un frío perpetuo, como le ocurría siempre, Jack sí supo de dónde procedía el frío: del foso, del Kastelsgraven, donde siempre encontraba a generaciones de soldados europeos muertos. Entre ellos destacaba el pequeño héroe que lo había salvado, no por el desproporcionado tamaño de su pene, que Jack, con toda probabilidad, había exagerado en la memoria tan poco fiable que tenía, sino por el estoicismo de su yerto saludo militar.

Jack recordaba el saludo correctamente; no era el saludo de un auténtico soldado, sino de un niño imitando a un soldado. No era el soldado más pequeño en la imaginación de Jack, sino Niels Ringhof, un niño de doce años que iba para trece —de trece años máximo—, el que había sufrido los abusos sexuales de la madre de Jack. (Tan ciertamente como Jack había padecido el acoso de la señora Machado).

Había concertado una cita con el organista de la Kastelskirken, la iglesia de la ciudadela. Esa vista de la casa del comandante desde la plaza de la iglesia a Jack le resultó familiar; recordó que lo llevaron desde el Kastelsgraven hasta la casa del comandante, donde se vistió con la ropa de Niels Ringhof. («Su ropa para cuando no



están de servicio», la había llamado Alice. A ella se le daba bien mentir).

El organista de la iglesia de la ciudadela se llamaba Lasse Ewerlóf. El nombre sonaba a sueco, y quizás era sueco. A los catorce años había estudiado la cítara, el violín y el piano; había empezado con el órgano relativamente tarde, cuando tenía diecinueve o veinte. Jack recibió con decepción la noticia de que Ewerlóf no podía acudir a la cita —habían reclamado su presencia repentinamente fuera de Copenhague para tocar el órgano en el funeral de un viejo amigo—, pero había tenido la amabilidad de pedir al segundo organista de la Kastelskirken que recibiese a Jack en su lugar.

Lasse Ewerlóf sabía que Jack tenía interés en oír un poco de música navideña, solo para imaginar lo que quizás habría oído en aquellos conciertos de Navidad que, a juicio de su padre, serían estimulantes para el niño. (Los conciertos que no llegó a oír). Ewerlóf le había dejado a Jack una lista de sus piezas navideñas para órgano preferidas, que su segundo —un hombre mayor, que contó a Jack que estaba medio retirado porque sufría de artritis en las manos— se ofreció a interpretar.

—Pero ¿le dolerán las manos? —preguntó Jack. El segundo organista se llamaba Mads Lindhardt; había sido alumno de Anker Rasmussen y había conocido al padre de Jack.

—No, si no toco mucho rato —dijo Lindhardt—. Además, consideraría un honor tocar para el hijo de William Burns. William era un hombre muy especial. Naturalmente, sentí envidia de él cuando lo oí tocar por primera vez, porque su padre fue siempre mejor que yo. Una gran injusticia, porque él era más joven.

Jack no estaba preparado para topar con alguien en el Kastellet que hubiese conocido a su padre, y menos aún que considerase a William «especial». Jack fue incapaz de responder; solo pudo escuchar la interpretación al órgano de Mads Lindhardt. Jack apenas notó que Lindhardt tuviese algún problema en las manos.

Excepto por un par de mujeres de la limpieza que fregaban el suelo de piedra de la iglesia, estaban solos en la Kastelskirken. A las mujeres debió de antojárseles extraño oír música navideña una lluviosa mañana de abril, pero la música no parecía que las estorbase al trabajar.

Entre las piezas navideñas preferidas de Lasse Ewerlóf, dijo Mads Lindhardt a Jack, se incluían algunas de las preferidas de William. El *Weihnachtsatorium* de Bach y su *Kanonische Veranderungen über das Weihnachtslied*, que Jack ya sabía lo mucho que le gustaba tocar a su padre; también *La nativité du Seigneur* de Messiaen y la *Messe de minuit* de Charpentier, que para Jack eran nuevas.

Escuchando a Mads Lindhardt, Jack comprendió que William se habría imaginado (muchas veces) que tocaba el órgano para su hijo. Pero eso estaba prohibido, entre otras cosas que Alice no permitía.

—Es música de Navidad, señor Burns —decía Mads Lindhardt con delicadeza; solo en ese momento advirtió Jack que el organista había dejado de tocar—. En teoría es para alegrarle. —Pero Jack estaba llorando—. Ese niño, Niels, era el ojito derecho

de la ciudadela —explicó Mads—. Y el padre de usted era el ojito derecho de toda la familia Ringhof; por eso fue una tragedia tan grande. Nadie culpó a su padre de lo que le ocurrió a Niels. Pero Karin adoraba a su hermano pequeño; comprensiblemente, ya no pudo mirar a su padre de la misma manera. Incluso el comandante se mostró comprensivo, pero aquello le arruinó la vida; para él fue como perder a dos hijos.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Jack.

El teniente coronel Ringhof se había retirado. Ya anciano, vivía en Frederiksberg, un lugar muy cercano a Copenhague adonde iban muchos jubilados. Karin, la hija del comandante, nunca se casó; también ella se marchó. Daba clases de música en Odense, en una delegación del Real Conservatorio Danés.

En la historia de Copenhague solo quedaba ya el misterio de por qué William siguió a Alice y Jack a Estocolmo. Jack comprendió que para su padre habría sido doloroso —incluso imposible— quedarse en la ciudadela de Frederikshavn, pero ¿por qué los siguió William cuando Alice le había causado una pérdida tan desoladora?

—Por usted —dijo Mads Lindhardt a Jack—. Cómo, si no, iba a verle, Jack.

—Estaba loca, ¿verdad? —preguntó Jack—. Mi madre era una demente.

—He aquí algo que Lasse Ewerlóf me enseñó —dijo Mads Lindhardt—: «La mayoría de los organistas llegan a ser organistas porque conocen a otro organista». —Lindhardt advirtió que Jack no captaba la idea—. Muchas mujeres enloquecen porque no pueden dejar atrás al primer hombre del que se han enamorado. ¿Tan difícil es comprender eso?

Jack dio las gracias a Mads Lindhardt por su tiempo y por el concierto de Navidad. Al salir del Kastellet, Jack lamentó no haber visto a un solo soldado; quizá no hacían ronda bajo la lluvia. Al salir de la ciudadela de Frederikshavn —tan indignado y entristecido como ahora sabía Jack que debió de sentirse su padre al salir de la fortificación—, Jack intentó imaginar el estado de ánimo de su padre cuando siguió a Alice y Jack a Estocolmo.

Camino de Estocolmo —anticipándose a su segundo punto de llegada— Jack intentó imaginar qué falsedades y engaños había concebido allí su madre para él. En Copenhague no fue el soldado más pequeño quien salvó a Jack; y su rescatador fue *víctima* de su madre. En ese momento se preguntaba si un contable sueco lo había salvado en Estocolmo o no. ¿Quién habría sido allí la víctima (o víctimas) de su madre?

Mucho de lo que uno  *cree*  que recuerda es mentira, imágenes de postal. La nieve virgen e intacta; las velas de Navidad en las ventanas de las casas, donde el daño que sufren los niños no se ve ni se oye. O lo que Jack  *creía*  recordar de la iglesia de Hedvig Eleonora, la del altar dorado en Estocolmo, donde lo que recordaba del encuentro con Torvald Torén, el joven organista sueco, no era (Jack estaba seguro)

exactamente lo que parecía.

Torén era real; Jack lo reconoció cuando volvieron a verse. Pero William no se había acostado con una sola chica del coro, y menos aún con *tres*. Alice se había inventado a Ulrika, a Astrid y a Vendela; no resultaba extraño que Jack no recordase haberlas conocido. En Estocolmo, el padre de Jack había mantenido el celibato tan a rajatabla como un sacerdote católico... o *casi*.

La Hedvig Eleonora era una iglesia luterana, y para Torvald Torén había supuesto una satisfacción tener a William Burns como aprendiz; William era mayor que Torén y, de hecho, había enseñado al organista más joven unas cuantas piezas. Eso no duró mucho: sin pérdida de tiempo, Alice predispuso a la parroquia contra William, a quien pintó como un marido y padre fugado.

—Lo poco que yo conseguía decir en la iglesia los domingos —explicó Torvald Torén a Jack— no podía contrarrestar la imagen de tu madre y tú en el Grand. Era un lugar muy visible para que ella estuviese ofreciendo sus servicios, cosa que hacía, y estar allí expuesto, como lo estabas, no era el tipo de vida que se supone que debía llevar un niño de tu edad. Ya fuese allí, en el Grand, o patinando en el lago Málaren con la querida de tu padre, estabas expuesto, Jack.

—¿Cómo? —dijo Jack. Sin duda Torén no podía referirse a la esposa de Torsten Lindberg. (Agneta Nilsson, como Jack la recordaba, porque ella prefería usar su apellido de soltera).

Torvald Torén negó con la cabeza.

—Creo que será mejor que hables con Torsten Lindberg —dijo el organista. Jack tenía previsto hacerlo. Habló antes con Torén por simple casualidad; al fin y a la postre, era más fácil encontrarlo a él en Hedvig Eleonora. Y tampoco resultaría difícil encontrar a Lindberg; aún desayunaba a diario en el Grand.

Naturalmente, Agneta Nilsson, la entrenadora de patinaje de Jack, nunca había estado casada con Torsten Lindberg. (Lindberg, como Jack descubriría pronto, era *homosexual*; siempre lo había sido). Agneta Nilsson daba clases de música coral en el Colegio Real de Música de Estocolmo, donde William era su alumno predilecto. Sumido en el dolor por la muerte de Niels Ringhof —además del final de su compromiso con Karin Ringhof, de quien William estaba muy enamorado—, William encontró consuelo en los brazos de aquella mujer mayor.

Si el padre de Jack quería ver a su hijo en Estocolmo —es decir, además de ver comer al niño a dos carrillos durante el desayuno—, William, insistió Alice, debía ver a Jack patinar en el lago Málaren con Agneta Nilsson, la querida de William.

«Yo pongo la habitación y el equipo si usted pone el tiempo», había memorizado Jack, en inglés y en sueco. («*Jag liar rum och utrustning, om ni har tid*»).

¡Vaya un juego al que los había sometido Alice, tanto a Jack como a su padre!

—Lo hizo todo para torturarlos; me refiero a tu padre y a la pobre Agneta —le dijo Torsten Lindberg a Jack, cuando este se reunió a desayunar con él en el Grand—. Y estoy seguro de que tu madre sabía que Agneta Nilsson tenía problemas de

corazón. Supongo que fue tu padre quien se lo dijo, sin duda de manera inocente.

—¿Agneta murió? —preguntó Jack.

—Está muerta, sí. Quiero decir que con el tiempo murió, Jack. No fue un hecho excesivamente dramático; es decir, no ocurrió en el hielo. Ni siquiera insinúo que tanto patinaje acelerase su muerte.

—¿Y el director del Grand? —quiso saber Jack.

—¿Por qué me preguntas por él? —dijo Lindberg.

—¿Extorsionaba a mi madre? —preguntó Jack.

—No es la palabra que yo usaría. Con toda seguridad, ella lo sedujo, y fue ella quien hizo tan pública la aventura —informó Torsten Lindberg a Jack—. Para deshonar a tu padre, supongo, pero a Alice nunca la impulsaba una lógica que se pudiera discernir.

Torsten Lindberg era homosexual a todas luces, pero (a los *cuatro* años) ¿cómo iba a saberlo Jack? El contable no era menos delgado de lo que Jack recordaba, ni su apetito menos voraz. El propio Jack estaba desayunando un poco más de lo que tenía por costumbre. Eso no se debía al entrañable recuerdo de comer allí con su madre —*expuesto*, como en ese momento comprendía—, sino a que Jack era consciente de la necesidad de aumentar un poco de peso para lo que, esperaba, sería su papel como guionista fracasado y actor porno de éxito en *La lectora de morralla*.

Después del desayuno, con una sensación de estar a punto de vomitar, Jack preguntó al contable si podía ver su Rosa de Jericó. Jack pensó que había unas cuantas cosas en este mundo en las que podía confiar, ciertas constantes. Jack sabía cómo era la Rosa de Jericó de su madre, sin duda podía dar eso por sentado.

—¿Mi qué? —preguntó Torsten Lindberg.

—Empecemos por el pez —dijo Jack—. En el antebrazo, si la memoria no me engaña, tienes un tatuaje de un pez japonés.

—Ah, mi pez fuera del agua. ¡Sí! —exclamó Lindberg—. Te refieres a mis tatuajes. Sí, claro.

Fueron a la habitación de Jack en el Grand. Era principalmente la Rosa de Jericó de su madre lo que Jack quería ver. Quería ver asimismo el Doc Forest de Lindberg. El clíper de tres mástiles, con una serpiente marina asomando bajo la proa, el velero en el pecho de Torsten Lindberg, el tatuaje de Doc Forest que, según Alice, era mejor que el barco RUMBO A CASA en el esternón del difunto Charlie Snow.

Pero ¿podía dar crédito Jack *a algo* de lo que había dicho su madre? Al menos el Doc Forest era tal como Jack lo recordaba. (¿Qué niño no se acordaría de un clíper amenazado por una serpiente marina?). En cuanto al ojo en la nalga izquierda del culo de Lindberg, Jack había pasado por alto sus connotaciones homosexuales la primera vez, por no hablar ya de los labios apretados en la nalga derecha, como carmín reciente. El pez del antebrazo de Lindberg era casi tal como Jack lo recordaba, sin la menor intención homosexual, obviamente.

En cuanto a la Rosa de Jericó de Alice, Jack no había visto el tatuaje acabado;

solo había oído hablar de él como de una obra en curso. No era una Rosa de Jericó, claro está. ¿Para qué querría un homosexual una vagina escondida en una rosa? Había una rosa, desde luego, pero Jack no habría dicho que el pene estaba escondido en los pétalos de aquella flor alborotada. Era un pene que prácticamente brotaba de la rosa.

—¿Cómo la has llamado? —preguntó Torsten Lindberg.

Jack no tenía la menor idea de cómo llamarla; «Pene» de Jericó, quizá, pero prefirió no decir nada.

Había otro error menor en lo que supuestamente recordaba Jack de los tatuajes de Torsten Lindberg. La mujer desnuda de Tattoo Ole, con una ceja extrañamente invertida por vello púbico. Pues bien, era una de las mujeres desnudas de Ole —Jack lo vio bien claro—, pero esa mujer desnuda también tenía pene.

—He visto todas tus películas, ya ni sé cuántas veces —dijo Torsten Lindberg a Jack—. Jack, no te abochornaré contándote lo que dicen de ti mis amigos. Dejémoslo en que te adoran en el papel de hermafrodita.

En el Grand, a Jack lo despertaban todas las mañanas las sirenas de los barcos, el tráfico de cercanías con el archipiélago. Una de esas mañanas fue a ver el lago Mälaren. Como el Kastelsgraven, no estaba helado —no en abril—, pero era posible imaginar dónde se habría colocado William para ver patinar a su hijo con Agneta Nilsson, su querida, la mujer del corazón enfermo.

En cuanto al estudio de tatuaje de Doc Forest, el ambiente era cordial y familiar.

Jack nunca había visto una fotografía de su padre. Solo sabía que las mujeres lo consideraban bien parecido, pero eso no era lo mismo que una descripción física. De hecho, Doc Forest fue la primera persona que describió al padre de Jack.

—Tenía el pelo largo hasta los hombros —contó Doc—. Se movía como un atleta, pero parecía una estrella del *rock*, solo que vestía mejor.

Torvald Torén ya había expresado ciertas dudas respecto al tatuaje que supuestamente William se había hecho con Doc Forest: un pasaje de Pachelbel, había dicho Alice. (Ella sospechaba que podía ser una pieza titulada *Hexachordum Apollinis*; había mencionado un aria cuarta o una tocata).

«William tocaba algo de Pachelbel, claro», había dicho Torén a Jack. «Pero nunca vi los tatuajes de tu padre».

Mads Lindhardt le había dicho lo mismo a Jack, no sobre Pachelbel, sino sobre los tatuajes de William.

Los artistas del tatuaje habían visto los tatuajes del Hombre Partitura, y también, desde luego, las mujeres con las que William se había acostado. Pero al menos dos organistas que lo habían conocido bien, y habían sentido aprecio por él, no habían visto los tatuajes. Era extraño que su padre no se los enseñase.

Y como eran tantas las patrañas que Alice había contado a Jack, este estaba preparado —cuando fue a ver a Doc Forest— para el hecho de que el tatuaje de

Pachelbel de su padre fuese también una patraña.

Doc no tenía nada de mentiroso. Se alegraba de volver a ver a Jack, dijo; había visto todas sus películas, incluso aquellas en las que Jack aparecía medio desnudo. Doc había estado preguntándose cuándo se haría Jack un tatuaje. Era un honor que el hijo de Alice la Hija acudiese a Doc Forest para un tatuaje, le dijo.

Jack explicó que no había ido a verlo para tatuarse.

Doc había envejecido bien; aún era pequeño y fuerte, y su pelo rojizo no había encanecido. Para ser un antiguo marino que se había hecho su primer tatuaje en Amsterdam con Tattoo Peter, Doc Forest tenía un aspecto magnífico.

Doc no estaba dispuesto a hablar mal de Alice —los tatuadores de la vieja escuela, los *marítimos*, hacían piña—, pero el padre de Jack también le había inspirado simpatía. Doc incluso había ido a Hedvig Eleonora para oír tocar a William.

—Me pregunto si recuerdas el tatuaje que le hiciste, o quizá le hiciste más de uno —dijo Jack—. Unas notas de Pachelbel, quizá.

—Notas no, solo palabras —dijo Doc—. Podría haber sido la letra de una canción, pero no un himno, no música de iglesia. Eso te lo aseguro.

—¿Recuerdas las palabras? —preguntó Jack.

El estudio de tatuaje de Doc Forest estaba tan limpio y arreglado como el propio Doc. Los marinos tenían que ser organizados, al menos los buenos. Doc no tardó en encontrar la plantilla.

—Tu padre era muy exigente con los tatuajes —dijo Doc Forest—. No me permitió escribir directamente en su piel. Dijo que antes quería ver mi caligrafía en una plantilla, y desde luego era muy exigente con la puntuación.

La letra caligráfica de Doc Forest era clara y uniforme. Todos los artistas del tatuaje que Jack había conocido tenían una letra excelente. La plantilla había acumulado un poco de polvo, pero Jack leyó sin dificultad las palabras y la *exigente* puntuación.

*La hija del comandante; su hermano pequeño.*

—Fue la primera vez que hacía uno de esos —dijo Doc señalando el punto y coma.

—No es una canción. Es más bien una historia —dijo Jack.

—Pues a tu padre desde luego le gustó. El tatuaje, quiero decir —comentó Doc.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jack.

—No paraba de llorar —dijo Doc Forest.

A veces era con un tatuaje, recordaba Jack haberle oído decir a su madre, cómo una sabía cuándo lo había hecho bien.

## 28 - El tatuaje indebido

La memoria de un niño no solo es imprecisa; además no presenta una linealidad fiable. Jack no solo «recordaba» cosas que no habían ocurrido; se equivocaba también en el orden de los acontecimientos, y eso incluía al menos una cosa que sí había sucedido. Cuando Jack y su madre bajaron a cenar en el hotel Bristol, no era su primera noche en Oslo; era la última.

Una joven pareja entró en el restaurante, tal como Jack recordaba. Él pensó que era la primera vez que veía la expresión de su madre al encontrarse con una pareja enamorada. El hombre tenía un aspecto atlético y el pelo largo hasta los hombros; parecía una estrella del *rock*, solo que vestía mejor. De hecho, era exactamente como Doc Forest había descrito a William Burns, y su mujer o su novia no podía apartar los ojos ni las manos de él. (Jack recordaba incluso los pechos de la joven).

Jack recordaba asimismo haber dicho a su madre que abordase a la pareja con el ofrecimiento del tatuaje. «No», había susurrado ella, «a ellos no. No puedo».

Audazmente, Jack había tomado el asunto en sus pequeñas manos. Había ido derecho a la hermosa muchacha y había pronunciado las frases que aún pronunciaba en su cama para conciliar el sueño. «¿Tienes un tatuaje?».

Pues bien, aquel hombre joven era el padre de Jack, claro, aunque Jack no lo sabía. Alice ofrecía a William una última oportunidad de ver a Jack antes de que ella y Jack se marchasen a Helsinki. (Jack no sabía quién era la chica, todavía no). Nadie esperaba —no Alice, eso por descontado, y menos aún William— que Jack se acercase a la joven pareja y, para colmo, les hablase.

¿Qué le pasaba a aquel hombre?, se había preguntado Jack. Parecía como si al joven apuesto del pelo largo casi le diera pena mirar a Jack; William había contemplado a Jack como si nunca hubiese visto a un niño. Pero cuando Jack lo miraba, William desviaba la vista.

Y en la voz de William se advirtió cierta amargura que indujo a Jack a mirarlo otra vez, sobre todo cuando el joven padre dijo a su hijo: «Quizás en otra ocasión».

o

«Ven conmigo, mi pequeño actor», le había susurrado Alice a Jack al oído, y el padre de Jack cerró los ojos; William no quería ver cómo se iba su hijo.

Fue después de registrarse en el Bristol en abril de 1998 —Jack cenaba solo en aquel restaurante antiguo y tranquilo— cuando tomó conciencia de que en realidad había visto a su padre en aquel lúgubre comedor.

«Quizás en otra ocasión», había dicho William; entonces Jack había buscado la mano de su madre, y ella se había llevado al niño.

William había visto a Jack otras veces —en Helsinki y en Amsterdam, sin duda —, pero aquella pudo ser la primera y última vez que Jack veía a su padre, y Jack no sabía que era William.

Pero ¿quién era la joven y por qué la había llevado William? ¿De verdad estaban

enamorados? William debía de saber que iba a ver a su hijo; sencillamente el padre de Jack no esperaba que el niño les hablase. William no estaba preparado para eso; tampoco lo estaba Alice. Era obvio que Jack los había sorprendido a los dos.

A Jack le inquietó pensar que recordaba ese encuentro con toda claridad, pero se había equivocado con respecto al momento en que ocurrió; esto llevó a Jack a desconfiar de la cronología aparente de los acontecimientos. Si había conocido a su propio padre —sin saber que William era su padre— la última noche que pasaban Jack y su madre en Oslo en lugar de la primera, ¿cuándo se había encontrado su madre con Andreas Breivik? ¿Cuándo le había ofrecido a Andreas un tatuaje gratis? ¿Y cuándo habían conocido Jack y Alice a la hermosa muchacha con un defecto del habla, Ingrid Moe?

Jack reconoció la catedral de Oslo cuando el taxi lo dejó a la entrada del Bristol: la cúpula de aquel color verdoso propio del cobre torneado, el campanario con el reloj grande e imponente. Decidió que iría allí por la mañana y hablaría con el organista; que el organista resultase ser Andreas Breivik no fue la única sorpresa que aguardaba a Jack.

Por entonces había un órgano nuevo, no el Walcker de fabricación alemana que, según recordaba Jack, tenía ciento dos registros. (Incluso el órgano que sustituyó al Walcker ya lo habían cambiado por otro). El nuevo era especial a su manera; Andreas Breivik le explicó a Jack todo sobre él. Si Breivik tenía dieciséis o diecisiete años cuando Alice lo sedujo —o le hizo un tatuaje *invisible*, como habría dicho Alice—, no pasaba de cuarenta y cinco años cuando habló con Jack en la Domkirke. Pero Andreas Breivik se había convertido en una especie de virtuoso, y con el éxito se había vuelto grandilocuente.

No conservaba la buena presencia de aquel chico rubio de ojos azules que fue en otro tiempo. Un hombre de facciones delicadas debía andarse con cuidado. Breivik tenía la cara un poco hinchada; quizá bebía. Prácticamente le dio a Jack una conferencia cuyo tema se centraba en el nuevo órgano de la catedral, que hacía solo un mes desde que llegara Jack a Oslo que lo había acabado de construir un finlandés que vivía en Noruega. (A Jack no podían importarle menos el órgano o el finlandés).

Con un gesto ampuloso en dirección al instrumento verde y dorado, que ciertamente estaba flamante, Breivik dijo:

—Esto tenemos que agradecerse al funeral del rey Olav Quinto. Enero de 1991: nunca lo olvidaré. El viejo Jorgensen era una deshonra. El propio primer ministro insistió en que se recaudase dinero para un órgano nuevo.

—Entiendo —dijo Jack.

Andreas Breivik había estudiado música coral en Stuttgart; había continuado sus estudios de órgano en Londres. (Eso a Jack apenas le interesaba, pero asintió por cortesía; los estudios que tenía, junto con su dominio del inglés, significaban mucho para Breivik).

—He visto sus películas, naturalmente. Muy entretenidas. Pero no parece haber



seguido los pasos musicales de su padre, por así decirlo.

—No, ni un solo paso musical —dijo Jack—. Salí a mi madre, según parece.

—¿Está usted tatuado? —preguntó Breivik.

—No. ¿Y usted?

—¡No, Dios me libre! —exclamó Andreas Breivik—. Su padre era un músico de gran talento, un profesor generoso, un hombre encantador. Pero sus tatuajes eran asunto suyo. No hablamos de ellos. Nunca los vi.

—Por favor, señor Breivik, cuénteme qué pasó. No entiendo qué pasó.

Jack recordaba a la mujer de la limpieza de la iglesia, lo horrorizada que quedó al verlos a él y a su madre. Retenía en la memoria lo poco que en su momento alcanzó a comprender cómo su madre había seducido a Andreas Breivik, y cómo Ingrid Moe acudió a ella para tatuarse: Ingrid quería un corazón roto y Alice le tatuó a la chica uno indemne. Pero ¿por qué se empeñó Alice en hablar primero con Ingrid Moe, y qué información sobre el padre de Jack podían proporcionarle Ingrid o Andreas a la madre de Jack? Su padre no se había fugado; Alice no andaba buscando a William. ¿Qué le quedaba a Alice por conocer de William?

Andreas Breivik se mostró menos grandilocuente al relatar esa historia; no se enorgullecía de ella, ni le resultaba fácil contarla. Pero la pauta, que Jack no había conseguido desentrañar hasta ese momento, era en realidad muy simple.

Jack y su madre llegaron *antes* que su padre a todos los lugares que visitaron después de Copenhague. Alice no solo esperaba que William los siguiese —sabía lo mucho que William deseaba ver a su hijo—, sino que Alice sabía asimismo, por adelantado, adonde se propondría viajar William a continuación. Uno no elegía una iglesia y un órgano sin más, explicó Breivik a Jack; los nombramientos para esos cargos requerían tiempo. Siempre había un organista experto con quien un organista relativamente inexperto quería estudiar en su siguiente etapa, y la iglesia donde ese mentor tocaba tenía su propio sistema jerárquico de elección de aprendices.

Ningún organista quería tener más que unos cuantos alumnos, y solo se seleccionaba a los mejor dotados. Con un órgano, dada la gran cantidad de notas que había que tocar, la repentización era un requisito indispensable. Generalmente se desalentaba a los alumnos con gustos muy restringidos, o a aquellos a quienes desagradaban ciertos compositores esenciales; los alumnos más jóvenes eran exasperantes, porque solo les gustaba ensayar música estridente o de gran lucimiento.

—Uno debía tener unas cuantas redes tendidas —dijo Andreas Breivik. Quería decir que uno debía hacer planes por adelantado. ¿Dónde estaba el siguiente organista con quien uno quería estudiar? ¿En qué iglesia? ¿Con qué órgano? En ese mundillo, uno era a la vez aprendiz y maestro; como aprendiz, también era necesario ir a lugares donde uno tuviese alumnos. (No demasiados, pero suficientes para pagar el alquiler).

Esa era la dinámica: mientras William tocaba aún el órgano de la iglesia de la ciudadela en Dinamarca, ya estaba pensando en Suecia —en aprender con Torvald

Torén, en tocar el órgano de Hedvig Eleonora en Estocolmo—, y cuando estaba en Estocolmo, William planeaba trasladarse (con el tiempo) a Oslo, donde podía estudiar con Rolf Karlsen y tocar el órgano en la Domkirke.

Lo que Alice hizo, empezando por Copenhague, fue averiguar qué redes tendidas eran las más llenas: qué ciudad era la siguiente en la trayectoria de William. Jack y su madre iban allí, y Alice se establecía; montaba el tenderete y aguardaba la llegada de William. Luego, de forma sistemática, Alice acometía la labor de arruinar las relaciones más preciadas de William. En primer lugar, las amistades que podía haber entablado en la iglesia, quizás incluso con el organista que era su mentor. Pero Alice acostumbraba elegir objetivos más fáciles; en el caso de Oslo, escogió a los dos mejores alumnos de William, Andreas Breivik e Ingrid Moe.

Contrariamente a lo que Jack había creído durante veintiocho años, su padre no había seducido a Ingrid Moe. En esa época, ella tenía dieciséis años y estaba prometida en matrimonio al joven Andreas Breivik. Eran novios desde la infancia; incluso tocaban los mismos instrumentos, primero el piano y luego el órgano. Y William los tenía en gran estima como alumnos, no solo por su talento y su aplicación, sino también porque estaban enamorados. (Tras haberse enamorado de Karin Ringhof, William Burns tenía mucha consideración por los jóvenes músicos enamorados).

—Su padre no era solo un magnífico organista y un extraordinario profesor —dijo Andreas Breivik a Jack—. En Oslo le precedió la historia de lo que le había ocurrido en Copenhague. Era ya una figura trágica.

—¿Así que mi madre lo sedujo a usted? —preguntó Jack.

La expresión del rostro de Andreas, de facciones en otro tiempo delicadas y por entonces un poco hinchadas, se endureció.

—Yo solo había conocido a Ingrid —dijo Breivik—. Un joven que solo ha tenido una novia es vulnerable a una mujer mayor, quizá sobre todo a una mujer de cierta reputación. Su madre me lo planteó sin rodeos. Dijo: «Andreas, la verdad es que eres otra clase de virgen, ¿verdad?». Me tomaba el pelo, claro.

«¿Dónde lo has tatuado?», recordó Jack que había preguntado a su madre.

«Donde nunca lo olvidará», le había susurrado ella a Jack dirigiendo una sonrisa a Andreas. (Posiblemente el esternón, había imaginado Jack; eso habría explicado por qué el joven temblaba al tocarlo ella).

«Mantenlo tapado un día», había dicho Jack a Breivik cuando el joven estudiante de órgano se marchaba. Daba la impresión de que le dolía al andar. «Tendrás la misma sensación que si te hubiese quemado el sol», le había dicho Jack. «Será mejor que te pongas un poco de crema hidratante».

Pero Andreas no sabía nada. Después de irse el estudiante de órgano, Alice había dicho entre sollozos: «Si supiese algo, me lo habría dicho».

Se refería a que Andreas Breivik no sabía qué redes tenía tendidas William; el muchacho no tenía la menor idea de adonde pensaba ir William a continuación. Pero

Ingrid Moe sí lo sabía y, sin pérdida de tiempo, Alice hizo saber a Ingrid que se había acostado con el prometido de la chica. Ingrid nunca se había sentido tan traicionada. Su defecto del habla la aislaba; siempre había rehuído a la gente. Ingrid no podía perdonar a Andreas por haberle sido infiel. No la ayudó el hecho de que Alice no la dejase en paz.

Jack recordó aquel domingo en que su madre llevó el cartón de camisa a la iglesia, cómo se plantó en el pasillo central al final del oficio, con el cartón de camisa donde se leía INGRID MOE ante el pecho. Jack había pensado que era Rolf Karlsen quien tocaba el órgano ese domingo, porque todo el mundo decía que Karlsen era el no va más y el órgano sonaba especialmente bien.

Pero ese domingo el organista era William Burns. Fue la única vez que su padre tocó el órgano para Jack, pero —del mismo modo que cuando el niño conoció a su padre en el restaurante del hotel Bristol— Jack no lo sabía, y William tampoco.

«Siento mucho que te haya hecho daño», le había dicho Alice a Ingrid Moe cuando la chica fue al hotel para tatuarse un corazón roto. Pero se refería a Andreas Breivik, que se había acostado con la madre de Jack, no —como Jack había pensado— a su padre, que no se había acostado con Ingrid Moe.

Jack recordaba cómo la exquisita belleza de Ingrid se veía empañada por el evidente esfuerzo que representaba para ella hablar. Aunque él no la había entendido muy bien, claro; desde entonces Jack había pensado en el defecto que tenía en el habla como un suplicio relacionado con *besar*. (Al imaginar a su padre besando a la chica, Jack había sentido vergüenza).

«—No pondré su nombre —le dijo Alice a Ingrid.

»—No quiero su nombre —contestó la chica apretando los dientes al hablar, como si temiese o fuese incapaz de enseñar la lengua. Solo quería un corazón partido en dos».

Alice, en cambio, le había tatuado un corazón indemne, un corazón intacto, como Jack recordaba.

«—¡No me has hecho lo que quería! —prorrumpió Ingrid Moe.

»—Te he hecho lo que tienes, un corazón real, uno pequeño —le dijo Alice.

»—No voy a decirte nada —contestó la chica».

Se lo dijo a Jack, no a ella: «Sibelius». No el compositor sino el nombre de una academia de música de Helsinki, de donde procederían los siguientes mejores alumnos de William. (Los nuevos alumnos formaban parte de lo que Andreas Breivik llamaba «redes tendidas»).

—Ingrid dejó el órgano —explicó Andreas a Jack—. Volvió a tocar el piano, sin mucho éxito. Yo continué con el órgano, seguí madurando, como usted ha hecho —dijo, con no poco orgullo—. Ingrid tampoco tuvo mucho éxito en su matrimonio.

Breivik no inspiraba a Jack la menor simpatía; se lo veía muy pagado de sí mismo, incluso un poco cruel.

—¿Y el matrimonio de usted? —preguntó Jack—. ¿O no se ha casado?

Andreas se encogió de hombros.

—Llegué a ser organista —contestó él, como si fuese lo único importante—. Le estoy agradecido a su madre, si quiere que le diga la verdad. Me salvó de casarme a una edad en la que era demasiado joven para casarme. Habría tenido una vida personal absorbente cuando lo que necesitaba era concentrarme por completo en la música. En cuanto a Ingrid, con toda probabilidad habría preferido una vida personal a una carrera, se casara conmigo o con cualquier otro. Y dudo que su vida personal hubiese sido más afortunada, o distinta, si se hubiese casado conmigo. Con Ingrid, sencillamente, las cosas no habrían salido bien; no salieron bien.

Al igual que otras personas de éxito que Jack había conocido, Andreas Breivik tenía respuestas para todo. Cuanto más se explayaba Breivik tanto más deseaba Jack hablar con Ingrid Moe.

—Hay otra cosa —dijo Jack—. Recuerdo a una mujer de la limpieza en la iglesia, una mujer mayor, imperiosa, de hablar refinado...

—Eso es imposible —dijo Breivik—. Las mujeres de la limpieza no hablan de manera refinada. ¿Está diciéndome que esa en particular hablaba inglés?

—Sí —contestó Jack—. Tenía un inglés bastante bueno.

—No podía ser una mujer de la limpieza —insistió Andreas con exasperación—. No recordará su nombre, supongo.

—Llevaba una fregona; se apoyó en ella, me apuntó con ella, la blandió —prosiguió Jack—. Se llamaba Else-Marie Lothe.

Breivik soltó una carcajada de desdén.

—¡Esa era la madre de Ingrid! ¡Y vaya si era imperiosa! Ahí no se equivoca. Pero Else-Marie no tenía una forma de hablar tan refinada; su inglés era solo pasable.

—Se apellidaba Lothe. Llevaba una fregona —repitió Jack.

—Estaba divorciada del padre de Ingrid. Se había vuelto a casar —aclaró Andreas—. Llevaba un bastón, no una fregona. Se rompió el tobillo al bajar del tranvía justo enfrente de la catedral. El zapato se le quedó atrapado en la vía. El tobillo nunca se le curó del todo, y de ahí el bastón.

—Tenía las manos secas, como una mujer de la limpieza —mencionó Jack con poca convicción.

—Era alfarera, de las artísticas. Las alfareras tienen las manos secas —dijo Breivik.

Else-Marie Lothe odiaba a Alice, ni que decir tiene. Había acabado odiando también a Andreas Breivik. (A Jack no le costó imaginar cómo había llegado a ese punto).

Jack preguntó a Breivik el apellido de casada de Ingrid Moe y su dirección.

—No hace falta para nada que la vea —dijo Andreas—. No le será más fácil entenderla esta vez. —Pero, tras protestar un poco más, Breivik facilitó a Jack el apellido y la dirección.

Dadas las circunstancias, resultó que Andreas Breivik sabía más de Ingrid Moe de

lo que Jack habría pensado. Por entonces se llamaba Ingrid Amundsen.

—Después del divorcio —explicó Breivik— se trasladó a un apartamento de la tercera planta de un edificio de Theresesgate, en la acera izquierda, orientado al norte. Desde el centro de Oslo se llega a pie en veinticinco minutos. —Breivik dijo esto con el desapasionamiento de un hombre que había cronometrado el antedicho paseo en más de una ocasión—. La línea de tranvía azul pasa por allí —continuó Andreas con la misma lentitud que si estuviese esperando el tranvía—. Desde que se construyó el nuevo Rikshopitalet llegan tres líneas distintas. Puede que el ruido molestara a Ingrid al principio, pero probablemente ya no lo oye.

Ingrid Amundsen era profesora de piano; daba clases particulares en su apartamento.

—Theresesgate es una calle muy agradable —dijo Andreas con los ojos cerrados, como si pudiese recorrer la calle dormido, y por supuesto así era—. En el extremo sur, hacia el Bislett Stadium, que está a solo cinco minutos a pie de casa de Ingrid, hay unas cuantas cafeterías, una librería aceptable, incluso una librería especializada en libros antiguos, y el habitual 7-Eleven. Más cerca de la casa de Ingrid, en la misma acera donde ella vive, hay una tienda grande de comestibles llamada Rimi. Además, frente a la parada del tranvía de Stensgate hay una buena tienda de frutas y verduras. Es de unos inmigrantes; turcos, creo. Allí se pueden comprar algunos productos especiales de importación: olivas en adobo, ciertos quesos. Todo es muy modesto pero agradable. —La voz de Breivik se apagó gradualmente.

—¿Nunca ha estado en su apartamento? —preguntó Jack.

Breivik movió la cabeza en un triste gesto de negación.

—Es un edificio antiguo, de cuatro plantas, construido alrededor de 1875. El apartamento debe de estar un poco destartado. Conociendo a Ingrid, seguramente habrá conservado los suelos de madera originales. Se habrá ocupado ella misma de algunas de las reformas. Seguro que sus hijos la han ayudado.

—¿Qué edad tienen sus hijos? —preguntó Jack.

—La hija es la mayor —contestó Breivik a Jack—. Vive con un chico que conoció en la universidad, pero no tienen hijos. Vive en una zona llamada Sofienberg. Entre los jóvenes está muy de moda irse a vivir allí. La hija puede tomar un tranvía en Trondheimsveien y estar en casa de su madre en unos veinte minutos; en bicicleta tardaría diez o quince. Imagino que si tuviese hijos preferiría marcharse del centro de Oslo, quizás a Holmlia, una zona asequible donde aún hay casi tantos noruegos como inmigrantes.

—¿Y tiene Ingrid también un hijo? —preguntó Jack.

—El chico estudia en la Universidad de Bergen —dijo Andreas Breivik—. Visita a su madre solo en vacaciones.

A Jack le cayó mejor Breivik después de esa conversación. Estuvo a punto de decirle a Andreas que iría a verle después de visitar a Ingrid, y que le describiría el interior del apartamento para que el organista pudiese imaginar la parte *interior* de la

vida de Ingrid tan obsesivamente como se imaginaba el resto. Pero eso habría sido una crueldad. Tal vez Andreas no era consciente de la envergadura de la investigación que había llevado a cabo en torno a su antigua novia.

Ingrid Moe tenía dieciséis años cuando Jack cubrió el tatuaje en el lado del corazón de su pecho con una gasa impregnada de vaselina. Recordó que le había costado un poco conseguir que el esparadrapo se adhiriese a la piel, porque ella sudaba aún a causa del dolor.

«¿Has hecho esto antes?», le había preguntado Ingrid.

«Claro», mintió él.

«No, no lo has hecho», dijo ella. «En un pecho de mujer no».

Al sostener la gasa contra la piel de Ingrid, Jack sintió el calor del tatuaje: aquel corazón caliente le quemó la mano a través del vendaje.

Al igual que Andreas Breivik, Ingrid Amundsen tendría ahora unos cuarenta y cinco años.

—¡Qué desperdicio! —exclamó Andreas de pronto. Jack se sobresaltó—. Tenía unos dedos tan largos..., perfectos para tocar el órgano. El piano... —dijo Breivik con desdén—. ¡Qué desperdicio!

Jack recordaba los brazos largos y los largos dedos de Ingrid. Recordaba también su gruesa trenza rubia, que le caía por la espalda perfectamente recta y llegaba casi hasta la base de la columna vertebral. Y sus pechos pequeños, en particular el izquierdo, que Jack había tocado con la venda del tatuaje.

Cuando Ingrid Moe (ahora Amundsen) hablaba, contraía los labios y dejaba al descubierto los dientes apretados; los músculos del cuello se le tensaban y proyectaban al frente la mandíbula, como si se dispusiese a escupir. Era trágico, había pensado, que una chica tan hermosa se transformase de manera tan inmediata, que el acto de hablar, para ella no tan sencillo, la afease.

A Jack lo asustaba un poco volver a verla. «Es una chica que tira de espaldas», había dicho su madre hacía veintiocho años.

«Tienes los ojos de tu padre, su misma boca», le había susurrado Ingrid a Jack, pero su defecto en el habla había distorsionado los susurros. (Dijo «boca» de tal modo que la palabra deformada rimaba con «soga»). Y Jack pensó que iba a desmayarse cuando ella lo besó. Cuando separó los labios, sus dientes chocaron con los de él; recordaba que se preguntó si su defecto del habla sería contagioso.

¿Tenía algún problema en la lengua? Naturalmente era posible que a Ingrid no le pasase nada en la lengua. Jack no le había preguntado a Andreas Breivik la causa del defecto del habla de Ingrid; por supuesto no tenía intención de preguntárselo a Ingrid.

Cuando Jack la telefoneó desde el Bristol, temía que ella se negase a verlo. ¿Por qué habría de querer que le recordasen lo ocurrido? Pero fue una estupidez intentar engañarla, y Jack no lo hizo muy bien. («¡Valiente actor estás tú hecho!», le habría

dicho Emma).

Cuando Ingrid Amundsen contestó, Jack se aturulló al oírla decir algo en noruego. ¿Y en qué iba a hablar la pobre mujer en Noruega, si no?

—¿Hola? Soy un americano que se encuentra en Oslo durante un periodo de tiempo indefinido —prorrumpió Jack, como si sus problemas fuesen más graves que un simple defecto del habla—. Deseo seguir con mis clases de piano.

—Jack Burns —dijo Ingrid; tal como hablaba, Jack apenas reconoció su propio nombre—. Cuando uno habla como yo —prosiguió ella—, se escuchan con mucha atención las voces de los demás. Distinguiría tu voz en cualquier sitio, Jack Burns. Prácticamente lo único que tengo en común con las personas que hablan con normalidad es que he visto todas tus películas.

—Ah —dijo Jack como si tuviese cuatro años.

—Y si tocas el piano, Jack, seguro que lo tocas mejor que yo. Dudo que pueda enseñarte algo.

—No toco el piano —admitió—. Mi madre ha muerto y no conozco a mi padre. Quería hablar de él contigo.

Jack la oyó llorar; no fue agradable. Ni siquiera era capaz de llorar con normalidad.

—¡Me alegro de que tu madre haya muerto! —exclamó ella—. Me parece que daré una fiesta. Me encantaría hablar contigo de tu padre, Jack. Por favor, ven a hablar conmigo y celebraremos una fiestecita.

Jack recordó el momento que la vio alejarse de él por el largo pasillo enmoquetado del Bristol. Ella tenía dieciséis años y aparentaba treinta, según recordaba. Vista desde atrás no parecía una niña; se había alejado de él como una mujer. Y menuda voz: aquella voz siempre había sido la de una persona de dieciséis años que aparentaba cuarenta y cinco.

A pesar de la lluvia, Jack se quedó quince minutos frente al edificio donde ella vivía en Theresesgate, por suerte bajo un paraguas. El taxi lo había llevado en menos tiempo del que preveía. Ingrid lo había invitado a las cinco de la tarde, que era cuando se marchaba su último alumno de piano del día. Jack apartó la vista de su reloj y vio a un niño de doce o trece años salir del edificio de Ingrid. *Parecía* un alumno de piano, pensó Jack: un poco distraído, un poco delicado, un poco como si no fuese del todo idea *suya* hacer aquello.

—Disculpa —dijo Jack al niño—. ¿Tocas el piano? —El niño se aterrorizó; dio la impresión de que consideraba en qué dirección echarse a correr—. Perdona mi curiosidad —añadió Jack con la esperanza de tranquilizarlo—. Es solo que me has parecido muy *musical*. En fin, da igual, si tocas el piano, sigue con ello. No lo dejes nunca. No te imaginas cuánto me arrepiento yo de haberlo dejado.

—¡Vete a tomar por culo! —dijo el niño, y se retiró hacia atrás para alejarse de él. Para sorpresa de Jack, el niño tenía acento inglés—. Te pareces a Jack Burns, el bicho raro ese. ¡Vete a tomar por culo!

Jack vio cómo se echaba a correr; el niño fue en dirección a la parada de tranvía de Stensgate. Jack calculó que el alumno de piano era más o menos de la edad de Niels Ringhof cuando Niels se acostó con la madre de Jack. Llamó al interfono donde se leía AMUNDSSEN, sin nombre de pila, sin inicial.

Era un tercer piso sin ascensor, pero incluso un esnob como Andreas Breivik habría disfrutado de la vista. La cocina y las dos habitaciones de menor tamaño daban al Stensparken, un parque de aspecto limpio situado en una colina. En el extremo sur del parque, Ingrid señaló la Fagerborg Kirke, la iglesia a la que iba todos los domingos. Los domingos por la mañana, le contó a Jack, las campanas de la iglesia se oían por toda la zona.

—El organista de la iglesia de Fagerborg no está a la altura de tu padre o de Andreas Breivik —dijo Ingrid—, pero es más que suficiente para una simple profesora de piano como yo.

Había aprendido a ocultar la boca con sus largos dedos cuando hablaba, o a hablar siempre con la cara un poco vuelta. El continuo movimiento de sus largos brazos, como si dirigiese una pieza musical que solo ella oía, resultaba muy elegante; era más alta que Jack, le pasaba una cabeza incluso sin nada más en los pies que sus calcetines blancos de deporte. (Lo obligó a descalzarse en la puerta).

Breivik había acertado en cuanto a los suelos: Ingrid había conservado la madera original. Su hijo la había ayudado a quitar las viejas capas de laca. La cocina era la mejor habitación del apartamento; la habían reformado a principios de los noventa.

—Con armarios y todo lo demás de IKEA, nada lujoso —dijo Ingrid. Era una cocina azul y blanca con un banco de trabajo de madera, y una mesa de cocina con tres sillas alrededor; no había comedor.

En la sala de estar, que daba a la calle, había una vieja chimenea y el estucado original seguía intacto. El piano miraba hacia una pared con fotografías, retratos de familia en su mayor parte. El más espacioso de los tres dormitorios, que era el de Ingrid, daba también a la calle, no al parque.

—De noche el parque me parece un sitio muy solitario —explicó a Jack—. Y, además, mis hijos querían tener vistas del parque desde sus habitaciones. En este apartamento no ha habido decisiones difíciles. —Tenía una manera interesante de hablar; es decir, aparte del defecto del habla.

La gruesa trenza que antes le colgaba hasta la cintura había desaparecido; por entonces llevaba el pelo en una melena casi hasta los hombros, pero aún lo tenía rubio, con apenas algunos asomos plateados. Vestía vaqueros y la que quizá fuese su camisa preferida entre las que había dejado su hijo, una camisa de franela de hombre, sin remeter, como la que llevaba la señorita Wurtz en una ocasión.

—Me he puesto esto por ti, porque queda muy americano —dijo Ingrid y tiró de la camisa con sus largos dedos—. En este apartamento nunca me pongo elegante ni me maquillo. —Otra decisión no difícil, imaginó Jack—. Elegante y maquillada puede que pusiese nerviosos a mis alumnos.



Jack dijo que creía haber conocido a uno de sus alumnos, y que probablemente lo había puesto nervioso sin proponérselo.

—¿Un niño inglés, de unos doce o trece años? —preguntó Jack.

Ella asintió y sonrió. Muchos de sus alumnos eran hijos de diplomáticos; los padres querían que los niños permaneciesen ocupados en actividades culturales.

—Para que no estén ociosos —dijo Ingrid—. No es una mala razón para tocar el piano.

Jack le preguntó si quería tocar para él, pero ella negó con la cabeza. El apartamento no estaba insonorizado. En el viejo edificio, los vecinos oían el piano a través de las paredes. Dejaba de tocar a las cinco de la tarde, y nunca recibía a su primer alumno en el apartamento antes de las nueve de la mañana, más frecuentemente a las diez.

Ella y Jack se sentaron en la cocina, donde Ingrid preparó té. Tenía las mejillas un poco hundidas, pero aún era hermosa; no conservaba los rasgos infantiles de antaño, y sus miembros largos y caderas anchas siempre le habían dado un aspecto de mujer. Era más atractiva que guapa, como correspondía a la madre de dos hijos crecidos; las fotos de los niños estaban por todo el apartamento, no solo en la pared detrás del piano.

Jack había visto a un hombre bien parecido junto a los niños, cuando estos eran más pequeños; en unas fotos aparecía como marinero y en otras como esquiador. El padre de los niños, el exmarido de Ingrid, supuso Jack. Se lo veía «correcto» en el sentido que Emma había dado en otro tiempo a la palabra, queriendo decir que parecía «normal». Todo lo relacionado con Ingrid también parecía normal, en el mejor sentido de la palabra.

—No debería haber dicho que me alegraba de que tu madre hubiese muerto. ¡Es horrible decirle a un hijo eso de su madre! —exclamó—. Lo siento.

—No, no te disculpes —dijo Jack—. Lo entiendo.

—La odié dos veces —dijo Ingrid—. Por lo que me hizo a mí, por seducir a Andreas..., claro que la odié por eso. Pero cuando tuve hijos, cuando eran de la edad que tú tenías cuando te conocí, volví a odiar a tu madre. La odié por lo que te hizo a ti. Primero la odié como mujer, luego como madre. Ninguna mujer puede tener hijos y seguir pensando ante todo en sí misma, pero ella lo hizo. Alice no pensaba en ti, en ti sin un padre. Pensaba solo en sí misma.

Jack no pudo contestar; todo cuanto Ingrid decía tenía visos de verdad. No podía discutírselo pero tampoco darle la razón, no con cierta autoridad. ¿Qué sabía Jack Burns de tener hijos y de cómo lo cambiaba a uno tener hijos? Por fin respondió:

—Tienes una tercera razón para odiarla: tu tatuaje. Recuerdo que no era lo que le pediste.

Ingrid se echó a reír; su risa sonaba más natural que su llanto por teléfono. Se movía con gracia por la cocina, abriendo el frigorífico, poniendo comida en la mesa. Jack cayó en la cuenta de que había preparado una cena fría: *gravlaks* con salsa de

mostaza, una ensalada de patata con pepino y eneldo, y rebanadas de pan de centeno muy oscuro.

—Bueno, era solo un tatuaje; no iba a cambiarme la vida —explicaba—. Pero me sentí orgullosa de mí misma por decirle lo que quería. Sabía que a ella no le gustaría la idea. «Un corazón entero, totalmente indemne», le dije. «Un corazón que algún día les encantará tocar a mis hijos», dije. «No me pasa nada en el corazón», dije a tu madre. «Pero házmelo quizás un poco más pequeño que la media», le pedí. «Porque mi pecho es también un poco más pequeño que la media». Me pareció muy valiente por mi parte decírselo, cuando en realidad tenía el corazón roto. Andreas y tu madre me lo habían roto, pero no iba a permitir que ella lo supiese.

—¿Qué has dicho? —preguntó Jack. No se debía al defecto del habla; tenía casi la total certeza de haberla comprendido—. ¿No le pediste un corazón roto, Ingrid?

—¿Pedirle? ¿Quién querría un corazón roto? —exclamó ella—. Pedí a tu madre un corazón tal como lo tenía antes de que ella se follase a Andreas. —Ingrid encendió una vela; ya había puesto los cubiertos. No había encendido la luz de la cocina pues prefería la penumbra y la vista del Stensparken—. ¡Y la muy zorra me hizo un corazón roto! —dijo Ingrid—. Un corazón tan feo como imaginarse pueda. En fin, Jack, tú me lo vendaste. Debes de acordarte.

—Lo recuerdo todo al revés —contestó él. Ingrid se sirvió una copa de vino. (Por alguna razón, sabía que Jack no bebía; más tarde le dijo que había leído que era abstemio en una revista.)—. Recuerdo que pediste un corazón partido en dos, y mi madre te tatuó uno que estaba bien.

—Uno que estaba «bien» —dijo Ingrid. Se plantó junto a la silla de Jack y se desabrochó la camisa de franela; no llevaba sujetador. (Él pensó en la señorita Wurtz con una camisa como aquella, sin sujetador, desabrochándose la camisa para su padre).

Incluso en la penumbra, a la exigua luz de la vela, el tatuaje del corazón partido de Ingrid Amundsen semejaba una herida reciente; el desgarrón irregular dividía el corazón diagonalmente en dos partes. Los bordes de color rojo sangre del desgarrón eran más oscuros que el sombreado del corazón, y más definidos que el contorno exterior. Jack no había visto a su madre hacer un tatuaje más horrible, pero Ingrid parecía aceptarlo.

—¿Y sabes qué? —preguntó ella y se abotonó otra vez la camisa—. ¡A mis hijos les encantaba! ¡Les encantaba tocarlo! Y llegué a darme cuenta de que tu madre me había hecho el corazón que yo tenía entonces, no el que había tenido antes. Mucho más cruel habría sido ir por ahí con el corazón que había tenido. Aunque no puede decirse que Alice me hiciese un favor conscientemente. —Se sentó a la mesa y le sirvió—. *Bon appétit*, Jack —dijo—. Cuando te veo en una película, pienso en lo orgulloso que debe de estar de ti tu padre, y cuánto debía de dolerle a tu madre verte.

—¿Dolerle? ¿Por qué? —preguntó.

—Porque al final tuvo que compartirme —respondió Ingrid—. Nunca supo

compartirte, Jack.

La comida era muy buena, y Jack estaba famélico; resultaba extraño que no sonase música, pero la música nunca es música *de fondo* para los músicos.

—Tu padre era muy religioso —dijo Ingrid mientras él la ayudaba a lavar los platos—. Es difícil interpretar música sacra en una iglesia y no serlo, aunque yo no lo era. Me volví más religiosa cuando empecé a tocar otra vez el piano; es decir, fuera de una iglesia.

—¿En qué sentido era muy religioso? —preguntó Jack.

—Cuando Andreas y tu madre me hicieron daño, William me dijo una cosa. Dijo: «Busca a alguien; entrégate a esa persona; ten un hijo, o varios; alaba a Dios». No es que me haya dado resultado. Pero eso me dijo William; en eso creía. En fin, tuve hijos y alabé a Dios. Y con eso ya tuvo bastante.

—¿Así que tú también eres religiosa? —preguntó él.

—Sí, Jack, pero no como tu padre.

—Cuéntame más cosas de esa parte religiosa de él —dijo Jack.

—Ahí tienes lo de tu madre, por ejemplo —respondió Ingrid con cierta impaciencia—. Tu padre la perdonó. Yo no.

—¿La perdonó?

—En una ocasión tu padre se defendió, pero le salió el tiro por la culata. Dudo que volviese a intentarlo —explicó ella. Era como si su defecto del habla casi hubiese desaparecido, o él se hubiese olvidado; Ingrid era una persona muy saludable, pensaba Jack. Entró en la sala de estar y regresó a la cocina con una fotografía—. Una joven bonita, ¿no te parece? —preguntó, y le enseñó el retrato. Jack reconoció a la hermosa muchacha de la fotografía; era la mujer que William había llevado al restaurante del hotel Bristol.

—Le pregunté si tenía un tatuaje —dijo Jack.

—Ese fue el tiro por la culata —explicó Ingrid—. Tu padre no esperaba que tú les hablastes. Se sintió fatal.

—¿Quién era la chica? —preguntó Jack.

—Mi hermana, una actriz —contestó Ingrid—. No es una estrella de cine, como tú; pero en Noruega tiene cierta fama en el teatro. Convencí a tu padre para que la llevase. Pensé que así le daría una lección a tu madre. Alice siempre le decía cómo y cuándo podía verte. ¡En Copenhague, y en Estocolmo, incluso le dijo quién debía acompañarlo!

—Sí, ya lo sé —contestó Jack.

—Así que le dije que llevase a mi hermana, la actriz, y le dije a mi hermana que se desviviera por él. Les dije a los dos: «Que la muy zorra piense que estáis enamorados. Que piense que todas las mentiras que cuenta a Jack se han hecho realidad». Entonces tú te acercaste a ellos y no supieron qué hacer. Naturalmente, tu madre se vino abajo y se te llevó otra vez. Siempre se te llevaba.

—Sí.

—Tu padre me dijo: «Quizás el perdón hubiese dado mejor resultado, Ingrid». Pero yo le contesté que con Alice nada daría resultado. Nada dio resultado, ¿verdad, Jack?

—No, nada dio resultado —respondió él.

—Tu padre dijo: «Dios quiere que nos perdonemos los unos a los otros, Ingrid». Eso es lo único que sé de su parte religiosa, Jack.

Fuera había oscurecido —el periodo solitario de la noche en el Stensparken— y la vela sobre la mesa de la cocina era la única luz en el apartamento, cada vez más oscuro.

—Mira qué oscuro está, Jack Burns —susurró Ingrid, y se inclinó para rozarle la oreja con sus dientes apretados—. Para mí aún eres un niño pequeño. No puedo permitir que vuelvas a casa a oscuras.

Pese a su defecto del habla, expuso esto como si fuese otra decisión «no difícil» en su fabuloso apartamento, donde no había habido decisiones difíciles ni una sola vez.

Besar a Ingrid Amundsen era casi normal; producía un sonido poco natural al tragar saliva mientras besaba, pero no era desagradable. Jack apoyó la mano en el tatuaje del corazón partido de su madre sobre el pequeño pecho izquierdo de Ingrid, exactamente en el sitio donde a sus hijos tanto les había complacido tocarla.

Ingrid no tenía mucho pecho que dijéramos, y las venas azules de sus antebrazos destacaban contra el tono dorado de su piel, tal como él recordaba. Otra vena azul, que nacía en la garganta, descendía entre sus pechos pequeños; esa vena parecía palpar, como si un animal viviese bajo su piel. Quizás era ese animal la causa de su defecto del habla. Al menos había recordado correctamente las venas.

—Antes me planteaba quién de nosotros dos fue el más perjudicado, pero estamos bien, ¿verdad? —preguntó Ingrid; su pobre voz sonó espantosa en ese momento.

—Sí, eso creo —dijo Jack, pero la verdad es que él no tenía la sensación de estar bien; en cuanto a Ingrid, no habría sabido qué decir. Tenía un aura de tristeza aceptada. Jack aborreció la idea de lo que debía de ser para Ingrid el primer encuentro con alguien, y los efectos que eso tenía en ella. Incluso sintió indignación hacia su hijo, que se había marchado a la Universidad de Bergen. ¿No podía haberse quedado en Oslo y ver más a su madre?

Sin embargo, la vida de Ingrid, su aparente plenitud, se le antojó a Jack más grata que la vida que llevaba Andreas Breivik. Jack consideró arrogante y errónea la opinión de Breivik; a saber, que Ingrid no había tenido mucho éxito en nada. Pero Andreas la conocía mejor que Jack. Era una mujer tan hermosa y a la vez tan imperfecta; a la madre de Jack no le resultó difícil inducir al niño a creer que Ingrid y William habían sido amantes. (¿Quién no habría sido amante de ella?).

—A tu padre las cosas no pudieron irle en ningún sitio peor que en Copenhague —dijo Ingrid a Jack—, pero no creo que los problemas con tu madre mejorasen. En Helsinki no, desde luego. Allí Alice lo trató de una manera atroz. Pero no consiguió

el efecto deseado. Creo que tu madre empezó a flaquear en Helsinki, Jack. —(Esa había sido siempre la impresión de Jack).

—¿Qué pasó en Helsinki? —preguntó él.

—No lo sé todo, Jack. Solo sé que Alice intentó romper una pareja lesbiana, pero no pudo. Las dos se acostaron con ella y, lo pasaran bien o no, siguieron en pareja.

—¿Quiénes eran? —preguntó Jack.

—Estudiantes de música, las dos mejores alumnas de tu padre, como Andreas y yo. Solo una de ellas era organista; la otra era violonchelista.

—¿Ritva y Hannele era homosexuales? —preguntó Jack.

—Esos nombres me suenan —dijo Ingrid—. La cuestión, Jack, es que tu madre, una vez más, no consiguió lo que quería. Pero tampoco lo consiguió tu padre.

—¿Seguiste en contacto con él? —preguntó Jack.

—Hasta que se marchó a Amsterdam —respondió Ingrid—. Fuera lo que fuese lo que allí ocurrió, no me escribió para contármelo. Perdí el contacto con él cuando se marchó de Helsinki.

Los besos habían pasado a ser más interesantes; en esencia, era el habla lo que tenía dañado. Había en su boca algo perceptible pero indefiniblemente extraño, si no una lesión real, una especie de temblor involuntario que parecía una lesión. Jack no sabía qué era, pero lo excitaba mucho.

La idea se le pasó por la cabeza al insinuar ella que había mantenido una limitada correspondencia con su padre, aunque fuese solo durante la estancia de William en Finlandia; y si bien no parecía el momento más indicado para una pregunta así, Jack no pudo contenerse:

—¿Existió algún tipo de relación romántica entre mi padre y tú, Ingrid?

—¡Pero qué cosas preguntas, chico travieso! —dijo ella y se echó a reír—. Era un hombre encantador, pero no era mi tipo. Para empezar era demasiado bajo.

—¿Más bajo que yo? —preguntó Jack.

—Un poco más, quizá, no mucho. ¡Claro que no me acosté con él! —añadió, y volvió a reírse. Ingrid le agarró el pene a Jack, cosa que, como Jack sabía por experiencia, daba a entender cierta impaciencia con respecto al tema de conversación en particular, fuera cual fuese.

—¿Yo tampoco soy tu tipo, pues? —preguntó.

Ella siguió riendo; era el sonido más natural que producía. (Excepto, quizá, cuando estaba sentada al piano).

—Tengo otras razones para querer acostarme contigo, Jack —se limitó a decir.

—¿Qué otras razones, Ingrid?

—Cuando me hayas hecho el amor una y otra vez, te lo diré —contestó ella—. Te lo diré después. —En ese momento se advertía apremio en el defecto que tenía en el habla, algo más que impaciencia. Jack empezó por besarle el tatuaje del corazón partido, eso pareció hacerla feliz.

Por la mañana, Jack la despertó besándole el tatuaje otra vez; parecía que

sangraba todavía. Ella sonrió antes de abrir los ojos.

—Sí, sigue haciendo eso —dijo Ingrid con los ojos aún cerrados. Él siguió besándole el tatuaje del corazón herido—. Si sigues haciendo eso, te contaré lo que pienso sobre el infierno. —Para entonces ya tenía los ojos abiertos como platos; el infierno era un tema como para abrir los ojos. Él siguió besándola, claro—. Si haces daño a otras personas, si eres consciente de que les haces daño, vas al infierno —explicó Ingrid—. En el infierno tienes que observar a las personas a quienes hiciste daño, las que aún viven. Si dos personas a quienes hiciste daño llegan a encontrarse, tienes que observar con mucha atención todo lo que hacen, pero no las oyes. En el infierno están todos sordos. Tienes que observar a las personas a quienes les hiciste daño sin saber de qué hablan. Lógicamente, como el infierno es el infierno, piensas que hablan de ti; es lo único que imaginas mientras los observas sin cesar. Bésame en todas partes, Jack, no solo en el tatuaje. —La besó en todas partes; volvieron a hacer el amor—. ¡Qué mala noche ha pasado tu madre, Jack! —exclamó Ingrid—. Ha estado en vela toda la noche observándonos.

Jack había vuelto a dormirse cuando oyó el piano. El apartamento olía a café. Se levantó de la cama y entró en la sala de estar, donde Ingrid, sentada desnuda al piano, tocaba con delicadeza.

—Una manera agradable de despertar, ¿verdad? —preguntó ella, de espaldas a él.

—Sí —contestó él.

—Tenemos que vestirnos, y tú debes irte —dijo Ingrid—. Va a llegar mi primer alumno.

—De acuerdo —dijo Jack, y se dio media vuelta para regresar al dormitorio.

—Pero primero ven a besarme —dijo ella—. Mientras la muy zorra nos observa.

Eran muchas las cosas que desconocía Jack sobre la religión. Su padre, por lo visto, era partidario del *perdón*. Ingrid Moe (por entonces Amundsen) no lo era; no había perdonado a Andreas Breivik ni a Alice. Mientras Jack la besaba en la boca dañada, pensó que tampoco él era muy partidario del perdón.

En el infierno, desde donde su madre los observaba, quizás Alice se arrepentía de haber hecho a Ingrid el tatuaje indebido, o eso pensaba también Jack Burns.

## 29 - La verdad

Jack no llegó a ver cómo era el resto de Finlandia. Durante todo el camino desde el aeropuerto hasta Helsinki estaba oscuro. Pese a ser abril, casi nevaba; uno o dos grados menos, y la lluvia se habría convertido en nieve.

Se alojó en el hotel Torní, donde el salón redondo y amplio de la planta baja, que ocupaba el vestíbulo del hotel, le maravilló. Jack lo recordaba como el Bar Americano, un lugar frecuentado por los jóvenes y los desenfadados, con algunas chicas de aúpa entre ellos. El viejo ascensor de reja, «temporalmente averiado» durante la estancia de Jack en el Torní con su madre, funcionaba.

Pero si bien el Bar Americano había desaparecido, el Torní era aún un lugar frecuentado por los jóvenes. En la planta baja había una taberna irlandesa llamada O'Malley's: tréboles por todas partes, Guinness de barril. Sin embargo, se trataba de una elección poco prudente para los Jacks Burns de este mundo; allí se congregaban más aficionados al cine que en el Coconut Teaszer. Pero Jack no tenía hambre y había dormido en el avión. No le apetecía comer ni acostarse.

Un grupo de canción folclórica irlandesa, no del todo malo, tocaba para los parroquianos: un violinista, un guitarrista y un cantante que, según declaró, adoraba a Yeats. Había abandonado Irlanda para trasladarse a Finlandia hacía quince años.

Jack habló con los miembros del grupo entre una actuación y otra. Los jóvenes finlandeses reunidos en la taberna no se dirigían a Jack por timidez, pero le lanzaban no pocas miradas. Cuando los músicos irlandeses volvieron al trabajo, un par de chicas finlandesas comenzaron a hablar con Jack. No tenían el aspecto de ser precisamente de aúpa; de hecho, no parecían muy seguras de sí mismas. Jack no habría sabido decir qué esperaban, ni qué querían que ocurriese. Primero una de ellas empezó a coquetear con él; de repente dejó de coquetear y empezó la otra.

—Con esta música no se puede bailar —comentó la que había dejado de coquetear.

—Parece que tú no necesitas música para bailar —le dijo a Jack la segunda que había empezado a coquetear.

—Eso es verdad —contestó él.

—Debes de pensar que estoy insinuando algo —dijo ella.

Jack no tenía la menor intención de empañar el recuerdo que guardaba de Ingrid Moe acostándose con una de las finlandesas, ni con las dos. Consideró que ya tenía apetito suficiente para picar algo. Pero cuando se despidió de las chicas finlandesas, una de ellas comentó:

—Imagino que no somos lo que andas buscando.

—A decir verdad, busco a una pareja de lesbianas —contestó Jack. ¡Vaya una manera de desperdiciar una buena frase final, en la taberna irlandesa O'Malley's de Helsinki, nada menos!

Fue al vestíbulo del Torní y preguntó al conserje si existía aún un restaurante

llamado Salve.

—Tenía mucho éxito entre los marineros —añadió Jack.

—Ya no —dijo el conserje—. No estoy muy seguro de que sea el lugar idóneo para Jack Burns. Es un local de barrio. —(Dada la numerosa presencia de aficionados al cine en la taberna irlandesa O'Malley's, Jack se alegraba de haberse registrado en el Torni como Jimmy Stronach).

Jack subió a su habitación y se puso lo que Leslie Oastler llamaba su «ropa de estudio de tatuaje»: vaqueros y un jersey de cuello cisne negro. La señora Oastler también le había metido en la maleta una cazadora de aviador de Emma; las mangas le veían a Jack demasiado largas, pero le encantaba.

Cuando entró en el Salve, todavía hacía tanto frío que en cualquier momento se podría haber puesto a nevar, era un restaurante anticuado, la clase de establecimiento donde servían comida corriente pero casera. Si —como en otro tiempo había imaginado— Helsinki no era un buen sitio para que uno dudase de sí mismo, Jack entendió de inmediato a qué se refería el conserje cuando planteó sus recelos de que una estrella de cine se presentase en el Salve. Con toda seguridad varios de los vecinos del barrio eran aficionados al cine; solo que quizá no les habían gustado las películas de Jack Burns.

Las camareras eran tal como las recordaba: cansadas de trabajar y bastante entradas en años. Jack pensaba en la implacable camarera casada con Sami Salo, el *scratcher*; esta habría encajado allí perfectamente veintiocho años después. Tan implacable era que Jack recordó cómo llamó «cariño» a Alice, aunque en ese momento se preguntaba si la tensión entre ellas se debía realmente al hecho de que su madre quitase trabajo a Sami.

Jack recordaba a la señora de Sami Salo, si es que lo era, como una mujer baja y recia con la ropa demasiado apretada. Entornaba los ojos a cada paso que daba, como si le doliesen los pies, y le temblaban las mallas de sus gruesos brazos.

Jack procuraba no mirar a nadie con demasiada atención —y desde luego no mirar a nadie a los ojos— cuando la camarera se acercó a su mesa, la cual necesitaba que le pasaran un trapo. La mujer utilizó un paño húmedo. Jack procuró no mirarla tampoco a ella más de la cuenta. Comparativamente, era tan delgada como gorda había sido la señora de Sami Salo, aunque tal vez solo los brazos de la señora Salo eran gruesos. No se acordaba. La camarera del bar tenía los hombros encorvados y la tez áspera, pero se advertía cierta belleza cansada en su rostro largo y los ojos felinos; cuando se plantó de cara a Jack junto a la mesa, ladeó una cadera como si también tuviese cansadas las piernas.

—Confío en que esté esperando a alguien —dijo—. No habrá venido aquí solo, ¿verdad?

—¿No está bien venir aquí solo? —preguntó él.

—No está bien que usted venga aquí solo —matizó ella—. Para usted sería más seguro venir aquí vestido de chica.



—Esperaba que pudiera informarme de dónde hacerme un tatuaje —dijo Jack—. Antes este era el sitio adecuado para preguntar.

—Yo soy la persona indicada para preguntarle eso —dijo la camarera—. En serio, si no espera a nadie aquí, será mejor que se marche acompañado.

—¿Y qué me dice del tatuaje? —preguntó él.

—Las estrellas de cine no deberían tatuarse —contestó ella—. Es un impedimento para las escenas de desnudo.

—Para eso hay maquillaje —respondió Jack.

—Seguramente tampoco debería tatuarse solo —dijo la camarera—. ¿Ha venido aquí para hacer una película?

—En realidad busco a una pareja de lesbianas. Pero empezaré por el sitio donde hacerme un tatuaje —dijo él.

Ella sonrió por primera vez; le faltaba un colmillo, que era acaso la razón por la que evitaba sonreír.

—Si está solo, yo me iré con usted —propuso la camarera—. No puede hacer gran cosa con una pareja de lesbianas. —Ella notó que él estaba considerando el ofrecimiento: otra oportunidad para un primer plano. Pero a Jack lo venció el cansancio de pronto, y además deseaba aferrarse un poco más al recuerdo de Ingrid Moe—. No soy tan vieja como para ser su madre —añadió la camarera—. Solo lo parezco.

—No es eso. Es solo que estoy agotado —contestó él—. He estado de viaje.

—Si ha acabado aquí, ha estado de viaje, eso por descontado —dijo ella.

—Tomaré la trucha alpina, por favor —dijo Jack.

—¿Qué va a beber?

—No bebo —contestó él.

—Le traeré una cerveza —propuso la camarera—. Puede hacer ver que bebe.

Por parte de la camarera fue una proposición sensata, porque los parroquianos le dirigían brindis continuamente, a lo largo de toda la cena. Los brindis eran un tanto siniestros, incluso hostiles, más desafiantes que amistosos. Jack levantaba el vaso de cerveza y hacía ver que tragaba. No parecían darse cuenta de que el vaso seguía lleno, o les traía sin cuidado. Si había admiradores de Jack Burns en Finlandia, sabían disimular el afecto que le tenían.

Jack no se fue con la camarera. Ella no se lo tomó a mal. Le hizo esperar a la mesa mientras llamaba un taxi. Solo le permitió salir cuando el taxi estuvo aparcado enfrente; incluso lo acompañó a la puerta, agarrándole del brazo todo el camino.

—Me llamo Marianne —dijo ella—. En Finlandia hay nombres mucho más difíciles.

—No lo dudo, Marianne.

La camarera le dio una tarjeta de visita en blanco y negro; daba un poco de miedo. El lugar se llamaba Estudio de Tatuaje el Pato. Sobre la tarjeta aparecía un excelente dibujo del Pato Donald, pero este fumaba un *blunt*: un puro relleno de

marihuana. Tenía la mirada perdida y parecía loco de remate. Alguien había rodeado al pato fumador de grifa con una serpiente, más a la manera de una camisa de fuerza que de un chal.

Al dorso de la tarjeta había anotado un número de teléfono.

—Ese es mi número —dijo Marianne a Jack—. Tengo un par de tatuajes que podría enseñarte si alguna vez no estás demasiado cansado.

—Gracias, Marianne.

—El tatuador al que quieres ver se llama Diego —dijo ella.

—No es un nombre finlandés, supongo.

—Diego es italiano, pero nació en Finlandia —respondió Marianne—. Trabaja aquí desde hace quince años.

El Estudio de Tatuaje el Pato estaba en Kalevankatu, a unos diez minutos a pie del Torni, según le dijo el conserje a la mañana siguiente. El conserje también envió a Jack a un gimnasio cercano al hotel, el Kuntokeskus Motivus. («Llámelo Motivus para abreviar», le aconsejó el conserje). Era un sitio limpio, con muchas pesas libres, pero mientras se ejercitaba, Jack se distrajo con una clase de aeróbic para embarazadas. Las mujeres saltarinas ejecutaban movimientos de apariencia peligrosa.

De camino al Estudio de Tatuaje el Pato, Jack pasó frente a una tienda de porno. Una de las revistas del escaparate, una alemana, se titulaba *Schwangere Girls*. Todas las mujeres estaban embarazadas; más mujeres saltarinas ejecutando movimientos de apariencia peligrosa. Por lo visto, el embarazo se había convertido para Jack en el tema del día sin él proponérselo.

Helsinki se le antojó un laberinto de solares en construcción. Se encontraba en una parte de la ciudad construida por los rusos hacía cien años. El Estudio de Tatuaje el Pato estaba frente al antiguo hospital militar ruso. Había sido un barrio de marineros, con muchas tabernas y restaurantes de marineros —como lo fue el Salve—, pero día a día el barrio se estaba volviendo más elegante, le explicó Diego a Jack más tarde.

Diego era un hombre de baja estatura, mirada cordial y perilla; tenía los antebrazos totalmente cubiertos de tatuajes. Uno era el retrato bastante formal de una mujer, casi una fotografía. Otro era una mujer de aspecto mucho menos formal, que estaba desnuda; de hecho, estaba desnuda con un pato. Diego tenía otros tatuajes, pero la mujer desnuda con el pato era el que mejor recordaría Jack.

Diego le cayó bien, no había conocido a Alice la Hija pero había oído hablar de ella. Diego tenía tres hijos y no era asiduo de los congresos de tatuadores. Había estudiado con Verber en Berlín; había trabajado en Ciudad del Cabo, Sudáfrica. Tenía previsto un viaje a Tailandia para que un monje de un monasterio le hiciera un tatuaje a mano. «Un tatuaje de pecho», lo llamó. Diego explicó que tendía a las «obras grandes», tanto para hacérselas él como para hacérselas a los demás. Recientemente había copiado todo el póster de una película en la espalda de alguien.

Diego tenía dos aprendices. Uno de ellos era un hombre musculoso con

pantalones de camuflaje y una camiseta negra de Jack Daniels. El otro era una mujer rubia llamada Taru. Obviamente, Taru se ocupaba del *piercing*; tenía un tachón plateado en la lengua. Había otro tipo en el Estudio de Tatuaje el Pato, un amigo de Diego llamado Nipa, el cual contó a Jack, de una manera un tanto enrevesada, que accidentalmente se le había caído una novela de bolsillo en un váter. Era su novela preferida, dijo Nipa; buscaba la manera de secarla.

Jack le habló a Diego de la relación entre los marinos y el tatuaje. Diego tuvo su primer barco a los catorce años. El *Flash* en el Estudio de Tatuaje el Pato era impresionante: jefes indios, dragones, cráneos, aves, motores de Harley, y muchos personajes de dibujos animados, como el Joker, y patos, claro, muchos patos nerviosos.

Diego admitió que no iba mucho al cine —volvió a mencionar a sus tres hijos—, pero Taru, la del *piercing*, y el hombre musculoso con la camiseta de Jack Daniels habían visto todas las películas de Jack. (Nipa le contó a Jack que él era más de libros que de películas, como cabía deducir por el accidente del váter).

—Supongo que no habrás tatuado nunca a un organista llamado William Burns —dijo Jack a Diego—. Los artistas del tatuaje le llaman el Hombre Partitura. Creo que la mayoría de los tatuajes que tiene son notas. Puede que se haya dejado tatuar todo el cuerpo.

—¡Podría ser! —dijo Diego, y se echó a reír—. Yo nunca le he tatuado, ni lo conozco siquiera, pero por lo que he oído, al Hombre Partitura no le queda mucha piel libre.

Cuando Jack volvió a su habitación del hotel Torni, intentó escribir una carta a Michele Maher. Como dermatóloga, quizá sabría por qué algunas personas con tatuajes en todo el cuerpo sentían frío. Era una manera extraña de empezar una carta a alguien a quien no había escrito ni hablado durante quince años; y muy posiblemente la gente con todo el cuerpo tatuado solo *creía* sentir frío. ¿Y si eso de sentir frío fuera solo fruto de su imaginación y no tuviera nada que ver con la piel?

Entre los propios artistas del tatuaje existían discrepancias con respecto a los clientes con todo el cuerpo tatuado; Alice había opinado que en su mayoría sentían frío, pero algunos de los tatuadores que Jack conoció en el oficio en memoria de su madre le contaron que muchas personas tatuadas por todo el cuerpo no sentían nada anormal.

«Los que sienten frío ya tenían frío antes o estaban locos desde siempre», le había dicho Dan Dakota del Norte.

Pero ¿cómo, si no, podía empezar Jack una carta para Michele Maher después de quince años de silencio?

«Querida Michele:

»Estoy en Helsinki, buscando a una pareja de lesbianas. ¿Y tú qué tal?».

¿Cómo pegaba eso con la idea de «demasiado raro»? Jack arrugó la hoja de papel de carta. Quizá sería mejor empezar de forma más general.

«Querida Michele:

»¿Adivina una cosa? Mi madre ha muerto. Resulta que me mintió sobre mi padre, puede que sobre muchas otras cosas. Estoy en Europa, donde en otro tiempo creí que mi padre se acostó con casi todas las mujeres con quienes se encontró, pero resulta que fue mi madre quien se acostó con todos, entre ellos un niño de doce o trece años y una pareja de lesbianas.

»Interesante, ¿verdad? ¡La de cosas que uno descubre!».

Jack arrugó otra hoja. Empezaba a creer que la única manera que tenía de comunicarse con Michele Maher era desarrollando un problema cutáneo. ¡Pero un momento! ¿No le había escrito ella para desearle suerte en la adaptación de *La lectora de morralla*? Michele admiraba a Emma Oastler. Quizás un enfoque más literario la impresionaría favorablemente.

«Querida Michele:

»Gracias por tu carta. Sí, tenía estrecha relación con Emma Oastler, aunque en realidad nunca hubo sexo entre nosotros. Emma solo me agarraba el pene. Y, naturalmente, como en toda adaptación, he tenido que tomarme ciertas libertades con la novela. El nombre del actor porno, por ejemplo; yo no tengo precisamente el aspecto de un Miguel Santiago, ¿verdad? Y no vayas a pensar que habrá imágenes porno en *La lectora de morralla*; no será esa clase de película. La pornografía aparecerá “insinuada”, por así decirlo. Además, según me han dicho, tengo el pene bastante pequeño (o tirando a pequeño)».

Jack era incapaz de escribir una carta a Michele Maher. Era demasiado raro para Michele, o para cualquiera que no estuviese loco o desesperadamente solo, o fuese una cría o una persona afligida (o deprimida de un modo u otro), o engañase al marido o estuviese tatuada (con un pulpo en el culo) o entrada en años.

Para colmo había consumido el escasísimo papel de carta que el hotel Torni proporcionaba a sus huéspedes. Jack le echó las culpas del día que estaba teniendo a la agitación que le había causado la clase de aeróbic para embarazadas, a la que se sumó la tensión de ver *Schwangere Girls*. Incluso se sintió tentado de ir a comprar la revista, pero lo que realmente deseaba —y eso lo perturbó de verdad— era acostarse con una mujer embarazada *correcta*. (Como una esposa, pensaba Jack; como alguien que fuese a tener un hijo de él; como Michele Maher, o esa esperanza mantenía).

Siendo más realista, porque no tenía apetito ni estaba demasiado cansado, Jack podía probar suerte ligando con cualquiera abajo —en O'Malley's—, o podía telefonar a la camarera del Salve. Pero a la hora en que Marianne acabase de trabajar, probablemente Jack estaría demasiado cansado. Y la idea misma de buscar a una chica de aúpa en la taberna irlandesa O'Malley's era humillante.

Aún quedaba en el cielo un poco de luz solar cuando Jack telefoneó a la academia Sibelius, la escuela de música, y preguntó si había alguien que pudiese informarlo del paradero de dos de sus alumnas, graduadas a principios de los años setenta. El asunto fue complicado. La academia no solo tardó un rato en pasarle con alguien que hablase inglés, sino que, además, Jack ni siquiera sabía los apellidos de las graduadas. (¡Eso sí que era un palo de ciego!).

—Ya sé que suena absurdo —dijo Jack—. Pero Hannele era violonchelista y Ritva era organista, y creo que eran pareja.

—¿Pareja? —repitió al teléfono la mujer que hablaba inglés. Tenía el tono dubitativo de un buen librero convencido de que el título del libro que uno le pide no es el correcto.

—Sí, quiero decir una pareja lesbiana —aclaró.

La mujer dejó escapar un suspiro.

—Supongo que es usted periodista —dijo. Esa vez el tono de su voz era mucho peor que dubitativo; la palabra «periodista» no traslució menos repugnancia que si hubiese dicho «violador».

—No, soy Jack Burns, el actor —replicó él—. Creo que esas mujeres eran alumnas de mi padre, William Burns, el organista. Las conocí cuando era niño. Ellas conocieron también a mi madre.

—Vaya, vaya —dijo la mujer—. ¿Estoy hablando con el Jack Burns real? El *auténtico*, quiero decir.

—Sí, el auténtico.

—Vaya, vaya —repitió—. Hannele y Ritva no son tan famosas como usted, señor Burns, pero en Finlandia son bastante famosas.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad —contestó la mujer—. Para ellas sería difícil esconderse en Helsinki. Casi cualquiera podría decirle dónde encontrarlas. —La mujer volvió a suspirar, y Jack aguardó; se tomó cierto tiempo para elegir las palabras con mucho cuidado—. Aunque la tentación es grande, Jack Burns, me resistiré a preguntarle qué lleva puesto.

Jack llamó después al servicio de habitaciones y pidió algo de comer; llamó también a recepción y solicitó más papel de carta del hotel Torní. Venció el leve impulso de explorar O'Malley's, así como el deseo, más intenso, de telefonar a Marianne, la camarera, y pedirle que le dejase ver sus tatuajes.

A la mañana siguiente volvió a madrugar y fue al gimnasio Motivus.

No sabía muy bien cómo abordar a Hannele y a Ritva. La iglesia de nombre impronunciable donde las dos músicas ensayaban diariamente a mediodía se llamaba Tempeliakirkko. La Iglesia de la Roca, como se la conocía también, era en Helsinki más famosa que Hannele y Ritva. Era subterránea, enterrada bajo una cúpula de roca, con un diseño ultramoderno, concebido supuestamente para la acústica. Allí tenían lugar numerosos conciertos, además de los oficios dominicales, de adscripción luterana. («Muy luterana», le había dicho a Jack la mujer de la academia Sibelius; a saber a qué se refería).

Ritva era la organista habitual en el oficio más importante del domingo, pero Hannele la acompañaba a menudo. Jack indagó si existía mucha música compuesta para órgano y violonchelo —él desde luego no había oído ninguna pieza—, pero la mujer de la academia Sibelius explicó que Ritva y Hannele eran famosas por sus «improvisaciones». Era una pareja muy improvisadora, cosa que Jack ya se había imaginado. De hecho, si las dos se habían acostado con Alice —y aun así habían conseguido permanecer juntas como pareja, tal como Ingrid Moe había contado a Jack—, la experimentación airosa no era ajena a Hannele y Ritva.

Incluso sus ensayos eran famosos. Con frecuencia la gente acudía a la Iglesia de la Roca durante el descanso del almuerzo solo para oír practicar a Hannele y a Ritva. Jack imaginó que no sería fácil hablar con ellas en medio de ese ambiente; en ese entorno, Hannele y Ritva y Jack eran demasiado conocidos como para permitirse cierta intimidad. Quizá debía presentarse en la iglesia a primera hora de la tarde e invitarlas a cenar.

Jack estaba terminando sus ejercicios en la máquina de abdominales del gimnasio cuando algo le interrumpió mientras pensaba. Una media docena de mujeres sudorosas de la clase de aeróbic para embarazadas lo había rodeado; Jack supuso que habían acabado con los ejercicios, aquellos saltos de apariencia peligrosa. Dada la influencia de Michele Maher en su estado de ánimo —además de sus perturbadores recuerdos de la revista *Schwangere Girls*—, aquellas mujeres embarazadas eran una presencia intimidatoria.

—Hola —dijo tendido de espaldas.

—Hola —contestó la monitora de aeróbic. Era una mujer joven y morena de cautivadora cara ovalada y ojos almendrados. Como estaba de espaldas a él durante la clase de aeróbic, Jack no advirtió que también estaba embarazada; la había visto dirigir los brincos de las otras mujeres desde atrás.

—Te pareces a Jack Burns, el actor ese —dijo la mujer de aspecto más embarazado. A Jack no le habría sorprendido descubrir, más tarde, que esas fueron sus últimas palabras antes de parir.

—Pero no puedes serlo, no si estás aquí —dijo otra mujer con tono dubitativo—. Solo te pareces a él, ¿no?

—Es una maldición —contestó Jack con amargura—. No puedo evitar parecerme

a él. Detesto a ese cabrón. —Fue esta última frase la que lo delató; era una de las frases de Billy Rainbow. En la película, Jack la decía tres veces, ni una sola referida a la misma persona.

—¡Es él! —exclamó una de las mujeres.

—Sabía que era Jack Burns —dijo la mujer de aspecto más embarazado—. Con Jack Burns siempre se me pone la carne de gallina, y en cuanto te he visto se me ha vuelto a poner.

—En fin, pues supongo que eso lo aclara todo —dijo Jack. Seguía tendido de espaldas; no se había movido desde el instante en que lo habían rodeado.

—¿Qué película estás haciendo aquí? ¿Quién más actúa? —preguntó una.

—No hay ninguna película —respondió él—. Estoy en la ciudad para cierto trabajo de investigación.

Una de las embarazadas gruñó, como si el mero hecho de imaginar la clase de «investigación» que Jack Burns podía estar llevando a cabo en Helsinki le hubiese provocado la primera contracción. La mitad de las mujeres se marcharon; una vez resuelto el misterio, habían perdido interés. Pero la monitora de aeróbic y otras dos mujeres, incluida la de aspecto más embarazado, se quedaron.

—¿Qué clase de investigación es? —preguntó la monitora de aeróbic.

—Es una historia que se desarrolla en el pasado, hace veintiocho años, para ser exactos —explicó Jack—. Trata de un organista de iglesia adicto a tatuarse, y de la mujer cuyo padre lo tatuó por primera vez. Tienen un hijo. Existe más de una versión de lo ocurrido, pero las cosas no salieron bien.

—¿Tú eres el organista? —preguntó la mujer de aspecto más embarazado.

—No, soy el hijo, ya crecido, veintiocho años más tarde —contestó él—. Intento averiguar qué ocurrió realmente entre mi madre y mi padre.

La embarazada que aún no había hablado dijo:

—¡Qué historia tan deprimente! No sé por qué hacen películas así. —Se dio media vuelta y se fue; probablemente iba al vestuario de mujeres. La mujer de aspecto más embarazado se alejó contoneándose detrás de ella. Jack se quedó a solas con la monitora de aeróbic.

—No has dicho que la investigación fuese para una película, ¿verdad? —preguntó ella.

—No, no lo he dicho —anunció él—; no investigo para una película.

—Quizá necesitas un guía —dijo ella. Estaba embarazada de siete meses como mínimo, tal vez ocho. El ombligo le sobresalía; al igual que un pezón erecto, el cual se dibujaba bajo la tela de licra de su malla—. Quería decir una cita.

—Nunca he tenido una cita con una embarazada —respondió Jack.

—No estoy casada; ni siquiera tengo novio —explicó ella—. Este bebé es una especie de experimento.

—¿Lo has conseguido tú sola? —preguntó él.

—Fui a un banco de semen —contestó ella—. Tuve un donante de semen

anónimo. Casi se me ha olvidado la parte de la inseminación.

Tendido de espaldas en la máquina de abdominales, Jack tomó una de esas precipitadas y características decisiones de su activa vida sexual. Ya que se había imaginado que le gustaría estar con una embarazada, Jack eligió quedarse con la monitora de aeróbic embarazada del gimnasio Motivus, eso en lugar de *intentar* siquiera quedar a cenar con Hannele y Ritva, la pareja lesbiana que era la razón principal de su visita a Helsinki.

Jack se justificó diciéndose que lo que pudiera descubrir por mediación de la organista y de la violonchelista, que eran pareja cuando su madre y su padre las conocieron —y seguían siendo pareja—, era con toda probabilidad algo que ya sabía o podía conjeturar. La madre de Jack había tergiversado la imagen de ellas de algún modo; se habían acostado con ella, no con su padre. Sin duda habría otras revelaciones de esa índole, pero nada que no pudiese hablarse ante un café o un té, nada tan complicado que requiriese una cena para revelarlo.

Jack decidió ir a la Iglesia de la Roca más o menos cuando Hannele y Ritva terminaran de ensayar. Les propondría que fueran a algún sitio a charlar; seguramente bastaría con eso. Jack pensó que no había motivo alguno para no pasar su última noche en Helsinki con una monitora de aeróbic embarazada. Al final resultó que sí había un motivo, pero Jack respondía a un poderoso instinto que muchos hombres conocían; a saber, el deseo de estar con cierta *clase* de mujer excluía todo examen razonable o análisis a fondo de la monitora de aeróbic en sí, que se llamaba Maija-Liisa.

Concertaron una cita, y resultó algo incómodo porque tuvieron que ir a buscar bolígrafo y papel a la recepción; otras personas los observaban. Maija-Liisa le anotó su nombre y número de móvil. Lo que Jack anotó la dejó manifiestamente desconcertada —«Jimmy Stronach, hotel Torní»—, hasta que él le explicó la costumbre que tenía de registrarse siempre con el nombre del personaje que interpretaba en su siguiente película.

Cuando Jack salió del gimnasio y regresó al Torní, fue primero a la tienda porno en cuyo escaparate había visto las inverosímiles pero cautivadoras *Schwangere Girls*. Se llevó la revista a la habitación del hotel, solo para ver las fotos, que eran a la vez perturbadoras y excitantes.

Cuando Jack dejó el hotel para dirigirse a la Iglesia de la Roca, tiró la repugnante revista, no en la habitación del hotel, sino en una papelería del pasillo frente al ascensor. Pero, en realidad, uno no podía deshacerse de imágenes como aquellas, no durante años, quizá nunca. Lo que esas mujeres embarazadas hacían en las fotografías moraría con Jack Burns en la tumba o en el infierno, donde, según Ingrid, uno estaba sordo pero veía a todos aquellos a quienes alguna vez había hecho daño conscientemente. No podía oír lo que decían de él.

Desde esa tarde en Helsinki, Jack era capaz de imaginarse lo que podía ser para él el infierno. Contemplaría hasta la eternidad a esas embarazadas practicando un sexo



de apariencia incómoda. Hablarían de él, pero él no las oiría. Hasta la eternidad, Jack solo podría adivinar qué decían.

Para Jack, la cúpula de la iglesia TempPELLIAUKIO parecía un *wok* gigante vuelto del revés. Las rocas, que lo cubrían todo menos la cúpula, eran de una simplicidad pagana; era como si la cúpula fuese un huevo vivo surgiendo del cráter abierto por un meteorito. Los bloques de apartamentos que rodeaban la iglesia de la Roca presentaban una austera uniformidad. (Viviendas de clase media de la década de los treinta).

Dentro de la iglesia había más rocas. La organista quedaba a la vista de los fieles situados en el lado izquierdo. Los bancos curvos vacíos —para el coro— estaban en el centro. Allí los coros tenían su importancia. Los tubos de cobre del órgano ofrecían un aspecto muy moderno en contraste con las distintas maderas, más oscuras o más claras. El púlpito estaba rodeado de piedra; parecía una fuente, pensó Jack.

A primera hora de la tarde se sentó y escuchó a Hannele y a Ritva: Ritva de perfil a él, en la banqueta del órgano; Hannele de cara a él con las piernas abiertas, a horcajadas en su violonchelo. Un reducido público iba y venía en silencio mientras las dos mujeres ensayaban. Jack se dio cuenta de que Hannele lo había reconocido nada más sentarse; debía de estar esperándolo, porque se limitó a sonreír y saludar con la cabeza en dirección a él. Ritva se volvió una sola vez para mirar a Jack; sonrió y saludó también. (La mujer de la academia Sibelius con quien Jack había hablado debía de haber avisado a Hannele y Ritva de que las buscaba).

No todo era música sacra, o al menos la música sacra habitual. Como antiguo canadiense, Jack reconoció *If It Be Your Will* de Leonard Cohen, si bien no estaba acostumbrado a oírla interpretada al órgano y el violonchelo. Como estadounidense, Jack reconoció asimismo *Whenever God Shines His Light on Me* de Van Morrison. Hannele y Ritva tocaban muy bien; incluso Jack reparó en que para ellas las interpretaciones a dúo se habían convertido en algo natural. Pero sin duda él estaba predispuesto a que le gustasen. Jack les atribuyó un gran mérito de antemano solo por el hecho de haber sobrevivido a la agresión que sufrieron como pareja a manos de su madre, fuera cual fuese.

Jack oyó también cómo ensayaban dos piezas tradicionales: *Come, Sing the Praise of Jesús* y *Ven, ven, Emmanuel*. Más tarde, Hannele y Ritva le explicaron a Jack que esta última pieza era un himno de Adviento, y que ambos himnos se conocían mejor en Escocia que en Finlandia. Pero esos himnos, según le dijeron, se encontraban entre los preferidos de su padre.

—Los dos nos los enseñó William —dijo Ritva—. Nos da igual que no sea el mes de Navidad.

Tomaban el té en el apartamento sorprendentemente amplio y hermoso de Hannele y Ritva en uno de aquellos edificios grises y sombríos que circundaban la

iglesia de la Roca. Hannele y Ritva habían unido dos apartamentos con vistas a la cúpula de la iglesia de Tempeliaukio. Al igual que la iglesia, el apartamento tenía un aspecto muy moderno: exiguamente amueblado, sin más adorno que unas fotografías en blanco y negro con marcos de acero colgadas en las paredes. Las dos, que por entonces rondaban los cincuenta, eran mujeres de buen carácter y muy cordiales. Como es lógico, a Jack no le resultaron tan intimidatorias físicamente como a los cuatro años.

—Tú fuiste la primera mujer que vi con las axilas sin afeitar —le dijo a Hannele. El asombroso vello de las axilas de Hannele era de un rubio más oscuro que el pelo de la cabeza, si bien Jack se abstuvo de mencionar ese detalle, así como la marca de nacimiento sobre el ombligo de Hannele, semejante a una chistera arrugada del color de una mancha de vino con la forma de Florida.

Hannele se echó a reír.

—La mayoría de la gente recuerda mi marca de nacimiento, no mis axilas, Jack.

—También me acuerdo de la marca de nacimiento —replicó él.

Ritva, de cara bonita y pelo largo, seguía tan baja y rechoncha como antes. Aún vestía toda de negro, como una estudiante de arte dramático.

—Recuerdo que te quedaste dormido, Jack, y los esfuerzos que hiciste para no dormirte —dijo Ritva.

Jack explicó que por aquel entonces él pensó que habían ido a tatuarse los medios corazones porque las dos se habían acostado con su padre.

—¿Con William? —exclamó Hannele, y derramó el té. Ritva no pudo contener la risa.

Eran de esa clase de mujeres homosexuales que se sentían tan a gusto en su mutua compañía que podían coquetear despreocupadamente con él, o con otros hombres jóvenes, porque tenían la certeza de que no se interpretarían mal sus intenciones.

—Supongo que no debería sorprenderme —dijo Hannele—. William nos contó que tu madre era capaz de decirte cualquier cosa, Jack. Ritva y yo subestimamos hasta dónde era capaz de llegar.

Hannele explicó que su relación con Ritva era reciente y aún poco comprometida cuando la madre de Jack fue a por ellas. Las jóvenes estudiantes de música incluso hablaron de acostarse con Alice como una especie de prueba para su relación.

—Era 1970, Jack —dijo Ritva—, y Hannele y yo, como éramos jóvenes, nos imaginábamos que podíamos tratar cualquier relación como un experimento.

William había prevenido a Hannele y Ritva respecto a Alice; les había contado la historia de la madre de Jack. Aun así, las chicas se imaginaron que, si *las dos* eran infieles con la madre de Jack, no se harían daño recíprocamente.

—Aquello nos hizo más daño de lo que previmos —le contó Hannele a Jack—. Decidimos devolver el daño a tu madre. El tatuaje que compartimos era un símbolo del daño mutuo que nos habíamos hecho, un recordatorio para no volver a ser infieles, un recordatorio del coste que había representado para nosotras acostarnos

con tu madre. Le hicimos saber que teníamos valor de sobra para acostarnos con cualquiera, incluso con William.

—Desde luego no nos habríamos acostado con William, Jack, ni tu padre habría estado dispuesto a acostarse con ninguna de nosotras —dijo Ritva—. Pero tu madre era muy susceptible a la idea de que alguien se acostase con tu padre, y no fue difícil convencerla de que Hannele y yo éramos un par de desmadradas.

—Incluso coqueteamos contigo, Jack, solo por putearla —dijo Hannele.

—Sí, eso lo recuerdo —dijo Jack.

El tatuaje que llevaban las dos, ese corazón partido por la mitad, estaba seccionado verticalmente; las dos se habían tatuado el pecho del lado del corazón.

«Tienes unas pestañas para morirte, Jack», le había dicho Hannele. Bajo las mantas, le había levantado el pijama con sus largos dedos y le había acariciado el vientre. Cuando ella se quedó dormida a su lado, él estuvo a punto de besarla.

«Duérmete, Jack», le había dicho su madre.

—Aclaradme aquello de los «felices sueños» —pidió Jack a Hannele y a Ritva en su hermoso apartamento.

Fuera oscurecía; las luces de la iglesia de la Roca iluminaban la cúpula desde el interior como si un incendio abrasase las ventanas de un cascarón. (Jack recordó haber pensado que «felices sueños» era una expresión que su padre probablemente utilizaba con todas sus novias).

—Ya no tiene cuatro años —le dijo Ritva a Hannele, que negaba con la cabeza—. Vamos, cuéntaselo.

—Es lo que tu madre nos susurraba al oído antes de besarnos ahí abajo —dijo Hannele, y desvió la mirada.

—Ah.

Ritva le había dicho a Jack «felices sueños» antes de darle un beso de buenas noches. «¿No se dice así en vuestra lengua?», le había preguntado a Alice. «“Felices sueños”».

«A veces», contestó Alice, y el animoso silbido de Hannele cesó por un segundo, como si el dolor que le producían las agujas del sombreado en el pecho izquierdo y en ese lado de la caja torácica le hubiese resultado de pronto insoportable. Pero Jack tuvo la certeza de que la causa del dolor de Hannele eran esas palabras, «felices sueños», no el tatuaje. (¡Cómo no iba a entrar eso en la categoría de «delante de Jack no»!).

Jack les habló a Hannele y a Ritva de la relación asombrosamente duradera de su madre con Leslie Oastler; por más que con toda probabilidad Alice hubiese mantenido otras relaciones menores en ese mismo periodo de tiempo, su relación con otra mujer fue la única que había perdurado. ¿Les sorprendía eso a Hannele y a Ritva?, quiso saber Jack.

Las dos mujeres cruzaron una mirada y se encogieron de hombros.

—No había nada que tu madre no estuviese dispuesta a hacer, Jack —dijo Ritva

—, no si tenía algún efecto en tu padre, casi cualquier efecto.

—Creo que, después de William, a Alice ya le dio igual con quién se acostaba —dijo Hannele—. Hombre, mujer o niño.

Las fotografías en blanco y negro de las paredes del apartamento eran en su mayor parte de Hannele y Ritva, entre ellas muchas fotografías de conciertos. Había una de Ritva en la banqueta del órgano de la Johanneksen kirkko, adonde Jack había ido con su madre; sucedió después de una intensa nevada, recordaba. A Ritva la flanqueaban, en la banqueta del órgano, sus dos profesores: Kari Vaara, el organista del cabello revuelto, y un joven atractivo de labios finos con una melena hasta los hombros que le encuadraba el rostro, de facciones delicadas como las de una chica.

—¿Mi padre? —preguntó Jack a Ritva, y señaló la imagen. William tenía casi el mismo aspecto que aquella noche en el restaurante del hotel Bristol.

—Sí, por supuesto —contestó Ritva a Jack—. ¿No habías visto ninguna foto suya?

—¿Dónde tienes la cabeza, Ritva? —preguntó Hannele—. ¿Acaso crees que Alice coleccionaría fotos en un álbum para Jack?

Lo que pilló a Jack por sorpresa fue el aspecto juvenil de su padre. En 1970, en Helsinki, William Burns tenía treinta y un años, un par menos que Jack en aquel momento. (Resulta extraño ver, por primera vez, una fotografía de tu padre cuando era más joven que tú). A Jack también le pilló por sorpresa el parecido: William y Jack eran casi idénticos.

Naturalmente, William se veía pequeño al lado de Ritva y Kari Vaara. William era un hombre bajo pero de aspecto fuerte; aun sin ser menudo, se advertía algo femenino en sus facciones, y tenía dedos largos de organista. (Jack tenía las manos pequeñas y los dedos cortos y gruesos de su madre).

William vestía una camisa blanca de etiqueta, de manga larga, con el cuello desabrochado, y los tubos del órgano Walcker de Württemberg se elevaban por encima de él. Jack preguntó a Hannele y a Ritva por los tatuajes de su padre.

—Nunca los vi —contestó Hannele. Ritva coincidió en la respuesta; tampoco los había visto nunca.

En el dormitorio, Jack vio fotografías en blanco y negro de los tatuajes de Hannele y de Ritva, solo de sus torsos desnudos, con el corazón partido por la mitad sobre el pecho izquierdo. Al menos los tatuajes eran tal como los recordaba, pero Hannele se había afeitado el vello de las axilas; sus manos, cruzadas sobre el ombligo, ocultaban al fotógrafo la marca de nacimiento.

Le sorprendió, aunque relativamente, ver que se habían hecho otros tatuajes. Hannele tenía notas musicales en la cadera, y Ritva tenía también notas —parecían las mismas— en las nalgas. Al igual que las fotos del corazón compartido, estas eran primeros planos, solo vistas parciales. Pero la constitución física de ambas era tan distinta que a Jack no le resultó difícil distinguir a Hannele de Ritva.

—¿Qué son esas notas? —preguntó él.

—Las hemos tocado hoy, antes de que llegases a la iglesia —contestó Ritva—. Son de otra pieza que nos enseñó William, un himno que tocaba en Old St. Paul.

—*Dulce sacramento divino* —dijo Hannele a Jack. Empezó a tararearlo—. Solo conocemos la música, pero es un himno.

A Jack le sonaba; quizá lo había oído, o incluso cantado en el St. Hilda. Jack sabía que se lo había oído cantar a su madre en Amsterdam, en el barrio rojo. Si era una pieza que su padre tocaba en Old St. Paul, probablemente se trataba de un himno anglicano o episcopal escocés.

El nombre del viejo *scratcher* casi no se veía, pero Hannele —señalando la fotografía en blanco y negro del tatuaje de su cadera— lo dijo de pasada.

—No está mal para ser un Sami Salo.

Jack les contó a Hannele y a Ritva la historia de aquella noche espantosa en el hotel Torní cuando Sami Salo aporreó la puerta; y les habló también de la esposa de Sami, considerablemente más joven que él, la implacable camarera del Salve, que había hecho responsable a Alice de la pérdida de clientela de Sami.

Hannele volvía a negar con la cabeza, sin que se moviese un solo rizo de su pelo rubio y corto.

—La mujer de Sami se había marchado hacía tiempo cuando tú y tu madre llegasteis a la ciudad, Jack —explicó Ritva—. Esa camarera del Salve era la hija de Sami.

—Se llamaba Minna —dijo Hannele—. Era amiga de William, una de las mujeres mayores de tu padre. A mí siempre me pareció una relación peculiar, pero Minna había pasado tiempos difíciles, como tu padre. Tuvo un hijo fuera del matrimonio, y el niño murió a muy corta edad a causa de una enfermedad de las vías respiratorias superiores.

—Tu padre no buscaba una novia, Jack. Seguramente seguía enamorado de la danesa —dijo Ritva—. Para él, Minna solo era un consuelo. Sospecho que él creía que solo servía para eso, para ofrecer consuelo a otra persona. Ya sabes, la arraigada idea cristiana: encuentras a alguien en sus horas bajas y lo ayudas.

Sin duda Agneta Nilsson, que había dado clases de música coral a William en Estocolmo —y a Jack de patinaje en el lago Mälaren—, era una mujer mayor. Quizás Agneta estaba pasando también por horas bajas; al fin y al cabo tenía el corazón enfermo.

—Oye, somos músicos, Jack. Tu padre era ante todo músico —dijo Hannele—. No pretendo tener licencia de artista para vivir como vivo; William tampoco lo pretendía. Pero ¿qué clase de licencia se tomaba tu madre? No había nada que no se sintiese autorizada a hacer.

—Hannele, la zorra era su madre; da igual lo que digas de ella —intervino Ritva.

—Si alguien te deja, sigues adelante —dijo Hannele a Jack—. Tu madre convirtió aquello en un largometraje.

—¡Hannele! —exclamó Ritva—. Hemos visto todas tus películas, Jack. No nos

explicamos cómo has salido tan normal.

Jack no se sentía normal. No podía dejar de pensar en la camarera de brazos gruesos, Minna, la hija de Sami Salo. ¡Cómo le temblaban las mallas de los brazos! ¡Y había sido amiga de su padre!

Así que la madre de Jack había socavado incluso eso: una relación de consuelo. Hannele dudaba que su padre y Minna hubiesen mantenido siquiera relaciones sexuales; Ritva pensaba que probablemente sí. Pero ¿eso qué más daba? Alice había convencido a Sami Salo de que su desventurada hija no podía esperar de William Burns más que traición y desengaño. Sami estaba impaciente por que Alice y Jack se marchasen a Amsterdam, adonde William se sentiría obligado a seguirlos.

Era cierto que Sami Salo era un *scratcher*; aun así, no estaba perdiendo demasiada clientela por culpa de Alice la Hija. Tal como Hannele y Ritva le explicaron a Jack, su madre tatuaba sobre todo a estudiantes en el hotel Torni; ni siquiera los estudiantes de familias acomodadas se sentían inclinados a gastar su dinero en tatuajes. La mayoría de los marineros continuaban acudiendo a Sami; por aquel entonces, los marineros gastaban más dinero en tatuajes que los estudiantes.

Jack averiguó asimismo que Kari Vaara viajaba mucho; Vaara siempre estaba dando conciertos en el extranjero. William era a efectos prácticos el primer organista de la Johanneksen kirkko, donde adoraba tanto la iglesia como el órgano. Adoraba también a sus alumnos de la academia Sibelius, siendo Ritva y Hannele dos de los mejores.

William no tendría alumnos en Amsterdam, donde sus responsabilidades en la Oude Kerk eran tan absorbentes que no le dejaban tiempo para dar clases.

—¿Te refieres a afinar el órgano? —preguntó Jack a Hannele y Ritva.

—¿Cómo?

Jack explicó lo que le habían contado: a saber, que el único verdadero trabajo de su padre en Amsterdam fue afinar el órgano de la Oude Kerk, que en efecto era *inmenso*, como Kari Vaara lo había descrito, pero estaba siempre desafinado.

—¡William era incapaz de afinar una guitarra, y ya no digamos un órgano! —exclamó Ritva.

—Accedió a tocar el órgano de la Oude Kerk solo si la iglesia contrataba a otro afinador —dijo Hannele a Jack.

—Ya había alguien que afinaba el órgano antes de cada concierto, pero, a instancias de tu padre, el nuevo afinador acudía casi todos los días —dijo Ritva.

—Iba todas las noches —corrigió Hannele.

Fue entonces cuando Jack se enteró de quién era el otro afinador: el joven de tez pálida que, según había dicho Alice, era un «niño prodigio». El joven genio que se ponía talco en los fondillos del pantalón para deslizarse más fácilmente por la banqueta del órgano, que también era inmensa, Frans Donker, que había tocado para Jack y para su madre, y para cualquier puta que rondase por allí, una noche en que él, el «niño prodigio», supuestamente afinaba el órgano.

«¡Dicen que en la Oude Kerk se toca tanto para los turistas como para las prostitutas!», les había dicho Kari Vaara a Alice y a Jack. Vaara estaba muy orgulloso de William, dijeron Hannele y Ritva. Vaara había descrito a William como el mejor alumno de su vida.

Sin embargo, Alice había querido que Jack viese a su padre como un simple afinador; había desacreditado intencionadamente a William a ojos de su hijo.

—En Amsterdam ocurrió algo —comentó Jack a Hannele y Ritva—. Mi padre dejó de seguirnos; tuvo que ocurrir algo.

Hannele volvía a negar con la cabeza, sin que se le moviera uno solo de sus rubios rizos.

—La abogada llegó a un acuerdo con tu madre, Jack —dijo Ritva—. Fue un acuerdo severo, pero alguien tenía que pararle los pies.

—No fue un buen acuerdo para William —dijo Hannele airada.

—Fue el mejor acuerdo posible para Jack, Hannele —afirmó Ritva.

—Yo no recuerdo a ninguna abogada —dijo Jack—. ¿Qué abogada?

—Femke no sé qué. No recuerdo el apellido —dijo Hannele—. Era una superespecialista en divorcios; ella misma pasó por un divorcio sonado.

En fin, resultaba casi cómico que Jack hubiese pensado que Femke era una prostituta; había corrido el rumor absurdo de que se había dedicado a la prostitución para abochornar a su exmarido. (¡Femke era rica, como Jack recordaba, y a pesar de eso se había hecho puta!). ¿Qué no se creería un niño de cuatro años si, para colmo, tenía una madre que manipulaba sus supuestos recuerdos?

—Empecemos por el policía, Jack —dijo Ritva—. Había un policía; era el mejor amigo de tu padre.

—Te sacó de allí; era también tu mejor amigo, Jack —dijo Hannele.

—Sí, me acuerdo de él —dijo Jack. Era un buen hombre, Nico Oudejans. Tenía los ojos de color azul verdoso y una cicatriz pequeña en forma de L sobre un pómulos—. Lógicamente, yo pensaba que era amigo de mi madre —explicó Jack a Hannele y Ritva—. Y pensaba que Femke era una prostituta.

Se habían sentado en un sofá de piel en la sala de estar y la oscuridad envolvía ya la resplandeciente cúpula de la iglesia de la Roca.

Las dos mujeres flanqueaban a Jack en el sofá; lo rodearon con los brazos.

—Jack, tu madre era la prostituta. Femke era solo abogada —dijo Hannele.

—¡Mi madre fue prostituta solo una noche! —prorrumpió Jack—. Solo aceptó un cliente, un chico. Dijo que era virgen.

Las dos mujeres siguieron abrazándolo.

—Jack, nadie es prostituta solo una noche —dijo Ritva.

—No existe ninguna prostituta que acepte a un solo cliente, Jack —explicó Hannele—. Y menos todavía a uno virgen.

—¡Deberíamos cenar los tres juntos esta noche! —exclamó Ritva de pronto.

—A menos que Jack tenga una cita —dijo Hannele en broma—. Me niego a

compartir a Jack con nadie.

Jack permaneció inmóvil en el sofá de piel, con la mirada fija en la oscuridad más allá de la ventana.

—A juzgar por la expresión de su cara, tiene una cita —dijo Ritva.

—Sí, tiene una cita. Lo veo en sus ojos —dijo Hannele.

—Lo siento —respondió Jack. Pero no sabía *cuánto* lo sentiría, aún no.

La monitora de aeróbic estaba embarazada de treinta y una semanas y esperaba a su segundo hijo.

—¿El mismo donante de semen anónimo? —preguntó Jack con toda la despreocupación que permitían las circunstancias. Estaban los dos desnudos en la cama, en su habitación del hotel Torní, y Marja-Liisa le apretaba a Jack la cara contra su enorme barriga para que sintiese cómo se movía allí dentro un feto de treinta y una semanas.

—No, mi marido murió —explicó ella—. Planeábamos tener un segundo hijo, pero me costó casi tres años reunir el valor para tener el segundo yo sola.

—¿Tienes un niño o una niña?

—Un niño de cuatro años.

En el contexto del viaje de regreso al mar del Norte, a Jack le interesaba casi todo acerca de un niño de cuatro años; sin embargo, intuyó que ese no era el momento ni el lugar para decirle a Marja-Liisa lo mucho que lamentaba no conocer a su hijo. (Jack partía para Amsterdam a la mañana siguiente muy temprano).

Ella le explicó que había dejado al niño de cuatro años con una amiga, que le daría la cena y lo acostaría. Marja-Liisa advirtió a Jack que no se quedaría hasta muy tarde. No solía llegar a casa después de que se acostase su hijo, y siempre estaba allí, en su cama, cuando el niño despertaba por la mañana.

Las dotes atléticas del feto de treinta y una semanas maravillaron a Jack más que hacer el amor con la profesora de aeróbic. Nunca había estado en la cama con una mujer embarazada; Jack no sabía qué debía esperar. Quizá no debería haberse preocupado por lo activa que Marja-Liisa fuese, es decir, para una mujer en su estado. (Al fin y al cabo, la había visto dirigir a las mujeres saltarinas en la clase de aeróbic, y Jack sabía que la mayoría de las posiciones de apariencia incómoda que había visto en la revista *Schwangere Girls* no podían estar amañadas).

Solo más tarde se dio cuenta Jack de que lo que había deseado no era mantener relaciones sexuales sino solo dormirse abrazado a ella. Lo único que de verdad deseaba era apoyar la mano en su enorme barriga, apoyar la mano a la vez que imaginaba que existían dos personas a quienes amaba, no solo una mujer sino también el niño que pronto tendría. Había sido una manera de dormirse magnífica.

Los golpes en la puerta fueron al principio suaves, luego más insistentes. No era la forma de llamar de Sami Salo, sino un sonido que Jack podía incorporar a su



sueño; en el sueño, Jack era padre.

—Marja-Liisa, ¿estás ahí? —dijo una voz masculina desde el pasillo. Luego debió de hacer la misma pregunta en finlandés.

La monitora de aeróbic embarazada se había ido. Jack se despertó solo en la cama; entró en el cuarto de baño y se ciñó una toalla a la cintura. Había un sobre del hotel Torni adherido al espejo con un poco de dentífrico. Era una manera ingeniosa de dejarle una nota. Jack comprendió que debía de haber hablado mientras dormía.

«*Me llamo Marja-Liisa, no Michele. ¿Quién es Michele?*».

Jack arrugó el sobre y lo tiró a la papelera del baño. Sujetándose la toalla a la cintura, fue a ver quién llamaba a la puerta. Jack tenía el mal presentimiento de que ya sabía quién era.

—Marja-Liisa, sé que estás ahí —decía el hombre, solo que en voz un poco más alta.

Hasta que Jack abrió la puerta no supo que el hombre llevaba al niño de cuatro años. Pero ¿qué otra cosa podía hacer el pobre? Si uno es un padre responsable, no deja solo a un niño de cuatro años.

Jack no albergó la menor duda de que el hombre joven de cabello rubio oscuro era el marido de Marja-Liisa, y no su marido *muerto*. (El joven tampoco parecía un donante de semen anónimo). Cualquier duda que Jack pudiese haber albergado se disipó al ver al niño; el pequeño de cuatro años tenía el pelo rubio oscuro de su padre, pero el rostro ovalado y los ojos almendrados del niño eran idénticos a los de su madre.

—Lo sabía —dijo el marido de Marja-Liisa—. Eres Jack Burns. Marja-Liisa comentó que te había visto en el gimnasio.

—No está aquí —contestó Jack.

El desdichado marido miró, por encima de Jack, la habitación desordenada. El pequeño quería que su padre lo aupara; el niño llevaba una parka de esquiador encima del pijama y unos calcetines antideslizantes con estampado de renos. Jack retrocedió hacia el interior de la habitación y el padre entró con su hijo. Las almohadas y el edredón estaban arrebujaos; el joven marido contempló la cama como si percibiese la huella del cuerpo de su esposa embarazada en las sábanas arrugadas.

Marja-Liisa le había dicho a su marido que tenía una clase nocturna de aeróbic en el gimnasio, pero él encontró su bolsa de deporte en el armario después de acostar al niño de cuatro años; estaba ordenando el apartamento y fue al armario a guardar alguna prenda de su mujer. Allí apareció la bolsa de deporte.

El joven mostró a Jack el papel que había descubierto en la bolsa —«Jimmy Stronach, Hotel Torni»—, pero desde el principio supuso que Jimmy Stronach era Jack Burns.

—Me repitió una y otra vez: «¡En el gimnasio hay una estrella de cine, y yo parezco una ballena!». Tú ni siquiera eres su actor favorito, pero supongo que eso da igual —dijo el marido.

El niño de cuatro años quiso bajar al suelo; su padre no pudo ocultar su amargura al ver que se subía a la cama y se escondía bajo el montón de almohadas.

—No quería un segundo hijo —dijo el marido de Marja-Liisa a Jack—. El embarazo fue un accidente, pero me culpa a mí porque yo sí quería tener más hijos.

El niño de cuatro años parecía adormilado, pero había encontrado entretenimiento en el edredón de plumas y las almohadas; el pequeño se movía en círculos a cuatro patas, como un animal intentando enterrarse. Jack supuso que el niño no hablaba inglés, y por tanto no los entendía, aparte de que el pequeño no habría prestado mayor atención a su padre y a Jack si hubiesen hablado en finlandés.

«Tiene solo cuatro años», seguía pensando Jack. Jack esperaba que el niño no recordase esa aventura: ver que le despertaban y le arrastraban en pijama a un hotel en plena noche. O quizás el niño recordase únicamente lo que le contaran acerca de esa noche, ¿y por qué tendrían que hablarle de eso sus padres? (Tal vez solo si la noche acababa siendo un momento decisivo en la historia de la familia, cosa que ojalá no ocurriese, pensó Jack).

—Seguramente se ha ido a casa, o iba camino de casa y os habéis cruzado —dijo Jack al marido de Marja-Liisa, cuyo desconsuelo parecía cada vez mayor. El niño de cuatro años estaba totalmente oculto bajo las almohadas y las mantas. Con voz ahogada, el pequeño preguntó algo a su padre.

—Quiere ir al baño —dijo el marido a Jack.

—Claro —contestó Jack.

Padre e hijo volvieron a hablar en finlandés, pero tanto el idioma como la barrera de ropa impidieron que Jack comprendiera la conversación. Jack notó que el marido de Marja-Liisa no quería tocar la cama, así que ayudó al pequeño a desenmarañarse del edredón de plumas y de las almohadas.

El niño de cuatro años dejó abierta la puerta del baño mientras hacía pipí; el pequeño hablaba solo y cantaba. Así debió de seguir Jack a su madre por aquellos puertos del mar del Norte, haciendo pipí con las puertas de los baños abiertas, hablando solo y cantando, sin recordar apenas las cosas, o solo lo que su madre le contaba que había ocurrido, lo que ella quería que recordase.

—Lo siento —dijo Jack al desdichado marido y padre. Jack no quería empeorar las cosas para el pobre hombre contándole que su mujer le había dicho que su marido estaba muerto, o que esa vez se había quedado embarazada con la ayuda de un donante de semen anónimo.

—¿Quién es Jimmy Stronach? —preguntó el joven a Jack.

Jack explicó que era el nombre de un personaje de la película que esperaba hacer a continuación; no le mencionó lo relativo al actor porno, ni que él no solo actuaba en la película sino que además era el guionista.

El pequeño salió del baño; Jack no había oído la cisterna del váter, y el niño de cuatro años estaba preocupado por algo. Por lo visto se había meado en el bolsillo interior izquierdo de la parka de esquiador. Su padre pronunció, al parecer, unas palabras tranquilizadoras en finlandés. («¡Bah, todos nos meamos en el bolsillo de la parka alguna que otra vez!», imaginó Jack).

Puede que a los cuatro años, Jack Burns hubiese sido un niño más despierto que el hijo de Marja-Liisa, pero lo dudaba.

El pequeño quiso que su padre lo llevara en brazos otra vez, y el padre lo complació. El niño se acurrucó contra el cuello del padre y cerró los ojos, como si fuese a dormirse allí mismo. Era tarde; sin duda el pequeño podía dormirse casi en cualquier sitio.

Jack les abrió la puerta de la habitación con la esperanza de que el marido no echase un último vistazo al paisaje de la cama usada con fines indebidos, pero, inevitablemente, el hombre traicionado lo hizo.

Cuando se iban, el marido le dijo a Jack:

—Supongo que Jimmy Stronach es el malo de la película.

A continuación se alejaron por el pasillo; el pequeño cantaba una canción en finlandés.

Jack entró en el cuarto de baño y tiró de la cadena, advirtió que el niño de cuatro años se había meado en el asiento del váter; como muchos niños de cuatro años, no había levantado el asiento antes de mear. Jack siguió repitiéndose que si el hijo de Marja-Liisa era un niño de cuatro años *normal*, y desde luego se había comportado normalmente, no recordaría nada de esa espantosa noche, ni un solo momento.

Jack tuvo que buscar en todas partes para dar con el papel donde tenía anotado el nombre y el móvil de Marja-Liisa. Cuando lo encontró, llamó al número. Jack pensó que debía avisarla de que su marido y su hijo pequeño le habían hecho una visita. Cuando Marja-Liisa contestó el teléfono, había llegado a casa y ya sabía que su marido y su hijo no habían desaparecido; se la notaba alterada.

Jack le dijo que su marido estaba visiblemente afectado pero se había comportado de manera muy correcta. Jack le dijo asimismo que el pequeño estaba adormilado, pero no parecía haber entendido nada de todo aquello.

—Preferiría que me hubieses dicho la verdad —dijo Jack.

—¡La verdad! —exclamó ella—. ¿Qué sabrás tú de la verdad?

Durante todo el viaje desde el hotel Torní hasta el aeropuerto, que se hallaba bastante lejos de Helsinki, reinó la oscuridad. Era muy temprano, pero parecía plena noche; naturalmente, llovía. Un poco después del amanecer, cuando el avión despegó, Jack vio manchas de lo que parecía nieve en los bosques.

Pensaba que no quería saber nada más; ya había averiguado demasiado sobre lo ocurrido. No más verdades, pensaba Jack; ya había tenido verdades de sobra para

toda la vida. En realidad no deseaba ir a Amsterdam, pero ese era el destino del avión.

## 30 - El acuerdo

La segunda vez que visitó Amsterdam, Jack se alojó en el Grand, un buen hotel en Oudezijds Voorburgwal, a unos dos minutos a pie del barrio rojo. La lluvia lo había seguido desde Finlandia. Atravesó el barrio bajo la llovizna a última hora de la mañana; al parecer, la lluvia había disuadido a los turistas.

El descaro de las prostitutas —en ropa interior en los escaparates y ante las puertas— no dejaba lugar a dudas acerca de su oficio. Aun así, pese a la obviedad en torno a las mujeres que iban sin ropa, el niño de cuatro años a quien Jack había conocido recientemente en Helsinki podía haberse dejado convencer de que las mujeres eran consejeras. (Como se había dejado convencer el propio Jack).

Nadie cantaba un himno ni entonaba una oración; ninguna de las mujeres tenía aspecto de estar allí por primera vez, ni de planear ser prostituta solo por un día.

Las mujeres hacían señas a Jack y le sonreían, pero si no les devolvía la sonrisa de inmediato —si Jack se limitaba a pasar de largo o eludía sus miradas—, ellas no tardaban en apartar la vista. Oyó pronunciar su nombre unas cuantas veces, solo en una ocasión con entonación interrogativa. «¿Jack Burns?», preguntó una de las prostitutas cuando él pasó por delante. Jack no volvió la cabeza ni exteriorizó reacción alguna. En los demás casos, el «Jack Burns» parecía formar parte de una oración declarativa, pero una oración que él no entendía, en holandés o algún otro idioma que no era inglés. (Pocas de las mujeres eran holandesas).

Jack caminó en dirección norte hasta Zeedijk, solo para ver con sus propios ojos que el antiguo estudio de Tattoo Theo, De Rodé Draak —el desaparecido Dragón Rojo—, en efecto ya no estaba. Encontró con facilidad la callejuela St. Olofssteeg, pero el estudio del sótano de Tattoo Peter se había trasladado hacía muchos años a Nieuwebrugsteeg. Jack vio el nuevo local, pero no entró. Cuando preguntó a una de las prostitutas qué sabía del estudio, ella contestó que un tal Eddie estaba al frente; el segundo hijo de Tattoo Peter, creyó oírle decir Jack.

«Ah, se refiere a Eddie Funk», le diría alguien más tarde a Jack, dando a entender que el Eddie del nuevo estudio no tenía en realidad relación de parentesco con Tattoo Peter. Pero ¿eso qué más daba? Quienquiera que fuese Eddie, no podía ayudar a Jack.

Tattoo Peter —fuese padre de Eddie o no— había muerto el día de San Patricio de 1984. O eso había leído Jack en una vieja revista de tatuaje mientras él y Leslie Oastler vaciaban el estudio de Alice la Hija en Toronto.

—Escucha esto —recordaba haber dicho a la señora Oastler—. Tattoo Peter nació en Dinamarca. No sabía que fuese danés. En realidad, trabajó para Tattoo Ole antes de trasladarse a Amsterdam.

—¿Y qué? —replicó Leslie.

—¡No sabía nada de esto! —exclamó Jack—. ¿Tenía un Mercedes Benz? ¡Pues yo nunca lo vi! Caminaba con bastón... ¡Nunca vi el bastón! ¡Jamás lo vi caminar! ¿Su mujer era francesa, una cantante parisiense? ¡La gente la comparaba con Edith

Piaf!

—Creo que Alice me contó que pisó una mina —dijo la señora Oastler—. Así perdió la pierna.

—¡A mí nunca me lo contó! —vociferó él.

—Nunca te contó una mierda, Jack —recordaba que le había contestado Leslie.

Jack rodeó la Oude Kerk bajo la lluvia, pero no entró. Sin saber por qué, prefirió dejarlo para más tarde. El parvulario situado junto a la Iglesia Vieja parecía bastante nuevo. En Oudekerksplein había más prostitutas de las que recordaba, pero los niños del parvulario no estaban allí cuando Jack y su madre se pateaban el barrio.

Jack encontró sin mayor problema la comisaría de Warmoesstraat, pero tampoco entró en la comisaría. No estaba preparado para hablar con Nico Oudejans, en el supuesto de que Nico aún fuese policía y Jack pudiese dar con él.

Jack paseó por Warmoesstraat en dirección a la plaza Dam, se detuvo en la esquina de Sint Annenstraat, exactamente donde él y su madre y Saskia y Els se habían tropezado con Jacob Bril, que llevaba el padrenuestro tatuado en el pecho. Bril tenía asimismo un tatuaje de Lázaro saliendo de la tumba en el abdomen. Hay cosas que uno no olvida por pequeño que sea cuando las ha visto.

«¡A ojos del Señor, eres igual que las compañías con las que andas!», había dicho Jacob Bril a Alice.

«¿Y tú qué sabes de los ojos del Señor?», le había preguntado Els. O eso recordaba Jack, si es que había algo de verdad.

El Museo del Tatuaje de Oudezijds Achterburgwal —quizás a un minuto del hotel de Jack a pie— era un lugar cálido y acogedor, con más parafernalia del mundo del tatuaje de la que Jack había visto en cualquier otro estudio de tatuaje. Se encontró con Henk Schiffmacher a las doce del mediodía, cuando abría el museo, y Henk se lo enseñó. Henk también tenía allí su estudio de tatuaje: se llamaba la Casa del Dolor de Hanky Panky. Quienquiera que fuese Eddie en el nuevo Tattoo Peter, Henk Schiffmacher era el Tattoo Peter de su tiempo; en el oficio de la tinta y el dolor, todo el mundo conocía a Hanky Panky.

Henk era un hombre grande y membrudo, con barba y melena de motero. En su bíceps izquierdo escupía fuego una cabeza de la muerte femenina, con lo que parecía un único pecho en la frente. En el antebrazo derecho se desenrollaba un carrete de película. Naturalmente, Hanky Panky tenía más tatuajes; su cuerpo era un mapa de carreteras de sus viajes. Pero esos dos eran los que Jack mejor recordaría.

Observó a Henk mientras le tatuaba en el cuello un *irezumi* de una cucaracha a un japonés. (*Irezumi* significa «tatuaje» en japonés). Hanky Panky había viajado a todas partes: Japón, Filipinas, Singapur, Bangkok, Sumatra, Nepal, Samoa.

Mientras Henk tatuaba la cucaracha en el cuello del japonés, Jack escuchó a Johnny Cash cantando *Rock of Ages* en el reproductor de CD. Un buen estudio de

tatuaje es un universo en sí mismo, había oído decir a su madre.

—Un lugar donde todo deseo se perdona —dijo Henk Schiffmacher. ¿Por qué, pues, la madre de Jack no pudo perdonar a su padre? ¿Y cómo había conseguido William perdonar a Alice, si de verdad la había perdonado? (Jack pensó que él no podría perdonarla).

—¿Aún es policía en el barrio un tal Nico Oudejans? —preguntó Jack a Hanky Panky.

—¿Nico? Aún es el mejor policía del barrio —contestó Henk—. Nico es un general de brigada del copón.

Jacob Bril tenía en su huesuda espalda su tatuaje preferido, la Ascensión: Cristo abandonando este mundo en compañía de ángeles. Mientras Jack atravesaba el barrio rojo en dirección a la comisaria de Warmoesstraat, recordó la versión del Cielo de Bril como un lugar oscuro y encapotado. Había dejado de llover, pero notaba los adoquines resbaladizos, y el cielo —al igual que el Cielo de Jacob Bril— seguía oscuro y encapotado.

Jack Burns oyó su nombre unas cuantas veces más. Fueran de donde fuesen, algunas de las mujeres de los escaparates y puertas iban al cine, o habían ido al cine en su vida anterior.

Jack cruzó el canal por el puente cercano a la Iglesia Vieja y llegó a un *pissoir* — un urinario individual— pequeño y maloliente donde recordó haber meado de niño. En aquel entonces estaba oscuro; su madre se había quedado al otro lado de la barrera mientras él meaba. Le repetía una y otra vez que se apresurase. Probablemente no quería que la viesen sola de noche en las inmediaciones de Oudekerksplein. Jack oía cantar a unos jóvenes borrachos mientras meaba; debían de estar cantando en inglés o, si no, no habría recordado parte de la letra de la canción.

Eran hinchas de fútbol ingleses, le explicaría su madre más tarde. «Son los peores», le dijo. Se había celebrado un partido de fútbol, que el equipo inglés había perdido o ganado; por lo visto, eso poco incidía en el posterior comportamiento de sus seguidores en el barrio rojo. Eran «patanes asquerosos», recordó Jack que había dicho Saskia. «Patanes asquerosos» no formaba parte del vocabulario de su madre.

Jack rodeó una vez más la Oude Kerk por el lado donde el nuevo parvulario compartía la calle con las putas. Alguien lo seguía; un hombre se había echado a andar detrás de él en la esquina de Stoofsteeg en cuanto salió del Museo del Tatuaje y la Casa del Dolor. Cuando Jack aminoró la marcha, el hombre la aminoró también, y cuando Jack aceleró, el hombre volvió a apretar el paso.

Un admirador, pensó Jack. Detestaba que lo siguiesen. Si se acercaban y decían «Hola, me gustan tus películas», y luego le estrechaban la mano y se marchaban por su camino..., en fin, eso estaba bien. Pero los *perseguidores* irritaban mucho a Jack; por lo común eran mujeres.

Este no. Era un individuo con barba de color rubio sucio y pinta de matón que llevaba zapatillas deportivas y una cazadora cortavientos; caminaba con las manos

hundidas en los bolsillos de la cazadora y los hombros echados hacia delante, como si todavía lloviese o tuviese frío. Un individuo que había cumplido ya los cincuenta o poco le faltaba. No hizo el mínimo esfuerzo por disimular que seguía a Jack; era como si lo desafiase a darse media vuelta y encararse con él.

Jack dudaba que aquel cabrón tuviese huevos de entrar en la comisaria detrás de él, así que continuó andando.

Jack estaba a una calle de Warmoesstraat cuando una prostituta de piel morena abandonó su puerta en ropa interior y zapatos de tacón; casi lo tocó.

—Eh, Jack, te he visto en el cine —dijo. Tenía acento hispano; tal vez fuese dominicana o colombiana.

Cuando vio al hombre que seguía a Jack, levantó las manos de inmediato como si el hombre la encañonase con un arma y se apresuró a regresar a su puerta. En ese momento supo Jack que el hombre que lo seguía era policía. Era obvio que la dominicana o colombiana lo conocía; no quería problemas con él.

Jack se detuvo y se volvió de cara al policía, sus ojos eran aún de un azul verdoso y sobre un pómulo tenía la pequeña y característica cicatriz en forma de L. La barba había confundido a Jack. Cuando el policía rondaba los treinta años, la época en que Jack lo conoció, Nico Oudejans no llevaba barba. Él siempre había pensado que Nico era un buen hombre; había tratado bien a Jack cuando este tenía cuatro años. Por entonces, ya cincuentón, Nico parecía encallecido.

—Te esperaba, Jack. Desde hace unos años he estado atento por si aparecías. A las mujeres les repetía una y otra vez —dijo Nico señalando con la cabeza a la prostituta dominicana o colombiana, que sonreía en su puerta—: «Un día Jack Burns, el actor, se presentará aquí. Avisadme si lo veis». Eso les decía. Pues bueno —dijo Nico, y le estrechó la mano a Jack—, hoy he recibido media docena de llamadas y he dado por hecho que al menos una de las mujeres tenía que estar en lo cierto.

Cuando doblaron por Warmoesstraat, el policía apoyó la mano en el hombro de Jack y lo guio hacia la derecha, casi como si Nico dudase que Jack fuera a recordar dónde estaba la comisaría.

—¿Venías a verme, Jack?

—Sí —contestó Jack.

—¿Así que tu madre ha muerto? —preguntó Nico.

Jack supuso que Nico había leído la noticia de la muerte de Alice; como era la madre de Jack Burns, en la mayoría de las revistas de cine se había informado de su muerte. Pero Nico Oudejans no leía esas revistas. El policía sencillamente había dado por supuesto que Jack no regresaría a Amsterdam mientras Alice viviese.

—¿Por qué? —preguntó Jack.

—Estaba seguro de que tu madre te habría disuadido de venir —respondió Nico—. Desde luego lo habría intentado.

Entraron en la comisaría de Warmoesstraat y subieron por la escalera hasta un despacho desangelado, prácticamente vacío, de la segunda planta. Contenía solo una



mesa y tres o cuatro sillas, y Jack se sentó frente a la mesa al otro lado del policía; era como si fueran a interrogarlo por un delito. Le pareció raro que Nico dejase abierta la puerta del despacho, como si no tuviesen nada privado de que hablar. Jack presintió que todos los policías del edificio no solo conocían por adelantado las preguntas que le haría a Nico Oudejans, sino que además sabían las respuestas.

Quizá por el hecho de hallarse ante un policía, Jack empezó a hablar sin más. Se lo contó todo a Nico. (Como si todas las falsedades y engaños que había padecido en la infancia fuesen su propio delito, no el de su madre; como si lo que recientemente había averiguado fuese una historia que de algún modo Jack se había ocultado a sí mismo).

Jack no dejó de hablar, ni siquiera hizo una breve pausa cuando otro policía entró en el despacho y depositó un poco de dinero en la mesa delante de Nico; en cuanto salió el policía, entraron un segundo y un tercer policías e hicieron lo mismo. Lo hicieron quizá cinco o seis policías —unos de uniforme, otros de paisano como Nico— antes de que Jack llegase siquiera a la parte de la historia referente a Amsterdam.

Cuando Jack llegó por fin a la parte de Amsterdam, ya estaba bastante alterado. Mientras Jack hablaba, Nico había ido liando varios cigarrillos. Llevaba tabaco oscuro en una petaca, y siguió liando los cigarrillos cuidadosamente como si estuviese solo. Jack tuvo la impresión de que, para Nico, armar un cigarrillo era más importante que fumarlo. Pero, en ese momento, Nico dejó de liar cigarrillos. No había más de tres o cuatro cigarrillos en la mesa; el policía aún no había encendido ni uno solo.

—Yo pensaba que mi madre lo hizo solo durante una noche —dijo Jack—. Pensaba que fue solo con un chico, probablemente virgen. Le rompió el collar de perlas.

—Nadie lo hace solo durante una noche, Jack. Cuando le dije que lo dejase o me vería obligado a solicitar la deportación, siguió haciéndolo como si tal cosa. Con Alice siempre eran vírgenes. Al menos decían que eran vírgenes, o parecían vírgenes.

—Pero ¿por qué lo hacía? —preguntó Jack—. Tenía un trabajo, ¿no? En los estudios de Tattoo Peter y Tattoo Teo ganaba dinero.

De hecho, Alice tenía dos empleos bastantes buenos, y William le pasaba dinero para los gastos de Jack, eso además de lo que le mandaba la señora Wickstead. Alice no necesitaba dinero. Sin embargo, el único método que no había puesto en práctica para hacer regresar a William con ella era exponer a Jack a algún riesgo; aún no había hecho nada consigo misma que un niño de su edad no debiese ver. Pero si era prostituta, razonó Alice, y si Jack se veía expuesto a eso..., en fin, ¿qué supondría para un niño crecer recordando a su madre como una puta?

—«¿Y si Jack recuerda que esto es lo que me hiciste?», le preguntó a tu padre —explicó Nico Oudejans a Jack—. «Puesto que las prostitutas te gustan tanto que tocas para ellas, William», dijo tu madre, «¿qué pasará si Jack recuerda que me hice puta porque dejaste de tocar para mí?».

Nico contó a Jack que William tocaba el órgano para las prostitutas por razones estrictamente religiosas.

—Era un cristiano fanático, pero fanático en el buen sentido —explicó Nico.

William había insistido en que se celebrase un oficio con órgano para las prostitutas de madrugada, a la hora en que muchas de ellas acababan de trabajar. William deseaba que esas mujeres supiesen que la Oude Kerk era suya a esa hora y que él tocaba para ellas. Quería que acudiesen a la Iglesia Vieja y sintiesen el bálsamo de la música; quería que rezasen. (William quería que abandonasen la prostitución, claro está, pero con ellas la música fue la única forma de proselitismo).

En la Oude Kerk no todos aprobaban el hecho de que William tocase el órgano para las prostitutas, pero a la mayoría de sus críticos los obligó a callar remitiéndose al fervor de san Ignacio de Loyola. William Burns dijo que había encontrado en Amsterdam una maldad mayor que la que san Ignacio vio en las calles de Roma. Ignacio recaudó dinero entre los ricos; fundó un asilo para las mujeres perdidas. En Roma el santo anunció que sacrificaría su vida si con ello pudiese evitar los pecados de una sola prostituta durante una sola noche.

—Como era de esperar, algún que otro mandamás de la Iglesia Vieja expresó sus dudas; al fin y al cabo, Ignacio de Loyola era católico —le contó Nico Oudejans a Jack—. Entre los protestantes, el mensaje de tu padre se parecía peligrosamente al de Roma. Pero William dijo: «Escuchad, yo no pretendo evitar los pecados de una sola prostituta». Aunque, a su manera, sí lo hacía. «Solo pretendo que esas mujeres se sientan un poco mejor, y si alguna de ellas oye en la música el ruido de nuestro Señor, ¿qué tiene de malo?».

—¿«El ruido de nuestro Señor»? —preguntó Jack.

—Así lo llamaba William, Jack. Decía que si alguien oía el ruido de Dios en el órgano, en el fondo de su alma era creyente.

—¿Dio resultado? —preguntó Jack—. ¿Se convirtió alguna prostituta?

—Consiguió despertar la fe de algunas de esas mujeres —respondió Nico—, pero no creo que una sola dejase de ejercer la prostitución, al menos no hasta mucho después de empezar tu madre. Tu padre no caía bien a algunas prostitutas; lo consideraban uno más de los muchos beatos que las veían con malos ojos. Para ellas, William simplemente había encontrado una manera rara de manifestar su desaprobación. Pero eran muchas más las mujeres que aborrecían a tu madre. Ellas no permitían acercarse al barrio rojo a sus propios hijos; tu madre, en cambio, te arrastraba a ti día y noche de un sitio a otro, solo para volver loco a tu padre.

—¿Le dijiste que solicitarías su deportación? —preguntó Jack. Otro policía entró en el despacho y dejó unos cuantos florines más en la mesa.

—Se deportaba continuamente a las prostitutas sin nacionalidad holandesa —dijo Nico—. Pero tu padre no quería que la deportasen. No quería perderte, Jack. Y a la vez no soportaba verte en ese ambiente.

Jack preguntó por Frans Donker, el afinador. Nico explicó que Donker había

imitado, o intentado imitar, todo lo que hacía William. Donker se pasaba la mitad del tiempo intentando tocar el órgano en lugar de afinarlo.

—Y cuando tu padre necesitaba dormir bien una noche, cuando el cansancio le impedía tocar para las mujeres de Oudekerksplein, Frans tocaba para ellas. Creo que Frans Donker era un poco simplón; quizá se cayó al suelo de cabeza cuando era bebé —especuló el policía—. Pero tu padre trató a Donker como a un animal abandonado. William mimó a Donker, lo compadeció, fue generoso con él. Aunque la verdad es que Donker no se lo merecía; ese chico no se enteraba de nada.

—Se ponía polvos de talco en el trasero —recordó Jack en voz alta.

—Donker imitó incluso los tatuajes de tu padre, pero mal —dijo Nico—. Más tarde encontró un trabajo absurdo, algo que solo a Donker se le ocurriría hacer, y no volvimos a verlo por el barrio.

—Me parece que sé lo que hizo Donker —dijo Jack al policía—. Aceptó un empleo de pianista en un crucero. Viajó a Australia en barco para que lo tatuase Cindy Ray.

—¡Sí, exacto! —exclamó Nico Oudejans—. ¡Vaya memoria la tuya, Jack! Incluso un policía como yo había olvidado ese detalle.

Jack recordaba también a la surinamesa de piel morena; fue una de las primeras prostitutas que le dirigió la palabra. Le había sorprendido que conociese su nombre. Estaba en un escaparate de Korsjespoortsteeg o Bergstraat, no en el barrio rojo sino en la zona donde Jack y su madre habían conocido a Femke. (¡Y él había pensado que Femke era una prostituta poco común cuando en realidad era abogada!).

La prostituta surinamesa le había dado una chocolatina del color de su piel. «Te he guardado esto, Jack», le dijo. Y él creyó durante años que había sido una de las novias de su padre, una de las prostitutas que se había llevado a William a casa y se había acostado con él, como la madre de Jack había inducido a creer al niño. Pero no era verdad.

El padre de Jack no había tenido trato sexual con ninguna prostituta en Amsterdam; William únicamente había tocado el órgano para ellas, un sonido a la vez inmenso y sagrado, que las había impulsado simplemente a escuchar. En cuanto a algunas de ellas —las que habían llegado a oír el ruido del Señor en la música—, quizá las había salvado William de los pecados de una sola noche, aunque fuese más tarde, en sus vidas, cuando unas cuantas abandonaron en efecto la prostitución.

—Yo llamaba a tu padre el san Ignacio de Loyola protestante, cosa que al parecer le complacía —dijo Nico Oudejans a Jack.

Nico también contó a Jack que la prostituta surinamesa fue una de las primeras conversas al cristianismo de William; oyó el ruido de Dios en el órgano y, de la noche a la mañana, empezó a creer.

Jack había perdido la cuenta de los policías que entraban en el despacho y dejaban sus florines en la mesa delante de Nico, pero después de que apareciera y se marchara un policía más, Jack preguntó a Nico si había ganado una apuesta por un

partido o una carrera de caballos.

—He ganado una apuesta por ti, Jack —contestó el policía—. Había apostado con todos los policías del Distrito Dos que algún día, antes de retirarme, Jack Burns entraría en la comisaría de Warmoesstraat y mantendríamos una charla sobre sus padres.

La tarde siguiente, miércoles, Jack fue con Nico a la Oude Kerk para oír ensayar a Willem Vogel, el organista. Vogel se había retirado oficialmente de la enseñanza y de la dirección, pero aún componía para órgano y coro —hacía poco había salido a la luz un CD con sus composiciones— y aún tocaba en la Oude Kerk durante el largo oficio dominical y el ensayo del miércoles por la tarde. Willem Vogel tenía casi ochenta años pero no los aparentaba. Tenía las manos largas y sin vello y llevaba un suéter con bolsas en los codos; en la iglesia sin calefacción, se ataba al cuello una bufanda de lana.

Jack recordaba a la perfección la estrecha escalera revestida de ladrillo que conducía al camarín oculto del organista por encima de los fieles. Al subir, el pasamanos de madera quedaba a un lado, la cuerda encerada de color caramelo al otro. Detrás de la banqueta tapizada en piel había una bombilla sin pantalla, brillante y desnuda; proyectaba una luz perfecta, sin sombras, sobre las amarillentas partituras. Los gastados zapatos de Vogel producían un suave tableteo en los pedales; sus largos dedos emitían chasquidos aún más suaves sobre las teclas.

Jack solo oía el murmullo monótono del coro, muy de fondo, cuando el órgano tocaba a bajo volumen o permanecía en silencio. Cuando Vogel tocaba con ímpetu, apenas se oían las voces de acompañamiento desde el camarín del órgano. En un momento en que el coro cantó sin él, Vogel desenvolvió un caramelo y se guardó pulcramente el papel en el bolsillo antes de echarse el caramelo a la boca.

Para Jack, los nombres impresos en los registros carecían de sentido. Era un mundo fuera de su alcance.

BAARPIJP

8 VOET

OCTAAF

4 VOET

NACHTHOORN

2 VOET

TREMULANT POSITIEF

Jack se esforzó por oír el ruido del Señor en la música. Pero el Señor no le habló ni siquiera cuando Vogel tocó el *Sanctus* y el *Agnus Dei*.

Willem Vogel no llegó a conocer al padre de Jack. Una vez, en 1970, Vogel había salido a cenar ya entrada la noche con unos amigos; uno de ellos propuso ir a la Oude

Kerk a escuchar el concierto de William Burns para las mujeres perdidas, pero Vogel estaba cansado y declinó la invitación.

—Lamento no haberlo oído tocar nunca —dijo el organista a Jack—. Unos dicen que era maravilloso; otros, que William Burns tenía demasiado de *showman* para tomárselo en serio como músico.

A la mañana siguiente, Jack fue con Nico Oudejans a una cafetería donde se habían dado cita con Saskia para tomar un café. Saskia había abandonado la prostitución hacía más de diez años; el hecho de retirarse no le había mejorado el carácter, previno Nico a Jack. Había asistido a una academia de esteticistas y había aprendido a cortar el pelo, y quizá también a maquillar y a hacer la manicura; trabajaba en un salón de belleza de Rokin, una calle ancha y bulliciosa con muchas tiendas de nivel medio.

Saskia había preferido que Nico y Jack no fuesen al salón de belleza. Dada su antigua actividad profesional, ni siquiera una visita amistosa del policía era bien recibida. Y Saskia temía que —en un salón de belleza nada menos— las mujeres armasen mucho alboroto al ver que ella conocía a Jack Burns.

Cuando Jack la vio llegar, pensó que no solo había cambiado de carrera. Había sufrido una transformación completa. Habían desaparecido las pulseras tintineantes destinadas a ocultar la quemadura del brazo. Ya cincuentona, seguía delgada, pero por entonces no tenía el rostro demacrado. No se advertía en ella el menor asomo de la actitud insinuante de su antiguo oficio. Llevaba el pelo corto como un chico. Sobre un jersey de cuello cisne blanco vestía lo que parecía una chaqueta de *tweed* de hombre. Los holgados vaqueros no la favorecían; las botas de media caña y tacón bajo le conferían un andar masculino.

Jack se puso en pie y la besó, pero Saskia se mostró un poco fría con él, no hostil pero tampoco afectuosa. Con Nico apenas fue un poco más cordial. Llevaba un terrier de Yorkshire en su enorme bolso. El perro y Nico parecían viejos amigos; el terrier abandonó de un brinco el bolso de Saskia y se sentó, muy a gusto, en el regazo de Nico mientras el camarero tomaba nota del pedido de Saskia.

Jack medio esperaba que ella pidiese un cruasán de jamón y queso, pero en lugar de eso tomó un café. A Jack no le sorprendió que se hubiese arreglado los dientes. ¿Por qué no habría de incluirse una boca nueva en la transformación?

—Sé a qué has venido, Jack, y no me interesa —empezó Saskia—. No seguiré el juego. —Jack no dijo nada—. Todo el mundo se puso del lado de tu padre. Pero yo odio a los hombres, y tu madre me caía bien. Además, no estaba trabajando en el barrio para tomarme un rato libre e ir a la iglesia a escucharlo tocar aquella empalagosa música de órgano.

—Recuerdo que yo te llevaba cruasanes de jamón y queso —dijo Jack. (Intentaba tranquilizarla, porque se la notaba airada).

—Tu padre rondaba por allí; era donde tu madre le permitía verte mientras ella

compraba el maldito cruasán de jamón y queso. Creo que me moriría en el acto si llegara a comerme otro más.

—¿Tú y Els fuisteis mis niñeras por turno? —preguntó Jack.

—Tu madre nos ayudaba a Els y a mí a pagar el alquiler de nuestras habitaciones —contestó ella—. Alice pagaba una parte del alquiler de Els y una parte del mío. Las tres compartíamos dos habitaciones. Desde el punto de vista económico era un acuerdo razonable.

—¿Mi madre solo admitía vírgenes? —preguntó él.

—¡Algunos de aquellos chicos habían estado con la mitad de las mujeres del barrio! A Alice solo le interesaba que pareciesen vírgenes —respondió Saskia.

—¿Creía sinceramente que mi padre volvería con ella solo para que abandonase la prostitución?

—Creía que tu padre haría casi cualquier cosa por protegerte, por darte la vida que en su opinión merecías, que no era una vida en el barrio rojo —dijo Saskia—. Fue aquella abogada de mierda quien encontró la manera de que tu madre abandonase la prostitución.

—¿No te caía bien la abogada? —preguntó Jack. Recordó que Saskia y Els habían gritado a Femke, que él pensó que Els y Femke habían estado en un tris de llegar a las manos.

—Femke era una gilipollas y una beata del mismo calibre que tu puto padre, Jack. Por un lado era la defensora declarada de los derechos de las prostitutas; por otro, quería que todas volviésemos a estudiar o aprendiésemos otro oficio.

—¿Cuál fue el acuerdo que ofreció a mi madre?

—Femke le dijo a tu madre que dejase la calle y te llevase a Canadá. Esa vez, tu padre no te seguiría, prometió Femke. Si tu madre te metía en un buen colegio, si te mantenía en un colegio, tu padre correría con todos los gastos. Pero tu madre era implacable; dijo a Femke que tu padre debía comprometerse a no intentar siquiera conseguir la custodia compartida. Y él tuvo que prometer que no iría a verte, ni siquiera cuando fueses mayor, ni siquiera si Alice moría.

—Pero ¿por qué prometió mi padre una cosa así?

—Optó por tu seguridad, Jack, aun a costa de no poder ponerse ya nunca en contacto contigo —dijo Nico Oudejans.

—Si tu madre no podía tener a tu padre, él no podría tenerte a ti —dijo Saskia—. Fue así de sencillo. Mira, Jack, tu madre se habría abierto la garganta y muerto desangrada delante de ti solo por darle una lección a tu puto padre.

—¿Qué lección era esa? —exclamó Jack—. ¿Que nunca debería haberla dejado?

—Mira, Jack —repitió Saskia—, yo admiraba a tu madre porque puso un precio al abandono de tu padre, un precio alto. La mayoría de las mujeres nunca reciben nada en compensación por las atrocidades que les hacen los hombres.

—Pero ¿qué atrocidad le hizo él a mi madre? —preguntó Jack a Saskia—. ¡Solo la dejó! No me abandonó a mí; le mandó dinero para mi educación y para mis otros

gastos...

—No puedes dejar embarazada a una mujer y luego cambiar de idea sobre ella y no asumir el coste, Jack —dijo Saskia—. Tú pregúntale a tu padre.

Nico había permanecido en silencio después de decirle a Jack que su padre había optado por su seguridad. Saskia, al igual que Alice, había preferido obviamente la venganza a la razón.

—¿También cortas el pelo a hombres? ¿O solo a mujeres? —preguntó Jack. (Intentaba serenarse un poco).

Saskia sonrió. Había terminado el café. Emitió un chasquido con los labios semejante a un beso, y el terrier de Yorkshire abandonó de un salto el regazo de Nico y fue a sus brazos. Volvió a meter el pequeño perro en el bolso y se levantó.

—Solo a mujeres —contestó, aún sonriente—. Pero ahora eres ya un hombre hecho y derecho, Jackie; si quieres que alguien te corte las bolas, solo tienes que pedírmelo.

—Supongo que la faceta de la castración no la aprendió en la academia de esteticistas —comentó Nico Oudejans mientras ambos observaban alejarse a Saskia. No se volvió ni una sola vez para despedirse; sencillamente se fue.

—¿Y Els? —preguntó Jack a Nico—. Supongo que también sabes qué ha sido de ella.

—Por suerte para ti —contestó Nico—, Els tiene mejor carácter.

—¿No se dedica a cortar el pelo? —preguntó Jack.

—Ya lo verás —dijo el policía—. Todo el mundo tiene una historia, Jack.

Nico llevó a Jack más allá de Damrak, fuera del barrio rojo. Abriéndose paso entre el gentío que iba de compras cruzaron Nieuwendijk y llegaron a Sint Jacobsstraat, una callejuela donde Els ocupaba un apartamento en el primer piso de un edificio. Su escaparate con la luz roja era un tanto insólito para una prostituta, no solo por estar fuera del barrio sino, además, porque su habitación no estaba en la planta baja. Aun así, cuando Jack consideró que Els contemplaba desde las alturas su vida en la prostitución —se había criado en una granja y también había contemplado desde arriba su vida en la granja—, pensó que Els, en su escaparate por encima de la acera, estaba en el lugar que le correspondía.

Durante el día saludaba a los transeúntes con bullicioso afecto, pero Nico contó a Jack que Els era más rigurosa por la noche. Si un borracho o un drogadicto se ponía a mear en la calle, ella lo enfocaba con un reflector policial y censuraba con estridencia su mala educación. En Sint Jacobsstraat, Els era aún prostituta, pero también se había erigido en *sheriff* por iniciativa propia. Las drogas habían cambiado el barrio rojo y la habían obligado a marcharse. El alcohol y las drogas habían matado a sus únicos hijos. (Dos hombres jóvenes, muertos ambos con poco más de veinte años).

Jack se había equivocado al pensar que Els era más o menos de la edad de su

madre, o solo un poco mayor. Incluso viéndola desde la calle, advirtió que pasaba de los setenta años; cuando Jack tenía cuatro, Els debía de haber cumplido ya los cuarenta.

—¡Jackie! —exclamó Els lanzándole besos—. ¡Mi niño ha vuelto! —anunció a toda Sint Jacobsstraat—. ¡Jackie, Jackie, ven a abrazar a tu vieja niñera! Tú también, Nico. Puedes abrazarme si quieres.

Subieron por la escalera hasta su apartamento. La habitación escaparate era solo una pequeña parte de la vivienda, que estaba impecablemente limpia; el olor del molinillo de café de la cocina impregnaba toda la casa. Els tenía una sirvienta, una mujer mucho más joven que ella llamada Marieke, quien de inmediato empezó a moler unos granos para preparar café. Como antigua campesina, Els detestaba las tareas domésticas, pero conocía la importancia de mantener la casa limpia. Compartía sus deberes de prostituta con otra «chica», explicó a Jack; las dos se turnaban en la habitación escaparate, aunque Petra, la otra prostituta, no vivía en el apartamento.

—¡Petra es la joven, yo la vieja! —exclamó Els con desenfado. (Jack no conoció a Petra, pero Nico le informó de que tenía sesenta y un años).

Els, que admitió tener «unos setenta y cinco», explicó que la mayoría de sus clientes habituales la visitaban por la mañana.

—Por la tarde hacen la siesta y ya no tienen edad para salir de noche. —Los únicos clientes que la visitaban de noche eran los que subían de la calle; es decir, si casualmente pasaban por allí cuando Els estaba sentada en el escaparate. Por lo general, dejaba que Petra ocupase el escaparate—. De noche duermo —reconoció Els, y le dio un apretón en el antebrazo a Jack—. O voy al cine, sobre todo si ponen alguna película tuya, Jackie.

Els siempre había sido una mujer grande, de busto imponente. Sus senos la precedían con la autoridad de la proa de un gran buque; sus caderas se bamboleaban al caminar. Era descomunal pero no gorda; Jack notó, sin embargo, que le colgaba la carne en los antebrazos y por detrás de la parte superior de los brazos y que andaba con una leve cojera. Tenía el corazón enfermo, afirmó, «y puede que una embolia en el cerebro». Els se señaló agoraramente la cabeza; aún llevaba una peluca de color rubio platino.

—Jackie, tomo tantas pastillas a diario que pierdo la cuenta —dijo, y le besó la mejilla.

Además, Els tenía problemas con el casero, le quiso transmitir a Nico; quizá la policía podía hacer algo con el nuevo propietario del edificio. «Como pegarle un tiro», dijo a Nico con una sonrisa, y le besó la mejilla; luego volvió a besar a Jack. Habían tenido una discusión por el alquiler y problemas con la contribución urbana; en su opinión el nuevo casero era un capullo.

Els era desde hacía tiempo portavoz del sindicato de prostitutas; a menudo daba charlas en los institutos sobre la vida de las prostitutas. Los estudiantes, muchos de ellos de solo dieciséis años, le hacían preguntas sobre el primer contacto sexual. Años



atrás tuvo un marido; llevaba tres años casada cuando su marido averiguó que era puta.

Tenía un moretón en la cara, y Nico le preguntó si estaba recuperándose de un ojo a la virulé, quizá debido a la agresión de alguno de los clientes que subían de la calle.

—No, no —contestó ella—. Mis clientes no se atreverían a pegarme. —Els se había visto envuelta en una pelea en una cafetería de Nes, a un paso de la plaza Dam. Se había tropezado con una antigua prostituta que no le había dirigido la palabra—. Una mala zorra que ahora se las da de santa —dijo—. Tendrías que ver cómo le quedó la cara a ella, Nico.

Jack pensó que el asunto de la mujer que se las daba de santa podía ser un buen punto de partida para una conversación sobre su padre. Els no solo lo había conocido; sin saberlo Alice, había ido con frecuencia a la Oude Kerk a altas horas de la madrugada para oír tocar el órgano a William. Jack dedujo que Els no había oído el menor ruido del Señor, sino solo música. Para su sorpresa, Els le contó que lo había llevado a la Iglesia Vieja una noche.

—Pensé que incluso si no recordabas haber oído tocar a William, tal vez una parte de ti absorbería el sonido —dijo ella—. Pero tuve que llevarte en brazos hasta allí. Dormiste todo el camino y no abriste los ojos ni apartaste la cabeza de mi pecho en ningún momento. Dormiste de un tirón durante un concierto de dos horas, Jackie. ¡No oíste ni una sola nota! No sé qué podrías recordar de aquello.

—No gran cosa —admitió él.

Jack sabía lo escondido que estaba el camarín del organista en la Oude Kerk. Sabía que su padre no lo habría visto dormido en el pecho de la enorme prostituta, y quizá fuera mejor así, teniendo en cuenta la opinión de su padre sobre lo que Nico había llamado «este ambiente».

Como Saskia y Alice estaban más solicitadas —porque tenían más clientes, informó Els a Jack—, Els era la canguro de Jack (su «niñera», como ella decía) la mayor parte del tiempo.

—¡Y yo era más fuerte que tu madre o que Saskia, así que tenía que acarrearle! —exclamó ella. Lo había llevado a cuestras de cama en cama—. Solía pensar que eras como una de nosotras, una de las prostitutas —le dijo a Jack—. Porque nunca te ibas a la cama una sola vez; porque siempre estaba sacándote de una cama y remetiéndote las mantas en otra.

—Recuerdo que tú y Femke casi llegasteis a las manos —dijo él.

—Podría haberla matado. ¡Debería haberla matado, Jackie! —exclamó Els—. Pero Femke fue quien cerró el acuerdo, y algo tenía que hacerse. Es solo que fue un mal acuerdo, por eso me puse como loca. A los abogados les trae sin cuidado lo que es justo. Para un abogado, un buen acuerdo es cualquier acuerdo pactado por las dos partes.

—Els, como tú dices, algo tenía que hacerse —dijo Nico.

—Vete a la mierda, Nico —contestó Els—. Tú tómate el café y calla.

Era un buen café; Marieke había preparado también unas pastas.

—¿Me vio mi padre marcharme de Amsterdam? —preguntó Jack a Els.

—Te vio marcharte de Rotterdam, Jackie. Vio cómo zarpaba el barco del puerto. Femke lo llevó a los muelles; lo acompañó a Rotterdam en su coche. Saskia no quiso saber nada. Nos llevó a tu madre, a ti y a mí a la estación de tren en Amsterdam, pero no estuvo dispuesta a soportar más dramas que ese. Esa era la palabra que usaba Saskia para referirse a las despedidas: las llamaba dramas.

—Entonces, ¿tú nos acompañaste a mi madre y a mí en tren a Rotterdam?

—Fui con vosotros a los muelles. Os dejé a bordo del barco, Jackie. Tu madre no estaba de mucho mejor ánimo que tu padre. Por lo visto acababa de tomar conciencia de que a partir de ese día no volvería a ver a William, por más que ese acuerdo fuera, según ella, lo que quería.

—¿Viste a mi padre en los muelles?

—Femke, la muy zorra, no salió del coche, pero tu padre sí —respondió Els—. No hizo más que llorar; se vino abajo. Se tiró al suelo. Tuve que ayudarlo a levantarse; tuve que tomarlo en brazos y llevarlo hasta el Mercedes de esa abogada de mierda.

—¿Es verdad que Tattoo Peter tenía un Mercedes? —preguntó Jack.

—Femke tenía uno mejor, Jackie —dijo Els—. Llevó a William de regreso a Amsterdam en su Mercedes. Yo cogí el tren desde Rotterdam. En mi cabeza seguía viendo cómo decías adiós desde el barco. Pensaste que te despedías de mí, y yo también me despedía de ti con la mano, claro, pero en realidad era a tu padre a quien decías adiós. Vaya un acuerdo, ¿eh, Nico? —preguntó al policía con aspereza.

—Algo tenía que hacerse, Els —repitió él.

—Vete a la mierda, Nico —contestó otra vez la vieja prostituta.

Cuando Jack volvió al Grand, lo esperaban dos faxes; leerlos en el orden equivocado no lo ayudó. Empezó por una sorprendente propuesta de Richard Gladstein, un productor de cine. Bob Bookman había enviado a Gladstein el guión de *La lectora de morralla*.

«Querido Jack:

»¡Quédate ahí en Amsterdam! ¿Qué te parece si nos reunimos con William Vanvleck? Sé que has trabajado antes con Bill el Desquiciado. He tenido la sensación de que *La lectora de morralla* es una especie de remake, quizás el trabajo ideal para el Monstruo del Remake. Piénsalo: la historia viene a ser una versión de una película porno pero no una película porno, ¿no es así? No *mostraríamos* nada pornográfico, pero la idea misma de la relación entre James Stronach, “Jimmy”, y Michele Maher es un *poco* pornográfica, ¿verdad? (Él la tiene demasiado grande; ella lo tiene demasiado pequeño. ¡Genial!). Deberíamos hablarlo, pero primero dame tu opinión

sobre el Holandés Loco. Casualmente él está en Amsterdam y tú estás en Amsterdam. Si te gusta la idea de tener a Vanvleck como director, podría reunirme con vosotros allí.

»Richard».

Todo quedó más claro cuando Jack leyó el segundo fax, que debería haber leído primero. Era de Bob Bookman de C. A. A.

«Querido Jack:

»A Richard Gladstein le ha encantado tu guión de *La lectora de morralla*. Quiere hablar contigo de los posibles directores. Richard tiene la disparatada —o quizá no tan disparatada— idea de utilizar a Bill Vanvleck el Desquiciado. Llámame. Llama a Richard.

»Bob».

En su entusiasmo, Jack telefoneó a Richard Gladstein a su casa y lo despertó. (En Los Ángeles era muy temprano).

Bill Vanvleck el Desquiciado tenía casi setenta años si no los había cumplido ya. Había abandonado Beverly Hills y vuelto a Amsterdam. En Hollywood nadie le había propuesto dirigir una película desde hacía un par de años. El Monstruo del Remake había vendido su horrenda mansión en Loma Vista Drive. Había ocurrido algún percance con los galgos ingleses. Jack recordaba aquellos perros pequeños y flacos que corrían libremente por la mansión, resbalando y cayendo en los suelos de madera noble.

Alguna desgracia les había sucedido a la cocinera y al jardinero de Bill el Desquiciado, la pareja de Surinam. Richard Gladstein le contó a Jack que alguien se había ahogado en la piscina de Vanvleck. Richard no recordaba si fue la mujer surinamesa del tamaño de un niño o su marido igualmente minúsculo. (¡Acaso la víctima del ahogamiento había sido uno de los galgos!).

Así pues, el Holandés Loco había regresado a Amsterdam, donde vivía con una mujer mucho más joven que él. Vanvleck tenía una serie de éxito en la televisión holandesa; a juzgar por la descripción de Richard Gladstein, Bill el Desquiciado había hecho una versión de *Corrupción en Miami* ambientada en el barrio rojo de Amsterdam.

Richard habló de las dificultades de persuadir a Miramax de la conveniencia de contratar a William Vanvleck para dirigir *La lectora de morralla*, eso en el supuesto de que la reunión de Richard y Jack con el Holandés Loco llegase a buen puerto. Pero la idea, coincidieron Gladstein y Jack, tenía posibilidades. (Bob Bookman había enviado ya por correo urgente el guión de Jack a Bill el Desquiciado).

Richard y Jack comentaron también la idea de asignar el papel de Michele Maher

a Lucia Delvecchio.

—Tendría que perder unos diez kilos —dijo Jack a Richard.

—¡A ella le encantaría! —exclamó Gladstein. De eso apenas había duda, pensó Jack. En Hollywood había muchas mujeres que querían perder diez kilos; sencillamente necesitaban una razón.

Cuanto más pensaba Jack en Bill Vanvleck el Desquiciado, más le gustaba la idea. Lo que siempre había fallado con el material del Monstruo del Remake era el propio material; a saber, los guiones de Bill el Desquiciado. Y no solo por la manera en que plagiaba otro material mejor, sino por lo mucho que se excedía; siempre llevaba la parodia más allá de lo razonable. Si uno se muestra irreverente con todo, no queda nada ni nadie que despierte las simpatías del público. Contrariamente, la historia de Emma presentaba empatía, tanto por la lectora de morralla que lo tenía demasiado pequeño como por el actor porno y mal guionista con el pene grande. Vanvleck nunca había dirigido antes un guión con *empatia*.

Jack lamentó no poder preguntar a Emma qué le parecía la idea, pero no creía que ella fuese a revolvele en la tumba por trabajar con Bill Vanvleck el Desquiciado como director.

Jack volvió a salir bajo la lluvia. Pasó por delante de la Casa Rosso, donde ponían películas porno y ofrecían espectáculos de sexo en directo. (Más consejos, había pensado Jack en otro tiempo). No se sintió tentado de ver el espectáculo, ni siquiera como investigación para *La lectora de morralla*.

Visitó una vez más la comisaría de Warmoesstraat, pero Nico estaba en el barrio rojo por razones de trabajo. Un par de agentes jóvenes, los dos de uniforme, le dijeron a Jack que, en su opinión, la serie de televisión de William Vanvleck sobre policías de homicidios era aceptablemente auténtica. Bill el Desquiciado se había pasado un tiempo en la comisaría de Warmoesstraat; había recorrido el barrio con auténticos policías de ronda. Era una buena señal que a dos agentes verdaderos les gustase la serie policiaca de televisión.

Jack hizo algo de ejercicio en un gimnasio de Rokin. Era un buen gimnasio, pero la música estaba demasiado alta y no daba tregua; oyéndola, tenía la sensación de que se entrenaba precipitadamente, pese a que estaba tomándoselo con calma. Su cita con Femke, que había concertado Nico, no era hasta las cuatro de esa tarde. No tenía prisa. Cuando Jack regresó al Grand después del gimnasio, Nico Oudejans le había dejado un paquete en recepción: un vídeo de la serie de Vanvleck sobre homicidios.

Jack se duchó y se afeitó, se puso ropa presentable y volvió a salir. El bufete Marinus y Jacob Poortvliet estaba en Singel. Femke, su madre, se había retirado. Jack comprendió de inmediato por qué a su madre le había sido tan fácil inducirlo a pensar erróneamente que Femke ocupaba una habitación de prostituta en Bergstraat. El bufete de los Poortvliet estaba poco más o menos a medio camino entre Bergstraat y Korsjespoortsteeg; las prostitutas de más alto nivel trabajaban casi a la vuelta de la esquina.

Le sonaron pequeños detalles de la oficina; tanto los coches que circulaban por Singel como los peatones que pasaban por la acera se veían desde la butaca de lectura de piel y desde el gran sofá también de piel. Algunos de los paisajes colgados en las paredes de la oficina también le sonaron. Jack recordó incluso la alfombra, que era oriental.

Femke llegó tarde; Jack habló con sus hijos. Estos, que en 1970 estudiaban en la universidad, eran unos caballeros de más de cincuenta años con indumentaria conservadora. Pero incluso la gente de su generación recordaba al controvertido organista, William Burns, que tocaba de madrugada para las prostitutas en la Oude Kerk. Los conciertos de órgano en la Iglesia Vieja se habían convertido en una de las salidas nocturnas favoritas entre los estudiantes universitarios.

—Algunos de nosotros considerábamos a su padre un activista, un reformador social. Al fin y al cabo, expresaba una profunda solidaridad ante la difícil situación de las prostitutas —le dijo Marinus a Jack.

—Otros adoptaron un punto de vista común entre algunas de las prostitutas; me refiero a aquellas que no se encontraban entre el público de William en la Iglesia Vieja. A sus ojos, William era un charlatán fanático; convertir a las prostitutas equivalía nada menos que a apartarlas de la prostitución —explicó Jacob.

—Pero tocaba de maravilla —dijo Marinus—. Al margen de la opinión que uno tuviese de William, era un organista extraordinario.

Los hermanos Poortvliet se dedicaban al derecho de familia; no solo se ocupaban de casos de divorcio y custodia de hijos, sino que también resolvían disputas hereditarias y asesoraban en planificación patrimonial. La mayor dificultad del caso de William Burns estribaba en que, si bien disponía de un visado para trabajar en Holanda durante un periodo de tiempo limitado, aún tenía nacionalidad escocesa. Alice, que era ciudadana canadiense, no disponía de ese visado, pero en el caso de extranjeros contratados como aprendices de artistas del tatuaje holandeses la policía concedía varios meses de exención fiscal sobre las rentas del trabajo. Transcurrido ese plazo, los presionaban para que se marchasen o pagasen a Hacienda.

En los tribunales holandeses no podía plantearse un caso de custodia de hijos, porque los padres de Jack no eran súbditos de Holanda. Pese a que su madre exponía a Jack de un modo vergonzoso a su nueva vida como prostituta, su padre no tenía medio de reclamar la custodia del niño. Ahora bien, sí era posible obligar a Alice a abandonar el país, aduciendo en esencia que, como prostituta, había mantenido relaciones sexuales con menores reiteradamente. Y atraía como un imán la repulsa generalizada en el colectivo de las prostitutas. (Como si cantar himnos y entonar oraciones en su escaparate y ante su puerta no caldease ya bastante los ánimos, Alice arrastraba a su hijo de cuatro años de una parte a otra del barrio).

—A usted lo llevaba en brazos, día y noche, la gigante aquella entre las putas —le dijo Marinus Poortvliet a Jack.

—La mitad del tiempo estaba dormido o tan inerte como una bolsa de comestibles

—añadió su hermano Jacob.

—Las prostitutas lo llamaban «la compra de toda la semana», porque en los brazos de aquella mujer parecía una bolsa de comestibles que podía alimentar a una familia durante una semana —explicó Marinus.

—Así pues, la ley holandesa tenía la posibilidad de deportar a mi madre pero no de concederle a mi padre mi custodia —dijo Jack para asegurarse.

Los dos hijos asintieron con la cabeza.

En ese momento llegó Femke, y Jack se sintió intimidado ante su presencia una vez más, no porque fuese una clase de prostituta temible y distinta, sino porque le pareció una gran iniciadora. (Al margen de la experiencia que uno creyese tener, Femke podía «iniciarlo» en algo que uno no conocía ni había imaginado siquiera).

—Cuando te veo en el cine —le dijo a Jack sin molestarse en saludar—, veo a alguien tan guapo y talentoso como tu padre, pero ni la mitad de franco, de absolutamente incauto. Tú eres muy cauto, ¿verdad, Jack Burns? —preguntó y se sentó en la butaca de lectura. ¡Y Jack había pensado en otro tiempo que ella se ponía en ese lugar en la ventana que daba a la acera para atraer a los clientes de la calle!

—Gracias por recibirme —dijo Jack a Femke.

—Es muy cauto, ¿no? —preguntó ella a sus hijos, sin esperar de ninguno de ellos más que un gesto de asentimiento o de negación con la cabeza. No era una verdadera pregunta; Femke ya había decidido la respuesta.

A los setenta y ocho años, solo un par más que Els, Femke conservaba todavía las curvas sin estar gorda. Su elegancia en el vestir, aparentemente innata, le dejó muy claro a Jack que solo un idiota (o un niño de cuatro años) podía confundirla con una puta. Tenía la piel tan tersa como la de una mujer de cincuenta años que se cuida bien; el cabello, que era el suyo propio, era de un blanco puro como la nieve.

—Si hubiese sido holandés, a tu padre le habría conseguido la custodia en un abrir y cerrar de ojos, Jack. De buena gana habría mandado a tu madre de regreso a Canadá sin su hijo —dijo Femke—. El problema fue que tu padre la perdonó. Le habría perdonado cualquier cosa con tal de que prometiese actuar contigo como era debido.

—¿Eso significa buenos colegios, un barrio seguro y cierto asomo de estabilidad? —preguntó Jack.

—Esas cosas no son malas, ¿verdad que no? —dijo Femke—. Según parece, estás vivo y bien educado. Me atrevería a decir que, por el rumbo que había tomado tu madre, eso aquí no habría ocurrido. Además, por lo menos empezaba a aceptar que William nunca volvería con ella; eso empezó en Helsinki. Pero que William aceptase el dolor de perder todo contacto contigo si Alice te llevaba de regreso a Canadá y cuidaba de ti, como era la obligación de una madre..., en fin, eso fue toda una sorpresa. Para tu madre y para mí. No esperábamos que accediese. Pero las dos infravaloramos lo buen cristiano que era. —Femke no dijo «cristiano» con tono de aprobación—. Yo solo fui la negociadora. Quería forzar un acuerdo más favorable

para tu padre. Pero ¿qué puede una hacer cuando las partes en conflicto se ponen de acuerdo? ¿Acaso un trato no es un trato?

—¿Lo llevó usted en coche al puerto de Rotterdam? —preguntó Jack—. ¿Los dos, mi padre y mi madre, respetaron el acuerdo hasta el final?

Femke miró por la ventana el lento tráfico de Singel.

—Tu carita en la cubierta del barco fue la única cara sonriente que vi, Jack. Tu madre tuvo que levantarte en brazos para que vieses por encima de la barandilla. Te despediste con la mano de aquella puta gigante. Por cómo se desplomó tu padre en el suelo, pensé que había tenido un ataque al corazón. Pensé que me llevaría un cadáver de vuelta a Amsterdam, con toda probabilidad en el asiento trasero del Mercedes. Aquella prostituta enorme lo levantó y lo trajo en brazos hasta mi coche; lo trajo en brazos con la misma facilidad con que te llevaba a ti. Yo aún pensaba que tu padre estaba muerto, claro.

No quería a William en el asiento delantero, pero allí fue donde lo colocó aquella puta inmensa. Vi que estaba vivo, pero nadie lo habría dicho. «¿Qué he hecho? ¿Cómo he podido? ¿Qué tipo de persona soy, Femke?», me preguntó tu padre. «Eres un cristiano recalcitrante, William. Perdonas demasiado», le dije. Pero el acuerdo estaba cerrado, y tu padre era el único hombre del mundo que se atendería a su parte de un acuerdo así. A juzgar por tu aspecto, Jack, tu madre se atuvo también a su parte del trato..., más o menos.

En ese momento, Jack los odió a los dos: a su madre y a su padre. En el caso de su madre, las razones eran bastantes obvias. En el caso de su padre, Jack vio de pronto que se había *rendido*. ¡William Burns había renunciado a su hijo! Jack estaba furioso. Femke, una buena abogada aunque ya retirada, vio la furia en el rostro de Jack.

—¡Bah, supéralo! ¡No seas niño! —dijo ella—. ¿Qué hace un hombre hecho y derecho, con buena salud, revolviendo el pasado? Sigue adelante, Jack. Cásate, procura ser un buen marido, y sé un buen padre para tus hijos. Con un poco de suerte, verás lo difícil que es. Deja de juzgarlos a los dos, a William y a tu madre.

Por la forma en que sus dos hijos hechos y derechos la minaban, Jack supo que sentían adoración por ella. Femke miró otra vez por la ventana; hubo algo de inapelable en su manera de volver la cara de perfil a Jack, como si la reunión hubiese acabado y ella no tuviese nada que añadir. Nico Oudejans le había pedido que recibiese a Jack, y probablemente ella sentía un considerable respeto por Nico, más que por Jack. Había cumplido con su deber, decía su rostro de perfil; Femke no iba a ofrecer más información a Jack por propia iniciativa.

—Si me permite hacerle solo una pregunta, me gustaría saber qué fue de él, en primer lugar, adonde se marchó —dijo Jack—. Supongo que no se quedó en Amsterdam.

—Claro que no se quedó —contestó ella—. No iba a quedarse cuando te podía imaginar en cada esquina, cuando la imagen de tu madre estaba grabada en la pose

lasciva de cada prostituta, en cada escaparate chillón y en cada puerta sucia del barrio.

Jack guardó silencio. Con sus miradas y gestos suplicantes, los hijos de Femke lo instaban a ser paciente. Si esperaba a que la anciana se calmase, Jack obtendría lo que había ido a buscar, o eso parecían transmitir los hijos de Femke.

—Hamburgo —dijo Femke—. ¿Qué organista no quiere tocar en una de esas iglesias alemanas, en algún lugar incluso donde quizás en otro tiempo tocó el propio Bach? Era inevitable que William fuese a Alemania, pero en Hamburgo había algo especial. Ahora no recuerdo qué. Dijo que quería echarle la mano a un Herbert HofFman, un órgano famoso, seguramente.

Jack obtuvo un pequeño placer en corregirla; era esa clase de mujer.

—Un tatuador famoso, no un órgano —le dijo a Femke.

—Gracias a Dios, no vi los tatuajes de tu padre —dijo Femke con desdén—. Solo me gustaba escucharlo tocar.

Jack dio las gracias a Femke y a sus hijos por dedicarle su tiempo. Echó un vistazo a las prostitutas en sus escaparates y delante de las puertas en Bergstraat y Korsjespoortsteeg antes de regresar al Grand, esa vez eludiendo el barrio rojo. Jack se alegró de tener el vídeo de la serie policiaca de Bill Vanvleck el Desquiciado, porque no le apetecía salir del hotel.

En la cinta había más de un episodio de la serie. El preferido de Jack fue uno sobre un antiguo miembro de la brigada de homicidios, un hombre mayor que vuelve a la academia de policía a los cincuenta y tres años. Se llama Christiaan Winter y acaba de divorciarse. Está distanciado de su única hija —una universitaria— y hace un curso de adiestramiento sobre nuevos métodos policiales para afrontar la violencia doméstica. Antes la policía era demasiado indulgente con los autores de esa clase de delitos; ahora los detenían.

Lógicamente el diálogo estaba en holandés; Jack tuvo que adivinar qué decían. Pero era una historia centrada en el personaje; Jack conocía a Christiaan Winter de un episodio anterior, en el que el matrimonio del policía se deterioraba. En el episodio sobre la violencia doméstica, Winter se obsesiona con lo que ven los niños en esas situaciones. Todos los datos estadísticos apuntan al hecho de que los hijos de hombres que maltratan a sus esposas acaban maltratando a sus propias esposas, y los hijos que reciben malos tratos se convierten en hombres que maltratan a sus hijos.

A Jack no le resultó nuevo el mensaje social, pero Vanvleck lo había relacionado con la vida personal del policía. Si bien Winter nunca pegó a su esposa, los malos tratos verbales —de Winter y de su esposa— sin duda afectaron negativamente a la hija. Uno de los primeros casos de violencia doméstica en los que interviene Christiaan Winter termina en homicidio, su antigua especialidad. Al final, se reúne con su anterior equipo.

La serie policiaca de Vanvleck estaba más en la línea del realismo sobrio que cualquiera de las que se emitían en la televisión norteamericana; había menos



violencia visible, y el contenido sexual era más manifiesto. Tampoco los finales felices se abrían paso de manera inverosímil en ninguno de los episodios; Christiaan Winter no se reúne con su familia. Lo más que consigue es una conversación distendida con su hija en una cafetería, donde ella le presenta a su nuevo novio. Se adivina que al veterano policía no le cae bien el novio, pero se reserva su opinión. En la última toma, después de darle un beso a su hija en la mejilla, Winter se da cuenta de que el novio ha dejado dinero en la mesa para el café.

Aquello era *calidez noir*, que era en lo que Bill el Desquiciado sobresalía, o al menos eso le dijo Jack a Nico Oudejans cuando Nico fue a verlo para conocer su opinión sobre la serie de Vanvleck. A Nico también le gustaba la serie. No preguntó a Jack cómo había ido la reunión con Femke. Nico conocía a Femke; como buen policía, también conocía en detalle la historia de Alice la Hija. Jack explicó a Nico que Herbert Hoffman era un artista del tatuaje, no un órgano. Naturalmente, Nico preguntó a Jack si iría a Hamburgo.

No iría. Jack sabía que quizá los actores estaban mejor preparados para mentir que otras personas, pero no eran más propensos a mentirse a sí mismos, e incluso los actores deberían saber que no era conveniente mentir a un policía.

—¿Qué más me queda por saber? —preguntó Jack a Nico, y este no contestó. El policía siguió mirando a Jack a los ojos, luego a las manos y otra vez a los ojos. Jack empezó a hablar más deprisa; para Nico, los pensamientos de Jack eran más hilvanados que consecutivos, pero el policía no puso en duda sus intenciones.

Jack dijo que esperaba, por el bien de su padre, que William tuviese otra familia. Jack no invadiría la intimidad de su padre; al fin y a la postre, William no había invadido la de Jack. Además, Jack sabía que Herbert Hoffman se había retirado. Alice veneraba a Hoffman, pero Jack dejaría en paz también a Herbert Hoffman. ¿Qué más daba que Hoffman hubiese conocido casi con toda seguridad a William Burns?

—Quizá te da miedo encontrarlo ahora que estás más cerca, Jack —dijo Nico.

Le tocaba a Jack guardar silencio; al menos procuró no aparentar miedo.

—Quizá te da miedo causarle dolor a tu padre o que él se niegue a verte —dijo el policía.

—¿No querrás decir causarle más dolor aún? —preguntó Jack.

—Ahora que estás más cerca, quizá no quieres acercarte más, solo digo eso, Jack.

—Quizá —contestó Jack. Ya no se sentía como un actor. Jack Burns era un niño que nunca había conocido a su padre, un niño que habían mantenido alejado de su padre; quizá lo que de verdad le daba miedo a Jack era perder la posibilidad de seguir utilizando la desaparición de su padre como *excusa*. Eso habría dicho Claudia, pero Nico no añadió nada más.

Si William había deseado un Herbert Hoffman, Jack creía saber de qué clase de tatuaje se trataba. Imaginó que era uno de los veleros de Hoffman, vistos a menudo al zarpar de puerto o en mar abierto durante un largo viaje. A veces aparecía un faro

apagado y el barco rumbo a las rocas. *La Tumba del Marino* de Herbert Hoffman se encontraba entre sus tatuajes más famosos; asimismo estaban su *Ultimo Puerto* y su *Letzte Reise* o *Ultimo Viaje*. En la mayoría de los casos, los veleros de Hoffman navegaban hacia el peligro o hacia aventuras desconocidas; la sensación que daban sus tatuajes era de despedida, aunque Herbert Hoffman también había hecho no pocos tatuajes sobre el regreso a casa.

Un Regreso a Casa no sería lo que habría elegido su padre, pensaba Jack. Según la percepción de Jack, en el barco que lo había alejado de su padre habría estado más presente la sensación de Tumba del Marino o de despedida, al menos desde el punto de vista de William. Un barco zarpando transmite la idea de un futuro incierto.

O acaso William Burns había seguido añadiendo notas musicales a su piel. Eso Jack también podía imaginarlo.

Había un vuelo directo de Los Ángeles a Amsterdam, algo más de diez horas en el aire. Richard Gladstein llegaría cansado. Saldría de Los Ángeles a las 16:10 y aterrizaría en Amsterdam a las 11:40 del día siguiente. Jack supuso que Richard desearía echarse un rato antes de quedar a cenar con Vanvleck esa noche.

Durante dos días, Jack solamente abandonó la habitación del hotel para ir al gimnasio de Rokin. Se alimentó a base del servicio de habitaciones; escribió hojas y hojas a Michele Maher. No consiguió nada que pudiera enviarle, pero el papel de carta del Grand era más abundante y más atractivo que el del hotel Torni.

Se le ocurrió una manera ingeniosa de hacerle a Michele Maher la pregunta sobre los tatuajes en todo el cuerpo, es decir, desde el punto de vista dermatológico.

«Querida Michele:

»Como dermatóloga, ¿se te ocurre alguna razón para que una persona con tatuajes en todo el cuerpo sienta frío?

»Por favor, reenvíame la postal que adjunto ya sellada y con el nombre y dirección del remitente después de marcar la casilla oportuna.

»Un cordial saludo,

»Jack».

En una postal del canal de Oudezijds Voorburgwal, daba a Michele las siguientes opciones:

« No.

» Sí. ¡Hablemos de ello!

»Con cariño,

»Michele».

Naturalmente, no mandó la carta ni la postal. Para empezar, no disponía de un sello estadounidense para el reenvío; por otra parte, el «Con cariño, Michele» era dar muchas cosas por supuestas después de quince años.

El segundo día que pasó solo, Jack estuvo a punto de ir a ver a Els otra vez a su apartamento de Sint Jacobsstraat. No quería acostarse con una prostituta de más de setenta años; simplemente sentía aprecio por Els.

Jack se pasó en vela casi toda la noche, imaginando su carita en la cubierta del barco, donde su madre lo había levantado en brazos por encima de la barandilla. Jack solo sonreía y movía la mano en una interminable despedida, mientras el daño se propagaba alrededor, siendo su padre el mayor afectado.

En Hamburgo, quizá William había conocido a alguien; tal vez eso lo había ayudado a olvidar a Jack, si es que alguna vez había conseguido olvidar a su hijo. Al fin y al cabo, había mantenido correspondencia con la señorita Wurtz cuando Jack asistía al St. Hilda. No daba la impresión de que William hubiese dejado de pensar en Jack, sin más.

Cuando Richard llegó se fue derecho a la cama, y Jack se marchó al gimnasio. Jack comía más hidratos de carbono y había cambiado su rutina de pesas; había logrado aumentar unos kilos, pero Jack no era aún Jimmy Stronach. (Tampoco tenía forma de conseguir el *pene* de Jimmy).

En el gimnasio de Rokin, posiblemente en un esfuerzo fallido por ahogar la espantosa música de la sala de pesas, Jack intentó cantar la tonadilla que cantaba su madre solo cuando estaba bebida o colocada, la que parecía resucitar su acento escocés.

*Nunca seré una zorra,  
ni una araña  
ni una lagarta.  
Solo hay un sitio peor que Dock Place,  
y es la cárcel del puerto de Leith.  
No, nunca seré una zorra,  
y de una cosa estoy convencida:  
no acabaré en Dock Place  
y nunca seré una perdida.*

Era curioso que en otro tiempo el mantra de Alice hubiese sido no ser nunca una puta.

Jack se acordó de la oración nocturna que —cuando era niño— solían rezar juntos. Recordó una noche en Amsterdam cuando ella se quedó dormida antes que él, y él pronunció la oración solo. Jack habló un poco más alto que de costumbre, porque tenía que rezar por los dos. «El día que nos has concedido, Señor, ha terminado. Te damos gracias». (Eso probablemente había ocurrido más de una vez, por supuesto).

De regreso al Grand, Jack cruzó el canal por un puente peatonal. Se paró en él y observó pasar un barco turístico. Un niño sentado en la popa miraba el puente con la cara apretada contra el cristal. Jack lo saludó con la mano, pero el niño no le devolvió el saludo.

Ya había oscurecido cuando Jack fue caminando con Richard Gladstein hacia Herengracht, a un restaurante llamado Zuid Zeeland, donde se habían dado cita con William Vanvleck. Jack no estaba de humor para la reunión. Seguía pensando en el *otro* William, al que habría amado pero temía conocer.

## **V - La doctora García**

## 31 - Terapia

Cinco años más tarde —como si encendiese la cerilla que prendería fuego a la vida de Jack en Los Angeles, dejaría su personalidad al desnudo y lo impulsaría en último extremo a buscar a su padre—, una mujer joven (más joven de lo que él había calculado en su momento) se sentó, no del todo vestida, en el sofá de la sala de estar de Jack en la desastrada casucha de Entrada Drive donde aún vivía. Hojeaba la agenda de Jack, que había tomado de su escritorio, y leía en voz alta los nombres de las mujeres. Con un tono de voz insinuante, primero pronunciaba el nombre y luego intentaba adivinar qué relación había existido, o existía aún, entre Jack y la mujer.

Ese comportamiento pueril debería haberlo alertado sobre el hecho de que era obviamente más joven de lo que ella había dicho, por más que Jack debería haber deducido su edad real por otros motivos. Pero tenía dificultades con las matemáticas.

Llegó a la G antes de que Jack dijese «Basta» y le quitase la agenda; fue entonces cuando empezaron de verdad las complicaciones.

«Elena García» acababa de decir la chica. «¿Tu mujer de la limpieza o exmujer de la limpieza? Sin duda te la has follado». Elena García —la *doctora* García— era la psiquiatra de Jack. Nunca había mantenido relaciones sexuales con ella. Durante cinco años, la doctora García no había despertado en él ni una sola vez interés amoroso, pero Jack nunca había dependido de nadie en la medida en que dependía de ella. Elena García sabía más acerca de Jack Burns que ninguna otra persona que él hubiese conocido, incluida Emma Oastler.

Jack había telefoneado a menudo a la doctora García llorando, no siempre en plena noche pero sí a veces. La había llamado desde Cannes, una de las veces durante una fiesta en el Hotel du Cap. Ese mismo día Jack había empujado a una fotógrafa, una *paparazza* al acecho, por la borda de un yate alquilado; tuvo que pagar una multa exorbitante.

En otra ocasión se cepilló a una nena en la playa del Hotel Martínez. Ella dijo que era actriz, pero resultó ser una de esas busconas que van de caza paseando el perro por La Croisette; ya la habían detenido por follar en la playa anteriormente. Y Jack debería haber ganado la Palma de Oro a la mala conducta por el altercado en que se vio envuelto en aquella monstruosidad de vidrio y hormigón, el Palais des Festivals. Ocurrió después del desfile nocturno por la alfombra roja. Jack se encontraba en una estrecha escalera que conducía a una de las salas superiores del Palais. Un periodista lo empujó contra uno de los gorilas que componían el servicio de seguridad del festival. El guardia de seguridad pensó que Jack lo había empujado adrede, lo que llevó a Jack a aplicarle una improvisada caída lateral. Chenko habría estado orgulloso de Jack por la perfecta ejecución del movimiento —también los entrenadores Clum, Hudson y Shapiro—, pero el incidente salió en todos los periódicos. El gorila de seguridad se rompió la clavícula, y a Jack le cayó otra buena multa. ¡Los taimados franceses!

Por último, desde su *suite* con vistas al mar del Carlton, Jack derramó una botella entera de champán Taittinger (helado) encima de Lawrence, el antiguo agente. El mastuerzo le hacía un corte de mangas a Jack desde la terraza. Lawrence era precisamente la clase de gilipollas con los que uno tropezaba en Cannes. Jack aborrecía Cannes.

Desde el punto de vista de la doctora García, el comportamiento de Jack fue mínimamente mejor en Venecia, Deauville y Toronto, los tres festivales de cine donde Richard Gladstein, Bill Vanvleck el Desquiciado, Lucia Delvecchio y Jack promocionaron *La lectora de morralla*. (Un reciente titular de *Variety* —MUCHA LIBIDO EN EL LIDO— podría haberse escrito en alusión a Jack Burns).

Tuvieron un éxito notable con lo que Jack solía llamar la película de Emma; profesionalmente, quizá fuese el mejor año de Jack. Rodaron el filme en otoño de 1998 y lo presentaron en aquellos festivales en agosto y septiembre de 1999, antes de estrenarlo en Nueva York y en Londres cerca de fin de año.

Con Lucia Delvecchio se produjo un lamentable incidente en el Hotel des Bains de Venecia. Ella había bebido demasiado y se arrepentía amargamente de haberse acostado con Jack. Pero nadie se enteró, ni siquiera Richard o Bill el Desquiciado. Y a nadie, excepto al marido de Lucia, que no estaba en Venecia, le habría importado. En aquella lánguida laguna ocurrían cosas atroces.

—No seas tan severa contigo misma —le dijo Jack a Lucia—. Toda la ciudad se hunde. Visconti rodó *Muerte en Venecia* en el Hotel des Bains. Creo que sabía lo que hacía.

Pero en esencia fue culpa de Jack. Lucia había bebido; él sabía que estaba casada. Eso precipitó otra llamada a la doctora García. La llamó también desde el hotel Normandie, en Deauville. (En esa ocasión no fue por Lucia; peor aún, fue por una mujer mayor, miembro del jurado).

—¿Otra vez la obsesión con las mujeres mayores? —le preguntó la doctora García a Jack por teléfono.

—Supongo que sí —contestó él.

Jack estaba con la señora Oastler en el festival de cine de Toronto cuando se proyectó *La lectora de morralla* en el Roy Thomson Hall: lleno a rebosar, noche triunfal. Era una gran satisfacción presentar la película en la ciudad de Emma. Pero Leslie tenía una novia nueva, una rubia a quien Jack no inspiraba la menor simpatía. La rubia quería que se llevase toda su ropa de la casa de la señora Oastler. Jack no creía que a Leslie le importase si dejaba su ropa en la casa o no, pero la rubia quería que él (junto con sus cosas) desapareciese.

Jack estaba en la familiar cocina de la señora Oastler cuando la rubia le entregó las dos fotografías del torso desnudo de su madre y del tatuaje «Hasta que te encuentre».

—Esas son de Leslie —explicó él—. Yo tengo dos fotos; ella tiene las otras dos.

—Llévatelas —dijo la rubia—. Tu madre está muerta, Jack. Leslie ya no desea

mirarle los pechos.

—Yo tampoco deseo mirárselos —respondió Jack, pero tomó las fotos. En ese momento tenía las cuatro, además de la fotografía de Emma desnuda a los diecisiete años.

La mansión de la señora Oastler —como había considerado Jack la casa en otro tiempo— era distinta con la rubia allí. La puerta de la habitación de Leslie normalmente estaba cerrada; resultaba difícil imaginar a la señora Oastler cerrando también la puerta de su cuarto de baño, pero quizá la rubia le había enseñado a hacerlo.

En aquel viaje a Toronto, Jack se resistió a acostarse con Bonnie Hamilton. Esta quería venderle un apartamento en un bloque nuevo que estaba construyéndose en Rosedale. «Para cuando te canses de Los Angeles», dijo Bonnie. Pero Toronto no era su ciudad, pese a que se había cansado hacía tiempo de Los Angeles.

Durante su estancia en Toronto, Jack mantuvo una conversación no precisamente sincera con Caroline Wurtz. Ella se sentía decepcionada; en su opinión, debía buscar a su padre. Jack no podía contarle ni la mitad de lo que había averiguado en su viaje de regreso al mar del Norte y al Báltico. No estaba en condiciones de hablar de eso. Solo podía contar la historia a la doctora García, y a menudo tampoco con ella era capaz de hablar. Lo intentaba, pero no le salían las palabras, o empezaba a gritar o llorar.

A juicio de la doctora García, Jack gritaba y lloraba demasiado.

«Lo del llanto en particular... es sencillamente inaceptable en un hombre», dijo ella. «Debería usted resolverlo, la verdad». Con esa idea animó a Jack a contarle lo que le había ocurrido por orden cronológico. «Empiece por ese espantoso viaje que hizo con su madre», indicó la doctora García. «No me cuente lo que ahora sabe de ese viaje. Cuénteme lo que en su momento creía que pasaba. Empiece por lo que al principio imaginaba que eran sus recuerdos. Y procure no adelantarse en el tiempo más de lo imprescindible. En otras palabras, tómese con calma la anticipación, Jack».

Más tarde, cuando él ya hubo empezado —por Copenhague, a los cuatro años—, la doctora García decía con frecuencia: «Procure evitar las digresiones. Ya sé que no es escritor, pero procure ceñirse a la historia».

Oírla decir que no era escritor hería los sentimientos de Jack; le parecía especialmente injusto después de sus nada despreciables aportaciones al guión de Emma basado en *La lectora de morralla*.

Y recitar en voz alta la historia de su vida —es decir, de manera coherente y en orden cronológico— llevaría años. La doctora García lo sabía; le bastó un vistazo al desastre que era Jack para saber que debía encontrar una forma de inducirlo a dejar de gritar y de llorar.

—Lamentablemente parece obvio que es incapaz de contarme su vida sin que se enteren todos en la sala de espera —dijo ella—. Créame, escucharle solo se puede soportar si se calma.



—¿Y esto cuándo se acaba? —preguntó Jack a la doctora García cuando llevaba cuatro años, ya para cinco, devanando en voz alta la historia de su vida.

—Pues acaba cuando usted empiece a buscar a su padre, o al menos averigüe qué ha sido de él —dijo la doctora García—. Pero aún no está preparado para eso, ni lo estará hasta que desembuche todo lo demás. Se acaba, Jack, cuando lo encuentre, ese es el último lugar al que debe ir. Sus viajes no han terminado.

Jack llegó a la precipitada conclusión de que si contar su vida fuese, por ejemplo, un libro, encontrar a su padre sería el último capítulo.

—Lo dudo —dijo la doctora García—. Con suerte, sería quizás el penúltimo capítulo. Cuando lo encuentre, Jack, va a descubrir algo que no sabía, ¿verdad? Confío en que ese descubrimiento exija un capítulo más.

Y además todo aquello debía de tener un nombre, ¿no es cierto? La historia de su vida debía de tener un título, la historia que Jack recitaba —con tanto comedimiento y en orden cronológico— a su psiquiatra. Pero Jack conocía el título de la historia de su vida antes de comenzar a contarla; el primer día que fue a ver a la doctora García, cuando era incapaz de hablarle sin gritar o llorar, Jack sabía que el tatuaje «Hasta que te encuentre» de su madre había sido su mayor engaño. Sin duda estaba orgullosa de ese tatuaje. ¿Por qué, si no, había deseado Alice que Leslie Oastler le enseñase a Jack las fotografías, aunque fuese después de su muerte?

«¿Para qué enseñármelas, antes o después?», había preguntado a su madre.

«¡Yo fui hermosa en otro tiempo!», había exclamado Alice refiriéndose a sus pechos cuando era joven, pensó Jack en su momento, pero lo que a él le interesaba era el tatuaje.

Tan orgullosa estaba de mantenerle oculto el tatuaje que, incluso después de todo lo ocurrido, Alice deseó que él lo viese. Desde que él tenía cuatro años, el tatuaje «Hasta que te encuentre» decía de Jack Burns todo lo que había que decir.

Como psiquiatra, la doctora García era lo contrario de un responsable de edición. En principio, Jack no debía suprimir nada; tenía instrucciones de no omitir nada. Y con cierta frecuencia la doctora García quería más. Exigía «detalles corroborantes». No estaba de más insistir en los casos de lo que la doctora García había identificado, de buen comienzo, como la obsesión de Jack con las mujeres mayores; la crueldad y agresividad aparentemente gratuitas que, en su infancia, había encontrado en las niñas mayores era «un problema subyacente». ¿Qué tenía Jack que había provocado a esas niñas mayores?

Idem con la necesidad de que le agarrasen el pene. Lo más sorprendente en el caso de Jack, según la experiencia de la doctora García, era que eso no condujese forzosamente al sexo. Estaba asimismo el estrecho vínculo que lo había unido de niño a su madre, seguido sin embargo de un distanciamiento rápido y absoluto; era casi como si Jack supiese que las mentiras de Alice eran mentiras antes de averiguarlo.

Desconcertaba también a la doctora García la relación con Emma, que se contraponía (pese a existir ciertas similitudes) a la relación entre Jack y Leslie Oastler. ¿Aún deseaba acostarse con Leslie?, quería saber la doctora García. Si era así, ¿por qué? Si no era así, ¿por qué no?

La doctora García insistía mucho en la meticulosidad.

—Creo que he acabado con la parte del St. Hilda —dijo Jack en varias ocasiones.

—Ah, no, nada de eso —contestaba la doctora García—. ¿Un niño tan guapo en un colegio de niñas? ¿Está de broma? No solo no ha acabado con el St. Hilda, Jack; es posible que no acabe nunca.

Jack se cansaba de tantas contradicciones, en particular de su deshonroso regreso al mar del Norte y al Báltico. Pero no sucedía lo mismo con la doctora García; para ella, las contradicciones nunca eran demasiadas.

—¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que pensó en vestirse de chica? —preguntó ella—. ¡No me refiero a una película! —(Jack debió de vacilar.)—. ¿Lo ve? —dijo ella—. Explíqueme más contradicciones, explíquemelas todas, Jack.

A veces Jack no tenía la sensación de ir al psiquiatra; se parecía más a una clase de redacción creativa, pero sin ningún resultado en el papel. Y cuando la doctora García le impuso una verdadera tarea de redacción, él estuvo a punto de abandonar la terapia. Ella quería que escribiese cartas a Michele Maher, no para enviárselas a Michele, sino para leerlas en voz alta durante las sesiones de terapia.

—Me resulta imposible explicarme a Michele, justificar mi conducta con ella —dijo Jack a su psiquiatra. En ese momento había pasado más de un año, cerca de dos, desde que Michele le escribió. Aún no había contestado a su carta.

—Pero explicarse a Michele es lo que desea hacer, ¿verdad? —preguntó la doctora García. Jack no podía negarlo.

Resultaba también inquietante que la consulta de la doctora García estuviese en Montana Avenue, en Santa Mónica, a corta distancia a pie de la cafetería donde había conocido a Myra Ascheim, otra mujer mayor que le había cambiado la vida.

—Fascinante —dijo la doctora García—. Pero no me lo cuente ahora. Siga, por favor, un orden cronológico, Jack.

En el año 2000, cuando Jack ganó el Oscar al mejor guión adaptado, la doctora García consideró «esclarecedor» que él hiciese referencia al premio (y a la propia estatuilla) como el Oscar de *Emma*. Pero la doctora García no le permitiría expresar sus sentimientos. Incluso el Oscar tenía que presentarse «en orden cronológico».

Y, por varias razones, la doctora García no aprobó la primera comunicación real que tuvo Jack con Michele Maher. En primer lugar, Jack no le enseñó a la doctora la carta que escribió a Michele antes de mandársela por correo; en segundo lugar, era una carta ridícula para enviársela a Michele después de casi dieciocho años sin *nada* entre ellos.

Pero cuando Jack fue nominado para dos premios de la Academia (uno al mejor actor secundario y el otro por el guión), consideró que esa era una ocasión única para

ponerse en contacto con Michele Maher, y a la vez proponer un encuentro con naturalidad.

«Querida Michele:

»No sé si estás casada o unida a alguien de algún otro modo, pero —si no lo estás—, ¿querrías acompañarme a la ceremonia de entrega de los Oscars? Eso implicaría venir a Los Angeles el domingo 26 de marzo. Como es natural, yo correría con los gastos del viaje y alojamiento.

»Cordialmente,

»Jack Burns».

¿Qué tenía eso de malo? ¿Acaso no era cortés y pertinente? (La respuesta de Michele, que no se hizo esperar, fue un tanto insulsa).

«Querido Jack:

»¡Caramba, me encantaría! Pero tengo un novio, o algo así. No vivo con nadie, pero salgo con alguien, como suele decirse. Desde luego me halaga mucho que hayas pensado en mí... ¡después de tantos años! Este año me propondré quedarme en vela para ver la entrega de premios, y tendré los dedos cruzados por ti.

»Saludos,

»Michele».

—Resulta difícil saber si de verdad quería venir, ¿no? —preguntó Jack a la doctora García, lo que dio lugar a la tercera razón de la psiquiatra para desaprobar su carta a Michele.

—Jack, ha sido una gran suerte para usted que Michele no haya aceptado —contestó la doctora García—. ¡En qué estado de nervios habría estado si ella hubiese dicho que sí! Si ella lo hubiese acompañado, usted lo habría echado todo a perder.

A Jack eso no le pareció justo. Se lo habría pasado en grande declarando a los medios de comunicación que lo acompañaba a la ceremonia su dermatóloga. Pero la doctora García no le vio la gracia; consideró que el traspie de invitar a Michele Maher a la entrega de los Oscars entraba en la categoría de la *negación*. La doctora García le dijo a Jack que no era en absoluto consciente de lo alejado que vivía del mundo normal, de las personas normales y de las relaciones normales.

—Pero ¿y ella? —exclamó. (Jack se refería a Michele Maher)—. ¿Qué quiere decir con eso de que tiene un novio o «algo así»? ¿Eso es normal?

—No está preparado para ponerse en contacto con Michele Maher —dijo la doctora García—. Se ha creado expectativas poco realistas respecto a una relación que, según tengo entendido, no llegó siquiera a desarrollarse. En fin, por el momento

no quiero oír una sola palabra más sobre eso. Para mí, usted es aún un niño de cuatro años en el mar del Norte y en el Báltico. En rigor, hablando desde un punto de vista profesional, no se ha recuperado aún de su mar de niñas, y necesito saber mucho más sobre Emma y sobre su obsesión con las mujeres mayores. Continúe en orden cronológico. ¿Está claro?

Lo estaba. Su psiquiatra era una bruja, o esa impresión tenía Jack, pero debía reconocer que la terapia había reducido notablemente su tendencia a gritar y a echarse a llorar, así como su propensión a despertarse sollozando en plena noche, circunstancia que pasó a ser habitual cuando regresó por segunda vez del mar del Norte y del Báltico. Así que Jack siguió con ella, y el relato inacabado de la historia de su vida continuó. Jack se había convertido en lo que Emma había anunciado: un *escritor*, aunque proclive a la logorrea melancólica. Un narrador aunque oral. (Los textos reales de Jack se restringían a aquellas cartas a Michele Maher que no enviaba).

La doctora García, norteamericana de origen mexicano, era una mujer corpulenta pero atractiva. Aparentaba unos cincuenta años. A juzgar por las fotografías de su consulta, provenía de una familia numerosa o tenía una familia numerosa. Jack no se lo preguntó, ni pudo deducirlo a partir de las fotos.

Entre los niños que aparecían en muchas de las fotografías, no reconoció a la doctora García de pequeña, así que quizás eran hijos suyos. Sin embargo, el hombre ya entrado en años de las fotografías parecía más un padre que un marido; siempre iba bien vestido, casi peripuesto, y el finísimo bigote y las patillas perfectamente recortadas evocaban a un actor característico de una época pasada. (Una mezcla entre Clifton Webb y Gilbert Roland, pensaba Jack).

La doctora García no llevaba anillos, ni joyas propiamente dichas. O bien estaba casada y con más hijos de los que Jack podía contar en las fotos de la consulta, o bien provenía de una familia tan numerosa que eso mismo la había disuadido de casarse y de tener hijos propios.

En un esfuerzo vano por resolver el misterio, Jack dijo sagazmente:

—Quizá debería acompañarme usted a la ceremonia de los Oscars, doctora García. En un acontecimiento tan tenso como ese, tal vez sea más práctico tener cerca a una psiquiatra que a una dermatóloga, ¿no le parece?

—Uno no sale con su psiquiatra —contestó la doctora García.

—Ah.

—Esa es una palabra que usa demasiado —dijo la psiquiatra a Jack.

El hombre mayor de aspecto distinguido de las fotografías de familia de la doctora García tenía un aire distante, como si se retirase de una discusión recurrente antes de empezar. Parecía muy alejado del clamor de los omnipresentes niños de las fotos; era casi como si no los oyese. Quizá la doctora García se había casado con un

hombre mucho mayor, o con un sordo. La psiquiatra de Jack era una mujer tan fuerte que probablemente desdeñaba la convención de la alianza nupcial.

Jack había acudido a la doctora García por recomendación de Richard Gladstein. «Conoce a los actores», había dicho a Richard. «No serás su primera estrella de cine».

En un primer momento, la idea le resultó reconfortante. Sin embargo, Jack nunca había visto a alguien famoso en la sala de espera de la doctora García, y eso lo indujo a preguntarse si, entre sus pacientes, visitaba a domicilio a las estrellas de cine más famosas. Pero juzgar a la doctora García por la sala de espera de su consulta resultaba desconcertante. Había muchas mujeres jóvenes casadas y algunas de ellas iban con niños pequeños; en un rincón de la sala de espera había juguetes y cuentos infantiles, lo que producía la inquietante impresión de estar en la consulta de un pediatra. Las mujeres jóvenes casadas que se presentaban con sus hijos siempre iban acompañadas de amigas o de niñeras; esas otras mujeres cuidaban de los niños mientras las jóvenes madres entraban en la consulta de la doctora García para sus sesiones de terapia.

—¿Ha venido a ver a la doctora o a cuidar del niño de otra mujer? —preguntó Jack en una ocasión a una de las jóvenes; al igual que la doctora García, no llevaba alianza nupcial.

—¿Intenta ligar conmigo o qué? —dijo la joven.

Jack estuvo a punto de preguntarle si quería acompañarlo a la ceremonia de entrega de los Oscars, pero se contuvo al plantearse qué diría de eso la doctora García.

—¿A quién debería llevar a la ceremonia de los Oscars? —había preguntado a su psiquiatra.

—No me confunda con una agencia de citas, Jack.

Así pues, daba la impresión de que Jack asistiría solo a la ceremonia. Además de sus dos nominaciones, Lucia Delvecchio estaba nominada para el Oscar a la mejor actriz, Bill Vanvleck el Desquiciado al mejor director y Richard Gladstein a la mejor película.

Nadie pensaba que Lucia tuviese la menor posibilidad. Se enfrentaba a varias actrices de gran calibre —Meryl Streep, Julianne Moore y Annette Bening—, y además era el año de Hilary Swank. (Como travestido esporádico, Jack era un gran admirador de Hilary en *Boys Don't Cry*). Y Richard Gladstein sabía de buen principio que *La lectora de morralla* no obtendría el galardón a la mejor película ni por asomo. (Se lo llevaría *American Beauty*).

William Vanvleck se conformaba con estar allí. Ni una sola reseña de *La lectora de morralla* hacía referencia a Bill el Desquiciado como el Monstruo del Remake. El Holandés Loco se había convertido en alguien casi aceptable. Pero no tan aceptable como para ganar el Oscar al mejor director; ese año había varios pesos pesados en la cola. (Ganaría Sam Mendes, otra vez *American Beauty*).

Tampoco Jack, siendo realistas, tenía la menor opción al Oscar al mejor actor

secundario; ganó Michael Caine. (El papel de Jack como actor porno bonachón era conmovedor pero no tan conmovedor).

Desde mucho antes de la noche de los Oscars, Jack sabía que la mejor opción de la película a un premio era en la categoría de mejor guión adaptado, el guión de *Emma*, como lo consideraba él. ¿Cómo no iba a verlo como el Oscar de Emma? Era su película.

Sí, Jack había aprendido algo del oficio de guionista mientras afinaba el guión que Emma le había entregado. Pero, como narrador, aprendía más en su *terapia* con la doctora García. (Tomarse con calma la anticipación; evitar las digresiones; respetar el orden cronológico).

La promoción de *La lectora de morralla* organizada por Miramax fue agotadora, y la mayor parte recayó en Jack durante los meses de febrero y marzo del año 2000. Bill Vanvleck el Desquiciado había regresado a Amsterdam; su novia mucho más joven era presentadora de la televisión holandesa, y Bill el Desquiciado estaba prendado de ella. Además, en este caso, Vanvleck fue una calamidad en la promoción de su propia película. El hecho de que la pornografía suscitase tanta polémica en Estados Unidos ofendió al Holandés Loco; en Holanda nadie tenía el menor problema con la pornografía. «Solo es un problema en la América puritana, que está gobernada por la derecha cristiana», declaró Vanvleck. (Probablemente fue sensato por parte de Miramax mantener a Bill el Desquiciado en Amsterdam, excepto para los festivales de cine).

Después de su trágico y único error en Venecia, Lucia Delvecchio rehuía a Jack. Prácticamente le había vuelto la espalda también a la película. Erica Steinberg, la vieja amiga de Jack, era la publicista de Miramax. Jack hizo con ella campaña para *La lectora de morralla* —en prensa y televisión— casi sin cesar.

Fue justo la noche después de aparecer en el programa *Larry King Live* cuando Jack telefoneó a Leslie Oastler y le preguntó si lo acompañaría a la ceremonia de entrega de los Oscars. («A la mierda con la rubia», pensó).

—Me halaga que hayas pensado en mí, Jack —empezó la señora Oastler—. Pero ¿cómo crees que se sentiría Dolores? Además no sabría qué ponerme.

—Es la noche de Emma, Leslie —dijo Jack.

—No, va a ser tu noche, Jack. Emma está muerta. ¿Por qué no vas con la señorita Wurtz? —preguntó la señora Oastler.

—¡La Wurtz! ¿Lo dices en broma?

—Conmigo un Oscar sería un desperdicio, Jack. ¿Qué haría yo con un hombre desnudo, calvo y dorado que sostiene lo que, según dicen, es su espada? —Leslie Oastler siempre había tenido una visión muy mordaz de las cosas.

A la mañana siguiente Jack telefoneó a Caroline Wurtz y planteó la pregunta: ¿Contemplaría la posibilidad de viajar a Los Angeles para asistir con él a la

ceremonia de entrega de los Oscars?

—He oído muchas cosas horribles sobre los tiroteos desde los coches —dijo la señorita Wurtz—. Pero en los Oscars no andan pegando tiros, ¿verdad?

—No —contestó él—. Las heridas son solo internas.

—Bueno, supongo que debería ir a ver la película, ¿no? —preguntó Caroline—. He oído decir cosas extraordinarias y también espantosas a la gente que la ha visto. Como sabes, tu amiga Emma nunca fue una de mis escritoras preferidas.

—Creo que es una película bastante buena —afirmó Jack. Se produjo un largo silencio, como si Caroline reflexionase sobre la invitación, o como si la Wurtz hubiera olvidado que la había invitado a algo. Se llevó un ligero chasco al saber que ella no había visto *La lectora de morralla*. (La película tenía cinco nominaciones. Todos los conocidos de Jack la habían visto).

—¿No tienes a nadie más a quien proponérselo, Jack? Yo no puedo ser tu mejor opción —dijo Caroline.

—Voy al psiquiatra desde hace un par de años —admitió él—. No estoy en mi mejor momento.

—¡Dios Santo! —exclamó la señorita Wurtz—. ¡Siendo así, claro que te acompañaré! Seguro que si la señora McQuat viviese, también querría acompañarnos.

¡Esa sí era una ocurrencia feliz! A instancias de la señora McQuat, Jack había llevado a la señorita Wurtz a aquel memorable festival de cine de Toronto —al que asistió con Claudia— en que la Wurtz creyó que los cretinos que se manifestaban contra el filme de Godard estaban indignados por el suicidio ritual de la película de Mishima. Jack se preguntó qué malentendidos aguardaban a la señorita Wurtz en el Shrine Civic Auditorium la noche de la entrega de los premios. ¿Con quién confundiría a Billy Crystal?

Jack explicó a Caroline que él le organizaría el viaje en avión y todo lo demás. El hecho de que Jack Burns llevase a su maestra de tercero a la ceremonia era un poco de publicidad extra; del mismo modo que no le perjudicó en absoluto que Emma Oastler hubiese muerto y dejado a su cargo la tarea de llevar al cine su primera y mejor novela. Jack lo llamaría «La asociación con la muerte»; y resultó ser otro poco de publicidad extra, tanto para Miramax como para Jack Burns.

La cuestión de qué se pondría la señorita Wurtz propició un realista retorno al meollo del asunto. Jack dijo que a él lo vestía Armani para la ceremonia de entrega de los premios. (Lo habían llamado; él había accedido. Era la práctica habitual).

—¿Quién dices que te viste a ti? —preguntó la Wurtz.

—Armani, Caroline, el diseñador. Distintos diseñadores de modas visten a los nominados y a sus acompañantes para los Oscars. Si prefieres a algún diseñador en particular, puedo arreglarlo. O, si no, ponte también algo de Armani, así de sencillo.

—Creo que me vestiré yo misma si no tienes inconveniente —contestó la señorita Wurtz—. Tengo una ropa preciosa que me regaló tu padre. William nos estará viendo, lógicamente. ¡Se sentirá tan orgulloso de ti! No me gustaría que William me viese

con un vestido que no hubiese elegido él para mí, Jack.

Esa era otra feliz ocurrencia: a saber, que el padre de Jack los estaría viendo. ¡La Wurtz se vestiría para él!

—Tendrás que decirme quiénes han sido nominados para qué —decía Caroline—. Así iré a ver todas las películas.

Jack se preguntó cuántos miembros de la Academia tenían la diligencia de una maestra de tercero, pero —cuando Jack llegase por fin a la parte de la historia de su vida en que ganó el Oscar— la doctora García describiría el detalle de la «diligencia» como un ejemplo de sus excesivas *digresiones*.

Jack dudaba que todos los filmes nominados para un Oscar se proyectasen aún en Toronto; muy posiblemente no todos habían estado en cartelera. Pero sabía que eso no disuadiría a la señorita Wurtz de intentar verlos.

Jack estuvo a punto de telefonar a Leslie Oastler para darle las gracias por sugerirle que fuese a la ceremonia de los Oscars acompañado por la Wurtz, pero no quiso arriesgarse a que la rubia de Leslie contestase al teléfono.

«Dolores», había estado tentado de decirle a la muy zorra, «quería avisarte de que hay un paquete grande de camino hacia allí: más ropa mía. Si no os importa, tú o Leslie podríais colgarla en mi armario en cuanto llegue; os estaría muy agradecido. No me gustaría encontrarla arrugada la próxima vez que vaya de visita». O algo por el estilo; naturalmente, Jack no hizo la llamada. (Si la doctora García lo hubiera sabido, habría estado orgullosa de él por tal comedimiento).

La *suite* de dos habitaciones del Four Seasons de Beverly Hills, donde Miramax los alojó para el largo fin de semana de los Oscars, era más amplia que el apartamento de la señorita Wurtz, o eso le dijo ella a Jack. Incluso había un piano, que a la señorita Wurtz le complacía tocar con su albornoz blanco de felpa del Four Seasons. Aclaró que solo conocía himnos y las canciones escolares del St. Hilda, pero tenía una voz hermosa y tocaba bien.

—Bah, no toco bien; ni punto de comparación con tu padre, que se burlaba de mí —declaró—. William me decía: «Si quieres que suene aún un poco más vacilante, Caroline, podrías echar el aliento en las teclas en lugar de usar los dedos». Tu padre a veces era muy gracioso. Me gustaría que me hablastes más de tu viaje, Jack. ¿Por qué no empiezas por Copenhague? Yo nunca he estado allí.

Antes de la entrega de los Oscars se celebraban siempre muchas fiestas. Como abstemio en compañía de su maestra de tercero, una mujer de sesenta años cumplidos, Jack no creía que él y Caroline estuviesen en consonancia con el comportamiento báquico de muchos de sus colegas de la industria. Aun así, asistieron a aquellas fiestas en las que la ausencia de Jack se habría interpretado como un *desaire*, si bien pasaron mucho tiempo hablando entre sí en voz baja.

Tras haber descrito *serenamente* a la doctora García tantos momentos dolorosos



de su vida, Jack descubrió que mantenía mejor el dominio de sí mismo al contarle a la señorita Wurtz sus averiguaciones durante el viaje de regreso al mar del Norte y al Báltico, empezando por la tragedia de la familia Ringhof que Alice había originado en Copenhague, y que Jack consiguió relatar con un tono distante más propio de la palabra escrita que de una conversación. No levantó la voz ni una sola vez, ni derramó una sola lágrima; Jack no parpadeó siquiera.

—¡Dios Santo! —se limitó a decir la señorita Wurtz en respuesta.

Estaban en un almuerzo al aire libre en casa de Bob Bookman. Allí se encontraban los guionistas que competían con Jack (o con Emma) en la categoría del mejor guión adaptado de ese año; además de Jack, Bookman representaba a tres de sus colegas nominados. Pero allí estaba Jack, en el jardín de Bob Bookman, con su maestra de tercero —la antigua amante de su padre—, y sin embargo Jack se hallaba de nuevo en aquellos puertos de escala del mar Báltico y del mar del Norte, contando a la señorita Wurtz lo que había averiguado.

—No le quites importancia a lo que pasó en Estocolmo, Jack; es decir, solo por el hecho de no ser tan malo como lo que pasó en Copenhague —diría la señorita Wurtz más tarde ese mismo fin de semana—. E incluso si mantuviste relaciones sexuales con alguien en Oslo, te ruego que no te ahorres ningún detalle.

Él no lo hizo. (La doctora García le había enseñado a no ahorrarse ningún detalle con ella). Jack descubrió que, en efecto, podía hablar de aquello de principio a fin, al menos con una persona tan comprensiva como Caroline Wurtz. Jack dudaba que hubiese sido capaz de contar la historia del mar Báltico y del mar del Norte a Leslie Oastler y a su rubia hostil, o al menos no sin derramar una o dos lágrimas o permitirse algún que otro grito. En cambio, contó a la señorita Wurtz todo sobre Copenhague y Estocolmo sin parpadear una sola vez. No vaciló siquiera al llegar a Oslo. No quería pecar de optimismo, pero Jack pensaba que la terapia de la doctora García surtía efecto.

## 32 - Aguzando la vista

Los hermanos Weinstein respaldaban más de uno de los filmes nominados ese año. La noche anterior a la ceremonia de entrega de los Oscars, Miramax ofreció una fiesta en el Regent Beverly Wilshire. Los grupos en contra de la pornografía se manifestaban contra *La lectora de morralla* frente al hotel. La película se clasificó «no recomendada para menores de dieciocho años»; no era pornográfica, pero a los grupos en contra de la pornografía les parecía ofensivo que el personaje de Jack (Jimmy Stronach, el actor porno) se presentase desde un punto de vista favorable. Los otros personajes de la película que pertenecían a la industria de la pornografía se mostraban también desde un punto de vista favorable, en especial Hank Long y Mufy; y Mildred Ascheim, «Milly», hacía un cameo. Peor aún —desde la óptica de los grupos en contra de la pornografía—, se mostraba a todos los actores porno como personas con vidas normales, hasta el punto de que la llamada disfuncionalidad de Los Angeles se consideraba normal, y en opinión de Emma lo era.

Había menos de una docena de manifestantes frente al hotel, pero los medios de comunicación les concedieron una atención desproporcionada. Por lo común aparecía ese mismo escaso número de fanáticos cada año, algunos de ellos para protestar contra lo que la madre de Jack habría llamado «el deterioro del vocabulario» en el cine en general. Los grupos en contra de la blasfemia, los grupos en contra de la pornografía..., siempre había gente ociosa con tiempo para quejarse. Jack consideraba que lo mejor era no prestarles atención, pero los medios de comunicación tendían a exagerar la importancia y la cantidad de esa gente.

La señorita Wurtz no se había fijado en los manifestantes. Cuando Bill Vanvleck el Desquiciado despotricaba de los grupos en contra de la pornografía durante la fiesta de Miramax, Caroline agarró a Jack por el brazo y dijo con inquietud:

—¿Hay manifestantes? ¿Por qué se manifiestan?

—Contra la pornografía —contestó Jack.

La señorita Wurtz miró alrededor como si allí en medio pudiesen estar produciéndose actos pornográficos y ella de algún modo los hubiese confundido con formas más inocentes de entretenimiento. Jack explicó:

—Ya sabes, Caroline, que mi personaje, Jimmy Stronach, es un actor porno. Creo que se manifiestan por eso.

—¡Absurdo! —exclamó la señorita Wurtz—. Yo no vi ni un solo órgano reproductor en la película, ni un pene ni un chisme femenino.

—¿Un qué? —dijo Bill el Desquiciado con expresión de perplejidad.

—Una vagina —aclaró Jack con un susurro.

—No deberías decir esa palabra en una fiesta —advirtió Caroline.

Pronto quedó claro que la Wurtz había visto demasiadas películas en un periodo de tiempo demasiado breve, hasta tres al día durante las últimas semanas, o eso dijo a Jack. La señorita Wurtz no había visto tantas películas en su vida; las confundía

todas. Y las películas de ese año se mezclaban con películas que no había visto desde la infancia. Para ella, los famosos reconocibles en la fiesta no eran actores de cine sino los personajes que habían encarnado. Lamentablemente esas películas se superponían en su cabeza, hasta tal punto que había mezclado las tramas de varias películas distintas en una superproducción incomprensible en la que casi todos aquellos a quienes «reconoció» en el Regent Beverly Wilshire habían interpretado un papel central.

—Ah, mira, ahí está aquel joven envidioso que mató a aquellas personas. A uno con un remo, creo —dijo señalando a Matt Damon, que hizo de Tom Ripley en *El talento de Mr. Ripley*. Tampoco es que la Wurtz distinguiese a Tom Ripley del personaje que ese año interpretó Tom Cruise en *Magnolia*. Y estaba convencida de que Kevin Spacey se hallaba atrapado en un mal matrimonio, del que escapaba de vez en cuando encaprichándose de chicas jóvenes—. Deberían asignar a alguien para que le preste atención —dijo la señorita Wurtz a Jack, quien entendió que por «prestar atención» quería decir «tenerlo vigilado».

Con la intención de cambiar de tema, Jack declaró que admiraba lo delgada que estaba Gwyneth Paltrow, a lo que la Wurtz contestó:

—Parece que necesita alimentación intravenosa.

Cuando uno ha visto demasiadas películas, el tiempo se detiene; nadie envejece ni muere. La señorita Wurtz confundió a Anthony Minghella con Peter Lorre. («Pensaba que Peter Lorre había muerto», diría Caroline a Jack al día siguiente. «No ha hecho una sola película desde hace años»). Ante lo cual, Jack no pudo más que pensar: «¡Cierto!»).

Lanzando una mirada de preocupación alrededor, la Wurtz anunció que una fiesta de aquella magnitud —y con tantos famosos— debería haber contado con más de un gorila; pensó que Ben Affleck era el único gorila.

Judi Dench estaba presente, lo que impulsó a Caroline a confesarle a Jack que siempre había pensado que Judi Dench sería una elección inspirada para interpretar a la señora McQuat, en caso de que alguien hiciese una película sobre el Fantasma Gris.

—¿Una película sobre la señora McQuat? —preguntó Jack, atónito.

—Ya sabes que fue enfermera militar, Jack. Sus problemas respiratorios se debían a que fue gaseada, no sé bien con qué.

Así pues, Jack se vio condenado a pensar en Judi como el Fantasma Gris, gaseada pero vuelta a la vida, una idea inquietante.

Jack dirigió una y otra vez miradas insinuantes a Bill Vanvleck el Desquiciado, miradas que significaban: ¿No es hora de marcharse?

Pero Bill el Desquiciado no estaba dispuesto a irse ni mucho menos. Había regresado a Hollywood, renacido como director de una película nominada a un Oscar. A Jack no le molestaba el triunfo del Holandés Loco; el Monstruo del Remake había mostrado una admirable medida al dirigir *La lectora de morralla*. Jack siempre había

confiado en el buen oficio de Vanvleck, y Bill el Desquiciado se había ceñido a su oficio; esta vez había dejado de lado la parodia.

Al abandonar por fin la fiesta de Miramax, Jack y la señorita Wurtz fueron a cenar con Richard Gladstein y su esposa y con Vanvleck y su presentadora mucho más joven que él, que se llamaba Anneke. Frente al Regent Beverly Wilshire, los manifestantes aún proferían consignas y sostenían en alto pancartas con órganos de reproducción masculinos y femeninos: penes y chismes a porrillo. La señorita Wurtz volvió a indignarse.

—¡Si no le gusta la pornografía, deje de pensar en ella! —dijo Caroline con aspereza por la ventanilla de la limusina a un hombre con una camisa verde lima de manga corta que la miró con cara de perplejidad; sostenía una pancarta que mostraba a un niño desnudo sobre el que se cernía la amenazadora sombra de un adulto.

Fue una suerte que la Wurtz no viajase en la limusina con Hank Long, Mufy y Milly Ascheim. Jack averiguó más tarde que Milly había bajado la ventanilla y gritado a los manifestantes: «¡Venga, marchaos a casa, ved una película y meneáosla! ¡Os quedaréis más a gusto!».

—Dios Santo, ya es domingo por la mañana —declaró la señorita Wurtz mientras ella y Jack desayunaban junto a la piscina del Four Seasons en Beverly Hills—. Y tu historia se quedó atascada en Oslo, si no recuerdo mal. Quizá sea mejor que no imites el defecto en el habla de Ingrid Moe. Cuéntame solo qué dijo tal y como lo dirías tú normalmente, Jack. El defecto en el habla nos distrae demasiado.

Como no era de extrañar, Jack optaría por contar la historia también de ese modo a la doctora García. No hizo el menor esfuerzo por ofrecer siquiera una aproximación de la espantosa anormalidad de Ingrid. (Conociendo a la doctora García, habría tachado de digresión cualquier esfuerzo de Jack por recrear el defecto en el habla).

Así, Jack describió la visión del infierno de Ingrid Moe como si relatase él mismo una visita a ese lugar. Prestó especial atención al hecho de que Ingrid no había perdonado a su madre, lo cual contrastaba vivamente con la circunstancia de que su padre se lo había perdonado todo a su madre, incluso la parte de la historia correspondiente a Amsterdam, de la que Jack estaba aún muy lejos aquel domingo por la mañana en Beverly Hills. Tenía la certeza de que la señorita Wurtz y él no llegarían a Amsterdam, al menos no antes de la entrega de premios, que comenzaría esa tarde.

Como Jack había estado ya en una ceremonia anteriormente, sabía que los esperaba una larga noche. La señorita Wurtz, con un sombrero de paja de ala ancha y embadurnada de la cabeza a los pies con más protector solar que un recién nacido desnudo, le insistía a Jack para que le diese detalles de Helsinki. Era evidente que Oslo e Ingrid Moe la impacientaban, pese a haberse emocionado con la aparición de William en el hotel Bristol. La Wurtz se alegró sobre todo al saber que William no se

había cortado el pelo.

—William tenía un pelo precioso. Tú has heredado su pelo, Jack —dijo Caroline, y le cogió de la mano—. Me complace que no te hayas cortado el pelo, como hace hoy en día todo el mundo. Sinceramente, da igual si el pelo largo está de moda o no en los hombres. Si tienes un buen pelo, debes dejártelo crecer.

La parte de la historia correspondiente a Helsinki requirió todo lo que les quedaba de tiempo privado ese domingo. Acertadamente, Erica Steinberg mandaría a alguien al hotel para arreglarle el pelo a la señorita Wurtz.

—Al margen de lo que implique «arreglarme el pelo» —susurró la Wurtz a Jack antes de marcharse con Erica después del almuerzo—, voy a dejármelo gris, solo te digo eso. Ya es demasiado tarde para teñirme de rubio, y además hay rubias de sobra, aquí especialmente.

Jack fue al gimnasio, que estaba al lado de la piscina. Allí se encontró a Sigourney Weaver. (Él le llegaba a la clavícula).

—Buena suerte esta noche, Jack —dijo.

Fue entonces cuando empezó a ponerse nervioso; fue entonces cuando tomó conciencia de lo importante que era para él *ganar*.

«Es muy posible, Jack», le diría más tarde la doctora García, «que ganar el Oscar fuese un pequeño consuelo por lo que has perdido».

No se refería solo a su padre. Tampoco se refería solo a Emma. Se refería a Michele Maher, pese a las «expectativas poco realistas» depositadas por Jack en ella, según el dictamen de la doctora García; se refería a los recuerdos falsos de Jack, la infancia que su madre había inventado para él, que también había perdido. (La doctora García se refería asimismo a su madre, claro).

Erica acompañó a Jack y a la señorita Wurtz en la limusina hasta el Shrine Auditorium. Vieron a los manifestantes de la noche anterior, los mismos rostros severos, idénticas pancartas. La limusina avanzaba tan lentamente que, esta vez, Jack tuvo ocasión de contarlos. Había nueve personas protestando contra la pornografía, aunque eso no impediría a *Entertainment Weekly*, en su número posterior a los Oscars, describir a las «docenas» de manifestantes que rodeaban el auditorio.

La señorita Wurtz estaba magnífica. Llevaba un vestido largo y entallado con un escote Reina Ana; era del mismo color plateado que su pelo. El Armani totalmente negro de Jack, que incluía una camisa negra además del esmoquin negro y la corbata negra, le daba un aire de gángster menguado. Había perdido los diez kilos que engordó para el papel de Jimmy Stronach; se lo veía sano y en forma, como había observado Michele Maher en una ocasión.

No llevaban más de veinte minutos sobre la alfombra roja cuando Erica los condujo a la obligada entrevista de Joan Rivers. Jack temía la respuesta de la señorita Wurtz a la previsible pregunta de Joan referente a «quién» la había vestido. Pero en lugar de decir «el padre de Jack me lo regaló cuando éramos amantes», Caroline contestó: «El vestido es algo personal, obsequio de un antiguo admirador». Ahí

estuvo perfecta, pensó Jack.

Joan Rivers conocía de antemano la conexión entre Jack y su maestra de tercero; por lo visto, todos conocían ya el dato en los medios de comunicación.

—¿Qué clase de alumno era Jack? —preguntó a la señorita Wurtz.

—Incluso de niño, Jack era igual de convincente como mujer que como hombre —contestó Caroline—. Solo necesitaba saber quién era su público.

—¿Y quién es tu público, Jack Burns? —preguntó entonces Joan Rivers.

—Mi padre es mi público de un solo espectador —respondió él—. Pero supongo que he ido reuniendo unos cuantos admiradores más a lo largo del camino. —Jack miró a la cámara y dijo por primera vez en su vida—: Hola, papá. —Advirtió que la señorita Wurtz sonreía tímidamente a la cámara.

Después de eso, a Jack le faltó tiempo para abandonar la alfombra roja. Tenía los nervios a flor de piel. (Estuvo a punto de telefonar a la doctora García).

—Cálmate —dijo Caroline—. No hace falta que le digas nada a William. Él solo quiere verte; quiere, más que nada, verte ganar.

Había muchas esperas en la ceremonia de entrega de los premios. Erica acompañó a Jack y a la señorita Wurtz al interior del auditorio, donde esperaron una eternidad. Jack bebió demasiada Evian y tuvo que ir a mear; eso ocurrió antes de que un policía motorizado con gafas de sol y casco blanco sacase al escenario a Billy Crystal en brazos como a un bebé y se iniciase oficialmente la velada.

Jack tenía un asiento en la sexta fila junto al pasillo. Se asignaba asientos junto al pasillo a todos los nominados; Richard Gladstein estaba junto al pasillo frente a Jack, y Bill Vanvleck el Desquiciado ocupaba el asiento detrás de él. La señorita Wurtz estaba sentada entre Jack y Harvey Weinstein. Caroline no recordaba quién era Harvey —Jack los había presentado *dos veces* en la fiesta de la noche anterior—, pero sabía que era alguien importante porque una cámara de televisión lo mantuvo enfocado de principio a fin. Por razones que no le quedarían claras a Jack, la señorita Wurtz dedujo que Harvey era un boxeador famoso, un excampeón de los pesos pesados. (Muy posiblemente había oído decir a alguien que si algo le gustaba a Harvey, era una pelea reñida. A Jack no se le ocurrió otra explicación).

El premio al mejor actor secundario se anunció bastante pronto en el programa. Cuando ganó Michael Caine, Jack supo que la espera sería larga hasta la entrega de los premios a los guionistas, que tuvo lugar hacia el final de la velada. Casi nadie permanecía en su asiento durante toda la ceremonia, y menos si había tomado tanta Evian como Jack. Pero había que elegir las salidas al baño con mucho cuidado; solo se permitía salir y volver a entrar durante los cortes publicitarios de la televisión.

La señorita Wurtz se enfureció con los ganadores que rebasaban los cuarenta y cinco segundos concedidos para las palabras de aceptación. Pedro Almodóvar la sacó de sus casillas. Al aceptar el Oscar a la mejor película extranjera por *Todo sobre mi*

*madre*, Pedro se alargó tanto que Antonio Banderas tuvo que llevárselo del escenario.

—¡Buenas noches! —gritó en español la señorita Wurtz a Almodóvar.

La pausa para mear —es decir, la pausa para mear *Jack*, ya que era él quien tenía la acuciante necesidad— se hizo durante la presentación del premio conmemorativo Irving G. Thalberg. Ese año le correspondió a Warren Beatty. Caroline se enfadó con Jack por obligarla a perderselo. La señorita Wurtz había estado en otro tiempo enamorada de Warren Beatty.

—Nada comparado a lo que sentí por tu padre, Jack, pero fue un enamoramiento de todos modos.

Cuando regresaron a sus asientos, Jack ya tenía que mear otra vez. Le susurró a la señorita Wurtz que, si no ganaba, no le quedaría más remedio que mear en la botella de Evian. (Jack contaba con que hubiese un baño de caballeros entre bastidores, si es que conseguía acercarse hasta allí).

Por fin, llegaron los premios a los guionistas; afortunadamente el Oscar al mejor guión adaptado precedió al premio al mejor guión original. Kevin Spacey era el único presentador. En principio, Annette Bening debía unirse a él en el escenario, pero, como podía verse, estaba demasiado embarazada para arriesgarse a recorrer el corto trayecto desde su butaca. Spacey, a modo de chiste, dijo que «ella misma estaba a punto de entrar en producción». «Por nada le pediría que subiese por esa escalera, a menos, claro está, que gane el Oscar. En ese caso trepará a cuatro patas».

Jack interpretó ese comentario como un augurio desfavorable para sus posibilidades de ganar. Debido a la noche que pasó en Helsinki con la monitora de aeróbic embarazada, el mero hecho de pensar en Annette Bening a cuatro patas en su estado le causó remordimientos. Pero segundos después de ese mal momento Kevin Spacey dijo:

—Y el Oscar es para...

Jack no oyó el resto a causa de los alaridos de la señorita Wurtz.

—Piensa en lo mucho que se alegrará William por ti, Jack —le vociferó al oído mientras lo besaba. La cámara, por supuesto, los tenía enfocados, y Jack se dio cuenta de que la Wurtz miraba a la cámara por encima de él; ella sabía dónde estaba exactamente la cámara porque había permanecido fija en Harvey Weinstein, el exboxeador, toda la noche. Jack estaba de pie; Richard lo besaba, Bill el Desquiciado también. Harvey estrujó a la señorita Wurtz y a Jack en un único abrazo. Cuando Jack salió al pasillo, vio a Caroline lanzar un beso a la cámara, formando al mismo tiempo el nombre de William con los labios.

Jack recogió el Oscar de mano de Kevin Spacey y habló solo durante treinta y cinco de los cuarenta y cinco segundos concedidos; en pequeña medida, compensó así el exceso de Pedro Almodóvar en sus agradecimientos a la Virgen de Guadalupe, la Virgen de la Cabeza, el Sagrado Corazón de María y el resto de los vivos y los muertos. Por supuesto, Jack dio las gracias a su maestra de tercero, la señorita Caroline Wurtz, porque sabía que así la cámara la enfocaría. Dio las gracias también

al señor Ramsey, y lógicamente dio las gracias a Richard, y a Bill el Desquiciado, y a cuantos habían colaborado en Miramax. Jack dio las gracias en particular a Emma Oastler por todo lo que había hecho por él, y —básicamente porque sabía lo mucho que irritaría a la rubia— dio las gracias a Leslie Oastler por sus aportaciones al guión. Por último, Jack dio las gracias a Michele Maher por quedarse despierta para verlo. (En el fondo de su alma esperaba que el novio de Michele o «algo así» también lo estuviese viendo. Oír a Jack dar las gracias a Michele quizá provocase los celos del novio y eso los llevase a la ruptura).

Jack podría haber agotado los cuarenta y cinco segundos si no hubiese sido por la desesperada necesidad de mear. Cuando abandonó el escenario en compañía de Kevin Spacey, se cruzaron con Mel Gibson, el presentador del premio al mejor guión original, que recaería en Alan Ball por *American Beauty*. Tom Cruise, otro exluchador, intentó aplicarle una llave a Jack entre bastidores para arrebatarse el Oscar; eran tales las ganas de mear de Jack que esa broma amistosa podría haber acabado mal. Clint Eastwood le habló a Jack. (Dijo: «Así se hace, chaval», o algo por el estilo. Jack sabía que no podía confiar a su memoria momentos como aquel, momentos tan importantes).

Jack buscaba aún el baño de caballeros cuando Alan Ball abandonó el escenario con su Oscar, y Jack le dio la enhorabuena. («Buen trabajo, colega», creyó oírle decir a Mel Gibson, pero ¿se dirigía a Jack o a Alan? Después de una noche de espera, todo pareció concluir muy deprisa).

Jack encontró por fin el lugar que buscaba. Su alivio, sin embargo, se convirtió casi de inmediato en bochorno, porque nunca había estado en unos lavabos con un premio de la Academia. Leslie Oastler había intentado restar importancia al Oscar describiéndolo como «un hombre desnudo, calvo y dorado que sostiene lo que, según dicen, es su espada», pero, a juicio de Jack, un Oscar era más largo que el pene de un actor porno y pesaba mucho más. Jack no recomendaría a nadie ir a mear con una de esas estatuillas.

Experimentó una torpeza infantil que le recordó al hijo de cuatro años de Marja-Liisa cuando se meó en el bolsillo de la parca en el hotel Torní. Jack no acababa de cogerle el tranquillo, por así decirlo. Intentó sostener el Oscar bajo un brazo, pero no le dio resultado. Si uno acaba de ganar su primer premio de la Academia, con la clara conciencia de que posiblemente nunca ganará otro, se siente poco predispuesto a dejarlo en el suelo de unos lavabos públicos, y no intenta mantenerlo en equilibrio sobre el urinario mediante el ligero y arriesgado contacto entre la propia barbilla y la resbaladiza cabeza del Oscar.

Jack se alegró de estar solo en los lavabos; no había nadie que pudiera observar sus embarazosos esfuerzos, o eso pensó él. De pronto vio que allí había otra persona, en el extremo opuesto de la fila de urinarios. El tipo parecía haber terminado con lo que lo había llevado hasta allí; nadie habría podido no advertir que Jack no conseguía hacer lo propio.



Era un hombre de espaldas anchas, con cuerpo de levantador de pesas y una mandíbula de aspecto irrompible. Jack no lo reconoció en un primer momento, ni recordó que el antiguo culturista acababa de actuar como presentador; desde la perspectiva de Jack, el extremo opuesto de la fila de urinarios se hallaba a un campo de fútbol de distancia. Pero a Jack no le costó nada identificar el inimitable acento austríaco de aquel hombre corpulento.

—¿Quiere que le eche una mano? —preguntó Arnold Schwarzenegger.

—No, gracias; ya me las arreglo —contestó Jack.

«Dios Santo, espero que se refiriese a echarle una mano con el Oscar», dijo la señorita Wurtz más tarde, cuando Jack le contó la anécdota. ¡Pues claro que Arnold se refería al Oscar; era solo un gesto de amabilidad! (¡Que el futuro gobernador de California pudiera ofrecerse a sujetarle el pene a Jack era inconcebible!).

El ambiente entre bastidores era un delirio. En el siguiente descanso para la publicidad televisiva, Jack regresó a su asiento en el auditorio; no quería dejar desatendida a la señorita Wurtz. Esta podía preguntarle a Harvey Weinstein por sus peleas más gloriosas, pensaba Jack. ¿Y si, Dios no lo quisiera, se producía un apagón y la señorita Wurtz sufría una incontrolable regresión a su experiencia en la réplica de la cueva de los murciélagos del Museo Real de Ontario? Pero para entonces la velada ya llegaba a su fin; *La lectora de morralla* había ganado su único Oscar. Fue la noche de *American Beauty*, pero fue también la noche de Jack y la noche de Emma.

La señorita Wurtz se quedó perpleja al no ver el menor indicio de baile en el Baile de los Gobernadores, el banquete posterior a la entrega de premios en el Shrine Auditorium. Ninguna explicación la convencería de que «baile» era una descripción aceptable de la ocasión, pero ¿qué más le daba a Jack? Estaba contento.

Cenaron en una mesa con Meryl Streep, que había llevado a su hija. Jack vio cómo giraban los engranajes en la mente de la Wurtz: ¡allí estaba la mujer de *La decisión de Sophie* con una niña viva y real! Jack le dijo a Erica que, en su opinión, era mejor que se marchasen y fuesen a otra fiesta antes de que Caroline volcase en palabras lo que quiera que estuviese imaginando.

A continuación fueron a la fiesta de *Vanity Fair* en el Morton's; Erica consiguió hacerlos llegar hasta allí de algún modo. Jack recordó la larga espera que Emma y él tuvieron que soportar para entrar en esa fiesta la noche que lo nominaron para el Oscar pero no ganó. Cuando uno gana, las cosas cambian. El chófer de su limusina blandió al hombre desnudo, calvo y dorado por la ventanilla y rápidamente les abrieron paso entre el tráfico. Al parecer, Hugh Hefner (entre otros) había llegado antes que ellos; probablemente había ido temprano porque no había estado en el Shrine. El fundador de *Playboy* iba acompañado de aquellas gemelas, Sandy y Mandy.

La señorita Wurtz se indignó más con Hef que con los grupos en contra de la pornografía.

—¿Qué se ha creído ese viejo verde viniendo aquí con esas chicas? —preguntó

Caroline a Erica y a Jack.

Rob Love, Mike Meyers y Dennis Miller hablaban de algo, pero se callaron en cuanto Jack se acercó a ellos. Cuando le ocurría eso entre hombres, Jack no podía por menos de pensar que estaban hablando de él como chica. Casualmente, Jack iba otra vez camino del baño de caballeros, aunque en esa ocasión les había dejado la estatuilla a Erica y a la señorita Wurtz.

Después fueron a la fiesta de Miramax en el Polo Lounge del hotel Beverly Hills. Jack sabía que Richard y Bill el Desquiciado estarían allí; le apetecía estar entre amigos. La señorita Wurtz evitó una vez más hacer a Harvey Weinstein cualquier alusión al boxeo.

Caroline se excedió un poco con el champán. Jack tomó una cerveza: una botella verde de Heineken, que parecía aún más verde junto al dorado de su Oscar. (No recordaba la última vez que había tomado una cerveza entera; quizá cuando estudiaba en la universidad).

Siguió un desayuno en otra zona del hotel Beverly Hills. También asistieron. Debía de haber empezado a las tres o a las cuatro de la madrugada. Allí estaba Roger Ebert; desayunaba en una cama, cosa que a Jack le resultó extraña. Jack estuvo amable con él, pese a que Roger se había ensañado en su crítica de *La lectora de morralla*. La esposa y la hija de Roger fueron muy amables; informaron a la señorita Wurtz de que a ellas sí les había gustado la película. A Jack le complació pensar que quizás Emma y él habían provocado una discusión en la familia Ebert.

Eran alrededor de las cinco de la madrugada cuando Jack anunció a la señorita Wurtz que estaba cansado y quería irse a la cama.

—Podemos volver al hotel, Jack —dijo ella—, pero no vas a acostarte. No hasta que me lo cuentes todo de tu segunda visita a Amsterdam. —No se lo había quitado de la cabeza en toda la noche, añadió la Wurtz. Sabía que no podría conciliar el sueño hasta que oyese la historia.

Jack dijo a Erica que tenían que marcharse, y ella los acompañó en la limusina de regreso al Four Seasons. En una calle secundaria de Beverly Hills, tuvieron que detenerse detrás de un camión de la basura, el único tráfico que encontraron a esa hora de la madrugada del lunes. El olor de la basura llegó al interior de la limusina, como para recordar a Jack —incluso con el Oscar recién ganado en la mano— que hay ciertas cosas a las que uno no puede escapar, y lo persiguen hasta encontrarlo.

Jack le contó sin mayor dificultad el asunto de Amsterdam a la señorita Wurtz; solo le costó el final de la historia. La doctora García habría estado orgullosa de él: nada de lágrimas, nada de gritos. Cuando Jack le dijo a Caroline que había tenido la cabeza en otro lado durante aquella primera reunión con Richard Gladstein y William Vanvleck —que había estado pensando en el *otro* William—, el sol de California entraba a raudales por las ventanas abiertas de la sala de estar de su *suite* de dos

habitaciones en el Four Seasons. La señorita Wurtz y Jack estaban sentados en el sofá con sus albornoces blancos de felpa idénticos, los pies descalzos apoyados en la superficie de cristal de la mesita de centro, donde relucía el Oscar. Caroline tenía las uñas de los pies pintadas de un color rosa intenso. La luz del sol parecía brillar de manera especial en sus uñas, y en el Oscar, y en el lustroso piano negro, que resplandecía como un charco de petróleo.

—No me mires los pies, Jack —dijo la señorita Wurtz—. Mis pies son la parte más vieja de mí. Debí de nacer con los pies por delante.

Pero Jack Burns se hallaba a kilómetros de distancia, en la oscuridad de la noche, con las luces de las farolas reflejadas en el canal Herengracht. Richard Gladstein, Bill Vanvleck el Desquiciado y Jack habían estado hablando en el restaurante Zuid Zeeland, y la novia mucho más joven de Bill el Desquiciado —Anneke, la presentadora— parecía inquieta y aburrida. (¿Qué tiene de divertido ser una mujer joven y bonita con los ojos verdes y estar con tres hombres que hablan entre sí y no te hacen el menor caso, y encima hablan de hacer una película sobre una novela que no has leído?).

Pese a la poca atención que prestaba, Jack vio que los tres, Richard, Bill el Desquiciado y él, estaban en la misma onda; parecían de acuerdo en lo que necesitaba retocarse en el guión, y en el tono que debía tener la película. A Richard se le cerraban los ojos; le vencía el sueño a causa del *jet lag*. Bill el Desquiciado se burlaba de él diciendo que no le permitirían dormirse hasta que firmase el cheque. «Los productores pagan la cuenta», entonaba Vanvleck; era muy aficionado al vino tinto.

Ya fuera, en el Herengracht, Richard se despejó un poco con el aire húmedo de la noche. En retrospectiva, Jack consideraba inevitable que, a continuación, Bill el Desquiciado propusiese un paseo por el barrio rojo, pero en ese momento le pilló por sorpresa. Cuando pasaron por delante de las primeras chicas en los escaparates y ante las puertas, Jack advirtió que Richard estaba totalmente despierto. Anneke seguía aburrida. Jack tuvo la sensación de que Bill el Desquiciado llevaba a todos sus amigos de fuera de la ciudad a recorrer el barrio rojo; al fin y a la postre, era el terreno donde ambientaba los homicidios de su serie de televisión y se conocía bien el barrio. (Casi tan bien como Jack, pero Jack no reveló que ya había estado antes allí).

Anneke se animó un poco, de manera más perceptible cuando observó que las prostitutas en los escaparates y puertas reconocían a Jack Burns con la misma frecuencia con que la reconocían a ella. Como presentadora atractiva, era un personaje famoso en la televisión holandesa, pero no era más famosa que Jack. Y Jack no solo era una estrella de cine; tenía la ventaja añadida de que Nico Oudejans había pedido a todas las putas del barrio que estuviesen atentas por si él aparecía.

—¡Jack, calientapollas! —gritó un travestí, probablemente brasileño. (Aquellas pájaras con pájaro iban por él). Esto llamó la atención de Anneke, pero Bill el Desquiciado se había metido entre pecho y espalda un par de botellas de tinto, y no se

dio cuenta. El Holandés Loco aleccionaba a Richard sin cesar.

De pronto, Jack se irritó por su actitud. Vanvleck enseñaba el barrio rojo como si lo hubiera inventado él, como si él hubiera contratado a todas las chicas. El pobre Richard luchaba contra el *jet lag* y la abrumadora sordidez del lugar. A todas luces, para Anneke había sido una noche digna de olvidar.

«¡Bueno, yo les enseñaré algo que todos recordarán!», pensó Jack.

—Esto no es nada —anunció Jack mientras rodeaban por Oudekerksplein. Los hizo cruzar Warmoesstraat y salir del barrio rojo—. No habréis visto nada hasta que hayáis visto a Els.

—¿Els? —preguntó Vanvleck.

—¿Adónde vamos? —preguntó Richard. (Se alejaban del hotel; eso era lo único que sabía).

—Els es la prostituta en activo más vieja de Amsterdam —explicó Jack—. Es una vieja amiga.

—¿Ah, sí? —preguntó Bill el Desquiciado dando un traspie.

Guiados por Jack, cruzaron Damrak. Ya era noche cerrada. Estaba seguro de que Els se habría acostado. Petra, su colega de solo sesenta y un años quizás estuviese en el escaparate del primer piso. O tal vez Petra se hubiese ido a casa y se hubiese acostado también. En cualquier caso, Jack despertaría a Els, solo para demostrarles a Bill el Desquiciado, a Richard y a Anneke que tenía una *historia* en Amsterdam que iba un poco más allá de una serie de televisión holandesa.

Cuando entraron en Sint Jacobsstraat, Bill el Desquiciado se tambaleaba. Por la noche, la estrecha callejuela podía intimidar un poco. Jack vio a Richard mirar por encima del hombro un par de veces, y Anneke agarró a Jack del brazo y caminó pegada a él.

Para sorpresa de Jack, Els estaba en el escaparate, no Petra. («Me han despertado los gritos de algún borracho», diría a Jack más tarde. «Petra se ha ido a casa y me apetecía quedarme levantada. Digamos que tengo intuición, Jackie»).

En cuanto Jack la vio, empezó a agitar los brazos.

—Els tiene más de setenta años —dijo a Bill el Desquiciado, que miraba a Els en el escaparate iluminado de rojo como si hubiese visto uno de los espíritus vengadores del infierno, una arpía del averno, una furia infernal.

—¿Cuántos años dices que tiene? —preguntó Richard.

—Piensa en tu abuela —respondió Jack.

—¡Jackie! —gritó Els a la vez que le lanzaba besos—. ¡Mi pequeño ha vuelto! —anunció de nuevo a toda Sint Jacobsstraat.

Jack también le lanzó besos; agitó los brazos una y otra vez. Entonces perdió el control, en el instante en que Els le devolvió el saludo.

Es imposible que Jack «recordase» a su madre levantándolo por encima de la barandilla del barco cuando zarparon del muelle de Rotterdam; *imposible* que rememorase el momento en que se despidió de Els con los brazos, veintiocho años

antes, o que (cuando Jack tenía cuatro años) viese realmente desplomarse a su padre en el suelo apretándose el corazón roto con las dos manos.

—¡No llores, Jackie; no llores! —exclamó Els desde el escaparate de la primera planta, pero Jack se había postrado de rodillas en Sint Jacobsstraat. Seguía despidiéndose con los brazos, y Els aún le devolvía el saludo.

Richard y Bill el Desquiciado pugnaban por poner a Jack de pie, pero Bill el Desquiciado estaba borracho. Richard, además del *jet lag*, había estado dándole al vino tinto.

—¿Tú eres su «pequeño»? —preguntaba Richard, pero Jack se despedía de su padre con los brazos y no podía contestar; Jack tenía el corazón en un puño.

—¿De verdad conoces a esa mujer? —preguntó Bill el Desquiciado a la vez que perdía el equilibrio y acababa sentado en la calle. Richard sostenía a Jack con un brazo, pero lo soltó. Jack quedó tendido en la calle al lado de Bill el Desquiciado; Jack continuaba agitando los brazos.

—¡Jackie, Jackie, tu madre te quería! —vociferaba Els—. ¡Como buenamente era capaz!

Fue la hermosa presentadora de Bill el Desquiciado quien por fin ayudó a Jack a levantarse; ella había prescindido del vino tinto, según había observado Jack.

—¡Deja de saludar a esa puta vieja, por Dios! —dijo Anneke—. Deja de darle pie.

—¡Fue mi niñera! —prorrumpió Jack.

—¿Fue su qué? —preguntó Bill el Desquiciado a Richard.

—Su canguro —explicó Richard.

—¡Fantástico! —exclamó Bill el Desquiciado.

—¡Bill, cállate! ¿No ves que está llorando? —preguntó Anneke al Holandés Loco.

—¿Por qué lloras, Jack? —preguntó Bill el Desquiciado.

—Ella cuidaba de mí mientras mi madre trabajaba —respondió Jack.

—¿Dónde trabajaba? ¿Aquí? —preguntó Richard.

—Mi madre trabajaba en un escaparate, en una de esas puertas, allí abajo —dijo Jack señalando en dirección al barrio rojo—. Mi madre era prostituta.

—Pensaba que su madre era tatuadora —dijo Bill el Desquiciado a Richard.

—También era tatuadora —contestó Jack—. No fue prostituta mucho tiempo, pero lo fue.

Jack se dispuso a agitar de nuevo los brazos para despedirse de Els, pero Anneke lo rodeó con los suyos, inmovilizándoselos a los costados.

—¡Para, por Dios! —ordenó la presentadora.

—¡Ven a verme otra vez antes de que me muera, Jackie! —gritaba Els.

Bill el Desquiciado seguía sentado en la calle. También él había empezado a agitar los brazos para despedirse de Els, pero Anneke le asestó un puntapié.

—¡Una idea genial, Bill! —dijo ella—. Enseñas el barrio rojo a un hombre cuya

madre fue puta.

—¡Y yo qué sabía! —replicó a voz en grito Bill el Desquiciado.

Richard lo ayudó a levantarse; Anneke retiró un envoltorio de caramelo de la coleta larga y canosa de Vanvleck.

Se alejaban de Els, que seguía en el escaparate, camino del barrio rojo; era la ruta más directa de regreso al Grand. Richard, que caminaba junto a Jack, lo rodeó con un brazo.

—¿Estás bien, Jack? —preguntó Richard.

—Ya se me pasará —contestó Jack.

Pero Richard estaba lo bastante sereno como para preocuparse por Jack, y la amistad entre ambos crecía por momentos.

—Conozco a una persona a quien podrías visitar cuando vuelvas a Los Angeles —dijo Richard.

—¿Te refieres a un psiquiatra? —preguntó Jack.

—La doctora García conoce a varios actores —dijo Richard—. No serás su primera estrella de cine.

Los gestos de despedida habían cesado, pero Jack aún veía cómo Els levantaba a su padre del asfalto y lo llevaba en volandas, como a un niño, hasta el Mercedes de Femke. (Con toda probabilidad, Alice había dejado a Jack en la cubierta y el niño ya no veía por encima de la barandilla del barco). Jack sentía en la cara el aire húmedo de la noche, como el aire del mar, como el aire que sopló durante toda la travesía desde Rotterdam hasta Montreal, que era el destino del barco.

Jack oyó que las mujeres y las chicas lo llamaban por su nombre desde los escaparates y puertas, pero siguió andando.

—¡Extraordinario! —oyó Jack que decía Richard una sola vez sin razón aparente.

Anneke llevaba a Jack del brazo, en esta ocasión para protegerlo de los saludos de las prostitutas.

—Cuando regreses al hotel, ve derecho a la cama y procura olvidarte de todo —le susurró Anneke.

—¡Buenas noches, queridas! —saludaba Bill el Desquiciado a las mujeres del barrio rojo.

Jack sentiría siempre el movimiento del barco al salir del puerto: el balanceo de la cubierta bajo los pies del niño de cuatro años, con Rotterdam alejándose. ¡Cómo deseaba ver el Herbert Hoífmann de su padre! El tatuaje que se hizo en Hamburgo, si es que se lo hizo. Un velero, visto desde la popa, apartándose de la costa. La Tumba del Marino o el Ultimo Puerto de Hoffmann, un tatuaje así era lo que habría deseado William. Jack tenía casi la certeza absoluta. Fue entonces cuando Jack supo que tendría que encontrarlo.

En Beverly Hills, el sol estaba tan alto que los rayos de luz oblicuos ya no entraban

por las ventanas abiertas. Las uñas pintadas de los pies de la señorita Wurtz eran de un tono rosa menos vivo. El piano negro había adquirido un matiz más sombrío: se parecía menos a un charco de petróleo, y más a un ataúd. Pero incluso sin luz solar directa, el Oscar colocado junto a los pies descalzos de ambos en la mesa de cristal no era menos dorado, no era menos deslumbrante.

—Sé que William te vio anoche, Jack —decía la señorita Wurtz—. Da igual qué hora de la noche o de la madrugada fuese en Europa, si es ahí donde está. Sencillamente sé que no se habría perdido la ocasión de verte.

Caroline se levantó del sofá y besó a Jack en la frente; ciñéndose el albornoz al cuello, se inclinó y besó el Oscar en lo alto de la resplandeciente cabeza.

—Me voy a dormir —dijo tanto a Jack como a la estatuilla.

Jack la vio atravesar la sala de estar y rozar por un momento con la mano las teclas del piano negro. Solo se oyó el tintineo de esas tenues notas antes de que entrase en su habitación y cerrase la puerta.

Jack se levantó, entró en su habitación y cerró la puerta; dejó las cortinas corridas, pero abrió las ventanas. En la habitación se filtraba un poco de luz cuando la brisa agitaba las cortinas, y oyó el sonido de una manguera; abajo, en el jardín, alguien regaba las flores. El Oscar yacía junto a Jack. La estatuilla tenía su propia almohada. Jack miró el Oscar allí tendido, sosteniendo su supuesta espada. En la exigua luz, el Oscar parecía un soldado muerto; quizá sus camaradas lo habían hallado en el campo de batalla y habían dado sepultura a su cuerpo en una postura digna.

Jack durmió hasta que lo despertó el teléfono ese mismo lunes por la tarde. Era Richard. Jack había olvidado que él y Vanvleck y Richard habían acordado ir a un estudio de sonido para grabar los comentarios que se incluirían en el DVD de la película. Tenían que proyectar la película entera, con alguna que otra pausa, mientras hablaban de la intención oculta tras tal toma o tal escena, de cómo había surgido un momento determinado o cómo la frase de un diálogo o un fragmento de voz en *off* se había trasladado de una parte de la cinta a otra.

Jack se duchó y se vistió. Colocó el Oscar en el piano, sobre una nota con una explicación para la señorita Wurtz; ella aún dormía. Cenarían juntos, quizá con Richard y Bill el Desquiciado, decía Jack en la nota. Para que nadie robase el Oscar o despertase a la señorita Wurtz, Jack colgó el cartel de NO MOLESTEN en la puerta de la *suite*. En recepción ordenó que no pasasen ninguna llamada.

A continuación salió a la áspera luz del sol y se reunió con Richard y Bill el Desquiciado en la limusina para ir al estudio de sonido. Bill el Desquiciado tenía una resaca considerable, y el hecho de que Anneke se levantase a vomitar en plena noche no había contribuido a que se sintiera mejor.

—Algo que comió —dijo Bill el Desquiciado—. Ojalá yo lo hubiese comido también. Ojalá me hubiese matado.

Richard le dijo a Jack que ninguna resaca era tan mala como quedarse sin el Oscar.

Grabar los comentarios para el DVD le pareció que se prolongaba durante horas. Al igual que la primera vez que Jack se reunió con Richard y Bill el Desquiciado en Amsterdam, no tenía el alma puesta en aquello. Aun así, a Jack le gustaba la película que habían hecho juntos y, cuando la vieron, recordó cómo había ocurrido todo.

—¿De quién fue idea esto? —preguntaba Bill el Desquiciado de vez en cuando.

—Tuya, creo —contestaba Richard.

Dadas las circunstancias, salió bastante bien. Por lo visto, a Bill el Desquiciado se le pasó la resaca o, si no, sacó fuerzas de flaqueza para la ocasión. Al poco rato, Vanvleck era casi el único que hablaba. Transcurrió casi media hora en la que Bill el Desquiciado habló ininterrumpidamente; resultaba asombroso lo que era capaz de recordar. Pero al oír así la voz del holandés, Jack sintió una desorientación espacio-temporal tan extraña, que casi creyó que le preguntaba: «¿De verdad conoces a esa mujer?».

O cuando Bill el Desquiciado (aquella noche en Sint Jacobsstraat) preguntó a Richard: «¿Fue su qué?», después de explicar Jack que Els había sido su «niñera».

«¿Por qué lloras, Jack?», había preguntado también el Holandés Loco.

Allí estaban, en un estudio de sonido de Hollywood, y Bill Vanvleck el Desquiciado hablaba por los codos de cómo habían hecho la película de Emma. Pero la monotonía de la voz del holandés impidió que entendiera lo que estaba diciendo. Jack vio a Bill el Desquiciado borracho, sentado en la calle, gritando a su novia: «¡Y yo qué sabía!». Y más tarde, cuando atravesaron el barrio rojo, Jack aún oía saludar a Vanvleck: «¡Buenas noches, queridas!».

Tenían un trabajo que hacer —Richard, Bill el Desquiciado y Jack— y lo hicieron. Esa tarde, cuando Jack regresó al Four Seasons, se encontró con la señorita Wurtz en la sala de estar de la *suite* tocando el piano. Jack se sentó un rato en el sofá y se limitó a escuchar.

La Wurtz empezó a hablarle, pero —al mismo tiempo— siguió tocando.

—Quiero darte las gracias, ¡Jack. Jamás me lo he pasado así de bien! Ha sido una noche excepcional para una anciana como yo.

Jack tenía la nuca agarrotada y le dolían los dedos de los pies; algo que había hecho en el gimnasio, pensó.

—Pero te seré franca, Jack —prosiguió la señorita Wurtz—. No me malinterpretes, pero, para mí, ni siquiera una noche como la de ayer es tan especial como cada una de las noches que pasé con tu padre. Aunque nunca hubiese estado en la entrega de los Oscars, habría tenido a William en mi vida, eso es lo único que importa.

Y fue entonces cuando Jack supo por qué tenía la nuca agarrotada y le dolían los dedos de los pies. Jack supo qué había soñado durante esas pocas horas de descanso de la mañana del lunes, después de la ceremonia de los Oscars, cuando consiguió dormirse. Estaba de pie en la cubierta de aquel barco, zarpando de Rotterdam, y aguzaba la vista para ver por encima de la barandilla. Jack estaba de puntillas y



estiraba el cuello; durante las pocas horas que durmió, debía de haber mantenido esa incómoda postura. Por más que se había esforzado, claro está, no había visto la costa.

Es posible que Jack Burns no tuviese mucha fe en lo que se había dado en llamar memoria recuperada, pero he aquí lo que Jack recordó, mientras escuchaba a la señorita Wurtz tocar el piano, y estaba seguro de que ocurrió realmente, sabía que era verdad.

—¡Levántame! —le había dicho Jack a su madre en la cubierta de aquel barco. Los muelles se hallaban aún al alcance de la vista, pero Jack no los veía—. ¡Levántame! —había rogado a su madre—. ¡Quiero ver! —Pero ella no estaba dispuesta a complacerlo.

—Ya has visto más que suficiente, Jack —contestó su madre. Le cogió la mano—. Ahora vamos bajo cubierta.

—¡Levántame! ¡Quiero ver! —exigió Jack.

Pero Alice no estaba de humor para dejar que le diesen órdenes.

—Ya has visto Holanda de sobra para el resto de tu vida, Jackie, hijo —replicó ella.

Dadas las circunstancias, Jack también había visto Canadá de sobra para el resto de su vida. Porque el siguiente país que Jack vio fue Canadá, adonde su madre lo llevó, donde él nunca vería a su padre.

### 33 - Indicios de problemas

La señora Machado deseaba con toda su alma, o eso había dicho, que nadie se aprovechara nunca del señor Pene. Pero ¿quién iba a aprovecharse? ¿Las chicas caprichosas y las mujeres venales? La doctora García explicó a Jack que muchas mujeres que abusan sexualmente de niños creen protegerlos, y lo que los demás consideramos abusos es para esas mujeres una forma de cuidado maternal.

La doctora García especuló asimismo con la idea de que la señora Machado debía de haber observado en Alice cierta carencia de instinto maternal.

—Las mujeres como la señora Machado saben qué niños son vulnerables —dijo a Jack la psiquiatra—. Ayuda, claro está, si una conoce a la madre del niño, si ve qué le falta.

«*Principiis obsta*», lo había prevenido en una ocasión el señor Ramsey. «Resístete al principio».

Si Jack acarreaba un conflicto con su madre y con su padre, cabía preguntarse en qué había acabado lo de Lucy. Tenía cuatro años, casi cinco, aquella tarde a principios de otoño de 1987 en que Jack la descubrió en el asiento trasero del Audi plateado de sus padres, durante su primera y última noche como mozo de aparcamiento en el Stan's de Venice.

Cuando volvió a ver a Lucy, en la sala de espera de la consulta de la doctora García en Santa Mónica, allá por abril o mayo de 2001, hacía más de un año que había ganado el Oscar. Lucy debía de tener dieciocho. Jack no la reconoció, pero ella sí lo reconoció a él; todo el mundo lo reconocía. (Una chica guapa; una niñera, supuso Jack).

Hacía mucho tiempo que había aprendido a prever y tolerar las miradas de chicas de la edad de Lucy, pero Lucy mantenía la vista clavada en su cara, en sus manos, en todos sus movimientos, siguiéndole la mirada. El vivo interés que mostraba por él iba mucho más allá del coqueteo descarado o la actitud propia de una grupi. Jack estuvo a punto de preguntar a la recepcionista si podía esperar en otra habitación. Ignoraba si había otras habitaciones —es decir, aparte del cuarto de baño y un ropero—, pero la desvergonzada obsesión de Lucy le causaba desazón.

Luego el problema pareció resuelto; solo coincidieron esa vez en la sala de espera de la doctora García. Jack se olvidó de la chica por completo.

La razón por la que Jack recordaría el año y la estación del año de su primer reencuentro con Lucy, si bien (en aquel momento) él no sabía que se trataba de un reencuentro, es que por entonces se estaba preparando para un viaje a Halifax, la primera vez que iba a ir de visita allí desde que cruzó el Atlántico y desembarcó en Nueva Escocia en el vientre de su madre. La doctora García le había desaconsejado que regresara a su lugar de nacimiento, hecho en el que ella veía un posible riesgo de regresión en la terapia. Pero otro asunto reclamaba a Jack en Halifax.

Un novelista y guionista canadiense no muy bueno, Doug McSwiney, y una

venerable directora francesa, Cornelia Lebrun, querían que aceptase el papel protagonista en una película sobre la Explosión de Halifax, ocurrida en 1917. Probablemente no podían conseguir financiación suficiente para el filme sin incorporar a una estrella de cine, y —dado el carácter poco convencional del guión de McSwiney— no servía cualquier estrella de cine. Debido a la inclinación al travestismo del personaje principal, la estrella de cine tenía que ser Jack Burns.

El personaje que Jack interpretaría, una prostituta travestí, pierde la memoria en la explosión, que le arranca la ropa y le causa quemaduras de segundo grado en todo el cuerpo. Después se enamora de su enfermera. Al principio, el personaje de Jack no recuerda que es una prostituta travestí, pero no sería una película si no recuperase la memoria.

Jack albergaba ciertas dudas con respecto al guión, pero siempre había sentido interés por la Explosión de Halifax, y por ver la ciudad donde él nació. Además, le atraía la idea de trabajar bajo la dirección de Cornelia Lebrun. Era de lejos el componente con más talento de esa colaboración, y cuando propuso una reunión en Halifax —donde estaba trabajando con McSwiney, instándolo a mejorar su atormentado guión—, Jack aprovechó la ocasión para ver su lugar de nacimiento. También tendría así la oportunidad de aportar su grano de arena en lo referente a la trivialización del desastre de Halifax llevada a cabo por Doug McSwiney.

Después de ganar el Oscar, Jack había rechazado un sinfín de ofertas. Muchas de ellas eran propuestas de adaptación. Había leído muchas novelas buscando que le sedujese adaptarlas. Pero desde que Jack había empezado a contar la historia de su vida a la doctora García, la idea de escribir *cualquier* guión se le antojaba fútil.

Jack Burns había vuelto al mundo de la interpretación, al menos de momento, o eso dijo a Bob Bookman. Pero después del Oscar, Jack también tendía a ser más selectivo con las oportunidades como actor. No obstante, sentía curiosidad ante la perspectiva de hacer una película en Halifax. A saber qué recuerdos, de los llamados recuperados, podía rescatar allí. (Sueños y premoniciones de la tierna infancia, imaginaba Jack).

Ese era su estado de ánimo en junio de 2001 cuando se dirigió en coche a Santa Mónica para la sesión con la doctora García. Empezaba a hacer calor; cuando aparcó el Audi, dejó todas las ventanillas abiertas.

Jack tenía diversos motivos para sentirse optimista. Tres años después de realizarlo, había descrito su viaje de regreso a todos los puertos de escala del mar Báltico y del mar del Norte excepto uno, y Jack había descubierto que podía contar a la doctora García lo ocurrido sin perder la compostura. (En unas cuantas ocasiones había dado la impresión de que era la doctora García quien corría el peligro de perderla).

Además, a Jack le ilusionaba el viaje a Halifax, y eso se debía en buena parte a que iba allí *contra* la voluntad de la doctora García. Y por último pero no menos importante, Jack acababa de tener noticias de Michele Maher. Esto era más digno de

mención si cabe porque no había sabido nada de ella durante más de un año, ni siquiera había recibido una postal de enhorabuena por el Oscar.

Jack, lógicamente, había llegado a la conclusión de que el novio o *algo así* había tomado más firme posesión de ella; la posibilidad de que el novio le hubiese prohibido ponerse en contacto con él también se le pasó por la mente. De pronto llegó su carta, donde daba más información, aunque no demasiado afectuosa. Naturalmente, Jack enseñó la carta de Michele a la doctora García, pero a la doctora no le complació.

En las palabras de aceptación de Jack al recibir el Oscar, su agradecimiento a Michele Maher por quedarse despierta para verlo no había dado el resultado previsto. Provocó una acalorada discusión con el novio o *algo así*, por lo visto en torno al compromiso de Michele con él, o la ausencia del mismo. Michele nunca había vivido con nadie. Desde su anticuado punto de vista, la cohabitación equivalía a matrimonio e hijos; vivir con alguien no debía convertirse en un experimento. Pero como Jack había mencionado su nombre —ante millones de espectadores—, el novio o *algo así* de Michele insistió en que viviesen juntos. Michele cedió, aunque sin llegar al matrimonio y los hijos.

Él era también médico, un internista, amigo de un amigo que ella había conocido en la Facultad de Medicina. Eran muy (quizá demasiado) parecidos, escribió ella.

—Todo en la carta de la doctora Maher —dijo la doctora García al terminar de leerla— induce a pensar en un pragmatismo ajeno a su propia actitud ante cualquier cosa en este mundo, Jack.

Pero Jack había sacado una impresión algo distinta de la carta de Michele: para empezar, vivir con el novio no había salido bien. («Un año de compromiso durante el que nunca me he sentido menos comprometida», tal como lo expresaba Michele). Volvía a vivir sola; no tenía novio. Por fin era libre de dar la enhorabuena a Jack por el Oscar y de proponer que —si alguna vez él pasaba por la zona de Boston— quedasen para comer.

«Soy consciente de que no te nominan para un Oscar todos los años», escribió Michele. «Además, si volvieras otra vez a la ceremonia de entrega de los Oscars, no esperaría que contemplases de nuevo la posibilidad de pedirme que te acompañase. Pero, en retrospectiva, es posible que me hubiese ahorrado un año de infelicidad aceptando tu invitación de buen principio».

—Se advierten indicios de insinuación donde dice «en retrospectiva», ¿no? —comentó la doctora García. (No lo planteó como una pregunta a la que debiera responder Jack; era sencillamente la manera en que la doctora García daba por supuesto que Jack estaba de acuerdo).

«*Spater, vielleicht*», concluía la carta de Michele.

—Tendrá que ayudarme con el alemán —dijo la doctora García como si tal cosa.

—«Más adelante, quizá» —tradujo Jack.

—Mmm. —(Esta era la manera en que la doctora García restaba importancia a

algo).

—Podría volver de Halifax vía Boston —sugirió él.

—¿Qué edad tiene Michele, treinta y cinco, treinta y seis? —preguntó la doctora García, como si no lo supiese.

—Sí, es de mi edad —contestó Jack.

—La mayoría de los médicos son adictos al trabajo —dijo la doctora García—, pero Michele, como cualquier mujer de esa edad, siente el paso del tiempo.

Debería haberle hablado a la doctora García de la carta de Michele en orden cronológico, pensaba Jack, pero no dijo nada.

—Por otra parte, no parece precisamente de esas que hacen cualquier cosa por echar un polvo con un famoso, ¿no? —dijo la doctora García.

—Propone solo una comida —contestó Jack.

—Mmm.

No había fotografías nuevas en la consulta de la doctora García; no había aparecido ninguna foto nueva en los tres años desde que él era paciente suyo. Pero no había espacio para ninguna nueva, a menos que tirase algunas de las viejas.

—Telefonéeme desde Halifax si se mete en algún lío, Jack.

—No me meteré en ningún lío —dijo él.

Antes de devolvérsela, la doctora García miró detenidamente el membrete profesional, de color azul celeste, de la carta de Michele.

—Telefonéeme, entonces, desde Cambridge, Massachusetts —dijo ella—. Casi puedo garantizarle, Jack, que allí se meterá en un lío.

Por esas fechas, en la historia de su vida por orden cronológico, tal como se la contaba a la doctora García había llegado a lo que la señorita Wurtz llamó «la segunda vez en Amsterdam». Comprensiblemente, no tenía prisa por relatar esa parte de la historia de su vida a la doctora. Jack pensó que un corto viaje a Halifax, con una escala en Boston a su regreso, podía hacerle mucho bien.

Cuando salió a la sala de espera, una mujer distrajo a Jack, una de las jóvenes madres paciente asidua de la doctora García. Empezó a chillar en cuanto lo vio. (Era una situación que sacaba de quicio a Jack).

La recepcionista se apresuró a llevarlo a la salida de Montana Avenue. Jack vio que otra joven madre, o la amiga o la niñera de la mujer que chillaba, cuyos gemidos habían asustado a los niños, intentaba calmarla; algunos de los críos lloraban.

Subió a su Audi y metió la carta de Michele Maher bajo la visera del lado del conductor. Se acercaba al cruce de Montana Avenue con la calle Cuatro cuando la cara de Lucy apareció en el retrovisor. Jack casi tuvo un accidente cuando ella dijo:

—Me porto demasiado mal para comer en un restaurante de mayores.

Jack seguía sin caer en la cuenta. Solo sabía que la había visto por última vez en la sala de espera de la doctora García, pero no sabía quién era. (La niñera con aptitudes de grupi, como pensó de ella).

—Normalmente duermo en el suelo si creo que alguien puede verme dormida en

el asiento —dijo la extraña chica—. Me cuesta creer que sigas comprando Audis, y que sean siempre plateados.

—¿Lucy? —dijo Jack.

—Te ha costado —dijo ella—, pero no tenía tetas cuando me conociste. Es normal, supongo, que no me hayas reconocido.

Una desafortunada coincidencia, comprendió Jack. Lucy no era niñera de nadie; al igual que Jack, era paciente de la doctora García. (Una de las menos equilibradas, como descubriría pronto).

Costaba ver el escaso parecido con la niña de cuatro años preocupada pero valiente que Jack había llevado en brazos en el Stan's. Conservaba parte de su valor, o este se había endurecido hasta convertirse en otra cosa. En ese momento, con poco menos de veinte años, nada preocupaba a Lucy, ya no.

Sus ojos, de mirada fría e impasible, inducían a pensar en la inquebrantable temeridad de un ladrón de coches. Si uno la desafiaba a hacerlo —o apostaba cinco pavos a que no se atrevía—, pisaría a fondo el acelerador y se saltaría todos los semáforos en rojo de Wilshire Boulevard, desde Santa Mónica hasta Beverly Hills; a menos que la embistiesen de costado en Brentwood o un policía le pegase un tiro en WestVillage, nada la detendría, y con el brazo izquierdo desnudo asomado por la ventanilla haría un corte de mangas a todo aquel con quien se cruzase en el camino.

Jack dobló a la derecha en Ocean Avenue y paró el Audi junto a la acera.

—Será mejor que salgas del coche, Lucy —dijo.

—Me quitaré toda la ropa antes de que puedas sacarme del asiento trasero —respondió la chica.

Jack mantuvo las dos manos en el volante mientras miraba a Lucy por el retrovisor. Llevaba un top de color rosa —poco más que un sujetador deportivo— y un pantalón corto negro de la marca Puma, como si hubiese salido a correr. Jack sabía que podía quitarse todo lo que llevaba en lo que él tardase en abandonar el asiento del conductor y abrir la puerta trasera.

—¿Qué quieres, Lucy? —preguntó.

—Vamos a tu casa —dijo ella—. Sé dónde vives, y tengo una historia increíble que contarte.

—¿Sabes dónde vivo? —preguntó a la chica.

—Mi madre y yo pasamos en coche por delante de tu casa continuamente —respondió ella—. Pero nunca te vemos. Imagino que pasas mucho tiempo fuera o algo así.

—Hablemos en el coche —sugirió Jack.

—Es una historia más bien larga —explicó la chica. Por el espejo retrovisor, Jack vio que se estaba bajando el pantalón corto y dejando al descubierto la cadera. Llevaba unas bragas tanga de color rosa; no parecían lo más cómodo para correr.

—Súbete el pantalón, por favor —dijo él—. Iremos a mi casa.

Calzaba unas zapatillas de deporte sucias con esa clase de calcetines cortos que

parecían estar de moda entre los adolescentes, esos que no llegaban siquiera a los tobillos. Caminó de puntillas hacia la casa de Jack, como si imitase al señor Ramsey o los nervios le impidiesen quedarse quieta. Jack la siguió como un perro; era como si estuviesen en casa de Lucy y ella lo tuviese todo bajo control.

—Aquel cabezazo que le diste a mi padre me cambió la vida —explicó Lucy—. Fue entonces cuando mi madre decidió que ya estaba harta de él. Recuerdo que le gritó todo el camino a casa. Se habrían divorciado antes del desayuno de la mañana siguiente si mi madre hubiese podido arreglarlo.

—Por experiencia propia sé que uno no recuerda las cosas con mucha precisión cuando tiene cuatro años —advirtió él.

—Fuiste el puto héroe de mi madre —dijo Lucy—. ¿Crees que no me acordaría de eso? Cuando te hiciste famoso, íbamos a ver todas tus películas y mi madre decía: «Ese es el hombre que me sacó de un matrimonio patético». Mi padre te odiaba, claro. Cuando se divorciaron, también tuve que oírlo a él hablar de ti: «Si alguna vez tropiezo con Jack Burns, ni se dará cuenta de lo que se le ha venido encima» —gritaba siempre mi padre.

—Tu padre no salió muy bien parado la primera vez —señaló Jack.

—Déjame decirte una cosa: si mi madre tropieza contigo, te matará a polvos y luego se lo contará todo a mi padre —dijo Lucy—. Toda mi vida has sido el puto centro de mi familia.

—Sencillamente me horrorizó que tus padres dejasen a una niña de cuatro años en la parte trasera del coche, y en Venice —dijo Jack.

Lucy jugueteaba con los imanes de tatuajes que Alice le había dado a Jack para la nevera. Dibujos japoneses; *irezumi*, los llamaba Henk Schiffmacher. Había media docena del tamaño de monedas de veinticinco centavos. Jack los utilizaba para sostener las cuatro fotografías del torso desnudo de su madre en la puerta de la nevera: cuatro imágenes algo distintas del tatuaje «Hasta que te encuentre», que Lucy observaba con mucha atención.

Pero Lucy no podía parar quieta. Fue a echar un vistazo a las cosas del escritorio de Jack. El pisapapeles de cristal plano, que agrandaba un poco la foto de Emma desnuda a los diecisiete años, captaba la atención de cualquiera. (Siempre había pensado que algún día se arrepentiría de haber conservado una de esas fotografías, de las que Claudia le había pedido que se deshiciese).

—Tengo que ir al baño —dijo Lucy. Había otros dos cuartos de baño en la casa, pero ella cruzó sin vacilar la habitación de Jack, entró en su cuarto de baño y cerró la puerta.

Jack había convertido la antigua habitación de Emma en un pequeño gimnasio: dos clases de bicicleta estática, una cinta de andar, una máquina de abdominales, varios bancos y muchas pesas. En las paredes no había espejos, sino solo algunos de sus *pósters* de cine preferidos, incluidos los de un par de películas en las que había intervenido. En el suelo había una colchoneta para los estiramientos y rodadas, un

rectángulo alargado del tamaño más o menos de una tercera parte de un tapiz de lucha reglamentario.

Jack se sentó en la colchoneta y se abrazó las rodillas contra el pecho, preguntándose qué podía hacer con Lucy. Oyó la cadena del váter y el agua en el lavabo; oyó a la chica salir del cuarto de baño y descolgar el teléfono de la mesita de noche junto a su cama. Por el tono de voz mecánico, Jack supo que hablaba con un contestador.

—Hola, mamá, soy yo —oyó decir a Lucy—. Estoy en casa de Jack Burns, estoy desnuda, estoy en su cama. ¿No es eso lo que siempre has querido? Lamento haberlo conseguido antes que tú, pero ¿qué más da? La idea de que tú o yo estemos con Jack Burns va a enloquecer a papá. Un beso.

Jack entró en su habitación y vio que Lucy no bromeaba. Había apartado las mantas y yacía desnuda en su cama.

—Ahora vamos a meternos en un lío —dijo Lucy.

—Tú quizá sí, Lucy. Pero yo no —replicó él.

Pasó ante ella y entró en el cuarto de baño; se proponía llevarle la ropa, pero no la vio ni se le ocurrió qué podía haber hecho con ella. Había dejado las zapatillas sucias con los calcetines sobre la báscula del baño, pero el resto había desaparecido. (¿Cómo podía haberse esfumado sin más?, pensaba).

Jack regresó a la habitación.

—Ahora vas a marcharte, Lucy. ¿Dónde está tu ropa?

Ella se encogió de hombros. Sí, era una chica de dieciocho años preciosa. Incluso Jack era capaz de contar los años desde 1987, cuando llegó a Los Angeles, y sumarle cuatro. (Al fin y al cabo, últimamente había pensado mucho en los niños de cuatro años). Pero Jack no contemplaba siquiera la posibilidad de hacer el amor con Lucy, ni aunque fuese legal. Ese no era el problema.

Se trataba de una de esas chicas caprichosamente descuidadas con motas de purpurina dorada en el pelo; llevaba cada uña del pie pintada de un color distinto. La cidra en forma de dedo conocida como la Mano de Buda aparecía tatuada en la cara interna de uno de sus muslos, muy arriba, donde quedaba tapada por el pantalón corto. Algunas mujeres jóvenes eran más excitantes antes de quitarse la ropa; además, a Jack nunca le había gustado que lo intimidasen.

—Te daré una camiseta y un pantalón de deporte míos —dijo—. Lucy, si no te vistes tú y sales de aquí, te vestiré yo mismo.

—Mi madre ya ha avisado a la policía —contestó ella—. Se pasa el día en casa sin nada que hacer. Simplemente filtra todas las llamadas por si es mi padre. Ahora ya habrá oído mi mensaje dos veces, te lo aseguro; ya habrá dado a la policía tu dirección y demás.

Jack entró en la cocina y descolgó el teléfono. Llamó al 911 y dijo que había en su casa una chica de dieciocho años cuya presencia no le resultaba grata; se había escondido en su coche. Luego se había desnudado y había telefoneado a su madre. Él



no la había tocado, afirmó Jack; no quería tocarla.

—Quizá sería conveniente que uno de los agentes que manden sea mujer, por si la chica se niega a vestirse —añadió.

Preguntaron a Jack si se trataba de una pelea doméstica. «¿Conocía a la chica?».

—¡No he tenido el menor contacto con la chica desde que ella tenía cuatro años! —exclamó él.

Eso significaba, pues, que sí la conocía, ¿no?, preguntaron a Jack. (Debería haberlo visto venir).

—Oiga, la chica piensa que sus padres se divorciaron por mi causa. Ella y su madre están obsesionadas conmigo. ¡Su padre me odia!

—¿Conoce a toda la familia? —le preguntaron.

Cuando Jack dio su dirección, la respuesta inmediata fue: «Un momento». Ya habían mandado un coche patrulla allí. En efecto, se había recibido una llamada anterior, la de la madre de Lucy. La primera denunciante había hecho referencia a una violación en curso.

—¡Eso es mentira! —gritó Jack.

—¡La cisterna del váter sigue perdiendo agua! —anunció Lucy desde la habitación—. Pasa de la policía. Vale más que llames a un fontanero.

Jack colgó y cruzó apresuradamente su habitación camino del baño. Lucy había metido su ropa en la cisterna del váter. (Estaba empapada; Jack la echó a la bañera). La varilla que sujetaba la boya se había doblado; por eso perdía agua la cisterna. Al menos con eso sabía qué hacer.

Cuando Jack regresó a la habitación, Lucy se revolcaba por la cama; las mantas estaban revueltas y una almohada había caído al suelo. Daba la impresión de que Jack acabase de hacer el amor en aquella cama con varias chicas de dieciocho años, todas ellas gimnastas.

—Esto quedará solo en una molestia —dijo a la pequeña bruja—. De verdad, esto no te parecerá tan divertido cuando analicen tus fluidos corporales.

—¡No sabes lo harta que estoy de oír que jodiste a mi familia! —gritó la chica.

Jack salió de la habitación y cerró la puerta. Abandonó la casa y se recostó contra el Audi en el camino de acceso. Esperaba aún que llegase la policía cuando advirtió la presencia del fotógrafo, un conocido *paparazzo* cuyo trabajo más divulgado eran las fotos de una joven actriz vomitando en una piscina durante una boda en Westwood. Jack vio que el *paparazzo* lo observaba a través de un largo teleobjetivo desde el extremo opuesto de la calle.

Cuando llegaron los policías, Jack se alegró de que uno de ellos fuese mujer. Jack le indicó dónde estaba Lucy, y ella entró en la casa a buscarla mientras él contaba su versión de los hechos al otro agente.

—¿Está seguro de que tiene dieciocho años? —le interrumpió el policía en una sola ocasión; por lo demás, se limitó a escuchar. El *paparazzo* había cruzado la calle y los fotografiaba desde la entrada del camino de acceso a la casa de Jack.

—No puede ponerse su ropa; está mojada —explicaba Jack al agente, justo antes de que Lucy, desnuda, saliese corriendo por la puerta y echase los brazos al cuello de Jack. El policía intentó interponerse entre ella y el fotógrafo.

La mujer policía salió de la casa con una toalla de baño. Intentó envolver a Lucy con la toalla, pero Lucy se zafaba de la toalla una y otra vez. Fue necesario que interviniesen los dos agentes para desprender a la chica del cuello de Jack. Jack permaneció inmóvil, procurando no tocar a Lucy, mientras el  *paparazzo*  tomaba una instantánea tras otra. Si el fotógrafo hubiese puesto un pie en el camino de acceso, Jack podría haberle roto todos los dedos de las manos, uno por uno, pese a la presencia de los agentes.

—Supongo que cosas así le ocurren regularmente —decía el policía a Jack.

—Sea lo que sea lo que te ha contado él, seguro que es verdad —dijo la mujer policía a su compañero—. Si esta chica fuese hija mía, estaría tentada de ahogarla en un váter.

Era una mujer negra alta y delgada con cara de desesperación, realzada por una cicatriz; la cicatriz había dejado un surco en una de sus cejas. Su compañero era un blanco fornido de ojos azules y pelo cortado a cepillo; sus ojos eran fríos e impasibles como los de Lucy.

—No olviden verificar la existencia de fluidos corporales —dijo Jack a los agentes—. Por si miento.

La mujer negra sonrió.

—No se meta usted también en líos —dijo—. Compórtese.

—Nos gustaría echar un vistazo dentro de la casa, solo para corroborar algunos detalles —dijo el policía fornido.

—Cómo no —dijo Jack.

Fue un día largo. Jack se asomó una y otra vez a la ventana. Tenía la esperanza de que el  *paparazzo*  pusiese los pies en su propiedad, pero el fotógrafo montó guardia a la entrada del camino de acceso. Cuando la policía se llevó a Lucy —Jack insistió en darle a Lucy la toalla de baño—, el fotógrafo también se marchó.

A Jack le sorprendió que, en apariencia, ninguno de los dos agentes pusiese en duda su versión en ningún momento, pero la mujer policía lo había prevenido respecto a las fotos de los pechos de Alice y su tatuaje en el frigorífico. Cuando Jack explicó la historia de las fotografías, la mujer contestó:

—Eso no importa. Si alguna vez hay aquí algún problema, no le conviene tener fotos así en la nevera.

Él le enseñó la foto de Emma desnuda a los diecisiete años, la que estaba bajo el pisapapeles en su escritorio.

—¿Ídem? —preguntó él.

—Aprende deprisa —dijo la mujer policía—. Presiento que tiene usted auténticas aptitudes.

Cuando todos se fueron, Jack encontró el tanga de Lucy en la bañera; era tan

pequeño que debía de haber pasado inadvertido a la policía. Lo tiró a la basura, junto con las cuatro fotos de su madre y la de Emma.

Si Jack no hubiese tenido previsto partir hacia Halifax por la mañana, quizás habría sido más cuidadoso con la basura. Más tarde vería la lógica de aquello: la revista que compró las fotografías al *paparazzo* había enviado a alguien a la casa de Entrada Drive para registrar la basura de Jack. Era lógico también que la revista hablase con Lucy, y que ella quitase importancia al incidente calificándolo de «broma».

Cuando más tarde la revista le pidió alguna declaración —en teoría para un artículo de fondo—, Jack se limitó a decir que la policía había actuado debidamente. En primer lugar, habían dado crédito a Jack. ¿Acaso no se habían llevado a Lucy? «Saque usted misma sus conclusiones», dijo Jack a la mujer de la revista, que se presentó como una «diligente verificadora de los hechos». (Jack se refería a que la policía no se lo había llevado a él, ¿o no era así?).

Pero Jack no sabía nada de esto cuando se marchó por la mañana a Halifax. Con todo lo que le había ocurrido en la vida —las cosas que no había elegido bien, los años de los que se arrepentiría—, el episodio de Lucy se le antojó un suceso intrascendente. Ni siquiera telefoneó a la doctora García para contárselo. («Que espere; que lo oiga por orden cronológico», pensó Jack).

Pero, a veces, incluso un suceso intrascendente queda grabado en la conciencia del público. Jack no le había hecho nada a Lucy, excepto velar por ella cuando tenía cuatro años. Pero en una revista de cine dedicada a sembrar el escándalo, con fotos incluidas, la irritante «broma» de la chica despediría cierto tufo a algo verdaderamente escandaloso; daría la impresión de que Jack Burns había quedado impune de algo.

Llegado el momento, sería difícil contarle eso a la doctora García, pero —si bien aún no existía— a Jack le habían tendido una trampa. Lucy no era la trampa, pero contribuiría a una trampa que le aguardaba en el futuro. Aquella amable mujer policía había intentado advertírselo. Jack había tirado las fotografías, pero las fotos no eran lo único sobre lo que ella quería prevenirlo.

«Si alguna vez hay aquí algún problema...». ¿No lo había expresado así?

## 34 - Halifax

Jack telefoneó a la consulta de Michele Maher con el móvil camino del aeropuerto. Era muy temprano en Los Angeles, pero la enfermera de la doctora Maher atendió la llamada en la consulta de la doctora en Cambridge; en Massachusetts era tres horas más tarde. La enfermera era una mujer cordial llamada Amanda, que lo informó de que la doctora Maher estaba con un paciente.

Jack dijo a Amanda quién era y adónde iba. Añadió que había sido compañero de colegio de Michele; pero eso fue todo lo que pudo decir.

—Ya estoy enterada —dijo Amanda—. En la consulta todos queríamos matarla por no ir a los Oscars con usted.

—Ah.

—¿Va a comer con ella? —preguntó Amanda. Jack supuso que en la consulta todos conocían la carta que Michele le había escrito; seguramente Amanda la había mecanografiado.

Jack explicó que esperaba ver a la doctora Maher en el viaje de regreso desde Halifax. Había sacado un pasaje con escala en Boston. Si Michele estaba libre para cenar esa noche, o comer al día siguiente... No pudo pasar de ahí.

—¡Así que ahora es una cena! —dijo Amanda con entusiasmo—. Quizás una comida y una cena. ¡Quizás un desayuno!

Jack le dijo a Amanda que volvería a llamar más adelante esa misma semana desde Halifax, solo para cerciorarse de que la doctora Maher disponía de tiempo para verle.

—Debería alojarse en el hotel Charles de Cambridge. Podrá venir a pie al hospital y a nuestra consulta. Si quiere, puedo reservarle habitación —dijo Amanda—. El hotel tiene gimnasio y piscina, y de todo.

—Gracias, Amanda —respondió él—. Sería muy amable de su parte... si la doctora Maher tiene tiempo para verme.

—Pero ¿a qué viene tanto «doctora Maher»? —exclamó Amanda.

Jack no se molestó en decirle a Amanda que le reservase una habitación en el Charles con un nombre distinto, pese a que no solo Michele sino «todos en la consulta» sabrían que Jack Burns estaba en la ciudad y dónde se alojaba. A pesar del interés que tenía en la Explosión de Halifax, o la perspectiva de hacer una película en su lugar de nacimiento, Jack no se había comprometido ni mucho menos a aceptar el papel de la prostituta travestí y amnésica del guión de Doug McSwiney; de hecho, cuanto más se planteaba sus dudas en cuanto al guión de McSwiney, menos le apetecía registrarse en un hotel como una prostituta travestí y amnésica. (En el hotel de Halifax había hecho la reserva con su propio nombre).

Jack le agradeció a Amanda su amabilidad y su ayuda y le dio el número de teléfono de su hotel en Halifax, así como el número de su móvil, por si Michele deseaba llamarlo.

Jack tenía suficiente lectura para el viaje en avión, empezando por el guión de Doug McSwiney, que leyó dos veces más. Titulado *La Explosión de Halifax*, el guión de McSwiney se basaba supuestamente en *The Town that Died* de Michael J. Bird, una crónica del desastre de Halifax publicada en 1967. El guión no hacía justicia al libro de Bird, que era con diferencia lo mejor que podía leer Jack en el avión.

El 6 de diciembre de 1917 dos barcos colisionaron en el estrecho de Narrows, un canal de un kilómetro y medio de longitud y solo quinientos metros de anchura que comunica la bahía de Bedford con el puerto de Halifax y el mar abierto. Un carguero francés, el *Mont Blanc*, iba rumbo a Burdeos cargado de municiones para el esfuerzo bélico. Un buque noruego, el *Imo*, había arribado a Halifax desde Rotterdam y zarpaba hacia Nueva York. El cargamento del *Mont Blanc* incluía más de dos mil toneladas de ácido pícrico y doscientas toneladas de TNT.

Tras el impacto, el *Mont Blanc* se incendió; menos de una hora después, el letal cargamento del barco estalló. La gente contemplaba el barco en llamas desde casi todos los rincones de la ciudad; ignoraban que también iban a volar por los aires. Casi dos mil personas resultaron muertas, nueve mil heridas, y doscientas se quedaron ciegas.

La explosión arrasó el North End de la ciudad, que Bird describe como «un páramo, una inmensa chatarrería en llamas». Murieron cientos de niños. Otros barcos atracados en el puerto sufrieron daños por un valor incalculable, y también los embarcaderos y atarazanas y la Academia de la Marina, además del cuartel de Wellington y el lado del estrecho de Narrows donde se encuentra Dartmouth, adonde el capitán y la tripulación del *Mont Blanc* habían llegado a nado.

Jack pensó que el personaje del capitán francés, Aimé Le Medec, era el mayor reto para un actor. Bird lo describe como un hombre de «no más de un metro sesenta de estatura pero complexión atlética, con una barba negra bien recortada para añadir autoridad a su rostro un tanto juvenil». Un contemporáneo de Le Medec calificó al capitán de «hombre agradable pero taciturno, inclinado a veces al malhumor» y «un marino más competente que brillante».

Jack Burns no era tan bajo, pero —como actor— incluso el físico de Le Medec lo atraía, y a Jack se le daba bien imitar acentos. En la investigación posterior al desastre se concedió gran importancia al hecho de que el práctico del puerto asignado al *Mont Blanc*, Frank Mackey, no hablase francés. Le Medec, que hablaba inglés, mostraba poca disposición a hablar esa lengua porque le molestaba que la gente no lo entendiese. Mackey y Le Medec se comunicaban mediante señales.

A Jack le gustó todo lo que leyó sobre el capitán francés «malhumorado». En opinión de Jack, ese era el papel que deberían haberle ofrecido. (Y el guión debería haberse ceñido a los hechos, que ya de por sí tenían interés suficiente sin necesidad de que se crearan personajes de ficción que coexistiesen con los históricos).

Las autoridades canadienses de Halifax consideraron al capitán Le Medec y al práctico Frank Mackey responsables de la colisión en el Narrows. Más tarde, el

Tribunal Supremo de Canadá consideró que la culpa recaía en los dos barcos; ambos tenían la misma parte de responsabilidad. Pero Le Medec y su tripulación eran franceses; a ojos de muchos canadienses anglófonos, no solo de Nueva Escocia, los franceses eran los culpables de todo.

La directora francesa Cornelia Lebrun opinaba que a Le Medec le correspondía solo la mitad de la culpa. (El gobierno francés no emprendería acciones legales contra Le Medec, que no se retiró del mar hasta 1931, fecha en que fue nombrado Chevalier de la Légion d'Honneur). Pero eso no explicaba la adhesión de *Madame* Lebrun al guión de Doug McSwiney, en el que Le Medec es un personaje menor y a la propia Explosión de Halifax apenas se le concede un papel secundario.

McSwiney prestaba atención a la periferia. Después del desastre, comenta Bird de pasada, muchas prostitutas de Halifax se trasladaron a Toronto o a Montreal, «para volver más adelante cuando las condiciones mejorasen». En cuanto a las prostitutas que no abandonaron la ciudad, «el negocio fue viento en popa».

Puede que Doug McSwiney concibiera su relato periférico a partir de esa pequeña mención a la vida de las prostitutas en Halifax. En algún lugar de Water Street (en el libro de Bird apenas se alude a ello), una prostituta observa a un cliente —«un marino mercante»— salir de casa de ella y alejarse en dirección al puerto. Es temprano por la mañana; el *Mont Blanc* está a punto de estallar.

En el guión de McSwiney, dicha prostituta (o el personaje basado en ella) aspira el aire frío de la mañana más tiempo del necesario. La explosión le arranca la ropa, se le lleva la peluca y la lanza por el aire, revelando al público que la prostituta, en ese momento desnuda y en llamas, es un *hombre*. Jack Burns, claro está; ¿quién, si no?

Mientras reina la devastación, se traslada a la prostituta travestí y amnésica a un hospital. Abundan las imágenes dignas de compasión. Como escribe Bird: «Doscientos niños, la directora y los demás miembros del personal murieron al desplomarse el tejado y las paredes del Orfanato Protestante de Campbell Road. Aquellos que no murieron de inmediato perecieron lentamente a causa del fuego».

¿Cabe esperar, en medio de todo eso, que el público sienta lástima por el personaje de Jack, una prostituta travestí y amnésica? Pese a las muchas mujeres y niños quemados en el hospital, una atractiva enfermera se compadece especialmente del personaje de Jack. El contexto histórico del filme, apenas tratado, se intercala con la lenta recuperación de la víctima de amnesia y la naciente relación amorosa con la enfermera.

El travestí no recuerda quién es, y menos aún qué hacía desnudo y volando en llamas por el aire en Water Street poco después de las nueve de la mañana de aquel fatídico jueves. Cuando está en condiciones de abandonar el hospital, la enfermera se lo lleva a su casa.

A continuación viene la inevitable escena en que la víctima de amnesia recupera la memoria. (Conociendo a Jack Burns, esto se ve venir). La enfermera se ha ido a trabajar al hospital, y el personaje de Jack despierta en su habitación. Ve uno de los

uniformes de ella en una silla, su ropa del día anterior. Se lo pone y, al verse en el espejo..., en fin, ya puede uno imaginarse. ¡*Flashbacks* a todo tren! ¡Comportamiento indecoroso con indumentaria femenina!

De ese modo se ofrece al público una segunda versión de la Explosión de Halifax. Vemos la desastrosa vida de una prostituta travestí, que lleva a ese otro desastre, el real. Como observa Bird: «En esos momentos de dolor se produjo en Halifax un número de víctimas, entre muertos y heridos, mayor que en ninguna incursión aérea sobre Londres durante la segunda guerra mundial». Pero ¿en qué estaba pensando Doug McSwiney?

Jack odiaba las reuniones profesionales a las que acudía sabiendo que detestaba el guión, pero le gustaban la directora y la idea subyacente del filme. Sabía que lo considerarían la estrella de cine entrometida que intenta alterar el material en beneficio propio. O, en ese caso —a ojos de Doug McSwiney, sin duda—, el guionista ganador de un Oscar (¡a eso se llamaba suerte del principiante!) que pretendía enseñar a escribir a un autor mucho más experimentado como McSwiney.

Salvo por el hecho de que Halifax era su lugar de nacimiento, Jack empezaba a preguntarse para qué había ido, y eso mucho antes de aterrizar en Nueva Escocia, donde había tomado tierra por última vez en el útero materno hacía treinta y seis años. Quizá sí que implicase una regresión en la terapia, como había advertido la doctora García.

Jack se alojó en el Prince George; reservó mesa para cenar en un restaurante cercano llamado Press Gang. El restaurante estaba en la esquina de Prince con Barrington, casi enfrente de la iglesia de St. Paul, donde antaño William Burns había tocado el órgano. A corta distancia, en Argyle con Prince, se encontraba la casa parroquial de St. Paul, donde los anglicanos acogieron a la madre embarazada de Jack; tal vez fuese incluso el edificio donde nació Jack, sin necesidad de cesárea.

St. Paul fue construida en 1750 con tablones y tejas de madera clara. En recuerdo de la Explosión de Halifax, la iglesia había conservado una ventana sin esmerilar en la primera planta: una ventana rota que daba a Argyle Street. Cuando el *Mont Blanc* estalló, se produjo en la ventana un agujero con forma de cabeza humana. A Jack, la cara de perfil, en particular la nariz y la barbilla, le recordó a su madre.

El órgano de St. Paul se había construido en memoria de un organista fallecido en 1920. Los tubos del órgano eran azules y blancos, y había una segunda placa conmemorativa dedicada a otra organista.

PARA GLORIA DE DIOS  
Y EN AGRADECIDO RECUERDO  
A NATALIE LITTLER  
1898-1963  
ORGANISTA 1935-1962

Debieron de necesitar un nuevo organista en el 1962. No había ninguna placa conmemorativa dedicada a William Burns, de quien Jack esperaba que siguiese entre

los vivos. Había llegado a Halifax para tocar el órgano en St. Paul en 1964. (Sabe Dios cuánto tiempo se quedó William allí; de su paso por la iglesia no se hacía mención alguna).

Jack salió de St. Paul y se detuvo en el Camposanto Viejo de Barrington Street, mirando en dirección al puerto de Halifax. Se preguntaba qué habría ocurrido si su madre y él se hubiesen quedado en Halifax, si habrían sido felices allí.

Jack sabía que, en la iglesia de St. Paul, lo que llamaban «la ventana de la explosión» —esa cabeza perfectamente conservada, de perfil, que conmemoraba el desastre de 1917— era mejor material para una película sobre la Explosión de Halifax que el guión de mierda escrito por Doug McSwiney. Empezaba a agobiarle la idea de haberse desplazado hasta allí para una reunión sobre una película que, le constaba, no llegaría a hacerse, o al menos no con Jack Burns como prostituta travestí y amnésica.

Además, Jack nunca había deseado conocer a Doug McSwiney. Decidió que debía decirle a Cornelia Lebrun qué opinaba del proyecto y dejarlo estar. (Jack sabía que eran muchas las reuniones previas a una película que podían evitarse si la gente expresaba su opinión antes de reunirse).

Jack sabía que Cornelia Lebrun se alojaba también en el Prince George, pero había aprendido de Emma que era mejor manifestarse por escrito, sobre todo si uno estaba cabreado por algo. Antes de la cena, Jack tenía el tiempo justo para volver al hotel y escribir lo que debería haber dicho a la escritora francesa con una simple llamada telefónica desde Los Angeles.

Por cuestiones personales le interesaba pasar un tiempo en Halifax, le explicó Jack, pero no participaría en una película sobre la Explosión de Halifax que trivializase el desastre. Jack escribió que le atraía el personaje de Le Medec y quería saber más sobre él; señaló a Cornelia Lebrun que su físico era idóneo para el papel de Le Medec y que el supuesto talante taciturno y malhumorado del capitán de barco entraba perfectamente en la gama de registros de Jack como actor. (Mencionaba asimismo su habilidad para imitar acentos).

Otro buen papel, entre las personas reales implicadas en el desastre histórico, era el de Frank Mackey, el práctico del puerto que no hablaba francés. Y había un tercer papel de interés para cualquier actor: el de C. J. Burchell, el abogado de la compañía naviera noruega. En esa época, Burchell era el especialista en derecho marítimo más conocido del Litoral Este. En representación de los propietarios del *Imo*, Burchell fue —en palabras de Bird— «capaz de las tácticas más implacables en los tribunales». Dada la tendenciosidad en favor del *lino*, y la opinión local desfavorable al *Mont Blanc* (y los franceses), Burchell debió de sentirse con más ganas aún de «atacar e intimidar a los testigos».

¿Qué necesidad había de una historia ficticia?, preguntó Jack a Cornelia Lebrun en su carta. Con casi dos mil personas muertas y nueve mil heridos, con casi doscientos ciegos, ¿a quién le importaba una prostituta travestí amnésica que se



quema un poco y pierde la ropa y la memoria y la peluca? Jack dijo a la directora francesa que el guión de McSwiney era, en una palabra, un «bodrio». (La doctora García habría prevenido a Jack contra esa *digresión* en particular, y —como al final se vio— habría tenido razón. Pero eso es lo que Jack escribió en el furor del momento).

Pidió disculpas por hacerles perder el tiempo a *Madame* Lebrun y al señor McSwiney al acceder a que se reunieran en Halifax, cosa a la que en ese momento no le veía sentido. Jack añadió que una sola mirada a la llamada ventana de la explosión de la iglesia de St. Paul lo llevó a entender que McSwiney había conseguido escribir una película de catástrofes que era «lasciva» y «banal» a la vez; había creado una historia de amor sórdida a partir de la Explosión de Halifax.

Jack se olvidó de decirle a Cornelia Lebrun que seguía interesado en trabajar con ella como directora, razón que inicialmente lo había persuadido de que la reunión en Halifax era una buena idea. También olvidó decirle que ya se había vestido de mujer más que suficiente para satisfacer el menor deseo que en algún momento hubiese podido sentir en cuanto a los papeles de travestí; como actor, Jack no creía que fuese mucho pedir que le permitiesen hacer de hombre.

Pese a estas omisiones, dejó un gran fajo de hojas en la recepción del hotel, prácticamente una resma de papel de carta del Prince George, para que se entregase en la habitación de *Madame* Lebrun. A continuación, Jack salió a cenar solo en el restaurante Press Gang. Cuando Jack regresó al hotel, preguntó en recepción si Cornelia Lebrun le había dejado algún mensaje; le dijeron que ella se encontraba en el bar.

Jack tenía solo una vaga idea de cómo era la directora francesa. (Una mujer menuda de más de sesenta años; aproximadamente la misma edad que la señorita Wurtz, pensó). La localizó sin dificultad. ¿Cuántas mujeres en Halifax podían llevar un traje pantalón de ante de color verde nenúfar?

—¿Cornelia? —preguntó Jack a la pequeña francesa, cuyo carmín era de un atrevido color naranja.

—¡Jack Burns! —exclamó con marcado acento, pero antes de que Jack pudiera besar la mejilla que le ofrecía, un hombre corpulento e hirsuto se interpuso entre ellos por la fuerza.

El hombre era mucho más grande de lo que cabía esperar por las fotografías de las cubiertas de sus libros, y más peludo que un leñador. Jack no había sido capaz de leer las novelas del barbudo autor debido a la persistencia en la desapacible meteorología de cada página, una constante en su prosa. (Abetos doblados por el viento, la roca gris del Escudo Canadiense, el despiadado mar..., mal tiempo y mucha bebida). Incluso el whisky en el aliento del autor era tonificante: Doug McSwiney, claro está. Jack tendía el brazo para estrecharle la mano cuando McSwiney le asestó un gancho de izquierda en la sien derecha. Jack no lo vio venir.

—¡Toma bodrio! —exclamó McSwiney, pero Jack solo oyó el «toma»; ya estaba

grogui antes de desplomarse. Debería haber tenido la inteligencia de esperar una mala jugada de un escritor con tan poca sensibilidad como para convertir la Explosión de Halifax en una malsana historia de amor.

Jack recobró el conocimiento en su habitación del hotel, tendido de espaldas en su cama, con la ropa puesta pero descalzo; le dolía la cabeza. Cornelia Lebrun estaba sentada en la cama a su lado. Había envuelto unos cubitos de hielo con una toallita, que sostenía contra el moretón hinchado en la sien derecha de Jack. «Ese cabrón barbudo y borracho podría haberme matado», pensaba Jack.

—La culpa es mía —decía *Madame* Lebrun con su marcado acento francés—. Soy incapaz de leer en inglés cuando está escrito con la mano.

—A mano —corrigió Jack.

—Le pedí a Dougie que me leyese sus notas en voz alta. Un grave error, *oui*?. Me parece que la palabra «bodrio» fue la que más lo molestó.

—O «banal», o quizá «lascivo».

—*Oui*. Además, bebe.

—Yo también he recibido malas críticas —dijo Jack—. No intenté matar a Roger Ebert a golpes de Oscar.

—¿Matar a golpes a quién? —preguntó la pequeña francesa.

—Da igual. No quiero actuar en esa película —dijo él.

—Elegiría a un francés para interpretar a Le Medec, por bueno que sea tu acento.

En cualquier caso, nunca conseguiría que se hiciese la película. Ese mismo año, después de los atentados terroristas del 11 de septiembre, sería demasiado difícil encontrar financiación para un filme sobre la Explosión de Halifax. De pronto, las películas de catástrofes no despertaban tanto interés. (Ese sentimiento persistiría durante un año o más).

En la televisión apareció algo sobre la Explosión de Halifax, pero eso fue un par de años después, y Jack no lo vio. Ni siquiera sabía si era un documental o lo que la señorita Wurtz hubiera llamado una «dramatización». Jack solo sabía que Doug McSwiney no había participado. Y después de semejante presentación en el bar del Prince George, Jack dudaba que llegase a trabajar con Cornelia Lebrun.

El hotel mandó a una médica a la habitación de Jack mientras *Madame* Lebrun lo atendía aún de la herida en la cabeza. La médica dijo a Jack que padecía una conmoción leve; a juzgar por la palpitación que sentía en la sien derecha, Jack le habría discutido el uso de la palabra «leve». También le dijo que no debía dormir durante más de dos horas seguidas cada vez. La médica dejó instrucciones en recepción para que el servicio despertador telefonease a Jack Burns cada dos horas; si no respondía al teléfono, alguien debía entrar en la habitación y despertarlo.

Y no debía viajar hasta pasados dos días, añadió la médica.

Esa noche, entre llamada y llamada del servicio despertador, soñó que estaba en un plato de cine. «Basta de charla, por favor», decía alguien en el plato, al parecer por enésima vez.

«Empezamos a rodar».

«Atentos».

Jack tomó conciencia de que echaba de menos ese proceso. Quizás había pasado demasiado tiempo desde su última película.

Por la mañana, Jack dio un paseo por Barrington Street buscando algo que leer. Encontró una librería llamada The Book Room. El dueño lo reconoció y lo invitó a tomar un café. Jack se ofreció a firmar unos cuantos libros, solo los pocos ejemplares disponibles del guión de *La lectora de morralla*. (El editor de bolsillo de Emma había publicado el guión; en la mayor parte de las librerías tenían en los estantes el guión junto con la edición vinculada a la película de la novela de Emma).

El librero se llamaba Charles Burchell; resultó ser nieto de C. J. Burchell, el legendario especialista en derecho marítimo que había dirigido el ataque jurídico contra el capitán y el práctico del *Mont Blanc*. Cuando Jack contó a Charles que creía haber nacido en la casa parroquial de St. Paul, este le dijo que la sacristía de la iglesia se había utilizado como hospital improvisado durante los días posteriores a la Explosión de Halifax; los cuerpos de cientos de víctimas habían yacido amontonados contra las paredes.

Charles tuvo la gentileza de acompañar a Jack al puerto. Jack quería ver las terminales marítimas, en particular el muelle donde desembarcaban los inmigrantes. Charles también llevó a Jack en coche al cementerio de Fairview. Jack sentía curiosidad por ver las tumbas de las víctimas del *Titanic*. Halifax había conocido su buena ración de desastres.

Jack paseó con Charles entre las lápidas.

A LA MEMORIA  
DE UN  
NIÑO DESCONOCIDO  
CUYOS RESTOS  
SE RESCATARON  
DESPUÉS DEL  
DESASTRE  
DEL *TITANIC*  
15 DE ABRIL, 1912

Había muchas más.

ALMA PAULSON  
29 AÑOS  
MUERTA CON CUATRO HIJOS

Algunas eran solo nombres con la edad.

TOBURG DANDRIA, 8  
PAUL FOLKE, 6  
STINA VIOLA, 4  
GOSTA LEONARD, 2

Otras eran solo números.

FALLECIDO  
15 DE ABRIL 1912  
227

Una pequeña lápida con el nombre J. DAWSON era la que tenía la mayoría de las flores; los ramilletes empequeñecían la lápida, casi tapaban aquel nombre vagamente familiar. Charles aclaró a Jack de qué le sonaba el nombre. El personaje interpretado por Leonardo DiCaprio en la película *Titanic* se llamaba Jack Dawson.

—No irá a decirme que existió realmente —dijo Jack.

—No tengo ni idea —contestó Charles.

El J. DAWSON de la lápida podría haber sido otro Dawson. Jack Dawson, el personaje de DiCaprio, podría haber sido fruto de la imaginación. Pero desde la aparición de la película, quienes visitaban las tumbas del *Titanic* dejaban flores en la lápida de J. DAWSON porque creían que se trataba del personaje real. Peor aún, existiese o no relación entre el Jack Dawson de la película y el J. DAWSON de la lápida, las chicas que llevaban flores pensaban que en la tumba había alguien que en otro tiempo había sido como Leonardo DiCaprio.

—El cine —dijo Jack con visible aversión. Charles se echó a reír.

Pero Jack cayó entonces en la cuenta: era de allí de donde aquel novelista y guionista de rostro barbudo había sacado la idea para convertir la Explosión de Halifax en una historia de amor. Era una mala idea desde el principio, pero ni siquiera era idea de McSwiney. La había plagiado de la película *Titanic*; se la había apropiado en un cementerio lleno de niños.

—¿Es Doug McSwiney natural de Halifax? —preguntó Jack a Charles Burchell. Puesto que Charles era librero, Jack supuso que lo sabría.

—Nació y se crio aquí, sí —contestó Charles—. Es un hombre espantoso; siempre anda liándose a puñetazos con la gente.

Las tumbas del *Titanic* se sumaron a los motivos de Jack para desear hacer papilla a McSwiney, y a Jack le dolía la cabeza. (En el terreno de las malas jugadas, un golpe en la sien es buscarse problemas).

Jack regresó al hotel e hizo una breve siesta. Debía de tener en efecto una conmoción, leve o no, porque no se encontraba bien. Se preguntaba por qué no había telefoneado Michele Maher, aunque fuese solo para decir que le hacía ilusión comer o cenar con él, o algo así. Quizás era tímida; con toda probabilidad estaba ocupada. No durmió profundamente, ni por mucho tiempo. Al primer timbrado de la llamada del servicio despertador se incorporó demasiado deprisa y vio las estrellas. Las estrellas continuaron titilando mientras se lavaba los dientes.

Un hombro dislocado sería una lesión razonable para infligirle a Doug McSwiney, pensaba Jack. Puesto que McSwiney había golpeado a Jack con un gancho de izquierda, seguramente era diestro; en tal caso, dislocarle el hombro

derecho sería buena idea.

Jack telefoneó a la consulta de la doctora Maher y volvió a ponerse la enfermera de Michele, Amanda.

—Hola, Amanda, soy Jack Burns. Llamo para confirmar el desayuno, el almuerzo y la cena.

Advirtió al instante que algo andaba mal; Amanda, antes cordial con él, se mostró fría como el hielo.

—La doctora Maher está con un paciente —dijo la enfermera.

—¿Qué le pasa a la doctora Maher, Amanda?

—Ni desayuno, ni almuerzo, ni cena —respondió Amanda—. La doctora no quiere verle; ni siquiera está dispuesta a hablar con usted. He anulado su reserva en el Charles.

—Quizás he entendido mal —dijo Jack—. Pues tengo una conmoción.

—¿Esa chica le provocó una conmoción? —preguntó Amanda.

—¿Qué chica?

—Hablo del asunto de Lucy, las fotografías, toda esa historia. ¿No hay noticiarios en Canadá?

Jack vio de nuevo a aquel condenado *paparazzo* como si el fotógrafo estuviese aún a la entrada del camino de acceso tomando una instantánea tras otra. Una de las revistas de cine de peor fama había comprado las fotografías. La noticia, junto con las fotos, también había aparecido en televisión.

—No sale usted muy bien parado —explicó Amanda.

—No mantuve relaciones sexuales con esa chica —dijo él.

—De eso estoy segura —contestó Amanda—. La chica solo sabía que era eso lo que usted quería, y que sin duda lo habría conseguido si ella no hubiese llamado a su madre.

—¡Eso no es verdad! ¡Yo llamé a la policía para que viniesen a llevársela! ¡Esperé fuera de mi propia casa hasta que llegó la policía!

—Tenía a una joven de dieciocho años desnuda en su cama; incluso van a la misma psiquiatra —señaló Amanda—. Conoció a Lucy cuando era niña, pegó a su padre. ¿Y por qué guardó el tanga y esas fotos horribles? En su escritorio había una foto de lo que parecía otra joven de dieciocho años desnuda. En su nevera había fotografías del pecho tatuado de una mujer desnuda.

—¡Tiré todo eso! —exclamó Jack.

—¿Dónde? ¿En el jardín de su casa? —preguntó la enfermera.

—Por favor, déjeme hablar con Michele —rogó él.

—Michele ha dicho: «Si llama Jack, dile que es demasiado raro para mí». Eso ha dicho la doctora —respondió Amanda y colgó.

Jack encendió el televisor en la habitación del hotel. Tardó un rato en encontrar una cadena americana entre los canales canadienses, aunque (como Leslie Oastler pronto le informaría) la noticia de Lucy había salido ya en los medios canadienses.

Cuando encontró *Headline News*, Jack descubrió que era la noticia de cabecera en la sección dedicada al mundo del espectáculo.

Cuando le dijeron a Lucy que habían recuperado su tanga rosa entre la basura de Jack —junto con aquellas fotografías incriminatorias que Lucy había descrito antes a los periodistas—, ella aventuró que seguramente Jack quería conservar algún *recuerdo* de su visita y que por eso había escondido el tanga a la policía. Por lo visto, después se lo había pensado mejor y había tirado el tanga junto con las otras «pruebas». (Por televisión el tanga parecía muy pequeño; daba la impresión de que Jack se lo hubiese robado a una niña).

Jack necesitó ver con sus propios ojos la revistucha para comprender todo lo que había de incriminatorio en las fotografías; es decir, en las no aptas para la televisión. Salió del hotel y fue a The Book Room. Charles Burchell era un librero; Charles sabía dónde estaban todos los quioscos de Halifax. Naturalmente, Charles ya tenía un ejemplar de la revista de cine.

—Te he llamado al hotel, Jack, pero me han dicho que estabas haciendo la siesta.

Ninguna de las dependientas de The Book Room miraba a Jack; todas habían visto las fotos y leído la insinuante historia.

La foto de portada de la revista era de Lucy desnuda y colgada del cuello de Jack, como un adorno pornográfico. Los dos agentes de policía parecían forcejear tanto con Jack como con Lucy. Las fotografías del interior de la revista —en particular las que se habían rescatado de la basura de Jack— no eran menos condenatorias. El tanga rosa no solo era muy pequeño; aún estaba mojado. La imagen de Emma desnuda a los diecisiete años había sido alterada por razones de decoro. Jack consideró que la franja negra sobre los ojos de Emma la hacía irreconocible, incluso para cualquiera que la hubiese conocido a esa edad. ¿Y quién excepto Jack la había conocido desnuda a esa edad? (Había olvidado que la señora Oastler había visto esa fotografía).

En el caso de las fotos de su madre, la revista de cine había elegido solo una; aparecían dos franjas negras sobre los pezones de Alice. La foto de Emma se había estropeado tanto en la basura que los pezones no se veían claramente; la revista no se había molestado en ocultarlos, aunque sí habían tenido la decencia de cortar la fotografía por debajo de la cintura de Emma.

En el artículo se mencionaba también a la doctora García. Jack tenía la certeza de que se habría negado a hacer declaraciones. Pero una antigua paciente, cuyo nombre se mantenía en el anonimato y que describía los métodos de la psicoterapeuta como «poco ortodoxos, por no decir más», dijo que la doctora García desaconsejaba encarecidamente las citas entre pacientes. Jack sabía de sobra que la doctora García no creería ni por un momento que él había tenido una cita con Lucy, pero todo el mundo sabe qué clase de revista haría una cosa así; la noticia aparece insinuada y no se afirma nada. Incluso el titular, el propio título del artículo, era intencionadamente engañoso; en el caso de la noticia de Lucy, el titular tenía un efecto incuestionable.

Jack no había hecho nada, pero parecía culpable. Era demasiado «raro», como decía Michele.

Charles Burchell era un buen hombre; dio a Jack sus más sentidas condolencias. Jack tenía un dolor de cabeza atroz cuando regresó al Prince George. Se tomó un par de analgésicos, Tylenol o quizás Advil. (Después no recordaría haberse tomado nada).

Jack se entretuvo llamando a su número de Los Angeles y escuchando todos los mensajes de su contestador. Palabras de solidaridad de Richard Gladstein, Bob Bookman y Alan Hergott; Bill Vanvleck el Desquiciado había telefoneado desde Amsterdam. (Jack averiguó más tarde que la novia presentadora del Holandés Loco fue la primera en dar la noticia en Holanda). Alguien vinculado al St. Hilda había puesto sobre aviso a Leslie Oastler. La señora Oastler se subía por las paredes. «Me parece increíble que guardases esa fotografía de Emma, y esas otras de tu madre. ¡Eres un idiota, Jack!».

«Me sorprende que no me haya llamado», oyó decir a la voz de la doctora García en el contestador. «Confío en que haya cambiado de idea sobre hacer escala en Boston, o que haya cambiado de idea Michele. Y no le recomendaría ponerse en contacto con Lucy, Jack. Quizá nos convenga replantearnos el tiempo que pasa en la sala de espera. Podría encontrarse con la madre de Lucy».

Jack se preguntó cómo se le había escapado ese detalle a la revistucha de cine, a saber, que la madre de Lucy también era paciente de la doctora García. (Era más que evidente que debía de ser paciente de alguien).

En una ocasión, en la sala de espera, una de las jóvenes madres había explicado a Jack que la doctora García era única entre todos los psiquiatras que había visitado. No era necesario pedir hora. Por lo visto, aquella joven madre solía sentir de improviso la necesidad de visitar a su psiquiatra. Muchas de las jóvenes madres de la sala de espera de la doctora García decían que les resultaba reconfortante la presencia de otras madres jóvenes. Era una organización tan laxa que ningún psicoterapeuta de Nueva York o de Viena la habría consentido. (Tampoco un solo paciente de Nueva York o de Viena habría aceptado una situación así). Pero esas formas de organización laxa eran lo que Jack valoraba de la vida en Santa Mónica.

Entregó sus pasajes de avión a la conserje del Prince George y le pidió que hiciese lo que estuviese en sus manos para cambiarle los vuelos.

—Quiero estar de vuelta en Los Angeles mañana, de la manera más directa posible —le dijo—. Sin escala en Boston, por favor.

Luego Jack fue al Press Gang, donde había vuelto a reservar mesa para la cena; no había comido en todo el día y tenía apetito.

Jack se sentó solo a una pequeña mesa y pidió uno de los entrantes. Salvo por la mesa para un solo comensal que ocupaba, el restaurante estaba abarrotado y el

bullicio era considerable. Quizás el Press Gang parecía más ruidoso de lo que era porque Jack estaba solo y tenía una conmoción. Se sentó de cara a la ventana, dando la espalda a las otras mesas. Se había llevado un libro —uno que le había recomendado Charles—, pero cuando intentó leer, le volvió el dolor de cabeza y el ruido del restaurante se amplificó. El mayor alboroto procedía de la mesa contigua, pero Jack no veía a los comensales de esa mesa; si ellos lo miraban, solo veían su espalda.

Un individuo especialmente escandaloso llevaba la voz cantante. A voz en cuello, hablaba sobre un altercado en el bar de un hotel; según él, había sido una pelea justa.

—¡Estos luchadores de mierda! —vociferó—. No aguantan ni un solo puñetazo. —Eso, desde luego, atrajo la atención de Jack, con conmoción y todo—. Jack Burns cayó como un pescado muerto —contaba el hombre a sus amigos.

Acostumbrado como estaba a contar la historia de su vida en orden cronológico, Jack había descubierto que lo que mucha gente consideraba *grosso modo* «coincidencias» no ocurría necesariamente de manera fortuita. Uno podía pensar, por ejemplo, que era fortuito que Jack estuviese en el mismo restaurante que Doug McSwiney solo una noche después de que el autor gordo y barbudo lo dejase inconsciente de un puñetazo a traición. Pero Halifax no era una ciudad grande, y el Press Gang era un local muy frecuentado.

Jack intentó echarle un vistazo, pero solo vio la ancha espalda de McSwiney. A juzgar por cómo uno de los amigos del escritor lo reconoció de repente, Jack dedujo que ninguno de ellos sabía que él estaba allí hasta ese momento; McSwiney no contaba su anécdota en atención a Jack. Jack se levantó de la mesa y se acercó a McSwiney. Los amigos del hombre corpulento hicieron saber a McSwiney que Jack estaba allí, pero el muy cabrón no interrumpió el relato.

—Ese pequeño peso ligero se quedó allí tirado —decía Mc Swiney.

Jack se situó junto a McSwiney, pero un poco por detrás de él. Había tres parejas sentadas a la mesa; Jack no sabía cuál de las mujeres acompañaba a McSwiney. Los dos hombres le dirigieron una sonrisa a Jack —casi una mueca burlona—, pero las mujeres observaban con rostro inexpresivo el drama que se desplegaba ante sí.

—Quiero pedir disculpas —le dijo Jack a Doug McSwiney—. Esos comentarios que escribí sobre su guión no iban dirigidos a usted. Nunca me habría expresado directamente ante usted con tanta franqueza, ni de modo tan personal. Cornelia le enseñó esos comentarios solo porque era incapaz de entender mi letra. No sabe leer en inglés si está escrito a mano. Espero que entienda que fue un accidente. No habría dicho nada intencionadamente para herir sus sentimientos.

Después de eso las muecas de los dos amigos varones de McSwiney eran manifiestamente burlonas, pero las mujeres eran más sagaces; las mujeres siempre habían interpretado mejor las intenciones de Jack Burns.

En realidad, no estaba disculpándose; simplemente estaba siendo considerado dos veces, como le había enseñado la señora Wickstead. (En el bar del Prince George, al



ofrecerle la mano a Doug McSwiney había sido considerado por primera vez). Jack sabía, desde luego, que McSwiney estaba demasiado borracho y era demasiado agresivo para entenderle. El autor se limitó a seguir con su relato.

—La pequeña francesa esa avisó al portero, y juntos cargaron a Jack en un carro de equipaje; lo llevaron a su habitación con el carro como a un bebé en una sillita —decía McSwiney. Los dos hombres se echaron a reír, pero las mujeres no; las mujeres estaban tensas y alertas.

Cuando Jack apoyó una mano en la nuca de McSwiney y empujó suavemente su cabeza grande y desgreñada en dirección al plato, sabía ya que McSwiney era el más fuerte de los dos. Jack estaba preparado para que aquel hombre corpulento plantase las dos manos en la mesa y, ayudándose de ellas, se pusiese en pie. Jack no esperaba mantener a McSwiney inmovilizado con una sola mano; Jack solo quería que McSwiney abriese los brazos y se apuntalase en la mesa, porque así le sería más fácil aplicarle un nelson completo antes de que McSwiney se levantase.

Jack cruzó las dos manos sobre la nuca de McSwiney y le hundió la cara en la paella hasta las orejas; Jack sintió la comida caliente en las muñecas. Un camarón errante, revestido de arroz de color azafrán, salió volando del plato; también un trozo de embutido. McSwiney se revolvió en la paella intentando despejar el espacio para respirar.

En lucha, existe más de una razón por la que un nelson completo es ilegal. Sí, es posible romperle el cuello a alguien con esa presa. Pero —desde el punto de vista de la lucha— eso no es lo único malo. Resulta casi imposible inmovilizar a alguien con un nelson completo, a menos que se le rompa el cuello al adversario. Y es muy difícil zafarse de la presa; un nelson completo, además de ser peligroso, es una táctica de estancamiento.

McSwiney no iba a ir a ninguna parte; no tenía apoyo, especialmente sentado en una silla. Jack siguió empujando a McSwiney contra la paella. El escritor barbudo tenía la frente contra el fondo del plato; a juzgar por los ruidos que emitía, debía de haberle entrado arroz en la nariz. La mueca burlona había desaparecido de los rostros de los amigos varones de McSwiney. Jack no apartaba de ellos la vista. Si alguno se hubiese levantado, Jack habría cambiado el nelson completo por una presa de ala de pollo, con la que le habría alzado el codo derecho por encima de la oreja derecha, desencajándole con toda probabilidad la clavícula pero, casi sin duda, dislocándole, además, el hombro derecho. Luego Jack habría ido por uno de los otros dos, empezando por el de aspecto más agresivo.

Pero Jack advirtió que no había más problemas; los dos hombres seguían allí sentados. McSwiney era más grande que los dos juntos, y los dos podían observar con sus propios ojos que su amigo no estaba saliendo muy bien librado. Las mujeres parecían más inquietas que los hombres. Cruzaron miradas entre sí, y continuaron mirando el rostro de Jack, no la cabeza de McSwiney en la paella.

Por el ruido, daba la impresión de que McSwiney seguía comiendo, pero se

percibía algo más nasal que cualquier sonido propio del acto de comer. Si el hombre corpulento hubiese empezado a asfixiarse, Jack habría volcado la silla y le habría aplicado una llave ventral hasta que McSwiney vomitase en el suelo. Pero no fue necesario; el escritor respiraba sin dificultad, solo que ruidosamente. Un hombre grueso no respira con demasiada comodidad cuando tiene el mentón contra el pecho, incluso sin el factor paella.

—¡Escritores! —dijo Jack, más para los amigos de McSwiney que para el propio McSwiney—. Ni siquiera pueden comer sin hablar más de la cuenta.

Una de las mujeres sonrió, lo que podía excluirla, o no, como acompañante de McSwiney.

Jack apoyó la barbilla en lo alto de la cabeza de McSwiney; quería asegurarse de que McSwiney lo oía.

—Otra cosa sobre su guión —dijo Jack—. ¿Qué cree usted que le habría pasado a una prostituta travestí en una ciudad llena de marineros en 1917? Algún marinero lo habría matado mucho antes de la Explosión de Halifax. La historia no solo es lasciva y banal; también es inverosímil.

Jack se dio cuenta de que McSwiney intentaba decir algo, pero no estaba dispuesto a permitir al autor con exceso de peso que escapara de su paella.

La mujer que había sonreído a Jack habló en nombre de McSwiney.

—Creo que Dougie intenta decir que todos nos morimos de ganas de saber lo de Lucy —dijo la mujer. Jack conjeturó que seguramente era la acompañante de McSwiney, o su esposa. Era poco más o menos de la edad del escritor, que Jack calculó cerca de los cincuenta, o cincuenta ya cumplidos.

—Bueno, Lucy es mucho más joven que cualquiera en esta mesa; tiene mejores tetas y demás —dijo Jack tal como lo habría dicho Billy Rainbow. Ya nadie sonreía.

—Por favor, no le haga daño —dijo la mujer.

—Bastaba con que cualquiera de ustedes dijese eso —comentó Jack. Aflojó el nelson completo—. Confío en que entienda que podría haberle hecho daño —dijo Jack a McSwiney, que intentó asentir.

Jack lo soltó y se apartó de la mesa. Esperaba en parte que McSwiney se levantara y, balanceándose, se abalanzase sobre él. Pero el gordo se quedó allí sentado, al parecer más aplacado que combativo.

La mujer que le habló a Jack humedeció la servilleta en su vaso de agua y empezó a ocuparse de McSwiney. Le quitó el arroz del pelo y de la barba, y se encontró un camarón o dos y un poco de embutido, también un trozo de pollo. Lo limpió lo mejor que pudo, pero no hubo nada que hacer con el azafrán; el escritor tenía la barba y la frente manchadas de color calabaza.

Un camarero que había presenciado la escena permaneció atento a Jack, que volvió a su mesa pero se sentó de espaldas a la ventana, de cara al grupo de McSwiney. Jack no miró a ninguno de ellos directamente, pero quería ver a McSwiney por si aquel hombre corpulento se abalanzaba sobre él. La mujer que

había pedido a Jack que no hiciese daño a McSwiney miraba a Jack de vez en cuando, sin expresión discernible.

Jack hizo una seña al camarero para que se acercase y le dijo:

—Si se quedan, ofrézcale, por favor, otra paella al señor McSwiney. La pagaré yo.

—No van a quedarse —contestó el camarero—. Al señor McSwiney le duele el pecho, por eso se marchan.

Sería mala suerte haber contribuido a la muerte de aquel patán borracho; el escritor con exceso de peso era un tempestuoso dios de las letras canadienses. La autopsia podía revelar que McSwiney tenía arroz en los pulmones. Habría sido asesinado con comida; el arma del delito habría sido la paella. Abundarían los panegíricos a nivel nacional; una voz que rugía sobre el paisaje canadiense con la fuerza de un huracán había sido acallada. Lo peor de todo serían las extensas citas de la prosa de McSwiney, exageradas descripciones de rocas y árboles y gaviotas en *Quill & Quire*.

—¿Sabe si al señor McSwiney le ha dolido ya el pecho en alguna ocasión? —preguntó Jack al camarero de aspecto atribulado.

—Ah, continuamente —dijo el camarero—. Tiene unos ardores de estómago tremendos.

Jack pidió una cerveza. No había tomado una desde la Heineken de aquella fiesta en el Polo Lounge después de la ceremonia de entrega de los Oscars. Notó un manchurrón de la paella de McSwiney en sus propios pantalones; como hasta ese momento no había parado, le había pasado inadvertida. El camarón revestido de arroz de color azafrán, el pegajoso embutido; Jack se limpió con la servilleta, pero (como en el caso de McSwiney) nada podía hacerse con la mancha de azafrán.

Cada vez que veía al camarero de aspecto atribulado, Jack se acordaba de los dolores en el pecho de McSwiney. Esperaba sinceramente que fuesen solo ardores de estómago. McSwiney era un gilipollas pero era demasiado joven para morir. Jack se había contenido para no hacer daño a aquel cabrón; habría sido demasiado cruel, por ese mismo motivo, que Jack hubiese participado, aunque fuese involuntariamente, en la muerte de Doug McSwiney.

Y eso fue todo en Halifax. Jack rogaría a la doctora García que le permitiese contarle un poco de lo ocurrido allí. (Al fin y al cabo, podía transcurrir un año o más hasta que Jack llegase a esa parte de la historia de su vida por orden cronológico). Como la psiquiatra vio que Jack estaba alterado, y como ya había hablado con Lucy y con la madre de Lucy sobre el asunto de Lucy, la doctora García se lo consintió. Al menos le permitió contar la parte referente a Doug McSwiney.

Jack tuvo suerte, admitió ante la doctora García, de que los dolores en el pecho de McSwiney quedasen en nada. La señora Oastler encontró una breve nota en el periódico sobre una «reyerta de borrachos» en el restaurante Press Gang de Halifax, el caso de «dos escritores rivales que antes habían llegado a las manos en el bar del

hotel Prince George», había informado un periodista canadiense. Como Leslie sabía que Jack no bebía, su perplejidad fue aún mayor al comentar el periodista que Jack se había tomado tranquilamente una cerveza mientras McSwiney era atendido por sus amigos.

—Jack —dijo la doctora García—, me parece que debería contratar a un guardaespaldas.

—No necesito guardaespaldas —contestó él—. Solo necesito estar atento a un posible gancho de izquierda.

—Quería decir que necesita un guardaespaldas para que le impida hacer daño a otra persona —aclaró ella.

—Ah.

—Bueno, tenemos una ardua tarea por delante; dejémoslo en eso —dijo la psiquiatra.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Jack sinceramente.

—Vale más que encuentre pronto una película en la que actuar —respondió la doctora García—. Creo que le conviene dejar de ser Jack Burns por un tiempo, ¿no le parece?

## 35 - Digno de olvido

Al año siguiente, Jack intervino en tres películas; al otro, hizo dos más. Pese a su discapacidad para las matemáticas, incluso Jack sabía contar que en dos años había trabajado en cinco películas. Había dejado de ser Jack Burns durante mucho tiempo.

En dos años no había tenido noticias de Michele Maher; ella no había contestado a la carta en que le explicaba el episodio de Lucy. La doctora García lo instó a reconocer que el capítulo Michele Maher de su vida había quedado atrás, o debería haber quedado atrás. Era bueno que no hubiese tenido noticias de Michele, aseguró la doctora.

En esos dos años, Jack ganó mucho dinero y gastó muy poco. Prácticamente lo único caro que compró fue un Audi nuevo; por supuesto, también era plateado. Le faltaba motivación para vender la casa de Entrada Drive y comprar algo más apropiado. La razón era que en realidad deseaba marcharse de Los Angeles, aunque ninguna otra ciudad lo atraía, y Jack, fiel a la idea de Emma, seguía pensando que en cierto modo no estaba mal ser un intruso. Además, mientras la historia de su vida fuese una obra en curso, no concebía la posibilidad de cortar sus lazos con la doctora García. Ella era lo más cerca que Jack había estado de un buen matrimonio, o incluso de un matrimonio posible. La veía dos veces por semana. Poner su vida por orden cronológico para la doctora García se había convertido en la vida de Jack en una actividad más regular y reconstituyente que el sexo.

En cuanto al sexo, en los dos últimos años —desde su enérgica negativa a acostarse con Lucy— Jack había ofrecido consuelo por un breve periodo de tiempo a Lucia Delvecchio, que se hallaba en medio de un divorcio complicado. El divorcio de Lucia seguía adelante inexorablemente —una de esas pugnas interminables que incluían niños y tarjetas de crédito y residencias de verano y vehículos de motor y perros—, y como su airado esposo consideraba a Jack el origen de sus dificultades conyugales, la presencia de Jack en la vida de soltera de Lucia fue para ella de escaso consuelo y poca duración.

Se le atribuyeron relaciones románticas con tres de sus coprotagonistas —en tres de sus últimas cinco películas—, pero los rumores fueron falsos en dos de los casos. La única coprotagonista con la que Jack se acostó, Margaret Becker, era una madre soltera de más de cuarenta años. Tenía un hijo de doce llamado Julian y una casa junto al mar en Malibú. Tanto Margaret como Julian eran encantadores pero frágiles. El niño no mantenía relación con su padre, y había albergado expectativas poco realistas con cada uno de los novios que su madre había tenido: todos la habían dejado.

Por esa misma razón, las expectativas de Julian respecto a Jack apuntaron un poco más bajo. El niño buscaba siempre con inquietud señales de que Jack se disponía a abandonarlos a él y a su madre. Jack sentía aprecio por el niño —le encantaba tener a un niño en su vida—, pero Julian padecía grandes carencias.

Margaret, la madre de Julian, era una lapa en toda regla.

Siempre que Jack tenía que marcharse, le llenaba la maleta de fotografías suyas; en las fotos, tomadas expresamente con ocasión del viaje de Jack, la expresión de Margaret traslucía su temor a que él no regresase. Y Jack se despertaba a menudo por la noche y se encontraba a Margaret mirándolo fijamente; era como si intentase penetrar en su conciencia, en su sueño, y lavarle el cerebro para que no la abandonase.

Julian seguía a Jack con mirada pesarosa, como si fuese un perro al que Jack no hubiese dado de comer. Y Margaret le decía a Jack, como mínimo una vez al día: «Sé que vas a dejarme, Jack. Procura al menos no marcharte cuando yo me sienta demasiado vulnerable para soportarlo, o cuando sea especialmente perjudicial para el pobre Julian».

Jack estuvo con ella seis meses; se le antojaron seis años.

Y dejar a Julian le dolió más que dejar a Margaret. El niño lo observó marcharse como si Jack fuera su padre fugado.

—Corremos grandes riesgos con el afecto natural de los niños —diría Jack un día a la doctora García, pero ella se quejó de que le había hablado de esas relaciones de manera superficial. ¿O acaso no había tenido más que relaciones superficiales?

Meses después, a pesar de que en la casa de Jack en Entrada Drive el sonido dominante era el tráfico de Pacific Coast Highway, oiría el mar mientras yacía en la cama, tal como lo había escuchado en la casa de Margaret en Malibú mientras esperaba a que Julian entrase en la habitación y los despertase a él y a Margaret. Jack los echaba de menos sinceramente, pero ellos lo habían ahuyentado, casi desde el momento en que Jack entró en sus vidas. Según el dictamen de la doctora García, padecían «carencias aún mayores que las de Jack».

—¡Yo no tengo ninguna carencia! —contestó Jack indignado.

—Mmm —dijo la doctora García—. ¿Se ha parado a pensar, Jack, que su mayor anhelo es una relación auténtica y una vida normal, pero que no conoce a nadie que sea normal o auténtico?

—Sí, lo he pensado —contestó él.

—Hace cinco años que le atiendo, y sin embargo no recuerdo haberle oído expresar opiniones políticas, ni una sola —dijo la doctora García—. ¿Cuáles son sus tendencias políticas, Jack?

—Por lo general, más progresistas que conservadoras —respondió.

—¿Es demócrata?

—No voto —admitió Jack—. Nunca he votado.

—Bueno, he ahí una declaración —dijo la doctora García.

—Quizá sea porque empecé mi vida como canadiense y luego pasé a ser estadounidense, pero en realidad no soy ni lo uno ni lo otro —contestó él.

—Mmm.

—Me gusta mi trabajo, y eso es todo —dijo Jack.

—¿No hace vacaciones? —preguntó ella—. Las últimas vacaciones de las que recuerdo haberle oído hablar fueron unas del colegio.

—Cuando un actor no hace una película, está de vacaciones —afirmó Jack.

—Pero eso no es exactamente verdad, ¿no cree? —preguntó la doctora García—. Siempre está leyendo guiones, ¿no? Dedicar mucho tiempo a estudiar nuevos papeles, incluso si al final los rechaza. Ultimamente ha leído muchas novelas. Puesto que se le atribuye la autoría de un guión, ¿no contempla al menos la posibilidad de otra adaptación? ¿O un guión original, quizá?

Jack no dijo nada; él mismo tenía la sensación de estar siempre trabajando, incluso cuando no era así.

—Va al gimnasio, cuida lo que come —decía la doctora García—. Pero ¿qué hace cuando solo se relaja? ¿O nunca se relaja?

—Recurro al sexo —dijo él.

—La clase de sexo que usted practica no es relajante —respondió la doctora García.

—Salgo con mis amigos —dijo Jack.

—¿Qué amigos? Emma está muerta, Jack.

—¡Tengo otros amigos! —protestó él.

—No tiene ningún amigo —dijo la doctora García—. Tiene conocidos de su ámbito profesional; mantiene un trato cordial con algunos de ellos. Pero ¿quiénes son sus amigos?

Patéticamente, Jack mencionó a Hermán Castro, el peso pesado de Exeter, que por entonces era médico en El Paso. Hermán siempre ponía en español «Eh, *amigo*» en sus felicitaciones navideñas.

—La palabra «amigo» no lo convierte en su amigo —señaló la doctora García—. ¿Recuerda el nombre de su mujer, o los nombres de sus hijos? ¿Ha ido a El Paso a visitarlo alguna vez?

—Me está deprimiendo —dijo Jack.

—Pido a mis pacientes que me hablen de los momentos más emotivos de sus vidas, los buenos y los malos, Jack —explicó la doctora García—. En su caso, eso significa todo aquello que le ha hecho reír, que le ha hecho llorar, y que le ha indignado.

—Lo estoy haciendo, ¿no? —preguntó él.

—Pero el objetivo de hacerlo, Jack, es que cuando me cuente la historia de su vida, se revele a sí mismo; al menos eso es lo que suele ocurrir, eso es lo que tiene que ocurrir —dijo la doctora García—. Es una pena que, en su caso, haya sido usted un narrador muy fiel, y muy detallista, creo, y sin embargo yo tenga la sensación de que no le conozco. Sé lo que le ha ocurrido. ¡Vaya si lo sé! ¡Hasta la saciedad! Pero no se ha revelado a sí mismo. Aún no sé quién es usted. Dígame, por favor, quién es usted.

—Según mi madre —empezó Jack con una voz débil, en la que tanto él como la

doctora García reconocieron su voz de niño—, fui actor antes de ser actor, pero mis recuerdos de infancia más vividos son aquellos en los que sentí el impulso de coger de la mano a mi madre. Entonces no actuaba.

—Siendo así, quizá lo mejor sea que busque la manera de perdonarla —dijo la doctora García con delicadeza—. Tal vez pueda aprender de su padre. Son solo conjeturas, pero quizá perdonar a su madre le permitió seguir adelante con su vida. Tiene usted treinta y ocho años; es rico, es famoso, pero no tiene vida propia.

—¡Mi padre no debería haber seguido adelante con su vida sin mí! —exclamó Jack—. ¡No debería haberme dejado!

—Será mejor que busque la manera de perdonarlo también a él, Jack. —La doctora García suspiró. (Jack aborrecía esos suspiros.)—. Y ya está gritando otra vez —observó—. No le hace ningún bien gritar. Tiene que dejar de gritar.

¡Valiente bruja podía llegar a ser la doctora García! Por eso Jack no le contó nada cuando tuvo noticias de Michele Maher. Fue al congreso nacional de dermatología sin informar a la doctora García, porque sabía que ella haría cuanto estuviese a su alcance para disuadirlo; porque Jack temía lo que la doctora dijese; porque sabía que siempre tenía razón.

En cuanto a Michele —como si no quedase resquemor entre ellos, como si veinte años sin disfrutar de su mutua compañía fuesen más breves que aquellas fugaces vacaciones veraniegas cuando estudiaban en Exeter—, Michele Maher escribió a Jack para anunciarle que visitaría Los Angeles, donde le haría mucha ilusión verle.

No asistía al congreso de dermatología todos los años, deseaba hacerle saber, sino solo, por lo general, cuando se celebraba en el nordeste. Pero nunca había estado en Los Ángeles. («¿Te imaginas?», escribió). Y como ese año el congreso le proporcionaba la oportunidad de ver a Jack..., en fin, tal como lo planteaba daba la impresión de que él fuese la razón por la que había decidido desperdiciar un largo fin de semana en un rutilante hotel de Hollywood de mucho relumbrón con una panda de médicos de la piel.

Los dermatólogos habían elegido uno de esos insufribles hoteles de Universal City. Elevándose en medio de un paisaje de platos de grabación semejantes a refugios antiaéreos, el Sheraton Universal miraba hacia las colinas de Hollywood, y enfrente, al otro lado de la calle, tenía el parque temático de Universal Studios. En el hotel se respiraba ambiente de lugar turístico, y su aspecto era el de un sitio adonde los asistentes a congresos llevaban a sus familias con relativa frecuencia.

Mientras los dermatólogos hablaban de la piel, sus hijos subían a las atracciones del parque temático. Con el clima del sur de California, Jack se imaginó a los hijos de los dermatólogos embadurnados de protector solar y tapados hasta los ojos; de hecho, le sorprendía que los dermatólogos organizaran un congreso en un lugar tan soleado.

La carta de Michele Maher delataba un indudable desenfado; escribió a Jack con



el desparpajo de una estudiante de secundaria, la que había sido antes. La carta le trajo a la memoria aquella antigua broma suya en relación con *Ricardo III*: «¿Dónde te has dejado la joroba, Dick?», había preguntado ella.

«Está en el guardarropía, y solo es un balón de fútbol», había contestado Jack, quizá por centésima vez.

Pero ella se lo había tomado con deportividad cuando él la superó en las pruebas de selección para el papel de *Lady Macbeth*, y por supuesto Jack recordaba también que Michele medía más de uno setenta y cinco: una rubia esbelta con el pelo de color miel, el lustre de una modelo en la piel y —según la burda opinión de McCarthy— «un buen par de tetas».

«¿Por qué no tienes novia, Jack?», le había preguntado Michele a los diecisiete años. Ella solo bromeaba, o eso había pensado él.

Pero a Jack no se le ocurrió nada mejor que soltar una de sus frases; él solo actuaba. «Porque tengo la sensación de que tú no estás disponible», dijo.

«No tenía la menor idea de que estuvieses interesado en mí, Jack. Pensaba que no estabas interesado en nadie», dijo ella.

«¿Cómo podría alguien no interesarse en ti, Michele?», preguntó él, y desencadenó de esa manera un desastre.

Fue el teatro lo que los acercó inicialmente. Lo único honrado que Jack hizo fue no acostarse con ella, y solo porque pensaba que la señora Stackpole, la lavaplatos, le había contagiado las purgaciones, y él no quería contagiárselas a Michele. Pero eso era honrado solo hasta cierto punto, como la doctora García le señaló. Jack no explicó a Michele por qué no se acostaba con ella, ¿o sí?

En aquel momento pensó, claro, que casi nadie creería que se tiraba a la señora Stackpole, y menos Michele, que era tan hermosa, mientras que la señora Stackpole tenía un *físico tan desafortunado*. (Incluso en el mundo de las mujeres *mucho* mayores).

¿Por qué, pues, la insinuante euforia de la carta de Michele no le había prevenido para que se alejase de ella? ¿Tan desesperado estaba por congeniar con alguien, por tener una relación supuestamente auténtica o normal fuera del mundo del cine que fue incapaz de ver unas señales claras como el agua? Michele y Jack nunca habían mantenido una auténtica relación; ni siquiera habían mantenido *casi* una relación. Si él se hubiese acostado con ella —y no le hubiese pegado las purgaciones que Jack no había pillado con la señora Stackpole—, ¿cuánto tiempo habrían tardado en romper? ¿Hasta que Michele se hubiese marchado a Columbia, en la ciudad de Nueva York, y Jack a la Universidad de New Hampshire? Probablemente. ¿Hasta que él hubiese conocido a Claudia? ¡Con toda seguridad!

En resumidas cuentas, Michele Maher siempre había sido una mera ilusión para Jack. La idea de emparejarlos había sido más una fantasía de otros alumnos de Exeter que una realidad entre ellos dos. Eran la chica más guapa y el chico más apuesto del colegio; quizás a eso se reducía todo.

«Tengo reuniones todo el día, y hay conferencias todas las noches», escribió Michele acerca del congreso de dermatólogos en el Sheraton Universal. «Pero puedo saltarme una conferencia o dos. Tú dime qué noche, o noches, tienes libres. Me muero de ganas de ver los sitios que frecuentas. En serio, Jack, debes de ser el dueño de esa ciudad».

Sin embargo, Hollywood no era esa clase de ciudad. Era una perpetua, rutilante e ininterrumpida entrega de premios; por lo general, Hollywood resultaba escurridiza. Había una sola noche en la que uno era el dueño de la ciudad: la noche en que ganaba el Oscar. Pero luego venía la noche después de esa (y la siguiente). ¡Qué pronto dejaba Hollywood de ser su ciudad! Y ya no volvía a serlo, no hasta que uno ganase otro Oscar, y otro más.

Antes, los estudios eran los dueños de Hollywood, pero ya no. Había agentes que se comportaban como si fueran los dueños. Había actores y actrices que se *creían* los dueños, pero se equivocaban. Los verdaderos dueños de Hollywood tenían más de un Oscar; ganaban Oscars continuamente, uno detrás de otro, y Jack Burns no era de esos y nunca lo sería. Aun así, para Michele Maher era una estrella de cine. Ella creía que eso era lo único que contaba.

Según la doctora García, Jack había estado cerca de tener una relación «auténtica» o «normal» con Claudia; al menos fue una relación real, hasta que cada uno se fue por su lado. Pero para Jack, Michele Maher era a la vez más peligrosa y más inolvidable porque solo había existido como una relación posible. «Esas son las más dañinas, ¿no?», había preguntado la doctora García. (Naturalmente, se refería asimismo a la relación que Jack solo podía imaginar con su padre).

Con esas prevenciones, Jack se encaminó hacia Universal City para recoger a Michele Maher: la doctora Maher, una dermatóloga soltera de treinta y ocho años. ¿En qué estaba pensando? Empezaba a sospechar que tal vez se lo pasaría mejor con una prostituta travesti y amnésica. Ese era el estado de ánimo de Jack cuando entró en el vestíbulo del Sheraton Universal, plagado de niños de aspecto hiperactivo a su regreso de un día en las atracciones del parque temático. Michele había dicho que lo esperaría en el bar, donde se la encontró tomando margaritas con tres o cuatro colegas dermatólogos. Estaban todos como cubas, pero Jack se animó al ver que Michele era capaz de ponerse en pie; al menos fue la única que se levantó a saludarlo.

Debía de haber olvidado la corta estatura de Jack, porque llevaba zapatos de tacón muy altos; con su metro setenta y cinco, incluso descalza descollaba por encima de él.

—Lo veis —dijo a los otros médicos—. ¿No son los actores siempre más bajos de lo que cabe esperar? —(A Jack se le ocurrió la cruel idea de que si Pene McCarthy hubiese estado allí, habría comentado que Jack le llegaba al buen par de tetas).

Llevó a Michele a cenar al Jones, un restaurante muy moderno de Hollywood. No era el sitio preferido de Jack —siempre atestado, insoportablemente próspero—, pero supuso que Michele se sentiría decepcionada si la privaba de la oportunidad de

recrear un poco la vista. (La comida no era lo que se dice muy interesante, pero la clientela estaba en la onda: modelos, aspirantes a actriz, muchas tetas postizas con las pizzas y la pasta).

Como cabía esperar, Jack vio a Lawrence con una modelo; automáticamente, Jack y Lawrence cruzaron un corte de mangas. Aunque con paso vacilante, Michele quedó impresionada en el acto.

—No he comido en todo el día —confesó—. Debería haber prescindido del segundo margarita.

—Come pasta —dijo Jack—. Eso te aliviará.

Pero ella apuró una copa de vino blanco mientras él exprimía aún el limón en el té con hielo.

Jack echaba continuos vistazos alrededor en busca de Lawrence, quien seguramente querría desquitarse de Jack por la botella de Taittinger que este le había vaciado encima en Cannes.

—Dios mío —decía Michele, su acento era una fusión de lo peor de Boston y de Nueva York—. Este sitio es una pasada.

Por desgracia, ella no lo era. Su piel, cuyo lustre él recordaba, tenía en ese momento un aspecto reseco y un poco crudo, como si acabase de salir de un baño caliente y hubiese pasado mucho tiempo al aire libre un día de invierno en Nueva Inglaterra. Tenía apagado y lacio el cabello de color rubio miel. Era demasiado flaca y fibrosa, igual que las mujeres que trabajan en exceso o se someten a dietas demasiado estrictas, o lo uno y lo otro. No había bebido tanto, pero tenía el estómago vacío —Michele era una de esas personas que casi siempre parecían tener el estómago vacío—, y habría pillado una curda incluso con una cantidad moderada de alcohol.

Llevaba un traje pantalón gris entallado, y bajo la chaqueta asomaba una ceñida camiseta plateada. Ropa de Nueva York. Jack estaba convencido de que era imposible comprar un traje así en Boston o en Cambridge, y probablemente tampoco podía conseguir esos zapatos de tacón en ningún sitio excepto Nueva York. Aun así, parecía una doctora. Mantenía los hombros demasiado erguidos, como alguien con una lesión en el cuello..., o como si hubiese nacido con una bata blanca almidonada puesta.

—No me explico cómo haces lo que haces —le decía a Jack—. O sea, cómo haces con tanta naturalidad cosas tan poco naturales: un loco del esquí travestido, por ejemplo. Una estrella del *rock* muerta, y para colmo mujer. Un chófer de limusina casado con una puta.

—He conocido a muchos chóferes —dijo él.

—¿Y a cuántos veterinarios homófobos has conocido, Jack? —preguntó Michele. (Había visto incluso esa desafortunada película).

—Soy raro, quieres decir.

—Pero le sacas partido. Eres raro con la mayor naturalidad —dijo Michele.

Jack calló. Michele intentaba rescatar algo que se le había caído en la segunda

copa de vino blanco, ya medio vacía. Era un anillo que se le había resbalado del dedo.

—He perdido mucho peso para esta cita —confesó ella—. Tengo dos tallas menos que hace un mes. He de ir pasándome los anillos a dedos más grandes.

Valiéndose de una cuchara, Jack sacó el anillo de la copa de vino. El anillo se le había resbalado del dedo corazón de la mano derecha; Michele le explicó que tenía el dedo corazón de la mano izquierda aún más pequeño, pero el anillo era demasiado estrecho para ponérselo en el índice de cualquiera de las dos manos.

Era un anillo un tanto anticuado para una mujer de su edad, un poco rancio: un zafiro enorme rodeado de diamantes.

—¿Tiene algún valor sentimental este anillo? —preguntó Jack.

Michele Maher volcó la copa de vino y rompió a llorar. Desatendiendo el consejo de Jack, había pedido *pizza*, no pasta. En el Jones, la *pizza* tenía la masa muy delgada; Jack dudaba que la *pizza* tuviese la menor oportunidad de absorber el alcohol dentro de ella.

El anillo fue de su madre, de ahí que arrancara a llorar. Su madre había muerto de cáncer de piel cuando Michele estudiaba aún en la Facultad de Medicina. Michele contrajo de inmediato una enfermedad cutánea; la describía como eccema de origen psicosomático. Se había especializado en dermatología por razones personales.

Su padre había vuelto a casarse, con una mujer mucho más joven.

—La cazafortunas es de mi edad —explicó Michele. Había pedido una tercera copa de vino blanco, y todavía no había probado la *pizza*—. Recuerdas el apartamento de mis padres en Nueva York, ¿verdad, Jack? —preguntó ella. Había colocado el anillo de su difunta madre, que se le salía todo el rato, en el borde del plato, donde parecía dispuesto a comerse la *pizza*. (A decir verdad, daba la impresión de que el anillo estuviese más interesado en comerse la *pizza* que Michele).

—Claro —contestó Jack. ¿Cómo iba a olvidarse de aquel apartamento en Park Avenue? Las habitaciones preciosas, los padres guapos, el perro guapo. Y el Picasso, a la altura del asiento del váter en el baño del cuarto de invitados, donde prácticamente lo desafiaba a uno a mearse encima.

—Ese apartamento tenía que heredarlo yo —dijo Michele—. Ahora va a quedarse con él la cazafortunas.

—Ah.

—¿Por qué no te acostaste conmigo, Jack? —preguntó ella—. ¿Cómo pudiste proponerme que nos masturbásemos juntos? La masturbación mutua es mucho más íntima que el sexo convencional, ¿verdad?

—Pensaba que tenía unas purgaciones —admitió él—. No quería contagiártelas.

—¿Quién te contagió a ti las purgaciones? No salías con nadie, ¿no?

—Me acostaba con la señora Stackpole, la lavaplatos. Seguramente no te acuerdas de ella, Michele.

—¡Las mujeres que trabajaban en la cocina eran todas viejas y gordas! —exclamó ella.

—Sí, lo eran —dijo Jack—. Bueno, al menos la señora Stackpole lo era.

—Podías acostarte conmigo, ¿y te acostabas con una lavaplatos vieja y gorda? —preguntó con voz vibrante. (Dijo «lavaplatos» tal como había dicho «cazafortunas»).

—Me acostaba con la señora Stackpole antes de saber que podía acostarme contigo —le recordó Jack.

—¿Y tu relación con Emma Oastler? ¿En qué consistía exactamente? —preguntó Michele.

«Ya estamos», pensó Jack; «ahora viene lo de “demasiado raro” y demás».

—Emma y yo éramos solo compañeros de piso; vivíamos juntos, pero nunca hicimos el amor.

—Cuesta creerlo —replicó Michele jugueteando con el anillo en el borde del plato—. ¿Quieres decir que solo os masturbabais juntos?

—Ni siquiera eso —dijo él.

—¿Qué hacíais? Algo debíais de hacer —insistió Michele.

—Nos besábamos, le tocaba los pechos, me agarraba el pene.

Al alargar la mano para tomar la copa de vino, Michele apoyó el codo en el borde de su plato; el anillo de su madre salió despedido. Aterrizó en una mesa contigua y sobresaltó a dos modelos a dieta de vino tinto.

Una de las dos modelos alcanzó el anillo y miró a Jack.

—¡Vaya, no tenías por qué hacerlo! —exclamó ella, y se puso el anillo en uno de sus preciosos dedos.

—Perdona, es el anillo de su madre —explicó Jack a la modelo. Ella le hizo un mohín; Michele parecía abochornada.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad, Jack? —preguntó la otra modelo.

Jack se levantó y se acercó a la mesa tendiendo la mano ante la modelo que llevaba aún el anillo de Michele. Intentaba ganar un poco de tiempo mientras se esforzaba por recordar quién era la otra modelo.

—Temía que me hubieses olvidado —dijo él. (Era una de las frases de Billy Rainbow; una que a Jack siempre le había gustado).

No era la respuesta que la modelo esperaba. Jack seguía sin identificarla, o acaso no la conocía siquiera y ella estaba jugando con él.

La modelo que tenía el anillo de Michele jugaba a un juego distinto con Jack; intentaba ponerle el anillo en un dedo.

—¿Quién habría pensado que Jack Burns tenía las manos tan pequeñas? —decía. (El anillo le quedaba holgado en el meñique izquierdo; Jack regresó a su mesa con el anillo puesto).

—Jack Burns tiene el pene pequeño —declaró la otra modelo.

Jack dedujo que sí lo conocía, pero seguía sin recordarla. Michele permanecía inmóvil, con la mirada vidriosa.

—No me encuentro bien —dijo a Jack—. Si quieres que te sea sincera, me parece que estoy bebida.

—Deberías probar a comer algo —aconsejó él.

—No puedes decirle a un médico qué debe hacer, ¿es que no lo sabes?

—Vamos, te llevaré al hotel —propuso él.

—Quiero ver dónde vives —dijo Michele con voz quejumbrosa—. Debe de ser una casa fabulosa.

—Es una ratonera —dijo la modelo que conocía a Jack—. No me digas que te has mudado de aquella casa de cuento en Entrada, Jack.

—Estamos mucho más cerca de tu hotel que de donde yo vivo —dijo Jack a Michele.

Cuando estaban en el Audi, Michele preguntó:

—¿Te has acostado con esa chica? Daba la impresión de que no la conocías.

—No recuerdo haberme acostado con ella —le contestó Jack.

—¿Qué es una casa de cuento? —preguntó ella.

—En argot significa burdel —explicó Jack.

—¿De verdad vives en una ratonera en La Strada? —preguntó Michele.

—Sí —admitió él—. Se dice Entrada.

—Pero ¿por qué vives en una ratonera? ¿Por qué Jack Burns no vive en una mansión?

—La verdad es que no sé dónde quiero vivir, Michele.

—Dios mío —repitió ella.

Michele se quedó profundamente dormida en la autovía de Hollywood. Jack tuvo que llevarla en brazos al vestíbulo del Sheraton Universal. No sabía su número de habitación ni encontraba la llave en su bolso. La llevó en brazos hasta el bar, donde sin duda encontraría a unos cuantos de sus colegas borrachos. Jack esperaba que alguno de ellos estuviese lo bastante sereno para reconocer a Michele.

Otra dermatóloga acudió en auxilio de Jack; era una mujer fea y cáustica, pero al menos no había bebido. Juntos llevaron a Michele a su habitación. La otra médica se llamaba Sandra. Era de algún lugar de Michigan. Sandra debió de suponer que Jack se acostaba con Michele, porque empezó a desnudar a Michele delante de él.

—Llénale la bañera —dijo Sandra—. No podemos dejarla inconsciente. Si vomita, podría asfixiarse. La gente que pierde el conocimiento por una borrachera a menudo aspira su vómito. Es mejor despertarla y hacerla vomitar mientras esté despierta.

Jack siguió las indicaciones de la doctora. Luego llevó a Michele al baño y, con ayuda de Sandra, la metió en la bañera. Desnuda, estaba demasiado flaca, demacrada. Al igual que las mujeres después de un embarazo reciente, Michele tenía estrías en los pequeños pechos; allí la piel se veía arrugada. (Era la pérdida de peso; no había estado embarazada).

—Dios Santo, ¿cuánto peso ha perdido? —preguntó Sandra a Jack, como si fuera él quien había puesto a Michele a dieta.

—No sé cuánto pesaba antes —dijo Jack—. No veía a Michele desde hacía veinte

años.

—Pues vaya una manera de verla —comentó Sandra.

Michele le había hablado más del eccema de origen psicosomático; se manifestaba en los codos y en las rodillas. En su fase más aguda, el eccema presentaba la coloración y la textura nudosa de la carúncula de un gallo. Jack mantenía la mirada fija en los codos y en las rodillas de Michele mientras ella yacía en la bañera; medio esperaba que su misteriosa enfermedad cutánea surgiese de pronto.

—¿Qué miras? —preguntó Sandra. (Incluso en la bañera, Michele seguía sin conocimiento; Jack la sujetaba por las axilas para que no se le hundiese la cabeza).

Jack explicó lo del eccema de origen psicosomático, pero Sandra le aseguró que él no llegaría a ver cómo afloraba.

—No es como una fotografía con tomas a intervalos —dijo Sandra y le miró las manos—. Un anillo bonito —observó. (Jack llevaba aún el anillo de la madre de Michele en el meñique izquierdo).

Cuando Michele empezó a volver en sí, no se dio cuenta de que Sandra estaba con ellos.

—Os dejaré solos, tortolitos. No permitas que vomite dormida —insistió Sandra—. En todo caso, parece que disfrutas mirándola.

—¿Lo hemos hecho ya? —preguntó Michele.

Jack oyó salir a Sandra de la habitación; la puerta, al cerrarse, ahogó una sonora carcajada.

—No —dijo Jack—. No lo hemos hecho.

—¿Cuándo vamos a hacerlo, Jack? ¿O también esta vez crees que tienes purgaciones?

—La primera vez no las tenía. Solo pensaba que quizá las tenía —explicó él.

—Pero ni siquiera recuerdas con quién te has acostado —le recordó Michele—. Y no es que bebas ni nada por el estilo. Debes de acostarte con un montón de mujeres, Jack.

—La verdad es que no —dijo Jack.

No sentía nada por ella excepto la clase de compasión y desprecio que uno siente por alguien que ha perdido el control de sí mismo. (Como abstemio, Jack habría admitido que se sentía superior a las personas que bebían en exceso, fueran cuales fuesen las circunstancias). Y la compasión que sentía por Michele se centraba en las expectativas que ella había albergado: la gran noche juntos en la ciudad; el apartamento de sus padres en Nueva York, que le había arrebatado la cazafortunas; incluso el anillo de su difunta madre, que no le venía bien en ningún dedo. (Jack se sacó el anillo del meñique y lo dejó en la jabonera del lavabo).

Ayudó a Michele a secarse; ella temblaba un poco. Quiso quedarse sola en el baño un momento.

La camarera del hotel ya había abierto la cama y corrido las cortinas, pero Jack

las describió para contemplar la vista de las colinas de Hollywood. La habitación tenía un ventanal desde el suelo hasta el techo; era una vista espectacular, pero ni siquiera las colinas de Hollywood lograron distraerlo de las arcadas de Michele, que vomitaba en el váter. Jack se acercó a la puerta del baño y se quedó allí de pie para asegurarse de que ella no se asfixiaba. Después, cuando oyó tirar de la cadena y correr el agua en el lavabo, Jack regresó junto al enorme ventanal.

Era 2003. Vivía en Los Ángeles desde hacía dieciséis años. Intentaba recordar cuándo se acostó con la modelo del Jones —la que había dicho que tenía el pene pequeño—, pero no la recordaba ni remotamente. Cuando corrió las cortinas, Jack pensaba que ya había visto más que de sobra las colinas de Hollywood.

Cuando Michele salió del cuarto de baño, llevaba uno de los albornoces de felpa del hotel; parecía cohibida, y más o menos sobria, y olía como un tubo de dentífrico entero. Jack lamentó que quisiera acostarse con él; había vislumbrado la esperanza de que prefiriese no hacerlo. Pero no podía negarse una segunda vez, sabiendo que ella pensaba aún en la primera vez que la rechazó.

Solo más tarde se le pasó por la cabeza la idea de que probablemente Michele sentía la misma resignación que él ante lo que les esperaba. Y no hubo nada excepcional en la actuación sexual de ambos, nada que neutralizase la impresión más arraigada, a saber, que en realidad no querían acostarse juntos. (Sencillamente preveían que iba a ocurrir).

—Por cierto, ¿qué tiene de tan universal este lugar? —preguntó Michele mientras Jack le acariciaba los pechos después de hacer el amor. Ella yacía de espaldas, sus largos brazos rectos junto al cuerpo, como un soldado.

Jack supuso que se refería al nombre del hotel, el Sheraton Universal —o al lugar donde se hallaba el hotel, que era Universal City—, pero Michele, sin darle tiempo a contestar, añadió:

—Puedo decirte algo que esta noche tiene de universal, y es una decepción universal, como la soledad o la enfermedad o la muerte. O como saber que nunca tendrás hijos. Es un gran desengaño universal, ¿verdad?

—En realidad es el nombre de unos estudios —dijo Jack—. Universal Studios.

—No tienes el pene demasiado pequeño, Jack —dijo Michele—. Ha sido solo un comentario cruel de esa modelo.

—Quizá le han operado la nariz desde la última vez que la vi —especuló él—. Es modelo, a fin de cuentas: podría haberse retocado la barbilla o los ojos. Juraría que se le notaba estirada la piel de la cara. Tiene que haber alguna razón por la que no la recuerdo.

—Pues no sé —dijo Michele—. ¿Y qué me dices de nosotros? Dentro de unos años esto no será memorable, ¿no crees?

Por lo que se refería a esa expectativa, cruz y raya, como diría posteriormente a la doctora García. Para la doctora García no fue una sorpresa, pero uno puede hacerse cargo del golpe que representó para Jack descubrir lo pronto que Michele Maher



podía convertirse en algo «digno de olvido».

## 36 - El fantasma de Claudia

Después de eso ocurrieron cosas desagradables. La psiquiatra de Jack procuró dar un enfoque positivo a su fallido contacto con Michele Maher. Quizás eso sacaría a Jack del error del «romanticismo hipotético sobre el pasado» —como la doctora García lo llamaba—, un autoengaño que lo inducía a pensar que si las cosas hubieran salido bien con Michele Maher la primera vez, acaso se hubiese ahorrado los años posteriores de relaciones incompletas.

—Siempre ha concedido demasiada importancia a su oportunidad truncada con Michele, Jack —dijo la doctora García—. Nunca le ha concedido la suficiente importancia a lo que cuajó con Claudia. Esa relación al menos duró.

—Solo cuatro años —le recordó Jack.

—¿Quién le ha durado aunque solo sea una octava parte de eso, Jack? ¡Y no me diga Emma! Dejarse agarrar el pene no cuenta como relación completa, ¿no le parece?

Pero Jack se resistió a los esfuerzos de la psiquiatra por dar un enfoque positivo a cualquier cosa. Estaba hundido. Se acogió a la versión de sí mismo que ofrecían las revistas de cine, su imagen de chico malo. A Jack le traía sin cuidado si se acordaba o no de las modelos un mes más tarde. Tampoco le preocupaba ya vivir en una «casa de cuento». (Su «estado de ánimo de Entrada Drive», lo llamaba la doctora García).

Jack se encontraba en ese estado de ánimo en mayo de 2003 cuando fue a Nueva York para rodar una película. Había aceptado el papel de Harry Mocco en *El poeta del amor*, un filme de Gillian Scott, el director australiano. Gillian también había escrito el guión.

Harry Mocco es un modelo inválido; «un medio modelo», dice Harry de sí mismo. Las piernas le quedaron aplastadas en un accidente de ascensor en Nueva York. Siempre ha querido ser actor; tiene una voz magnífica. Pero no abundan los papeles para un hombre en silla de ruedas.

Incluso como modelo, la carrera de Harry es marginal. A menudo aparece sentado en la cama por la mañana, solo su torso desnudo. (El resto de su cuerpo se oculta bajo las sábanas). Son anuncios de ropa femenina; la modelo, por lo general en primer plano de la fotografía, ya está vestida o medio vestida. La ropa de ella es lo que se vende; el torso de Harry, en segundo plano, se presenta como uno de sus accesorios.

O si es él quien exhibe la ropa, se ve a Jack en el papel de Harry sentado detrás de un escritorio o al volante de un coche caro. Hace muchos anuncios de relojes de pulsera, por lo común en esmoquin; pero el «accesorio» del medio hombre desnudo en esos anuncios de ropa femenina es su especialidad.

En realidad, Harry Mocco no necesita el dinero. Se embolsó una fortuna al demandar al edificio cuyo ascensor le aplastó las piernas; en Nueva York y alrededores, donde está ambientado el filme, Jack en el papel de Harry es un inválido famoso y fotogénico. Trabaja de modelo no tanto por necesidad económica como para

preservar la poca dignidad que le queda. De hecho, vive muy bien, en uno de esos edificios con portero de Nueva York. Naturalmente, el gimnasio de Harry tiene acceso para sillas de ruedas. Se pasa la mitad del día levantando pesas y juega al baloncesto, incluso al tenis, en silla de ruedas.

Además, Jack en el papel de Harry memoriza y recita poemas de amor, o fragmentos de poemas de amor, una actividad no siempre gratificante, sobre todo porque no está con nadie. Siempre exhorta a sus amigos —amigos del gimnasio, amigos modelos— a cortejar a sus novias con poesías de amor. Nadie parece interesado. Harry conoce a muchas supermodelos, algunas de las modelos más despampanantes de Nueva York. Pero son solo amigas; las poesías de amor dejan indiferentes a las supermodelos.

Jack en el papel de Harry solo hace el amor una vez en la primera hora y cuarto de película; a nadie sorprende que sea un desastre. Su compañera es una mujer joven que con frecuencia lo viste para las sesiones fotográficas, una chica del montón sin el menor encanto, muy nerviosa y con un *piercing* en el labio inferior. Con ella, los poemas de amor surten efecto, pero la invalidez no. Jack debía atribuir a Gillian Scott el mérito de capturar una escena de sexo de una torpeza digna de un Oscar.

La voz en *off*, que es la de Harry Mocco, solo recita poemas de amor. Todo desde lo más sombrío de lo sombrío, de Thomas Hardy hasta Philip Larkin; todo desde George Wither hasta Robert Graves. (Se abusaba de Graves, en opinión de Jack).

En general, Harry Mocco no llega a recitar más de un pareado, rara vez una estrofa completa. Ninguno de sus conocidos quiere oír un poema entero.

—Tengo mis dudas sobre la conveniencia de ese papel para usted —había prevenido a Jack la doctora García—. Un modelo inválido que no ha encontrado a su público. ¿No le toca muy de cerca? —Tampoco era aconsejable, en opinión de la doctora García, que permaneciese tanto tiempo lejos de ella—. No hago visitas a domicilio a semejantes distancias, Jack..., aunque no me importaría ir de compras a Nueva York.

«¿Por qué no crecen sus hijos, si es que son sus hijos?», habría deseado preguntarle. Las fotografías de la consulta de la doctora García eran una colección en apariencia permanente, insustituible. El marido mayor —o su padre, si lo era— estaba detenido en el tiempo. Todos ellos parecían detenidos en el tiempo, como insectos conservados en ámbar. Pero Jack no le preguntó.

Sencillamente fue a Nueva York e hizo la película.

—El trabajo es el trabajo —había contestado a la defensiva—. Un papel es solo un papel. No soy Harry Mocco, ni corro el riesgo de convertirme en él. No soy nadie.

—Eso es parte de su problema, Jack —le recordó ella.

La película tenía un calendario de rodaje de cincuenta y dos días. Para el papel de Harry Mocco, ensayos inclusive, Jack debía pasar un par de meses en Nueva York.

Por norma, veía a la doctora García dos veces a la semana; dos meses sin verla implicarían alguna que otra llamada telefónica. No podía contarle la historia de su

vida por teléfono; en caso de emergencia, podía hablar con ella, pero la parte por orden cronológico tendría que esperar.

A juicio de la doctora García, la parte por orden cronológico era lo que determinaba la evolución de Jack. Una cosa era hablar a borbotones después de un momento de alteración emocional o psicológica; otro obstáculo muy distinto era organizar la historia y contarla (tal como había ocurrido exactamente) a una persona real. En este sentido, la parte por orden cronológico era como actuar; a juicio de la doctora García, si Jack no podía contar la historia ordenadamente significaba que no podía afrontarla desde un punto de vista psicológico y emocional.

Jack Burns lo dio todo de sí en el personaje de Harry Mocco. Recordó cómo tiranizaba la señora Malcolm a la clase, sus embestidas contra los pupitres, sus carreras arriba y abajo por los pasillos de la capilla del St. Hilda despellejándose los nudillos en los bancos. Recordó cómo se encaramaba Bonnie Hamilton a su silla de ruedas, o se escapaba de ella, tan pronto como él volvía la cabeza. Nunca la vio resbalar o caerse, pero reparó en los moretones, prueba de que no era perfecta.

Jack no solo exhibió su destreza con la silla de ruedas en el plato de *El poeta del amor*; insistió, además, en usar la silla de ruedas fuera del plato. Se hizo pasar por inválido. Jack iba de un lado a otro del hotel en su silla como un psicópata discapacitado; los obligaba a que lo cargaran y descargaran de las limusinas. Ejercitó también las caídas. Dio una fantástica vuelta de campana en el vestíbulo del Trump International en Central Park West; el portero y el conserje, sobresaltados, corrieron a ayudarlo.

En el Trump tenían un gimnasio magnífico. Jack iba allí en la silla de ruedas; subía a la cinta de andar y corría durante media hora con la silla de ruedas aparcada al lado, como si fuera para otra persona.

Cuando Harry Mocco tiene accidentes con la silla de ruedas en *El poeta del amor*, la voz en *off* se ceba en Robert Graves. (Un poco de Graves cunde mucho. «El amor es una migraña universal», por ejemplo).

O:

*¿Por qué docenas de muchachas llenas de encanto y talento se han casado con hombres de difícil trato?*

*El simple sacrificio puede descartarse, y los esfuerzos evangélicos, en nueve de cada diez casos.*

Cuando Jack en el papel de Harry se arrastra a gatas desde la cama hasta el cuarto de baño, la chica que acaba de acostarse con él lo observa... con repulsión. La voz en *off*, la de Harry, recita a E. E. Cummings:

*amo mi cuerpo cuando está con tu cuerpo.*

Jack en el papel de Harry intenta granjearse la voluntad de la chica del *piercing* con un poema de amor de Ted Hughes, pero un poco de Hughes también cunde mucho. La chica sale por la puerta antes incluso de que él termine la primera estrofa.

*Nos sentamos por la tarde, observamos la oscuridad que lentamente se desdobra: ningún reloj cuenta esto.*

Los momentos en que Harry sucumbe a la autocompasión —dándose de cabezazos repetidamente contra el desagüe de la bañera, incapaz de salir de ella por lo resbaladiza que está— son puro patetismo. (La voz en *off* en la escena de la bañera es la de Harry recitando a George Wither).

*¿Desesperado, acaso, debo perecer  
porque sea hermosa una mujer?*

*El poeta del amor* es una historia de amor *noir*: más *noir* que historia de amor durante las tres cuartas partes de la película, más historia de amor que *noir* al final. Jack en el papel de Harry conoce en el gimnasio a una mujer que ha quedado inválida recientemente. También está confinada a la silla de ruedas. Harry se da cuenta de que es la primera vez que ella aparece en público en su nuevo pero permanente estado; se la ve insegura. Un entrenador personal, un fanfarrón a quien Harry desprecia, le enseña varios ejercicios y máquinas de pesas. La chica es lo que los veteranos de las sillas de ruedas como Harry llaman una «recién nacida».

«Déjame a mí la recién nacida», dice Jack en el papel de Harry al entrenador.

Acto seguido Harry, a base de payasadas, hace una demostración de cómo funcionan las máquinas de pesas y de los ejercicios; se le caen cosas, simula costalazos espectaculares.

«¿Lo ves? ¡Es muy fácil!», dice a la recién nacida imitando las absolutas patochadas del entrenador personal. Jack en el papel de Harry se lanza de la silla de ruedas con la mayor torpeza posible, demostrándole a la inválida reciente que nada le será fácil.

Cuando se enamoran, la voz en *off* es de Harry; recita a A. E. Housman. (En un gimnasio, nada menos).

*Ay, cuando estaba enamorado de ti,  
mi comportamiento era puro y audaz,  
y en kilómetros a la redonda vi  
asombrarse a todos de lo que era capaz.*

Para vergüenza de Jack Burns, durante aquellos dos meses en Nueva York su

comportamiento no fue tan ejemplar como el de Harry Mocco. Conoció a una bailarina travestí en un club del centro de la ciudad. A Jack le desconcertaron sus manos de aspecto fuerte y su nariz prominente. Supo que era un hombre. Aun así, siguió el juego de la seducción en curso... hasta cierto punto. Jack dejó que lo llevara en la silla a través del vestíbulo del Trump hasta el bar del hotel. Ella se sentó en su regazo en la silla de ruedas y cantaron juntos una canción de los Beatles, a la que se sumó la concurrencia del bar.

*When I get older losing my hair,  
Many years from now.  
Will you still sending me a Valentine,  
Birthday greetings bottle of wine?*

[Cuando me haga viejo y se me caiga el pelo dentro de muchos años.  
¿Seguirás enviándome una tarjeta el Día de los Enamorados?  
¿Me felicitarás el cumpleaños con una botella de vino?].

Jack intentó despedirse de la bailarina travestí en el ascensor, pero ella insistió en acompañarlo a su habitación. Mientras subían en el ascensor, siguieron cantando. (En el ascensor, ella también se sentó en su regazo).

*If I'd been out till quarter to three Would you lock the door,  
Will you still need me, will you still feed me,  
When I'm sixty-four?*

[Si no hubiera vuelto a las tres menos cuarto ¿cerrarías la puerta con llave?  
¿Aún me necesitarás?  
¿Aún me alimentarás cuando tenga sesenta y cuatro?].

El travestí lo llevó por el pasillo hasta su habitación. En la puerta, Jack intentó de nuevo despedirse de ella.

—No seas tonto, Jack —dijo ella, y lo empujó hacia el interior de la habitación.

—No voy a hacer el amor contigo —contestó Jack.

—Sí vas a hacerlo —dijo la preciosa bailarina.

Jack se vio metido de inmediato en una pelea. Cuando un travestí quiere sexo, actúa con la misma ofuscación que un hombre, porque es un hombre. Jack se vio metido en una verdadera batalla campal. En la habitación se produjo algún que otro destrozo, sobre todo en una lámpara. Sí, Jack estaba excitado, pero incluso él conocía la diferencia entre desear sexo y llevarlo a cabo realmente. Ni siquiera él estaba dispuesto a someterse a todos los deseos.

—Oye, es evidente que me deseas —dijo la bailarina—. Deja de resistirte. —Se

había quitado toda la ropa y había conseguido arrancarle la mayor parte a Jack—. La tienes empinada —señalaba ella una y otra vez, como si Jack no lo supiese.

—Se me empina en sueños —contestó él.

—¡Mírame! —gritó ella—. ¡La tengo empinada!

—Ya lo veo —dijo Jack—. Y tienes pechos. —(Los tenía duros como manzanas; Jack lo sabía porque intentaba apartárselos de la cara).

Esa vez vio venir el gancho oblicuo de izquierda, y el gancho de derecha, y también el cabezazo. Puede que fuese bailarina, pero desde luego no le faltaba otra clase de entrenamiento; esa no era su primera pelea.

Lógicamente, sonó el teléfono; el conserje, supuso Jack. Con toda seguridad habían llamado a recepción los huéspedes de las habitaciones contiguas a la de Jack, que debían de haber oído el ruido de la lámpara destrozada y todo lo demás. «¡Vaya si le gustaría esto a Donald Trump!», pensaba Jack. (Ajeno de momento a la fabulosa vista del Central Park que se disfrutaba desde el Trump).

Oyó a los guardias de seguridad hurgar en la cerradura de la puerta de la habitación, pero Jack había inmovilizado a la bailarina con una presa frontal de cabeza rusa y no la iba a soltar, ni siquiera para abrir la puerta. Ella tenía las uñas como garras, y Jack se vio obligado a abandonar la presa frontal de cabeza cuando ella le mordió el antebrazo.

—Luchas como una chica —dijo Jack.

Sabía que eso la sacaría de sus casillas. Cuando ella se abalanzó sobre él, Jack se agachó y la esquivó hábilmente para colocarse a sus espaldas. La sujetó contra la moqueta con una doble presa de brazo al pecho, de manera que ella no podía morderle. Los guardias de seguridad lograron abrir por fin la puerta; eran dos, más el director de noche del hotel.

—Hemos venido a ayudarlo, señor Burns..., es decir, señor Mocco —dijo el director de noche.

—He atrapado a una bailarina alterada —anunció Jack.

—La tenía empinada —dijo el travestí—. Lo he visto.

Uno de los guardias de seguridad había pensado que Jack era un inválido de verdad.

Nunca había visto a Jack fuera de la silla de ruedas, ni siquiera en el cine. (Saltaba a la vista que no era aficionado al cine). A juzgar por la reacción del otro guardia, mientras los tres vestían a la fuerza a la bailarina, las pájaras con pájaro eran una novedad para él.

Jack no se acostó; se quedó en vela ensayando cómo contaría esa parte de la historia de su vida a la doctora García. Sabía que ese episodio no esperaba al orden cronológico. Jack se aplicó una toallita fría sobre el antebrazo, donde lo había mordido la bailarina travestí. No le había traspasado la piel, pero la mordedura le dolía y tenía mal aspecto.

A última hora de la mañana, cuando Jack habló con la doctora García desde el

plato de *El poeta del amor*, le dijo que el desafortunado incidente era impropio de Harry Mocco pero tristemente característico de Jack Burns. (Jack pensó que le convenía adelantarse a las críticas de la doctora García con las suyas propias).

—Consiente demasiado, Jack —dijo ella—. No debería haber dejado que el travestí entrase en el ascensor; debería haberse peleado en el vestíbulo, donde la pelea habría sido más corta. Si a eso vamos, no debería haberle permitido que se sentase en su regazo en el bar.

—No habría sido buena idea pelearse en el bar —aseguró a la doctora García.

—Pero ¿por qué, para empezar, se marchó con ella del club? —preguntó la doctora García.

—Me puso a cien. Estaba excitado —admitió él.

—No lo dudo, Jack. Eso hacen los travestís, ¿no? Son capaces de llegar muy lejos con tal de excitar a los hombres. Pero ¿a qué conduce eso, Jack? ¿En qué acaba siempre?

A él no se le ocurrió nada que decir.

—Se mete en líos una y otra vez —dijo la doctora García—. Siempre es un lío pequeño, pero usted sabe a qué conduce eso, ¿no, Jack? ¿A que sabe adónde le lleva?

Era julio de 2003 cuando celebraron la fiesta de fin de rodaje de *El poeta del amor* en Nueva York, y Jack regresó a Los Angeles. Por influencia de Harry Mocco, había sucumbido al hábito de recitar fragmentos de poemas de amor a desconocidos, pero en el caso de la atractiva azafata del vuelo de Nueva York a Los Ángeles no fue de Jack toda la culpa. Ella le preguntó por su siguiente película, y Jack empezó a explicarle que Harry Mocco memoriza compulsivamente poemas de amor y los recita a la primera de cambio.

—Por ejemplo, ¿conoces el poema «Hablar en la cama» de Philip Larkin? —preguntó él. (Ella era más o menos de la edad de Jack).

—¿Me interesa conocerlo? —preguntó ella con cautela—. Estoy casada.

Pero él siguió intentándolo. (Hacía años que Jack no se acostaba con una azafata).

—O «En el jardín de Bertram» de Donald Justice —prosiguió él, como si la auxiliar de vuelo lo alentase—. «Jane mira su falda de organdí / como si de algún modo fuese esta lo deshonorado...».

—¡Alto ahí! —exclamó la azafata interrumpiéndolo—. No quiero oírlo.

Eso es lo que ocurre cuando se le pregunta a un actor por su siguiente película.

Cuando Jack entró en su casa de Entrada Drive, telefoneó de inmediato a un agente inmobiliario y le pidió que la pusiera en venta. («¡Vende esta mierda!», pensaba Jack; «quizás eso me obligue a vivir de una manera un poco distinta»).

Partió hacia su sesión con la doctora García —la primera en dos meses— sintiéndose un hombre nuevo.

—Pero en realidad no ha tomado ninguna decisión acerca de dónde quiere vivir,



Jack —señaló la doctora García—. ¿No es eso, digamos, como tirarlo todo por la borda?

Pero si Jack no podía tomar una determinación sobre su vida, al menos había decidido forzar las cosas para que ocurriese algo.

—¿Fue la propia casa la que permitió entrar a Lucy? —preguntó la doctora García—. ¿Se debe a las mentiras de su madre, a la desaparición de su padre, que sea usted un barco a la deriva, en peligro de acabar allí donde lo lleven el viento o las corrientes, o el siguiente contacto sexual?

Jack guardó silencio.

—Piense en Claudia —dijo la doctora García—. Si quiere conseguir que ocurra algo importante, si de verdad quiere vivir de manera distinta, piense en encontrar a una mujer como ella. Piense en comprometerse en una relación; ni siquiera tiene que durar cuatro años. Piense en estar con una mujer con la que pueda vivir durante un año. Empiece por objetivos modestos, pero empiece por alguna parte.

—Usted me pidió que no la confundiese con una agencia de citas —recordó Jack.

—Le estoy recomendando que acabe con las citas, Jack. Le estoy explicando que si intentase vivir con alguien, tendría que vivir de una manera muy distinta. No necesita una casa nueva. Necesita encontrar a alguien con quien poder vivir —dijo la doctora García.

—¿Alguien como Claudia? Ella quería hijos, doctora García.

—No me refiero a alguien como Claudia en ese sentido, sino a una relación como esa, con posibilidades de durar, Jack.

—Ahora Claudia debe de estar gordísima —dijo a la doctora García—. Tenía por delante una batalla épica contra el peso.

—Tampoco me refiero necesariamente a alguien como Claudia en ese sentido, Jack.

—Claudia quería hijos con tal desesperación que seguro que ya es abuela —dijo a la doctora García.

—Nunca se sabe, Jack —respondió ella.

Jack no echó la culpa a la doctora García. Asumiría él toda la responsabilidad de lo que pasaba. Pero la idea misma de Claudia —la razón por la que recientemente le rondaba por la cabeza— procedía con toda probabilidad de la conversación sobre Claudia en la sesión de terapia con la doctora García. Jack estaba pensando en ella —eso era lo único que alegraría en su propia defensa— mientras regresaba en coche a su casa de Santa Mónica después de una cena, una cálida noche de aquel verano.

Jack recordaba la primera vez que Claudia le prestó su Volvo, la increíble sensación de independencia que uno experimenta cuando es joven y viaja solo al volante de un coche.

Se metió en el camino de acceso de Entrada, y los faros iluminaron a la mujer

joven de arrebatadora belleza y aspecto a todas luces eslavo sentada en su maltrecha pero familiar maleta en el minúsculo jardín de Jack. Permaneció inmóvil con tal serenidad, como si posase plácidamente para una fotografía junto al cartel EN VENTA, que por un momento Jack olvidó qué era lo que estaba en venta. Pensó que ella estaba en venta antes de recordar que había puesto en venta la casa, y esa idea volvería para atormentarlo, porque ella estaba más en venta de lo que Jack podía imaginar.

Supo quién era: Claudia o su fantasma. Fue un milagro que no perdiese el control del Audi y la arrollase, y matase a Claudia en el acto o rematase a su fantasma. «Pero ¿cómo puede ser Claudia?», pensaba Jack. La joven que se encontraba en el jardín de su casa era tan joven como lo era Claudia cuando él la conoció, o más joven aún. (Además, Claudia siempre había aparentado más edad, y tenía por costumbre mentir al respecto).

«Maldito seas, Jack», dijo. «Cuando muera, volveré para atormentarte, te lo prometo; puede que vuelva incluso antes de morir».

Dado que Claudia le había prometido volver para atormentarlo, ¿no podía perdonársele a Jack que diese por sentado que la aparición junto al cartel EN VENTA era el *fantasma* de Claudia? Un fantasma no acostumbra viajar con maleta, pero quizá la habían echado del cielo o del infierno, o la misión de volver para atormentar a Jack le exigía varias mudas de ropa. Al fin y al cabo, Claudia era (o había sido) actriz, y le gustaba el teatro más que a Jack. En el caso del fantasma de Claudia, la maleta podía ser un accesorio de utilería.

De algún modo, Jack consiguió apearse del Audi y acercarse a ella, pese a que las piernas se le habían petrificado.

Supo que marcharse a toda prisa en su coche o por su propio pie no iba a resultarle posible; es imposible huir de un fantasma. No obstante, dejó encendidos los faros del Audi. Cuando uno se aproxima a un fantasma, quiere al menos verlo claramente. ¿Quién quiere acercarse a un fantasma a oscuras?

—¿Claudia? —dijo Jack con voz trémula.

—Jack, cuánto tiempo —contestó ella—. No nos veíamos desde hacía siglos.

Era la misma Claudia de siempre, solo que más joven. La misma presencia escénica, la misma proyección de voz, como si, incluso cara a cara, pretendiera asegurarse de que los pobres que ocupaban los peores asientos del gallinero pudiesen oírla perfectamente.

—Pero eres muy joven —dijo él.

—Morí joven, Jack.

—¿A qué edad, Claudia? Aparentas aún menos años de los que tenías. ¿Cómo es posible?

—La muerte me favorece, supongo —dijo ella—. ¿No vas a pedirme que entre? Me moría por verte, Jack. Llevo una eternidad sentada en este puñetero jardín.

La palabra «puñetero» era nueva, e impropia de Claudia. Pero a saber dónde había estado y, entre los muertos, con quién. Ella le tendió las manos y Jack la ayudó

a levantarse. Le sorprendió sentir su peso, no precisamente despreciable. ¿Quién podría imaginarse que los fantasmas pesan? Pero, a juzgar por su aspecto, Claudia — incluso en el cielo o en ese otro lugar— tenía que andar vigilando el peso.

Además, seguía acomplejada por las caderas. Llevaba la misma clase de falda larga y holgada que siempre le había gustado llevar incluso en verano. Tenía los pechos generosos que Jack recordaba. De hecho, teniendo en cuenta lo que solía pensar la gente que creía en fantasmas, poseía una figura de una rotundidad cautivadora para ser un espíritu.

Jack corrió hasta el coche y apagó los faros del Audi, medio esperando que el fantasma de Claudia desapareciese, pero ella le esperó, sonriente. Le permitió llevar adentro su vieja maleta de cuero. Fue derecha a la habitación de Jack como si todavía fuesen pareja y hubiese vivido con él todos esos años, a pesar de que Claudia nunca había estado en esa casa. Jack esperó conmocionado mientras ella usaba el baño. (¡Las cosas que hacían los fantasmas!).

Jack se vio sumido en un profundo conflicto. Creía en ella y a la vez recelaba de ella. Tenía la misma piel sedosa, los mismos pómulos y mandíbula prominentes, una cara hecha para un primer plano, como él siempre había afirmado. Pese al problema del sobrepeso, Claudia debería haberse dedicado al cine; Jack siempre le había dicho que tenía una cara que se desperdiciaba en el teatro.

Cuando el fantasma de Claudia salió del cuarto de baño, se acercó a Jack y le rozó el cuello con los labios.

—He echado de menos tu olor —dijo ella.

—¿Los fantasmas tienen sentido del olfato? —preguntó él.

Jack la sujetó por los hombros, a distancia, y la miró a los ojos; eran del mismo castaño amarillento que habían sido siempre, como madera lustrada, como los ojos de una leona. Pero había algo en ella que no era del todo igual, el parecido era sorprendente pero inexacto. No era solo que pareciese demasiado joven para ser la Claudia que él había conocido, aun cuando hubiese muerto al día siguiente de separarse, aun cuando la muerte (como había dicho el fantasma) la favoreciese.

—Se me ocurre una idea, Claudia —dijo él. Mientras la sujetaba, incluso a distancia, Jack percibía el calor de su cuerpo. Y eso que todo ese rato había pensado que los fantasmas debían de ser fríos al tacto (si es que eran perceptibles al tacto)—. Desde la muerte de mi madre me he preguntado una cosa: si los fantasmas conservan los tatuajes que tuvieron en vida, o sea, si los conservan en el más allá.

De nuevo la sonrisa, pero tampoco la sonrisa era exactamente como Jack la recordaba. No creía que los dientes de Claudia hubiesen sido alguna vez tan blancos. Ella se levantó lentamente la falda larga y holgada. La expresión seductora de sus ojos no cambió, y allí, en lo alto de la cara interna del muslo, que era un poco más carnoso de lo que él recordaba, estaba el tatuaje del cetro chino: la espada corta que simbolizaba «todo según tus deseos».

—Tardó lo suyo, pero al final cicatrizó —dijo ella.

Era un cetro chino más que aceptable, pensó Jack, pero no tan perfecto como el que su madre había aprendido de Paul Harper.

—Es auténtico —dijo la joven—. No se te quedará pegado a la mano. Pruébalo tú mismo, Jack. Tócalo, anda.

Quizá la voz, su proyección, fuese la misma, pero el lenguaje carecía de la precisión de Claudia: su corrección al hablar, la buena educación. Ese «Tócalo, anda» —el uso informal de la palabra «anda»— era tan impropio de Claudia como la palabra «puñetero» que antes había llamado la atención a Jack.

Tocó el tatuaje de la joven en la parte superior de la cara interna del muslo, su imitación del cetro chino, como pensaba Jack.

—¿Quién eres? —preguntó él.

Ella le cogió la mano y lo obligó a tocarla más arriba. No llevaba bragas, ni siquiera un tanga.

—¿No te resulta familiar, Jack? ¿No quieres volver a estar ahí dentro, ser joven otra vez?

—Tú no eres Claudia —dijo Jack—. Claudia nunca fue ordinaria. —Y los fantasmas, podría haber añadido, no solo carecen de calor corporal; los fantasmas hembra no se ponen húmedos. (¿O sí?).

—Se te ha empinado, Jack —dijo la chica tocándolo.

—Se me empina en sueños —respondió él, como si el episodio con la bailarina travestí en el Trump hubiese sido un ensayo general—. No es nada del otro mundo.

—Pero no está nada mal —dijo la joven, y lo besó en la boca; no besaba ni remotamente como Claudia. Sin embargo, Jack necesitó no poca fuerza de voluntad para dejar de tocarla. Para obligarla a ella a dejar de tocarlo, tenía que hacerle saber que sabía quién era.

—¿Qué diría tu madre de esto? —preguntó Jack a la hija de Claudia—. ¿De la idea de acostarte conmigo! A tu madre no le haría ninguna gracia, ¿verdad?

—Mi madre está muerta —informó la chica—. He venido para atormentarte; es lo que ella habría deseado.

—Siento que tu madre haya muerto —contestó él—. Pero ¿qué es lo que ella habría deseado?

—No creo en fantasmas —dijo la hija de Claudia—. He venido para atormentarte porque no creo que mi madre pueda volver.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jack.

—Sally —dijo la chica—. Por Sally Bowles, el personaje de *Cabaret* que mi madre siempre quiso hacer, el personaje que también tú querías hacer, según me dijo ella. Solo que probablemente tú lo habrías hecho mejor, decía mi madre.

—¿De qué murió tu madre, Sally? ¿Cuándo murió?

—De cáncer, hace un par de años —respondió Sally—. He tenido que esperar a cumplir los dieciocho para poder atormentarte legalmente.

Parecía una mujer mayor de veinte años, pero también su madre había aparentado

siempre más edad.

—¿De verdad tienes dieciocho años, Sally?

—Igual que Lucy. ¿No tenía Lucy dieciocho años? —preguntó Sally.

—Supongo que todo el mundo sabe lo de Lucy —dijo Jack.

—El asunto de Lucy fue lo último que mi madre supo de ti; ocurrió poco antes de su muerte. Quizá gracias a eso le fue más fácil morir sin ti —declaró Sally.

Al igual que Lucy, Sally se paseaba por la casa de Jack como si fuese suya. Él notó que se había quitado los zapatos; descalza, se colocó sobre el tapiz de lucha del gimnasio. Su blusa *beige* sin mangas era de una tela vaporosa; el sujetador, que se le transparentaba a través de la blusa, era del mismo *beige* o de un tostado claro. Cuando caminaba, su falda emitía un susurro. Se detuvo ante su escritorio y leyó el título de un guión que había allí. (En ese momento alcanzó la agenda de Jack).

—Mi madre nunca dejó de quererte —dijo Sally—. Siempre se preguntó qué habría pasado si se hubiese quedado contigo, si alguna vez le hubieses dado un hijo o varios. Lamentó romper contigo, pero debía tener hijos.

Por cómo dijo Sally «hijos», a Jack le dio la sensación de que no le gustaban los niños, y que la necesidad de tenerlos no era para ella una cuestión tan apremiante como lo había sido para Claudia.

Sally se dejó caer en el sofá de la sala de estar de Jack y abrió la agenda. Él se sentó a su lado.

—¿Tienes hermanos, Sally?

—¿Y tú qué crees? Mi madre echó al mundo cuatro hijos, uno detrás de otro. Afortunada de mí, fui la primera. Tuve que hacer de canguro.

—¿Y tu padre? —preguntó Jack.

—Es la bondad en persona —contestó Sally—. Mi madre se habría casado con el primero que se cruzase con ella después de separarse de ti. Solo tuvo que prometerle que le daría hijos. Mi padre fue el primero que se le cruzó, un perdedor patético.

—¿Por qué es un perdedor patético, Sally?

—Tuvo que ir a ver todas tus películas con mi madre. Vaya ilusión debió de hacerle, no sé si me explico —dijo Sally—. Cuando tuve edad, también yo fui a ver todas tus películas, claro, con mi madre y con mi padre. Le contó a mi padre hasta el último detalle sobre ti. También a mí me contó hasta el último detalle. Aquel viaje que hicisteis al Festival de Cine de Toronto. El tatuaje que le hizo tu madre, y que obligaste a mi madre a enseñárselo al agente de aduanas..., esa sí fue buena. Que te contagió las purgaciones que a ella le había contagiado el Capitán Febo cuando interpretabas a una Esmeralda gay en *El jorobado de Notre Dame*; que te pusiste muy borde por aquello, como si tú mismo no hubieses tonteado nunca.

—Pero ¿tu padre la quería? —preguntó Jack a Sally.

—Ah, la veneraba —contestó Sally—. Mi madre se puso como una vaca, se abandonó por completo, y resultaba evidente que nunca superó lo vuestro. Pero mi padre la adoraba.

—Eres muy guapa —dijo él a la chica—. Te pareces tanto a tu madre que he estado a punto de creerte. Por un momento he pensado que eras el fantasma de Claudia.

—Puedo atormentarte tan bien como cualquier fantasma, Jack, créeme. —No lo miraba; se limitaba a pasar las hojas de su agenda, como si buscara a alguien. De pronto saltó al principio de la agenda; empezó por la A. Con la voz declamatoria de su madre, leyó en voz alta el primer nombre de mujer.

—Mildred (Milly) Ascheim —dijo Sally A continuación adoptó un tono de voz insinuante—. ¿Te la follaste, Jack? ¿Te la follas todavía?

—No, nunca —contestó él.

—Ajá. Aquí hay otra Ascheim, Myra. Has tachado su nombre. Eso es un claro indicio de que te la tiraste. Luego la abandonaste, supongo.

—Nunca mantuve relaciones sexuales con ella. Taché su nombre porque murió. Sally, no me gusta este juego —dijo Jack.

Pero ella siguió leyendo; se exaltó mucho al llegar al nombre de Lucia Delvecchio.

—Incluso mi madre decía que debiste de acostarte con ella —dijo Sally—. Mi madre decía que adivinó que te habías acostado con ella al veros juntos en la película.

Jack siguió el juego demasiado tiempo. Sally había llegado a la G cuando de verdad empezaron las complicaciones. (Jack supo qué diría la doctora García: a saber, que para empezar no debería haberse sentado al lado de Sally en el sofá).

—Elena García —leyó Sally. Algo debió de traslucirse en la cara de Jack; desde luego lo consideró una falta de respeto para con la doctora García, a quien nunca había llamado por su nombre de pila. Para Jack, la doctora García era la persona más importante en esa etapa de su vida, y Sally lo notó—. ¿Tu mujer de la limpieza, o exmujer de la limpieza? —preguntó Sally de un modo aún menos respetuoso—. Sin duda te la has follado.

—Es mi doctora..., mi psiquiatra —dijo Jack—. Ni siquiera la llamo por su nombre de pila.

—Ah, sí; es también la comecocos de Lucy, ¿no? ¡Cómo he podido olvidarme! —exclamó Sally—. Me juego algo a que ahora te acosa la madre de Lucy.

La chica actuaba bien; poseía el talento de su madre, aunque no tenía ni la mitad de su preparación. Y en ese momento, mientras se burlaba de él, le recordó más a Claudia que antes cuando imaginaba que era el fantasma de Claudia.

—No te enfades conmigo, Jack, por favor —dijo Sally de manera muy parecida a como lo habría dicho su madre—. Es solo que echo de menos a mi madre, y pensaba que estar contigo podría devolvérmela.

Jack, incapaz de moverse, permaneció allí sentado. Por lo que le decía la voz de la experiencia, las mujeres, incluso las jóvenes, sabían cuándo lo habían dejado a uno anonadado. Claudia había sabido en qué momentos Jack no podía resistirse a ella. Sally también lo sabía. Se arrimó a él en el sofá; empezó a desabrocharle la camisa.

Él no se lo impidió.

—¿Te acuerdas de cuando eras san Juan Bautista? —preguntó Sally.

—Fui solo su cabeza, una pequeña parte —contestó él—. Su cabeza decapitada, nada más que eso.

—Su cabeza decapitada en una mesa —le recordó Sally, y le quitó la camisa. Jack no sabía cuándo se había desabrochado ella la blusa; simplemente advirtió que la tenía desabrochada—. Mi madre era Salomé, ¿verdad? —preguntó la hija de Claudia.

—Sí —respondió Jack; apenas podía hablar. La chica lo había desnudado y se había desnudado también ella. Desvestida, se parecía más a Claudia que Claudia, con cetro chino y todo.

—Mi madre decía que ese fue el mejor beso que te dio.

Aquel no fue un beso cualquiera, recordó él. Sin embargo, el daño en la relación entre Claudia y Jack ya estaba hecho; ni siquiera ese beso pudo evitar que se distanciaran.

Jack reconoció el envoltorio de papel de aluminio azul de su marca preferida de condones japoneses. Sally rompía el envoltorio con los dientes. Se le antojó extrañísimo que la hija de Claudia conociese, de antemano, su predilección por los Kimono Ultrafinos. Recordó entonces que la chica había usado el baño, donde sin duda había descubierto sus condones en el armario.

Jack la miró a los ojos, de color dorado oscuro, y vio a Claudia, como si aún viviese y fuese joven otra vez. La misma boca ancha pero unos dientes más blancos; los mismos pechos generosos y caderas amplias de una chica que libraría su propia batalla contra el sobrepeso algún día. Al igual que su madre, Sally era de esa clase de mujeres en las que uno se sumerge.

No habría necesidad de explicar el problema a la doctora García; cualquiera excepto Jack habría sido capaz de hacer el cálculo. Si había visto por última vez a Claudia en junio de 1987, aun cuando ella hubiese conocido al padre de Sally inmediatamente —y se hubiese casado con él, y se hubiese quedado embarazada, todo en ese mismo mes—, Sally no habría podido nacer antes de marzo de 1988. En ese caso, en julio del año 2003 Sally tenía *quince* años. Para tener dieciocho habría tenido que ser (con toda probabilidad) la hija de *Jack*. Como la doctora García le había recordado, nunca había sabido contar.

Al final resultó que, como Sally le explicó —por desgracia, *después* de hacer el amor con él—, en junio de 1987 Claudia fue a un festival dedicado a Shakespeare en Nueva Jersey, donde conoció a un joven director y estudioso shakespeariano. Se casaron ese agosto, y Claudia quedó embarazada en septiembre; Sally nació en junio de 1988. Cuando ella y Jack hicieron el amor en la casa de Entrada Drive, Sally había cumplido los quince hacía un mes. ¡Pero parecía mucho mayor!

Sally se apresuró a llenar la bañera y se sentó en ella con la puerta del baño abierta. No le gustaba hacer el amor y salir corriendo, dijo, pero tenía prisa. Debía atenerse al toque de queda; tenía que regresar al hotel Georgian de Santa Mónica,

donde se alojaba con sus padres y el resto de su familia.

—¿Tu madre vive?

—Está como un tonel, pero goza de muy buena salud —respondió Sally—. No te habrías acostado conmigo si hubieses pensado que mi madre vivía, ¿verdad?

Jack no dijo nada; se limitó a sentarse en el suelo del cuarto de baño con la espalda apoyada contra un toallero, contemplando la réplica casi perfecta de Claudia en la bañera.

—Mis padres son la pareja más feliz que conozco —decía Sally—. Mi madre se avergüenza cuando le tomamos el pelo por haber sido tu novia. Pero mis hermanas y yo, y mi padre, lo consideramos lo más gracioso del mundo. Pedimos una *pizza* y vemos una de tus películas, y todos nos partimos de risa. A veces mi madre tiene que salir del salón. La hacemos reír tanto que le entran ganas de hacer pis. «Paradla, enseguida vuelvo», dice mi madre. Cuando ganaste el Oscar, pensé que nos meábamos todos encima.

—¿Qué edad tienes? —preguntó él.

—Las matemáticas se te dan de pena; mi madre no lo decía en broma —contestó Sally—. Para tu propia seguridad, Jack, deberías consultar el código penal de California, la parte sobre relaciones sexuales ilícitas con un menor. Tú pasas de veintiún años, yo no llego a dieciséis. Eso es lo único que cuenta. Eres culpable de una falta o de un delito grave. Podrías ir a la cárcel durante uno, dos, tres o cuatro años, y se te penalizaría con el pago de una multa, no superior a veinticinco mil dólares. Es decir, si se lo cuento a alguien.

Se puso en pie en la bañera y, tras secarse apresuradamente, tiró la toalla al suelo del baño. Él la siguió a través de su habitación hasta la sala de estar, donde ella había dejado la ropa esparcida por todas partes; mientras Sally se vestía, Jack le buscó los zapatos.

—Esto viene a ser mi trabajo de verano —le explicaba ella.

—¿Qué? —(¿Seducir a Jack Burns? ¿La extorsión?).

Sally explicó después que su padre —que no era ni mucho menos un perdedor patético, según la afectuosa opinión de Sally— gestionaba un pequeño teatro comunitario en Vermont. Se llamaba Sala Fundamentos. Organizaban producciones de repertorio en verano; ofrecían talleres de interpretación, dirección y dramaturgia durante el año lectivo. Una fundación sin ánimo de lucro lo financiaba todo. Cuando Claudia y su marido shakespeariano no estaban ocupados en sus producciones teatrales y talleres, se dedicaban a recaudar fondos a jornada completa.

—Somos una familia numerosa, cuatro hijas —aclaró Sally—. Algún día iremos a la universidad. La vida entera de mis padres se basa en predicar con el ejemplo. Adoramos el teatro, aprendemos a ser independientes, no nos preocupa el dinero, pero siempre necesitamos dinero. ¿Captas?

—¿Cuánto quieres? —preguntó Jack a la hija de Claudia.

—Mi madre se moriría si supiese que me he acostado contigo —dijo ella.



—¿Cuánto, Sally?

Ella le agarró la muñeca y miró el reloj.

—¡Mierda! Tienes que llevarme al Georgian, o a algún sitio cerca de allí. En teoría iba a la proyección de una película donde tendría ocasión de conocerte. ¡Maldito toque de queda!

—¿Sabían tus padres que ibas a verme? —preguntó él.

—¡Sí, pero no que íbamos a hacer el amor! —exclamó Sally, y se echó a reír—. Son unos padres extraordinarios, ya te lo he dicho.

Le dio un folleto de la Sala Fundamentos; contenía fotografías de Claudia y su marido, y de las otras hijas. El cheque debía ser a nombre de la Fundación Fundamentos; como era una institución sin ánimo de lucro, el «donativo» de Jack desgravaba, informó Sally.

Durante años, las hijas le habían preguntado a su madre por qué no pedía dinero a Jack Burns para su empresa teatral. Jack era una estrella de cine y Claudia lo conocía; seguramente él le daría algo.

—¿Por qué no me has pedido un donativo sin más? —preguntó a Sally.

—¿Me habrías dado tanto? —preguntó Sally. (Había extendido un cheque por valor de cien mil dólares a nombre de la Fundación Fundamentos. En comparación con el coste que aquello podía representarle según el código penal de California, era una ganga).

Jack llevó a la chica y la maleta vieja de Claudia a Ocean Avenue. Al menos no se había equivocado con respecto a la maleta; era un accesorio de utilería.

Los padres de Sally eran noctámbulos. Después de acostar a sus hijas menores, Claudia y su marido bajaban a tomar una copa en el bar; allí estarían esperando a que Sally volviese de la «proyección». Habían accedido a dejarla salir y conocer a Jack Burns, sin otro propósito que pedirle a Jack un donativo para los esfuerzos que estaban haciendo en favor del primer y más duradero amor de Claudia: el teatro. (A eso debía de referirse Sally con lo de aprender a ser «independiente»). En cuanto a la maleta vieja de Claudia, Sally la había llenado de folletos de la Sala Fundamentos, por si en la supuesta proyección conocía a *otras* estrellas de cine ricas y famosas.

Sally y Jack se plantearon si era o no buena idea que él entrase con ella en el vestíbulo del Georgian. Para conocer a su padre y saludar a Claudia en recuerdo de los viejos tiempos. Sally podría anunciar la extraordinaria generosidad de la ayuda de Jack. Los donativos de cien mil dólares eran poco comunes; los donativos de esa magnitud constituían «una oportunidad de asignación de nombre», le explicó Sally. Una beca para un joven estudiante de interpretación, dirección o dramaturgia con el nombre de Jack Burns; había en marcha asimismo una campaña de captación de fondos para construir un nuevo teatro con aforo para seiscientos espectadores. (Muchas oportunidades de asignación de nombre, por lo visto).

—O podrías optar por conservar el anonimato —dijo Sally.

Jack escogió el anonimato. Dijo a Sally que prefería no entrar en el bar del hotel

Georgian para conocer a su padre y renovar el contacto con su madre.

—Quizá sea lo mejor —dijo Sally—. La verdad, yo podría salir del paso. He ensayado el puñetero papel una eternidad. Pero, para serte sincera, no sé si tú eres tan buen actor como para entrar ahí y hacer ver que no me has matado a polvos.

—Probablemente no lo soy —admitió él.

—Jack, me pareces encantador —dijo la hija de Claudia, y le dio un beso en la mejilla—. Mis padres te escribirán, sé que lo harán. Una larga carta de agradecimiento como mínimo. Estarás el resto de tu vida en su lista de direcciones; seguramente te pedirán más dinero cada año. No quiero decir otros cien mil ni nada por el estilo, pero te pedirán algo. Siempre he pensado que debían pedirte algo.

En el folleto de la Sala Fundamentos, Claudia llevaba un vestido acampanado y parecía más gorda que Kathy Bates al meterse en la bañera de agua caliente con Jack Nicholson en la película aquella, fuera la que fuese. Su marido era un hombre alto y barbudo con el aspecto de un actor a quien siempre se asignaba el papel de rey traicionado. Las hijas menores eran chicas guapas de huesos grandes como Sally.

Cuando Jack paró junto a la acera frente al hotel Georgian en Ocean Avenue, Sally le dio un beso en la frente.

—Pareces un buen hombre, Jack, solo que triste —dijo ella.

—Dale recuerdos de mi parte a tu madre —dijo a la chica de quince años.

—Gracias por el dinero, Jack. Significa mucho para nosotros, en serio.

—¿En qué medida es esto «atormentarme»? —preguntó él—. Ha sido un sablazo, desde luego. Y de los buenos, eso lo reconozco, Sally. Pero ¿en qué sentido me has «atormentado» exactamente?

—Ah, ya lo verás —dijo Sally—. Esto te atormentará, Jack. Y no me refiero al dinero.

Regresó a Entrada Drive, al lugar del crimen, por así decirlo. (Era un crimen, no solo según el código penal de California; el propio Jack Burns tenía la sensación de que era un crimen). Se había acostado con una chica de quince años y solo le había costado cien mil dólares.

Jack se quedó en vela hasta tarde leyendo palabra por palabra el folleto que Sally le había dejado; miró una y otra vez todas las fotografías. La Sala Fundamentos estaba consagrada a la noble idea del teatro como servicio público. Un vecino que era electricista había instalado los focos nuevos gratis; un par de carpinteros del pueblo habían construido los decorados para tres producciones de Shakespeare, también sin coste alguno. En un pueblo del sur de Vermont, prácticamente todos habían aportado algo al teatro de la comunidad.

Los colegiales representaban sus obras escolares en el teatro; las mujeres de un club de lectura interpretaban dramatizaciones de escenas de sus novelas preferidas. Una compañía de ópera de la ciudad de Nueva York ensayaba allí durante el mes de enero, antes de salir de gira; los cantantes de ópera profesionales enseñaban a cantar a

algunos niños del pueblo con buena voz. Se ofrecían recitales de poesía; también había conciertos. Las producciones del repertorio de verano, si bien se acomodaban a la afición de los turistas por el entretenimiento popular, incluían al menos dos obras «serias» cada verano. Jack reconoció a unos cuantos de los artistas invitados en los repartos de verano: actores y actrices de Nueva York.

Incluía dos fotografías de Claudia; en ambas se la veía radiante y jubilosa y gorda. Sus hijas eran muy fotogénicas: chicas seguras de sí mismas que habían aprendido a actuar. Desde luego, Claudia podía estar orgullosa de Sally por poseer una desenvoltura y una determinación impropias de su edad. ¿Sabían Claudia y su marido que Sally era un modelo de aplomo y de pensamiento independiente? Quizá. ¿Sabían también sus padres que Sally era tan activa sexualmente (en representación de su familia) como lo era? Quizá no.

Claudia había convertido el teatro en su negocio familiar, tal vez con mayores resultados de lo que creía. Pero por más que Jack se esforzó en desentrañar el sistema de financiación, no alcanzó a entender el funcionamiento de la así llamada fundación sin ánimo de lucro. (Volvieron a fallarle las matemáticas). Lo único que Jack sabía era que extendería cheques a favor de la Fundación Fundamentos durante el resto de su vida; donativos *regulares* de cien mil dólares, o más, se le antojaban un precio pequeño por lo que había hecho.

Deseó telefonar a la doctora García, pero ya eran las dos o las tres de la madrugada y sabía qué le diría ella. «Cuéntemelo por orden cronológico, Jack. No soy un sacerdote. No escucho confesiones». A lo que se refería era a que ella no daba la absolución, ni había perdón posible por acostarse con la hija de Claudia, aun cuando Jack hubiese podido convencerse de que Sally era en realidad el fantasma de Claudia.

Jack se disponía a apagar la luz de la cocina, antes de irse por fin a la cama, cuando vio la rudimentaria lista de la compra que había prendido del frigorífico con uno de los imanes de tatuajes japoneses de su madre.

CAFÉ EN GRANO  
LECHE  
ZUMO DE ARÁNDANOS

Aquello no era como para pegarse la gran vida. Empezaba a darse cuenta de cómo había cumplido Claudia la promesa de volver para atormentarlo.

Jack descubrió que cuando uno siente vergüenza, su vida pasa a ser un mundo regido por el «y si...». Sally, la hija de Claudia, tenía quince años: no resultaba difícil imaginar a una chica de esa edad pelearse con su madre. Las adolescentes no necesitaban una provocación legítima para odiar a sus madres. ¿Y si, por algún

motivo absurdo, Sally quería hacer daño a su madre? ¿Y si Sally *contaba* a Claudia que se había acostado con Jack?

O ¿y si en su vida, Sally llegaba más adelante a la conclusión ilógica de que Jack se había aprovechado de ella? ¿Y si —por un sinfín de razones, ninguna de ellas relacionada quizá con lo que había inducido a Sally a seducir a Jack en un principio— la chica díscola decidía sin más que él merecía pagar por su crimen, o que Jack Burns debía al menos ser denunciado públicamente?

—En fin, Jack, estoy segura de que su vergüenza es aún mayor que su temor al código penal de California —le diría más tarde la doctora García—. Pero ¿no tenemos muchos de nosotros en nuestro pasado a alguien que podría arruinarnos la vida con una carta o con una llamada telefónica?

—Usted no tiene a alguien así, ¿verdad, doctora García?

—Yo no soy la paciente, Jack. No tengo por qué contestar a esa clase de preguntas. Baste decir que todos tenemos que aprender a convivir con algo.

Corría agosto de 2003. La casa de Jack en Entrada Drive seguía en venta, pero él tenía la sensación de que el fantasma de Claudia se había trasladado allí para quedarse; era como si viviese con él. Fuera a donde fuese, antes o después de que aquella maldita casa se vendiese, sin duda el fantasma de Claudia lo acompañaría.

Krung, el *kickboxer* tailandés del gimnasio de Bathurst Street desaparecido hacía mucho tiempo, le había dicho en una ocasión: «Las ratas de gimnasio siempre tienen que encontrar un barco nuevo, Jackie». Pues bien, Jack era una rata de gimnasio que pronto tendría que encontrar un barco nuevo, pero en ese momento era una rata de gimnasio con un fantasma.

Jack descubrió que cuando se vive con un fantasma se duerme mal. Tenía sueños sin sentido pero inquietantes, de los que se despertaba con la convicción de que había tocado con la mano el tatuaje de Emma. (La vagina perfecta, no una Rosa de Jericó, que su madre había tatuado a Emma en la cadera derecha, justo por debajo de la cinturilla de la braga).

Jack aceptó el consejo de su agente inmobiliaria y se mudó; esto permitió a la agente vaciar la casa de muebles viejos y feos, la mayor parte adquiridos por Emma para su primer apartamento en Venice, así como de las alfombras y el equipo de gimnasio de Jack; pulieron los suelos y pintaron de blanco las paredes. La casa se convirtió al menos en un cuchitril limpio y de aspecto austero, y Jack se trasladó a una modesta *suite* del hotel Oceana en Santa Mónica.

Era una *suite* de la tercera planta con cuatro habitaciones, incluida una cocina, con vistas al jardín interior y a la piscina. Podría haber elegido una con vistas a Ocean Avenue, pero el Oceana era un hotel residencial de precio moderado que atraía a familias; a Jack le gustaba oír jugar a los niños en la piscina. Algunas de las familias eran asiáticas o europeas; a Jack también le gustaba oír lenguas extranjeras. Aceptó la provisionalidad de alojarse allí, porque así era Jack Burns, provisional, transitorio, casi a punto de dejar de existir.

Apenas conservó alguna cosa de Entrada Drive. Donó las tres cuartas partes de su ropa a la organización Buena Voluntad y entregó el Oscar a su abogado para que lo guardase a buen recaudo.

Jack conservó su Audi más reciente, claro. El gimnasio del Oceana era ridículo, pero en Venice había dos gimnasios que le gustaban, y desde el Oceana Jack estaba aún más cerca de la consulta de la doctora García, en Montana Avenue, que desde Entrada Drive.

Jack se registró en el Oceana como Harry Mocco; como de costumbre, las pocas personas importantes en su vida sabían dónde encontrarlo. De algún modo parecía lógico (para un hombre a la expectativa) que Jack tuviese noticias de Leslie Oastler poco después de mudarse. La señora Oastler telefoneó porque no sabía nada de él desde hacía un tiempo, cosa que le parecía bien, se apresuró a añadir, y mejor aún a Dolores, sin duda.

Dolores se había quejado tanto de la permanente presencia de la ropa de Jack que la señora Oastler la había donado al St. Hilda, donde el señor Ramsey aceptó con gusto la ropa para usarla como vestuario en las producciones teatrales del colegio. El señor Ramsey y la señorita Wurtz habían llamado a Leslie para agradecerle el insólito regalo. («Nunca tenemos ropa de hombre suficiente para las dramatizaciones», explicó Caroline).

La antigua habitación de Jack, explicó la señora Oastler, se había convertido en un estudio para Dolores. (La rubia de Leslie debía de ser poeta o pintora —artista de algún tipo, sin duda—, pero Jack no preguntó). En cuanto a la habitación de Emma, había pasado a ser el cuarto de invitados oficial. El papel pintado de las paredes era distinto; «más femenino», aclaró Leslie. Los muebles y las cortinas eran también «más femeninos». Todo eso era obra de Dolores, supuso Jack, pero tampoco preguntó.

—Cuando vuelvas a la ciudad, quizá prefieras alojarte en un hotel —comentó la señora Oastler.

—Quizá —contestó Jack. No sabía por qué había llamado.

—¿Has sabido algo de tu padre, Jack? —preguntó Leslie.

—No. Pero no estoy buscándolo —explicó Jack.

—Me pregunto por qué no —dijo Leslie—. Ya será un hombre de más de sesenta años, ¿no? A los hombres de esa edad les pasan cosas. Podrías perderlo antes de encontrarlo, no sé si me entiendes.

—Podría morir, ¿es a eso a lo que te refieres?

—Podría estar muerto —dijo la señora Oastler—. Antes sentías mucha curiosidad por él. ¿Qué ha sido de tu curiosidad, Jack? —(Esa misma pregunta le hacía siempre la doctora García).

—He estado yendo a una psiquiatra —explicó a medias Jack.

—¡Me alegra que vayas a ver a alguien! —exclamó Leslie—. Pero antes eras capaz de hacer más de una cosa al mismo tiempo.

«Lo que la señora Oastler tal vez quiera decir, Jack», interpretaría después la doctora García, «es que ir a una psiquiatra no es necesariamente algo que uno hace en lugar de tener un poco de curiosidad natural».

Pero Jack era culpable de un crimen inexcusable. No solo se había acostado con una chica de quince años; lo había *consentido*. Guardaba un secreto horrendo, y — siempre y cuando la hija de Claudia lo permitiese— Jack cargaría con él hasta la tumba. La vergüenza lo había despojado de la curiosidad. Cuando uno siente vergüenza, no tiende a emprender otra aventura, al menos no de inmediato.

La carta de agradecimiento de Claudia y su marido (a quien Jack imaginaría siempre como un rey barbudo y traicionado) llegó acompañada de fotografías de la familia, entre ellas una de Sally de niña y una de Claudia cuando estaba visiblemente más delgada. Había también una foto del marido, y padre de cuatro hijas, cuando iba afeitado; Jack se hizo cargo de por qué el rey se había dejado la barba.

«Si alguna vez tienes intención de volver al teatro», escribió Claudia, «háznoslo saber». Un mes o seis semanas en Vermont en pleno verano, con un escenario tan pequeño que se sentiría en él como si fuese suyo, con la obra y el papel que eligiese. En tales circunstancias, Jack se sintió a la vez conmovido y repelido por el ofrecimiento.

«Te estamos todos muy agradecidos, Jack», proseguía Claudia.

«Y estamos orgullosos de Sally por tener el atrevimiento de abordarte», escribió el marido de Claudia (el padre de Sally).

Jack contestaría a Claudia y su marido que se alegraba de haber ayudado en la medida de sus modestas posibilidades. Pero carecía del «atrevimiento» de Sally; Jack escribió que ya no tenía valor para plantarse solo en un escenario. «Los momentos fuera de contexto del rodaje de una película, a los que me he acostumbrado, dejan al actor espacio donde esconderse». (¡Significase eso lo que significase!). Con todo, Jack pensaría a menudo en su pequeño teatro, escribió, y cada verano lamentaría perderse la oportunidad de pasar un idílico mes o seis semanas en Vermont. (¡Antes la muerte, para ser sinceros!).

Jack sintió que el fantasma de Claudia lo observaba; se deshacía en sonrisas mientras él echaba la carta al buzón.

Inmediatamente después de la falsedad de esa carta, Jack experimentó un contacto de otra clase. No hubo nada de falso en la llamada telefónica de Caroline Wurtz, que una mañana de agosto, muy temprano, lo despertó del sueño recurrente, por enésima vez, en el que tocaba la vagina tatuada de Emma. Una familia de Düsseldorf con la que Jack había puesto a prueba los límites de su alemán de Exeter ya estaba en pie y nadaba en la piscina del Oceana.

—Jack Burns, como diría el señor Ramsey —empezó la señorita Wurtz—. ¡Levántate y empieza el día con alegría! —La Wurtz, claro está, no tenía la menor

idea de la acción vergonzosa que Jack había cometido. (Levantarse, y seguir levantándose, era probable; empezar el día con alegría era inconcebible).

—¡Cuánto me alegro de oírte, Caroline! —dijo él con sinceridad.

—Tú tienes una voz espantosa —dijo la señorita Wurtz—. No quieras hacerme creer que no te he despertado. Pero tengo una noticia por la que merecía la pena despertarte, Jack.

—¿Has sabido de él? —preguntó Jack, despierto por completo, aunque no radiante de alegría precisamente.

—He sabido de él, pero por mediación de otra persona. ¡Tienes una hermana, Jack!

Desde el punto de vista biológico, si su padre había vuelto a casarse —como así parecía— era concebible que Jack tuviese una hermanastra, lo que en efecto era una noticia para él y para la señorita Wurtz.

Se llamaba Heather Burns, y era profesora adjunta de la Facultad de Música de la Universidad de Edimburgo, donde (unos años antes) había obtenido la licenciatura. Heather era pianista y organista, y tocaba la flauta de madera. Se había doctorado en Belfast.

—Con una tesis sobre Brahms —informó Caroline—. Algo sobre Brahms y el siglo XIX.

—¿Mi padre ha vuelto a Edimburgo? —preguntó Jack.

—William no se encuentra bien, Jack; está en un sanatorio. Había vuelto a tocar el órgano en Old St. Paul, y daba clases en Edimburgo, pero tiene osteoartritis. La artritis de sus manos ha puesto fin a sus interpretaciones, al menos profesionalmente.

—¿Está en un sanatorio por la artritis? —preguntó Jack.

—No, no; es un sitio para enfermos mentales —contestó la señorita Wurtz.

—¿Está en un manicomio, Caroline?

—Según Heather, es muy agradable. A William le encanta. Solo que es muy caro —dijo la señorita Wurtz.

—¿Mi hermana ha llamado para pedir dinero? —preguntó Jack.

—Llamó para preguntar por ti, Jack. Quería saber cómo ponerse en contacto contigo. Le dije que te llamaría yo. Como bien sabes, no le doy tu número de teléfono a nadie, aunque en este caso he estado tentada. Sí, Heather necesita dinero para mantener a William contento y fuera de peligro en el sanatorio.

La hermana de Jack tenía veintiocho años. Una profesora adjunta en la Universidad de Edimburgo no ganaba dinero suficiente para tener hijos, explicó la Wurtz. No podía esperarse que Heather pagase la reclusión de William.

—¿Heather está casada? —preguntó Jack a la señorita Wurtz.

—Claro que no.

—Has hablado de hijos, Caroline.

—Era una hipótesis, en referencia al escaso salario de la pobre —aclaró la señorita Wurtz—. Heather tiene novio. Es irlandés. Pero no va a casarse con él.

Heather solo me dijo que sus ingresos no le permitían siquiera plantearse fundar una familia, y que necesita que la ayudes con William.

«¡Tengo una hermana!», pensaba Jack; el hecho de que necesitase su ayuda (de que alguien lo necesitase) era una noticia maravillosa.

Mejor aún, la hermana de Jack quería a su padre. Según la señorita Wurtz, Heather adoraba a William. Pero no lo había tenido fácil; tampoco él. Después de hablar con la hermana de Jack, la Wurtz tenía toda una historia que contarle.

Aunque no superó ni igualó siquiera sus sentimientos por la hija del comandante, el siguiente amor en la vida de William Burns fue una joven a quien conoció y llevó al altar en Alemania. Barbara Steiner era cantante; dio a conocer a William las canciones de Schubert. Para William la interpretación de los *Lieder* alemanes, acompañados al pianoforte —«el antepasado del piano moderno», como se lo describió la señorita Wurtz a Jack—, fue algo nuevo y apasionante. Para él no fue un arte menor, ni Barbara Steiner fue un enamoramiento pasajero; actuaron y dieron clases juntos.

«Tengo un hijo, pero puede que nunca vuelva a verlo», confesó William a Barbara desde el principio.

Jack Burns fue una presencia afectiva y psicológica en la infancia de Heather, le contó esta a la señorita Wurtz, incluso antes de que Jack fuese una estrella de cine y su padre empezase a verlo obsesivamente en la gran pantalla, así como en vídeo y en DVD. (Según la Wurtz, William se sabía los diálogos —de *todas* las películas— «al dedillo»).

William Burns y Barbara Steiner habían vivido en Múnich, en Colonia, en Stuttgart. Pasaron cinco años juntos en Alemania. Cuando estaba embarazada de Heather, ofrecieron a William la oportunidad de volver a «casa», a Edimburgo; él la aprovechó. Heather nació en Escocia, donde sus padres dieron clase en la Facultad de Música de la Universidad de Edimburgo antes que ella.

William tocaba otra vez el Padre Willis en Old St. Paul, aunque el órgano había sido alterado y ampliado desde la última vez que él lo tocó. Dado el legendario tiempo de reverberación de la iglesia, eso poco importaba; era la iglesia episcopal escocesa de Old St. Paul, que William adoraba, y Edimburgo era su ciudad.

La señorita Wurtz, la pobre, sacó la precipitada conclusión de que la vida de William había descrito un círculo completo. ¿No era extraordinario que, pese a sus ansias de conocer mundo y los vaivenes de su juventud, William Burns hubiese «sentado la cabeza» por fin? Había encontrado a la mujer que le convenía; la hija que tuvieron juntos proporcionaría al padre de Jack cierta paz, una sensación de haber hallado sustituto a su hijo perdido.

Pero no sería así. Barbara Steiner añoraba Alemania. En su opinión, Edimburgo no era una gran ciudad para la música clásica. Se oía mucha música, pero casi toda mediocre. El clima era húmedo y deprimente. Barbara creía que el clima agudizó su bronquitis crónica; medio en broma, decía que se había convertido en una cantante



con tos permanente, pero esa tos persistía y era más grave de lo que ella sabía.

Lo que Heather, la hermana de Jack, transmitió a la señorita Wurtz —en una sola llamada telefónica— fue un retrato de su madre como una mujer lastimera. Según Barbara, los hombres escoceses (a excepción de William) eran poco atractivos y vestían mal; las mujeres eran aún menos atractivas y no sabían vestir en absoluto. El whisky era una lacra, no solo por la ebriedad que provocaba (William no bebía); además, destruía las papilas gustativas e impedía a los escoceses darse cuenta de lo mala que era su comida. Los *kilts* —las típicas faldas—, como los *Lederhosen*, los pantalones de cuero bávaros, deberían usarlos solo los niños, o eso opinaba Barbara. (William no se habría puesto un *kilt* ni loco). En verano, cuando por fin mejoraba el tiempo, había demasiados turistas, sobre todo americanos. Barbara era alérgica a la lana; ningún tartán le complacía nunca.

Su madre, contó Heather a la señorita Wurtz, consideró que un solo hijo ya era una carga tan abrumadora que se opuso al deseo de William de tener uno o dos más. Barbara no era una madre nata, aun así redujo sus responsabilidades docentes (a la mitad) a fin de pasar más tiempo con Heather, pese a que para ella el tiempo pasado con un niño era una tortura.

Barbara Steiner era hija de padres divorciados; temía de tal modo la separación y el divorcio que de manera periódica sospechaba que William planeaba divorciarse de ella. No era así; de hecho, William era un hombre (en palabras de Heather) «ciegamente entregado» a su quejumbrosa mujer. Se consideraba responsable de su desdicha, por apartarla de su amada tierra natal; propuso regresar a Alemania, pero Barbara pensó que el traslado causaría tal infelicidad a su marido que se sentiría impulsado a divorciarse de ella aún más deprisa.

Antes de separarse sus padres, Barbara Steiner atribuía un gran valor a las vacaciones de la familia —cada invierno y primavera— en las estaciones de esquí de los Alpes suizos y austríacos. Después del divorcio, esos viajes, que Barbara hacía sola con su madre o sola con su padre, se convirtieron en una forma de ejercicio impuesto: estoicismo atlético y cenas en silencio, en las que uno u otro de sus progenitores bebían demasiado vino. Sin embargo, la desdichada madre de Heather le repitió a su hija con veneración los nombres de esas estaciones de esquí de Austria y Suiza; daba la impresión de que eran nombres de santos y de que Barbara se hubiese convertido al catolicismo.

St. Antón, Klosters, Lech, Wengen, Zermatt, St. Christoph. Cuando vivían en Alemania, Barbara Steiner enseñó a esquiar a William Burns, aunque mal. (A Jack le costó imaginar a su padre, un organista tatuado, sobre unos esquís). Pero los Alpes suizos y austríacos quedaban muy lejos de Escocia.

«Te llevaremos a esquiar cuando tengas edad», había dicho a Heather su madre.

Cuando la Wurtz le contó eso, resulta fácil imaginar que Jack percibiese ecos de la letanía de Alice.

Pero la supuesta bronquitis crónica resultó ser cáncer de pulmón, que Barbara

creía haber «pillado» (igual que la gripe) en Edimburgo. «No me extrañaría que el cáncer de pulmón tuviese su origen en Escocia», decía medio en broma entre un arranque de tos y otro. Fue la muerte de su canto, pero no la suya.

Heather era por entonces demasiado joven para recordar algo positivo de la curación del cáncer de su madre. Heather no recordaba nada de la radioterapia, dijo Caroline a Jack, solo «la parte de los vómitos» y «la parte de la peluca» de la quimioterapia de su madre. Heather debía de tener cinco años, especuló la señorita Wurtz. La niña apenas recordaba el primer viaje de su vida a una estación de esquí, Klosters, salvo por el hecho de que su madre, Barbara, estaba deprimida porque el cansancio le impedía esquiar.

Jack comentó a Caroline que cuando Heather tenía cinco años, el recuerdo que pudiera tener de *cualquier cosa* era poco fiable. La señorita Wurtz rebatió su argumento; pese a que en esa época su hermana tenía solo cinco años, el recuerdo de su madre había prevalecido. Barbara Steiner aborrecía que los escoceses condujesen por el lado equivocado de la carretera. Mencionaba las numerosas muertes de turistas extranjeros en Edimburgo todos los veranos. (Bajaban de la acera mirando hacia la izquierda en lugar de la derecha).

«Si el cáncer no vuelve para matarme», decía Barbara a William y a su hija de cinco años, «juro que me atropellará un coche circulando por el lado equivocado de la calle». Y así fue.

Bajó de la acera, en cuyo bordillo se leía, tan claro como el agua: MIRE A LA DERECHA. Pese a llevar viviendo casi seis años en Edimburgo, Barbara miró a la izquierda, y un taxi la mató.

—Heather dijo que fue cerca de Charlotte Square, creo —informó a Jack la señorita Wurtz—. Un autor de libros infantiles recitaba sus textos en una especie de festival literario. A Heather la había llevado su madre al recital, que se hacía en un entoldado. Al marcharse, cuando se disponían a cruzar la calle, Heather alargó el brazo para coger a su madre de la mano. Heather miró a la derecha y vio venir el taxi; su madre miró en dirección incorrecta y bajó de la acera. El taxi mató a Barbara en el acto. Heather recuerda que rozó con los dedos la mano de su madre.

Si la hermana de Jack había revelado voluntariamente esos dolorosos detalles a la señorita Wurtz o si había sido Caroline la que le había sonsacado los detalles, Jack no lo sabía. Solo sabía que la Wurtz tenía una fe inquebrantable en la dramatización de la información importante, de ahí que hiciese partícipe a Jack del detalle de que la peluca de Barbara Steiner salió volando por los aires a causa del impacto, así como del hecho de que, cuando estaban solas, Heather y su madre (a instancias de esta) hablaban exclusivamente en alemán.

La circunstancia de que la hermana de cinco años de Jack llorase por su madre muerta «en alemán» confundió a los testigos del accidente. (Entre los testigos se encontraban muchos padres con sus hijos; también habían asistido al recital del autor de libros infantiles en el festival literario). La policía reconstruyó el accidente de

manera errónea: una turista alemana había sido atropellada por un coche en el carril imprevisto; la mujer, calva, para asombro de todos, no llevaba identificación, y su hija de cinco años, que estaba histérica, solo hablaba alemán.

En realidad, Barbara llevaba un bolso. Debió de salir despedido cuando el taxi la embistió, y se perdió para siempre, como la peluca. Heather, cuando se serenó, dijo a un policía, en inglés, que quería ir a «casa»; agarró al agente de la mano y le enseñó el camino. Heather había ido a pie a todas partes en Edimburgo con su padre y con su madre; en la familia, nadie (ni siquiera Heather de mayor) conducía.

Así, William Burns se convirtió en el único progenitor de una hija de cinco años.

—Conociendo a William —dijo la señorita Wurtz—, también debió de sentirse responsable de la muerte de la madre de esa pobre niña.

—¿Dijo Heather eso? —preguntó Jack.

—¡Claro que no, Jack! Pero conozco a William. Se lo perdonó todo a tu madre, pero nunca se perdonó a sí mismo.

—¿Y ahora está loco? —preguntó Jack.

—Deberías hablar con tu hermana, Jack. Deberías reunirte con Heather antes de que sea tarde.

Pero ¿deseaba Heather reunirse con él?, preguntó Jack a la Wurtz. (Él pensó si no convendría mandar antes un cheque a su hermana).

—Tienes que telefonarle y hablar con ella —dijo la señorita Wurtz—. Estoy segura de que tenéis cosas en común.

—Dime una, Caroline.

—Vuestras madres no eran vuestras personas preferidas —respondió la señorita Wurtz.

—De niño, yo quería a mi madre —señaló Jack.

—Por Dios, Jack, estoy segura de que tu hermana, de niña, quería a su madre. Pero, en retrospectiva, Heather se ha planteado al menos lo difícil que podía ser su madre como persona. ¿No te suena eso a algo?

Ajuicio de la Wurtz, a Jack no lo había abandonado su padre; al contrario, William había velado por el bienestar de Jack. El convenio entre William y Alice la obligaba a ella, como mínimo, a hacer todo lo correcto en apariencia. Jack había ido a buenos colegios, había vestido ropa limpia, no había recibido golpes ni malos tratos; es decir, no que Alice supiese.

La señorita Wurtz opinaba también —y Caroline no era una gran admiradora de la madre de Jack— que Alice, hasta cierto punto, había protegido a Jack de lo que la Wurtz llamaba las «elecciones adultas» en la oscura vida de la propia Alice. (A pesar de Leslie Oastler y de algunos de los amigos de Alice en el mundo del tatuaje).

—Cuando encuentres a William, dime cómo está —dijo la señorita Wurtz—. Entretanto, da gracias por tener una hermana.

—Tengo una hermana —repitió Jack.

Ese era el mensaje que dejaría en el contestador de la consulta de la doctora

García, porque era demasiado temprano para concertar una visita. Limitarse a anunciar que tenía una hermana entraba en la categoría de «información incompleta», como lo llamaba la doctora García, una manera indirecta de decir que la noticia de Jack no merecía que la llamase a su casa.

En lugar de eso telefoneó a su hermana, Heather Burns. Eran solo las siete de la mañana en Santa Mónica, y las diez en Toronto, desde donde había llamado la señorita Wurtz, pero ya era entrada la tarde en Edimburgo. Se oía música cuando Heather contestó al teléfono: voces y un órgano, quizá trompetas.

—Un momento —dijo su hermana, y bajó el volumen del reproductor de CD.

—Soy Jack Burns, tu hermano —dijo él.

—Yo soy Heather..., tu hermanastra, de hecho —corrigió ella—. Pero tengo la sensación de conocerte. Es casi como si hubiésemos crecido juntos. «Si tu hermano te conociese, te adoraría», me decía papá todas las noches al acostarme. Y el sonsonete de siempre era: «¡Tengo un hijo!», gritaba. «Tengo un hijo y una hija», decía papá. Podía llegar a cansar, pero la idea me quedó clara.

—Ojalá hubiésemos crecido juntos —dijo Jack.

—Eso aún no lo sabes —replicó ella. Tenía la voz cristalina y acompasada, con menos acento escocés del que Jack esperaba. (Se percibía algo de acento irlandés, pensó; efecto de los años en Belfast, quizás, y del novio irlandés). Daba la impresión, sobre todo, de ser una persona muy práctica.

—Quiero conocerte —dijo él.

—Eso tampoco lo sabes, Jack Burns —contestó Heather—. No me resulta cómodo pedirte dinero, pero lo necesito. Lo necesita nuestro padre, debería decir, aunque él no sepa que lo necesita.

—Cuidó de mí; yo cuidaré de él —dijo Jack.

—Conmigo no actúes, señor estrella de cine —dijo Heather—. Di solo lo que piensas de verdad.

—Lo pienso de verdad —afirmó él.

—Entonces será mejor que vengas a conocerme, y veamos qué pasa —propuso ella.

—Debería haber estado ahí cuando saliste por primera vez con un chico —dijo Jack a su hermana—. Podría haberte prevenido respecto a él.

—No sigas por ese camino, como diría Billy Rainbow —atajó Heather—. También yo podría haberte prevenido con respecto a algunas de tus novias.

—Eso sin duda —contestó él. Era otra frase de Billy Rainbow. (Ese personaje nunca decía nada que no se hubiese dicho antes un millón de veces, pero Billy decía las cosas más triviales con total sinceridad).

—Hablas como él —dijo Heather—. Como Billy Rainbow, quiero decir.

—Pero no soy como él; soy en realidad otra persona —respondió Jack con la esperanza de que fuera cierto. Su hermana guardó silencio. Jack oía la música; parecía un himno—. Tengo una hermana —dijo. (Tuvo la impresión de que la frase

iba bien con el himno).

—Sí, la tienes, Jack Burns —dijo su hermana—. También tienes un padre. Pero te diré lo que haremos: tienes que pasar por mí para llegar a él. Ni por todo tu dinero, señor estrella de cine, lo verás sin verme a mí antes, ni por todo el dinero del mundo.

—Confía en mí, Heather.

—Tienes que pasar por mí para llegar a él —repitió ella—. Tengo que confiarte a nuestro padre.

—Puedes confiar en mí, te lo juro por Dios —aseguró él.

—¿Me lo juras por Dios? ¿Eres creyente, Jack Burns?

—No, en realidad no —admitió Jack.

—Pues él sí lo es. Será mejor que te prepares también para eso —advirtió su hermana.

—¿Tú eres creyente, Heather?

—No tanto como para perdonar a tu madre —contestó ella—. No tan creyente. Pero él sí lo es.

Después de la muerte de Barbara Steiner, William Burns y su hija aprendieron a esquiar de verdad. Iban solo una vez al año, durante una semana o diez días, a uno de aquellos lugares cuyos nombres tenían resonancias sagradas; con el tiempo, añadieron a la lista Davos y Pontresina. Esquiar, como la música —como todo lo que hacían juntos—, se convirtió en un ritual. (Según la hermana de Jack, ella y su padre llegaron a ser esquiadores medio pasables).

Heather explicó a Jack que había empezado a estudiar piano un año después de morir su madre, a los seis. William Burns alentó a su hija a practicar cinco horas diarias, sola. Ya en la adolescencia, Heather empezó con la flauta de madera.

—La flauta es más sociable —explicó a Jack; el hecho de que hubiese mucha música irlandesa para flauta la llevó a doctorarse en Belfast.

El novio irlandés seguía en Irlanda. Heather abrigaba pocas esperanzas en cuanto al futuro de cualquier relación a distancia. Pero en Belfast habían tocado juntos en una banda.

Y habían viajado juntos: una visita a Portugal la Semana Santa anterior. («Él me gusta a pequeñas dosis», fue lo único que Heather le dijo de su novio).

Como profesora adjunta, ganaba veintidós mil libras al año. En Belfast, había pagado trescientos ochenta libras al mes por un piso de dos habitaciones. En Edimburgo, pagaba trescientas libras por una sola habitación en un piso que compartía con otras cinco personas. No obstante, le habían renovado el contrato de un año y, con el aumento, al año siguiente ganaría veintitrés mil libras. De momento le gustaban Edimburgo y su trabajo; si se quedaba allí otros cinco o seis años, y conseguía publicar, estaría en condiciones de fundar una familia. Pero Heather dudaba que fuera a quedarse en Escocia. (Se limitó a decir a Jack que tenía «otros

planes»).

Durante el último año en Belfast había tocado el órgano en una iglesia. Uno de sus colegas de mayor rango en la Universidad de Edimburgo, John Kitchen, era organista en Old St. Paul desde 1988, fecha en que William Burns se vio obligado a abandonar la plaza de primer organista a causa de la artritis. Durante casi quince años William había seguido tocando el órgano en St. Paul; oficialmente, era el ayudante de John Kitchen. En ese momento, Heather era la segunda organista de John Kitchen en Old St. Paul. Kitchen era amigo de su padre desde hacía mucho tiempo, le explicó Heather a Jack. (Para ella era «como un tío»).

Heather tocaba música irlandesa con su flauta de madera una noche por semana en el Central Bar, una taberna al pie de Leith Walk.

—Te llevaré al Central cuanto tengas —dijo Heather.

—Quiero conocerlo todo de ti.

—Todavía no lo sabes —le recordó su hermana.

Jack aparcó el Audi junto a la acera en Montana Avenue; esperaba a que Elizabeth, la recepcionista de la doctora García, llegase y abriese la consulta. Elizabeth sería la primera en oír el mensaje de Jack: «Tengo una hermana». Jack le daría tiempo para oír todos los mensajes del contestador antes de preguntarle si podía ser la primera visita de la doctora García.

Jack ya no esperaba nunca en la sala de espera. Lo hacía en su coche antes de las sesiones de terapia con la doctora García. Cuando era el turno de Jack, Elizabeth lo llamaba al móvil; entonces Jack echaba unas monedas en el parquímetro y entraba. Su presencia en la sala de espera llevaba a las jóvenes madres —y a veces a sus amigas o niñeras— «al borde de la histeria», había dicho la doctora García.

Jack escuchaba un CD de Emmylou Harris, marcando el ritmo de *Tougher than the Rest* («Más dura que las demás») con los dedos en el volante, cuando vio a Elizabeth en la acera. Ella sacudía el llavero en dirección a él, pero Jack no oyó el tintineo de las llaves, no por encima de Emmylou.

—Ya le enseñaré yo lo que es ser más dura que los demás —dijo Elizabeth, y le hizo pasar a la consulta. Era una cincuentona alta de rostro aguilino; tenía el cabello de color gris acero y siempre lo llevaba recogido en una cola. En los músculos tensos de su cuello se advertía algo de la severidad de la señora McQuat.

—He dejado un mensaje en el contestador de la doctora García —dijo Jack.

—Ya lo he oído. Un buen mensaje. Siempre accedo a los mensajes desde el coche —explicó ella—. Supongo que quiere ser la primera visita.

—Se lo agradecería, Elizabeth.

Se sentó en la consulta de la doctora García, no en la sala de espera, mientras Elizabeth preparaba café. Jack nunca había estado allí solo; durante ese rato se dedicó a observar más detenidamente las fotografías de familia, reparando en que la doctora

García aparecía en las fotos mucho más joven de lo que él había supuesto. Si esos niños eran suyos, ya eran adultos y probablemente tenían hijos propios.

—¿Qué edad tiene la doctora García? —preguntó a Elizabeth cuando le llevó una taza de café.

—Sesenta y un años —contestó Elizabeth.

Jack se asombró. La doctora García aparentaba mucha menos edad.

—Y el caballero de las fotos —preguntó a Elizabeth—, ¿es su marido o su padre?

—Era su marido —dijo Elizabeth—. Murió hace casi veinte años, antes de que yo la conociese.

Quizás eso explicara la presencia espectral del hombre mayor de las fotografías; era un espíritu que rondaba a la familia, que ya no participaba en ella.

—¿No volvió a casarse? —preguntó Jack.

—No. Vive con una hija, y con la familia de su hija. La doctora García tiene nietos para parar un tren.

Resultó que Elizabeth había sido paciente de la doctora García antes de ser su recepcionista. Elizabeth estaba divorciada; era una exalcohólica que había perdido la custodia de su único hijo, un niño. Cuando dejó de beber y consiguió un empleo, el niño —que por entonces era adolescente— decidió ir a vivir con ella. Elizabeth atribuía a la doctora García el mérito de salvarle la vida.

Jack se quedó solo con su café en la consulta de la doctora García; se sentía insignificante en compañía de la familia de ella, que aparecía detenida en el tiempo. Para Jack fue instructivo que su terapeuta hubiese decidido decorar la consulta con esas fotografías de ella y de sus hijos anteriores a la muerte de su marido, como si necesitase recordar que la autocompasión no estaba permitida. (Sentir lástima de uno mismo no formaba parte del proceso de curación, o eso decía la doctora García a sus pacientes).

«Conviva con eso», decían las fotos. «No olvide pero perdone el pasado».

En la casa de su hija, donde la doctora García vivía como una abuela —un tanto severa, imaginó Jack—, con toda seguridad había fotos más recientes. (De sus hijos ya adultos, de sus incontables nietos, quizá de los animales de la familia). Pero en su lugar de trabajo, donde atendía a los enfermos terminales de autocompasión, la doctora García había reunido un austero recordatorio de su anterior felicidad y de su perdurable dolor. En una ocasión le dijo a Elizabeth que siempre había sabido, al casarse con un hombre mayor, que su marido fallecería antes que ella. «¡Pero nunca imaginé cuántos años antes!», dijo, y se echó a reír.

—¿Se echó a reír? —preguntó Jack a Elizabeth—. ¿De verdad se rio la doctora García al decir eso?

—Ese es el truco, ¿no? —dijo Elizabeth.

Esa era otra muestra de organización laxa que nunca se habría tolerado en Viena o en Nueva York, donde la franqueza de Elizabeth con Jack se habría considerado poco profesional, y donde, sospechaba Jack, la insistencia de la doctora García en el orden

cronológico como terapia probablemente también se habría considerado «poco profesional». Pero estaba dando resultado, ¿o no?

Había un bloc de recetas en la mesa de la doctora García. Jack pensó en lo que quería decirle, y en si tendría espacio suficiente en una receta para escribirlo. Decidió que bastaría si escribía con letra pequeña.

«Querida doctora García:

»Me voy a Edimburgo para reunirme con mi hermana, quizá también con mi padre. Se lo contaré todo por orden cronológico cuando regrese.

»Siento lo de su marido.

»Jack».

A continuación salió de la consulta. En la sala de espera, una niñera leía un cuento a un niño de cuatro o cinco años. (En un mundo con una organización laxa, Jack había aprendido a no preguntar por qué las jóvenes madres no dejaban a sus hijos en casa con sus niñeras). La niñera alzó la vista y miró a Jack cuando salió de la consulta de la doctora García, pero el niño no se molestó en mirarlo. En un pequeño sofá, una de las jóvenes madres yacía en posición fetal de espaldas a la sala de estar. Jack no la oía llorar, pero vio cómo sacudía los hombros.

—He dejado una nota a la doctora García; está en su mesa —dijo a Elizabeth.

—¿Quiere que le diga algo más? O sea, además de la nota —dijo Elizabeth.

—Dígale que hoy no necesito verla —contestó él—. Dígale que se me veía feliz.

—Bueno, eso es mucho decir. ¿Y si lo dejamos en «más feliz que de costumbre»? —propuso Elizabeth.

—Me parece bien —dijo él.

—Cuídese, Jack. No se vuelva loco ni nada por el estilo.



## 37 - Edimburgo

Jack tenía treinta y ocho años; su hermana, Heather, tenía veintiocho. ¿Cómo se presenta uno a alguien a quien debería haber conocido de casi toda la vida? En el caso de Jack, optó por demorar el momento. Llegó a Edimburgo un día antes de la fecha anunciada a Heather. Tenía que ocuparse del asunto de su madre. Era su padre quien había unido a Jack y a Heather. Jack deseaba mantener a Heather al margen de la historia de su madre en Edimburgo.

El portero del hotel Balmoral, un fornido joven con *kilt*, fue el primero en preguntar a Jack si visitaba la ciudad por «el festival», pregunta que le harían reiteradamente.

Jack ocupaba una *suite* en la esquina que daba a Princess Street. (Tenía vistas a unas camas elásticas de feria de aspecto caótico). Princess Street era un hervidero de peatones: personas con bolsas de las tiendas, turistas plegando y desplegando planos. Con la ayuda del conserje, Jack alquiló un coche con conductor que lo llevó a Leith, el antiguo territorio de Alice. Esa zona estaba menos concurrida; por lo visto, no para todo el mundo era la parte preferida de la ciudad.

El chófer llevaba demasiado suelta la dentadura postiza. Se llamaba Rory y, al hablar, le castañeteaban los dientes.

Jack quería ver St. Thomas, donde Alice había cantado en el coro, inocentemente, antes de conocer a William en la iglesia parroquial de South Leith. St. Thomas ya no existía, pero Rory, que había nacido en Leith, recordaba su ubicación y sabía en qué se había convertido. Desde hacía más de veinte años, St. Thomas era un templo sij. La vista de lo que en otro tiempo fue el hospital de Leith, que había deprimido a Alice hasta el punto de impulsarla a dejar St. Thomas por otra iglesia, era aún deprimente. El antiguo hospital, explicó Rory a Jack, era en la actualidad un dispensario. Las partes no utilizadas presentaban un estado de abandono y franco deterioro; la mitad de las ventanas de la planta baja tenían los cristales rotos.

Jack sabía qué habría dicho la doctora García de haberse hallado con Rory y él en ese momento. «Si St. Thomas ha desaparecido, si toda una iglesia puede desprenderse del pasado, ¿por qué no se desprende usted también, Jack?».

La iglesia parroquial de South Leith, donde Alice cantó para William por primera vez, a Jack le causó una impresión más compleja. La alta tapia a lo largo de Constitution Street, cuya finalidad era impedir el acceso de la gente al popular camposanto, se yuxtaponía a una lápida derribada. En ella se leía: AQUÍ YACEN LOS RESTOS DE ROBERT CALDCLEUGH. La fecha, difícil de leer, era de 1482. Entre las lápidas, Jack vio que el entierro más reciente era de 1972.

Jack no habría deseado que lo enterrasen allí. Si uno yacía en ese camposanto, de cara al sur, miraría hacia un horrendo rascacielos de diecisiete plantas durante el resto de su muerte.

En cuanto a la zona de Leith Walk donde antaño un puente de ferrocarril comunicaba Manderston Street con Jane Street —el estudio de tatuaje de Bill de Aberdeen, Persevera, se encontraba situado bajo el estruendo de los trenes—, no había o apenas había indicio de las «viejas casas de vecindad» que Alice había descrito a Jack. (En su infancia, allí había básicamente tiendas pequeñas con apartamentos encima, «que cumplían los requisitos mínimos en lo referente a confort y seguridad», o eso decía ella). Pero solo quedaban los arcos del ferrocarril, y estos se usaban como garajes para coches; entre ellos destacaba un taller de reparación de Volkswagen.

Allí había bloques de pisos más nuevos que los ruinosos edificios de finales del siglo XIX predominantes en Leith Walk; no las «viejas casas de vecindad» que Alice calificaba de deplorables, sino viviendas de protección oficial para los ancianos. Construidas a finales de los años setenta, según Rory, «para viudas y viudos».

Jack no encontró el cine, según su madre «a tiro de piedra de Persevera». Pero Rory sí recordaba dónde había estado el cine del barrio; en ese momento un bingo llamado La Meca.

En Leith Walk había por todas partes comercios abiertos las veinticuatro horas, que Rory llamaba «tiendas de esquina». Aunque Leith Walk parecía en esencia una calle residencial, había tabernas y establecimientos que servían comida para llevar, amén de los omnipresentes videoclubes. Daba la impresión de que allí vivía gente joven, sobre todo asiáticos.

En una ocasión, Alice le habló de la emoción que sintió, de niña, al ver por primera vez la estación central de Leith, pero la antigua estación se había convertido en el Central Bar, donde la hermana de Jack tocaba la flauta de madera. Rory explicó que aquello había sido un local de *striptease* hasta finales de los años setenta o principios de los ochenta. Cuando Jack echó un vistazo al interior del Central, era primera hora de la tarde; no había *striptease*. En la gramola sonaba *My Way* de Frank Sinatra. El humo desdibujaba las paredes alicatadas y los largos espejos y ocultaba en parte el alto techo Victoriano, profusamente decorado.

En una esquina del cruce de Constitution Street y Bernard Street había un banco y lo que parecía la agencia de una compañía marítima. Jack y Rory cruzaron el río, el Water of Leith, por un puente y entraron en Dock Place. Jack recordó la canción que cantaba su madre, aunque solo cuando estaba borracha o colocada, la canción que le había oído cantar por primera vez en Amsterdam. No ser nunca una puta, había pensado él entonces, era el mantra de su madre.

*Nunca seré una zorra,*

*ni una araña*

*ni una lagarta.*

*Solo hay un sitio peor que Dock Place,*

*y es la cárcel del puerto de Leith.*

*No, nunca seré una zorra,  
y de una cosa estoy convencida:  
no acabaré en Dock Place  
y nunca seré una perdida.*

Jack necesitaba practicar su acento escocés, pero aun así cantó la canción a Rory, y este dijo que nunca la había oído; en cuanto a Dock Place, no parecía un sitio tan malo donde acabar, no para Jack, ya no. (Las «perdidas», si alguna vez estuvieron allí, se habían trasladado).

Rory llevó a Jack de regreso al Balmoral, donde hizo una siesta ya entrada la tarde. Durmió solo dos o tres horas, pero le bastaron para sacudirse el *jet lag*. Después de la cena en el hotel, salió a Princess Street y pidió al portero que le recomendase una buena taberna en Leith. Jack no quería beber, pero le apetecía tomar una cerveza en el indescriptible ambiente del barrio natal de su madre. (Quizá fingía ser su abuelo Bill de Aberdeen).

El portero le recomendó dos sitios; ambos se hallaban en Constitution Street, muy cerca el uno del otro. Jack tomó un taxi y pidió al taxista que esperase; estaba seguro de que no tardaría. El Port o' Leith, el primero que visitó, era pequeño y estaba atestado; era un bar de clientela muy variopinta. Se encontraban los inconfundibles parroquianos —gente del barrio, viejos incondicionales— y había también marineros procedentes de la zona portuaria y jóvenes estudiantes tomando su primera copa. (La edad legal era dieciocho años, que aparentemente quería decir dieciséis, o esa impresión le dio a Jack).

El techo era un mosaico de banderas; de las paredes colgaban cintas de gorras de marino y salvavidas de barcos. En el espejo había colgada una pancarta donde se leía CONSERVEMOS LEITH. La camarera explicó a Jack que era una consigna política, en respuesta al proyecto mal acogido de poner a Leith el nuevo nombre de «Edimburgo Norte».

Jack declinó el ofrecimiento de que probara los tentempiés del bar —entre ellos, algo llamado «chicharrones», y tomó una cerveza negra de avena escocesa.

Más adelante en Constitution Street se hallaba el Nobles Bar, una taberna victoriana enorme y tenebrosa; estaba tan vacío como atestado el Port o' Leith, pero el Nobles, incluso con la muchedumbre del Port o' Leith, habría parecido vacío en comparación. En el bar no había ninguna mujer, y los hombres, de aspecto desdichado —ojos bizcos, pieles amarillentas, narices de toda clase— no pasaban de media docena. Jack dudó entre pedir una Newcastle Brown Ale y algo llamado Black Douglas; en realidad daba igual, pues sabía que no se terminaría ninguna de las dos. Jack Burns no recordaba la última vez que había estado en un bar y no lo había reconocido nadie; en ese momento, en la misma noche, había estado en dos.

De vuelta en el Balmoral, Jack tomó un agua mineral en el bar, donde sonaba *Lay, Lady, Lay* de Bob Dylan. La vieja canción, que antes le gustaba, lo pilló

desprevenido. Había estado despidiéndose de su madre sin sospechar que nada en Edimburgo, la ciudad donde ella nació, la resucitaría con la misma intensidad con que siempre era capaz de hacerlo Bob Dylan.

—¿Ha venido por el festival, señor Burns? —preguntó el camarero.

—La verdad es que mi madre nació aquí —dijo al hombre—. Acabo de pasar un rato en su antiguo barrio, Leith. Y mi hermana vive aquí. Voy a verla mañana. —Jack no dijo: «¡Por primera vez!».

Había quedado con Heather a la mañana siguiente en una cafetería de Nicolson Square llamada Elephants and Bagels. Estaba a menos de diez minutos a pie de su hotel, y muy cerca del despacho de ella en la universidad. Las oficinas y las aulas de ensayo de la Facultad de Música estaban en Alison House, en Nicolson Square.

Jack recorrió el Puente Norte, por encima de los apartaderos de British Rail. Pasó frente al gran edificio de cristal de Nicolson Street, el Festival Theatre, y dobló a la derecha en Nicolson Square. Llegó antes de la hora, como de costumbre. En el Elephants and Bagels, Jack se sentó a una mesa cerca de la puerta y pidió una taza de café. Un anuncio de la cafetería rezaba: LA MEJOR CURA DE EDIMBURGO PARA LA RESACA.

Las paredes eran de color amarillo vivo. Había plantas en las ventanas y una vitrina llena de estatuillas de elefantes: elefantes de piedra labrada, madera pintada, cerámica y porcelana. Una gran columna redonda estaba cubierta de dibujos de niños: pájaros, árboles, más elefantes. En la cafetería se respiraba el ambiente docente y sin embargo lúdico propio del aula de un parvulario.

Cuando Heather entró, Jack no advirtió inicialmente que se parecía a él. Tenía el pelo rubio y corto, como su madre alemana, pero los ojos castaños y las facciones angulosas eran los mismos de Jack, o de William, y los dos eran esbeltos y compactos, tan menudos y en forma como un *jockey*. Llevaba unas gafas de concha con forma almendrada; era tan miope como lo había sido su madre, explicó, pero se negaba a usar lentillas. Le desagradaba la sensación de tener algo en los ojos. Esperaba a ser un poco mayor para probar la nueva cirugía con láser. (Todo eso le contó a Jack antes de sentarse).

Se habían dado la mano, no un beso. Ella pidió té, no café.

—Te pareces a él —comentó ella—. Quiero decir que te pareces menos a Jack Burns de lo que yo pensaba, y más a nuestro padre.

—Estoy impaciente por verlo —dijo él.

—Pues ten paciencia —dijo ella.

—Era solo una forma de expresarlo —explicó Jack. Los dos estaban nerviosos.

Ella habló de sus cinco compañeras de piso. Pronto se mudaría con otra chica. Dos de sus compañeras dirigían un consultorio para dejar de fumar; eran vegetarianas estrictas convencidas de que todo objeto puntiagudo atraía energía negativa. Heather

había plantado un pequeño jardín de cactus en la cocina, pero tuvo que quitarlo: «demasiados pinchos». Las vegetarianas también habían suplicado al administrador de la finca que retirase la veleta de lo alto del edificio. «¡Mi hermana vive con chifladas!», pensaba Jack.

Jack explicó que iba a vender su casa de Santa Mónica pero no tenía la menor idea de dónde quería vivir.

Heather sabía que estaba registrado en el Balmoral como Harry Mocco; se preguntaba por qué. Él quiso saber de qué daba clases ella en la universidad. (Tenía a su cargo cinco cursos: clases de música teórica e histórica, la mayor parte para principiantes, y digitación).

—¡En nuestra facultad solo hay viejos! —comentó Heather con tono afable.

Jack pensó que su hermana era una chica guapa con gafas; con un aire de superioridad o distanciamiento académico. Usaba poco o ningún maquillaje, pero llevaba una atractiva falda de hilo con una camiseta ajustada y unos zapatos cómodos para pasear.

Jack le pidió que le enseñase dónde trabajaba y dónde vivía. Heather movía los dedos sin cesar mientras caminaban, como si inconscientemente tocase un piano o un órgano.

Las aulas de ensayo del sótano de Alison House parecían las celdas de una cárcel. Eran cubículos pequeños y mal ventilados; las paredes eran de un verde guisante sucio y un espantoso linóleo de color naranja cubría los suelos. La iluminación, que era aceptable, procedía de un tipo de fluorescente que, según Heather, era malo para la salud mental.

Jack pensó que las palabras «salud mental» quizá desviasen la conversación hacia su padre, pero Jack y Heather experimentaban el equivalente a una primera cita. (Necesitaban pasar por un sinfín de trivialidades antes de que saliesen a la luz cuestiones más serias).

El aula de Alison House era más agradable que las de ensayo. Las grandes ventanas permitían la entrada de mucha luz natural, aunque la vista era escasa: un viejo edificio de piedra. En el aula había dos pianos y un órgano pequeño, pero cuando Jack pidió a Heather que le tocase algo, ella se limitó a negar con la cabeza y a guiarlo hasta una escalera estrecha y tortuosa que conducía a su despacho. Jack tuvo la sensación de que ella quería que la precediese escalera arriba.

—¿Podemos hablar de él? —preguntó Jack—. Quizá podríamos empezar por la artritis, si es más fácil hablar de esa parte.

Heather fijó la mirada en la moqueta azul del despacho, mientras sus dedos parecían buscar las teclas correctas de un teclado que solo ella veía; se tiró de la falda. Las paredes de color crema presentaban una superficie desigual, enmasillada. Había dos mesas, la más grande con un ordenador, la pequeña con un diccionario de alemán. Probablemente el estéreo valía más que el resto de lo que había en el despacho, incluido el pequeño piano; en los estantes, los discos superaban en número

a los libros, y había un tablón de anuncios con una fotografía en sepia de Brahms clavada. También había una postal prendida del tablón: una foto en color de un pianoforte de aspecto muy antiguo, la clase de objeto que uno encontraría en un museo de historia de la música. Quizá le había enviado la postal un amigo —su novio irlandés, tal vez—, o acaso se la había mandado William, si William era capaz de mandar una postal.

—Quiero conocerte poco a poco —dijo Heather, aún con la mirada fija en la moqueta. Tenía los labios finos de Jack; su labio superior era una línea recta y pequeña.

—Hay poco espacio pero es agradable —dijo Jack refiriéndose al despacho.

—No necesito más espacio; necesito más tiempo —contestó ella—. El verano es una buena época; no hay clases, y puedo dedicarme más a la investigación. Durante el curso, prácticamente solo puedo escribir en Semana Santa.

Jack asintió con la cabeza, y lanzó una mirada a la foto de Brahms, como si Brahms hubiese entendido qué quería decir Heather. (Jack no tenía la menor idea).

Heather apagó las luces del despacho.

—Tú primero —dijo antes de que empezasen a bajar por la escalera. Quizá le resultaba más fácil hablar cuando él no la miraba.

—Papá esconde las manos o se pone guantes a causa de las deformidades. La desfiguración de las articulaciones osteoartísticas se nota mucho; los nudillos no solo se agrandan sino que se convierten en verdaderos bultos. Los llaman nódulos de Heberden.

—¿Dónde tiene los bultos? —preguntó Jack bajando por la escalera delante de ella.

—En el último nudillo de cada dedo, esa articulación entre el hueso del medio y el hueso pequeño de la punta. Pero no tiene las manos tan deformadas como él imagina. El problema es, sobre todo, lo mucho que le duelen las manos cuando toca.

—¿No puede dejar de tocar? —preguntó Jack.

—Si no toca, enloquece por completo —dijo Heather—. También lleva guantes porque tiene frío, claro.

—Algunas personas con tatuajes en todo el cuerpo sienten frío —dijo Jack.

—¡No me digas! —respondió su hermana. (Jack supuso que había heredado el sarcasmo de su madre alemana).

Atravesaron un aparcamiento, pasaron frente a otros edificios universitarios y bajaron por Charles Street hasta George Square. Heather caminaba deprisa; incluso cuando iban el uno al lado del otro se resistía a mirar a Jack al hablar.

—La artritis ha sido un impedimento para tocar desde hace más de quince años —dijo—. La enfermedad acarrea la degeneración del cartílago y lo que llaman hipertrofia: un crecimiento anormal de los huesos de la articulación. En un pianista o en un organista, se da un factor de desgaste. El dolor de la osteoartritis aumenta con la actividad, se alivia con el descanso. Cuanto más toca, más le duele. Pero el dolor le

crea una sensación de calor. —Sonrió al decirlo—. Eso es lo que le gusta del dolor.

—Debe de haber algún tratamiento —dijo Jack.

—Ha probado todos los antiinflamatorios no esteroideos; le estropean el estómago. Es como tú: no come. Tú no comes, ¿verdad?

—Es delgado, ¿a eso te refieres?

—«Delgado» es poco decir —contestó Heather. Habían pasado frente a unas carpas levantadas para el festival y cruzaban los Meadows, un parque amplio con caminos bordeados de cerezos. Una mujer golpeaba una pelota con una raqueta de tenis para que su perro fuera a buscarla.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jack a su hermana.

—Has dicho que querías ver dónde vivo.

Pasaron junto a Bruntsfield Links, un pequeño campo de golf donde un joven (sin pelota de golf) practicaba su *swing*; aquellos campos, explicó Heather a Jack con toda naturalidad, habían sido durante la peste una fosa común abierta.

—Papá toma sulfato de glucosamina, un suplemento; viene mezclado con condroitina, que es cartílago de tiburón. Cree que eso lo ayuda —dijo ella, como dando a entender que ella no lo creía en absoluto—. Y mete las manos en parafina derretida, que mezcla con aceite de oliva. La cera caliente se le seca en las manos. Lo ensucia todo cuando se quita la cera, pero parece que le divierte. Se acomoda bien a su trastorno obsesivo-compulsivo.

—¿Su qué?

—No hablemos de la parte mental, todavía no —dijo su hermana—. También mete las manos en agua helada, tanto tiempo como es capaz de resistir. Eso tiene algo de masoquista en una persona que pasa frío casi siempre, pero la cera caliente y el agua helada dan resultado, o al menos le proporcionan cierto alivio pasajero.

Era un día cálido y ventoso, pero por cómo andaba Heather —la cabeza gacha, los brazos en movimiento y los hombros hacia delante—, habría podido pensarse que avanzaban en medio de un vendaval.

—Cuando era pequeña, papá me decía a diario que te quería tanto a ti como a mí —explicó Heather, aún sin mirar a Jack—. Como nunca llegó a estar contigo, decía que cada minuto que pasaba conmigo me quería el doble. Decía que tenía que quererme por dos personas.

Tocaba con los dedos un teclado de aire imaginario; para Jack era imposible seguir la música en la cabeza de su hermana.

—Yo te odiaba, claro —dijo Heather—. Si tenía que quererme por dos, debido a lo mucho que te echaba a ti de menos, lo interpretaba como que te quería más a ti. Pero eso es propio de niños, ¿no? —De pronto se interrumpió y miró a Jack. Sin aguardar una respuesta, dijo—: Ya hemos llegado: mi calle, el edificio donde vivo. —Cruzó los brazos sobre sus pechos pequeños como si ella y Jack hubiesen discutido.

—Ya no me odias, ¿verdad? —preguntó él.

—Eso es una obra en curso, Jack.

Era una calle concurrida: muchas tiendas pequeñas, bastante tráfico. El edificio era de cinco o seis plantas, con una verja de hierro alrededor y una puerta de vivo color rojo. El vestíbulo tenía azulejos en las paredes, y una escalera de piedra con la barandilla de madera y hierro.

—Tú primero —dijo Heather señalando la escalera.

Jack se preguntó si ella tenía alguna superstición con las escaleras. Subió tres tramos antes de volverse para mirarla.

—Sigue —dijo ella—. Ninguna mujer en su sano juicio querría que Jack Burns la mirase mientras sube o baja por una escalera. Me sentiría tan observada que probablemente tropezaría y caería.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Me preguntaría cómo se me ve en comparación con todas las mujeres hermosas que has visto, desde detrás y desde cualquier sitio —dijo Heather.

—¿Está averiado el ascensor? —preguntó Jack.

—No hay ascensor —dijo ella—. Es una casa de cinco plantas sin ascensor. En Edimburgo hay muchos edificios con techos altos; los techos altos significan largos tramos de escalera.

Los colores del recibidor eran cálidos pero básicos: malva, crema, caoba. El piso tenía los techos altos que Heather había mencionado, y las paredes estaban pintadas de colores intensos; la sala de estar era roja, la cocina amarilla. El único indicio de las cinco compañeras de piso eran los dos fogones y los dos frigoríficos de la cocina. Todo estaba limpio y en orden, como no podía ser de otro modo para hacer tolerable la convivencia con otras cinco personas. Jack no preguntó cuántos cuartos de baño tenía el piso. (No podían ser suficientes para cinco compañeras de piso).

La habitación de Heather —con un escritorio, muchas estanterías y una cama de matrimonio— tenía las paredes de color morado y ventanas enormes con vistas a Bruntsfield Gardens. Los libros eran en su mayor parte narrativa, y —como en su despacho de la universidad— había más discos que libros, así como un equipo estéreo de aspecto imponente. Tenía un aparato de vídeo y un reproductor de DVD, y un televisor orientado hacia la cama. Jack vio algunas de sus propias películas entre los DVD y las cintas en la mesilla de noche.

—Me pongo a verte cuando no puedo dormir —dijo su hermana—. A veces sin sonido.

—¿Por tus compañeras de piso? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

—A ellas les da igual si hay ruido o no —contestó Heather—. Es porque me sé de memoria todas tus frases, y a veces me apetece decirlas.

No había sitio donde sentarse, aparte de la silla del escritorio y la cama. Era básicamente como la habitación de una residencia de estudiantes, solo que más amplia y bonita.

—Puedes sentarte en la cama —dijo Heather—. Prepararé té.



En el escritorio había una fotografía enmarcada de William Burns de joven tocando el órgano con Heather de niña en su regazo. Cuando Jack se sentó en la cama, Heather le entregó un álbum de fotos encuadernado en piel.

—Las fotos se explican por sí solas bastante bien —dijo, y salió de la habitación.

Fue un detalle por parte de ella dejarlo solo; debía de saber que él no había visto muchas fotografías de su padre y que preferiría ver tantas, y tan de repente, a solas.

El álbum era cronológico. Barbara Steiner era menuda y rubia, pero de cara más llena que su hija, y ni mucho menos tan guapa. La belleza de Heather procedía de William. Él había conservado el pelo largo —eso habría complacido a la señorita Wurtz— y había adelgazado con los años. Había muchas más fotografías de él con Heather —de niña y de adolescente— que de Heather con su madre, o de William Burns con Barbara Steiner. Era el álbum de Heather, naturalmente, y ella debía de haber seleccionado las fotos.

Al parecer, le gustaban de forma especial las fotografías de aquellos viajes de padre e hija a estaciones de esquí; postales de Wengen y Lech y Zermatt se intercalaban con fotos de Heather y William con esquís. (Un deporte frío para alguien que tendía a sentir el frío, pensó Jack, pero William Burns parecía a gusto embutido en su ropa de esquiador, o era tan feliz esquiando con su hija que la sensación ahuyentaba el frío).

En ninguna de las fotografías se advertía nada lastimero en la expresión de la madre de Heather, ni habría podido imaginarse que en otro tiempo tuviese una magnífica voz de cantante. Había algo de afectación en su pose —sobre todo en las fotos con peluca—, y después desaparecía sin dejar rastro. Jack pasó una hoja del álbum y Barbara Steiner se esfumó. Supo el momento exacto en que dejó atrás la muerte de Barbara; a partir de ese punto todas las fotografías eran de Heather y su padre, únicamente ellos dos, o uno u otro solo.

En las primeras páginas aparecían folletos de conciertos, pero desde el momento en que Heather aparentaba doce o trece años se acabaron los conciertos para William Burns.

Jack reconoció el interior del Central Bar, donde —además de Heather tocando su flauta de madera— había fotos de William tocando un instrumento parecido a un piano, solo o acompañado por su hija a la flauta. Era una especie de teclado eléctrico —un sintetizador, creía Jack que se llamaba— y a juzgar por la expresión en las caras de William y Heather, Jack dudó que tocasen algo clásico.

Jack sabía por qué su padre parecía ir demasiado vestido en muchas de las fotos, es decir, demasiado abrigado para la época del año. (William tenía frío a menudo, excepto cuando esquiaba). Incluso en esas instantáneas de las vacaciones de verano, cuando William estaba en la playa en bañador, sus tatuajes no eran muy nítidos ni se distinguían unos de otros. Las notas musicales, cuando son demasiado pequeñas para verlas con detalle, parecen caligrafía, sobre todo para alguien como Jack, que no sabía leer partituras.

Jack se avergonzó de haberle dicho a Claudia que nunca querría tener hijos; «No hasta el día que descubra que mi padre ha sido un padre afectuoso con un hijo, o varios, y no lo haya abandonado», así era tal como lo había expresado.

Pues bien, Jack tenía en el regazo la prueba de que así había sido: el álbum fotográfico era un registro del amor de ella por su padre y del amor de William por ella. Jack había acabado de ver el álbum, y se había serenado lo suficiente para contemplar las fotos una segunda vez, cuando Heather regresó a la habitación con el té. Se sentó junto a él en la cama.

—En algunos sitios has quitado las fotos o se han caído del álbum —dijo él.

—Exnovios. Las he quitado yo —contestó ella.

Jack no había visto a nadie que pudiese ser el novio irlandés; tuvo la impresión de que el novio no era ni mucho menos el amor de su vida, pero no preguntó.

Volvió a las fotos de Heather y William Burns tocando sus instrumentos en el Central.

—Ayer estuve allí para echar un vistazo al sitio donde tocas la flauta —dijo él.

—Ya lo sé. Te vio un amigo mío. ¿Cómo es que no me pediste que te acompañase?

—Estaba visitando Leith, sobre todo lugares que recordaba haber oído mencionar a mi madre —explicó Jack.

Volvió a las páginas finales del álbum, donde su padre aparecía con guantes.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jack—. Me refiero a la parte mental, no a la artritis.

Heather ladeó la cabeza y la apoyó en el hombro de Jack. Él le cogió la mano, sosteniendo la taza de té con la otra. El álbum permanecía abierto en su regazo, desde donde los miraba el hombre que tanto se parecía a Heather y a Jack.

—Quiero que oigas el Padre Willis en Old St. Paul —dijo Heather—. Quiero tocar algo para ti, solo para prepararte.

Continuaron sentados juntos; Jack tomó un sorbo de té. Para Heather, que tenía la cabeza apoyada en el hombro de él, habría sido incómodo beber el suyo.

—¿No quieres tomarte el té? —preguntó él.

—Quiero hacer exactamente lo que estoy haciendo —respondió Heather—. No quiero apartar nunca la cabeza de tu hombro. Quiero abrazarte y besarte, y darte de puñetazos en la cara. Quiero contarte todo lo malo que me ha ocurrido, en especial aquello de lo que habría deseado poder hablarte cuando ocurrió. Quiero describirte a todos los novios de los que podrías haberme salvado.

—Puedes hacerlo —dijo Jack.

—De momento me conformo con esto —contestó ella—. Tú quieres que las cosas pasen demasiado deprisa.

—¿Con qué se muestra obsesivo-compulsivo? —preguntó Jack.

Ella le apretó la mano y movió la cabeza en un gesto de negación contra su hombro. Antes tenía que hablarle del piso donde había vivido William, donde había crecido ella, en Marchmont.

—Es una zona de estudiantes, muy amplia, pero allí también viven algunos profesores —explicó Heather. Habría sido perfecto quedarse allí, pero ella había tenido que vender el piso y buscar otro más barato.

—¿Para pagar el sanatorio? —preguntó él. Heather asintió con la cabeza contra su hombro. La mayor parte de sus enseres, y todos los de William, estaban en un guardamuebles—. ¿Y si yo te compro un piso? —dijo Jack.

Ella apartó la cabeza de su hombro y lo miró.

—No puedes comprarme —dijo ella—. En realidad sí puedes, supongo. Pero no estaría bien. No quiero que lo hagas todo por mí; basta con que me ayudes con él.

—Lo haré, pero no me has dicho qué debo hacer —respondió Jack.

Ella tomó un sorbo de té. No le había soltado la mano, que atrajo hacia su regazo y examinó más detenidamente.

—Tienes las mismas manos pequeñas que él, pero los dedos más cortos. Tú no tienes manos de organista —dijo ella. Extendió sus dedos sobre los de Jack, palma con palma; los de ella eran más largos—. Tiene tatuado hasta el último centímetro del cuerpo —empezó ella, mirando todavía las manos de ambos juntas—. Incluso los empeines, incluso los dedos de los pies.

—¿Incluso las manos? —preguntó Jack.

—No, las manos no, ni la cara ni el cuello, tampoco el pene —contestó ella.

—¿Le has visto el pene, o te ha dicho él que no lo tiene tatuado? —preguntó Jack.

—Te sorprendería saber cuánta gente le ha visto el pene a papá —respondió Heather con una sonrisa—. Seguro que también tú se lo verás; es inevitable.

Le había preparado a Jack un álbum de fotos más pequeño; era más o menos del tamaño de un libro de bolsillo, e incluía copias de algunas fotos del álbum mayor o esos mismos momentos desde ángulos un poco distintos. El álbum más pequeño no contenía fotografías de su madre, sino solo de Heather y de William. Jack y Heather permanecieron allí sentados mirando las fotografías y tomando el té.

—Podría aprender a esquiar —comentó Jack—. Así esquiaríamos todos juntos.

—Así esquiarías conmigo, Jack. Para papá, el esquí se acabó.

—¿Ya no puede esquiar?

—Lo primero que pensarás al verlo es que no le pasa nada, que es solo un poco excéntrico o algo así —explicó su hermana. Se quitó las gafas y acercó tanto su cara a la de Jack que sus narices se rozaron—. Sin gafas, tengo que estar así de cerca para verte con claridad —dijo Heather. Se apartó lentamente de él, pero solo doce o quince centímetros—. Más o menos aquí te veo borroso —dijo ella, y volvió a ponerse las gafas—. Mira, cuando lo conozcas, te hará creer que podrías llevártelo a Los Ángeles, donde los dos os lo pasaríais en grande juntos. Pensarás que soy cruel o estúpida por mandarlo allí, pero necesita que cuiden de él y allí saben hacerlo. No creas que tú puedes cuidar de él. Si yo no puedo cuidar de él, y no puedo, tampoco tú puedes cuidar de él. Quizás al principio no te lo parezca, pero está donde le conviene.

—De acuerdo —dijo Jack. Le quitó las gafas y acercó su cara a la de ella, hasta

que sus narices se rozaron—. Sigue mirándome —añadió—. Te creo.

—He visto primeros planos tuyos durante media vida —dijo ella sonriente.

—Yo no me canso de mirarte, Heather.

Ella se peinó el pelo con los dedos y se limpió los labios con el dorso de la otra mano. Jack reconoció el gesto. Era así como se había quitado la peluca y limpiado el carmín de color malva de los labios con el dorso del guante de esquiador en *Mi última autoestopista*. En una imitación casi perfecta de la voz de Jack, Heather dijo:

—«Seguro que pensabais que era una chica, ¿no?».

—Muy bien —comentó él, mirando sus ojos castaños.

—«No es un sitio muy seguro para detenerse» —dijo Heather tal como él lo había dicho en *Mi última autoestopista*—. «Disculpad las molestias, pero si me hago pasar por chica, es más fácil que alguien pare» —prosiguió—. «Procuro no pagarme yo la cena», —dijo Heather, y se encogió de hombros; también calcó ese gesto de Jack.

—¿Y Melody en *El guía*? —preguntó él.

Heather se aclaró la garganta.

—«Es un trabajo que vale la pena... perder» —dijo ella a la perfección.

—¿Y Johnny en el papel de buscona en *Normales y correctos*? —(«Eso no puede hacerlo ninguna chica», pensaba Jack).

—«A ver si te enteras» —declamó su hermana con aquella voz ronca de buscona—. «Lester Billings se ha marchado. Me temo que ha dejado la habitación hecha un asco».

—Vuelve a ponerte las gafas —dijo Jack, y se levantó de la cama. Fue al armario de Heather y abrió la puerta. Jack sacó una blusa de color rosa salmón y, manteniéndola en alto sujeta por la percha, se la colocó ante el pecho.

—«Vaya, estoy seguro de que esto te queda de maravilla» —dijo Heather, tal como se lo había dicho Jack en el papel de ladrón a Jessica Lee.

Colgó la blusa en el armario, y fueron a la cocina, donde lavaron y secaron las tazas y las guardaron en la alacena. Para alguien como Jack, la idea de tener cinco compañeros de piso era inconcebible.

—Debe de ser como vivir en un barco —dijo a Heather.

—Pronto me mudaré —dijo ella, y se echó a reír.

Volvieron por donde habían llegado, a través de los Meadows. Jack llevaba el pequeño álbum de fotos en una mano, pese a que Heather se había ofrecido a llevárselo en la mochila.

Poco antes de llegar a George Square vieron a un anciano de cabellos blancos como la nieve que tocaba la guitarra y silbaba. Siempre estaba allí, todos los días, le explicó Heather a Jack, incluso en invierno. A menudo el anciano estaba allí a las ocho de la mañana y se quedaba todo el día.

—¿Está loco? —preguntó Jack.

—«Loco» es un término relativo —dijo su hermana.

Heather habló del *squash*, deporte que por lo visto se tomaba muy a pecho. (La

Facultad de Música tenía un equipo de *squash*, y ella era una de las mejores jugadoras). Asimismo comentó algo acerca de «una plaga de gaviotas urbanas».

—¿Gaviotas urbanas? —repitió Jack.

—Están por todo Edimburgo; atacaron a un hombre y lo hirieron tan gravemente que tuvo que ingresar en un hospital.

Fueron por el Puente Sur hasta el cruce con la Milla Real. Sin darse cuenta, Jack miró en dirección equivocada, pero cuando empezaron a cruzar la calle, Heather lo agarró de la mano y le habló con aspereza.

—Mira a la derecha, Jack. No quiero perderte.

—Tampoco yo quiero perderte a ti —dijo él.

—Al cruzar la calle, quiero decir —aclaró ella.

Jack dudaba que hubiese sido capaz de encontrar Oíd St. Paul sin un plano e indicaciones detalladas. La iglesia estaba construida en una empinada cuesta entre la Milla Real y Jeffrey Street, donde se hallaba la entrada principal. Había una entrada lateral en Carrubers Close, un estrecho callejón, y un callejón aún más estrecho llamado North Grays Close, donde no había entrada a la iglesia.

Jack empezó a contar a Heather la anécdota que le había contado a él su madre. Una noche, poco antes de las doce, William tocaba el órgano en Old St. Paul —durante un «maratón de órgano», como había dado en llamarse, un concierto de veinticuatro horas con un organista distinto cada hora o cada media hora—, y al tocar había despertado a un borracho dormido en uno de los estrechos callejones contiguos a la iglesia. El malhablado pordiosero se había quejado del sonido del órgano.

Jack solo había llegado a contar hasta ahí cuando Heather lo interrumpió:

—Conozco la anécdota. El borracho dijo algo así como «ese jaleo, joder..., ese puto órgano de mierda arma un escándalo que despertaría a los putos muertos». ¿No es esta la anécdota?

—Sí, algo así —contestó Jack.

—Te tocaré esa pieza —dijo Heather—. Desde fuera de la iglesia apenas se oye. O la anécdota es una exageración, o el borracho estaba dormido en un banco. Ni siquiera la *Toccata* de Boellmann despertaría a un borracho en Carrubers o en North Grays Close.

Si bien la puerta lateral de Old St. Paul, en Carrubers Close, se encontraba cerrada con llave, la entrada principal de Jeffrey Street estaba abierta. En la iglesia no había nadie, pero los candiles junto al altar estaban encendidos. Siempre estaban encendidos, le dijo Heather a Jack, incluso cuando ella tocaba el órgano ya muy entrada la noche.

—Esto da un poco de miedo por la noche —confesó ella—. Pero hay que ensayar a oscuras.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Muchas cosas interesantes empiezan de noche —explicó su hermana—. El oficio de la vigilia de Pascua, por ejemplo. Se puede aprender a tocar en la oscuridad,

siempre y cuando se haya memorizado la partitura.

Desde la nave de la iglesia, mirando al altar mayor, los tubos del órgano se alzaban casi hasta los vitrales. La iglesia no era inmensa, sino oscura e íntima. Uno no percibía qué época del año era en el exterior, y —excepto por la luz mortecina que penetraba a través de los vitrales y de las puertas— tampoco se percibía si era de día o de noche.

Heather vio que Jack miraba la inscripción en latín del altar. Como el señor Ramsey había observado, Jack pasaba apuros con el latín.

VENITE  
EXULTEMUS  
DOMINO

—«Venid a ensalzar al Señor» —dijo su hermana.

—Ah, sí —dijo él.

—Ya te acostumbrarás —aseguró ella.

Heather se santiguó ante el altar y se desprendió de la mochila. Jack se sentó a su lado en un extremo de la banqueta.

—Luego te tocaré algo más suave —dijo Heather—, pero la *Toccata* de Boellmann no es en principio pausada. Y cuando se la oigas tocar a él, sonará más fuerte. Es una iglesia distinta —susurró ella moviendo la cabeza en un gesto de negación.

Jack no estaba preparado para el modo en que las manos de Heather brincaron sobre el teclado, y ella se transformó. Era la pieza de música más sonora y estridente que había oído jamás dentro de una iglesia. A medida que sonaban los nuevos acordes, los acordes previos seguían reverberando; la banqueta del órgano temblaba debajo de ellos. Era la banda sonora de una película de vampiros: una escena de persecución gótica.

—¡Dios mío! —exclamó Jack olvidándose de que estaba en una iglesia.

—Esa es la idea —dijo Heather; había dejado de tocar, pero Old St. Paul aún reverberaba—. Ahora vete afuera y dime si lo oyes.

Empezó otra vez con Boellmann; a Jack se le aceleró el corazón al oírlo.

Jack salió por la puerta de Jeffrey Street y recorrió North Gray's Close en dirección a la Milla Real. El callejón estaba sucio y olía a orina y a cerveza; había cristales rotos allí donde habían estampado botellas contra la iglesia, y paquetes de tabaco vacíos y envoltorios de chicle esparcidos por el suelo. A medio callejón, Jack apretó el oído contra la pared de piedra de la iglesia; apenas oía a Boellmann, lo justo para seguir la melodía.

En la Milla Real no se oía el órgano ni por asomo —probablemente debido al tráfico o a los otros ruidos de la calle—, y en Carrubers Close el aire acondicionado de un restaurante o el extractor de una cocina resonaba demasiado en el callejón para

que pudiera seguirse la *Toccata*. El órgano era un murmullo lejano e intermitente. Sin embargo, cuando Jack regresó al interior de Old St. Paul, el sonido del Padre Willis era ensordecedor. Su hermana lo tocaba con toda el alma.

Como Heather había dicho, la anécdota del borracho era una exageración, o bien el pordiosero debía de estar dormido en un banco cuando la música de Boellmann se abalanzó sobre él. La parte más importante de la anécdota, decidió Heather, era que William Burns había tocado la *Toccata* a tal volumen que dentro de la iglesia *todos* —incluidos Alice y el organista que aguardaba su turno para tocar— se vieron obligados a escapar de la nave y a quedarse fuera bajo la lluvia.

—Fue uno de los momentos bipolares de papá —dijo a Jack su hermana—. Me parece que eso es lo esencial de la anécdota. Echó a tu madre afuera, bajo la lluvia, por así decirlo, ¿no?

—¿Es bipolar? —preguntó Jack.

—No, es obsesivo-compulsivo —contestó Heather—. Pero tiene momentos bipolares. ¿Tú no, Jack?

—Supongo que sí —respondió él.

En ese momento, Heather tocaba con mayor suavidad; había dejado a Boellmann.

—Esto es de un aria del *Salomón* de Handel —explicó ella, con la misma suavidad con que tocaba.

—¿Tú también tienes momentos bipolares? —preguntó Jack.

—El deseo de no apartarme nunca de tu lado, el deseo de no verte nunca más —dijo su hermana—. El deseo de ver tu cara dormida en la almohada junto a mi cara, y de ver tus ojos al abrirse por la mañana mientras yo estoy tendida a tu lado, solo mirándote, esperando a que despiertes. No hablo de sexo.

—Ya lo sé —admitió él.

—El deseo de vivir contigo, de no volver a separarme nunca de ti —prosiguió Heather.

—Lo entiendo —dijo él.

—El deseo constante de no haber conocido nunca tu existencia, y de que nuestro padre no me hubiese contado jamás que tenía un hermano, esto sumado al deseo de no ver otra película de Jack Burns, y de que todas las escenas de todas las películas en que tú actúas, que me he grabado en la memoria, desaparezcan de mi cabeza como si las películas nunca se hubiesen hecho.

No había dejado de tocar, pero había avivado el ritmo. El volumen también iba subiendo; Heather casi vociferaba para hacerse oír por encima de las reverberaciones.

—Solo tenemos que pasar más tiempo juntos —dijo Jack.

Heather descargó ambas manos a la vez sobre el teclado, que produjo un sonido áspero y discordante. Se deslizó hacia su hermano en la banqueta del órgano y, echándole los brazos al cuello, lo estrechó contra sí.

—Si lo ves una vez, tendrás que seguir viéndolo, Jack. No puedes aparecer de pronto en su vida y luego volver a marcharte. Te quiere —comentó Heather—. Si tú

le devuelves ese amor, yo también te querré a ti. Si no puedes soportar estar con él, te despreciaré siempre.

—Eso queda muy claro —dijo él.

Heather se apartó de él con tal vehemencia que Jack pensó que iba a pegarle.

—Si no eres Billy Rainbow, no me recites sus frases —replicó.

—De acuerdo —dijo él y le tendió los brazos. Cuando le permitió abrazarla, la besó en la mejilla.

—No, así no; no es así como se besa a una hermana —dijo Heather—. Deberías besarme en los labios, pero no como besarías a una chica, no con los labios separados. Así —dijo ella, y lo besó; sus labios secos rozaron los de Jack, ambos con los labios apretados.

¿Quién habría pensado que a Jack Burns podría gustarle besar a alguien de manera tan casta? Pero tenía treinta y ocho años y nunca había besado a una hermana.

Pasaron la noche juntos en la *suite* de Jack en el Balmoral. Pidieron la cena al servicio de habitaciones y vieron una mala película por televisión. En la mochila, Heather llevaba el cepillo de dientes y una camiseta de talla grande, que usó a modo de camisón, y una muda para la mañana siguiente. Madrugarían, había advertido a Jack. Lo tenía todo planeado, incluso la recreación de lo que había descrito a Jack en Old St. Paul: el deseo de ver la cara de Jack dormida en la almohada junto a la suya, y de ver sus ojos al abrirse por la mañana mientras ella estaba tendida a su lado, solo mirándolo, esperando a que despertase.

Heather dijo a Jack que el novio irlandés no era nadie especial; el amor de su vida, hasta la fecha, había sido uno de sus profesores en Belfast. Ella sabía que estaba casado, pero él le dijo que dejaría a su mujer; en cambio, dejó a Heather.

Jack habló a su hermana de la señora Machado, y de la señora Adkins, y de Leah Rosen, y de la señora Stackpole. (Fueron las primeras bajas, y las primeras que lo marcaron y lo empujaron a sentirse desengañado de sí mismo). Habló a Heather de Emma y de la señora Oastler, y de Claudia y de su hija, y de todas las demás. Incluso de aquella chiflada de Benedict Canyon, la que enloquecía a causa de los gritos y lamentos de las víctimas de los asesinatos de Manson siempre que soplaban los vientos de Santa Ana.

Heather contó a Jack que había perdido la virginidad con uno de los alumnos de William, un chico que estudiaba en la universidad cuando ella estaba aún en secundaria: «Los dos teníamos un nivel de digitación comparable en aquella época, pero ahora yo soy mucho mejor que él».

Jack contó a Heather que, durante los cinco últimos años, la doctora García había sido la mujer más importante de su vida.

Heather dijo que dedicaba tanto tiempo a mejorar su alemán como a tocar el órgano, o el piano, o la flauta de madera. Con su madre hablaba un alemán infantil y



al principio había estudiado alemán porque le interesaba Brahms; en ese momento tenía una razón más para aprender el idioma. Si daba clases en Edimburgo durante otros dos o tres años, su trayectoria docente enriquecería su currículum. Como aprendiz de John Kitchen en Old St. Paul, ya era mejor organista; al cabo de dos o tres años, si hablaba bien alemán, podría trasladarse a Zúrich y buscar trabajo allí.

—¿Por qué a Zúrich? —preguntó Jack.

—Bueno, allí hay una universidad, y un conservatorio, y un desproporcionado número de iglesias para una ciudad tan pequeña; en otras palabras, muchos órganos. Y así podría visitar a papá a diario en lugar de verlo una vez al mes o cada seis semanas.

—¿Está en Zúrich?

—Nunca he dicho que estuviese en Edimburgo, Jack. Solo dije que antes tenías que verme a mí.

Jack se acodó en la cama y miró el rostro de su hermana sobre la almohada; le sonreía, el cabello dorado remetido detrás de las pequeñas orejas, la frente despejada. Ahuecó una mano en torno a la nuca de Jack y atrajo su rostro hacia el de ella. Jack había olvidado que ella no podía estar más que a unos centímetros de su cara, al menos si quería verlo bien sin gafas.

—¿Nos vamos a Zúrich, pues? —preguntó él.

—Este viaje lo harás solo —contestó Hether—. La primera vez debes verlo tú solo.

—¿Cómo puedes permitirte ir a Zúrich una vez al mes o cada seis semanas? —preguntó él—. Deberías dejar que lo pagara yo.

—El sanatorio cuesta trescientos cincuenta mil francos suizos al año, que equivale a doscientos doce mil dólares, para tenerlo en la sección privada de la clínica. Si tú pagas eso, yo puedo pagarme los viajes. —Lo obligó a bajar la cabeza y apoyarla en la almohada junto a ella—. Si quieres comprarme un piso, ¿por qué no compras algo con espacio para los dos en Zúrich? —sugirió—. Nací en Edimburgo. Aquí no necesito tu ayuda.

—¡Compraré una casa en Zúrich! —exclamó Jack.

—Quieres que todo ocurra demasiado deprisa —le recordó ella.

Jack no sabía cuándo había dormido ella, ni si había dormido. Al despertar, Heather lo miraba, sus grandes ojos castaños cerca de él, su pequeña nariz casi tocándole la cara.

—Tienes cuatro canas —dijo ella.

—Déjame ver si tú tienes alguna —dijo él, pero Heather tenía el pelo dorado hasta la raíz—. No, todavía no, no tienes.

—Es porque soy razonablemente feliz, teniendo en cuenta las circunstancias —respondió ella—. Mírame. Acabo de dormir con una estrella de cine, y no ha sido nada extraordinario, «nada del otro jueves», como diría Billy Rainbow.

—Para mí sí ha sido extraordinario —dijo Jack.

Heather lo abrazó.

—La verdad es que para mí también ha sido extraordinario, mucho.

Mientras Jack se duchaba, Heather llevó sus billetes de avión al recepcionista del vestíbulo. Le reservó el vuelo a Zúrich, con transbordo en Amsterdam, y el viaje de regreso a Los Ángeles desde Zúrich. También le concertó la primera entrevista, esa tarde, con un equipo de médicos del sanatorio Kilchberg; en total eran cinco médicos y un profesor. Heather le dio un folleto donde se veían los edificios y los jardines de la clínica, con vistas del lago Zúrich. Kilchberg se hallaba en la orilla occidental del lago —en Zúrich, la llamaban orilla «izquierda»—, a unos quince minutos en coche del centro de la ciudad.

Así que Jack partiría hacia Suiza en cuanto acabasen de desayunar; Heather le había reservado una habitación en el hotel Zum Storchen de Zúrich.

—Quizá preferirías Baur au Lac —comentó ella—, pero el Storchen es agradable, y está junto al río.

—Seguro que estaré bien —dijo él.

—Los médicos son excelentes; creo que te caerán bien —dijo Heather. Había dejado de mirarlo. Se hallaban en la cafetería del Balmoral junto con unos cuantos turistas cansados, familias con niños pequeños. Jack advirtió que Heather volvía a estar nerviosa, como lo estaban los dos al conocerse. Jack intentó cogerle la mano, pero ella no lo permitió.

—La gente pensará que nos acostamos juntos; o sea, que nos acostamos juntos de verdad —dijo ella—. Para estar contigo en público hay que acostumbrarse, ¿sabes?

—Te acostumbrarás —dijo él.

—No permitas que te pase nada; no hagas ninguna estupidez —prorrumpió Heather de pronto.

—¿Sabes leer los labios? —preguntó Jack.

—Jack, por favor, no hagas ninguna estupidez —insistió Heather. Parecía enojada, no de humor para juegos.

Jack movió los labios sin emitir sonido alguno, formando las palabras con toda la lentitud y claridad que le fue posible.

—Tengo una hermana, y la quiero —dijo sin pronunciarlo.

—Quieres que todo pase demasiado deprisa —repitió Heather, pero Jack vio que lo había entendido—. Debemos salir ya para el aeropuerto —anunció ella consultando el reloj.

En el taxi se la notaba abstraída, absorta en sus pensamientos. De nuevo evitó mirarlo cuando dijo:

—Cuando lo veas, es decir, cuando hayáis pasado un rato juntos, llámame, por favor.

—Por supuesto —contestó Jack.

—Basta con que digas: «Lo quiero». No hace falta que digas nada más, pero no te atrevas a decir nada menos —dijo su hermana. Tocaba sobre sus muslos tensos la

*Tocatta* de Boellmann, o algo igual de estridente.

—Puedes relajarte conmigo, Heather —dijo él.

—¿Sabes leer los labios? —preguntó ella, aún sin mirarlo.

—Todos los actores saben leer los labios —respondió Jack. Pero Heather siguió mirando por la ventanilla, sin hablar, sus labios tan apretados como cuando le dio a él su primer beso de hermana.

Era aún temprano cuando llegaron al aeropuerto. Jack no había previsto que Heather lo acompañase, y menos aún que entrase allí con él, pero lo llevó hasta el mostrador de facturación. Obviamente estaba familiarizada con ese viaje.

—Espero que te guste Suiza —dijo Heather moviendo los pies.

Llevaba unos vaqueros y una camiseta más oscura que la del día anterior; con la mochila y el pelo corto, parecía más una estudiante universitaria que una profesora adjunta. Si uno no se fijaba en el continuo movimiento de sus dedos, no se advertía nada musical en ella. Era sencillamente una chica menuda y bonita, que parecía más seria de lo que era por las gafas y por su andar resuelto.

Cerca del control para la detección de metales, donde un guardia de seguridad echó un vistazo al pasaporte de Jack y examinó su bolsa de mano, había una barrera de plexiglás que impidió a Heather acompañar a su hermano hasta la puerta. Jack deseó besarla, pero ella mantuvo la cara vuelta en otra dirección.

—No voy a decirte adiós, Jack. Y no te atrevas a decirme adiós —dijo ella moviendo aún los pies.

—De acuerdo —contestó él.

Separados por la barrera de plexiglás, Jack aún podía verla cuando se encaminó hacia la puerta que le correspondía. Se volvió para mirarla una y otra vez.

Jack se detuvo al ver que por fin lo miraba. Heather se señalaba el corazón y movía los labios, lentamente, sin pronunciar una sola palabra.

—Tengo un hermano, y lo quiero —decía la hermana de Jack, pese a que él no oía una sola sílaba.

—Tengo una hermana, y la quiero —respondió él, sin emitir el menor sonido.

Otras personas se cruzaban entre ellos. Jack había perdido de vista momentáneamente a Heather cuando dos mujeres jóvenes se acercaron a él, y la chica negra con un diamante prendido de la nariz dijo:

—No serás Jack Burns, ¿verdad? No puedes serlo, ¿o sí?

—Me juego lo que sea a que no lo es —dijo su compañera. Era una chica blanca con un top; tenía los hombros quemados por el sol y se le estaba pelando un poco la nariz.

Eran americanas, universitarias de regreso a casa después de un veraneo en Europa, o eso supuso Jack. Cuando buscó a su hermana, había desaparecido.

—Sí, soy Jack Burns —dijo a las chicas. (Jack no habría podido explicarlo, pero sintió que, por primera vez en la vida, de verdad era Jack Burns.)—. Tienes razón; soy yo. Soy el verdadero Jack Burns.

Por alguna razón le complacía que lo hubiesen reconocido, pero las expresiones de las jóvenes irradiaban incredulidad; de pronto se las veía tan indiferentes a Jack como curiosas en un principio.

—Nada se pierde con intentarlo —dijo la chica blanca con sorna—. Pero a nadie vas a hacer creer que eres Jack Burns, así no.

—¿Así no? —preguntó él.

—Siendo tan normal, no —dijo la joven blanca.

—No con ese aspecto de persona feliz o qué sé yo —dijo la joven negra.

—Pero soy Jack Burns —contestó, poco convincente.

—Permíteme decirte una cosa: se te da fatal —dijo la chica blanca—. Y eres demasiado viejo para que cuele.

—¿Desde cuándo Jack Burns ha sido tan sincero o qué sé yo? —preguntó la chica negra.

—A ver cómo se te da el *noir* —dijo la blanca.

—A ver cómo dices alguna de las frases de Jack Burns —desafió la chica negra.

¿Dónde estaba Heather cuando la necesitaba?, pensó Jack. ¿Dónde estaba su padre, quien supuestamente se conocía al dedillo los diálogos de Jack Burns?

Las chicas se alejaban. Jack se sacó los faldones de la camiseta del pantalón y se levantó el dobladillo hasta el pecho, como si sostuviera un vestido en una percha.

—«Vaya, estoy seguro de que esto te queda de maravilla» —dijo él, sin parecerse en nada al ladrón a quien Jessica Lee había sorprendido revolviendo en su armario.

—¡Déjalo ya! —gritó la joven blanca.

—¿Sabes qué? —preguntó la chica negra a Jack, el diamante de su nariz titilaba bajo la intensa luz del aeropuerto—. Si el auténtico Jack Burns te viese, no te miraría dos veces.

—¡Es un trabajo que vale la pena... perder! —gritó Jack, pero ellas siguieron andando. Hizo tan mal el papel de Melody, que incluso Bill Vanvleck el Desquiciado lo habría obligado a repetir la frase.

El problema era que no actuaba. ¡Daba la impresión de que hubiese olvidado cómo hacerlo! Jack aún se sabía las frases, pero no entraba en el personaje. Tenía una hermana, y la quería; ella había dicho que también lo quería. Jack había dejado de actuar. Era solo Jack Burns, el auténtico Jack Burns, por fin.

## 38 - Zúrich

Cuando se tatúa esa última porción de piel sin marcar y el cuerpo se convierte en una libreta acabada, no todas las personas completamente tatuadas reaccionan de la misma manera.

Alice sostenía que algunas comenzaban a tatuarse sobre los tatuajes antiguos sin más. Pero si uno hace eso, al final la piel es tan oscura como la noche, los dibujos pasan a ser indistinguibles. En una ocasión, Jack vio a un cliente de su madre cuyos brazos, desde las muñecas hasta las axilas, eran de un uniforme color negro; daba la impresión de que se hubiese quemado. En casos no tan extremos, la piel tatuada dos veces parece cubierta de figuras curvas y abstractas; el cuerpo, ceñido por un chal de cachemir.

Pero para otras personas con tatuajes en todo el cuerpo, la libreta acabada se eleva a la categoría de texto sagrado; es inconcebible tatuarse sobre un tatuaje, ni tan siquiera sobre una parte de uno de ellos. La mayoría de los tatuajes de William era obra de consumados artistas del tatuaje, pero incluso los tatuajes de mala calidad o torpemente realizados eran de piezas musicales importantes para él. Tanto las notas como las letras habían marcado de por vida algo más que su piel.

Heather le había dicho a Jack que su padre no tenía huecos de piel desnuda entre los tatuajes. Las tocatas e himnos, los preludios y fugas, se solapaban como partituras sueltas sobre una mesa desordenada; cada centímetro de la mesa estaba cubierto.

En la espalda, dijo Heather, donde debía hacer un esfuerzo considerable para verlo, William tenía un velero, una imagen a lo lejos de la popa. El barco se alejaba de la costa, surcando las olas de música que prácticamente lo engullían. Las velas desplegadas también contenían notas, pero el barco se hallaba a tal distancia de la costa que eran ilegibles. Era el Herbert Hoffman de su padre, pero Heather dijo que «casi se perdía en un inmenso horizonte de música»: una Tumba del Marino o un Último Puerto, pero más pequeño de lo que Jack había imaginado y envuelto totalmente en *sonido*.

El fragmento del himno de Pascua preferido de su padre, «Cristo nuestro Señor ha resucitado hoy», quedaba tapado parcialmente por el «*Wachet auf, ruft uns die Stimme*» de Walther: los dos pentagramas superiores empezaban donde debería haber estado el coro del aleluya de «Cristo nuestro Señor». En otra parte, la adoración mística de Bach por la Navidad («*Jesu, meine Freude*») se solapaba con «*Joseph est bien marié*» de Balbastre; la palabra «Largo», sobre el pentagrama superior del pasaje de Bach, quedaba semioculta.

Las conocidas letra y música del coro del *Mesías* de Handel («*For Unto Us a Child Is Born*») tropezaban con la *Toccata* de Widor —de la *Quinta Sinfonía, Op. 42*—, e incluso formaban parte del tatuaje el «Op. 42» y el nombre completo del compositor. Sorprendió a Jack saber que los compositores constaban con nombre y apellido —no Bach y Widor, sino Johann Sebastian Bach y Charles Marie Widor— y

los nombres no estaban tatuados en letra caligráfica sino en itálica, que (con el paso del tiempo y la tendencia a perder intensidad) era cada vez más difícil de leer.

El tiempo y la pérdida de intensidad habían pasado factura también a algunos de los otros tatuajes de William, entre ellos el *Solo de trompeta* de John Stanley, su *Melodía para trompeta en re*, grabada en el pecho en la zona del pulmón derecho, donde el pentagrama inferior o pedal (que indicaba las notas que deberían tocarse con los pies) se había desdibujado casi hasta desaparecer, como ocurría con la palabra «Vivo» sobre el primer pentagrama de las «Letanías» de Alain, pero no había sucedido así con la frase de Alain tatuada en las nalgas de William. El texto en francés aparecía en letra caligráfica en la nalga izquierda, la traducción inglesa en la derecha; y se borrarían de la piel más lentamente que la propia juventud.

*La razón ha llegado a su límite.*

*Solo la fe sigue creciendo.*

La razón también había llegado a su límite en William Burns. Obviamente era eso lo que la hermana de Jack había estado diciendo. Cada centímetro del cuerpo de su padre era una declaración; cada uno de los tatuajes existía por una razón. Pero ya no quedaba espacio, salvo para la fe.

—Sabrás a qué me refiero cuando lo veas desnudo, y lo verás —había dicho Heather a Jack.

—¿Lo veré?

Su hermana no había entrado en detalles. Decir que Jack sentía inquietud cuando su avión aterrizó en Zúrich sería quedarse corto.

Los suizos, le había advertido Heather, ponían especial empeño en recordar el nombre de los demás; esperaban que los demás recordasen también el suyo. Como actor, Jack confiaba en sus dotes memorísticas, pero sus aptitudes, no solo como actor, se vieron sometidas a una severa prueba ante esa tarea. El reparto de personajes que conocería en el sanatorio Kilchberg tenía nombres desalentadores, y sus papeles específicos (como los tatuajes de su padre) estaban interrelacionados y, a veces, se solapaban.

Con ayuda de Heather, Jack estudió a esos cinco doctores y un profesor; intentó imaginárselos, en la medida de lo posible, antes de su primera reunión. Pero en esa representación él no actuaba; ellos sí. Estaban a cargo de su padre; la misión de Jack era informarse por mediación de ellos.

El director de la clínica, el profesor Lionel Ritter, era alemán. Hablaba bien el inglés, le dijo Heather a Jack, y el profesor hacía tal esfuerzo por ser diplomático que uno debía perdonar que fuese un poco repetitivo. Bien vestido aunque de estilo informal, era un hombre de apariencia saludable que se enorgullecía de los ciento treinta y seis años de historia del sanatorio Kilchberg como clínica psiquiátrica privada. (Jack se había imaginado al profesor Ritter con el aspecto más o menos

aproximado de David Niven vestido para jugar al tenis).

El subdirector médico, el doctor Klaus Horvath, era austríaco. Heather lo había descrito como un hombre apuesto y campechano, un atleta, más concretamente un esquiador. A William le gustaba hablar de esquí con el doctor Horvath, quien tenía una gran fe en los beneficios psicológicos del programa de *jogging* del sanatorio Kilchberg, en el que William Burns, a sus sesenta y cuatro años, participaba de manera entusiasta. A Jack le costaba un tanto representarse a su padre como aficionado al *jogging* con el cuerpo totalmente tatuado, y solo podía imaginarse al doctor Horvath con el acento de Arnold Schwarzenegger, quizá combinado con el temperamento alegre y optimista de Arnold, que se ponía de manifiesto mejor que en ninguna parte en la comedia donde el antiguo culturista hace de hermano gemelo de Danny DeVito.

El segundo alemán, el doctor Manfred Berger, era neurólogo y psiquiatra; era jefe de gerontopsiquiatría en la clínica. Según la hermana de Jack, su padre, un hombre de sesenta y cuatro años de aspecto juvenil, todavía no era candidato a la especialidad del doctor Berger. El doctor Berger, en opinión de Heather, era «un hombre realista»; dejaba poco a la especulación.

Tras su llegada a Kilchberg, William Burns había manifestado los vaivenes de ánimo propios de un trastorno bipolar. (Momentos de euforia que iban a parar en arrebatos de ira; pasaba una semana con el ánimo por las nubes, en apariencia sin la menor necesidad de dormir, pero eso acababa en una depresión letárgica). Al final se supo que William no era bipolar. Pero antes de emitirse ese diagnóstico, el doctor Berger había insistido en llevar a cabo un reconocimiento neurológico.

El doctor Berger, había informado Heather a Jack, era un hombre a quien le gustaba descartar posibilidades. ¿Tenía William un tumor cerebral? El doctor Berger dudaba que así fuese, pero sencillamente debía descartarse lo más grave. Un trastorno conocido como epilepsia del lóbulo temporal podía cursar asimismo con vaivenes de ánimo no muy distintos a los de William, en particular sus periodos de euforia y sus ruidosos episodios de ira. Pero William Burns no estaba aquejado de epilepsia del lóbulo temporal, ni era bipolar.

El doctor Berger no delataba el menor asomo de desaliento; era como si esperase que se demostrara su error, pero no fuese de los que se dejan desanimar por el fracaso.

Jack se contuvo para no llegar a la precipitada conclusión de que la mayoría de las enfermedades psiquiátricas interesantes no tenían un diagnóstico ni una curación fáciles. Al fin y al cabo, después de ver el cuerpo totalmente tatuado de su padre, ¿quién no habría adivinado que William Burns era obsesivo-compulsivo? Y en cuanto al dolor físico que le ocasionaba tocar el órgano y, pese a ello, la locura en que se sumía si no tocaba..., en fin, ¿quién no habría estado deprimido y sujeto a vaivenes de ánimo en una situación así?

Pero el doctor Berger era «un hombre realista»; su función era descartar

posibilidades, no centrarse en ellas. Era un miembro esencial del equipo, le dijo a Jack su hermana, por más que, de todos ellos, fuese quien menos simpatía despertaba. Pese a ser alemán, había adoptado el hábito suizo de estrechar la mano vigorosamente durante prolongados periodos de tiempo, cosa que hacía con lo que Heather llamaba «una vehemencia competitiva».

Este individuo desorientó de antemano a Jack; se le pasó por la cabeza que sería alguien con un vago parecido a Gene Hackman o Tommy Lee Jones. (Como se vio más tarde, Jack no podía estar más equivocado).

Los otros miembros del equipo eran mujeres. A juicio de Heather, eran quienes más imponían. Por ejemplo, la doctora Regula Huber, jefa de medicina interna. Era una suiza de más de cuarenta años, rubia e incansable. En el sanatorio Kilchberg había muchos pacientes ancianos; allí una internista siempre estaba muy ocupada. La mayoría de los pacientes de más edad habían sido internados por miembros de la familia; estos pacientes no gozaban de libertad para marcharse.

Heather dijo a Jack que había tenido muchas reuniones con el profesor Ritter y el equipo médico que cuidaba de William; en todas las ocasiones, el busca de la doctora Huber había sonado y ella se había ido a atender una urgencia. En el caso de William Burns, que había sido internado en la clínica psiquiátrica por su hija pero se había quedado por voluntad propia —felizmente, sin protestar—, la doctora Huber, al igual que el doctor Berger, deseaba antes que nada descartar unas cuantas posibilidades.

¿Presentaba su padre un funcionamiento deficiente del tiroides? (Esto podía causar la sensación de frío). No, no era así. ¿Tenía la enfermedad de Curschmann-Steinert? ¡Afortunadamente no! ¿Y por qué estaba William Burns tan delgado? Porque no bebía y pensaba que comer en exceso era pecado; su padre seguía una dieta rigurosa, como si fuese modelo, *jockey* o actor. (¡De tal palo tal astilla!).

La doctora Huber era quien trataba, o intentaba tratar, la artritis de su padre. Recientemente había probado unos antiinflamatorios no esteroideos nuevos que en teoría afectaban menos al estómago que los antiguos antiinflamatorios, pero a William le provocaron tal irritación gástrica que en lugar de eso la doctora Huber le administró un fármaco convencional de uso tópico.

Y era la doctora Huber quien defendía que algunos de los supuestos placebos surtían efecto; esto es, si los pacientes creían en ellos. No tenía nada que objetar a la afición de William por la cera caliente y el agua helada, ni a la ingestión de glucosa —mina con extracto de cartílago de tiburón. William Burns usaba asimismo pulseras de cobre, excepto cuando tocaba el piano o el órgano.

A Heather le caía bien la doctora Huber, a quien describía como una persona pragmática. (Inexplicablemente, Jack pensó en Frances McDormand, una de sus actrices preferidas).

El tercer alemán, la doctora Ruth von Rohr, ostentaba un título curiosamente incompleto. Era jefa de cierto departamento. No estaba claro de cuál, o acaso no lo habían especificado de forma intencionada. Era una mujer alta y llamativa con una



desmelenada mata de cabello castaño rojizo surcada por una mecha plateada, que, según Heather, parecía natural pero no podía serlo. La doctora Von Rohr tenía el porte regio de un jefe de departamento. Por lo general permitía a los demás hablar primero, pero su impaciencia era manifiesta y calculada. Sabía cuándo suspirar, y poseía una considerable destreza en sus largos dedos, con los que frecuentemente hacía girar un lápiz sin que se le cayese casi nunca. Cuando hablaba —por lo general la última, y a menudo con desdén— volvía de perfil la prominente mandíbula y el rostro anguloso hacia su público, como si su cabeza estuviese a punto de estamparse en una moneda.

«Ahora bien», le gustaba empezar, como si fuera jefa del departamento de incertidumbre, como si su mecha plateada fuese una enseña de esa zona gris de toda argumentación. La función de la doctora Von Rohr era conseguir que los demás se sintieran menos seguros de sí mismos; le gustaba abrir la puerta a esas posibilidades que nunca podían descartarse.

En el sanatorio Kilchberg todos pensaban que William Burns era un paciente modélico. Allí tenía que ser feliz; a fin de cuentas, no había intentado fugarse ni una sola vez. Casi nunca se quejaba del sitio o de cómo le trataban. Sí, de vez en cuando sucumbía a sus demonios; tenía sus arrebatos de ira y sus momentos irracionales, pero en Kilchberg padecía esos episodios con mucha menor frecuencia que fuera de allí. La hermana de Jack sostenía que su padre estaba donde le convenía; sorprendentemente, William parecía aceptarlo. (¿No había acogido la idea con actitud positiva?, había preguntado con entusiasmo el doctor Horvath).

No obstante, al departamento de la doctora Von Rohr le correspondía expresar la pregunta no formulada. «¿No es el hospitalismo una segunda enfermedad para algunos de nuestros pacientes?», preguntaría precisamente cuando todo parecía estar en orden. «¿Y si nuestros resultados con William son demasiado buenos? En cierto modo, si es feliz aquí, ¿no le hemos creado una dependencia de nosotros y de este lugar? Es solo una pregunta», le complacía decir, una vez plantada la semilla de la duda.

Era la doctora Von Rohr quien no dejaba de preguntarles *qué* William tenía frío a menudo. Pero «¿qué desencadena eso?», inquiría con frecuencia. (En el sanatorio Kilchberg, le había dicho a Jack su hermana, la palabra «desencadena» era de uso generalizado).

Fue la doctora Von Rohr quien insinuó que William Burns acaso tuviera una personalidad narcisista, o incluso un trastorno de personalidad narcisista. Se lavaba a diario la larga melena de hippy de color blanco grisáceo; era muy suyo con el acondicionador y la gomina. (Había tenido un ataque —un episodio de desnudismo con carreras y gritos— porque su secador había fundido los plomos). Y estaba también lo meticulado que era con los tatuajes, por no hablar ya de la actitud protectora que adoptaba con ellos. En general los ocultaba. Llevaba camisas de manga larga abotonadas hasta el cuello, y pantalón largo, e incluso en verano calzaba

zapatos con calcetines. (Sin embargo, cuando William Burns deseaba que alguien viese sus tatuajes, se los enseñaba todos).

Entre esquizofrénicos no era raro usar pantalón largo y camisa de manga larga, porque se sentían muy desprotegidos. Pero al padre de Jack y de Heather no le habían diagnosticado esquizofrenia. La cuestión que la doctora Von Rohr había planteado era la extrema escrupulosidad de William, su vanidad; la forma en que controlaba el peso, por ejemplo. «¿No es William un perfeccionista exagerado?», decía la doctora Von Rohr. «Es solo una pregunta».

La osteoartritis era la causa por la que William Burns ya no podía tocar el órgano profesionalmente, de ahí su jubilación prematura, que había precipitado su deterioro mental. Pero podía haber seguido dando clases; aunque con limitaciones, incluso clases de digitación, dijo Heather. En el peor de los casos, William podía haber continuado dando clases de teoría musical e historia de la música. Sin embargo, se había retirado por completo, y quizás innecesariamente.

«La incapacidad para vivir a la altura de ciertos niveles o expectativas anteriores, que puede conducir también a una jubilación anticipada, es un rasgo característico de la personalidad narcisista, ¿o no?», había dicho al equipo la doctora Von Rohr. (La parte «es solo una pregunta» estaba siempre implícita, aunque no la expresase).

«Una mujer de armas tomar», la había llamado la hermana de Jack. «Una típica jefa de departamento donde las haya».

Al tratar de imaginar a la doctora Ruth von Rohr, Jack pensó en la doctora García, que sabía escuchar y planteaba muchas preguntas no formuladas. ¡Vaya si la doctora García era una típica jefa de departamento!

Por último, pero no menos importante, estaba el sexto miembro del equipo —una mujer joven y atractiva, imperiosa pero comedida—, la doctora Anna-Elisabeth Krauer-Poppe. Siempre vestía bata blanca, almidonada y larga, no para reafirmar su trayectoria médica, por lo visto, sino para proteger su elegante ropa. (Ella era suiza pero su ropa no, sostenía Heather).

Como los dos inequívocos guiones de su nombre y de su apellido, la doctora Anna-Elisabeth Krauer-Poppe estaba tan bien compuesta como una modelo de *Vogue* en París o en Milán; resultaba demasiado *chic* para ser suiza, aunque había nacido en Zúrich y su conocimiento de la ciudad era tan irreprochable como el dominio de su especialidad. La doctora Krauer-Poppe era jefa de medicación en el sanatorio Kilchberg, donde, en opinión de todos, sabía tanto de recetas como de ropa.

Para ella fue una frustración que William no respondiese bien al tratamiento con aquellos antiinflamatorios no esteroideos nuevos (que teóricamente no afectaban el estómago) y que solo tolerase la solución tópica. La rutina de la cera caliente producía a la doctora Krauer-Poppe vergüenza ajena, entre otras razones por lo mucho que William ensuciaba lo que llevaba puesto al quitarse la cera endurecida. Y verlo con las manos en agua helada debía de despertar en la doctora Krauer-Poppe el deseo de cambiarse todo el atuendo. (En cuanto a las pulseras de cobre, ni siquiera

podía mirarlas; la glucosamina, en particular el extracto de cartílago de tiburón, la desechaba por considerarla un «remedio popular»).

Pero, por lo que se refería al trastorno obsesivo-compulsivo de William Burns, la doctora Krauer-Poppe había recetado un antidepresivo. La medicación había ejercido un efecto calmante. Había probado dos fármacos, Zoloft y Seropram. Cada uno tenía sus propias virtudes, y ambos eran inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina empleados para el tratamiento de la depresión.

En cuanto a los efectos secundarios, había dicho Heather, su padre había tolerado el mareo, la sequedad de boca, la somnolencia y la pérdida del apetito; este último era el problema más persistente. (Pero William ponía tal empeño en mantenerse delgado que seguramente veía con buenos ojos la pérdida de apetito). Se había quejado de alguna que otra erección prolongada y dolorosa y había experimentado ciertos «cambios» —que Heather no había especificado a Jack— en su capacidad e interés sexual. Pero, con el tiempo, William Burns también parecía haber tolerado —o al menos aceptado— esos efectos secundarios.

Los fármacos no alteraban las funciones motrices de William. Su digitación no se veía afectada por los antidepresivos. La música que había encomendado a la memoria permanecía intacta, y era capaz de leer partituras con la misma rapidez de siempre.

A la doctora Krauer-Poppe le preocupaba inicialmente que la capacidad de concentración de William se resintiese, y de hecho él admitió que se distraía con mayor facilidad; le costaba más tiempo memorizar piezas nuevas y, de vez en cuando, se quejaba de fatiga, cosa poco común en él. Estaba habituado a tener más energía, afirmaba. Sin embargo, dormía mejor.

La doctora Krauer-Poppe también había estado observando a William a fin de detectar cualquier síntoma de que la administración prolongada de los medicamentos pudiese originar un estado de indiferencia o merma emocional; a lo que se hacía referencia, a veces, como «síndrome del bajón», decía la doctora Krauer-Poppe, pero William no había presentado tales síntomas. Según Heather, su padre no era indiferente a nada ni a nadie, y «lamentablemente» seguía tan emotivo como siempre.

La doctora Krauer-Poppe opinaba que, en el caso de William, los antidepresivos habían sido un éxito. Destacó que sus «cambios» sexuales no incluían la impotencia, otro posible efecto secundario; consideraba que existía una buena «relación ventajas-inconvenientes». (La doctora Krauer-Poppe era, por lo visto, una mujer que se sentía a sus anchas con los guiones. Jack no pudo imaginarse a nadie como ella).

Jack estaba impaciente por conocer a esas personas, y para él fue un alivio tener que reunirse antes con ellas; es decir, antes de ver a su padre.

William Burns tenía veinticinco años cuando conoció a la madre de Jack; tenía veintiséis cuando Jack nació. A esa edad, ¿cuánto tiempo habría estado Jack casado con alguien? Y si hubiese sido padre de un hijo a los veintiséis años, cuando él y Emma se pasaban de rosca en Los Ángeles, ¿qué clase de padre habría sido?

Jack sabía qué habría contestado la doctora García, su respuesta de menos de una

palabra: «Mmm».

Jack se registró en el hotel Zum Storchen en Weinplatz. La habitación daba al Limmat, donde vio pasar un barco turístico frente a la cafetería del hotel, que se encontraba a la orilla del río. Se alojaba en el casco antiguo: calles adoquinadas, muchas de ellas peatonales. Las campanas de la iglesia parecían sonar cada cuarto de hora, como si Zúrich fuese una ciudad obsesionada con el paso del tiempo. Se afeitó y vistió para la cena pese a que era solo media tarde.

Al tomar el taxi en el aeropuerto, en Kloten, Jack contempló la posibilidad de ir directamente al sanatorio Kilchberg, pero su cita con el profesor Ritter y el resto del equipo no era hasta entrada la tarde. No quería correr el riesgo de tropezar con su padre antes de la reunión con los médicos. Aunque no esperaba la visita de Jack, sin duda William lo habría reconocido.

La clínica había decidido no avisar a su padre de la visita, y aunque Jack expresó sus dudas al respecto, tanto Heather como el equipo psiquiátrico consideraron que era mejor que el padre de Jack no lo supiese. Saberlo le habría provocado demasiada ansiedad.

Tanto si lo avisaban de la visita de Jack como si no, la doctora Krauer-Poppe no recomendaba aumentar la dosis de Zoloft o Seropram. Incluso la doctora Von Rohr se abstuvo de plantear una de sus habituales argumentaciones encabezadas con «ahora bien»; de hecho, dijo que administrar a William más antidepresivos podía llevarlo al borde de la catatonía o dejarlo completamente ausente para la primera visita de su hijo.

El doctor Horvath, el austríaco campechano y subdirector médico que a menudo salía a correr con William, le había dicho a su paciente que se esperaba «una visita especial». Puesto que era demasiado pronto para una visita de su hija, quizá William preveía que fuese alguien del mundo de la música, un músico de fuera de la ciudad, un colega organista invitado a un concierto o a una iglesia de Zúrich. (Esos distinguidos visitantes pasaban a veces por Kilchberg para presentar sus respetos a William Burns).

Jack pidió al conserje del Storchen que le recomendase un restaurante al que poder ir a pie desde el hotel. Si bien se permitiría a William cenar con su hijo, los acompañaría el profesor Ritter o un médico de la clínica (uno o más).

«Será mejor que reserves mesa para tres o cuatro personas», le aconsejó Heather a Jack. «No querrán que te lo lleves del sanatorio solo. Y créeme, Jack, no te conviene hacerlo, al menos la primera vez».

El conserje, un hombre lacónico con una cicatriz en forma de azada en la frente, debida probablemente a un golpe contra el parabrisas de un coche, reservó mesa para cuatro en el Kronenhalle. Era un restaurante excelente y un paseo agradable, le aseguró a Jack.

—Y como es usted Jack Burns, le he conseguido una mesa, aun avisando con tan poca antelación.

Jack salió del hotel y contempló los cisnes y patos que nadaban en el Limmat. Comprobó la hora de su reloj con los de los campanarios de las dos iglesias más imponentes que veía desde Weinplatz, donde encontró una parada de taxi. En coche había solo diez o quince minutos desde el Storchen hasta Kilchberg, y no quería llegar ni pronto ni tarde.

Jack se sintió culpable por haber responsabilizado a su madre de todo. Si Alice viviese y Jack aguardase el momento de encontrarse con ella por primera vez, experimentaría el mismo nerviosismo y excitación, pensó, que ante la perspectiva de conocer a su padre. De pronto le pareció absurda su incapacidad para perdonarla; de hecho, Jack la echaba de menos. Deseaba poder llamarla, pero ¿qué le habría dicho?

Era la señorita Wurtz quien esperaba noticias suyas; era Caroline a quien Jack debería haber llamado. Pero no podía pensar más que en hablar con su madre.

«Hola, mamá; soy yo», deseó decirle. «No hago esto para herirte, pero voy a conocer a mi padre. ¡Después de tantos años! ¿Tienes algún consejo que darme?».

Para salir de la ciudad, Jack tomó un taxi, que lo llevó por la orilla del lago Zúrich; la carretera discurría cerca del lago todo el camino, un agradable recorrido. Los entoldados de un festival de teatro ocupaban los muelles. Brillaba el sol y hacía calor, pero el aire era seco, aire de montaña, ni mucho menos tan húmedo como el de Edimburgo. En algunos momentos súbitos y portentosos, Jack veía los Alpes más allá del lago. Todo estaba limpio, casi resplandeciente. (Incluso el taxi).

Kilchberg era una localidad de unos siete mil habitantes. Por la gran cantidad de veleros en el lago —y las majestuosas residencias, muchas de ellas con jardín—, el pueblo parecía en cierto modo un lugar de veraneo. El taxista contó a Jack que la orilla derecha del lago era un poco más próspera.

—Los europeos prefieren estar de cara al oeste —dijo. Kilchberg, en la orilla izquierda del lago Zúrich, daba al este.

Pero Jack pensó que Kilchberg era un lugar precioso. Incluso había un pequeño viñedo, o al menos lo que parecía una casa de labranza, y el sanatorio se hallaba en lo alto de una colina que dominaba el lago, con una impresionante vista de Zúrich al norte; al sur se alzaban los Alpes.

—La mayoría de los pacientes toman el autobús desde Biirkliplatz; en Kilchberg hay una parada cerca del sanatorio —informó el taxista—. Me refiero a los pacientes con libertad para ir y venir —añadió, y miró a Jack con recelo por el retrovisor, como si tuviese la seguridad de que Jack había escapado—. Quizá la próxima vez prefiera ir en autobús; es el número ciento sesenta y uno..., no sé si se acordará.

El taxista era de Oriente Medio, o tal vez turco. (Había aludido a los «europeos» con manifiesta aversión). Su inglés era mucho mejor que su alemán, tan torpe y

entrecortado como el de Jack. Cuando en un primer momento intentaron hablar los dos en alemán, el taxista se apresuró a pasar al inglés. Jack se preguntó por qué lo habría tomado por paciente de la clínica; quizás el taxista no era muy aficionado al cine.

Tampoco lo era la joven anormalmente delgada con zapatillas deportivas y chándal que recibió a Jack en lo que, pensó él, era la entrada principal de la parte de la clínica dedicada a la atención hospitalaria. Había una sala de espera y una recepción, donde la joven iba de un lado para otro cuando Jack entró. Una experta en preparación física, supuso. Quizás era la enfermera a cargo de la fisioterapia, o una especie de entrenadora personal para los pacientes. «Debería engordar un poco», pensó Jack; «algunos se pasan de la raya en su empeño por mantener un aspecto atlético».

—¡Alto ahí! —exclamó ella en inglés señalándolo. (No había nadie más en la entrada ni en la sala de espera; tampoco había nadie detrás del mostrador de recepción). Jack se detuvo.

Apareció una enfermera, que salió apresuradamente de un pasillo.

—Pamela, *er ist harmlos* —dijo la enfermera. («Pamela, es inofensivo»).

—Claro que es inofensivo; no es real —dijo Pamela—. La medicación da resultado. Por eso no te preocupes. Sé que es inofensivo; sé que no es real.

Parecía norteamericana, y sin embargo la enfermera le había hablado en alemán y ella había entendido a la enfermera. Quizá la joven delgada era paciente de la clínica desde hacía mucho tiempo, tanto como para aprender alemán, especuló Jack.

—*Es tut mir leid* —dijo la enfermera a Jack mientras se llevaba a la joven norteamericana. («Lo siento»).

—Deberías hablarle en inglés —dijo Pamela—. Si fuera real, hablaría en inglés, como en las películas.

—¡Tengo cita con el profesor Ritter! —gritó Jack a la enfermera.

—*Ich bin gleich wieder da* —contestó la enfermera. («Enseguida vuelvo»).

Habían desaparecido por el pasillo, pero Jack aún oía a la paciente demasiado delgada, que hablaba cada vez más alto. Cayó en la cuenta de que había sido un disparate tomarla por una empleada de la clínica.

—Normalmente no dicen nada —explicaba Pamela a la enfermera—. Por lo general solo aparecen; no hablan. ¡Dios mío, quizá la medicación no da resultado!

—*Das machí nichts* —dijo la enfermera con delicadeza. («No importa»).

Jack Burns era una estrella de cine en una clínica psiquiátrica; no tenía nada de raro que la primera paciente que lo había visto lo considerase una alucinación parlante. (No era una mala definición para un actor, habría dicho la doctora García).

Cuando la enfermera regresó, iba negando con la cabeza y hablaba sola, de forma casi inaudible y en alemán. A no ser por el uniforme, y si no la hubiese visto antes, Jack habría pensado que sus abstraídos murmullos la delataban como paciente. Era una cincuentona de corta estatura, robusta y brusca, con el cabello canoso y rizado;

en otros tiempos rubia, supuso Jack.

—Tiene gracia que la primera persona que se encuentra aquí, usted precisamente, sea nuestra única americana —comentó la enfermera—. Bleibel —añadió, y dio a Jack un enérgico apretón de manos.

—¿Disculpe?

—Waltraut Bleibel... ¡Acabo de decirle mi nombre!

—Ah. Jack Burns.

—Ya lo sé. El profesor Ritter le espera. Todos le esperábamos, excepto la pobre Pamela.

Salieron del edificio y atravesaron un patio; había un jardín con esculturas y un estanque poco profundo con nenúfares. («Ahí es imposible ahogarse», pensaba Jack). La mayoría de los edificios tenían grandes ventanales, algunos con siluetas negras de aves pintadas en los cristales.

—Nuestras aves antiave —explicó la enfermera Bleibel señalando con la mano—. En América les convendría tenerlas.

—Supongo que me he equivocado de edificio —dijo Jack.

—Un pabellón de mujeres no es lo que yo consideraría el lugar más indicado para usted —dijo la enfermera Bleibel.

Manténían los jardines magníficamente. Una decena de personas o más paseaban por los senderos; otras estaban sentados en los bancos, de cara al lago. (Nadie *parecía* loco). En el lago debía de haber un centenar de veleros.

—De vez en cuando llevo a William a comprar ropa —informó la enfermera a Jack—. No he conocido a ningún hombre a quien le guste tanto comprar ropa como a su padre. Cuando tiene que probarse cosas, puede causar algún problema. Los espejos son un desafío; «desencadenantes», los llamaría la doctora Von Rohr. Pero William se comporta muy bien conmigo. En general no se anda con tonterías.

Entraron en lo que parecía un edificio de oficinas, aunque olía a comida. Quizás en el edificio había una cafetería o estaba el comedor de la clínica. Jack siguió a la enfermera escalera arriba, y advirtió que subía los peldaños de dos en dos; para una mujer baja con falda, eso exigía una férrea determinación. (Le resultó fácil imaginar que su padre fuera poco propenso a «andarse con tonterías» en presencia de Waltraut Bleibel).

Encontraron al profesor Ritter en una sala de reuniones; estaba sentado solo, a la cabecera de una mesa larga, apuntando algo en un bloc. Se puso en pie de un salto cuando la enfermera Bleibel hizo pasar a Jack a la sala. Era un hombre fibroso con un firme apretón de manos, se parecía un poco a David Niven, pero no iba vestido para jugar al tenis. Llevaba un pantalón caqui con la raya de las perneras muy marcada, una camisa de manga corta de color verde oscuro y unos mocasines marrones que parecían recién lustrados.

—¡Ah, nos ha encontrado! —exclamó el profesor.

—*Er hat zuerst Pamela £efunden* —dijo la enfermera Bleibel. («Ha encontrado

primero a Pamela»).

—Pobre Pamela —contestó el profesor Ritter.

—*Das machí nichís.* —(«No importa.»)—. Pamela piensa que es otra vez la medicación —explicó la enfermera al salir.

—*Merci vielmal, Walírauí!* —dijo el profesor Ritter, un «muchas gracias» bilingüe, en francés y alemán de Suiza.

—*Biíte, biíte* —dijo la enfermera Bleibel con un gesto idéntico al que había empleado para señalar las aves antiave de los grandes ventanales.

—Waltraut tiene un hermano, Hugo, que de vez en cuando lleva a William, el padre de usted, a la ciudad —explicó el profesor Ritter a Jack—. Pero Hugo no lo lleva a comprar ropa. Eso lo hace mejor Waltraut.

—Ha comentado algo sobre los espejos —dijo Jack—. Los ha llamado «desencadenantes», o ha dicho que una doctora los llamaba así.

—¡Ah, sí! Ya llegaremos a eso —contestó el profesor Ritter. Era un hombre acostumbrado a dirigir una reunión. Era cordial pero preciso; no dejaba duda alguna sobre quién estaba al frente.

Cuando los demás entraron en la sala de reuniones, Jack se preguntó dónde habían estado esperando. ¿Mediante qué señal, inadvertida para él, se había solicitado su presencia? Incluso sabían dónde sentarse, como si hubiese tarjetas para indicar qué asientos les correspondían alrededor de la mesa desnuda, sobre la que colocaron sus blocs casi iguales. Los habían ido preparando; parecían decididamente dispuestos a tomar nota. Pero Jack tuvo que sobrellevar antes los obligados apretones de manos, que sin excepción se prolongaron algo más de lo necesario. Y cada médico tenía su propio comentario que hacer, como si hubiesen ensayado la reunión.

—*Grüss Gott!* —saludó el doctor Horvath, el austríaco campechano, sacudiendo la mano a Jack arriba y abajo.

—Quizá su imagen en la gran pantalla le preceda, señor Burns —dijo el doctor Berger. (El neurólogo y «hombre realista».)—. Pero cuando le miro, veo ante todo a William de joven.

—Ahora bien —dijo la doctora Von Rohr a la manera de una jefa de departamento—, ¿debemos presuponer que conocemos a Jack Burns por la familiaridad de nuestro trato con William? Es solo una pregunta.

La doctora Huber echó un vistazo a su busca mientras estrechaba la mano a Jack.

—Solo soy internista —le decía—. Ya sabe, un médico corriente. —De pronto sonó el busca y soltó la mano de Jack tan repentinamente como podría habérsela soltado si él hubiese muerto. Se dirigió al teléfono de la sala, que estaba al lado de la puerta—. Huber *hier* —dijo al teléfono. Se produjo una pausa antes de que añadiese —: *Ja, aber nicht jetzt.* —(«Sí, pero ahora no»).

Jack tuvo la certeza de haber reconocido a la doctora Anna-Elisabeth Krauer-Poppe, la modelo de pasarela que protegía su ropa con una bata blanca almidonada y larga. La doctora clavó una mirada experta en los ojos de Jack, como si pretendiese



averiguar con qué se medicaba, o qué, a su juicio, le convenía tomar.

—Tiene el excelente pelo de su padre —observó—, aunque no, espero, sus obsesiones.

—No estoy tatuado —respondió Jack, y se acercó a estrecharle la mano.

—Hay otras maneras de estar marcado de por vida —comentó, por otro lado, la doctora Von Rohr.

—No todas las obsesiones son malsanas, Ruth —dijo la doctora Huber, la internista—. Da la impresión de que el señor Burns sigue la dieta de su padre. ¿No aprobamos todos la manera en que William cuida su peso?

—¿Su narcisismo, quieres decir? —preguntó la doctora Von Rohr a la manera de una jefa de departamento, como era propio de ella.

—¿Va a algún psiquiatra, señor Burns? —preguntó el señor Berger, el hombre realista—. ¿O podemos descartar eso?

—La verdad es que sí he estado yendo a alguien —contestó Jack.

—Ah, bien... —dijo el profesor Ritter.

—¡No es algo de lo que avergonzarse! —exclamó el doctor Horvath, el subdirector médico.

—Imagino que no tiene ningún síntoma de osteoartritis —dijo la doctora Huber—. Es usted demasiado joven —añadió—. Alto, no estoy diciendo que las manos artríticas sean algo que deba preocuparle a usted. No toca el piano ni el órgano, ¿verdad?

—No. Y no tengo ningún síntoma de artritis —respondió Jack.

—¿Sigue alguna medicación que debamos conocer? —preguntó la doctora Krauer-Poppe—. No quiero decir para la artritis.

—No, nada —dijo él. La doctora pareció en cierto modo sorprendida, o acaso decepcionada, Jack no habría sabido decirlo.

—¡Vamos, vamos! —terció el profesor Ritter levantando la voz y dando una palmada—. Deberíamos permitir a Jack que nos haga a nosotros alguna pregunta.

Los otros médicos toleraban con buen humor al profesor Ritter, advirtió Jack. A fin de cuentas, el profesor dirigía la clínica. Y sin duda asumía muchas responsabilidades de la esfera de las relaciones públicas, que probablemente no interesaban en lo más mínimo a los médicos.

—Sí, cómo no. Pregúntenos lo que sea —dijo el doctor Horvath, el esquiador.

—¿En qué sentido son «desencadenantes» los espejos? —preguntó Jack.

Los médicos parecieron sorprendidos de que estuviese al corriente del asunto de los espejos, y más aún de los «desencadenantes».

—Jack ha mantenido una conversación con Waltraut sobre sus salidas con William para comprar ropa —explicó el profesor Ritter a los demás.

—A veces, cuando William se ve en un espejo, se limita a apartar la vista, o esconde la cara detrás de las manos —dijo el doctor Berger, ciñéndose a la realidad.

—Pero otras veces —empezó la doctora Von Rohr—, al verse, quiere mirarse los

tatuajes.

—¡Todos! —exclamó el doctor Horvath.

—Puede darse el caso de que no sea el momento ni el lugar oportunos para un autorreconocimiento tan detallado —explicó el profesor Ritter—, pero William parece ajeno a esas cuestiones. En ocasiones, cuando empieza a quitarse la ropa, ya ha iniciado una recitación.

—¿Una qué? —preguntó Jack.

—Su cuerpo es un tapiz que puede recitar tanto una historia de la música como una historia personal —dijo la doctora Huber. Sonó su busca, y fue al teléfono situado junto a la puerta—. *Huber hier. Noch nicht!* —dijo, molesta. («Huber al habla. ¡Todavía no!»).

—El problema para alguien de la meticulosidad de su padre es que nunca llega a ser tan meticuloso como quisiera —dijo el profesor Ritter a Jack.

—Está orgulloso de sus tatuajes, pero a la vez se muestra muy crítico con ellos —explicó el doctor Berger.

—William opina que algunos de sus tatuajes no están en el lugar debido. Se culpa de ser tan poco previsor; tiene remordimientos —aclaró el doctor Horvath.

—Otras veces —intervino la doctora Von Rohr— la cuestión se reduce a qué tatuaje debería haberse hecho más cerca del corazón.

—Pero uno solo puede tener un número muy reducido de cosas verdaderamente cerca del corazón —intervino la doctora Krauer-Poppe—. Se ha grabado en el cuerpo aquello que ama, pero también ha registrado así su dolor. Los antidepresivos lo han calmado, han aliviado su ansiedad, lo han ayudado a dormir...

—Pero no son muy eficaces contra la tristeza —dijo la doctora Von Rohr sin ambages, y volvió su perfil de moneda hacia Jack.

—O al menos no lo suficiente —admitió la doctora Krauer-Poppe.

—Hablar ahora de un diagnóstico específico nos desbordaría. De momento dejémoslo en que su padre ha sufrido pérdidas —dijo el profesor Ritter a Jack—. La Ringhof, la esposa alemana, pero sobre todo usted.

—Es un hombre dominado por las emociones hasta un límite absurdo —dijo el doctor Berger moviendo la cabeza en un gesto de desaprobación, como si deseara, al parecer, que William Burns se atuviese más a la realidad.

—Los antidepresivos han ayudado, yo solo digo eso —afirmó la doctora Krauer-Poppe.

—Mantenerlo alejado de los espejos ayuda —comentó la doctora Von Rohr, con su mecha plateada, a la manera de una jefa de departamento, como era propio de ella.

—¿Existen otros desencadenantes? —preguntó Jack al equipo.

—Pues, en fin... —dijo el profesor Ritter—. ¿No debería conocer Jack, quizá, primero a su padre? —(El equipo, advirtió Jack, no lo consideraba oportuno).

—¡Bach! —bramó el doctor Horvath—. Cualquier pieza de Bach.

—Bach, Buxtehude, Stanley, Widor, Vierne, Dubois, Alain, Dupré... —recitó el

doctor Berger.

—Handel, Balbastre, Messiaen, Pachelbel, Scheidt... —lo interrumpió la doctora Von Rohr.

—Y todo lo que tenga que ver con la Navidad o la Semana Santa..., cualquier himno —añadió la doctora Huber; miraba airada el busca, como si lo desafiase a sonar.

—¿La música es un desencadenante? ¿Incluso los nombres de ciertos compositores? —preguntó Jack.

—La música y los nombres de ciertos compositores —contestó la doctora Krauer-Poppe.

—¿Y cuando toca el piano o el órgano? —preguntó Jack.

—Pues, en fin... —dijo el profesor Ritter.

—Cuando empieza el dolor... —comenzó la doctora Krauer-Poppe.

—Cuando los dedos se le acalambran... —intervino la doctora Huber.

—Cuando se equivoca —dijo la doctora Von Rohr con un tono que parecía concluyente, al menos en su imaginación. En casi todas sus intervenciones, la doctora Von Rohr hablaba con el énfasis y la certidumbre de una afirmación taxativa, y a eso se sumaba la manera que tenía de mirar a los demás desde arriba, como es propio de una persona de su considerable estatura. La doctora Von Rohr no parecía menos alta sentada. (Al estrecharle la mano, Jack había observado que solo le llegaba al hombro).

—Sí, las equivocaciones son desencadenantes —convino el profesor Ritter atribulado.

—La meticulosidad de William una vez más —señaló el doctor Berger.

—Y también, aunque rara vez, cuando ve sus películas —añadió la doctora Von Rohr mirando a Jack.

—En particular determinados diálogos —dijo el profesor Ritter.

—Pero, por lo general, las películas ayudan —insistió la doctora Krauer-Poppe.

—Pero otras veces... —empezó a decir la doctora Von Rohr.

—Pues, en fin... —continuó el profesor Ritter—. Creo que Jack debería ver a su padre, oírlo tocar, hablar con él...

—¿En qué orden? —preguntó el doctor Berger, quizá con sorna. Jack no habría sabido decirlo.

El busca de la doctora Huber volvió a sonar; se levantó de la mesa y fue al teléfono junto a la puerta. La doctora Krauer-Poppe se cubrió la cara con las manos.

—¿No deberíamos hablarle a Jack, quizás, un poco del horario de William? —preguntó el profesor Ritter.

—A eso lo llamo yo meticulosidad —exclamó el doctor Horvath.

—A su padre le gusta saber por adelantado qué va a hacer cada día —explicó la doctora Von Rohr.

—¡Cada hora! —precisó el doctor Horvath a voz en grito.

—Digámosle el horario —propuso la doctora Krauer-Poppe—. Quizás ayude.

—*Huber hier* —decía la doctora Huber al teléfono junto a la puerta—. *Ich komme sofort*. —(«Enseguida voy»). Regresó a la mesa—. Una urgencia —dijo a Jack, y le estrechó la mano—. *Noch ein Notfall*. —(«Otra urgencia»). Jack se había levantado para darle la mano; los demás se levantaron también.

El equipo y Jack, a excepción de la doctora Huber, se dispusieron a abandonar la sala de reuniones. (La doctora Huber había salido ya como una exhalación).

—Despertar, cera caliente, agua helada, desayuno... —decía el doctor Horvath mientras descendían por la escalera. Jack comprendió que la «recitación» del horario de su padre había comenzado.

—Ejercicios de dedos en la sala de ejercicio, inmediatamente después del desayuno —explicó el doctor Berger.

—¿Ejercicios de dedos? —preguntó Jack.

—Así llama William a tocar el piano para la clase de danza, porque lleva los ojos vendados y toca solo las piezas que ha memorizado —dijo la doctora Von Rohr.

—¿Por qué lleva los ojos vendados? —preguntó Jack.

—En la sala de ejercicio hay espejos —aclaró el profesor Ritter—. Muchos espejos. Allí William siempre va con los ojos vendados, o a veces, por la noche, toca a oscuras.

—*Jogging* después de los ejercicios de dedos, si el tiempo lo permite —prosiguió el doctor Horvath—. A veces una visita a la ciudad, con Hugo.

—No hemos hablado de Hugo —dijo el profesor Ritter a los demás.

—¿Debemos hablar de él? —preguntó la doctora Von Rohr—. ¿Mejor en otro momento, quizá? Es solo una pregunta.

—A veces William necesita más agua helada, ¿no? Después de los ejercicios de dedos, quiero decir —preguntó el doctor Berger.

—Parece que ayuda —dijo la doctora Krauer-Poppe con resignación.

—Almuerzo; después del *jogging*, quiero decir —continuó el doctor Horvath.

—O después de su asunto con Hugo —precisó el doctor Berger, y movió la cabeza en un gesto de desaprobación.

—¡Ahora no, Manfred! —dijo la doctora Von Rohr.

—Más cera caliente después del almuerzo —continuó la doctora Krauer-Poppe—, también más agua helada. A menudo William lo hace mientras ve una película.

—Una de las suyas, de hecho —dijo el doctor Berger a Jack—. Una película distinta de Jack Burns cada tarde.

—¡Y otra por la noche! —exclamó el doctor Horvath—. ¡Siempre una película antes de acostarse!

—Te estás adelantando, Klaus —dijo la doctora Von Rohr.

Entraron en el edificio donde se hallaba la sala de ejercicio, equipada como una sala de danza; barras y espejos iban de un extremo a otro de las paredes interiores. Un piano, un C. Bechstein, despedía un resplandor negro bajo la luz vespertina, como el

pelaje de un animal bien almohazado.

—Para los ejercicios de dedos, tanto la sesión de la mañana como la de la tarde —dijo la doctora Krauer-Poppe, señalando el piano—. Por la tarde vuelve a tocar después de la película. Esta vez no es para bailarines; es una clase de yoga. Toca una música más ambiental, más suave; como música de fondo, podría decirse. Pero siempre lleva los ojos vendados si hay luz en la sala.

—Los calambres en los dedos pueden hacer perder la concentración a quienes asisten a la clase de yoga —intervino el doctor Berger—. No tanto a los de danza, incluso en los casos en que el dolor de William es evidente.

—No le gusta dejar de tocar —dijo la doctora Krauer-Poppe—. Se obliga a seguir.

—Pues, en fin... —dijo el profesor Ritter—. Después de la clase de yoga tenemos lista el agua helada, y también la cera caliente, si él quiere.

—Y otra vez el agua helada —declaró el doctor Berger; se aseguraba de que Jack conociese la realidad con todo detalle y en el debido orden.

—¡Calistenia! —prosiguió el doctor Horvath, agitando los brazos—. En especial si no ha hecho *jogging*. Solo unos cuantos abdominales, unas sentadillas, unos saltos. —(El doctor Horvath hizo una demostración de las sentadillas y de los saltos, y en el suelo de madera de la sala de ejercicio sonaron sus sordas pisadas).

—Tenemos terapia de grupo tres veces por semana; los pacientes hablan de cómo hacer frente a sus trastornos. Su padre tiene un alemán excelente —dijo el profesor Ritter a Jack—. Y su concentración está mejorando.

—Siempre y cuando nadie empiece a tararear una melodía —intervino el doctor Berger—. William detesta el tarareo.

—¿Otro desencadenante? —preguntó Jack.

—Pues, en fin... —dijo el profesor Ritter.

—Tenemos una noche de cine cada dos miércoles, y en este caso no suele ser una película de Jack Burns —declaró el doctor Berger—. Una vez por semana tenemos la noche de la lotería, que a William no le gusta, pero le encanta el café de narradores; es cuando leemos relatos en voz alta, o lo hacen los pacientes. Y otra noche los pacientes más jóvenes visitan el pabellón gerontopsiquiátrico. William siente una gran compasión por los pacientes de edad avanzada.

—Algunas noches traemos a los pacientes de más edad a la sala de ejercicio; les gusta oír a William tocar el piano a oscuras —explicó la doctora Von Rohr.

—¡A mí también me gusta! —exclamó el doctor Horvath.

—Tenemos pacientes con manifestaciones esquizofrénicas o esquizoafectivas —le dijo a Jack la doctora Krauer-Poppe—. Me refiero a los que están en una fase de remisión relativamente estable, los que tienen suficiente capacidad de concentración. En fin, le sorprendería; a los esquizofrénicos también les gusta oír a su padre tocar el piano a oscuras.

—Y el piano parece calmar a nuestros pacientes con ataques de pánico —dijo el

doctor Berger.

—Excepto a aquellos que sufren ataques de pánico en la oscuridad —señaló la doctora Von Rohr. (Jack vio que era consciente de que la luz de las ventanas se reflejaba en la mecha plateada de su pelo).

—¿Hay otros pacientes en Kilchberg internados por un miembro de la familia? De por vida, quiero decir —preguntó Jack.

—Pues, en fin... —dijo el profesor Ritter con un suspiro.

—Es poco común que un paciente particular se quede aquí muchos años —dijo el doctor Berger.

—Esto es caro —intervino la doctora Von Rohr.

—¡Pero merece la pena! —bramó el doctor Horvath—. ¡Y a William le encanta!

—No me preocupa el coste —dijo Jack—. Me preguntaba por el efecto a largo plazo.

—¿El hospitalismo, quiere decir? —preguntó la doctora Von Rohr con el tono de «es solo una pregunta».

—¿Qué es exactamente el hospitalismo? —preguntó Jack.

—La enfermedad de estar en un hospital, un trastorno que viene a sumarse a la razón por la que se está aquí, una segunda enfermedad —declaró el doctor Berger, pero en un tono que inducía a pensar que no daba crédito a sus propias palabras, como si el hospitalismo fuese uno de esos males especulativos ante los que la doctora Von Rohr hacía «solo una pregunta», casi una enfermedad imaginaria, que un hombre realista como él normalmente descartaba.

—No existe medicación para el hospitalismo —dijo la doctora Krauer-Poppe, como si la enfermedad tampoco existiese para ella.

—¡Pero William está a gusto aquí! —insistió el doctor Horvath.

—Está más a gusto en St. Peter —corrigió la doctora Von Rohr al doctor Horvath—. *Die Kirche* de St. Peter, la iglesia, quiero decir —explicó a Jack—. Su padre toca el órgano allí los lunes, miércoles y viernes por la mañana, a las ocho.

—¡Jack puede oírlo tocar mañana! —exclamó el doctor Horvath.

—La visita merecería la pena solo por eso, incluso el largo viaje desde Los Angeles —dijo el doctor Berger a Jack.

—Uno de nosotros debería acompañar a Jack; no debería ir solo con William —dijo el profesor Ritter.

—¡William nunca va solo a St. Peter! —exclamó la doctora Von Rohr.

—Tampoco debería ir con Hugo —sugirió la doctora Krauer-Poppe—. Uno de nosotros debería acompañar a Jack y a William.

—¡A eso me refería! —dijo el profesor Ritter con exasperación.

—¡Yo los llevaré! —vociferó el doctor Horvath—. ¡A su padre le hará mucha ilusión tocar para usted! —dijo a Jack.

—Quizá demasiada ilusión —dijo la doctora Krauer-Poppe—. Yo también debería ir, por si necesita medicación. Acaso convenga administrarle un calmante.

—Un exceso de ilusión puede ser un desencadenante —explicó el doctor Berger.

—Puede ser, pero no suele serlo —dijo la doctora Von Rohr a Jack.

—Anna-Elisabeth y yo iremos a St. Peter con ellos. No ocurrirá nada para lo que no estemos preparados —dijo el doctor Horvath con tono tranquilizador.

—Para nosotros, su padre es muy especial, Jack. Es un privilegio cuidar de él —dijo el profesor Ritter.

—Es un honor protegerlo —corrigió la doctora Von Rohr con su afán de puntualización.

—¿Y qué hace con Hugo cuando van a la ciudad? —preguntó Jack al equipo.

El doctor Horvath daba saltos en el suelo de la sala de ejercicio. El profesor Ritter se contuvo por una vez de decir «Pues, en fin...». La doctora Krauer-Poppe cruzó categóricamente los brazos sobre la pechera de su bata blanca, como si quisiera decir que no había medicación para lo que William y Hugo hacían en la ciudad. La doctora Von Rohr, en un ademán impropio de ella, se tapó la cara con las manos, como si por un momento se creyese la doctora Krauer-Poppe.

—A veces solo van a una cafetería... —empezó a decir el profesor Ritter.

—Van a mirar a las mujeres, pero solo a mirar —sostuvo el doctor Horvath.

—¿Mi padre sale con alguien? —preguntó Jack.

—Las mujeres no le son indiferentes —contestó la doctora Krauer-Poppe—. Y él les resulta muy atractivo a las mujeres, eso no ha cambiado. No pocas de nuestras pacientes se sienten atraídas por él, pero desaconsejamos esa clase de relaciones en la clínica, claro está.

—¿Sigue interesado en el sexo o lo practica? —preguntó Jack.

—¡No aquí, esperamos! —exclamó el doctor Horvath.

—Quería decir en la ciudad —aclaró Jack.

—Alguna que otra vez —empezó el doctor Berger con su natural realismo—. Hugo lleva a su padre a ver a una prostituta.

—¿Y eso es seguro? —preguntó Jack a la doctora Krauer-Poppe, quien (imaginó) podría haber recetado alguna *medicación* para eso.

—No si mantuviese relaciones sexuales con la prostituta, pero no lo hace —respondió la doctora Krauer-Poppe.

—Esas visitas son extraoficiales; es decir, oficialmente no las aprobamos —explicó el profesor Ritter a Jack.

—Solo las aprobamos extraoficialmente —dijo la doctora Von Rohr. Había recuperado su habitual actitud de jefa de departamento. Sarcástica y «ahora bien» hasta la médula.

—¡Físicamente goza de buena salud! —exclamó el doctor Horvath—. ¡Necesita mantener relaciones sexuales! Por supuesto, aquí no debería mantener relaciones sexuales con nadie, y desde luego no con otra paciente o con alguien del personal.

—Pero ha dicho que no mantiene relaciones sexuales —dijo Jack a la doctora Krauer-Poppe.

—Cuando está con la prostituta, se masturba —le aclaró ella a Jack—. Para eso no se requiere medicación.

—Como ante la fotografía de una mujer en una revista, supongo. Solo que es una mujer real en lugar de una fotografía —dijo el doctor Berger.

—¿Como si fuese pornografía? —preguntó Jack.

—Pues, en fin... —repitió el profesor Ritter.

—William también tiene revistas de esas —anunció la doctora Von Rohr con desaprobación.

—Las revistas son sexo seguro, ¿no? —preguntó la doctora Krauer-Poppe—. Y la prostituta tampoco implica el menor riesgo, tal como él la ve.

—Ya me hago una idea —dijo Jack—. No tengo inconveniente.

—Creemos que su hermana tampoco tiene inconveniente —dijo el profesor Ritter—. Es solo que nosotros, desde un punto de vista oficial, sí tenemos inconveniente.

—¿Hay una lógica que se me escapa en no tener inconveniente desde un punto de vista extraoficial? —preguntó la doctora Von Rohr.

El doctor Horvath hacía sentadillas en la sala de ejercicio; el suelo crujía.

—*Bitte*, Klaus —dijo el profesor Ritter.

—¿Ve mi padre siempre a la misma prostituta, o es una mujer distinta cada vez? —preguntó Jack.

—Para esos detalles, quizá sea mejor que le pregunte a Hugo —dijo el doctor Berger.

—¿Debe conocer a Hugo? Es solo una pregunta —dijo la doctora Von Rohr. (El doctor Berger negaba con la cabeza).

—Ya sea aquí, en Kilchberg, o fuera de aquí, al final todos debemos conocer a un Hugo —dijo el profesor Ritter.

—Para los Hugos no hay medicación —dijo la doctora Krauer-Poppe.

—*Leider nicht* —comentó la doctora Von Rohr. («Por desgracia no»).

—Bueno, a menos que sea mal momento, creo que me gustaría conocer ya a mi padre —dijo Jack al equipo.

—¡De hecho es un buen momento! —exclamó el doctor Horvath.

—Es nuestra hora de lectura. William es un buen lector —explicó el doctor Berger.

—Es nuestra hora de silencio —dijo la doctora Von Rohr.

—Creo que está leyendo una biografía de Brahms —dijo la doctora Krauer-Poppe.

—¿Brahms no es un desencadenante? —preguntó Jack.

—Leer sobre él no —dijo el doctor Berger con realista naturalidad.

—Su padre tiene dos habitaciones, más un baño, en la sección privada —dijo el profesor Ritter a Jack.

—De ahí el alto precio —añadió la doctora Von Rohr.

—He reservado mesa en un restaurante para esta noche —dijo Jack—. No sé



quién más quiere venir, pero he reservado mesa para cuatro en el Kronenhalle.

—¡El Kronenhalle! —bramó el doctor Horvath—. ¡Debe probar la *Wiener Schnitzel* o la *Bratwurst*!

—En el Kronenhalle hay espejos —dijo la doctora Krauer-Poppe—. Uno junto a cada entrada y otro sobre el aparador.

—Seguramente son evitables —dijo el profesor Ritter.

—¡El que hay en el baño de caballeros no lo es! —dijo el doctor Horvath.

—¿Quién va a acompañarlos? —preguntó el doctor Berger—. Yo no puedo, esta noche no.

—Yo sí puedo —dijo la doctora Krauer-Poppe—. Tenía una cita, pero puedo cancelarla.

—Eso sería lo mejor, Anna-Elisabeth, por si William necesita medicación —dijo el profesor Ritter.

—Seguramente Hugo también está disponible —sugirió la doctora Von Rohr.

—Preferiría no ir con Hugo, Ruth —comentó la doctora Krauer-Poppe—. El Kronenhalle no es precisamente la clase de establecimiento que frecuenta Hugo.

—¡Yo no puedo ir al Kronenhalle esta noche y a St. Peter mañana! —exclamó el doctor Horvath.

—Quizá yo pueda ir; comprobaré mi agenda —dijo el profesor Ritter—. O tal vez pueda ir la doctora Huber.

—Es sensato ir a un restaurante con una internista —comentó el doctor Berger—. Por si alguien se indispone.

—¡Nadie se indispone en el Kronenhalle! —exclamó el doctor Horvath.

—La doctora Huber tiene demasiadas urgencias —dijo la doctora Krauer-Poppe—. Si la llaman, me quedaré sola con William y Jack... y los espejos. Además, debería haber otro hombre, por si William quiere ir al baño de caballeros.

—Pero yo estaré allí —le recordó Jack.

—Me refiero a otro hombre que conozca a su padre —dijo la doctora Krauer-Poppe.

—Comprobaré mi agenda —repitió el profesor Ritter.

La doctora Von Rohr tenía en el rostro una expresión de jefa de departamento pero sonreía. Esa sonrisa era algo nuevo para Jack, pero los otros parecían familiarizados con ella.

—¿Qué pasa, Ruth? —preguntó la doctora Krauer-Poppe a su colega.

—No me perdería una visita al Kronenhalle con William y Jack Burns por nada del mundo —dijo—. No dejaría de ir al baño de caballeros, no si William fuese, ni aunque intentaseis impedírmelo.

La doctora Krauer-Poppe se tapó la cara con las manos; por lo visto no existía medicación para impedir que la doctora Von Rohr se quedara sin ir al Kronenhalle. (El doctor Berger volvía a negar con la cabeza).

—Muy bien, asunto resuelto —dijo el profesor Ritter no muy convencido.

—Cualquiera menos Hugo, supongo —dijo filosóficamente la doctora Krauer-Poppe, que se había recobrado—. Ruth y yo los acompañaremos, pues.

—No te imaginas la ilusión que me hace, Anna-Elisabeth —dijo la doctora Von Rohr.

—Creo que me gustaría ir a casa a prepararme para la cena —anunció la doctora Krauer-Poppe al profesor Ritter.

—¡Cómo no! —exclamó el profesor. Todos observaron cómo la doctora Krauer-Poppe abandonaba la sala. Vestía magníficamente; ni siquiera la bata blanca parecía fuera de lugar.

—Estoy impaciente por ver qué se pondrá Anna-Elisabeth esta noche —dijo la doctora Von Rohr después de marcharse su colega—. Va a casa para vestirse, y no me refiero a cambiarse la bata blanca.

—Esta noche tenía una cita con su marido —dijo el doctor Berger a todos los presentes—. Probablemente va a casa para cancelar esa cita de una manera agradable.

Jack lamentó haber obligado a la doctora Krauer-Poppe a cambiar de planes. (La doctora Von Rohr, en cambio, parecía contenta de haber cambiado los suyos).

—¡Descuide! —dijo el doctor Horvath a Jack, y le dio una palmada en el hombro—. ¡Pase lo que pase esta noche, irá al Kronenhalle!

—Solo quiero ver a mi padre. Para eso he venido —les recordó Jack.

—Nosotros solo queremos prepararle para verlo —declaró el doctor Berger.

El doctor Horvath ya no le daba palmadas en el hombro a Jack, pero le masajeaba la nuca con su mano grande y fuerte.

—Tengo que pedirle un favor, si me permite —dijo el austríaco.

—Cómo no. ¿De qué se trata? —preguntó Jack.

—Si pudiera decir algo; o sea, decirlo a la manera de Billy Rainbow. ¡Sé que puede hacerlo! —lo instó el doctor Horvath.

—De eso no hay duda —dijo Jack en el papel de Billy. (Después del episodio en el aeropuerto de Edimburgo, para él supuso un alivio poder *actuar* todavía).

—*Wunderschön!* —exclamó el doctor Horvath. («¡Maravilloso!»).

—Bochornoso, Klaus —dijo la doctora Von Rohr—. Espero que me perdone —dijo a Jack—, pero Billy Rainbow me pone los pelos de punta.

—Esa es la intención —contestó Jack.

—Debo advertirle, Jack —dijo el profesor Ritter—, que William dice esa frase exactamente igual que usted.

—Su padre ha hecho todo un estudio sobre usted —intervino el doctor Berger.

—Debe prepararse, Jack; William sabe más de usted de lo que quizá se piense —dijo la doctora Von Rohr. (El doctor Horvath había dejado de masajearle la nuca a Jack, pero la doctora Von Rohr le había rodeado los hombros con los brazos en un gesto de camaradería).

—Sí, me lo contó Heather: ha memorizado todas mis frases —dijo Jack.

—No me refería solo a sus películas —lo previno la doctora Von Rohr.

—Creo que ya va más que preparado, Ruth —declaró el doctor Berger.

—*Ja, der Musiker!* —gritó el doctor Horvath a Jack. («¡Sí, el músico!»)—. ¡Es hora de que conozca al músico!

## 39 - El músico

En la sección privada del sanatorio Kilchberg se respiraba una serenidad que quizá Jack, en un primer momento, no había valorado en su justa medida. (Mentalmente no estaba sereno). El propio edificio, que era de estuco blanco con postigos del mismo color azul grisáceo del lago, parecía más un pequeño hotel que un hospital. Las habitaciones de su padre, en la esquina de la tercera planta, con vistas a los tejados de Kilchberg, miraban a la orilla este del lago Zúrich. A lo lejos, al sur del lago, se alzaban los Alpes entre la bruma.

La cama de hospital donde el padre de Jack leía tumbado estaba en posición semirreclinada. La cama y el hecho de que no hubiese alfombras sobre los insonoros suelos recubiertos de goma eran los únicos indicios de que esa *suite* privada formaba parte de una institución, y de que el hombre que leía en la cama necesitaba atención médica. Si bien las ventanas estaban abiertas y una cálida brisa soplaba desde el lago, William vestía como en un día fresco de otoño: camisa de franela gruesa sobre una camiseta blanca, pantalón de pana y calcetines blancos de deporte. (Si Jack hubiese llevado esa misma ropa, habría estado sudando, y sin embargo, al mirar a su padre, lo asaltó de inmediato una sensación de frío).

El dormitorio, que daba a otra habitación —donde había un sofá y una mesa de juego con un par de sillas de respaldo recto—, no estaba abarrotado de muebles y recuerdos. Jack solo vio fotografías: descomunales tableros de anuncios repletos de instantáneas superpuestas. También había *pósters* de películas colgados en las paredes de color melocotón de las dos habitaciones. Eran *pósters* de las películas de Jack Burns; tras un simple vistazo, Jack se dio cuenta de que su padre los había enmarcado y colgado todos. Jack vio que los estantes contenían una colección de películas en DVD y discos compactos y cintas de vídeo, así como libros propiamente dichos, más equilibrada que la que había visto en el despacho o en la habitación de su hermana.

El equipo médico, junto con el profesor Ritter y Jack, había entrado en los aposentos, modestos pero atractivos, en total silencio. Al principio Jack pensó que su padre no sabía que estaban allí. (William no había apartado la vista del libro). Pero —como indicaba la puerta del pasillo, que estaba entreabierta— vivir en una clínica psiquiátrica había habituado al padre de Jack a las intrusiones. William estaba acostumbrado a que médicos y enfermeras no llamaran necesariamente a la puerta.

El padre de Jack percibía la presencia del grupo en la habitación; había mantenido la vista en el libro a propósito. Jack interpretó aquel gesto de su padre como una declaración acerca de la privacidad. A William Burns, en efecto, le encantaba el sanatorio Kilchberg, como había afirmado el campechano doctor Horvath, pero eso no significaba que le encantase todo lo de allí.

—No me digan nada, déjenme adivinar —dijo el padre de Jack, obstinado en mantener la mirada fija en el libro—. Se han reunido y, asombrosamente, han llegado

a una conclusión. ¡Oh, qué alegría! Han mandado un comité para comunicarme sus pensamientos más interesantes. —(William se negaba aún a mirarlos; las pulseras de cobre que llevaba puestas relucían en la mortecina luz de última hora de la tarde).

William Burns habló sin ningún acento perceptible, como si después de tantos años en ciudades extranjeras y en las iglesias de esas ciudades hubiese reemplazado lo que en otro tiempo hubo de escocés en él. Desde luego no tenía dejo norteamericano, pero tampoco parecía británico. Era un inglés europeo, hablado en Estocolmo y en Stuttgart, en Helsinki y en Hamburgo. Era el inglés sin acento de los himnos, de todas las voces puestas al servicio de la música, desde la iglesia de la ciudadela, la Kastelskirken de Frederikshavn, a la Oude Kerk de Amsterdam.

En cuanto al sarcasmo de William, Jack comprendió que su hermana, Heather, quizá no había heredado el suyo de su madre alemana, como pensó inicialmente.

—No seas infantil, William —dijo la doctora Von Rohr.

—Tienes una visita especial, William —dijo el doctor Berger.

El padre de Jack permaneció inmóvil; no leía, pero no apartaba la vista del libro.

—¡Tu hijo, Jack, ha venido de muy lejos para llevarte a cenar! —exclamó el profesor Ritter.

—¡Al Kronenhalle! —añadió el doctor Horvath con voz estentórea.

William cerró el libro y los ojos; como si pudiese ver o imaginarse a su hijo mejor con los ojos cerrados. Jack era incapaz de mirarlo en esa actitud; así pues, desvió la vista a las fotografías del tablón de anuncios más cercano, en espera de que su padre abriese los ojos o hablase.

—Los dejaremos solos —dijo el profesor Ritter a su pesar.

Jack esperaba ver fotografías suyas, principalmente recortes de revistas de cine: todos los estrenos, la fantochada de la alfombra roja, la ceremonia de entrega de los Oscars. Pero no fotos personales, de las que había muchas. (¡Había más de Jack que de Heather!).

Allí estaba él en una de las muchas dramatizaciones de la señorita Wurtz en el St. Hilda. Naturalmente, se reconoció en el papel de novia encargada por correo, aquella actuación trascendental y sangrienta en la histriónica producción del señor Ramsey. La señorita Wurtz y el señor Ramsey debían de haber tomado las fotos. (Jack estaba casi seguro de que era Caroline quien había enviado las fotografías a su padre).

Pero eso no explicaba las fotos de Jack con Emma —si bien Lottie debía de haber tomado las de la cocina de la señora Wicksteed, había otras de Jack con Emma en casa de la señora Oastler—, ni las de Jack con Chenko en el gimnasio de Bathurst Street, ni las de Jack luchando en Redding. ¿Había enviado Leslie Oastler las fotografías a William? (¿Había cedido acaso la madre de Jack, aunque fuese solo un poco?).

La señora Oastler y la madre de Jack nunca habían estado en Redding. ¿Había enviado el entrenador Clum esas fotos de los combates de lucha a William? También había fotografías de lucha en Exeter; quizás el entrenador Hudson y el entrenador

Shapiro habían intervenido también como mensajeros.

Jack oyó cómo se cerraba suavemente la puerta del pasillo. Cuando miró a su padre en la cama de hospital, William tenía los ojos abiertos y sonreía. Jack no sabía cuánto tiempo llevaba su padre observándolo. Jack apenas había echado una ojeada a uno de los doce tablones de anuncios o más que tenía allí; solo había visto una pequeña parte de las fotografías, pero le bastaban para saber que su padre se había rodeado de imágenes de la infancia de Jack y de sus años de colegio. (Eso explicaba algo de la rabia de Heather contra Jack, a saber, que el pasado de Jack tenía mayor presencia visual que el de ella en el confinamiento de su padre).

—Temía que me olvidases —dijo su padre. Era una de las frases de Billy Rainbow. A Jack siempre le había gustado esa frase, y su padre la declamó a la perfección.

Jack abarcó todas las fotografías con un ademán lánguido.

—Temía que me hubieses olvidado —dijo, no con la voz de Billy Rainbow sino con la suya propia.

—Querido hijo mío —respondió su padre; dio unas palmadas a la cama, y Jack se sentó junto a él—. Tú no tienes hijos; cuando los tengas, comprenderás que es imposible olvidarlos.

Solo entonces se fijó Jack en los guantes de su padre. Debían de ser guantes de mujer, muy ajustados y de tela tan fina que William podía pasar las páginas del libro tan cómodamente como con las manos desnudas. Los guantes eran de un tono tostado claro, casi de color piel.

—Tengo las manos muy feas —susurró el padre de Jack—. Envejecieron antes que el resto de mi cuerpo.

—Déjame verlas —dijo Jack.

William hizo una mueca de dolor una o dos veces mientras se despojaba de los guantes, pero no permitió que Jack lo ayudara. Puso las manos en las de su hijo; Jack notaba el ligero temblor de su padre, como si tuviese frío. (En ese momento, Jack se sofocaba en la habitación). Los bultos en los nudillos de su padre eran tan extremos que Jack dudó que su padre pudiese ponerse o quitarse anillos; William no usaba anillos.

Y las protuberancias óseas, los nódulos de Heberden que se habían formado en las articulaciones del último nudillo, le desfiguraban las manos más de lo que Jack había previsto.

—Por lo demás estoy bien, Jack —dijo su padre. Se llevó una mano al corazón—. Excepto aquí, de vez en cuando. —Se colocó el dedo índice de la otra mano en la sien, como si se apuntase a la cabeza con una pistola—. Y aquí —añadió, y le dirigió a Jack una sonrisa picara—. ¿Y tú cómo estás?

—Bien —contestó Jack.

Era como verse a sí mismo en una cama de hospital, con ropa que nunca se pondría, como si Jack se hubiese quedado dormido una noche cuando tenía treinta y

ocho años y hubiese despertado a la mañana siguiente con sesenta y cuatro.

William Burns era delgado, como muchos músicos. Con el cabello largo y la belleza femenina de su cara de huesos pequeños, parecía más un rockero que un organista, más el cantante de un grupo (o uno de esos hombres andróginos y flacos con una guitarra eléctrica) que «un teclista», como lo había llamado Heather.

—¿De verdad vamos al Kronenhalle? —preguntó a Jack su padre.

—Sí. ¿Por qué es tan especial ese restaurante? —preguntó Jack.

—Hay obras de arte auténticas en las paredes, de Picasso y gente así. James Joyce tenía allí su propia mesa. Y la comida es buena —dijo William—. Espero que no vayamos con el doctor Horvath. Klaus me cae bien, pero come igual que un campesino.

—Vamos con la doctora Von Rohr y con la doctora Krauer-Poppe —aclaró Jack.

—Oh, qué alegría —dijo William tal como lo había dicho antes: con sarcasmo—. Son dos de las psiquiatras más guapas que verás en la vida, eso tengo que admitirlo, pero yo con un rato de Ruth tengo más que suficiente, y Anna-Elisabeth nunca me lleva a ninguna parte sin traerme alguna medicación.

Jack luchaba contra la sensación respecto a la que su hermana lo había prevenido: su padre le parecía casi normal, o al menos ni la mitad de excéntrico de lo que preveía. Desde luego William no estaba tan nervioso como el profesor Ritter, ni era tan vocinglero como el profesor Horvath, y no era ni la tercera parte de vehemente que el doctor Berger o que la doctora Von Rohr o la doctora Krauer-Poppe. A decir verdad, entre los miembros del equipo que atendía a William Burns, solo la doctora Huber le había parecido a Jack normal, y era una internista, no una psiquiatra. («Pragmática», la había llamado Heather).

—Tienes muchas fotografías —le dijo Jack a su padre—. Mías, quiero decir.

—¡Pues sí, claro! —exclamó William—. Deberías verlas. Seguro que cuando se tomaron algunas de ellas no te diste cuenta.

Jack se levantó de la cama y miró los tablones de anuncios; su padre lo siguió descalzo, tan cerca y en silencio como la sombra de Jack.

Había más fotos de lucha; demasiadas, pensó Jack. ¿Quién podía haberlas tomado? ¡Había hasta diez del mismo combate!

Ese era el caso en uno de sus combates en Redding y de dos en Exeter. Jack no se había enterado de que tenía un admirador tan ferviente en ninguno de los colegios. Sabía, por supuesto, que su padre había pagado las mensualidades tanto en Exeter como en Redding; quizá William se había sentido autorizado a pedir a alguien que sacase fotos de Jack luchando, pero ¿a quién?

Jack sintió los brazos de su padre alrededor del pecho, por debajo de sus propios brazos; los dedos largos y nudosos de las pequeñas manos de William se entrelazaron sobre el corazón de su hijo. Jack sintió que su padre lo besaba en la cabeza.

—¡Querido hijo mío! —exclamó su padre—. ¡Me costaba tanto imaginarte como luchador! Tenía que verlo con mis propios ojos.

—¿Me viste luchar?

—Prometí a tu madre que no me pondría en contacto contigo. ¡No dije que nunca te vería! —exclamó él—. Tus combates de lucha eran públicos; aunque ella se hubiese enterado, y no se enteró, no podría haberme mantenido a distancia.

—¿Sacaste tú alguna de estas fotografías? —preguntó Jack.

—¡Algunas, claro! El entrenador Clum era un buen hombre, aunque no tenía gran talento como fotógrafo, y el entrenador Hudson y el entrenador Shapiro..., ¡personas maravillosas! Tu amigo Hermán Castro es un gran chico; deberías mantenerte en contacto con él. Más que hasta ahora, quiero decir, Jack. Pero muchas de las fotos de lucha las tomé yo mismo. ¡Sí, así es! —De pronto la estupefacción de Jack pareció irritar a William—. ¡No iba a hacer semejante viaje y privarme de tomar unas cuantas fotos! —dijo su padre con cierta indignación en la voz—. ¡Menuda lata es viajar a Maine! ¡Y llegar a New Hampshire no resulta mucho más fácil!

Jack pensó que Heather acababa de nacer cuando él empezó a luchar en Redding; es posible que William viajase a Maine cuando Barbara estaba embarazada, o cuando Heather era un bebé. Y cuando William fue a New Hampshire, en la época en que Jack luchaba en Exeter, Heather debía de tener muy corta edad, tan corta que no recordaría las ausencias de su padre. Pero ¿habían sido momentos difíciles para Barbara esos viajes a los combates de lucha?, se preguntó Jack. Primero tuvo un cáncer, luego murió atropellada por un taxi, y ahí se acabaron los viajes.

En uno de los tablones de anuncios de William había una instantánea de Jack en el Hama Sushi; por cómo sonreía a la cámara, solo Emma podía haber tomado la fotografía. Y otra de Jack con Emma sobre su regazo; recordaba que esa la tomó Emma. Estaban en su primer apartamento, su mitad del dúplex devorado por las ratas en Venice. También había una foto de Jack vestido para su empleo de camarero en el American Pacific; solo Emma podía haberla tomado.

—¿Estas te las envió Emma? —preguntó Jack a su padre.

—Me consta que Emma podía ser difícil en ocasiones —contestó su padre—, pero era una buena amiga tuya, leal y sincera. No la conocí en persona; solo hablábamos por teléfono de vez en cuando. ¡Mira aquí! —exclamó de pronto su padre, tirando de Jack hacia otro tablón de anuncios—. ¡Tu amiga Claudia también me envió fotos!

Allí estaban, Claudia y Jack, aquel verano que interpretaron a Shakespeare en los Berkshire. Él quería el papel de Romeo pero hizo el de Tibaldo. Y había fotos del teatro de Connecticut donde los dos, Claudia y Jack, hicieron de mujeres en aquella obra de Lorca, *La casa de Bernarda Alba*. (Afortunadamente, no había fotos del episodio de la intoxicación alimentaria).

—¿Conociste a Claudia? —preguntó Jack a su padre.

—Solo por teléfono, lamentablemente —dijo William—. Una buena chica, muy seria. Pero quería hijos, ¿no?

—Sí —contestó Jack.



—Has conocido a algunas personas en mal momento, ¿verdad? —preguntó su padre—. Yo conocí a tu madre en mal momento, mal momento para ella y para mí, como se vio.

—¡No tenía derecho a apartarte de mí! —dijo Jack airado.

—¡No seas tan americano! —contestó su padre—. ¡Los americanos creéis tener tantos derechos! Yo conocí a una joven y le dije que la amaría eternamente, pero no lo hice. De hecho, no la amé por mucho tiempo. A decir verdad, cambié de idea sobre ella muy pronto, pero no antes de haber cambiado su vida. Si le cambias la vida a alguien, Jack, ¿qué derechos has de tener? ¿No tenía derecho a enfadarse tu madre?

Su padre parecía tan cuerdo como cualquiera de las personas que Jack había conocido. «¿Por qué está mi padre aquí?», se preguntaba una y otra vez Jack, pese a que Heather lo había prevenido contra eso.

Había fotografías de Jack en el papel de Chica del Kit Kat, el verano que él y Claudia querían ser Sally Bowles en *Cabaret*, y unas cuantas fotos del verano de 1986, cuando Jack conoció a Bruno Litkins, la garza gay, que le había asignado el papel de la Esmeralda travestida en *El jorobado de Notre Dame*, y lo empujó así pendiente abajo en una cuestionable carrera, en la que sin embargo había sobrevivido con su orientación heterosexual casi intacta.

—Lo hacías muy bien como chica —le decía su padre—. Pero yo, como padre tuyo, comprensiblemente prefería verte en papeles masculinos.

Había fotos de Jack con su madre y Leslie Oastler, y una de él y su madre en Alice la Hija. ¿Había tomado esa foto la señora Oastler o un cliente del estudio de tatuaje?

—Emma pensó que yo debía ver cómo era su madre —explicó el padre de Jack—, porque le preocupaba que su madre te hubiera puesto a sus pies. ¡Y no me refiero en un combate de lucha!

—¿También te mandaba fotografías la señora Oastler? —preguntó Jack—. ¿Hablaste alguna vez con ella por teléfono?

—Tenía la impresión de que Leslie me mandaba fotos o me llamaba solo cuando estaba enfadada con tu madre —explicó el padre de Jack.

—Probablemente cuando mamá le era infiel —dijo Jack.

—Nunca pregunté por tu madre, Jack. Solo me interesabas tú.

Había una fotografía de Jack con la señorita Wurtz aquella vez que él y Claudia la llevaron al festival de cine de Toronto. La señorita Wurtz estaba radiante con su atuendo de antigua estrella de cine. Esa foto debió de tomarla Claudia, pero la sonrisa seductora que la Wurtz dirigía a la cámara era inconfundible; saltaba a la vista que Caroline sabía que ella misma o Claudia enviarían la foto a William.

Y había una de Jack y Claudia, que sin duda sacó la señorita Wurtz. Jack no recordaba si era de la noche anterior al malentendido de Mishima o de la noche posterior. Se colaron sin mayor dificultad en una fiesta privada, porque los gorilas tomaron a la señorita Wurtz por una persona famosa. En la instantánea, Claudia mira

a Jack con afecto, pero él tiene la vista puesta en otra parte; no la mira a ella ni a la cámara. (Conociendo a Jack, seguramente buscaba a Sonia Braga entre los presentes).

—¿Cómo me has encontrado, hijo querido? —preguntó su padre.

—Heather me encontró a mí. Llamó a la señorita Wurtz. Caroline siempre sabe dónde encontrarme.

—Mi querida Caroline —dijo William, como si encabezase una carta—. ¡Hablando de conocer a alguien en mal momento!

—Acabo de estar en Edimburgo con Heather —dijo Jack.

—Es una marimandona, ¿verdad? —preguntó su padre.

—La adoro —contestó Jack.

—Y yo también, hijo querido, yo también.

Había más fotos de Jack con Emma; durante gran parte de su vida, Emma había estado a su lado. En el bar Marmont, junto a la piscina del Skybar en el hotel Mondrian de Sunset Boulevard, y en una de aquellas villas privadas en el recinto del Sunset Marquis en West Hollywood. Había fotos de Jack al volante de su Audi, de un Audi tras otro. (Ahora sabía que Emma las había tomado todas, pero él nunca prestaba demasiada atención cuando le tomaban fotos, porque era algo que ocurría continuamente).

También había fotografías de Heather y de la madre de ella —algunas eran duplicados de las fotos que Heather le había enseñado a Jack—. Y había más fotos en la nieve, pero lo más sorprendente era la cantidad de veces que Alice aparecía en las fotografías de Jack. (Se preguntó por qué su padre no había cortado las fotos para excluirla; Jack lo habría hecho).

Y algunas de esas eran del primer viaje de Jack a los puertos del mar Báltico y del mar del Norte, cuando contaba cuatro años y aún tendía a coger a su madre de la mano.

Allí estaba en Nyhavn, frente al estudio de Tattoo Ole; Madsen el Mujeriego o el propio Ole tenían que haber tomado la foto. Y en Estocolmo, posando junto a un barco del archipiélago atracado frente al Grand. ¿Había tomado esa Torsten Lindberg? Jack nunca olvidaría que había conocido a su padre, sin saberlo, en el restaurante del hotel Bristol, en Oslo, donde William nunca se había acostado con Ingrid Moe. Pero ¿quién había tomado la fotografía de Jack cogido de la mano de su madre frente a la Domkirke, la catedral de Oslo?

Aun desde la tumba reconocería Jack el Bar Americano en lo que había pasado a ser el vestíbulo del hotel Torní, pero ¿cuál de las dos estudiantes de música lesbianas de Helsinki había sacado la foto de Jack y de su madre subiendo por la escalera? (Siempre subían por la escalera, porque el ascensor nunca funcionaba, y siempre — como en la foto— cogidos de la mano).

¿Por qué William Burns no había apartado de su vista hasta el menor rastro de la madre de Jack?

Jack miraba con tal atención las fotografías de Amsterdam que no se había dado

cuenta de lo cerca que estaba de él su padre, ni de que William miraba con atención a su hijo. Había una fotografía de Jack con su madre y Tattoo Theo, y otra de Jack con Tattoo Peter, el gran Peter de Haan, que había perdido la pierna izquierda por debajo de la rodilla. Tattoo Peter tenía el pelo lustroso y peinado hacia atrás que Jack recordaba, pero en la foto parecía más rubio; y también tenía el pájaro loco tatuado en el bíceps derecho que Jack recordaba.

—Tattoo Peter tenía solo quince años cuando pisó esa mina —decía William, pero Jack había pasado a otra foto. Se veía a sí mismo a los cuatro años, entrando con su madre en el barrio rojo. Allí las cámaras no eran bien recibidas; las prostitutas no querían que se las fotografiase. Sin embargo alguien —Els o Saskia, probablemente— debía de tener una cámara. Alice sonreía al fotógrafo como si no pasara nada, como si nunca hubiese pasado nada.

—¿Cómo te atreves a mirar a tu madre así? —preguntó su padre con aspereza.

—¿Cómo?

—¡Querido hijo mío! ¿Cuántos años hace que ha muerto? ¡Y todavía no la has perdonado! ¿Cómo te atreves a no perdonarla? ¿Te culpó ella a ti?

—¡Tampoco debería haberte culpado a ti! —exclamó Jack.

—*De mortuis nihil nisi bonum*. ¿Qué tal llevas el latín, Jack? —(Era evidente que William sabía que el latín no era el fuerte de Jack.)—. Nunca hables mal de los muertos.

—Esa es complicada —dijo Jack.

—Si no la perdonas, Jack, no tendrás en toda tu vida una relación que valga la pena con una mujer. ¿O has tenido alguna relación que valga la pena de la que yo no estoy enterado? ¡La doctora García no cuenta! Emma casi no cuenta. —(¡Incluso sabía lo de la doctora García!).

Jack no notó cuándo había empezado a temblar su padre, pero William temblaba. Se paseaba de un lado a otro; abrazándose el pecho, iba de la habitación a la sala de estar, y de nuevo a la habitación.

—¿Tienes frío, papa? —preguntó Jack. No sabía de dónde procedía ese «papa», sin acento. (Afortunadamente no de Billy Rainbow, no esa vez).

—¿Cómo me has llamado? —preguntó su padre.

—Papa.

—¡Me encanta! —exclamó William—. Heather me llama papá o papi. Tú no puedes llamarme así también. Me parece perfecto que me llames «papa».

—Muy bien, papa. —Jack pensaba que su padre dejaría correr ya lo de su madre, pero no tuvo esa suerte.

—Es hora de cerrar las ventanas; ya ha llegado el momento esta tarde —decía William; le castañeteaban los dientes. Jack lo ayudó a cerrar las ventanas. Aunque el sol no se había puesto, el lago presentaba un color más oscuro que antes; solo unos cuantos veleros salpicaban aún el agua. Su padre temblaba de manera tan violenta que Jack lo rodeó con los brazos.

—Si no puedes perdonar a tu madre, Jack, nunca te librarás de ella. Es por tu propio bien, entiéndelo, por tu alma. Cuando perdonas a alguien que te ha hecho daño, es como si escaparas de tu propia piel; así de libre te sientes, fuera de ti mismo, donde puedes verlo todo. —De pronto William dejó de temblar. Jack se apartó un poco de él para verlo mejor; reapareció la sonrisa picara de William, y se transformó una vez más—. ¡Huy! —exclamó el padre de Jack—. ¿He dicho «piel»? No he dicho «piel», ¿verdad?

—Sí, lo has dicho —respondió Jack.

—¡Huy! —repitió su padre. Empezaba a desbrocharse la camisa de franela, pero solo se había desabrochado la mitad de los botones cuando se la sacó de un tirón, por encima de la cabeza.

—¿Qué pasa, papa?

—Ah, no es nada —contestó William con impaciencia; estaba quitándose los calcetines—. «Piel» es uno de esos desencadenantes. Me sorprende que no te lo hayan dicho. No pueden darme antidepresivos y esperar que me acuerde de todos esos malditos desencadenantes.

En el empeine de ambos pies, donde tatuarse es muy doloroso, llevaba escritos los nombres de Jack y Heather: «Jack» en el pie derecho de su padre, «Heathep» en el izquierdo. (Como Jack no sabía leer música, no supo qué notas eran, pero les había puesto música a los nombres).

El padre de Jack se había quitado ya la camiseta y el pantalón de pana. Con unos calzoncillos a rayas, que le venían grandes —a Jack le costó imaginarse a su padre comprándolos en una de sus salidas con Waltraut Bleibel—, el cuerpo de su padre parecía el de un expeso gallo. William pesaba, a lo sumo, cincuenta y ocho o sesenta kilos, la antigua categoría de Jack en lucha. Los tatuajes cubrían el cuerpo fibroso de su padre con la pátina de un periódico mojado.

El tatuaje de Doc Forest destacaba entre los pentagramas tan claramente como una quemadura. Las palabras, que no estaban tan cerca del corazón como William habría deseado, marcaban el lado izquierdo de su caja torácica como un latigazo.

*La hija del comandante; su hermano pequeño.*

—No son los tatuajes, querido hijo mío —dijo el padre de Jack, y se plantó desnudo ante él; el llamativo blanco de sus manos, de su cara, de su cuello y de su pene eran lo único de él que no presentaba un negro azulado casi uniforme, degradado a gris en algunos sitios—. Es todo lo que he oído y sentido de verdad, es todo lo que alguna vez he amado. No son los tatuajes lo que me ha marcado. —Para su corta estatura, tenía los brazos muy largos, como un gibón.

—Quizá deberías vestirte, papa, para que podamos ir a cenar.

Jack vio aquellas notas chapuceras, un jirón de papel arrugado, en la cadera izquierda de su padre, donde la madre de Jack tenía en otro tiempo la certeza de que Bill el Vagabundo lo había tatuado, el tatuaje que, según Tattoo Ole, se había malogrado en la etapa de planificación. Jack solo alcanzó a vislumbrar las notas que

se curvaban bajo el brazo en el bíceps derecho de su padre; la mayor parte de ese tatuaje se perdía de vista, un error del Chino o del Vagabundo. Y el fragmento de un himno en la pantorrilla izquierda —«Alienta en mí, aliento de Dios», tanto la letra como la música— era tan bueno como había dicho Tattoo Ole. (Tenía que ser obra de Charlie Snow o Jerry el Marino).

En cuanto al himno de Pascua preferido de su padre, *Cristo nuestro Señor ha resucitado hoy*, a Jack le pareció que estaba del revés, pero cuando su padre se sentaba en el váter, William podía leer la música. Como ese tatuaje eran solo notas, sin letra, Jack supo que era «Cristo nuestro Señor» solo por el lugar donde estaba, y porque estaba del revés, y Jack recordaba, naturalmente, que Bill de Aberdeen se lo había hecho a William. Como Heather había dicho a Jack, ese tatuaje antiguo se solapaba con uno más nuevo, «*Wachet auf, ruft uns die Stimme*» («Despertad, nos llama la voz») de Walther, cuyos dos pentagramas superiores empezaban donde debería estar el coro del aleluya de *Cristo nuestro Señor*.

Su padre brincaba en la cama como un mono; con un mando a distancia, que William sostenía en una mano, había bajado la cama de hospital hasta dejarla en posición horizontal. Era difícil ver todos los tatuajes con la claridad suficiente para determinar, por ejemplo, qué frase larga y complicada de Handel ocupaba la zona lumbar de William. Jack solo sabía que ese era obra de Tattoo Ole. («Más música de Navidad», había dicho Ole con desdén). Pero Jack vio el tatuaje lo bastante bien para adivinar que se trataba del coro del *Mesías* de Handel («*For Unto Us a Child Is Born*»), y en tal caso la *Toccata* de Widor estaba justo al lado.

Casi perdido en un océano de música, el barco en lontananza de Herbert Hofmann era aún más difícil de ver a causa de los simioscos movimientos de William en la cama. Y allí, en el hombro derecho de su padre, Jack reconoció otro Tattoo Ole; se desplegaba como un jirón arrancado de una bandera. Era otra pieza de Bach, pero no la música navideña que la madre de Jack había pensado: ni el *Weihnachtsoratorium* ni el *Kanonische Veränderungen über das Weihnachtslied* de Bach. Con tanto salto, costaba ver el hombro de su padre con nitidez, pero el alemán de Exeter de Jack mejoraba por momentos: «*Der tag, der ist so freudenreich*» («El día es rico en alegrías»).

Jack vislumbró asimismo el nombre de Pachelbel, aunque no la pieza de música en particular, y en la media luna del coxis de su padre, el apelotonado fragmento de Theo Rademaker: «*Wirglauben all' an einen Gott*» («Todos creemos en un Dios»). (El compositor era Samuel Scheidt).

Al «*Jesu, meine Freude*» («Jesús, mi júbilo») de Bach, que Tattoo Peter le había hecho en Amsterdam, le faltaba en efecto parte de la palabra «Largo», como su hermana había dicho. El tatuaje de Balbastre (*Joseph est bien marié*) («José está bien casado»), que era más reciente y solo se solapaba un poco con el de Bach, era de algún artista del tatuaje que Jack no supo identificar.

El francés de Jack, que era inexistente, padeció ya con los *Trois préludes et*

*fugues pour orgue* de Dupré, y no digamos ya con «*Dieu parmi nous*» («Dios entre nosotros») de Messiaen, que seguía al número romano IX.

¿Significaba eso «Dios está entre nosotros»? se preguntaba Jack.

—¡Tengo un hijo! —gritaba su padre mientras brincaba en la cama—. ¡Gracias a Dios, tengo un hijo!

—Papá, no te hagas daño.

—«Papa» —lo corrigió su padre.

—Será mejor que lleves cuidado, papa.

Uno puede acabar con dolor de cabeza si intenta descifrar los tatuajes de un hombre desnudo saltando en una cama. Jack intentaba identificar el tatuaje de Bach que presuntamente le hizo Sami Salo en el trasero —y las notas que Trond Halvorsen (el *scratcher*) le tatuó en Oslo, donde además Halvorsen le causó una infección a William—, pero Jack empezaba a marearse por el esfuerzo.

—¿Sabes qué significa *toccata*?

—No, papa.

—Significa en esencia «toque», casi un toque martillado, por así decirlo —explicó su padre; ni siquiera le faltaba el aliento. Jack no vio señal alguna que diese la razón al doctor Horvath sobre los beneficios psicológicos del programa de *jogging* del sanatorio Kilchberg, pero los beneficios aeróbicos saltaban a la vista.

*La melodía para trompeta en re* de Stanley, que ocupaba el pecho de William en la zona del pulmón derecho, semejaba una proclama visual. (¿Acaso no se necesitaban buenos pulmones para tocar la trompeta?). Y ahí estaba la magnífica cita de Alain, en francés e inglés, en el trasero desnudo de su padre, por más que William no permaneciese quieto el tiempo suficiente para que Jack pudiera leerla.

—Papa, quizá deberías vestirme para la cena.

—Si paro me enfriaré, hijo querido. ¡No quiero pasar frío! —vociferó su padre.

Para el profesor Ritter y los médicos —estaban escuchando fuera, en el pasillo—, esas palabras debían de ser lo bastante habituales para interpretarlas como un aviso. Se oyó un golpeteo rápido y sonoro en la puerta; probablemente, el doctor Horvath.

—¡Quizá deberíamos entrar, William! —dijo el profesor Ritter; de hecho, no era una pregunta.

—*Vielleicht!* —gritó el padre de Jack. («¡Quizá!»).

William saltó de la cama; apoyó las manos en el suelo recubierto de goma y se agachó, se colocó de cara a Jack a la vez que levantaba el trasero desnudo hacia la puerta. Cuando el profesor Ritter y los médicos entraron, William les enseñaba el culo.

*La razón ha llegado a su límite.*

*Solo la fe sigue creciendo.*

—Debo decir, William, que esto es un poco decepcionante —declaró el profesor

Ritter.

—¿Solo un poco? —preguntó el padre de Jack; se había erguido y vuelto de cara a ellos, desnudo.

—William, esto no es lo que debes ponerte para ir al Kronenhalle —amonestó el doctor Horvath.

—No cenaré con un hombre desnudo, al menos no en público —anunció la doctora Von Rohr, pero Jack advirtió que al instante se arrepentía de las palabras que había elegido—. *Es tut mir leid* —añadió. («Lo siento», dijo al padre de Jack). Los demás médicos y el profesor Ritter la miraron consternados—. He dicho que lo sentía —repitió ella a la manera, que le era propia, de una jefa de departamento.

—Creo haber oído la palabra «desnudo» —dijo William a su hijo sonriendo—. ¡A ver si no es eso un desencadenante!

—He dicho que lo sentía, William —dijo la doctora Von Rohr.

—Bah, no pasa nada —contestó el padre de Jack malhumorado. Pero Jack vio el primer indicio de que su padre volvía a tener frío, un único estremecimiento—. Solo que ya os he dicho que no estoy desnudo. Ya sabéis que no es así como me siento.

—Lo sabemos, William —afirmó el doctor Berger—. Nos lo has dicho.

—Pero Jack no lo ha oído —intervino el profesor Ritter.

La doctora Von Rohr suspiró; si hubiese sostenido un lápiz entre sus largos dedos, lo habría hecho girar.

—Estos tatuajes son la verdadera ropa de su padre, Jack —dijo la doctora Von Rohr. Apoyó las manos en los hombros de William y recorrió con ellas sus brazos hasta sujetarle las muñecas—. Tiene frío porque muchos de sus compositores preferidos han muerto. La mayoría están muertos, de hecho, ¿no, William?

—Un frío sepulcral —dijo el padre de Jack moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento; temblaba.

—¿Y qué hay aquí, y aquí, y aquí, y por todas partes? —preguntó la doctora Von Rohr, señalando repetidamente los tatuajes de William—. Nada más que alabanzas al Señor, himnos de alabanza y oraciones de lamentación. Contigo, todo es adulación o duelo. Das gracias a Dios, William, pero lloras por casi todas las personas o por casi todas las cosas. ¿Qué tal lo he hecho hasta el momento? —preguntó. Jack se dio cuenta de que había calmado a su padre, pero nada podía detener el temblor. (El doctor Horvath lo intentaba frotándole los hombros a William mientras, más o menos al mismo tiempo, trataba de ponerle una camiseta por la trémula cabeza).

—Lo estás haciendo muy bien —dijo sinceramente el padre de Jack a la doctora Von Rohr. Tenía demasiado frío para el sarcasmo. Le castañeteaban los dientes otra vez.

—Tu cuerpo no está desnudo, William. Está magníficamente cubierto de himnos de júbilo, y de la pasión de un perdurable amor por Dios..., pero también de una perdurable pérdida —prosiguió la doctora Von Rohr.

El doctor Horvath continuó vistiendo a William como si este fuese un niño. Jack

vio que su padre se había rendido por completo, no solo a los esfuerzos del doctor Horvath por vestirlo, sino a la letanía de la doctora Von Rohr, que sin duda William le había recitado en más de una ocasión.

—Llevas puesto tu dolor, William —prosiguió la doctora Von Rohr—, y tu corazón roto siente gratitud; es solo que no puede mantenerte caliente, ya no. Y la música, o al menos parte de ella, es triunfal. «Jubilosa», dirías tú. Pero mucha es triste, ¿no, William? Triste como un canto fúnebre, triste como una lamentación, como te he oído repetir tantas veces.

—Ese «repetir» era sarcástico, Ruth —dijo el padre de Jack—. Hasta ese momento estabas haciéndolo bien.

La doctora Von Rohr volvió a suspirar.

—Solo pretendo que lleguemos a cenar a tiempo, William. Perdóname si ofrezco a Jack una versión abreviada.

—Creo que lo he entendido —dijo Jack a la doctora Von Rohr. (Pensaba que ella había hecho un buen trabajo, dadas las circunstancias.)—. Ya me hago una idea, papa, de verdad.

—¿Papa? *Was heisst* papa? —preguntó el doctor Horvath. («¿Qué significa “papa”?»).

—*Umgangssprache fiir Vater* —aclaró el profesor Ritter. («“Padre” en habla coloquial»).

—No es necesario que le pongas corbata, Klaus —dijo la doctora Von Rohr al doctor Horvath, que forcejeaba por hacerle el nudo de la corbata a William—. Jack no lleva corbata, y está bien.

«¡Pero es el Kronenhalle!», había estado a punto de exclamar el doctor Horvath, o eso pensó Jack con total certeza; sin embargo, el doctor Horvath retiró la corbata y guardó silencio.

—En la vida no todo se reduce a sufrir y a alabar a Dios, William —declamó el doctor Berger—. Es decir, si queremos ser realistas.

—No emplearé otra vez la palabra que he empleado antes, William —dijo la doctora Von Rohr con cautela—, pero permíteme decir que no puedes ir al Kronenhalle solo con tus tatuajes, porque, como sé que tú bien sabes, William, no son socialmente aceptables.

—No son socialmente aceptables —repitió el padre de Jack sonriendo. Jack comprendió que ser socialmente inaceptable complacía a William Burns, y que la doctora Von Rohr lo sabía.

—Quiero decirles que me doy cuenta de lo bien que cuidan a mi padre —dijo Jack a todos ellos—. Quiero que sepan que mi hermana y yo se lo agradecemos, y que mi padre se lo agradece. —Todos parecían incómodos, excepto William, que parecía irritado.

—No hace falta que nos des un discurso, Jack. Ya no eres canadiense —reprochó su padre—. Todos podemos ser socialmente aceptables cuando tenemos que serlo.



Bueno, Hugo quizá no —añadió William, con esa sonrisa picara a la que su hijo empezaba a acostumbrarse—. ¿Ya has conocido a Hugo, Jack?

—*Noch nicht* —contestó Jack. («Todavía no»).

—Pero supongo que te han hablado del carácter de las pequeñas excursiones que hago con Hugo alguna que otra vez —dijo su padre, y de su cara desapareció la picardía y la sonrisa, como si una palabra (no necesariamente «Hugo» sino la palabra equivocada) pudiera convertirlo en otra persona de un momento a otro—. Te han hablado, ¿verdad? —No bromeaba.

—Algo sé de eso —fue la evasiva respuesta de Jack. Pero su padre ya se había vuelto hacia el profesor Ritter y los demás.

—¿No creéis que un padre y su hijo deberían mantener juntos esas delicadas pero necesarias conversaciones sobre sexo? —preguntó William a sus médicos.

—*Bitte*, William —empezó a decir el profesor Ritter.

—¿No es eso lo que haría cualquier padre responsable? —prosiguió el padre de Jack—. ¿No es ese mi cometido? Hablar de sexo con mi hijo, ¿no es cometido mío? ¿Por qué ha de ser cometido vuestro?

—Pensábamos que Jack debía estar informado del asunto de Hugo, William —contestó el doctor Berger—. No sabíamos si sacarías el tema con él.

—Para ser realistas —dijo William, y se serenó un poco.

—Podemos hablar de eso más tarde, papa.

—Quizá durante la cena —sugirió su padre sonriendo a la doctora Von Rohr, que suspiró.

—¡Hablando de eso, deberían marcharse ya! —exclamó el doctor Horvath. Pero cuando se encaminaron por el pasillo, tras hacer su padre un gesto de deferencia a la doctora Von Rohr para que lo precediese, el doctor Horvath sujetó a Jack por los dos hombros y lo retuvo.

—¿Cuál de los desencadenantes ha sido? —susurró el doctor a Jack al oído. Con el doctor Horvath, incluso los susurros eran estridentes—. *Das Wort* —susurró. («La palabra.»)—. ¿Cuál ha sido?

—«Piel» —susurró Jack—. Ha sido la palabra «piel».

—*Gott!* —exclamó el doctor Horvath—. Esa es una de las peores. ¡Esa es incontinente!

—Me alegra saber que algunos de los desencadenantes son contenibles —dijo Jack—. «Desnudo», por ejemplo. Según parece, la doctora Von Rohr lo ha contenido.

—*Ja*, «desnudo» no es tan grave —confirmó el doctor Horvath quitándole importancia—. Pero vale más que no pronuncie la palabra «piel» en el Kronenhalle. ¡Y los espejos! —recordó con una exclamación ahogada—. Mantenga a William apartado de los espejos.

—¿Es un espejo uno de los desencadenantes incontinentes? —preguntó Jack.

—Un espejo es más que un desencadenante —contestó el doctor Horvath, circunspecto—. ¡Un espejo es *das ganze Pulver!*

—¿Cómo? —preguntó Jack; no conocía la expresión.

—*Das ganze Pulver!* —exclamó el doctor Horvath—. ¡Toda la munición!

Su velada en el Kronenhalle se inició con los halagos de William a la mecha plateada en el cabello castaño rojizo de la doctora Von Rohr: según dijo, siempre le había dado la impresión de que a ella debía de haberle caído un rayo una mañana camino del trabajo. Cuando la doctora se encontró con su primer paciente, imaginaba él, tomó plena conciencia de la parte de su cabeza donde había caído el rayo, en esencia porque el rayo había causado tales daños a las raíces de su pelo que este ya había muerto y encanecido.

—¿De verdad es eso un halago, William? —preguntó la doctora Von Rohr.

Aún no se habían sentado a su mesa, que estaba en una sala con un tabique de cristal esmerilado. Habían entrado en el Kronenhalle desde Rámistrasse. La doctora Von Rohr, que era mucho más alta que el padre de Jack, tapó a propósito el espejo situado detrás de la barra para que él no lo viese. Dejaron atrás los servicios de señoras y de caballeros, que albergaban más espejos, pero dichos espejos no estaban a la vista desde el pasillo que recorrieron para llegar a la sala acristalada. (El espejo sobre el aparador se hallaba en otra parte del restaurante).

William miraba alrededor pero no veía más allá de la doctora Von Rohr —le llegaba a los pechos—, y la doctora Krauer-Poppe lo agarraba del brazo. Jack los siguió. Su padre volvía continuamente la cabeza y le sonreía. Jack se dio cuenta de que su padre consideraba muy divertido entrar en un restaurante de lujo como el Kronenhalle acompañado de dos mujeres muy atractivas.

—Si no fueras tan alta, Ruth —decía William a la doctora Von Rohr—, podría examinarte lo alto de la cabeza y ver si esa mecha plateada está teñida hasta las raíces.

—Hay que ver cuántos halagos, William —dijo ella sonriéndole.

El padre de Jack dio unas palmadas en el bolsito que colgaba del brazo de la doctora Krauer-Poppe.

—¿Llevas los calmantes, Anna-Elisabeth? —preguntó.

—Compórtate, William —replicó la doctora Krauer-Poppe.

William se volvió y guiñó un ojo a Jack. El doctor Horvath había vestido al padre de Jack con una camisa de seda de manga larga; como William tenía los brazos largos pero el cuerpo pequeño, todas las camisas le quedaban grandes. Su melena plateada, del mismo tono gris resplandeciente que la mecha eléctrica de la doctora Von Rohr, contribuía al aire femenino de su atractivo, del mismo modo que las pulseras de cobre y los guantes. Sus guantes «de noche», como los llamaba William, eran de fina cabritilla negra. El andar de su padre, a brincos y de puntillas, recordó a Jack al señor Ramsey. Como Heather había comentado, William Burns era un hombre de sesenta y cuatro años de aspecto juvenil.

—Ruth, lamentablemente, no es admiradora de Billy Rainbow, Jack —dijo William mientras se sentaban.

—Lamentablemente, ya me lo ha dicho —contestó Jack, y le sonrió a la doctora Von Rohr, que le devolvió la sonrisa.

—Aun así —continuó el padre de Jack, aclarándose la garganta—, debo decir que estamos con las dos mujeres más guapas del establecimiento. —(Ciertamente se sabía las frases de Billy Rainbow al dedillo).

—Eres un adulador, William —dijo la doctora Von Rohr.

—¿Te has fijado en el bolso de Ruth? —le preguntó a Jack su padre, y señaló la considerable bolsa de mano de la doctora Von Rohr; era demasiado grande para colocarla debajo de la silla—. Parece más una maleta, si quieres que te diga la verdad..., una bolsa de viaje para una escapada nocturna —dijo William, y le guiñó un ojo a Jack. Su padre insinuaba descaradamente que la doctora Von Rohr se había preparado ante la contingencia de pasar la noche en el hotel Zum Storchen con Jack.

—Una no se encuentra todos los días con un hombre que dedique cumplidos a los accesorios de una mujer —dijo la doctora Von Rohr a Jack sonriendo.

La doctora Krauer-Poppe no parecía tener tanto aplomo, ni sonreía; pese a su indumentaria de supermodelo, el rasgo dominante de la personalidad de la doctora Krauer-Poppe irradiaba medicación.

Jack sabía asimismo que la doctora Krauer-Poppe estaba casada y tenía hijos pequeños, que era la razón por la que su padre había concentrado su bochornoso alcahueteo en Jack y la doctora Von Rohr. (Ella ya no estaba casada, pero lo había estado, según Heather; era una mujer divorciada sin hijos).

—Jack acude a una psiquiatra desde hace más tiempo del que yo os conozco a vosotras —anunció William—. ¿Cómo te va con eso, Jack?

—No sé si existe un nombre profesional para la clase de terapia que yo he recibido —dijo Jack—. Un término psiquiátrico, quiero decir.

—No tiene por qué haber un término psiquiátrico —dijo la doctora Krauer-Poppe—. Descríbalo, y ya está.

—Bueno, la doctora García... es una mujer francamente maravillosa de poco más de sesenta años, con un montón de hijos y nietos. Perdió a su marido hace unos años...

—¿No son mujeres la mayoría de sus pacientes, Jack? —lo interrumpió su padre—. Esa impresión tuve por uno de los artículos que leí sobre aquel asunto de Lucy... ¿Recordáis el episodio, la chica que apareció en el asiento trasero del coche de Jack? —preguntó William a sus doctoras—. ¡Tanto ella como su madre visitaban a la misma psiquiatra que Jack! Al oírlo, uno pensaría que hay escasez de psiquiatras en el sur de California.

—William, deja que Jack nos describa su terapia —dijo la doctora Von Rohr.

—Ah —respondió su padre. Jack sintió un escalofrío al oír que su padre decía «ah» exactamente igual que él.

—Bueno, la doctora García me obliga a contarle todo en orden cronológico —explicó Jack. Las dos doctoras asentían con la cabeza, pero de pronto William pareció inquieto.

—¿Qué cosas te obliga a contar? —preguntó el padre de Jack.

—Todo lo que alguna vez me ha hecho reír, o me ha hecho llorar, o me ha indignado..., solo esas cosas —contestó Jack.

La doctora Krauer-Poppe y la doctora Von Rohr ya no asentían; las dos observaban a William con atención. La idea de lo que podía haber hecho reír a su hijo, o haberlo hecho llorar, o haberlo indignado parecía afectarle.

Su padre se había llevado la mano derecha al corazón, pero no había posado allí la mano. Sus dedos avanzaban milímetro a milímetro por el lado superior izquierdo de su caja torácica, como si se palpase algo bajo la camisa o bajo la piel. Sabía dónde encontrarlo exactamente, sin mirar. En cuanto a lo que podía haber hecho reír o llorar a William Burns, su nombre era Karin Ringhof, la hija del comandante. En cuanto a lo que podía haberlo hecho llorar y haberlo indignado, era lo que le ocurrió a su hermano pequeño.

—Da la impresión de que esa terapia puede exigir un esfuerzo largo y arduo —dijo a Jack la doctora Krauer-Poppe, pero no había apartado los ojos de la mano enguantada de William, negro sobre negro contra su camisa, en contacto con el tatuaje que ella conocía tan bien como Jack.

*La hija del comandante; su hermano pequeño.*

Por la expresión de pena en el rostro de su padre, Jack adivinó que William tenía el dedo índice justo sobre el punto y coma, el primer (y probablemente el último) punto y coma que Doc Forest había tatuado a alguien.

—Su terapia parece sin duda tan larga como un libro —dijo la doctora Von Rohr a Jack, pero tampoco ella, al igual que su colega, había quitado ojo a su padre ni un instante.

—Cuentas en orden cronológico todo lo que te ha hecho reír, o te ha hecho llorar, o te ha indignado —dijo su padre con una mueca de dolor, como si cada palabra que pronunciaba fuera un tatuaje en su caja torácica, o en la zona lumbar, o en los empeines, donde Jack había visto su propio nombre y el de su hermana. Todos esos sitios donde, como Jack sabía, tatuarse dolía horrores; y sin embargo William Burns se había tatuado ahí, se había marcado de por vida en todas las partes donde más dolía, excepto el pene.

—¿Y ha servido de algo esa terapia? —preguntó la doctora Von Rohr a Jack con escepticismo.

—Sí, creo que sí, o al menos me siento mejor que la primera vez que fui a ver a la doctora García —respondió él.

—¿Y cree que lo que ha servido es el orden cronológico? —preguntó la doctora Krauer-Poppe. (A su juicio, adivinó Jack, poner los vaivenes de la vida en orden cronológico no era tan fiable como la medicación).

—Sí, creo que sí... —empezó a decir Jack, pero su padre lo interrumpió.

—¡Es una barbaridad! —exclamó William—. A mí eso me parece una tortura, la idea misma de imponer un orden cronológico a todo lo que alguna vez te ha hecho reír, o llorar, o te ha indignado. ¡Pero si es lo más masoquista que he oído en la vida! Debes de estar loco.

—Creo que da resultado, papa. El orden cronológico me serena.

—Está claro que mi hijo es un iluso —dijo William a las doctoras.

—No es Jack quien está internado en una institución, William —le recordó la doctora Von Rohr.

La doctora Krauer-Poppe se tapó la preciosa cara con las manos; por un momento, Jack temió que la palabra «institución» fuese un desencadenante. Era obvio que el tatuaje de Doc Forest en el lado superior izquierdo de la caja torácica de su padre era un desencadenante, pero contenible, o esa impresión daba. El padre de Jack había apoyado otra vez las dos manos en la mesa.

En ese preciso instante apareció el camarero, un hombre de baja estatura que brincaba de puntillas con el mismo brío que William o que el señor Ramsey, solo que el camarero estaba gordo. Tenía la boca pequeña y un bigote exagerado que parecía hacerle cosquillas en la nariz cuando hablaba.

—*Was darf ich Ihnen zu Trinken bringen?* —preguntó. (Sonó como si «¿Qué puedo traerles de beber?» fuese una única palabra).

—Providencial —dijo el padre de Jack, refiriéndose a la oportuna aparición del camarero, pero el camarero pensó que William había pedido algo.

—*Bitte?* —preguntó el camarero.

—*Ein Bier* —dijo Jack, y se señaló a sí mismo para evitar otras posibles confusiones. («Una cerveza»).

—¡No sabía que bebieses! —exclamó el padre de Jack con repentina preocupación.

—No bebo. Tú mismo lo verás. No me acabaré ni una cerveza —contestó Jack.

—*Noch ein Bier!* —dijo su padre al camarero, y se señaló a sí mismo. («¡Otra cerveza!»).

—William, tú no bebes, ni siquiera media cerveza —le recordó la doctora Von Rohr.

—Puedo tomar lo mismo que Jack —respondió William, comportándose como un niño.

—Con antidepresivos no —insistió la doctora Krauer-Poppe—. No deberías.

—Puedo prescindir de la cerveza —propuso Jack—. *Das machí nichts.* — («No importa»).

—El alemán de Jack mejorará con el tiempo —dijo William a sus doctoras.

—Jack tiene un buen alemán, William —afirmó la doctora Von Rohr.

—¿Lo ves, Jack? Le gustas —dijo su padre—. Ya te he dicho que eso era una bolsa de viaje.

Las doctoras, optando por hacer caso omiso, pidieron una botella de vino tinto. William pidió agua mineral. Jack dijo al camarero que había cambiado de idea. ¿Podía traerles una botella *grande* de agua mineral y ninguna cerveza?

—¡No, no! ¡Tómate la cerveza! —dijo William, y cogió la mano de Jack entre sus dedos enguantados.

—*Kein Bier* —dijo Jack al camarero—, *nur Mineralwasser*. —(«Cerveza no, solo agua mineral»).

El padre de Jack permaneció mohíno en la mesa, construyendo una inestable torre con el cuchillo, la cuchara y el tenedor.

—Jodidos americanos —dijo William. Alzó la vista para ver si eso provocaba alguna reacción en su hijo. No fue así. La doctora Von Rohr y la doctora Krauer-Poppe cruzaron una mirada, pero callaron—. No pidas la *Wiener Schnitzel*, Jack —continuó su padre, como si la carta, que acababa de alcanzar en ese segundo, fuese lo único que le rondaba por la cabeza desde el principio.

—¿Por qué no, papa?

—Sacrifican a una ternera y te ponen la mitad en el plato —dijo William—. Y no pidas el *Bauernschmaus* —añadió. (El *Bauernschmaus* era un plato campesino a base de carnes y embutidos; era muy popular en Austria y parecía la clase de comida que habría pedido el doctor Horvath, pero Jack vio que ni siquiera se incluía en la carta del Kronenhalle.)—. Y sobre todo no pidas el *Bratwurst*. Es una salchicha de ternera del tamaño del pene de un caballo.

—Prescindiré, pues —dijo Jack.

La doctora Von Rohr y la doctora Krauer-Poppe hablaban a todo trapo en alemán de Suiza. No era el alemán literario que Jack había estudiado en el colegio: el *Schriftdeutsch*, como lo llamaban los suizos, que significaba «alemán escrito».

—*Schwyzerdütsch* —dijo el padre de Jack con desdén—. Hablan en alemán de Suiza cuando no quieren que las entienda.

—Si tú no hablastes de penes de caballo, quizás ellas no hablarían de ti, papa.

—Creo que deberías cambiar de psiquiatra, Jack. Por amor de Dios, busca a alguien con quien puedas hablar de las cosas tal como te salen, y no forzosamente en orden cronológico.

A Jack le sorprendió ese «por amor de Dios», y no porque fuese tal como Jack lo decía —lo decía solo muy de vez en cuando—, sino porque Jack no lo había dicho en ninguna de sus películas. (Como el doctor Berger le había comentado, William había llevado a cabo todo un estudio de su hijo; y la doctora Von Rohr le había advertido a Jack que no se refería solo a las películas).

—Interesante todo lo que sabe, ¿no? —preguntó a Jack la doctora Von Rohr.

El camarero, aquel hombre grueso, saltarín y oportuno, volvió para anotar sus pedidos. El padre de Jack, sin vacilar, pidió la *Wiener Schnitzel*.

—William, conozco tu manera de comer; es imposible que te comas ni la mitad —dijo la doctora Krauer-Poppe.

—Soy como Jack con su única cerveza —contestó William—. No tengo que acabármela. Y no he pedido las *pommes frites* que la acompañan, solo la ensalada. *Und noch ein Mineralwasser, bitte* —dijo al camarero. Jack se sorprendió al ver que la botella de litro estaba vacía. («Y otra botella de agua, por favor»).

—Más despacio, William —dijo la doctora Krauer-Poppe, y le tocó el dorso de la mano enguantada de negro. William retiró la mano.

El restaurante estaba animado, pero no demasiado concurrido; habían reservado mesa a una hora temprana, antes de que el Kronenhalle se llenase de verdad, o eso había dicho el conserje a Jack. Pero en el restaurante todos habían reconocido a Jack Burns.

—Mira alrededor, William —dijo la doctora Von Rohr, su voz igual de imperiosa que la mecha plateada por efecto de un rayo—. Enorgullécete de tu hijo famoso. —Pero William no miró.

—Y todos esos desconocidos que reconocen a Jack se dan cuenta de inmediato de que tú eres su padre; te reconocen a ti también, William —dijo la doctora Krauer-Poppe.

—¿Y qué deben de pensar? —preguntó William—. «Ahí está el viejo de Jack Burns, con la que debe de ser su segunda o tercera mujer». Esa serías tú, Ruth —dijo William a la doctora Von Rohr—, porque obviamente eres la mayor de las dos encantadoras damas sentadas a esta mesa, pero está claro que no tienes edad para ser la madre de Jack.

—William, no... —empezó la doctora Krauer-Poppe.

—¿Y qué deben de pensar de ti, Anna-Elisabeth? —preguntó William—. «¿Quién es esa joven preciosa con la alianza de boda? ¡Debe de ser el ligue de Jack Burns!». Aún no han conseguido explicarse la parte correspondiente a la bolsa de viaje de Ruth.

—Papá...

—¡«Papa»! —corrigió su padre.

—Mantengamos una conversación normal, papa.

—¿Qué conversación sería esa, la conversación sobre el sexo con prostitutas o sobre Hugo? —preguntó William. La doctora Krauer-Poppe abrió su bolso con un chasquido—. Está bien, ya lo dejo. Lo siento, Anna-Elisabeth —dijo el padre de Jack.

—Buscaba un pañuelo de papel, William. Se me ha metido algo en el ojo —dijo la doctora Krauer-Poppe—. Ni siquiera pensaba en tu medicación; todavía no.

Abrió una pequeña polvera —sin duda contenía un diminuto espejo, aunque el padre de Jack no lo veía— y se palpó la comisura del ojo con un pañuelo de papel.

—Quizá podríamos hablar de aquella vez en que todos nos despertamos a las dos de la mañana y vimos cómo Jack ganaba el Oscar —propuso la doctora Von Rohr, y cogió la mano enguantada de William. Él miró la mano con que lo sujetaba como si la doctora fuese leprosa.

—¿Te refieres al Oscar de Emma, Ruth? —preguntó William—. Ese guión

llevaba el sello de Emma por todas partes, ¿no, Jack?

Jack no respondió; se limitó a observar a la doctora Von Rohr soltar la mano de su padre.

—Cuando llegue la comida, William, te ayudaré a quitarte esos guantes —dijo ella—. Es mejor que no comas con ellos puestos.

—*Ich muss bald pinkeln* —anunció el padre de Jack. («Tengo que ir a mear»).

—Yo lo acompañaré —dijo Jack a las dos doctoras.

—Creo que yo debo ir también —contestó la doctora Von Rohr.

—*Nein* —dijo William—. Somos chicos. Vamos al lavabo de chicos.

—Compórtate, William —advirtió la doctora Krauer-Poppe. El padre de Jack le sacó la lengua al mismo tiempo que se levantaba de la mesa.

—Si no han vuelto dentro de unos minutos, iré a ver cómo va todo —dijo la doctora Von Rohr, y le tocó a Jack la mano.

—Jack, su padre lloró cuando usted ganó el Oscar; lloró y aplaudió —dijo la doctora Krauer-Poppe—. Estaba tan orgulloso de usted..., está tan orgulloso de usted.

—Solo quería decir que Emma debió de ayudarle —declaró William; estaba indignado.

—Lloraste y aplaudiste, William; todos lo hicimos —contestó la doctora Von Rohr.

Poco a poco Jack tomó conciencia, mientras acompañaba a su padre al servicio de caballeros, de que si habían visto a Jack Burns en la ceremonia de entrega de los Oscars del año 2000, su padre llevaba en el sanatorio Kilchberg más de tres años. Nadie, ni siquiera Heather, había dicho a Jack cuánto tiempo llevaba allí William.

—Claro que me ayudó Emma, papa —admitió Jack—. Me ayudó mucho.

—No quería decir que no estuviese orgulloso de ti, Jack. ¡Claro que estoy orgulloso de ti!

—Lo sé, papa.

En el baño, Jack procuró tapar el espejo para que su padre no lo viese, pero William se plantó ante el lavabo, no ante el urinario. Ejecutaron un breve baile. William intentó mirarse en el espejo por encima del hombro de Jack; cuando Jack se puso de puntillas para impedir que su padre se viese, William inclinó la cabeza y miró por un costado. Bailaron de un lado a otro. Era imposible evitar que William se viese en el espejo.

Si los espejos eran desencadenantes, no afectaban al padre de Jack de la misma manera que la palabra «piel». Esa vez no intentó quitarse la ropa. Pero a cada vislumbre de sí mismo, su expresión cambiaba.

—¿Has visto a ese hombre? —preguntó el padre de Jack al verse. Era como si un tercer hombre estuviese con ellos en el baño—. Le han ocurrido cosas —continuó—. Unas cosas terribles.

Jack renunció a proteger a su padre y miró también en el espejo. La cara del tercer hombre cambiaba sin cesar. Jack vio a su padre como quizás había sido William



cuando vio por primera vez a Jack de niño, antes de que se lo llevara su madre: algo así como expectación daba paso a la admiración en el rostro repentinamente juvenil de William. Jack vio lo que su padre debió de ver en un espejo aquel día en Copenhague, cuando sacaron el cadáver de Niels Ringhof del Kastelsgraven, o cuando William se enteró de que Alice se había acostado con el niño y luego lo había abandonado.

Su padre estaba desplomándose en brazos de Jack, como si quisiera arrodillarse en el suelo del servicio de caballeros, tal como se había postrado de rodillas en el muelle de Rotterdam, cuando Els tuvo que acarrearlo en brazos hasta el coche de Femke. O cuando el policía llevó a Heather a casa, y el agente explicó a William que Barbara, su esposa muerta, había sido confundida con una turista alemana que miró en dirección contraria al cruzar la calle en Charlotte Square.

—El cuerpo de ese hombre es un mapa —dijo William señalando al hombre desmadejado en el espejo—. ¿Miramos el mapa juntos, Jack?

—Quizá más tarde, papa. Ahora no.

—*Nicht jetzt* —accedió su padre. («Ahora no»).

—Has dicho que tenías que mear, papa —le recordó Jack.

—Ah —dijo el padre de Jack, y se apartó de su hijo—. Creo que sí.

Los dos miraron el pantalón de William. Era caqui, con la raya bien marcada, tal como los prefería el profesor Ritter, pero el de William tenía una mancha oscura; estaba de pie sobre un charco de orina.

—Me horroriza que me pase esto —dijo su padre. Jack no sabía qué hacer—. No te preocupes, Jack. La doctora Von Rohr vendrá al rescate. ¿Para qué crees que era en realidad esa bolsa de viaje? —William se volvió bruscamente para dar la espalda al espejo, como si el tercer hombre del espejo lo hubiese insultado, o lo hubiese avergonzado.

Como si formara parte de la agenda diaria de su padre, llamaron a la puerta del servicio de caballeros a la manera propia de un jefe de departamento.

—*Herein!* —dijo William. («¡Adelante!»).

La doctora Von Rohr alargó el brazo hacia el interior del lavabo de hombres; ofrecía a Jack la enorme bolsa de mano sin mostrarles la cara.

—*Danke* —dijo Jack, y alcanzó la bolsa que ella le alargaba con la mano.

—Es distinto cuando se ve en el espejo sin ropa —advirtió a Jack, y dejó que la puerta se cerrase.

Jack desvistió a su padre y lo enjugó con toallas de papel, que empapó antes en agua tibia; luego secó a su padre con más toallas de papel. William aceptó ese trato como un niño bueno.

Jack consiguió apartarlo de la zona donde se veía el espejo. Pero cuando William estaba allí de pie desnudo —mientras Jack buscaba la muda en la enorme bolsa de la doctora Von Rohr— entró en el baño un caballero bien vestido, y cruzó con el padre de Jack una mirada. Para el caballero, que parecía un banquero de mediana edad, el

padre de Jack era un hombre desnudo y tatuado. Para William Burns, si Jack interpretó bien la expresión airada de su padre, el banquero bien vestido era un intruso; para colmo, irrumpía en un tierno momento en la relación entre padre e hijo. Además, para el caballero, William Burns era un hombre desnudo y tatuado con *guantes*, y a saber qué debió de pensar el caballero de las pulseras de cobre.

El banquero lanzó a Jack la consabida mirada que parecía decir: «Sé quién eres». (Había ido a mear pero se había metido en una retorcida película).

—*Er ist harmlos* —dijo Jack al hombre, tras recordar lo que la enfermera Bleibel había dicho a la pobre Pamela. («Es inofensivo»).

Obviamente, el banquero tenía sus dudas al respecto. El padre de Jack se llenó los pulmones e hinchó el pecho como un gallo de pelea; cerró los puños y alzó las manos enguantadas.

Liándose la manta a la cabeza, Jack recurrió a su alemán de Exeter.

—*Keine Angst. Er ist mein Vater* —dijo al banquero. («No tema. Es mi padre»). Y luego venía la parte difícil—: *Ich passe auf ihn auf* — («Yo cuido de él»). El banquero retrocedió sin creerse ni una sola palabra.

Acto seguido, el hombre se marchó —el único tercer hombre *real* que había compartido momentáneamente el baño con Jack y con su padre—, y Jack vistió a su padre, procurando recordar la eficacia y delicadeza con que el doctor Horvath había vestido a William en la clínica.

Explicar las notas musicales a Jack pareció tranquilizar a su padre; William debía de saber que su hijo no sabía nada de música.

—Las negras van pintadas por dentro, con tallo —dijo su padre—. Las corcheas también van pintadas, y una barra une dos o más. Las semicorcheas van pintadas y tienen una doble barra para unir las.

—¿Y las blancas? —preguntó Jack.

—Las blancas, que son blancas por dentro, en mi caso podría decirse que son de color carne... —dijo su padre, y de pronto se interrumpió.

«Carne»: los dos lo oyeron, pero ¿era un desencadenante? (Tan incontenible como «piel», quizás, habría dicho el doctor Horvath).

—Las blancas, que son blancas por dentro —apuntó Jack a su padre para inducirlo a seguir—. ¿Blancas por dentro y qué más?

—Blancas por dentro con tallo —contestó el padre de Jack entrecortadamente, quizá con la palabra «carne» palpitando en la semiclaridad, semipenumbra de su mente, donde todos los desencadenantes yacían semidormidos o semidespiertos—. Las redondas son blancas por dentro y no llevan tallo.

—¡Un momento! Espera —dijo de pronto Jack, y señaló el costado derecho de su padre—. ¿Qué es eso?

El tatuaje no eran palabras ni música; se parecía más a una herida en el costado de William. Peor aún, en los bordes de la brecha se veía un contorno encarnado, como un anillo de sangre. (En cuanto a la sangre, Jack debería haberlo sabido, pero él solo

tenía entonces cuatro años).

—Ahí es donde fue herido nuestro Señor —le explicó a Jack su padre—. Le traspasaron las manos con clavos —dijo, y alzó y juntó las manos enguantadas de negro, como si rezase— y los pies, y aquí, en el costado —dijo William, y se tocó el tatuaje del lado derecho de la caja torácica—. Uno de los soldados lo hirió con una lanza.

—¿Quién te hizo ese tatuaje? —preguntó Jack a su padre. Algún *scratcher*, esperaba que le respondiese, pero Jack debería haberlo sabido.

—Hubo una época, Jack, en que todos los creyentes de Amsterdam sentían al menos la tentación de tatuarse con un tal Jacob Bril. Quizá tú eras demasiado pequeño para acordarte de él.

—No, me acuerdo de él —dijo Jack, tocó la brecha de contornos rojos en el costado de su padre, y a continuación cubrió la herida con la camisa.

Era un magnífico restaurante, el Kronenhalle. Por parte de Jack fue una tontería pedir solo una ensalada, pero se comió unos dos tercios de la *Wiener Schnitzel*. William Burns era muy remilgado con la comida.

—Al menos Jack se ha traído el apetito a la cena, William —le reprendió la doctora Krauer-Poppe, pero tanto William como Jack rebosaban optimismo.

Habían capeado la palabra «carne», que resultó estar en la categoría de desencadenantes contenibles —no en la categoría de «piel»—, y si bien Jack había visto el dolor de un tercer hombre en el rostro de su padre, sabía también que había escapado del servicio de caballeros sin enfrentarse al peor de los efectos que los espejos podían ejercer en su padre. Era distinto cuando William estaba desnudo delante de un espejo, o eso había dicho la doctora Von Rohr. Jack supuso que eso era *das ganze Pulver*, toda la munición a la que se había referido el doctor Horvath. Jack llegaría a verlo algún día, y ese día no estaba lejos. Esa noche, en el Kronenhalle, Jack se alegraba de que todavía no hubiese llegado.

Hablaron un rato de las enfermeras más jóvenes del sanatorio Kilchberg, que prácticamente hacían cola o turnos para afeitar a su padre cada mañana, tan aficionado al coqueteo era William.

—¿No te afeitas tú solo? —preguntó Jack a su padre.

—Inténtalo sin espejo —contestó su padre—. También deberías intentarlo con las enfermeras más jóvenes, Jack.

—William, si no te comportas, voy a hacer que Waltraut se encargue de afeitarte —dijo la doctora Von Rohr.

—Mientras no se lo encargues a Hugo, Ruth —respondió el padre de Jack.

Así fue como William consiguió encauzar la conversación de nuevo hacia Hugo y el asunto del sexo con prostitutas. La doctora Von Rohr, a la manera de una jefa de departamento, tuvo la sagacidad de verlo venir, pero no pudo evitarlo.

—A quien se oponen estas encantadoras damas, Jack, es básicamente a Hugo — empezó su padre—, no a las prostitutas. —(Suspiros de la doctora Von Rohr, claro; el impulso de meter la cabeza entre las manos por parte de la doctora Krauer-Poppe).

—Has dicho «prostitutas», en plural. ¿Ves a más de una? —preguntó Jack a su padre.

—No simultáneamente —contestó William con aquella sonrisa picara suya. (Giros con el tenedor, rotación con la cuchara, golpeteos con el cuchillo procedentes de la zona de la mesa ocupada por la doctora Von Rohr; la doctora Krauer-Poppe volvía a tener algo en el ojo).

—Solo siento curiosidad por saber, papa, si ves a las mismas dos o tres mujeres..., una cada vez, quiero decir..., o a una prostituta distinta en cada visita.

—Tengo mis preferidas —respondió su padre—. Vuelvo siempre a las mismas tres o cuatro damas.

—Eres fiel a tu manera, ¿es eso lo que quieres decir, William? —preguntó la doctora Krauer-Poppe—. ¿No hay una canción que dice algo así? —(Había bebido más vino tinto que la doctora Von Rohr.)—. ¿O no es esa la traducción? ¿No he dado bola con pie?

—Pie con bola, Anna-Elisabeth —la corrigió la doctora Von Rohr.

—¿Y no hay ningún riesgo? —preguntó Jack a su padre.

—No mantengo relaciones sexuales con ellas, si es eso a lo que te refieres —contestó William con ese tono de voz airado ya familiar.

—Lo sé. Quiero decir si no hay riesgos en ningún sentido —preguntó Jack—. El sitio, por ejemplo. ¿Es peligroso?

—¡Me acompaña Hugo! —exclamó su padre—. No es que esté en la misma habitación conmigo, claro.

—Claro —repitió Jack.

Los cubiertos, que la doctora Von Rohr no paraba de mover, cayeron con estrépito.

—Espere a conocer a Hugo —dijo la doctora Krauer-Poppe a Jack—. Su padre está a salvo con él.

—¿Por qué se oponen a él, pues? —preguntó Jack a las dos doctoras.

—Espere a conocerlo —fue lo único que estaba dispuesta a decir la doctora Von Rohr.

—No me compadezcas, Jack —dijo su padre—. No pienses en mí como en un hombre que se resigna a la masturbación con una prostituta. No es resignación.

—Sospecho que no acabo de entenderlo —admitió Jack.

Todos vieron que William se llevaba la mano derecha al corazón nuevamente; una vez más, los dedos de su mano enguantada de negro avanzaron milímetro a milímetro hacia el tatuaje con el punto y coma. (Con la ayuda de la doctora Von Rohr, se había quitado los guantes para comer. Pero en ese momento, tras haber terminado de comer, volvía a llevarlos puestos).

—Durante mi vida he tenido a las mujeres que quería tener, aunque no durante tanto tiempo como habría deseado tenerlas —empezó William con tristeza—; no sería capaz de eso otra vez. No puedo soportar la pérdida de otra persona.

Las doctoras y Jack lo sabían todo acerca del tatuaje de William Burns en recuerdo de Karin Ringhof, y dónde lo tenía. Pero Jack no sabía si su padre tenía un tatuaje en recuerdo de Barbara, su esposa alemana, ni dónde estaba si es que lo tenía. Quizás ese lo tenía en forma de música; Jack se lo preguntaría a Heather.

—Ya sé, papa. Ya lo entiendo —dijo Jack.

Se preguntó si William se tocaba alguna vez el otro lado de la caja torácica, donde Jacob Bril lo había traspasado y hecho sangrar. Jack quiso saber si ese tatuaje estaba alguna vez tan tierno o sensible al tacto de su padre como el tatuaje de la hija del comandante y su hermano pequeño. Esperaba que no fuese así. De todos los tatuajes de su padre, la representación de Jacob Bril de la sangre de Cristo era el único con color.

—Es hora de irnos, William —anunció la doctora Krauer-Poppe con delicadeza—. ¿Qué vas a tocarnos mañana a Jack, al doctor Horvath y a mí?

Fue un buen truco, y el padre de Jack no pareció percatarse. Apartó la mano derecha de al lado del corazón en la parte superior izquierda de la caja torácica. Extendió los dedos de sus manos enguantadas de negro sobre el mantel blanco y movió los pies bajo la silla como si se familiarizase con la pedalera. Se veía en sus ojos: tenía un teclado en la imaginación. Tenía un órgano del tamaño de la Oude Kerk en el corazón; cuando el padre de Jack cerraba los ojos, casi podía oírlo.

—No esperarás que te lo tararee, ¿verdad, Anna-Elisabeth? —preguntó William a la doctora Krauer-Poppe. No lo había engañado, pues. De hecho, la doctora contuvo la respiración (como hicieron Jack y la doctora Von Rohr), porque todos sabían que «tararear» era un posible desencadenante. Como el doctor Berger había advertido a Jack, su padre detestaba el tarareo. (Aunque quizás era el tarareo propiamente dicho, y no la palabra, lo que detestaba).

—¿Por qué no esperas a mañana y los sorprendes, William? —propuso la doctora Von Rohr—. Es solo una pregunta.

—¿Por qué no? —preguntó el padre de Jack; se lo notaba cansado.

—Tengo una cosita que te adormecerá en el coche —dijo la doctora Krauer-Poppe a William.

El padre de Jack negaba con la cabeza; ya estaba adormecido.

—No me va a gustar despedirme de Jack —comentó William, malhumorado—. Ya te he dicho adiós antes... demasiadas veces, hijo querido. Te he dicho adiós aquí —dijo su padre, y se tocó otra vez el corazón con la mano enguantada—. Y aquí —dijo señalándose los ojos—. ¡Y aquí! —En ese momento William lloraba, con el dedo índice en la sien.

—Me verás por la mañana, papa. —Jack cogió la cara de su padre entre las manos—. Me verás una y otra vez —prometió Jack—. Tengo intención de seguir viniendo

aquí. Heather y yo vamos a comprar una casa en Zúrich.

William dejó de llorar al instante y dijo:

—¡Debes de estar loco! ¡Es una de las ciudades más caras del mundo! ¡Pregúntale a Ruth, pregúntale a Anna-Elisabeth! ¡Decídselo! —gritó a las dos mujeres—. No quiero que mis hijos se arruinen —gimió, y se abrazó el pecho como si tuviese frío.

—*Sehr bald wird ilim kalt werden* —dijo la doctora Von Rohr a su colega. («Muy pronto tendrá frío»).

—*Mir ist nicht immer kalt* —adujo el padre de Jack. («No siempre tengo frío»).

La doctora Krauer-Poppe se había levantado y apoyaba la mano en el hombro de William; él temblaba en su silla.

—Abre la boca, William —dijo ella—. Si te tomas esto, no tendrás frío; solo tendrás sueño.

El padre de Jack volvió la cabeza y le sacó la lengua. (Jack se dio cuenta de que quizás antes había malinterpretado ese gesto de su padre). La doctora Krauer-Poppe depositó la pastilla en la punta de la lengua; le acercó el vaso de agua a los labios, y él tragó.

—Veré si Hugo ya ha traído el coche. Esa era la idea —dijo la doctora Von Rohr, y dejó la mesa.

—El profesor Ritter tiene una casa en una de esas monstruosidades carísimas que hay al otro lado del lago, frente al sanatorio —empezó de nuevo el padre de Jack tan pronto como hubo tragado la pastilla que le había dado la doctora Krauer-Poppe—. Está en Zollikon o en Küsnacht, una de esas zonas exorbitantes.

—Está en Küsnacht, William; es preciosa —aseguró a Jack la doctora Krauer-Poppe—. Esa orilla del lago es más soleada.

—Me lo dijo el taxista —comentó Jack.

—Pero ¿sabes cuánto cuesta? —preguntó a Jack su padre—. Cuatro millones de francos suizos, ¿y para qué? Una casa de trescientos o cuatrocientos metros cuadrados, ¿y pagas más de tres millones de dólares? ¡Es un disparate!

—La casa tiene vistas al lago; también tiene jardín —explicó la doctora Krauer-Poppe—. El jardín debe de ser de unos mil metros cuadrados, William.

—Aun así, es un disparate —porfió el padre de Jack; al menos no temblaba. La doctora Krauer-Poppe, de pie detrás de la silla de William, le masajeaba los hombros. Esperaba a que la pastilla hiciese efecto.

—William, Jack compraría una casa pequeña en la ciudad, algo que no fuese tan caro —dijo la doctora Krauer-Poppe—. Estoy segura de que le da igual si se ve el lago o no.

—¡En Zúrich todo es caro! —declaró el padre de Jack.

—William, tú vas a comprar ropa y a visitar prostitutas. ¿Qué más vas a hacer a Zúrich? —preguntó la doctora Krauer-Poppe.

—¿Ves a qué me enfrento, Jack? ¡Es como estar casado! —protestó su padre. William vio que la doctora Von Rohr había vuelto—. ¡Con dos mujeres!

—Lo creáis o no, Hugo está aquí con el coche —anunció la doctora Von Rohr—. Se ha acordado.

—Eres demasiado severa con el pobre Hugo —dijo William a la doctora Von Rohr—. Ya verás cuando lo conozcas, Jack. Es una especie de Hermán Castro.

En otras palabras, un peso pesado, advirtió Jack nada más ver la mole de Hugo inclinada sobre el Mercedes negro. Hugo sacaba brillo al adorno del capó con la manga de la camisa blanca de etiqueta. Vestía a la manera de un camarero más que de chófer o de enfermero, que es lo que era. Pero —incluso con una camisa blanca de etiqueta de manga larga— Jack vio que Hugo poseía la corpulencia esculpida de un culturista.

Mientras que su hermana mayor, Waltraut —la otra enfermera Bleibel—, era baja y recia, Hugo era, inequívocamente, enorme. Se había hecho enorme a sí mismo. Había desarrollado aquellos poderosos hombros y la abultada parte superior de los brazos; había trabajado el cuello hasta alcanzar un contorno casi tan amplio como la cintura de William. Y lamentablemente, aunque no podía descartarse que fuera una mejora, Hugo se había afeitado la cabeza. Su cara exhibía la determinación plana y contundente de una pala. El único pendiente de oro, que no era símbolo de nada, ponía de relieve la circunstancia de que le faltaba el lóbulo de la otra oreja. (Un tropiezo con un perro en un club nocturno, le había contado a Jack su padre en el viaje a Zúrich desde Kilchberg).

—Pero no compadezcas a Hugo —había dicho su padre—. El perro se llevó la peor parte. —(Hugo mató al perro por comérselo el lóbulo de la oreja, le explicaría más tarde el doctor Horvath a Jack).

Era fácil comprender las reticencias de la doctora Von Rohr y de la doctora Krauer-Poppe hacia Hugo. No era la clase de joven que interesaba a mujeres cultas y sofisticadas, y no era un hombre por el que se sintieran atraídas la mayoría de las mujeres. Por desgracia, Hugo no solo tenía el aspecto de un guardaespaldas; también tenía la personalidad.

En Kilchberg, aquellas enfermeras más jóvenes —las que hacían cola para afeitar al padre de Jack— no le habrían dado a Hugo ni la hora. Las mujeres mayores de la clínica —la hermana de Hugo y las doctoras incluidas— seguramente lo sargenteaban. Hugo era un matón; no conocía otro comportamiento. Pero al menos Jack había conocido a alguien capaz de decirle dónde encontrar un buen gimnasio en Zúrich, y Jack vio en su primer encuentro que Hugo adoraba a William.

Como joven habituado al trato con prostitutas, Hugo, en virtud de su vinculación a un caballero apuesto y entrado en años como William Burns, sin duda había ascendido en el escalafón dentro de esa comunidad de mujeres.

—¡Hugo! —saludó el padre de Jack al enorme bruto, como a un viejo amigo—. Quiero que conozcas a mi hijo, Jack, *den Schauspieler*. —(«El actor», llamó William a su hijo, exactamente igual que había presentado a Jack a todo el mundo en el autobús de la línea 161).

William había insistido en que Jack y la doctora Von Rohr lo acompañasen de Kilchberg a Zúrich en autobús. El padre de Jack se enorgullecía de su conocimiento de la red de transporte público, y quería que Jack viese cómo iba y venía habitualmente a la ciudad, en sus salidas de compras con Waltraut y sus otras salidas de compras con Hugo. (El Mercedes negro era solo para viajar de noche).

La mayoría de los pasajeros del autobús parecían conocer al padre de Jack, y a todos les había dicho William: «Quiero que conozca a mi hijo, Jack, *den Schauspieler*».

—He visto todas sus películas —dijo Hugo mientras se presentaba a Jack—. William y yo las vemos juntos. ¡Parece que el tiempo no pasa por ellas! —exclamó, y estrechó (y estrechó) la mano a Jack.

Jack advirtió la mirada que cruzaron la doctora Von Rohr y la doctora Krauer-Poppe, como si «tiempo» fuese, quizás, un desencadenante, o acaso pudiera serlo en determinados contextos. Pero no esa vez. El padre de Jack sonreía, meciéndose sobre los pies más que brincando. (O bien «tiempo» no era un desencadenante o la pastilla que la doctora Krauer-Poppe había dado a William empezaba a surtir efecto).

—No voy a despedirme, Jack —dijo William, echó los brazos al cuello de Jack; su cabeza se posó en el pecho de su hijo con la misma levedad que la de un bebé.

—No tienes por qué despedirte de Jack, William —terció la doctora Von Rohr—. Basta con que le digas *bis Morgen*. —(«Basta con que le digas “hasta mañana”.»)—. Lo verás mañana.

—*Bis Morgen*, papa.

—*Bis Morgen* —susurró su padre—. Ya me estoy imaginando cómo te remeto las mantas en la cama, hijo querido, o quizá me las remetes tú a mí.

—Me temo que es hora de que Hugo te remeta las mantas en la cama, William —recordó la doctora Krauer-Poppe.

—Oh, qué alegría —dijo el padre de Jack, y se separó de su hijo.

Jack besó a su padre en la boca —un beso seco, solo rozó con los labios apretados los labios de su padre—, tal como Heather le había enseñado. William besó a Jack de la misma manera.

—Sé qué has estado haciendo, hijo querido. Adivino que has besado a tu hermana.

Jack asumió un riesgo, pero presentía que era el momento idóneo. A fin de cuentas, Hugo y las dos doctoras estaban con ellos por si algo se torcía.

—Te quiero, papa —dijo Jack a su padre, sin preocuparse por si «querer» era o no un desencadenante—. Amo hasta el último centímetro de tu piel. Lo digo de todo corazón.

Dio la impresión de que Hugo habría sido capaz de asestarle un puñetazo a Jack. La doctora Von Rohr y la doctora Krauer-Poppe observaron con atención a William. ¿Qué efecto tendría en él la palabra «piel»? se preguntaron todos. ¿Estaban en el territorio de lo incontenible, o de pronto —en ese contexto— «piel» era de súbito



aceptable?

—Repítelo, Jack —dijo su padre—. Atrévete.

—Amo hasta el último centímetro de tu piel —dijo Jack.

William Burns se llevó las manos enguantadas de negro al corazón y sonrió a Hugo y a las doctoras sin mirar a Jack.

—Tiene huevos, ¿verdad? —les preguntó su padre.

—Esa no es mi especialidad —contestó la doctora Von Rohr.

—Yo solo me ocupo de la medicación, William —dijo la doctora Krauer-Poppe.

Pero el padre de Jack estaba bien. Se había llevado las manos al corazón porque quería sentirlo palpitar.

—Yo amo hasta el último centímetro de tu piel, hijo querido. Por favor, no te olvides de llamar a tu hermana.

De repente dio la impresión de que William sucumbía al cansancio. Hugo lo ayudó a acomodarse en el asiento trasero del Mercedes, donde William Burns parecía tan pequeño como un niño camino de su primer día de colegio. El culturista tuvo que abrocharle el cinturón de seguridad; antes de ocupar el asiento del conductor se acercó a Jack y volvió a estrecharle (y estrecharle) la mano. Jack pensó que Hugo podía arrancarle el brazo.

—Tiene unos huevos tan grandes como *der Morid* —le dijo Hugo a Jack. («Tiene unos huevos tan grandes como la luna»). A continuación, Hugo subió al coche y se alejaron.

—*Bis morgen* —se despidió la doctora Krauer-Poppe alzando la voz.

—Vuelvo a casa en taxi —dijo la doctora Von Rohr—. Vivo en otra parte de la ciudad —aclaró a Jack.

Había una parada de taxi en Bellevueplatz, donde la doctora Krauer-Poppe y Jack esperaron con la doctora Von Rohr hasta que encontró un taxi libre. Las dos mujeres se besaron en ambas mejillas y se dieron las buenas noches.

—Jack, le aseguro que nunca me ha caído un rayo encima —dijo la doctora Von Rohr mientras se daban un apretón de manos—. Al menos no en la cabeza. Creo que su padre ha caído en mí como un rayo, no en la cabeza sino en el corazón.

Jack acompañó a la doctora por Quaibrücke; regresaron al hotel Zum Storchen juntos.

—¿Está segura de que no puedo acompañarla a casa? —preguntó él.

—Vivo cerca de su hotel —dijo ella—, pero luego no encontraría usted el camino de vuelta. Las calles son pequeñas y van en todas direcciones.

—¿Qué edad tienen sus hijos? —preguntó él. Era una noche preciosa, y las luces de la ciudad les hacían guiños desde el Limmat.

—Tienen diez y doce años, los dos son chicos —contestó la doctora Krauer-Poppe—. Si alguna vez tuviese que despedirme de ellos como su padre se despidió de usted, me mataría. O, con suerte, acabaría en un sitio como el sanatorio Kilchberg. No quiero decir como doctora.

—Lo entiendo —respondió Jack.

—Quiero a su padre y amo hasta el último centímetro de su piel —dijo ella sonriendo.

—¿Mejorará algún día? —preguntó Jack.

—Puede estar mucho peor de lo que ha estado esta noche con usted. Para usted, ha hecho gala de su mejor comportamiento —dijo ella—. Pero no empeorará ni mejorará. William es como es.

—Tiene mucha suerte de estar con todos ustedes, en Kilchberg —dijo Jack.

—Eso debe agradecérselo a su hermana, Jack. Ha sobrellevado no pocos sacrificios —dijo la doctora Krauer-Poppe—. ¿Decía en serio lo de comprar una casa aquí?

—Sí, muy en serio —contestó él.

—Mi marido sabe algo de bienes inmuebles; probablemente pueda ayudarlo. Yo me dedico solo a la medicación.

Estaban otra vez en Weinplatz, frente al Storchen.

—¿Seguro que...? —empezó a preguntar Jack otra vez para reiterar su ofrecimiento de acompañarla a casa.

—Sí, seguro —lo interrumpió ella—. Ya estaré acostada en mi casa mientras usted sigue hablando con Heather por teléfono. No se olvide de llamarla.

Pero la doctora Krauer-Poppe siguió allí inmóvil, sin marcharse. Jack notó que quería añadir algo pero quizá consideraba que aún no lo conocía lo suficiente para decirlo.

—¿No va a irse a casa, Anna-Elisabeth? —preguntó él.

Ella volvió a taparse la cara con las manos; para ser una mujer tan seria (y tan hermosa), resultaba un gesto curiosamente infantil.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—No es asunto mío; usted ya tiene una psiquiatra —dijo ella.

—Dígame en qué está pensando, por favor —insistió Jack.

—Estoy pensando que debería terminar esa terapia por orden cronológico —respondió ella—, y cuando termine, debería preguntar a su doctora si puede darle algo. Pero no le conviene tomarlo mientras aún intenta ponerlo todo por orden cronológico.

—¿Se refiere a una pastilla? —preguntó él.

—Sí, una pastilla —dijo la doctora Krauer-Poppe—. No es muy distinta de lo que le hemos dado a su padre, pero es más nueva y un poco diferente del Zoloft o del Seropram. Se llama Cipralax; es como el Seropram que le damos a William, pero lleva un agente nuevo, el escitalopram. Empieza a actuar antes, al cabo de una semana, en comparación con las dos o tres semanas de los otros fármacos, y debido a su mayor potencia, una dosis normal sería de diez miligramos en lugar de veinte.

—¿Es un antidepresivo? —preguntó Jack.

—Claro que sí —dijo ella—. Creo que en Estados Unidos la marca es Lexapro,

pero la doctora García lo sabrá. Con el escitalopram, en principio, se reducen los efectos secundarios. Pero no todos los estudios han demostrado que eso sea cierto. Puede que no le guste la idea de perder la libido, u otros posibles efectos como la impotencia o eyaculaciones prolongadas. —La doctora Krauer-Poppe hizo una pausa para sonreírle—. Y sin duda no le gustaría la incidencia que quizá tuviese en su capacidad para contar la historia de su vida por orden cronológico, Jack. Así que primero acabe con lo que está contándole a la doctora García. Luego pruébelo.

—¿Cree que estoy deprimido, Anna-Elisabeth?

—¡Vaya una pregunta! —exclamó ella, y se echó a reír—. Si está contando por orden cronológico todo lo que alguna vez le ha hecho reír, o le ha hecho llorar, o le ha indignado, y si de verdad no omite nada, con toda seguridad está deprimido. Me sorprende que no esté usted en un lugar como el sanatorio Kilchberg, Jack. Y no me refiero de visita.

—Pero ¿cómo sabré que he terminado? Sencillamente sigue y sigue —dijo él.

—Jack, cuando haya terminado, lo sabrá —dijo la doctora Krauer-Poppe—. Acaba cuando usted desea dar las gracias por escucharlo a la doctora García. Acaba cuando hay otra persona a la que desea contárselo todo. Alguien que no sea un psiquiatra.

—Ah.

—*Gott!* —exclamó ella. («¡Dios!»)—. ¿Quién habría pensado que la manera de decir «ah» podía ser genética?

La doctora Krauer-Poppe le estrechó la mano a Jack; mientras se alejaba por el adoquinado con paso un tanto inestable a causa de los tacones altos, se dirigió a él por encima del hombro.

—Nos veremos mañana justo donde está ahora, Jack. William vendrá con el doctor Horvath.

—*Bis morgen* —se despidió él levantando la voz. A continuación entró en el hotel y telefoneó a su hermana.

Por la mañana, Jack reconoció su propia letra en el pequeño bloc de notas junto al teléfono, en la mesilla de noche.

*Cipralex 10 mg*

(¿*Lexapro* en Estados Unidos?).

*Preguntar a la doctora García.*

¿Qué había dicho el profesor Ritter? «Su padre ha sufrido pérdidas». Las pérdidas por sí solas bastaban para sentir frío. Quizá los tatuajes de William no tenían nada que ver.

La conversación con Heather fue bien; pese a que Jack la despertó, ella se alegró de

recibir su llamada.

—Bueno, por fin lo he conocido. ¡Ha llevado su tiempo! He estado con él varias horas —empezó Jack—. La doctora Von Rohr, la doctora Krauer-Poppe y yo lo hemos llevado a cenar al Kronenhalle. He conocido a Hugo, claro, y a todos los demás.

—¡Dilo! —gritó su hermana.

—Lo quiero —se apresuró a contestar él.

—No hace falta que digas nada más, Jack —dijo ella, y se echó a llorar.

—Lo quiero y amo hasta el último centímetro de su piel —declaró Jack.

—¡Dios mío! No habrás dicho la palabra «piel», ¿verdad? —preguntó ella.

—En el contexto de decirle que lo quería, he salido airoso —contestó Jack—. En opinión de nuestro padre, he tenido huevos por decirlo.

—¡Y tanto que tienes huevos! —exclamó Heather.

—Se han producido solo unos cuantos episodios, nada terrible —explicó él.

—Siempre habrá episodios, Jack. No necesito que me hables de eso.

—¿No te importa lo de las prostitutas? —preguntó él.

—¿Te importa a ti, Jack?

Jack contestó que no, dadas las circunstancias.

«No puede meterse en ningún lío si lo acompaña Hugo», fue tal y como él lo expresó.

Hablaron sobre si convenía o no que Jack contase a la señorita Wurtz lo de las prostitutas. Jack estaba impaciente por telefonar a Caroline y contárselo todo. («Quizá no todo, Jack», le previno Heather. «Tal vez sea mejor que dejes las prostitutas para una conversación posterior»).

Se preguntaron si Hugo —después de perder la mayor parte de una oreja a manos de un perro en un club nocturno— podía haber hecho algo más absurdo que ponerse un pendiente de oro en el lóbulo que le quedaba.

—¿Crees que Hugo quiere llamar la atención con respecto al lóbulo que el perro le arrancó? —preguntó Heather a Jack.

—Podría haberse puesto el pendiente en la parte superior de la oreja maltrecha, y nada en la ilesa —sugirió Jack.

Heather se preguntó si Jack podría conocer a las prostitutas que su padre tenía por costumbre ir a ver, es decir, si Hugo lo presentaba.

—Solo para ver si son amables y pedirles que lo traten bien —le dijo a Jack su hermana.

—Ya tiene poca intimidad tal como están las cosas —dijo Jack. Convinieron en que uno debía permitir cierta intimidad a quienes amaba, incluso si temía por sus vidas.

—¿No los adoras a todos? —preguntó ella—. Me refiero a los médicos, incluso al profesor Ritter.

—Ah, bueno... —empezó a decir Jack—. ¡Claro que sí! —afirmó.

—¿Me llamarás todos los días? —preguntó su hermana.

—¡Claro que sí! Si me olvido, llámame tú a cobro revertido —dijo él.

Ella lloraba otra vez.

—Creo que me has comprado, Jack. ¡Me he vendido completamente a ti! —exclamó ella.

—Te quiero, Heather.

—Yo te quiero y amo hasta el último centímetro de tu piel —dijo ella.

Jack le habló a Heather de la rabieta de su padre por lo cara que era Zúrich, y de que, en su opinión, era un «disparate» que sus hijos comprasen allí una casa. (Esa objeción procedente de un hombre que no tenía la menor idea de lo caro que era el sanatorio Kilchberg, ni de que se había acabado el dinero para pagar que cuidasen de él, era la razón por la que Heather se había puesto en contacto con Jack).

Jack y su hermana hablaron también de cuestiones prácticas, esas cosas de las que Jack nunca habría imaginado que hablaría con alguien. Los detalles concretos de la casa que compartirían en Zúrich, por ejemplo: el número de habitaciones que necesitaban; cuántos baños, por amor de Dios. (Exactamente, tal como lo habría dicho William).

Parecía demasiado obvio para expresarlo con palabras, pero Jack comprendió que cuando uno es feliz —especialmente cuando es feliz por primera vez en la vida—, piensa cosas que nunca se le habrían ocurrido cuando era infeliz.

¡Qué mañana! La primera luz del día entrando a raudales en su habitación del Storchen; luego el café y un frugal desayuno en la cafetería a orillas del Limmat. Las cosas sencillas nunca habían parecido tan complejas, ¿o era todo lo contrario? Jack era tan incapaz de impedir lo que ocurriría a continuación como lo había sido William Burns aquel fatídico día en que dejó embarazada a Alice Stronach.

Y frente al hotel Zum Storchen —sobre los mismos adoquines donde se hallaba Jack cuando le dijo «*Bis morgen*» en Weinplatz— estaba aquella supermodelo de la medicación, la doctora Anna-Elisabeth Krauer-Poppe. Una vez más lucía un atuendo deslumbrante; Jack comprendió por qué llevaba la bata blanca en Kilchberg, simplemente por discreción.

Caminaron cuesta arriba por las callejuelas hasta St. Peter. Algún día se sabría de memoria los nombres de aquellas calles, pensaba Jack. Schlüsselgasse, frente al Veltliner Keller, y Weggengasse..., las oiría en su cabeza como si fueran música.

—Una hermosa mañana, ¿verdad? —preguntó la doctora Krauer-Poppe. No le incomodó ver que él era incapaz de hablar—. St. Peter tiene en el campanario el reloj más grande de Europa, un reloj de cuatro lados —explicó ella, dándole conversación mientras caminaban—. ¿Quiere un pañuelo? —preguntó ella, y se llevó la mano al bolso. Jack negó con la cabeza.

El sol le secaría las lágrimas del rostro, quiso decirle, pero no le salieron las

palabras. Jack siguió aclarándose la garganta.

Junto a la iglesia de color gris azulado se extendía una pequeña plaza pavimentada con muchos árboles; había plantas en las jardineras de las tiendas y de las casas. Unos albañiles reformaban lo que parecía un edificio de apartamentos. El edificio estaba enfrente de la iglesia, y los albañiles trabajaban incansablemente en un andamio. Se oían martillazos; dos hombres hacían algo complicado con una sierra flexible. Un cuarto hombre acoplaba tubos, con toda probabilidad para ampliar el andamio.

Fue el acoplador de tubos quien vio primero a la doctora Krauer-Poppe y la saludó con la mano. Los otros tres albañiles se volvieron a mirarla. Dos aplaudieron, uno silbó.

—Supongo que la conocen —dijo Jack a Anna-Elisabeth, aliviado por haber recuperado la voz—. ¿O son como los albañiles en todas partes?

—Ya lo verá —respondió ella—. Estos albañiles son un poco distintos.

Resultaba extraño ver que entraba gente en la iglesia cuando no eran aún las ocho de la mañana de un día laborable. ¿Había alguna misa?, preguntó Jack a la doctora Krauer-Poppe. No, la Kirche St. Peter era una iglesia protestante, aseguró ella. No había misas, solo un oficio los domingos.

—No podemos impedirles la entrada —dijo la doctora Krauer-Poppe—. St. Peter está abierta al público.

Por la escalinata plana y ancha de la iglesia subía más gente; parecían de la ciudad, no turistas. Jack vio a hombres con traje formal, como el banquero que había sorprendido a su padre en el servicio de caballeros del Kronenhalle; vio mujeres con niños pequeños y familias enteras. Había incluso adolescentes.

—¿Todos vienen a oír cómo toca? —preguntó Jack a Anna-Elisabeth.

—¿Cómo podemos impedirselo? —preguntó ella—. ¿No es así como se venden los libros y las películas? Con lo que ustedes llaman, creo, boca oreja.

La Kirche St. Peter estaba abarrotada; no quedaba sitio para sentarse.

—Usted no va a sentarse de todos modos —dijo la doctora Krauer-Poppe a Jack—. Y va a salir poco antes de que su padre termine. William no quiere que vea el final, no la primera vez.

—¿El final de qué? —preguntó Jack—. ¿Por qué habría de irme antes de que acabe?

—Confíe en mí —dijo Anna-Elisabeth—. Klaus, el doctor Horvath, lo acompañará afuera. Él sabe cuál es el momento preciso. —Volvió a taparse la cara con las manos—. Todos lo sabemos —dijo con el rostro oculto.

El suelo de la iglesia era de mármol gris pulido. Había sillas de madera clara en lugar de bancos, pero las sillas formaban hileras tan rectas como bancos. Los fieles miraban al frente, de espaldas al órgano, como si en verdad fuese a celebrarse un oficio, con sermón y todo lo demás. Jack se preguntó por qué el público no volvía las sillas del revés para ver al menos al organista a quien habían ido a escuchar tan

fielmente, como comprendía Jack en ese momento.

El órgano estaba en la primera planta, al fondo de la iglesia, por encima de los fieles. La banqueta del órgano —lo poco que Jack veía de ella— parecía estar de espaldas al altar. El organista veía solo los tubos plateados del órgano, enmarcados en madera, que se alzaban sobre él.

«¡Qué austeridad!», pensaba Jack. «El organista vuelve la espalda a los fieles y viceversa».

Una urna negra con flores se alzaba bajo el púlpito elevado de madera. Por encima del altar se leía una inscripción.

MATTH. IV. 10.  
DU SOLT ANBÄTTEN  
DEN HERREN DEINEN GOTT  
UND IHM ALLEIN  
DIENEN.

Era una especie de alemán antiguo. Jack tuvo que pedir a la doctora Krauer-Poppe que se lo tradujera.

—«A Dios tu Señor adorarás, y solo a Él rendirás culto» —dijo ella.

—Supongo que mi padre es lo que se llamaría un verdadero creyente —comentó Jack.

—William nunca hace proselitismo —contestó Anna-Elisabeth—. Por mí, puede creer en lo que él quiera. Nunca me dice qué debo creer, ni a mí ni a nadie.

—Excepto en lo que se refiere al perdón —señaló Jack—. Conmigo ha sido muy claro respecto a la necesidad de perdonar a mi madre.

—Eso no es forzosamente religioso, Jack —dijo la doctora Krauer-Poppe—. Es solo sentido común, ¿no?

Volvió a llevarlo afuera de la iglesia; entraron de nuevo por otra puerta y subieron por una escalera hasta el primer piso, donde se encontraba el órgano. Era un órgano más pequeño que los que Jack estaba acostumbrado a ver, precioso, con madera de color claro. Tenía cincuenta y tres registros y había sido construido por una empresa de Estrasburgo llamada Muhleisen.

Jack miró a los fieles y vio que incluso quienes estaban de pie se hallaban de cara al altar, no al órgano.

—Nadie quiere ver, supongo —comentó a Anna-Elisabeth.

—Usted váyase con el doctor Horvath cuando él se lo indique —dijo la doctora Krauer-Poppe—. Después de tocar, William necesitará un poco de agua helada y luego la cera caliente, y luego más agua helada. Si va a Kilchberg a última hora de la mañana, quizá pueda ir a correr con él... y con el doctor Horvath. Por la tarde puede oír cómo toca con los ojos vendados para la clase de yoga. ¡O puede ver una de sus propias películas con él! —añadió con entusiasmo—. Pero váyase cuando sea el momento, ¿de acuerdo? No es broma.

—De acuerdo —respondió Jack.

Cuando el doctor Horvath y el padre de Jack subieron por la escalera al primer piso, muchos fieles volvieron la cabeza para mirar a William Burns. William era la profesionalidad en persona; no reconoció la presencia de nadie, ni siquiera de Jack. Su padre saludó solo al órgano. Jack notó el roce de la doctora Krauer-Poppe en su brazo. Anna-Elisabeth quería que Jack supiese que así era William antes de tocar. (¿Cómo había dicho la noche anterior? «William es como es»).

No hubo aplausos de reconocimiento por parte de los fieles; no se produjo siquiera un murmullo, pero Jack nunca había visto a un público tan respetuoso.

El doctor Horvath llevaba las partituras. (Muchas partituras, en apariencia).

—Por lo general, toca durante una hora —susurró a voz en cuello el doctor Horvath al oído de Jack—. Pero hoy, como usted está aquí, tocará media hora más.

Naturalmente, la doctora Krauer-Poppe lo oyó; todos los fieles oyeron al doctor Horvath.

—¿Le parece buena idea, Klaus? —preguntó Anna-Elisabeth al doctor Horvath.

—¿Hay alguna pastilla para impedírmelo? —pregunto el padre de Jack a la doctora Krauer-Poppe, pero Jack se dio cuenta de que su padre se burlaba de ella; su sonrisa picara seguía intacta. Cuando William se sentó en la banqueta del órgano, miró a Jack a los ojos, como si Jack le hubiese dicho, en ese preciso momento, cuánto lo quería, cuánto amaba hasta el último centímetro de su piel.

—¿Te acordaste de llamar a tu hermana, Jack? —preguntó su padre.

—Claro que la llamé. Hablamos largo y tendido.

—Hijo querido —se limitó a decir William. Había fijado la mirada en el teclado; Jack oía el suave roce de los pies de su padre en los pedales.

Anna-Elisabeth se había hecho con las partituras que tenía el doctor Horvath en las manos y las hojeaba.

—Veo posibles calambres en los dedos, William, muchos —dijo.

—Yo veo música —dijo William, y le guiñó un ojo—. Mucha.

Jack, inquieto, contó las arañas de luces. (Eran de cristal y plata; contó veintiocho).

—¡Después iremos a correr! —dijo el doctor Horvath a Jack—. Esta noche yo cenaré con usted y William. ¡Dejaremos la noche libre a las chicas!

—Estupendo; estoy impaciente por que llegue el momento —dijo Jack.

—Por desgracia, no en el Kronenhalle —dijo el doctor Horvath—. Pero es un sitio pequeño muy especial. El dueño me conoce, y quiere mucho a su padre. ¡Siempre tapan los espejos cuando saben que va a ir William! —susurró el doctor Horvath para que todo el mundo lo oyese—. ¿No es una idea brillante?

—*Bitte, Klaus!* —dijo la doctora Krauer-Poppe.

Jack vio que sería ella quien pasase las hojas de las partituras a su padre, que parecía listo para tocar. Ningún fiel miraba ya en dirección a ellos. Los fieles se habían vuelto de cara al severo mandamiento del Evangelio según San Mateo: «A



Dios tu Señor adorarás, y solo a Él rendirás culto».

William mantenía las manos a la altura de los hombros, encima del teclado. Jack lo oyó respirar hondo. Por el modo en que los fieles enderezaron las espaldas, Jack se dio cuenta de que también ellos habían oído a su padre; era una señal.

—¡Allá va! —dijo el doctor Horvath; inclinó la cabeza y cerró los ojos.

Las manos de William parecían flotar sobre una masa de aire cálido y ascendente, como un halcón suspendido en una corriente térmica. De repente dejó caer las manos. Era una pieza de Bach, un preludio coral: «*Liebster Jesu, wir sind hier*». («Jesús bendito, aquí estamos»).

—*Tranquillo* —dijo el doctor Horvath en italiano con sorprendente delicadeza.

Después de eso, Jack solo escuchó tocar a su padre. Jack no podía creer que William siguiese tocando, que ningún fiel se marchase, que ninguno moviese un solo músculo. El doctor Horvath y Jack estaban de pie; también la doctora Krauer-Poppe se quedó en pie todo el tiempo. Jack no podía hablar por los demás, pero a él no se le cansaron las piernas; sencillamente permaneció allí inmóvil, absorbiendo el sonido. William Burns tocó y tocó, todas sus piezas favoritas. (Lo que Heather había llamado «los clásicos de siempre»).

William tocó durante más de una hora. Oyeron a Handel y a todos los demás. Cuando su padre acometió la *Tocatta y fuga en re menor* de Bach, la famosa pieza que tanta satisfacción había causado a las prostitutas en la Oude Kerk de Amsterdam, el doctor Horvath dio un codazo a Jack.

—Estamos a punto de marcharnos —dijo.

Lógicamente, Jack no quería irse, pero vio que Anna-Elisabeth lo observaba. Jack confiaba en ella; confiaba en todos. Era una pieza de música con la que no era fácil bajar por la escalera, pero el doctor Horvath y Jack descendieron en silencio. Su padre estaba demasiado absorto para verlos marcharse.

En la iglesia hacía calor; todas las puertas estaban abiertas, y también las ventanas que se abrían estaban abiertas. Fuera, la música de Bach no sonaba tan alto —en los árboles, o en la escalinata de piedra de la iglesia—, pero se oía cada nota, casi con la misma claridad con que se las oía en St. Peter.

Fue entonces cuando Jack vio a la gente en las ventanas y puertas abiertas de los edificios de alrededor. Allí donde miraba había gente, solo escuchando.

—¡En invierno, no es exactamente así, claro! —decía el doctor Horvath—. Pero también vienen a oírlo tocar.

Jack se quedó al pie de la escalinata de la iglesia, en medio de la pequeña plaza, escuchando y mirando a la gente. No llegaba el menor sonido de los albañiles, que habían dejado de trabajar hacía rato. Permanecían en posición de firmes en el andamio, sus herramientas en reposo; solo escuchaban. El hombre que antes blandía el martillo iba descamisado; los dos hombres que antes trabajaban con la sierra flexible fumaban. El cuarto albañil, el acoplador de tubos, sostenía un trozo pequeño de tubo, como una batuta. Simulaba ser un director de orquesta dirigiendo la música.

—¡Menudos payasos! —dijo el doctor Horvath. Consultó su reloj—. ¡Ningún calambre de dedos por ahora!

La música de Bach sonaba como si se elevase en espiral o descendiese.

—¿Hay más? —preguntó Jack—. Otra pieza después de esta.

—Una más —contestó el doctor Horvath, y asintió con la cabeza.

Por las posturas de los albañiles en el andamio, Jack supo que conocían el programa tan bien como lo conocía el doctor Horvath. Daba la impresión de que estaban preparándose para algo.

La pieza de Bach terminó de pronto. Simultáneamente se produjo un desconcertante éxodo: familias con niños salían de la iglesia. Algunas de las madres con niños más pequeños corrían; solo los adultos y los adolescentes se quedaron.

—¡Cobardes! —dijo el doctor Horvath con desdén; dio un puntapié a una piedra—. Prepárese, Jack. Nos veremos más tarde para ir a correr.

Jack comprendió que el doctor Horvath se disponía a dejarlo.

Jack comprendió también que sabía cuál era la última pieza. En su caso, se la había oído tocar recientemente a Heather en Old St. Paul. ¿Cómo olvidarla? Era la tocata de película de terror de Boellmann. Los albañiles conocían también la pieza de Boellmann; quizá William Burns la tocaba siempre al final. Saltaba a la vista que los albañiles sabían todo lo que venía a continuación.

No fue ni mucho menos como cuando Jack estaba fuera de Old St. Paul y era incapaz de oírla. Lo que brotó de la Kirche St. Peter era ensordecedor. Jack no conocía la pieza de Boellmann tan bien como para detectar el primer error de su padre, el primer calambre de dedos, pero obviamente el doctor Horvath sí lo oyó; hizo una mueca y cerró un puño, como si acabase de atraparse los dedos en la puerta de un coche.

—¡Ha llegado el momento de volver a entrar! —exclamó el doctor Horvath.

Siguió un segundo error, un tercero; por entonces Jack sí oía las equivocaciones.

—¿Sus dedos? —preguntó al doctor Horvath.

—No se imagina lo mucho que le duele tocar a Boellmann, Jack —dijo el doctor Horvath—, pero no puede dejar de tocar.

Jack pensó en aquellas prostitutas de las inmediaciones de la Oude Kerk, a las que no les importaba lo tarde que fuera por la noche, o ya entrada la madrugada; de pronto supo por qué no podían irse a casa si William Burns tocaba.

Al cuarto error, el doctor Horvath se había echado a correr.

—¡Prefiero estar presente cuando empieza a desnudarse! —gritó a Jack subiendo los peldaños de tres en tres.

La música siguió sonando atronadoramente; la banda sonora de una escena de persecución destinada a ser la escena de persecución definitiva, imaginó Jack. En su siguiente película, quizás hubiese una escena así. Quizá consiguiese que su padre tocase a Boellmann, con errores y todo.

Las equivocaciones iban en aumento, incluso Jack se daba cuenta. Los albañiles

permanecían inmóviles en el andamio.

—¡Tengo un hijo! —oyó Jack que gritaba su padre por encima de la tocata en gradual deterioro—. ¡Tengo una hija y un hijo! —vociferó su padre. De pronto a William se le agarrotaron las manos, dejó caer los puños violentamente sobre el teclado. Una bandada de palomas alzó el vuelo en el campanario de la Kirche St. Peter, y los albañiles empezaron a cantar.

—¡Tengo un hijo! —cantaron; de tanto escuchar a William Burns, incluso habían aprendido a decirlo en inglés—. ¡Tengo una hija y un hijo! —cantaron a pleno pulmón. Lo hacían con más entusiasmo que talento, pero Jack no pudo sino sentir aprecio por ellos.

—*Venite exultemus Domino!* —cantó su padre del modo que uno cantarí­a o entonarí­a un salmo.

Cabía suponer que los albañiles corrientes de Zúrich no sabían necesariamente latín, pero esa no era la primera vez que aquellos hombres habían escuchado a William Burns, y —como Anna-Elisabeth le había dicho a Jack— aquellos albañiles eran un poco distintos.

—*Venite exultemus Domino!* —cantaron los cuatro albañiles en respuesta al padre de Jack.

El hombre que antes martillaba sostenía en ese momento el martillo en una mano, el brazo por encima de la cabeza; los dos albañiles de la sierra flexible la tenían en alto, como si ofreciesen un sacrificio. El acoplador de tubos había alzado un largo tramo de tubo, que mantenía recto como el asta de una bandera.

—*Venite exultemus Domino!* —cantaron a voz en grito el padre de Jack y los albañiles, al unísono.

Jack conocía esa frase en latín solo porque recientemente había estado en Oíd St. Paul con su hermana. «¡Alabemos al Señor!», cantaba su padre. «¡Tengo un hijo! ¡Tengo una hija y un hijo! ¡Alabemos al Señor!».

Los albañiles siguieron cantando con William.

La gente salía de la iglesia, pues el Boellmann ya no sonaba ensordecedoramente, y ya no había riesgo de una colisión inminente. Jack sabía que su padre se había quitado toda la ropa, o estaba medio desnudo. En el sanatorio Kilchberg, uno de los enfermeros Bleibel —Waltraut o Hugo— estaría preparando el agua helada. Y luego la cera caliente. Y luego más agua helada. Como Anna-Elisabeth había explicado.

Pronto William Burns estaría desnudo en la Kirche St. Peter, si no lo estaba ya, sin más coro que los tatuajes de todo su cuerpo. Y entonces, con delicadeza y eficacia a la vez, el doctor Horvath empezaría a vestirlo, o lo vestirían el doctor Horvath y la doctora KrauerPoppe. Después se marcharían, de regreso a la clínica.

El concierto había terminado, pero los albañiles todavía aplaudían. Fue entonces cuando Jack supo que él y su padre siempre habían actuado para un público de más de un solo espectador, por mucho que hubiese ayudado a Jack, de niño, creer que actuaba solo para su padre. (Jack y su padre tendrían que mantener una conversación

sobre la disputa de William con la Wurtz acerca de la palabra «público»; esa y otras muchas conversaciones).

Jack se alejó de la plaza bajando por aquellas estrechas callejuelas. Algunos de los fieles de su padre estaban en las calles; caminaban junto a él. Era una sensación extraordinaria saber que Zúrich era el lugar que correspondía a Jack, al menos hasta que William Burns durmiese entre las agujas.

Jack pensaba volver al hotel Zum Storchen y ponerse algo más adecuado para salir a correr.

Eran más de las doce de la noche en Los Angeles, demasiado tarde para telefonar a la doctora García a su casa. Pero Jack no necesitaba mantener una conversación con su psiquiatra. Podía telefonar a su consulta y dejar un mensaje en el contestador. «Gracias por escucharme, doctora García», diría Jack.

Eran las cuatro y media de la madrugada en Toronto, o alguna hora intempestiva como esa. Caroline estaría durmiendo, pero no le importaría que Jack la despertase con una llamada. No si era para hablar de su padre, su querido William. De hecho, Jack estaba impaciente por contar a la señorita Wurtz que lo había encontrado.